Memorias II

El desierto internacional / La tierra prometida / Equinoccio

Jaime Torres Bodet

VIDA Y PENSAMIENTO DE MÉXICO

Memorias II

El desierto internacional/
La tierra prometida/Equinoccio

Jaime Torres Bodet

JAIME TORRES BODET

Nació y murió en la Ciudad de México. Escritor, poeta y ensayista, fue también un destacado funcionario público y diplomático. En 1921 fue secretario particular del rector de la Universidad Nacional, José Vasconcelos. Escritor precoz, publicó su primer libro de poemas a los 16 años. Fue miembro del grupo de los Contemporáneos. Entre 1929 y 1940 participó en el servicio diplomático mexicano en las representaciones de Madrid, París, Buenos Aires y Bruselas. Fue secretario de Relaciones Exteriores, director general de la UNESCO y embajador de México en Francia de 1954 a 1958 y de 1970 a 1971. Estuvo al frente de la Secretaría de Educación Pública en dos periodos: de 1943 a 1946 y de 1958 a 1964, gestiones durante las cuales impulsó importantes campañas de alfabetización y mejoramiento de la enseñanza primaria, entre ellas la creación de la Comisión Nacional de Libros de Texto Gratuitos. En 1966 recibió el Premio Nacional de Literatura y en 1971 la Medalla Belisario Domínguez

Entre su obra literaria se encuentran: *Poemas juveniles* (1916-1917), *Poemas* (1924), *Lecturas clásicas para niños* (1925), *La misión de la UNESCO* (1949), *Rubén Darío* (1966) y *Tiempo de arena* (1955).

VIDA Y PENSAMIENTO DE MÉXICO

MEMORIAS

II

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

JAIME TORRES BODET

Memorias

II

EL DESIERTO INTERNACIONAL

LA TIERRA PROMETIDA

EQUINOCCIO

Primera edición, 2017

Primera edición electrónica, 2017

Diseño de portada: Paola Álvarez Baldit

D. R. © 2017, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

Comentarios:

editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-4974-4 (ePub)

ISBN 978-607-16-4972-0 (ePub, Obra completa)

Hecho en México - *Made in Mexico*

SUMARIO

El desierto internacional

La tierra prometida

Equinoccio

Índice

EL DESIERTO INTERNACIONAL

El 26 de noviembre de 1948, la Conferencia General de la UNESCO, reunida en Beirut, me eligió director de esa institución. Y el 26 de noviembre de 1952 —casi al final de la séptima de sus asambleas— tuvo a bien aceptar, en París, la dimisión que le presenté.

Durante cuatro años me esforcé por contribuir a que la UNESCO tratase de fomentar una alianza humana, merced al robustecimiento de la solidaridad intelectual y moral de comunidades sociales muy diferentes. Durante cuatro años, examiné proyectos, revisé informes, leí discursos, solicité auxilios, asistí a juntas, atendí críticas, defendí iniciativas, acepté enmiendas, hice diversos viajes, y tuve oportunidad de conocer a gran número de maestros, sabios, artistas, filósofos, historiadores, hombres de letras, funcionarios y gobernantes.

Fui a países pobres, donde la miseria callaba —con mayor elocuencia de la que afirman, a veces, los manifiestos más iracundos. Y, en capitales ilustres, visité ministerios, institutos, palacios… donde el lujo aparente no presagiaba dádivas generosas. Día tras día, se me incitaba a perseverar en lo que pocos querían hacer. Amargos años viví en la UNESCO: los que enturbiaba la “guerra fría”. No era, entonces, aquella agencia de las Naciones Unidas ni la noble esperanza que su creación despertó, ni lo que es en la actualidad: un establecimiento próspero —perfectible, sin duda, pero coherente.

En Beirut, recibí el encargo de dirigir los trabajos de una institución cuyo presupuesto anual no llegaba a ocho millones de dólares. En París, cuatro años más tarde, la UNESCO no disponía —anualmente— ni siquiera de nueve millones, menos de la quinta parte de lo que costó el avión incendiado en El Cairo, tras del secuestro del que informó la prensa en 1970…

¿Cómo creer en la lealtad de administraciones que me pedían acción —y se rehusaban a proporcionarme los medios para emprenderla—, mientras derrochaban gigantescos caudales en armamentos?

Es cierto, me estimulaban a proseguir mis tareas la aptitud de muchos colaboradores fieles y competentes, el aliento que me infundían ciertos gobiernos —los menos ricos—, la comprensión de las organizaciones no gubernamentales (integradas por hombres probos), la magnanimidad de algunos próceres del talento a quienes rindo homenaje en los capítulos de este libro, y, más que nada, la gravedad de los problemas que plantean al siglo XX los desheredados de la historia y la geografía: muchedumbres anónimas, mudas, pero ansiosas de redención.

Sin embargo, a través de millares de rostros y de incesantes consejos, promesas y

exhortaciones, lo que advertí —en múltiples circunstancias— fue una trágica soledad. En las horas decisivas, tuve la impresión de encontrarme en un desierto. Los poderosos continuaban desarrollando su política de dominio, y los débiles dejaban que sus representantes hablasen de paz, sin asociarse valientemente a fin de luchar para mantenerla.

Por eso, en 1952, entre resignarme y partir, preferí partir. No me arrepiento de haberlo hecho. Mi renuncia, hasta cierto punto, sirvió de alerta. En efecto, mientras no se construya una paz auténtica sobre la base de una creciente confianza en los valores de la cultura y en los derechos de la persona humana, cada conciencia libre continuará sintiendo, a su alrededor, lo que yo sentí —muy

frecuentemente— a lo largo de aquel periodo de mi vida: la angustia de estar clamando en mitad de un desierto inmenso, el más poblado y oscuro de los desiertos, el desierto internacional.

I. LO QUE ENCONTRÉ EN LA UNESCO. MIS PRIMEROS TRABAJOS. VIAJES A BÉLGICA, A LOS ESTADOS UNIDOS Y A LA GRAN BRETAÑA. LECCIÓN DE LÉON BLUM

En *La victoria sin alas* relaté ya cómo fui electo director general de la UNESCO y cómo asumí, en Beirut, la responsabilidad de ese cargo el 10 de diciembre de 1948. Más tarde, junto con los miembros del Consejo Ejecutivo de la Organización, visité El Cairo. Y volví a París. Tras de la excursión libanesa y el intermedio egipcio, encontré a mi esposa restablecida. Pero el despacho que me esperaba en la UNESCO se hallaba abierto, de par en par, a todos los vientos de los problemas que había debido dejar pendientes mi antecesor.

Respecto a nuestra instalación familiar, optamos por seguir alojados en el hotel, hasta el día en que pudiésemos elegir un departamento cómodo y bien situado. Después de diversas pesquisas, lo descubrimos, en la Avenida Foch, no lejos del Arco de Triunfo. Tenía varias ventanas que daban a la avenida. En primavera, resultaría agradable asomarse a uno de sus balcones, y mirar encenderse en flores, como verdes lámparas opulentas, las copas de los castaños.

Mi despacho, en la UNESCO, era más austero. No dejaba de importunarme la idea de que lo hubiese ocupado probablemente, antes de la victoria de los aliados, algún oficial germánico, adorador de la cruz gamada, dolicocéfalo por herencia y perseguidor de judíos por profesión.

En efecto, Francia ofreció, como sede, a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, nada menos que el antiguo Hotel Majestic. Y ese hotel, famoso en los primeros lustros del siglo XX, fue transformado —durante la hegemonía hitleriana— en centro de operaciones de la Gestapo.

Un ascensor colectivo me transportaba, por las mañanas y por las tardes, hasta el pasillo

—largo y estrecho— que conducía a mis oficinas. Frente a un escritorio —que pronto se vio cubierto por expedientes, libros e informes de todo espesor y de toda clase— se encontraba la silla del director general de la institución.

Mis colaboradores más inmediatos, bajo la autoridad del señor Maheu, serían el señor Berkeley, auxiliar competente del doctor Huxley, y una señora, francesa de nacimiento y británica de apellido, Mistress Matthews, a quien sus compañeros llamaban Paulette. Estaba al tanto de todos mis compromisos; redactaba excelentes cartas en francés y en inglés; sabía hasta qué punto debía cerrar o extender el arco de su sonrisa frente a los visitantes inevitables; tenía el don de volverme invisible para los empleados inoportunos y parecía adivinar el momento exacto en el que iba yo a requerir el auxilio de una aspirina o la pausa de un vaso de

agua. Vivía en Neuilly. Y, a pesar de sus años —frisaba ya los cincuenta—, se daba el lujo de ir a la UNESCO todos los días en bicicleta, lo que la conservaba en estado perpetuo de agilidad y de buen humor.

El personal de mi gabinete creció después. Llegó, de los Estados Unidos, un compatriota mío: Alfonso Castro Valle. Y me recomendaron a una secretaria española, refugiada en París, republicana de corazón, la señorita Ángeles Soler: cabello cano, ojos perspicaces y mente joven. Guardo, para todos ellos, un recuerdo de gratitud.

Entre los directores, me impresionaron —por su talento— el jefe del departamento de educación, señor Beeby, neozelandés; el del departamento de ciencias exactas y naturales, profesor Pierre Auger, y el del departamento de asuntos culturales, señor Jean Thomas, francés como Auger y, como él, profesor universitario. Dirigía la oficina de relaciones exteriores un funcionario suizo, el señor André de Blonay. Pero se encontraban vacantes dos grandes

departamentos: el de ciencias sociales y el de información de las masas (prensa, cinematografía, radio y televisión). Examiné diversas candidaturas y, meses más tarde, me decidí a nombrar al sociólogo brasileño Arturo Ramos, para el primero de esos dos cargos, y al norteamericano Schneider, para el segundo.

Cada nación tenía derecho a un porcentaje determinado en el total de los funcionarios.

México, en proporción al importe de sus contribuciones, no podía exceder el nivel que ya había alcanzado. Menudeaban, en cambio, los franceses, los norteamericanos y los ingleses.

Pero sus países eran los principales contribuyentes de nuestra empresa. Gobiernos, como el de Italia, me reprochaban que su contingente de funcionarios fuese bastante exiguo. Por cierto, que, en el caso de Italia, hice ver a su delegado, el señor Alberto de Clementi, que tenía yo la obligación de revisar cada vez los antecedentes personales de los candidatos que con frecuencia me presentaba. Existía una regla conforme a la cual el director de la UNESCO debía comprobar que ningún candidato hubiera servido al régimen nazi o al fascista. De Clementi, con ironía mediterránea, me dijo entonces: —"Pero, señor director general, en 1940, Italia era un país de más de cuarenta millones de fascistas. Hoy somos más de cuarenta millones de antifascistas. ¿Cómo hará usted?"…

En muchos de los empleados prevalecía la devoción nacional sobre la voluntad de acción internacional. Mencionaré un ejemplo. Cierta vez, quise visitar las oficinas del departamento de información de las masas. Había yo leído que trabajaban en él más de treinta personas. No encontré, en sus puestos, sino a dieciocho. El de mayor graduación —era hindú— me atendió gentilmente. Después de examinar sus trabajos, le expresé mi sorpresa por el escaso número de sus compañeros. —"Somos nueve" —me dijo, sin entender el por qué de mi desagrado.

Comprendí lo que había ocurrido. No pensaba él, en esos instantes, en el personal del departamento sino en el número de hindús

contratados por la organización…

Constituía aún esa burocracia —aparentemente internacional— un pintoresco mosaico de burocracias exóticas, incrustadas —por recomendación de sus delegados y, en ocasiones, por

méritos evidentes— dentro de una agencia a la que servían con entusiasmo discreto y pesarosa incredulidad. Existían, por ventura, múltiples excepciones. He aludido ya a las cualidades de hombres como Beeby, Thomas y Auger. Pero no puedo olvidar al jefe de mi gabinete, René Maheu, en quien siempre advertí una aspiración de justicia internacional y un noble deseo de colocar los ideales de la UNESCO por encima de las ambiciones nacionalistas, de las que otros no habían logrado escapar del todo.

Me sentía solo, angustiosamente solo, en el centro de aquella fábrica de esperanzas, a menudo frustradas, y de textos preparatorios, corregidos por otros textos preparatorios destinados a reuniones en las cuales volvería a discutirse prolijamente si convenía o no realizar lo que habíamos proyectado durante meses —y que, en múltiples circunstancias, sólo se intentaría.

Todo nuevo aparato, en su iniciación, es imperfecto y difícil de comprender. Recordé la impresión de Saint-Exupéry, cuando comparaba un aeroplano de la época de Blériot con un avión moderno, sobrio y nervioso. Repelidos por las dificultades de los detalles y por lo complicado de la estructura, sorprendidos por la maraña de los resortes, de las palancas y de los frenos, nos quedamos perplejos ante el intrincado conjunto de piezas de ciertos modelos antiguos, que no se integraban aún, por completo, en la unidad de una cosa viva. “Parece —

escribía Saint-Exupéry, hablando de los aviones— que todo el esfuerzo industrial del hombre, todos sus cálculos, todas sus noches en vela sobre los planos, no conducen, como signo visible, sino a la simplicidad; como si se necesitara la experiencia de varias generaciones para desbastar poco a poco la curva de una columna o de una estructura de avión, hasta darle la pureza elemental de un

seno o de un hombro. Parece que la perfección está conseguida, no cuando ya no hay nada que añadir, sino cuando ya no hay nada que quitar. Al final de su evolución, la máquina se disimula."

Así creía yo que deberíamos proceder en el caso de la administración de la UNESCO: humanizarla, simplificarla, para que el aparato pudiera volar, sin perderse entre nubes de sueños inalcanzables, pero tan alto como resultase posible, y con la certidumbre de aterrizar, cuantas veces fuera preciso, sobre las pistas de una realidad sólida y segura.

Simplificar a la UNESCO, sí, ¿pero de qué modo?… El director de una organización internacional no posee las facultades ejecutivas de un empresario. Cada uno de sus actos está regido por una serie de normas, que él no dictó. Son las que establecen la Conferencia General y, durante los recesos de ésta, el Consejo Ejecutivo, encargado de orientarlo, de vigilarlo y de autorizarlo a hacer lo menos posible, con la mayor prudencia posible y, muchas veces, con la mayor lentitud posible. Cada puesto y cada función de la UNESCO eran, en cierto modo, intangibles e inevitables. Provenían de una autoridad que deliberaba una vez al año y que —al reunirse de nuevo, en ocasiones de otra Conferencia— insistiría, según lo había hecho ya desde 1946, en disminuir el ímpetu del motor y en robustecer especialmente los frenos.

Por lo que atañe al programa, sentí la conveniencia de instaurar un sistema de prioridades

y obtener autorización del Consejo para sujetarnos a ese sistema. Juzgaba yo imprescindible arrojar el lastre de las resoluciones innecesarias y de las actividades teóricas o superfluas.

Anuncié esa intención, el 22 de enero de 1949, al ser recibido por la Comisión Nacional francesa en el Quai d'Orsay. La sesión se efectuó en el Salón del Reloj, de históricas remembranzas. Asistieron a ella los ministros de Asuntos Exteriores, señor Robert Schuman, y de la Educación Nacional, señor Yvon Delbos, junto con el ministro Georges Bidault, jefe de la delegación acreditada por

Francia ante la Conferencia de Beirut. Escuché estimulantes discursos. Y Schuman me prometió la cooperación de su país en las tareas que tenía yo el propósito de llevar a término durante mi mandato.

Aproveché la ocasión para referirme al problema que más hondamente me preocupaba en aquellos días. A lo largo de la guerra, los hombres habían perdido la costumbre vital de la libertad. Nunca es sencillo aprender a ser libre. Aprender a serlo de nuevo no parecía mucho más fácil. Hasta cierto grado, el ejemplo glorioso de Francia lo demostraba.

Los tiranos, como Hitler, se habían apoyado siempre en la fuerza del instinto gregario.

Aprovecharon, con diabólica astucia, la dimisión mental y la debilidad de carácter de aquellos a quienes espanta la obligación de resolver por sí mismos y de asumir, cada día, las responsabilidades morales que implica la libertad. Entre las razones de inquietud que me cercaban por todas partes, la más dramática podía resumirse en dos preguntas complementarias. ¿Sabrían los pueblos organizar su libertad en la paz, con la misma energía que desplegaron durante la guerra para salvarla? ¿Lograría cada ciudadano, gracias a la formación de su carácter y de su espíritu, ejercer oportunamente el derecho de su responsabilidad personal, sin violencias y sin flaquezas?

Residía allí, en mi opinión, el problema básico de la UNESCO. ¿Cómo fomentar la paz por efecto de la cultura y de una cultura fincada en el amor de la libertad? Ahora bien, para usar de la libertad como de una condición heroica de la existencia (es decir, no como de una póliza de seguros contra los daños que pudieran causarnos los otros, sino como de una audacia en la acción y en el pensamiento, capaz de librarnos de nuestra inercia), era indispensable que los hombres recuperaran la fe en sí mismos. Para ello, sería menester que recobrasen, al propio tiempo, la fe perdida en sus semejantes. Urgía que se conociesen unos a otros, y que no se consideraran simples peones dentro de una partida de ajedrez

dirigida, sobre el tablero del mundo, por jugadores ávidos e implacables, sino seres aptos para sentir compasión hacia sus hermanos —y dignos de merecerla. Nada contribuiría tanto a semejante armonía internacional como la difusión de los valores del espíritu merced a la educación de las masas.

Eso pensaba entonces. Y eso fue lo que dije a mis amigos franceses en la asamblea del Quai d'Orsay. Pocas semanas antes, me había dirigido a los gobiernos de todos los Estados miembros de la UNESCO, sugiriéndoles que —con objeto de grabar en la imaginación de la juventud el recuerdo del momento histórico en que se proclamó, con carácter universal, la Declaración de Derechos Humanos, adoptada por las Naciones Unidas— se consagrase el 10

de diciembre de cada año, en el programa de trabajo de las escuelas, un homenaje a los principios de dignidad y libertad de toda persona humana.

En febrero, fui invitado por el ministro de Instrucción Pública de Bélgica a visitar Bruselas, para asistir a la instalación de la Comisión Nacional belga en el Palacio de las Academias. El señor Camille Huysmans era un caso, realmente insólito, de juventud dinámica y sugestiva. A sus setenta y ocho años (había nacido en 1871), pensaba, actuaba, discurría y luchaba como un hombre de treinta. Espigado, ágil, irónico, y siempre beligerante, representaba el tipo del gran socialista burgués, escéptico por inteligencia y apasionado por vocación. Conocía mi amistad para su país, donde pasé años inolvidables —de 1938 a 1940

— como encargado de negocios de México. Sabía que, desde mi infancia, me había atraído el encanto de una nación diminuta y grande como la suya, mística y práctica al par, capaz de saborear lo real en la opulencia fragante de un Rubens, pero capaz también de huir de la realidad por los canales lunares de Brujas, en la barca de ensueño de un Rodenbach.

Esa mezcla de realismo y de idealismo había hecho de Huysmans un iluminado consciente, lógico y perentorio. Le interesaba la

UNESCO. Creía en ella. Más aún: me hacía el honor de pensar que podría yo ir sacándola, poco a poco, de la nebulosa en que se encontraba. Bélgica, por su parte, en virtud de su situación geográfica, parecía predestinada a ser víctima muy frecuente de aventuras bélicas implacables. Había sabido afrontarlas, en lo pasado, con heroísmo. Pero no quería que se reprodujesen. Su confianza fue, para mí, un estímulo inapreciable.

La Comisión Nacional me pidió que expusiera mi punto de vista sobre la misión de la UNESCO. Dije a sus miembros que el camino intelectual de la fraternidad humana no se encontraría jamás merced a una simplificación arbitraria de las culturas históricas. Una simplificación de pareja categoría —en la que cada cultura perdiese su sabor genuino y particular— implicaría a la postre un empobrecimiento patético de la tierra. Se produciría, poco más o menos, lo que ocurre con esas lenguas artificiales que ciertos grupos —de intenciones muy honorables— suelen proponer a los pueblos como vehículo universal de conciliación. Por útiles que sean para desempeñar semejante papel, nunca constituirán esas lenguas más que sistemas de signos desencarnados. No podrán suplantar a las lenguas vivas, cuyo vocabulario ha ido enriqueciéndose con la experiencia de uno o de varios pueblos, con la emoción de sus artistas, con las reflexiones de sus filósofos, con el canto de sus poetas y, ante todo, con el color de las mil realidades insobornables que, en el curso de los siglos, ilustraron su existencia de cada día.

Aquella alusión me costó muy caro; pues no pocos esperantistas se creyeron juzgados por mis palabras. Y, al regresar a París, encontré una serie de quejas y de protestas, que hubieran debido enseñarme a ser más cauto en lo sucesivo.

Sin embargo, sigo pensando que no me faltaba razón. ¿Qué más típicamente español —

según dije en Bruselas— que la figura de Don Quijote, más ruso que los personajes de

Dostoyevski, más argentino que Martín Fierro y más alemán que Fausto? No obstante, esos tipos (los más nacionales de cada literatura) son también los que mejor se conocen lejos de las fronteras del país que los engendró… A fuerza de buscar lo más original que había en su lengua y en las tradiciones de su cultura, los creadores de esos tipos ilustres pudiesen llegar a lo eterno humano. En otras palabras: si las culturas se oponen, a veces, por su relieve —

quiero decir, por la diferencia de su configuración superficial—, la similitud de sus objetivos profundos contribuye siempre a acercarlas. Esa debía ser la función de la UNESCO: ir, por medio de la educación, de la ciencia y de la cultura, hasta el fondo de la unidad del linaje humano.

Los belgas acogieron con simpatía mi interpretación de nuestros deberes. Y creo que les gustó que invocara, para concluir, la autoridad de un poeta suyo. “Si escaláis —apuntó aquel autor— una alta montaña al atardecer, veréis disminuir poco a poco y perderse en la sombra que invade el valle, los árboles, las casas, el campanario, los prados, la carretera y el río mismo. Pero los puntos luminosos que vigilan, hasta en las noches más oscuras, los lugares que habita el hombre, no se debilitarán a medida que vayáis elevándoos. Por el contrario. A cada paso hacia la altura, descubriréis mayor número de luces en las aldeas adormecidas a vuestros pies. Lo propio ocurre con nuestras luces morales, cuando vemos la vida desde una altura.”

En nuestra época, tan llena de tinieblas, era preciso aprender a estimar el valor de esas luces vivas.

A mi regreso de Bélgica tuve que apresurarme para dar fin al discurso que debería leer, ante el presidente de Francia y varios de sus ministros en el gran anfiteatro de la Sorbona. Me había invitado a ese acto la Liga francesa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. Y no podía, en manera alguna, declinar tal invitación. ¿No había yo recibido, al tomar posesión de mi puesto, el encargo de orientar mis mayores esfuerzos a difundir y apoyar los principios

consagrados por las Naciones Unidas en el texto de su Declaración Universal?… Por otra parte, aquélla sería mi verdadera presentación ante el público de París. La reunión de la Comisión Nacional francesa en el Quai d'Orsay fue un acto necesariamente protocolario, de resonancia muy restringida. En cambio, la ceremonia que iba a efectuarse en la Sorbona me permitiría llegar a muchos maestros y, sobre todo, a muchos jóvenes estudiantes. Y la juventud, para la UNESCO, era la garantía más promisoria.

Persistían dudas, en esos meses, acerca del valor que podría alcanzar en la práctica la Declaración Universal de Derechos Humanos. Ciertos juristas pensaban que sería indispensable suscribir una convención, merced a la cual los Estados adquiriesen el compromiso de respetar todos y cada uno de esos derechos y de acudir, cuando fuera preciso,

ante algún tribunal internacional, para responder de los cargos que les hicieran los pueblos por su indolencia, sus arbitrariedades o sus descuidos. Algunas potencias, y determinados países pequeños, orgullosos de su régimen democrático, estaban persuadidos de que resultaría inevitable completar la declaración con un pacto o con un conjunto de pactos, claros y terminantes.

No lo creía yo así. En la situación que vivía el mundo, ¿cuántos Estados podían asegurar que se hallaban en aptitud de dar realidad completa a todas las aspiraciones contenidas en la declaración? Sólo por lo que respecta a los derechos que interesaban directamente a la UNESCO, habría sido absurdo pedir a muchas naciones que dispusieran de pronto, por quién sabe qué sortilegio, de los recursos imprescindibles para dar a todos los niños una educación primaria, gratuita y obligatoria, y para proporcionar a la mayoría de sus ciudadanos los beneficios intelectuales y morales de la cultura.

Desde entonces, vino a mi mente la idea de que, si insistiera la ONU en que se estudiase un proyecto de pacto acerca de los derechos del hombre, tendrían que definirse, en primer lugar, las materias de varios pactos (no de uno solo) y convendría aceptar que los

gobiernos los suscribieran con amplios márgenes de futuro. Me explicaré. Una cosa es postular, por ejemplo, el derecho a la educación. Y otra —muy diferente— poseer los recursos para dar esa educación a todos los próximos ciudadanos. Sin embargo, entre el ideal y la realidad, existe un dominio en el que los pueblos más pobres, si son leales consigo mismos, pueden comprometerse sinceramente: el de fijar planes de conjunto para cumplir, en lapsos determinados, con las obligaciones públicas que hayan admitido. Año tras año, informarían a la Asamblea General de las Naciones Unidas —o a las conferencias de las instituciones especializadas—, acerca del progreso obtenido en la sección de esos planes correspondiente al período de su informe. En caso contrario, explicarían con claridad por qué causa no pudieron llevar a cabo el programa ofrecido a sus nacionales. Y, acaso entonces, procedería brindarles una importante ayuda internacional. En efecto, cómo exigir responsabilidades idénticas a países tan diversos como Suecia y Tailandia, la Gran Bretaña y Afganistán?

La declaración adoptada en 1948 no tenía el valor de un pacto ni preveía sanciones que no fuesen de orden moral. Pero la idea de reforzar la declaración y de darle la naturaleza jurídica de un convenio, nos obligaba a reflexionar acerca del uso que los Estados más poderosos podrían hacer de los fallos de un tribunal internacional, dispuesto siempre a citar a los gobiernos militarmente débiles, aunque menos resuelto a sentar en el banquillo de los acusados a los gobiernos de las grandes potencias… A mi ver, la declaración era ante todo un llamado a los gobernantes para recordarles que el hombre existe, que no es un autómata al servicio de los sistemas de dominio político o financiero y que debe considerársele no como un medio sino como un fin, como el único fin que a todos nos interesa.

Las observaciones que preceden fueron la base del discurso que leí, en la Sorbona, el 24

de febrero de 1949. Lo terminé recordando una anécdota que alguien me había contado, antes

de la guerra, durante una de las asambleas de la Sociedad de Naciones. Cierto universitario inglés invitó a comer en su casa a algunos amigos. La conversación se veía interrumpida, a cada momento, por un niño de no más de siete años, hijo del anfitrión. Para alejarlo, el padre le propuso la solución de un rompecabezas. Hizo pedazos un planisferio y recomendó al párvulo preguntón que no volviese a presentarse ante sus amigos sin haber rehecho aquel mapa, tratando de pegar cuidadosamente los trozos que le entregaba. Grande fue su sorpresa

—y la de sus huéspedes— cuando el niño volvió, media hora más tarde, con el trabajo bien concluido.

No tardó en descubrirse el secreto de aquella extraña celeridad. El planisferio estaba impreso sobre un papel en cuyo reverso los editores habían representado la figura de un hombre. Para coordinar los fragmentos, el niño no tuvo que apelar a sus conocimientos geográficos, nulos sin duda, sino a algo más inmediato: el de la estructura visible del ser humano. Al reconstruir la imagen del hombre, había rehecho el mapa del mundo. ¿No entrañaba aquella anécdota un consejo y una enseñanza?… Sólo pensando en el hombre, y tratando de reconstruirlo (de reconstruir su conciencia, sus esperanzas, su amor al bien y a la libertad), llegaríamos quizá a rehacer, sin demasiados errores, el contorno político de la Tierra, el mapa económico, social y cultural del mundo contemporáneo.

Ésa, después de todo, era también la obligación de la UNESCO. Francia lo comprendía, y las personas que se acercaron a saludarme, al final de la ceremonia, me lo dijeron muy francamente. Me halagó, de manera especial, que el presidente Auriol me lo confirmase.

¡Gran falta me hacía ese apoyo humano! La última sesión del Consejo Ejecutivo, reunido en París durante el mes de febrero, me había desalentado mucho. Ciertamente, no tuve serias dificultades en obtener que estableciésemos un sistema de prioridades para la ejecución del programa. Pero hasta las intervenciones más favorables a las tesis que allí sostuve revelaban, en casi todos los

oradores, una actitud de fatiga, de burocrático aburrimiento y de amable pero evidente desinterés.

De los latinoamericanos, el colombiano Nannetti era claro en las negativas, aunque indeciso en las adhesiones; el venezolano Parra Pérez recordaba, en cada ocasión, precedentes diplomáticos que no parecían tener relación directa con el tema de los debates; el doctor Manuel Martínez Báez no concurrió, y el brasileño Paulo de Berredo Carneiro (de cuyo espíritu solidario me felicito sinceramente) me ofreció el más cordial apoyo.

El embajador canadiense Víctor Doré, tan benévolo como cauto, fumaba cigarrillo tras cigarrillo. Hablaba poco, siempre dispuesto a no lastimar a nadie. En las juntas vespertinas, afligido por la lentitud de su digestión, el conde Jacini solía dormirse. El profesor Photiades, griego, a quien conocí en Londres en 1945, se sentía el representante oficial, permanente y autoritario, de los creadores de la UNESCO. “¡Atención, señores! —nos decía a menudo—, no nos apartemos de los principios del Acta Constitutiva.” Y, después votaba como quería. De hecho, quienes actuaron de manera más decisiva en aquella sesión del Consejo fueron

Carneiro, Ronald Walker, sir John Maud, Verniers y Roger Seydoux, francés joven, inteligente, dueño de sí, a quien la vida habría de conducir, con los años, a una carrera diplomática abundante en éxitos merecidos.

Frente a ese mismo grupo, iba a tener que exponer mis propósitos acerca de un plan en cuya realización podría colaborar seriamente la UNESCO. Me refiero al programa de ayuda técnica que el Consejo Económico y Social de la ONU había resuelto estudiar para favorecer el progreso de los países insuficientemente desarrollados.

El germen de aquel programa —hay que reconocerlo— lo había sembrado el presidente Truman. El 20 de enero, al tomar posesión de su cargo después de las elecciones de 1948, favorables a los demócratas, expuso cuatro puntos fundamentales. Los tres primeros

no eran cosa nueva ni sorprendente; pero el cuarto contenía una gran promesa. “Abrigo la convicción

—manifestó el señor Truman— de que debemos hacer asequibles a los pueblos amantes de la paz los beneficios de nuestros conocimientos técnicos, a fin de ayudarlos a realizar sus aspiraciones de una vida mejor.” Y había añadido: “Esto debe ser una tarea cooperativa, en la que todas las naciones trabajen de común acuerdo, a través de la ONU y de sus agencias especializadas, siempre que sea factible”.

Desde que leí aquel discurso, pensé que una puerta increíble se abría para la UNESCO. Sin duda, Truman no se había referido a la educación, sino a “producir más víveres, más ropa, mayor cantidad de material para la construcción y mayor volumen de fuerza mecánica”. Pero

¿cómo lograr todo aquello sin una enseñanza adecuada y equitativa?

Para que los desheredados de la historia y de la geografía consiguiesen “una vida mejor”, no bastaría proporcionarles los instrumentos técnicos del progreso. Habría que darles la capacidad y el deseo de emplear esos instrumentos. Sería preciso que comprendiesen que no esperábamos de su esfuerzo una mayor expansión de las grandes potencias comerciales, sino el desarrollo de sus propias naciones, por desvalidas que las sintiesen. Convenía establecer

—y así lo afirmé el 18 de julio, ante el Consejo Económico y Social, reunido en Ginebra—

una distinción muy clara entre la noción de aprovechamiento económico, que no atiende sino a la explotación de los recursos, y la noción de desenvolvimiento, que implica un progreso social concomitante.

El objetivo final no había de ser —como parecía desprenderse del discurso de Truman—

el de proporcionar a las naciones insuficientemente desarrolladas equipos transitorios de técnicos extranjeros, sino el de auxiliarlas para formar sus equipos propios. De ahí que me hubiese alegrado tanto leer, en la resolución adoptada el 4 de marzo por el Consejo Económico y Social, que ese organismo reconocía la necesidad de otorgar, en materia de ayuda técnica, especial atención a las cuestiones sociales.

Aquella era nuestra oportunidad de actuar. Reuní al Consejo Ejecutivo de la UNESCO, le transmití los datos recibidos del secretario general de la ONU, subrayé la importancia de la resolución del Consejo Económico y Social, y obtuve que se me autorizase para participar en

los estudios preparatorios del plan de asistencia técnica.

Envié, entonces, a Nueva York, a dos de mis colaboradores más apreciados: el señor Beeby y el profesor Auger. Educador el uno e investigador científico el otro, ambos podían representar eficazmente a la UNESCO en las deliberaciones del grupo de trabajo constituido para coordinar un programa que parecía tan ambicioso. Y digo que parecía, porque pronto nos percatamos de que el famoso “punto cuarto” del discurso del presidente Truman no abriría, durante años, sino un camino bastante estrecho para la acción internacional. En ciertos casos, los Estados Unidos preferirían los acuerdos bilaterales.

Por eso, cuando fui a Cleveland, traté de poner en guardia a los norteamericanos frente a semejante tendencia de su gobierno. “Varias tareas —les dije— podrían llevarse a cabo mucho mejor por conducto de una agencia internacional, exenta de todo interés político. Esto lo reconoció vuestro país en 1914, cuando un proyecto de ley fue sometido a la Cámara de Representantes con el propósito de crear un ‘fondo’, administrado por un comité internacional de educadores, para el mismo objeto que tengo en mente. Por una

parte, desde entonces, hemos adelantado bastante, puesto que la UNESCO ya existe. Por otra parte, el proyecto al que aludo preveía que los gobiernos participantes contribuyeran con el 1% de su presupuesto militar. Si este principio se hubiese aplicado a la UNESCO, nuestro presupuesto no sería de menos de ocho millones de dólares. Sería, sin duda, mucho mayor. En la actualidad, cuando un Estado se dirige a nosotros en solicitud de consejo para desarrollar sus programas educativos, nos sentimos como deben sentirse los médicos que prescriben remedios costosos a enfermos sin recursos para comprarlos."

Mi viaje a Cleveland se realizó durante el período que dediqué —del 29 de marzo al 9 de abril— a visitar tres ciudades de los Estados Unidos: la que he nombrado, Washington y Nueva York. En Cleveland se habían dado cita más de dos mil representantes de las organizaciones que estaban en relación con la Comisión Nacional norteamericana. Tras de consagrar el 30 y 31 de marzo a las actividades normales de la Comisión, se inició, el 1º de abril, una asamblea destinada a discutir los siguientes temas: "Las Naciones Unidas y la UNESCO", "El llamado de la UNESCO al pueblo norteamericano" y "Las comunidades se organizan para servir a la UNESCO".

Dirigía la Comisión el señor Milton S. Eisenhower, hermano de quien sería, más tarde, presidente de su país. Se murmuraba, en algunos corrillos, que, de los dos Eisenhower, el general era el brazo y el cerebro era Milton. ¿Sería justa la observación?… Conocía yo apenas al general, por la visita que hizo a México durante el gobierno de don Manuel Ávila Camacho. Sólo pude tratarlo en París —y en ocasiones de orden protocolario— cuando aceptó el encargo de dirigir las fuerzas armadas de la OTAN. Pero estimaba ya mucho a Milton.

Sencillo, rápido, imaginativo, su sencillez no era ingenuidad, su rapidez no era apremio y su imaginación no desconocía en ningún instante la magnitud de las realidades. Lo rodeaban hombres valiosos, como William Benton y George Stoddard. Fueron oídos por

la Comisión sir John Maud y el señor Dean Rusk, que entonces desempeñaba las funciones de secretario auxiliar del Departamento de Estado.

En un vasto local, el Public Hall, y frente a nueve mil personas, fuimos invitados a hablar, durante la noche del 1º de abril, la señora Eleanor Roosevelt y yo. Antes, la orquesta sinfónica de Cleveland interpretó la *Sinfonía de la libertad,* del compositor Howard Hanson. La viuda del gran presidente demócrata era una dama digna del más respetuoso aprecio. Libre de espíritu, y profundamente patriota, había optado por poner al servicio de su país su prestigio, su nombre, su tiempo y sus cualidades excepcionales de embajadora. La apasionaba el problema de los derechos humanos. Y sobre ese problema habló al auditorio de Cleveland, entre ovaciones cálidas y entusiastas.

Mi papel era más difícil, pues mi discurso mezclaba con los elogios, justificados por el apoyo que los Estados Unidos daban a la ONU — y a la UNESCO también—, algunas críticas, que no podía omitir para ser verídico.

No insistiré en lo que dije acerca del plan de asistencia técnica. Pero no limité mis observaciones a aquel asunto. Quise afirmar que la UNESCO no estaría nunca dispuesta a servir una sola causa política, por buena que la estimase, ni a propagar una sola cultura, por válida que fuera. No admitiríamos una uniformidad que impusiera a los pueblos la abdicación de lo más auténtico que poseen: su lenguaje, su arte, su pensamiento, su comprensión de la vida y de la verdad; es decir, su alma. Tal advertencia no era superflua. Los Estados Unidos creían mucho en la eficacia de los “standards” y los “slogans”. La UNESCO, bajo mi dirección, no se plegaría al mito de los “standards”, ni aceptaría convertirse en una agencia de “slogans”

afortunados.

Expliqué igualmente a quienes me oían que, por grande que fuese mi fe en el poder de la educación, dentro de un mundo que vivía

pensando constantemente en la guerra, la escuela no bastaría para orientar a los hombres hacia la paz. Una escuela digna de la vida exigía una vida digna de la escuela. “No queramos —dije— hacer del educador lo que Nietzsche hubiera llamado un ‘torero de la virtud’. No permanezcamos sentados en las gradas del circo, mientras el maestro luchaba contra las fieras de la ignorancia y de la pasión. Tomemos todos nuestra responsabilidad ante la necesidad de salvar la paz.”

En Washington, visité al presidente Truman. Me habló de la UNESCO con simpatía, aunque no advertí en él un conocimiento detallado y concreto de sus problemas. Un secretario llamó a los fotógrafos. Y, a la mañana siguiente, los diarios reprodujeron mi imagen junto a la del señor George V. Allen, del Departamento de Estado, frente a la sonrisa patentada ya por el jefe de la nación norteamericana: una sonrisa que era, como su rúbrica, profesional, infalsificable e inexpresiva. Mientras nos retrataban se refirió a México e hizo amables recuerdos de su

estancia en nuestro país.

El 4 de abril me ofreció un banquete el señor Corominas, presidente del Consejo Directivo de la OEA. Asistieron los miembros del Consejo y los embajadores latinoamericanos acreditados en Washington. Corominas pronunció un discurso en el que manifestó que, “para quien había sabido decir que es necesario reconciliar el progreso con la justicia e imprescindible hacer de la civilización una redención, el Consejo de los pueblos americanos mantendría una inalterable solidaridad y un firme afecto”. Confieso que, en mi respuesta, más que a la UNESCO real me referí a la que yo soñaba: a la ciudadela de los hombres sin uniforme.

“Americanos o africanos —dije—, europeos u orientales, hombres somos todos cuantos vivimos. Hombres que, a menudo, se odian sin conocerse; porque el uniforme con que se visten para pelear es de distinto color o distinta traza del uniforme que llevan, en el combate, los que llaman sus enemigos. Hombres que la guerra transforma en cifras, pero que la paz arranca de pronto a la secuencia de los

signos y de los números, para plantearles los mismos problemas individuales ante cuya incógnita las fuerzas que los guiaron en el conflicto los dejan solos, como a Edipo frente a la Esfinge… Contra esa soledad, se alza hoy la UNESCO.

Porque la UNESCO no sería nada si se contentase con ser una casa internacional para polémicas y discursos. La UNESCO es la casa del hombre sin uniforme. Del que no quiere saber por qué pretextos ha de matar a sus semejantes, sino, al contrario, por qué motivos ha de vivir con ellos."

Hice escala en Nueva York. Fui a las oficinas de las Naciones Unidas. Me puse allí en relación con los encargados de organizar los trabajos sobre el plan de asistencia técnica. Y

tomé el avión que debía llevarme a París, pues el 11 de abril tendría que hallarme en Londres.

Mi visita a la Gran Bretaña había sido preparada por el señor Cowell, secretario de la Comisión Nacional británica. Era un hombre casi esquemático, de bigotes sutiles y ojos lacónicos, escritor a sus horas, latinista en muchas, pero funcionario irreprochable y certero en todas, hasta en el éxodo de sus sueños —si es que soñaba. Se daba cuenta de que no sería cosa muy fácil para un latinoamericano, sucesor nada menos que de un inglés, presentarse ante un público londinense que, en lo general, recordaba tan sólo a México por la expropiación petrolera o por algún episodio de la vida de Pancho Villa. Insistió en que la invitación me fuese hecha por el ministro de Instrucción Pública, señor Tomlinson.

Por desgracia, mi primera entrevista con el señor Tomlinson se vio deslucida a causa de un incidente en el que no tuve culpa. Durante nueve minutos, en el hotel, quedé enclaustrado dentro del ascensor que debía llevarme hasta el piso bajo, donde me aguardaban los encargados de conducirme a Church House, lugar en que estaba reunida la Comisión británica.

Los mecánicos corrigieron el desperfecto, aunque no tan pronto como hubiera sido preciso para que llegásemos a Church House oportunamente. La lentitud del auto en que me instalaron agravó las cosas. Y entré a Church House con un buen cuarto de hora de retraso, dando así motivo a muchos súbditos de Su Majestad para comprobar que los latinos ignoran, en su real

proporción, el valor del tiempo.

Durante la ceremonia, hicieron uso de la palabra, además del señor Tomlinson, el doctor Huxley y los subsecretarios parlamentarios del ministerio de Instrucción Pública y del Foreign Office . Mi discurso, redactado en español, había sido vertido al inglés por uno de los traductores británicos de la UNESCO. No olvidaba yo lo que me había dicho sir John Maud entre dos sonrisas: “Muchos de los documentos difundidos por la UNESCO desagradan a mis compatriotas, porque están escritos en el inglés de los presidentes (se refería a los de los Estados Unidos) y no en el inglés del rey”. Tomé, por tanto, las medidas indispensables para que, al menos en su forma de redacción, el discurso que iba a leer diese la impresión de haber sido escrito en “inglés del rey”.

No ignoraban mis colaboradores que algunos intelectuales británicos temían que, en mi propósito de concentración, fuese quizá demasiado lejos y omitiera resoluciones y actividades que les interesaban singularmente. Por eso manifesté que sería un error abdicar para siempre de la magnitud de nuestro programa; pero que hubiera sido un error más grave no comprender que los mejores programas son los que se realizan. Y pedí a la Comisión que me ayudara a no permitir que la UNESCO se anquilosase antes de haber crecido.

Pude charlar largamente con el ministro Tomlinson. Sir John Maud me invitó a comer.

Recorrí librerías en compañía del señor Cowell y pasé una noche glacial en la habitación que me fue reservada muy gentilmente por los administradores de una de las grandes universidades que visité.

¿Obedecería aquel frío al propósito de que el director general de la UNESCO

advirtiese hasta qué punto la política de ahorros —practicada por la Gran Bretaña en nuestras reuniones— no era muy diferente del sistema de economías que, en la calefacción cuando menos, imponían las mejores universidades inglesas a todos sus residentes?

Admiro la tenacidad de la Gran Bretaña. En la Conferencia y en el Consejo de la UNESCO, sus representantes fueron muy a menudo mis adversarios más perspicaces —y más corteses.

No comprendían la prisa con que deseaba emprender proyectos de vasto alcance, para realizaciones que ellos —en su aislamiento— habían tardado siglos en conseguir. Ya crecería la UNESCO, con otros jefes y otros programas. Y ¿qué importaba que no creciese con rapidez?

Ante todo, era útil ponerla a prueba.

En 1949 Francia era —todavía— uno de mis proyectos. No pienso exclusivamente en la solidaridad de los intelectuales y en la consideración afectuosa del presidente de la República y de varios de sus ministros. Hasta donde era “noticia” la UNESCO (y lo era, sin duda, en muy pocos casos), la prensa otorgaba atención a nuestros esfuerzos. *Le Monde, Combat* y *Le Figaro* acogían con simpatía las informaciones que solíamos proporcionar a sus redactores.

Sin embargo, el mayor estímulo provenía para mí de personas que no intervenían ya muy

directamente en la prensa o en los asuntos públicos del gobierno, pero que, por su obra, habían adquirido justo prestigio. Recuerdo, por ejemplo, las deferencias de Léon Blum. Cierta mañana, entre las cartas que la señora Matthews depositaba sobre mi mesa, encontré una del autor de *A l’échelle humaine.* Había estado bastante enfermo. Lo habían operado recientemente. Pero, ya en plena

convalecencia, le sería grato que mi mujer y yo almorzásemos en su casa. Habitaba, con su señora, una pequeña “villa” en Jouy-en-Josas, a pocos kilómetros de Versalles. Me proponía una fecha, que acepté desde luego. Al dorso de su carta, me sorprendió ver trazado, con una pluma nerviosa y por una mano que delataba temblor febril, el itinerario.

El día previsto, hicimos bien en procurar ser puntuales. Estaba esperándonos en la calle —

más delgado y más blanco que nunca, pálido y friolento a pesar del sol que hacía resaltar cada hoja de las plantas de su jardín— el gran dignatario del socialismo francés, el admirable y cordial Léon Blum. Le presenté a mi mujer. Y estábamos charlando, cuando salió a recibirnos su esposa, a quien no conocíamos. Era la compañera ideal de un hombre ya tan exhausto y siempre lúcido y oportuno. Vigorosa, aunque no muy joven, culta y simpática, parecía a la vez la enfermera, la secretaria y la alumna insustituible de su marido.

Blum había envejecido notablemente. Sus bigotes, de galo arcaico, daban la impresión de estar adheridos, con quién sabe qué pegamento, a la máscara de una momia. Pero, bajo los vidrios de los anteojos, su mirada continuaba siendo la misma, inundada en el manantial de una luz interna, diáfana y pura.

Almorzamos. Y, después, mientras las señoras hablaban acerca de las dificultades de nuestra instalación en París, él y yo nos sentamos a conversar a propósito de la UNESCO. A mí, me ofreció un sillón, sencillo como todos los muebles que pude ver en aquella casa. Él se acostó en un diván que podía elevarse, inclinarse y adoptar todas las posiciones útiles al descanso, merced a un sistema ingenioso de palancas y de resortes. Adiviné hasta qué punto había sufrido su pobre cuerpo, durante los últimos meses, al advertir la gratitud con que describía la comodidad de aquel aparato, imaginado para el reposo en la soledad. En señalarme la movilidad de sus goznes y la blancura de sus cojines, ponía casi el mismo entusiasmo que dedicara —años antes— a examinar los recursos irónicos de Stendhal, la construcción psicológica de los personajes de

Shakespeare o las intermitencias sentimentales de los de Proust. Porque aquel político generoso —tan odiado y tan calumniado— era también un crítico de méritos eminentes y un delicado conocedor de las artes y de las letras.

Mientras se deleitaba en elogiar los mecanismos de aquel diván, pensaba yo en una página escrita por Blum, en 1914, a propósito de Beyle. Decía lo siguiente: “La previsión científica de la observación y el rigor lógico de la conducta pueden abrir avenidas hacia el éxito o el placer, pero no hacia la dicha”… Y añadía: “El hombre puede provocar y cultivar el placer, recorrerlo en todos sus grados, tocarlo incluso, como si fuera un instrumento sensible; pero ningún esfuerzo de voluntad suscita la dicha… Cuando enunciamos estas sencillas fórmulas:

método de felicidad, mecánica de la dicha, la antinomia desciende hasta los vocablos”.

Y a eso, que le parecía tan absurdo en 1914, estaba condenado mi anfitrión en la senectud: a utilizar la mecánica de la dicha… Ay, de una dicha breve —y muy pasajera— pues a cada momento, durante la hora de nuestra charla, ensombrecieron su rostro expresiones rápidas de dolor. Con señorío, la sonrisa del noble enfermo se esforzaba en seguida por excusarlas.

Le expuse mis inquietudes frente a la UNESCO. La encontraba distinta de lo que hubiera deseado que fuese: lenta en hacerse y difícil en despegar del fango de aquellos tiempos. Me miró con melancolía. “Todo lo bueno es lento —dijo en voz baja—; dentro del mundo en que vivimos, sólo marchan de prisa las desventuras. Recuerde usted lo que ocurrió en 1939.

Estalló la guerra. Más de cinco años fue menester dedicar a que la ganasen los vencedores. ¿Y

cuántos más serán necesarios para recuperarnos de sus desastres?… La UNESCO es indispensable, aunque muchos

gobiernos la ignoren o la desprecien. No ceje usted en sus ambiciones, que son las mías.”

Tanto, o mejor que yo, Blum conocía el drama de la Organización que habíamos contribuido a fundar en Londres. Las grandes potencias no querían establecer una paz auténtica. Sin embargo, tarde o temprano, se impondría a los pueblos la conveniencia de robustecer esa sociedad desinteresada de los espíritus de que había hablado Paul Valéry. Y era nuestra obligación, mientras resultara posible, confiar en ella. “¿Cree usted —me preguntó de improviso— que no me daba yo cuenta, en ciertos conflictos, de que mis partidarios se equivocaban? Pero tenía que seguirlos en sus errores, ‘parece que j’étais leur chef’, porque era su jefe”… Tristes palabras en las que hallo, todavía ahora, una lección de entereza y resignación.

II. UN AÑO DE CINCO MESES. EN EL CASTILLO DE HAMLET. LA EDUCACIÓN DE LOS ADULTOS. COMIDA CON EL FUTURO

JUAN XXIII

Aunque “los viajes ilustren”, no deben distraer a un funcionario internacional de su más urgente misión: la de ejecutar el programa que los gobiernos le señalaron. Mis expediciones a Bélgica, a los Estados Unidos y a la capital de la Gran Bretaña habían sido indispensables, sin duda. Mas no podía yo multiplicar demasiado aquellas ausencias. Revisé mi calendario. Y

resolví no volver a salir de Francia sino en mayo, para recibir un doctorado *honoris causa* de la Universidad de Bruselas; en junio, para inaugurar la Conferencia Internacional sobre Educación de Adultos, que iniciaría sus sesiones en Dinamarca, y en julio, para presentar al Consejo Económico y Social, reunido en Ginebra, el informe anual de la UNESCO. A esos viajes, hube de agregar uno más, a Ginebra también, a fin de explicar al mismo Consejo los propósitos que nos habían orientado para elaborar, dentro del plan de asistencia técnica, el capítulo relativo a asuntos de educación, de ciencia y de cultura.

La Conferencia General se reuniría, en París, el 19 de septiembre. Me quedaban cinco meses escasos para realizar el trabajo de un año entero, y menos tiempo aún para concluir el informe que serviría de base a las discusiones de la asamblea.

Viví, durante muchas semanas, en condiciones de presidiario. No eran barrotes de hierro los que me encarcelaban, sino columnas de informes por revisar, cartas por responder y alocuciones por corregir. Todo, en aquella casa, nacía y moría entre cúmulos de papeles… Se inauguraba una Comisión Nacional —la de la India, por ejemplo, el 9 de abril— y era preciso enviarle un cordial saludo. Iniciaba sus trabajos (en Quitandinha, el 27 de julio) un seminario de estudios sobre el analfabetismo, y era menester dirigirle un mensaje de aliento. Se reunía en Montreal —del 25 de abril al 4 de mayo— una conferencia preparatoria sobre el problema de las materias primas para la fabricación de papel, y era apremiante formular un extenso informe, erizado de cifras y de estadísticas, a fin de atraer la atención de los delegados sobre la penuria inquietante de papel que padecían entonces los editores de periódicos y de libros.

Pero no sólo de papel vive el hombre… Y la UNESCO hubo de insistir, el 3 de agosto, ante las partes contratantes del Acuerdo General sobre las Tarifas Aduaneras, en solicitud de que se redujesen las tarifas sobre los libros y su reproducción fotomecánica, las partituras musicales, los libros y partituras impresos para los ciegos, el material escolar, los instrumentos y los productos para laboratorios, y muchos otros artículos. Seis días más tarde, aprobé un documento de trabajo, como base para la redacción de un convenio capaz de

facilitar la circulación internacional de publicaciones.

Iban a celebrarse dos centenarios: el segundo del nacimiento de Goethe y el primero de la muerte de Chopin. Había que establecer las listas de los contribuyentes a los homenajes que la UNESCO se proponía rendir a tan grandes hombres. Por lo que atañe al volumen que dedicamos a Goethe, escribí a varios ensayistas de América, África, Asia y Europa. Aceptaron enviarnos textos sobre el autor de

Fausto: Karl J. Burkhardt, Benedetto Croce, Jaroslaw Iwaszkiewicz, Thomas Mann, Gabriela Mistral, F. S. Northrop, Sarvepalli Radhakrishnan, Alfonso Reyes, Jules Romains, Léopold Sédar Senghor, Stephen Spender y Taha Hussein. En cuanto a Chopin, publicamos un catálogo de su producción y preparamos un concierto para exaltar su memoria.

Diez compositores atendieron mi invitación: Lennox Berkeley, Carlos Chávez, Óscar Esplá; Howard Hanson, Jacques Ibert, Francesco Malipiero, Andrzej Panufnik, Florent Schmitt, Alexander Tansman y Heitor Villa-Lobos.

Se planteaba, además, la posibilidad de crear, en Oriente, un Instituto de Cooperación Cultural. Contaba yo con la ayuda de un consejero especializado en los asuntos de Asia. Era el doctor Kuo-Yu-shu, chino agudo, meticuloso y siempre adherido a las últimas hojas de un memorándum o a las alas vibrantes de un avión, pues pasaba sus días escribiendo informes y haciendo viajes. En sólo un trimestre, me acribilló de comentarios y tuvo tiempo, no obstante, para visitar la India, Ceilán, Tailandia y las Filipinas. Creo que gracias a él conocí a Lin Yutang, quien residía en París en aquellos días. Lo introduje en la UNESCO. Y demostró, a cuantos le admirábamos, hasta qué punto un escritor delicioso no siempre ofrece la garantía de un funcionario excepcional. Aconsejaba lo indispensable, redactaba lo imprescindible, sonreía de mi impaciencia —y desapareció de nuestro horizonte con la misma irónica discreción con que penetró, en el Hotel Majestic, una mañana de primavera.

El Oriente me preocupaba por la complejidad de sus inquietudes. Habíamos fundado un centro de cooperación científica en Nanking, y tuvimos que trasladarlo a Shangai, como consecuencia de las derrotas de Chiang Kai-shek. Tailandia y Birmania acababan de ingresar en nuestra Organización. Ceilán había presentado una solicitud de ingreso. ¿Qué hacer en favor de esos Estados? El doctor Kuo-Yu-shu me dirigía memorándum tras memorándum. Por

desgracia, sus textos no estaban escritos en chino —es decir, con signos que expresaran ideas

— sino en el inglés más prolijo y más abundante en *ifs*. *Si* se hiciera esto, *si* ocurriese aquello, *si* considerara el director general justificadas estas observaciones… Pocas veces aquellos *si,* tan condicionales, ameritaban un *sí* acentuado.

El Japón en Oriente, como Alemania en Europa, se beneficiaba de una situación especial.

No era todavía miembro de la Organización; no pagaba cuotas; no tenía obligaciones determinadas. Sin embargo, la UNESCO le dedicaba —como también a Alemania— mucho tiempo y muchos esfuerzos. Contraté los servicios del profesor Lee-Shi-mu, japonés, para que se familiarizase con esas tareas. Al final de abril, regresó a su patria, acompañado naturalmente por el viejo Kuo-Yu-shu. Visitaron algunas poblaciones del Japón, y lograron que

se publicasen en japonés varios documentos de la UNESCO.

De las Filipinas, me escribía con frecuencia la señora Gerónima Pecson, senadora a quien recuerdo con particular gratitud. La conocí más tarde, en París, durante la cuarta reunión de la Conferencia General. Era una mujer entusiasta e inteligente. Creía en la UNESCO. Y me ayudó a resolver muchas controversias que las ausencias de Lin Yutang y los informes de Kuo-Yu-shu hubieran dejado en plácida moratoria.

Por si el Oriente me desolaba por sus inquietudes, la América Latina me alarmaba por su pereza en contestar a nuestras preguntas. No se hallaba entonces en Francia el doctor Manuel Martínez Báez, que habría sido de tanta utilidad, por su inteligencia, como agente de enlace con mi país. Por fortuna, el licenciado Alemán tuvo el acierto de designar, para cubrir el vacío que había dejado su ausencia, al embajador Antonio Castro Leal, quien tomó posesión de su cargo — de representante permanente de México— durante el mes de agosto. Y muchas cosas variaron a partir de ese nombramiento.

Pero México no era, por sí solo, toda la América Latina. Argentina, Brasil, Colombia, Cuba, Ecuador, Haití, Honduras, Perú, la República Dominicana, Uruguay y Venezuela habían establecido Comisiones Nacionales más simbólicas que efectivas. Bolivia nombró en París al más francés de sus escritores, el embajador Costa du Rels. Y Chile, que no era miembro de la Organización, nos envió a un profesor competente, el señor Walker Linares, a cuyos consejos obedeció —en gran parte— que su nación ingresara en la UNESCO.

África despertaba a la tentación de sumarse a nuestros trabajos. El Cercano Oriente era más activo. Líbano había realizado una verdadera proeza al admitir las responsabilidades de acoger a los delegados que integraron la tercera reunión de la Conferencia General. En Egipto, se hacía sentir la influencia de Shafik Ghorbal Bey, miembro del Consejo Ejecutivo.

Estábamos ayudando, hasta donde podíamos, a los refugiados árabes desplazados por la guerra de Palestina. Abrimos treinta y nueve escuelas en diversos lugares de la región. Más de veintiún mil niños aprendían allí a leer, a escribir, a contar, y se iniciaban en el conocimiento de la geografía, de la historia y de algunas modestas artesanías. Pero aquello me parecía sumamente poco, puesto que, de los ochocientos mil refugiados árabes, doscientos mil eran niños en edad escolar y los veintiún mil alumnos de que hablábamos tanto en nuestros resúmenes, superaban apenas el diez por ciento de aquella cifra.

He dicho que el Oriente me inquietaba por sus problemas, y la América Latina por su aparente pasividad. En cambio, Europa me sorprendía por el dinamismo incesante de sus academias, federaciones y consejos.

Cerca de doscientos mil dólares de nuestro presupuesto anual se habían ya destinado, como subsidios, a cuarenta y dos asociaciones, de las cuales treinta y nueve tenían su sede en Europa, una en los Estados Unidos, otra en Canadá y otra más en Nueva Zelandia. Los subsidios estaban justificados por todo género

de razones. Los señalo tan sólo porque la proporción geográfica de los cuerpos colegiados que los recibían demuestra la situación de

las instituciones culturales, científicas y educativas en 1949. El mundo se hallaba repartido, de hecho, en dos grandes zonas: Europa que, junto con la América del Norte, conservaba el mayor número de centros de acción auténtica, y el resto del planeta que, con excepción de Nueva Zelandia, parecía no tener relación alguna de carácter profesional, con nuestra Organización. Ni África, ni la América Latina, ni Asia habían logrado una ayuda económica de la UNESCO para sus asociaciones de intelectuales. Gracias a la reunión efectuada en Beirut, se pensó en la conveniencia de proporcionar un crédito al sistema de traducciones al árabe, y del árabe; pero, incluso en tal colaboración, por el número de sus clásicos, resultaba Europa la más notoria beneficiaria.

Hacía falta, a la UNESCO, un equilibrio mejor de la inteligencia. Existían sin duda en la América Latina (y, también, en Asia) muchas asociaciones de sabios, investigadores, artistas y hombres de letras. ¿Por qué no figuraban en nuestras listas?… Nos hacía falta, asimismo, la presencia de países como la URSS. Checoslovaquia, Hungría y Polonia, no colaboraban con nosotros de buena gana. Recibían los donativos que les enviábamos para la reconstrucción de sus escuelas, museos y bibliotecas. Eran modestos, lo reconozco; pero no tenían siempre tiempo de agradecerlos. Y, cuando intervenían sus delegados en nuestras reuniones, solían sustentar críticas muy severas.

Pertenecía entonces al Consejo Ejecutivo un ciudadano polaco, el señor Arnold. Asistía poco a sus sesiones. Lo representaba a menudo el señor Birecki, hombre joven, de inteligencia agresiva y franca. Se daba cuenta de que sus intervenciones estaban condenadas de antemano a caer en el vacío, pues los otros miembros del Consejo se hallaban casi invariablemente de acuerdo con cuanto opinaban norteamericanos, británicos y franceses. Me pareció un espectáculo melancólico el de aquel inflexible rigor, porque Birecki no carecía de razón en muchas de sus objeciones.

Traté de ayudarle, indirectamente; pero el Consejo atendía a mis palabras cuando le convenían y ofrecía oídos de piedra a las que le contrariaban.

A mediados de julio, me trasladé a Ginebra. Iba a presentar a otro Consejo (el Económico y Social de la ONU) el informe de lo hecho por la UNESCO, de 1948 a 1949. Allí sí estaba presente la URSS. Y, aunque su delegado se mostró desdeñoso y frío, el ECOSOC —por trece votos favorables— aprobó una resolución en la cual expresaba satisfacción por el informe y rogaba a la UNESCO que continuara concediendo atención especial a los países devastados por la guerra y a los insuficientemente desarrollados.

Algo nuevo empezaba ya a hacerse. El 16 de junio, había yo presenciado el interés de muchos maestros deseosos de coordinar y perfeccionar los procedimientos utilizados en la educación de los adultos. Aludo a la Conferencia que se efectuó en Dinamarca, bajo el patrocinio de la UNESCO y del gobierno danés. El sitio elegido no podía ser más simbólico.

Fue el castillo de Kronborg, en Elsinore. No es, sin duda, el que Shakespeare imaginó. Nada medieval ni sombrío tienen sus muros y sus salones. El sol de junio no permitía evocar a ningún espectro. Sin embargo, el nombre del castillo estaba asociado, en nuestro espíritu, al recuerdo de Hamlet, príncipe de las dudas. Y, como Hamlet, el mundo vivía interrogándose a cada momento: “¿Ser o no ser?”…

Ante los maestros reunidos en Kronborg, esas palabras cobraban un contundente significado. Sí, todos querían ser. Pero, según les manifesté, ser no es nada en sí mismo, porque nadie es —en ningún instante— sino lo que está pretendiendo ser. Desde que nacemos, somos sólo proyecto, proyecto vivo, y la existencia se nos ofrece como un programa por realizar. El niño es un proyecto de adolescente. El adolescente un proyecto de adulto. Y el adulto, en verdad, ¿qué es? ¿De qué obras somos nosotros, todos nosotros, sólo el proyecto?

En la enseñanza de los adultos, nada puede ceñirse a los habituales métodos escolares, pues el mayor obstáculo para impartirla obedece a la soledad en que vive, frecuentemente, el adulto que necesita ser reeducado.

Pocas veces esa soledad ha sido tan dura como en el mundo de nuestros días. El niño se mueve dentro de su generación, como en una atmósfera protectora. El adolescente se descubre a sí mismo en cada aventura de su sensibilidad o su inteligencia. Pero el adulto corre el peligro de no poder refugiarse en ninguna parte. Expulsado de su generación por los egoísmos en pugna que padece cada persona, y expulsado de su conciencia por el temor de verse al espejo tal como es, sin ilusiones y sin perdón, no tiene más que un dilema: ser él mismo, aislándose del conjunto, o abdicar de sí mismo en la voluntad anónima de la masa. Lo primero acontece, a menudo, en las democracias capitalistas. Y lo segundo es el precio que cobran las dictaduras para que el individuo tenga zapatos, vista uniformes y aplauda al régimen. Entre aquel aislamiento y esta renunciación, el adulto debería normarse por un concepto que ha de ser el remate de toda estructura pedagógica bien concebida: la fraternidad del destino humano.

Tuve la fortuna de que coincidiese conmigo, en Kronborg y en Copenhague, un notable ministro de Instrucción Pública, el doctor Frish, miembro eminente del gobierno de Dinamarca. Gracias a él, se reunió la Comisión Nacional danesa. Expliqué, en esa reunión, las decisiones que había aprobado el Consejo Ejecutivo para concentrar el programa de la UNESCO. Asistía a la junta, como invitado, el profesor Sommerfelt, de Noruega, y se hallaban presentes algunos intelectuales suecos. Los países escandinavos forman un triángulo indisoluble. Suecia, que no era aún miembro de la Organización, ingresaría en ella meses más tarde, aumentando así nuestro elenco europeo. Suiza había sido recibida el 28 de enero, y Mónaco lo sería el 6 de julio.

La educación de los adultos subrayaba la conveniencia de intentar una campaña internacional contra el analfabetismo. Congregados, a

moción de la UNESCO y con el apoyo de la OEA, educadores de varios países latinoamericanos organizaron un seminario de estudios en Quitandinha. El doctor Nannetti se había puesto en contacto con el personal de la OEA. Y

designé a Jean Piaget, director de la Oficina Internacional de Educación, para orientar los trabajos del seminario. Ambos me recomendaron que enviase un mensaje a los profesores reunidos en Quitandinha.

Evoqué el ambiente de aquel lugar, donde había vivido horas tan agitadas —en 1947—

cuando participé en la redacción del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca. Y

evoqué, al mismo tiempo, los esfuerzos que tuve que hacer, en mi país, de 1944 a 1946, durante la Campaña Nacional contra el Analfabetismo.

Nadie es bastante rico, ni los más ricos —pensaba yo—, para comprarse un progreso auténtico. Así lo apunté en mi mensaje a los maestros latinoamericanos. Como los hombres, los pueblos han de escoger entre dos caminos: o copiar las fórmulas de un desarrollo económico artificial, y —por artificial— transitorio y vano; o desarrollarse esforzadamente, tomando cada problema desde su origen. Esto demanda humildad, constancia y —en todos los planos imaginables— educación. Lo inmediato, lo más urgente, sería enseñar a leer, a escribir y a vivir a los iletrados.

Años antes, me había impresionado cierta visita que hice en no recuerdo qué provincia de México, a un centro popular de alfabetización. Bajo un techo de paja, una improvisada maestra enseñaba a un grupo de campesinos. Una tela negra y mal encerada les servía de pizarrón. Tras de haber hecho leer varios trozos a las discípulas, expresé el deseo de que una, la menos joven, escribiera dos o tres frases, que elegí de la cartilla empleada por la instructora. Sin vacilaciones, la alumna trazó las frases que le

dicté. Me sorprendió aquel mecánico automatismo. Y le rogué que escribiese su nombre. Aquélla, para su mano y para su espíritu, era una prueba nueva. Tomó el gis con recelo y, letra por letra, comenzó a dibujar su nombre en el pizarrón. Cuando hubo terminado, lo leyó varias veces en voz muy baja. Y, de pronto, ante la sorpresa de todos, se echó a llorar. Aquellas lágrimas no delataban la menor amargura.

Al contrario. Revelaban, en quien las había vertido, un hallazgo conmovedor: el de encontrarse a sí misma súbitamente, tras de años que equivalían, por la ignorancia, a una ausencia del propio ser… En esas líneas, de caracteres toscos y primitivos, se veía ella más limpiamente que en un espejo, con su pobre pasado a cuestas, humilde y dócil —pero, también, con un porvenir, que era ya promesa.

Incluí la anécdota en mi mensaje a los profesores de Quitandinha. Y, antes de enviar el texto a los traductores (porque todo documento, en la UNESCO, tenía que traducirse al francés y al inglés), me quedé solo frente al recuerdo de muchos detalles de mi pasado. ¿Qué hacía yo en ese despacho, frente a tantos asuntos pendientes y tantos problemas sin solución? Pocos minutos más tarde, se abriría otra vez la puerta. Y entraría algún empleado, con otro cúmulo de papeles…

Se abrió en efecto la puerta. El que entró, aquella tarde, no era un empleado cualquiera. Era el señor de Blonay. Me llevaba las invitaciones para la Conferencia General de la UNESCO, que celebraría su cuarta reunión en París, del 19 de septiembre al 5 de octubre. Las firmé, de acuerdo con la lista aprobada por el Consejo Ejecutivo. Eran 48. Pero teníamos autorización para invitar a que mandasen observadores otros veintiséis Estados, entre los cuales figuraba el Vaticano.

Esa invitación había sido motivo de discretas gestiones por parte de monseñor Roncalli, nuncio en París. Sus enviados me visitaron, y les manifesté que no dependía de mí el incluir a los Estados no

miembros de la UNESCO en las invitaciones que extendía nuestra Organización.

Sometí la consulta al Consejo Ejecutivo. Y éste tomó la resolución a que acabo de referirme.

Lo hice saber así a los enviados del nuncio, quien no tardó en invitarnos, a mi esposa y a mí, a una comida en la Nunciatura.

La única dama presente era mi mujer; pero abundaban las faldas de las sotanas, pues monseñor Roncalli había reunido a sus colaboradores más importantes. Así fue como establecí una relación amistosa y cordial con quien sería, más tarde, Juan XXIII. Era entonces monseñor Angelo Giuseppe Roncalli un dignatario eclesiástico tan venerable como efusivo, entusiasta y claro, irónico y generoso, capaz de ofrecer a sus invitados, después de lo que él llamaba "el aperitivo de los arzobispos franceses" (una copa de Pouilly o de Meursault, sumamente frío, con algunas gotas de *cassis*), anécdotas deliciosas de la vida campestre en Italia, que tanto amaba, y de la cual lo había arrancado, muy joven, la vocación sacerdotal.

Nacido en Sotto il Monte, cerca de Bérgamo, tenía —en 1949— sesenta y ocho años de edad. Sus pasos, lentos y cortos, lo delataban; pero no su sonrisa, piadosa siempre, ni la rapidez de su ingenio plácido y perspicaz. Conocía mi origen, no ignoraba mis antecedentes de escéptico irreductible en asuntos de índole religiosa, y recordaba —sin duda— las dificultades que había tenido la Iglesia en México.

Nada de todo aquello afloró en la charla que sostuvimos. Me habló de un pariente suyo, que cultivaba su campo como el Cándido de Voltaire, y del Seminario de Bérgamo, del cual pasó —con el siglo XX— al Pontifical de Roma. Pero, sobre todo, me habló de la UNESCO.

Tenía para su obra una simpatía impregnada de complacencia, y tal vez de lástima, pues no ignoraba las grandes dificultades que se

oponían a nuestro éxito. —“La UNESCO —me dijo—

quisiera ser una Iglesia laica.” Y agregó melancólicamente: “He ahí su mayor problema”.

Pronto cambió el tema de nuestra plática. Con la cortesía más delicada, interrogó a mi mujer sobre su familia. Le interesó —o pareció interesarle— saber que había tenido once hermanos de los cuales vivían seis. Sonrió ante el entusiasmo con que le describió la catedral de Zacatecas, a la que iba, cuando era niña, a llevar flores para la Virgen. Al terminar la comida, nos acompañó hasta la reja de su jardín y nos despidió, frente a un séquito de sotanas, con una mirada que tenía el valor de una bendición…

Nunca imaginé que, nueve años después, monseñor Roncalli ocuparía la Santa Sede; pero

no me sorprendió que, desde el primer momento, anunciasen sus frases y sus acciones la presencia de un Papa insigne, renovador, generoso de espíritu, compasivo para los débiles, inflexible ante los potentes, y digno por todos conceptos de la admiración que despertó en el mundo gracias a la rectitud de su carácter y al caudal de su inagotable bondad.

Alta figura la suya, jovial y recia, hecha a la vez de rústicas mieles, de lúcida inteligencia y de angélica suavidad. El hombre que principió a tratarlo en 1949 rinde aquí a la memoria del Papa de los humildes un homenaje de gratitud.

III. EL “EQUINOCCIO DE SEPTIEMBRE”. CUARTA REUNIÓN DE

LA CONFERENCIA GENERAL DE LA UNESCO. PENURIA Y

GRANDILOCUENCIA. VISIÓN DE BERTRAND RUSSELL.

HOMENAJE A JOSÉ CLEMENTE OROZCO

Se acercaba, con el equinoccio de septiembre, el momento de presentar a la Conferencia General el informe de lo que hubiera debido la UNESCO hacer en el curso del año —y de lo que había podido realizar efectivamente, en ocho escasos meses de labor. Cuando revisé los textos que departamentos y servicios me remitieron, comprendí que no era tanto lo hecho como hubiera podido suponerlo, en virtud del esfuerzo desarrollado, ni tan poco como tenían que inducirme a considerarlo la magnitud de las metas propuestas y la exigüidad de los medios autorizados por la reunión de Beirut.

Habíamos distribuido los elementos de un programa demasiado abundante y demasiado disperso en proyectos que exigirían un esfuerzo especial en 1949; proyectos que demandarían tan sólo actividades rutinarias, y proyectos que no podrían realizarse sino en 1950. A pesar de lo breve del tiempo, lo largo de las deliberaciones y lo complejo de los mecanismos administrativos, el primer semestre de 1949 nos permitió entrar hasta cierto punto en la realidad.

Ya indiqué los resultados de la Conferencia sobre Educación de Adultos, efectuada en Dinamarca, y del seminario de estudios reunido en Quitandinha para proceder contra el analfabetismo. Además, habíamos enviado dos misiones de educadores: una a las Filipinas y otra a Tailandia. Estábamos preparados para mandar a Afganistán una tercera misión. Por otra parte, desde el mes de abril, hicimos circular un plan tipo de examen crítico de los manuales escolares existentes, a fin de mejorarlos desde el punto de vista de la comprensión internacional. Difundimos el primer catálogo de reproducciones en color de la pintura moderna, posterior a 1860. Lo prologó Jean Cassou. Pusimos a disposición de los Estados trece colecciones circulantes de grandes reproducciones en color de obras de los más famosos pintores contemporáneos. Distribuimos bonos, por valor de ciento cuarenta y cuatro mil dólares, para facilitar, en los países de divisas débiles, la compra de libros editados en países de monedas fuertes. Y administramos ciento diez becas de estudio, en provecho de otros tantos nacionales de treinta países.

Acabábamos de sentar las bases para la creación de una Asociación Internacional de Universidades, que no se constituyó sino en 1951, pero cuyo comité preparatorio, presidido por el doctor Kruyt, desbrozó inteligentemente el camino, en febrero de 1949. Establecimos el

Consejo de Filosofía y de Ciencias Humanas, que tanta falta hacía en un mundo en el que las ciencias exactas y naturales avanzaban a pasos agigantados, mientras que las ciencias humanas seguían esperando, no sé si pacientemente, una voz de aliento. Favorecimos los trabajos indispensables para poder instalar tres nuevas asociaciones internacionales: las de ciencias políticas, sociales y económicas. Y robustecimos la actividad de organismos como el Instituto Internacional del Teatro, surgido en 1948, al que otorgamos una ayuda económica solicitada por sus promotores. Figuraba entre ellos Armand Salacrou.

Cuanto aquí sintetizo —y lo mucho que no menciono— era, a mi juicio, raquítico. La UNESCO tenía que trabajar con un personal que se sentía permanentemente frustrado. Muchos de los funcionarios que veía con más frecuencia habían abandonado tareas claras y perceptibles en su país de origen, para entrar de pronto en una oficina en la que su deber habitual consistía, las más de las veces, en procurar que otros realizasen —a millares de kilómetros de distancia— lo que no tenían ganas de hacer. Comités, seminarios de estudio, consejos técnicos habían trabajado para preparar, por ejemplo, el plan tipo que convendría seguir a fin de mejorar los manuales escolares. ¿Cuántos países aprobaron ese “plan tipo”?

Varios, sin duda. Pero ¿cuántos lo adoptaron en la práctica? Más aún: ¿cuántos ministros de instrucción pública tuvieron tiempo para leerlo?…

Nuestros documentos, traducidos siempre del francés al inglés, o del inglés al francés, atravesaban mares reales —en barcos o en aviones— para hundirse después, metafóricamente, en mares no imaginarios, de desdén o de indiferencia. No sabíamos en realidad quién los recibiría. En muchos Estados el ministerio encargado de

mantener enlace gubernamental con nosotros, era el de Relaciones Exteriores; en muchos otros, el de Educación Pública. En los primeros, privaba un criterio político. Y no estábamos nunca seguros de que, en los segundos, prevaleciese un criterio técnico. Pocas de las sugestiones que dirigíamos a esos corresponsales invisibles obtenían, de tarde en tarde, una respuesta precisa y alentadora. No escojo al azar los adjetivos que aquí reúno. Porque, si la respuesta resultaba precisa, no era siempre alentadora. Y, si resultaba alentadora, no era precisa.

¿Por qué perseveraban, entonces, los funcionarios de nuestra Organización? Unos, porque el sueldo que recibían en Francia era probablemente mayor que el que hubiesen cobrado en sus países. Otros, porque les gustaba vivir en París. Otros, porque el hecho de figurar en la planta de una institución internacional les infundía tal vez orgullo. Y muchos —¿cómo ignorarlo, pues yo me contaba entre ellos?— porque, a pesar de las frustraciones, seguían confiando en los ideales que la UNESCO invocaba para existir.

Quise ver hasta dónde podían llegar las cosas. Aunque fuese la cuarta en la historia de la UNESCO, la Conferencia que iba a celebrarse en París sería la primera en la cual me

correspondiese actuar como director de la institución. La presidiría, verosímilmente, el doctor Ronald Walker. Así lo creían los miembros del Consejo Ejecutivo. Y los delegados tratarían de borrar, en la mente del representante australiano, la penosa impresión que debieron causarle, en Beirut, ciertas sorpresas electorales.

El encargado de organizar nuestras reuniones —un francés, sumamente experto, el señor Montagnier— tomó las medidas convenientes a fin de que uno de los grandes salones del antiguo Hotel Majestic quedase convertido en local adecuado para las asambleas plenarias.

Iban y venían los intérpretes, los carpinteros y los electricistas. Se ejercitaban los traductores.

Y los multicopistas se apresuraban en la tarea de imprimir y engrapar kilómetros de papel recortado en hojas, donde aparecían informes, enmiendas a los informes, enmiendas a las enmiendas, e informes sobre las enmiendas hechas a los informes.

Todos los mecanismos habían sido previamente ajustados y revisados, mediante experiencias que acabaron siendo satisfactorias. Los magnavoces funcionaban correctamente.

Lo mismo ocurría con los micrófonos de los traductores. Éstos —encerrados en sus cabinas, de maderas delgadas y gruesos vidrios— podrían, mientras traducían al inglés lo que decía un francés o al francés lo que decía un norteamericano, admirar los bostezos de muchos sabios cuando el orador trataba de asuntos educativos: de muchos educadores, cuando se refería a temas relacionados con las ciencias exactas y naturales, y de no pocos artistas, historiadores y hombres de letras, cuando aludía a problemas de ciencia o de educación.

Parecíamos, en verdad, un gran organismo vivo. Brillaban las luces. Habían sido enceradas las escaleras. Se oía, en los corredores, un abejeo poligloto de delegados americanos, asiáticos y europeos… Aunque sin telones, podía principiar la función.

Y empezó, en efecto. Fueron revisadas las credenciales. Se designó presidente —como todo lo hacía prever— al doctor Walker. Resultaron electos vicepresidentes los jefes de las delegaciones de Checoslovaquia, Egipto, Ecuador, Francia, la India, Italia y el Reino Unido.

Washington no quería hacerse visible, ese año, en la distribución rutinaria de los honores.

Preferiría ejercer su influencia en la hora estratégica de los votos.

El 19 de septiembre, a las cuatro de la tarde, sir Sarvepalli Radhakrishnan ocupó —al lado del doctor Walker— el asiento que le correspondía. Ocupé yo el mío. Habíamos oído, por la mañana,

los saludos —amistosos y vagos— del enviado del señor Trygve Lie. Y sir Sarvepalli, en su calidad de presidente del Consejo Ejecutivo, pasó a la tribuna para presentar mi informe a los delegados. Lo hizo con la elocuencia, incisiva y rápida, que le era característica. Elogió el esfuerzo realizado con el propósito de concentrar el programa de la Organización. Y se manifestó partidario de que colaborásemos en el plan de asistencia técnica. Pero advirtió que no lograríamos nada sin una acción efectiva sobre el espíritu de los hombres. “Ni la enfermedad, ni la miseria, ni el hambre —dijo— bastarían, por sí solas, para conducir a los hombres hasta la guerra, si su alma no estuviese ya corrompida. Existen gentes que no se conforman con mantener a pueblos enteros en la ignorancia, como en una cárcel, sino

que los nutren con sistemáticas mentiras… Esa gran desventura debe ser un reto para nosotros.

Necesitamos devolver sus derechos a la conciencia escrupulosa, a la preocupación por la verdad y al sentimiento del honor.”

Confortado por palabras tan valerosas, me levanté para pronunciar el discurso que explicaría a la Conferencia lo que no había tenido oportunidad de decir en las páginas de mi informe. Los resultados obtenidos no me parecían impresionantes. Más me impresionaban, en cambio, los obstáculos que se erguían frente a nosotros. El informe enviado a los gobiernos había sido formulado por el director general, como funcionario; pero, como hombre, me sentía obligado a rendir a las delegaciones presentes, mi informe de hombre. Y ése no sería muy optimista.

La UNESCO se hallaba todavía en el estado de un gran proyecto. En cada Conferencia, rectificábamos un poco, sobre los planos, las líneas del edificio futuro, corregíamos algunos detalles de su estructura, y lamentábamos lo que no habíamos podido llevar a cabo. Pero la UNESCO no era tan sólo una secretaría. Era una institución que estábamos tratando de extender a los límites del planeta y de la cual la secretaría no representaba sino el centro nervioso… Su papel consistía en captar y transmitir los mensajes de

las Comisiones Nacionales, velar por que no se perdiese ningún llamado y por que ninguna respuesta se deformase. Ahora bien, un centro nervioso no se concibe aislado del organismo al que garantiza unidad y movimiento. Y, en lo concerniente a nosotros, parecía a menudo que los nervios estuvieran buscando un cuerpo al que reanimar.

Sin la acción de los gobiernos, iríamos al fracaso, tarde o temprano. Por lo escaso de los elementos puestos a nuestra disposición, corríamos el peligro de que nuestra actividad resultara más bien teórica. En toda empresa, la cantidad condiciona la calidad y hasta, en ocasiones, la realidad de lo que se intenta. Para la UNESCO, no existía tanto un problema de iniciativas, cuanto de medios. Medios humanos, en técnicos y en expertos. Y medios financieros, en dinero y en material. Sin un aumento simultáneo de todos aquellos medios, la concentración de nuestro programa sería muy pronto una abdicación. Porque concentrar no quiere decir contraer, ni mucho menos paralizar.

Recordé a los delegados que las dos terceras partes de la humanidad vivían en el analfabetismo y que, en materia de cultura y de ciencia, no se encontraba el mundo en condiciones mucho mejores. Si la investigación científica manifestaba en ciertos Estados ímpetu vigoroso, y les proporcionaba riqueza, poder y bienestar, no ocurría lo mismo en vastas regiones del orbe. Había países en los que no se conocía a la ciencia sino por los daños que sus abusos podían causarles. Ante tan enormes necesidades, ¿qué medidas tomarían las delegaciones reunidas en París? Más que el interés suscitado en cualquier funcionario internacional por el porvenir de la agencia a la que servía, mi emoción delataba la fe en la voluntad de los pueblos y el respeto por la esperanza que sentía palpitar en el corazón de los hombres. Y concluí mi discurso así: “Hay, sin duda, cientos de millones de seres que ni

sospechan los objetivos de esta Conferencia y que, incluso, ignoran las finalidades últimas de la UNESCO. Pero ni esta Conferencia, ni la UNESCO en su integridad, podrían ignorar a aquellos que las

ignoran. Una presencia manda sobre nosotros: la del hombre del siglo XX, al que deberemos asegurar las vías que han de guiarlo hacia esa solidaridad intelectual y moral que la UNESCO proclama como condición necesaria para la paz. Aunque invisible, esa presencia nos estimula. Nos estimula, porque nos compromete. Y, porque nos compromete, nos juzga".

Si nos contemplaba —y, sobre todo, si nos oía— ese "hombre del siglo XX" debió sonreír de la elocuencia con que los delegados hablaron sin prometer, o prometieron con la intención cautelosa de no cumplir. Todo fue discutido: en las sesiones plenarias, con párrafos oratorios, y en el interior de las comisiones, con frases más bien opacas, pero erizadas de aristas muy perceptibles. Los Estados Unidos y la Gran Bretaña magnificaban los humildes aciertos de la Organización, para estimularnos al enanismo, que podía garantizarles un módico gasto anual.

Y los representantes de los pequeños Estados pedían mayor esfuerzo, sin que ejercieran mucha influencia sus peticiones, pues a la postre, en el momento de fijar el presupuesto, ganarían —

como siempre— los grandes contribuyentes.

De acuerdo con el Consejo Ejecutivo, había yo presentado un programa que exigiría la erogación de ocho millones setecientos cuarenta y ocho mil dólares; es decir: novecientos sesenta y ocho mil más que la cantidad aprobada, en Beirut, para 1949. Ese aumento —de un poco más del 12% al año, en una institución que pronto contaría con el concurso de cincuenta y dos naciones— pareció inaceptable a los poderosos. Fue menester que Roger Seydoux invitara una noche a su casa (vivía en la calle de Varenne) a los delegados de los Estados Unidos para que discutiesen con el ministro Bidault, y conmigo, la posibilidad de una cifra máxima. Bidault habló, en nombre de Francia, con magnífica decisión. Yo defendí, hasta donde pude, los intereses legítimos de la UNESCO. Pero ni él ni yo logramos que los norteamericanos admitieran todas nuestras demandas. Tras de regateos que me abrumaron, conseguimos tan sólo que el aumento fuese de doscientos veinte mil

dólares, con lo cual el presupuesto para 1950 no excedería de ocho millones.

Gracias a ese modesto progreso, pudimos robustecer los centros regionales de cooperación científica en El Cairo, Montevideo, Delhi y Shangai; mejorar —hasta cierto punto

— los trabajos del departamento de ciencias sociales; favorecer el sistema de traducciones de obras maestras con los pueblos árabes y latinoamericanos, y sentar las bases para la creación de un centro dedicado a formar especialistas y a preparar material de enseñanza contra el analfabetismo.

Ese centro (que establecimos, al fin, en Pátzcuaro, en 1951, y que se encuentra todavía hoy en actividad) fue una especie de obsequio que se dignaron brindarme los mayores

contribuyentes. ¿No había yo dirigido en mi país, de 1944 a 1946, una campaña de alfabetización? ¿Y no había yo declarado el 22 de septiembre, en la Conferencia, que toda lucha contra el analfabetismo sería estéril si no se atendía ante todo a la formación de los maestros y a la preparación de un material adecuado para la enseñanza?… Con el propósito de imponerme un silencio breve, los ricos se resignaron a no negarme los fondos que el proyecto reclamaría.

La delegación mexicana, encabezada por Castro Leal, apoyó inteligentemente la iniciativa.

Y el doctor Martínez Báez demostró en los debates una autoridad que nadie le discutía: la que había sabido afirmar como representante de México en el comité preparatorio reunido en Londres y, más tarde, en París, como miembro del Consejo Ejecutivo. La batalla que no perdí, la ganó esencialmente México. De esa pelea surgió el CREFAL.

La Conferencia llegó a su fin, entre nuevos discursos y nuevas reiteraciones de fe en la UNESCO. El 27, el 28 y el 29 de

septiembre se desarrolló el debate sobre los deberes de los Estados para asegurar una mejor comprensión entre los pueblos desde los puntos de vista de la educación, de la ciencia y de la cultura. Resonaron voces y magnavoces. Se exaltaron anhelos ya muy oídos. Pero la verdadera respuesta a la gran cuestión, nadie quería cifrarla en dólares, y, mucho menos, robustecerla merced a una actitud de concordia y de paz para todos sus adversarios.

Los oradores inscritos no eran menospreciables. Hablaron intelectuales como el filósofo inglés Bertrand Russell, el sociólogo brasileño Ozorio de Almeida, el profesor italiano Giuseppe Vedovato, el escritor venezolano Zérega Fombona, nuestro compatriota Castro Leal y el psicólogo suizo Jean Piaget. Intervinieron también Reinhold Niebuhr, norteamericano, el marxista checoslovaco Hercik, el polaco Adam Schaff, el uruguayo Roberto Ibáñez y —entre otros, que no recuerdo— el economista francés Jacques Rueff. Muchos de ellos pronunciaron bellos discursos, citaron a sus clásicos, revisaron a su modo la historia y la geografía.

Algunos, Russell, hicieron incluso proposiciones concretas. Pero, para mi sorpresa, el autor de *Análisis del Espíritu* y de *Educación y Orden Social* se mantuvo en un plano escolar y, más que todo, universitario.

Tan agudo, tan valeroso y moralmente tan recto, Russell pareció desdeñar, o desconocer, la tragedia de las inmensas regiones insuficientemente desarrolladas. Insistió en la necesidad de difundir buenas ediciones de buenos libros, fomentar un sistema de traducciones dignas de crédito, abatir las tarifas aduaneras para el material cultural, revisar los manuales de historia, organizar viajes de estudio para los jóvenes, y sugirió que en los colegios, en vez de la bandera del país al que perteneciesen los alumnos, se izara una bandera internacional… En ningún momento se refirió a las tierras sujetas al coloniaje y —si la memoria no me traiciona

— ni siquiera aludió a la alfabetización de los iletrados.

Hombre pequeño, firme, de nívea cabellera de músico wagneriano y de rasgos que no delataban su edad —nació en 1872— Russell era, sin duda, la personalidad más famosa en

aquel torneo. Lo aplaudimos mucho; aunque yo esperaba más de su intervención. Tan universal, tan desinteresado, tan lógico y tan enérgico, pacifista hasta el heroísmo, podía haber olvidado sus tradiciones de “scholar”, para afrontar con mayor amplitud el problema humano de la paz en la libertad. El inglés que levantaría su voz contra los bombardeos sobre Vietnam, no pensó entonces en afirmar que el primer deber del Estado, hasta en lo que atañe a la educación, a la ciencia y a la cultura, es el de normar su política dentro de un respeto absoluto al derecho que tienen todos los pueblos para desarrollarse en la independencia, sin lastimar los derechos ajenos, de acuerdo con un espíritu de tolerancia recíproca y de verdadera solidaridad internacional.

El público parisiense anhelaba saber lo que dirían los delegados de Checoslovaquia y de Polonia. Se oiría, en sus palabras, la voz de la URSS. Su curiosidad se vio satisfecha. Ambos hablaron. El checoslovaco Hercik declaró que, en el mundo marxista, todo contribuía a la paz, en la justicia y en el progreso. Cuando algún asunto lo llevaba a visitar países como Francia o como Inglaterra, recibía la dolorosa impresión de haber hecho un viaje de retroceso en el tiempo. Y comentó la discriminación norteamericana. En Panamá, se llamaba a los negros

“trabajadores de plata”. Los “trabajadores de oro” eran los blancos. En cuanto a la UNESCO, sólo mencionó ciertos párrafos de su Acta Constitutiva.

Adam Schaff fue más lejos aún en su voluntad de proselitismo. Acusó de hipocresía a los que estaban fomentando una nueva guerra. ¿Quiénes eran tales hipócritas, puesto que —de acuerdo con su discurso— la Unión Soviética y sus aliados no buscaban sino la paz? A su juicio, no se necesitaban sofismas para contestar a las preguntas hechas a los gobiernos. La cuestión era muy sencilla. Los Estados debían intentar con veracidad una política de paz y de no

agresión. Citó, al respecto, el ejemplo de su país. En tanto que otros invertían sumas considerables en armamentos, Polonia había aumentado su presupuesto de educación, de siete mil millones de zlotys en 1946, a cincuenta y tres mil millones en 1949.

Roberto Ibáñez, del Uruguay, no vaciló en responder a los oradores polaco y checoslovaco. Preguntó cómo podían hablar de "democracias populares" hombres que condenaban la libertad en nombre de la justicia social. ¿Libertad y justicia no eran indisolubles? ¿Y con qué derecho censuraban la situación de los negros panameños quienes no se atrevían a criticar a Moscú por las condiciones impuestas, en Siberia, a los discrepantes de Stalin?

La política había triunfado de la razón en aquel debate, cuya promesa —en 1948— me inspiró tantas ilusiones. Sentí una vez más, con profundo pesar, la división del mundo en dos bandos inconciliables. Entre ellos, los países realmente libres esperarían ocasiones mejores de hablar y de resolver. Pero ¿llegarían en lo futuro esas ocasiones?

El 30 de septiembre, en el Museo Galliéra, inauguramos la exposición que la UNESCO había organizado sobre los Derechos Humanos. El ministro de Educación, Yvon Delbos, representó al presidente de Francia. Entre quienes más contribuyeron a preparar la exposición, quiero

citar a Roger Caillois, el escritor que con tanta lealtad y con tanto ingenio supo asociar sus méritos de ensayista y sus deberes de funcionario. Varios dioramas (como el de la toma de la Bastilla o el de la cabaña del Tío Tom) ilustraron el texto de los carteles que sintetizaban la historia de las luchas libradas en todos los Continentes para asegurar a los hombres el derecho a la vida y a la salud, a la educación y a la justicia, al ascenso por la cultura y al progreso en la libertad. En un sitio especial, colocamos los documentos más importantes: una reproducción de la Magna Carta, enviada por las autoridades inglesas; el original de la Declaración de Derechos, prestado por el gobierno de los Estados Unidos, y el de la

“Déclaration des Droits de l’Homme et du Citoyen”, que nos proporcionó la administración francesa.

La exposición fue un éxito relativo. Sólo dieciséis mil personas la visitaron durante un trimestre. Pero, al coordinarla, pensé en lo útil que sería tener en México, para los colegiales de la República, una galería permanente —con retratos, cuadros, mapas, dioramas, carteles y escenas gráficas— consagrada a narrar la epopeya de nuestro pueblo en su lucha por la libertad. La vida me permitió realizar aquel sueño, concebido en París en 1949. En efecto, gracias a la visión del presidente López Mateos y a la ayuda de un arquitecto como Pedro Ramírez Vázquez, un decorador como Julio Prieto, historiadores de la talla de Arturo Arnáiz y Freg, museógrafos de la categoría de Federico Hernández Serrano, y muchos artistas, artesanos y obreros a los que debo especial reconocimiento, establecimos en Chapultepec —

en 1960— una galería de aquella índole. Y no la han visitado dieciséis mil personas en un trimestre, como ocurrió en París, sino centenares de miles de niños, para quienes ha sido lección amable, rápida y objetiva.

No terminaré este capítulo sin recordar que merced al jefe de la delegación de la Gran Bretaña, David Hardman, la muerte de José Clemente Orozco no pasó inadvertida para la Conferencia General de la UNESCO. En la última de las sesiones plenarias —la del 5 de octubre— el señor Hardman evocó la figura del gran desaparecido. Entre tantas decepciones como los debates me causaron, aquel elogio de un compatriota ilustre fue, para mí, un imprevisto estímulo.

Tenía muy presentes el perfil de águila melancólica, la voz aguda y la sonrisa amarga del admirable pintor de México. Había sido un rebelde toda su vida. No aceptaba el destino como razón de injusticia para los hombres. Y sentía, en su árida inmensidad, la congoja del hombre ante el rigor de sus semejantes. Émulo de Goya, afirmó su verdad con el látigo de un pincel que dejó en el oprobio a los poderosos. ¡Grande y triste José Clemente! A él, tan distante de todas las vanidades (porque era orgulloso, en el mejor

sentido de la palabra), ¿le hubiese interesado acaso averiguar que la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura decidiese que un australiano, el presidente de la Conferencia, por

sugestión de un inglés, enviara al gobierno del licenciado Alemán un mensaje de condolencia en ocasión del término de sus días?… Agradecí el homenaje rendido a mi viejo amigo. Y

Castro Leal expresó el reconocimiento oficial de México.

IV. PARÉNTESIS HOLANDÉS. NUEVO ENCUENTRO CON REMBRANDT. ESCRITORES FRANCESES: DE MAURIAC A CAMUS. SOLEDAD DE MALRAUX. ÁNIMO DE TEILHARD DE CHARDIN

Concluida la conferencia, seguía el trabajo. El 24 de octubre de 1949, frente al Museo del Hombre, en la Plaza de Chaillot, se efectuó una ceremonia en honor de las Naciones Unidas.

Invitado por el presidente del Consejo Municipal de París, Pierre Gaulle, hermano del “más ilustre de los franceses”, asistí al acto, y leí un discurso más. “Tanto como un error —dije esa vez— el egoísmo sería un trágico anacronismo.” ¡Y contra ese anacronismo, por indiferencia, tropezaba constantemente la UNESCO!… Los analfabetos no desencadenarían conflagraciones próximas. Ni los enfermos. Ni, mucho menos, los muertos por falta de nutrición o de auxilios médicos. Pero todos esos males —la miseria, la ignorancia, el hambre, la enfermedad— no son siempre, como en el Apocalipsis, los jinetes que siguen el cortejo fúnebre de las guerras.

En ocasiones, son los heraldos que las anuncian.

Del 5 al 8 de noviembre, visité la llana y azul Holanda, en la cual vivimos mi esposa y yo semanas inolvidables en 1933 y los primeros

meses de 1936. Holanda es un cielo inmenso, sobre una tierra de planicies húmedas y remotas, donde los molinos surgen de pronto, más para evocar una tradición que para convertir en harina los granos de un denso trigo, testimonio del sol que —en verano— alegra los campos limpios y bien trazados, como en los cuadros de un primitivo…

Siempre que voy a Holanda, recuerdo la frase de Victor Hugo: Mucho cielo en un paisaje es como mucha frente en un rostro. Cito de memoria. Y es posible que esas palabras no sean exactamente las del autor de *Los miserables.* A cierta edad, apoyarnos en la memoria equivale a buscar la ayuda de un bastón claudicante y viejo. Pero creo, por lo menos, que el sentido no lo he alterado.

La frente del semblante de Holanda es su inmenso cielo: diáfano en estío, con lluvias súbitas y felices que improvisan a su manera, en quién sabe qué violas del aire, la tempestad de *La pastoral;* o blanco —hasta la amenaza— en los días de invierno, cuando cae sobre el silencio de los tejados, en las pequeñas ciudades quietas, ese otro silencio de la blancura, “la hermana nieve”. A veces, la serenidad de esa frente parece que nos perdona faltas antiguas,

casi olvidadas. En otras, nos recuerda la vida corta, el otoño próximo, la muerte cierta. Y le agradecemos ese recuerdo como un consejo.

La Holanda que me acogió, en 1949, atravesaba días de desventura; aunque no realmente de desaliento. La pérdida de sus colonias la obligaría, tal vez, a mayor rigor en el estoicismo.

Pero no la privaba de su ritmo pausado de dama aldeana, entre rústica y citadina.

La guerra había desencantado a los holandeses del prestigio del que Alemania gozaba en épocas anteriores. Todo holandés orgulloso de su cultura hablaba correctamente, además de su idioma, el alemán, el francés y el inglés. En 1949, el alemán había desaparecido de las vitrinas de las librerías y de los escaparates de

las tiendas. La ocupación hitleriana fue demasiado irascible. Y el holandés, en su fuero interno, nunca la toleró. Alguien me dijo un día —¿fue algún inglés?— que los aviadores británicos, durante la conflagración, preferían caer en Holanda que en otras partes del Continente, controladas por los germánicos. Allí, los vecinos los ayudaban, los escondían, y exponían por ellos su vida con decisión.

Me dio gusto ser recibido, en La Haya, por personas tan eficaces como los doctores Bender y Kruyt. El primero resultaba la antítesis del segundo. Juvenil, elegante, ameno, fluían de sus labios las frases afortunadas y las observaciones rápidas y precisas. Parecía un agente viajero de la cultura de su país. La sabía colocar en muy justo rango… En cambio, el alto y viejo doctor Kruyt, de tez cetrina, cabello cano y anteojos casi alarmantes, hablaba poco, escogiendo siempre los adjetivos más universitarios, deseosos de convencer más que de halagar y satisfecho de ilustrar más que de sorprender. Ambos fueron conmigo la bondad misma. Enterados de que me encantaba la colección de pinturas del *Mauritshuis,* desahogaron un poco el programa de mi estancia en La Haya para darme ocasión de saludar a Vermeer, a Ruysdael y a Rembrandt, más viejos amigos míos de lo que ellos podían serlo.

Me detuve un buen rato frente al cuadro que representa a Saúl con David. ¡Qué tragedia la del que reconoce su vencimiento ante el poder de la juventud ajena! Lo que era Saúl, lo sería David. Y las lágrimas que derrama Saúl, al escuchar a David, no son de envidia, ni de rencor, sino de nostalgia. Todos enterramos en vida nuestro pasado. La fuerza triunfa de la experiencia. Y existen años en que el más sabio es el que mide más francamente la importancia de lo que ignora.

En el fondo, lo esencial lo ignoramos siempre, aunque lo estemos haciendo a cada momento: nuestro destino. En el *Mauritshuis,* los ojos de la muchacha retratada por Vermeer parecían preguntarme: —"¿Por qué tardaste tanto en volver?"… En efecto, trece años habían transcurrido entre mi última estancia en La Haya y esa visita, insertada por la amabilidad de mis invitantes dentro de una serie de

alocuciones y actos protocolarios. Pero me alegró sentir que el funcionario internacional, en que me había transformado la vida, continuaba vibrando ante la belleza de sus recuerdos. La memoria —lo entendió Proust— suele ser nuestro último paraíso.

El doctor Bender me arrancó de ese paraíso, porque estaba esperándonos, con los

miembros de la Comisión Nacional de Holanda, el ministro de Educación. Fui recibido en una sala que olía a encerado reciente y a madera de roble viejo. Me presentaron a los más sólidos colaboradores de la acción de la UNESCO en aquel país. Todos habían recorrido varias veces el dédalo del programa aprobado en Beirut y ratificado, de hecho, durante la última reunión de la Conferencia. No perderse en dédalo tan complejo era prueba de pericia en la orientación.

Abundaban, allí, los hombres de ciencia. Les interesaba, sobre todo, el concurso de las organizaciones no gubernamentales. Por su parte, el ministro se congratuló de que mi viaje a La Haya me permitiese visitar Leyden e inaugurar un centro de información en Ámsterdam.

En la Universidad de Leyden, los maestros habían organizado, de acuerdo con los alumnos, un debate sobre los derechos del hombre. Leyden es el modelo de la ciudad universitaria holandesa, o sea lo opuesto a lo que hemos nombrado “Ciudad Universitaria” en El Pedregal.

No se trata, como en el caso de México, de un inmenso conjunto escolar incrustado en la periferia de la metrópoli, sino de una ciudad muy antigua, en la cual las escuelas han ido creciendo lentamente, y donde cada familia, cada vecino, se interesa por los muchachos de esos planteles, pues sus problemas en cierto modo son problemas vitales de toda la población.

Escuchados los discursos que imponía la ceremonia, algunos profesores y muchos jóvenes se acercaron a hablar conmigo. Pocos

días antes, había principiado en la India —gracias a la hospitalidad de Mysore— un seminario de educación de adultos. Hice ver a mis interlocutores hasta qué punto resultaba elocuente el hecho de que, mientras ellos se reunían en Leyden para exaltar los principios de la Declaración Universal de la ONU, los educadores hindúes —bajo el sol del Asia Meridional— estuviesen examinando la forma de aplicar uno de aquellos principios en tierras que, durante siglos, se habían visto sujetas al extranjero. En un mensaje enviado a Mysore el 2 de noviembre, me había referido a la exposición efectuada en París, con motivo de la Conferencia General de la UNESCO. Esa exposición trataba de precisar que los derechos del hombre no son dádivas ofrecidas gratuitamente a los pueblos por los gobiernos, sino el resultado de una conquista en la que participaron y participan todas las razas.

La evolución de la humanidad ha sido, y tendrá que ser incesantemente, una batalla contra la noche; un triunfo de la libertad sobre la esclavitud, del perdón sobre la maldad y de la verdad sobre la mentira. En esa batalla, habían colaborado —y no sin esfuerzo— los holandeses. Los jóvenes de Leyden no tenían sino que repasar algunas épocas de su historia para entenderlo. Sólo como victoria del hombre sobre el destino, cobraría la declaración del 10 de diciembre de 1948 su pleno significado: el de una promesa hecha al individuo, de cualquier color o de cualquier lengua, por la civilización en su integridad.

Y les conté —lo que había dicho también a los maestros hindúes— cómo, antes de salir de la exposición parisiense sobre los derechos del hombre, los visitantes se detenían frente a un tablero. Se enteraban allí de cuántos millares de niños nacen, hora tras hora, sobre la superficie del globo. Merced a un dispositivo automático, colocado detrás del tablero, una voz

repetía insistentemente: “¿Qué ha hecho usted, qué hará usted, para asegurar a esos niños una vida más digna de ser vivida?”

Los jóvenes de Leyden dejaron entonces de sonreír. Habían advertido la intención de aquella pregunta. ¿De qué serviría hablar

de los derechos del hombre si todos y cada uno de nosotros no luchásemos por darles valor en la realidad?

Terminó, en Ámsterdam, mi entreacto holandés. Por fortuna, fueron parcos en palabras mis anfitriones. Instalé un pequeño centro de información acerca de la obra encomendada a la UNESCO. Inauguré una de nuestras exposiciones viajeras de reproducciones de cuadros célebres. Y tuve algunas horas libres para contemplar la ciudad. Fui, una vez más, a la casa de Rembrandt: la de su época venturosa, donde vivió con Saskia. Me sobrecogió pensar en un escenario muy diferente: el de su pobreza, el refugio del pintor solitario y viejo frente a sus dos modelos inevitables, su sirvienta amante y la senectud. Los autorretratos de Rembrandt nos enseñan cómo va despojándose el hombre de las sedas y los emplumados sombreros que simbolizan la petulancia de que se jacta en la mocedad. Con los años, los sombreros se convierten en gorros, la seda en lana. Lo que era lujo, se vuelve abrigo. Pero, si varía el atuendo, cambia también el rostro del personaje. La arrogancia se torna melancolía, adustez el garbo, y piadosa emoción humana la intrepidez.

Crucé puentes; admiré canales; vi el temblor de las aguas espesas frente a las proas de ciertos barcos. Respiré un aire hecho de sal y humo. Contó el reloj de una torre no sé ya cuántas campanadas. La ciudad parecía el escenario de un cuento de Andersen. De pronto, me dijo el doctor Bender: —“Creo que sería el momento de ir al museo.” Y el museo era nada menos que el Rijksmuseum. Tenía positivo interés por que me mostrasen una tela de Rembrandt, admirada antes de la guerra y restaurada conforme a técnicas muy audaces: la *Ronda de noche.* Gracias a la mediación de los rayos X, los conservadores de los tesoros de Amsterdam habían llegado a la conclusión de que el tiempo exageró el valor de “la noche” en aquella tela. Se trataba, más bien, de un sombrío espesor de barnices mal superpuestos. Todo, en el cuadro resucitado, estaba efectivamente más claro e inteligible. Pero confieso que la antigua versión tenía un encanto más sugestivo. La oscuridad proponía al espectador enigmas que la escena ya no le ofrece. ¿Convendrá

siempre despojar a las obras maestras del sortilegio con que los siglos, el barniz, la credulidad —y hasta el polvo— las transfiguran?

Volví a París el 9 de noviembre. Y entré de nuevo en el túnel de los informes y de las juntas. A veces, por la noche, iba con mi mujer a algún espectáculo. O teníamos que aceptar —u ofrecer

— alguna cena inevitable. Por intenso que su trabajo sea, el director de una institución internacional no puede eludir sistemáticamente los compromisos sociales que forman parte de sus deberes.

Quisiera referirme a algunos de los escritores que conocí en esas reuniones. Los primeros que evoco —acaso porque fueron a cenar en mi departamento de la Avenida Foch antes que los otros— son André Maurois y François Mauriac. Ambos habían sido, de lejos, guías de mi generación. Recuerdo el entusiasmo con que Xavier Villaurrutia y Enrique González Rojo me hablaban del *Disraeli,* que sigue siendo —a mi juicio— uno de los mejores libros de Maurois.

Era su autor, en 1949, un sexagenario benévolo y distinguido, de grandes ojos glaucos —que parecían pequeños por la fatiga de los párpados indolentes— y de nariz que acusaba un perfil hebreo. Para muchos, el origen étnico del prosista había sido olvidado, o borrado, por su seudónimo. El verdadero nombre de Maurois era Émile Herzog. Hablaba fluidamente el inglés. Había leído “todos los libros”… hasta donde puede ser cierta la frase de Mallarmé. Y

pertenecía, como Proust, a esa categoría de intelectuales (de familias acomodadas e incluso ricas) que no tienen necesidad de perder su existencia, día a día, para ganársela mes a mes.

Pero Maurois fue siempre, lo mismo que Proust, un incansable trabajador.

Medía su tiempo, no por las horas que el cronómetro le marcaba, sino por las páginas que llenaba su pluma con líneas firmes, de trazos sobrios. Esas páginas delataban la espontaneidad de su

estilo, la lógica de su fantasía, la fuerza de su cultura y la oportunidad de su erudición.

En esto último, muchas de las investigaciones a que lo condenaban los temas que prefería, las efectuaba su esposa —según parece— con docta fidelidad.

Madame Maurois fue admirada, cuando soltera, por el autor de *En busca del tiempo perdido.* Pienso en la visita que hizo Marcelo, cerca ya de la media noche, y sin anunciarse, a la casa de los señores de Caillavet. He contado la anécdota en otra parte. Tanto la señora de Caillavet como su marido lo recibieron amablemente. ¿Qué podría ir a decirles Marcelo a hora tan avanzada? El visitante explicó en seguida el objeto de su incursión. Quería ver a la señorita Simona, hija de los Caillavet, que tenía entonces dieciséis años y que llegaría a ser, con el tiempo, Madame Maurois. Simona había ido ya a acostarse. Pero como Proust insistiera en verla, los padres se resignaron a complacerlo. Y Simona, semidespierta, compareció. Lo que Proust quería considerar —con urgencia tan apremiante— era el color, la sustancia, la transparencia de las mejillas de la muchacha. Desde hacía tiempo estaba tratando de precisar a qué especie pertenecían determinadas flores, en cuyos pétalos había apreciado una gracia y una tersura muy semejante a la tersura y la gracia de esas mejillas.

En 1949, la propietaria de aquellas mejillas —marchitas ya por la edad— sobrevivía a su otoño físico merced a dos cualidades no muy frecuentes: la curiosidad intelectual y el amor al trabajo bien hecho. No pasa, empero, la vida en vano. Y es posible que, a la dulzura juvenil, hubiese ido mezclándose, en esposa tan ejemplar, cierto vinagre de desencanto y —tal vez—

de tedio. El escritor se reservaba las notas altas, las melodías para la mano diestra, los acordes de ecos más perdurables. Correspondían, en cambio, a su compañera, las notas grises y los acompañamientos para la mano izquierda, necesarios al desarrollo de la sonata. Sin embargo, el instrumento era el mismo: un inmenso piano hecho de cultura y de tradición. Cada

tecla oprimida —o acariciada— ponía en movimiento muchos martinetes de la imaginación y de la memoria, y hacía vibrar quién sabe qué cuerdas mágicas, cuya resonancia evocaba toda una época (el siglo de Luis XIV, la longevidad de la reina Victoria, el romanticismo de *Hernani*), o un horizonte especial de la geografía: la Italia de Shelley, el Londres de Thackeray, el Tours de Balzac.

En la conversación, la diferencia que he mencionado resultaba más perceptible. Maurois no se quejaba de nada, no criticaba a nadie. En cambio, quejas y críticas menudeaban, sin amenidad excesiva, en labios de su mujer.

Maurois conocía muy bien "el clima" de los Estados Unidos, donde había pasado años de prueba durante la ocupación de Francia por Hitler. Le interesaba la América Latina. Le pregunté, cierta vez, por qué no consagraba alguna de sus biografías —no un breve ensayo — a Simón Bolívar. Sonrió con escepticismo… Él hablaba sobre todo de literatos. Necesitaba conocer bien la obra para juzgar plenamente la vida. —"Pero Bolívar, en cierto modo, fue un literato —le dije— como, en ocasiones, lo fue también Napoleón. Y nos dejó muy hermosos textos…" Me di cuenta de que no lograría persuadirlo. Hablamos, entonces, de Lytton Strachey.

Contemporáneo de Maurois (habían nacido ambos en 1885), François Mauriac era un hombre muy diferente. Encorvado, alto, moreno, pálido y ronco, daba la impresión de estar siempre en busca de un pecado por inquirir o de una virtud tambaleante que proteger. Su especialidad, como novelista, había sido precisamente la indagación de esas zonas turbias del alma y de la existencia en las que combaten el mal y el bien.

Prosista insigne —pocos estilos tan incisivos y tan desnudos han dicho tanto con tan lúcida concisión—, encerraba, bajo capas de malicia deliberada, una ingenuidad de poeta, vibrante y honda. Su primer libro fue un volumen de versos: *Les Mains Jointes.* Quien sintió la poesía de ese volumen no podía creer en la crueldad que muchos atribuyeron al escritor. En el fondo, Mauriac era un

torturado. Su perfil recordaba a veces —en magro— el perfil de Savonarola.

Y se gozaba en cultivar su reputación de crítico inexorable. Pero ese hombre, profundamente cristiano, vivía en perpetua lucha contra sí mismo. Y era capaz, según lo demostró en el caso de la guerra española, de colocar su fe en la justicia por encima de todas las controversias.

Según contaban, Mauriac había dicho que la UNESCO era un queso en el interior de una nube: “un fromage dans un nuage”. Por “queso” daba a entender lo sustancial de los sueldos que percibían los funcionarios. Y la nube, ya podemos imaginar lo que suponía: un idealismo brumoso, incapaz de encarnar en la realidad. Aquella dura expresión no me lastimó. La administración pesaba mucho, en verdad, sobre el presupuesto de la Avenida Kléber. Pero el queso —si queso había— era un inmenso “gruyère”, con múltiples agujeros. Carecíamos, a pesar de todo, de especialistas. En cuanto al programa —a la nube—, ¿no estaba tratando yo de reducirlo y de concentrarlo? Lo quería con alas, para cortar el viento, no como nube, sin voluntad en la dirección.

En mi casa, Mauriac se abstuvo de referirse a la UNESCO. Hablamos más bien de literatura

—y, después, de vinos. Le encantó que mi mujer hubiese previsto, para el plato principal de la cena, un burdeos y no un borgoña. El autor de *Thérèse Desqueyroux* conservaba, en materia vinícola, el regionalismo del bordelés. “El borgoña no existe” declaró, exagerando sin duda.

Y aprovechó la oportunidad para describirnos su tierra natal, a la que iba cada verano y de la que conservaba una imagen tierna, pintoresca y conmovedora.

En los momentos en que trazo estas líneas, releo un artículo suyo sobre Jean de la Ville de Mirmont, muerto durante la guerra de 1914. Encuentro, en ese artículo, este fragmento revelador: “Cuando

vuelve la Navidad, un anciano recorre en sentido contrario el curso del agua que lo condujo, río abajo, por más ya de ochenta años. Avanza sin confiarse a nadie, entregado por entero al amargo placer de volver a hundirse a solas dentro de ese mágico Burdeos de cuando era niño, en el olor de las aceras mojadas y el acetileno de los puestos al aire libre. Ese Burdeos tenía la voz de la campana de la torre Pey-Berland, durante las noches de Navidad, y su queja era la de las sirenas de los barcos en la neblina".

Me parece estar escuchando a mi huésped de un día, en el París invernal de 1949.

Resultaba entonces la gran ciudad muy distinta de la que atravesé, en mi viaje a Madrid, veinte años antes. Las heridas de la última guerra no habían dejado cicatrices demasiado visibles en el exterior de los edificios. En algunos, sin embargo, se veían huellas de balas. En muchos, sobre todo cerca del Sena y alrededor del barrio latino, junto a esas huellas, se leían nombres de héroes que no mencionará probablemente la historia, pero que —si no fueron tal vez necesarios al triunfo— le dieron su sentido más generoso: el de un sacrificio del pueblo, ávido de participar en la lucha por devolver a Francia la libertad. En mis paseos por París, los domingos en la mañana, solía detenerme frente a los nombres de aquellos héroes. A menudo, unas flores humildes habían sido dispuestas en torno de la inscripción. Eran, sin duda, la ofrenda de algún pariente: una esposa, una madre, un tío, un hermano, una hija acaso, que tenían de la historia de su familia y de su ciudad una noción más concreta de la que tienen, por fuerza, los historiógrafos.

Comenté aquella impresión durante la cena. Y Mauriac estuvo de acuerdo conmigo en reconocer que París no era ya el de 1929. Algo había sido lastimado profundamente en el alma de Francia durante la ocupación. Pero De Gaulle continuaba vivo. Y alguna vez cesaría el caos de los partidos inconciliables.

Yo no conocía, personalmente, al general De Gaulle. Vivía él en provincia, y estaba dedicado —de manera casi exclusiva— a la redacción de sus *Memorias.* Los políticos le temían. Era lo

suficientemente orgulloso para callar cuando los acontecimientos no despertaban en su alma sino desprecio. Pero hablaría —y habló muy alto— cuando Francia, por los errores de Argelia, estuvo a punto de convertirse en un país dividido y sin esperanza de salvación. Me alentó saber que hombres como Mauriac tenían confianza en el animador de la Francia libre.

Días después, almorcé con Georges Duhamel. Él no era un creyente, sino un "agnóstico inquieto". Redondo por todas partes, resultaba un sistema de círculos coordinados. Sobre el círculo de su cuerpo, se insertaba el círculo de su rostro. Y, en su rostro, el círculo de su boca correspondía con los círculos de los ojos, que parecían adheridos materialmente a los vidrios circulares de sus anteojos, de canónigo bien nutrido o de lego con apetito de confesor.

Sonrosado y rotundo desde todos los puntos de vista, poseía una astucia oculta. Había sobrevivido a dos grandes guerras. Como médico en la primera, vio muchos dramas, socorrió a muchos desvalidos y tuvo una expresión de consuelo para muchos desesperados. Dos libros suyos — *La vida de los mártires* y *Civilización*— conturbaron mi juventud. La contienda, que otros novelistas franceses trataron de ennoblecer, invocando patrióticos heroísmos, y que Cocteau describió con ironías de joven iconoclasta, Duhamel la había padecido entrañablemente. Las heridas de sus heridos fueron heridas suyas. No lo olvidaba.

Su pacifismo no era, por consiguiente, como el de tantos intelectuales, un pacifismo verbal.

Quería un mundo en el que fuese menor la miseria humana; pero lo alarmaban las fuerzas que estaban ya deformando la vida pública, incluso en los años de paz: el cinematógrafo, la radio, la información mecánica de las masas. Y me dijo muy francamente: "¿Qué puede hacer la UNESCO para oponerse a la subordinación de las muchedumbres frente a las técnicas de domesticación popular que ha inventado el hombre?"

Le contesté que, con el solo apoyo de los gobiernos, podríamos poco en todos sentidos.

Entre la información y la propaganda, seguía existiendo —y continuará acentuándose con los años— una tendenciosa y temible publicidad. Con algunas excepciones honrosas, los gobiernos capitalistas entregaban los vehículos de difusión a las fuerzas anónimas del comercio. Y los totalitarios —que se declaraban demócratas populares— utilizaban esos vehículos para disciplinar a la multitud. Los únicos que podrían ayudar a la UNESCO eran los intelectuales realmente libres, de cada pueblo, en cada país. ¿Lograrían hacerlo?

Conocí a Jean-Paul Sartre. Y una señora, aficionada a las bellas letras, me invitó a comer con Gabriel Marcel. Eran uno y otro los dos polos del existencialismo francés en aquella época. Sartre dirigía el existencialismo ateo y Gabriel Marcel procuraba consolidar los puentes tendidos entre Kierkegaard y el cristianismo. Ninguno de ellos creía mucho en el éxito de la UNESCO. El solo aspecto del Hotel Majestic —con sus corredores sombríos, sus grandes salas, sus pasillos estrechos, sus conciliábulos multilingües y sus mimeógrafos incesantes—

les hacía probablemente pensar en ciertos libros de Kafka. ¿Dónde estaba “el castillo”? ¿Y

cuándo concluiría “el proceso”?… Gabriel Marcel disimulaba su escepticismo ante nuestro esfuerzo, pero su sonrisa misma nos condenaba.

Se discutían mucho, en París, la persona y la obra de Montherlant. Conocí al autor de *Service Inutile* antes de la guerra. Creo que, en el momento de la presentación, ni siquiera

escuchó mi nombre. Admiraba yo al escritor, pero el hombre en él me desconcertaba. Se le sentía demasiado lleno de sí. Ignoraba a quienes trataban de aproximársele. Y se interesaba, a veces, por aquellos a quienes no conseguía deslumbrar con el aislamiento prefabricado de su persona.

Si su sentido de la responsabilidad humana me dejó algunas dudas, los años se encargaron de esclarecerlas. En 1932, Montherlant publicó fragmentos de una novela muy atractiva: *La Rose de Sable.* Según parece, tales fragmentos fueron la selección de una obra mucho más larga, en la cual figuraban trozos y diálogos dedicados a mostrar la injusticia —o, por lo menos, la incomprensión— con que trataban a los nativos los ocupantes franceses de Argelia.

Esos diálogos y esos trozos tardaron más de seis lustros en ser ofrecidos al público. Y la explicación de semejante demora no me convence. Pensó el novelista que, en la coyuntura nacional e internacional de 1932, su texto completo hubiese podido hacer daño a Francia. Yo no lo creo. Francia necesitaba que, en 1932, voces autorizadas —como la de Montherlant—

explicaran a sus compatriotas el error que la administración metropolitana estaba cometiendo en Argelia. No es posible decir la verdad a medias. Y no prestigia al testigo la voluntad de aplazar, para cuando resulte ya inútil, lo mejor de su testimonio.

Reanudé relaciones con Jules Romains. No olvidaba él que México le había brindado refugio en los días de la contienda. Recordaba con afecto a algunos mexicanos: en primer término, a Alfonso Reyes. Ambos colaboraron —según ya dije— en el volumen que consagró la UNESCO a celebrar el segundo centenario del nacimiento de Goethe.

Más aún que Maurois, era Jules Romains el modelo —metódico y sistemático— del literato profesional. Vivía conforme a las reglas de un programa estricto que no parecían interrumpir ni la enfermedad ni las vacaciones. Solía asomarse, junto con su mujer (que aprendió el español en México), a un número limitado de recepciones y de actos públicos. En tales circunstancias, hablaba poco. Cuando el tema de la charla le interesaba, sus ojos parecían adormecerse. Una taquigrafía interior estaba poblando de ocultos signos el cuaderno invisible de su memoria. Cuando nos encontrábamos, evocaba las frases que había pronunciado, en diciembre de 1945, durante el banquete con que algunos intelectuales festejaron —en México— mi

regreso al país, después de la conferencia reunida en Londres para decidir el establecimiento de la UNESCO. Cuatro años habían transcurrido. Funcionaba la UNESCO ya. Pero muchas de las dudas de 1945 seguían atormentándonos.

Dos figuras gloriosas dominaban el horizonte de las letras francesas de la posguerra: las de André Gide y Paul Claudel. Eran las últimas cumbres visibles de una generación desaparecida. Gide vivía en su inteligente penumbra, erizada de habilidades, inquietudes, objeciones, curiosidades y atrevimientos. Su última distracción sería la de asistir, en la Comedia Francesa, a la representación de la pieza teatral en que había convertido una de sus novelas: *Les Caves du Vatican.* Dentro de aquel relato —que, a los veinte años, me sorprendió— Lafcadio, personaje típicamente gideano, encarnaba una de las preocupaciones

psicológicas más perceptibles del escritor: el ejercicio del "acto gratuito". La inteligencia de Gide fue uno de los incentivos mayores de mi primera época de aprendiz. Me cautivaba la lucidez de su pensamiento. Por eso traduje al español *Los límites del arte,* en un cuaderno que la revista *Cultura* dio a la publicidad en 1920. Pero su inmoralismo me disgustaba. Y ese fue el tema de no pocas discusiones con Villaurrutia. Mi actitud dio a Xavier —según creo— la impresión de un rigor injusto, de un tradicionalismo pacato y, tal vez, de una mente estrecha.

Claudel circulaba, en el París de 1949, con la autoridad de un pontífice y las afirmaciones hurañas de un campesino imperiosamente católico. Había ostentado, durante lustros, el rango de embajador de Francia. Nunca me fue simpática su persona. Pero me interesaban mucho sus grandes "Odas'', algunos de sus libros en prosa, como *Connaissance de l'Est,* y sus obras para el teatro. Se sabía famoso. Y lo demostraba, quizás, con ingenuo exceso. 1

Maheu me presentó a Albert Camus. El autor de *Calígula* tenía treinta y seis años. Era el más sólido y más humano de los escritores franceses de su generación. Había vivido en Argel, junto con su madre, años de trágicas privaciones. Aquellos años le

permitirían declarar que no aprendió la libertad en Karl Marx sino en la experiencia de la miseria. En diciembre de 1949, cuando empecé a tratarle, acababa de hacer representar, con mucho éxito, en el Teatro Hébertot, uno de sus dramas mejores: *Los justos.*

Recto hasta el sacrificio, Camus dijo siempre —y a tiempo— toda su verdad. Tenía, para la España libre, un fervor viril. Detestaba la injusticia en sus manifestaciones más insidiosas.

Creyó en la UNESCO hasta el día en que —sin que tuviera yo en ello responsabilidad alguna—

la Conferencia General admitió en su seno al gobierno de Franco. Para él, si el siglo XVIII fue el de las ciencias físicas y el XIX el de la biología, nuestro siglo XX era el siglo del miedo.

Explicaba esa frase manifestando que el miedo no es una ciencia, pero que se le emplea conscientemente como una técnica. Contra esa técnica del miedo, ejercida con cínica asiduidad por los poderosos, elevo siempre una voz honrada, limpia y enérgica.

Camus protestó incesantemente contra la inteligencia que se humilla hasta el grado de convertirse en sirvienta del odio y de la opresión. Hasta morir, cumplió su destino espléndido: el de crear peligrosamente. Porque, según habría de decirlo en la Universidad de Upsala, en 1957, “toda publicación es un acto y ese acto expone (al autor) a las pasiones de un siglo que no perdona nada”. Por haber sabido exponerse —como lo hizo— en una época sin perdón, guardo para su obra cordial respeto.

Se preguntarán algunos por qué razón no he aludido, hasta ahora, a Malraux. La respuesta es fácil. No lo vi, en París, durante los años de mi trabajo en la UNESCO. Había sido él uno de sus famosos conferenciantes en la etapa de Julián Huxley. Pero causas que ignoro lo hicieron desaparecer totalmente del escenario de la Avenida Kléber. Tenía yo, para sus producciones

literarias, una íntima devoción. Había leído, antes de la guerra, *La Condition Humaine.* Y no me explicaba por qué motivos el historiador del arte (o, más bien, el poeta perdido en el bosque inmenso de la arquitectura, de la escultura y de la pintura) apagó tan pronto la llama del novelista.

Novelista —y muy hondo— lo fue Malraux. Contempló siempre el mundo con ojos nuevos, de inconforme y de visionario. Pero, acaso, la novela era solamente —en la evolución de su obra— el ensayo de una experiencia: la del rebelde que las circunstancias no le dejaron ser en la madurez. El ministro, lustros más tarde, volvería a los procedimientos del novelista.

Proyectaría su vida en ese género extraño —mezcla de ensayo, autobiografía, relato y sueño—

que él califica de Antimemorias: título de un libro admirable y sin estructura, donde el tiempo retrocede o avanza arbitrariamente, no con las hojas del calendario, sino con las olas de la imaginación y de la pasión.

Tormentoso —y atormentado— representaba Malraux, en la perspectiva francesa de 1949, un ejemplo insólito: el de un alma para la cual vivir importaba más que contar lo que había vivido. Los años que algunos de sus maestros (y muchos de sus colegas) habían pasado en el interior de su biblioteca, al calor de la chimenea y del *Larousse,* Malraux los pobló de actos y de aventuras: las tragedias del pueblo chino, la guerra de España, la obsesión de la resistencia al nazifascismo y el júbilo de la liberación. Antes de penetrar en la historia del arte, Malraux se encontró en la historia patética de su tiempo: un tiempo que los demás conocían, a veces, por los informes de los periódicos y que circulaba en él, dentro de sus venas, junto con su sangre.

Entre las conferencias publicadas ya por la UNESCO, se hallaba una, en la que el autor de *L'Espoir* mencionaba el drama del humanismo. "La fuerza de Occidente —afirmaba Malraux

— reside en la aceptación de lo desconocido. Hay un humanismo posible, pero —debemos decirlo muy claramente— es un humanismo trágico. Nos encontramos ante un mundo desconocido, y lo afrontamos conscientemente.” Esa voluntad de conciencia comprueba la

“condición humana” de André Malraux.

Un decenio después, recibí su visita en México. Me cautivaron, desde el primer instante, su vibración, su carácter, su fantasía, y ese ir y venir de su inteligencia que juzgan otros morbosa nerviosidad. Era ya él, cuando vino a México, uno de los colaboradores más apreciados del presidente De Gaulle. Lo acompañé a recorrer, en sus antiguas instalaciones de la calle de La Moneda, el Museo Nacional de Antropología. Iba de sorpresa en sorpresa; no porque fueran nuevos —para su información de hombre culto— todos los objetos que contemplaba, sino porque las medidas de muchos de esos objetos no correspondían a las que había imaginado, de lejos, al estudiar sus reproducciones. De pronto, frente a la máscara del dios Murciélago, me cogió el brazo. Y me dijo, familiarmente: “Cher complice…” Comprendí muy bien el valor que tenían, en sus labios, esas palabras. Proteger la cultura, conservarla, admirarla, difundirla, son esfuerzos que, en cualquier Continente, implican seria complicidad.

En efecto, según lo ha escrito Malraux: “el misterio más grande no es el de que nos encontremos lanzados entre la profusión de la materia y la de los astros, sino que, en semejante prisión, arranquemos de nosotros mismos imágenes suficientemente poderosas para negar nuestra nada”.

Cierta mañana —¿principiaba 1950?—, fue a saludarme, en París, un personaje de reducida estatura, serenos ojos, manos sutiles y aspecto tímido y friolento. Creía en el hombre y creía en la religión. Había descubierto, a lo largo de pacientes pesquisas, el camino para unir a la geología con la teología y proclamar a la vez su devoción a la ciencia y a Jesucristo. Era el padre Teilhard de Chardin.

Conocía el despacho del director general de la UNESCO. Había visitado, en múltiples ocasiones, a Julián Huxley. Pero no me habló de mi antecesor, ni dijo nada que pareciese orientado a inspirarme la vana idea de que le importase quién era yo. No ignoraba mis inquietudes y mis propósitos. Sin embargo, lo que le interesaba no era un diálogo personal. Le interesaba la UNESCO entera. A su modo, científico y eclesiástico, buscaba en ella lo que no lograba yo encontrar todavía en el conjunto de sus realizaciones: una fuerza de promoción cultural hacia la unidad del linaje humano.

Me habló con la modestia de un sabio y con el candor de un adolescente casi septuagenario. Vivía en peligro de que la jerarquía católica reprobase, en cualquier momento, su actividad. No pedía, ante el riesgo, ninguna ayuda. Trataba sólo de que su verdad alumbrase el sendero de los escépticos. Pensaba ya, desde entonces, lo que escribiría más adelante: que

“una forma desconocida de religión (una religión que nadie pudo antes imaginar, o describir, por carecer de un universo suficientemente grande y orgánico)” germinaría en el hombre moderno “dentro del surco abierto por la idea de la evolución”.

Le escuché con sorpresa y con gratitud. Era el primer intelectual que me visitaba sin otro afán que el de estimularme en la más urgente de mis tareas: acelerar en todas las razas la alianza humana, y acelerarla merced a la ciencia y a la cultura, porque, en el mundo, para decirlo con una expresión muy suya, “el espíritu es más primitivo y más consistente que la materia”. Le expliqué mis dificultades. Él, que tenía tantas, las comprendió. Pero la razón y la fe acabarían por conciliarse. Aquélla, al menos, era la esencia de su doctrina.

Transcurrieron los años. Dejé la UNESCO en 1952. Y Teilhard de Chardin falleció, en Nueva York, en 1955. Su obra —tan discutida— ha ido afirmándose en la conciencia del siglo XX. Cuando releo ciertos volúmenes suyos —como, por ejemplo, *La energía humana* — evoco su imagen de hombre predestinado a la vida heroica del

pensamiento. Y me conforta la reflexión de que, en la tragedia de nuestro tiempo, no todo fue solamente caos, violencia y ruido.

V. LUCHA CONTRA LOS PREJUICIOS RACIALES. POLÉMICA CON LUGONES. OPTIMISMO DE GABRIELA MISTRAL. GESTIONES PARA CREAR UN CENTRO DE EDUCACIÓN FUNDAMENTAL EN PÁTZCUARO

El mes de diciembre de 1949 me permitió dar los primeros pasos para cumplir con dos de las más importantes resoluciones de la Conferencia General. Una de ellas me autorizaba a reunir los datos científicos concernientes a las cuestiones de raza, a difundirlos y a preparar una campaña de educación basada sobre esos datos. La otra me encomendaba el establecimiento de un centro regional de formación de especialistas y preparación de material de enseñanza para la educación fundamental en los países latinoamericanos. Por fin, salíamos del plano de las encuestas preparatorias, íbamos a adentrarnos en el dominio de las tareas prácticas y se nos daba el derecho de insertar a la UNESCO en la realidad.

Siempre me he opuesto a las doctrinas tácticas del “racismo”. De joven, me indignaron las tesis de Gobineau. Durante la guerra de 1939 a 1945, uno de los hechos que mayormente me avergonzaron, en mi simple condición de hombre, fue la persecución de los israelitas por los secuaces de Adolfo Hitler.

Con la ayuda del brasileño Arturo Ramos —que dirigía el departamento de ciencias sociales— preparé una reunión de investigadores y los invite a redactar una declaración sobre el alcance que, desde el punto de vista científico, podían tener las diferencias raciales en lo biológico, en lo social y en lo cultural. Suscribieron esa declaración el 14 de diciembre de 1949, los señores Ernest Beaglehole, de Nueva Zelandia; Juan Comas, de México; L. A. Costa Pinto, del Brasil; E. Franklin Frazier, de los

Estados Unidos; Morris Ginsberg, de la Gran Bretaña; Humayun Kabir, de la India, y Claude Lévi-Strauss, de Francia.

No reproduciré el documento, pues la UNESCO lo ha difundido en varios idiomas; pero citaré sus párrafos esenciales. “Conviene distinguir —manifestaban los investigadores consultados— entre la ‘raza’, hecho biológico, y el ‘mito de la raza’. En realidad, la ‘raza’ no es tanto un fenómeno biológico cuanto un mito social. Este mito ha originado un mal enorme en los aspectos social y moral. Aún no hace mucho, ha costado innumerables vidas y causado sufrimientos incalculables. Impide el desarrollo normal de millones de seres humanos y priva a la civilización de la colaboración efectiva de espíritus creadores. No sería posible hacer prevalecer diferencias biológicas entre grupos étnicos para practicar el ostracismo o para tomar medidas colectivas. Lo esencial es la unidad de la humanidad, tanto desde el punto de vista biológico como desde el punto de vista social. Reconocer este hecho y conducirse en

consecuencia es el deber de todo hombre moderno.” En opinión de los declarantes, el principio ético de igualdad no suponía, en manera alguna, que todos los seres humanos estuviesen igualmente dotados y poseyeran idénticas aptitudes. Pero, a su juicio, no era posible establecer una clasificación racial sino por el estudio de caracteres físicos y fisiológicos.

La declaración concluía de esta manera: “Las investigaciones biológicas vienen a corroborar la ética de la fraternidad universal; porque el hombre es, por tendencia innata, un ser inclinado a la cooperación, y, si este instinto encuentra el modo de satisfacerse, individuos y naciones sufren igualmente las consecuencias. Por naturaleza, el hombre es un ser social que no llega al pleno desarrollo de su personalidad más que por intercambios con sus semejantes.

Todo intento de negar este lazo social entre los hombres es causa de desintegración. En este sentido, resulta que todo hombre es guardián de sus semejantes”.

Ciertos sabios estimaron que el texto requería una revisión. Por eso, en 1951 convoqué a un nuevo grupo de antropólogos y de especialistas en genética, los cuales firmaron —el 8 de junio de ese año— un texto acaso menos enfático, pero no menos condenatorio para quienes siguen creyendo en la superioridad racial de algunos grupos humanos. Por medio de ese texto reiteraron la convicción de que, en el estado actual de la ciencia, nada justifica la creencia de que los grupos humanos difieren por sus aptitudes de orden intelectual o afectivo, ya que algunas diferencias biológicas pueden ser mayores dentro de una misma raza que de una raza a otra. Indicaron, asimismo, que transformaciones sociales considerables no coinciden con cambios de tipo racial. Y aseveraron que no existen pruebas de que la mezcla de razas tenga efectos desfavorables desde el punto de vista biológico.

El documento publicado en 1950 había suscitado discrepancias, e incluso críticas, sobre todo en los Estados Unidos y en la Gran Bretaña. Los biólogos se consideraron menos favorecidos que los sociólogos. Es posible, en efecto, que, en la selección de los primeros investigadores, hubiésemos omitido —de buena fe— ciertos nombres indispensables. Sin embargo, lo que sentí —en las reservas de que tuve noticia— fue la inquietud de que la UNESCO iniciase en firme una campaña de educación contra las prácticas del racismo. Por fortuna, la declaración de 1951 vino a confirmar, en sus líneas fundamentales, la impugnada en 1950. Y la UNESCO ha hecho muy bien en proseguir, a través de los años, la obra iniciada entonces.

He hablado de otra posibilidad deparada a la UNESCO en 1949: la de crear un centro de formación de especialistas y preparación de material de enseñanza para una campaña de educación en la América Latina.

Durante su sesión de noviembre, el Consejo Ejecutivo escuchó al delegado de México,

quien propuso a nuestro país como sede del centro. Y, el 23 de diciembre, escribí al presidente Alemán, explicándole las gestiones

que habíamos iniciado ya con su secretario de Educación Pública. Le anuncié que, dentro de la primera quincena de enero de 1950, irían a México dos funcionarios de la UNESCO: los señores Bowers, jefe de educación fundamental, y Manuel Jiménez, de la sección de conferencias. Habían recibido instrucciones de obtener, como participación de México, un local apropiado para instalar el centro, con tierras aprovechables, habitaciones amuebladas en las que pudiesen residir los maestros-alumnos, aulas, equipo y servicios.

La Secretaría de Educación Pública pensó, al principio, en adquirir —o alquilar— un inmueble costoso y en sitio poco adecuado. Afortunadamente, el general Lázaro Cárdenas resolvió la cuestión, pues —de la manera más generosa— ofreció su finca La Eréndira.

Estaba yo pendiente de esos asuntos, cuando recibí una carta de Gabriela Mistral. No me resisto al placer de incluir aquí algunos fragmentos de aquella epístola. Se refería Gabriela a la experiencia que había vivido, durante seis meses, en un "pueblecito allegado a la hacienda El Lencero", del Estado de Veracruz. Y me decía lo siguiente: "Perfecta paz. Una maestra demasiado blanca para un poblado indio. Buena mujer, pero sintiéndose infeliz a causa de su clientela, sin sacar agrado alguno de su gente. Una escuela nocturna alumbrada con dos candelas de sebo… Niñas desnudas a medias. Ella es paciente, es mamá, pero toma el cargo como una penitencia. Hay un comisionado —no sé el nombre del cargo— que vela por la paz del pueblecito. Blanco puro, como la maestra. Él, jovial, y enriqueciéndose con negocios de tierras. Ella muy pobre, mucho, y muy abandonada por los inspectores".

"Lo del color, amigo mío —añadía—, es cosa seria en todo el campo que vi y que veo. La repugnancia del indio hacia el blanco, y no digamos 'el rubio', es grande y viva. Yo he tenido, a pesar de mi color bastante mediatizado, algunos menudos percances. No con la aldea; con…

Veracruz. (La ropa americana, tal vez, y la talla.) Varios niños casi desnudos. Una miseria sin vicio. Poco deben. Tampoco alborotan. Cada tarde, a las seis, están juntos, en verdadera congregación

vespertina, hablando, hablando de su día. Nunca la profesora allí con ellos. Yo los he querido de un amor sin frases. Han sido mi golpe de emoción más fuerte y la flor de lo que me llevaré conmigo. No son una plebe, no son eso ni un solo momento. Son la vieja gente medieval…"

Y concluía la gran poetisa chilena con esta posdata: "¿Cómo se podría alcanzar esto, T. B.: guarda esa comuna (digo aquí 'municipio'), ese estilo de vida fraternal, añadiendo, sin embargo, lo que falta? Y lo que falta es poco, aunque parezca mucho. Falta atención médica para que no degeneren, faltan dispensarios, falta buen agua de beber, falta el que les paguen el salario mínimo legal, falta el que tengan maestros que convivan con ellos, falta crearles o mantenerles sus fiestas de antes. Ay, y que pasen del maíz a la lenteja y a la soya japonesa…"

¡Optimista Gabriela! Todo eso, que le parecía poco, era en efecto mucho. El número de las aldeas, como la que ella me describía, no era pequeño en nuestra República y en muchas

naciones de América. En condiciones todavía más dolorosas se hallaban enormes zonas asiáticas y africanas. No sería nunca bastante el esfuerzo hecho para alfabetizar a los iletrados. Tan importante como enseñarles a leer era, sin duda, enseñarles el arte de no vivir como víctimas de la vida. De ahí el sentido que traté de infundir a mis colaboradores en todo lo concerniente a lo que llamaba la UNESCO "educación fundamental". Deberíamos no limitarnos a la enseñanza de la lectura y de la escritura. Lo que habíamos intentado en México, durante los años de 1945 y 1946, era sólo mínima parte de lo que convendría realizar en lo porvenir. Para empresa tan magna, no sería suficiente el maestro. Urgía que el centro que pretendíamos instalar en Pátzcuaro contase con la ayuda de la Organización Mundial de la Salud y de la Organización para la Alimentación y la Agricultura. Lograríamos obtenerla. Pero confieso que —recordando a Gabriela Mistral— me inquietaba pensar en qué clase de técnicos designarían tales instituciones para "ilustrar" a los maestros latinoamericanos en el desempeño de sus

tareas. ¿Serían sencillos, serían modestos, serían humanos? ¿Dedicarían a la enseñanza algo más que su inteligencia, su corazón?

A fin de atenuar el riesgo de que esos técnicos extranjeros resultasen inútiles por teóricos y destructores por arrogantes, estimé indispensable que el director del centro fuese un maestro y un mexicano. Mi candidato para ese cargo, desde un principio, fue el profesor Lucas Ortiz. Lo había visto trabajar, con perseverancia y con humildad, en la Secretaría de Educación Pública.

Podía recomendarlo muy ampliamente. Sin embargo, no fue fácil obtener que el Consejo Ejecutivo aprobara su nombramiento. La ONU tenía por costumbre no designar como directores de sus centros y sus agencias a nacionales del país en que los fundaba. Pero el Consejo acabo por ceder ante mi insistencia. Me felicito de esa insistencia, pues en gran parte el éxito del CREFAL se debió a la designación de Lucas Ortiz.

Mientras tanto, continuaban las preocupaciones de toda índole. Tres meses después de que hubiese concluido la cuarta reunión de la Conferencia General, teníamos ya que pensar en la redacción del informe que debería someterse a los Estados Miembros antes de la quinta, porque ésta habría de llevarse a cabo en Florencia, durante el mes de mayo. Descontando los domingos, vivíamos —oficialmente— años de cuando mucho doscientos días. A tanto apremio vinieron a sumarse varios problemas de cambio de personal.

El doctor Beeby (que había dirigido excelentemente el departamento de educación) no estaba en condiciones de aceptar un nuevo contrato. El gobierno de Nueva Zelandia, su patria, reclamaba ya sus servicios. Deploré esa resolución, pero no podía oponerme a ella. Un hombre tan activo y tan creador no quería verse condenado indefinidamente a seguir escribiendo informes sobre la ejecución de resoluciones que, en espacio de pocas semanas, le era imposible cumplir.

Por otra parte, el director general adjunto, doctor Laves, consideraba con escéptica displicencia mis esperanzas y mis métodos de trabajo. Las funciones que desde un principio le señalé no le parecieron bastantes en modo alguno. Me dijo que había recibido de los Estados Unidos propuestas satisfactorias. Y me sugirió que fuese pensando en alguien para sustituirlo tan pronto como finalizara la reunión de Florencia.

Por último, el fallecimiento de Arturo Ramos me impuso el deber de buscar a un economista o a un sociólogo que se hiciera cargo del departamento de ciencias sociales.

Lo más urgente era reemplazar al doctor Beeby. Acudí a Jean Piaget. Poseía todas las condiciones para el cargo que iba a ofrecerle. Era sabio, prudente, activo; lo respetaban los más distinguidos educadores del mundo; conocía los trámites de la UNESCO —y, además, era suizo. No se sometería a alguna de las potencias que tan evidente dominio querían ejercer sobre nuestras actividades. Pero Piaget me manifestó que no podría aceptar un contrato largo.

Para auxiliarme, admitió dirigir el departamento de educación por espacio de pocos meses. Y, antes de la reunión de Florencia, tuve que nombrar a un catedrático inglés, el señor Lionel Elvin, experimentado, irónico y competente, que me inspiró justificada confianza y me dio plena satisfacción.

La sustitución del doctor Laves resultó mucho más difícil. El Consejo Ejecutivo se hallaba empeñado en elegir, para tan alto cargo, a un norteamericano. Se me ocurrió entonces invitar al doctor Ralph Bunche. Sociólogo negro, de cuarenta y cinco años de edad, se había caracterizado —como funcionario de la ONU— por su imparcialidad internacional y su sentido de la justicia. Colaborador del conde Bernadotte en la delicada empresa de mediar entre árabes y judíos durante el conflicto de Palestina, su personalidad había adquirido tanto prestigio que se hablaba mucho de él como de un candidato viable para el Premio Nobel de la Paz. Tal recompensa le fue otorgada en 1950.

Durante un viaje que lo llevó a París, le expliqué francamente la situación. Su concurso me sería muy necesario. Me oyó, no sin complacencia. Le simpatizaba la misión de la UNESCO y creo que le disgustaba la forma en que estaba yo procurando acelerar las tareas que me incumbían. Pero no podía comprometerse. Deseaba reflexionar sobre su futuro. Y, dada su posición en la ONU, quería consultar, ante todo, el criterio de Trygve Lie.

Transcurrieron algunos meses. Y, poco a poco, fueron cambiando las cosas. Sentí que algo retenía a Bunche en la sede de las Naciones Unidas. Se dio cuenta, acaso, de que allí podría servir de manera más perceptible a la causa de la concordia internacional. Comprendí las razones "administrativas" que tuvo la amabilidad de exponerme —y adiviné las otras, que no me dijo. Mucho después de la reunión de Florencia —y de acuerdo con el Consejo Ejecutivo

— designé director general adjunto a un universitario norteamericano, el señor John W. Taylor.

Trabajó siempre conmigo en la armonía más amistosa. Y me dio gusto verle de nuevo en París, durante el otoño de 1966, en ocasión de la Mesa Redonda organizada por la UNESCO a fin de considerar qué podría emprender para que su programa contribuyese mejor a la paz del

mundo. Veinte años después de creada, la institución —rica ya y poderosa— continuaba anhelando lo que tanto procuré yo en 1949…

En cuanto al departamento de ciencias sociales, la escasez de buenos candidatos me indujo a aplazar la designación de quien hubiera debido cubrir la vacante de Arturo Ramos. Por un período bastante largo, como director interino, permaneció al frente de ese departamento el doctor Angell.

Reflexioné mucho acerca de la posibilidad de obtener el auxilio de Alfonso Caso. Sin embargo, no me atreví a formalizar una invitación. Al separarse de la Secretaría de Bienes Nacionales, había aceptado

dirigir el Instituto Nacional Indigenista. Era el hombre indicado para ese cargo. Y no lo habría cambiado, sin duda, por un porvenir tan imprevisible como el que podía brindarle la UNESCO.

VI. MI “CAMPAÑA DE ITALIA”. DE GASPERI Y PÍO XII. LA UNESCO EN EL “PALAZZO VECCHIO”, ENTRE CHINA Y FORMOSA. MI PRIMERA RENUNCIA. PASEO A SIENA. EL ORGULLO DE BERENSON

Fui a Roma en abril de 1950. Lo que algunos de mis colaboradores llamaban mi “campaña de Italia” no señaló, por cierto, ni Puentes de Arcola, ni Rívolis, ni Marengos. Mi propósito era el de establecer contactos con las autoridades italianas encargadas de facilitar el éxito de la reunión que la Conferencia General celebraría en Florencia durante el mes de mayo.

Acompañado por mi mujer, por el jefe del servicio de Relaciones Exteriores, señor de Blonay, y por el delegado permanente de Italia ante la UNESCO, señor De Clementi, hice el viaje a Roma en ferrocarril. Me esperaban en la estación, junto con el conde Jacini, los representantes de los ministros de Relaciones Exteriores y Educación Pública. Nos instalamos en el Grand Hotel. Y el gobierno puso a mi disposición un inmenso automóvil —blindado, acaso— que, durante la guerra, había servido para los desplazamientos romanos de Adolfo Hitler. Por lo visto, perseguía a la UNESCO una extraña fatalidad. En París, la albergaba el Hotel Majestic, donde habían establecido su cuartel general los oficiales de la Gestapo. Y, en Italia, tendría yo que ocupar el auto ofrecido al *Führer.*

Dos funcionarios estuvieron constantemente conmigo: el embajador Mameli y De Clementi.

Éste era un hombre jovial, insinuante y hábil. Diplomático joven, sabía ya unir la franqueza más ostensible a la astucia más cautelosa. E hizo cuanto pudo para amenizar nuestro viaje, lo que —en Italia— no es muy difícil. Menudito, frágil, pausado, el

embajador Mameli (que representaría a su gobierno, después, ante el Vaticano) tenía amigos en todas partes, franqueaba todas las puertas y era tan breve y tan silencioso que, al abandonar el recinto en que se encontraba, más parecía evaporarse que despedirse.

Mientras llegaba la hora de visitar al señor De Gásperi, jefe del gobierno, hice con De Clementi un paseo por la ciudad. Me sorprendieron la alegría y la juventud que por doquiera se percibían. Más que sentirse vencido, el pueblo italiano daba la impresión de haber recobrado su independencia. La paz, sin los alemanes, era para él un nuevo "risorgimento". Y

en ese "risorgimento", no había en verdad mucho rencor para Mussolini.

Evoqué los días —de 1934— en que fui por primera vez a Roma. Dominaba entonces, desde el Palacio Venecia, la figura arrogante del *Duce.* El fascismo se empeñaba por adaptar al rostro de Italia una máscara adusta y grave. Caída al fin esa máscara mal labrada, el rostro había recuperado sus rasgos propios, tradicionales, de espontaneidad, de confianza y de

ingénita simpatía. Comunistas y demócratas cristianos se oponían —no sin violencia— en los debates parlamentarios; pero el pueblo estaba, sobre todo, ávido de vivir.

El delgado frío de abril —imperceptible en las horas de sol— afinaba la perspectiva de las calles estrechas y rumorosas… Los siglos no pesan en Roma como en otras ciudades antiguas, donde los transeúntes dan la impresión de llevar a cuestas todo el pasado de su país.

Más de dos mil años de historia no han conseguido marchitar la sonrisa de los paseantes. Por las escaleras de la Plaza de España vi descender a una multitud pobremente vestida, pero gallarda. Las azaleas principiaban a florecer. A cada instante, se acentuaba la primavera.

Cerca de aquel lugar había vivido el poeta Keats, muerto en roma en 1821. Pensé en sus odas al ruiseñor, al otoño y a una urna griega… Keats vio a Italia, ya muy enfermo. No obstante, aun así, pudo confirmar lo que expresó en uno de sus versos más perdurables: “A thing of beauty is a joy forever”.

El señor De Gásperi me recibió con lacónica sencillez. Nacido en Trento en 1881, tenía cerca de sesenta y nueve años cuando lo conocí. Antifascista notorio, condenado a prisión por el régimen del *Duce,* encontró después libertad, refugio —y, también, empleo— en la Biblioteca Vaticana. Distanciado de los comunistas y de los socialistas partidarios de Nenni, había confiado la cartera de Relaciones Exteriores al conde Sforza; pero continuaba dirigiendo de hecho la política internacional de Italia, con el apoyo —no muy discreto— de los Estados Unidos.

Era un hombre fuerte, sereno, de habilidad singular en el manejo de los asuntos públicos.

No creo que tuviese fe muy profunda en la UNESCO, aunque le complacía que nuestra organización hubiese resuelto celebrar su quinta reunión anual en Italia. Semejante resolución (explicable por los antecedentes de un pueblo tan ilustre en la historia del arte y del pensamiento) atestiguaba, a su juicio, la confianza de las potencias occidentales en su gobierno y en su nación.

Sustentado sobre las fuerzas católicas, el señor De Gásperi me hizo sentir —como si fuera cosa lógica y natural— que, en mi programa romano, estaba prevista la audiencia que el Papa concedía habitualmente a los directores generales de las instituciones especializadas de la ONU. Por lo que concierne a Florencia, me indicó que el alcalde Fabiani se hallaba dispuesto a ofrecerme todas las facilidades posibles. Las sesiones plenarias podrían celebrarse en el Palacio de la Señoría, dentro de la Sala de los Quinientos, y las comisiones se reunirían en el Palacio Pitti. Le agradecí esas noticias, así como las atenciones que sus colaboradores me habían dispensado. Y nos despedimos.

La entrevista con Sforza fue más cordial. Cultivábamos relaciones desde 1940, cuando estuvo él en Bruselas, donde sufría —con elegancia— un ostracismo orgulloso y digno.

Durante el año de 1946, hizo un viaje a México. Lo animaba el deseo de borrar los vestigios de una conflagración en la cual ni él, ni sus amigos antifascistas, tenían culpa ninguna. Lo recibí en la Secretaría de Educación. Y conversamos, sin eufemismos ni reticencias.

Espontáneo y claro se explayó en Roma sobre los errores de Mussolini, habló con desprecio de Ciano, y dedicó a la labor de la UNESCO palabras confortadoras. Menos reservado que el señor De Gásperi, me manifestó que el presidente Einaudi tenía la intención de ir a Florencia para asistir a la inauguración de nuestros trabajos. Al estrecharme la mano, antes de que abandonase yo su despacho, me recomendó no omitir la visita a la Santa Sede.

Aquella insistencia me pareció deliberada. Conociendo mis antecedentes, como antiguo miembro del gobierno de México y librepensador, alguien imaginaba, tal vez, que podría yo rehusarme a un acto de cortesía, juzgado imprescindible conforme a las normas del protocolo.

Discutí el asunto conmigo mismo. Y me di cuenta de que mis obligaciones de funcionario internacional no me permitirían contrariar las costumbres establecidas en Roma. Iría al Vaticano, como iría —un año después—, en Ceilán, al templo en que se conserva una reliquia de Buda. ¿No postulaba la UNESCO una solidaridad humana, sin diferencias de raza, de idioma o de religión?

Al día siguiente, por gestiones del señor Veronese (que fue, más tarde, director general de la UNESCO), se llevó a cabo la audiencia. Pío XII me recibió en su despacho privado. Su rostro no me era desconocido. Lo había visto de lejos, en Buenos Aires, durante el Congreso Eucarístico de 1934, cuando tenía él rango de cardenal y desempeñaba yo las funciones de encargado de negocios en la Argentina.

Su perfil aguileño era característico. Delgado, alto y autoritario, pertenecía Pío XII a una clase social muy distinta a la del nuncio en París, monseñor Roncalli. Hablaba admirablemente varios idiomas. Iniciada en francés, nuestra charla continuó en español, con igual soltura. Elogió los propósitos de la UNESCO. No me ocultó las dificultades que encontraríamos para afirmar un espíritu de paz en el mundo de aquellos años y se interesó especialmente por lo que nos proponíamos llevar a cabo en favor de los pueblos pobres.

Pío XII tenía un absoluto dominio de sus reflejos. Pero sonrió —discretamente— al comentar la juventud de nuestra organización. "La Iglesia católica cuenta ya muchos siglos de vida —me dijo— y no por ello deja de hallar obstáculos en su obra. Sean ustedes pacientes."

Luego, me preguntó por mi esposa, a quien recibió esa misma semana en audiencia especial.

Me manifestó, después, que tendría placer en que le presentara a mis colaboradores. Estaban ellos en la antesala. Entraron al salón en que nos hallábamos. Y el Papa dirigió la palabra a cada uno en su propio idioma, con deferente benignidad.

Al regresar al hotel, me entregaron un libro. Alguno de los secretarios de Pío XII había tenido la amabilidad de enviármelo, como recuerdo de mi visita. Era un volumen —bien ilustrado— sobre las colecciones del Vaticano.

Fui obsequiado, en Roma, con dos comidas. En una de ellas, ofrecida por el ministro Sforza, tuve a mi lado al conde Jacini y al senador Casati. La dimensión de la sala, su penumbra, el adorno de la vajilla y la distribución de la mesa, así como las cabezas y barbas blancas de muchos de los comensales, daban a la escena un aspecto bíblico, de cuadro pintado

en Venecia al final del Renacimiento.

En el otro convivio organizado por Mameli, conocí a varios escritores. Recuerdo, entre ellos, al poeta Ungaretti y a los novelistas Silone y Moravia. Ungaretti era el más famoso y el de mayor edad. Soportaba su gloria con gran modestia. Y hablaba de la literatura —en la que era maestro— con el respeto de un aprendiz. Nacido en Egipto, de familiares toscanos, y conocedor excelente de la cultura francesa, el autor de *Il Porto Sepolto* y de *Il Dolore* poseía, en su persona, las cualidades mejores de sus poemas: la sencillez, la emoción y la brevedad.

Parecía un burócrata retirado, o un pequeño médico de provincia, tímido y circunspecto.

Resultaba, por definición, el anti-D'Annunzio. No me sorprende que haya dicho en cierta ocasión: "La poesía es una ciencia del alma que tantas ciencias de la materia amenazan de muerte todos los días".

En su juventud, Silone (cuyo verdadero nombre es Secondo Tranquilli) había sido partidario ferviente del comunismo. Pasó una temporada en Moscú, y dejó de creer en las fórmulas del Partido. Excluido de él en 1930, prefirió residir en Suiza. ¿Cómo someterse al fascismo, que detestaba?… Novelista en cuyos relatos el realismo no constreñía jamás la pasión humana, era autor de tres libros fundamentales: *Fontamara*, *pan y vino* y *La semilla bajo la nieve.* A los postres, me contó la impresión que le había causado la visita de un hombre que, acusado de un crimen no cometido por él, sufrió una larga prisión hasta el día en que el verdadero asesino, *in articulo mortis,* reveló su delito. El presidiario inocente no supo, de pronto, qué hacer con su libertad. Recordó que su madre había servido en la casa de la familia Tranquilli. Averiguó la dirección de Silone y fue a pedirle ayuda. El italiano, en su boca, tenía resonancias dantescas. ¿Habría sido *La divina comedia,* en la cárcel, su libro de cabecera? Supuse que el autor de *La semilla bajo la nieve* aprovecharía la anécdota que resumo. Constituía ya el argumento de un buen relato.

Más joven que Silone, Moravia se imponía desde luego por una confianza impetuosa y un noble ardor. Había vivido en los Estados Unidos. Visitó China. Le interesaba México. Y me hizo muchas preguntas inteligentes sobre mi patria. En el creador de *La Mascherata,* semejante curiosidad no me sorprendió.

Llegamos a Florencia en ferrocarril. Me encantó admirar nuevamente una ciudad que fue, para el mundo mediterráneo del siglo XV, lo que había sido Atenas antes de Jesucristo. Pero no pude visitarla a pie, deteniéndome en cada puerta, contemplando cada torre, cada balcón, y dedicando horas de estudio al Bargello y al Museo de los Oficios, como lo hice en 1934, antes de embarcarme —en Villefranche— para la Argentina.

Los viajes oficiales ponen sobre los ojos del funcionario que los realiza una doble venda, de apremio y de brevedad. Cada hora esta comprometida de antemano. En Florencia tenía

importantes citas, concertadas desde París. Me recibieron el alcalde Fabiani y el prefecto Soldani. Fui atendido por el embajador Cora, presidente de la Azienda Autonoma di Turismo.

Me hospedó en el *Hotel Excélsior,* desde cuyas ventanas puede verse el Arno.

Florencia no se entrega rápidamente al espectador. Hay que buscarla, buscarla siempre, por tortuosas y angostas calles que evocan las contiendas del Medioevo. Entre un puesto de pájaros o de flores y un almacén de preciosas antigüedades, surge un palacio de fachada severa y en muchos casos hosca y despreciativa. Por el portón entreabierto, se descubre un risueño patio, de columnas esbeltas y arcos dichosos. Cuando el guardián lo permite (y lo permite, a menudo, de buena gana), hay que penetrar en aquel refugio, aunque sea un instante.

La fachada es la caja fuerte. El tesoro se halla en el interior.

Pocos piensan hoy en las luchas apasionadas de que fueron testigos plazas y calles donde gibelinos y güelfos se opusieron antaño con tanto ahínco. Se recuerda, sin embargo, la figura de Dante, y se comprende el duelo de quien tuvo que poblar su destierro con la visión del infierno y del paraíso. No aludiré al purgatorio, porque purgatorio fue para él, a partir de la juventud, la existencia entera.

Dante es el ciudadano más célebre de Florencia. Pero, según lo apunté cierta vez, dos testimonios lo siguen o lo preceden: el de San Juan Bautista y el de David. Uno y otro ofrecieron a los habitantes de la "ciudad del lirio", símbolos de promesa. Escultores y pintores encontraron en ellos su mayor tema: el de noble augurio. Y augurio fue, antes que nada, la voluntad de los florentinos.

Tenía que ir al *Palazzo Vecchio.* Mientras mis compañeros descendían del automóvil, me di tiempo para reconocer la fuente de Neptuno, la estatua de Cosme I y el sitio en que Savonarola fue llevado a la hoguera. Antes de entrar al palacio, vi el *Perseo de Cellini,* ofreciendo al pueblo, desde la *Loggia,* la cabeza de la Medusa.

Las autoridades me llevaron a la Sala de los Quinientos. Allí inauguraría la UNESCO la quinta reunión de su Conferencia. Desde el nicho en que pude verlo, inspirara tal vez a los oradores el "genio victorioso", esculpido por Miguel Ángel. Pero la verdadera enseñanza de Buonarroti, para la UNESCO, estaba en la plaza misma: era —aunque en copia— el David robusto, joven, indemne, desdeñoso de su victoria…1

De la Señoría me trasladé a la iglesia de Santa Croce. En ella se ofrecía un concierto en honor de los delegados. Vi los monumentos a Dante, a Maquiavelo y a Alfieri y las tumbas de Miguel Ángel, de Fóscolo y de Rossini. ¡Qué democracia impone a los hombres la eternidad!

En el mismo templo, yacían los restos del creador del *Moisés,* del poeta de la *Oda a Bonaparte libertador* y del compositor de *El*

barbero de Sevilla… Pero Santa Croce no es sólo un conjunto de tumbas célebres. Algunas de sus capillas fueron decoradas por Giotto.

Infortunadamente, enjalbegaron y recubrieron sus frescos. Los que ahora vemos, con trozos ya desaparecidos, son el producto de una restauración. Recuerdo uno: el entierro de San Francisco. Sobre el fondo de una arquitectura desnuda, se destacan tres grupos de religiosos.

El del centro rodea al cadáver del "poverello", de rostro diáfano y celestial. Cuando pintó aquella escena, Giotto se hallaba en el ápice de su genio. Dueño de sus mejores recursos, supo emplearlos para exponer el misterio del tránsito inevitable. Esperanza y tristeza se alían en una obra que enseña a aguardar la muerte como la coronación generosa de toda vida.

Debía ir al Palacio Pitti. En él tendríamos nuestras oficinas y, en su Sala Blanca se reuniría la principal Comisión de la Conferencia. Atravesé el Arno a pie, por el Puente Viejo, no destruido —como otros— durante los bombardeos de la última guerra. La Vía Guicciardini me condujo a la Plaza Pitti. El palacio (en cuyos planos, según se cree, trabajó Brunelleschi) es un enorme edificio de líneas sobrias, fáciles y elegantes. El despacho que iba a destinárseme disponía de una pequeña terraza, desde la cual —si me lo permitía el ocio— podría asomarme y ver los jardines Bóboli.

Tenía necesidad de encontrar una residencia amueblada para instalarme. Hubiera sido fácil retener una "suite" en algún hotel. Pero el hotel me obligaría a estar en perpetuo contacto con los miembros de muchas delegaciones. No dispondría de paz para mi trabajo, ni de espacio bastante para reunir a mis colaboradores, antes o después de las juntas públicas.

Los amigos con quienes había discutido el asunto me indicaron que la condesa Serristori estaría de acuerdo en alquilarme el entresuelo de su palacio, no distante del Pitti. Fuimos a ver el departamento mi

esposa y yo. Nos pareció adecuado para brindarnos, tanto como un refugio

—quizá demasiado lujoso—, una serie de grandes salas donde ofrecer a los delegados las recepciones que exige toda asamblea internacional. La propietaria, una dama toscana, culta e inteligente, decidió prestarnos a su mayordomo —Daniele— que conocía los hábitos de la casa y nos atendió como un gran señor. 2

El embajador Cora nos invitó a que dedicásemos una tarde a ver el panorama de la ciudad desde el Piazzale Michelangiolo. Subimos a la colina en que está el Piazzale. Mi mujer no lo conocía. Yo había tenido oportunidad de admirarlo en 1934. Pero no dejó de conmoverme, de nuevo, la grandiosidad de la perspectiva. Florencia entera, con sus campanarios y sus cipreses, sus plazas y sus colinas, es el monumento erigido a la gloria de Miguel Ángel. No está presente la figura del escultor. Sobre un pedestal que decoran reproducciones en bronce de *La noche, El día, La aurora* y *El crepúsculo,* se destacan las líneas de su *David.* A lo lejos, se escalona el paisaje en una sucesión de claridades y de penumbras, como las estrofas de un poema bien construido.

¿Qué significa esa ausencia de la persona de Miguel Ángel —o de su efigie— en el lugar consagrado a perpetuarlo? Pero, ¿puede realmente hablarse de una ausencia de Miguel Ángel?

Ningún hombre se encuentra ausente de los sitios en que sus obras lo evocan. La inmortalidad de los máximos creadores consiste precisamente en el hecho de que no necesitan estar presentes, ni siquiera en estatua, para vivir. Pensé incluir esta reflexión en el texto que debería leer al inaugurar la Conferencia. En efecto, cuando la UNESCO hubiese cumplido la tarea que le asignaba la historia, no se le dedicarían, como al autor del *Moisés,* explanadas de honor para

celebrarla. Pero, en cada conciencia libre, una energía libre continuaría exaltando el ideal de justicia y de paz del que éramos, por lo pronto, anónimos servidores. Ese día, no lo veríamos

nosotros. Sin embargo, las promesas son compromisos. Para aquellos que creen en su deber, el futuro tiene un hermoso nombre: se llama hoy.

La Conferencia inició sus labores el 22 de mayo, bajo banderas y entre músicas de cornetas de plata, airosamente sostenidas por jóvenes que parecían pajes salidos de algún fresco de Ghirlandaio. La Sala de los Quinientos daba apenas cabida a los asistentes. Dirigió la sesión inaugural, como presidente de la reunión celebrada en 1949, el doctor Walker. Nuestro invitado de honor era el señor Einaudi, presidente de Italia.

Hombre de corta estatura, sobrio en el gesto y parco en la cortesía, el señor Einaudi gozaba de una merecida reputación de gobernante sencillo y justo. Sus antecedentes de economista, universitario y político, eran indiscutibles. Se opuso, como senador, a la aventura italiana contra Etiopía. Hostilizado por sus opiniones antifascistas, descubrió en Suiza un lugar tranquilo donde esperar y reflexionar. Presidente de la República desde mayo de 1948, había sido colaborador del señor De Gásperi y tenía por él un profundo aprecio. En la alocución que pronunció ante la UNESCO, evocó la figura de Dante y expresó el voto de que nuestra Organización pudiese ver animadas sus tareas por el “amor que mueve al sol y a las estrellas”.

Después del señor Einaudi, hablaron el ministro Gonella y el alcalde Fabiani. Con las palabras que dijeron, concluyó propiamente la ceremonia. Resonaron de nuevo las cornetas de plata, volvieron a desfilar los pajes del Ghirlandaio, ondearon una vez más las banderas, y el presidente Einaudi se despidió para subir al auto que estaba aguardándole frente al Palazzo Vecchio. Se reanudó la sesión, ya sin pompa alguna. Y, bruscamente, todo cambió de aspecto.

Surgió, de pronto, un problema grave: ¿qué gobierno tenía derecho a representar a China?

Desde París, había comunicado yo a los miembros del Consejo Ejecutivo un mensaje del señor Chou-En-Lai, quien, como ministro

de Relaciones de la China Comunista, manifestaba que la UNESCO no debería reconocer a los delegados de Chiang Kai-shek.

Tenía razón. Una institución educativa, científica y cultural no podía ignorar a la vez la historia y la geografía. China no era solamente Formosa. Y no resultaba sensato que, por motivos puramente políticos, desconociese la UNESCO el valor de la realidad. Pero el único miembro del Consejo Ejecutivo que parecía otorgar importancia al mensaje de Chou-En-lai era sir John Maud. En efecto, el gobierno británico estaba ya en relaciones con Mao Tse-tung.

Pidió la palabra el representante de Checoslovaquia, señor Hoffmeister. A juicio de su país, debía excluirse al enviado de Kuomintang, pues era “bien sabido” que la República Popular no admitiría que los delegados del Kuomintang hablaran, en lo futuro, en nombre del

pueblo chino.

El doctor Walker anunció que el Comité de Credenciales iniciaría en breve sus labores y que, cuando se leyera su dictamen, podría abordarse el asunto con mayor conocimiento de causa. Pero el jefe de la delegación húngara no se resignó a guardar silencio. Insistió en hablar, y apoyó firmemente la proposición de Hoffmeister. En tales condiciones, el doctor Walker tuvo que apresurarse a dar término a la sesión.

Durante la tarde, el embajador canadiense Désy, presidente del Comité de Credenciales, leyó su informe. Por cuanto al asunto chino, el Comité había optado por lavarse prudentemente las manos. Recomendó a la Conferencia que aplicara una cláusula del Reglamento, según la cual, cuando se objetase la presencia de alguna delegación, ésta podría continuar asistiendo a las reuniones provisionalmente.

Inglaterra callaba. Los Estados Unidos habían movilizado oportunamente a sus diplomáticos. Las Cancillerías estaban

enteradas del veto de Washington. Y los delegados dependían de las instrucciones que sus Cancillerías les impartiesen. Varios se abstuvieron.

Creo que Birmania, la India y Yugoslavia votaron en contra. Checoslovaquia, Hungría y Polonia habían abandonado ya la Conferencia. Los demás representantes se vieron en el compromiso de cerrar los ojos a la verdad. En aquella ocasión —como en tantas otras— el fantasma venció al coloso.

Nada podía yo hacer en esos instantes. Mi autoridad era técnica, no política. No me correspondía intervenir en asuntos como ése, cuya decisión incumbía a la Conferencia. Pero el debate me disgustó. Y me alarmó, sobre todo, la torpeza de las naciones que en todo instante lo condujeron. ¿Por qué trataban de aislar a China? ¿No hubiera sido más razonable iniciar el diálogo —e iniciarlo en el seno de una Organización destinada a considerar los aspectos universales de la cultura?

La presencia de China era indispensable. Cerrarle la puerta de las Naciones Unidas y de las instituciones especializadas equivalía a dejarla en libertad de obrar a su antojo. Tendría en lo futuro, como único límite, el de sus propias fuerzas. Y esas fuerzas, a pesar del atraso técnico de la población, no parecían menospreciables. Años llegarían durante los cuales Estados Unidos y la Unión Soviética tendrían que revisar su política ante la amenaza de más de setecientos millones de hombres y de mujeres, galvanizados por una nueva mística.

La antigua China creyó defenderse del extranjero con sus murallas. Y las actuales potencias creen defenderse de China con otra muralla más: la que aparta al pueblo de Mao Tse-tung, en el papel por lo menos, de la vida institucional del mundo. Pero tal aislamiento es sobre todo teórico, pues deja a China en posibilidad de infiltrar sus doctrinas en todas partes.

A partir del instante en que la Conferencia aceptó el informe de su Comité de Credenciales,

empezó la retórica acostumbrada. Fue electo presidente el conde Jacini. Y resultaron nombrados vicepresidentes: un brasileño, el señor Mariani Bittencourt; un egipcio, el poeta ciego Taha Hussein; un norteamericano, el doctor Sargeant; un francés, el ministro Delbos; un paquistaní, el señor Hasan; un inglés, el señor Hardman, y un venezolano, el doctor Parra Pérez.

Oímos al señor Laugier, secretario general adjunto de las Naciones Unidas. Tuvo el acierto de apoyar nuestra campaña contra los prejuicios raciales. “Los días que se acercan —dijo—

serán decisivos, porque en ellos los hombres deberán escoger entre el ideal del *homo sapiens* o el del *homo stultus,* porque, dentro del lapso de esta generación, la humanidad habrá de elegir entre la prudencia o la locura, entre la unión o la extinción.” El público lo aplaudió, aunque no parecía interesarse mucho —en sus decisiones — por el destino del *homo sapiens.*

El 23 de mayo, me tocó hablar. Elogié a Florencia. ¡Qué lecciones daba a la UNESCO! Ante esas lecciones, debíamos medir nuestras esperanzas y afianzar nuestra intrepidez. Cincuenta y seis países (pronto serían cincuenta y nueve), agrupados para consolidar la paz, podían hacer mucho si lograban que, en los principios orientadores de su política, prevaleciesen un espíritu de justicia y una voluntad de concordia capaces de establecer, entre los pueblos y los gobiernos, el clima de mucha confianza tan necesario para la paz.

El mundo seguía enfermo de miedo. Y el miedo corrompe incluso la vocación de la enseñanza y la investigación científica, puesto que tiende a subordinarlas a las necesidades de una nueva conflagración. Por miedo, podían transformarse en instrumentos de muerte ciertos factores de paz y de entendimiento. De ahí la urgencia de que los gobiernos hicieran cuanto estuviese a su alcance a fin de combatir la obsesión de la guerra, actuando como miembros de la UNESCO no únicamente cuando hablasen desde la tribuna de esa Organización, sino también

—y, quizá, más aún— cuando, fuera de la UNESCO, decidiesen cuestiones que, por su naturaleza, pudieran debilitar el ideal que nos animaba.

Como lo había hecho en París en 1949, y como volvería a hacerlo en las reuniones de 1951

y 1952, insistí en señalar la escasez de nuestros recursos. Todo indicaba que la UNESCO podría ya asumir, si contaba con medios menos raquíticos, tareas que rebasen el marco de las sugestiones y de los servicios simbólicos. Recordé lo dicho en el Líbano el 10 de diciembre de 1948: nuestra tarea esencial consistiría en hacer de la UNESCO la conciencia de las Naciones Unidas. Y no hay conciencia al margen de la historia.

Más bien para complacerme, el Consejo Ejecutivo había propuesto a la Conferencia la siguiente cuestión: ¿qué acción convendría llevar a cabo para consolidar una verdadera paz en el mundo entero?

Sólo tres naciones contestaron a la pregunta: Bélgica, Checoslovaquia y Yugoslavia.

Ninguna de sus proposiciones me parecía digna de retener la atención de los delegados. La de Checoslovaquia delataba un espíritu de partido. Pedía que la UNESCO diera su apoyo al movimiento que encontró expresión en el “manifiesto de Estocolmo”. La de Bélgica no

afrontaba el asunto directamente. Se limitaba a recomendar la creación de comités internacionales de sabios encargados de presentar a los gobiernos informes imparciales —y, posiblemente, no públicos— acerca de los efectos de la guerra moderna. En cuanto a Yugoslavia, lo que aconsejaba el gobierno del mariscal Tito era la celebración de un congreso de cooperación intelectual en el que participasen libremente, organizaciones y personas dedicadas a tareas educativas, culturales o científicas. Ese congreso —no gubernamental—

consideraría las posibilidades de acción de la UNESCO a fin de reducir el peligro de una psicosis de guerra. El proyecto resultaba inaceptable para la Conferencia, pues implicaba una pública abdicación de sus derechos y sus deberes constitucionales. Pero, si las proposiciones recibidas carecían de verdadero valor, yo esperaba al menos que, al discutirlas, otras delegaciones hicieran algún esfuerzo para contestar seriamente a nuestra pregunta.

Ocurrió todo lo contrario. En su sesión vespertina del 13 de junio, la comisión del programa y del presupuesto, presidida por el señor Seydoux, abordó el tema de la contribución de la UNESCO a la paz. Encabezados por sir John Maud, varios delegados hicieron uso de la palabra.

Los de Bélgica y Yugoslavia defendieron —muy débilmente— las propuestas de sus países. El de Checoslovaquia no asistía ya a nuestras reuniones. Y casi todos los demás expresaron que la realización normal de nuestro programa sería la mejor contribución de la UNESCO a la paz del mundo.

¿Cómo conciliar esa afirmación, de tan oportuno optimismo, con las críticas hechas al programa en la Conferencia misma y con la limitación de los medios indispensables para poder cumplirlo? ¿Cuándo eran sinceros aquellos hombres? ¿Cuando aseguraban que nuestra acción, tan estrecha y tan lenta, representaba la única ayuda que la UNESCO podía proporcionar a la paz, o cuando se rehusaban a ofrecer a esa acción los recursos materiales para extenderla y llevarla a cabo de manera más efectiva?

Aquella actitud me dio la impresión de una hipocresía deliberada. Entonces, sin anunciarlo a nadie, ni siquiera a mis colaboradores más próximos, pedí la palabra para expresar en voz alta mi indignación. “Este debate —manifesté— no me parece una respuesta alentadora… En efecto, no deja de sorprenderme que, en lo que atañe a la eficacia del programa, se manifieste unanimidad, por vez primera, en esta ocasión. Dejo a la apreciación de los delegados lo que van a pensar los pueblos de los cincuenta y nueve Estados Miembros de la UNESCO ante la desproporción aplastante

que existe entre el presupuesto —de ocho millones doscientos mil dólares— concedido a nuestro programa y el presupuesto, para armamentos, del total de esos mismos Estados…”

Y concluí: “Contrariamente a las esperanzas que había abrigado, parece que la intención es la de inmovilizar a la UNESCO por varios años. Sería vano pensar ahora en un mejoramiento de

los programas para lo porvenir, si la respuesta de los Estados no ha de ser más favorable. Una de dos: o el programa de la UNESCO es bueno y su ejecución deficiente; o el programa es bueno y su ejecución correcta, pero los Estados Miembros no se hallan en condiciones de contribuir más intensamente a la obra de la Organización. En un caso, o en otro, me veo en la necesidad de rogar a la Conferencia que encuentre un sucesor para mí, pues —si creo en los principios de la UNESCO— no puedo seguir teniendo confianza en la acción, demasiado débil, de los Estados Miembros”.

Mis palabras suscitaron un desconcierto profundo. Algunos delegados se alegraron, sin duda, de que hubiese al fin decidido dejar de importunarles un director general tan insistente y tan poco dúctil. Pero su regocijo —si lo tuvieron— no duró mucho. Pronto se dieron cuenta de que mi renuncia, por las razones invocadas, suscitaría desagradables repercusiones en la opinión.

Hablaron en seguida dos latinoamericanos. El doctor Bernal Jiménez, de Colombia, pidió una declaración de la Conferencia en la cual se me ratificase la confianza de todas las delegaciones. El profesor Carneiro, del Brasil, indicó que mi presencia era imprescindible.

Tanto el señor Montel, de Francia, como sir George Thompson, del Reino Unido, apoyaron desde luego a Carneiro. Mucho menos clara fue la conducta seguida por el doctor Zook, de los Estados Unidos. Sugirió que se constituyese un comité capaz de informar a la Conferencia acerca de la eficacia de la Organización. En otras circunstancias, tal sugerencia habría parecido absurda. Equivalía, en realidad, a calificar a la Conferencia de incompetente. ¿Un

comité de pocos delegados, podría tener mayor conciencia de la acción de la UNESCO que la asamblea en su integridad?

Dada la confusión del debate, el señor Seydoux señalo la conveniencia de que la sesión se diese por terminada, a fin de que los delegados se consultaran, examinasen las proposiciones sometidas y, si fuese necesario, presentasen nuevos proyectos.

El miércoles 14, no acudí ya al Palacio Pitti. Fue aquel un día muy agitado en la Conferencia. Circularon muchas versiones contradictorias. Pero, en las juntas efectuadas por los jefes de delegación, se manifestó un solo acuerdo: no aceptar mi renuncia. El conde Jacini fue a visitarme y me informó de esa resolución. Se me había indicado, además, que un subcomité de trabajo acababa de redactar una iniciativa —que la Conferencia aprobó— en el sentido de autorizar al Consejo Ejecutivo y al director general a llevar a cabo proyectos especiales, capaces, por su índole misma, de contribuir a la realización de los propósitos de la UNESCO, fuera de su programa normal.

Me conmovieron aquellas dos determinaciones. Imaginé que los proyectos especiales nos permitirían extender la acción práctica de la UNESCO. Sentí que sería una manifestación de mal gusto despreciar la confianza que, en horas tan enojosas, querían los Estados ratificarme. Y

tuve la ingenuidad de ceder.

Al día siguiente, quince de junio, la Conferencia se reunió en sesión plenaria a fin de

conocer mi respuesta. Acepté asistir. Y allí, tras de explicar los motivos de mis palabras del día 13, indiqué: “Es lícito comprender de manera diversa la forma en que la UNESCO puede servir a la paz y el grado de su eficacia. Es lícito tener opiniones diferentes sobre el valor del programa adoptado como contribución para reforzar la paz. Pero lo que me es difícil comprender es que se afirme, al mismo tiempo, que ese programa representa la mejor

contribución de la UNESCO a la obra de paz, que se tiene confianza en su buena ejecución y que, sin embargo, ese programa no merezca sino un presupuesto de ocho millones doscientos mil dólares. Me resulta difícil comprenderlo porque, frente a las obligaciones de nuestra Acta Constitutiva, semejante actitud corre el peligro de ser interpretada como una confesión de impotencia, de la cual estoy convencido que no podría redimirse la Organización.

"¿Cuál es el director general —digno de su cargo— que aceptaría, si así fuese, seguir en funciones? ¿Cuál es el hombre de corazón que se avendría a seguir siendo director general de una institución consagrada a la más noble de las misiones, como es el de la paz por el espíritu, y que, de hecho, en el drama que asalta al mundo, tuviese que contentarse, incluso en el dominio de las actividades técnicas, con una serie de experiencias ejemplares, pero insuficientes para responder a las necesidades apremiantes de la humanidad?… He querido que supieseis que, si la UNESCO hubiera de seguir definitivamente por tal camino, ese hombre no sería yo. No podría serlo."

De hecho, mi renuncia había quedado retirada. O, más bien, aplazada, pues mis frases señalaban con claridad una condición para el futuro: agrandar a la UNESCO. Así lo comprendió

—y lo hizo notar a la asamblea— el presidente Jacini. "Según acabáis de oírlo —expresó—, nuestro director general no ha retirado incondicionalmente su renuncia. Nos ha indicado que su continuación en el puesto que desempeña dependerá de la forma en que se desarrollen ciertos proyectos." Preguntó, entonces, si alguien quería opinar acerca de mis declaraciones. Pero la asamblea aceptó mi discurso sin discutirlo. Al registrar semejante unanimidad, el conde Jacini insistió en decir que procedería al curso normal de nuestros trabajos, "dentro del claro entendimiento" de que lo expresado por mí "debía considerarse como una decisión oficial de la Conferencia".

El tiempo revelaría si los delegados habían sido verídicos al ofrecerme obtener medios más sustanciales para ensanchar nuestra

labor.

Con la tragicomedia —para mí muy amarga— alternaban las fiestas. Oímos, en Santa Croce, un concierto magnífico. Asistimos, en el Palazzo Vecchio, a una gran recepción en la que los delegados y sus esposas olvidaron un poco las cifras del presupuesto. La condesa Serristori nos invitó a ver las viñas de Maquiavelo, con cuyas uvas se hace un *chianti* famoso. Una de las sirvientas regaló a mi mujer, dentro de una jaula de mimbre, un pequeño grillo, mensajero

de buena fortuna. En el teatro, escuchamos una ópera de Verdi: *Don Carlos,* si no me engaño.

Aunque lo más largo del día lo absorbieran las discusiones, lo mejor del tiempo eran los minutos en que, al volver del Palacio Pitti, nos asomábamos a Florencia.

Visitamos —con la prisa de un bárbaro, pero con la delicia de un Barberini—, en Santa María del Carmine, la Capilla Brancacci. Admiramos allí los frescos de Masaccio. La UNESCO

había contribuido a editar un volumen en el que esos frescos hallaron reproducción colorida, precisa y fiel. En el Palacio Medici, construido por Michelozzo, nos contó una vez más el pincel de Gozzoli la historia de los Reyes Magos. En los rostros de los personajes más importantes, reconocieron muy bien sus contemporáneos al viejo Cosme, a Lorenzo el Magnífico, tal vez a Castruccio Castracane y a no pocos políticos de la época.

Una de las horas más bellas la consagramos, en el convento de San Marcos, a escuchar la plegaria que, con colores tenues y líneas claras, rezó el Angélico. Pocos pintores de candor tan profundo y tan elocuente. Recuerdo su *Anunciación.* La poesía del augurio —tema auténtico de Florencia— impregna toda la escena. El ángel promete a la Virgen un porvenir que le infunde angustia, ternura, estremecimiento y terror sagrado.

El presidente Einaudi quiso obsequiar a la Conferencia con un espectáculo inesperado: el que Siena podría ofrecerle, rompiendo sus tradiciones, al celebrar la fiesta del *Palio* antes del 2 de julio. El *Palio* es una competencia ecuestre entre los más atrevidos jinetes de los diversos barrios de Siena. Se efectúa todos los años —desde hace siglos— el 2 de julio y el 16 de agosto. Lleva ese nombre por el estandarte *(palio)* otorgado al mejor de los concursantes.

Delegados y funcionarios de la UNESCO fuimos a Siena cierta mañana de junio clara y dominical. Nuestros automóviles entraron por la Puerta Campollia. Leímos la inscripción en latín: “Cor magis tibi Sena pandit”. La agradecimos. Pero de hecho la ciudad no nos abrió fácilmente su corazón. Áspera, estoica y amurallada continúa siendo una fortaleza de la Edad Media. Situada sobre colinas de rápidos desniveles hay que ascender a ella —y bajar, después, para descubrirla, hasta la plaza más singular que posee Italia: *Il Campo,* ágora rumorosa, pavimentada con sonrosados ladrillos y atravesada por nueve líneas, de tono claro, que evocan —hoy todavía— el poder de los nueve señores encargados antaño del gobierno de la ciudad.

En vista de que disponíamos de un amplio margen de tiempo, nos encaminamos al *Duomo,* la catedral que tanto impresionó a Taine. La fachada me deslumbró. Recubierta de mármoles blancos y oscuros —como la antigua bandera, negra y blanca, de Siena, la famosa *Balzana* que muchas veces impuso miedo a sus enemigos —, la domina una torre espléndida. Todo el templo es una ascensión del románico al gótico, aliados con elegancia por los constructores del siglo XIV.

Entramos por la puerta lateral, que decora un bajorrelieve de la escuela de Donatello. Nos esperaba una gran sorpresa en el interior: el bosque de altas columnas de mármol blanco, con

franjas negras (en realidad, lo negro es más bien un verde nocturno y grave), enlazadas por arcos de medio punto que sostienen —quién sabe cómo— bóvedas ojivales. Aquella mezcla de estilos no nos desconcertó. Acaso el revestimiento uniforme ayude al

espectador a no percibir en seguida un cambio, que sólo parece alarde de proyección imaginativa.

Nos mostraron el púlpito de Nicolás Pisano; vimos el *Paraíso* de Beccafumi; nos asomamos a la biblioteca Piccolómini y, al contemplar las escenas del Pinturicchio sobre la vida de Pío Segundo, recordé que Eneas Silvio, antes de ser Papa, escribió una novela — *De duobis amantibus historia*— que, por sensual y por "ovidiana", tuvo que repudiar… El pincel de Pinturicchio ilustró la existencia del humanista y del sacerdote. Al primero, lo descubrimos sobre un corcel, dispuesto a emprender el viaje hasta Basilea, para asistir al Concilio iniciado en 1431. El segundo presencia el saludo de Federico de Estiria y de Leonor, infanta de Portugal.

Después del almuerzo, nos dirigimos al Palazzo Comunale, de cuya mole surge —como un cohete labrado en piedra— la torre que los turistas llaman del *Mangia,* porque uno de sus campaneros llevó ese apodo.

Los representantes municipales nos esperaban en la Sala del Mapamundi. Me cautivaron dos obras de Simone Martini: la *Maestà,* Virgen en el Trono, y el *Asedio de Montemassi* por Guido Riccio. En esta última, representó el pintor —con ropajes decorativos— al condotiero que, en 1318, reprimió a los rebeldes de Montemassi y de Sassoforte. La figura central se perfila a caballo, sobre un paisaje entre las cuencas o las colinas de cuya árida superficie —

almenadas y amenazantes— se yerguen las torres de los castillos.

Había llegado el presidente Einaudi. Fuimos a recibirlo, y nos asomamos a uno de los balcones. Iba a empezar el *Palio.* Una multitud bulliciosa llenaba la vasta plaza donde, en 1495, oyó predicar el pueblo a San Bernardino. Desfilaron, entre aplausos y gritos, las comparsas de los diecisiete barrios en que la ciudad está dividida. Cada barrio tiene su emblema: el dragón, el águila, la jirafa, el erizo, el unicornio, el elefante (sobre una torre), el borrego, la oca y hasta la oruga… El aire hacía ondear las banderas en que tales emblemas estaban reproducidos. Enarbolaban las astas hombres

robustos, vestidos a la usanza renacentista. Otros, con igual atavío, los anunciaban.

Aquel desfile, por sí solo, era una fiesta. La carrera vino después, frenética, rapidísima.

Montados sobre nerviosas cabalgaduras, los jinetes dieron tres veces la vuelta al *Campo.*

Venció el más hábil. Un alarido entusiasta premió su triunfo. Lentamente, comenzó a dispersarse la muchedumbre. Iba a caer la tarde. Y nos dispusimos a regresar…

Una noche, en Florencia, mi mujer y yo fuimos invitados a la “villa” donde moraba Bernardo Berenson. El autor de *Sassetta* —por cuyas cualidades de crítico e historiador del arte guardo profundo aprecio— tenía, entonces, ochenta y cinco años. Lo avanzado de su edad y lo precario de su salud lo habían convertido en un tesoro inquietante para las damas que cuidaban de él como se cuida una reliquia. Lo extrajeron, para nosotros, de quién sabe qué

místicos algodones. Lo sentaron en un sofá. Y, mientras nos ofrecieron un coctel, le propusieron una taza de tila o de manzanilla, que Berenson absorbió con la docilidad de un anciano enfermo. Opinó, no sin ironía, sobre algunos de los trabajos de la UNESCO. En mala hora habían ido a turbar la inquietud de los florentinos tantos delegados multicolores, incapaces —a juicio suyo— de comprender el arte mediterráneo.

Me hablo con desprecio de toda cultura que no acatase las normas clásicas. ¿Por qué pretendíamos enseñar a leer y a escribir a los iletrados? En su opinión, las masas valían muy poco. Sólo contaban los genios. Su humanismo se hallaba arraigado en Grecia, y volvía a florecer misteriosamente con la luz del Renacimiento. ¿Qué importancia podían tener el arte africano y la escultura precolombina?… No sé si hablaba realmente en serio, o si se burlaba de la credulidad de sus interlocutores. Pero me entristeció presenciar el crepúsculo de un

“esteta”. ¿Por qué razón había expresado el deseo de conocerme? ¿No representábamos, él y yo, dos tipos contradictorios?… Antes de que pensáramos en la conveniencia de despedirnos, sus secretarias nos indicaron que el maestro debía retirarse ya a descansar. Nos dijo él un adiós furtivo. Sus acompañantes lo transportaron hasta el santuario íntimo de su alcoba. La visita había terminado. Y la Conferencia también.

VII. LA GUERRA DE COREA. CONFERENCIA EN LA HABANA.

EXCURSIÓN A EGIPTO

No hay vacaciones que no se paguen con más trabajo. Las muy breves de que dispuse en Italia me obligaron, al regresar a París, a intensificar mi labor en todos sentidos. Desde luego estimé conveniente reforzar la autoridad de mi gabinete. Multipliqué las sesiones con los jefes de los departamentos y los encargados de los servicios. Y procuré ligar más estrechamente en su aplicación, resoluciones que parecían inconexas, pero que permitían —y en cierto modo necesitaban— la convergencia de todos los elementos técnicos disponibles.

Para coordinar los asuntos relativos al plan de asistencia técnica, varios candidatos me habían sido propuestos. Algunos poseían méritos evidentes; pero pertenecían a países de máximo desarrollo. Entenderían a los expertos, aunque no siempre a los pueblos urgidos de su concurso. Me interesaba contar con un hombre activo, serio, digno de promover confianza en las naciones solicitantes y encauzar a los técnicos con ánimo equilibrado. Colaboraba con nosotros un hindú, cuyas aptitudes personales correspondían a las del tipo de funcionario que yo buscaba. Era el señor Malcolm Adiseshiah, a quien había designado —provisionalmente—

en marzo de 1950. Le reiteré mi confianza en París. Y puedo decir que acerté al hacerlo.

Suscribimos acuerdos para ayudar a trece gobiernos. Los problemas que nos planteaban eran, por su índole, muy distintos.

Así, mientras Irak quería organizar, en Bagdad, una nueva facultad de ciencias, México deseaba constituir un centro de documentación científica y técnica, Pakistán proyectaba mejorar sus sistemas de radiodifusión y Libia necesitaba un núcleo de entrenamiento para los jóvenes empleados que su independencia requeriría.

Ofrecer asistencia técnica era cosa fácil. Impartirla, resultó arduo. ¿Dónde encontrar a buenos especialistas, dispuestos a consagrar pocos o muchos meses a una aventura que los desligaría de sus trabajos acostumbrados y los obligaría a vivir en lugares incómodos y distantes?… De los cincuenta expertos que nos comprometimos a designar, no logramos nombrar sino a veintiuno. No todos los escogidos me parecieron satisfactorios. Algunos se habían ilustrado en su profesión y no les faltaba el espíritu misionero. Pero muchos, aunque de competencia técnica manifiesta, carecían de aquel espíritu. O sufrirían de sus tareas, o harían sufrir a los nacionales del país donde tuviesen que realizarlas.

La cuestión había sido mal concebida desde un principio. Dentro de cada proyecto, resultaba excesiva la proporción destinada a cubrir los salarios de los especialistas. Menor número de expertos, y mayores cantidades para la adquisición de máquinas y de equipo, era lo que esperaban los países insuficientemente desarrollados. Sin embargo, la UNESCO no podía

alterar la proporción señalada de conformidad con el ECOSOC. Gastaríamos, pues, en

“expertos”, sumas que hubiesen sido más útiles en donativos de material bien seleccionado.

El especialista es imprescindible, si se le escoge acertadamente. Pero escogerlo exige una adecuada reflexión, de orden cultural —y, también, moral. Dada la preparación altamente especializada que se les pide, los “expertos” pertenecen no sin frecuencia a pueblos donde la riqueza y el poderío han concentrado fuentes magníficas de saber. Formados en innegables niveles de privilegio, suelen asumir la misión que se les confía como una simple aventura de

promoción material, a corto o a largo plazo. A su juicio, las comunidades que solicitan su concurso estarán, sólo por ese hecho, dispuestas a soportarlo. Y creen que encontrarán, en ellas, una aceptación desprovista de escepticismo y sentido crítico. En ocasiones, muchos emprenden el viaje como si fueran los colonizadores de un nuevo régimen absoluto: el régimen de la técnica.

Hubiera sido conveniente incluir, en cada misión, a algún antropólogo; pero no disponíamos de los créditos suficientes. Hube de limitarme a prever que, antes de partir, cada

"experto" recibiera instrucciones acerca de su comportamiento en el país al que lo enviábamos. Que no soñara con descubrir hoteles como los mejores de Londres, de París o de Nueva York, en Liberia, Libia o el Pakistán. Que no reclamase comodidades que, en muchos sitios, resultarían un lujo absoluto. Y, sobre todo, que obrase de la manera más persuasiva y más indulgente, sin molestar a los nativos con actitudes o con palabras que a cada instante les recordasen lo que trataban ellos precisamente de corregir: su ignorancia, su incuria, su atraso técnico.

Fueron insuficientes las instrucciones, o los especialistas las escucharon sin atención, pues pronto comencé a recibir quejas no desprovistas de fundamento. En 1952, durante la séptima reunión de la Conferencia General, el señor Al Yassin, de Irak, después de hacer una apología del islamismo, manifestó que un especialista en educación fundamental debería poseer, en primer término, las cualidades del explorador. ¿Cómo solicitar refrigeradores en comunidades rurales de humildes chozas y campos mal atendidos? Otro representante —el de Irán—, aludió a las "sutilezas técnicas" con que muchos "expertos" paralizaban las posibilidades de comprensión de los pueblos insuficientemente desarrollados. "Como dijo un sabio oriental —

exclamó—, cuando las llamas devoran una casa, resulta necio exigir agua destilada para apagar el incendio…"

Pese a todos los obstáculos, la obra iniciada por la UNESCO en 1950, dentro del plan de asistencia técnica, abrió caminos que ampliaron y mejoraron mis sucesores. He citado críticas.

Pero podía haber citado, igualmente, elogios. Y, sobre todo, muchas frases de gratitud de los países beneficiados por la colaboración que, aunque fuese en pequeña escala, logramos proporcionarles. Las Naciones Unidas —y sus agencias— avanzaban en esos años por una ruta muy insegura. Necesitábamos recurrir a los pocos especialistas que nos brindaba la realidad. Era natural que no todos tuviesen la formación adecuada para asociar, al saber

científico, el arte de transmitirlo. Ahora, las cosas han mejorado. Muchas universidades y muchos institutos tecnológicos adiestran a especialistas capaces de ser maestros. Por otra parte, en las cantidades asignadas a la asistencia técnica, han aumentado aquellas que se destinan a realizar las obras recomendadas por los "expertos". La ONU ha constituido, en esta materia, un fondo especial. Y, gracias a ese fondo, se han llevado a cabo construcciones e instalaciones que, en 1950, hubieran sido meras hipótesis.

A partir del verano, me aguardaban diversos viajes. En julio, tuve que ir a Ginebra, a presentar al Consejo Económico y Social el informe de la UNESCO. La reunión se desarrolló en un ambiente más favorable que el que advertí en 1949. Aproveché la oportunidad para señalar dos principios que me parecían indisolubles. No sería justo que la UNESCO se viese obligada a una estabilización prematura de sus esfuerzos. Y la paz no podría afirmarse, tan sólo, con medidas políticas y económicas.

Me abstuve de referirme al conflicto que acababa de estallar en Corea. Pero el país "de la quieta mañana" se hallaba en una contienda trágica. Dos Repúblicas simétricas y rivales se habían constituido en 1948: la Corea del Norte, obediente a Moscú, y la del Sur, apoyada por los Estados Unidos. En junio de 1950, fuerzas coreanas del Norte invadieron el territorio del Sur. El presidente Truman ordenó que el ejército, la marina y la aviación

norteamericanos auxiliaran al gobierno de Syngmann Rhee. El 25 de junio, las Naciones Unidas decidieron intervenir. ¿Que haría la UNESCO?

La cuestión no podía ser más compleja y más problemática. Se trataba de una agresión.

Pero ¿quién tenía la culpa de las condiciones en que se· hallaban las dos Coreas? Las grandes potencias eran las responsables de la división arbitraria del país. La línea geográfica de demarcación —el paralelo 38— había sido fijada sin tomar muy en cuenta los intereses de la comunidad coreana en su integridad. Llegué a pensar que las Naciones Unidas no adoptarían un compromiso definitivo en caso tan discutible. Pero lo adoptaron. Iba a hallarme, muy pronto, en situación ciertamente incómoda. El Consejo Económico y Social y el secretario general de la ONU solicitarían el concurso de la UNESCO. Y ese concurso no podría ser sino muy escaso, en lo relativo al socorro de las víctimas de la guerra, y muy difícil en cuanto a las tareas de información, educación y convencimiento que nuestro Consejo Ejecutivo —

acicateado por el representante norteamericano— se vería obligado a intentar.

De hecho, la guerra de Corea demostraba hasta qué punto había tenido yo razón, al quejarme —en Florencia— de la limitación de nuestros recursos y la calidad de nuestro programa. Pero el Consejo Ejecutivo (que se reunió, en París, al final de agosto) no iba a justificar mi argumentación. Aprobaría, una vez más, medidas simbólicas y modestas.

Pondríamos a disposición de la República de Corea del Sur cien mil dólares de nuestro

presupuesto, a fin de ayudar a la reconstrucción escolar en las regiones invadidas. Y la secretaría recibiría instrucciones acerca de la necesidad de intensificar sus tareas de difusión al servicio de las Naciones Unidas.

Tratamos de obrar, a la vez, con prudencia y con lealtad. Con lealtad, porque hubiera sido inconcebible que no sumáramos nuestro esfuerzo a los de la ONU. Con prudencia, porque habría sido inmoral que nos convirtiésemos en un instrumento de propaganda del Departamento de Estado. Los estudios y las informaciones que propagó la UNESCO durante la guerra de Corea se caracterizaron por su completo apego a la doctrina de la seguridad colectiva, pero cuidamos mucho de no asumir en ningún momento la actitud de un beligerante.

Los Estados Unidos no comprendieron aquella prudencia. O la comprendieron sólo más tarde, cuando se dieron cuenta de que, en su propio país, la guerra de Corea no era una aventura muy popular. La oficina del delegado permanente del gobierno norteamericano me hizo sentir varias veces que Washington no estaba satisfecho de las gestiones llevadas a cabo por la UNESCO… A tantos años de distancia, me felicito de no haber actuado entonces con

“exceso de celo”. Y agradezco a mis colaboradores la seriedad con que procedieron al revisar los textos de nuestras publicaciones y al evitar un partidismo que habría descalificado a la Organización. Pero vivíamos días de tensión política tan notoria que incluso lo resuelto por el Consejo Ejecutivo —que era tan poco— dio lugar a encendidas protestas de Checoslovaquia, Hungría y Polonia.

En la primera quincena de agosto, fui a Zurich. La Federación Internacional de Mujeres Graduadas en las Universidades celebraba allí su asamblea. Me confortó la fe que aquellas damas depositaban en la misión de la UNESCO. Una vez más sentí hasta qué punto la colaboración femenina era necesaria a nuestras labores. Por su naturaleza, que la inclina a proteger y a prever, para mejor cuidar las urgencias múltiples de la vida, la mujer ha sido siempre un factor insustituible de persistencia y continuidad. Sabe aliar la clarividencia moral a la seguridad del instinto, y discierne muy bien cuántas riquezas espirituales puede arriesgar la acción de cada momento. Tiene el sentido de la conservación y la inteligencia innata de la defensa.

En 1949, había sido festejado un centenario muy significativo: el de la presentación de la tesis de la primera doctora en medicina, Elizabeth Blackwell. Desde entonces, ¡cuántas mujeres conquistaron puestos de honor en múltiples profesiones!… El número de las asistentes a la asamblea de Zurich atestiguaba la magnitud de su asociación. Y la calidad de sus debates me infundió aliento.

En noviembre, me recibió Burdeos. Su Universidad iba a distinguirme con el grado de doctor *honoris causa.* Me encantó ver nuevamente la ciudad donde pasé varios días de vacaciones durante el verano de 1930, cuando desempeñaba el cargo de secretario de nuestra legación en Madrid, y donde —en 1940— pude darme cuenta de la indecisión de los parlamentarios franceses ante la idea de trasladarse a África, para no pactar con el enemigo.

Al dirigirme a Burdeos, pensaba en Montaigne y en Montesquieu. A ambos los había leído desde muy joven. Y su recuerdo se hallaba unido al de la región generosa que se disponía a brindarme un testimonio de aprecio tan elocuente… Evoqué los tiempos de mis primeras lecturas de los *Ensayos* y del *Espíritu de las leyes.* Tenía dieciséis años. Vivía, con mis padres, en una casa de la calle de Rosas Moreno, vecina entonces de una estación de ferrocarril. Ciertas noches, mientras reflexionaba sobre el *Que sais-je?* de Montaigne, el gemido de las locomotoras próximas me incitaba a inventar viajes imaginarios. ¿Conocería yo, alguna vez, Burdeos? Y, de pronto, mientras concluía el otoño de 1950, me encontraba en la ciudad de la que fue alcalde Montaigne. Mi presencia era saludada por los periódicos. Se hacía en ellos una relación amable de mi pasado. E iba a conferírseme un grado honorífico que nunca imaginó el joven lector de la calle de Rosas Moreno.

En el discurso con que agradecí la distinción de la universidad bordelesa, no podía omitir ni a Montaigne ni a Montesquieu. Aludí al escepticismo de aquél, pero encomié sobre todo su tolerancia. En cuanto al segundo, cité unas frases que hubiera querido inscribir en el pórtico de la UNESCO: “Si supiera yo algo que me fuese útil a mí,

pero perjudicial a mi familia, lo rechazaría de mi mente. Si supiera yo algo útil a mi familia, pero que no lo fuera para mi patria, procuraría olvidarlo. Si supiera algo útil para mi patria, pero perjudicial para Europa, o útil para Europa, pero perjudicial para el género humano, lo consideraría como un delito".

Tales palabras continúan definiendo el espíritu que —a través de la historia— debería animar a toda cultura.

Regresé a París el 29 de noviembre y, tras de haber despachado algunos asuntos urgentes, tomé el camino de Niza. Iba a efectuarse en la Costa Azul, bajo los auspicios de la UNESCO, una conferencia en la cual se adoptaría, por fin, la resolución de crear la Asociación Internacional de Universidades. Ese organismo sigue en actividad. Tuve la fortuna de concurrir a su segunda asamblea, en Estambul, durante el año de 1955, como representante de la Universidad Nacional Autónoma. Y asistí en México a su tercera reunión, en 1960.

Había sido muy lenta la preparación de la conferencia de Niza. Desde 1948, delegados universitarios de treinta y dos países formularon —en Ultrecht— el voto de que se estableciese la asociación. Fueron necesarios, sin embargo, dos años, para dar forma a ese gran proyecto.

Gracias a las autoridades francesas, obtuvimos la hospitalidad del Centro Universitario Mediterráneo, ilustrado por la memoria de Paul Valéry, quien fue su administrador en una época singularmente difícil: la de la guerra. Mientras visitábamos el centro, me sentí acompañado por la invisible presencia del poeta de *Charmes.* Lo había conocido en París, en 1932, merced a una amiga de ambos: Mathilde Pomès. Cierta mañana, Mathilde me hablo por teléfono y me dijo: —"Si no tiene nada mejor que hacer, ¿por qué no viene usted esta tarde a tomar una taza de té conmigo? Vendrá también Paul Valéry." Naturalmente, no tuve nada mejor que hacer y, a la hora que Mathilde me había indicado, me presenté en su casa de la calle de

Grenelle. Valéry se encontraba ya en el salón. Por cierto, me sorprendió verle en mangas de camisa. La invitante —que, además de fina poetisa y excelente traductora, era cordial amiga y concienzuda ama de casa— le estaba probando un suéter que había tejido para él.

Nadie más inteligente que Valéry. Nadie, por consiguiente, menos solemne. Me tendió una mano delgada y seca, pero no desprovista de cortesía. Aprobó las medidas del suéter. Revistió nuevamente su saco de paño negro. Y la plática principió… Hablaba como pensaba. Y

pensaba admirablemente, aunque me dijo entonces unas palabras que hallé después en uno de sus discursos, el dedicado a los cirujanos: “A veces pienso, y a veces soy”. ¿Contendría aquella expresión una crítica de Descartes?

Me preguntó por algunos amigos españoles, que apreciábamos en común: Pedro Salinas y Jorge Guillén. Creo que no le interesaba mucho Federico García Lorca. O lo conocía poco, o no se acordó de él en tal oportunidad. Hizo, en cambio, dos o tres alusiones a los pintores franceses impresionistas. Su esposa pertenecía a la familia de Berthe Morisot. Y me describió con respeto a “Monsieur Degas”.

Valéry era un europeo de ánimo universal. Había afirmado que la Sociedad de Naciones necesitaría fundarse en una sociedad de los espíritus. Se anticipó así, en varios lustros, a los propósitos de la UNESCO. En mis esfuerzos para obtener el apoyo de las delegaciones gubernamentales, no olvidé nunca lo que escribiera él en su *Política del espíritu:* “El mundo moderno, en toda su potencia, en posesión de un capital técnico prodigioso, y penetrado por entero de métodos positivos, no ha sabido sin embargo hacerse una política, una moral, un ideal y leyes civiles o penales que se hallen en armonía con los modos de vida que ha creado; ni siquiera con los modos de pensamiento que la difusión universal y el desarrollo de un determinado espíritu científico imponen, poco a poco, a todos los hombres”.

Por fortuna, los representantes a quienes iba yo a encontrar en Niza no eran delegados de sus gobiernos, sino universitarios de buena fe. Procedían de más de sesenta naciones.

Interpretaban ese pensamiento científico universal que tanto apreciaba el poeta de *El cementerio marino.* Pude exponerles, con la mayor franqueza, mis conceptos acerca de la responsabilidad que incumbe a las universidades en la organización de la paz. “Es poco probable —les dije— que los dogmatismos de toda índole permitan a las universidades mantenerse como refugios estancos, a salvo de las mareas del exterior. No pienso, por supuesto, en preconizar la menor confusión entre el campo de la universidad y el de la política militante. Es esencial que la universidad permanezca tan apartada de la lucha de los partidos como de las consignas de las ideologías oficiales, a fin de que mantenga celosamente su independencia y, también, su serenidad. Pero independencia no supone indiferencia. Ni serenidad quiere decir ceguedad.”

Los universitarios comprendieron la intención del discurso que les leí. Entre los que se acercaron a saludarme, recuerdo a Bernardo Houssay, el sabido argentino que obtuvo el Premio Nobel en 1947. Y me alentó el entusiasmo de Jean Sarrailh, rector de la Sorbona, a

quien la asamblea eligió presidente de la nueva corporación.

La velocidad (de la que otros suelen servirse para mejor prolongar el ocio) me permitía trasladarme, de trabajo en trabajo, con rapidez. Acababa de estrechar la mano de Luis Garrido, que estaba en Niza, como rector de la Universidad Nacional Autónoma, y, pocas horas más tarde, me hallaba de nuevo en mi despacho de la Avenida Kléber. Al día siguiente, tenía que tomar el avión para Nueva York. Y, de Nueva York, otra vez por aire, viajar a Cuba.

Me esperaba en La Habana, el 8 de diciembre, un día tan bien previsto que no me dejó casi tiempo de respirar. Se inauguraría, en esa fecha, la primera conferencia regional de las Comisiones Nacionales americanas. Antes, habría de recibir a los jefes de varias delegaciones. Quería verme también el doctor Octavio Méndez

Pereira, quien dirigía la oficina establecida en Cuba por nuestra Organización.

La conversación más jugosa fue la que tuve con Alberto Lleras Camargo. Como secretario general de la OEA, Lleras veía con estimación a la UNESCO, aunque también —según creo—

con algo de desconfianza. El Consejo Cultural (que México había insistido en incluir entre los órganos aprobados por la Carta de Bogotá) figuraba todavía en el papel, pero no en la realidad de la Unión Panamericana. Lleras me aseguró que no tardaría la OEA en crearlo. En efecto, nueve meses más tarde, el Consejo Cultural quedó constituido, en la Ciudad de México.

Otro de los temas que examinamos fue el de la colaboración que podría proporcionar la OEA a las actividades del CREFAL. Las gestiones hechas por la UNESCO ante el gobierno de México nos hacían prever que, en mayo de 1951, estaría por fin instalado ese centro en Pátzcuaro. Por último, revisamos el acuerdo que —horas más tarde— firmaríamos en público: un documento que, en doce artículos, establecía las medidas de cooperación entre la UNESCO y la OEA, sus procedimientos de consulta y la eventual integración de comités conjuntos cuando surgiesen problemas en cuyo estudio conviniera evitar la duplicación de esfuerzos.

Al final de la plática, Lleras me preguntó: —"¿Y está usted contento, Jaime, con cuanto hace?" Le contesté que me dolía todo lo que no me dejaban hacer la pobreza de la UNESCO y la lentitud de los órganos gubernamentales que tenían que autorizar, en muchos casos, el desarrollo de mis tareas. Sonrió maliciosamente. Y entendí que no se encontraba él, por su parte, "en un lecho de rosas".

Presidía la Comisión Nacional cubana don Cosme de la Torriente. Era un hombre simpático y generoso. Tenía setenta y ocho años. Y actuaba como un liberal de cuarenta y cinco. Dirigió con plácida autoridad los debates de una asamblea en la que pude advertir cuántas ilusiones se hacían aún, acerca de la UNESCO, muchos

administradores e intelectuales de Iberoamérica. Algunos parecían no haber leído nuestro programa. Otros —que, acaso, lo

conocieran— daban la impresión de ignorar los márgenes materiales que señalaba rígidamente, para la ejecución del programa, el presupuesto de la Organización.

Empezaron soñando en grande y abriendo puertas inmensas sobre el vacío. Sin embargo, al percatarse de nuestros límites económicos, se resignaron a suscribir recomendaciones más bien modestas. Pidieron que el centro bibliográfico —solicitado por el gobierno de México—

extendiera su acción a otros países del Hemisferio, y que (sola, o unida a otras agencias de la ONU) la UNESCO preparase un estudio sobre los problemas de la población indígena latinoamericana y organizara dos seminarios. Uno de ellos consideraría los resultados de las investigaciones hechas sobre las necesidades técnicas de la prensa, la radio y el cinematógrafo. El otro determinaría qué personal especializado requieren ciertos países para el fomento de sus sistemas económicos. Eran tan exiguos nuestros recursos que hasta esas recomendaciones resultaron, durante mucho tiempo, tema de reflexión más que de actividad.

El 10 de diciembre, la conferencia conmemoró —en el Capitolio— la fecha en que fue adoptada, dos años antes, la Declaración Universal de Derechos Humanos. Presidió la reunión el doctor Dihigo, ministro de Estado de Cuba. Alberto Lleras leyó un excelente discurso. En las palabras que pronuncié, quise insistir sobre el hecho de que, aun en países de recursos muy desiguales, esa Declaración entrañaba un programa vivo, de responsabilidad y de acción común. Tal programa era el único plan no confesional con que el mundo contaba entonces para edificar una paz verdadera en la justicia y en el progreso. Enaltecer los derechos humanos equivalía a proclamar los deberes de los Estados ante el ejercicio de esos derechos.

Al concluir la ceremonia, acompañé al doctor Dihigo en la visita que hizo a tres exposiciones presentadas por la UNESCO en el Capitolio: la de los derechos humanos, la de reproducciones de varias obras insignes de la pintura moderna y la de información científica, que había sido mostrada ya en Quito y en Lima a los estudiantes y a los maestros.

Tendría que salir de La Habana dos días después. Me entristeció la brevedad de aquel viaje. Cuba me había recibido con abierta cordialidad. Volví a ver, coronados de gloria —y, a veces, también de canas—, a algunos de los amigos que hice, en el país de Martí, veintidós años antes, cuando fui invitado a leer —en el Teatro Payret — el ensayo que publicó la revista *Contemporáneos* con el título de "Perspectiva de la literatura mexicana actual". Nadie, en 1950, me invitó a tomar café con los escritores, como lo hicieran —en 1928— Juan Marinello y Jorge Mañach. Ningún grupo de jóvenes se animó a llevarme a la plaza pública, a discurrir hasta la una de la madrugada, bajo las estrellas de trópico, sobre las aventuras posibles de la poesía y de la novela…

Sentí hasta qué punto la edad y los títulos oficiales aíslan al hombre de sus hermanos más espontáneos: los que abrigan la misma fe que los estimuló a lo largo de su existencia y que seguirá enardeciendo su alma, invisible tal vez para los demás.

Regresé a Francia, por avión. Encontré, en París, un mensaje de Taha Hussein. El poeta me confirmaba la invitación —hecha ya en Florencia— para asistir a las fiestas preparadas por el gobierno del Rey Faruk con el fin de celebrar el XXV aniversario de la Universidad Fuad Primero e inaugurar el Instituto del Desierto en la zona de Heliópolis.

Ambas manifestaciones me interesaban. La UNESCO estaba otorgando especial cuidado al fomento de la enseñanza universitaria y al estudio de los procedimientos técnicos apropiados para combatir la esterilidad de las tierras áridas. Como hombre, me atraía la experiencia educativa intentada por Taha Hussein. Como escritor, me seducía la idea de contemplar el Egipto eterno con menor prisa

que en 1948. Acepté el viaje con tanto mayor placer cuanto que las fechas señaladas para efectuarlo coincidían con las vacaciones de fin de año.

El señor Jean Thomas, mi mujer y yo, salimos de Orly el 25 de diciembre. También salieron entonces varios amigos nuestros: Georges Duhamel, Louis Joxe y el rector Sarrailh.

Sus esposas iban con ellos. En El Cairo encontraríamos al conde Jacini, a sir John Maud y a muchos representantes de la vida universitaria de diferentes partes del mundo.

El miércoles 27 asistimos a la ceremonia organizada en la Universidad. Al día siguiente, visitamos el mausoleo de Fuad Primero. Horas antes, en compañía de Duhamel, había contemplado la mezquita Mohamed-Alí. A las seis de la tarde, en el salón de actos de la Sociedad de Economía Política, inauguré los trabajos de la Comisión Nacional egipcia, presidida por Taha Hussein.

En muchas de esas reuniones advertí un afán oficial de magnificencia. En su palacio, nos recibió el Rey Faruk. Desfilaron frente al monarca innumerables funcionarios y políticos del país, enviados del Cercano Oriente, Europa, Asia y América, y sólo unas cuantas damas: las esposas de los invitados no musulmanes. El primer ministro engalanó su residencia para una fiesta nocturna y sentó al cardenal Tisserant, representante del Vaticano, en la primera fila de su salón. Entre lámparas insolentes, presenciamos allí la ejecución de un programa llamado

“artístico”. En uno de los números, la concurrencia tuvo ocasión de aplaudir a una señorita tan agitada como desnuda. Nos aseguraron que se trataba de un baile clásico.

En un paréntesis de las fiestas, sir John Maud me acompañó a conocer la región de Gaza.

Fuimos en avión. Atravesamos el Canal de Suez, y emprendimos —después— en auto la ruta que lleva a Gaza. Nos detuvimos en un

lugar donde los habitantes habían construido, con adobes irregulares, una serie de aulas bajas y tenebrosas. En Gaza y en varias aldeas, vimos a muchos niños estudiar el Corán, bajo toldos improvisados, en cuclillas al ras del suelo o sobre cajas de provisiones enviadas a Palestina por el Fondo Internacional de Auxilio.

Todo eso, de que tenía noticias por los informes de mis colaboradores, me ensombrecía.

¿Cómo podían el Rey Faruk y su primer ministro ofrecer recepciones tan opulentas cuando vivían, en semejantes condiciones, tantos árabes refugiados —y, en Egipto mismo, tantos miserables *fellahs*? ¿Y cómo podía la UNESCO resignarse a la raquítica ayuda que le permitía brindar a los aislados su escuálido presupuesto?

El sábado 30 fuimos a Heliópolis. Inauguramos el Instituto del Desierto, bajo una tienda de campaña formada por tapetes extremadamente lujosos. Taha Hussein declaró que el Rey Fuad había querido que el desierto se convirtiese en fuente de júbilo y de riqueza, y que Faruk reafirmaba aquella intención, según podían atestiguarlo los gastos hechos para instalar el Instituto… Se había anunciado un discurso mío. Y tuve que leer un texto preparado en París, muy distinto por cierto del que hubiese querido improvisar en esos instantes. Veía los tapetes suntuosos, los trajes caros de los dignatarios del régimen de Faruk, sus cuerpos sustanciosamente nutridos, sus ojos ávidos y sensuales. Consideraba, igualmente, mi propio ser; recordaba el departamento que me había sido reservado en uno de los mejores hoteles de El Cairo; me daba cuenta de los términos vagos y demasiado optimistas de las páginas que estaba leyendo, y me avergonzaba leerlas y no gritar lo que llevaba en mi corazón: una protesta contra la hipocresía de esos actos solemnes, un llamado a la verdadera piedad humana frente al desierto. Un desierto que no era tanto de arena cuanto de hambre, de horror y de soledad.

Franco, honrado, severo y ciego, Taha Hussein era el único que hubiera probablemente sentido lo que yo no podía decir. Gracias a él, conocimos algunas de las verdades que disimulaba tan mal la pompa célebre del monarca. Y, gracias a él (que adivinó mi disgusto), logramos abrir un claro en el bosque de los saraos y de los ágapes, para pasar dos días en la región de Luxor.

Sí, como todos lo han dicho, y tengo que repetirlo: Egipto es hijo del Nilo. Pero el lugar común no cobra evidencia tan angustiosa en las terrazas de El Cairo cuanto en el tren, barnizado de blanco, que conduce al excursionista hacia el sur. Hicimos de noche el viaje. Por la mañana, desde la ventanilla, surgió Luxor. Su perfil se recorta, airoso, sobre un cielo más de turquesa que de zafiro, sin una nube, sereno, abstracto, nítido, tutelar.

Nos esperaban, en la estación del ferrocarril, un representante de Taha Hussein y un joven egiptólogo de la nueva escuela francesa: Alexandre Varille. Conocer a este último y admirarlo fue todo uno. Pocas veces he sentido vibrar la pasión arqueológica con fuego tan contagioso.

Era Varille (y digo era, porque murió —poco tiempo después— en un accidente de automóvil, durante uno de los raros descansos que solía ofrecerse en Francia) un hombre recio, entusiasta, cuyo cuerpo parecía ya modelado por la tragedia. Un desnivel brutal en la frente denunciaba una operación —probablemente antigua. Vestía de paño claro y manejaba, con precisión de investigador y descuidos súbitos de poeta, una especie de *jeep* en cuyo asiento trasero quedamos pronto instalados mi esposa y yo, nuestras dos maletas y un grueso bulto de fotografías, planos y libros, propiedad del dueño de aquel vehículo.

Nos dirigimos al Winter Palace. Apuramos —en el comedor del hotel — un rápido

desayuno, que dio sin embargo ocasión a Varille para exponernos las líneas fundamentales de su doctrina. Y nos trasladamos al templo. Varille tenía, visiblemente, ansia de presentárnoslo.

Aquella estupenda combinación de muros y de vacíos, de corredores y de columnas, de patios y de capillas, no era sólo un monumento famoso, sino —para Varille— la fórmula de una época de su vida, la explicación de sus permanentes desvelos, el testimonio tangible de

"su verdad". Sin permitirnos dirigir una mirada a ciertos detalles, que nos haría estudiar después, nos invitó a examinar ante todo un plano esquemático del conjunto. Según su tesis, los templos fueron concebidos por los egipcios como construcciones destinadas a evolucionar incesantemente. Cada uno contenía un principio cósmico, un "neter", sin cuyo conocimiento no se entiende su arquitectura. Todos debían crecer como cosa viva. Por eso sus realizadores dejaban siempre una posibilidad de germinación para el porvenir.

Al llegar a este punto —y para ser más preciso—, Varille creyó necesario leernos unos fragmentos del ensayo que había publicado, en 1945, con el título de *Algunas características del templo faraónico.* Puedo citarlos, porque conservo un ejemplar de ese ensayo, que el autor me envió más tarde. Los fragmentos que nos leyó aquella mañana decían así: "Los templos egipcios deben considerarse como verdaderas 'sumas' de conocimientos. Tratan de expresar, por medio de su arquitectura y de su decorado, una ley cósmica… Todo en el templo es símbolo: sus jardines, sus fuentes, sus avenidas, sus columnas, sus colosales estatuas, sus naos y sus estelas. Ningún detalle es producto no más de la fantasía. El canon es rígido. Nada se sacrifica a la estética. *Que nadie, si no es geómetra, penetre aquí,* había hecho inscribir Platón sobre la puerta de su escuela. Tal era sin duda, también, el aviso dado a los que querían descubrir el sentido profundo de los santuarios egipcios. Sean cuales fueren los matices, los templos faraónicos obedecen todos a un propósito igual: el de expresar una ciencia geométrica, las de las *kheperu* (o transformaciones), la de las funciones universales".

La mañana avanzaba. Con ella, crecía nuestra impaciencia. Hubiéramos querido oír al arqueólogo y, al mismo tiempo, pasear con él entre las columnas que parecían estar exhortándonos a seguir a un invisible cortejo, organizado —bajo quién sabe qué dinastía—

para festejar la victoria de quién sabe qué faraón.

Varille nos había indicado que la palabra usada para erigir un templo correspondía, entre los egipcios, al verbo “plantar” y que el sentido vegetativo de las grandes construcciones religiosas implicaba el reconocimiento de los “gérmenes” recogidos en otros edificios y el respeto de las piedras empleadas como semillas. Durante mucho tiempo —nos dijo— se creyó que los bloques de piedra dispuestos por los arquitectos para consolidar la base de un nuevo templo no tenían significado esencial. Notoriamente, provenían de un templo antiguo. Lo demostraban así las figuras de su relieve escultórico, muy bello a veces. Pero se pensaba que su presencia era el producto de un puro azar o se la atribuía a razones de mero ahorro: las ruinas del templo anti-guo habían sido aprovechadas para la sustentación del templo moderno.

—“En el de Amón, construido en Karnak, verán ustedes —nos advirtió— hasta qué punto

es errónea tan vaga hipótesis. Las piedras angulares, que pertenecen a alguna construcción anterior, fueron colocadas deliberadamente al revés. Sus motivos ornamentales explican el desarrollo de los temas que pueden observarse en los frisos decorativos de las salas edificadas sobre esas piedras.”

Mientras Varille continuaba hablando, habíamos atravesado el gran patio que los fieles cruzaban para llegar hasta la capilla de Amón. Se levantaba, frente a nosotros, la espléndida columna. ¡Qué sencillez en la majestad!… Acaso tuviese razón el arqueólogo en muchas de sus observaciones. Pero ¿cómo conciliar la belleza que nos rodeaba con su teoría acerca del desdén de los constructores egipcios por cuanto no supusiera una abstracción materializada, la

sujeción a una ley de la geometría, una manera de revestir la verdad con símbolos, inasequibles para los laicos? Entre las palmeras de piedra que sostenían ya sólo el cielo —no tan verde como en la luz matinal, sino de un denso y compacto azul— recordé algunas lecturas hechas veinte años antes. Pensé en la opinión de Riegl, mencionada por Worringer, acerca del verdadero problema de la arquitectura egipcia: la lucha entre el horror artístico al espacio y la necesidad práctica del espacio.

Esa lucha, perceptible en Luxor, suponía una preocupación estética incuestionable. ¿Por qué insistía tanto Varille en menospreciarla? Dominado por el apremio de descifrar el texto del templo, apasionado por el ansia de llegar a leerlo un día, olvidaba tal vez nuestro arqueólogo que el alma de una cultura muerta es siempre un todo, más o menos impenetrable para los hijos de otras culturas. Del mensaje que nos trasmiten sus mayores realizaciones, lo que aflora de modo más perdurable no es, a menudo, la verdad oculta o embalsamada, sino el rastro de los esfuerzos hechos con el objeto de descubrirla. Y lo que más nos conmueve, en esa búsqueda trunca, es el afán de belleza que la redime de una subordinación excesiva a técnicas ya olvidadas. Aun aceptando la razón científica de Varille, ¿cómo admitir sus últimas consecuencias?… Si el templo que estábamos recorriendo era un texto cifrado por sus autores, si cada sala, cada patio y cada capilla constituía una revelación para el iniciado, ¿por qué en nosotros —y en muchos millares de espectadores, incapaces de leer aquel texto mágico— su sola armonía formal despertaba tantos augurios y tantos ecos?

Nos encaminamos hacia Karnak. Allí nos esperaba el gran templo de Amón. El patio, de más de cien metros de largo, nos sobrecogió por sus proporciones. Junto a un hacinamiento de piedras, orgullo un día de muros juzgados indestructibles, admiramos la elegancia de un obelisco: surtidor inmóvil, infatigable; flecha apuntada desde hace siglos hacia el cenit; vertical dramática de una raza que anheló repudiar la horizontalidad del desierto, paisaje y tumba, historia y necesidad de resurrección. Pero la impresión más profunda nos la produjo la sala hipóstila, con sus ciento treinta y cuatro columnas de

capiteles papiriformes (abiertos unos y otros cerrados), selva petrificada que impone angustia al espectador.

Varille era demasiado consciente para preguntarme, como lo habían hecho en El Cairo muchos invitados del Rey Faruk, si no encontraba yo alguna semejanza entre el arte egipcio y

el precortesiano de mi país. Comprendía, sin duda, que ciertas similitudes formales no bastan para justificar afirmaciones de identidad. El alma expresada por los constructores de Uxmal y Chichen Itzá (o por los de Monte Albán y Teotihuacán) fue en extremo distinta del alma egipcia. Un autor consigna esta observación: “El egipcio no conoció el mito del fin del mundo”. Worringer cree que la vida era permanencia en opinión de los moradores del viejo Egipto. Para los grandes pueblos precortesianos, al contrario, la vida se presentaba como drama perpetuo; la inmortalidad se ofrecía como conquista y una de las creencias más difundidas aludía precisamente a la extinción de nuestro universo.

Alfonso Caso escribió en su *Pueblo del Sol:* “El mundo y el hombre han sido creados varias veces, según la concepción azteca, porque a una creación ha seguido siempre un cataclismo que ha puesto fin a la vida de la humanidad”. Y añadía: “Concuerda en gran parte esta idea de las múltiples creaciones con los mitos que nos han quedado de los quichés, pues en su libro sagrado, el *Popol Vuh,* se relata que el creador hizo varios intentos antes de realizar su obra perfecta”. Páginas adelante, leemos lo siguiente: “en el mito azteca de los soles hay una idea que no encontramos en el libro quiché: el quinto sol, que actualmente nos alumbra, también ha de desaparecer…” Así, la noción de catástrofe prevalece en las más elaboradas cosmogonías del México antiguo, ya sea como un orden en los ensayos hechos por los dioses para crear el universo, ya como un peligro que se renueva.

La muerte es la inspiradora fundamental, tanto en la cultura egipcia como en algunas culturas precortesianas de nuestra tierra. Mas, para el alma egipcia, la muerte es continuidad, reiteración simbólica

de la vida. Para el alma azteca, en cambio, la muerte es crisis. Los hombres que, al cerrarse el ciclo ritual, esperaban saber —por el tránsito de los astros— si la vida proseguiría, no hubieran podido compartir la seguridad con que los egipcios auguraban un desarrollo eterno, en el cual —por razones obvias— les importaba instalarse cómodamente. Para aquéllos, la noción de lucha cósmica tenía que privar sobre el concepto de ley geométrica, que interesaba tanto a Varille.

Nos habíamos detenido frente al Lago Sagrado. A nuestra derecha se prolongaba el edificio de Amenhotep III. El trémolo de una flauta nos sorprendió. Era el aviso de que algún encantador de serpientes se hallaba próximo. En efecto, un hombre cetrino, endeble y de más de sesenta años, se acercó a nuestro grupo. Abandonando por un momento su flauta, discutió con Varille el precio del espectáculo. A la postre, por unas cuantas monedas, convino en

“probar su suerte”. Varille sonrió de aquella modestia verbal. Según tenía razones para creerlo, las sierpes que iba a “buscar” el anciano frente a nosotros, habían salido, minutos antes, de alguna de las bolsas de fibra que llevaba pendientes del cinturón.

—“Fíjese usted, sin embargo”, me dijo el arqueólogo. “En ocasiones, vale la pena…”

De la flauta, que el viejo había vuelto a llevarse a los labios, empezó a fluir una melodía viscosa y trémula, cinta de música que daba la impresión de enrollarse sobre sí misma, para luego desenrollarse rápidamente, como orientada por la atracción de un callar sutil.

Mientras tocaba, el viejo iba y venía sin tregua ante nuestros ojos. Los suyos, negros y penetrantes, espiaban el movimiento más leve de las hierbas crecidas entre las piedras. De pronto, asomó una cobra. Era de dimensiones más bien pequeñas. No tardó mucho en salir entera del escondite. Sobre el polvo, sinuosa, se deslizó. Parecía estar dando forma a la música de la flauta. Como ella, onduló lentamente, muy lentamente, hasta el instante en que un

sonido más imperioso —tal vez un llamado al orden— la detuvo, ya junto al viejo.

La irguió, entonces, una cólera milenaria. Su cuello se hinchó misteriosamente. Hasta Varille, sin quererlo, retrocedió. Entre la música y el reptil, principió un diálogo incomprensible. Algunas de las notas eran de ira, otras de embrujo; otras, acaso, de lástima.

Los movimientos de la espatulada cabeza respondían a aquellas notas, les comunicaban una intención telúrica, el valor de una invocación. Dos sentimientos opuestos luchaban en nuestro espíritu. Por una parte, un temor prehistórico, el de la tribu frente al tabú. Y, por otra parte, una desconfianza moderna, de turista cosmopolita: ¿no sería todo aquello la escena de una comedia para viajeros desocupados…?

Mientras desandábamos el camino, para buscar la mecanizada langosta que servía de vehículo a Varille, vi mi reloj. Las agujas marcaban las dos y media. En menos de cuatro horas, habíamos vivido una aventura que suponía la complicidad silenciosa de muchos siglos.

Como un reproche para nuestra curiosidad de “bárbaros de Occidente”, el sol acentuaba —en uno de los pilares— el rostro de Amenhotep IV, sus gruesos labios, su nariz larga, su frente angosta y sus ojos indescifrables y desdeñosos. Ni él —herético desde el trono— nos revelaría el secreto de aquel pasado.

VIII. VIAJE AL ASIA MERIDIONAL: CEILÁN, PAKISTÁN; LA INDIA. GRANDEZA DE NEHRU. LOS LAURELES DE LADY MOUNTBATTEN. MEDITACIÓN FRENTE AL TAJ MAHAL

Iniciado en Luxor, el año de 1951 no representó para mí, en manera alguna, la afirmación de un templo. Tuve, a cada momento, la sensación de no estar realizando plenamente cuanto deseaba.

Al final de cualquier esfuerzo me encontraba a mí mismo, solo.

Durante los meses de enero y febrero, me consagré a cuatro tareas inaplazables: revisar el proyecto especial, destinado a constituir una red de centros regionales de educación de las masas menesterosas; resolver lo que procediese acerca de las nuevas peticiones de ayuda técnica; reforzar nuestra acción para obtener la uniformidad del sistema Braille, y concluir mi informe sobre las labores de la UNESCO a partir de abril de 1950.

Por lo que atañe al proyecto especial, redactamos un texto que —aprobado por el Consejo Ejecutivo—remitimos a los Estados Miembros el 23 de abril. Conforme a ese texto, la educación fundamental quedó definida como “el mínimo de educación que tiene por objeto ayudar a los niños, y a los adultos que no hayan disfrutado de las ventajas de una buena educación escolar, a comprender los problemas peculiares del medio en que viven, a formarse una idea exacta de sus derechos y sus deberes y a participar más eficazmente en el progreso social y económico de la comunidad’’.

Con el propósito de preparar al personal que pudiera contribuir a tal forma de educación, propusimos crear seis centros regionales, sin especificar todavía los puntos en que debieran establecerse. Pensaba yo en dos para la América Latina (el de Pátzcuaro, que inauguraríamos en mayo, y uno más, en Bolivia o en el Brasil), dos para África y dos para Asia. Esos centros recibirían a maestros con alguna experiencia en las naciones de la región a cuya cultura correspondiesen. Los instruirían, por métodos activos, durante dos años. Los adiestrarían en la organización de campañas concretas y sistemáticas, y les enseñarían a producir material capaz de adaptarse a los requerimientos de sus diversas comunidades.

El plan preveía una duración de doce años, con un costo total de veinte millones de dólares. Cuatro mil ochocientos especialistas podrían graduarse en aquellos núcleos. La cantidad era escasa, en sí misma, pero resultaba importante por el hecho de que cada grupo nacional de egresados dispondría de la información técnica suficiente para adiestrar, en su país, durante períodos bienales, a

cuando menos cien instructores, capaces de preparar a otros miembros del magisterio. En doce años, podría lograrse de tal manera un total de más de doscientas cincuenta mil personas enteradas de los procedimientos educativos que

deseábamos impulsar.

Me alentó mucho la emulación provocada por la noticia de que México sería muy pronto sede de un establecimiento como el CREFAL. Varias solicitudes estaban por presentarse a la UNESCO, pidiendo centros del mismo tipo. Entre ellas, mencionaré las de Egipto, Líbano y Turquía.

En lo concerniente a la ayuda técnica, Brasil deseaba expertos sobre inspección magnética; Ecuador, sobre hidrología, y la India sobre el mejoramiento de las investigaciones mecánicas programadas en su Instituto de Kharagpur. Irak quería establecer laboratorios de física, biología e industrias químicas. Perú aspiraba a perfeccionar la enseñanza de la física y de la química en sus escuelas. Y Turquía solicitaba asistencia a fin de poner en práctica determinados proyectos de sismología… Estudiar todas esas peticiones constituyó para el profesor Auger en primer término, pero también para mí —y para el señor Adiseshiah—, una gran responsabilidad.

He hablado de la unificación del sistema Braille. Era aquélla una de las empresas más generosas de nuestra Organización. Leer, por medio del tacto, sobre los relieves de un texto especialmente grabado para sus dedos, brinda a los invidentes una oportunidad de cultura que los recursos auditivos no siempre les proporcionan. Pero uno de los problemas con que luchaban entonces las sociedades interesadas en atender a esos desvalidos derivaba del hecho de que los libros grabados conforme al sistema Braille diferían, según el idioma y la nacionalidad de los editores, en el uso de ciertos métodos técnicos. Uniformar los métodos facilitaría el esfuerzo llevado a cabo en favor de los ciegos de todos los Continentes.

Convocamos a dos conferencias: una, en Beirut, que examinaría —del 12 al 17 de febrero

— la unificación del sistema Braille en los países del Cercano Oriente así como en Ceilán, en Malaya y en las regiones donde importantes grupos de población hablan el armenio y el turco; y otra, en Montevideo, que —del 26 de noviembre al 1º de diciembre— consideraría la cuestión desde el punto de vista de los posibles lectores en español y en portugués.

Me ayudó admirablemente en la empresa sir Clutha Mackenzie, un neozelandés que había quedado ciego, como consecuencia de lesiones de guerra, en Galípoli, durante el primer conflicto mundial. Hombre alto, fornido e infatigable, llevaba su ceguera —a través de los días y de los pueblos— con la alegría de un héroe cívico. Y luchaba por alumbrar, merced a la educación, la noche que compartía con sus hermanos de desventura.

¿Sería él quien me presentó a Helen Keller? Lo que recuerdo es haber recibido en París —

no sé exactamente en qué fecha— la visita de esa norteamericana extraordinaria, muerta en junio de 1968.

Era Helen Keller un positivo milagro de voluntad y de inteligencia. Me habían contado que tendría aproximadamente dos años de edad, cuando un grave padecimiento la dejó ciega y sordomuda. A pesar de eso, estudió. Por medio del tacto, otra mujer prodigiosa —Ana Sullivan, su maestra— le enseño a entender el significado de las palabras. La primera que

Helen conoció fue la palabra “agua”. A fin de explicarle lo que pretendía decirle, la maestra puso insistentemente el brazo y la mano de su pequeña alumna bajo un chorro de agua, la llevó luego a la orilla de una fuente y repitió allí varias veces los mismos signos —breves presiones táctiles— que utilizaría al referirse, en lo sucesivo, al agua. ¿A qué ardides recurriría para indicarle la significación de términos como “amor”, o “confianza”, o “Dios”?

Helen Keller (que, por sí sola, era el mejor homenaje vivo a la memoria de Braille) había dado ya conferencias y escrito libros. Gracias a un aprendizaje especial, destinado a los sordomudos, sabía expresarse sin demasiados tropiezos ni intermitencias. La acompañaba, cuando fue a verme, una dama de la que deploro haber olvidado el nombre. ¿Sería Polly Thomson? Ella indicaba a Helen, merced a su alfabeto manual, lo que yo le decía o le preguntaba.

La señora Matthews me ha escrito que, por encargo mío, envió entonces a Helen Keller un ramo de rosas y de lilas blancas. A este respecto, me manifiesta: “En la carta de agradecimiento que dirigió a usted Helen Keller, le decía cuánto placer le produjo el olor de las lilas blancas. Días más tarde, pregunté a su secretaria si había sido ella quien señaló a Helen Keller el color de esas lilas. Me contestó que no. Helen Keller sabía perfectamente distinguir las variedades de flores por sus perfumes…”

Nunca había tenido más alta idea de lo que puede el carácter de un ser humano. Al recordar aquella visita, evoco las palabras atribuidas a Helen Keller: “Rara vez pienso en mis limitaciones, y éstas no me entristecen”. ¡Gran lección de serenidad —y de intrepidez!

Terminado el informe que deberíamos enviar a los gobiernos —para que lo discutieran sus delegados durante la sexta reunión de la Conferencia General—, me creí en condiciones de aceptar una invitación recibida desde hacía tiempo: la de la India. El primer ministro Nehru quería que fuese yo a Nueva Delhi. Sir Sarvepalli Radhakrishnan había logrado interesarlo en la actividad de la UNESCO. Y yo sentía como un deber —no sólo profesional, sino personal—

asomarme al país de Gandhi. La excursión a la India me permitiría ponerme en contacto, además, con las autoridades, los educadores, los sabios y los artistas de Ceilán y de Pakistán.

Organicé las cosas de modo de poder ausentarme de Francia por espacio de veinte días. Dejé en proceso el desarrollo de los asuntos

más importantes; envié mi informe a los traductores y, en la primera semana de marzo, tomé el avión que me llevaría a Bombay. Participarían en la gira René Maheu, Lionel Elvin, un miembro hindú de nuestro servicio de relaciones exteriores, el señor Naidu, un periodista norteamericano, el señor Winner, y un excelente intérprete, el señor Ravet.

Al partir de Orly, hubiera podido decir lo que el general De Gaulle en un fragmento de sus *Memorias de guerra:* “hacia el complejo Oriente, volé con ideas simples”. Las mías no eran

seguramente las suyas. Él, tan valeroso y constante, trataba de que no estuviese ausente la Francia libre en las gestiones desarrolladas para preservar el Canal de Suez. Yo, tan privado de medios, no pretendía sino averiguar en qué asuntos podría la UNESCO prestar ayuda a esas comunidades distantes y misteriosas, muy antiguas y a la vez muy modernas, puesto que algunas de sus culturas habían sido admiradas —aunque acaso no comprendidas— por Alejandro y, en cambio, su independencia política era muy reciente.

Llegamos a Bombay el 9 de marzo. Todo me sorprendió: el orden, todavía británico, del hotel en que me hospedaron y el desorden, absolutamente oriental, de las calles congestionadas de transeúntes. Éstos, en su apresurado ir y venir, parecían no darse cuenta de la inmovilidad de muchos pobres nativos, apoyados sobre los postes, detenidos frente a las puertas, silenciosos y absortos bajo sus túnicas. Pregunté qué esperaban tantos inmóviles. Y

alguien me dijo: “Nada… Están allí sin saber por qué”.

Estar sin saber por qué, vivir sin saber por qué… Esa era la cuestión que planteaban entonces, a no pocos occidentales, los pobladores humildes de una nación que principiaba a adquirir conciencia de su destino y que sabría muy bien el porqué de sus decisiones. Bombay no era ciertamente la ciudad más inválida de la India. Era, al contrario, la más activa y —en cierto modo— la más vibrante. Pero se hallaba asediada por millares de hindúes, expulsados del Pakistán. La división del antiguo dominio inglés motivó lamentables éxodos. En los alrededores de Bombay, centenares de familias buscaban —y no encontraban— trabajo y ubicación. Algunas se habían empeñado hasta el punto de construir barracas indescriptibles, insuficientemente techadas con láminas polvorientas. En los muros (algún nombre había de conferírseles), huecos informes simulaban ventanas, sin vidrios contra las moscas. Varias mujeres, bajo unos árboles, rodeaban exiguos fuegos. En vasijas resquebrajadas, preparaban allí misteriosos caldos, donde raras veces podían flotar —como náufragos de una época desaparecida— diminutos y escasos granos de arroz.

En el hotel, circulaban grandes bandejas con frascos de whisky auténtico. Servían los camareros carne adquirida quién sabe dónde. Y Maheu llegó a descubrir inesperadas botellas de agua francesa, con etiquetas de Vichy, de Evian y de Contrexéville.

El contraste entre la superficialidad de la civilización importada y la hondura de la miseria autóctona angustiaba al viajero de buena fe. Dos mundos —visceral y profundo el uno, epidérmico y falso el otro — alternaban a cada instante ante nuestros ojos. Esas dos presencias atestiguaban terriblemente la injusticia de un coloniaje — abolido ya por la ley, pero no todavía por las costumbres.

Nos habían dado la bienvenida en el aeropuerto el señor Nayak, del departamento de Educación de Bombay, y el señor Kirpal, secretario de la Comisión Nacional que colaboraba, en la India, para el éxito de la UNESCO. Hablaban correctamente el inglés; habían leído a

Shakespeare tanto como a Tagore; vestían trajes de corte europeo y, cordialmente, sonreían ambos de mi sorpresa. Si un mexicano (y ellos clasificaban a mi país entre las naciones poco

desarrolladas) demostraba asombro frente a los problemas del suyo, ¿que hubieran podido esperar de un funcionario francés, o de un sueco, o de un norteamericano?

Me condujeron al Parlamento. En uno de sus salones, me presentaron al señor Kher, ministro de Educación del Estado. Por la tarde, la señora Sophia Wadia, del *Pen Club,* reunió a varios hombres de letras. Conversaron conmigo acerca de lo que podría intentar la UNESCO

para favorecer la realización de algunos proyectos que les interesaban especialmente. Tanto en esa reunión como, por la noche, durante la cena que me ofreció el gobernador de Bombay, me di cuenta de que la UNESCO era entonces demasiado pequeña para servir con perceptible eficacia a un país de tradiciones tan respetables, aspiraciones tan justas y recursos tan deficientes.

Al día siguiente, salimos rumbo a Ceilán. Desde las ventanillas del avión, contemplamos kilómetros de desierto; inhumanas ciudades de termitas imprevisibles y, de tarde en tarde, prodigiosos oasis de ardiente vegetación. Pensé en las palabras de Emerson: “Ningún hombre comprende realmente una verdad mientras no ha luchado contra ella”. Mis compañeros hindúes tendrían que luchar día a día contra la realidad de su patria, para entenderla y quererla más hondamente. Los confortaba, no obstante, una gran esperanza social. Y sentí orgullo de compartirla.

En Colombo, todo cambió de aspecto. Ceilán es una isla pequeña y, relativamente, afortunada. Durante la última guerra, mereció inteligente atención de parte de los ingleses.

Constituía, para ellos, una base marítima indispensable.

La tierra de Ceilán es risueña y pródiga. Sin embargo, las autoridades me habían pedido que la UNESCO alentase, en las zonas menos propicias, un proyecto de educación rural: el de Minneriya. Fuimos en automóvil a aquel poblado. El director del proyecto, doctor Hatch, había reunido a los campesinos. Me explicó las tareas que estaban llevando a cabo. Me mostró el material impreso que iba a distribuir entre sus alumnos. Y recorrimos juntos los campos donde nuestra experiencia debería fomentar cultivos de mayor rendimiento práctico.

Lo felicité por sus intenciones. Pero temí que también allá, por escasez de recursos, resultase la actividad de la UNESCO un ensayo anémico.

No recuerdo si, de paso hacia Minneriya, o un día después, visitamos una ciudad universitaria. Nos detuvimos en ella más de la cuenta, y llegamos un poco tarde a la escuela normal rural para señoritas, donde se había preparado una fiesta en honor de los huéspedes extranjeros.

Cae pronto la noche en latitud tan cercana a la línea del Ecuador. Descendimos del auto, frente a la escuela, casi con el crepúsculo. El plantel estaba en la cumbre de una colina poblada de árboles y olorosa a flores de aromas densos y penetrantes. En Ceilán, las colegialas no reciben al visitante en grupos compactos, según ocurre en los patios de nuestros establecimientos educativos. Por lo menos, las que estaban esperándonos se habían distribuido libremente a lo largo de los senderos que conducían al lugar en que las maestras nos

aguardaban. Sobre el oro de un cielo próximo a ensombrecerse, aquella sucesión de siluetas, finas y esbeltas, daba la impresión de una melodía… Cada muchacha llevaba un “sari” de diferente color. Y todas, cuando pasábamos frente a ellas, nos dirigían un saludo muy peculiar, rítmico y silencioso. No cantaban; pero era tan seductor como un canto el movimiento ritual con que se inclinaban frente a nosotros. Unían sus manos, a la altura de las mejillas, cual

si orasen por la dicha del huésped al que daban la bienvenida. Y sonreían serenamente, en señal de tácita comunión.

Al regresar a Colombo, disfruté —en el hotel— de una noche plácida. Por la mañana, tuve la idea de que me llevaran el desayuno a la terraza del cuarto en que había dormido. Treinta o cuarenta pájaros invadieron la mesa inmediatamente. No hubo gajo de naranja, o pedazo de pan tostado, que dejaran intacto sobre los platos. Opté por admirar su voracidad y por estudiar sus técnicas estratégicas. No resultaban muy atractivos. Pero imaginé la lección que San Francisco hubiera podido darles… Sólo que ni era yo el "poverello", ni recordaban aquellas aves en nada a los dóciles pajarillos que Giotto representó en su admirable fresco de Asís.

Bajé al comedor. Allí, sin la alada cohorte de la terraza, pude desayunar. En compañía de algunos funcionarios cingaleses, me dirigí al lugar en que estaban ya congregados los miembros del Comité Ejecutivo de la Unión de Maestros de Ceilán. Al saludarlos, recordé una sentencia hermosa: "Dos deliciosos frutos nos brinda el árbol de la existencia: el goce de la poesía y el placer de hablar con hombres de bien." Todo maestro humilde, si lo es de veras —

y los que tenía frente a mí parecían serlo—, despierta en mi alma un sentimiento de respeto y de gratitud. No aconsejé a quienes me rodeaban que despreciasen sus tradiciones; pero sí que las superasen. Forjar un presente digno de ser legado —como prestigio para el futuro— a las generaciones que le suceden, he ahí la misión primordial del educador. Enseñar a conocer es enseñar a juzgar. Pero enseñar a juzgar es enseñar a elegir. Y enseñar a elegir implica la obligación de enseñar la mejor manera de defender lo que se ha elegido.

Los periodistas me pidieron una declaración. Les dije cuántas esperanzas depositaban los pueblos libres en el porvenir de aquellos que, como el suyo, acababan de entrar en la independencia. Y me despedí.

El primer ministro, señor Senanayake, me había invitado a una cena. Era un hombre lampiño, sólido, corpulento, de ojos astutos y de elocuencia muy limitada. Al sentarnos a la mesa, me manifestó amablemente que, no siendo orador, había pedido al ministro de Hacienda que me ofreciese en su nombre aquella comida. Charlamos acerca de las impresiones que había yo recibido durante mi breve estancia en Ceilán. Le describí la emoción que me causó la visita hecha a la escuela de las muchachas-flores, tan delicadas y tan corteses. Y me referí a la solemnidad con que un grupo de bonzos me rodeó en el templo donde se guarda, como reliquia, un diente de Buda. El señor Senanayake sonrió con benevolencia. Pero no sé, todavía hoy, si su benevolencia implicaba incredulidad frente a quienes concedían a esa reliquia tanta importancia, o más bien perdón para mis palabras de escéptico imperdonable.

A los postres, habló el ministro de Hacienda. Se refirió a mi declaración de la mañana.

Apreció los votos que expresé en ella. Hizo, a su vez, augurios para la UNESCO. Sin embargo, creyó conveniente puntualizar que todo cuanto pudiese llevar a cabo Ceilán en lo sucesivo, lo deberían los cingaleses a los británicos. “Supieron prepararnos para la libertad”, afirmó en su discurso. Tanto él como varios de sus colegas habían sido educados en Inglaterra, eran ex alumnos de Oxford, o de Cambridge, y conservaban para la Gran Bretaña legítima estimación.

Comprendí la advertencia. Y, en mi fuero interno, la agradecí.

Crucé otra vez el cielo de la India. El 16 de marzo llegué a Karachi, que me afligió por su fealdad, pero me sorprendió por su ímpetu de progreso. En calles, todavía confusas, surgían inmuebles de varios pisos. En todas partes podía notarse el rigor de una voluntad que, hasta cierto punto, justificaba a mis compañeros cuando decían que los pobladores del Pakistán serían los prusianos del islamismo. Encarnaba esa voluntad un político de rápidas decisiones: el primer ministro Liaquat Alí Khan, con quien tuve una larga plática acerca de los proyectos de ayuda técnica que estaba estudiando la UNESCO.

Alí Khan presidía, en aquellos meses, la Liga Musulmana. Mientras conversábamos, no podía yo imaginar que aquel hombre fuerte, tan resuelto y tan optimista, sería asesinado —pocos meses más tarde — por un fanático.

Karachi está expuesta a todos los vientos del Golfo de Omán. Los que soplaron en esos días eran de fuego. Hacía un calor tan intenso que los sirvientes del hotel pusieron en marcha, sobre mi cama y a medio metro de mi cabeza, un ventilador de aspas tan pesadas como las del más alto de los molinos inventados para frustrar el coraje de Don Quijote. Aquellas aspas en movimiento formaban ruido más espantable que los mazos de batán cuyo brusco hallazgo llenó de risa la boca de Sancho Panza ante la sorpresa insólita de su amo. Era el estruendo tal, que opté por desenchufar el contacto eléctrico. Entre el calor y el fragor, preferí el calor.

Desperté extenuado, pero no sordo. Ese día, iba a recibirme la Comisión Nacional UNESCO

del Pakistán. Tanto por la adustez de los rostros como por la sobriedad circunspecta de las palabras, impresionaban los miembros de aquella junta, rodeada también de ventiladores —

menos ruidosos. que el del hotel. Me congratulé de haber redactado un texto en el que no exageraba el alcance de nuestra Organización. “Se nos acusa —dije— de estar repintando un edificio próximo a perecer.” Parecía, en efecto, efusión quimérica esperar resultados muy sustanciales de la cultura y de la educación en un mundo amedrentado por el riesgo de otro conflicto bélico. Sin embargo, convenía que ningún impulso honorable desfalleciese. Por eso tratábamos de atacar, en su origen mismo, algunos de los más dolorosos problemas que afligen al género humano. Cité, al respecto, a sir Mohamed Zafrullah Khan —compatriota de mis oyentes—, quien había afirmado en la ONU que, para inmensas regiones de Asia y de África, la paz no podría tener sentido si no se les aportaba, al menos, la esperanza de una vida más sana y más venturosa.

Ante orientales de exigencias prácticas tan visibles, quise destacar los trabajos que íbamos a emprender para beneficio de su país. Por su ubicación, el Pakistán podría ser víctima de

trágicos terremotos. De acuerdo con la solicitud presentada por el gobierno de Alí Khan, la UNESCO enviaría a Karachi a un grupo internacional de sismólogos, capaces de precisar cuáles eran las zonas de peligro más inminente. Reclutaríamos a otros dos expertos: un hidrólogo, que estudiase la formación de los yacimientos de nieve, y un especialista en exploraciones geofísicas. Dieciocho becas habían sido ya reservadas, a fin de que otros tantos jóvenes fuesen a Europa, y a Norteamérica, a investigar los métodos más modernos en el dominio de la meteorología. Y, en respuesta a un llamado de nuestro servicio de ayuda mutua, el comité noruego de la UNESCO haría llegar muy pronto a Karachi aparatos de radio —emisores y receptores— destinados a las escuelas.

Pero, tras de mencionar cuanto estábamos realizando con el propósito de ayudarlos, insistí en que toda asistencia del exterior sería insuficiente —y tal vez, dañina— si el país que la recibiera no fuese digno de aprovecharla y de forjar, por su propio esfuerzo, su libertad.

Mientras hablaba, los rostros iban abriéndose a mis palabras. Afloraban, en ciertos labios, breves sonrisas. Y lo comprendí: lo que aquellos administradores temían de mi persona era un discurso abstracto, impregnado de bálsamos pacifistas. La precisión de mi informe les agrado.

De Karachi volé a Lahore. Era ésta una ciudad muy distinta, donde la filosofía no se encontraba en lucha con el sentido pragmático de las cosas. Conocí, en la Universidad, a maestros muy distinguidos, a quienes no interesaba tanto la ayuda técnica como el programa científico y ético de la UNESCO. El clima, en todos sentidos, era más favorable para nosotros. Y

no aludo tan sólo al físico, menos ardiente que el de Karachi. Tiene Lahore un pasado ilustre.

Capital universitaria de una región que conserva espléndidos monumentos, como los mausoleos de Jahangir y de Ranjit Singh, sus cúpulas y sus torres evocan una grandeza que inspira a sus habitantes justa confianza en la aptitud de superación que posee el espíritu.

Mi próxima escala sería Delhi. Había dejado, para la conclusión de mi viaje, la visita anunciada a Nehru. Voy a explicar por qué. Desde el punto de vista político, era útil que no comenzaran mis pláticas con el primer ministro de la India sin haber recorrido ya, por mi parte, diversas zonas de Ceilán y de Pakistán. Colombo debía ser la primera capital en que tomase oficialmente contacto con los países asiáticos invitantes. No existía, entre Ceilán y los dos Estados en que después me detuve, la tensión que podía observarse entre el Pakistán y la India; pero, dejar a aquél para el final de mi expedición hubiera sido interpretado desagradablemente en Karachi.

En la India, visité al presidente de la República y al señor Nehru. Me ofreció un almuerzo el doctor Tara Chand, secretario general del ministerio de Educación. Y organizaron dos recepciones la Asociación para la Educación de los Adultos, dirigida por el doctor Amarnath Jha, y el Centro de Coordinación del Departamento de Educación Social, donde conocí al

alcalde de Delhi.

Fui a una exposición organizada por la Arts and Crafts Society. Y asistí a una sesión plenaria de la Comisión Nacional, encabezada por el ministro de Educación. Durante esa sesión, leí un discurso en el que señalé cómo las contradicciones en que se debate el mundo contemporáneo proceden, en su mayoría, de otras contradicciones, existentes en el pensamiento, o del divorcio entre un pensamiento justo y una acción egoísta. La UNESCO debía su origen a la convicción de que la guerra no es un remedio para la guerra y de

que todas las fuerzas espirituales del mundo deberían asociarse en un solo impulso de solidaridad intelectual y moral.

Me referí a lo que estábamos ya haciendo para contribuir al programa científico de la India. Aludí al centro instalado en Delhi, a nuestro proyecto de expansión de las bibliotecas públicas y al coloquio de pensadores que organizaríamos, meses más tarde, a fin de examinar las relaciones filosóficas entre el Oriente y el Occidente. Pero, en seguida, manifesté: “Toca a vuestro país integrar —en la unidad política más numerosa del planeta, después de China— a grupos étnicos y religiosos de origen diverso; iniciar en la forma republicana de la vida cívica a pueblos educados en regímenes políticos diferentes; modificar en términos radicales las estructuras administrativas; formar cuadros de funcionarios; en una palabra, responder a todas las exigencias de un Estado moderno: centralizador, para coordinar con fruto las actividades de vastísimos territorios, y, a la vez, descentralizado, a fin de respetar las particularidades regionales y adaptarse a sus necesidades privativas”.

Esas eran, en mi opinión, las cuestiones fundamentales que imponía la historia a una nación tan infortunada y tan pródiga en esperanzas. Para ayudarla a considerar algunas de esas cuestiones, la UNESCO podía proporcionarle una cooperación modesta, pero sincera. La Comisión Nacional lo reconoció. La integraban personas de características muy distintas a las que había creído descubrir en los funcionarios del Pakistán. Pedían más, en cierto modo, pero no lo pedían con insistencia. Tenían una capacidad de ilusión que resultaba muy persuasiva.

Sabían lo que no siempre saben los administradores más eficaces: la fuerza que puede adquirir quien desea fervientemente salvar al hombre de las miserias de la codicia y colocarlo en el plano de un generoso desinterés.

En días consecutivos, tuve que pronunciar otros tres discursos. El primero, en un plantel de la Universidad Islámica, Jamia Milia Islamia; el segundo, en la Asociación de las Naciones Unidas, y el

tercero, ante el Consejo Indio de Asuntos Mundiales. Hablé extensamente, acerca de nuestros trabajos, con el ministro de Educación, con el de Relaciones Exteriores, señor Menon, con el de Radio e Información, y con el vicecanciller de la Universidad de Delhi. Y

fui a Alipur, a darme cuenta de lo que estaba haciendo la UNESCO en favor del centro de educación fundamental allí establecido.

Por las noches volvía cansado a mi habitación. Como huésped de la República (y, acaso, como recomendado de sir Sarvepalli), las autoridades me habían alojado en el Palacio de

Gobierno. Mis compañeros encontraron albergue en los hoteles de la ciudad. En el Palacio, disponía yo de una estancia suntuosa y de un baño mágico. Digo “mágico”, pues no podía yo entrar en él, a poco de levantarme, sin que cuatro callados sirvientes apareciesen, como los

“efrit”, de los cuentos de *Las mil y una noches,* imprevistos, solícitos e implacables. Uno vigilaba el caudal de la regadera. Otro me brindaba el jabón. Los dos restantes se disponían para ofrecerme, después de las abluciones, una toalla entre cuyos pliegues hubiese preferido innegablemente secarme solo.

Mientras dormía, aquellos testigos —u otros, no menos mudos— velaban tras de las anchas cortinas que reemplazaban, en semejante aposento, las puertas occidentales. Nunca me he sentido más desdichado de parecer a otros “un personaje”. Hubiera querido deshacerme de tan constante séquito de fantasmas. Pero era descortesía —insolencia casi— aspirar, en la condición en que me encontraba, al placer de la soledad.

Cierta mañana, en una sala vecina, recibí a un conjunto de analfabetos. Enterados —quién sabe cómo— de la campaña de educación popular que me había tocado emprender en mi patria, en 1944, deseaban cambiar ideas conmigo. No sin curiosidad, dejé que la ola cordial de los iletrados me circundase. Era una oscura ola de

cabezas morenas, delgadas, móviles, pensativas, ávidas y sensibles. Muchos de los visitantes hablaban inglés. Y comenzaron las preguntas en ese idioma.

No relataré en qué consistió aquel interrogatorio. Lo que deseo destacar es que me hallaba ante un grupo de analfabetos bien informados. Habían oído la palabra de Gandhi, seguían por radio los discursos de Nehru y de sus ministros, hablaban con profusión del *Bhagavad Gita,* y no sabrían leer y escribir, pero poseían cierta cultura insinuante y, en ocasiones, casi agresiva.

¡Qué diferencia entre esos analfabetos (o los de Jalisco, de quienes hablé en un capitulo de *Años contra el tiempo*) y los millares de ignaros que he conocido en otras regiones del mundo!

Aquella conversación hubiera encantado a José Vasconcelos, en los días en que escribió *Estudios indostánicos.* A mí, me confirmó en dos nociones. En primer lugar, hay distintas clases de analfabetos. En países de tradición oral, el analfabetismo no constituye ese desértico estado que tanto compadecemos en las comunidades en donde impera la letra impresa. Por otra parte, no podemos prever lo que ocurra en lo porvenir. La civilización audiovisual, cada vez más intensa y más extendida, amenaza por todos lados a los devotos de Gutenberg.

Nehru me había recibido con distante amabilidad. Durante una ceremonia en el Parlamento elogió a la UNESCO, se refirió a mi labor personal con benevolencia e, incluso, al mencionar mi nombre, expresó la satisfacción que le causaría el establecimiento de relaciones diplomáticas cabales con la República Mexicana. 1 Pero —pensando en los riesgos de la era atómica— fue severo para las Naciones Unidas. Aprecié sus críticas, aunque no me hallaba en aptitud de contradecirlas, ni de aceptarlas. La UNESCO era una agencia especializada de las Naciones Unidas y no tenía yo autoridad para opinar en nombre de Trygve Lie.

Expliqué a Nehru, privadamente, la falsa posición en que su discurso me había situado.

Sonrió con malicia ante mi franqueza. Admitió que no carecía yo de razón: mas no quería en manera alguna mezclar, a su interés por la UNESCO, un encomio para la ONU. Ésta, a su juicio, no se atrevía a llevar a cabo todo el esfuerzo que juzgaba indispensable la India en favor de la paz del mundo.

A partir de entonces, nos sentimos más próximos y más libres. —"Mire —me manifestó, hablándome ya en francés, idioma que dominaba, aunque usaba poco—, va usted a encontrarse abrumado por una serie de visitas, fiestas, banquetes y conferencias. Coincidiremos en varias partes. Pero estaremos siempre rodeados de funcionarios. Será mejor que, mañana, desayunemos solos. Tendremos mayor libertad para conversar." Agradecí su invitación. Y, al día siguiente, fui a verle en su residencia.

Sin ser alto, Nehru lo parecía, porque era esbelto. Llevaba siempre una larga levita clara, recta y estrecha, de seda mate, a uno de cuyos ojales asomaba, indolentemente, un botón de rosa. Del cuello de la camisa emergía, con elegancia, la cabeza de rasgos finos, ojos profundos, frente impasible y sonrisa indulgente y desencantada.

En casi todos los rostros humanos suele observarse, de manera más o menos patente, una asimetría. El lado izquierdo no es por completo idéntico al otro. Había yo visto, no sé ya dónde, cierto estudio sobre la cara de Jorge Sand en su madurez. El autor del artículo que comento, presentaba una fotografía —de frente— de la gran novelista francesa. Había recortado la imagen, por la mitad, a fin de ofrecernos el espectáculo de lo que habría sido esa cara ilustre si los dos lados del rostro hubiesen resultado absolutamente simétricos. Por la duplicación, sobre el eje central, de un lado de la cabeza, Jorge Sand parecía una matrona telúrica y campesina. En cambio, la inversión del procedimiento nos permitía descubrir —

duplicando el otro costado— a una institutriz enfermiza, amarga y, tal vez, histérica. Gracias a semejante ardid (que cualquier fotógrafo puede intentar con el retrato de una persona vista de frente), Jorge Sand nos mostraba, en la misma página, dos fisonomías

contradictorias. Uno de aquellos semblantes evocaba a la abuela rústica de Nohant. Era el otro, a lo sumo, una caricatura —envejecida y autoritaria— de la amiga incómoda de Musset.

Frente a Nehru, traté de representarme lo que sería un retrato suyo, sometido al sistema que he mencionado. Las diferencias entre los dos lados de su rostro no parecían muy perceptibles.

Era el suyo un sorprendente caso de simetría. Y, no obstante, a pesar de esa simetría (la que los escultores apresurados —o torpes— dan a sus héroes), emanaba de su presencia una majestad misteriosa, hecha a la vez de resignación y de orgullo, de esperanza y de desengaño, de ironía y de voluntad.

Más que de la UNESCO, Nehru me habló de México. ¿Por qué razón habíamos intentado, en 1944, una campaña nacional contra el analfabetismo? Le indiqué los motivos de nuestro esfuerzo, cité estadísticas, señalé cifras… De repente, me interrumpió. —"Nuestro caso —me dijo— es muy diferente. Mis problemas, como gobernante, son más severos. Tengo que dar de comer a millones de desnutridos. Debo inventar recursos que no existen en grandes zonas de

nuestro territorio. La división de las Indias Británicas en la India y el Pakistán ha dejado a la India con algunas instalaciones industriales —no muy modernas— y sin suficientes materias primas. Antes que nada, he de luchar contra la explosión demográfica del país. Formalmente los cuadros técnicos… Y alfabetizaremos, naturalmente. Pero, por lo pronto, lo apremiante es vivir."

Me expuso, entonces, dos proyectos muy importantes: el desarrollo científico de la India y el control de los nacimientos. ¿Cómo podría ayudarle la UNESCO en ambas tareas?

Respecto al desenvolvimiento científico, teníamos ya un pequeño centro de información y enseñanza en Delhi. Por desgracia, nuestros recursos no alcanzarían para vigorizar aquel centro, como él deseaba. Sin embargo, dentro del plan de asistencia técnica,

haríamos lo posible por robustecer la acción de los institutos científicos que la India estaba patrocinando.

En cuanto a cualquier campaña anticonceptiva, la UNESCO carecía de medios para apoyarla.

Nada parecido figuraba en su programa de trabajo.

—"Pues con la UNESCO, o sin ella —me indicó Nehru—, la India desarrollará una insistente labor contra la excesiva natalidad que nos amenaza. Publicaremos folletos, realizaremos propagandas radiofónicas, patrocinaremos películas informativas…"

Quien sonrió, en ese instante, fui yo. ¿Cómo podría alcanzar sus metas una lucha de esa categoría en país tan pobre, tan vasto, tan desolado e instruido de manera tan incompleta?

Recordé a Nehru lo que habían dicho varios sociólogos. La explosión demográfica (padecida también por México) no lograría detenerse sino merced a una industrialización racional, práctica y efectiva. Cuando las mayorías de un pueblo cobran conciencia, casa por casa, de la posibilidad de un progreso técnico y de la responsabilidad económica de los padres en la evolución social de sus herederos, disminuyen las familias con muchos hijos. Francia, Inglaterra, Holanda, Bélgica y Suiza son ejemplos de un control que no ha requerido ni de batallas publicitarias ni de propagandas higiénicas seductoras.

Nehru guardó silencio… Pero, doce años después, tuve oportunidad de volver a verle.

Visitaba él entonces la capital mexicana, como invitado del presidente López Mateos.

Desempeñaba yo el cargo de secretario de Educación. Nehru tenía deseos de conocer el Museo Nacional de Antropología, instalado aún en la calle de la Moneda. Al terminar nuestro recorrido, subimos al auto que debía llevarnos hasta Los Pinos, donde el licenciado

López Mateos le ofrecía un almuerzo íntimo. En el camino, le pregunté: —“¿Y su campaña contra la natalidad?”… Él, que reía poco, soltó una rápida carcajada. Y exclamó: —“Desde que lo reconocí en el aeropuerto, he estado reflexionando sobre las dudas que me expresó en 1951…

Estaba en lo cierto usted.”

¿Para qué insistir? Pensé en la India infinita, de faquires enjutos, castas irreductibles, nómadas moribundos y vacas, tal vez sagradas, aunque esqueléticas. Recordé una cena, en Nueva Delhi, en casa de uno de los ministros de Nehru. La esposa de nuestro anfitrión me vio comer varios manjares modestos, pero aceptables. Ella no probó sino un triste caldo y unas

hierbas coriáceas y macilentas. Imprudentemente, quise indagar si observaba un régimen.

Parecía estar esperando que le hiciera aquella pregunta, pues —con melancólico orgullo— me contestó: —“Sigo el régimen de mi pueblo, para el cual la más pequeña taza de arroz es un lujo insólito.” No supe qué admirar más, si la ironía de su respuesta o la sinceridad de su sacrificio.

India inmensa y grave, que había visto, al volar, desde el avión… Súbitas masas de arbolados espesos y aguas delgadas. Entre aquellos paréntesis promisorios, montañosas cadenas y planicies interminables, calcinadas por siglos de un sol ardiente, donde el polvo parece petrificado en cuadrículas increíbles: calles de pueblos donde vegetan —si puede usarse tal verbo en casos tan áridos como el suyo— comunidades de seres semidesnudos, tercos y valerosos. ¡Qué tarea la de dar a ese mundo, espiritualmente tan noble, y materialmente tan desvalido, la regularidad y las normas de una nación!

A pesar del rigor de las castas, estratificadas en sus prejuicios, Gandhi había conseguido hacer de la resistencia pasiva del pueblo una fuerza de cohesión, favorable a la libertad.

Obtenida la libertad, se imponía otro heroico esfuerzo: construir un Estado próspero. ¿Creería Nehru posible afirmar ese triunfo en algunos años? Temo mucho que no tuviese ya esa esperanza. Lo admirable, en todas sus actividades, era que sentía —en su soledad dolorosa—

la obligación de alentar a sus compatriotas cual si de veras la sustentase. De ahí la sonrisa de sus labios grisáceos y misteriosos. Y de ahí la tristeza de la mirada con que sus ojos, hondos y oscuros, desmentían la gracia de esa sonrisa.

Una tarde, quiso mostrarme un conjunto de baile llevado a Delhi desde Madrás. A la hora del café, algunas señoras entraron en el salón. Me pregunté quién sería una dama de hermoso rostro y porte de reina en el ostracismo. Por olvido, malicia o indiferencia, Nehru no me la presentó. Pero ella me interpeló desde luego. Y no en inglés, como las demás invitadas, sino en francés: un francés anguloso, lento, ostensiblemente bien traducido. Cuanto más la veía de cerca, más familiares me parecían todos sus rasgos. ¿Dónde había yo contemplado esos ojos claros y esa nariz imperiosa, directa como un consejo?… Iba a reconocer esa faz tan célebre, cuando Nehru —satisfecho de mi sorpresa— se resolvió a descifrarme el enigma. —"La señora con quien está usted conversando —me deslizó al oído— es Lady Mountbatten." Sí, era la esposa del último virrey británico. Había visto muchos retratos suyos en los periódicos. Se hallaba, a la sazón, de paso por Nueva Delhi.

Al sentirse identificada, Lady Mountbatten preguntó a Nehru si me habían enseñado los oficiales del palacio los huertos y los jardines. Cuando supo que nadie había tenido tiempo para invitarme a conocer aquellos prodigios, se disgustó. —"Es preciso que el señor Torres Bodet vea *mis* laureles." Y, dirigiéndose a Nehru, añadió: —"Espero que no habrá usted

olvidado a *mis* jardineros." Esos pronombres posesivos no molestaron a Nehru en manera alguna. Lo escuchó con placidez. Al terminar el espectáculo, paseamos juntos por los jardines, en

compañía de Lady Mountbatten, a quien satisfizo el esmero con que atendían las autoridades republicanas a *sus* laureles. Imaginé lo que habría sido, entre nosotros, en 1824, la visita de la mujer de un virrey español a algún gobernante de México. Y me halagó presenciar la amistad de dos seres tan cultos —y tan dueños de su cultura.

Junto con varios funcionarios, pero sin Nehru y sin Lady Mountbatten, fuimos a Agra, pasando frente a las ruinas de Fatehpur. Mis compañeros querían que contemplase uno de los atractivos turísticos de la India: el Taj Mahal.

Ciudad del emperador Akbar el Grande (hay quienes la llaman aún, por esa razón, Akbarabad), Agra posee, además de los restos de la antigua fortaleza, una admirable mezquita: Moti Masjid, o sea la mezquita de la Perla. pero la joya de Agra es el Taj Mahal, erigido por instrucciones del Shah Djehán como tumba para su esposa Mumtazi-Mahal, fallecida en 1629.

Tardó años en concluirse. Y, según afirman los guías, se conservan allí los cuerpos del emperador y de su mujer.

Obra maestra de un arte sobrio en sus grandes líneas, pero decorado —hasta la transparencia de un encaje sutil— por la floración voluptuosa de los detalles, el Taj Mahal, con su cúpula inmensa en el centro del edificio, la gracia de sus cúpulas laterales y la armonía de sus torres ágiles y simétricas, se halla circuido por grandes prados y cintas de agua.

Ese monumento —que recuerda la poesía del Islam— adquiere, bajo el cielo de la India, un sentido místico de desprecio. La muerte, la gran vecina, está presente en todas las manifestaciones de un pueblo que ama la vida, que la ha exaltado con increíble sensualidad (bastaría evocar las esculturas eróticas de Konarak y Khajuraho), que repite la fórmula de los Vedas (“Tú eres eso”), pero al cual la filosofía religiosa enseñó la superioridad del renunciamiento, el camino del Nirvana, y que ve la existencia entera como el inevitable recurso de una perpetua transmigración.

La incineración de los cadáveres, la dispersión de sus cenizas, la práctica de los *parsis,* que izan a sus muertos en altas lanzas enhiestas para que los devoren los cuervos ávidamente y se acelere así la reintegración de lo individual a lo universal, son hechos que prueban hasta qué grado, en la India, según lo ha escrito Malraux, las dos expresiones más poderosas de la constante metamorfosis vital son el crepúsculo y la agonía.

Acaso resida en esto la diferencia esencial entre el Oriente y el Occidente. Para los occidentales modernos, la vida es evolución. Para los orientales, la vida ha sido metamorfosis. Los dos conceptos se acercan, mas no coinciden completamente.

Ante lo que afirma —y lo que niega— el Taj Mahal, pensé en las palabras de Shri Aurobindo, el *guru* muerto en 1950: "¿Cuál puede ser la relación entre el movimiento del devenir, que llamamos mundo, y la unidad absoluta? ¿Y cómo el *ego,* producto o causa del movimiento, puede retornar a ese Yo (de todos), realidad verdadera proclamada por el

Vedanta?"… Comprendí la profundidad de la observación de Zimmer: "El espíritu hindú asocia las ideas de 'transitorio', 'cambiante', 'ilusorio' al concepto de lo 'irreal' y —de manera recíproca— las ideas de 'imperecedero', 'inmutable', 'firme', 'constante', 'eterno', al concepto de lo 'real' ". Ahora bien, la vida es cambio, tránsito, engaño: irreal, por ende. Sólo la muerte (el regreso a la unidad absoluta y al *Yo de todos)* atestigua la realidad.

Me di cuenta, en esos momentos, de lo que tendría que esforzarse la humanidad para tender un puente definitivo entre formas de pensamiento tan hondas y tan distintas. La conquista había logrado establecer vínculos materiales —y culturales— entre la India y la Gran Bretaña. El inglés seguía hablándose en casi todos los sitios que recorrí. Pero existían, en la India, muchos grupos de idiomas, con varias modalidades. Algunos de los funcionarios que me atendieron habían estudiado —como los ministros de Ceilán— en Oxford o en Cambridge. Sin embargo, a pesar de la independencia,

subsistían aún las castas. Y las disposiciones tomadas para anularlas exigirían una paciencia tan vasta como el país.

Poco podían hacer —entonces— organizaciones como la UNESCO a fin de ayudar a la India a nutrirse, industrializarse y constituir un Estado firme, dinámico y poderoso. Todo progreso es lento. Además, a cambio de cualquier desarrollo mecánico, la India no entregaría el más preciado de sus tesoros: la fe en su alma. Aquella certeza me confortó. Porque vamos, a pasos agigantados, hacia un mundo uniforme en el cual la voluntad apremiante de ser se confunde, en ciertas comunidades, con la admisión de un dramático sacrificio: el de prescindir de lo más genuino de su manera esencial de ser. Pero, atenta a la magnitud de sus tradiciones y a la calidad de sus ideales, la India, por fortuna, no parecía dispuesta a tolerar ese sacrificio.

Una sombra morada y verde, la noche próxima, principiaba a caer sobre el Taj Mahal.

¿Qué aurora surgiría de aquella sombra?… En lo más hondo de mi conciencia, lo presentí. El amanecer prometido alumbraría la realidad de una gran nación.

IX. ¿UN PACTO SOBRE LOS DERECHOS HUMANOS? VIAJE A MÉXICO. VISITA A PÁTZCUARO. INAUGURACIÓN DEL CREFAL

Supe, al volver a París, que estaba reunida en Ginebra —por determinación de la ONU— la Comisión de Derechos Humanos. Sus miembros, entre los cuales figuraba la viuda de Franklin Roosevelt, deseaban que el director de la UNESCO les expusiera sus puntos de vista acerca de los principios que procediese incluir en un documento capaz de otorgar a tales derechos valor contractual para los Estados.

¿Cómo redactar un pacto en cuyos artículos se comprometiesen honradamente muchos gobiernos a dar plena satisfacción a los ideales proclamados en la declaración del 10 de diciembre de 1948?

Nunca pensé que Estados ricos y Estados pobres aceptaran deberes en materia de ciencia, cultura y educación. Convenía establecer, en el proyecto de pacto, ciertos propósitos generales. Por ejemplo, que la enseñanza primaria fuese gratuita y obligatoria; que la secundaria se hiciera progresivamente gratuita, y que la superior quedara abierta a todos, en función de los méritos de cada solicitante. Por otra parte, sería menester dar a las diversas formas de educación un común denominador moral: el de fomentar el respeto de los derechos del hombre y la comprensión y la tolerancia entre las naciones.

En cuanto a la ciencia y a la cultura, proponía la UNESCO que toda persona pudiese participar en la vida cultural, recibir los beneficios del progreso científico y obtener la protección de los intereses morales y materiales que fueran fruto de su producción científica, artística o literaria. Pero, tanto en el plano de la educación como en el de la cultura, estimábamos que el pacto no debería fijar a los Estados sino una obligación: la de alcanzar —

dentro de plazos razonables— las metas definidas en los principios sobre los cuales se hubiesen puesto de acuerdo.

Conocíamos demasiado bien la diversidad de los obstáculos que los países tendrían que superar, y la desigualdad lamentable de sus recursos. Quien, como yo, en un lapso de menos de cuatro semanas, había pasado de las miserias de la India al bienestar de la Confederación Helvética, ¿tendría acaso la audacia —o la hipocresía— de suponer que, en un plazo determinado de modo abstracto, lograrían Benarés o Madrás disfrutar de las mismas facilidades educativas y culturales que Zurich o que Lausana?

Fui absolutamente leal con la Comisión cuando expresé en Ginebra, durante la mañana del 26 de abril, que resultaba indispensable denunciar la ilusión de un optimismo oficial, carente de fundamento. Lo único que cabía recomendar, para la eventual redacción del pacto, era que los Estados se obligasen a establecer, dentro de la mayor libertad de consulta, un plan

detallado acerca de las medidas imprescindibles para ir realizando —en los períodos que ellos mismos fijaran— la aplicación paulatina de los principios enunciados en el convenio.

Semejantes planes habrían de ser expuestos ante la ONU, por los delegados de los gobiernos, en un plazo de dos años contado a partir de la fecha en que hubiesen suscrito el pacto.

Circulaba entre los miembros de la Comisión (y era oído por todos con gran respeto) el delegado de Francia, René Cassin, eminente jurisconsulto y hombre de bien. Nos conocimos en Londres, en 1945, durante la asamblea que formuló el Acta Constitutiva de la UNESCO.

Desde entonces, habíamos mantenido relaciones muy amistosas. Presidía él, en París, el Consejo de Estado; pero se daba tiempo —a pesar de sus agobiadoras tareas— para visitarme con frecuencia y para estimular a las Naciones Unidas en todo lo concerniente al robustecimiento de la Declaración Universal de Derechos Humanos.

El señor Cassin estaba convencido de la utilidad de un convenio internacional, aunque no desdeñaba los argumentos que algunos le presentaban —yo, entre ellos— para que el pacto previese plazos de cumplimiento y estimulase planes de largo alcance. Su espíritu comprensivo me deparó apoyos que no he olvidado. Me parece verle aún en estos momentos: sonriente y ágil, burlándose de los años que habían depositado nieve en su cabellera y arrugas junto a sus sienes, sonrosado como un durazno, alegre en la discusión, sabio en el consejo, perspicaz en la réplica y prudente en las decisiones. Su rostro, ceñido por una barba no blanca aún, pero ya muy gris, y cortada “a la Boulanger”, me traía a la memoria el recuerdo del semblante plácido de mi padre. Ambos eran meridionales. Y ambos tenían un modo muy semejante de creer en el hombre —y en su progreso.

La señora Roosevelt me invitó a almorzar, con dos colaboradores suyos, en uno de los hoteles de la ciudad. Había yo sugerido, ante la comisión ginebrina, que la ejecución de cada plan nacional

pudiese recibir el auxilio de las instituciones internacionales, no sólo en forma de ayuda técnica, sino de recursos en efectivo. Y la viuda del gran presidente demócrata quería conocer con exactitud cuál era mi opinión sobre tal problema. Le manifesté que, a mi juicio, el pacto tendría que dar origen a un fondo mundial de cooperación, para socorrer a los gobiernos menesterosos. No sería bastante la mera asistencia técnica. Urgía que los pueblos afortunados contribuyesen al sostenimiento de un fondo de esa categoría, y acelerasen así —

merced a la acción de las agencias especializadas— el advenimiento de una época histórica en la cual los derechos del hombre no fueran sólo una lista de sueños, elocuentemente descritos sobre el papel. Los ojos de la señora Roosevelt se ensombrecieron. “La obra será difícil”, dijo en voz baja. No le oculté que, por eso mismo, resultaría absurdo escribir un pacto al que muy pocos países se sentirían en condiciones de hacer honor.

Al regresar a París, tuve que arreglar mis maletas para otro viaje. Esa vez, me esperaba

México.

Durante más de dos años había estado ausente de mi país. Sentía nostalgia de su cielo, de sus montañas, y del calor de su pueblo estoico, entre cuyas mujeres y cuyos hombres había vivido las horas más hondas de mi existencia. La patria no es solamente una herencia y una costumbre. Es un consejo, una lección insustituible, un ámbito necesario y un permanente deber.

Ciertamente, los periódicos y las cartas que recibía de México me tenían en contacto con lo esencial de su desarrollo. Me llegaban noticias del ritmo que había sabido comunicar al gobierno el licenciado Alemán. La tumba de mis padres no carecía de flores en las fechas en que la hubiese yo visitado. Mi tía me enteraba, de cuando en cuando, del estado de su salud.

Amigos como Marte R. Gómez y Manuel Tello me recordaban. José Gorostiza y Alfonso Caso conversaron largamente conmigo, en

Italia, durante la reunión de Florencia. Pocos meses después, me entristeció la muerte de Villaurrutia. Veía, en la UNESCO, a Antonio Castro Leal.

Me invitaba el embajador Fernández Manero a algunas de sus comidas. Iba a saludarme a menudo Jorge González Durán. Leía cuanto publicaban entonces José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán, Salvador Novo, Carlos Pellicer y Ermilo Abreu Gómez. Y había tenido ocasión de recibir, en París, a múltiples compatriotas.

Pero me hacían falta el azul de nuestras mañanas, la nieve de los volcanes erguidos sobre ese azul, el despertar de las rosas y de los pájaros en nuestro pequeño jardín de Güemes, las eses con que prolongan ciertas voces amigas el *adiósss* mexicano, que deja siempre —en quienes lo escuchan— el remordimiento de irse tan pronto. Y, sobre todo, me hacía falta la convicción de estar trabajando con mi pueblo y para mi pueblo, sin acudir a ningún intérprete, ni buscar en otros idiomas la expresión válida y efectiva.

Cuando formé parte del servicio exterior de México, me confortaba pensar que estaba cumpliendo un mandato suyo. Si la nostalgia surgía, tardaba poco en vencerla ese pensamiento. Pero, en la UNESCO, no podía en verdad sentirme mandatario de mi país.

Además, me estaba acercando ya a esa latitud de la vida en la cual principian a verse lejos las costas de la esperanza. En 1952, cumpliría cincuenta años. Y no sabía lo que el destino me reservaba, traspuesto el límite de esa edad.

Llegué a México el jueves 3 de mayo, por la mañana. Mi mujer —que había salido de Francia, semanas antes que yo— me estaba aguardando en el aeropuerto. La acompañaban Rogerio de la Selva, con la representación del presidente de la República, Manuel Tello y algunos embajadores latinoamericanos, entre los cuales no olvido al del Uruguay y al de Venezuela.

Me alegró pisar nuevamente tierra de mi patria, acariciar —en lo que iluminaba el sol dichoso del altiplano— la verdad de las cosas reconocidas, y sentir —por lo acelerado del pulso— ese asomo de taquicardia en cuya prisa advertimos la elevación de México, a más de dos mil metros sobre el nivel del mar.

Todo se hallaba en orden. El licenciado Alemán iría a Puebla para celebrar la victoria del 5 de mayo; pero podría yo verlo antes de que hiciésemos juntos el viaje a Pátzcuaro, donde inauguraríamos, el miércoles 9, el centro regional de educación fundamental para la América Latina. Tello me invitó a una recepción. De la Selva me habló del Congreso de Academias de la Lengua Española. Se había previsto que yo asistiese a la ceremonia de clausura el domingo 6. Entre los de otros maestros, vi el semblante jovial de Lucas Ortiz. Él tenía, asimismo, excelentes noticias que transmitirme. La Eréndira había sido acondicionada. Más de treinta educadores latinoamericanos se encontraban ya en México. Serían los primeros inscritos en el CREFAL.

Repartí abrazos. Y tomé, junto con mi esposa, el automóvil que debería llevarnos hasta el hotel. Había escogido ella el Del Prado, que no conocía yo. Desde las ventanas de nuestro apartamento, se veía un gran trozo de la Alameda. Evoqué los domingos remotos, cuando me llevaba mi madre a pasear entre sus árboles y sus fuentes. Llamé por teléfono a don Manuel Ávila Camacho. No se encontraba en México. Había ido a descansar en su rancho de Martínez de la Torre. Probablemente no volvería a la capital sino al fin del mes. Pensé en Bernardo Ortiz de Montellano. ¡Cuánto gusto hubiera tenido en charlar con él!… Por desgracia, no podría sino inclinarme frente a su tumba. Con la muerte de Bernardo, en abril de 1949, había desaparecido una época de mi vida: la que llaman ciertos ingenuos su juventud.

Invitado por Carlos Lazo, fui a visitar —en compañía de Ernesto Enríquez— las obras de la Ciudad Universitaria, ya muy adelantadas. Subí escaleras, admiré perspectivas, traspuse

andamios… Y me asombraron la amplitud de la concepción y la rapidez de las construcciones.

Felicité a los arquitectos que nos guiaron durante el recorrido. México podría enorgullecerse de una realización de tan alto rango. Pero lo significativo, a la postre, no serían las torres, la biblioteca, los anfiteatros, las aulas y los laboratorios, sino el espíritu de las generaciones que acudieran a estudiar y perfeccionarse allí. ¿Se darían cuenta los miembros de tales generaciones del sacrificio hecho para atenderlos?

A la orilla de la carretera que escogió mi chofer para llevarme a la cita con Carlos Lazo, acababa de contemplar muchas pobres chozas, no muy distintas de las que tanto me apenaron en los aledaños patéticos de Bombay. Y los habitantes de aquellas chozas no eran seres, expulsados del Pakistán. Eran mexicanos, tan mexicanos como los arquitectos que me rodeaban, como el rector y como nosotros. Al comparar el lujo de nuestra casa mayor de estudios con la miseria de sus vecinos (hoy desplazados por propietarios de condominios y cómodas residencias), me pregunté: ¿entenderían los jóvenes universitarios hasta qué punto un privilegio como el que les otorgaba el país los comprometía a no vivir en el egoísmo y a servir a México entero, sin vanidades y sin jactancias?

Empezaban los pronósticos futuristas. ¿Quién remplazaría —en diciembre de 1952— al presidente de la República? Faltaba más de un año para las elecciones y “sonaban” ya algunos nombres de políticos conocidos. Aun no siendo político yo, también circulaba el mío en los corrillos de las redacciones de los periódicos o alrededor de las mesas de los cafés. Desde agosto de 1950, *Últimas Noticias* me había mencionado como aspirante a la presidencia. Se decía, en ese diario, que algunos amigos míos estaban redactando un escrito a fin de invitarme a aceptar mi postulación… Nunca anhelé, por cierto, cargo de responsabilidades tan angustiosas. Y no sólo porque estoy convencido de mis muchas insuficiencias, sino porque, constitucionalmente, me impediría alcanzarlo el hecho de no ser hijo de mexicanos por nacimiento. Mi padre vino al mundo en España y

conservó, hasta su muerte, la nacionalidad que le dio su cuna. Mi madre, hija de franceses, había nacido en Lima.

En 1950, la información de *Últimas Noticias* me contrarió. Pero no creí conveniente aclarar las cosas desde París. Después de todo, se había acogido en aquella noticia sólo un rumor. Si, en México, algún periodista me preguntaba algo sobre el asunto, le manifestaba con franqueza lo que opinaba. No se presentó la oportunidad de hacerlo. Puede que haya sido mejor así, porque —en la UNESCO— hubieran ciertas delegaciones tergiversado los términos de mi declaración y atribuido mis impaciencias de director general, siempre insatisfecho del programa y del presupuesto que autorizaban, a una ambición política desmedida que, en realidad, no sentí jamás.

El domingo fui al Palacio de Bellas Artes. Iba a clausurarse allí el Congreso de Academias de la Lengua Española. Presidió el acto el licenciado Alemán. Saludé, en los pasillos, a varios de mis antiguos colegas —los señores Ruiz Cortines, Tello y Bermúdez—

así como a muchos escritores de México y de otros países del Continente. Me interesó el discurso pronunciado por Vasconcelos, aunque me alarmó que elogiase al idioma español, no porque lo usaran “millones de almas”, sino “porque es lengua que fue imperial…”

Habló también José Rubén Romero. Y desfilaron por la tribuna todos los jefes de delegación de las academias representadas en el congreso. Su elocuencia no llegó a conmoverme. Soy hispanista, pero no en el sentido académico del vocablo. Quiero a España, pero no estimo que, en el estado del mundo actual, ciertas decisiones sobre un idioma —

vivificado y robustecido por tantos pueblos— deban subordinarse, desde Madrid, a una institución centralizadora. A tal respecto, sumaba yo mi opinión a la que expresó Martín Luis Guzmán al proponer que se revisasen las bases mismas de nuestra cooperación. El proyecto que se aprobara debería servir de norma,

no a las relaciones entre la academia española y cada academia “correspondiente”, sino a las de todas.

El lunes me recibió el Consejo Nacional Consultivo del Gobierno de México ante la UNESCO. Ese era el largo nombre de la comisión mexicana con la que estábamos en contacto.

Fui a la Secretaría de Educación Pública. Más de cuatro años habían transcurrido desde el día en que hice entrega de ella al licenciado Manuel Gual Vidal. Reconocí los muebles de mi

antiguo despacho, los tibores poblanos y la estatuilla de Palas, siempre en su sitio. Tuve que contener mi emoción. ¡Había vivido meses tan fecundos junto a esos muebles y ante esa mesa!

Allí, en 1944, nació la campaña nacional contra el analfabetismo. Allí cobraron forma el programa federal de construcción de escuelas, el instituto de capacitación del magisterio, la biblioteca enciclopédica popular, la revisión de los planes de estudio, y los textos de tantas circulares que acabó por llevarse el viento, como se lleva el viento cuanto hemos sido —

menos, acaso, nuestra conciencia de haber tratado de hacer el bien…

Gual Vidal me invitó a pasar al salón Bolívar. Se instalaron en el estrado, junto a nosotros, Manuel Tello, Luis Garrido, Antonio Castro Leal y José Romano Muñoz, quien desempeñaba entonces las funciones de secretario del Consejo. Estreché las manos de muchos escritores y profesores, entre los cuales recuerdo a Alfonso Reyes, a Nabor Carrillo y a Samuel Ramos.

Con palabras amables, pero desprovistas de afecto, me presentó Gual Vidal. Presidentes de Comisiones Nacionales establecidas por gobiernos muy alejados del de mi patria, habían sido más amistosas. Agradecí los elogios de Gual Vidal, pero me hubiese halagado más la fraternidad de su comprensión.

En mi discurso, señalé las perspectivas del centro que inauguraríamos pronto en Pátzcuaro, e insistí en los peligros que implican, para toda civilización, la prisa y el maquinismo.

Critiqué la prisa, no la velocidad. Si la velocidad obtenida gracias a los descubrimientos de la ciencia representa un magnífico ahorro de tiempo —y también de esfuerzo—, su más preciado valor debería consistir en brindar al género humano mayores márgenes de reposo y de reflexión. Por lo que atañe al maquinismo, manifesté que una buena máquina es un instrumento digno de gratitud, pero que, así como la velocidad constituye una ventaja y la prisa resulta un vicio, así también las máquinas son auxiliares inapreciables y el maquinismo puede considerarse como una de las calamidades del siglo XX.

No eran aquellas observaciones teóricas y fortuitas. Me había dado cuenta de que nuestro país parecía ávido de correr —sin haber, primero, aprendido a andar. Por todas partes se acumulaban cifras, se prometían millones y se proclamaban espléndidas estadísticas. Estaban muy bien ese optimismo oficial y ese anhelo de triunfos prácticos y concretos. Pero, en una nación donde alienta el alma, convenía recordar incesantemente que el hombre no sólo vive de progresos bancarios y de éxitos industriales.

Por la tarde, me dirigí al antiguo edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores: el que ocupaba, en la avenida Juárez, antes de que se construyese el moderno palacio donde ha instalado la administración mexicana a su canciller. En la sala de recepciones, me esperaba un centenar de invitados. Muchos de ellos eran antiguos compañeros de labor, como Rafael Fuentes, siempre impecable director del Ceremonial, o embajadores que no habían sido aún trasladados a otros países, o distinguidos miembros del gabinete. El que charló más largamente conmigo fue Ramón Beteta. Lo sentí preocupado y un poco triste. Se hablaba de él como de un candidato posible para sustituir al presidente Alemán. Contaba con partidarios

muy entusiastas, pero tenía adversarios muy pertinaces. Quiso averiguar cómo veían los europeos la rivalidad entre Washington y Moscú. ¿Se temía, en Francia, una guerra próxima?

Ignoro si mis palabras lo tranquilizaron o lo inquietaron, pues yo mismo me hallaba en la incertidumbre. El enemigo esencial de la UNESCO era entonces la guerra fría pero la otra —la ardiente— sería el desastre mayor de la humanidad.

Me presentaron al embajador de los Estados Unidos. Ya no desempeñaba ese cargo mi amigo Thurston, sino el señor O'Dwyer, a quien había conocido —en 1947— cuando era alcalde de Nueva York. Salude a su esposa. Y conversamos acerca de algunos norteamericanos famosos que solían visitarme en París… ¡Qué lejos hubiera podido sentirme de los problemas que estaban viviendo intensamente Manuel Tello y sus colaboradores más inmediatos! Sin embargo, muy pronto lo comprendí: ni los viajes, ni la distancia, me alejarían nunca de esos problemas.

El martes por la noche subimos al tren que debía llevarnos a Pátzcuaro. Acompañaban al presidente Alemán, el secretario Gual, el subsecretario Tello, el senador Carlos Serrano y varios embajadores de la América Latina. El viaje, por lento, se hizo muy largo. Pensábamos llegar a nuestro destino antes de las nueve de la mañana, y llegamos casi a las doce. Tanto durante la cena, como a la hora del desayuno, el presidente se mostró alegre y ameno conversador. Los embajadores parecían encantados de la lentitud del tren oficial. Gracias a ella, tenían pretexto para una larguísima audiencia —poco frecuente de conseguir conforme a los trámites diplomáticos.

Yo, en cambio, contaba cada minuto perdido. ¿Cómo sería el regreso, a ese ritmo de *andante maestoso* que el maquinista imponía al convoy? ¿Podría tomar a tiempo, el jueves por la mañana, el avión para Washington? De Washington, tras de saludar al presidente Truman, debería ir a Nueva York. Y, a París, después… De la puntualidad de mi arribo a Francia dependían muchos asuntos que no quería dejar en mora. Expliqué mi situación

al licenciado Alemán, quien me aseguró que un ayudante suyo pondría oportunamente a mis órdenes un automóvil para que volviera a la capital.

Tranquilizado por ese anuncio, me dediqué a contemplar el paisaje. Lo devanaban, como si fuera un hilado rico en azules, en rojos vivos y en tiernos verdes, los husos de los postes telegráficos. Michoacán es uno de los Estados más bellos de la República. No ostenta el vigor del trópico, ni su densa y caliente vegetación; pero, seguro de su elocuencia, modula con limpidez todo lo que dice, encuentra siempre la nota exacta, la frase justa, y compone los párrafos de un conjunto en el cual cada árbol, cada ladera, cada pájaro y cada nube dan la impresión de estar concebidos para el goce moral del espectador.

Llegamos, por fin, a Pátzcuaro. Surgieron músicas populares de los andenes de la estación.

Centenares de indígenas pintorescos circulaban entre esas músicas. Hombres, mujeres y muchos niños vitorearon al presidente.

Lucas Ortiz y sus compañeros nos invitaron a visitar las casas de los maestros y alumnos del Centro. Avanzamos, después, por la Avenida de las Banderas, que conducía a la finca cedida en préstamo por el general Lázaro Cárdenas. Y el programa se desarrolló en la plaza de San Francisco. Desfilaron los maestros enviados por los gobiernos de Bolivia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras y Perú. Entre ellos, figuraba un grupo de profesores mexicanos inscritos ya en el CREFAL.

Habló, entonces, Lucas Ortiz. Leí, en seguida, mi alocución. El centro de Pátzcuaro era el primer intento serio, realizado en el plano internacional, con el propósito de responder a la alarma que producía en el mundo la enorme profusión de los iletrados. Me interesaba aclarar que no nos proponíamos solamente luchar contra el analfabetismo. El adiestramiento en la enseñanza de la lectura y de la escritura no constituiría sino una de las tareas que los

maestros del CREFAL deberían perfeccionar. La educación fundamental se asignaba metas más elevadas.

Pretendía proporcionar a las comunidades rurales no sólo un recurso de comunicación con el exterior, merced a los libros y a los periódicos, sino los medios elementales para una mejor adaptación de su vida a los requerimientos de la época y del ambiente. Por eso la UNESCO se empeñaría en completar los cuadros del centro con un personal especializado en asuntos de higiene, agricultura, artesanado y pequeñas industrias.

Paracho, Janitzio, Jarácuaro, Tzintzuntzan, Cherán y Carapan habían enviado a Pátzcuaro a sus mejores danzantes. Muchachas indígenas, ataviadas con sus vestidos tradicionales, bailaron frente a nosotros. Cada una llevaba un ramo de apazecua, con hojas de maíz. Alguien me explicó que aquel era un testimonio de bienvenida. De dos en dos, las muchachas se dirigieron hacia el tablado en el que nos hallábamos. Una de ellas entregó al presidente un violín paracho. Otra me dio una jícara. Tello recibió una guitarra.

¡Cuánta espontánea generosidad —y cuanta ironía implícita caracterizan a los indios de Michoacán! Sus danzas me hicieron pensar, por contraste, en las que Nehru quiso mostrarme en Nueva Delhi. Era enorme, sin duda, la diferencia entre los bailarines hindúes —

profesionales y metafísicos— y las mozas nacidas en Jarácuaro o en Cherán. Aquéllos hacían del baile una mística de la plástica. Oraban con el rostro, con los pies, con las manos, con todo el cuerpo… Cada uno de sus movimientos era símbolo religioso. Hasta, en ciertos instantes, la inmovilidad que adoptaban frente a un hueco dramático de la música, resultaba una acción de gracias o el anuncio de un éxtasis ritual.

Las chicas de los alrededores de Pátzcuaro no obedecían a leyes tan imperiosas. Danzaban como vivían, con la mayor naturalidad, sin parecer extraídas de un friso arcaico. Pero tanto en sus giros como en sus pausas, se advertía también una tradición: la de un

pueblo que nunca recibe algo sin ofrecer mucho más de cuanto le entregan.

Hasta actos como ése, concluyen siempre en banquetes. Me pareció delicioso lo que nos

sirvieron. Por ventura, los discursos no fueron largos. Al hablar en nombre de la OEA, el representante de Lleras Camargo manifestó que la fuerza, sin el espíritu, sería violencia y que el espíritu, sin la fuerza, podría resultar fantasía. “Esos dos elementos no son antitéticos”, dijo. “Unidos, lo pueden todo. América los tiene.”

¿Cómo dudarlo? Espíritu y fuerza poseen nuestras naciones. Pero pocas veces mueven a tiempo esas dos palancas. Cuando habla el espíritu, no encuentra fuerzas en qué apoyarse. Y, cuando la fuerza se manifiesta, lo hace a menudo contra el espíritu. Educar es precisamente enseñar a unir el poder con el pensamiento, dar al hombre el sentido que proporciona fuerza a la idea y que orienta a la fuerza en la dirección que la idea debe marcarle. Por grande que fuera mi júbilo ante la creación del CREFAL, comprendí cuán pequeño resultaría ese humilde esfuerzo frente a las gigantes necesidades de las masas ignaras del Nuevo Mundo. Pero por algo debía empezarse. Y era promisorio que nuestro programa de educación rural comenzara en México.

Después del banquete, nos dirigimos de nuevo hacia la estación. Junto a uno de los vagones, me estaba esperando el coche que el presidente había tenido la amabilidad de ofrecerme para el regreso. Él mismo veía con inquietud las largas horas del viaje en ferrocarril. Se despidió de sus invitados. Y tomó asiento en el automóvil, junto conmigo. Lo acompañaron el senador Serrano y el licenciado Gual.

El licenciado Alemán me explicó algunos de sus proyectos. Le conté yo mis cuitas de solitario entre delegados de mentalidades opuestas y lenguas varias, casi unánimes solamente cuando llegaba el momento de recortar las raquíticas frondas del presupuesto. De tarde en tarde, intervenía Gual Vidal… La sombra nos circundó. Brillaron las primeras estrellas.

Cruzamos calles mal empedradas. Atravesamos pueblos adormecidos. Y llegamos a Los Pinos a medianoche.

Debíamos salir mi mujer y yo antes de las nueve de la mañana, para tomar —a las diez—

un “clipper”: el que iba a Washington. El avión despegó con puntualidad. Sin embargo, pocos minutos más tarde, la voz del piloto nos indicó que tendríamos que regresar al aeródromo. Uno de los motores exigía quién sabe qué revisión. Me disgustó el incidente, mas no había razón de protesta alguna. Opté por salir de México en el avión anunciado para la noche del mismo día.

Volvimos en taxi al *Hotel del Prado,* donde me esperaba otra novedad. Esa, muy agradable. Sonó el teléfono de mi apartamento. Y oí la voz de don Manuel Ávila Camacho.

¿Estaría hablándome desde Martínez de la Torre? No. Se encontraba en la capital. Había abreviado sus vacaciones. Deseaba verme. Le contesté que pasaría a saludarlo en seguida.

Pero, al colgar el audífono, me desconcertó una pregunta: ¿cómo sabría don Manuel que me hallaba en México aún? Los diarios de la mañana habían publicado la hora de mi salida.

¿Quién le enteraría —tan oportunamente— del percance de mi avión?

Habitaba don Manuel todavía en su antigua casa, de la avenida que lleva su nombre hoy.

Me recibió con visible júbilo. Tras de las preguntas del caso (¿cómo estaba mi esposa?,

¿cómo se sentía él de salud?, ¿me había complacido mi estancia en México?), no tardó en abordar un asunto que parecía interesarle de manera especial en aquellos días: el de la sucesión del presidente Alemán.

Se refirió a los candidatos acerca de cuyos méritos se hablaba entonces más ampliamente.

Y me dijo que varios amigos suyos le habían hablado con insistencia de mí. ¿Qué pensaba yo a ese respecto?… Le respondí francamente que ni aspiraba a figurar como candidato, ni nadie me había propuesto serlo, ni podría aceptar mi postulación, pues mis padres no fueron mexicanos por nacimiento. La resolución que notó en mi rostro le hizo cambiar de tema. La charla tomó otros rumbos. Me habló de su vida en Martínez de la Torre. Me describió los caballos que prefería. Me preguntó por mi instalación en Francia. Y, al anunciarle mi vuelo a Washington, le conté lo ocurrido, por la mañana, en el aeropuerto. Me sorprendió, a ese respecto, lo dubitativo de su sonrisa. ¿Habría obedecido realmente nuestro regreso al desperfecto de uno de los motores del avión?

Me hizo mucho bien ese viaje a México. Resultaba innegable el progreso de la República.

Surgían edificios nuevos por todas partes. Se emprendían obras de habitación nacional a lo largo del territorio. La estabilidad política del país era garantía de un desarrollo que debería encauzarse con ánimo de justicia.

Existían, infortunadamente, vastas comunidades desamparadas. Empezaban a medrar demasiado los capitalistas advenedizos. Se cernían todavía serios peligros sobre un desenvolvimiento social que tendría que otorgar mayor atención a los desvalidos. Sería indispensable hacer mucho más en favor de los campesinos y limitar la ambición de los

“influyentes”. Faltaba mucho, sin duda, por emprender. Pero no faltaban la decisión y el impulso para emprenderlo. Se advertía, en ocasiones, síntomas de inquietud. Existía libertad, aunque no podía afirmarse que hubiera alcanzado el país madurez absoluta en la democracia.

A pesar de todo, el balance era positivo. De nuestra voluntad de renovación en el patriotismo dependería, en gran parte, el valor de México.

X. LA SEXTA REUNIÓN DE LA CONFERENCIA GENERAL DE LA UNESCO. NUEVOS ESTADOS ADMITIDOS: CAMBOYA, JAPÓN, LAOS, LA REPÚBLICA FEDERAL ALEMANA Y VIETNAM. LA ACTITUD DE LA URSS. UN QUINCE DE SEPTIEMBRE EN DOLORES HIDALGO. EL CUARTO CENTENARIO DE NUESTRA UNIVERSIDAD

La primavera comenzaba a morir en París. Rodaban, por las aceras, las últimas flores de los castaños. Parecía anunciarse un verano tórrido, aunque —a tal latitud— no se sabe jamás qué dará el estío. Las terrazas de los Campos Elíseos se veían sobrepobladas por clientes ansiosos de que llegase, con la época de las vacaciones, el momento de huir a las playas o a la montaña. Nuestro departamento de la Avenida Foch era bastante fresco. No así mi despacho de la Avenida Kléber.

Pero los asuntos que me aguardaban no me dejaron tiempo para quejarme del clima. El informe anual de la UNESCO había principiado ya a circular. Sería menester completarlo y ponerlo al día. Además, estaba próxima la sexta reunión de la Conferencia. Y, antes de que empezase, tendría que consultar al Consejo Ejecutivo. Lo presidía el conde Jacini, ya enfermo del mal que, en algunos meses, puso término a su existencia. En Italia, en 1950, se había renovado una parte del Consejo. Castro Leal asistía ya con derecho propio y no como sustituto de Martínez Báez. El impasible sir: Ronald Adam reemplazaba, como británico, a mi amigo John Maud. El lugar de Walker, lo ocupaba Piaget. En vez de Nannetti, representaba a Colombia Bernal Jiménez. Un chino se había esfumado: el señor Chen Yuan. Y apareció la señora Pecson, de la República Filipina.

El Líbano se hacía escuchar por medio de un sacerdote de voz meliflua, inteligencia evidente, levíticos entusiasmos, barba faunesca, ojos magnéticos y recatada tenacidad. Todas esas características, reunidas, daban por resultado a un monseñor maronita llamado Juan y apellidado Maroun. Iba y venía, de Beirut a París. A menudo, se detenía en Roma. Y cuando llegaba al Consejo, había ya averiguado muchas cuestiones: cuáles proyectos interesaban al representante de los Estados Unidos, por qué causas se opondría el señor Photiades a una sugestión de nuestro departamento de información de las masas y con qué argumentos apoyaría el señor Sommerfelt al profesor Carneiro en la solicitud de un informe, inconcluso aún. Le agradecía sus confidencias. Y, más, sus observaciones. Unas y otras acabaron por convencerme de que existían, alrededor de la UNESCO, altas almenas de indagación.

La Conferencia, sin embargo, se anunciaba menos difícil que la de Italia. No

dispondríamos de los salones de la Señoría y del Palacio Pitti. Pero la UNESCO había trabajado más normalmente, con plazos menos premiosos, y podía presentar a los delegados éxitos indudables.

Con el apoyo de 164 instituciones, pertenecientes a 51 países, la Asociación Internacional de Universidades había sido creada. Instalamos el Comité Consultivo sobre las Zonas Áridas.

El Consejo Internacional de Uniones Científicas vería completada su acción merced al establecimiento —reciente— de la Unión de Asociaciones Técnicas Internacionales. En 1950, patrocinamos los primeros congresos de las nuevas Asociaciones de Sociología, Ciencias Plásticas y Ciencias Económicas.

Gracias a nuestro sistema de bonos, los países de monedas débiles lograron adquirir, en divisas fuertes, libros, películas y materiales educativos por valor de más de un millón doscientos mil dólares. Veintidós gobiernos habían suscrito el acuerdo destinado a favorecer la libre circulación del material educativo, científico y cultural. Con la ayuda de la UNRWA, ampliamos la acción de

nuestras escuelas para los niños árabes refugiados. Estaban inscritos en ellas 43 658 alumnos: diez mil más que en abril del año anterior. Dentro de 32 países, seiscientos cincuenta y ocho periódicos y revistas reprodujeron —en quince idiomas—

nuestra declaración sobre los problemas raciales.

Iba por buen camino el propósito de elaborar una Convención Universal del Derecho de Autor. Tres misiones de educadores —designadas por la UNESCO— colaboraron con los maestros de Bolivia, Birmania y la India, en campañas locales contra el analfabetismo y en experiencias de educación rural. Acababa de iniciar sus tareas el Centro de Pátzcuaro. Y se hallaban en vías de ejecución 42 acuerdos de ayuda técnica para el fomento económico de 24

naciones. Su realización exigiría, en 1951, un gasto de más de dos millones doscientos mil dólares.

El 18 de junio inició sus sesiones la Conferencia. Había cambiado el clima. Hacía en las calles menos calor, y se notaba mayor deseo de trabajar en los miembros de la asamblea. Fue electo, para presidir la reunión, el jefe de la delegación norteamericana, señor Howland Sargeant. Era un hombre hábil, de cortesía meticulosa, sonrisa abstracta y ojos en cuyo brillo parecían candor la temeridad y melancolía rápida la impaciencia. Dueño de una alocución abundante, no persuadía siempre a sus auditorios, porque acostumbraba cubrir —con diplomáticos velos— cuanto expresaba, y envolvía lo esencial, a menudo, entre narcóticos algodones.

Como en Florencia, surgió muy pronto el problema chino. No escuchamos aquella vez las protestas de los representantes checos, húngaros y polacos, pues sus gobiernos, ese año, no participaron en nuestras labores. Pero la India no estaba ausente. Encabezaba la delegación del país de Nehru, sir Sarvepalli. Magro, moreno, vegetariano, rígido, lógico, narigudo, y vestido siempre de negro (no como el rey Felipe “que Dios guarde”, sino como si fuera un laico

disfrazado de sacerdote), el señor Radhakrishnan poseía, entre muchos otros dones del

talento y de la cultura, el de hablar con valor y con precisión. Se opuso a la admisión de Formosa, ya que Formosa no podía representar al gobierno chino. “Al excluir al pueblo de China de esta Organización —advirtió— crearemos un vacío que llenarán otras fuerzas.”

Luego, refiriéndose a la guerra de Corea, deploró que los chinos hubiesen intervenido en el conflicto. Pero pidió a los delegados que reflexionasen acerca del momento histórico en que tal intervención se produjo. Y les preguntó si, a su juicio, “no hubo nada que la justificase”.

En su respuesta, el enviado de Chiang Kai-shek se dio el lujo de citar a una autoridad, decisiva sin duda para su espíritu: la del señor Dean Rusk. En su opinión, el régimen de Mao Tse-tung debía considerarse, sencillamente, como un “gobierno colonial ruso”.

Sargeant tomó las medidas adecuadas para que la Conferencia se pronunciase acerca de si quería aceptar o no, en calidad de representante de China, al delegado de Chiang Kai-shek.

Treinta y siete países votaron en pro, México entre ellos. Y sólo tres en contra: Birmania, India y Yugoslavia. Se confirmaba, así, la política sostenida por una gran mayoría en el seno de las Naciones Unidas e iniciada —en Florencia— en 1950. Caía, frente a mí, otra ilusión de la UNESCO: su universalidad.

¿Cómo interpretar, en efecto, las palabras pronunciadas por el señor Trygve Lie al inaugurar nuestra Conferencia? A él, secretario general de la ONU, le importaba esencialmente la política de la ONU. Y la ONU había resuelto actuar en Corea. Elogió a las fuerzas que estaban peleando en nombre del principio de la seguridad colectiva. “Los hombres de las Naciones Unidas —afirmó— combaten para evitar una tercera guerra mundial.” Recordé una frase atribuida a cierto canciller brasileño: “Vuestra Excelencia tiene

razón; pero no es mucha, en verdad, la razón que tiene…” ¡A cuántas guerras habría de recurrirse con el pretexto de evitar otra “guerra mundial”!

Durante la discusión acerca de mi informe, hizo notar monseñor Maroun que la UNESCO se veía dividida incesantemente por dos fuerzas contrarias: el trono y el altar. Si se dejaba dominar por la política, perdería eficacia. Y, si no se hacía solidaria de exigencias políticas inexorables, se encontraría reducida a la condición de una mera asamblea académica.

Hablaron también el señor Rutten, de Holanda, el doctor Piaget, de Suiza, el señor Lapie, de Francia, y muchísimos más. El británico Hardman trató de poner en guardia a los delegados frente al peligro de introducir apresuradamente la civilización tecnológica en sociedades cuyas culturas estaban estructuradas en forma muy diferente. Los representantes de Australia, Suecia y Venezuela anunciaron que no serían propicios a un aumento del presupuesto. Pero el clavel más fragante de aquel florilegio administrativo fue el discurso del señor Sargeant. En su calidad de funcionario de los Estados Unidos, declaró que la UNESCO no debería “ser utilizada como vehículo de propaganda”, ni tenía por qué convertirse “en el instrumento de un Estado o de un grupo de Estados”. ¿Cómo conciliar tan desinteresada advertencia con las presiones ejercidas desde Washington —por supuesto, en voz mucho más discreta— para que enardeciésemos el tono de nuestros textos sobre el conflicto de Corea y para que lo

atenuásemos, si posible, en lo concerniente a determinados prejuicios raciales?

En mi discurso del 19 de junio señalé hasta qué punto la seguridad colectiva —invocada en el caso de Corea— no podría ser presentada a todos los pueblos del mundo como la conservación de un *statu quo.* Para muchos, parecería semejante inmovilidad un injusto dictado histórico. Luchar por la seguridad colectiva exigirá siempre otra lucha concomitante: la lucha por la seguridad económica y social de la humanidad. Para dar fin a mi alocución,

pronuncié palabras —que suscribiría, hoy, sin ninguna enmienda—: “Flaubert decía que, como el mar, la historia es bella, sobre todo, por lo que borra… Sin contrapartida, yo no lo admito.

La historia es bella, sobre todo, por lo que afirma. Y la historia de nuestro tiempo valdrá por lo que haya logrado afirmar al hombre en su combate contra los peores enemigos que el hombre tiene: el egoísmo, la injusticia, la ira y la obstinación en la ceguedad”.

La Conferencia debía decidir acerca de las solicitudes formuladas por cinco Estados, que deseaban asociarse a la UNESCO: Laos, Camboya, Vietnam, Japón y la República Federal de Alemania. Todos fueron admitidos, aunque —en ningún caso— se registró la unanimidad.

Varios delegados se abstuvieron en lo concerniente a Laos, Vietnam y Camboya. El de Filipinas se opuso al ingreso del Japón. Y el de Israel, señor Fischer, dijo que “Alemania no daba aún la prueba de haber adoptado principios morales universales”.

Según ocurrió en Florencia, el período más agitado de la reunión fue el que consagró a fijar el monto del presupuesto. Existían tres cifras posibles. El Consejo, de acuerdo conmigo, había solicitado nueve millones cuatrocientos setenta y un mil dólares. La Comisión Administrativa recomendaba ocho millones quinientos treinta y tres mil. Yo aceptaba, en última instancia, ocho millones setecientos dieciocho mil, suma que aseguraría por lo menos

—dado el adeudo de ciertos contribuyentes— el nivel alcanzado en Florencia. Triunfó al fin esta proposición.

Era poco lo conseguido. Pero no deseaba yo librar, en tal oportunidad, la batalla del presupuesto. Me reservaba para el siguiente año, cuando estuviese mejor definido nuestro programa de acción. En 1951, no podía yo esclarecer todavía hasta qué grado el personal de la UNESCO se encontraba ya en condiciones de realizar, a la vez, todos los proyectos del programa normal y las

nuevas tareas de ayuda técnica. En 1952, la experiencia habría de confirmármelo: ambas labores no eran incompatibles.

Además, no creí que fuese aquélla la hora más adecuada para abrir nuevamente el debate dramático de Florencia. En lo general, los delegados se habían manifestado dispuestos a comprenderme. Resolvieron que sus reuniones no se efectuaran año tras año, como hasta entonces, sino cada bienio, lo que nos daría mayor amplitud para desarrollar el esfuerzo de la secretaría. Aprobaron también que se construyese, en París, el edificio central de la UNESCO.

El importe de tal construcción resultaría considerable… Y no era eso todo. La decisión de crear una red mundial de centros de educación de base había sido muy aplaudida. En los corredores, se afirmaba, incluso, que el segundo de aquellos centros podría instalarse en

Egipto. Tras del de Pátzcuaro, surgiría el de Sirs-el-Layan.

Durante la sesión de clausura, habló monseñor Roncalli. El futuro papa Juan XXIII empleó, para su discurso, el idioma de Fénelon. “Entre los trabajos de la presente reunión —dijo—

destacan dos, de particular importancia: la ayuda técnica a los países insuficientemente desarrollados y la creación, en el mundo entero, de centros regionales de educación fundamental. El observador del Vaticano no puede menos que atribuir interés especialísimo a la segunda de estas iniciativas...” Y, antes de referirse a uno de sus compatriotas, el conde Jacini, agregó el Nuncio: “Estas impresiones me imponen el deber de felicitar profunda y cordialmente a todos cuantos han participado en ellas. A usted, señor Torres Bodet, que con tanta dignidad y sabiduría tiene en sus manos el gobernalle de la UNESCO, esa nave ya majestuosa que boga a veces por un mar embravecido, tributo mi saludo. ¡Más alta, cada vez más alta la bandera, para que la UNESCO extienda su acción a tierras más vastas, a nuevos horizontes!”

Agradecía a monseñor Roncalli la generosidad de su alocución. Él quería ver en la UNESCO

a una nave “ya majestuosa”… Yo no ignoraba que mantenerla a flote reclamaba un empeño de cada día, de cada hora. Sin embargo, mientras tuviese en mis manos “el gobernalle”, haría lo posible por que no encallara la nave en los próximos arrecifes.

No he llevado nunca un diario. Y lo deploro. Pero conservo una hoja escrita, en París, el 11 de julio de 1951. Voy a insertarla aquí.

“Concluyo hoy la Conferencia. Se despidieron los delegados. Durante los últimos días, estuvieron a visitarme muchos de ellos para colocar una pequeña posdata a cuanto dijeron —o no dijeron— en la asamblea. Uno me recomendó un ‘gran compatriota’ suyo, para ocupar cierto puesto vacante en el departamento de asuntos culturales. Otro se contentaría con que nombrásemos mecanógrafa a una de sus amigas. El más ambicioso me aseguró que será menester instalar otro centro de información científica en su país. El más modesto aceptaría que su capital hospedara a uno de nuestros seminarios de estudio.

”Hecho curioso: entre los contados jefes de delegación que no han solicitado nada de mí, se encuentra el príncipe Pedro de Mónaco. Me invitó a cenar en el Hotel George V. Se refirió a mis labores con amistad, sin escepticismo excesivo y sin líricas efusiones. Me habló, sobre todo, de algunos novelistas que le interesan.

”Raras veces descubro, en mis visitantes, interés verdadero por el futuro de la Organización. Los delegados de las naciones más pobres son los que piden menos —y fueron, asimismo, los que ofrecieron más, durante el debate sobre el alcance del presupuesto.

”¿Cuánto tiempo resistiré a este mecanismo? No quisiera ceder a la tentación de recuperar en seguida mi libertad. Mientras haya esperanza de dar a la UNESCO la medida internacional que deseo para ella, continuaré luchando. Pero no tengo muchas razones sobre las cuales fundar esperanza tan vulnerable. De los tres

mayores contribuyentes —Estados Unidos, Francia y la Gran Bretaña—, el primero votó contra el presupuesto. Francia sigue apoyándome

con denuedo. En cuanto a la Gran Bretaña, ciertamente no votó en contra. Pero no se opuso, en la presente ocasión, porque, si ascendía ligeramente el presupuesto, su contribución —en cambio — había disminuido, como efecto del aumento de los Estados Miembros.

”Acabo de hablar del denuedo de Francia. ¿Se mantendrá igual en las próximas reuniones?

Entre la confianza que ha depositado en mí y el afán de complacer a las grandes potencias anglosajonas, para que se construya en París el edificio central de la UNESCO, ¿no se verá orillada a escoger en definitiva?… Me consuela advertir que países como la India —y otros, más desvalidos aún— se dan cuenta de la sinceridad con que he hecho mías sus causas. Sin embargo, como lo dije hoy, al clausurar la Conferencia: ¿hasta cuándo seguiremos girando letras de cambio sobre el futuro?”

Al siguiente día, tuve que inaugurar en Ginebra la décima cuarta Conferencia Internacional de Instrucción Pública. La habían organizado los profesores Piaget y Rosselló. Reiteré a los asistentes que, a mi juicio, la paz por la que luchaba la UNESCO no debía ser una abdicación ante la injusticia ni la aceptación de un estado que consagrase como inmutables, en nombre del orden y de la seguridad, las inmensas desigualdades políticas y económicas del mundo contemporáneo. Ningún desequilibrio social podría justificarse por la sola razón de mantener un precario equilibrio histórico, resultado de un encadenamiento de victorias y de derrotas, de privilegios y de abandonos.

Para regresar a París hice que mi chofer nos llevara por una ruta mucho más larga, pero más atractiva que la habitual: la que pasa por Aix-les-Bains. Me detuve algunas horas en ese sitio. Altas montañas cercan el lago que inspiró a Lamartine las estrofas de su

famoso poema: Oh temps! suspends ton vol, et vous, heures propices,

suspendez votre cours…

Lamartine pretendía en vano eternizar sus amores con Julia Charles. Yo, más modesto, hubiera querido descansar de tantos discursos y tan múltiples conferencias. Gracias a una caricatura de Sennep, en *Le Figaro,* me enteré —días más tarde— de que no había pasado inadvertida mi brevísima pausa en Aix. El dibujante me representó en medio del lago, tomando un baño junto con el príncipe Pedro de Mónaco y el editor Julliard, a quienes no encontré, por supuesto, en tal ocasión. Detrás de nosotros, en una barca de remos, se veían la silueta delgada y la nariz insistente de Lamartine.

El 19 de julio, tomé el camino de Sèvres. Iba a principiar sus trabajos allí un seminario de estudio sobre la enseñanza de la historia. Aprecié la calidad de la concurrencia. En los historiadores y maestros que me rodeaban vi un claro ejemplo de lo que tanto deseaba yo fomentar en aquellos días: el testimonio de la UNESCO en acción.

La enseñanza de la historia ha sido siempre uno de los temas que me han preocupado más.

Si se imparte con odio, se reduce —hasta un límite absurdo— la gran perspectiva humana.

Como en México, en 1944, insistí en la necesidad de no inventariar exclusivamente el proceso de los conflictos y de las guerras. Silenciar semejante proceso sería imprudente y, sin duda, hipócrita. Pero convendría añadir, al relato de los errores bélicos de los pueblos, el de sus conquistas pacíficas, en su esfuerzo por afirmar el progreso colectivo sobre más amplias bases de justicia, de libertad y de inteligencia.

Los profesores congregados en Sèvres eran setenta y tres. Representaban a treinta y dos países. Los presidía un catedrático

suizo, el señor Panchaud. Mientras oía sus discusiones, pensaba yo en otro de los proyectos patrocinados por la UNESCO: el de que se escribiese una historia cultural y científica de la humanidad. En la comisión designada para establecer las bases del proyecto, figuraban intelectuales como Bhabba, de la India; Burckardt, de Suiza; Carneiro, del Brasil; Huxley, de la Gran Bretaña; Morazé, de Francia; Praz, de Italia; Turner, de los Estados Unidos; Zavala, de México, y Zurayk, de Siria. Se pensaba en designar, como coordinadores de los volúmenes previstos, a Basadre, peruano; a Franck, inglés; a Gottschalk, norteamericano; a Grousset, francés y a Zachariah, hindú. Tras de no pocos cambios de programas y de personas, la obra se ha publicado al fin.

Tuve que regresar a Ginebra en el mes de agosto. El Consejo Económico y Social de la ONU se encontraba reunido en esa ciudad. Expuse ante él los resultados de nuestra última Conferencia. Mencioné la forma en que estábamos cooperando con las Naciones Unidas dentro del plan de asistencia técnica. Y al referirme a nuestro módico presupuesto manifesté que —para ganar la guerra— las democracias habían unido todos sus recursos y que, para ganar la paz, deberían seguir uniéndolos sin reservas. Recordé lo que decía Montesquieu:

“Las conquistas son fáciles de realizar, porque las realizamos con todas nuestras fuerzas; pero difíciles de conservar, porque sólo las defendemos con parte de nuestras fuerzas”.

Los miembros del Consejo me oyeron con atención, aunque no todos con simpatía.

Algunos, partidarios de la UNESCO o amigos míos, aprobaron con evidente interés nuestro lento ascenso. Sin embargo, el portavoz de Polonia, interpretando quizás a la Unión Soviética, creyó oportuno criticar duramente a nuestra Organización. La acusó de obediencia a los deseos de los Estados Unidos. Se elevaron diversas voces para defender a la UNESCO. La que más aprecié fue la de mi patria.

El licenciado Adolfo López Mateos presidía la representación mexicana. Como juzgó que las críticas de Polonia estaban enderezadas contra mí, hizo —con elocuencia— un elogio a mi persona. Se lo agradecí profundamente; pero, en el fondo, lo que censuraba el funcionario polaco era lo mismo que estaba yo tratando de evitar: la subordinación de la UNESCO a cualquier potencia. Lo había dicho y repetido en todos los tonos: la universalidad debería ser nuestra ley. Ahora bien, ¿quién tenía la culpa de que tal universalidad no se realizase? ¿El director general de la UNESCO, privado de todo poder político? ¿O los gobiernos, que

proscribían a China? ¿O la URSS, que comentaba con acritud las actividades de nuestra Organización, pero no quería aún ingresar en ella y atenuar así, con el solo hecho de su presencia, la presión ejercida por los anglosajones?

Durante los cuatro años en que desempeñé el cargo de director general, no recibí la menor indicación de que la URSS se interesase en participar en las actividades de la UNESCO. Era más cómodo para ella hacer censurar a la institución, por medio de sus satélites, que colaborar en sus debates y contribuir a su presupuesto. Y fue una ventura para mis sucesores que la opinión soviética cambiara algunos años después. Al ingresar en la UNESCO, la URSS vino a corregir un desequilibrio, que todos —entonces— reconocíamos.

Septiembre me encontraría otra vez en México. Tres eran los propósitos de mi viaje: asistir a la instalación del Consejo Cultural Interamericano, rendir tributo a nuestra casa central de estudios en el cuarto centenario de la fundación de la antigua Universidad, y discutir con Lucas Ortiz algunos asuntos relacionados con el Centro de Pátzcuaro.

Llegué por avión a la capital, junto con mi esposa, el sábado 8 por la mañana. Nos esperaban Manuel Tello, ascendido ya a secretario de Relaciones, y algunos otros amigos.

Atravesaba México turbios días, de lluvia y de agitación. El cielo, en todos sentidos, parecía anunciar tormentas. El primero de septiembre, coléricos estudiantes destruyeron arcos triunfales levantados en honor del presidente de la República. Muchos fueron los detenidos. Si no me equivoco, recobraron pronto su libertad. Pero iban y venían rumores contradictorios. El general Henríquez Guzmán había iniciado ya su campaña. Y el viaje que hizo a La Barca dio lugar a incidentes desagradables. En el Senado, el doctor Gómez Esparza acababa de indicar a los periodistas que existía una mayoría abrumadora en favor de la candidatura del licenciado Casas Alemán.

Fui a saludar a nuestro Primer Mandatario. Lo encontré, como de costumbre, irónico y sonriente. Pero me pareció menos optimista que en mayo. Me interrogó acerca de la situación internacional. Le expuse mis dudas sobre el peligro de una nueva conflagración. Iba a prolongarse —quién sabe por cuánto tiempo— la guerra fría. Vivíamos una tregua, pero no una paz real. No abordamos ningún tema de política mexicana. Tras de enterarse de mis proyectos, el presidente tuvo la amabilidad de invitarme a que lo acompañásemos mi mujer y yo en el viaje que haría a Guanajuato para conmemorar —en Dolores Hidalgo— la proclamación de nuestra independencia. Irían con él su señora y algunos miembros del gabinete.

Me visitaron varios amigos. Muchos de ellos me aseguraron que, aunque tanto se hablase del licenciado Casas Alemán, a la postre sería otro el candidato del PRI. Se pensaba, cada día más, en el señor Ruiz Cortines.

El lunes 10, en el Palacio de las Bellas Artes, iniciaron sus sesiones los funcionarios

designados para constituir el Consejo Cultural Interamericano. Asistieron Gual Vidal y Manuel Tello. Se hallaban presentes Alberto Lleras Camargo y el rector Luis Garrido, así como los embajadores de la Argentina, Brasil y Uruguay. Lleras Camargo se refirió a los grandes obstáculos que, todavía en 1951, impedían alcanzar la dimensión exacta del hombre americano dentro de un clima de

auténtica democracia. El Consejo no debería cubrirse la cabeza de cenizas ante lo que advirtiese, pues se daría cuenta de que en América había aún discriminación racial, la educación no permitía igualdad de oportunidades a todos los seres humanos, millones de hombres y de mujeres no llegaban jamás a la escuela y, para muchos americanos, la ley no era sino el anuncio o la explicación de las arbitrariedades o del castigo…

Cuando llegó mi turno, manifesté que nada se oponía a la colaboración entre la UNESCO y el Consejo Cultural que iba a constituirse. Recordé la existencia de la oficina que habíamos instalado en La Habana y los seminarios de estudio organizados en Quitandinha y en Montevideo. Me congratulé de que se estableciese por fin un Consejo que los países del Continente habían decidido crear desde 1948. “Existe —dije— en las relaciones entre los pueblos, la necesidad de una primacía del espíritu. Primacía del espíritu, porque el hombre no defenderá jamás con ardor una libertad ficticia, ni un orden al que su alma no haya otorgado adhesión sincera, ni una verdad que suponga para su inteligencia una abdicación deplorable de su cultura.”

El Comité, instalado el 10, trabajó con tanta presteza que el jueves 13 fui invitado a acompañar a Lleras Camargo en la visita que hicieron él, Gual Vidal y Tello al presidente de la República. Iban a darle cuenta del resultado de la reunión iniciada el lunes. El Consejo tendría su sede en México. Lo integrarían representantes del Brasil, los Estados Unidos, Haití, México y Uruguay.

El viernes 14 recibí a algunos compañeros de juventud, hablé con Lucas Ortiz y tomé nota de las necesidades más apremiantes del Centro de Pátzcuaro. Por la noche, me dirigí a Los Pinos, con mi mujer. Se encontraban ya reunidas allí las personas que acompañarían al licenciado Alemán en su viaje a Dolores Hidalgo. Entre quienes fueron a despedirlo, saludé al señor Ruiz Cortines. Se le veía muy seguro de sí. Y el presidente parecía satisfecho de que se hubiese resuelto un problema que, por fuerza, había tenido que preocuparle en el curso de los últimos meses.

Viajaron con nosotros Ramón Beteta, Ángel Carvajal, Agustín García López, Manuel Gual Vidal, dos guanajuatenses —Melchor Ortega y Luis I. Rodríguez— y varios embajadores extranjeros. En una plática rápida, Beteta me confirmó que el candidato del PRI sería don Adolfo Ruiz Cortines.

El 15, almorzamos en la Hacienda de la Soledad, invitados por un hermano del gobernador del Estado, licenciado Aguilar y Maya. De la Soledad a San Miguel Allende, hicimos el recorrido en automóvil. Por la noche, en Dolores Hidalgo, se efectuó el acto tradicional.

Mientras el presidente, enarbolando la bandera, vitoreó a nuestros héroes, evocaba yo una ceremonia semejante, cuando acompañé a don Manuel Ávila Camacho a rendir homenaje al Padre de la Patria.

Pasan los años. Y se refuerzan con ellos, en nuestro espíritu, las razones profundas del patriotismo. Los que habían transcurrido desde aquel en que estuve en Dolores Hidalgo concluyeron por ensanchar innegablemente mis horizontes. No era yo el mismo que dirigió, en 1944, la campaña nacional de alfabetización y estableció el programa federal de construcción de escuelas… Había tocado muchas heridas humanas, en otros pueblos, bajo el cielo de otros países. Entre las luces de los fotógrafos, pasaron por mi memoria varias noches límpidas: la de una fiesta en Versalles, en el verano europeo, húmedo y tibio; la de Agra, frente a la blanca mole del Taj Mahal; la de Kronborg, junto a la terraza de Hamlet, entre los maestros reunidos para mejorar la enseñanza de los adultos; la de Luxor, palpitante de estrellas altas y silenciosas, y tantas otras — que sería inútil citar aquí.

Pero ésa era, singularmente, una noche mía. Noche de México y de septiembre, de recuerdos, presagios y reflexiones. La vida me permitía medir de nuevo esas horas graves, en medio de un pueblo tímido y provinciano, frente a la parroquia del intrépido cura que había sabido llamar a tiempo a sus fieles, para anunciarles la libertad…

En un salto —de la historia a la geografía— regresamos a la Ciudad de México el lunes 17. Habíamos pasado, en Guanajuato, la fiesta del 16. Y la semana auguraba múltiples compromisos.

El miércoles, se efectuó en el Palacio de Bellas Artes un acto en honor del presidente de la República. Los organizadores querían congratularlo por la obra educativa de su gobierno.

Hablaron el rector Luis Garrido, el ingeniero Ramírez Caraza, director del Instituto Politécnico, y José Vasconcelos. La voz de nuestro Ulises criollo censuró el "ateísmo blasfemo" y se felicitó de los "nuevos rumbos morales" seguidos por la enseñanza. A pesar de sus apasionamientos dogmáticos, Vasconcelos tenía el derecho de referirse a la educación mexicana sin acudir a expresiones de carácter confesional. Su verdad, por lo visto, no era ya la de 1921. Cuantos le seguimos, con entusiasmo, durante los meses en que fundó la Secretaría de Educación Pública, lo admirábamos hondamente, pero, por momentos, no lo reconocíamos.

Nada de eso le dije entonces. No me lo permitía mi cargo internacional. Sin embargo, en 1953, cuando fuimos a Guadalajara, para asistir a la sesión en que la Academia de la Lengua recibió al autor de *Al filo del agua,* tuve ocasión de preguntar a mi ilustre amigo por qué razón parecía tan empeñado en destruirse a sí propio, o, por lo menos, en demoler lo que había erigido.

Sonrió de mi ingenuidad. Y me contestó maliciosamente: "No sabe usted lo que puede la fe en los hombres…" Acaso, en 1951, me habría dado una respuesta menos amable.

El viernes 21, por la noche, de nuevo en el Palacio de Bellas Artes, se conmemoró el cuarto centenario de la Universidad. Estaba el teatro lleno. En el escenario, los organizadores habían acumulado las sillas. Oímos las "aclamaciones", escritas en latín por Alfonso Méndez

Plancarte. Las había dedicado su redactor al obispo Zumárraga, a fray Alonso de la Veracruz, a Justo Sierra, a Antonio Caso, al rector

Garrido y al licenciado Alemán.

Tan diminuto como estruendoso, Julio Jiménez Rueda leyó en voz alta —y no requería la suya el menor micrófono— la lista de las misiones venidas del extranjero. Cada delegado puso en manos del rector el pergamino de la universidad que representaba. El licenciado Garrido otorgó títulos de doctor *honoris causa* a algunos de los presentes. Entre los extranjeros, mencionaré a Jean Sarrailh, a Garret Virkhoff, a Everett Lee Degolyer, a Salomon Lefschetz, a Paul Rivet, a Norbert Wiener, a Harlow Shapley y a Otto Struve. Los mexicanos fuimos Enrique González Martínez, José Vasconcelos, Ángel María Garibay, Manuel Gamio y yo. Alfonso Reyes, incluido en la promoción, se hallaba enfermo en aquellos días. Lo representó su hijo.

En nombre de los extranjeros, agradeció la distinción recibida el rector Sarrailh. Inició su discurso en francés, y lo continuó en el excelente español que admiraban hasta los madrileños.

En representación de los mexicanos, se me hizo el honor de pedirme que hablase yo. No insertaré en estas páginas un texto que, acaso, algunos hayan leído. Me limitaré a reproducir el siguiente párrafo: “Crecido al amparo de nuestra Universidad, es infinita la deuda que he contraído para con ella. Una balanza invisible pesa los actos de cada ser. La que, en mi interior, ha pesado siempre los míos, es una balanza moral construida aquí, comprobada aquí.

Su fiel es el fiel de México”.

¡Qué lejos me encuentro hoy de la emoción que sentí al final de esa ceremonia! Me veía asociado a personalidades de la categoría de Vasconcelos, González Martínez y Alfonso Reyes. Eran, sin duda, muy escasos mis méritos junto a los suyos. De los seis mexicanos en cuyo nombre hablé aquella noche, sólo subsisto yo. González Martínez desapareció en 1952.

Sepultamos a Vasconcelos en 1959. El mismo año, en diciembre, condujimos los restos de Alfonso Reyes a la Rotonda de los Hombres Ilustres. Manuel Gamio falleció en 1960. Y el padre Garibay en 1967. Me apesadumbra sobrevivirles. Una época de la historia se hallará indisolublemente ligada al recuerdo de su experiencia y de su esfuerzo por la cultura. ¿Qué significará mi pasado en lo porvenir?… Incluso hoy, mientras escribo estas líneas, ¿quién sabe efectivamente por qué he vivido? La soledad es, ahora, mi única recompensa. La muerte, cuando llegue, no añadirá gran cosa a la dimensión de esa soledad.

XI. EN YUGOSLAVIA, CON EL MARISCAL TITO. BIMILENARIO DE PARÍS. T. S. ELIOT EN LA SORBONA. EL HISPANISMO DE JEAN SARRAILH. MUERTE DE PEDRO SALINAS. UNA CARTA DE ALBERTO EINSTEIN

En 1951, un solo Estado europeo —de régimen comunista— participaba prácticamente en la UNESCO: la República Popular Federal Yugoslava. Desde la reunión de Florencia, Checoslovaquia, Hungría y Polonia se mantenían coléricas y distantes.

Tanto en Italia como en París me habían impresionado los actos y las palabras de un delegado de Yugoslavia, el señor Vladislav Ribnikar, hombre franco y de inteligencia muy persuasiva. No hablaba, en las sesiones, sino para decir cosas oportunas, o para explicar —

con valor— sus votos. En lo privado, durante las conversaciones que sostuvo conmigo, aprecié su cultura y su rectitud. Admiraba mucho al jefe de su gobierno, el mariscal Tito, de quien era colaborador y cordial amigo. Me describió las dificultades que padecía su país, comunista, aunque ya liberado entonces de la tutela rígida de la URSS, y deseoso de sostener buenas relaciones con las potencias occidentales, pero sin transacción que mediatizara su autonomía.

Conocía yo solamente las grandes líneas de la historia reciente de Yugoslavia. Me habían sorprendido, durante la última guerra, su capacidad de heroísmo en la resistencia y su lucha viril contra el invasor. Tenía noticias de que, en aquella guerra, centenares de miles de yugoslavos prefirieron la muerte a la indignidad. Y la figura de Josip Broz me planteaba serios enigmas. ¿Cómo había podido formarse estadista de tanta enjundia entre los obstáculos que la vida impuso a su desarrollo? Hijo de un herrero croata, prisionero de los rusos en 1915 y miembro del ejército rojo de 1917 a 1920, era comprensible que, al volver a su patria, se creyera con aptitud suficiente para fundar un partido fiel a Moscú. Seis años de cárcel castigaron su audacia de pensamiento y su constancia en la agitación. Tras de hallar nuevo apoyo en la Unión Soviética, pasó —en París— días de intensa inquietud política. Participó activamente en la organización de las brigadas internacionales enviadas a España para oponerse a las intervenciones de Hitler y Mussolini. Al generalizarse el conflicto europeo, Josip Broz había de convertirse en el alma del movimiento yugoslavo de resistencia frente a las tropas del Tercer Reich.

Después del triunfo de los soviéticos, asumió el poder en mayo de 1945. Todo parecía obligarlo a obrar como agente dócil del absolutismo enérgico de la URSS. Pero, en 1948, de la manera más imprevista y ante el asombro de todos, el líder sovietizante se rebeló. Debía de

ser muy hábil y muy resuelto el amigo de Ribnikar. Éste encomiaba, en efecto, dos cualidades de Tito: la decisión y la inteligencia.

Durante la asamblea parisiense, Ribnikar me invitó a visitar su país y a conocer personalmente a Tito. Le ofrecí que haría el viaje a Belgrado, al volver de México. Y, el 27 de septiembre, tomé en París el avión rumbo a Yugoslavia. Me acompañaron dos de mis colaboradores: un suizo, el señor De Blonay, y un francés, el señor Chevalier.

No imaginaba, siquiera, el Belgrado que descubrí. Ciudad en gran parte rural, y lesionada por la contienda; blanca de nombre, pero

gris y terrosa en la realidad, el Danubio y el Save no lograban proporcionarle los atractivos que ciertos turistas le atribuían. Junto a una fortaleza de antaño —y a una plaza que, más que grande, parecía semidesierta—, se hacinaban calles tortuosas, casas irregulares y, entre éstas, algunas monumentales estructuras de hierro, para inmuebles que nadie supo decirme cuándo se acabarían. Según me explicó Ribnikar, tales estructuras habían sido erigidas tres años antes, dentro de un vasto programa urbano que, por falta de medios, tendría que corregirse.

Vivía Yugoslavia una época trágica de pobreza. Sin la ayuda de los soviéticos, se afanaba el país por bastarse a sí propio, modificar sus planes agrícolas e industriales, cerrar sus fronteras a importaciones no indispensables, y producir lo que podía, en condiciones técnicas muy precarias. Citaré, como ejemplo, un caso. Uno de mis compañeros de viaje había olvidado en París su cepillo de dientes. Trató, en vano, de conseguir en Belgrado un cepillo nuevo. El señor Matic, secretario de la Comisión Nacional yugoslava, le ofreció hacer lo posible a fin de obtener tan modesto auxiliar higiénico. Resultaron inútiles sus gestiones. Y mi compañero se resignó.

Nos hospedaron en un hotel lleno de diplomáticos. El general Guzmán Cárdenas representaba a México en Yugoslavia. Me dio gusto encontrarle allí, aunque me inquietó la insistencia que puso en recomendarme la máxima tolerancia ante el régimen de escasez que privaba en Belgrado entonces. Pronto entendí las razones de esa insistencia. El cuarto en que me instalaron no era tal vez demasiado estrecho; pero muchas incomodidades reinaban entre sus muros. En el baño, el agua caliente sufría intermitencias imprevisibles. Y en el comedor, los mayordomos servían manjares probablemente nutritivos, aunque ingratos al paladar.

Ribnikar advirtió, quizás, otras insuficiencias. Y, pocas horas más tarde, nos condujo a una casa que el gobierno juzgó más acogedora. Resultó el remedio peor que la enfermedad. Se adivinaba, en cada sala y en cada cuarto, la deserción repentina de una familia. ¿Qué funcionario, con su esposa y demás parientes, se

había visto obligado a desalojar esas habitaciones? Trajes usados colgaban en las perchas de los armarios. En los ceniceros, muchas colillas delataban la fuga de un fumador. Pero, en los baños, brillaban jabones nuevos.

Y los sirvientes, reclutados por órdenes superiores, trataban cortésmente de convencernos de que nuestro súbito arribo no constituía, después de todo, intrusión hostil.

Nos organizamos como pudimos. Revisamos nuestro programa. Visitamos a los

funcionarios que tenían mayor interés en la actividad de la UNESCO. Y charlé, por espacio de media hora, con el Presidente de la Academia de Ciencias de Servia.

Al día siguiente, junto con Ribnikar, De Blonay y Chevalier, fui al Museo de la Resistencia. Carteles, armas, retratos, hojas impresas y fotografías de escenas conmovedoras recordaban, en ese recinto, la lucha del pueblo yugoslavo, defensor de su libertad.

Por la tarde, Ribnikar me llevó en su automóvil a la residencia del mariscal Tito. No vi guardias frente a la entrada, ni pompa alguna en la casa en que penetramos. La circundaba un jardín pequeño, que principiaba a dorar apenas la caducidad simbólica del estío. Un oficial nos condujo a la sala en que Tito estaba aguardándonos. El mariscal había cumplido, en mayo, cincuenta y nueve años de edad. De rostro ancho, ojos afables, y silencios muy significativos, lo sentí vigoroso, ágil, persuadido de la importancia de su función. No ostentaba uniforme alguno. Llevaba, modestamente, un vestido claro de paño gris. La mano que me tendió estaba hecha para mandar.

Antes de ofrecerme un asiento, hizo que mi acompañante me preguntara si quería yo una copa de vino o si prefería un vaso de cerveza. Opté por la cerveza, que también él tomó. Y, con Ribnikar por intérprete, hablamos de los asuntos que interesaban a Yugoslavia en los trabajos múltiples de la UNESCO.

—“Conozco los problemas que afronta usted”, me dijo Tito inmediatamente. Ribnikar le había enterado con amplitud acerca de las retóricas vaguedades en que tanto tiempo solían perder nuestras conferencias. Y el mariscal era todo, menos amigo de la retórica. Me expresó que esperaba de nuestra Organización una ayuda efectiva en materia de información técnica y cultural. Quería establecer varios centros de documentación científica para el personal de sus nuevos institutos. Cuanto hiciéramos por consolidar una paz real encontraría, en su gobierno, sólido apoyo. Respecto al presupuesto, Yugoslavia contaba con recursos muy limitados. Sin embargo, no se opondría a un aumento lógico y razonable.

En ningún momento se refirió Tito a la política de la URSS o a la de los Estados Unidos.

Insistió, en cambio, en hacerme notar que Yugoslavia tenía el propósito de respetar las características propias de cada una de las comunidades étnicas y sociales que formaban parte de la República. Servia no pretendería nunca prevalecer sobre Croacia, o Eslovenia sobre Bosnia-Herzegovina, o Macedonia sobre Montenegro. Coincidía conmigo en una opinión, que Ribnikar le había seguramente comunicado: la unidad no implica, por fuerza, uniformidad. Le satisfizo que, no obstante la brevedad de mi viaje, hubiese aceptado detenerme en Zagreb e ir a Liubliana.
—“Atravesamos —contestó Tito— una era de transición. Se habrá usted dado ya cuenta de las muchas carencias que padecemos. Pero estoy convencido de que habremos de superarlas.” Absolutamente seguro de su capacidad y de su poder, no actuaba ni hablaba nunca con la suficiencia de un dictador. Sabía sonreír, cuando las circunstancias lo ameritaban. Al despedirme, me acompañó hasta la puerta, con sencillez.

No podía yo adivinar que, doce años más tarde, volveríamos a vernos, y que nuestro

segundo encuentro tendría lugar en México. Fui a Mérida, a recibirlo, por encargo del presidente López Mateos, cuando visitó oficialmente nuestro país. Le acompañé a recorrer, junto con su

esposa, las ruinas de Uxmal. En esos doce años, había transformado radicalmente las condiciones sociales de su nación. La economía yugoslava distaba mucho de ser la de 1951. Y la autoridad moral de su gobierno era reconocida cada vez más. El "tercer mundo"

veía en Tito un ejemplo aleccionador. Para muchos Estados de África y Asia, ese ejemplo constituía un tangible estímulo.

Durante mi estancia en Belgrado, me recibió la Comisión Nacional yugoslava para la UNESCO. Insistieron también sus miembros en la necesidad de que el personal de nuestra institución no desconociese la estructura federal del país y no olvidase la diversidad histórica y cultural de los pueblos que agrupaba en su territorio. Tanto como Tito, se congratularon de que hubiese incluido en mi viaje la visita a otras dos ciudades de Yugoslavia. Y deploraron que la urgencia de volver a París en fecha determinada no me permitiese ir a Dubrovnik y a Sarajevo.

Lo deploraba yo, más aún que ellos. Sarajevo había sido una de las palabras místicas de mi infancia. Leída en los periódicos, a los doce años, no podía disociarla de los hechos que suscitaron la primera gran guerra de nuestro siglo. Me hubiese encantado comparar la realidad de sus calles y de sus plazas con el fantasma que había engendrado, en mi imaginación de colegial solitario, su hermoso nombre.

En cuanto a Dubrovnik, mi pesar de no conocer sus perspectivas sobre el Adriático era de índole muy distinta. Cada vez que voy a Venecia, pienso en Dubrovnik. Y no sé por qué causas, o qué pretextos, dejé siempre para ocasión ulterior —improbable ya— la dicha de recorrer la Ragusa antigua y de apreciar lo que algunos llamaron en otro tiempo la "Atenas de los eslavos meridionales". Como consuelo, conservo un cuadro en mi biblioteca: el que la Comisión Nacional yugoslava tuvo la amabilidad de enviarme a París. Es una visión panorámica de Dubrovnik, obra del pintor Milosavijevic. En la tela a que aludo, la ciudad yergue torres,

cúpulas y terrazas sobre el azul de un mar que acarician, como gaviotas, alas de barcas rápidas y distantes.

Por comparación con Belgrado, experimenté en Zagreb algo parecido a lo que sentí en Lahore, al abandonar las calles áridas de Karachi. Con sus museos y sus iglesias, demostraba Zagreb una continuidad cultural que no hallé en Belgrado. El hotel no estaba pletórico de extranjeros. En el baño, la llave del agua caliente no era una simple hipótesis técnica. Los teatros —por lo menos aquel al que me llevaron— tenían un público asiduo: cientos de obreros en quienes despertaba entusiasmo evidente la buena música.

Hablé con el ministro de la industria ligera y con el vicepresidente del Consejo croata, y fui recibido por la Academia de la ciudad. Pero el momento que con mayor emoción evoco fue el que pasé en una casa de asistencia infantil. Decenas de niños, joviales a pesar de su condición, me rodearon ruidosamente. Muchos eran huérfanos, víctimas de la guerra. Sin

embargo, cantaban, corrían, jugaban… Y devoraron —entre danzas y risas— los chocolates que les había llevado desde París. Uno de ellos, el mayor de estatura y, tal vez, de edad, no comió chocolates ni entonó cánticos. Flaco, adusto y de ojos sombríos, de azul colérico, parecía no comprender la alegría de los demás. ¿Estaría enfermo? Uno de los empleados, a quien trasladó un intérprete mi pregunta, afirmó que no. Preferí no insistir.

Acaso ese niño aislado conocía muy bien los motivos de su tristeza. Quizá recordaba su hogar deshecho, la desbandada de sus familiares, probablemente perdidos durante alguno de los combates en que decidieron los yugoslavos la suerte de su nación. Ausente del regocijo que mostraban sus compañeros, supo expresarme, con su silencio, mucho más que los académicos de Zagreb. Mientras no construyéramos todos un futuro de paz auténtica, mientras un niño de Zagreb o de Belgrado, de Varsovia o de Bruselas, de Hiroshima o de Nueva Delhi, de México o de Sicilia, de Túnez o de Marruecos tuviera motivos para oponer ese *no* rotundo a la falsa esperanza que distraía a los otros niños, algo estaría exigiendo de los adultos

mayor franqueza en sus decisiones, mayor generosidad en su sacrificio, un don más amplio de cada hombre al bienestar de la humanidad.

Fundada por los romanos, treinta y cuatro años antes de Jesucristo —y fundada con el nombre de Emona—, Liubliana no ha olvidado que fue capital de Iliria y que, en ella, celebró un congreso la Santa Alianza. Visité la Universidad. Me atendió el profesor Skerlj, de la Facultad de Letras. Gracias a él, tuve oportunidad de enterarme de los trabajos realizados en Liubliana por un seminario de filología romántica…

Iba a dar término a mi excursión. Nadie aprovechó la oportunidad de aquel viaje oficial para pedirme un auxilio concreto y determinado. Nadie me habló de las necesidades materiales que parecían estar reclamando, por todas partes, la ayuda del extranjero. Me conmovió tan estoico orgullo. Y me sentí un poco avergonzado de las escasas cajas de chocolates distribuidas entre los huérfanos de Zagreb.

Regresé a París el 4 de octubre. La “ciudad luz” había celebrado, aquel año, el bimilenario de su existencia. Sobre la mesa de mi despacho, encontré un regalo: una medalla, en cuyo anverso estaba admirablemente reproducida una antigua moneda de oro. En el reverso, figuraba —en francés— la inscripción que traduzco aquí: “Esta medalla representa la efigie de una estatera de oro acuñada, para uso de los parisienses, antes de la conquista romana, hace dos mil años.”

Habían sido tantos mis viajes y mis trabajos, que casi me sorprendió la ocasión de reflexionar —unos minutos siquiera— acerca del hecho que la medalla conmemoraba. Dos mil años de vida tenía París… ¡Cuántas invasiones, cuántas congojas hubo de padecer la ciudad a lo largo de aquellos siglos! Sin embargo, la nave de Lutecia emergía con gloria de su pasado.

Continuaba su curso el Sena, las campanas de Nuestra Señora seguían llamando a los

feligreses y millares de estudiantes reanudarían pronto sus clases en la Sorbona.

Francia ha sido, para mí, tierra de elección. Alabo su sentido profundo de la medida, que ordena las proporciones en la dimensión de sus calles y de sus plazas, como se equilibran los adjetivos en una página de Renan o las quejas en ciertos diálogos de Racine. Comprendo y quiero la sintaxis de sus costumbres, el estilo cartesiano de sus jardines y de sus parques, el ahorro de inútiles galas que caracteriza a sus artistas más depurados, y esa gracia con que distingue el alma francesa entre la sinceridad y la impertinencia, o entre la efusión y la cortesía. Muchas de las virtudes que me seducen en Francia son el producto de una acumulación de experiencias que, merced a su crítica inexorable, ha decantado incesantemente el tiempo.

Cuando algunos de sus admiradores preguntaban a Coquelin dónde adquiría los sombreros con que representaba ciertos papeles, respondía el célebre actor: —"No los encuentro; los guardo." Así podría contestar muchas veces Francia a nuestras indagaciones. La solución de no pocos problemas, suele hallarla su inteligencia en la memoria espléndida de su pueblo. Ha oído pasar tantas procesiones, de reyes y de rebeldes, de vencedores y de prófugos, de inconformes y de pasivos, que nada parece ya sorprenderla mucho. En mayo de 1940, mientras sus ejércitos derrotados emprendían la marcha hacia el sur, desde el hotel parisiense en que fui a hospedarme al salir de Bélgica, para continuar después mi viaje a San Juan de Luz, vi un espectáculo inolvidable. Una pequeña escuela primaria se hallaba instalada frente a mi hotel: el *Farnèse,* muy cercano, por cierto, a la casa donde falleció Marcel Proust. Volaban los aviones de guerra sobre París. Pero la profesora continuaba su clase tranquilamente. Y, por la ventana del aula, pudimos ver mi mujer y yo a los niños atentos y reflexivos.

Días más tarde, en los campos que atravesamos rumbo a Burdeos, campesinos y campesinas seguían labrando. Se detenían a ver pasar, por la carretera, el éxodo de los automóviles fugitivos. Luego,

volvían a su trabajo… La historia se hace todos los días. Y el que la hace en las sementeras no es menos respetable que el que la hace, fusil en mano, frente a las divisiones motorizadas del enemigo.

Desde mi llegada a la UNESCO, habíamos presenciado un fenómeno indiscutible: el París pobre, triste y desconcertado de 1948 estaba a punto de recobrar su normalidad. Se avecinaba el otoño, estación esencial en Francia. Concluidas las vacaciones, la ciudad iba recuperando el ritmo de sus semanas más laboriosas. Sería sede, en noviembre, de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Y presidiría la Asamblea un amigo mío: Padilla Nervo.

Se había acondicionado, para la reunión, el Palacio de Chaillot, sobre la colina que mira al Sena, frente a los vastos espacios donde se eleva la Torre Eiffel. Fuimos invitados a saludar a los delegados el señor Dodd, de la FAO; el señor Morse, de la OIT; el doctor Chisholm, de la OMS, y yo. El 9 de noviembre, me tocó hablar. Subrayé el hecho de que ninguna de las agencias especializadas de las Naciones Unidas resentía tan directamente como la UNESCO los efectos de la situación política que prevalecía en el mundo, cosa tanto más grave cuanto que la

UNESCO debía empeñarse en una acción a muy largo plazo.

La rapidez o la lentitud con que lograse llegar la historia a la cordialidad auténtica de los pueblos no dependía, por supuesto, de nuestra sola gestión. Semejante adelanto exigiría grandes resoluciones políticas y no solamente medidas técnicas. A ese respecto, insistí en explicar hasta qué punto no era propósito de la UNESCO imponer a nadie una ideología partidista. Fundada sobre el respeto de todas las creencias, nuestra Organización aspiraba a que las opiniones más encontradas pudiesen conciliarse en el desarrollo de su programa.

Nuestra vocación de universalidad tenía, no obstante, un límite. En el debate entre la justicia y la fuerza o entre la libertad y la servidumbre, no podríamos nunca considerarnos neutrales. De ahí que se afanara tanto la UNESCO por mantener y crear la paz. Por

mantenerla, poniendo de manifiesto el valor que el espíritu da a la vida. Y por crearla, preparando el acceso intelectual y moral de todos al ejercicio de los derechos y a la aceptación de las responsabilidades del hombre libre.

El momento era sumamente confuso. Flotaba, en el ámbito de Chaillot, más que el recuerdo de la elocuencia de Bossuet, la inquietud de que ardiese pronto la “guerra fría”. Se pensaba en lo ocurrido en Corea. La cuestión de Marruecos hacía temer una sorda alianza entre el Kremlin y los países del Medio Oriente. Por lo que atañe a Europa, Yugoslavia pedía que se inscribiese en la “agenda” una queja suya: los gobiernos de la URSS, Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia y Rumania estaban llevando a cabo actividades hostiles contra el país de Tito. El memorándum presentado por el señor Kardelj indicaba que esos gobiernos, bajo la autoridad de la Unión Soviética, ejercían una presión agresiva, tendiente a reducir la soberanía de Yugoslavia mediante amenazas a su integridad territorial y a su independencia.

Mientras discutían las “estrellas” del posible drama internacional (Acheson y Vishinski), otra conferencia —reunida en la Sala de Horticultura de la calle de Grenelle— examinaba la posibilidad de revisar la Carta de las Naciones Unidas. La señora Chiesa (comprometedor apellido, pues —en italiano— “chiesa” quiere decir iglesia), instaba a sus compañeros a constituir un parlamento mundial, en cuyas sesiones los delegados representasen realmente a los pueblos y no fuesen tan sólo mandatarios de sus gobiernos. Ese parlamento, en el que nadie podría ejercer el veto, debería hallarse en aptitud de adoptar medidas legislativas, ejecutivas y judiciales sobre todos los Estados, sin distinción. Se proyectaba, así, nada menos que un gobierno federal universal… Naturalmente, sueños tan prematuros no llegaron a convertirse ni siquiera en esquema de prácticas eficaces. Y las Naciones Unidas continuaron tejiendo y destejiendo el lienzo melancólico de Penélope —o zurciendo más bien las velas de las naves que fletaría, quién sabe cuándo, un Simbad moderno, especialista en naufragios como el antiguo.

A pesar de mi desencanto frente a la parálisis progresiva que parecía inhibir cada día más

—para exclusivo provecho de los dos “grandes”— a la mayoría de los gobiernos

representados en la reunión de París, me enorgulleció percatarme de la autoridad que todos reconocían en la persona de Luis Padilla Nervo. Por primera vez, dos ciudadanos de México alternaban en la posición en que nos hallábamos: él, como presidente de la Asamblea General de la ONU; yo, como director de una agencia especializada de esa Organización. El presidente Auriol, a quien saludé durante una fiesta ofrecida a los delegados, comentó conmigo tal coincidencia. Y, en su francés —que alargaba extraordinariamente ciertas vocales—, me habló, con elogio meridional, de la capacidad de Padilla Nervo y del prestigio que lo rodeaba.

Prosiguió la Asamblea. Y estaba yo revisando, en mi despacho, un informe de nuestro departamento de asuntos culturales, cuando me llamó por teléfono el rector Jean Sarrailh. La Universidad de París había resuelto otorgarme el grado de doctor *honoris causa.*

El 1º de diciembre fui al acto organizado por las autoridades de la Sorbona. Era una mañana bastante fría, pero no tan brumosa como lo son, muchas veces, las mañanas de invierno en la “ciudad luz”. Sobre un azul que, por tenue, parecía la traducción —al francés de Verlaine

— del azul luminoso de Góngora, un sol pálido dibujaba el perfil oblicuo de los tejados. Un ayudante del rector me esperaba ya en el vestíbulo, y me condujo al lugar donde tendría que revestir la toga, conforme a la tradición del ceremonial universitario. Hubiera podido usar alguna de las que me habían brindado Alburquerque o Bruselas, Burdeos o La Habana. Preferí la que más quería: la de México, por supuesto.

Me presentaron a varias de las personas que iba a honrar la Universidad de París. Entre ellas, me interesaba particularmente un poeta: Thomas Stearns Eliot, el famoso T. S. Eliot, Premio Nobel de Literatura, de quien tanto me habían cautivado los “Cuatro Cuartetos” y *Murder in the Cathedral.* Me sorprendieron su palidez, sus ojos lentos y esquivos, la indulgente frialdad de su cortesía y el rojo cardenalicio de la túnica que ostentaba.

Nacido en San Luis Missouri, en 1888, vivía habitualmente en la Gran Bretaña. Recordé, al verle, las conversaciones que tuve en 1937 durante mi estancia en México, con Ortiz de Montellano y con Villaurrutia, que admiraban mucho su producción.

Doctor *honoris causa* de Cambridge, Harvard, Yale, Edimburgo y Columbia, se disponía a recibir, en París, un título más. Lo hacía con la resignación —irónica y silenciosa— de un poeta a quien principiaba tal vez a cansar un poco el peso de los laureles. Conversamos acerca de algunos amigos británicos, como Julian Huxley y John Maud. Incidentalmente, se refirió a unas notas que había publicado —antes de la guerra— a propósito de Baudelaire y del humanismo de Irving Babbit. Le dije cuánto me habían interesado sus juicios sobre el autor de *Las flores del mal.* Tenía mucha razón: la mayor fuerza de Baudelaire fue su capacidad incansable de sufrimiento. Por lo que atañe a las críticas que Eliot solía dedicar al concepto

moderno del humanismo, preferí no entablar con él —en tan corto lapso— una discusión, de todas maneras inoportuna.

Para Eliot, el humanismo y la religión estaban relacionados estrechamente. Juzgaba al primero como una “alternativa” o como un “sucedáneo” de la segunda. Aristocrático por orgullo, estimaba que la enseñanza de Platón y de Aristóteles a mozalbetes que no conocen el griego implica una farsa trágica. Desdeñaba, en general, a quienes no recibieron a tiempo una buena formación grecolatina. Y había llegado a manifestar que constituía desgracia pública el hecho de que intelectuales como Bertrand Russell no hubiesen tenido una educación clásica.

En varias ocasiones, había yo descubierto, a lo largo de sus ensayos, un desprecio absoluto para lo que él llamaba “populacho”. Nacido en un país en el que pocos tienen la posibilidad de estudiar el latín y el griego, y colocado por las circunstancias al frente de una institución que debía pensar en los iletrados, respetaba yo al escritor —pero no podía aprobar su desdén para los humildes.

En el estrado, tomamos asiento junto a la mesa tras de la cual se habían situado ya el rector Sarrailh y los decanos de las Facultades de la Universidad. Presidió el acto el ministro de Educación, André Marie. Y empezó a desarrollarse el programa.

Hizo el elogio de Eliot el decano de la Facultad de Letras, señor Davy. El profesor Julliot de la Morandière habló de Henry Ussing, danés, y de Edward Hastings, norteamericano. Un canadiense, Charles Vezina, y un griego, Spiro Livieratos, fueron saludados por el doctor Binet. El señor Châtelet introdujo al británico Albert F. Blakeslee y al belga Paul Brien. Y el decano de la Facultad de Farmacia expuso los motivos por los cuales había querido distinguir la Sorbona a otro sabio belga, R. Vivario, y a un eminente sueco, Hugo Theorell.

Con generosidad que no olvido, el rector se había reservado el derecho de presentarme.

Explicó que no era una Facultad en particular la que había propuesto mi nombre, sino el Consejo entero de la Universidad,

pues se quería honrar a la vez, en mi caso, “tanto al hombre público como al profesor y al hombre de letras”. Habló de mi obra de escritor y de mis trabajos en las secretarías de Educación y Relaciones Exteriores de México. Pero insistió, sobre todo, en mi actividad como director general de la UNESCO.

Citaré solamente un párrafo de su elogio: aquel en que aludió a mi condición de latinoamericano. ‘“Salvador de Madariaga —dijo—, el ingenioso autor de *Ingleses, franceses, españoles,* reconocería en vuestra actividad la pasión y la ardiente imaginación de los castellanos, el sentido de las realidades y el placer de la acción de los británicos, la lucidez y el equilibrio de los franceses, cosas todas que os hacen un cosmopolita en la acepción plena de la palabra, como la entendían los hombres esclarecidos del siglo XVIII; o —

¿por qué no decirlo?—, simplemente un mexicano: un representante de esa América Latina, enriquecida por todas las civilizaciones y en la cual conviven y se amalgaman la aportación milenaria de las razas autóctonas, los tesoros espirituales de Europa y las prodigiosas realizaciones anglosajonas; América de países nuevos que suben rápidamente hacia la

conquista de la prosperidad, de la dicha y de la cultura.”

No tuve ocasión de agradecer en público palabras tan encomiásticas. Actos como ése no incluyen en su programa, dentro de las normas de la Sorbona, ninguna respuesta de parte de los recipiendarios. El rector me entregó las insignias del grado que me había conferido y puso en mis manos una medalla con el escudo de la Universidad… Han pasado los años. Jean Sarrailh yace ahora bajo la tierra que tanto amó. A su memoria consagro, en estas líneas, el reconocimiento que no pude expresarle entonces.

Hombre del sur de Francia, cálido, claro y tierno —en ocasiones, la emoción le nublaba con lágrimas la mirada—, fue Sarrailh uno de los franceses que mejor se ilustraron en el conocimiento de España y de Iberoamérica. A él se debió, en París, la creación del Instituto

de Altos Estudios Latinoamericanos, que ha logrado serio prestigio en Europa y fuera de Europa.

Cuando lo eligieron miembro del Instituto de Francia, sus amigos le obsequiamos con el fino espadín de lujo que completa el uniforme académico, de paño verde, bordado de oro. Se acostumbra que el puño del espadín lleve un símbolo: el que proponga a sus donadores quien vaya a usarlo. Sarrailh expresó el deseo de que el suyo ostentase, junto a la imagen de alguna escena o de algún personaje del *Quijote,* una reproducción del mapa de la América Latina, desde el Río Bravo hasta el Cabo de Hornos. Todo él estaba presente en aquel emblema: la España de Cervantes y la América de Bolívar.

Alto, sólido, sonrosado, de nariz aguileña y espesas cejas, Sarrailh conocía los más delicados matices de la hidalguía castellana y de la generosidad que caracteriza a los pueblos latinos del Nuevo Mundo. En 1951, no había publicado aún su obra maestra como hispanista: el amplio estudio que dio a la imprenta, en 1954, con el título de *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du*

e

XVIII siècle. Pero había ya dedicado años de concienzuda labor a reunir, comentar y anotar los materiales que pueden descubrir en sus páginas los investigadores de nuestros días. De ese libro, que tradujo al español Antonio Alatorre, quiero insertar aquí, por lo menos, algunas frases. "Llegará el día —manifestaba el autor— en que la libertad de juicio no sea ya un crimen, y en que reine la tolerancia, enseñando en tierras de España, como decía el buen rey Enrique, que 'nada ofrece mejor testimonio de que estamos hechos a semejanza de Dios que la clemencia y la benignidad'."

Me pregunto si ha llegado realmente ese día, tan esperado por Jean Sarrailh. Veo, por todas partes, nuevos arranques de ira, voluntad indómita de censura, negras fuerzas de intolerancia, agitaciones de cólera y de rencor. Los adultos no se resignan a comprender la razón de los jóvenes. Y éstos no parecen querer aceptar nada de

los adultos, como no sea su abdicación, su silencio —o, mejor todavía, su muerte… Estoy seguro de que Sarrailh, si viviese, deploraría la falta de humildad que está oponiendo a las generaciones maduras y a las que pronto, a su modo, construirán el porvenir de las sociedades. Faltan, en unas y en otras, espíritus comprensivos y capaces de unirse para erigir la estructura de un mundo nuevo.

Se suceden, inevitablemente, los días de luz y los días de luto. Cuarenta y ocho horas después del acto llevado a cabo en el gran anfiteatro de la Sorbona, recibí la noticia de que había fallecido mi amigo Pedro Salinas. Poco más tarde, me llegó una carta de su yerno, Juan Marichal. Deseaba obtener una copia del ensayo que el poeta desaparecido envió a la UNESCO, para nuestro homenaje a Balzac. Me desoló aquella muerte. Salinas había estado a verme, en París, en 1949. Comimos en un restaurante situado cerca del Rond-Point de los Campos Elíseos. Se le veía alegre, hasta donde podía estarlo un escritor que no quería resignarse a la

“amnistía” de la dictadura instaurada en España después de la derrota de la República. Había encontrado, en la Universidad de Harvard, un refugio y un aliciente. Trabajaba mucho; pero el trabajo no le arredraba.

Me habló, entonces, del ambiente norteamericano que conocía: el de los intelectuales, el de los buenos maestros, el de los estudiantes disciplinados y laboriosos. Podía no compartir las tesis de la política internacional dirigida por el gobierno de Washington; pero le encantaba el clima de la gran universidad que le dio acogida. Y, cuando le ofrecí una posición en la UNESCO (hubiera sido un colaborador excelente de Jean Thomas, en el departamento de asuntos culturales), la declinó amablemente, aunque con firme resolución. No aspiraba a ser un árbol oficinesco dentro de un bosque de esfuerzos muchas veces fallidos y de informes interminables, inútiles y borrosos.

Evocamos los años de nuestra convivencia en Madrid. No había yo olvidado la visita que me hizo, en 1929, cuando habitábamos, mi

madre, mi esposa y yo, en un pequeño departamento de la calle de Goya. He contado ya esa visita en *Tiempo de arena.* Deseo agregar, sin embargo, a los elogios que merecía el poeta, la expresión del aprecio que tuve siempre para el amigo y el caballero que, a todas horas, supo ser cabalmente Pedro Salinas. Me llamó la atención, en París, su agilidad mental. Pero no dejó de preocuparme su delgadez. ¿Era la muerte próxima la que tallaba así, en el semblante de Pedro, una máscara insobornable? ¿Y se adaptaría acaso, mejor que el rostro, esa máscara enjuta, al alma del creador de *Seguro azar*?

El 10 de diciembre celebramos el tercer aniversario de la Declaración Universal de Derechos Humanos. Participamos en la preparación de un concierto sinfónico, patrocinado también por las Naciones Unidas. Y la UNESCO difundió un número especial de *El Correo,* con artículos de René Cassin y de Luis Padilla Nervo. Las aspiraciones de ambos eran muy representativas de los principios incluidos en la declaración. Pero no deseaba yo limitarme al mundo de los juristas y de los diplomáticos. Con antelación, había escrito una carta a Alberto Einstein, explicándole de qué manera proyectábamos celebrar ese aniversario y solicitando un texto inédito suyo, para nuestra revista. Muchos me dijeron que Einstein no me contestaría.

Otros me hicieron prever una respuesta evasiva o, tal vez, escéptica.

Ocurrió todo lo contrario. Einstein me envió una comunicación, que deploro no conservar

en mis archivos, pero que debe existir en los de la UNESCO. *El Correo* la reprodujo en lugar de honor. Me decía el gran sabio judío que, en la obra psicológica (o, más bien, pedagógica) emprendida a fin de propagar el respeto universal de los derechos del hombre, veía la importancia de las Naciones Unidas. Y agregaba, entre otras consideraciones: “Una Federación Mundial propone a los hombres una nueva fórmula de lealtad y un sentido de la responsabilidad que no se detiene ante las fronteras. Para que ese sentido de la

responsabilidad sea realmente operante, no puede limitarse al terreno político. El complemento necesario habrá de ser la comprensión mutua de las diversas culturas y los intercambios culturales y comerciales. Sólo a través de esos esfuerzos, podrá edificarse la confianza recíproca que fue destruida por la psicología de guerra o por los sistemas de pensamiento inherentes al militarismo y a la política de poder.

”Sin comprensión, sin un cierto grado de confianza recíproca, es imposible establecer verdaderas instituciones al servicio de la seguridad mutua de las naciones… Para lograr el cumplimiento de esas tareas culturales, las Naciones Unidas se incorporaron la institución de la UNESCO, que ha podido conseguir, mejor que aquéllas, su finalidad, por el alejamiento en sus trabajos de la influencia paralizadora de la política de poder, inevitable en la pura actuación gubernamental.”

¡Qué a tiempo me llegaron esas palabras de estímulo! Voces como la de Alberto Einstein eran las que necesitaba la UNESCO… Pensé en lo que habría podido hacer nuestra institución si uno de sus órganos esenciales —por ejemplo, el Consejo Ejecutivo— no hubiera sido integrado con funcionarios de filiación gubernamental más o menos evidente, sino con sabios, escritores y artistas libres, capaces de interpretar la conciencia del mundo entero en su lucha por una vida más justa y más luminosa.

Por desgracia, íbamos, precisamente, en dirección opuesta a la de esa esperanza. La Conferencia General —efectuada en París pocos meses antes— había aprobado que las asambleas se reuniesen solamente cada dos años; pero indicó también que debería transformarse la estructura del Consejo Ejecutivo, aumentarse el número de sus miembros y dar a éstos una representación gubernamental más directa y más comprometedora aún de la que tenían.

Hombres como Einstein no estaban hechos para alternar con burócratas tan solemnes y, en ocasiones, tan timoratos.

XII. ALEMANIA EN LA UNESCO. VIAJE A BONN. LA TENACIDAD DE ADENAUER. HOMENAJE A BEETHOVEN. FRÁNCFORT Y LA CASA DE GOETHE. INTELIGENCIA Y LUZ

“No es necesario esperar para emprender, ni triunfar para proseguir.” Esta frase, atribuida a Guillermo el Taciturno, venía a mi mente cada vez que una acción de la UNESCO tropezaba con obstáculos que parecían insuperables. En mi último informe a la Conferencia, la había citado.

Añadí, entonces, que tendríamos la obligación de ser lúcidos, porque la lucidez ha de infundir valor.

En enero de 1952, empecé a comprender que no es siempre el valor consecuencia moral de la lucidez. Hice un balance de lo obtenido en tres años de lucha. No era menospreciable. Cada vez resultaba más útil nuestra colaboración con las asociaciones internacionales de sabios, de educadores, de economistas y de filósofos. Esa red mundial de institutos, consejos y academias constituía, por sí sola, una fuerza viva de comprensión. Nuestros centros de información científica, sobre todo los de Delhi y Montevideo, funcionaban con eficacia. En los dominios de la educación fundamental, el conjunto de Pátzcuaro había principiado sus trabajos dentro de un ambiente muy promisorio. Estábamos ya tratando de establecer otro. Sería, en Egipto, el de Sirs-el-Layan.

Muchos Estados solicitaban el envío de nuestras exposiciones sobre temas educativos, artísticos y científicos. Se ensanchaba, cada día más, nuestra acción de asistencia técnica. En diciembre de 1951, logramos que se aprobase el documento que instituyó el Centro Internacional de Cálculo Mecánico. Tendría su sede en Roma.

Los informes que me proporcionaban mis colaboradores me hacían prever —y no sin razón

— que el convenio respecto a la importación de objetos de carácter educativo, científico y cultural, adoptado en Florencia, podría entrar en vigor en mayo de 1952. Los preparativos para establecer una convención universal sobre el derecho de autor progresaban rápidamente.

Ese mismo año, se reuniría en Ginebra una conferencia, con el propósito de formular el texto destinado a tender un puente jurídico positivo entre el convento de Berna y los acuerdos interamericanos existentes en la materia. Se abriría, así, a todos los países del mundo, el acceso a un sistema coherente de garantías para el autor.

A pesar de la actitud asumida por Checoslovaquia, Hungría y Polonia, que no asistían ya a nuestras asambleas, sesenta países estarían representados durante la séptima reunión de la Conferencia General de la UNESCO. Habíamos ayudado a todos los ciegos del mundo, al favorecer la unificación del sistema Braille. Un importante conjunto de artistas se congregaría

en Venecia, durante el mes de septiembre, con el propósito de fundar una asociación capaz de participar en nuestro esfuerzo de concordia y de comprensión humana por el espíritu.

Colaborábamos, merced a métodos cada vez más prácticos, con las Naciones Unidas y con sus agencias especializadas… Y, cosa extraordinaria, hasta nuestro pequeño proyecto de alfabetización en Haití, que muchos juzgaban destinado a un completo fracaso, principiaba a dar resultados imprevisibles.

Durante la administración del doctor Huxley, la UNESCO había decidido iniciar, en la patria de Pétion, una experiencia de educación de base. Se eligió el valle de Marbial, región casi incomunicada del resto de la isla en las largas temporadas de lluvias. Por espacio de muchos meses, los trabajos de nuestros expertos nos parecieron muy desalentadores. Como lo escribió Tibor Mende (enviado a Haití, en 1951, para redactar un artículo sobre la actividad de la UNESCO en esa República), Marbial era, de hecho, un valle olvidado por la civilización.

Caminos intransitables, chozas informes, ninguna escuela… Los maestros se dieron cuenta de que, antes de proceder propiamente a su campaña contra el analfabetismo, sería indispensable dar alguna razón de vida a la población. Construyeron modestos talleres, donde los instructores enseñaron a los nativos a tejer el sisal, hacer canastas, curtir cueros y producir objetos de cerámica que pudieran vender fuera de Marbial. En 1950, autoricé que se abriese un crédito para organizar una cooperativa. Se edificó una escuela y se instaló una pequeña clínica. Según observó Tibor Mende, el éxito más simbólico de la UNESCO no fue tanto, durante aquel período, la alfabetización de ciertos grupos de iletrados, cuanto el hecho de que la comadrona del sitio —que tenía fama de bruja— se decidiese a visitar nuestra clínica para aprender un poco los “sortilegios” que practican los hombres blancos.

No podíamos negarlo: avanzábamos, hasta en empresas que parecían destinadas a la derrota. Pero avanzábamos con lentitud. Y esa lentitud me obligaba a medir cuán largo sería el camino para llegar a una acción fecunda. Me desesperaba la falta de medios económicos.

Estaba convencido de que, en la próxima reunión de la Conferencia General, habría de resolverse el problema del porvenir inmediato de la Organización. Si los gobiernos creían en ella, le proporcionarían al fin los recursos indispensables para un desarrollo lógico y perceptible. Si le negaban esos recursos, volvería a encontrarme en la situación crítica de Florencia. Y no tendría, entonces, razón alguna para continuar elaborando fantasmas en las oficinas de la Avenida Kléber. Verosímilmente, la Conferencia se reuniría en París el 12 de noviembre. Mientras llegaba esa fecha, no me quedaba sino un recurso: trabajar, trabajar sin tregua.

Alemania y Japón eran ya miembros de la UNESCO. Los gobiernos de ambos países me habían invitado a ir a sus capitales, cuando pudiese. El viaje a Tokio exigiría una larga ausencia.

Pero, en el caso de Bonn, no cabía invocar la distancia para excusarme. De común acuerdo, fijamos el 14 de enero, a fin de que

se efectuara la ceremonia que las autoridades alemanas se proponían celebrar en el Parlamento.

Fui a Alemania en compañía del doctor Thompson, encargado de los asuntos de la UNESCO

en esa nación, y del señor De Blonay. Aunque en forma mucho menos molesta que en Belgrado, observé que Bonn no había adquirido aún las proporciones de una auténtica capital.

En el hotel, hubo de cederme su alojamiento —claro y espacioso— un amigo peruano, Pablo Abril de Vivero, que había conocido en España —cuando éramos ambos secretarios de legación— y a quien traté con frecuencia en México, durante la época en que representó a su gobierno con el rango de embajador. De la manera más espontánea, insistió en trasladarse a una habitación menos cómoda y más estrecha. Fueron inútiles mis súplicas. Antes de nuestro arribo a Bonn, había ya ordenado él que enviasen sus libros y sus maletas al cuarto que los administradores le propusieron. Su decisión resultó inconmovible. Y confieso que no disponía yo de tiempo para insistir en mi cortesía. En efecto, debía principiar a cumplir inmediatamente el programa aprobado por la Comisión Nacional.

Visité al presidente de la República, Teodoro Heuss. Era un hombre de sesenta y ocho años, pequeño, alegre, cano y locuaz. Perseguido por el nazismo, había tenido el honor de que sus libros fuesen quemados públicamente en 1933. Figuraba, entre ellos, su obra más discutida: *Hitlers Weg.* Electo para la Presidencia de la República en 1949, le regocijaba que, durante su mandato, Alemania volviese a ingresar —por la puerta de la ciencia y de la cultura

— al mundo de las instituciones oficiales de mayor importancia internacional. Conocía la labor de la UNESCO, y había apoyado el esfuerzo hecho a fin de integrar los tres institutos sostenidos en su país con fondos donados a nuestra Organización fuera de los

cauces normales del presupuesto: uno para las ciencias sociales, otro para la educación y otro para la juventud.

Me anunció que, en la ceremonia del Parlamento, haría uso de la palabra. Sentado en un amplio sillón, dentro de cuyas acojinadas y espesas telas parecía más breve aún su estatura física, contemplaba, de cuando en cuando, la sombra proyectada por los árboles del jardín —o de la avenida— sobre los velos de la cortina que atenuaba la luz de Bonn, siempre en invierno tímida y perezosa.

Heuss se interesaba por conocer algunos de mis proyectos. Le hablé del plan de una red mundial de centros capaces de organizar campañas locales y regionales contra el analfabetismo. Me oyó atentamente; pero con incredulidad apenas disimulada. Europeo por todas partes, estimaba acaso de trascendencia dudosa el futuro de las “tribus” analfabetas.

Asentía, porque era cortés. Sin embargo, advertí en su mirada el deseo de que pasásemos a otros temas. Conversamos, entonces, acerca de la posibilidad de concertar una convención universal del derecho de autor, y mencioné nuestro interés por obtener una revisión de los manuales escolares para lograr una mejor comprensión histórica entre los pueblos. Quiso él enterarse de lo que estábamos haciendo, por medio del cinematógrafo y de la radio, en lo

concerniente a la información de las masas. Y se refirió a lo mucho que deberíamos emprender para dar nueva razón de esperanza a la juventud.

En algún momento —y no recuerdo por qué motivo— aludí al señor Adenauer. Heuss sonrió respetuosamente, como si el solo apellido del gran canciller católico mereciera homenaje ostensible, incluso del presidente de la República. Me levanté para despedirme. Le agradecí la audiencia. Y formuló votos por la felicidad de mi estancia en Bonn.

La recepción de Adenauer fue mucho más austera. Correcto y frío, me saludó con dogmática parsimonia. Y me dijo exactamente lo que un profesor de amabilidad oficial hubiera podido hacer grabar en una cinta electromagnética, para uso de algún autómata.

Hablaba con frases cortas, precisas y sentenciosas. No advertí en sus labios ni el asomo de una sonrisa. De oval cabeza, espaciosa frente, tez blanca y pálida e impenetrables ojos de acero, llevaba un traje oscuro, que parecía tan incoloro como su charla. ¿Sería su corbata negra, verde o azul? Hasta en su atuendo, había eliminado los adjetivos.

Era admirable su inteligencia. Y cortante su voluntad. Ya sabía yo que había insistido mucho en el propósito de que los institutos de la UNESCO se instalaran en tres conglomerados urbanos de población predominantemente católica. Pero no fue posible satisfacer su tenacidad.

En efecto, las autoridades de Hamburgo se dirigieron a tiempo a nosotros, haciéndonos ver que pocas ciudades de la República Federal de Alemania sufrieron tanto como la suya durante la guerra. Pocas, por otra parte, poseían tradiciones tan adecuadas para hospedar a un centro de estudios pedagógicos. Nuestra Acta Constitutiva era expresa: no deberíamos admitir exclusiones de ningún género por motivos de índole religiosa. ¿Cómo explicar que una ciudad donde abundaban los protestantes hubiese de resignarse a que todos los institutos de la UNESCO

fuesen creados, en Alemania, en lugares donde prevalecía el catolicismo?

El Consejo Ejecutivo examinó aquellas observaciones. Y optó, como yo también, por establecer en Hamburgo el instituto de educación, dejando a Colonia el de ciencias sociales y, a Múnich, el de la juventud.

Adenauer no perdonaba ese espíritu de equidad. Dos o tres veces, durante una plática de escasos quince minutos, me reiteró cuál era

su punto de vista. Convendría rectificar, lo más pronto posible, el criterio adoptado por el Consejo. Me vi en la necesidad de explicarle, no sin firmeza, que el director general de la UNESCO no podía modificar una decisión adoptada en justicia —y con pleno conocimiento de causa— por los miembros del órgano encargado de regular la ejecución de nuestro programa.

Tosió él entonces, cual si la cólera no tuviese, en su cuerpo, expresión más lacónica y contundente. Y, volviendo al plano de las ideas generales, se refirió a las actividades de la Organización. Iba yo a despedirme, cuando me dijo que le agradaría verme de nuevo. Se proponía asistir a una de las comidas anunciadas con motivo de mi visita.

No salí ofendido de su despacho. Sólo un hombre del temple de Adenauer podía haber hecho —en tan corto lapso— de una nación en ruinas un país en plena reconstrucción,

encauzando sabiamente, por los canales más favorables, la caudalosa ayuda de Norteamérica.

Próximo ya a los setenta y seis años, el ex alcalde de Colonia ejercía sobre sus compatriotas una autoridad decisiva y sin concesiones. Al “Canciller de Hierro”, que fue Bismarck, había sucedido —en el siglo XX— otro canciller que algunos hubieran podido llamar de hielo. Pero, en Adenauer, el hielo no era sino apariencia. Bajo el frío de su actitud, vibraba el fuego de su carácter.

Fui al banquete que me ofreció la Comisión Nacional alemana, encabezada por el profesor Erbe. Todo, en tal ocasión, resultó sencillo, agradable y sano: desde el pescado que nos sirvieron, hasta los chistes —tal vez demasiado universitarios— de sobremesa. El anfitrión había sabido escoger a sus invitados. Ninguno me habló del instituto de Hamburgo. Y todos formularon augurios por el éxito de la UNESCO.

El acto más importante fue la sesión en el Parlamento. Leí mi discurso en francés. Al escribirlo, había sentido el deber de

manifestar que Alemania no podría participar en la acción de una agencia especializada de las Naciones Unidas sin comprender con exactitud que ese honor implicaba, forzosamente, la aceptación de múltiples compromisos. Entre otros, el de contribuir —en la medida de sus recursos y dentro de sus características propias— al bienestar común de la humanidad.

Entrar en la UNESCO exigía, de cada nación, un positivo examen de conciencia. El nuevo Estado miembro debería sentirse dispuesto a combatir dos tentaciones, siempre nefastas: la de tratar a los demás con desdén, o la de intentar hacer de ellos un instrumento de su grandeza.

Fundada en la humillación ajena, semejante “grandeza” no podría ser sino despreciable.

Fue duro, sin duda, el tono que utilicé. Pero no me hubiese perdonado a mí mismo una hipocresía. Partidario de la universalidad de las organizaciones internacionales, nunca me opuse a que el país principalmente responsable de la contienda de 1939 formara parte de la UNESCO. No obstante, era menester recordar a los alemanes —en esa ocasión solemne— que no habían olvidado los hombres la crueldad de los ejércitos sometidos a las consignas de Adolfo Hitler. De ahí que, en otro párrafo de mi alocución, me refiriese a la urgencia de que todas las culturas se estimularan unas a otras, dentro de un clima de libertad. “No se impone una cultura —indiqué— por la fuerza de las armas ni por el poder del oro; se impone por sus méritos. Y entre éstos figura, en primera línea, la simpatía que sepa demostrar para las otras culturas, y que éstas habrán de devolverle, ya que la simpatía engendra comprensión, como la desconfianza engendra suspicacia.”

Para concluir, me referí a uno de mis héroes predilectos: el gran Beethoven. Veinte años antes, había ido a Bonn como el más oscuro de los turistas. Me conmovió, en aquel viaje, el desván donde —un día de diciembre, en 1770— vino al mundo el autor de la Séptima Sinfonía. Iba a admirar, de nuevo, ese ilustre desván. Y mi segunda visita a la casa natal de Bonn sería el mejor homenaje

que el director de la UNESCO pudiese ofrecer a la Alemania en que confiábamos: no ya una máquina de exterminio, sino un coro de persuasión. Por encima de

los rencores, deberían escucharse voces de paz.

En su discurso, el presidente Heuss demostró a la vez orgullo y sagacidad. No presentó a su patria como acusada. No habló de pesar o de remordimiento. Declaró —incluso— que, con el ingreso de su país, nuestra Organización recibiría, tanto en lo material como en lo espiritual, un beneficio innegable: el de ampliar sus actividades y sus recursos.

Reconoció que la UNESCO no tenía la ambición de imponer a las almas una “capa de pintura uniforme”. Su tarea consistía, al contrario, en abrir los ojos de todos a fin de que cada cual pudiese tratar a los otros con simpatía. Aludió a la Declaración Universal de Derechos Humanos. Y mencionó que, quince días antes, varios profesores de historia —alemanes y franceses— se habían reunido en Maguncia, con el propósito de examinar los acontecimientos ocurridos y las diferencias registradas durante los últimos cincuenta años. Gracias a un esfuerzo sincero, esos profesores lograron ponerse de acuerdo, por ejemplo, respecto al juicio que merecían figuras como la de Raymond Poincaré y episodios como el del Anschluss. Era indispensable eliminar, en la exposición de los hechos históricos, las deformaciones de la propaganda y los procedimientos de la estereotipia.

Alemania no tenía por qué humillarse; pero su intérprete gubernamental hubiese podido encontrar, en semejante ocasión, expresiones que delatasen más claramente la voluntad de fraternizar con los otros pueblos. La derrota no había vencido la arrogancia tradicional de ese gran país. Y todo podía esperarse (o temerse) de su energía.

El 15 de enero fui a la casa de Beethoven. Tres coronas de flores estaban depositadas frente a su busto. Una de ellas era la mía. Por la ventana, entraban la luz y el aire de Bonn.

Cuando estuve en Alemania por vez primera, me encontré solo en aquel recinto. Pude contemplarlo sin prisas; detenerme a sentir y a reflexionar. Como director general de la UNESCO, tuve que oír muchos comentarios. Me acompañaban varias personas. ¿Qué palabras esperarían de mí? Preferí callar. Hay circunstancias en que el silencio es la mejor expresión de nuestro respeto.

Algunos catedráticos me invitaron a visitar la Universidad. Reinaba en ella el orden más laborioso y estimulante. ¡Qué capacidad de método en el esfuerzo ha caracterizado siempre a los alemanes! Al verles, tan dedicados a sus tareas, pensé en la impresión que me hizo —

cuando acababa de iniciar mis trabajos en la Avenida Kléber— enterarme de que los libros de texto enviados por Alemania a una exposición europea, efectuada en Suiza, merecieron sitio muy destacado. Hechos en talleres insuficientemente reconstruidos después de los bombardeos, y por obreros para quienes las semanas no tenían entonces domingos, aquellos manuales rivalizaron con los mejores de los que presentaron países más desolados por la victoria que Alemania por la derrota.

¿Cómo era posible que un pueblo dotado de tan altas virtudes — razón, disciplina, orden, ciencia, talento, audacia y aptitud fáustica de carácter— hubiese cometido tantos errores, por su afición a seguir al fuerte y obedecer al más imperioso? Una opinión de Spengler me había inquietado en la juventud. Casi al final de *La decadencia de Occidente,* leí este párrafo: “La historia es el tribunal del mundo… Siempre ha sacrificado la verdad y la justicia al poder, a la raza, y siempre ha condenado a muerte a aquellos hombres y aquellos pueblos para quienes la verdad era más importante que la acción y la justicia más esencial que la fuerza”. Tal vez la experiencia de Hitler hubiese modificado, en los maestros y en los alumnos, juicio tan deprimente. El destino de Europa exigía una Alemania libre, animosa, fuerte, pero en la mente de cuyos guías justicia y fuerza no resultasen incompatibles.

Durante la comida, concertada por los ayudantes del protocolo, estuve sentado junto a Adenauer. Me dio aquella vez la impresión de sentirse mucho más libre y, sobre todo, de querer mostrarse menos enfático. Frente a su plato, cada invitado tenía diversas copas. Una de ellas estaba destinada al vino blanco: Rin o Mosela. Cuando el camarero se aproximó a nosotros, Adenauer le ordenó que no me sirviese vino del Rin. Y añadió, con la primera sonrisa que vi en sus labios: “Creo que al señor Torres Bodet, acostumbrado a vivir en Francia, le agradaría más ese buen Mosela”.

Me sorprendió aquella súbita deferencia, tal vez irónica… Y, más aún, el sesgo que nuestra charla había ido tomando. Hablamos de libros y de conciertos. Adenauer mencionó a Goethe.

Le dije que me encantaría volver a Francfort, y ver nuevamente la casa donde habitó el autor de *Fausto.* El siguiente día debería pasarlo en Colonia. Pero, antes de regresar a París, dispondría de una jornada libre: la del 17 de enero. Adenauer me sugirió que reservase esa fecha para ir a Francfort.

Según me explicó, Alemania había tenido que realizar un notable esfuerzo para salvar la mansión de Goethe. A fin de que los bombardeos ingleses y norteamericanos no la afectasen, cada piedra, cada viga, cada ventana —y hasta los clavos que sostenían algunos cuadros en las paredes de los salones—, fueron puestos a buen recaudo. Al concluir la conflagración, se procedió a restaurar el conjunto, reuniendo —en la medida de lo posible— los elementos originales. Era conmovedor ese afán de autenticidad.

En Colonia, el instituto de la UNESCO empezaba apenas a salir del caos de las benévolas intenciones. La ciudad había sido muy destruida durante la guerra. Frente a la célebre catedral, recordé una frase de Victor Hugo. Él creyó haber pisado, al avanzar por las naves del templo, la que fue tumba de María de Médicis. Yo no la vi. Pero, como Victor Hugo, pensé que Rubens

—el pintor de la Reina María y de Enrique IV— pasó en Colonia algunos años de su niñez.

Fui a la Universidad. Un Herr Professor, de francés metálico y retorcido, insistió en persuadirme acerca de la necesidad de orientar los trabajos de nuestro Instituto de Ciencias Sociales con sentido filosófico más moderno. ¿A cuál se referiría?… He olvidado el nombre de aquel mentor, de judaica nariz, a quien le faltaba sólo una larga barba: la que hubiera

ostentado, acaso, en épocas anteriores a las persecuciones desencadenadas en Alemania por el odio de Hitler para los israelitas.

En Colonia, el ciudadano más connotado se llama el Rin. Perecen los dictadores, los monarcas abdican, concluyen las más sombrías calamidades. Pero el agua sigue su curso. Las glorias —o los desastres— que reflejaron sus ondas marchan con ella. Su caudal es historia, donde el pasado se hace presente y, a cada hora, anuncia lo porvenir. Evoqué otros ríos: el Nilo, el Tíber, el Arno, el Sena… Y uno más, a cuyas orillas no llegué nunca: el Ganges, donde van a buscar los fieles la purificación del dolor de ser.

Más que el Sena, lección de templanza y de lógica simetría, el Rin aviva, en el extranjero, muchos símbolos medievales. Tal vez por eso, entre él y el Ganges media tanta distancia como entre el *ahimsa* del Gandhi y la política de los cancilleres de hierro, o de hielo, que encarnaron la voluntad alemana en 1870 o en 1952.

¿Por qué razón evocaba a la India, desde Colonia?… Tal vez porque nunca, como en Colonia, sentí la oposición existente entre las filosofías del occidental y del oriental. ¡Qué errónea me pareció, en ese viaje, la opinión de Keyserling, expresada —es cierto— en 1928, años antes de que empezara el régimen hitleriano! Decía el autor de *Europa* que el pueblo alemán sería el protagonista de la idea de la paz universal.

Fuimos ya testigos de lo que supo hacer, de 1939 a 1945, tan violento protagonista. Y no hay razón para acusar a Keyserling de candor o de parcialidad. Muchas inteligencias se han engañado frente al laboratorio intrépido de Alemania. Recordemos cómo

juzgaron ese laboratorio —en 1830— los románticos europeos. Las imágenes de Goethe, de Schiller y de Beethoven no permitían adivinar lo que estaba forjando Prusia. ¿Y no estableció Schopenhauer una relación hipotética de concordia entre la voluntad de vivir —que exalta su obra maestra—

y la voluntad de no ser, que elogió con vehemencia en uno de sus capítulos más profundos?

Al hablar del Nirvana (estado en el que ya no existen el nacimiento, la vejez, la enfermedad y la muerte), escribió el pensador germánico: “Jamás mito alguno se aproximó ni se aproximará tanto a una verdad filosófica, asequible a muy pocos, como ésta del pueblo más noble y más antiguo, en el cual —aunque alterada en muchas partes— reina todavía como artículo de fe popular…” Y concluía, serenamente: “La sabiduría india invade Europa y está llamada a operar una transformación radical en nuestras opiniones y en nuestros pensamientos”.

En camino hacia Francfort, donde falleció Schopenhauer, me pregunté varias veces si el Rin y el Ganges acabarían por acercarse como lo presintió —metafóricamente— el autor de *Sobre la voluntad en la naturaleza.* ¿Sería posible que el Oriente y el Occidente acabaran por comprenderse, no en la anulación del Nirvana, sino en la armonía vital que debe existir entre

el deseo de ser único y exclusivo (tesis goethiana de la personalidad) y la aceptación de que sean todos lo que han de ser, hasta aquellos que buscan la suprema ventura en la delicia de ya no ser?

Rara vez advertí, como durante aquella excursión a través de los campos renanos, apagados por el invierno, cuán difícil sería erigir una paz moral sin apoyarla en la comprensión de las diferentes culturas del universo. Los problemas de que me había hablado Nehru, en 1951, eran totalmente distintos de los que interesaban a Adenauer y a Heuss. Pero, en la conciencia de Schopenhauer, existió —hasta cierto punto— un extraño presagio de los actos de

Gandhi o de los poemas de Rabindranath Tagore. Por otra parte, ¿no había sido un europeo —Tolstoi— el más ferviente propagandista de la no resistencia al mal?

El sentimiento de la universalidad del género humano debe asociar a las mentes más alejadas e irreductibles. Quizá algún día descubriesen los alemanes que el tesoro mayor de los nibelungos no es el de la leyenda que inspiró a Wagner, sino el de la fraternidad de todos los hombres, en la alegría que cantó Schiller y que Beethoven eternizó en los coros de su última sinfonía.

¡Qué itinerario me había ofrecido Alemania en aquella gira! Tras de los hombres que me atendieron muy cortésmente, como el señor Erbe, o aquellos que me dejaron la impresión de no confiar demasiado en nuestros trabajos, como Adenauer, estaban los verdaderos patronos del ingreso de la República Federal de Alemania en la aventura internacional de la UNESCO: Beethoven, Schiller, Goethe, Hegel y Schopenhauer… Pero ¡cuántos esfuerzos serían indispensables para que las voces de esos patronos prevaleciesen sobre las inquietudes y las pasiones de todos sus herederos!

El presidente Heuss no carecía de razón. La entrada de Alemania en la UNESCO era, para nosotros, muy promisoria. Lo era, no tanto por los recursos que añadiría a la realización de nuestro programa, o por la contribución que diese a nuestro mínimo presupuesto, sino por la posibilidad que nos ofrecía de establecer un vínculo perdurable entre lo más occidental y lo más secreto de los espíritus europeos y la realidad de otras civilizaciones, para las cuales no es sólo el hombre una mera voluntad de poder, sino un anhelo infinito de piedad y de libertad.

“País sin fronteras” se ha dicho de Alemania no pocas veces. En realidad, Alemania carece de lo que llaman los geopolíticos “límites naturales”, como no sean los que le marca su litoral. Se puede entrar en su territorio, sin mayores esfuerzos, casi por todas partes. Por eso mismo, pueden los alemanes concebir la anexión de algunas provincias próximas como si fuera un proceso biológico

inevitable y no un atentado contra la historia. Hecha de retazos, a los que el Sacro Imperio, durante siglos, dio aparente unidad (muy distinta de la que conquistaron la Francia de los Borbones y la España de los Habsburgos), Alemania es más vieja y más joven que otros países. Como pueblo, linda en ciertos aspectos con la antigüedad de la prehistoria. Pero, como nación, se constituyó —hace un siglo apenas— después del triunfo de los prusianos sobre la Francia de Napoleón III.

Se comprenden así determinados factores que, de otro modo, resultarían inexplicables: cómo el nacionalismo romántico pudo engendrar tan pronto el pangermanismo de los años de Guillermo II, y cómo el pangermanismo hubo de conducir al racismo del Tercer Reich. Dos hogueras señalan el principio y el término de un proceso muy largo de evolución: la de Sigfrido, en la que se suicidó Brunhilda, y la del jardín de la Cancillería bombardeada donde, rociado de gasolina, ardió el cadáver de Adolfo Hitler.

Entre esas dos hogueras, la del mito y la del reciente pasado histórico, transcurrieron siglos que nos obligan a meditar en el *Crepúsculo de los dioses.* Destruida materialmente en 1945, Alemania —en 1952— daba a todos la sensación de haber empezado a recuperarse.

Tardaría años en adquirir la gran medida política y económica que ahora reconocemos sinceramente. Pero renacería de sus cenizas. Y, al hablar de hogueras, no puedo eludir aquí el significado del nombre escogido para el héroe esencial de los nibelungos. En la palabra *Sigfrido,* dos conceptos —que otras lenguas no siempre asocian— se hallan unidos estrechamente: “victoria” y “paz”. ¿Qué entraña semejante vinculación? ¿Considerarían las viejas leyendas nórdicas que la paz sólo debe estimarse como el producto de la derrota de un adversario?

No hallé a Francfort en Francfort. O, por lo menos, la ciudad que mis huéspedes me enseñaron no coincidía con el recuerdo de aquella por cuyas plazas y calles, veinte años antes, me acompañó tan amablemente el señor Petricconi: un profesor alemán, amigo de

Benjamín Jarnés. En 1952, junto con la realidad del antiguo Francfort, había desaparecido de mi horizonte aquel bondadoso guía. Pregunté por él. Nadie supo darme noticias de su persona.

¿Viviría acaso?… Durante mi estancia en Bruselas, en 1938, supe que atravesaba una crisis grave. Israelita de origen —y de apellido italiano—, tenía dos pecados imperdonables para los nazis: su ascendencia judía y el hecho de estar casado con una alemana pura, dolicocéfala indemne, de tipo ario, ojos azules, cabello rubio y andar espléndido de valquiria. Tanto él como su mujer eran catedráticos. Y la persecución hitleriana comenzó por imponerles un súbito alejamiento. Tendría ella que trabajar en otra ciudad. Su marido continuó en Fráncfort, probablemente muy vigilado.

Dramas como éste fueron frecuentes durante los años del Tercer Reich. Pero la ausencia de aquel amigo me entristeció en grado mucho mayor del que pude, hasta entonces, haber supuesto. En efecto, nuestras relaciones no llegaron nunca a ser íntimas. Lo conocí en Madrid.

Lo visité en su casa de Francfort. Cambiamos algunas cartas. Las suyas se han esfumado de mis archivos como su cuerpo de la ciudad en la cual vivió. Era delgado, moreno, leve, tímido y sonriente. Le encantaban los libros de los jóvenes españoles. Les había reservado, en su biblioteca, sitio de honor.

De pronto, como por encanto, hispanófilo y biblioteca se habían perdido. Más aún que la ausencia de Petricconi, me dolió percibir cómo puede borrarse la personalidad de un intelectual entre los escombros de una nación. Miles de seres no habían dejado, en la

organización de la nueva Alemania, ni el marco para un espectro. Quedaban sólo, de su existencia, huellas dudosas… Sin embargo, continuaba la vida, según Francfort lo demostraba, con edificios, hombres y propósitos diferentes. Acaso, entre tantos inmuebles modernos, construidos en gran parte con fondos procedentes de Norteamérica, otros maestros de literatura, más jóvenes que Petricconi, se preocuparan también por los escritores de habla

española y se preguntasen —como Petricconi lo hubiera hecho— cuáles nuevos poemas afirmaban la reputación de Vicente Aleixandre o cuándo, cómo y por qué falleció Jarnés.

La hora más hermosa que viví en Francfort fue la que dediqué a visitar la casa de Goethe.

Admiré la fidelidad de los encargados de restaurarla. Parecía que el tiempo no había pasado desde la fecha en que la vi por primera vez. Recordé los muebles y los retratos que me permitieron imaginar —cuatro lustros antes— la existencia del joven Goethe, sus pasiones, sus sueños y sus combates contra el demonio interior que logró vencer… Y que logró vencer, en la senectud, hasta dar a todos sus visitantes la sensación de que había en su alma una facultad olímpica de equilibrio, rara en los hombres de curiosidad tan intensa, inteligencia tan fervorosa y sensibilidad tan despierta y tan emotiva.

Goethe y Beethoven constituyeron, para mi juventud, dos ejemplos opuestos y misteriosos.

Era difícil que se entendieran. Para Goethe, la luz implicaba un símbolo: el de la suprema energía. Beethoven descifraba los enigmas trágicos de la noche. Uno y otro me hacían pensar

—por contradicción— en el personaje de cierta obra de Sartre, que había visto en París, pocas semanas antes de mi salida para Alemania. Me refiero a *Le Diable et le Bon Dieu,* interpretada —con varonil eficacia— por Pierre Brasseur. Las fuerzas del bien y los poderes del mal no existen, a juicio de Sartre, sino en la conciencia del hombre, en su aptitud de elegir, por sí propio, el camino real de su libertad. Desde el observatorio de Francfort, el héroe sartriano, Goetz, me pareció una alegoría patética de Alemania. Sus palabras finales me obligaban a meditar acerca de las luchas que habían librado los alemanes durante los años de la pasada conflagración. “Les causaré horror —exclamaba Goetz, refiriéndose a sus reitres—

ya que no tengo otra manera de amarlos; les daré órdenes, ya que no tengo otra manera de obedecerlos; permaneceré solo, con este

vacío por encima de mi cabeza, ya que no tengo otra manera de estar con todos…”

En la casa de Goethe lo comprendí: la UNESCO se había enriquecido, más de lo que esperaba, al admitir en su seno a la República Federal de Alemania. Beethoven, Schiller y Goethe no pertenecían a la desesperada estirpe de Goetz. Un pueblo que ofrece al mundo testimonios de tal manera distintos, podría reconocer algún día una verdad expresada precisamente por el poeta que vivió entre los muros de aquella casa: “La luz y la inteligencia

—que reinan, una en lo físico y otra en lo moral— son las más sublimes fuerzas indivisibles que podamos concebir.”

En tema tan importante, ¿cómo no coincidir con Goethe? La verdadera victoria nunca se obtiene por la violencia. Se obtiene —merced a la concordia de todos los hombres— por el

dominio de cada uno sobre sí mismo. Sólo así podrá realmente el linaje humano ejercer el derecho esencial de sobrevivir: cumpliendo, con alegría, el deber de ser.

XIII. EN LOS ESTADOS UNIDOS. NUEVA YORK, CHICAGO Y WASHINGTON. CON NELSON ROCKEFELLER. PRESENCIA DE LINCOLN. AUSENCIA DE STEVENSON

De Francfort, volví a París. René Maheu me esperaba con muchos asuntos urgentes.

Tendríamos que adoptar varias resoluciones, grandes algunas, mínimas otras, aunque todas impostergables: desde la de formalizar los arreglos para establecer, en Sirs-el-Layan, un centro como el de Pátzcuaro (al que asistirían educadores de Egipto, Arabia Saudita, Irak, Jordania, Líbano y Siria) hasta la de incluir, dentro de nuestra lucha contra los prejuicios raciales, un artículo de Guérif en uno de

los números de *El Correo.* El artículo comentaba el centenario de *La cabaña del Tío Tom,* novela un tanto lacrimógena, pero valiosa por el sentido humano con que enfocó, en una hora crucial, el cinismo de los negreros y el dolor de la esclavitud.

Entre los trabajos pendientes, se encontraba el programa de mi viaje a los Estados Unidos.

La Comisión norteamericana iba a celebrar en Nueva York, a partir del 26 de enero, su tercera reunión nacional. Sabiendo que asistiría yo a sus sesiones, el doctor Stoddard, de la Universidad de Illinois, había hecho que el Consejo de Relaciones Exteriores me invitase a hablar —en Chicago— acerca de la libertad y de la cultura. Por su parte, Luther Evans deseaba que visitase, en Washington, la Biblioteca del Congreso, que él dirigía en aquella época. Todos esos desplazamientos me permitirían averiguar, además, si era cierto que

"fundaciones" económicamente muy poderosas —como la Rockefeller— estaban dispuestas a proporcionar a la UNESCO alguna contribución financiera, a fin de llevar a cabo —sin aumento del presupuesto normal— nuestro plan de centros regionales de educación de base.

Reuní a mis colaboradores más importantes, examiné con ellos las medidas que procedería tomar para el mejor desarrollo del programa del año, y, satisfecho de sus esfuerzos, subí al avión.

Los norteamericanos habían organizado muy hábilmente su Conferencia. El Hunter College, instalado en Park Avenue, ofrecía marco propicio a los delegados. Figuraban, entre éstos, personajes oficiales que me eran muy conocidos, como Howland Sargeant y Luther Evans; pero vi también a no pocos sabios, artistas y educadores. No recuerdo, en cambio, haber encontrado entonces al poeta MacLeish. ¿Sería demasiado "liberal" un espíritu como el suyo para el momento político que estaban viviendo los Estados Unidos? ¿O se perdió su presencia, modestamente, entre la de tantas otras personas, mucho menos cercanas a mi concepto de la colaboración internacional que el gran escritor amigo de Franklin Roosevelt?

Ralph Turner planteó a sus colegas el problema de “la unidad cultural del hombre”, desde el punto de vista de la obra histórica —de carácter universal— que había resuelto patrocinar la UNESCO. Elmo C. Wilson se refirió —sin especial ironía— a lo que pensaban los europeos respecto a la “honestidad” de sus compatriotas para cooperar en la paz del mundo. Y el doctor MacGrath aludió a los métodos empleados por los maestros de su país a fin de enseñar a los colegiales a estimar los requerimientos de los niños de otras naciones.

Tuve que hablar durante el acto inaugural de la Conferencia. Tres años antes, en Cleveland, había dado a mi discurso el título de “la UNESCO, una fe personal”. En 1952, creí oportuno escoger un tema distinto y más apremiante: el de la UNESCO, misión de todos los hombres.

Cuanto más conocía los límites de nuestra Organización, mayormente me percataba de la necesidad de sumar a su empeño los de todos los disidentes y los escépticos. Por eso expuse, frente al público reunido en el Hunter College, cuánto me preocupaba observar que los pueblos estuviesen gastando centenares de millones en armas —¿para afianzar su seguridad política?—, sin preguntarse qué hacían sus universidades, sus intelectuales, sus institutos de arte, sus estaciones radiofónicas, sus revistas y sus diarios para asegurar —ante todo— el alma del hombre, y para infundirle esa fuerza interior sin cuyo concurso valdrían poco, a la postre, los armamentos.

Cité el ejemplo de Abraham Lincoln. Luchó contra quienes se oponían a sus principios.

Pero no puso en tal lucha cólera y odio. Anhelaba una democracia que no resultase oprobiosa para los débiles y vejatoria para los negros. Quería una libertad que favoreciese a su pueblo y, también, a todo el género humano. Recordé cuántos esfuerzos tuvo que hacer a fin de cumplir con su decisión de educarse a sí mismo, pese a la sarcástica displicencia de un padre que se burlaba de esos esfuerzos como si fuesen el testimonio de cierta absurda temeridad.

En la perspectiva de su programa, la UNESCO acentuaba, cada vez más, el afán de la educación. Hombres como Lincoln pudieron no requerir el apoyo de alguna escuela determinada. Pero no debíamos suponer que fueran todos los otros tan firmes y tan audaces. Y

la enseñanza que nos proponíamos difundir no implicaba exclusivamente un aumento material en el número de planteles y de instructores. Nos encontrábamos ante la necesidad de ofrecer a las nuevas generaciones el honor de participar en la organización de una paz durable.

Teníamos, por consiguiente, la obligación de pensar no ya en términos nacionales, sino como ciudadanos de un mundo unido.

La Conferencia no se inmutó. Verosímilmente, sus miembros estaban enterados de mi deseo más fervoroso: el de hacer de la UNESCO una promotora de los derechos del hombre libre.

Muchos compartían ese deseo. Pero algunos parecían más inclinados a apoyarlo con sus palabras que a comprobarlo con sus acciones.

Nelson Rockefeller invitó a todos los delegados a una magnífica recepción. Para atender a sus huéspedes, había elegido —con eclecticismo internacional— el más británico de sus trajes, el más neoyorquino de sus *shake hands* y la más hispanoamericana de sus sonrisas. Era un especialista en relaciones públicas con los países latinos del Nuevo Mundo. Sus compatriotas lo consideraban como a un maestro en el arte de tratar a los hombres nacidos más acá del Río Bravo, lo mismo en Guatemala que en Bolivia, en Colombia o en Brasil. Disimulaba perfectamente —si los tenía— sus sentimientos ante la expropiación petrolera efectuada en México. Pero, de todos modos, imagino que juzgaba algo sorprendente el hecho de que dirigiera la UNESCO un ciudadano de la República que se había atrevido a realizar tal expropiación.

Por supuesto, nada de cuanto ahora señalo afloró en la charla que sostuvimos. Inteligente, culto, y muy dueño de sí, Nelson Rockefeller

se hacía perdonar su fortuna —y sus éxitos—

gracias a una capacidad peculiar de efusión en la simpatía. Me presentó a varios amigos suyos. Y me dejó entender que la Fundación Rockefeller examinaría con interés la posibilidad de aportar un sustancial donativo para nuestros centros de educación. Sin embargo, como no ignoraba mi escepticismo, deslizó en seguida una aclaración, capaz de desvanecer la ilusión más tenue. Él no intervenía directamente en las determinaciones de la Fundación… Entendí la nota, agregada al texto. Me había alentado. Y se arrepentía, caballerosamente, de haberlo hecho.

Para no insistir sobre tema tan escabroso, evoqué la comida que ofreció al presidente Alemán, cinco años antes, en la casa de campo del fundador de una dinastía de la cual Nelson era ya entonces el más brillante de los intérpretes. Me pidió que saludase a su “gran amigo”…

y continuó recibiendo a sus invitados. Circularon periodistas, catedráticos, señoras crepusculares y series interminables de “martinis” y de “high-balls”.

Algunos almacenes de la Quinta Avenida brindaron sus escaparates para que la Comisión Nacional norteamericana expusiese artículos y presentara escenas que, según lo creyeron los organizadores, suscitarían interés en el público neoyorquino, ansioso de averiguar con exactitud si la UNESCO era una marca de chocolates, un nuevo tipo de galletas o, realmente, el nombre de una institución internacional. Recuerdo uno de esos escaparates. Lo había dedicado no sé qué empresa a mostrar a los transeúntes de qué está hecho el cuerpo del ser humano.

Veíanse allí dos paquetes de sal, una caja de fósforos, muchos trozos de hueso, una pequeña pirámide de tachuelas y, entre otras sustancias difíciles de clasificar, un barril lleno de agua.

Por fortuna, a ningún comerciante de la avenida se le ocurrió imaginar de qué podía estar hecha el alma digna del cuerpo

sintetizado con esos símbolos…

El 31 de enero salimos para Chicago. Iban conmigo el siempre sonriente, carirredondo y

solícito Morrill Cody, agregado cultural norteamericano, y Hans Jacob, intérprete de la UNESCO. Ambos merecen una presentación. Cody poseía la ciencia de transportar, a dondequiera que fuese, bajo el más saludable de los aspectos (era grueso, de rubicundas mejillas y ojos radiantes) una melancolía secreta, púdica y silenciosa. En cambio, Jacob —

alemán de origen— ejercía un implacable dominio técnico sobre sus máquinas de trabajo: el francés y el inglés. Me contó que, de joven, vivió en París. Se propuso obtener unas líneas de Anatole France, como prólogo para una traducción, al alemán, de uno de los libros del novelista. Tanto insistió Jacob que, a la postre, el maestro lo recibió. Pero el discípulo casi no logró verlo. La sirvienta hizo pasar a Jacob a un vestíbulo umbrío. Minutos más tarde, por encima del barandal de la escalera, en el descanso del primer piso, asomó la figura del creador de Jerónimo Coignard. Llevaba su nariz epicúrea, su bata vieja, su gorro de abuelo decimonónico, su barba hebraica y parecía, de punta a punta, una anticipación del *Anatole France en Pantoufles,* que tantos maliciosos lectores tuvo después.

Apoyado en su barandal, France musitó un “bonjour” desprovisto de toda benevolencia.

Jacob se inclinó ante él respetuosamente. “¿Conque se consagra usted a las letras?” preguntó France, desde la altura en que se encontraba. Dirigiendo los ojos hacia esa altura, “Sí, maestro” exclamó Jacob. —“Muy bien, joven muy bien” —contestó el escritor —; “pues…

persevere, persevere”. Y nariz, bata, gorro, barba y maestro desaparecieron sin despedirse.

Lamento no poder añadir al relato la mímica de Jacob. Se imitaba a sí mismo con plácida mansedumbre. Y subrayaba el desdén de France con irónica exactitud.

Gracias a la compañía de los amigos a que he aludido, se me hizo muy corto el viaje. En Chicago, el doctor Stoddard lo había ya preparado todo, hasta el desayuno. Cuando me dijo con quiénes íbamos a tomarlo, me quedé pasmado más que reconocido. ¡Seríamos tantos!… La hora del desayuno ha sido siempre, en mi casa, hora de intimidad con mis familiares. Me vería obligado, muchas veces, a comer o a cenar en público, pero deseaba reservar por lo menos el preludio de la jornada que invadirían, sin duda, otras preocupaciones.

Me acordé, entonces, del jefe de protocolo de un pequeño país sudamericano. Abrumado de condecoraciones, no sabía cómo hacer para honrar simultáneamente a todos los gobiernos que le habían concedido insignias, estrellas, cruces y grandes cruces. Las miniaturas le parecían insuficientes. Quería exhibir íntegras sus preseas. En las solapas, no cabían tantos heráldicos testimonios. Al advertir su angustia, un colega le aconsejó que “urbanizara” hasta los faldones del frac… Así lo han hecho nuestros vecinos: “urbanizaron” el desayuno. Y

nosotros no nos hemos quedado a la zaga en práctica semejante.

En Chicago, tuve que resignarme a beber mi café con leche y desmenuzar mis rebanadas de pan tostado frente a una mesa en torno a la cual brillaba más la calvicie de algunos intelectuales que, sobre el mantel, la plata de los cubiertos. Oí contar varias veces —y en varias formas— la historia de la Universidad de Illinois. Como había yo elogiado a Lincoln en Nueva York, se decidió organizar desde luego una visita a New Salem. Sería bastante un

ligero desvío, cuando tuviésemos que ir a Springfield. Y tendríamos que ir a Springfield, oficialmente, para conocer al gobernador. Desempeñaba ese cargo un prestigioso demócrata: Adlai Ewing Stevenson.

Chicago me ha parecido siempre una ciudad mecánica y automática. Ciertamente, el Lago Michigan le concede, por momentos, una belleza fecunda en súbitas amenazas. Durante el invierno —y estábamos en invierno— no se trata ya de azotes. Por las calles, un viento helado persigue a los presurosos, paraliza a los lentos, acatarra a los incautos, y —sin volver los ojos hacia Sodoma — la menos curiosa de las damas, bajo el más grueso de los abrigos, podría verse transfigurada en estatua de sal, como la mujer de Lot.

Entre ráfagas polares, y parabienes casi tan fríos como esas ráfagas, fui al Instituto de Arte de la ciudad. Aprecié el civismo —o la ostentación— de los donadores. Y admiré el buen gusto de los especialistas encargados de orientar sus compras más importantes.

La pintura francesa del siglo XIX se halla muy bien representada en las galerías del Instituto. Recuerdo, entre otras de las telas que vi, una de Paul Gauguin: el retrato de una mujer, pintado en 1890. Era la época en que Gauguin empezaba ya a defenderse de la lección de los grandes impresionistas. Sin embargo, todavía buscaba, en la producción de Cézanne, el camino que habría de conducirle al descubrimiento de sus expresiones plásticas más durables.

Mis compañeros me señalaron obras famosas de otros artistas. Pero me detuve, con particular atención, ante el retrato de esa mujer, realizado por Gauguin en los años más trágicos de su vida. Me parece estar contemplando aún su semblante hermético, su indiferencia total frente al porvenir. ¿Qué futuro podía esperarle? Una serie de horas inciertas, huecas, borrosas, como aquella en que la eternizó el pintor, representándola sobre un fondo en el cual destacan la redondez de un durazno rojo y el azul metálico de un cuchillo.

En el Congress Hotel tuve que hablar a los miembros del Consejo de Relaciones Exteriores acerca de la cultura y la libertad. Expliqué lo que estaba haciendo la UNESCO y anuncié que se efectuaría en Venecia ese mismo año, una conferencia internacional de artistas.

Me referí también a nuestro proyecto de publicar, en cuanto resultase posible, una historia del desarrollo científico y cultural de la humanidad. Esos dos ejemplos me permitieron ilustrar una de mis inquietudes fundamentales. En una época atormentada, como la nuestra, debe otorgarse primordial atención a las relaciones entre la libertad y la cultura. Todo lo que afecte a aquélla puede repercutir sobre ésta de manera muy peligrosa. Ahora bien, una cultura de la libertad exige una educación adecuada, para saber conducirse en la libertad. Si no es un ser excepcional, el hombre carente de educación resultará con frecuencia víctima de las propagandas políticas más vulgares. Y acabé mi exposición con una cita de la primera ley escolar adoptada en Illinois, en 1825: “Para disfrutar de nuestras libertades y de nuestros derechos, tenemos que comprenderlos.”

El día siguiente, fuimos a Springfield. De paso, nos detuvimos en New Salem. Me encantó el sitio, arbolado, rústico y misterioso. Vi, reconstruida, la casa de madera en la cual —junto

con un socio apellidado Berry— Lincoln estableció una tienda. Me enseñaron el lugar en el que habitaron los Rutledge, donde vivió Ana, la primera novia de Lincoln. Murió muy joven, en Sand Ridge. El poeta Carl Sandburg le dedicó párrafos conmovidos en su biografía del célebre presidente. Imaginé a Lincoln en 1835. Había cumplido, en febrero, veintiséis años. Y

se había hecho, absolutamente solo, como ciertos varones intrépidos de la Biblia. En sus manos, alternaron los libros con el hacha del leñador. Vendió mercancías, repartió cartas, y, entre los sicomoros de la colina, vio muchas veces el Sangamon, río que volvería a encontrar cerca de Springfield, como lo encontramos también nosotros, al ir a buscar a Stevenson.

Ocurrió un hecho extraño. O el gobernador no había sido informado de mi visita, o algún deber político inaplazable lo incitó a ignorarla, sin prevenirnos. Se hallaba ausente de Springfield. Un secretario dio al doctor Stoddard largas explicaciones —que no supe jamás si fueron realmente excusas. Sentí no poder charlar con un hombre del

que se hablaba mucho, en aquellos días, como posible candidato a la Presidencia de los Estados Unidos. Estaba enterado de su cultura, de su talento, de su elocuencia y de su amplia visión internacional.

Casi un decenio después, Stevenson me devolvió la visita que intenté hacerle en 1952. Fue, en México, durante la administración del licenciado López Mateos. Era yo secretario de Educación Pública. La embajada norteamericana me preguntó si estaría dispuesto a recibir a un amigo mío, William Benton, y a su ilustre compañero de viaje, el señor Stevenson. Desde mi fracasada excursión a Springfield, Stevenson había sido dos veces ya candidato a la Presidencia. En ambas ocasiones, venció Eisenhower.

El hombre alto, sencillo, serio y enérgico, que Benton me presentó, no parecía dispuesto a una nueva derrota pública. Se sentó en uno de los sillones de mi despacho y, como cualquier periodista, extrajo de su bolsillo una estilográfica y una libreta forrada de cuero negro. Me hizo muchas preguntas. ¿Cuántos alumnos asistían a las escuelas públicas federales? ¿Cuántos niños carecían todavía de escuela? ¿Cuál era la proporción de los adultos iletrados? ¿Cuántas aulas se proponía erigir anualmente el gobierno? ¿Qué proyectábamos realizar para enseñar a leer y escribir en español a los indígenas monolingües?…

Mis respuestas —convertidas en fórmulas rapidísimas— fueron a dar inmediatamente a las hojas del cuadernillo que delataba la acuciosidad de su poseedor. Benton sonreía ante mi sorpresa. Al despedirse me dijo, aludiendo a Stevenson: —“Es incansable. Quisiera saberlo todo.”

Lo que no supo —porque no pretendí indicárselo y porque no aludió él para nada a Springfield— fue el desencanto que me produjo no conocerle en la capital del Estado que gobernó.

En 1952, para disminuir ese desencanto, mis compañeros me propusieron ir a la casa donde vivió algunos años Abraham Lincoln.

Era Lincoln, entonces, un hombre muy diferente del que pasó, en New Salem, pruebas tan duras. Empezaban sus éxitos de político. Se había casado con Mary Todd. Y debía parecerse ya mucho, físicamente, al americano de ancha

corbata, alto cuello duro, rostro lampiño, cabello lacio y ojos profundos, que atestigua el daguerrotipo —atribuido a Shepherd— del que se guarda una copia en la colección Meserve.

Después de todo, no había sido inútil nuestra expedición. Los lugares en que lucharon, soñaron y trabajaron hombres de la categoría moral de Lincoln son, por sí solos, una enseñanza.

Regresamos a Chicago. Y, tras de una noche de descanso, tomamos el camino de Urbana.

El doctor Stoddard estaba —con razón— orgulloso de su universidad. En menos de nueve años, había duplicado la matrícula de los estudiantes. Por supuesto, no todos oyeron mi conferencia. Pero quienes la oyeron se mostraron atentos y receptivos.

Les hablé de la UNESCO y de la paz. La UNESCO era una institución creada por la ONU para defender la paz en el espíritu de los hombres, porque no se construye una paz durable sin el apoyo de la conciencia humana. Tras de una larga exposición de las actividades desarrolladas por la UNESCO, concluí citando a mi amigo Léon Blum, muerto en Francia en 1950. “El espíritu de paz —había escrito el condenado de Riom— no es un espíritu de abandono y de cobardía, sino un espíritu de valor, de virilidad y, si es necesario, de sacrificio. Propagar el espíritu de paz equivale a enseñar a las naciones y a los hombres que la paz ha de defenderse, aunque —

al defenderla— peligren sus propias vidas.”

Coincidía aquella frase de Blum con lo que expresé tantas veces en otros sitios: necesitábamos prepararnos a vivir una paz heroica. Constructores de ese heroísmo pacífico podrían serlo, sin duda, los

jóvenes con quienes tuve oportunidad de charlar, en Urbana, después de mi conferencia. Sin embargo, al hablar con ellos, hube de recordar a los funcionarios, a los banqueros y hasta a muchos de los maestros que me habían sido presentados en Chicago y en Nueva York. ¿No eran también esos funcionarios y esos maestros el producto de un sistema de educación que les ofreció, a partir de la adolescencia, oportunidades espléndidas de progreso en la libertad, de justicia en la democracia y de prosperidad en el ejercicio de la virtud?… Pero no obraban siempre como pensaban, o no pensaban siempre lo que decían. ¿Por qué razón jóvenes de la categoría de los que traté en Urbana —limpios, honestos e inteligentes— tendrían que adquirir con la madurez, como sus mayores, las proclividades del régimen de dominio que caracteriza a todas las potencias en su período histórico de expansión?

Aquellos estudiantes —que recitaban a Poe, evocaban a Whitman y habían leído a Emerson— se daban cuenta muy clara de la conveniencia de organizar una paz mundial. Y, no obstante, cambiarían —tarde o temprano— al contacto con los problemas del crecimiento de su país. Los endurecería la vida rápidamente. Serían, al deformarlos el tiempo, tan impermeables a la piedad, como lo eran ya algunos de sus mentores más afamados. En una nación tan vasta y tan ambiciosa, el éxito impone —a quien trata de conseguirlo— un camino estrecho, empinado e irreversible. Cuanto más avanzan por ese camino, más se alejan los hombres de la verdad de su corazón. La “razón de Estado” priva sobre las otras. ¿Y qué puede

la escuela, cuando la desmiente la vida?… No hay reformas educativas que no requieran una profunda reforma social.

En Washington, me recibió una vez más el presidente Truman. Con ligeras variantes, se repitió la escena a que me habían ya acostumbrado los viajes hechos a los Estados Unidos en 1949 y en 1951: rápida espera, cordial saludo, plática estéril y reiteradas fotografías. Informé al señor Truman acerca de las esperanzas que depositaba la UNESCO en el nuevo programa, sometido a la

consideración de nuestro Consejo. Pareció interesarle el principio de concentración que —a grandes rasgos— le expuse. Pero fue muy parco en lo concerniente a las posibilidades de ampliar el presupuesto de la Organización, a fin de realizar con mayor eficacia cualquier programa. Hablamos de Chicago, como nos habíamos referido a Cleveland en 1949 y al Centro de Pátzcuaro en 1951. Y la audiencia concluyó, sin que nada concreto se precisase. La visita que hice al señor Acheson —quien desempeñaba todavía las funciones de secretario de Estado— no resultó mucho más fecunda. Lacónico y reflexivo, Acheson medía el valor de cada palabra con la misma regla —invisible, pero muy rígida— que le servía para normar las instrucciones impartidas a los funcionarios de su Departamento.

Por la tarde, fui a la Biblioteca del Congreso. Luther Evans había invitado a varios hombres de letras. Antes de que leyese, en la Sala Coolidge, el discurso escrito en París para esa ocasión, quiso Evans que recitara algunos poemas míos, en castellano. Una grabadora registró aquellos versos. Ignoro si la cinta dispuesta para "inmortalizarlos" se halle guardada todavía en algún archivo…

Tuve oportunidad de hablar con cinco o seis de los invitados. Los sentí muy distantes de los propósitos de la UNESCO. Lo deploré, porque —de los países que había visitado— el que más influencia podía ejercer en nuestro programa era el del presidente Truman. Desde el punto de vista económico, ocupaba el primer lugar en la lista de los contribuyentes. Por otra parte, desde el punto de vista político, la opinión de Washington solía guiar a la Conferencia. ¿Cómo entender lo que ocurría?… Cuando un francés, un italiano, un danés o un hindú me decían que no, sabía yo de antemano que, en ciertos casos, algunas explicaciones abrirían la puerta a un posible sí. Pero, cuando un norteamericano me decía que sí, me quedaba siempre la duda de no haberme expresado muy claramente. Y, cuando más franqueza ponía en precisar mis propósitos, más peligros corría de que, a la postre, el sí concluyese en no.

Benévolos por naturaleza, y cordiales por vocación, nuestros vecinos no ven a menudo con nitidez la distancia que media entre lo que recomiendan y lo que hacen. Se trata de un raro fenómeno de óptica psicológica. En efecto, no es cierto que el norteamericano sea tan realista como se afirma. Al contrario: es, quizá, el más idealista de los mortales. Cree en sí mismo, tal como se contempla en el espejo que le brindan los editoriales de sus diarios. Imagina que es

verdaderamente lo que le han dicho que debe ser: dadivoso, imparcial y auténtico.

La historia de los últimos lustros nos muestra al país de Roosevelt como al mejor de los enemigos y al más indeciso de los amigos. Vencedor de Alemania, del Japón y de Italia, se afanó por hallar remedio al mal de sus adversarios. Los ayudó generosamente. Los alojó —

por así decirlo— en las más amplias salas de una gran clínica de recuperación. En cambio, salvo por lo que atañe al Plan Marshall, se preocupó menos de sus amigos, sobre todo si éstos eran muy débiles. Al antiguo enemigo, había que convencerlo de que su derrota fue justa, e indispensable. Al amigo cercano, bastaría con persuadirlo.

Ahora bien, el Departamento de Estado trataba a la UNESCO como a un amigo débil. Por todas partes, hallé sonrisas, esperanzas, rostros piadosos. Howland Sargeant, Luther Evans, el doctor Stoddard y sus colegas, de mayor o menor prestancia, todos me estimularon a continuar creyendo en la UNESCO utópica: la que no tenía, de acuerdo con su criterio, derecho especial para intervenir — de manera práctica— en la consolidación de la paz del mundo.

Contribuciones sustanciales habían sido obtenidas por nuestra Organización, fuera del presupuesto, para los institutos creados en Alemania y para los esfuerzos hechos en el Japón.

Pero el plan de una red mundial de centros de educación de base podía esperar a que llegara el momento en que las “fundaciones”

tuvieran tiempo de examinarlo. Después de todo, el Japón y Alemania habían sido enemigos muy poderosos durante la última guerra, y los pueblos que con más apremiante urgencia requerían campañas de educación de base fueron —casi todos— buenos amigos en el conflicto, aliados fieles, dóciles servidores. No existía razón esencial para apresurarse. Sería suficiente, por lo pronto, atender algunas de sus solicitudes de ayuda técnica.

Dada la inmovilidad que impone al viajero durante largas horas, el avión es una antesala que se traslada a muchos kilómetros por minuto. En aquellos tiempos, semejante antesala fue para mí el marco de varios exámenes de conciencia. Desde el sillón en que me instalé, con destino otra vez a Francia, presentí lo que ocurriría durante la séptima reunión de la Conferencia: se aplaudiría la concentración del programa —y se nos negarían los recursos financieros para cumplirlo.

Pero, mientras llegase el día de esa última lucha contra el escepticismo de las grandes potencias, interesadas sobre todo en la guerra fría, era indispensable perseverar. Pocas semanas más tarde, iba a ofrecérseme una excelente oportunidad de insistir sobre los valores humanos que proclamaba la UNESCO. El 22 de febrero, iniciaría sus sesiones, en el Instituto de Francia, la segunda asamblea general del Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias Humanas. Aquella inauguración me permitiría recordar a los hombres “prácticos” hasta qué punto lo más importante no es inventar instrumentos nuevos para acrecer el dominio del

hombre sobre la Naturaleza, sino buscar un orden intelectual y moral capaz de afirmar el dominio del hombre sobre sí mismo.

Nunca se había hablado más acerca de la zozobra de la persona humana, y raras veces se dedicó menor atención a considerar, con humanidad, los problemas de la existencia. El Consejo de Filosofía y Ciencias Humanas tenía el proyecto de editar una revista que llevaría el nombre de *Diógenes.* Ese título, por sí solo, anunciaba un programa y contenía una confesión. En efecto, al igual que Diógenes, la humanidad estaba buscando al hombre.

Tenía yo presente una idea, expresada —con singular fortuna— por José Ortega y Gasset.

Según el autor de *La rebelión de las masas,* Goethe fue el heredero de una cultura histórica.

En cambio, el hombre del siglo XX da la impresión de ser un desheredado, sin pasado eficaz en el que apoyarse. Reflexioné en la necesidad de plantear a los miembros del Consejo de Filosofía y Ciencias Humanas esta pregunta, ya inaplazable: "¿Somos, en realidad, los primitivos de una civilización mecánica, o somos el puente tendido entre un humanismo limitado geográficamente —el grecorromano— y ese humanismo universal, sin cuyo advenimiento la paz no podrá construirse sobre la solidaridad intelectual y moral de la humanidad?"

Mientras meditaba sobre esos temas, volaba nuestro avión a través de una noche más breve que de costumbre. Hans Jacob, que iba a mi lado, no tenía sueño. Para distraerse, leía una revista, comprada probablemente en el aeropuerto de Nueva York. Le pregunté a qué hora llegaríamos a París. Él sabía, de memoria, todos los detalles de nuestro itinerario. Al escuchar su respuesta, le hice observar que aquella noche sería para nosotros, por la diferencia de horas entre América y Europa, una de las más cortas del año. Y le dije: —"¿Se ha fijado usted en lo absurdo que es continuar hablando, en nuestra época, de países 'orientales' y de países

'occidentales'? Cuando se alude a Francia, se piensa en una nación 'occidental'. Y, sin embargo, para quien sale de Nueva York, ir a Francia equivale a dirigirse hacia el sol naciente."

Por la prontitud de su tránsito, el avión nos señala la conveniencia de revisar muchas verdades que son ficticias. En un momento dado, todos estamos al Oriente y al Occidente de otros vecinos. La filosofía de la UNESCO tendría que ser la de un mundo en que el tiempo enseñase al hombre, a todos los hombres, lo que —día a día — enseña al piloto aéreo la rapidez.

XIV. EL QUINTO CENTENARIO DE LEONARDO. LECCIÓN DE UNIVERSALIDAD PARA LA UNESCO. VISIÓN DE VINCI. ABRIL EN NÁPOLES. EL ARTE DE ENVEJECER

Febrero y marzo fueron meses de trabajo bastante fértil. Avanzaba, sin excesivos tropiezos, la realización de nuestro programa. El director general adjunto, John W. Taylor (que había substituido a Walter Laves), no ofrecía la menor resistencia a mis decisiones. Parecía comprenderlas, las aceptaba y colaboraba lealmente conmigo. La ayuda de un hombre tan inteligente y tan hábil como René Maheu me era cada día más útil. Conocía a la perfección todos los mecanismos administrativos y técnicos de la UNESCO. Además, conocía muy bien mis exigencias y mis escrúpulos. Al lado de directores como Auger, Elvin y Thomas, la señora Myrdal —nombrada en 1951— se esmeraba por cumplir sus tareas al frente del departamento de ciencias sociales. Elocuente o lacónica, según lo requerían las circunstancias, tenía siempre a tiempo la respuesta o el documento que le pedíamos.

Nuestras publicaciones iban mejorando, en calidad y en presentación. Empezaban a llegarnos cartas de estímulo. Algunas de nuestras campañas interesaban al público, como la que emprendimos contra la crisis de papel que alarmaba tanto a los editores —y a los posibles lectores— de libros, periódicos y revistas. Varias de nuestras misiones de ayuda técnica habían tenido éxito en sus labores. Y debíamos empeñarnos por conseguir que resultasen igualmente fructuosas las reuniones internacionales que estábamos preparando: el seminario de estudios sobre el civismo internacional, que se efectuaría en Holanda, cerca de Utrecht; la conferencia de instrucción pública, que tendría lugar en Ginebra; la de artistas, anunciada en Venecia y la de los juristas que firmarían —en Suiza— la Convención Universal del Derecho de Autor.

Esos meses —febrero y marzo— eran, por otra parte, los últimos del año en que había yo cumplido cuarenta y nueve de edad. El 17 de abril, sería ya un cincuentón. Me parecía, entonces, esa palabra

dura como un reproche. Habiendo tenido, desde muy joven, responsabilidades que otorga a otros la madurez, la idea de que mi aniversario sería, muy pronto, un cincuentenario, no dejaba de preocuparme.

Afortunadamente, la necesidad de ir a Italia, invitado por el gobierno del presidente Einaudi, para celebrar en Vinci el quinto centenario del nacimiento de Leonardo, me hizo comprender —en todos sentidos— la inmodestia de mi angustiosa ansiedad vital. No hay existencias cortas o largas. Las hay logradas o malogradas. Algunos hombres de ochenta pueden vivir —mentalmente al menos— con tanto o mayor valor que muchos otros de treinta.

Lo esencial no es la extensión del tiempo que nos concede el destino. Más importante que esa extensión, es la profundidad de las horas de que el tiempo está hecho para nosotros.

Malo o bueno, a menudo mediocre, como quiera que sea, cada hombre es único. Nadie puede reemplazarlo del todo. De ahí que me empeñara en salvar lo fundamental de mi propio ser, amenazado —sin tregua— por el alud de la burocracia. De noche, al volver del trabajo, cuando no tenía que ir al teatro, a una cena o a alguna recepción oficial, me encerraba conmigo mismo. En nuestro departamento de la Avenida Foch, mi mujer me había reservado —entre tantos vastos salones, llenos de tapicerías, cuadros, espejos y muebles— una estancia pequeña, poblada de libros. Junto a la chimenea (decorativa, puesto que, en invierno, funcionaba muy bien la calefacción central) estaba una mesa que, a pesar de su antigüedad, resistió sin protestas el peso de los volúmenes y de los múltiples expedientes que fueron acumulándose sobre ella. Sentado frente a esa mesa releí a mis clásicos.

Eran aquellas horas una isla mágica: el único refugio que la vida exterior no alcanzaba a invadir del todo. Durante el día, a partir de las nueve de la mañana, estaba condenado a consejos, reuniones, acuerdos, visitas, cartas, circulares y llamadas telefónicas incesantes. En los corredores del Hotel Majestic, los empleados y las taquígrafas de la UNESCO me designaban como el “D. G.” Para

ellos, no era yo un hombre de carne y hueso, ni siquiera el propietario y el responsable de un apellido, sino una sigla, dos breves letras: las iniciales de

“director general”… En cambio, en la soledad de mi biblioteca, junto a mi lámpara, tenía derecho a pensar, a evocar, a ser. Hasta, en ocasiones, podía escribir. Y no solamente discursos para la UNESCO, sino apuntes acerca de las obras que consultaba, e, incluso, de cuando en cuando, ciertos poemas.

Diez años antes, en unión de varios amigos, había asistido a las sesiones de un grupo de espiritistas, en una casa próxima a Tlalpan. Se repetían allí con frecuencia —y con monótona imperfección—, en la sombra de un cuarto exiguo, algunos fenómenos luminosos. Los más crédulos les daban nombres de doctores ya fallecidos o de maestros inverosímiles. Una vez, el

“medium” empezó a hablar en la oscuridad. Algunos de los presentes lo interrogaron. Las respuestas que oímos fueron de tal manera necias que, cuando acabó la sesión, resolví no volver a otras. A esa comunicación con el “más allá”, era preferible cualquier lectura. Los

“espíritus” que podemos invocar (sin tinieblas ni complicidades impertinentes), por la sola virtud de un libro, nos dicen cosas más significativas.

Los maestros a cuya lección recurrí en la Avenida Foch, para olvidar —hasta donde fuera posible— los pequeños y grandes cuidados de mi oficina, no eran por cierto los fosforescentes fantasmas vistos en Tlalpan. Tenían nombres famosos. Se llamaban Cervantes, Shakespeare, Platón, Séneca, Pascal. Releí varias veces los *Pensamientos.* No olvido la impresión que me hizo —entre muchas otras— esta sentencia, que parecía inevitable exponer ante algunos de los delegados enfáticos de la UNESCO: “La justicia sin fuerza es impotente, y la fuerza sin justicia es tiránica. Hay que pugnar, pues, o por que el justo sea fuerte, o por que el fuerte sea justo”.

¡Noble Pascal! ¿De qué hubiera servido citar su frase entre tantos fariseos de la cultura?

Mis clásicos continuaban manteniéndose fieles a los principios de su enseñanza. Treinta años antes, cuando iba yo a cumplir veinte, había descubierto muchas de las verdades que sus palabras, de nuevo, me transmitían. Sin embargo, algo distinto nos proporciona siempre la relectura. Leer implica un diálogo silencioso. Y, en mis noches parisienses, lo comprendí: uno de los personajes del diálogo no había cambiado. Era el autor. Pero el lector había cambiado terriblemente. En consecuencia, había cambiado también el diálogo. Ciertas escenas o ciertas opiniones —que parecieron oscuras al joven de 1922— resultaban muy claras para el hombre de 1952. O, al contrario: lo que el aprendiz de escritor creyó asimilar fácilmente —porque se quedó, sin curiosidad, en la superficie de lo expresado — planteaba al director de la UNESCO

grandes enigmas. La experiencia y la edad le permitían advertir lo que había escondido el autor, bajo el cristal misterioso de algunos párrafos. Cervantes, por ejemplo, está lleno de abismos, imperceptibles en apariencia. A menudo, lo que dio risa al joven en las páginas del *Quijote,* obliga al viejo a verter lágrimas de piedad… Llegué, en aquellos días, a tal inconformidad frente a muchas mediocridades contemporáneas que, cuando alguien me preguntaba si había leído el último libro de tal o cual poeta, sentía ganas de contestarle:

—“No. Y, usted, ¿ha tenido tiempo de volver a leer a Shakespeare?”

Pero dejé a Cervantes, y a Shakespeare, para admirar un texto que —lo confieso— me era casi desconocido. Aludo a los *Cuadernos* de Leonardo da Vinci, traducidos al inglés por Edward Mac Curdy (quien dedicó a tal esfuerzo no pocos años de su existencia) y vertidos luego al francés por Louise Servicen, en edición a la que puso prólogo Valéry. Tuve la sensación de entrar en un universo de perspectivas inagotables. Nada había escapado al observador a quien conocen sobre todo los pueblos por la excelencia de su pintura, pero que no hubiese sido capaz de poner en lo que pintaba

tanta filosofía, de no haber llegado a la expresión plástica por un camino que le hizo investigar previamente los secretos más nimios del alma y los laberintos más intrincados de la Naturaleza.

Tal vez para precaverse de los curiosos, Leonardo escribió sus notas con caligrafía invertida. Estaban trazadas en forma de que sólo pudiese leerlas quien —conociendo la treta

— acudiera al auxilio de un buen espejo. A fin de dar al conjunto cierta unidad, el traductor clasificó por asuntos aquellas observaciones. Y estableció cincuenta capítulos, que van de la filosofía a la anatomía, de la fisiología a la historia natural, de la medicina a la óptica, de la acústica a la botánica, de la geografía a la geología, de la atmósfera al vuelo, de la pesantez a las matemáticas, de la hidráulica a la balística, de la luz a la perspectiva, de la escultura a la arquitectura y de la topografía a las profecías…

¿Qué campo del conocimiento no había explorado aquel hombre universal? En cada capítulo, encontraba yo de improviso fórmulas penetrantes. Citaré algunas de las que subrayé en el ejemplar que sigue ocupando sitio de preferencia en mi biblioteca. Éstas, por ejemplo:

“Nada pasa tan rápidamente como los años; pero quien siembra virtud cosecha honor”.

“Cuando creía aprender a vivir, aprendía a morir.” “La ciencia es el capitán, la práctica es el soldado.” “Ningún señorío mayor, o menor, que el que se ejerce sobre sí mismo.” “Si estás solo, serás todo tuyo.” “El pintor que dibuja gracias a la práctica y al juicio de sus ojos, sin recurrir a la razón, es como el espejo que refleja todas las cosas colocadas frente a él, sin conocerlas.” Y agregaré esta última, que parece una confesión: “Colmo de la desgracia: cuando la teoría sobrepasa a la obra”.

Ese, quizá, fue el drama íntimo de Leonardo. En su ambición de sintetizar el mundo, hubo de sentir muchas veces que el artista no

alcanzaría a cubrir todo el dominio abarcado por la mente del teorizante. De ahí su grandeza. Y de ahí, también, su constante insatisfacción.

Algunos de los colores con que intentó renovar la eficacia de su paleta lo traicionaron. Quiso proponernos, en la sonrisa de una elegante esfinge, el misterio profundo de la existencia. Y la Gioconda expresa —sin duda— mucho de ese misterio, pero no todo el que poseía la inteligencia de Leonardo. “Crear, construir, eran para él operaciones indivisibles del acto de conocer y de comprender”, apuntó Valéry. Sin embargo, aun aceptando esa tesis, ¿no cabría imaginar que, en Leonardo, el conocimiento resultó superior a la creación? Sus *Cuadernos* demuestran hasta qué punto fue su talento de mayor amplitud que sus producciones.

Se le ha comparado con Shakespeare y con Goethe. Pero, en Shakespeare, las pasiones dominan el equilibrio que, en Leonardo, constituye invariablemente una oculta ley. Y, en el caso de Goethe, el equilibrio logrado no siempre nos ofrece el don supremo de la sonrisa, de esa sonrisa enigmática y piadosa que contemplamos en los labios de las mujeres representadas por Leonardo: Santa Ana, la Virgen y Mona Lisa.

En esa sonrisa brota la flor más alta de una cultura. Parece, por momentos, que nos perdona. Sin embargo, no tardamos en percatarnos de que contiene algo más que un perdón visible: el consejo de que indaguemos nosotros mismos, honradamente, cuál es la culpa que semejante perdón absuelve, pero no ignora.

La lectura de los *Cuadernos* me incitó a buscar, en las biografías de Leonardo, una explicación plausible de su existencia. Los libros de Amoretti, Berence, Calvi, María Herzfeld y Lionello Venturi me brindaron datos valiosos, aunque no todos muy coherentes. El ensayo de Freud sobre “un recuerdo de infancia de Leonardo” me pareció demasiado insinuante para resultar convincente. La vida de un ser tan peculiar no cabe en la dimensión de una biografía o de un análisis psicológico, por detallada que estimemos la biografía o inteligente que sea el análisis.

Se ha insistido mucho en la circunstancia de que el autor de *La cena* fuera un bastardo.

Pero ¿no fueron también bastardos otros hombres ilustres de aquella época —y de muchas, más alejadas o más recientes? La legitimidad de la cuna no quita ni añade nada al destino del niño que en esa cuna mecen las manos de una mujer… El genio surge donde puede. Y, en la casa de su abuelo paterno, el pequeño Leonardo no se sintió, sin duda, ni más triste ni más dichoso que los hijos de otras familias consagradas por la ley y la religión.

Fui varias veces al Louvre. Más que el problema de la Gioconda, me cautivó —como me había ya cautivado, en 1929, cuando visité aquel museo en mi primer viaje a Francia—, la belleza del cuadro que representa a la Virgen entre las rocas. La armonía de las manos —de la Virgen, del Ángel y del Niño Jesús— me ha parecido siempre un milagro de símbolos constructivos, pictórico, arquitectónico y musical.

En cambio, frente a la Gioconda, no puedo aceptar —ni olvidar— los excesos verbales de Walter Pater. ¿Quién no ha leído ese texto célebre? “Más vieja que las rocas entre las cuales se halla sentada, ha muerto ya varias veces como el vampiro, y conoce el secreto de las tumbas… Como Leda, ha sido la madre de Helena. Y, como Santa Ana, la de María… Todas esas cosas, que no fueron para ella sino un son de liras y de flautas, sobreviven en las delicadas huellas que dejaron en su carne cambiante…” No coincido con Wilde en sus comentarios. No creo, en efecto, que tales elogios hubiesen parecido a Leonardo muy alejados de sus intenciones profesionales y de su interés por lograr determinada armonía de tonos verdes y azules. Imagino, más bien, que los habría juzgado inadecuados, porque, para su espíritu, toda exageración era síntoma de mal gusto.

La mayor cualidad de Leonardo fue su maestría para dar a la forma, en su manifestación más concreta, el valor de una abstracción materializada. Arte simbólico el suyo, como rara vez lo ha afirmado el hombre.

El hecho de asociarnos a la celebración de un artista de su categoría, representaba una lección necesaria para la UNESCO. Trabajábamos entre especialistas, dentro de un programa concebido en gran parte por delegados que sólo se interesaban en fomentar las especialidades que les habían brindado éxito. Recordé un incidente ocurrido en Florencia, en 1950. A la mitad de una sesión, los delegados concluyeron el examen del capítulo consagrado a las actividades educativas. El presidente de la Comisión del Programa creyó oportuno no interrumpir el debate. Y pasó, desde luego, al capítulo relativo a las ciencias exactas y naturales. Le sorprendió, entonces, la actitud de los miembros de la asamblea. Quienes con mayor entusiasmo habían combatido para obtener que no se enmendasen ciertas resoluciones, de consecuencias presupuestarias considerables, empezaron a oponerse sistemáticamente a todos los proyectos presentados por el Consejo Ejecutivo de la Organización. Nada de lo propuesto les parecía digno de que invirtiésemos ni un décimo de dólar en la obra que sería menester intentar para realizarlo.

¿Qué había acontecido? El presidente me consultó. Se daba cuenta de que aquellos señores, tan desdeñosos, no tenían idea de lo que estaban gozándose en demoler. Le sugerí que ordenara un receso. Y, tan pronto como los delegados volvieron a circular por los corredores, ufanos de haber ahorrado algunos millares de dólares en sólo quince minutos, sus colegas —

los especialistas en ciencias exactas y naturales— se alarmaron de lo ocurrido. En masa, penetraron en el salón y nos dijeron que juzgaban indispensable no reanudar las tareas sino en la tarde, para que pudieran estar presentes todos los encargados de discutir el capítulo

dedicado a los trabajos científicos de la UNESCO. Muchos de ellos, a esa hora, se hallaban dispersos en la ciudad… Por la tarde, cambió el ambiente de la asamblea. Vimos nuevos rostros. Oímos voces muy diferentes de las que habíamos escuchado a lo largo de la mañana.

En su defensa de las iniciativas estudiadas por el Consejo, los sabios resultaron más vehementes aún que los pedagogos.

He citado, como un ejemplo, lo sucedido en Florencia. Pero, de hecho, la UNESCO seguía frustrada por la especialización excesiva de los representantes gubernamentales designados para adoptar las resoluciones de su programa. El educador pretendía que todo se dedicase a la educación. El artista y el literato, que todo se destinase a la cultura. Y el sabio, que todo se eliminara, menos la ciencia.

Por algo, con irónica cortesía, el gobierno francés ofreció a la Conferencia, en cierta ocasión, un espectáculo oportunísimo: la representación de *Le Bourgeois Gentilhomme* en el escenario de la Comedia Francesa. El acto en que el rico monsieur Jourdain oye las loas que de sus propios oficios formulan el maestro de danza, el de música, el de esgrima y el de filosofía, hizo reír a los delegados. Parecía que Molière se estuviese burlando de ellos muy jovialmente. Por un momento, olvidamos que nos hallábamos en los palcos de un gran teatro.

Monsieur Jourdain encarnaba para nosotros, bajo su inmensa bata, el pobre presupuesto de la Organización. Los maestros que trataban de convencerlo daban la impresión de estar discutiendo nuestro programa. “La danza es la ciencia que mayor honra merece.” “La música ha sido reverenciada a lo largo de todos los siglos.” “Y yo sostengo que la ciencia de las armas es la más bella y la más necesaria de todas las ciencias”… ¿Declamaban los actores, o hablaban los delegados?

Ante la dispersión a que estaba orillando a la UNESCO la falta de convergencia en los propósitos de sus patrocinadores, era conveniente invocar la universalidad prestigiosa de Leonardo. Ser universal —según él lo entendía— no equivale a saberlo todo. Implica un esfuerzo de índole diferente: el de ejercitarse en percibir cada circunstancia desde el mayor número posible de puntos de vista, para encontrar así, en cada acontecimiento, la esencia que lo vincula con el conjunto del mundo. Cultura, ciencia y educación no

tenían por qué competir y rivalizar en el interior de nuestro programa. Al contrario. Debían unirse, concertarse fraternalmente, para asegurar a la humanidad una existencia mejor y a la persona humana un más armónico desarrollo. “Escribe sobre la naturaleza del tiempo, distinta de su geometría”, decía Leonardo. Nuestros “especialistas” no se afanaban mucho por acatar ese gran consejo.

Pero ¿cuántos intelectuales lo acatan hoy? En el mundo entero, la educación está siendo víctima de una lamentable y absurda antítesis. Ciencia y cultura —cada cual a su modo—

siguen rutas distintas y avanzan conforme a ritmos muy diferentes. El poder material que los descubrimientos científicos dan a los pueblos hace olvidar con frecuencia a los gobiernos —¡y a los maestros!— que semejante poder no será fructuoso, en definitiva, sin el apoyo de la cultura. Los jóvenes de la segunda mitad del siglo XX se sienten desamparados. Si eligen una

profesión de interés científico, suelen imaginar que la especialización —cada vez más rígida

— de sus programas de estudio los aparta de una general concepción sintética del hombre y del universo. Si acogen una carrera “humanística”, no saben qué harán después con el título que les dé la Facultad en que se inscribieron. Para muchos, el humanismo resulta casi un certificado de nulidad ante los requerimientos, cada día más apremiantes, de la existencia.

Entre los empleos que ofrecen la agricultura, el comercio, la industria, la banca, el servicio público, no siempre figura uno, que sería indispensable: el de consejero humano, el de guía moral. Es cierto: el psicólogo, el sociólogo y, más aún, el economista suelen obtener cargos en los que ponen a prueba sus aptitudes. Pero el filósofo, el helenista, el filólogo, el hombre de letras, tienen que triunfar por sí solos en una lucha que la vida premia —y no siempre — en el caso de muy pocos privilegiados: los de cualidades excepcionales. Incluso ese mismo triunfo rara vez entraña un éxito material, dentro de sociedades en que todo parece hecho para el

consumo. En tales condiciones, la competencia acaba por despersonalizar al individuo.

¿Cómo sorprenderse de las angustias que sufre ahora la juventud? Las agitaciones que inician —o que aprovechan— los movimientos estudiantiles son, en todas partes, una protesta, inconsciente o deliberada, contra el modelo prefabricado de sociedad que se les impone y que, lo mismo en las democracias capitalistas que en los sistemas de fórmula comunista, hace del hombre una oscura pieza, más o menos imperceptible entre los múltiples engranajes de una máquina de poder. El materialismo (inspirado en Marx u obediente a Wall Street) ha envilecido ideales que no eran sólo símbolos eminentes, sino fuerzas inapreciables de bondad y de afirmación.

Ante el terror de una vida mecanizada, fundada arbitrariamente sobre los resultados prácticos de la ciencia y el rigor de una tecnocracia desoladora, se vuelven tardíamente los ojos a los valores de la cultura. Y se pide, en América y en Europa, una reforma total de la educación. Pero ocurre que no se reforma efectivamente la educación sin reformar el orden moral y la jerarquía mental de la sociedad que la proporciona. Las carencias de las nuevas generaciones son el producto de nuestros múltiples egoísmos. Y, entre éstos, no hay que ignorar los de los grandes intelectuales que no quisieron examinar oportunamente —como lo proponía Leonardo— la *naturaleza* del tiempo, pues prefirieron estudiar sólo su *geometría.*

Fundir, en un haz de luz, las consideraciones de la ciencia y las razones de la cultura, he ahí la misión de la inteligencia en un mundo al que amedrenta la bomba atómica, pero que, en cambio, está cooperando incesantemente, desde hace lustros, para conseguir una desintegración más funesta que la del átomo: la de la unidad necesaria de la conciencia humana.

Porque la conciencia del hombre no puede estar proyectada sobre una sola perspectiva: la del progreso material, que busca incansablemente expansión mayor. Cuando hay jóvenes que

prohíben que se prohíba, lo que están pidiendo no es la invención de un caos. Lo que ansían —

y no saben cómo decirlo— es que, en nombre del orden, no se deforme la autenticidad del ser.

La libertad disminuye, a cada momento, hasta en las sociedades que más la exaltan en apariencia. Y no porque sean sus leyes buenas o malas, sino porque una fuerza mucho más imperiosa que la que emana de las leyes escritas oprime hoy a los hombres: la que los obliga a obedecer a lo que no entienden, para realizar lo que no desean. Se acusa a los Estados de tiranía. Y, en el fondo, cada Estado procede como el esclavo de un régimen colectivo en que los valores espirituales están perdiendo eficacia. Nunca nos habíamos sentido tan próximos de los astros —y tan distantes del hombre.

El lunes 14 de abril, llegamos a la “ciudad del lirio” mi esposa y yo. Nos dio la bienvenida el señor La Pira, síndico de Florencia. Encontramos, en el vestíbulo del hotel, a muchos amigos europeos. Entre ellos, a Julien Cain y a Charles Iucet. Me entristeció no ver al conde Jacini.

Se hallaba enfermo, en Milán. Le quedaban, desventuradamente, pocas semanas de vida.

Mameli no dirigía ya el departamento cultural del ministerio de Relaciones Exteriores de Italia. Desempeñaba el cargo de embajador ante el Vaticano. En su lugar, nos atendió el señor Migone. Era un funcionario muy diferente de su predecesor. En el restaurante, Mameli nos hubiese propuesto una ensalada de trufas blanca. Migone nos recomendó la “especialidad de la casa”: un platón de *spaghetti* a la boloñesa. El primero hubiera exigido al sumiller un *Chateau-Margaux.* El segundo optó por un *chianti,* por cierto no desdeñable.

Durante la sobremesa, comprobé que las diferencias entre los dos diplomáticos no eran exclusivamente gastronómicas. Mameli iba siempre al tema que le importaba por los caminos más imprevistos y

más sinuosos. Empezaba por hablar de una primavera en Amalfi, para concluir invitándome a meditar sobre las ventajas de ascender, lo más pronto posible, a un periodista italiano, reclutado por la Organización pocos meses antes. Migone “iba al grano”

directamente, sin eufemismos ni poéticas digresiones. Con el menor número de palabras, me dijo lo que opinaba acerca de mis proyectos. Comprendí, por lo que me dijo, que la delegación italiana no me sería de grande ayuda durante la próxima Conferencia. Estimé su franqueza, y tomé nota de sus observaciones.

Por la tarde, fuimos al *Ponte Vecchio.* El Arno seguía arrastrando su agua fangosa, que un poeta argentino hubiera calificado de “leonada”. Mi mujer adquirió varios camafeos. Yo compré una pitillera de plata, que durante años me acompañó. El “maggio fiorentina” no empezaría sino el 26 de abril, con la presentación de una vieja ópera de Rossini: *Armida.*

Estaba anunciado también un concierto sinfónico, que dirigiría Stokowski. Alguien me indicó que el “maestro” se encontraba en Ravello. ¿A qué teatro ir? Compré la revista de la semana.

No descubrí en ella nada muy atractivo. Recomendaba varias películas, casi todas americanas, tres o cuatro francesas y una, de Inés Orsini: *El secreto de Fátima.* Para los florentinos de

aquellos días, las “estrellas” en boga eran William Holden y Nancy Olson, Robert Young y Margaret Chatman, Susan Hayward y Gregory Peck.

Preferimos dar un paseo por la ciudad. Las plazas de Florencia no parecían, como hoy,

“estacionamiento”. Atronaban las calles algunas “vespas”, motocicletas de incómoda resonancia. Pero no tardaba en restablecerse el silencio nocturno. Y, en ciudad de tan alta estirpe, el silencio resulta una bendición.

El señor De Gásperi llegó durante la noche del lunes. A la mañana siguiente, descendió de su tren expreso el presidente de la República. Migone me acompañó a saludarlos. Ambos evocaron el mes de mayo de 1950, y me reiteraron su complacencia por la adhesión de la UNESCO a los festejos organizados en memoria de Leonardo.

Varios automóviles habían sido dispuestos para ir a Vinci. Seguimos al que ocuparon el presidente Einaudi y el jefe de su gobierno. En pocos minutos, llegamos a Anchiano. Allí se encuentra la casa natal del pintor. Restaurada muy cuidadosamente, tiene el aspecto —bajo sus limpias tejas— de una pequeña mansión campestre, como tantas existen, desde hace siglos, en la campiña pródiga de Toscana. Tres delgados cipreses ennoblecían su perspectiva.

¿Sería ésa, en efecto, la casa donde nació Leonardo? Muchos lo aseguraban. Algunos querían creerlo. Después de todo, historiadores y críticos habían coincidido en la conveniencia de reforzar el valor de una tradición, transmitida por la leyenda. El profesor Vené, superintendente de los monumentos artísticos de Toscana, nos explicó que la estancia en que vino al mundo Leonardo era la más antigua de aquella casa. Allí habían colocado ya las autoridades un busto suyo, de bronce, entre dos coronas de laurel, adornadas con los colores de Vinci —amarillo y rojo— y los de Florencia, púrpura y nieve. En la estancia vecina, el presidente depositó otra corona. Esa ostentaba sólo su nombre: Luigi Einaudi.

Antes de subir nuevamente al auto, quise ver el paisaje: el primero que Leonardo pudo admirar, de niño. La autenticidad de la casa era, tal vez, discutible. Pero la luz del cielo, la ondulación de las nubes y el suave y lento declive de las colinas no permitían la menor duda.

No sé si por obra de la estación —el sol de abril no es jamás demasiado intenso en esa región de Italia—, me pareció aquel paisaje tímido y melancólico. Los verdes se volvían azules con la distancia. Y los azules solían perderse, mucho más lejos, dentro de un gris brumoso, todavía crepuscular. Sin embargo, el estío y el

genio serían capaces de formar, con esos pálidos elementos, melodías pictóricas perdurables.

El cortejo oficial se detuvo frente al bautisterio de la iglesia de Vinci. En la pila —

reconstruida— el obispo de Pistoia, monseñor De Bernardi, iba a bautizar, frente a nosotros, al hijo de un empleado de la comarca, apellidado Spinelli. Tres nombres fueron impuestos al niño: el de Leonardo, como recuerdo del pintor; el de Luigi, por respeto para el presidente de la República, y el de Alcide, en honor al señor De Gásperi. Me pregunto, al escribir estas líneas, ¿qué estará haciendo —si vive, como lo deseo sinceramente— el joven Leonardo Luigi Alcide Spinelli, bautizado en la pila vinciana el 15 de abril de 1952? ¿Será digno de los

padrinos excepcionales que un centenario famoso le concedió…?

Nos dirigimos a la plaza de la Libertad. La encuadraban casas rectangulares, de pocos pisos, claras y alegres. En el edificio más importante estaba instalada una escuela. Junto a ese inmueble, habían erigido los empleados municipales una tribuna, donde ocupamos nuestros asientos. Ondeaban, a los lados de la tribuna, los estandartes de Vinci, Florencia, Venecia y Génova. Oímos, de pie, el himno de la República. Y dio principio la ceremonia.

El síndico de Vinci agradeció nuestra presencia. El subsecretario Marazzo hizo un elogio de Leonardo. En seguida, me dirigí al micrófono, para leer mi discurso. Su texto era bastante abstracto —y bastante largo. El italiano que hablo no ha sido nunca muy persuasivo. Tenía razones, por consiguiente, para temer que el público de la plaza se aburriese pronto de estar oyéndolo. En efecto, si la tribuna se encontraba poblada de intelectuales, autoridades, artistas y académicos extranjeros, eran obreros y campesinos los que atestaban materialmente la plaza de la ciudad. Por orgullosos que se sintiesen de Leonardo, veinticinco minutos de tedio inmóvil excederían —probablemente— sus facultades de tolerancia.

No se oyó, sin embargo, en ningún momento, el menor rumor. Campesinos y obreros soportaron mi alocución generosamente. Al concluirla, me aplaudieron —no sé si con efusión o por amistosa benevolencia. ¡Cuánta cultura demostraba esa cortesía!

Hizo luego uso de la palabra el señor De Gásperi. Se refirió al sortilegio de Vinci ("parvus sed non parvi nominis vicus") y aludió a la influencia que tuvo innegablemente la naturaleza toscana sobre la imaginación de Leonardo. Después de consagrar párrafos sustanciales a la necesidad de unir en lo sucesivo los valores de la cultura y los del moderno progreso técnico concluyó exhortando a sus compatriotas a hacerse merecedores de la herencia que hombres como Leonardo legaron a su país.

Su discurso terminó entre ovaciones y estremecimientos de hélices de aeroplanos. Porque la fuerza aérea de la República creyó oportuno escoger el instante preciso en que iba a acabar el acto para rubricar el cielo de Vinci con la estela ruidosa de sus motores.

Nos despedimos el miércoles 16. Y tomamos el rápido para Nápoles. Habíamos resuelto celebrar mi cincuentenario en la antigua Partenopea. Mi mujer no la conocía, y teníamos ambos mucho interés en descansar a la orilla del mar Tirreno. Nos alojamos en el Hotel Excélsior. Desde nuestra ventana, podíamos ver el "Castel dell'Ovo".

Popular, áspero y pintoresco; maloliente a veces, pero dorado —cuando no hay niebla—

por un sol que proyecta, en caliente sombra, el perfil de los edificios sobre las calles; vibrante de melodías que han rodado por los teatros de todos los Continentes; interrumpido a cada momento por el pórtico de una iglesia, por un trono con brillantes ornatos de cobre, para el turista que necesita de un limpiabotas, o por un tendido de ropa recién lavada y casi siempre

multicolor, Nápoles nos ofrece un ejemplo típico de lo que puede llegar a ser, cuando se descuida, una ciudad vigorosamente

mediterránea: crucero de lenguas y de costumbres, entre el Oriente del Bósforo y el Occidente de Gibraltar, tierra en que todo es posible y a toda hora, la lisonja y el fraude, el despotismo y la rebeldía, el llanto y la carcajada, el vicio y la santidad.

Estaba de moda en París, en aquellos años, una opereta —cuyo título habíamos visto en los periódicos: *Naples, au baiser de feu…* Nos pareció la frase poco dichosa. Aludía a la proximidad del Vesubio, que en ocasiones arroja fuego, pero no en besos. Lo más hermoso de Nápoles no se halla en Nápoles. Son admirables, en cambio, las playas y las montañas que la circundan. Desde lo alto del Posílipo, en una tarde muy clara, vimos el mar. Y, como me había ocurrido antes, en Aix-les-Bains, recordé el entusiasmo de Lamartine frente a la inmensidad de ese azul egregio.

Lo español, lo arábigo y lo africano, que —al mezclarse con lo nativo — dan a la ciudad un aspecto extraño y, en ocasiones, desagradable, desaparecen en el Posílipo. El aire que se respira parece venir de Grecia. Todo se purifica en aquella atmósfera. El paisaje resulta, más que la urbe, un testimonio de inteligencia. Las perspectivas se ordenan como los versos de las *Geórgicas.* Entre los árboles, adivinamos la túnica de Virgilio. Y sube del mar Tirreno un silencio que no corrompen ni los rasgueos más insistentes de las guitarras napolitanas.

El jueves 17 de abril, fuimos a Pompeya. Iba a pasar entre ruinas mi cumpleaños. Las que nos enseñó un “cicerone” —que se creía poligloto porque hablaba italiano en varios idiomas

— no me atrajeron rápidamente. Pompeya refleja un estilo de vida en que el refinamiento —

obtenido por el dinero— no disimula del todo la vulgaridad de algunos de los propietarios que hicieron de ella un lugar de placer y de distracción. Muchos detalles parecen burgueses en sus “villas” abandonadas. En la casa de los Vettii, nos enseñó el “cicerone” dos cajas fuertes.

Cada hermano tenía la suya. Dentro del gran salón, nos mostró los amorcitos pintados en las paredes: niños con alas, activos y maliciosos, el farmacéutico, el médico, el perfumista, juguetes para burgueses anteriores a la organización social de la burguesía, y emblemas para capitalistas que no habían inventado aún tesis capaces de “explicar” el capitalismo…

Prosperaban, sobre los muros, muchas glicinas. Por el camino, habíamos contemplado olivares espesos y largos campos de tomates y de alcachofas. No eran, por cierto, amorcillos con alas los encargados de aquellos campos, sino rudas mujeres de anchas espaldas, rostros broncíneos y fuertes musculaturas.

A poco de pasear por Pompeya, el desencanto inicial fue disminuyendo. Los dueños de muchas de aquellas “villas” pudieron padecer, en efecto, el mal de los nuevos ricos. Pero quedaban, en ciertos patios y en ciertos muros, huellas de un arte muy sugestivo y, en ocasiones, exento de fórmulas preciosistas. En la casa llamada “de los misterios”, me asombraron los murales dedicados al culto de Baco. El personaje de la dama sentada, que contempla los ritos, es modelo de precisión y de sobriedad. Sobre el rojo del fondo, su cuerpo

inmóvil y su semblante —donde la mirada, más que sorpresa, anuncia ya asentimiento—

atestiguan la maestría del pintor que la retrató.

Lo que observa esa dama —y lo que vimos también nosotros, aquel jueves de abril—

constituye un soberbio ejemplo del equilibrio que puede lograr la pintura cuando sabe el artista situar, sobre la unidad musical del fondo, la escultórica gracia de las figuras. Recuerdo ciertas presencias: la de una bacante vista de espaldas, esbelta y firme en su desnudez, y la de una muchacha arrodillada a los pies de una extraña sacerdotisa, que la está aleccionando probablemente para su próxima iniciación… De todos los rostros que allí admiré —y el de

Sileno es inolvidable—, el que más impresión me hizo fue el de una mujer aterrorizada, de ojos atónitos, pálida y muda ante quién sabe qué rito sacramental.

Visitamos las Termas, la “Basílica”, el Foro, el Teatro y las casas señaladas con los nombres del Fauno y de Salustio. Sin embargo, a pesar del “crescendo” impetuoso del guía (que decía “salire” cada vez que debíamos ascender, y “prego”, cuando quería que le aguardásemos) nada superó, en nuestro recorrido, la emoción recibida en la “casa de los misterios”. Lo único que hubiera podido igualarla, dentro de las manifestaciones del arte pompeyano, se hallaba en Nápoles. Eran los mosaicos que descubrimos, al día siguiente, en el Museo Nacional.

De Pompeya, fuimos a Paestum. El chofer del auto que la administración del Excélsior puso a nuestro servicio, conocía todas las curvas de la carretera y todos los procedimientos capaces de hacer subir, al término del viaje, el importe de la propina. Nos recomendó un restaurante, donde almorzamos —y no tan mal como hubieran podido hacérnoslo suponer los exagerados elogios de aquel “autista”. Sin esperar el café, pues se nos iba abreviando el tiempo, nos dirigimos al sitio que ennoblecen los monumentos de la antigua colonia helénica.

El patrono de Paestum fue Poseidón. A ese dios se atribuyó, durante siglos, el templo más importante de la comarca, que —según parece— fue consagrado a Hera. Aunque sin techo, yergue aún sus hermosas columnas dóricas y los remates clásicos de sus pórticos.

Al dejar Paestum, tomamos la carretera que sigue la línea ondulada del litoral. Pasamos por Amalfi. Visitamos su catedral, recorrimos el claustro del Paraíso y subimos —en ascensor

— hasta la terraza del antiguo convento en que está instalado el Hotel de los Capuchinos.

Desde la *loggia,* contemplamos el panorama: cielo, montaña y mar; luz transparente y áurea, como la miel; azul que, cansado de serlo tanto, parece que se destiñe en las velas de las embarcaciones que vuelven ya de Sorrento o van lentamente a Nápoles…

Regresamos al Excélsior al caer la noche. Pompeya, Paestum, Amalfi, Sorrento, Castellammare, la Annunziata, Portici, Torre del Greco, desfilarían durante meses en nuestra historia. Sus paisajes quedarían asociados, en mi recuerdo, a la fecha en que cumplí cincuenta años.

Mientras mi mujer se vestía para la cena, bajé a dar unos pasos frente al hotel. Había entrado, conscientemente, en la edad en que empieza a contar la tarde más que la aurora. Todo

lo que me esperaba, a partir de ese instante, sería un perpetuo adiós. Iría, vendría, trabajaría, como si nada se hubiese roto en el interior de mi fe en la vida. Pero algo, no obstante, se había roto. Y no de un golpe, según lo creen quienes viven pendientes del calendario, sino minuto a minuto y hora tras hora. Envejecer es un arte en verdad difícil. Tendría que aprenderlo.

Por lo pronto, continuaba la vida. ¿Cuántas cosas me habían dado cita en ese rincón de Italia? Hice el programa de lo que veríamos durante las cuarenta y ocho horas que podríamos pasar en Nápoles: el Museo Nacional, la Catedral de San Genaro, el Teatro San Carlos, la Iglesia de San Francisco de Paula, Capodimonte, la casa donde murió Leopardi… Y, al pensar en el poeta del *Canto nocturno de un pastor errante de Asia,* repetí sus versos: Nasce l'uomo a fatica.

Ed e rischio di morte il nascimento.

Sí, el que nace está ya empezando a vivir su muerte. Por eso el mejor consuelo de haber nacido no es el desistimiento, sino la decisión de afirmar cuanto somos, con plenitud.

Lo reconozco: volvería de tarde en tarde los ojos a mi pasado, según lo hago en estos momentos, como Orfeo los vuelve a Eurídice en uno de los relieves vistos en Nápoles, aun sabiendo que —en los Campos Elíseos de la memoria— quien mira lo que desea salvar del tiempo, ya lo ha perdido. Siempre es Eurídice nuestra historia. Y, en cierto modo, nos parecemos todos a Orfeo. Por querer rescatar del olvido a una sombra amada, la condenamos a perecer.

XV. EL PREMIO KALINGA. LA EXPOSICIÓN DE ARTE MEXICANO DE 1952. LA UNIVERSIDAD Y EL TALLER. LA EDUCACIÓN DE LAS MUJERES. UN SEMINARIO EN WOUSDCHOUTEN. LA CONVENCIÓN UNIVERSAL DEL DERECHO DE AUTOR. EL FESTIVAL DE EDIMBURGO. ARTISTAS EN VENECIA

Al regresar a mi despacho de la Avenida Kléber, recordé el refrán: “Ver Nápoles y morir”. En mi caso, bastaba cambiar un verbo: ver Nápoles… y seguir trabajando para la UNESCO. Todo se hallaba en espera de mi llegada: los primeros borradores del próximo informe anual; las pruebas de imprenta del que tendría que someter a la ONU, por conducto del ECOSOC; la selección de varios equipos de expertos para nuestras nuevas misiones de ayuda técnica; el texto de la declaración que debería formular con motivo de la entrada en vigor del convenio destinado a facilitar la circulación de objetos de carácter educativo, científico y cultural; el discurso que habría de leer en mi nombre —el 20 de mayo, en Bruselas— el representante de la UNESCO ante el XIII Congreso de la Unión Postal Universal; la alocución que pronunciaría yo en París, el 26 de ese mes, al inaugurar una importante exposición científica sobre el empleo de nuevos materiales para los laboratorios y las industrias, y los preparativos de una serie de exposiciones viajeras que llevarían —a

cuarenta y cinco países— buenas reproducciones de ciento cincuenta dibujos de Leonardo.

Pero no era eso todo. Un distinguido hindú, el señor Patnaik, había ofrecido a la UNESCO

mil libras esterlinas anuales para recompensar, cada doce meses, al sabio, al maestro o al escritor que hubiese prestado mejores servicios al mundo en nuestra obra de divulgación científica. El señor Patnaik figuraba entre los promotores de la Kalinga Corporation. Y el premio recibiría el nombre de Premio Kalinga. Convocamos a un jurado de tres personas: los señores Goran Liljestrand, de Estocolmo; Saha, de la Universidad de Calcuta, y Paul Gaultier, del Instituto de Francia. Austria, Francia, Holanda, Irán, Nueva Zelandia, el Reino Unido y la Unión del África del Sur presentaron los nombres de diez candidatos. El jurado escogió a Louis de Broglie, Premio Nobel ya, y —además— secretario perpetuo de la Academia de Ciencias francesa.

Para De Broglie, aquel honor resultaba extraordinariamente modesto. Sin embargo, tuvo el buen gusto de no rehusarlo. El padre de la mecánica ondulatoria era un hombre sencillo, con aspecto de Pierrot torturado por quién sabe qué íntimos arlequines. Parecía estrangularlo el altísimo cuello duro, “de palomita”, heredado probablemente de las tradiciones suntuarias de

sus abuelos. Le quedaban bastante holgados tanto los trajes que le vi usar cuanto las loas, más bien triviales, que sus discípulos le ofrendaban. El 26 de mayo, en la UNESCO, asistió al acto que organizamos para rendirle homenaje. Estaban presentes los miembros del Consejo Ejecutivo y el señor Patnaik. Expliqué al sabio francés la significación de la palabra Kalinga.

Fue el nombre de un gran imperio, gobernado —hace más de dos mil años— por el emperador Asoka. Tras de haber establecido su imperio con las armas, Asoka —horrorizado por la guerra— determinó no recurrir ya a la violencia y consagrar el resto de su vida a una labor pacificadora, de educación y de acción moral.

Divulgar los valores de la ciencia, como lo había hecho un investigador de la calidad del príncipe de Broglie, era —en cierto modo—

contribuir a la paz que deseaba Asoka. El príncipe dijo unas palabras de agradecimiento.

Recibió el cheque. Y nos dejó sorprendidos por su lacónica timidez y su rápida despedida.

El acto en honor de Luis de Broglie se efectuó al final de un mes durante cuyas semanas había tenido yo que alternar, con mis obligaciones como director de la UNESCO, mis deberes de mexicano residente en París. En septiembre de 1951, cuando estuve en México a fin de celebrar el cuarto centenario de nuestra Universidad, hablé extensamente con el licenciado Alemán acerca de la importancia que tendría la presentación del arte de nuestro pueblo en la capital de Francia. Sería costosa la exposición; pero daría al país múltiples rendimientos. Le interesó la idea. Y me dijo que iba a discutir el asunto con su secretario de Educación. Meses más tarde me enteré de que el esbozo de iniciativa se había transformado en proyecto y de que, muy pronto, el proyecto adquiriría realidad. Fernando Gamboa —héroe del “bogotazo”—

llevaría a París muchas piezas fundamentales, prestadas unas por los museos y proporcionadas otras por varios coleccionistas.

Gamboa llegó a París. Tras de ver a don Federico Jiménez O’Farrill, embajador de México, fue a visitarme. Me expuso su plan de acción. Lo encontré claro, preciso e inteligente.

Y me apresuré a facilitarle algunos contactos, que podrían favorecer sus gestiones. Se había pensado presentar la exposición mexicana en el *Petit Palais,* que dirigía entonces André Chamson, el conocido autor de *El pozo de los milagros.* Chamson tenía mucho interés en que nuestro arte fuese exhibido bajo su patrocinio. Pero sus concepciones museográficas y las de Gamboa resultaron incompatibles. Cada cual pretendía imponer un criterio propio. Y,

como en ambos era de bronce la voluntad, acabaron por no entenderse. Las gestiones hechas ante Cassou, del Museo de Arte Moderno, resultaron más positivas.

Así estaban las cosas, cuando un redactor del diario *Combat* —el señor Lamy-Pereire—

publicó en ese periódico algunas crónicas sobre México. Sin ser propiamente injustas, aquellas notas, por ligereza tal vez, podían suscitar ideas equivocadas respecto a nuestro país.

En vísperas de que se inaugurase oficialmente la exposición, convenía esclarecer los hechos, a fin de evitar interpretaciones erróneas o tendenciosas. Como director de una institución internacional, no podía yo intervenir personalmente en aquel asunto. Pero cultivaba relaciones en extremo cordiales con un noble amigo de México, Paul Rivet, fundador del Museo del

Hombre. Cierta mañana, lo encontré en el vestíbulo de la UNESCO. Le pregunté su opinión sobre los artículos de *Combat.* Los había leído y le habían contrariado profundamente.

Dos días más tarde, el 14 de mayo, me halagó descubrir —en las páginas de *Combat*— un comentario firmado por Paul Rivet. El fundador del Museo del Hombre protestaba con energía ante lo dicho por Lamy-Pereire. “México —afirmaba Rivet— es un pueblo que se lanza valerosamente hacia el porvenir, adoptando todas las concepciones modernas de la vida y del progreso, pero es igualmente un pueblo que respeta su pasado y que lo comprende y aprecia en toda su significación. Mediterráneos en una tierra nueva, los mexicanos le han dado el culto del humanismo… La Exposición Mexicana que abrirá sus puertas, dentro de pocos días, en el Museo de Arte Moderno, será el gran acontecimiento del año.”

Rivet era un hombre muy discutido, pero muy respetable y muy respetado. Sabio, ingenioso, activo —y, hasta a veces, difícil a fuerza de ser tan sabio, tan activo, tan ingenioso

— se había manifestado, durante la guerra, como partidario ferviente de la Francia encarnada por Charles de Gaulle. Cuando vino a México, en 1943, tuve ocasión de estimar los esfuerzos que hizo para establecer el Instituto Francés de América Latina. Amigo de nuestros mejores arqueólogos, conocía muy bien el mundo precolombino y sostenía en público sus doctrinas con la maciza tenacidad de un viejo y la ardorosa pasión de un joven.

Poco a poco, fueron reuniéndose en París muchos mexicanos. Llegaron escritores como Justino Fernández, Bernardo Ponce, Fernando Benítez y Arturo García Formentí. Y altos funcionarios, entre los cuales recuerdo a Carlos Chávez y a Manuel Gual Vidal. Se encontraban también, en la capital francesa, el arquitecto Marquina, Víctor Reyes, Daniel Rubín de la Borbolla, Jorge Acosta y Jorge Juan Crespo de la Serna. En compañía de Carlos Chávez, Gual Vidal fue a saludarme en la UNESCO. Me indicó que los asuntos relacionados con nuestra Organización estaban siendo

objeto de un cuidadoso estudio de parte de sus colaboradores, y me reiteró el ofrecimiento de continuar ayudando —en la medida de lo posible— al Centro de Pátzcuaro. Le anuncié que la UNESCO dedicaría un número de *El Correo* a la exposición mexicana. Publicaríamos un excelente artículo de Cassou, reproducciones de cuadros de Chávez Morado, Goitia, Guerrero Galván, Orozco, Rivera, Rodríguez Lozano, Siqueiros y Tamayo, así como también fotografías de los frescos de Bonampak, de la Coatlicue y de algunas figuras tarascas.

El 23 de mayo, el presidente Auriol visitó el Museo de Arte Moderno y recorrió los salones en que se hallaba instalada la exposición. Me cautivó su entusiasmo ante determinadas estatuas, urnas y estelas, que merecían sin duda aplauso, pero que requerían, para ser entendidas correctamente, cierto grado de iniciación y un profundo sentido estético. Vi también, en el Museo, al rector de la Universidad de París, a Jacques Soustelle, al director de la Radiodifusión Francesa, Vladimir Porché, a muchos embajadores latinoamericanos y, entre otras damas, a la viuda de Paul Valéry. Acompañaban al presidente Auriol el señor Marie, ministro de Educación, el licenciado Gual Vidal, el embajador Jiménez O'Farrill, Maurice

Schumann, Louis Joxe, Paul Rivet y, naturalmente, Cassou. Por la tarde, mi esposa y yo ofrecimos una recepción en nuestro departamento de la Avenida Foch.

Fue muy laudable el esfuerzo hecho. Se habían enviado a París más de seiscientas piezas o reproducciones de objetos precortesianos. Figuraban, entre tantos tesoros, el Adolescente Huasteco; una máscara maya, de Palenque; varias máscaras funerarias de Teotihuacán; la del dios Xipe Totec; el Luchador Olmeca; el Jorobado; el gran pectoral de Monte Albán; el Escriba; la cabeza de Ara, de Xochicalco; la del Caballero Águila; el Xiuhtecuhtli de Puebla; la Coatlicue de Cozcatlán —y, además, una reproducción de la gran Coatlicue del Museo de Antropología.

En la sección correspondiente al arte colonial, fueron presentados el retablo de la capilla del relicario de San José, del ex convento de Tepotzotlán; el busto de San Diego de Alcalá; una figura de San Sebastián; el retrato de sor Juana Inés de la Cruz; el del Conde de Gálvez y muchos santos y arcángeles estofados del siglo XVIII. El XIX se hallaba representado por varios retratos de Estrada y Hermenegildo Bustos y por tres soberbios paisajes de José María Velasco.

Como transición a lo moderno, Gamboa eligió muchos grabados de José Guadalupe Posada. Y, para dar testimonio del arte contemporáneo, ofreció al público parisiense más de cien obras de José Clemente Orozco, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y Rufino Tamayo.

Figuraban también telas del Doctor Atl, Julio Castellanos, José Chávez Morado, Francisco Goitia, Xavier Guerrero, Jesús Guerrero Galván, Frida Kahlo, Roberto Montenegro, Manuel Rodríguez Lozano, Juan Soriano, Alfredo Zalce, y grabados de algunos de esos pintores y de otros que no menciono, pues no podría insertar aquí todas las listas establecidas en el catálogo.

En pocos días, México llegó a ser el tema de muchas conversaciones y de no pocos artículos de periódicos. Fueron muy elogiadas las obras precortesianas y coloniales.

Interesaron, singularmente, las telas de Goitia, Orozco, Rivera, Rodríguez Lozano, Siqueiros y Tamayo. Algunos de los visitantes consagraron, en cambio, lo mejor de su tiempo a las secciones en que expuso Gamboa más de dos mil objetos de nuestro arte popular. Allí, según dijo un informador, parecía estar entallando un superrealismo nativo, “genio de un pueblo aficionado a los colores suntuosos y a las fiestas orgiásticas”. Alguien —creo que fue Sévard

— consideró oportuno citar a Elie Faure y referirse al encuentro que tuvieron en México, durante el siglo XVI, la más implacable de las razas europeas y las más implacables de las razas “exóticas”, la

crueldad de la religión de Torquemada en lucha con la crueldad de la religión de Moctezuma.

Sonreí de algunos comentarios, que pretendían ser perspicaces y que juzgué, sobre todo, ingenuos. Hubo quien me dijese muy seriamente que, por lo visto, en mi país, el estado normal del creador era el paroxismo. Escuché también críticas injustas. Los pintores de la “escuela de París” no aceptaban ser postergados por los de la “escuela de México”. Cierta señora, que

comulgaba frecuentemente en la catedral picassiana, encontró a José Clemente Orozco demasiado influido por Goya. Un librero me indicó que, a su juicio, Diego Rivera debía a su larga estancia en París el dominio técnico de su arte. Y los más jóvenes se quejaron de que fueran nuestros pintores, entonces, salvo Tamayo, tan adictos al arte “figurativo”… Pero México había alcanzado un espléndido triunfo. La autenticidad de nuestra manera de ser, de sentir y de actuar se impuso al público parisiense. Los funcionarios de la UNESCO que se acercaron a felicitarme no lo hicieron, sin duda, por mera adhesión de burócratas amistosos.

Pensé una vez más, al oírles, en la necesidad de instalar adecuadamente, en nuestro país, todas las riquezas del arte patrio. Mi viejo proyecto —frustrado en 1945— de erigir un gran museo nacional de antropología, tendría tarde o temprano que realizarse. Gracias a la comprensión del presidente López Mateos, la suerte me permitió verlo cumplido en septiembre de 1964, mes en el que inauguramos también el Museo del Virreinato y el de Arte Moderno.

Principió junio. El domingo 15, fui al castillo de la Brevière, a algunos kilómetros de Compiègne. En ese recinto (puesto a disposición de la UNESCO por una fundación sueca, el Instituto Branting), habíamos reunido a muchos delegados del mundo obrero, escogidos de acuerdo con la Federación Internacional de Sindicatos Libres. Era aquella nuestra primera experiencia de colaboración directa con representantes del trabajo no intelectual. Durante años, habían desfilado por los corredores, las salas y los despachos del Hotel Majestic, antropólogos y poetas, químicos y geólogos, historiadores

y economistas, biólogos y filósofos, museógrafos y sociólogos, artistas y educadores. Nos faltaba la ayuda de los obreros.

Teníamos vivo interés por conocer la opinión de los sindicatos. ¿Qué pensaban de nuestra acción? ¿Cómo podríamos serles útiles? Recordé el caso de Simone Weil, la escritora francesa muerta en Londres en 1943. Graduada a los veintidós años, dejó su cargo de profesora para entrar, como simple obrera, en la fábrica Renault. Allí, entre máquinas, aprendió lo que ninguna universidad hubiera podido enseñarle: el valor que tiene un minuto —

realmente puro— de silencio y de soledad, el precio que suele pagar el trabajador manual por cada instante de ensueño, de contemplación desinteresada y de fe en la generosidad de la vida.

La UNESCO hubiese debido hacer lo mismo que Simone Weil: ir a comprobar la verdad del esfuerzo humano en el interior de algunos grandes talleres, donde el trabajo forma estructuras

—y, con frecuencia, deforma hombres. Pero no podíamos intentar esa aventura internacional.

En 1952, hubimos de limitarnos a oír a los intérpretes oficiales de los obreros: líderes cautos, que veían a nuestros especialistas con cierta leve sonrisa, en la cual —por momentos—

prevalecía el respeto y, en otras ocasiones, no se disimulaba el desdén.

“El primero de los principios pedagógicos —había escrito Simone Weil— es el de que, para educar a alguien, niño o adulto, es necesario elevarlo a sus propios ojos. Y esto es cien

veces más cierto cuando el principal obstáculo, para el desarrollo, reside en lo humillante de las condiciones de vida”… en que se halla quien va a educarse.

No ignorábamos la dramática paradoja: la técnica es tan apta para oprimir como para emancipar. Los obreros tendrían que decirnos, con la mayor franqueza posible, cómo debíamos ayudarles para que el trabajo en serie no los despersonalizara. Si deseábamos construir el futuro de la civilización sobre la cultura de todos y en “la espiritualidad del trabajo”, resultaba inaplazable un diálogo libre entre los asalariados y los representantes de la inteligencia.

Aquella primera experiencia no nos brindó todos los frutos apetecidos. Nuestros agentes hicieron lo posible por acercarse a los delegados del mundo obrero. Éstos se empeñaron también por aproximarse al nivel de nuestros expertos. Pero, en el fondo, unos y otros hablaban distintas lenguas. Si alguien aprovechó, moralmente al menos, todo lo hecho durante las reuniones de la Brevière, ese hombre fue el que dirigía la UNESCO entonces. En efecto, pronto me di cuenta —con amargura— del abismo que han dejado crecer los gobiernos entre los intelectuales, que aseguran científicamente las bases de las grandes industrias modernas, y los hombres y las mujeres que colaboran en las fábricas, realizando ciertos movimientos mecánicos, isócronos y metódicos, repetidos a intervalos precisos, durante horas, para obedecer a un programa del cual ignoran no pocas veces los antecedentes, las causas, los móviles y los fines —como no sea, entre éstos, el incentivo de lucro de las empresas.

Se ha hablado mucho, en los últimos tiempos, de participación y de cogestión. Empresarios y obreros han de conocerse mejor, para entenderse mas claramente. ¿Qué duda cabe? Pero no basta que se conozcan. Urge que unos y otros sepan, en términos evidentes, para qué participan y por qué participan en una obra que sería imposible sin su recíproca ayuda. Todo ello supone una educación, socialmente adecuada, del empresario y de los obreros. Tanto la UNESCO como la Organización Internacional del Trabajo habrán de asociarse, cada vez más, para que los programas de enseñanza —y no aludo sólo a la técnica— puedan contribuir a esa educación.

Regresé a París, por la carretera. El bosque estaba en la gloria del verano. Millares de pájaros proclamaban aquella gloria con sus vuelos, con sus trinos. Y esos pájaros eran también —a su modo— obreros: obreros del día maravilloso, del bosque inmenso, del azul impoluto y de la luz que doraba las frondas húmedas de los árboles. Pero ¡qué diferencia entre la libertad de su hermoso oficio, de maestros cantores entre las ramas, y las condiciones de vida de aquellos que habían mandado, al castillo de la Brevière, a sus más locuaces representantes!

El 22 de junio, fue conmemorado el primer centenario de la muerte de Braille. Desde 1951, funcionaba ya —gracias a la UNESCO— el consejo mundial encargado de unificar el sistema de escritura en relieve inventado por el ilustre benefactor francés. En mayo de 1952, me había sido posible ordenar el envío a México de varias máquinas destinadas a constituir un taller donde un instituto de rehabilitación pudiera editar libros para los ciegos. Honrar la

memoria de Braille era, para mí, un positivo deber. Formulé, al respecto, una declaración que no pude leer en la Soborna, pero que dio a conocer el jefe de nuestro departamento de información de las masas, señor Schneider. Y no pude leerla personalmente, por haber tenido que ir a los Estados Unidos, a fin de presentar en Nueva York, al Consejo Económico y Social de la ONU, el informe anual de la UNESCO. En ese viaje —que duró pocos días— me acompañó mi colaborador más cercano, René Maheu.

Durante la primera semana de julio, estuve en Ginebra. Iba a efectuarse, en esa ciudad, la XV Conferencia de Instrucción Pública. El tema propuesto por el doctor Piaget era el de la educación de las mujeres. Lo aprobé desde luego. Me importaba mucho, en efecto, que la UNESCO dedicase a ese tema atención creciente. La mujer representa más de la mitad de la población del globo. Y, no obstante su papel decisivo en la formación de los niños, la proporción del analfabetismo es mayor entre las mujeres que entre los hombres. Por lo menos, así lo era en 1952. En cuanto a su nivel de instrucción (y no me refiero a su inteligencia, que suele ser muy aguda)

debemos reconocer que, en lo general, la sociedad lo descuida, o lo eleva muy lentamente.

Invoqué la autoridad de una feminista, a quien alguien, un día, le preguntó: —"Usted, que tan bien conoce lo que desea, ¿ha elegido ya su epitafio?" —"Sí", respondió ella inmediatamente: "Al nacer, era una mujer; al morir, era un ser humano." Esa fórmula debería figurar en todo tratado de educación. Por lo que concierne a la UNESCO, estábamos preparando varias publicaciones relativas a los métodos de enseñanza para la formación cívica de la mujer. Además, teníamos en proyecto un estudio acerca de las relaciones existentes entre la educación de las mujeres y sus condiciones de vida, económicas y sociales. Para ese estudio, habíamos escogido —en 1952— a cuatro Estados europeos en los cuales la mujer disfrutara ya de los mismos derechos cívicos otorgados al hombre: Francia, Noruega, la República Federal de Alemania y Yugoslavia. Nos proponíamos extender la investigación a otras regiones del mundo, tan pronto como la Conferencia General nos concediera los medios indispensables.

Un mes más tarde —el 4 de agosto— tuve la oportunidad de volver a Holanda. Había sido convocado, en Woudschouten, un seminario de estudio sobre la aplicación de métodos activos para enseñar a vivir en una comunidad internacional. La reina Juliana nos recibió en su palacio, cerca de Utrecht. Conversó con nosotros amablemente. Le interesaba el tema del seminario. Le agradaba —si no me engaño— que la escuchasen, con respetuosa atención, tantos educadores del mundo entero. Su esposo, el príncipe Bernardo, se hallaba ausente.

Pero, con la naturalidad más conmovedora, la reina nos hizo visitar algunos salones de su palacio y nos retuvo, por breves instantes, en la estancia dedicada a los juegos de sus hijas, que tenían entonces muy pocos años.

Al agradecerle su deferencia, le manifesté cuántos recuerdos tenía de Holanda. Había pasado, en La Haya, dos breves temporadas como encargado de negocios de México. No

olvidaba, por otra parte, la amabilidad con que las autoridades holandesas me atendieron cuando fui a Ámsterdam y a Leyden como director de la UNESCO, en 1949. La reina me hizo algunas preguntas acerca de mi país. No recuerdo, con exactitud, cómo las contesté. Pero de lo que estoy seguro es de que ni ella ni yo imaginamos aquella tarde que, doce años después, volveríamos a encontrarnos en México, donde me fue muy grato acompañarla, junto con su esposo, en su recorrido por la zona de Teotihuacán.

Ochenta profesores, procedentes de América, Asia y Europa, se habían inscrito en los registros del seminario. Dirigía el trabajo el doctor Beeby. El problema sometido a los maestros era el siguiente: ¿cómo enseñar —no con discursos, sino con hechos— la práctica de un verdadero civismo internacional?

Nos encontramos en una época en que no es posible ilustrar al adolescente acerca de sus deberes cívicos nacionales, sin explicarle que la solidaridad internacional le impone muchas otras obligaciones, como parte que es del género humano. Cada uno de nosotros pertenece a un país, el suyo, y tiene para con él compromisos indeclinables. Pero cada uno de nuestros países se ha comprometido, a su vez, a una serie de actos y de medidas sin cuyo cumplimiento la seguridad y el progreso de todos se verían amenazados constantemente.

Según dije a los miembros del seminario, no creo en las virtudes que empequeñecen. El hombre que, por amor a su país, desprecia a su ciudad natal, no quiere ni a su ciudad ni a su país. Y el que, por una supuesta devoción a un orden internacional cualquiera, traiciona a su patria, no quiere en verdad ni a su patria ni al orden internacional que trata de enaltecer.

Antes de despedirme de los educadores congregados en Woudschouten, les rogué que dedicasen particular atención a seis puntos, de primordial importancia para nosotros: cómo explicar a los educandos la diversidad de modos de vida de los pueblos más diferentes; de qué manera proporcionarles una idea clara acerca de la interdependencia histórica que existe entre las naciones; por qué

motivos es un deber de todos los Estados cooperar en la organización de la paz mundial; cuáles serían los métodos convenientes para afirmar en las nuevas generaciones el deseo de aportar un concurso efectivo a la acción que con tal propósito desarrollasen los pueblos; de qué medios podrían valerse los profesores con objeto de suscitar, en la juventud, plena conciencia de sus responsabilidades ante la colectividad internacional, y qué normas pedagógicas eran aconsejables para estimular en el niño sanas disposiciones con respeto a la sociedad, a fin de obtener una mejor comprensión y una mayor cooperación internacionales.

Nuestro propósito más profundo era el de pasar, de la paz que se gana por la fuerza, a la paz que se afirma por la razón.

Tras de hablar con los trabajadores manuales y con los maestros de civismo internacional,

tuve que dedicar varias semanas a la preparación de dos asambleas: la Conferencia sobre el Derecho de Autor y la de artistas y hombres de letras. Aunque distintas en su planteamiento y por la índole de los delegados que participarían en sus labores, ambas reuniones coincidirían en un propósito: el de asegurar al creador intelectual condiciones de vida espiritualmente más libres y materialmente menos precarias. La primera se efectuaría en Ginebra, a partir del 18

de agosto. Y la segunda celebraría su sesión inaugural, en Venecia, el 22 de septiembre.

De acuerdo con su Acta Constitutiva, la UNESCO debía velar por la protección del patrimonio cultural del género humano. Para ayudar a la conservación de algunos monumentos

—que amenazaban ruina— habíamos formado ya misiones de consejo y ayuda técnica. Pero el patrimonio cultural de la humanidad se enriquece, día tras día, con nuevos libros, nuevos cuadros, nuevas estatuas, nuevas investigaciones y nuevos inventos.

Proteger los derechos de los creadores era, para la UNESCO, un deber no menos imperioso que el de proteger la herencia estética y científica del pasado. De ahí que nuestra Organización hubiese sostenido, ante la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, la inserción —en la Declaración Universal— del segundo párrafo del artículo 27, el cual proclama que “toda persona tiene derecho a la protección de los intereses morales y materiales que le correspondan por razón de las producciones científicas, literarias o artísticas de que sea autora”. Y de ahí que, personalmente, hubiera insistido yo —ante la misma Comisión, reunida en Ginebra— sobre la conveniencia de incluir, en cualquier proyecto de pacto acerca de los derechos del hombre, el deber que incumbe al Estado por lo que atañe a la amplitud y a la validez de esa protección.

Nos importaba afirmar el derecho de autor, tanto como un acto de justicia para los sabios, los escritores y los artistas, cuanto como una medida orientada a facilitar los intercambios —

de nación a nación— en el dominio de la cultura. La piratería no favorece esos intercambios.

O los favorece, tan sólo, de manera ilícita e inmoral. Era evidente para nosotros, por otra parte, que la desigualdad de la protección impartida en los diferentes países a los autores y a sus obras, y la diversidad de las legislaciones nacionales y de los acuerdos internacionales constituían temible obstáculo para la circulación de las ideas y, consiguientemente, para el progreso de la educación, la ciencia y la cultura.

El problema había sido considerado por el Instituto de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones. Bélgica llegó a tomar la iniciativa de una conferencia intergubernamental que pudiese adoptar un convenio de proporciones ecuménicas. Pero la conflagración desencadenada en 1939 anuló semejante propósito. Por tanto, la cuestión subsistía. ¿Cómo asociar a todos los Estados en la aceptación de un texto que aliase los compromisos establecidos por la Convención de Berna y las obligaciones contraídas por las repúblicas americanas en virtud del Tratado de

Montevideo, la Convención de Buenos Aires sobre propiedad literaria y artística y la de Washington?

Durante años, luchamos a fin de que un grupo de expertos preparase un proyecto de

convención digno de interesar a los gobiernos representados en la ONU. Colaboraron en aquella tarea un abogado francés, el señor François Hepp, un especialista de origen húngaro, el señor Arpad Bogsch y un panameño muy competente, el señor Juan O. Díaz Lewis. Nuestro consejero jurídico, el señor Saba, de nacionalidad egipcia, nos prestó igualmente valiosa ayuda.

Fue lenta la redacción, porque los firmantes de Berna veían con desconfianza el convenio de Washington. Por su parte, el gobierno de los Estados Unidos ponía condiciones para suscribir un nuevo acuerdo internacional y los países latinoamericanos no demostraban todos mucho interés por admitir obligaciones distintas de las fijadas ya en Washington.

El proyecto alcanzó cierto grado de madurez en 1951. Durante la Conferencia General, reunida ese año en París, un comité formado por delegados de veinticuatro gobiernos lo revisó, y me hizo entrega de un texto que sometí desde luego a los Estados, fueran o no miembros de la UNESCO. Ese era el documento que iba a servir de base para las discusiones de Ginebra.

Existían dos conceptos jurídicos diferentes. Para muchos, el derecho de autor implicaba una propiedad *sui generis,* referida a un objeto inmaterial incorporado a la persona del autor, del sabio o del artista. Para otros, se trataba tan sólo de un privilegio otorgado por la ley, o —

si se prefiere decirlo así— de un salario concedido al trabajador intelectual.

Nuestra conferencia inició sus labores, en Ginebra, el 18 de agosto de 1952. El consejero federal, señor Petitpierre, hizo todo lo

necesario para que Suiza recibiese con eficacia a los delegados. Trabajamos en el Palacio Electoral. Fue electo, para presidir la asamblea el señor Plinio Bolla, eminente jurisconsulto suizo. Al inaugurar la conferencia, expliqué a los representantes de los gobiernos cuáles habían sido las razones de nuestro esfuerzo. Al referirme a la Declaración Universal de Derechos Humanos subrayé la importancia que habían tenido, en su época, la determinación norteamericana —de 1786— según la cual "ningún bien pertenece más estrechamente al hombre que el que produce con el trabajo de su espíritu", y la afirmación francesa respecto a que "no considerar un descubrimiento como propiedad de su autor sería atacar en su esencia a los derechos del hombre".

A fin de exhortar a los delegados a buscar una transacción entre los dos criterios a que aludí en párrafos anteriores, les manifesté que, en un siglo como el nuestro, tan mecanizado y tan desdeñoso de cuanto no sea instrumento práctico de dominio, era más necesario que nunca suscitar y salvaguardar la invención genuina, el culto desinteresado del arte y del pensamiento; en resumen, los valores de la creación.

Poco tardaron en hacerse ostensibles las diferencias. El director de la Biblioteca del Congreso de Washington, Luther Evans, señaló el hecho de que su país aplicaba un sistema de control muy distinto del que se practicaba en Europa, y expresó el deseo de que la Convención Universal pudiese obtener, por la flexibilidad de sus normas, la participación efectiva del mayor número de naciones. En nombre de Suiza, el señor Hans Morf hizo un elogio entusiasta

del texto de Berna. En igual sentido —y con mayor calor— se pronunció el delegado de Francia, señor Marcel Plaisant. Muy diferente fue, en cambio, el tono del delegado de México, mi amigo Germán Fernández del Castillo. México acudía a Ginebra sin ningún propósito partidista. Sentía, como lo sentíamos todos, la necesidad de proteger debidamente al autor; pero no hasta el punto de olvidar que, si no se limitara con el tiempo esa protección, podría

perjudicarse a los pueblos, sin más provecho que el de los herederos —remotos— del escritor, del sabio o del artista.

No asistí al final de la conferencia, que concluyó el 6 de septiembre. Sin embargo, por mis charlas con los miembros de muchas delegaciones, lo comprendí: el texto que acabaría por aprobarse resultaría lo suficientemente elástico para permitir que, además de la Convención Universal, subsistiera el acuerdo de Berna y continuaran en ejercicio los interamericanos. En efecto, dentro del plazo de ciento veinte días fijado por la asamblea, firmaron la convención representantes de cuarenta Estados, entre los cuales México. Muchos tardaron en ratificar el documento. Y éste sólo pudo entrar en vigor el 16 de septiembre de 1955.

La URSS —que no participó en los debates ginebrinos— no ha suscrito, hasta ahora, la Convención. Los Estados Unidos sí la firmaron, y estudiaron incluso la posibilidad de iniciar determinadas enmiendas en su legislación sobre el “copyright”. México hubo de revisar, en 1956, su ley relativa al derecho de autor. En 1957, como embajador en Francia, entregué a Luther Evans, mi sucesor en la UNESCO, el instrumento de ratificación autorizado por la cancillería mexicana. ¡Ironía del destino!… El antiguo director de la Biblioteca del Congreso, que —como delegado de los Estados Unidos— suscitó tantas dificultades a los juristas europeos congregados en Ginebra, recibió aquel instrumento precisamente de manos de quien, por haberlo precedido en la dirección general de la UNESCO, pudo medir, cinco años antes, el peligro de que tales dificultades frustrasen nuestra intención de universalidad. 1

Ahora bien, desde el punto de vista jurídico, la universalidad no se logra —en nuestra época— sino dentro de márgenes administrativos y técnicos muy estrechos. Cada país piensa ante todo en sus intereses. Eso ocurrió en Ginebra. Ante la renuencia de muchos Estados que no deseaban contraer deberes tan específicos como los señalados en Berna, la Convención Universal tuvo que concretarse a sostener la necesidad de la protección que merece el autor, y definir esa protección dentro de límites relativamente

modestos, sobre la base de tres consideraciones generales: la adopción del principio del trato nacional, la asimilación del autor extranjero a los nacionales y la reducción progresiva de las formalidades existentes.

Resultó impracticable tender un puente sólido entre el sistema interamericano y el de Berna. Pero se consiguió cuando menos que al lado de esos sistemas, de valor geográfico restringido, se abriese a todos los pueblos del mundo un régimen internacional que tomara en cuenta, sin distinción, el derecho de los creadores intelectuales. Esperemos que la paz, la evolución económica de los países menos desarrollados, y la comprensión jurídica de todas las grandes potencias, permitan pronto un nuevo acuerdo mundial. Sólo así podría elevarse el

nivel protector aprobado en Ginebra.

Tres semanas faltaban aún para que principiase, en Venecia, la conferencia de artistas y de escritores. El Lord Provost de Edimburgo, señor James Miller, me había visitado —en París

— a fin de invitarme a ir a la capital de Escocia durante el Festival de Música y Drama que ha adquirido tan justa reputación. Sería un viaje corto, de cinco días a lo sumo. Acepté. Y, el 2 de septiembre, mi esposa y yo tomamos —en Le Bourget— el avión para Londres. De Londres, seguimos hasta Edimburgo. Nos esperaban, en el aeropuerto, con la representación del Lord Provost, el señor y la señora MacKay. Recorrimos algunas millas en automóvil… Y nos alojamos en el hotel en que las autoridades municipales solían hospedar a sus invitados.

El Festival se hallaba en su apogeo. Oímos —en el Freemasons' Hall— a la orquesta de cámara de Stuttgart. Sus integrantes nos ofrecieron una admirable versión del sexto concierto brandeburgués de Bach, cinco piezas de Hindemith y las *Arias de Corte* de Respighi. Dentro del amplio recinto del salón de asambleas de la Iglesia de Escocia, asistimos a una representación de *Romeo y Julieta,* organizada por el Old Vic. Vestidos con pintorescos trajes de

estilo renacentista, actores transformados en diestros espadachines saltaban entre las sillas ocupadas por los espectadores, blandiendo aceros que esgrimirían en duelos rápidos y precisos al subir a la plataforma donde luchaban ya partidarios de Capuletos y de Montescos.

Decorados, trastos y muebles evocaban los sitios en que la historia de los infortunados amantes se desarrolla: una plaza pública de Verona, un salón en la casa de Capuleto, un jardín, la ventana ilustre, la celda de fray Lorenzo, la alcoba de Julieta, una calle de Mantua y el cementerio. Por delgada, sonora y frágil, la voz de la actriz que interpretaba el papel de Julieta era un hilo mágico de cristal. Parece que estoy escuchándola aun cuando modulaba la inolvidable estrofa del tercer acto:

Wilt thou be gone? It is not yet near day;

is was the nightingale, and not the lark

that pierc'd the fearful hollow of thine ear;

nightly she sings on you pomegranate tree.

Believe me, love, it was the nightingale…

Pero todos los espectadores sabían que la aurora había principiado ya, y que no era el canto del ruiseñor, sino el de la alondra, lo que estaba oyendo Romeo…

Nunca me había sido dado escuchar a Shakespeare en ambiente como éste, y apreciar la musicalidad de su idioma en gargantas tan afinadas y tan certeras. He olvidado el nombre de la actriz a la que he aludido. ¿Que importa, ahora? Aquella inglesita de largas trenzas, ademanes sutiles y gemidos de tórtola enamorada, no podía llamarse sino Julieta.

A la mañana siguiente, dispuso el Lord Provost que los señores McKay nos llevaran al

viejo castillo, corazón histórico de Edimburgo. Sobre una roca, a más de cuatrocientos pies de altura, alza torreones, murallas y barbacanas: toda la utilería trágica medieval. Nos sorprendió la oración silenciosa de una abadía que recuerda a la reina Margarita, mujer de Malcolm, santificada por sus virtudes.

Una calle, que ostenta diversos nombres y que, al acercarse a Holyrood, adquiere el de Canongate (pues la puerta de otra abadía, que daba allí, servía para la entrada de los canónigos), conduce del antiguo castillo hasta el palacio de María Estuardo. Esa vía une dos épocas de Edimburgo: el siglo XI, en el que vivió y murió Santa Margarita, y el XVI, durante el cual reyes y reinas sin aureola se instalaron en Holyrood. En éste, nos enseñaron los guías el pequeño salón comedor donde, en 1566 —y probablemente por ordenes de Darnley— fue asesinado Rizzio, favorito italiano de la viuda de Francisco II… Dura historia la de Edimburgo. Tan dura como la piedra de Craileth, con que están hechos los edificios más venerables de la ciudad.

Por la noche de nuestro segundo día en Escocia, asistimos a un espectáculo popular: el *tattoo,* o sea la hora de la retreta. “Sonido y luz”. Fuertes reflectores iluminaban las torres y las murallas del castillo de la Edad Media. Eso, por lo que respecta a la luz. En cuanto al sonido, no pudimos quejarnos de que faltase.

Tambores y gaitas nos aturdieron. Unos y otras marcaban el paso de altos soldados con gigantescos bonetes negros, blancas polainas y cortas faldas de lana a cuadros, en que el rojo alternaba con el azul, el verde o el amarillo. Algunos de esos autómatas llevaban, de los hombros a la rodilla, pieles de leopardo. En hileras de doce, desfilaron todos por la explanada. Lo hicieron con tan metódica majestad y tan rítmica lentitud, entre los gritos de tan férvida muchedumbre, que no supimos, de pronto, qué apreciar más: si la marcial disciplina de los soldados o el entusiasmo del público vocinglero.

Bajo la noche —húmeda y fresca, pero no fría—, mientras contemplábamos el desfile, pensaba yo en la complejidad de las

tradiciones de un pueblo como el de Escocia. A mediodía, nos había invitado a comer, en Dalmeny House, la señora Rosebery. Asistió también el señor Massigli, embajador de Francia en la Gran Bretaña. Todos los placeres de la buena sociedad europea parecían estar presentes en aquella mansión. Salones elegantemente amueblados. Ricas alfombras. Finos servicios de porcelana, retratos de época, dentro de marcos sobre cuyos límpidos vidrios se reflejaban sin duda, al amanecer o con el crepúsculo, sobrios paisajes: los que encuadraban los rectángulos claros de las ventanas. Las damas no ostentaban sino una parte discreta de la cultura y las joyas que poseían. Y, en los rostros de los señores, a la hora ritual del *whisky,* el estoicismo se hacía epicúreo, por cortés concesión para el extranjero.

Todos nos recibieron con la naturalidad más experta y más deportiva. Alguien pareció sorprenderse un poco, en determinado momento, de que cometiese yo la imprudencia de hablar de Shakespeare, al referirme a la representación de *Romeo y Julieta.* Frente a un *high ball,* el

más poético de los escoceses no se permite —en ocasiones como ésa— temas tan “literarios”.

Las veleidades del tiempo, el salmón, la pesca, la proximidad del otoño y los azares de una cacería afortunada son —en Edimburgo— asuntos más favorables para “entrar en materia” con ciertos desconocidos. Y no eran, por supuesto, aquellas personas ajenas al refinamiento social que las rodeaba. Al contrario. Habían leído tantos libros, visto tantas exposiciones, escuchado tantos conciertos y visitado tantos museos que consideraban pedante hablar de lo que sabían.

Para un súbdito fiel de Su Británica Majestad la verdadera elegancia debe ser invisible —en la plática y en el traje.

Después de la recepción en Dalmeny House, dimos un paseo por *Princes’ Street.* Nos detuvimos frente al monumento erigido en honor de Walter Scott. ¿Cómo era posible que la misma ciudad —

donde citar a Shakespeare, en una comida, resultaba indelicadeza de *scholar* impertinente— consagrase a un célebre novelista homenaje público tan notorio, tan elaborado y de tan góticas remembranzas?… De contradicciones como ésa está hecha (para delicia del visitante) la mente insular del anglosajón. Y no sabría apreciarla, en todas sus capacidades de orgullo, tacto, benevolencia y respeto para la soledad intangible de cada ser, quien no entendiese tales contradicciones y las juzgara con excesivo apego a la lógica de Descartes.

Al día siguiente, tuve oportunidad de advertir otro testimonio de la complejidad de la vida escocesa. Nos recibió el hijo del mariscal Douglas Haig, en su casa de campo, a varios kilómetros de Edimburgo. La mañana se había nublado, y no pudimos disfrutar sino brevemente de las praderas de Bemersyde. Ningún mayordomo nos atendió. El hijo del conde había hecho preparar un ligero almuerzo. Nos lo sirvió personalmente, junto a la chimenea, en un pequeño salón donde recordamos al gran militar a quien nuestro huésped debía, además de la vida, el título, la fortuna y acaso hasta la vocación de pintor —que practicaba a sus horas, con democrática sencillez. En sus tareas de dueño de casa, le acompañaba una hermana suya.

Abdicaron ambos de su modestia para enseñarnos las colecciones más importantes del mariscal: retratos, diplomas, mapas, uniformes, cartas y condecoraciones… Eran aquellos objetos las reliquias de una familia que —sin jactarse de nada en ningún momento— tenía plena conciencia de la gloria de su pasado y de la grandeza de su país.

En septiembre, me trasladé a Venecia. El 22 de ese mes, principiaría allí, en el Palacio Ducal, la Conferencia Internacional de Artistas. Figuraban, en la mesa directiva, el italiano Ildebrando Pizzeti, como presidente, y, como vicepresidentes, la chilena Gabriela Mistral, el sueco Haakon Ahlberg, el suizo Le Corbusier, [2] el hindú M. N. C. Mehta, el francés Jules Romains y el inglés Graham Sutherland. Thorton Wilder, norteamericano, actuaría en

calidad de relator. Y desempeñaría las funciones de secretario general —con magistral destreza, por cierto— el italiano Vittore Branca.

Cinco comités de trabajo fueron constituidos: el de artes plásticas, presidido por Paul Visher; el de cinematografía, encabezado por Alessandro Blasetti; el de literatura, cuya dirección quedó a cargo de Stephen Spender; el de música, confiado a la autoridad de Francesco Malipiero, y el de teatro, encomendado a Jules Romains. Diversos escultores y artistas habían sido designados para exponer los temas fundamentales. Giuseppe Ungaretti debería referirse al artista en la sociedad moderna; Marc Connelly, al teatro; Blasetti, al cinematógrafo; Honegger, a la música; Taha Hussein, al escritor; Lucio Costa, al arquitecto; Henry Moore, al escultor; Jacques Villon, al pintor, y Georges Rouault al derecho de los pintores sobre sus obras. No puedo precisar cuántos de aquellos expositores enviaron sus textos a Venecia y cuántos los presentaron personalmente.

André Lhote dirigió el comité de organización. Y aceptaron que apareciesen sus nombres en la lista, del comité de honor: Patrick Abercrombie, Benedetto Croce, Ugo Betti, Alexander Calder, William Gropius, Karl Jaspers, Fernand Léger, Lin Yutang, Thomas Mann, Henri Matisse, Darius Milhaud, Eugene O'Neill, Igor Stravinski, Rufino Tamayo, Heitor Villa Lobos y Franck Lloyd Wright.

La empresa era ardua. Dieciocho años antes, el Instituto de Cooperación Intelectual de la extinta Sociedad de Naciones invitó también a escritores y artistas a discutir —en Venecia, precisamente — acerca del arte y la realidad y, como consecuencia lógica, acerca del arte y el Estado. Desde 1934, no se había efectuado, en el plano del arte, una reunión de carácter tan general y propósitos tan concretos.

Treinta y cinco naciones, y nueve asociaciones internacionales, estaban representadas en el Palacio Ducal. Subimos por la escalera "de los gigantes", entre Marte y Neptuno, obras de Sansovino. El dios de la guerra y el dios del mar habían sido muy generosos para Venecia en otras épocas de su historia. Pero poco podía la ciudad

esperar de ellos en 1952. Su presencia resultaba casi anacrónica. Parecían querer decir a los escritores y a los artistas que los miraban cómo, con las edades, cambian los símbolos —y hasta qué punto son vulnerables las civilizaciones y sus proezas.

Atravesamos corredores con ventanas y balaustradas hechas de encaje, y salones con estucos hechos de luz. La sesión inaugural iba a celebrarse en la Sala del Escrutinio. Desde lo alto de las paredes —y de los siglos— nos contemplaban muchos príncipes de Venecia.

Faltaba, entre los retratos de aquellos Dux, el de Marino Faliero, varias veces decapitado: una, por orden de los patricios de la República Serenísima, que lo acusaron de traición, y otras por los poetas que utilizaron su biografía como argumento para dramas —que, inclusive el de Byron, suenan a hueco.

Allí, entre imágenes bélicas (la batalla de Zara, del Tintoretto, la de Lepanto, descrita por Vicentino y la de los Dardanelos, pintada por Liberi), leí el discurso que publiqué —años más tarde— con el título de *Perennidad del arte.* Me referí, en primer lugar, a lo que estábamos viendo en la Sala del Escrutinio. ¿Cuánto había durado la gloria de los vencedores de esas

batallas? Menos, sin duda, que la de alguno de los artistas a quienes se confió la tarea de inmortalizar su grandeza. Y es que las victorias materiales pocas veces se distribuyen. Las atesoran, con egoísmo, los gobiernos que las obtienen. En cambio, las victorias del arte son imperecederas porque participamos en ellas todos. Figuran entre esos bienes que, al repartirse, se aumentan. Suscitan y favorecen la unión humana.

Quería yo hacer notar a los artistas qué desventura ha acabado por constituir para ellos —y para el mundo— el hecho de que el arquitecto, el escultor y el pintor trabajen frecuentemente cada cual por su lado, sin mantener esas relaciones de acción común que, en las mejores épocas de la historia, lograron hacer del arte la manifestación armónica de un espíritu colectivo. ¿No sería deseable

intentar de nuevo una síntesis semejante?… En un mundo socialmente desequilibrado, y dentro de una cultura que resultase incapaz de definir el conjunto de lo que entraña, el artista sería la víctima más sensible. Por la índole de su vocación, él es quien tiene más qué perder como consecuencia de una fragmentación cultural, siempre deplorable. En su calidad de poeta o de músico, de escultor o de pintor, el artista, cada vez que expresa su personalidad, necesita sentir que está expresando también una aspiración humana, y un mensaje digno de trasponer las fronteras del espacio y del tiempo.

Contábamos ya con tres consejos de categoría mundial: el de las uniones científicas, el de filosofía y ciencias humanas y el de ciencias sociales. ¿Aceptarían los artistas fundar, a su vez, un consejo internacional de la misma especie?… Existían el *Pen Club,* el Instituto Internacional del Teatro, el Consejo Internacional de Música, una Confederación de Autores y Compositores y la Unión Internacional de Arquitectos. Pero nos hacía falta una asociación de las artes plásticas. De establecerla, sería factible crear después un consejo mundial de artistas y de escritores. Ese consejo —sin las restricciones que afligen a todo organismo intergubernamental— podría contribuir tanto a la defensa de la libertad del artista cuanto a la mejor integración de su obra en el panorama de la cultura.

Como poeta, y como italiano, Ungaretti dio la bienvenida a los congresistas. “El lenguaje empleado por el hombre para tratar de asir a la poesía, dándole forma, es —dijo— como nuestro tránsito por la tierra, precario en sí, cambiante siempre y demasiado material, opaco, denso, definido por límites que le impiden alcanzar lo infinito de la poesía. Pero el milagro no está en el idioma, sino en la tensión que ennoblece al idioma para que pueda formar objetos sublimes o encantadores. Si esa tensión (hagamos por un momento hipótesis tan funesta) desapareciera del corazón y del pensamiento del hombre, el hombre —privado de su dignidad

— se volvería semejante a la bestia. No podría ya descubrir, en la armonía de lo creado, ni la

‘esperanza de las cimas’ de que hablaba Dante, ni, como lo escribió Leopardi, ‘el espanto de la belleza’.”

Con relación a la ciudad en que nos hallábamos agregó Ungaretti: “En esta Venecia que nos acoge, si dirijo una mirada a mi alrededor, no veo sino las pasiones, la voluntad de poder y la gloria que hicieron de ella, a lo largo de los siglos, uno de los principales centros de la

política europea. Pero lo que continúa vivo es el conjunto de su arquitectura, de sus estatuas, de su pintura, acaso la más prodigiosa de que puede ufanarse la humanidad. Las empresas prácticas —incluso las más grandiosas y más audaces— no dejaron más huellas que estos signos del arte, como para atestiguar que lo que de ellas perdura es tan sólo la aspiración humana, la cual, para afirmarse, debe recogerse en la soledad, en la meditación, en el canto secreto de un ser aislado”.

Lo aplaudimos. Pero no estaba yo tan seguro como Ungaretti de que conviniese exaltar lo *secreto* del canto y la *soledad* de quien lo produce. A mi ver, toda obra de arte es inseparable del movimiento de las ideas, del progreso de las técnicas, de las creencias —verdaderas o falsas— de los regímenes políticos y sociales, de las preferencias manifestadas por las minorías y del grado de educación de las grandes masas; esto es: de múltiples condiciones que, en cada parte del mundo y en cada momento de la historia, determinan la existencia cotidiana del hombre y repercuten sobre la sensibilidad y el talento de los artistas. Un fresco, un bajorrelieve, una tragedia, un poema, una sinfonía, no son nunca puros efectos del arte. La civilización que expresan interviene, inevitablemente, en su composición. Les confiere ese valor genuino que no procede de un acierto técnico del “virtuoso”, sino de una ambición de verdad o de un propósito de justicia, que el alma humana no logra jamás separar por entero de la búsqueda de lo bello.

En una cosa estaba yo absolutamente de acuerdo con Ungaretti: el Estado tiene el deber de preservar la vocación del artista auténtico. Y de preservarla sin tratar de domesticar al artista, o de seducirlo.

Por eso había insistido tanto en que se redactase, en Ginebra, la Convención Universal del Derecho de Autor. La UNESCO no reclamaba un mecenazgo oficial, orientado por el anhelo de intervenir en la creación artística, con designios políticos más o menos disimulados. Estimular y difundir las producciones de un arte libre era nuestra intención. Y así lo indiqué en Venecia.

Las sesiones de trabajo de la conferencia no podían efectuarse, a mañana y tarde, en la Sala del Escrutinio. Un generoso capitalista italiano, el señor Cini, había sufrido recientemente la pérdida de su hijo Giorgio, muerto en un accidente de aviación. En 1951, resolvió establecer —para beneficio de la cultura— una fundación que llevara el nombre del desaparecido. El presidente Einaudi, por decreto del 12 de julio del mismo año, reconoció la personalidad jurídica de la Fundación Giorgio Cini. Las autoridades venecianas le concedieron la isla de San Giorgio Maggiore, y la nueva fundación procedió a restaurar muchos de los edificios que se encontraban en pésimas condiciones.

La isla ofreció, así, a la institución cultural creada por el señor Cini una sede histórica muy valiosa. En 1443, había brindado refugio a Cosme de Médicis. Uno de los acompañantes de Cosme, Michelozzo Michelozzi, pudo participar en los trabajos que se emprendieron para reedificar ciertas obras —ya en el estilo renacentista— durante la segunda mitad del siglo XV.

Al mediar el XVI, se interesó en esas obras Palladio. Y, en 1566 (el año en que asesinaron a

Rizzio en el palacio de Holyrood), fue colocada la primera piedra de la iglesia que hoy admiramos, no concluida sino mucho tiempo después. Para entonces, Palladio había ya fallecido; pero otros artistas continuaron su esfuerzo.

A la derecha de la iglesia, consagrada a san Jorge, se encuentra el claustro erigido de acuerdo con los proyectos de Palladio. Del vestíbulo, se sube —hasta el primer piso— por una escalera de doble rampa, obra de Longhena. La *Fundación Cini* había

principiado a restaurar el conjunto. Por fortuna, en 1952, varias salas se encontraban ya en condiciones de alojar dignamente a los delegados.

Nuestros amigos italianos me habían reservado albergue en el Hotel Royal Danieli. Para ir a la isla, por las mañanas, tomaba un "motoscafo". En él regresaba a Venecia, con el crepúsculo. Septiembre es el mes más bello en esa ciudad. La luz del Adriático, al despedirse el estío, adquiere una calidad ambarina, dorada, tibia, casi tangible. Esa luz, que avalora ciertas escenas eternizadas por el Tiziano y muchos paisajes urbanos del Canaletto, es también la que está acariciando el conjunto de la *Salute* en una inolvidable tela de Guardi.

Durante uno de esos viajes en "motoscafo", sentí el deseo de escribir un ensayo sobre los maestros de aquella luz. Veía emerger a Venecia, de su laguna, con sus cúpulas y sus torres, como —con sus pistilos y con sus pétalos— los cálices de esas flores que cultivan, en agua, ciertos botánicos. Y comprendí lo que, ocho años después, trataría de expresar en mi estudio sobre los grandes pintores de Venecia. ¿Cuál era el enigma de la ciudad? Recordé la belleza de las gardenias. Flores mortuorias para nosotros los mexicanos, habitantes de otras regiones del mundo las consideran símbolo de placer, excitante y lujosa efusión vital. Fúnebre para unos, como Maurice Barrès, enamorado de todas las decadencias, Venecia continúa siendo un trofeo magnífico. Exalta la importancia de lo superfluo e incita a vivir en la profusión.

Gabriela Mistral —que había aceptado la invitación de la UNESCO — estaba en el Hotel Gritti. Pero no quiso, o no pudo, participar en la conferencia. Me envió un recado: quería charlar conmigo. Una tarde, fui a verla. La encontré fatigada y triste. No era la misma Gabriela que traté en México, durante los años vasconcelianos. Me explicó la causa de su amargura. Su hijo adoptivo —al que adoraba — había muerto en el Brasil. Y había muerto en circunstancias más bien oscuras, víctima acaso de la violencia de los muchachos — negros de raza— que iban con él a la misma escuela. Ella acusaba

a todos los brasileños. A ese respecto, me habló largamente de los prejuicios raciales que, en su opinión, seguían frustrando muchos nobles intentos en la tierra de Nabuco y de Río Branco.

No sé si habría visto Gabriela el último número de *El Correo* de la UNESCO. En sus páginas, publicamos varios estudios sobre las relaciones raciales en el Brasil. Un hombre tan imparcial como Alfred Métraux daba cuenta de los trabajos efectuados durante la investigación que emprendimos a fin de averiguar si habían sido superados realmente, en el Brasil, los prejuicios étnicos.

Métraux comentaba en términos favorables los resultados de la investigación. Manifestaba,

por ejemplo, que el caso brasileño constituye el argumento más fuerte contra el credo racista.

Sin embargo, declaraba más adelante: “La ciencia no puede darse por satisfecha con comprobar estas cosas de un modo general. La ciencia quiere saber si esta armonía es real o tan sólo aparente, y si se manifiesta de la misma manera en todos los medios sociales y en todas las regiones del Brasil”.

Desde este punto de vista, Métraux reconocía que existían en el cuadro “pequeñas sombras”. Por su parte, Roger Bastide admitía que el hombre de color tendría que pasar aún por la tragedia de un período transitorio, pues el viejo prejuicio agonizante trataba de reconstruirse bajo nuevas formas, aparentemente más agudas que las antiguas. Y el propio Costa Pinto, de la Universidad de Río de Janeiro, confesaba que existía en el Brasil un problema racial en vías de modificación, y que ese problema no podía disociarse de otras tensiones sociales observadas en el país. Al oír las expresiones enérgicas de Gabriela, no dejaron de inquietarme las dudas manifestadas por esos autores.

Para cambiar de tema, pregunté a Gabriela Mistral qué estaba escribiendo en aquellos meses. —“Poca cosa”, me dijo. Y regresó al asunto que le importaba: describirme su trágica soledad. Le sugerí,

entonces, que hiciese acto de presencia —aunque fuera una sola vez—

entre los artistas reunidos en *San Giorgio Maggiore.* Le ofrecí llevarla a la isla en el

“motoscafo” que los organizadores me habían prestado. Me contestó que lo pensaría, pero sonrió desdeñosamente. —“Si vine aquí —agregó— fue, sobre todo, para tener ocasión de hablar con usted y para exhortarlo a que no transija en las dos grandes luchas que ha emprendido la UNESCO: la campaña contra los prejuicios raciales y la educación fundamental de los iletrados.” No le interesaba la fama. Parecía no recordar siquiera su Premio Nobel.

Más por orgullo —y por desencanto— que por modestia, se resistía a hablar de literatura. Era, dentro de su largo vestido negro, la imagen misma del título de uno de sus libros: *Desolación.*

En San Giorgio, me presentaron a Thorton Wilder. Tenía cincuenta y cinco años. Había publicado ya sus mejores obras: *El Puente de San Luis Rey* y *Los idus de marzo.* Llevaba anteojos, hablaba con laconismo y sonreía sin convicción. Su aspecto era el de cualquier profesor norteamericano, correcto y serio. A cada momento, tomaba notas —no para una futura novela, sino para el documento que debería redactar como relator de la conferencia. Le dije que, en 1928, cuando fui a los Estados Unidos, invitado por la Academia Norteamericana de Artes y Letras, todas las señoras que conocí en Nueva York, durante las múltiples recepciones organizadas por el señor Underwood Johnson, secretario incansable y perpetuo de la Academia, me habían hablado con entusiasmo de su *Puente de San Luis Rey.* Nubló su rostro una leve sombra. El escritor no perdona a nadie el hecho de que sus obras recientes no hayan logrado el éxito público de las otras. Creí adivinar la razón de su desaliento. Y no insistí.

Hace poco, tuve ocasión de releer el informe de Thorton Wilder. Es un texto claro, conciso, no carente de lucidez. Según él, la Conferencia de Venecia sirvió para proclamar dos principios que no

siempre recuerdan a tiempo los pueblos: el de que el artista contribuye a

acercar a los hombres, demostrándoles cuán superiores resultan las simpatías, que los asocian, a las controversias, que los separan, y el de que la obra de arte constituye el mejor testimonio del ejercicio libre de los espíritus. Como relator, Wilder se quejó de no haber oído —en Venecia— ninguna voz española. ¿Aludiría, acaso, a la ausencia de la España franquista?

¿Pensaría —como yo— en el desistimiento, extraño y más bien penoso, de los artistas y hombres de letras de Hispanoamérica? ¿O, sin querer decirlo concretamente, reprochaba a Gabriela Mistral su silencio, su indiferencia y su melancólica soledad?

La conferencia aprobó muchas resoluciones: abolición de la censura, donde existiese; necesidad de que los subsidios concedidos por los gobiernos no implicasen en ningún caso la obligación de defender doctrinas que no fueran las del artista; protección de los textos originales; importancia de crear, en cada país, cinematecas debidamente acondicionadas; respeto para los derechos morales de los herederos de los artistas; solicitud de ayuda para el mantenimiento del boletín publicado por el *Pen Club;* urgencia de reglamentar los concursos de arquitectura y urbanismo, y conveniencia de fundar una asociación internacional de artes plásticas.

Según advertirá el lector, escritores y artistas, al reunirse, pensaron más en sí mismos que en la ayuda que podrían ofrecer, con sus obras, a la organización de la paz mundial. Es cierto, Le Corbusier obtuvo que se aprobase una declaración respecto a la síntesis de las artes plásticas: colaboración de los arquitectos, los escultores y los pintores. Pero el público tenía derecho para preguntarse: ¿cómo lograríamos esa síntesis, dentro de un mundo en el cual cada artista continúa actuando por separado, y se limita —a menudo— al campo de su especialidad personal?

Por la noche del último día de trabajo, estaba ya en el Royal Danieli, dispuesto a hundirme en el sueño —que tanta falta me hacía—, cuando pensé que tal vez no volvería a Venecia nunca. Me vestí y salí a la calle. A esa hora —habían dado las once— no podría ir a ningún museo; pero se hallaba, muy cerca del hotel, la más bella sala de baile de toda Europa. Según se dice, así llamó Napoleón a la Plaza de San Marcos. Crucé dos pequeños puentes. Y entré a la plaza por la *Piazzetta,* como los Dux después de haber celebrado sus nupcias con el Adriático. Nadie me acompañaba. Mis colaboradores —menos ingenuos o más exhaustos—

descansaban ya en sus albergues. Me senté a tomar un café en la terraza del Florián. Una pequeña orquesta estaba tocando *La viuda alegre.* La frivolidad de esa música no me desagradó. Todo se afina en la atmósfera de Venecia: hasta la tozudez del turista menos latino

—y hasta los valses más pegajosos de Franz Lehar.

Tenía, a mi derecha, el pórtico de San Marcos. Las lámparas de la plaza lo alumbraban ligeramente. Aquella iluminación bastaba para que los ojos lo percibieran. La memoria de haberlo visto durante el día se encargaba de completarlo. Pocos templos tan teatrales hay en Italia. Recordé una miniatura de Oxford, vista no sé ya dónde. El autor debió hacerla, imaginando a Venecia en el siglo XV, con la ayuda de dos elementos no siempre válidos: la

descripción oral de algunos viajeros y el poder creador de su fantasía. En un rincón, aparece una iglesia, muy diferente de la que estaba yo contemplando. De las ventanas del pórtico, dan la impresión de querer huir cuatro impetuosos caballos de oro. Pasan cisnes inmensos por el canal. Y el león simbólico de San Marcos resulta más diminuto que los mercaderes que pueblan la miniatura.

¡Qué distinta aquella visión oriental, de un artista anónimo, de la que perpetuó Gentile Bellini en la *Procesión* conservada por la Academia! ¡Y qué diferentes ambas de la que tuve yo aquella noche!… Lo pasmoso, en ciertos lugares del mundo, ilustres por su belleza, es sentir que no existe una sola obra de arte que no sea

múltiple en sus efectos. La que ve cada espectador cambia a cada instante y se adapta incesantemente a las intermitencias de su memoria o a las veleidades de su temperamento. Hay, por consiguiente, tan diversas imágenes de Venecia como distintos fueron los seres que la quisieron y la admiraron. La de Ruskin no coincide con la de Renoir, ni la de Mann con la de Wagner, ni la de Canaletto con la de Bellini, ni la de Carlevarijs con la de Guardi. Las piedras, los mosaicos, las cúpulas, no han cambiado sensiblemente. La materia de la obra artística sigue intacta. Pero, como los motivos de un sueño, varían los detalles de su hermosura.

La belleza es el resultado de una tácita comunión entre el artista que la produce y las personas que la contemplan o que la escuchan. Todos, en un momento dado, colaboramos con el pintor, el escultor, el arquitecto, el músico o el poeta que nos cautivan merced a una sabia degradación del color, a la súbita aparición de un busto, a las proporciones exactas de una fachada, al delgado fluir de una melodía o a la vibrante eclosión de un verso. Por eso es tan cierta la exclamación de Keats: una cosa bella es una alegría para siempre. Cada paseante, cada lector, cada asistente a un concierto, renueva esa gran alegría viva y la impregna con las esencias mas puras que hay en su estilo. La hace, así, suya. Y, al hacerla suya, le entrega —

queriéndolo o no— una parte insustituible de su conciencia.

Bajo la noche de altas estrellas, en la terraza del *Florián,* mientras imaginaba más que veía las cúpulas de San Marcos, y desleían los violines ácidos de la orquesta la miel espesa de Franz Lehar, sentí que nadie está solo nunca completamente, si lo acompaña la admiración de una cosa bella. Esa cosa bella lo comunica, de manera invisible, con millares de cómplices célebres o ignorados: los que la vieron y disfrutaron de su belleza, tres siglos antes —o ayer.

La soledad absoluta demuestra siempre una forma trágica de incultura. En efecto, merced a la inteligencia y a la perseverancia en el estudio, hasta una mujer sordomuda y ciega —como Helen Keller — pudo vencer el rigor de esa soledad.

XVI. TRAS DEL *ANDANTE,* EL *ALLEGRO* FINAL DE LA SINFONÍA. PROBLEMAS PLANTEADOS ANTE LA SÉPTIMA REUNIÓN DE LA CONFERENCIA GENERAL DE LA UNESCO. EL CASO DE ESPAÑA. EL PROGRAMA NUEVO. LOS AUMENTOS PRESUPUESTARIOS. MOTIVOS DE MI RENUNCIA. EL ADIÓS A LA UNESCO

La excursión veneciana fue el breve *andante* de una sinfonía que se acercaba al *allegro* rápido del final. Tan pronto como volví a París, hice el balance de mis posibilidades de éxito ante la próxima reunión de la Conferencia. Me di cuenta de que eran pocas.

El Consejo Ejecutivo había aprobado un programa nuevo, mucho más lógico y coherente que todos los anteriores. Ese programa establecía un orden claro de prioridades. Algunas resoluciones se presentarían a la Conferencia como urgentes e indispensables. Serían señaladas con los signos A-1 y B-1. Otras, indispensables pero menos urgentes, quedarían comprendidas dentro de los rubros A-2 y B-2.

A pesar de todo ese aparato numérico y alfabético, lo esencial de cuanto propondríamos a los gobiernos implicaba un aumento presupuestario. Los créditos aprobados para 1952 habían sido de 8 718 000 dólares. Para complacer mi argumentación en favor de un programa menos extenso, pero de actividades reales más perceptibles, el Consejo Ejecutivo —presidido, entonces, por Paulo de Berredo Carneiro— aceptó recomendar a la Conferencia un gasto de 9

914 866 dólares en 1953 y de 10 776 440 en 1954. Procede recordar que la reunión de París iba a ser la última anual de la Conferencia, puesto que se había determinado —en 1951— que, a partir de 1952, las asambleas se efectuarían cada dos años.

El proyecto presupuestario implicaba un aumento de 1 196 866 dólares en 1953 y de 861

574 más en 1954. Aquellas sumas eran en realidad insignificantes para una Organización que contaba ya con sesenta y cinco Estados Miembros y que, tan pronto como ingresó en ella la URSS, y fueron entrando en su seno los países del “tercer mundo”, habría de aumentar sus egresos hasta el punto de cifrarlos ahora, como promedio anual, en más de setenta y nueve millones de dólares, incluyendo los gastos de su programa ordinario y los que efectúa por concepto de asistencia técnica y de acuerdo con el Fondo Especial de la

[1]

ONU.

Pero los gobiernos no se hallaban dispuestos en esos días, a dedicar una cantidad razonable de sus recursos al progreso de la educación, de la ciencia y de la cultura en el plano internacional. Creían que el Consejo Ejecutivo se encontraba a menudo inerme frente a un director impaciente y autoritario. Y sabían que muchos miembros de ese Consejo, cuando

actuasen en la reunión de la Conferencia como delegados de sus naciones, votarían contra lo que habían aprobado, semanas antes, en las sesiones —a veces cómicas— del Consejo.

Me hallaba solo, frente al deseo de ahorro de las más importantes cancillerías. Mis colaboradores aplaudían mi terquedad, aunque —en voz baja— no pocos de ellos hacían burla de mi entusiasmo. Ni la Gran Bretaña ni los Estados Unidos querían oír hablar de progreso en lo concerniente a nuestra pobre Organización. Francia era, sin duda, menos irreductible. Pero sus dos aliados anglosajones estaban seguros de obtener el apoyo de los antiguos dominios ingleses (salvo la India y, tal vez, Ceilán) así como el rápido asentimiento de los países escandinavos. Dinamarca, Noruega y Suecia veían muchas de nuestras actividades fundamentales con

enojoso desinterés. ¿Qué podían importarles nuestras campañas de educación de base? El índice del analfabetismo era imperceptible en sus territorios. Y ¿qué significaban, para esas democracias —de blancos puros— nuestras luchas contra los prejuicios raciales? Benefactores por tradición, ponían a su generosidad oficial serios límites burocráticos. Y los Estados que reclamaban mayor ayuda disponían de poca entereza política para contrariar a los grandes contribuyentes.

Empezaba a pronunciarse un vocablo que entrañaba amenazas directas para la UNESCO.

Convendría *estabilizarla.* Y, por los pasillos del Hotel Majestic, circulaba también un rumor, a primera vista menos ilógico, aunque en el fondo no menos grave: puesto que el plan de asistencia técnica podía ofrecernos sustanciales recursos durante el bienio 1953-1954, no tenía por qué acrecerse el presupuesto normal de la Organización.

Soplaban vientos de fronda por todas partes. La guerra fría paralizaba las buenas intenciones, plausibles siempre, pero en aquellos meses inoportunas. El director general de la UNESCO se hallaba frente a un dilema. O sacrificaba el porvenir de la institución, durante los dos próximos años, al propósito de seguir en el cargo internacional que desempeñaba, bien remunerado y decorativo, o sacrificaba su personal interés al interés de la institución, y tenía que disponerse ya a la renuncia.

Aquellas consideraciones me preocupaban, no por lo que significasen para mi porvenir, sino por lo que representarían para la UNESCO. Decidí, desde entonces, mantener la resolución que había anunciado en Florencia. O se permitía el crecimiento racional de la Organización o

—conforme lo manifesté claramente en 1950— dimitiría.

Todas las reuniones a que asistí en 1952 me demostraban que la UNESCO no podría ya detenerse sin deshonrarse. En Nueva York

como en Chicago, en Ginebra como en Woudschouten, en Venecia como en el castillo de la Brevière, había sentido que estábamos penetrando —¡al fin!— en la realidad de nuestros deberes. En Pátzcuaro o en Nueva Delhi, en Montevideo o en Colonia, en cuantos sitios funcionaban regularmente nuestros centros de información científica o de educación, se erguía ya una esperanza. Esa esperanza nos obligaba a seguir creciendo. Estabilizar a la UNESCO sería tanto como intentar contener el desenvolvimiento de un ente orgánico. Mi posible renuncia constituiría la más evidente

protesta contra ese error. Y contribuiría, con el tiempo, a evitar que equivocación tan funesta se prolongase. Otros se beneficiarían de mi partida. La que más ganaría, a la postre, sería la UNESCO.

No interrumpí, sin embargo, el ritmo de mis labores. Durante la primavera, habíamos sentado las bases para la creación de un Centro Europeo de Investigaciones Nucleares, con finalidades pacíficas y con sede en Ginebra. Crearía un laboratorio internacional poderosamente equipado, y coordinaría, desde el punto de vista técnico, las investigaciones efectuadas en los institutos de los Estados participantes. En octubre, me informó Pierre Auger acerca de los progresos realizados por aquel centro. Nuestro Instituto de Ciencias Sociales había iniciado, en Colonia, una importante labor. Noventa y dos unidades de nuestras series de exposiciones itinerantes, de ciencia y de cultura, habían sido presentadas en cuarenta y siete países de América, Asia, Europa y Oceanía. Los cursos universitarios atendidos por la UNESCO —con duración de un año académico en cada nación— habían dado excelentes frutos en Pakistán. Nuestro sistema de bonos favorecía a muchos Estados. El total de los emitidos alcanzó, en 1952, un valor de dos millones y medio de dólares. Por último, muchas misiones de ayuda técnica estaban trabajando en veintinueve países de África, América Latina, Asia y Europa.

¡Cuánto había ido afirmándose nuestra Organización desde el 10 de diciembre de 1948!…

En primer término, el programa (que recibí, en Beirut, como un abundante muestrario de mariposas multicolores, ay, pero disecadas) tenía ya perfiles característicos. Habían desaparecido muchas resoluciones, más bien platónicas. Y empezaban a definirse las líneas fundamentales de una acción, todavía orientada por disciplinas, aunque ya convergente en un propósito: contribuir a la paz, de manera práctica, por el mejoramiento de los trabajos dedicados a la educación, a la ciencia y a la cultura.

Como me disponía a decirlo ante la Conferencia General, no había un solo Continente en que el programa de la UNESCO —ya fuera en conjunto, ya en alguna de sus partes— no enfocase un interés positivo, o en el cual una de nuestras actividades, mediante su adaptación a la realidad local, no pudiese ofrecer un concurso útil.

El informe que habíamos enviado a los gobiernos era, sin duda, el más amplio —y el más concreto— de los distribuidos por la UNESCO desde su creación. René Maheu, que vigiló personalmente el orden, la selección y la redacción de los materiales, supo indicar en las 384

páginas de ese documento hasta qué punto nuestras diversas tareas podían resumirse, en cuanto a sus resultados, por la simple reiteración de los objetivos que justificaron su iniciación.

Era inevitable que algunos críticos estimasen todavía excesivo el número de tantas tareas diversas. Pero, dentro de una asociación de sesenta y cinco Estados, se imponía la necesidad de considerar equitativamente las tradiciones y los requerimientos de muy distintas culturas.

Lo que no tenía caracteres de urgencia en países muy desarrollados, y de crecidos recursos económicos, resultaba apremiante en el caso de muchas naciones pobres y en un grado menos

dichoso de evolución.

Convenía establecer una armonía de aspiraciones, que fuese admisible para todos. La dificultad con que tropezábamos —a cada momento— en nuestro deseo de establecer tal armonía, emanada de dos razones complementarias. Por una parte, en toda obra de educación, de ciencia y de cultura, los extremos se tocan continuamente. Ni el arte ni los estudios universitarios pueden ser indiferentes a los progresos de la educación fundamental o de la enseñanza primaria, ni éstas lo son con respecto a aquéllos. Desde otro punto de vista, la prisa por realizar las empresas más espectaculares no justificaría el abandono de otras, más humildes en apariencia, pero todas indispensables.

Seguro de que nuestro programa —aunque perfectible— respondía ya a la seriedad de nuestros propósitos, convencido de que reducirlo más en su dimensión, sin acentuarlo en su intensidad, sería un error de consecuencias graves para la UNESCO, y confortado por la certeza de que el personal que colaboraba conmigo había ido adiestrándose y perfeccionándose, me preparé a defender el futuro inmediato de la Organización: esos años de 1953 y 1954, que —si no renunciaba yo— serían los últimos del mandato recibido en Beirut.

Se deshojaron los últimos días del mes de octubre y los primeros del de noviembre. Pronto comenzaría la Conferencia. El otoño, que en Venecia se anuncia con áureas condescendencias de luz, suele ser en París temporada de frío, nieblas y cielo oscuro. Releí el *Canto* de Baudelaire. Me pareció encontrar en él un presentimiento:

J’écoute en frémissant chaque bûche qui tombe…

Ce bruit mystérieux sonne comme un départ.

Sí, tal vez la hora de partir se acercaba ya. No parecían creerlo así ni los jefes de las delegaciones que fueron a visitarme, ni los periodistas que me entrevistaron, ni siquiera mis colaboradores. Mi actividad debió dar a todos la falsa idea de que estaba absolutamente dispuesto a perseverar en la medianía a que nos condenaban los más poderosos contribuyentes de la Organización.

Pero trabajar era mi deber, aunque no tuviese gran esperanza en el resultado de mis esfuerzos.

Existía un motivo más para no exhibir mi recóndito desaliento. Durante meses, se había insistido en la posibilidad de que ingresase a la UNESCO España. La solicitud del gobierno de Franco no fue rechazada por el ECOSOC. Nuestro propio Consejo Ejecutivo le otorgó su beneplácito. Ribnikar, miembro yugoslavo del Consejo, formuló —si mis recuerdos no me traicionan— serias observaciones de discrepancia. Piaget prefirió abstenerse. Y Castro Leal se pronunció claramente en contra. Invocó, al hacerlo, la circunstancia de que, según se le había informado, varias publicaciones de la UNESCO no podían circular libremente en España.

Fue a verme el embajador franquista en París, conde de Casa Rojas. Era un hombre jovial, verboso e inteligente. Mucho menos seguro de sí de lo que parecía estarlo siempre, a toda hora y en cualquier sitio, poseía bastante astucia para percibir la inestabilidad del terreno

político que pisaba. Pero, españolísimo en todo, no podía tolerar que los observadores se diesen cuenta de que había advertido él mismo, desde un principio, los riesgos que estabilidad tan precaria suponía para el éxito de su esfuerzo.

El conde de Casa Rojas no ignoraba que era yo mexicano y que, como mexicano, nunca oculté mi afecto para la causa de la República. Estaba enterado de la amistad que me unió en Madrid, de 1929 a 1931, con hombres como Manuel Azaña, Ramón María del Valle-Inclán, Enrique Díez Canedo, Pedro Salinas, Benjamín Jarnés, Luis Araquistáin y Julio Álvarez del Vayo. Debían ya haberle dicho que sostenía relaciones cordiales con Salvador de Madariaga, que algunos refugiados españoles figuraban en las nóminas de la UNESCO y que, cuando desempeñé el cargo de Secretario de Relaciones Exteriores de mi país, continué la política establecida por nuestra Cancillería desde la época del presidente Cárdenas.

Nada de aquello surgió en la plática que tuvimos, porque el embajador asumió la actitud de ignorarlo todo. No era al mexicano a quien visitaba, sino al funcionario internacional —y a un funcionario internacional que, en múltiples circunstancias, había sostenido la tesis de la universalidad de la UNESCO. Mi deber me obligaba a no demostrar el menor prejuicio. Una organización que admitía a la China de Chiang Kai-shek, por hostilidad a la China de Mao Tse-tung, no podía encontrar muchos argumentos para vetar el ingreso de la España que representaba en París el conde de Casa Rojas. Además, ese asunto, técnicamente, no resultaba ya de mi competencia. Así lo manifesté a mi interlocutor. Los trámites eran obvios: tanto el ECOSOC como el Consejo Ejecutivo de la UNESCO recomendaban la admisión del gobierno de Franco. Incumbiría la decisión final a la Conferencia. Como director general no me correspondía emitir opinión alguna.

Al despedirse el embajador, me quedé pensando en el humorismo trágico de la vida. Yo, que tanto quiero y admiro a España, me había visto en el caso, en dos ocasiones ya, de tener que optar —o dejar optar—por una sola parte de España: por la España de la República, cuando estuve al frente de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México, y por la España de Franco, desde la incómoda posición en que me situaron las normas del puesto internacional que desempeñaba.

Me fueron enviadas protestas, que no tenían por qué dirigirse a mí, en lo personal. Pero alguien debía recibirlas —y trasladarlas, como lo hice, a los órganos competentes: el Consejo Ejecutivo y la Conferencia General. De esas protestas, las que más emoción me causaron fueron las de Albert Camus, Pablo Casals e Ignazio Silone.

Dispuesto ya a la renuncia, dudé por espacio de varios días. ¿En qué momento presentarla?

… Si dimitía, como anticipado reproche a la Conferencia porque se aprestaba a aceptar en su seno a la España de Franco, recibiría sin duda aplausos, pero lesionaría profundamente a la UNESCO. Era

mejor esperar a que la Conferencia se pronunciase sobre el futuro de la Organización. Tendría ocasión de hacerlo dentro de poco. Se advertiría en tal circunstancia, de manera patente, la duplicidad de las naciones más poderosas: elocuentes al ofrecer

donativos para la paz, pero parcas al entregarlos y doctas en reducirlos.

Mi salida ante el testimonio de tan clara duplicidad, no me enaltecería probablemente en la opinión de las grandes conciencias libres, pero abriría a la UNESCO —y a los ideales en que se sustenta su acción— un porvenir de mejor augurio. En efecto, tarde o temprano, las repercusiones de mi renuncia obligarían a los gobiernos a revisar su política en cuestiones de educación, ciencia y cultura internacionales. Entre el orgullo de abandonar a la UNESCO, perjudicándola, por una razón que podían calificar los contrarios de partidista, 2 y la necesidad de separarme de la Organización, estimulándola en cierto modo para mayores realizaciones, preferí la solución menos teatral —y la más difícil.

Antes de que se inaugurase la Conferencia, hablaron conmigo los “reyes magos”. Así llamaba yo, sin decirlo a nadie, a los representantes de los Estados Unidos, Francia y la Gran Bretaña.

Eran sus países, en esa época, los principales contribuyentes de la UNESCO. De ellos dependía la decisión de muchas delegaciones, sobre todo en materia presupuestaria. Los calificaba de

“reyes magos”, por ironía, pues dos de ellos, el norteamericano y el británico, no llevaban nunca a París camellos cargados de alforjas llenas de dádivas. Es cierto: hablaban como Melchor, si es que Melchor hablaba abundantemente, para decir lo que menos pudiese comprometerlo.

Presidía la delegación norteamericana el señor Howland Sargeant. Encabezaba la del Reino Unido sir Ben Bowen Thomas. Al frente de la de Francia, figuraba el señor André Marie, ministro de Educación. Los tres siguieron tácticas diferentes. El señor Sargeant no me

habló inmediatamente del presupuesto. Me indicó, no sin hábiles eufemismos, que el programa presentado por el Consejo le parecía mejor que los anteriores; pero que hubiera podido intentarse una concentración mucho más enérgica, podando ramas que prometían escasos frutos. Hizo, en cambio, espejear ante mí los magníficos horizontes que ofrecería pronto a la UNESCO el aumento de las cantidades previstas para la ejecución del plan de asistencia técnica.

Sir Ben fue mucho más explícito. Dudaba de que la Conferencia aceptase los aumentos presupuestales sugeridos por el Consejo, a instancias mías. Al respecto, me dejó comprender que las instrucciones de su gobierno no lo autorizarían a apoyar mis proyectos en tal sentido.

El señor André Marie no me dijo nada muy específico. Ocupado —como lo estaba— por asuntos de interés de mayor urgencia para su ministerio, desconocía muchos de los problemas de nuestra Organización, la creía en buenas manos, apreciaba la fe que habían depositado en mi actividad hombres como Louis Joxe y René Cassin —y dejaría a sus colaboradores la mayor parte de los trabajos que, por falta absoluta de tiempo, no atendería directamente.

A pesar de sus amistosas observaciones, la actitud del ministro francés me inquietó más

que las vagas palabras del diplomático Sargeant o las objeciones precisas del delegado de Su Británica Majestad. En efecto, nunca había esperado que la Gran Bretaña y los Estados Unidos concedieran su asentimiento a mis propósitos de expansión, por humildes que fuesen. Pero tenía confianza en Francia. Y Francia —que tanta ayuda me había brindado desde 1948— iba a serme de auxilio mínimo, dadas las condiciones en que sus delegados tendrían que actuar.

Ausente de la asamblea el señor Marie, no podía yo adivinar quién interpretaría al gobierno francés en el curso de los debates

fundamentales. Presentí que, en el caso del presupuesto, tal función correspondería al señor Montel, hombre excelente, dilecto amigo, matemático ilustre, pero tímido de carácter, indeciso ante ciertas resoluciones, y demasiado cortés para oponerse a los designios de la Gran Bretaña o de los Estados Unidos de América. Y así ocurrió.

Los países menesterosos —dispuestos, como lo estaban, a aumentar sus propias contribuciones— sentían la conveniencia de que uno al menos de los "tres grandes" votara junto con ellos. Sabían perfectamente que, muchas veces, las contribuciones de diez Estados de recursos exiguos —aun reunidas— no alcanzaban a ser iguales a la quinta parte de la que estaba pagando Washington. En el momento del voto definitivo, la irresolución de Francia obligaría a algunos delegados a meditar. ¿No resultaría imprudente apoyar a la UNESCO contra la voluntad de los tres gobiernos que, de manera más perceptible, la sostenían en lo económico?…

La consideración era ilógica, por supuesto, ya que todos los países pagaban cuotas señaladas de acuerdo con sus recursos. En ocasiones, para el más humilde contribuyente, su cuota —aunque muy pequeña— representaba acaso mayor esfuerzo que el que debían llevar a cabo, para cubrir las suyas, los Estados más industrializados y más potentes. Pero los pobres suelen ser lentos en percatarse de los derechos que su pobreza misma les asegura. Como en la hipótesis relativa al señor Montel, lo que pensé —durante la plática con el ministro Marie—

acabó fatalmente por realizarse. Los desheredados no se atrevieron a formar una unión compacta frente a los ricos.

Tras de los "reyes magos", recibí a los "pastores". No se vea en estas palabras la menor alusión a los Evangelios… Ni era Belén la UNESCO, ni había nacido en ella —todavía— una verdadera luz de esperanza para la humanidad. Pero, junto a los poderosos (que procedían como si se sintieran los "reyes magos" de la Organización), los humildes acudían a nuestras reuniones con la

expectativa conmovedora de los pastores. ¿Qué podría ofrecerles la UNESCO

en los años próximos? ¿Un centro de educación de base? ¿Un curso universitario? ¿Una misión de enseñanza técnica? ¿Más becas para su jóvenes?… Las previsiones contenidas en el programa, que parecían tan dispendiosas a dos de los “reyes magos”, resultaban insuficientes

—siempre— a juicio de los “pastores”. Eran éstos, sin duda, los que tenían razón.

El señor Mendis, de Ceilán, me habló de robustecer la experiencia piloto de educación rural en Minneriya. El señor Al Yassin, del Irak, hubiera deseado que nuestros expertos comprendieran mejor las cuestiones de su país. El señor Li Shu-hua, de China, deploró que no

intensificáramos el proyecto de traducción de obras maestras de las letras universales. Doña Jerónima Pecson, de Filipinas, se quejó de que no hubiésemos solicitado créditos mayores, para aumentar el número de las becas que administrábamos. El señor Agung Goe Agung, de Indonesia, insinuó que, en el reclutamiento del personal de la UNESCO, convendría abrir posibilidades más promisorias en favor de los nacionales de ciertos pueblos que acababan de obtener su independencia. El señor Sharif, del Pakistán, me anunció que pediría a los Estados de economía más próspera que ayudasen a los países menos desarrollados, a fin de que éstos pudieran cumplir —entre otras obligaciones— la de dar a todos sus niños enseñanza primaria gratuita. Aprobé su intención, que coincidía con mis principios, pero le advertí que encontraría muchos “oídos sordos” en la asamblea. El doctor George Paik, de Corea, fue a darme las gracias por los cien mil dólares enviados a su gobierno, y me explicó que esa suma había sido destinada a la impresión de libros de texto para los escolares.

La visita del señor Massaquoi, de Liberia, me confortó. Era un negro robusto, impávido y elocuente. Nada me pidió en favor de sus

compatriotas. Comprendía la realidad de mi posición. En lugar de solicitar mi ayuda, fue a ofrecerme su apoyo. Haría cuanto estuviese a su alcance para que no se redujese el programa anunciado y para que se adoptase el proyecto de presupuesto en su integridad. Lo mismo me dijo, con mayor laconismo, pero no con menor energía, sir Sarvepalli Radhakrishnan.

El señor Salem, de Jordania, solicitó nuestro auxilio para editar un diccionario inglés-árabe-francés, indispensable a los estudiantes de las escuelas técnicas y científicas que funcionaban en los Estados árabes. El señor Makalul, de Tailandia, estaba interesado en lograr mayor colaboración de la UNESCO dentro del esfuerzo educativo que trataban de ampliar sus coterráneos. Más o menos me manifestaron igual deseo los delegados de Haití, Colombia y el Ecuador. El último me indicó que sería útil prever un sistema distinto del que habían puesto en práctica las Naciones Unidas en lo concerniente al plan de asistencia técnica. El sueldo de los

“expertos” sería cubierto por el Estado recipiendario, pero la UNESCO se encargaría, en cambio, de adquirir los talleres o los laboratorios que esos “expertos” recomendasen.

En 1952, el jefe de la delegación de México no fue Antonio Castro Leal. Correspondió ese honor a otro amigo mío —José Lelo de Larrea— que no tenía nada que pedirme y sí mucho que ofrecerme. Para determinados críticos, México figuraba entre los supuestos

“beneficiarios” de la Organización. Sin duda, la UNESCO destinaba fuertes sumas al Centro de Pátzcuaro. Pero nuestra República dedicaba también cantidades considerables a su sostenimiento. Además, gracias a la hospitalidad mexicana, el Centro prestaba innegables servicios a varios países del Continente. Lo que me ofreció Lelo de Larrea fue ayudarme a lograr la aprobación del programa y del proyecto de presupuesto. Le agradecí su actitud —

aunque, dada la situación, resultaba más bien un bálsamo de consuelo y no un motivo sólido de optimismo.

Entre los “reyes magos” y los “pastores”, fueron a charlar brevemente conmigo algunos de

los representantes de los países que ni se jactaban de dar demasiado a la UNESCO ni pedían nunca de ella más de lo que debían pedir. Aludo a las delegaciones de ciertas naciones europeas, como Bélgica, Holanda, Italia, Suiza y los Estados escandinavos. Estos últimos no me ocultaron sus reticencias. La administración de la UNESCO les parecía costosa. Sus publicaciones les daban la impresión de resultar excesivas. Pero la administración no era cara porque así lo hubiese propuesto el director general, sino porque los salarios se pagaban conforme a tarifas que prevalecían en todas las agencias de la ONU. Por otra parte, muchos de los gastos administrativos obedecían a la necesidad de atender trámites complicados, que nos había impuesto la Conferencia. Y nuestras publicaciones emanaban todas, también, de alguna determinación aprobada por los gobiernos.

El embajador Mameli me confirmó lo que Migone me había anunciado en Italia: tendría que ser muy cauto en todo cuanto implicase un aumento del presupuesto. Bélgica consideraba las cosas con mayor flexibilidad. En cuanto a Suiza, el doctor Piaget me reiteró su decisión de apoyar, sin reserva alguna, como delegado de su gobierno, lo que había recomendado como miembro del Consejo Ejecutivo. Admiré aquella coherencia, que otros elementos del Consejo no demostraron. Pero Piaget era un hombre lógico, honrado, justo, incapaz de permitir que, en sus actos, el funcionario desmintiera al educador.

La Conferencia principió el 12 de noviembre. Asistieron al acto inaugural delegados de sesenta países y representantes especiales de la ONU, la OEA, la OIT, la OMS, el Consejo de Europa, la Comisión Cultural de la Liga Árabe, la Oficina Internacional de Educación, la de Pesas y Medidas, el Consejo Europeo de Investigaciones Nucleares, el Instituto para la Unificación del Derecho Civil y la Unión para la Protección de las Obras Literarias y Artísticas de los Estados Americanos. Entre los observadores,

figuraban los de Finlandia, Libia y el Vaticano (representado por monseñor Roncalli) así como los de España: señores De Erice y O'Shea y Juan Esterlrich.

Setenta y siete organizaciones no gubernamentales habían acreditado a sus emisarios.

Mencionaré solamente a algunas: el Consejo de Uniones Científicas, el de Filosofía y Ciencias Humanas, la Federación Internacional de Sindicatos Libres, la de Asociaciones para la Educación de los Trabajadores, la Liga de Mujeres por la Paz, la Federación Mundial de la Juventud Democrática, la Asociación de Críticos de Arte, el Comité Olímpico Internacional, la Fundación Rockefeller y la Dotación Carnegie.

Dirigió los primeros trabajos el señor Sargeant, como presidente que fue de la reunión de 1951. En su discurso, aludió a dos desaparecidos —Léon Blum y el conde Jacini— y exaltó mi propósito de fomentar ciudadanos leales a sus deberes para con su patria y fieles a las obligaciones internacionales que sus países hubiesen asumido.

En representación de la ONU, el coronel Katzin se refirió a lo que estábamos haciendo en favor de los niños árabes y de la educación en Corea. Con la autorización de su director, señor Morse, la señora Jouhaux —esposa del gran líder obrero francés—, subrayó la importancia de la colaboración establecida entre la UNESCO y la Organización Internacional del Trabajo. El doctor Dorolle, director general adjunto de la Organización Mundial de la Salud, formuló votos por el éxito de la Conferencia. Al mencionar la acción de las agencias especializadas en los países poco desarrollados, citó una frase que —pocos meses antes— había escuchado en África. El jefe de no recuerdo cuál tribu le declaró: "Lo que los africanos esperamos de la ayuda internacional no son, por magníficas que puedan parecerlo, plantas cultivadas en tiestos con tierra de Europa o de América, sino semillas cuidadosamente escogidas, para plantarlas en nuestro propio suelo"… No sé si todos los delegados percibieron la malicia de aquella alusión. A mí, me pareció muy

significativa. Ese era, después de todo, el problema que la UNESCO estaba tratando de resolver en materia de ayuda técnica.

Amoroso Lima pasó a la tribuna a fin de transmitir a la asamblea el saludo de Alberto Lleras. Dedicó a mi labor elogios que me inquietaron. Contó que el embajador de un país de Latinoamérica le había dicho un día: “El sello de Torres Bodet está puesto en cada artículo de la Carta de Bogotá”… La frase era generosa, pero ciertos delegados asiáticos y europeos no debieron oírla con mucho agrado. Temían que existiese un acuerdo oculto —una “connivencia hemisférica”— entre un director general hispanoamericano y la OEA, y les disgustaba imaginar que tal “connivencia” pudiese favorecer a un regionalismo, con detrimento de otros. No era así, por supuesto. Pero todos los regionalismos son suspicaces.

Se procedió a la elección del presidente de la Conferencia. Fue designado sir Sarvepalli.

Resultaron electos, como vicepresidentes, los señores Víctor Doré, del Canadá; André Marie, de Francia; Photiades, de Grecia; Casati, de Italia; Massaquoi, de Liberia; Lelo de Larrea, de México; Sharif, del Pakistán; Thomas, del Reino Unido; Erbe, de la República Federal de Alemania, y Tayara, de Siria. Por desgracia, sir Sarvepalli no podría permanecer en París mucho tiempo. En los días difíciles que se anunciaban, su autoridad, como presidente, hubiese resuelto quizás algunos de los serios problemas que tuvieron que afrontar las delegaciones.

En la sesión matutina del día 13, el profesor Carneiro, presidente del Consejo Ejecutivo, sometió mi informe a la Conferencia. Su discurso se caracterizó por un optimismo, excesivo a mi parecer. Dijo, por ejemplo, que, “de un salto, la UNESCO había alcanzado su mayoría de edad”… Más que aquellas palabras, le agradecí las que pronunció en contra de la tesis de que conviniese “estabilizar” a la UNESCO. “En biología —afirmó— la estabilidad es la muerte.

Todo ser vivo se renueva incesantemente. Condenar a la UNESCO a una estabilización, sería condenarla a perecer.”

Era eso, precisamente, lo que pensaba yo. De ahí que, al dirigirme a la asamblea, después de la alocución de Carneiro, no quise limitarme a sintetizar los éxitos obtenidos. Tras de un somero bosquejo de las actividades afortunadas, me referí a los peligros que se cernían sobre

el presente y el futuro de la Organización. “En primer lugar —indiqué — veo uno, que podríamos llamar el de ‘la instalación en la pequeñez’. Desde la creación de la UNESCO, hubo un abismo entre sus finalidades y sus recursos. Y, a pesar de lo que piensen muchos escépticos, existe todavía una enorme distancia entre sus posibilidades técnicas y sus medios financieros… En determinadas secciones de nuestro programa, el nivel del presupuesto no es tan bajo como pudiera creerse. Aludo a aquellas en que figuran pequeñas experiencias, estudios preliminares de la acción nacional que incumbirá a los Estados. Pero —aun concebidas como preparación de obras que la UNESCO no llevará a cabo por sí misma—

existen en nuestro programa varias secciones para las cuales los elementos de que disponemos resultan trágicamente insuficientes. Pienso en los gastos previstos para cuatro de nuestras funciones esenciales: luchar contra el analfabetismo; suscitar, donde sea factible, un enérgico movimiento de educación para la convivencia en la comunidad internacional; favorecer el intercambio de personas e intensificar la investigación científica. Esto último no sólo con el fin de aumentar el número de técnicos que necesita el mundo, sino con el fin de tratar de resolver ciertos problemas que, como el de las inmensas zonas áridas que existen en el planeta (o el de las zonas tropicales húmedas), se oponen duramente al progreso humano y limitan las posibilidades de bienestar económico y de expansión pacífica de los pueblos.”

Existía otro riesgo: el de que los pueblos perdieran aliento ante las dificultades políticas del período histórico que estábamos atravesando. Por eso agregué: “Desde 1950, las circunstancias se han agravado. Lejos de apaciguarse, ciertas tensiones han ido

exacerbándose en la impaciencia, en la irritación y en la desconfianza. Se ha llegado hasta a poner en tela de juicio a las instituciones internacionales encargadas de preservar y consolidar la paz. El más puro ideal de la UNESCO —educar a los hombres dentro de un espíritu internacional, para que puedan convivir, algún día, en una comunidad mundial realmente solidaria— se presenta ahora, a menudo, como un ideal tendencioso y capaz de comprometer los valores del patriotismo. En estos años difíciles, nuestro lema deberá ser el que trazaba Alain en una de sus páginas: cada aurora, hay que rehacer al hombre y vencer la finalidad durante todo el día; es decir: vencer el miedo, la cólera y la crueldad."

A continuación (durante cinco largos días, del 13 al 17 de noviembre), hablaron sobre mi informe casi todos los delegados. Muchos de ellos expresaron su consideración frente a la obra llevada a cabo en los últimos meses. Todos, inclusive los más reticentes ante el problema presupuestario, me consagraron frases de aprecio. Se esperaba, con interés, la intervención de los delegados de Alemania y Japón, naciones que por primera vez participarían en los debates formales de la asamblea. El señor Hallstein, a quien había tratado en su país, me dio la impresión de estar bien aleccionado por la delegación norteamericana. Habló de concentrar todavía más el programa, pero "sin sacrificar ninguna de las tres ramas de actividad de la UNESCO: educación, ciencia y cultura". Me pregunté cómo lograría el propio señor Adenauer ingeniarse para lograrlo. La alocución de Hallstein fue bastante corta. Para concluir, mencionó

una sentencia de Kant, con la cual se hallaban de acuerdo muchos de mis discursos. "La paz no es un estado natural entre los hombres. Es necesario conquistarla." Y comenté, en mi fuero interno: sí, conquistar la paz, pero —por lo visto— al menor costo posible.

También el Japón, ahijado en cierto modo de los Estados Unidos al ingresar en la UNESCO, había aprovechado las enseñanzas de

quienes fueron, durante algunos años, sus vigilantes tutores. El señor Maeda pidió que no interrumpiésemos nuestro esfuerzo en pro de la paz; pero se apresuró a añadir que la situación mundial no permitiría aumentar nuestro presupuesto en forma suficiente para que la Organización pudiera realizar las tareas, cada vez más considerables, que le incumbían.

Entre las voces de apoyo a nuestros proyectos, destacaron tres, que no podría olvidar sin ingratitud: la de mi compatriota José Lelo de Larrea, la del doctor Piaget y la del embajador Malik.

Lelo de Larrea señaló la importancia de la obra iniciada en Pátzcuaro en favor de la paz de América, merced a la educación, y aseguró que México estaba resuelto a cooperar de la manera más efectiva en todas las actividades de la UNESCO. “Por primera vez en la historia del vasto dominio de la educación, la ciencia y la cultura —observó— se ha realizado un esfuerzo para situar los problemas y las soluciones en un armonioso equilibrio de valores.”

Piaget defendió la unidad del programa y del presupuesto. “No se puede interrumpir la marcha de un trabajo comenzado —afirmó—, ni sería posible abjurar de las promesas hechas sin honda decepción de un sector u otro, de la opinión pública o de los intelectuales… El programa de la UNESCO es un todo orgánico. Deseamos, pues, que la Conferencia vote el programa en su integridad… La noción de prioridad es una noción cronológica, no moral. Para la UNESCO, no existen deberes grandes y pequeños. Existe el deber de la UNESCO, en su totalidad.” Fue muy aplaudido por los “pastores”; pero los “reyes magos” lo oyeron sin convicción.

En la tarde del 15, cuando varios oradores —como el señor Andrews, de la Unión del África del Sur— habían prematuramente intentado fijar un límite al presupuesto, el embajador de la India, señor Malik, fue tan preciso como Piaget. “La limitación de recursos —manifestó

— puede ser fatal para una organización como la UNESCO. Sepan o no las haciendas públicas hacer frente al creciente presupuesto de

la UNESCO, no cabe duda de que cuantos están interesados en la paz y en la comprensión internacional no pueden permitir que se debiliten las actividades de la UNESCO y que se cohíba su desarrollo… Mi delegación se opone a la idea de fijar un tope al presupuesto de la UNESCO. No podemos poner un límite a las inversiones en favor de la paz y de la buena voluntad."

Por la boca del señor Malik —hombre de ancha y plateada barba, tórax hercúleo y turbante de nívea albura— estaba hablando, en aquella ocasión, un personaje muy diferente: el primer ministro, lampiño y flaco, a quien conocí en Nueva Delhi, el filosófico señor Nehru.

La del 17 fue una jornada espectacular. El señor Massaquoi hizo ver que Liberia estaba

dispuesta a adoptar sin vacilación el programa y el presupuesto. El señor Sargeant, tras de manifestar que "la UNESCO había contraído una profunda deuda de gratitud para su director general", elogió nuestras actividades en materia de educación fundamental y de educación para convivir en un mundo unido; pero, sin atacar completamente nuestro proyecto presupuestario, dejó entender que la UNESCO debería contentarse con ampliar sus trabajos dentro del plan de asistencia técnica.

El principal de los "reyes magos" invitaba así a los "pastores" a una rápida disciplina. Sin embargo, no todos estaban dispuestos a la obediencia. Los delegados de Tailandia y de Siria, con muchos otros, formularon peticiones ajenas al plan de asistencia técnica. Por su parte, el representante de Yugoslavia cumplió lealmente lo que el mariscal Tito me había prometido durante nuestra entrevista de Belgrado. "Personalmente —indicó— no me gusta mucho el término 'estabilización', que oímos en este debate. Cuando se trata de la ciencia y de la cultura, del progreso social, del fomento de las relaciones culturales entre los pueblos, la estabilización no equivale a un estancamiento. Inevitablemente, lo que significa es un retroceso."

El último orador fue el delegado de Francia, señor André Marie. Señaló que la concentración del programa no debería implicar una ruptura del equilibrio en el conjunto de los temas que interesaban a la Organización. Por lo que concierne al presupuesto, indicó que,

“aunque las exigencias de la estabilización financiera —a que Francia se vería obligada—

limitasen sus posibilidades, los franceses estaban demasiado convencidos de la fecundidad de las contribuciones a favor de las actividades de la UNESCO para no esforzarse en prestar a la Organización los medios que, debidamente calculados, requiriese el cumplimiento de su misión”. Por lo que atañe al Programa, agregó que Francia sólo conocía una prioridad: “la del Acta Constitutiva”.

Respiré. Tuve la impresión, en efecto, de que Francia había resuelto no seguir el camino de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña. Pero, pocos días más tarde, ausente de la asamblea el señor Marie todo iba a cambiar de aspecto.

Animado, sin embargo, por el aparente auxilio francés y, más aún, por los discursos de los latinoamericanos, de los árabes, de los negros y de hombres como Piaget y Malik, acepté hacer un esfuerzo más para el desenvolvimiento lógico de la UNESCO. El presidente en turno (que era el embajador Mameli) me invitó a contestar a los delegados.

Por lo que atañe al programa, se había manifestado un criterio unánime en favor de la concentración. Todos nos felicitaron de los progresos obtenidos a ese respecto. Pero no todos parecían tener opinión igual acerca de lo que debía entenderse por “concentración del programa”. Para mí, como para el ministro Marie, el doctor Piaget y el embajador Malik, concentración y equilibrio resultaban inseparables. Bastaba advertir lo que las diferentes delegaciones habían apoyado con mayor insistencia durante el debate. Lo que algunas deseaban reducir era, precisamente, lo que otras querían aumentar. Nada más natural, después

de todo. Las necesidades y las aspiraciones de sesenta y cinco países no podían ser idénticas.

Sólo dos rutas se abrían frente a nosotros: la concentración por coordinación (que permitiría conservar el equilibrio y la variedad del programa, dejando intactas sus posibilidades de desarrollo) o la concentración por amputación, que desequilibraría el presente y comprometería el porvenir de la UNESCO.

Respecto al presupuesto, el debate había demostrado también que —como en años anteriores— nos hallábamos en presencia de dos tesis contrarias: la del desarrollo y la de la estabilización. Hice observar que la estabilización de nuestras actividades sería ya muy penosa; pero que, si lo que se pretendía estabilizar era el importe de las contribuciones, ello implicaría (en virtud de los adeudos de algunos Estados Miembros) una reducción sustancial de nuestras actividades.

Como algunas delegaciones —y, en particular, la norteamericana— habían insinuado que el presupuesto normal de la UNESCO podría estabilizarse, sin que ello implicara una disminución de sus trabajos, por el hecho de nuestra participación en el plan de asistencia técnica, estimé urgente ponerlas en guardia sobre los riesgos de semejante política. En nuestro caso, el programa normal era la fuente viva de nuestra acción de asistencia técnica.

Inmovilizarlo supondría, a muy corto plazo, una mengua en la calidad de cuanto intentáramos para el desarrollo de los países menesterosos. “Nuestro programa normal —expliqué— no tiene equivalente en el plan de asistencia técnica. En el curso de una transformación general, originada por intercambios cada día más rápidos e intensos, nos ha preocupado siempre salvaguardar los valores culturales de cada pueblo. Toda posibilidad de progreso se frustraría si cada pueblo perdiera, en una civilización uniforme, su indeclinable originalidad. Hay que proteger y fomentar las diferentes culturas. De ahí una serie de actividades, previstas en nuestro programa ordinario y ausentes del programa de ayuda técnica. Permitidme recurrir a una cita del historiador inglés Arnold Toynbee:

“ ‘Cada cultura es un todo, en el que las partes están sutilmente entrelazadas. Exportar la cáscara sin el grano puede ser mortal, como irradiar los electrones satélites del átomo sin su núcleo.’ El conjunto de nuestro programa ordinario aspira a mantener intactos esos núcleos, a fin de proteger contra toda explosión a los países que reciben ayuda técnica. Ésta, la ayuda técnica, supone un equilibrado programa ordinario y será tanto más eficaz cuanto más ampliamente se aplique y se ejecute dicho programa. Lejos de restringir los esfuerzos propios de la UNESCO, exige de ella mayor lealtad a su vocación. En la medida en que se respete el programa ordinario, se verá si la Organización es capaz de cumplir, por su parte, las tareas de ayuda técnica”.

No todos comprendieron que mis palabras anunciaban una decisión personal. Cuando dije, para concluir, que “la UNESCO estaba aguardando las grandes resoluciones que, sobre su destino, adoptara la Conferencia”, imaginé haber sido bastante claro. Mas no fue así.

El 18, resolvió la asamblea aplazar su sesión plenaria. Varios representantes invocaron, como argumento, el hecho de que no todos habían recibido instrucciones precisas sobre el problema que planteaba admitir a España. Por la tarde del día siguiente, el asunto quedó resuelto —y en forma muy poco honrosa. En efecto, apenas dio conocimiento Carneiro de la resolución adoptada por el Consejo Ejecutivo en el sentido de recomendar a la Conferencia tal admisión, se levantó de su asiento el delegado peruano para proponer que se procediese, sin debate, a una votación pública y nominal.

Aquella prisa era absurda, pues existían muchas protestas: las que había yo comunicado a la Conferencia y que no todos los delegados tuvieron tiempo de examinar. Así lo indicó el señor Fisher, de Israel, quien pidió que se aplazara por diez días la discusión, a fin de que una comisión especial estudiara el expediente de las protestas recibidas, conociera las acusaciones hechas al gobierno de Franco y aquilatara el valor de las explicaciones dadas por sus representantes.

Apoyó al señor Fisher el señor Ristic, de Yugoslavia. Pero la presidencia puso a votación la iniciativa de Israel —y la aplanadora, guiada por los “tres grandes”, funcionó con mecánica perfección. Sólo siete votos fueron emitidos en favor del aplazamiento: los de la India, Indonesia, Israel, México, Nicaragua, la Unión Birmana y Yugoslavia. Ocho países se abstuvieron: Canadá, Cuba, Dinamarca, Luxemburgo, Noruega, Nueva Zelandia, Suecia y Uruguay. Todos los demás votaron en contra. En seguida (y sin que se diera a nadie oportunidad para comentar lo que iba a hacerse) quedó admitida, en otra rápida votación, la España de Franco. Se abstuvieron entonces Dinamarca, Holanda, India, Israel, Luxemburgo, Noruega y Suecia. Se registraron sólo cuatro votos adversos: los de México, la Unión Birmana, Uruguay y Yugoslavia. Los delegados de Arabia Saudita, Corea y Cuba optaron por ausentarse… Había caído el telón.

Sentí, a la vez, cólera y desaliento. Más de cuarenta gobiernos habían preferido callar la razón de lo que efectuaban, o ignorar los motivos de discrepancia que constaban en las protestas. Pero, a mi juicio, no era ése, todavía, el momento de dimitir. Muchos hubieran creído que aprovechaba yo aquel error de la Conferencia para rehuir el debate esencial acerca de la obra próxima de la UNESCO. Por otra parte, no era tanto el ingreso de la España “oficial”

lo que más hondamente me contrariaba, sino el sistema seguido por la mayoría de los delegados para que entrase Franco a la UNESCO, como penetra una carta por la rendija de un gran buzón.

Don José Sebastián de Erice y O’Shea pronunció el discurso ritual de agradecimiento.

Invocó una tradición hispánica, que soy el primero en reconocer; pero, sobre cuyos magníficos pergaminos, no se había secado aún la sangre de García Lorca. Mencionó a dos Franciscos —

Vitoria y Suárez— y afirmó que España iría siempre a las asambleas internacionales “con el corazón abierto, los brazos aún más, y el espíritu claro y decidido de una franca (era el adjetivo oportuno), leal y fraterna colaboración”… Contrastó con aquella escena la admisión

de Libia y del Estado de Nepal. Ambos países fueron recibidos de modo unánime.

El viernes 21, todavía bajo la presidencia de sir Sarvepalli, el profesor Carneiro —en nombre del Consejo Ejecutivo— presentó el conjunto del programa y del presupuesto. Señaló claramente la circunstancia de que las resoluciones propuestas bajo los signos A-1 y B-1 eran inseparables, en la medida en que se considerase como un mínimo el nivel de las actividades realiza-das en 1952. Tenía yo el derecho —y el deber— de volver a hablar. He releído lo que entonces manifesté, y me parece que fui suficientemente explícito.

No podíamos reducir el programa sin afectar el desarrollo normal de la institución.

Tampoco preservar el programa y reducir los gastos administrativos, puesto que éstos —

durante los tres últimos ejercicios— habían sido objeto de severas limitaciones. Por último, no teníamos ya motivo para esperar contribuciones voluntarias, públicas o privadas, de organismos o de personas que aceptaran reemplazar a los gobiernos en el cumplimiento de sus deberes. En 1951, se había repetido *ad nauseam* que determinadas “fundaciones” socorrerían a la UNESCO para llevar a cabo el plan mundial de centros regionales de educación de base.

Más de un año había transcurrido. Y todos los esfuerzos hechos a fin de persuadir a esas

“fundaciones” habían resultado estériles.

Por lo que atañe al espejismo, fomentado por varias delegaciones, respecto al aumento de los recursos destinados al plan de asistencia técnica de la ONU, era obvio que tal aumento no supondría ninguna compensación en lo referente a nuestro programa normal. Ni la ayuda técnica podía ser proyectada por la

Conferencia, ni los fondos consagrados a tal ayuda pertenecían a la UNESCO.

Se definieron entonces las posiciones de los grupos en controversia. Sir Ben Bowen Thomas, del Reino Unido, sugirió que se fijara —para el bienio próximo— la cantidad de diecisiete millones cuatrocientos treinta y seis mil dólares, o sea, ocho millones setecientos dieciocho mil por año: lo mismo que en 1952. De hecho, esta "estabilización" implicaba un retroceso evidente, porque una comisión —presidida por Luther Evans— había reconocido ya que el total de las contribuciones no pagadas por ciertos Estados disminuiría, para 1953, el presupuesto total en un 9.2 por ciento.

Tanto el señor Pierre Bourgeois, de Suiza, como el embajador Malik propusieron que se aprobara el presupuesto solicitado por la dirección general. Los delegados de Australia, Noruega, Estados Unidos, Camboya, Italia, Nueva Zelandia, Turquía y la Unión del África del Sur apoyaron la sugestión hecha por sir Ben. En cambio, se sumaron a los representantes de Suiza y de la India los de Birmania, Brasil, Colombia, Indonesia, Filipinas, Líbano y México.

Alemania y Francia señalaron un tope de diecinueve millones de dólares para el bienio, lo cual implicaba —aparentemente— un aumento anual de cerca de ochocientos mil dólares;

pero (en vista de las contribuciones no pagadas) la suma alcanzaba apenas, en realidad, el nivel obtenido en Florencia dos años antes. Bélgica señaló una cifra menos exigua que la indicada por la Gran Bretaña, aunque más baja que la recomendada por Francia y por Alemania: dieciocho millones para el bienio.

Antes de pasar a la votación, el profesor Verniers, de Bélgica, pidió que se suspendiera la sesión "por un cuarto de hora", a fin de que los jefes de las delegaciones que habían ya propuesto cifras concretas pudieran reunirse para llegar a un acuerdo definitivo. Los quince minutos solicitados por el señor Verniers duraron, de hecho, una inmensa hora. Durante ese lapso, permanecí en mi asiento, charlando con algunos de mis colaboradores. Maheu me preguntó,

en voz baja, qué pensaba yo hacer. —“Dimitir”, le contesté desde luego. Me sugirió, entonces, la conveniencia de hablar con varios miembros de la delegación francesa. Pero no quería yo ejercer presión de ninguna clase en las deliberaciones que estaban efectuando los

“grandes”, a puerta cerrada. Que los gobiernos tomasen las responsabilidades que les correspondían. Yo tomaría las mías, en la forma en que lo estimara oportuno.

La Conferencia reanudó su sesión. Y se enteró de que el grupo de trabajo se había puesto de acuerdo en la cifra propuesta por Bélgica. La iniciativa fue sometida a los delegados. Y la votación demostró que los “reyes magos” habían vencido nuevamente a “los pastores”. Pero, en aquella ocasión, por un margen reducidísimo: veintinueve votos en pro; veintiuno en contra; cinco abstenciones y varias ausencias. Guardé silencio. Y me retiré.

En mi departamento de la Avenida Foch recibí la visita de ciertos funcionarios de la UNESCO y de algunos de los delegados que me habían sostenido hasta el último instante.

Recuerdo —entre otros— el rostro pálido de la señora Pecson, de Filipinas, así como los semblantes sombríos de René Maheu, Jean Thomas y Pierre Auger. Les dije que mi decisión era ya inevitable. Renunciaría. Y comuniqué lo mismo al presidente Cassin, cuando estuvo a saludarme en mi casa a primeras horas del sábado. Me pidió que no formalizara mi dimisión.

Iba a hablar con los delegados, y estaba seguro de corregir las cosas rápidamente. Le manifesté que no podía yo oponerme a que intentase cuantas gestiones quisiera hacer; pero que nada cambiaría la determinación que ya había adoptado.

A pesar de mis objeciones, el gran jurista francés, hoy Premio Nobel, solicitó al presidente en turno, señor Sharif (pues sir Sarvepalli había salido ya de Francia), ser el primer orador aquella mañana. En su discurso, expresó que se veía obligado a explicar

sus puntos de vista antes de que la Conferencia me oyese, porque, a su juicio, el acta de la sesión anterior no reflejaba con exactitud el debate. “El presupuesto votado ayer —dijo— es el de la Conferencia de Florencia, el que rigió en 1951.” Observó que resultaba contradictorio fijar cantidades más reducidas en el instante mismo en el que asumía la UNESCO mayores obligaciones. Y recomendó que se considerara el presupuesto aprobado como provisional y que, antes de que la asamblea se disolviese, adoptase un presupuesto complementario.

Entre aplausos —que no dejaron de sorprenderme— fui a la tribuna. Agradecí a las

delegaciones tan cálida recepción y al presidente Cassin su generosa moción inútil. De las tres posibilidades que se habían presentado a la Conferencia (regresión, estabilización, desarrollo), veintinueve Estados habían optado por la regresión, pues el presupuesto aprobado no alcanzaría —de hecho— ni el nivel de 1952. A este respecto, indiqué: “Se me dirá que, en la presente coyuntura del mundo, la Conferencia no hace sino aplicar a la UNESCO una política general de economías. ¿Cómo creerlo, cuando hemos visto, en este mismo año, acrecerse los presupuestos de otras instituciones internacionales, dentro y fuera del sistema de las Naciones Unidas, y cuando muchos de los Estados que aceptaron el aumento a que aludo participan en los trabajos de la UNESCO? ¿Cómo creerlo, sobre todo, cuando se comparan las exiguas sumas solicitadas para el desarrollo mínimo de la UNESCO y la inmensidad de los gastos militares de que nos tiene informados la prensa diaria?… ¿Qué representaba el aumento propuesto?

Tomemos seis casos típicos: tres de los países que pagan las más altas contribuciones, y tres de los que pagan las más reducidas. Veamos lo que resulta.

”El desarrollo recomendado suponía, aproximadamente, en el caso de los Estados Unidos, una erogación suplementaria de un tercio de céntimo de dólar por año y por habitante. Por lo que hace a la Gran

Bretaña, la proporción era de un quinto de penny, y de sesenta y ocho céntimos de franco por lo que respecta a Francia. En cuanto a Honduras, Liberia y Nicaragua, el aumento hubiera sido —también por año y por habitante— igual a la duodécima parte de un centavo, a la trigésima de un céntimo y a las dos quintas partes de un centavo. Ese, señores, era el sacrificio que os rogué tuvierais a bien considerar… ¿Podía yo pensar que constituyera una carga intolerable para el contribuyente? Y —lo que es, a mi juicio, mucho más serio—

¿puede afirmarse que el contribuyente se sentirá más inclinado a creer en la UNESCO cuando se le diga que una asamblea de sesenta y cinco gobiernos rehusó otorgar a la Organización un aumento que, en términos generales, hubiera exigido un gasto anual equivalente, para cada habitante de sus Estados Miembros, al precio de unos cuantos cerillos?”

Más grave aún que esas cuestiones presupuestarias, me parecían las circunstancias en las que había votado la Conferencia. “Vuestra determinación fue adoptada —aclaré— por veintinueve votos, contra veintiuno y cinco abstenciones. Nos habíais habituado a mayorías más sustanciales para otras causas. 3 Sin embargo, la que discutisteis ayer era, esencialmente, la causa de la UNESCO, de esa UNESCO en acción, acerca de cuya obra al servicio de la paz os felicitabais aquí hace aún pocos días. El debate nos hizo advertir dos tendencias muy claras.

La de los Estados que —con emocionante fervor— ansiaban el desarrollo de la UNESCO, y la de aquellos que —por razones que respeto, pero deploro— se resolvieron en favor de la reducción. Os lo aseguro de la manera más formal: si una mayoría se hubiese pronunciado en favor del presupuesto recomendado por el Consejo Ejecutivo y por el director general, y si lo hubiese hecho, también, por veintinueve votos contra veintiuno, mi conclusión hubiera sido absolutamente la misma. No creo, en efecto, que se pueda dirigir la ejecución del programa de la UNESCO sin contar con un apoyo ampliamente mayoritario de parte de los Estados que la

sostienen. Toda división entre ellos (y sobre un punto tan capital) reduce la autoridad de la institución y la de quienes deben actuar en su nombre."

Y manifesté, para concluir, que mantenía lo que había anunciado en Florencia. Puesto que, en el curso de más de dos años, una verdadera comunidad de aspiraciones no pudo establecerse entre nosotros, me alejaría de la Organización —con tristeza, pero sin amargura.

Vi muchos rostros compungidos. Carneiro se proyectó materialmente hacia la tribuna para reiterar que el programa y el presupuesto sometidos a la Conferencia llevaban, en su introducción, junto a la mía, su propia firma, y que —"solidarizado con el director general en las horas de la esperanza y en las horas del trabajo fecundo"— seguiría solidarizado conmigo

"en el gesto de la partida". Rogó, entonces, a sir Ronald Adam que, como vicepresidente del Consejo, ocupara la presidencia, que él declinaba.

Le siguió el señor Ribnikar, quien se había abstenido durante la votación del viernes. "Yo mismo indiqué las causas que decidieron a mi delegación a adoptar ayer esa actitud", dijo.

"Hablé de los acontecimientos que se desarrollaron en esta sala, especialmente los relativos a la admisión de un nuevo Estado Miembro. Pero no es sólo la entrada de España en la UNESCO

lo que ha determinado nuestra posición. La decidió, sobre todo, la forma en que esa admisión tuvo lugar. Dimos al mundo la impresión de que la UNESCO tenía miedo de una discusión libre y franca. Esta atmósfera fue la causa de mi disgusto, y así lo manifesté abiertamente en vuestra presencia. Hoy, después de lo que acabamos de oír —la dimisión del director general—, después de lo que acaba de decirnos el señor Carneiro, debo declarar que yo también dimito como miembro del Consejo Ejecutivo, en el que tenía el honor de ser vuestro mandatario. Por tanto, os ruego que, al

elegir a un nuevo miembro para el Consejo, penséis además en quien me sustituya.”

Asistíamos a un naufragio: el de la fe que, junto conmigo, habían querido depositar en la UNESCO muchas conciencias independientes. Pero estaba yo convencido de que esas tres renuncias no serían vanas. No lo fueron, como afortunadamente ha venido a comprobarlo, con el tránsito de los años, el progreso actual de la institución.

Sin embargo, en aquel momento, no sabían qué hacer los asambleístas. El delegado de Colombia, señor Augusto Ramírez Moreno —a quien había conocido en Bogotá durante la IX

Conferencia Internacional Americana— pidió que la sesión se suspendiera y que no se reanudaran los trabajos sino el martes por la mañana. El embajador Malik hizo constar que la delegación de la India aprobaba totalmente mis declaraciones y propuso, también, el aplazamiento de los debates. Como el delegado de Francia sugirió algo parecido, el doctor Piaget trató de hallar una solución.

“Atravesamos —afirmó— un momento grave. Peligra la existencia misma de la UNESCO.

Es evidente que, si no superamos esta crisis, muchos países habrán de reconsiderar sus relaciones con la UNESCO, y la opinión pública de algunos habrá de inquietarse profundamente a causa de estos sucesos. Señores, hago un llamamiento a vuestros sentimientos de fidelidad.

La crisis de la UNESCO sería una crisis de toda la solidaridad internacional. No admitáis esa derrota. No debemos aceptar la dimisión de Torres Bodet, como persona. Y, mucho menos, debemos aceptarla como símbolo. No nos cabe aceptar la pérdida moral y absoluta consistente en la interrupción brutal de la experiencia que él representa, de la experiencia a la que va unido su nombre. Torres Bodet es un símbolo a los ojos del mundo actual, inquieto y desgarrado, y su dimisión supone mucho más que la simple decisión

de un individuo… Como consecuencia de los acontecimientos, solicito la reapertura del debate. Propongo que no se acepte la dimisión del director general ni las dimisiones que le han seguido. Propongo que se abra de nuevo el debate de ayer sobre la cifra tope. Y, si ello no es posible, propongo que examinemos el programa con toda objetividad. Entonces comprobaremos que el programa sobrepasa la cifra tope y cabrá examinar de nuevo la cuestión."

¿Qué podía yo hacer? Imaginé lo que ocurriría. En el mejor de los casos, se agregarían algunos cientos de millares de dólares a la cantidad aprobada el viernes por la noche. Pero, dada la actitud norteamericana —y la británica—, ese aumento se haría sin el apoyo de los dos principales contribuyentes. La votación final produciría un resultado peligroso para la UNESCO: veintinueve o treinta Estados en pro y veintidós o veinticinco Estados en contra, descontando las abstenciones. Una victoria de ese linaje disminuiría mi autoridad, la cual quedaría a merced de constantes e inútiles controversias.

Incluso ese débil triunfo resultaba poco probable. Las delegaciones hostiles al desarrollo de la UNESCO trabajaban en los pasillos y se empeñaban por convencer a quienes dudaban.

Hasta algunas naciones latinoamericanas se habían visto orilladas a adoptar, "por instrucciones superiores", la doctrina de la "estabilización". Podría presentarse un curioso empate. En tal caso, no faltarían oradores que me pidiesen un sacrificio idéntico al de Florencia. Ante semejante amenaza, opté por cerrar la puerta de un golpe firme. Y volví a la tribuna, para decir a los delegados: 'No actuéis en razón de un hombre. Sería un pésimo precedente internacional. Los hombres nunca son símbolos. Los símbolos son las instituciones.

Si lo consideráis oportuno, abrid de nuevo vuestro debate. Si así lo deseáis, adoptad otras decisiones. Pero hacedlo en nombre de la UNESCO, y no pensando en un hombre. Ese hombre ha terminado

para vosotros… No puedo decir cuántos acontecimientos, cuántas experiencias

—como la de ayer— fueron menester para que llegara a esta conclusión. Pero es ya un hecho.

Por tanto, y os lo digo fríamente, debéis ir a vuestras decisiones pensando en el ideal que representa la UNESCO y no en los hombres que sirven ese ideal. Cuando, por vez primera en mi vida, dije ‘dimisión irrevocable’, hacedme el honor de creer que di a esas palabras su pleno significado.”

El presidente Sharif consultó a la asamblea si estaba de acuerdo en suspender la sesión.

Así lo aprobaron los delegados. La Conferencia no volvería a reunirse sino el miércoles 26; es decir: exactamente cuatro años después del día en que fui electo director general por la reunión de Beirut.

El domingo, el lunes y el martes, procedí a hacer retirar, de los archivos de mi oficina, las cartas y libros que me pertenecían. Tanto la señora Matthews como la señorita Soler comprobaron —en esas horas—, una vez más, su lealtad y su talento. El personal formuló una declaración en la cual cerca de seiscientos empleados me expresaron una adhesión que me conmovió. En cambio, mis principales colaboradores, los de mayor jerarquía técnica y burocrática, observaron una actitud mucho más prudente. Dispuestos a luchar a mi lado para afirmar un programa menos raquítico, se disponían a combatir —ya sin mi presencia— por un programa de proporciones más limitadas, pero que les permitiese obtener la realización, aunque fuese en miniatura, de algunos proyectos que amaban mucho. Reducirían lo que me habían asegurado que era irreductible. Suprimirían lo que me habían demostrado que no podría comprimirse. Y seguirían, al frente de sus departamentos, con la conciencia tranquila del que ha cumplido por lo menos con un deber: el de perdurar.

En los corredores del Hotel Majestic, los conciliábulos menudeaban. Cada director tenía sus prosélitos; cada jefe de servicio, su clientela. Unos se esforzaban por convencer a los delegados escandinavos de que, para mantener a flote el programa de ciencias sociales, bastaría aligerar tales o cuales resoluciones. Otro hablaba con los latinoamericanos a fin de salvar el mínimo del programa de educación. Este asaltaba a los ingleses, con el deseo de que el alud de las supresiones no abatiera dos o tres arbolitos del magro huerto que su imaginación transformaba en bosque. Y aquél adulaba a los norteamericanos para que el hacha presupuestaria no descargase su ira sobre las ramas que le pertenecían. Se repetía, en cierto modo, el acto célebre de Molière. Ante el "burgués gentilhombre", los especialistas lucharon por defender lo que les importaba a ellos personalmente.

El miércoles 26 de noviembre, volví a la UNESCO. El presidente Sharif abrió la sesión plenaria que tendría que aceptar mi renuncia. Lo hizo con palabras que, no obstante la dimensión del texto, me veo obligado a reproducir:

"Nos reunimos —manifestó—en un ambiente de grave responsabilidad, y nuestras deliberaciones habrán de repercutir hondamente en el futuro de la UNESCO. El director general dimitió. Afirmó la decisión de renunciar a su cargo, después de haberse consagrado de lleno, con toda su capacidad y energía, con todo su valor y sinceridad, con toda su visión y su fe, al desarrollo de la UNESCO durante un período de cuatro años, etapa rica en experiencias creadoras y en actividades firmes y llenas de promesas. Para el señor Torres Bodet, la UNESCO

era —y debe continuar siendo— una organización de carácter verdaderamente universal, dedicada a la tarea de mantener la paz y alentar la justicia social por medio de la cooperación de todos los pueblos y su comprensión mutua, de la mutua inteligencia de todos los ánimos y del gradual aumento del nivel de vida.

"El director general nos ha dicho que concebía la futura UNESCO como una organización en proceso de desarrollo, y con medios

suficientes para la realización de dicho proceso. Tomó la irrevocable decisión de dimitir, como consecuencia de la aprobación por la Conferencia

General de un presupuesto cuya cifra límite estima insuficiente para el futuro desarrollo de la UNESCO. Pero razón más honda e importante le movió a esa decisión y fue su parecer de que el establecimiento de un presupuesto inferior al que él consideraba necesario, refleja, por parte de ciertos Estados Miembros, falta de interés y hasta falta de fe en el trabajo, en los principios y en las finalidades de la Organización…

”La dimisión del señor Torres Bodet, ciertamente lamentable, ha tenido sin embargo el efecto de concentrar el interés del mundo entero sobre la UNESCO. En general, se tiene ahora de nuestra Organización una impresión más seria. El sacrificio del director general no habrá sido en vano, si la UNESCO sale fortalecida de esta prueba y se presenta al mundo con acrecida vitalidad.”

Tras de haber sido aceptada mi renuncia, el señor Sharif (que había hablado durante el domingo, el lunes y el martes con todos los jefes de delegación) sometió a la asamblea un proyecto de resolución en el cual la Conferencia expresaba su gratitud por la fe que deposité en la UNESCO. A fin de atestiguar públicamente su consideración, hablaron el señor Paul Montel, designado al efecto por los países de lengua francesa; el señor Andrews, de la Unión del África del Sur, en nombre de las delegaciones de lengua inglesa; el señor Malik, de la India, en el de las naciones del Sur y el Sureste de Asia; el señor Ammoun, del Líbano, en el de los Estados árabes, el Cercano Oriente y el Irán, y el señor Augusto Ramírez Moreno, de Colombia, en el de las repúblicas latinoamericanas.

Agradecí sus discursos. Y, para despedirme, hice uso de la palabra en español. Estas fueron las frases que pronuncié:

“Permitidme que os hable hoy en el idioma de mi patria, que es también el idioma en que hablan, aman, sufren, trabajan y esperan diecisiete países miembros de esta Organización.

Seré muy breve. No deseo, en efecto, interrumpir por más tiempo vuestros debates, ya retardados por la consideración de la renuncia que os presenté. Esa renuncia, habéis tenido a bien aceptarla. Y la habéis aceptado en los términos más generosos. Recibid aquí el testimonio de mi profundo reconocimiento.

”Según os dije el sábado, salgo de esta institución confortado por la conciencia de que, en la medida de mis modestos alcances, traté siempre de cumplir con mi deber. Mi deber para con vosotros, representantes oficiales de los gobiernos que participan en la obra de la UNESCO, y también, en cierto modo, mi deber para con los pueblos que anhelan —por todas partes del mundo— un progreso económico, social y cultural que afiance sus libertades en la justicia.

”Pudimos no coincidir en nuestras apreciaciones acerca de la acción que incumbe a la UNESCO; pero, de nuestra experiencia en común, conservaré sin mancha el recuerdo de esta hora solemne, en que unos y otros asumimos lealmente nuestras responsabilidades. Gracias, señor presidente, por la elegancia con que habéis sabido dirigir este debate y atravesar una situación difícil para todos. Gracias, señores delegados que, en nombre de diversas regiones del mundo, con nobleza ejemplar, habéis venido, no a rendir tributo a un hombre, que no lo

merece, sino a expresar la grandeza de vuestro corazón. Gracias, en fin, señores delegados, por la confianza que me dispensasteis durante cuatro años. Y gracias a mis colaboradores, a todos mis colaboradores, por la fidelidad inteligente de su concurso.

”Que la UNESCO logre desarrollar algún día sus programas, como lo soñamos en Londres

—en 1945— quienes tuvimos el privilegio de asistir a su nacimiento. Y que, a pesar de todos los obstáculos, la paz asegure al mundo —merced a la educación, a la ciencia y a la cultura—

un destino digno del hombre. Señoras y señores: Adiós.”

XVII. SUSPICACIAS Y HONORES. ENTRE EL ELÍSEO Y MITRÍDATES. LA NOCHE DE SAN SILVESTRE. LOS ADIOSES DE ENERO. REGRESO A MÉXICO

Por fin, me encontré solo, lejos del desierto internacional, sin sentirme ya rodeado de irónicas complacencias, lisonjas hipócritas, reservas amargas, críticas disfrazadas de benévolas intenciones —y malos propósitos adornados con vistosas plumas retóricas. Durante cuatro años, había vivido para los otros, pendiente de que los otros me comprendiesen, atento a lo que los otros pensaban de cuanto hacía y preocupado de que los otros no deformasen mis instrucciones o exagerasen mis esperanzas.

Un administrador nacional es muchas veces víctima de sus dudas, de sus jactancias, de sus errores. Pero un administrador internacional puede llegar a considerarse víctima incluso de sus aciertos… Lo que a algunos de sus mandantes les parece apreciable, necesario y correcto, a los demás les resulta absurdo, prematuro, ridículo o dispendioso. Por espacio de cuatro años había tenido que actuar como director general, viajar como director general, hablar como director general, hacer declaraciones a la prensa como director general. Por momentos, ciertas noches, al despertarme el rumor del viento en los balcones que daban a la Avenida Foch, una pregunta me atormentaba en mi propia casa: ¿no estaría yo aprendiendo a dormir como director general de algo? Pero, ¿de qué?… ¿Se desarrollarían también sesiones, con discursos, votos y enmiendas, en el mundo fantástico de los sueños?

Tan pronto como mi renuncia fue aceptada por la Conferencia, dejaron de sonar los teléfonos de nuestro departamento. Había hecho ya a los periódicos las declaraciones que procedían. Pensaba regresar a mi país, y dedicarme a escribir —desde luego, no acerca de la UNESCO. Quería que transcurriesen algunos lustros antes de comentar el total de mis experiencias en aquella Organización.

Ahora, al resumir mis impresiones, me siento más objetivo de lo que hubiera podido sentirme entonces.

He dicho que dejaron de vibrar, en mi refugio de la Avenida Foch, los timbres de los teléfonos. No duró mucho la tregua. En efecto, principiaron las invitaciones para diversos actos de despedida. El Consejo Ejecutivo (del que, por cierto, no había salido Carneiro) insistió en ofrecerme una cena en el *Ritz.* De *smoking,* en torno a una mesa que, por florida, recordaba los ágapes proustianos, y entre camareros que deberían ser hijos, sobrinos —o acaso nietos— de los que se inclinaban ceremoniosamente ante los invitados de la duquesa de Guermantes, hicimos lo posible para dar a nuestra reunión el aspecto que requerían las circunstancias. A los postres, habló Carneiro, ya sin el entusiasmo que demostró —en la

tribuna de la UNESCO— el día de mi renuncia. Contesté brevemente, midiendo cada palabra. No quería ni lastimar a mis invitantes ni engañarles acerca de la escasísima ayuda que muchos de ellos me habían dado en los momentos difíciles de noviembre.

Una tarde, me llamó el ex presidente del Perú, don Manuel Prado: el mismo que —años después— volvería a asumir la Presidencia de su país, y a quien saludé en Lima en 1962, cuando la Universidad de San Marcos tuvo la deferencia de conferirme el título de doctor *honoris causa.* El señor Prado no acudió a mí, aquella vez, para atestiguarme su diplomática simpatía, sino con el propósito de saber cuándo íbamos a dejar nuestro apartamento, pues deseaba heredarlo tan pronto como partiésemos. Le comuniqué los datos que podían interesarle: el nombre del propietario y el importe del alquiler. Y le anuncié que saldríamos de París a finales del mes de enero. Tendría que contener su impaciencia por espacio de ocho semanas.

Durante ese lapso, organicé el traslado de mis libros y mis papeles, y salimos casi todas las noches, para asistir a cenas, conciertos y representaciones teatrales. Me enteré, por la prensa, de que la UNESCO no se había resuelto a sustituirme inmediatamente. Varias delegaciones (sobre todo, la brasileña) creyeron, en un principio, que Carneiro sería un candidato viable para la dirección general. Pero los Estados Unidos aspiraban a más. Y mi amigo Carneiro había comprometido su porvenir inmediato al solidarizarse —tan noblemente

— con mi actitud. La asamblea optó por concederse un compás de espera. Una Conferencia especial (que no había sido prevista, y en la cual se gastó casi la mitad de la suma que me fue rehusada para aumentar el presupuesto de 1953) tendría que designar a mi sucesor. Según era de preverse, resultó un norteamericano. Fue el señor Luther H. Evans. Mientras tanto, otro ciudadano de los Estados Unidos, el director general adjunto, John W. Taylor, quedaría como director general interino…

Me alegró que Taylor permaneciese —aunque fuera por algún tiempo— al frente de la institución. Era un hombre bueno, de quien pude en toda ocasión comprobar el sincero compañerismo. Pero arriaría, sin excesiva tristeza, todas las velas que yo hubiese querido desplegar. En semejante maniobra náutica, lo auxiliarían eficazmente los mismos pilotos —

directores y jefes de servicio— que tantas veces me habían manifestado la urgencia de ampliar el tamaño de aquellas velas, pues —de otro modo— la nave zozobraría.

Recibí dos sorpresas muy diferentes: agradable una y embarazosa la otra. El presidente Auriol decidió entregarme personalmente la Gran Cruz de la Legión de Honor. Y el señor Lester Pierson, presidente de la Asamblea General de la ONU, me designó —junto con Ralph Bunche— para investigar cuál era efectivamente la situación racial en la Unión del África del Sur. Acepté la condecoración francesa pero decliné el nombramiento de la ONU.

El 16 de diciembre fui, con mi mujer, al Palacio del Elíseo. El presidente y su esposa nos acogieron con viva cordialidad. Antes de que principiase la ceremonia, Auriol me dijo que se sentía indignado por la forma en que muchos gobiernos se habían conducido conmigo —y me

dio la impresión de no excluir, de aquel juicio, al de su propio país… Pasamos al salón en que se encontraban, junto con el ministro Marie, varios altos funcionarios del Elíseo y del Quai d'Orsay. Allí, el señor Auriol pronunció un discurso del que citaré solamente tres párrafos: los que revelan cómo juzgaban mandatarios de su categoría los motivos morales de mi renuncia.

En primer lugar, manifestó el presidente: "Usted ha servido a nuestra cultura, a la libertad y a la paz. Esta concepción era la que inspiraba toda la orientación de la UNESCO. Fiel a los principios de la Carta de la ONU, trató usted de mantener a la UNESCO al margen de los conflictos políticos que dividen al mundo y que paralizan a la Organización de las Naciones Unidas. Supo usted proteger su

misión cultural contra el proselitismo partidista. Se opuso a la invasión de las propagandas…" Aludía de ese modo, sin precisarlo, a las presiones que habían intentado ejercer sobre mí determinadas grandes potencias.

En seguida, fue más audaz. En efecto, sólo como alusión al ingreso de la España de Franco en la UNESCO tenía sentido la frase que inserto aquí: "Esperamos, y yo lo espero personalmente, que la advertencia que constituye su gesto, que lamento desde todos los puntos de vista, servirá de lección a todos y que comprenderá que, al querer ampliar a toda costa a la UNESCO, se corre el riesgo de alterar su espíritu." Y concluyó con estas palabras: "Habéis enriquecido nuestro patrimonio cultural y, al mismo tiempo, habéis servido a la humanidad. He ahí la causa por la que estamos orgullosos de honraros hoy."

Agradecí la distinción —y la franqueza del gobernante. No podía él decir más, en un texto protocolario. Incluso lo que dijo (según me confesó privadamente después) lo dijo sin consultar a sus consejeros. El semblante desconcertado del ministro Marie parecía confirmar la confidencia del presidente.

Por la noche, algunos amigos nos invitaron al teatro. Asistimos, en la *Comedia Francesa,* a una representación de *Mitrídates.* Había leído aquella tragedia de Racine, treinta años antes.

No me inspiraba especial fervor. *Andrómaca, Atalía, Británico* (y *Fedra,* como ninguna) me han parecido siempre más convincentes. Pero los intérpretes eran de excepcional calidad.

Yonnel encarnaba el personaje —colérico y torturado— del gran monarca, dividido entre su deseo de poseer a Mónima y su ambición de luchar hasta el último instante con los romanos.

Annie Ducaux resultaba Mónima misma, vehemente y púdica, enamorada de uno de los hijos de Mitrídates, pero obediente al destino, que parecía resuelta a imponerle a Mitrídates como esposo. Jean Marais, amigo y discípulo de Cocteau, daba al papel del

príncipe enamorado un relieve extraño, tal vez demasiado ambiguo. Infiel a su padre en cuanto se refería a su amor por Mónima, acataba públicamente su autoridad y lucharía con vigor para defenderlo de la venganza imperial de Roma.

Como en todos los diálogos racinianos, escuchamos hermosos alejandrinos. Éstos, por ejemplo, que pronuncia Farnacio, el hermano traidor del príncipe enamorado, y que describen

—con dramática concisión— el carácter despótico de Mitrídates:

Amant avec transport, mais jaloux sans retour,

sa haine va toujours plus loin que son amour.

Confieso, no obstante, que la acción me desencantó. Y no citaría el recuerdo de aquella noche, si no fuese porque el protagonista me hizo pensar en lo que estaba experimentando en mi propio ser. Inmune a todos los venenos, pues —por miedo a sus adversarios— se había administrado durante años, en pequeñas dosis crecientes, los tóxicos más mortíferos, el rey del Ponto no pudo “mitridatizarse” jamás contra el más intenso de todos: el veneno interior, el que destilan los alambiques oscuros de la conciencia. Nada podía ya envenenarlo, sino su orgullo.

Pero, como el orgullo no mata, tuvo que recurrir a su espada. Y murió, como había vivido, víctima de sí mismo.

¿No somos todos, en cierta forma, iguales al héroe de Racine? ¿No perecemos todos, al fin y al cabo, por lo que somos?… En mi modesta esfera, yo había cuidado de que no me alterasen el alma los contratiempos o los éxitos oficiales. Contra esos tóxicos, logré inmunizarme sinceramente. Pero, de pronto, mientras el público de la Comedia Francesa aplaudía a Yonnel, percibí que nada me salvaría de mí mismo: de mi deseo de no transigir con la insidia ajena, de mi ambición de no torcer —por ningún motivo— la línea justa. Sin alejandrinos —y sin espada— medí hasta qué punto resultaba yo, al mismo tiempo, como Mitrídates, el vencido y el

vencedor. Hay ocasiones —y aquella en que me encontraba era de ese género— en las cuales, para el vencido, la derrota tiene el significado de una victoria.

Al día siguiente, encontré sobre mi mesa muchos recortes. Los periódicos mexicanos comentaban amablemente mi dimisión. *La Prensa* indicaba que "todavía quedaban en el mundo personas que no se resignaban a ser comparsas de la ridícula farsa pacifista que consiste en sostener el engaño de una paz asentada sobre las bocas de los cañones". En *Novedades,* Manuel González Ramírez explicaba muy claramente las cosas. "Si los Estados Unidos —escribía—, que eran los contribuyentes de mayor volumen, no podían lograr que se realizara por la UNESCO una obra en la forma y medida en que lo querían, parecía lógico que se abstuvieran de 'abrir más la bolsa', y por consiguiente votaron la reducción del presupuesto. Ello quiere decir que la penetración norteamericana ha invadido ya los terrenos de la cultura." El "mundo oficial" mexicano guardó un silencio muy significativo. Es cierto: acababa de cambiar el gobierno, y tanto el presidente Ruiz Cortines como sus colaboradores tenían cosas más graves en que pensar.

El *Times* de Londres se había limitado a dar la noticia con desdeñosa objetividad. Pero el *Manchester Guardian* lamentaba mi partida. Y decía, entre otras cosas: "Torres Bodet dio pruebas de que, desde el principio, hizo suyos los problemas y dificultades de la educación

fundamental; es decir, de lo que debe enseñarse a aquellos que hasta el presente no han recibido instrucción alguna. Al propio tiempo, prestó atención a otras diversas actividades de la Organización, sin desatender ninguna… Será difícil reemplazarlo." Los diarios franceses señalaban mi dimisión como un nuevo síntoma del malestar que pesaba sobre las instituciones internacionales. Ligaban mi renuncia con la que había presentado Trygve Lie, y algunos atribuían mi decisión a la entrada de España en la UNESCO.

Circulaban rumores absurdos, que la prensa acogía y multiplicaba. Por ejemplo, se aseguraba que sería yo candidato a la secretaría general de la ONU, para reemplazar a Trygve Lie. Otros sugerían que el nuevo presidente de México se proponía aprovechar mis servicios como secretario de estado en Relaciones Exteriores o en Educación Pública. Ignoraban —o parecían ignorar— que el gabinete mexicano estaba ya constituido y que esos cargos serían desempeñados, respectivamente, por los abogados Luis Padilla Nervo y José Ángel Ceniceros. En el fondo, todas aquellas hipótesis obedecían a una incredulidad que poco me honraba. Quienes las esparcieron se resistían a admitir que hubiese yo abandonado un cargo internacional de tanta importancia por las razones que expresé ante la Conferencia. Preferían pensar que abrigaba una ambición política inconfesable.

Menciono ahora, sin disgusto, tales suposiciones. Sin embargo, entonces, me molestaron.

Por eso mismo no quise admitir la distinción que creyó conferirme el presidente de la Asamblea General de la ONU al designarme miembro de la comisión internacional constituida para considerar el problema racial en la Unión del África del Sur. ¿Qué iba yo a hacer en ese país, uno de los pocos que se abstuvieron de votar la Declaración Universal de Derechos Humanos? ¿Qué necesidad tenía la ONU de conocer oficialmente lo que nadie ignoraba en aquel momento: la discriminación de los negros del África del Sur? ¿Cómo percibir viáticos y honorarios, para redactar —si las autoridades permitían la indagación— un informe que cualquier hombre de buena fe podría estimar superfluo?… Declaré que el nombramiento no me había sido consultado. Y me rehusé a prestar un servicio que resultaría, a la postre, inútil.

El 31 de diciembre fueron a saludarme los empleados de la oficina que había sido, en la UNESCO, mi “gabinete”. Me llevaron, como aguinaldo, un precioso libro. Encuadernado en tafilete de color rojo, por un artista del siglo XVIII, aquel volumen contenía los planos de París, grabados durante la administración del ministro Turgot.

Concluía entonces la ciudad, por el Occidente, no lejos de los Campos Elíseos. No creo que abarcaran sus planos, en esos días, el predio en que fue construido, mucho más tarde, el *Hotel Majestic.* Conservo el libro, y la hoja en que aparecen las firmas de los donantes. Veo, entre ellas, la de John W. Taylor, la de René Maheu, la de mis secretarias Paulette Matthews y Ángeles Soler, y las de dos escritores franceses que mucho estimo. Philippe Soupault y Roger Caillois. Alguno, más nacionalista que los demás, G. V. Rao, inscribió su rúbrica dentro de un pequeño dibujo que figuraba el litoral de su patria: la libre India… Además de aquel conjunto de planos parisienses, los funcionarios y empleados de la Organización me obsequiaron con un cuaderno, forrado de

pergamino, en cuya primera página figura una declaración generosa. En las hojas siguientes constan las firmas de setecientos veintisiete hombres y mujeres que colaboraron conmigo hasta el mes de noviembre de 1952.

Idos los visitantes, me asomé a la ventana. Nevaba copiosamente. Todo era blanco, o negro, en los relieves de la ciudad. Sobre las ramas secas de los castaños, la blancura se había cristalizado en alardes de técnica arquitectónica. Automóviles —con el capacete nevado—

circulaban por la avenida. El invierno avanzaba con mayor prisa.

Estaba acabando el año. Y recordé otro 31 de diciembre: el de 1948. Nos encontrábamos entonces, mi esposa y yo, en un departamento del Hotel George V. Había trabajado, en la UNESCO, hasta las ocho de la noche. No nevaba. Hice a pie el recorrido de mi despacho hasta el hotel. En una tienda de flores, compré unas rosas. Serían las únicas que mi mujer recibiese en aquella víspera de un período inquietante e imprevisible. Pobres rosas de invernadero…

Duraron “una mañana”, como la de Malherbe, en su elegía a la hija de Desperiers. Cuarenta y ocho meses habían pasado desde aquella noche de San Silvestre. Y ¿cuál era el fruto de tantos días

de agitación, entusiasmo, esperanzas, fracasos y desalientos? ¿Habría sido estéril mi viaje por el desierto internacional?

Acaso no por completo. Lo que recibí en Beirut, en 1948, era —más que nada— un borroso esquema. Lo que dejé en París, en 1952, comenzaba a ser una obra en proceso de construcción. Sobre las líneas de algunos de los cimientos, trazados bajo la dirección de Julián Huxley, empezaban ya a levantarse muros visibles, aunque no sólidos todavía. Comparo el programa expuesto ante la séptima reunión de la Conferencia con el que está realizando la UNESCO en la actualidad. Se han mantenido muchas secciones. Se han afirmado múltiples perspectivas. Las primeras paredes han sido consolidadas y edificios —de escasos pisos—

son, ahora, ya rascacielos…

Los proyectos fundamentales siguen ejecutándose: la campaña mundial de alfabetización, la de enseñanza primaria gratuita obligatoria, la colaboración de los sabios, los investigadores, los literatos y los artistas en el dominio internacional, la acción en favor de los trabajadores y de los jóvenes, la lucha contra los prejuicios raciales, la defensa del patrimonio cultural de la humanidad. Todo lo que subrayé como prioritario, durante mi gestión, continúa vivo. Hasta las publicaciones que ya editábamos (como *El Correo,* los resúmenes estadísticos, el *Index Translationum,* las revistas *Museum* e *Impacto*) han conservado sus títulos. Y corresponden, cada vez mejor, a nuestros propósitos iniciales.

Pero todavía hoy suele preguntarse la UNESCO si no podría intensificar su acción en favor de la paz del mundo. Así lo ha hecho, públicamente, por lo menos en dos ocasiones. En Bellagio, del 23 al 28 de mayo de 1966, convocó a varios escritores, políticos y maestros

interesados en el asunto. Invitado por Maheu, fui a Italia y me hospedé cerca de la Villa Serbelloni, donde se efectuó una reunión que duró cinco días y en la que tuve oportunidad de encontrar a viejos amigos míos, como Carneiro, Benton, Kabir y Ralph Bunche.

Nos pusimos pronto de acuerdo en proclamar la universalidad de la misión de la UNESCO y la conveniencia de que ésta tomase la iniciativa de una acción coordinada de todas las organizaciones del sistema de la ONU para el mantenimiento y la edificación de la paz.

Con base en los trabajos de Bellagio, y a fin de celebrar el vigésimo aniversario de su existencia, la UNESCO organizó en París una "mesa redonda", la cual terminó sus tareas el 4 de noviembre de 1966. Fui invitado también a sus deliberaciones. En ellas participaron veinte personas. Diecisiete de las presentes habían desempeñado con anterioridad, en la UNESCO, los cargos de director general, de presidente de la Conferencia o de presidente del Consejo Ejecutivo. Las otras tres ostentaban el Premio Nobel de la Paz. Eran Lord Boyd Orr, Philip J.

Noel-Baker y Linus Pauling. Con excepción del señor Azimov, soviético, quien formuló algunas reservas, todos los asistentes suscribimos el llamado que consta en el apéndice de este volumen. En los catorce años transcurridos desde mi dimisión, la UNESCO había progresado mucho materialmente, aunque no había conseguido el propósito por el que tanto luché: dar al progreso del mundo un alma de paz.

Pero volvamos al 31 de diciembre de 1952. Seguía cayendo la nieve. Mientras caía, continuaba yo meditando sobre lo hecho, en cuatro años, desde París… La UNESCO debía crecer. Y mi salida contribuiría a su crecimiento. La hora que elegí para renunciar era aquella en la cual más podía servir a la UNESCO mi dimisión. Las administraciones gubernamentales despertarían del sueño en que se abismaban, creyendo absurdo trabajar en favor de la paz merced a la educación, a la ciencia y a la cultura, cuando les parecía tan fácil emplear la cultura, la ciencia y la educación para inducir a sus pueblos a la preparación de una nueva guerra. No hay protesta que no requiera algún sacrificio. De haber sido la mía puramente verbal, hubiese resultado estéril para la UNESCO.

Corrí la cortina sobre el paisaje de la ciudad. El invierno anuncia siempre otras primaveras. Mis sucesores sabrían aprovechar la

herencia que les dejaba. Alguno —sin decirlo tal vez— pensaría de tarde en tarde en el mexicano insistente y terco que prefirió la renuncia a la sumisión.

Enero fue un mes de adioses. El martes 6 me ofrecieron un gran almuerzo —en el Círculo Interaliado— “los amigos de Paul Gaultier”. El viernes 9 fue a visitarme el señor Kahn, Presidente de la Liga de los Derechos del Hombre. Era, como yo, un admirador de la obra de Léon Blum. Hablamos de él afectuosamente. Conté al señor Kahn que, pocas semanas antes, la viuda de Blum me había invitado a comer en su casa de Jouy-en-Josas. Por cierto que, durante

la sobremesa, la compañera del gran socialista francés me leyó varias cartas inéditas de su esposo. Le aconsejé que las publicara. No sé si figuren ya en la colección dada a la imprenta por René Blum. Antes de despedirme, la solitaria de Jouy-en-Josas tuvo un gesto espontáneo y tierno: me regaló un pequeño león de piedra, resto —probablemente— de algún capitel románico. Durante años, su marido lo había guardado como un homónimo silencioso. Ese león dormido adorna ahora mi biblioteca.

El sábado 10, almorzamos con el duque y la duquesa de la Rochefoucauld, en su casa de la Plaza de los Estados Unidos. Entre los invitados, se hallaba el señor de Bourbon-Busset, que había sustituido a Joxe al frente de la dirección de relaciones culturales de Quai d’Orsay. Era un funcionario probo y un excelente escritor. La duquesa me habló del proyecto —que después realizó— de publicar los cuadernos privados de Paul Valéry. El duque nos oyó resignadamente. Pensaba, sin duda, en que concluyésemos pronto, pues le urgía ir a reunirse con sus amigos del Jockey Club.

El lunes 12 fuimos a casa del embajador Parra Pérez, ex ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela y delegado de su país ante la UNESCO. Nos conocíamos desde hacía ya muchos años. Era el desterrado perfecto. Vivía en París, sin ignorar nada de lo que acontecía en su patria. Había sentado esa vez a su mesa, junto a nosotros, al ex presidente de Colombia, don Eduardo Santos, y a la

señora de Santos. Con ambos hicimos recuerdos de nuestro viaje a Suiza, en 1933.

El martes 13 cené en la embajada de la India. El embajador Malik —que no se quitaba el turbante nunca— me presentó a dos eminentes ingleses: lord Ismay y Duff Cooper. Ministro en el gabinete de Churchill durante el año de 1940, Cooper unía a sus habilidades de diplomático un notable talento de hombre de letras. Había publicado un *Talleyrand* en 1932 y un libro sobre Haig en 1935. Me habló de Francia con simpatía, y de mi esfuerzo en la UNESCO con flemático escepticismo. El miércoles 14, Taylor y los directores y jefes de servicio de la UNESCO me llevaron al restaurante Drouant. Fue un banquete extraño, en el cual se habló de los problemas de la Organización como si yo continuase en ella. Hasta hubo quien me preguntase qué debería hacer ante ciertas dificultades con que lo obligaban a tropezar las reducciones del presupuesto…

El domingo 18 estuvo en mi casa Philip J. Noel-Baker, el honrado y valiente político inglés que, desde las filas del partido laborista, había ayudado tan lealmente a la UNESCO. Era un hombre alto, rápido, deportivo. Sobre una nariz —popular y sensata como un proverbio—

erguía una frente austera, despojada de todo énfasis demagógico. Hablaba con fluidez, pero se esmeraba en buscar la expresión precisa y, por momentos, se corregía a sí mismo, como si revisara algún texto ajeno. Modificaba, sobre todo, los adjetivos. Elegía, en definitiva, el más cauto y el más concreto… Charlamos extensamente acerca de la situación que estaba afligiendo al mundo. En la carrera armamentista veía él —como yo— el origen de muchos de los males que atravesábamos. La UNESCO tendría que soportar, aún, durante quién sabe cuánto

tiempo, las consecuencias de una guerra no declarada: la que se estaba librando entre la URSS

y las grandes potencias occidentales. Mi dimisión apesadumbraba a Noel-Baker, pero la comprendía —siete años más tarde, le sería

conferido el Premio Nobel de la Paz.

Reservé una semana para despedirme, ya no de los parisienses, sino de Francia. Intenté recorrer por última vez los museos, las calles, las iglesias, los parques y los palacios de la hermosa ciudad que tanto he querido —y que tanto quiero.

¡Cuánto habían cambiado mis ideas sobre París desde el día abrileño —de 1929— en que imaginé conocerlo, sólo porque lo vi! Ciudad rápida en ofrecerse y lentísima en entregarse, hay que vivir en ella durante años para entender su verdad profunda, hecha de lucidez, de estoicismo y de humanidad. Seduce al viajero desde sus avenidas y sus terrazas, pero le oculta siempre lo más auténtico de sí misma: sus talleres humosos, sus aulas pobres, sus casas sin ascensores, sus laboratorios sombríos, donde sabios uniformados con batas no siempre nuevas, entre aparatos que estimarían medievales los técnicos neoyorquinos, fabrican luz.

París produce al viajero la engañosa impresión de rendirse pronto. Y, sin embargo, pocas veces se da. Han pretendido conquistarlo con arcabuces y flechas los borgoñeses, con lanzabombas los alemanes, con tangos los argentinos, los rusos con propaganda, los ingleses con irónicas displicencias y los norteamericanos con el sabor de su *coca-cola* y el cohecho de sus créditos imperiosos. Pero los parisienses olvidaron los arcabuces, soportaron las bombas, hicieron del tango argentino una moda propia, amoldaron la propaganda soviética a sus inconformidades particulares, sonrieron de los británicos menosprecios, incluyeron la *coca-cola* entre los refrescos de sus *bistrots* y convirtieron los dólares en trabajo.

Ni la ocupación hitleriana invadió totalmente la intimidad recóndita de París. Porque París es una ciudad en la que nadie penetra, de manera durable, por amenaza o por efracción. Vende caricias, y ha demostrado aptitudes extraordinarias en la organización del mercado negro; pero esconde, con pudores inverosímiles, el sector esencial de su propio ser. Los placeres se compran allí, más fácilmente quizá que en otras ciudades de Europa. Y quien los compra ignora todo lo que han ido depositando los siglos en la

conciencia de quien los vende: un desprecio tácito, una oculta burla, y una fe que atestigua —en el fondo— no sé qué fuerzas indefinibles, de misteriosa perennidad.

En 1929, había visitado a Valery Larbaud en su casa de la calle del Cardinal Lemoine. En 1952, no tendría ocasión de volver a verle. Se encontraba ya muy enfermo. No vivía en París.

Y París era el tema que hubiese tratado de discutir nuevamente con él; con él, que escribió páginas tan certeras —después del primer conflicto mundial— sobre lo que llamaba, como ciertos rústicos españoles, *París de Francia.* ¿Dónde se hallaba la fórmula verdadera para comprender a los parisienses? Acaso, precisamente, en ese magnífico pleonasmo: *París de Francia.* Porque muchos extranjeros no se dan cuenta de que los atractivos, las diversiones y hasta los vicios que van a buscar en París serían inconcebibles sin la severidad que explica las tradiciones de toda Francia.

Se nace francés; se aprende a ser parisiense. Resulta así, en ocasiones, que el más parisiense de nuestros amigos pudo haber venido al mundo en Tours, en Bayona o en Estrasburgo, pero estudió en la Sorbona, trabajó en una librería del barrio de Saint-Germain y no cambiaría su pequeño departamento de la Isla San Luis por el más lujoso de Auteuil o Boulogne-sur-Seine. El alma parisiense está hecha de universalidad y, al mismo tiempo, de hondo nacionalismo; de paciencia y, al mismo tiempo, de bruscas intolerancias.

Paradójicamente, trata de combinar su localismo (para algunos, el universo cabe en Montmartre) con una visión generosa y cordial del mundo. Hay niños —en Ménilmontant o en el Parque Monceau— que ven a la gente adulta con filosófica indiferencia. Y ancianos, a la entrada de Saint Julien-le-Pauvre, que sonríen a la luz indulgente de la mañana con ingenuidad y fervor de niños.

Todo es posible en París. Hasta París mismo. Se critica la fiebre de placeres del parisiense. Y he conocido franceses, con largos años

de residencia en la “ciudad luz”, que se sorprenden de que algún extranjero los lleve al *Folies-Bergère.* Nunca se les hubiese ocurrido visitar sitios de esa naturaleza… Se habla mucho de la frivolidad de las parisienses, de su coquetería, de sus flaquezas. Y no se piensa en los millones de mujeres estoicas, serias y laboriosas que han hecho a Francia tanto en los viñedos de sus colinas como en la trinchera de sus hogares; para quienes la vida no ha sido nunca sino deber, privación, ahorro, trabajo ímprobo y cotidiano. Esa Francia, enérgica y persuadida, sonríe también, por supuesto; pero su sonrisa no es la que patentó Mistinguette para los turistas, sino la sonrisa del ángel de Reims, sabia, irónica y bondadosa.

Como para comprobar cuanto acabo de escribir acerca de Francia, la última familia que me invitó —en París— fue la de Jean Sarrailh. En el pequeño comedor de la residencia ocupada por el rector, la señora Sarrailh había dispuesto la mesa. Nos sirvieron un *foie-gras* venido del Périgord. Al ofrecernos aquel manjar, oloroso a trufas, el rector aprovechó la ocasión para describirnos las delicias del Sur de Francia. Recordó su niñez, sus estudios y sus primeros viajes a España. En lo más alto de su carrera profesoral continuaba siendo un investigador concienzudo y un hombre humilde, sencillo, recto. Pensaba ya en la jubilación. Y

le preocupaba la idea de no tener una labor absorbente para colmar las horas huecas de su retiro. —“El caso de ustedes es muy distinto”, me dijo entonces. “Les queda siempre un conjunto de cosas por emprender. No hay retiro posible en un pueblo joven.”

¿Sería justa la afirmación de Sarrailh?… Al día siguiente, tomamos el avión para Nueva York.

Llevaba conmigo una maletilla de mano, en la cual había dispuesto varios papeles que me faltó tiempo para revisar en París. Entre cartas, que contestaría en México, encontré el texto de una versión francesa de mi poema *Civilización.* El traductor era Jules Supervielle.

Evoqué su rostro de francés sudamericano: larga nariz triste, grises ojos hondos y boca de gruesos labios donde parecía la risa, de pronto, un disfraz malicioso de la ternura. ¿Cuándo, cómo y por qué motivo le había interesado traducir esa poesía? Lo visité poco en París, durante mi estancia en la UNESCO. Sus hijas habían crecido, desde el día de 1929 en que almorcé en su apartamento del Boulevard Lannes. Creo que una de ellas estaba casada ya.

Encerrado en sus sueños, el autor de *Le Forçat Innocent* vivía sin ambiciones, dejando que las horas depurasen en su conciencia una dulzura que compartía con pocos seres: sus familiares, sus lectores y sus amigos. Me conmovió la fidelidad de su traducción. Había procedido como solamente los verdaderos poetas pueden lograrlo: reviviendo el poema entero, sin traicionar su espíritu en nada y sin someterse a la letra nunca, porque la poesía no se traduce: se vuelve a hacer.

Pensé en los pocos poemas que había yo escrito durante aquellos años de obsesionante soledad internacional. Y sentí el deseo de escribir otros. He citado ya lo que dijo, en cierta ocasión, Paul Valéry: “A veces pienso, y a veces soy”. En mi caso, la frase tenía un sentido muy diferente. A veces hice, y a veces fui. Tras de haber intentado tantas tareas en vano entre los políticos de la educación y de la cultura, me creía yo con derecho para intentar algo, a solas conmigo mismo. La literatura sería en México mi refugio. Volvería a ella, como a otra patria recuperada.

Llegamos a la capital. Nos esperaban, en el aeropuerto, algunos amigos: Manuel Tello, nombrado embajador de México en Washington; Alfonso Guerra, que soñaba con Alemania; Rogerio de la Selva, que me transmitió un saludo del licenciado Alemán; el profesor Antúnez, del Instituto Politécnico, y varios antiguos compañeros de las secretarías de Educación y de Relaciones. Recordé la muchedumbre que, entre aplausos, vítores y música de mariachis, fue a despedirnos en noviembre de 1948. ¡Cuánto habían cambiado las cosas desde entonces!…

Pero lo mismo acontece en todas partes. Se acude al socorro de la victoria, y se olvida oportunamente al que la desdeña.

Abracé a los fieles que fueron a darme la bienvenida. En un taxi, junto con mi mujer, tomé el camino que nos conduciría hasta nuestra casa. Podría apreciar allí —durante más de un año

— el sabor de la soledad.

Desde la pequeña terraza que da al jardín, contemplé la noche, infinita y clara. Descendía de las estrellas un silencio piadoso como un consejo. La serenidad del cielo invernal del valle me ha parecido siempre una gran lección. Vino a mi memoria una sentencia de Goethe: “Si quieres saber lo que vales, trata de cumplir con tu deber”… Iba a averiguar lo que vale, a solas, un hombre libre. Libre de sus obligaciones públicas, pero no del pacto que hizo —

consigo mismo— en las horas más hondas de su existencia: afirmar su destino y respetar el de los demás.

Apéndice

DECLARACIÓN HECHA POR LOS PARTICIPANTES EN LA MESA

REDONDA REUNIDA, CON MOTIVO DEL VIGÉSIMO

ANIVERSARIO DE LA ORGANIZACIÓN, PARA EXAMINAR LA

CONTRIBUCIÓN DE LA UNESCO A LA PAZ

(4 de noviembre de 1966)

“Invitados por el director general a formular, con carácter personal, recomendaciones sobre la acción de la UNESCO en favor de la paz, presentamos a la Conferencia General, en su décima cuarta reunión, con motivo del vigésimo aniversario de la creación de la UNESCO, la siguiente declaración:

I. Conscientes de los sagrados deberes que la Constitución de la UNESCO impone en esta materia a todos sus Estados Miembros;

Apreciando la valiosa contribución de la UNESCO a la paz durante sus primeros veinte años de existencia, a través de los programas ejecutados en el marco del sistema de las Naciones Unidas, en estrecha colaboración con los Estados Miembros y sus comisiones nacionales, y la cooperación de las organizaciones no gubernamentales, mediante su llamamiento a todos los hombres y mujeres que han llegado a reconocer, la educación, la ciencia y la cultura como legado común de la humanidad:

Considerando que la eficacia de la Organización depende de su universalidad y exige la participación activa y leal de todos los países deseosos de respetar los principios de su Constitución;

Conscientes de que ‘una paz fundada sólo en los acuerdos políticos y económicos de los gobiernos no puede lograr el apoyo unánime, duradero y sincero de los pueblos y que, por consiguiente, esa paz debe basarse en la solidaridad intelectual y moral de la humanidad’; Considerando que no puede haber una paz leal y duradera sin que se respeten los derechos humanos y que esos derechos no pueden ser plenamente respetados fuera de la paz; Reafirmando que todas las formas y manifestaciones del colonialismo y del racismo constituyen una amenaza para la paz y están en contradicción con la Constitución de la UNESCO; Convencidos de que sólo puede garantizarse y consolidarse la paz si todos los Estados consienten, sin reservas, en resolver sus conflictos, incluso los más graves, siguiendo los procedimientos previstos por las Naciones Unidas;

Persuadidos, por la experiencia de los veinte años transcurridos, de que la paz no es sólo

el objetivo primordial de la Organización sino también la condición esencial para la ejecución de su programa en todas las esferas de su competencia;

Reconociendo, además, que, a lo largo de la historia, cada conflicto entre Estados aumenta y complica las dificultades que pretendía resolver, y engendra, tarde o temprano, nuevos conflictos;

Considerando las graves y profundas perturbaciones que la carrera de armamentos y el desarrollo del espíritu militarista introducen, cada vez de un modo más agudo, en la vida material y moral de los pueblos;

Convencidos de que una guerra, en la que entrase en juego el armamento nuclear actualmente existente, podría conducir al aniquilamiento del género humano; Esperando fervientemente que todos los países del mundo procederán, en los más breves plazos, a realizar el desarme completo y universal en interés del bienestar de todos los pueblos;

Teniendo en cuenta especialmente las graves consecuencias que supone para la paz la creciente desigualdad de medios y de niveles de vida existente entre los países altamente industrializados y los países insuficientemente desarrollados;

Considerando que, según los documentos oficiales, se destinan cada año unos ciento cincuenta mil millones de dólares a gastos de armamento y que una reducción parcial, sólo de un 10% de esta suma, consignada en un presupuesto de paz puesto a disposición de las instituciones de las Naciones Unidas, produciría un considerable efecto psicológico y permitiría colmar, además, progresivamente, el abismo que separa a los países ricos de los países pobres;

Convencidos de que el mejoramiento de las condiciones de vida que se obtendría así, contribuiría a reducir las tensiones y las inquietudes que agitan a los pueblos del mundo; Considerando que la explosión demográfica, conforme a las previsiones más recientes, duplicará la población del globo y a fines del siglo, lo cual probablemente intensificará los problemas políticos y económicos que están planteados hoy, con lo que la tarea de alcanzar la paz mundial en el futuro próximo se hará más apremiante;

II. Dirigimos a todos los pueblos y a todos los gobiernos un llamamiento solemne: Para que rechacen definitivamente la guerra como instrumento de su política internacional; Para que renuncien a acudir a la violencia en la solución de sus diferencias; Para que todos los países respeten el derecho de cada pueblo a la autodeterminación y a la independencia;

Para garantizar que cada pueblo pueda elegir libremente su sistema político, económico, social y cultural;

Para que condenen cualquier forma de agresión o de injerencia directa o indirecta en los asuntos internos de los Estados;

Para que adopten todas las medidas necesarias a fin de aplicar las resoluciones de las

Naciones Unidas relativas al desarme general y completo, bajo control internacional; Para que se asocien más estrechamente que nunca a la tarea constructiva en favor de la paz, mediante la educación, la ciencia, la cultura y la información, la cual está directamente encomendada a la UNESCO;

Para que, por último, sometan todo cuanto se refiere a las relaciones internacionales a una revisión de conjunto basada en el respeto de la dignidad del hombre, la justicia, la razón y la fraternidad del género humano."

LA TIERRA PROMETIDA

I. LA TIERRA PROMETIDA. SOLEDAD Y TRABAJO. *LA*

ANGUSTIA DE NUESTRO TIEMPO Y *TIEMPO DE ARENA.*

VISITAS A LA ACADEMIA

Principiaba el mes de febrero de 1953. Había concluido mi labor en la UNESCO. Me hallaba de nuevo en México. Pocos amigos pensaron en visitarnos. Fueron menos aún los que nos invitaron a

compartir, en su casa, un momento de intimidad. Recuerdo a algunos: Alfonso Caso, Raoul Fournier, Marte R. Gómez, Ignacio Chávez, Alejandro Quijano, Alfonso Romandía, dos o tres más. Una noche, estuvo a vernos David Alfaro Siqueiros. Lo acompañaba su esposa. Días más tarde, cenamos con ellos. Creo que vivían, entonces, en la calle de Querétaro. Admiramos las obras del pintor y, sobre todo, admiré yo su vehemencia verbal. Irradiaba esperanzas, cóleras y proyectos. Hicimos memoria de un viaje suyo a Bruselas, antes de la guerra. Y me regaló un grabado magnífico: dos máscaras trágicas, símbolos de las razas que, por efecto de la conquista, dieron origen a México.

El presidente Ruiz Cortines había sido siempre un amigo lacónico, pero verídico y efectivo. Sentí el deber de ir a saludarlo. Me concedió, en Palacio, una audiencia breve.

Parecía bien informado de los motivos de mi renuncia a la dirección de la UNESCO. Me preguntó a qué iba a dedicarme. Le indiqué mi deseo de reanudar mis trabajos de hombre de letras. Sonrió con escepticismo. Y allí concluyó la plática. Don Manuel Ávila Camacho me invitó a comer en su casa de La Herradura. Se daba cuenta de que había terminado una época de mi vida. Benévolo como era, ¿qué podía hacer, sino expresarme su aprobación?

Los miembros de la antigua Comisión Revisora y Coordinadora de Planes Educativos, Programas de Estudio y Textos Escolares me ofrecieron una cena, organizada por el licenciado Armendáriz, que era entonces subsecretario de Hacienda. Me encantó charlar con quienes tan eficazmente colaboraron conmigo de 1944 a 1946. Saludé, en esa reunión, a don Carlos González Peña. Estaba ya muy enfermo. Había publicado, no obstante, dos libros de viaje: *Entre el polvo del camino* y *París y Londres.*

Enterado del programa de la UNESCO y de varios de sus proyectos en materia de educación, el profesor Celerino Cano consideraba que mis trabajos como escritor serían tan sólo una tregua en mi vida pública. Hablé también con Elodia Terrés, con Soledad Anaya Solórzano, con Paula Gómez Alonzo y con Rita López de Llergo. Y

me conmovió la presencia de Luz Vera, tan maestra, tan mexicana y tan digna de aprecio en la cima de su humildad.

Arnáiz y Freg evocó un viaje suyo a París. Había ido a las oficinas del Hotel Majestic.

Según nos contó, lo invité a regresar al siguiente día. Podría encontrarme en la sala en que

estuviese leyendo cierto discurso. Pero, esa mañana, tenía yo que pronunciar dos alocuciones.

El recinto en el que deseaba que estuviese presente Arnáiz no era aquel en que entró, con la discreción y la cortesía tan propias de su persona. Advirtió el error, y desapareció silenciosamente. Media hora más tarde, en otro local, frente a un auditorio distinto, se resignó a tolerar el discurso que me interesaba que oyese. Rieron todos de esa abundancia oratoria, efecto de la servidumbre administrativa a que la UNESCO somete a sus directores.

Don Rafael Ramírez había envejecido sensiblemente. Más pobre, más flaco y más orgulloso que nunca, parecía un reproche vivo para el sistema social del que son víctimas muchos educadores, cuando les llega la hora de la jubilación. García Máynez no era todavía miembro del Colegio Nacional, pero consagraba a sus cátedras un interés cada día más hondo.

Me sorprendieron la ausencia de Samuel Ramos y la semejanza del rostro de Francisco Larroyo con el de un faraón egipcio cuya imagen sobrevive en Luxor. Manuel Germán Parra intervino en la charla con observaciones que, no por heterodoxas, resultaron menos agudas. Y

Armendáriz —que, durante aquella comida, pareció olvidar los asuntos de su alto cargo—

aludió amablemente a mis pasadas actividades. Reunión tan amena, y tan desprovista de formalismos, me compensó de muchas

ingratitudes.

Cierta mañana, Padilla Nervo me insinuó la posibilidad de reingresar a la diplomacia.

Pensaba en mí como candidato para la embajada en Moscú. Le agradecí la sugestión, aunque

—según le dije— no deseaba en aquellos días salir de México.

Una tras otra, había ido cerrando todas las puertas. No me pesaba la soledad. Invertimos, mi esposa y yo, muchas semanas de esfuerzo —y nuestros ahorros— en restaurar la casa en que moramos hoy todavía, a menos de dos kilómetros del cementerio de Dolores. De la azotea, en los días claros, puede verse un paisaje aleccionador: eucaliptos, montañas, nubes y tumbas.

Entre éstas, la de mis padres. ¿Cómo identificarla, desde tan lejos? Pero hay presencias que la distancia no disminuye.

Ordené, como pude, mi biblioteca. Compré una máquina de escribir. Y comencé a trabajar.

Alejandro Quijano me había invitado a colaborar en *Novedades.* Daniel Morales me ofreció una página en la revista *Mañana.* Acepté ambas proposiciones. Cada ocho días, enviaría a *Novedades* un artículo, de cuatro o cinco cuartillas, y a *Mañana* un fragmento del libro que había principiado ya a redactar: *Tiempo de arena.*

Elegí, como tema central de los artículos que debería entregar a *Novedades,* la angustia de nuestro tiempo. Quería yo examinar algunas de las razones —o algunos de los signos— de tal angustia: la prisa, la superficialidad, la impaciencia; el miedo de una desaparición colectiva; la despersonalización del hombre; el ansia de goces caros, que no es a menudo sino el producto de un hipnotismo de la publicidad; la mística de la técnica, o, sin transición, el pánico ante la técnica. A fuerza de progresos materiales mal aprovechados y de datos científicos insuficientemente

comprendidos, el mundo se encontraba de hecho en un período paradójico de incultura. Y de la incultura más agresiva: la más pedante.

Traté de poner en guardia a mis lectores contra los riesgos de esa incultura, de aparato científico tan robusto y alma tan débil. Consagré varias notas a lo que había visto, desde el observatorio internacional que fue para mí la UNESCO. Señalé el peligro de importar, sin sentido crítico, técnicas invasoras. Sólo el desarrollo armónico y congruente de un grupo humano constituye un progreso cierto. Porque, cuando el desarrollo obedece a una importación imprevista, súbita y transitoria, su nombre es otro. Es colonización.

Preveía, oscuramente, la crisis a que ha llegado hoy nuestra juventud. Apunté, entonces, que, si la ruina mayor sería la desintegración de la conciencia del hombre, lo que importaba ante todo era luchar para devolver al hombre el sentido y el gusto de la responsabilidad personal que tiene en cualquier éxito colectivo.

Me preocupaba, asimismo, una oposición que ha venido a adquirir, con el tiempo, relieves ásperos: la que crece incesantemente entre la masa y el individuo. Me referí a ella al mencionar la soledad del hombre en la muchedumbre. Nunca ha existido mayor distancia entre los instrumentos materiales de progreso, que la civilización nos depara, y el destino aislado de cada individuo, incomunicable y trunco en la sociedad. Pocas veces la sabiduría fue tan propensa a manifestarse mediante símbolos y abstracciones. Por necesidad de especialización en las minorías, y por falta de un común denominador en los testimonios del espíritu, el abismo entre la inteligencia y la masa ha ido ahondándose sin cesar. A la incultura por carencia de técnicas, hay que sumar así otra forma dramática de incultura: la incultura por exceso de mecanismos.

Siempre se ha hablado en México de reformas educativas. Y es natural que así sea; pues, en el proceso de la enseñanza, las tareas de adaptación y actualización deben ser permanentes.

Pero no ha de pensarse en la escuela como si fuera un transformador automático, único y decisivo. ¿Bastará conectar los programas con la corriente de una doctrina social, política y económica? Se espera, con optimismo, que la transformación brinde a cada pueblo un abundante caudal de ciudadanos aptos, probos, inteligentes y productivos… ¿Y el maestro? De él depende, dentro del recinto escolar, la realidad de cualquier reforma. ¿Cómo darle, por decreto, un nuevo sentido cívico y un nuevo aliento profesional?

Por otra parte, mis experiencias me obligaban a reconocer que esa fe en la transformación colectiva por la sola virtud de la escuela podría resultar ilusoria. Cada vez se descargan más los órganos de la sociedad de los deberes educativos que les incumben. Y cada vez los transfieren más, por delegación, a un taller tan limitado en el espacio como en el tiempo: el de la escuela.

Un espectador sin prejuicios se halla expuesto a imaginar la existencia de la ciudad en que habita cual si estuviese distribuida en dos porciones muy desiguales: la de los que viven… y la de los que están aprendiendo a vivir. En la primera de esas porciones todo es posible, mientras no lo castigue la ley: las ambiciones, los egoísmos, la vanidad, la insolencia, el lujo

—y la congoja de la miseria. En la segunda todo debería ser perseverancia, rectitud y

desinterés, afán de saber, voluntad creciente de perfección… En uno de mis comentarios protesté, contra esa distribución —tan irregular— de facultades y obligaciones. La escuela es solamente parte de la vida en común. Como tal nos ofrece un espejo crítico. Cuando nos irritamos contra el espejo, porque el rostro que nos devuelve nos desagrada deberíamos indagar primero cuáles son las deformaciones atribuibles a algún defecto del espejo —y cuáles los rasgos infortunados que nos molestan en nuestra imagen, pero que aceptamos, de muy buen grado, en nuestro propio semblante vivo.

La juventud del mundo se rehúsa a admitir el sistema que nuestras generaciones quieren legarle. Exageradas por una publicidad

cotidiana múltiple y convergente, muchas de las realizaciones que hemos de transmitirles (verdades a medias porque no les parecen completas nunca), dan a los jóvenes la impresión de una gran mentira. Leen y oyen por todas partes que la humanidad avanza a pasos agigantados. Antibióticos prolongan la existencia de innumerables enfermos y cohetes permiten ir a la luna. Pero, al mismo tiempo, la injusticia se consolida sobre la tierra. Nunca habían sido tan ricos los pueblos ricos —y la legión de los pueblos pobres tan peligrosa.

Antaño, los despojados solían refugiarse en la religión. Ahora, la ciencia ha destruido no pocos templos en el espíritu de los hombres. La cultura no ha sabido substituirlos, demostrando la eficacia de ciertos valores éticos —o inventando nuevos valores. El progreso material exige técnicos y más técnicos. Sin embargo, mientras se construyen planteles para hacer técnicos, la automatización va reduciendo el trabajo físico y la participación personal del trabajador. A la enseñanza para el trabajo práctico, que ahora tanto nos preocupa, pues nos faltan aún muchos cuadros técnicos, deberán añadir los gobiernos, cada vez más, una enseñanza complementaria: la que permita a los hombres del porvenir, merced al desarrollo efectivo de la cultura, dominar el hastío del ocio estéril, sin convertir ese ocio en vicio, en desesperanza o en malestar por perpetua inadaptación. Se me decía en 1953, y se me repite ahora no sin frecuencia: “las condiciones a las que usted alude se hallan todavía remotas por lo que atañe a México”. Pero, tarde o temprano, llegarán para todos los pueblos. Y, entonces, se quejarán nuestros sucesores de que no hayamos previsto su advenimiento.

Mauriac deploraba que las actuales generaciones fuesen impermeables a lo sobrenatural.

Lo deploraba, como católico. ¿Tendría razón? Yo advierto, en cambio, que muchos jóvenes creen hoy en lo incomprensible siempre que ostente, para ciertos sectores privilegiados por el saber, valor científico y comprobable. Esto mismo, el hecho de que lo incomprensible sea comprobable, sitúa a los no enterados frente a

un dilema: vivir, aceptando con amargura lo que no entienden, o condenar lo que viven porque, no comprendiéndolo, no lo aman.

Todos lo sabemos todo entre todos, aseguraba Alfonso Reyes. No obstante, cada vez sabe menos de todo cada ser en particular. De ahí la violencia colérica de los inconformes de hoy.

Son gigantescas sus huestes. Pululan en todas las latitudes. Y están de acuerdo en lo que niegan, aunque no exponen ideas precisas acerca de lo que quieren. Vivimos tiempos de

angustia. Al escribir sobre la angustia de nuestro tiempo, no hacía yo sino prever la que estamos sufriendo ahora. Espíritus rápidos y mordaces se burlaron de mi congoja. Era yo, para ellos, a lo sumo, un anacronismo: un burgués amargado por su fracaso. Quizá esos mismos espíritus principien a percatarse de que no todo era error en mis advertencias.

Mientras el futuro inmediato constituía el tema de mis notas en *Novedades,* el pasado lejano abría una perspectiva a las páginas que enviaba a la revista *Mañana.*

Paralizado por la inacción, en lugar de tener que hacer, me vi en el caso de recordar. ¿Cuál había sido mi vida en la niñez y en la juventud?… Evoqué la casa en que nací. Me rodearon, con invisibles presencias, mis familiares y mis amigos. Oí las sonatas de Beethoven o los preludios de Chopin que tocaba mi madre en el viejo piano de nuestro departamento de la calle de Rosas Moreno. Si hubiera sabido ella que estaba yo, escribiendo o leyendo, a pocos pasos del saloncito en que interpretaba —con sinceridad delatora— a sus músicos preferidos, no se hubiera entregado tan francamente a esas confidencias, que me revelaban mucho más de su desaliento y de su ternura que cualquier diálogo. Vi a mi padre, como lo había visto —

cuando tenía yo diez años— en un viaje de vacaciones a Veracruz. Y revivió en mi memoria la impresión que me produjeron, sobre la blancura del mantel de una mesa del *pullman,* sus manos duras, de

uñas robustas, venas espesas y articulaciones que deformaba ya el artritismo.

Esos recuerdos estaban sepultados en mí. Durante lustros, los habían cubierto —y protegido de la deformación paulatina de la memoria consciente— capas secretas de espeso olvido. De improviso, al resucitar ese olvido, me cercaban, intervenían en mi existencia, poblaban mi soledad. Así fue como pude escribir un ensayo autobiográfico, en cuya primera página cité estos versos de Góngora:

Huyes, cual tiempo, veloz

y sordo, como en arena…

El tiempo con el que ahora trabajo es de substancia muy diferente. Por momentos, escapa en raudales de agua. Fuga tan brusca deja vacíos los recipientes de muchas horas y muchos años, que no sé bien lo que contuvieron. En ocasiones, al contrario, se endurece y se inmoviliza. Tropiezo con él, como se tropieza con una roca. Surgen, entonces, en mi conciencia, no sentimientos vividos a media voz, en la sordina de una intimidad musical, sino hechos, hechos compactos e irremediables que no es posible preferir o seleccionar, pues modificaron materialmente el rumbo de mi existencia.

Se acordaron los académicos de que después de todo, era yo también un colega suyo. Me invitaron a sus sesiones, en el despacho que tenían —en la avenida Madero— Alejandro Quijano, director de la Academia Mexicana de la Lengua, y su amigo más íntimo y más querido: Genaro Fernández Mc Gregor.

Aquellas sesiones —a las que pocos escritores concurrían— me permitieron ver, con relativa periodicidad, a amigos que, de otro modo, hubiese encontrado difícilmente. Pienso en José Vasconcelos, en Martín Luis Guzmán, en Julio Torri, en Artemio de Valle-Arizpe, en Alfonso Méndez Plancarte, en Alfonso Cravioto, en Isidro Fabela y en Julio Jiménez Rueda. A Alfonso Reyes, más que

en la Academia, lo veía en su casa. Y el Abate de Mendoza iba frecuentemente a la mía.

Por sí solo, Artemio era un espectáculo pintoresco. Sus estudiados bigotes, sus antiparras de oidor, su incipiente calvicie, el peinado con que había aprendido a disimularla, sus sortijas siempre distintas, sus chistes —menos variados que sus sortijas—, su voz de barítono retirado, todo hacía de él un personaje característico. Sobrio en las discusiones, y muy ameno en la charla, iba al cine como el resto de los mortales, pero daba la impresión de ponerse gorguera para escribir, enjoyaba con adjetivos suntuosos la historia que le gustaba y atribuía a algunas de nuestras "glorias" anécdotas maliciosas. Por el pasillo de semejantes burlas pretendía huir de las fórmulas coloniales que lo habían conducido hasta el cargo de Cronista de la Ciudad. Al oírle, recordaba yo una frase atribuida a Valle-Inclán, en el Madrid de 1930.

Cierta vez, en la "peña" del *Regina,* alguien habló de la obra de Artemio. Acentuando el ceceo

—que subrayaba en sus momentos de alacridad— don Ramón comentó de la manera más imprevista: "Pero si ese hombre escribe en una fabla que nadie ha empleado nunca. Mezcla arcaísmos del siglo XV con expresiones del XVII y vocablos y giros del XIX". Sin embargo, reconoció al fin que no carecía de cierta gracia. Artemio, sin duda, merecía mayor respeto.

En cuanto a Alfonso Méndez Plancarte, dos males lo atormentaban: el luto de su hermano Gabriel, cuyo recuerdo llevaba como su sombra, y un nervioso tartamudeo que parecía transmitirse de la palabra hasta el pensamiento, pues, cuando iba a acabar lo que había empezado a decir, cambiaba súbitamente de tema. Sus afirmaciones concluían, de pronto, en preguntas bruscas. Bruscas, sí, pero inteligentes y, en ocasiones, muy penetrantes. Sabía muchísimo. Y no exponía jamás, en las charlas, todo lo que sabía. Pluma en mano, su erudición era inagotable. Hombre recto, no elogiaba a nadie sin buen motivo.

Vasconcelos aparecía sólo de tarde en tarde. Intervenía poco en las discusiones. Con esa risa suya, rápida y pueril, que a toda edad fue en su cara como el escape de la niñez interior que prolonga el genio, celebraba las ocurrencias de sus vecinos. Viniese de donde fuera, volvía de un mundo en el que Ulises no naufragaba sino por colmo de vehemencia. Le dolía México entero. Y dedicaba lo mejor de su patriotismo a zaherir a quienes tenían formas distintas de amar a México.

El revolucionario de 1911, el liberal combativo de 1921, había derruido muchos altares,

para alzar otros. Antes de la guerra, llegó a buscar quién sabe qué inexplicable equilibrio entre la cruz de Cristo y la cruz gamada. El catolicismo familiar de su adolescencia venció en él, no sin dramáticas transiciones, al rebelde que —durante el año de 1916, en la Universidad de San Marcos de Lima— exaltó a la Reforma porque había garantizado a todos la libertad de pensar y "consumado las desamortizaciones indispensables para la vida económica del pueblo…"

Me alarmaban en Vasconcelos, las veleidades del político, pero me emocionaban las intermitencias sentimentales del hombre. Admiraba cada vez más, en él, al prosista y al narrador. Su *Ulises criollo* sigue pareciéndome una de las obras fundamentales de las letras mexicanas del siglo XX. Nadie ha descrito, como Vasconcelos, ciertos paisajes de la República, y pocos analizaron tan hondamente determinadas incoherencias férvidas del criollo dentro del ámbito nacional.

Julio Torri asomaba apenas su perfil de acólito cauteloso en algunas reuniones de la Academia. El tartamudeo, que era desgracia en el caso de Alfonso Méndez Plancarte, lo usaba Torri como un procedimiento deliberado, para mejor tender el arco de su ironía… Silbaba, entonces, la flecha de la alusión sarcástica y perspicaz. Entre mis amigos, sólo él advirtió la intención que puse, en un párrafo de *Tiempo de arena,* al manifestar que José Vasconcelos creía en Plutarco, pero que, en su ejemplar de las *Vidas paralelas,*

los capítulos más leídos no fueron tanto los de Licurgo y de Fabio Máximo, cuanto el de Marco Antonio y, acaso, el de Coriolano.

Torri constituye un caso excepcional en la historia de nuestras letras. Lo tuvo todo: gracia, cultura, ingenio, maestría genuina de la expresión. Escribió ciertamente poco. Pero lo escrito por él resistirá con honor a la acción del tiempo. “Hermano diablo” lo llamaban sus compañeros de juventud. El apodo era certerísimo, porque —en sus actitudes y en sus palabras— unía Torri, a la apariencia de un monje laico, tímido y balbuciente, la demoníaca inteligencia de quien descubre, en un texto o en una persona, esa pequeña rendija oscura por donde aflora, en la verdad proclamada, la mentira mal escondida.

Junto al “hermano diablo”, resultaba Cravioto un desencanto muy indulgente. Andaba ya en los setenta, con largos años de actividad revolucionaria y de participación en la vida pública.

Fue jefe de Torri, y también de Manuel Toussaint, cuando desempeñó el cargo de director general de Bellas Artes en el gobierno de Venustiano Carranza. Presidió el Senado, en 1921.

La secretaría de Relaciones Exteriores lo envió después, como plenipotenciario, a diversos países. Holanda, Cuba, Guatemala y Bolivia. Sus viajes, sus experiencias y sus lecturas lo habían dejado a los bordes de una velada melancolía —que no implicaba tedio vital. De regreso de todo, de la acción y de las pasiones, no se envanecía de su obra trunca. Pero hablaba con entusiasmo de un trabajo al que había consagrado lustros de estudio: la redacción de millares de fichas con que se proponía enriquecer un repertorio metódico del lenguaje.

Proyectamos una entrevista, pues deseaba mostrarme algunas de sus múltiples papeletas.

Transcurrieron los días —y la entrevista no se efectuó.

Martín Luis Guzmán asistió a alguna de nuestras juntas. Lo conocía personalmente desde 1921, cuando formó parte de la comisión organizadora de las fiestas del centenario. Sobre todo, habíamos conversado mucho en Madrid, durante los años en que fui secretario de la legación dirigida por Enrique González Martínez.

Guzmán, Reyes y Vasconcelos son, a mi ver, los mejores prosistas mexicanos de los primeros cinco decenios de esta centuria. De los tres, Vasconcelos me parece el más hondo y el más vibrante, Reyes el más armonioso, Guzmán el más nítido y más preciso. Me han sorprendido siempre, en el trato de Martín Luis, una rapidez que no es nunca premura, una afabilidad que no incurre en lisonjas y una aptitud de indagar cuando le interesa, sin preguntar nada a nadie directamente. Menos dueño que él de esa capacidad de silencio activo, he tenido que interrogarle con el propósito de saber a qué fórmula acude para que no amengüen los años su lucidez y su don de continuidad… La fórmula es muy sencilla; pero exige virtudes extraordinarias. En opinión de Guzmán, se mantiene joven quien vive con plenitud cada hora, cada minuto, en presente intenso, sin que los presagios lo inquieten o las nostalgias lo apesadumbren.

Amigo de Quijano desde la juventud, Isidro Fabela (que había dejado de ser juez de la Corte de La Haya) iba veces a la Academia. Su vida pública, nacional e internacional, le había impuesto —quién sabe por qué razón— una máscara adusta, de jurisconsulto decimonónico. Tras de esa máscara escondía Fabela una bondad candorosa, siempre capaz de súbitas efusiones. Amaba a España. Y los españoles refugiados en México acudían a él como a un gran patrono. Cuando se decidió a pronunciar su discurso de ingreso en la Academia, escogió como tema un asunto que le era grato: el de *Don Quijote.* Por cierto que, en la Sala Ponce, donde se llevó a cabo su recepción, entre los muchos escritores y amigos que lo felicitaron, vi al licenciado López Mateos. No había tenido ocasión de charlar con él desde el día en que lo oí defender con calor, en Ginebra, ante los miembros del Consejo Económico y Social de la ONU, la causa de la UNESCO. Nada podía hacerme prever en esos

instantes que, cinco años más tarde, sería él presidente de la República —y me invitaría a colaborar en su gabinete.

Poco a poco, fui espaciando mis visitas a la Academia. Salía de sus sesiones entristecido.

No sentía yo, en mis colegas, interés especial por el trabajo de la corporación. Quijano, Fernández Mac Gregor, Alberto María Carreño y el Abate de Mendoza llevaban en realidad todo el peso de aquel trabajo. Los demás —con algunas excepciones: las de Monterde, Méndez Plancarte y Nemesio García Naranjo— asistíamos por cumplir un deber de carácter más bien simbólico.

Después de casi un lustro de ausencia, había buscado en aquellas pláticas un contacto vivo con algunos de los hombres más distinguidos de mi país. No lo encontré, sino parcialmente.

Cada uno de los escritores que allí veía me interesaba mucho en lo personal. Hubiera tenido el

mayor agrado en charlar con él, y en confrontar, en un diálogo franco, nuestras aspiraciones o nuestras dudas. Pero, a menudo, el valor de cualquier asamblea resulta muy inferior al valor individual de sus componentes. Parecía que, con el abrigo o la gabardina, mis compañeros dejaban también colgado, en el perchero de la antesala, lo mejor de su realidad, lo más sincero de su existencia. Probablemente, al despedirse, volverían a ser ellos mismos… Y yo también.

II. VIAJES A MICHOACÁN Y A JALISCO. CONMEMORACIÓN DE HIDALGO EN LA UNIVERSIDAD DE MORELIA. LA ACADEMIA EN GUADALAJARA

Sin suspender mis envíos a *Novedades* y a la revista *Mañana,* hice dos viajes durante el año.

Uno, en mayo, a Morelia, y otro, en septiembre, a Guadalajara.

Según me había dicho Ignacio Chávez, la universidad michoacana tenía el propósito de celebrar con el mayor esplendor posible el segundo centenario del natalicio de Hidalgo. Se acercaba la fecha de honrar al héroe: 8 de mayo de 1953. Y el licenciado Torres Fraga, rector entonces de aquella casa de estudios, me hizo saber que, durante uno de los actos preparados por la universidad, recibirían el título de doctor *honoris causa* (que poseía ya Ignacio Chávez) varios amigos míos. Yo figuraría, también, en la promoción.

Mis compañeros serían Alfonso Reyes, Alfonso Caso, el ex presidente Ortiz Rubio, Samuel Ramos, Manuel Martínez Báez, Andrés Iduarte, Francisco González de la Vega, Gabino Fraga, Salvador Azuela, Jesús Romero Flores, Juan Díaz Vázquez, Salvador González Herrejón, Rafael C. Haro y dos eminentes latinoamericanos: Germán Arciniegas, de Colombia, y Andrés Eloy Blanco, de Venezuela. Agradecí la distinción que se me ofrecía, y me dispuse a salir a Morelia con mi mujer.

Llegamos a la antigua Valladolid el jueves 7 de mayo. Nos hospedamos en el Hotel Virrey de Mendoza. Y, por la tarde, salimos a dar un paseo.

Morelia es una de las ciudades más bellas de México. Paraíso de la lentitud, de la discreción y del equilibrio, armoniosa en el desarrollo de sus calles y de sus plazas, más preocupadas de ser que parecer, brinda al espectador un ejemplo de sobriedad sin pobreza imaginativa, de austeridad sin arrogancia y de señorío sin adustez.

En el ornato de las fachadas de Morelia, el barroco no llegó nunca a la profusión delirante que nos sorprende en diversos sitios de la República. Por otra parte, durante la época neoclásica, la severidad influyó —sin duda— en la concepción de los edificios, mas sin privarlos del sentido cordial, indulgente, ameno, que caracteriza al conjunto urbano en cuyo centro se yergue la Catedral.

En los *ates* que elaboran los reposteros michoacanos, la acidez del membrillo o de la guayaba no desaparece del todo con el azúcar. Al contrario: acidez y dulzor se funden, sabiamente asociados por la cocción. Así, en Morelia, varios estilos del virreinato se mezclan sin oponerse —y se ligan con tal coherencia que la ciudad da la impresión de haber sido pensada en un solo tiempo. Acentúa esa idea, en el visitante, la igualdad de la piedra rosa que

predomina en las estructuras y que, sobre todo al atardecer, es descanso y delicia para los ojos.

Cuando fui secretario de Relaciones Exteriores, el gobernador Mendoza Pardo me invitó a descubrir dos estatuas: las de Cervantes y Vasco de Quiroga. En 1953, quise volver al Jardín de las Rosas, donde se hallan esas estatuas. Seis años casi habían transcurrido desde la mañana —también de mayo— en que las vi por primera vez. Ni ellas ni Morelia habían cambiado mucho. Acaso las lluvias, y el polvo, oscurecían ligeramente los rostros del novelista y del misionero. Acaso, en otros lugares de la ciudad, algunos edificios modernos interrumpían —y no siempre con elegancia— las perspectivas de antaño. Pero Morelia, como Don Vasco y como Cervantes, seguía viviendo su propia vida: una vida en que el tiempo avanza insensiblemente. ¿Por qué razón me creía yo tan distinto del hombre que, en 1947, disfrutó de esas tres presencias: la de la Valladolid de Morelos, la del fundador de colegios y hospitales para los indios y la del padre de *Don Quijote*?…

Iba a tratar de contestarme a mí mismo aquella pregunta, cuando alguno de nuestros compañeros de viaje me recordó que se nos esperaba ya en el Museo. El licenciado Antonio Arriaga, su director, deseaba que asistiésemos todos al acto inaugural de una exposición dedicada a Miguel Hidalgo. Saludamos al general Dámaso Cárdenas, gobernador del Estado, al licenciado Ceniceros, secretario de Educación, y al autor ilustre de *Doña Bárbara.* Rómulo Gallegos vivía entonces, en nuestro país, años de un destierro político que, por noble y por laborioso, imponía cordial respeto.

David Alfaro Siqueiros estaba también allí. A la mañana siguiente, en el Colegio de San Nicolás, admiraríamos su retrato de Hidalgo y una obra de Alfredo Zalce.

Mientras Arriaga nos enseñaba una copia del texto de Abad y Queipo sobre la excomunión del libertador, pensaba yo que, pocas horas más tarde, en la Catedral de México, monseñor Luis María Martínez oficiaría una misa solemne en memoria del célebre "excomulgado"…

¡Cómo logra la historia apaciguar los rencores más vehementes y las luchas más encendidas!

Hay tres lugares que nos hablan de Hidalgo insistentemente: el curato de Dolores, en Guanajuato; la celda de Chihuahua, en cuya sombra aguardó el caudillo la muerte injusta, y el Colegio de San Nicolás, donde aprendió a distinguir la verdad impuesta —ordenada a menudo por eclesiásticas jerarquías— de la verdad conquistada por uno mismo, en la lucha del hombre frente a su ángel. Durante la mañana del viernes 8, asistimos a una ceremonia en el patio de ese Colegio. Hablaron el licenciado Ceniceros, Salvador Pineda e Ignacio Chávez. El discurso de nuestro gran cardiólogo me pareció magistral en todos sentidos. Entre las oraciones cívicas, oímos a los niños cantores de Morelia: voces puras, cuya sola vibración comprobaba una infancia que nada extingue, la del alma de la República, nueva siempre para cada generación.

Por la tarde presenciamos el desfile de los carros alegóricos. Uno de ellos representaba, con provinciana inocencia, "El Sol de la Libertad". Otro evocaba el encuentro de Hidalgo y

Morelos en Charo. Otro —enviado por el gobierno de Guanajuato— ilustraba la toma de la Alhóndiga de Granaditas. Aplaudía el pueblo. Y los figurantes, dentro de trajes que suponían históricos, no sabían si quejarse del espesor de los atavíos, demasiado pesados para sus hombros, o enorgullecerse de respirar, aunque fuera entre vahos de gasolina, la atmósfera de los héroes.

El 8 había sido el día de Hidalgo. El 9 fue el de los doctores *honoris causa.* Nos reunieron en el salón de actos de la Universidad. Un público rico en jóvenes (los de treinta años parecían más candorosos que los de veinte) ocupó las sillas que dejaron libres los profesores, dueños de las primeras filas. Rostros amables nos sonrieron. Francas manos viriles nos saludaron. Y nos sentamos.

En nombre del rector habló el licenciado Arturo Valenzuela. Nos describió la paradoja del hombre, "rey de la creación que viene a la vida con llanto en los ojos" y, después de hacer —a lo largo de muchas páginas— un recorrido de los progresos del género humano, desde el pedernal hasta la reacción en cadena del uranio 235, optó por recordarse de nosotros y nos indicó que el venerable rector de la "casa solariega" en que nos hallábamos continuaba siendo Miguel Hidalgo, y que sería él —simbólicamente— quien nos entregase los títulos prometidos.

Al terminar el discurso del licenciado Valenzuela, vi a Alfonso Reyes. Le incumbía la misión de contestar en nombre de los nuevos doctores. Después del torrente enciclopédico que había caído sobre nosotros, ¿qué diría el autor de *Ifigenia Cruel?…* Tuve, una vez más, la ocasión de apreciar el aticismo de Alfonso. Fue agudo y breve. Elogió a la tierra michoacana,

"donde la geografía misma parece que quiso dar asueto al espíritu". Y evocó al Padre Hidalgo, "radiosa estrella de la patria, imagen del varón virgiliano que lo mismo empuña arado y espada, dulce instructor de oficios humildes y graciosos, poeta entre las abejas y las vides". Lo aplaudimos con gratitud.

Infortunadamente, no concluía ahí el programa de la sesión. Me habían pedido que pronunciara unas palabras de aliento a la juventud. Tuve que leer un discurso, menos rápido que el de Reyes. Dije a los jóvenes lo que podría —con más razones— decirles hoy: vivir es siempre difícil, porque entraña la obligación de construirse uno a sí mismo todos los días, de hacerse y organizarse a cada minuto y de luchar incansablemente por no perder lo mejor que posee el hombre, su necesaria, su inconfundible, su inalienable

autenticidad. Para estimularlos en sus tareas, hable de Hidalgo. Mencioné la batalla del Monte de las Cruces. Toda victoria que no se prosigue, hasta llevarla a su término, puede implicar —para el que creyó obtenerla

— una futura derrota. No debemos vivir como simples usufructuarios del esfuerzo de nuestros héroes. La independencia que nos legaron implica, por lo que atañe a todos nosotros, el compromiso de demostrar que el sacrificio de su existencia no se hizo en vano.

Al salir de la Universidad, se acercó a saludarme Lucas Ortiz. Para celebrar el segundo aniversario de la fundación del CREFAL, había preparado una fiesta que iba a efectuarse el

domingo por la mañana. Lucas deseaba que fuésemos todos a Pátzcuaro. Muchos tenían ya otras perspectivas. El secretario de Educación rogó a Caso que lo representase. Pero Alfonso Reyes resolvió acompañarnos, pues le interesaba conocer el CREFAL. Llegamos en auto a La Eréndira. Los maestros latinoamericanos allí reunidos depositaron ofrendas florales ante un busto de Hidalgo. Oímos y pronunciamos nuevos discursos —que no sonaban, por cierto, a discursos nuevos. Vimos banderas ondear al viento del lago próximo. Y almorzamos con profesores y profesoras que nos trataron con fina solicitud.

Teníamos que regresar a Morelia. Sonreía la tarde, como sonríen frecuentemente las tardes de Michoacán. En la carretera, al llegar a una cumbre, contemplamos el valle que debieron recorrer tantas veces los pies constantes de Tata Vasco. Con la primavera, había principiado la luz a tener esa calidad ambarina, sensible al tacto, que acaricia muy suavemente cuanto descubre.

Recordé el entusiasmo de Reyes al hablar de lo que llamó “la región más transparente del aire”… Por comparación con el profesor de dibujo que es el sol abstracto del altiplano, ¿no preferiría ya la lección de esa incomparable profesora de canto: la luz tarasca, dulce a la vista como es dulce al oído el idioma de los indígenas de Tzintzuntzan?

La alusión a nuestro altiplano me hizo pensar en Castilla. Evoqué las torres de Burgos, el acueducto de Segovia, los muros de Ávila. Cerré los ojos. Y, al abrirlos de nuevo, me sorprendió, como si fuera un anacronismo, la claridad de un anuncio eléctrico. El automóvil acababa de detenerse frente a la puerta de nuestro hotel. Estábamos ya en Morelia…

Deberíamos volver a la capital.

Fue a visitarme Mario de la Cueva. Dirigía, entonces, la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma y quería invitarme para que sustentase una conferencia durante una de las tres ceremonias que maestros y alumnos estaban organizando a fin de celebrar el cuarto centenario de la iniciación de labores en la Facultad. El 3 de junio de 1553, Francisco Cervantes de Salazar pronunció el discurso de inauguración de estudios en la Real y Pontificia Universidad de México. Deseaba el doctor De la Cueva que, para recordar ese acontecimiento, dirigiese yo una exhortación a los abogados. Según me explicó, el viernes 5, por la mañana, don Gregorio Aguilar Gómez, doctor en derecho de la Universidad Gregoriana de Roma, disertaría sobre el tema escogido por Pedro Morones, Fiscal de la Real Audiencia, el 5 de junio de 1553, cuando dio su primera lección en México.

Al principio, me resistí. ¿Cómo hablar de abogacía, yo que, a los diecinueve años, dejé la escuela para entrar en la burocracia? ¿Por qué no pensaban en otro escritor?… Pero mi visitante invocó razones que acabaron por convencerme. No sería tal vez inútil que un hombre exento de las deformaciones que impone la profesión, expusiese a los abogados su opinión

franca acerca de las responsabilidades que, en país como el nuestro, asume quien se gradúa con el deseo de interpretar, defender y cumplir —dentro de un verdadero espíritu de justicia—

las cláusulas de la ley.

Mi aceptación dio motivo a algunos comentarios desagradables. Opté por guardar silencio.

Y el 3 de junio fui a la Biblioteca Antonio Caso, donde leí mi ensayo sobre la grandeza y la servidumbre del abogado. Me presentó, generosamente, el doctor De la Cueva. No puedo decir que pasé a la tribuna “entre un vasto silencio de leones”. En efecto, escuché aplausos.

Pero pensé en el verso del poeta argentino porque adivinaba, en el auditorio, una expectación que no encubría malevolencia, aunque sí vigilante curiosidad.

Poco a poco, fue interesándose el público. “México —dije— es un país que ha vivido buscándose en la definición de una estructura legal. No contemos nuestras Constituciones, ni las Constituciones de los Estados. Consultemos sólo la lista de nuestros códigos, de nuestros reglamentos, de las enmiendas a nuestros reglamentos, de las modificaciones a esas enmiendas y de las adiciones a esas modificaciones. ¡Cuánta tinta jurídica! ¡Cuántos artículos!… Pero no sonriamos ante tal profusión. Algunos de esos artículos —como quería Nietzsche que lo estuvieran los grandes libros— fueron escritos con sangre: sangre de la Independencia, sangre de la Reforma, sangre de la Revolución.”

Un día, en el Museo del Louvre, al admirar la concentración lineal del célebre escriba egipcio, me ocurrió pensar en todos los escribas que la vida de México ha movilizado, de escritorio en escritorio y de combate en combate; a caballo, junto con las fuerzas de Morelos; en polvosos coches, durante la presidencia de Benito Juárez, y en los vagones que transportaron, sobre las vías férreas de la patria, a los soldados de Francisco Villa o de Álvaro Obregón… Los abogados mexicanos tendrán siempre, a mi juicio, la obligación de saber elegir una cultura que garantice la integridad del hombre, velando por el respeto de la justicia, por la realidad de la democracia y por la humanidad de la inteligencia. Con las frases que aquí repito, di término a mi discurso. Me halagó advertir que jóvenes y maestros lo habían escuchado con atención.

Un mes más tarde, fuimos electos miembros del Colegio Nacional Guillermo Haro y yo.

Me dieron la noticia Alfonso Caso e Ignacio Chávez. Comprendí que, en gran parte, debía a ellos la honrosa designación, y les expresé mi agradecimiento.

Pronto surgieron las ironías de mis habituales censores. Leí sus críticas. Más que apesadumbrarme por la amargura que delataban, me importaba escoger el tema de mi primera serie de conferencias en el Colegio. Estaba estudiando a Stendhal y a Dostoievski.

Consagraría a sus obras varias lecciones. Pero me asaltó, de improviso, un remordimiento:

¿por qué no hablar, también, de un gran novelista de nuestro idioma? Sin vacilaciones, elegí a Benito Pérez Galdós. Y principié a redactar los ensayos que recogería, después, en *Tres inventores de realidad.*

Mis trabajos se vieron interrumpidos por la necesidad de emprender otro viaje: el que hice

a Guadalajara. Agustín Yáñez me había pedido que contestara a su discurso de ingreso como académico de la lengua. En su calidad de gobernador, deseaba que nuestra sesión se efectuase en la capital de Jalisco. Alejandro Quijano se hallaba de acuerdo con él. Me dispuse a releer las obras de Yáñez. *Al filo del agua* implicaba un notable acierto.

Desde joven, el autor se había buscado en las anécdotas que narraba. Al hacerlo, había buscado —en sí propio— al hombre. Para encontrarlo procuró en primer lugar ceñirse a lo mexicano. Y, dentro de lo mexicano, a los modelos de su provincia. Sus personajes andan despacio, viven despacio, piensan despacio, se hacen despacio, con un ritmo que parece pretérito —aunque en realidad no lo es, porque, en provincia, la medida del tiempo tiene siempre su peso íntegro. Es un tiempo que miden, con sus repiques, campanas

en cuyo bronce oímos la voz de México… Tal sería el fondo de mi discurso: la descripción del tiempo que mide el bronce, el que los minutos no abrevian, el que las prisas no ahogan. Un tiempo entre cuyas horas, cuando las campanas no suenan, las palabras del más humilde se inscriben —

sobre el silencio— con caracteres cautos y oscuros, pero indelebles.

Yáñez me había enviado copia del texto que proyectaba leer en Guadalajara. Era una sabia disertación sobre la enseñanza de la literatura. Ante el interés del asunto, quise aprovechar la oportunidad para precisar mi opinión sobre lo que ese género de enseñanza puede ofrecer a la formación del hombre. Era reconfortante que la elogiase Yáñez, cuando muchos intelectuales sumaban voces al coro de quienes pretendían eliminar del progreso humano el motor del alma

—y sustituirlo, probablemente, por un magneto.

Una civilización de intelectos desencarnados sería imposible. Si existiese, resultaría opresiva e intolerable. Los que señalan el arte de la palabra como mero lujo de la cultura, olvidan cuánto debe toda cultura a la voluntad de síntesis que la norma. Un progreso que se redujera a cuidar de las cosas útiles, ignorase las gradaciones de lo sensible y menospreciara el desinterés y la caridad, no sería un progreso auténtico. No en vano proclamó Scheler que el goce puede y debe subordinarse a los intereses supremos de la cultura y que la más honda inversión del orden consistiría en subordinar los valores vitales a los valores utilitarios.

Dentro de aquéllos, la literatura se nos presenta como una de las fuerzas que, de manera más evidente, han orientado la continuidad cultural del hombre.

Escrito lo que acabo de resumir, no me quedaba por redactar sino un saludo a Jalisco, y hacer una referencia —aunque fuese breve— a Mariano Azuela. No podíamos ignorar esa vez su nombre. En efecto, el novelista de *La malhora* interpretó a “los de abajo” con

épica sobriedad. Hasta los silencios describen, en sus relatos, las asperezas de ese paisaje (desértico, en ocasiones) por donde avanzan los personajes hasta una cita, sin palabras ni lágrimas, con la muerte.

Muchos académicos salieron de México el viernes 4 de septiembre, en ferrocarril, con destino a Guadalajara. El sábado 5, Alejandro Quijano, José Vasconcelos, mi esposa y yo, subimos al avión en que viajaría el gobernador.

Entre pláticas y visitas, aproveché una hora libre para ir al Hospicio Cabañas. Tenía ansia de contemplar otra vez, en relativa quietud, los prodigiosos frescos de Orozco.

Desde la entrada, me sorprendió un soberbio Huitzilopochtli. A partir del monstruo, siempre sediento de sangre, recorrí toda una historia de cólera y de pasión. Entre sacrificios humanos y carabelas, asistí —por así decirlo— al violento choque de dos culturas. Vi la sombra de Felipe Segundo, sosteniendo una cruz pesada, que —conducida por él— no parece tanto emblema de redención cuanto amenaza de servidumbre para los pueblos; indios en cuyos cuerpos enjutos resulta heroísmo la desnudez; conquistadores que remedan *robots* mecánicos; caballos articulados como implacables tanques de guerra; ancas forjadas —a martillazos—

sobre quién sabe qué yunques inverosímiles… Y, de nuevo, cruces y espadas, soldados y misioneros, monjes en cuyas manos da el alfabeto idea de estar grabado sobre una lápida funeraria, y un Cortés pensativo y trágico: testimonio de orgullo y severidad, pero acaso también de remordimiento.

A las angustias del XVI, enfrentó el pintor las del siglo XX: fábricas erizadas de látigos y de púas, manifestaciones de falsos líderes, sarcásticas demagogias. En todas partes, el hombre víctima o victimario: bocas que aúllan, sin resignarse a pedir piedad; esbirros que no perdonan a nadie nada, ni a su conciencia. Una figura caritativa: la de Cabañas. En la cúpula, como en el fondo de un pozo, ardiendo sin consumirse, el “hombre de fuego”… No es

posible admirar esa alegoría sin sentirse a la vez ufano y avergonzado de nuestro sino, porque vivir es quemarse en vida. Y ¿quién podría darnos la certidumbre de que el incendio que nos devora sirve para algo —y alumbra a alguien?

Volví al hotel. A las ocho de la noche, en el Teatro Degollado, empezaría nuestra sesión.

Mientras me vestía para asistir a la ceremonia, el recuerdo de los frescos de Orozco me hizo comprender cuánta ingenuidad atestiguan —o esconden— actos oficiales de esa naturaleza.

Subiríamos al escenario. Daríamos la impresión de haber ensayado nuestros papeles. Palcos y lunetas estarían ocupados por burócratas, periodistas, maestros, quizá estudiantes, y familias de la "mejor sociedad" de Guadalajara. Mi mujer acompañaría a la esposa de Yáñez en su platea. Alejandro Quijano escucharía, no sin discretos bostezos, discursos, aplausos y parabienes. Agustín Yáñez leería su texto con la satisfacción del deber cumplido. Yo pondría especial cuidado en subrayar los párrafos que juzgaba de mayor eficacia acústica. Al día siguiente, los diarios publicarían notas cuyos elogios estarían en proporción con la simpatía que tuviesen para nosotros sus directores. Hablarían de una "noche inolvidable", mencionarían a los académicos más notorios, describirían —una vez más— el Teatro Degollado… Y nadie concedería el más breve instante a reflexionar sobre lo efímero de la vida y lo deleznable de los honores que perseguimos con tanto empeño.

Pero el hombre —de vanidad y de polvo— que sonríe, discurre y concede importancia a lo que sus amigos hacen o dicen, olvida pronto al "hombre de fuego" que lleva dentro y que acabará inevitablemente por destruirlo.

Guadalajara es tan atractiva, Yáñez y su señora nos atendieron tan gentilmente, me interesó tanto charlar a solas con Vasconcelos acerca de su adhesión absoluta al catolicismo, fueron tan cordiales todos los jaliscienses, el presidente municipal nos enseñó —con

sencillez tan amable— otros frescos de Orozco, me agradó tanto ver las mejoras que había logrado efectuar la administración de González Gallo en la capital del cronista Cornejo Franco, saltaba el agua con tan rítmica precisión en la fuente situada frente a la puerta del templo de Aránzazu, era tan bello el patio del museo de la ciudad, se abrían sobre sus arcos flores de piedra tan tiernas y tan graciosas, resultaban aún tan gallardos los ángeles que decoran la portada de Santa Mónica, y parecía allí tan remoto el mes en el que tendría que concluir mis estudios sobre los novelistas de *Rojo y negro, El idiota* y *Misericordia,* que acabé por perder la noción del tiempo —y hasta creo que celebré cierto chiste de don Alberto María Carreño… Por algo había yo repetido, al contestar a Yáñez en el teatro, que —según dijo Cervantes en elogio de Salamanca— Guadalajara "enhechiza la voluntad".

III. PREPARACIÓN DE *TRES INVENTORES DE REALIDAD.* LA NOVELA Y LA VIDA. MI PRESENTACIÓN EN EL COLEGIO NACIONAL. EL ESCRITOR Y LA LIBERTAD

En México, me esperaban cuaderno, lápiz y máquina de escribir. Debía apresurar la preparación de mis conferencias sobre Stendhal, Dostoievski y Pérez Galdós.

En junio, había terminado la relectura de Stendhal y de Dostoievski. Me faltaba comparar las versiones —española, francesa e inglesa— de *Los hermanos Karamásov.* Y, no habiendo tenido ocasión de asomarme mucho a la producción galdosiana a partir de la juventud, compré las obras completas de don Benito, en los compactos volúmenes de Aguilar.

En la introducción, firmada por Sáinz de Robles, hallé interesantes fragmentos sobre la vida del novelista. Pienso, por ejemplo, en el don Benito que juega con sus amigos "a los nombres bonitos de los pueblos de España", y se reserva siempre la oportunidad de decir, después de una larga lista, el que juzga más bello: "Madrigal de las Altas Torres". Pienso, asimismo, en un paseo del escritor, incapaz de ver el Madrid que ama, pero no de olerlo. ¡Con qué fruición

reconoce el gran viejo ciego, desde su coche, el perfume de unas adelfas al pasar por un parque público!… Todo lo que concierne a la biografía de Galdós me fue muy útil en la elaboración de mi propio texto, hasta el punto de que resolví no intentar siquiera un ensayo que repitiese cuanto podrían encontrar los curiosos en el estudio de Sáinz de Robles.

Por lo que atañe a la crítica acerca de la obra de don Benito, preferí acudir a fuentes más claras y más profundas: las que me brindaban Clarín, Azorín, Unamuno, Pérez de Ayala, Madariaga, Casalduero… Y Menéndez y Pelayo, a quien habrán siempre de recurrir quienes se propongan considerar un tema que haya tratado primero él, no sólo porque su erudición era inagotable, sino porque poseía un sentido adivinatorio de la verdad y de la belleza en los libros que comentaba. El discurso que pronunció en la Real Academia Española (al recibir, como miembro de esa corporación, al autor de *Ángel Guerra* y de *Los cien mil hijos de San Luis)* constituye una prueba de equilibrio y de precisión. No me importaron mucho, en 1953, las discrepancias de orden confesional exhibidas por don Marcelino al censurar el racionalismo del creador de los *Episodios.* Me encantó, en cambio, coincidir con el ilustre polígrafo en su entusiasmo por *Fortunata y Jacinta,* novela donde “todo es vulgar, menos el sentimiento”.

Descartado el propósito de trazar una biografía de los autores de que iba a ocuparme en mis conferencias, opté por consagrar, a cada uno, cuatro lecciones. Aludiría, por supuesto, a los hechos salientes de su existencia: los que fueron decisivos para la formación de su estilo

propio de pensamiento, en los esfuerzos que debe hacer todo novelista cuando resuelve captar

—y vencer— a la realidad.

El joven nacido en Grenoble llegó a ser finalmente Stendhal gracias a las victorias que obtuvo contra cuatro enemigos fundamentales: la provincia, con sus horizontes y hábitos siempre estrechos; la

burocracia, en que hubiera podido caer por efecto de los empleos que se le dieron en la época napoleónica; el diletantismo, que estuvo a punto de incitarle a colocar en el mismo plano de su conciencia a las revoluciones y a los catarros, o de inducirlo a no disfrutar sino del instante que pasa, de la luz que se enciende, del sarcasmo que se evapora, y la hipocresía, a la que hubiera podido obligarlo —ante la opresión de la política reaccionaria

— su condición oficial de cónsul, bajo ministros que desconfiaban de quienes querían manifestar libremente su "yo" como Henri Brulard.

Describir la forma en que Beyle triunfó de esos cuatro adversarios, tan diferentes, me permitió resumir su vida sin relatarla. Y me dio materia, además, para la segunda lección del curso, que me permitiría un paseo —rápido y necesario— a través del conjunto de sus escritos.

Rojo y negro y *La cartuja de Parma* merecían estudio más detenido. Julián Sorel y Fabricio del Dongo son personajes que siempre me han interesado muy hondamente. Ambos, en cierto modo, delatan la avidez del adolescente perpetuo que soñó ser quien los inventó.

Sorel nos ofrece el tipo del romántico resentido, entre otras cosas porque su alma "cristalizó"

(para usar el término stendhaliano) en un período histórico de posibilidades sociales que, dado el ejemplo de Bonaparte, suponía ya ilimitadas. Fabricio del Dongo no es un resentido como Sorel, pero sí un inadaptado a la sociedad religiosa que fue absorbiéndolo poco a poco, sin suprimir jamás totalmente su italiana ansiedad vital. Uno y otro van a la cárcel. Ambos, entre las rejas, se olvidan de su infortunio. Con razón apuntaba Stendhal: "Cuando creo registrar una verdad, tiemblo de haber escrito un suspiro…" Sus "verdades" son poesía con máscara de humorismo; suspiros que al "escribirlos", el autor transformó en sentencias.

Con *Rojo y negro* y, sobre todo, con *La cartuja,* principia una era en la historia de la novela. Así lo advirtió Balzac. Pero ¡cuánto faltaba

aún para llegar a los subterráneos terribles de Dostoievski! De la vida de éste, me referí a la condición de su nacimiento, a sus primeros relatos, a su prisión y a la cruel experiencia que la política zarista le impuso cuando —el 22

de diciembre de 1849— Dostoievski creyó que iba a subir al patíbulo. A última hora, un pope anunció que los culpables (entre los cuales se hallaba el novelista) “habían obtenido clemencia infinita de Su Majestad el Emperador”. No serían ejecutados. Se les desterraría a Siberia. Recordé los años vividos en el presidio por Dostoievski, su libertad vigilada, su instalación en Tver, su residencia en San Petersburgo y su viaje a Francia; su pasión por el juego, su hereditario sadismo, la muerte de su primera esposa, su matrimonio con Ana Grigorievna, su expedición ginebrina, sus éxitos y su muerte.

En la segunda conferencia, consideré al moralista. Cierta vez, según narración de Pertz,

Dostoievski fue a visitar a unos amigos suyos, los Súslov. Alguien, que no aprobaba las opiniones del novelista sobre el futuro de Rusia, le dirigió esta pregunta: —“Y a usted, ¿quién le ha dado derecho para hablar en nombre del pueblo ruso?” Dostoievski se arremangó los pantalones. Y señaló, a la altura de los tobillos, sobre sus piernas, la huella de las cadenas que había arrastrado en Siberia durante años… “He ahí mi derecho”, fue su contestación. Todo lo que escribió Dostoievski, a partir de entonces, emanaría, efectivamente, de ese derecho que dan al hombre la injusticia de los que mandan y el valor de los oprimidos.

Su obra es protesta ardiente. Pero no tanto protesta del perseguido contra el esbirro, del preso contra el carcelero, o del revolucionario contra la omnipotencia del Zar, sino protesta de un alma libre contra cuanto revela una falta de convicción en la responsabilidad que tienen todos los hombres frente al drama de cada hombre y que cada hombre debe sentir frente al drama de todos sus semejantes.

En *Crimen y castigo,* Sonia ama a Raskólnikov. Pero lo abraza y lo besa más, cuando averigua por qué delito habrá de compadecerlo. Con esas pobres caricias corresponde la prostituta a las palabras que le dijo Raskólnikov, tras de arrodillarse ante ella: “No me prosterno ante ti, sino ante todo el dolor humano”. Y es que el sádico, el epiléptico, el patológico Dostoievski se presenta a nosotros de pronto, en la cúspide de sí mismo, como el más religioso y cabal de los moralistas. Al igual que Zósima, el tutor de Aliocha en *Los hermanos Karamásov,* siente que cada uno de nosotros es culpable por todos y de todo. Sólo dando nuestra existencia, la merecemos. Pero sólo siendo —genuina y profundamente— lo que somos, valdrá la pena el sacrificio de nuestra vida.

Recordé mi viaje a Bonn, en 1952. Volvieron a mi memoria las relaciones que traté de establecer, a orillas del Rin, entre la Alemania de Goethe (la que proclama la personalidad, como fin supremo) y la India imaginada por Schopenhauer: la que confía en la increíble delicia de ya no ser. Como en la ruta que recorría de Colonia a Francfort, pensé en la pugna que suele advertir el observador entre el impulso de ser —y de ser en todo, hasta el extremo de lo que somos— y la esperanza de poder anularnos completamente, en el perdón colectivo del universo.

¿Cómo divorciar, en la obra de Dostoievski, la fiebre de aquel impulso y la sombría ternura de esta esperanza?… Por otra parte, es posible que, en vinculación tan estrecha, resida el secreto del alma eslava. Toma, de lo más europeo del Occidente, la voluntad de autenticidad. Pero busca en la tradición de los pueblos orientales, la forma de proyectar esa voluntad, como lo intentan los budistas, hacia una comunión que despersonaliza a todos los mortales en la patria única —y última— del Nirvana.

Mientras trabajaba yo en mi despacho, entre los enigmas de Dostoievski, mi mujer se había dedicado a poner en orden muchos objetos, conservados —durante meses— en los baúles de la bodega.

Cierta noche me mostró un juguete para turistas, comprado en Roma cuando fuimos a Italia

en 1950. Era un estereoscopio, de los que adquieren —por recomendación de los guías—

muchos viajeros. Nos divertimos, recordando algunos de los palacios y de los templos romanos que nos habían gustado más. Me interesó aquel desfile de imágenes memorables.

Antes de colocarlas en el aparato, quise examinar ciertas fotografías. Me llamaron la atención, entre otras, las de la Basílica de San Pedro. Eran casi iguales, pero no idénticas.

Viendo cada una por separado, se descubrían ligeras diferencias de luz en el modelado de las columnas, o de penumbra, en las líneas de las cornisas. Ya en el estereoscopio, por obra de la visión binocular, desaparecían las diferencias y la fachada de la Basílica ganaba mucho en relieve, perspectiva, distancia y profundidad. El efecto obedecía evidentemente a la circunstancia de que el edificio había sido fotografiado dos veces, casi en la misma forma, pero desde puntos de vista un poco distintos. Si cerraba yo un ojo, veía sólo la fotografía de la derecha ——o la de la izquierda— y desaparecía el relieve… ¿No era ése uno de los procedimientos novelescos más hábilmente empleados por Dostoievski?

Descubierto el misterio de esa técnica suya, redacté una página de mi estudio. Me di cuenta de que Dostoievski trata de hacernos vivir varias veces la misma escena, presentándola desde ángulos diferentes y con perspectivas complementarias. El crimen de Raskólnikov se ofrece a nosotros, primero, como un ensayo; luego, en su dramática realidad, y, después —exagerado por el remordimiento—, en una pesadilla del delincuente. Asimismo, Mischkin, al llegar a San Petersburgo, cree advertir que dos ojos súbitos lo vigilan. Más tarde, en la casa de Rogochin, vuelve a ver esos ojos hondos: son los de su huésped… Podrían multiplicarse los ejemplos, porque Dostoievski procura que el ensayo de lo que va a suceder ——o el recuerdo de lo que ya aconteció— se sobreponga

a la descripción de los hechos que nos relata, como se sobreponen las dos imágenes (parecidas, pero no idénticas) que dan volumen a las figuras en la visión del estereoscopio.

Gran artista, y gran voz del dolor mortal, Dostoievski fue un maestro del claroscuro. Me incitaba a pensar en Rembrandt. Quizá por eso concluí mi disertación con una referencia a Malraux, quien manifestó alguna vez que —en su diálogo con el ángel— Rembrandt no fue el señor Rembrandt Harmenszoon, sino sólo un hombre, un representante de la irreemplazable miseria humana.

Iba a dar principio a mis ensayos sobre la obra de don Benito, cuando me confirmaron que el Colegio Nacional me recibiría, en sesión pública, el 8 de octubre. Suspendí mis trabajos, para escribir el texto que debería leer en esa ocasión y que serviría de prólogo al curso, anunciado para 1954.

Novela y vida habían sido los temas a los que consagré diez horas diarias, a lo largo de muchas semanas. Me pregunté si correspondía tamaño esfuerzo a la necesidad de cumplir con las obligaciones docentes que impone el reglamento del Colegio Nacional. ¿Cómo hacían los demás miembros? ¿Escribían sus conferencias? ¿O improvisaban, validos de su experiencia de catedráticos? En mi caso, tal experiencia era muy lejana. Desde 1928, no había dado sino

algunas lecciones en la Facultad de Filosofía y Letras, durante los años de 1942 y 1943. El escritor —según Thomas Mann— es el hombre que escribe porque no sabe hablar. Por lo menos, eso le oí decir en el exordio de una de sus pláticas, dada en París antes de la guerra.

Improvisar no ha sido nunca muy de mi gusto. Prefiero leer, siempre que disponga del tiempo indispensable para meditar en lo que tengo que escribir —y para corregir lo que debo seleccionar.

Me pregunté, igualmente, por qué razón había escogido a tres novelistas como tema del primero de mis cursos en el Colegio.

¿Incumbiría a un novelista frustrado intentar semejante estudio? Pero pensé que acaso fuera por eso mismo, porque mis ensayos de novelista no me satisficieron nunca del todo, por lo que tomé tal determinación. Me sentía yo más en deuda con la novela que con otros géneros literarios. Novelistas fueron algunos de los autores que, durante lapsos muy importantes, ejercieron mayor influencia en mi manera de ver la vida. A Stendhal, a Dostoievski y a don Benito, tendría que agregar otros: Balzac, Tolstoi y Proust.

Durante la lectura de esos autores, había percibido muy claramente hasta qué punto dos libertades coinciden en el artista: la que reclama en su calidad de hombre (y que, en gran parte, depende de circunstancias ajenas a su albedrío) y la que debe ejercer en su condición de artista. Ambas tienen sus límites, ciertamente. En el caso de la libertad que proclama el hombre como persona, esos límites los marca la sociedad. En el caso de la que practica el artista, los marca él mismo, desde el instante en que acepta —o inventa— las normas a que someterá su producción.

A ese problema dedicaría mi discurso de ingreso en el Colegio Nacional. ¿Cómo actúa el escritor en la libertad y —sobre todo— como actúa, de hecho, en *su* libertad? Lejos de la lucha política que sostenga en favor de la libertad, el escritor —como artista— ha de reconocer que no es por completo autónomo. Su obra será el producto de las limitaciones que imponga él mismo a su autonomía, de acuerdo con la opinión que sustente acerca de la verdad, del bien y de la belleza. Dentro del mundo del arte, no hay libertad exterior sin rigor interno.

El 8 de octubre —fue un jueves— leí mi discurso en el Colegio Nacional. Alfonso Reyes presidía la sesión. Frente a un público heterogéneo, aludió a mis actividades y dijo que había paseado “con honor la enseña de México donde quiera se procurase la armonía entre los hombres y entre los pueblos”. Después de mi discurso, Manuel Toussaint formuló la respuesta que acostumbra el Colegio dar a sus nuevos miembros.

Me congratulé de que semejante encargo le hubiese correspondido. Habíamos sido muy amigos durante mi adolescencia —y su juventud. Doce años mayor que yo, no era ya Manuel, en 1953, el delegado aprendiz de crítico a quien iba a leer mis primeros versos en la biblioteca —a menudo desierta— de la dirección general de Bellas Artes. Había ganado enjundia en todos sentidos. Pero conservaba el pequeño bigote irónico y los ojos, entre melancólicos y sonrientes, del aficionado a la buena pintura que me invitó a tomar café, una tarde de octubre de 1918, con Saturnino Herrán.

Otras eran las preocupaciones profesionales de Toussaint en el otoño de 1953. Dirigía entonces el Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad. En su bibliografía, figuraba una obra que no han opacado los años: *Paseos coloniales.* El devoto de Amiel y de Mallarmé no se había dejado absorber totalmente por el estudio de las artes plásticas en los tiempos del virreinato. Recordaba, con igual entusiasmo, a sor Juana Inés de la Cruz y a Enrique González Martínez. Examinaba a Heredia. Comentaba a Altamirano. Prologaba a José Asunción Silva. Y preparaba, en esos meses, una “Epístola Moral a Fabio”: la que leería, en 1954, al ser recibido por la Academia Mexicana de la Lengua.

En el Colegio Nacional, Manuel bosquejó la historia de mis trabajos y de mis días. Se refirió, especialmente, a mis actividades de educador. Con gotas un poco ácidas, pero de amistoso humorismo, salpicó algunos versos de *El corazón delirante;* señaló *Destierro* como

“una estadística de obsesiones más que de metáforas” y se detuvo —con mayor generosidad—

en *Cripta* y en *Sonetos.*

Habló, también, de mis ensayos de novelista. Me sorprendió que les dedicara atención cordial. Elogió *Sombras* y, tras de referirse a *Tiempo de arena,* libro del que no conocía sino los fragmentos aparecidos en la revista *Mañana,* concluyó declarando que le había sido grato mostrar “jirones de un espíritu, atormentado unas veces,

otras gozoso; pero siempre sincero dentro de su carácter personal, recogido, sin efusiones de mal gusto, entregado a la investigación de su propio yo, en un continuo buceo en las profundidades de la sensibilidad y de la inteligencia".

Al regresar a mi casa, reflexioné acerca de lo que podría significar para el pueblo la acción del Colegio que acababa de recibirme. Días antes, en la sesión del 5 de octubre, se había resuelto rendir homenaje público a cuatro de los miembros fundadores de la institución, muertos dos de ellos en 1950 (Isaac Ochoterena y Ezequiel Ordóñez) y los otros en 1952: Mariano Azuela y Enrique González Martínez.

Les habían precedido, en el tránsito inevitable, Antonio Caso, Ezequiel Chávez y José Clemente Orozco. Se iban muchos; llegaban otros. Y continuaba el Colegio en pie. Pero ¿hasta qué punto contribuía ese núcleo de artistas, investigadores y hombres de letras a la "libertad por el saber" que proclama su lema?

Los críticos censuraban sus métodos de trabajo: reuniones, conferencias, conciertos, exposiciones, resúmenes y memorias. Parecían desconocer que no era éste el mayor tributo ofrecido al país por los mexicanos enlistados en la nómina del Colegio. Más que sus labores docentes y sus manifestaciones colectivas, importaba a la patria el esfuerzo propio de cada uno, su afán personal de aprendizaje y de creación. Los intelectuales que me hicieron el honor de aceptarme en su compañía se habían distinguido en la tarea que requiere la perduración nacional y que consiste en hacer —entre todos— una cultura; y en responder —entre todos—

al desafío de un destino común.

IV. HUMANIDAD DE PÉREZ GALDÓS. VACACIONES EN ACAPULCO. LECTURAS Y NOSTALGIAS. VIAJE A SAN LUIS POTOSÍ

El último trimestre de 1953 me obligó a un intenso trabajo de revisión y de redacción. Tenía que corregir los primeros textos de *Tres inventores de realidad* —y escribir los capítulos que faltaban. Rehíce, en gran parte, los estudios sobre Stendhal y Dostoievski. Suprimí párrafos que podían parecer insistentes, e intenté ahondar más en la psicología de personajes como la duquesa Sanseverina y el conde Mosca, tan admirablemente analizados por Stendhal en *La cartuja de Parma,* o como Rogochin y el príncipe Mischkin, tan profundamente juzgados por Dostoievski en las páginas de *El idiota.*

Me esperaba todavía Pérez Galdós. Y, con él, la urgencia de definir la hombría del ser hispánico. El sentido —tan español— de la representación y la voluntad, lo encontramos condicionado en Pérez Galdós por una mezcla de cristianismo sin dogma, y de liberalismo, en ocasiones, muy combativo. Para él, la formación del carácter es empresa más decisiva que la ilustración de la inteligencia. La hombría de bien no consiste tanto en ceder (lo que implicaría anulación de la voluntad) sino en superar las culpas ajenas con el perdón. Porque el que perdona en verdad no cede; antes, ensanchando el dominio de su carácter, se anexa en parte la voluntad del ser a quien hace suyo merced al arte de perdonar.

Mientras trabajaba yo en mi biblioteca, imaginaba al muchacho a quien un señor de ligero andar, estatura pequeña y barba ya casi blanca, le regaló, cuarenta años antes, como premio de fin de cursos, en la edición adornada con los colores de la bandera española, la colección de los *Episodios,* desde *Trafalgar* hasta *Cánovas.* Ese señor, galdosiano dichoso de hallarse en México, se llamaba Alejandro Torres. Era mi padre. El muchacho, era yo. Acababa de obtener mi certificado de educación primaria, en 1912, y me disponía a afrontar a mis compañeros de la Escuela Nacional Preparatoria. A lo largo de muchos meses, de los once a los doce años, viví horas enteras con los personajes que Pérez Galdós describió tan bien.

Mi madre, que se sentía responsable de las tradiciones francesas de su familia, estimaba mucho a Galdós, pero creía que las novelas de

Dumas corresponderían mejor a mis aficiones de adolescente. Entre *Bailén* y *Gerona,* deslizó *Los tres mosqueteros* y *La dama de Monsoreau.* Aquel ir y venir de la España del XIX a la Francia del XVII y del XVI me obligó a practicar un turismo histórico de cuyos efectos no sé cómo me salvaron, en el plantel de San Ildelfonso, las lecciones de mis maestros. Dumas halagaba más mi imaginación. Pero sentía más cercanas, por todos conceptos, las obras de don Benito. Los reyes y los ministros

anovelados por Dumas me dejaban entonces indiferente. Ni la inercia de Luis XIII y, mucho menos, el afeminado perfil de Enrique III podían competir, dentro de mi fantasía de colegial, con los mosqueteros de breves nombres y espadas largas —Aramis, Athos y Porthos—, que adoptaron a d'Artagnan después del famoso encuentro con los guardias de Richelieu.

Tampoco en Galdós hallé —por ineptitud de mi edad, sin duda— héroes que tanto entonces me apasionasen. Para ser apreciados, los protagonistas de los *Episodios* (Gabriel Araceli, Salvador Monsalud, Fernando Calpena, Tito y el marqués de Beramendi) exigían experiencia mayor de la sociedad. Cuando, a los veinte años, me hundí por segunda vez en el mar de las anécdotas galdosianas, percibí de manera más clara hasta qué punto tienen vida característica el honrado Gabriel; el "calenturiento" Monsalud, el romántico Fernando Calpena; Tito, descendiente de familias "absolutistas hasta la rabia" pero también de los Torrijos y los Porlieres, "mártires de la libertad", y hasta Beramendi, tan amigo de aquel otro marqués, el de Salamanca —banquero, como Nemrod era cazador—, que ahorraba ochavos y tiraba onzas…

En 1913, durante la decena trágica, mi padre se hallaba enfermo. Teníamos que aguardar largamente, mi madre y yo, la llegada de nuestro médico. En esas horas de inquieta espera, Pérez Galdós me ofreció un espectáculo inolvidable: acumulación de intrigas y de combates, de sitios y de aventuras; todo el siglo XIX español, visto en estampas rápidas, pintorescas —y, en ocasiones, desesperantes.

Pero los *Episodios* son sólo parte (aunque parte inmensa) del legado de don Benito. De sus otras novelas, sin olvidar a *Doña Perfecta,* las que retuvieron más mi atención fueron *Fortunata y Jacinta, Ángel Guerra,* los *Torquemada* y *Misericordia.* En semejantes obras, la novela es vida, vida genuina, y las personas, como Ángel Guerra, viven y mueren

"ratificándose". Así han vivido los mejores grandes de España: no los que llevan collar y cruces sobre los oros del uniforme de la casaca, sino tenacidad y heroísmo en el corazón.

El estudio acerca de Dostoievski me hizo deplorar mi desconocimiento del ruso y de la existencia en tierras que hoy constituyen la Unión Soviética. ¿Cómo sería Moscú? ¿Qué luz tendrían las noches blancas de Leningrado? ¿Qué sentiría un viajero latinoamericano al llegar al Kremlin?… Me faltaban, a cada momento, un punto de referencia, una relación material con el mundo eslavo.

En cuanto a Stendhal, su idioma me era familiar desde la niñez. Los países en que vivió con mayor pasión —Francia e Italia— no me eran desconocidos. Había visitado Besançon, ciudad tan unida a los recuerdos de Julián Sorel, y había vivido en París, como el huésped de Madame de La Mole, aunque no —por supuesto— en la vecindad de la altiva y sensual Mathilde. Milán y Waterloo, Lugano y el Lago de Como, Belgirate y Nápoles eran sitios en los que podía representarme muy bien a Fabricio del Dongo. Por otra parte, los clásicos de Stendhal no me eran ajenos. Mozart, Shakespeare, Schiller, Molière aparecen en sus páginas con frecuencia. Sin embargo, a pesar de todo, me sentía más a mi gusto en el clima de don Benito. No porque situara a Pérez Galdós por encima de Stendhal y Dostoievski, sino porque

me hablaba de cosas que conocía yo mejor, pues se hallaban más próximas a mi vida.

La inmersión en *Fortunata y Jacinta* y en *Ángel Guerra* me transportó a la España en que residí desde abril de 1929 hasta julio

de 1931. En la tierra de Cervantes y de Quevedo, hice una cura magnífica de hispanismo. Respiré, a plenitud de pulmón, el aire límpido de Castilla, el viento marítimo del Cantábrico y las delgadas brisas de Andalucía, que llevan —a ciertas horas— "alma de nardo", como quería Manuel Machado que fuese la de los árabes españoles.

Y me di cuenta, ante el resplandor de ciertos crepúsculos de la Mancha, de que el vencedor de las nobles quimeras de Don Quijote no podía ostentar el nombre de *Caballero de los Espejos,* pues ningún espejo deslumbraría al que miraba sol de tan gran rigor, sino otro, menos enfático y rutilante: el de *Caballero de la Blanca Luna,* símbolo que escogió con prudencia Sansón Carrasco para vencer a su amigo Quijano el Bueno y obligarlo a volver a casa y morir en estado de sensatez.

Entre el día en que salí de Madrid, con destino a Francia, y aquel en que principié a redactar el postrer capítulo de mi estudio sobre Galdós, habían transcurrido veintidós años. En ese lapso, no perdí nunca el sentido de lo español. Al encomiar al autor de *Doña Perfecta,* aproveché la ocasión de evocar a España —y de confesarle mi gratitud.

Iba muriendo el año. María y Alfonso Caso nos propusieron pasar unos días de vacaciones en Acapulco. Aceptamos la idea con entusiasmo. Nos alegró saber que coincidirían con nosotros amigos como Ignacio Chávez y su esposa y Carito y Raoul Fournier.

No era Acapulco, en 1953, lo que ha llegado a ser con la afluencia de los turistas. Se hablaba todavía español en los hoteles y hasta en los bares. *Hippies* hirsutos no saltaban entre las peñas como acuáticas sabandijas, ni se organizaban entonces festivales de cine para delicia de actrices, a veces de primer orden, y de *play boys,* a menudo de canónica edad.

Muchos de los grandes inmuebles que hoy se levantan frente a la playa no existían ni en la imaginación de nuestros arquitectos. La costumbre norteamericana de almuerzos rápidos y de bebidas

“largas” *(quick lunchs* y *long drinks)* no había derrotado aún por completo a la tradición mexicana de la comida abundante y lenta y del coñac y el tequila sin abluciones.

Nadie hubiese entrado a una *discoteca,* si a alguien se le hubiera ocurrido dar ese nombre a un salón de baile. Los choferes y los crepúsculos no maldecían o suspiraban en mal inglés.

Desde nuestras ventanas, en la casa que habían alquilado los Caso, veíamos parte de la bahía. Yo salía poco. Cuando me decidía a dar un paseo, me encantaba escuchar a las gentes del pueblo, todavía no arrinconadas como parecen estarlo —ahora— en las calles más tristes y sucias de la ciudad. Acapulco era entonces un gran paisaje que podía admirar todo mexicano, sin escrúpulos de conciencia. Hoy resulta peligrosamente ostensible el abismo que los vendedores de auroras y atardeceres han ido abriendo entre el sector de quienes buscan

ganar centavos y el de aquellos que se deleitan en gastar dólares.

La compañía de los Caso fue, por todos conceptos, muy agradable. Bajo su aspecto de catedrático adusto, escondía Alfonso un alma libre y jovial. Ponía, en una partida de *bridge,* la misma seriedad con que descifraba el enigma de un jeroglífico. Recordaba oportunamente frases ilustres. Y extraía de ellas, para aplicarlas a los acontecimientos más nimios, irónicas alusiones. Enterado de todo, de la filosofía del derecho y del derecho de la filosofía, de historia y de prehistoria, de política y de cultura, estaba seguro de que ésta no sería nada si no sirviese para el bien de la humanidad.

María, su esposa, padecía diversos males. El más notorio, a mi juicio, era su exceso de inteligencia. Había leído mucho —y escrito poco. Sin embargo, lo que escribió revela cómo llegó a sentir la tragedia de nuestros pobres y el misterio de nuestros indios. Compañera del hombre que descubrió la tumba “siete” de Monte Albán, su arqueología era más psicológica que científica. Lo que Alfonso sabía, ella lo adivinaba. En su hogar, parecía una mexicana más: orgullosa de su marido y de la educación de sus hijos y de sus

hijas. Pero, de pronto, si la conversación la llevaba a decir su verdad sobre ciertas personas y ciertas cosas, nada la detenía. En su franqueza, la conmiseración y el sarcasmo partían de un mismo origen: el deseo de que todos viviesen una existencia cabal. Mi mujer y yo, que no tenemos hijos, veíamos con placer el afecto que demostraban a María y a Alfonso sus herederos: Beatriz y Eugenia, Alejandro y Andrés. Cada uno, por separado, poseía una personalidad perceptible; pero, juntos, los cuatro eran siempre "Caso" —y lo eran sinceramente, entrañablemente.

Solíamos, por las noches, pasear a la orilla del mar. Nos cercaba el asombro del océano innumerable. ¿De dónde vendría esa ola, que moría tranquilamente sobre la playa?

Caminábamos en silencio, respetuosos del secreto que cada cual escuchaba en su propio ser. A veces, entre faroles, surgía una música popular. Sobre el rasgueo de una guitarra, una voz repetía un cantar espeso, donde flotaban, entremezcladas, amenazas de ira y súplicas de pasión. Pero el mar continuaba incansablemente su asedio inútil. Brillaban, sobre nosotros, las mismas constelaciones. Y nos sentíamos tan efímeros ante lo infinito que, al volver a mirarnos unos a otros dentro del cubo de luz del vestíbulo del hotel en que acostumbrábamos detenernos para tomar un café, tenía yo la impresión de recuperar a mis compañeros… ¿Por cuántos días, por cuántos meses, por cuántos años?

Regresamos a México en la primera semana de enero. 1954 no anunciaba nada importante para nosotros. Pero nos trajo muchas sorpresas. La primera fue una invitación que Silva Herzog me hizo, a fin de que inaugurase los cursos de invierno organizados dentro del marco de la Universidad de San Luis Potosí. ¿Cómo rehusarme? Siempre he creído que es deber de cuantos disfrutan de los medios que ofrece la capital, alentar —hasta donde les sea posible—

a quienes trabajan en las ciudades "del interior"…

Iba a disponer de cuatro semanas para preparar el discurso que leería en San Luis Potosí, corregir las copias mecanográficas de mis

ensayos sobre Stendhal, Dostoievski y Pérez Galdós, y escoger los textos que aprovecharía en mis conferencias. Me sobraría tiempo para recordar y para soñar. No quise impregnarme de más novelas. Ya vendrían, con los años, las horas de sumergirme en *La comedia humana* o en los mundos (no tan opuestos como pudieran imaginarlo muchos lectores) de Tolstoi y de Marcel Proust.

Intenté un paréntesis lírico. Y me dediqué, por entero, a dos poetas ingleses, de cuya obra tenía un conocimiento muy incompleto: Shelley y Keats. Hube de esforzarme, al principio, por superar las dificultades que me oponía un idioma extraño, más familiar para mí en la conversación, o en la prosa administrativa, que en el poema.

Aunque un poco tarde, reconocí la razón de un intérprete de la UNESCO: aquel que no quiso, o no pudo, traducir en buena prosa británica una frase escrita —en muy buena prosa española

— por mi admirado José Martí. La entrecomilló, la midió, y la puso en verso. Expresiones hermosas en castellano, en portugués o en francés, no llegan nunca al inglés sino por la escala que les ofrece la poesía. Traducirlas en prosa, literalmente, resultaría declamatorio —si no grotesco. Porque la lengua poética inglesa es un dominio especial dentro del idioma: goza de privilegios, merced a los cuales las metáforas pueden desarrollarse sin otros límites expresivos que los que acepten la voluntad y la fantasía de quien las crea. Un mismo autor (por ejemplo, Shakespeare) cambia de tono —y de altura— al pasar de la prosa al verso. De ahí que resulten cosas distintas la aptitud de entender un relato inglés, o un discurso inglés, y la capacidad de apreciar —en sus textos originales—— la belleza del *Prometeo liberado,* de algunos cantos de Byron o de ciertas odas de Keats.

Vencida, hasta donde pude, la barrera idiomática, empecé a recorrer los jardines primaverales de Shelley o los parques de otoño, gratos a Keats, de quien retuve, durante muchos días, “la voz de la cigarra en las colinas”, las melodías no oídas, “más dulces que las que oímos”, la oda al otoño y, con particular reconocimiento, los primeros versos de *Endimión.*

Procuré darles forma en castellano. Pero comprendí, por experiencia propia, lo que me dijo alguna vez Valéry en su pequeño departamento de la calle de Villejust, al enseñarme una de las muchas versiones del *Cementerio Marino:* —"¡Y yo, que no creo en la posibilidad de traducir realmente la poesía"… Sin embargo, Valéry se esforzó por vencer ese escrúpulo. En 1944, once años después de la visita que le hice en París, trató de revivir —en francés— *Las bucólicas* de Virgilio. Pero hubo de reconocer, en el prólogo, que "los más hermosos versos del mundo resultan insignificantes —o insensatos— cuando se rompe su armónico movimiento y se altera su substancia sonora". Es cierto: Valéry condenaba, en aquellas líneas, a quienes traducen en prosa la poesía. ¿Mas no censuraba también, por lo menos de modo implícito, al que se ve obligado a buscar una "substancia sonora" distinta de la que tuvo —en su propio

idioma— el poema que trata de interpretar? Confiesa hasta cierto punto esa desconfianza, pues manifiesta que "el trabajo del poeta no consiste tanto en buscar palabras para sus ideas, sino en buscar ideas para sus palabras y para sus ritmos predominantes".

Dejé inconcluso mi ensayo de traducción. Keats merecía seguir intacto. Por otra parte, había llegado febrero. Y, con febrero, la urgencia de ir a San Luis Potosí.

El sábado 6, me dieron la bienvenida en el aeropuerto de esa ciudad Jesús Silva Herzog y su señora, así como varios otros amigos. Me condujeron rápidamente al hotel. Entre repiqueteos de teléfono y lámparas de fotógrafo, tuve que responder a las preguntas de un diario de la ciudad. ¿Qué pensaba yo acerca del problema de los braceros? ¿Qué opinión se tenía, en Europa, respecto a nuestros sistemas de educación?… Tras de contestar lo que pude, nos trasladamos al Palacio de Gobierno, a saludar al gobernador. Desempeñaba ese cargo don Ismael Salas, hombre alto, lampiño, de plateado cabello y palabra lenta. Nos acogió cortésmente y nos invitó al banquete que se proponía ofrecer el domingo siete (hay coincidencias que no debemos juzgar significativas) en un

restaurante de la ciudad. El acto en el que hablaríamos Agustín Yáñez y yo se efectuaría el domingo también, pero por la noche.

Aproveché la tarde del sábado y la mañana dominical para ver algunos de los monumentos coloniales de que se enorgullece la que llamaron sus residentes arcaicos tierra “de agua y oro”, nombre engañoso en opinión de un amigo mío, pues —según dijo— “poco oro y menos agua tiene San Luis, ya que su entraña es de polvo y plata”. 1 Deploré la ausencia de don Primo Feliciano Velázquez, muerto en junio de 1953. No era sólo don Primo “el patriarca de la estereografía potosina”, sino un académico laborioso y sumamente cordial. A pesar de sus años, vino a México en 1945, cuando ingresé en la Academia Mexicana de la Lengua y asistió a la comida que ofrecí a mis nuevos colegas. Conversé en aquella comida con él, e insistió mucho en que no dejara de visitarlo, si se me presentaba la oportunidad de pasar por San Luis.

Reemplazaron a don Primo Feliciano Velázquez otros especialistas en hidalguía: los que me acompañaron al Museo, a la Catedral, a la iglesia del Carmen y a la antigua Casa de Moneda. El Museo había sido inaugurado el 20 de noviembre de 1952. Tras de recorrer el vestíbulo, y admirar las esculturas huastecas expuestas en el jardín, subí por la escalera que lleva al segundo piso. Estábamos ya en la que fue la capilla más célebre de San Luis. ¡Qué

“allegro” súbito en la sinfonía hispánica del barroco! Todo parece música de Vivaldi en el ritmo de esas pilastras y en la policromía de ese recinto.

En la Catedral, me esperaban otras sorpresas. Sobre la piedra de la fachada, destacan por su blancura las copias de los apóstoles de Bernini. Esas copias, adquiridas durante el lapso en que Ignacio Montes de Oca fue mecenas y obispo de la heredad, nos revelan hasta qué punto un árcade como Ipandro Acaico supo hacer de la silla episcopal de San Luis una cátedra de

humanismo y un centro de clásica distinción.

El domingo, durante el banquete ofrecido por el gobernador, charlé con Nabor Carrillo. Su investidura de rector no le importunaba. Bebía y contaba chistes. Niño perpetuo —adolescente perpetuo quiso ser Beyle—, Nabor no ostentaba jamás sus conocimientos científicos. Parecía, al contrario, jugar con ellos. Y sabía ciertamente pensar, pero sabía también sonreír de lo que pensaba. La mecánica del subsuelo no lo privaba en ningún momento de la satisfacción de estrujar la vida, como un racimo, y de gozar de su miel hasta en la última uva, larga o breve.

Por la noche, inauguramos la cuarta serie de los cursos de invierno. Tras de oír no recuerdo cuál "obertura", de las que tocaban entonces las "orquestas sinfónicas" de provincia, el licenciado Medina Romero, director de la revista *Cuadrante,* me presentó. Leí un discurso en cuyo exordio elogié a Othón, potosino que ha legado a las letras algunos de los sonetos más encendidos de nuestro idioma. Al labrar los endecasílabos de su *Idilio,* demostró cómo podía latir todo el frenesí del romanticismo bajo el mármol sobrio —y, en apariencia, impasible—

de la más acendrada belleza clásica. Oprimido por todas las pasiones "bajo el peso de todos los olvidos", supo dar a la lira de Virgilio el estremecimiento de Baudelaire. Nadie más mexicano y universal. Y nadie más provinciano y más potosino. Porque Othón, como López Velarde, como los mejores poetas de nuestra patria, fue siempre auténtico. Y eso pedí a los jóvenes potosinos: respetar y querer la autenticidad de lo nacional.

Escuchamos después a Agustín Yáñez. Escogió como tema la relación de la patria con la cultura. Entre otras consideraciones de importancia para apreciar los intercambios culturales de los diversos pueblos del mundo, manifestó que "la cultura mexicana es un organismo de intrincada universalidad, cuyos vasos comunicantes no pueden cortarse sin seguro riesgo de atrofia". "Renunciar a lo indígena —dijo— como quisieran algunos necio-ciegos… sería renunciar a la sutil sabiduría de los nahuas que nos liga con las más viejas culturas del mundo.

Renunciar a lo español, según otra necio-ceguedad pretende, sería cortar los puentes que saltan a la Roma imperial y a la Grecia clásica.”

Había concluido la ceremonia. Al día siguiente, principiarían los cursos. Me dispuse a partir… Como siempre que voy a provincia, me había sentido más cerca de la realidad mexicana en San Luis Potosí que en mi casa de Güemes, rodeado de “nuevos ricos”, de árboles viejos y de rosas, cansadas pronto de haber nacido. Menos ecléctica que Guadalajara, y menos simbólica que Morelia, San Luis me había recibido con más íntima sencillez.

V. DESGRACIA SÚBITA. SEMANAS EN LA SOMBRA. EL CONSUELO DE BEETHOVEN, MOZART Y BACH. LOS POEMAS DE *FRONTERAS.* AMIGOS GENEROSOS. UNA VISITA DEL PRESIDENTE RUIZ CORTINES. REGRESO A LA VIDA PÚBLICA

Al volver de San Luis, no pensaba yo que estuviese tan próxima, en mi destino, una dura prueba. Llegué, por avión, a la capital. Para reponerse de un resfriado, mi esposa se hallaba entonces en Cuernavaca. Le hablé por teléfono. Se sentía completamente restablecida. Le propuse ir por ella. Como si tuviese una obscura premonición de lo que iba a ocurrir más tarde, intentó disuadirme afectuosamente. ¿No bastaría que le mandase el auto?… El chofer era de confianza. Pero insistí. Dos horas después, me encontraba ya en Cuernavaca.

En vista de que había anochecido, optamos por quedarnos en el hotel. Al día siguiente, a pleno sol, recorrimos algunas calles y visitamos el Jardín Borda. Comimos. Y, después de hacer diferentes compras, tomamos la carretera de regreso a la capital.

Hacía mucho calor. Azotaba una luz de fuego. Abrimos las ventanillas. Mientras charlábamos acerca de lo que había yo visto, hecho y oído en San Luis, fue trepando el auto las cuestas que circundan a Cuernavaca. Íbamos muy de prisa. De pronto, una ráfaga de aire frío señaló la altura en que nos hallábamos: la de Tres Cumbres. Cerramos las ventanillas.

Pero no habríamos avanzado cinco kilómetros más, cuando sentí, en el ojo derecho, un temblor extraño. Podía ser una brizna de paja, o un grano de polvo que me estaba irritando la conjuntiva. No valía la pena detenerse en aquel lugar… Sin embargo, la molestia no desapareció. Súbitamente, una gota de sombra espesa nubló un sector de lo que veía. Me cubrí con la mano el ojo derecho. En lo

que miré con el otro, no había ninguna sombra. Nada advertí confuso, deforme o desdibujado…

Casi ya con la noche, llegamos a México. Nos dirigimos a una farmacia. Compré un colirio. Las gotas con que creí remediar el mal no lo atenuaron en modo alguno.

A la mañana siguiente, consulté a un oftalmólogo. Me indicó que estaba yo sufriendo la consecuencia de una hemorragia, producida quizá por el cambio brusco de clima al que me expuse durante el viaje. Me prescribió un medicamento distinto. Y me recomendó varios días en absoluta inmovilidad.

Seguí sus indicaciones… Poco a poco, empecé a recuperar la visión. No sentía ya la menor molestia. Pero continuaba inquietándome lo ocurrido. Visité a varios especialistas. El más rigoroso me examinó con mayor cuidado que los demás. Terminado el examen, me comunicó su diagnóstico. En efecto, el derrame se había ya reabsorbido. Podía verse sin

dificultad el fondo del ojo. Por eso mismo, podía verse también allí una pequeña desgarradura de la retina. Sería indispensable operar. Ahora bien, operaciones de índole semejante no eran, en esos años, de pronóstico muy seguro.

Volví a mi casa desconcertado. Y, tras de inquirir la opinión de otros médicos, me resigné a la operación —que resultó, en sí misma, bastante rápida.

El cirujano me inyectó un anestésico para adormecer la región en que tendría que proceder.

Pero me hallaba en pleno conocimiento, y sentí muy bien cómo me movía con suavidad el globo del ojo. En varios puntos, me aplicó el electrodo de un aparato de diatermocoagulación.

Con ese cauterio quería fijar, si era aún posible, la retina en peligro de desprenderse por efecto de la desgarradura. Vi estrellas de luz

intensa, rápidas, fulgurantes. ¿Dónde había yo contemplado un espectáculo parecido?… Recordé el amanecer del 10 de mayo de 1940, en Bruselas, cuando tuve oportunidad de admirar, sobre un cielo pálido y transparente, digno de Memling, el estallido de los cohetes con que los bombarderos de la *Luftwaffe* alumbraban sus objetivos. Me asombró evocar con tal precisión una escena así en las circunstancias en que me hallaba.

Había concluido la operación. Me vendaron los dos ojos. Y me transportaron al cuarto que mi mujer había reservado en el hospital. Allí comenzó el martirio. Durante días, deberían estar pendientes las enfermeras de que mi nuca, incrustada entre dos cojines, no cambiase de posición. Merced a un tubo, absorbía los líquidos que me daban como alimento. Por las noches, cuando —a fuerza de múltiples cucharadas de un somnífero untuoso y dulce—

principiaba a vencerme el sueño, una mano invisible se apoyaba sobre mis sienes, para evitar que —sin darme cuenta— moviera la cabeza hacia la derecha o hacia la izquierda.

Dos obsesiones me acongojaban. La de aquella inmovilidad material, dentro de un presidio siempre nocturno, y la de no volver a mirar la luz. Las palabras “oftalmía simpática”, que había escuchado en múltiples ocasiones, adquirieron de pronto en mi mente la fuerza de un maléfico vaticinio. No me atrevía a expresar en voz alta mis inquietudes. Alarmarían a mi mujer. Y las respuestas que médicos y enfermeras diesen a mis preguntas estarían dictadas, más que por la verdad, por el deber profesional de tranquilizarme.

Al tercer día, el cirujano me desprendió la venda del ojo enfermo. Vi solamente una luz borrosa, unas líneas negras, un rojo vaho… Me vendaron de nuevo, rápidamente. Mi cuerpo entero —y no sólo mi rostro— debió parecer entonces un clamor de interrogación. Como si lo hubiese escuchado, el médico me manifestó que, a su juicio, todo marchaba bastante bien. Pero su voz delataba una mezcla de fingida alegría y de sordas preocupaciones.

Se me autorizó a recibir a algunos amigos. No podía verlos. Sin embargo, descubría también en sus voces el temblor de un piadoso engaño. Todas las palabras que pronunciaban eran, naturalmente, de estímulo. Por desgracia, el tono con que las pronunciaban no logró persuadirme nunca. La operación había fracasado.

Era inútil continuar en el hospital. Volvimos a nuestra casa. Iba yo vendado. Subí a ciegas los peldaños de la escalera. Mi mujer hacía lo imposible por darme aliento. Pero había, por momentos, lágrimas en su risa. En la sombra absoluta, la soledad de mi cuarto me infundió horror.

La enfermera que me asignaron tenía, en el fondo, poco que hacer. Para ocupar su ocio —y, tal vez, para distraerme— me leía en voz alta, por las mañanas, las noticias de los periódicos.

Comentaba entonces la prensa la devaluación de nuestra moneda. Reproducía declaraciones del secretario de Hacienda, Antonio Carrillo Flores, y juicios de economistas, de comerciantes y de banqueros. Otro asunto, que interesaba en aquellas semanas a los diarios, era la política enfática y alarmante del señor Foster Dulles.

¡Pero yo me sentía tan lejos de todos esos problemas! A las noticias del pasado inmediato, hubiese preferido —con mucho— las del remoto. Y no me atrevía a que me leyeran así a mis clásicos… Juzgaba inadmisible la intervención de un intérprete a sueldo en mis diálogos con Cervantes, con Garcilaso, con Lope o con San Juan de la Cruz. En cuanto a Pascal, o a Racine, la señorita ignoraba el idioma de esos autores. Cuando se iba (y se iba relativamente temprano), le pedía yo a mi mujer que pusiese en nuestro fonógrafo los discos que pudieran darme esperanza, tal vez consejo. Oí entonces, como no los había escuchado nunca, a Beethoven, a Mozart y a Bach.

De Beethoven, suprimí necesariamente las sinfonías. Salvo en algunos “andantes”, resultaban demasiado ruidosas para el recinto en que me encontraba. Deploré mucho tal supresión, pues entre ellas figura el “allegreto” de la séptima, que es una de las obras

musicales que más admiro. Opté por los cuartetos de cuerda, con trozos tan resignados como el “adagio” del Opus 132. Fluía de aquellos trozos una filosofía intrépida ante el desastre y un sublime desdén para lo fatal.

Mozart, en cambio, me ofrecía un abril perpetuo. Evocaba mi juventud, el deslizamiento de las horas dichosas de la existencia, el júbilo de vivir por la vida misma, el sortilegio de la ilusión. Pero fue en las realizaciones de Juan Sebastián Bach donde hallé la enseñanza más despojada de subterfugios. Varias veces quise escuchar el disco en que un gran violinista y un excelente conjunto de cámara habían grabado el “adagio” del concierto en mi mayor. ¡Cuánta nobleza en la austeridad! ¡Qué infinita piedad para los mortales! ¡Cómo resbalaban entonces, hacia la nada, mis inquietudes, mis ansias y mis desvelos!

Al final de una de esas audiciones, me sentí solo. Mi mujer había subido probablemente a su habitación. Aproveché aquel instante para arrancarme la venda del ojo enfermo. Mantuve cerrado el otro. No pude ver sino tres parpadeantes puntos de luz: los de las lámparas del vestíbulo. Abrí el ojo sano, y sentí un vértigo indescriptible. Había perdido la capacidad de percibir con exactitud las distancias y los volúmenes. Las cosas se me ofrecían sin

perspectiva, en un plano inmediato, compacto, que carecía de toda profundidad.

Repetí, en otras ocasiones, el mismo intento. Ya ni las luces más parpadeantes llegaban hasta el ojo operado. En cambio, con el otro, empecé a precisar los objetos. Aprendí a distinguir nuevamente la sucesión de las formas, a apreciar las distancias, a reconocer la proporción de las perspectivas. No todo, por consiguiente, estaba perdido.

No, no todo estaba perdido. La reclusión en la sombra me había enseñado a apreciar la inmensidad del silencio en que vive el hombre, solo entre los afectos que lo rodean, solo ante los peligros que lo amenazan, solo frente al enigma de una existencia que lo

conduce al sepulcro, sin saber para qué, ni por qué razón… Entre dos esfinges —la del nacer y la del morir— avanza penosamente un fantasma esquivo. Se cree real porque está formado de carne y hueso. Lleva su nombre, como lleva su número el presidiario. E imagina que existe, aunque todo lo obliga constantemente a dejar de ser, puesto que sólo somos viajeros en tránsito irremediable.

Gracias a las tinieblas con que luché, pude ver lo que había sido mi actividad a la luz del día. Insistencia, avidez, anhelo, servicio inútil, vana tenacidad. Recordé muchos de mis esfuerzos. ¿Qué adversario los había llevado a cabo, aparentemente conmigo, pero en realidad contra mí?… Libros, discursos, actos, títulos, viajes, me parecieron sólo eslabones de una cadena que estaba atándome todavía no al ser que era —o al que supongo que soy aún— sino al personaje que nunca fui, y que los otros designan con mi apellido. Aprendí a no confundir la esperanza con la ilusión, a no tomar por orgullo lo que es jactancia, ni por modestia la certidumbre de no acertar, ni por constancia lo que es tan sólo inercia del pensamiento, ineptitud de cambiar de ruta, incapacidad moral de renovación.

Sólo en las altas noches, cuando no hay nubes, brillan para nosotros, con su fuego más vivo, ciertas estrellas. Y sólo en las grandes penas, comprendemos ciertas verdades: el infinito que ignoramos, el infinito que nos ignora, la pobreza de nuestra angustia entre tantas como son las que martirizan a todos nuestros hermanos.

Bach y Beethoven tenían razón. Solamente redime la caridad. De la prueba que me habían impuesto las circunstancias, tendría yo que salir más genuino y más comprensivo. Tuve piedad de mí, pero no de mi propio ser, sino de todo lo miserable que aflige al hombre mientras existe. Había podido tocar a la humanidad en mi desventura. Mi piedad abarcaba, por consiguiente, a toda la humanidad.

En el fondo, ¿qué importancia podían tener esos meses de horror frente a la amenaza de la ceguera, junto al tormento de tantos otros, mucho más dignos de compasión? Vinieron a mi memoria algunos

personajes de Dostoievski: Mischkin, Aliocha… Pensé en los mexicanos y en los extranjeros ilustres que había tratado en el curso de mis andanzas. Por ejemplo, la desaparición de su esposa —y de su hijo mayor— no amenguaron jamás la perseverancia y la fe poética de Enrique González Martínez. ¿Y no había declarado José Vasconcelos, tras de los muchos conflictos que tuvo consigo mismo, que “la vida entera es una prolongada soledad

profunda”…?

Unamuno, al que conocí en París, aceptaba su exilio con terquedad de español y estoicismo de griego clásico. Una noche, lo invité a cenar. De los manjares que proponía el restaurante, no eligió sino aquellos que se hubiese gozado en probar un pastor en el ostracismo: aceitunas, ajo, queso de cabra y una copa de vino rojo. Pero, a cambio de aquella hosca frugalidad,

¡cuánto entusiasmo demostraba en la charla, al hablar de España y de la responsabilidad de la inteligencia! Llevaba el mal de su patria en el corazón. Sin embargo, soberbio y probo, no se dejaba nunca vencer por la realidad.

¿Y Nehru, a quien visité en su despacho de Nueva Delhi? ¿No había yo advertido que le pesaba todo el dolor de la India, y que la sonrisa —que brotaba, de pronto, en su rostro grave

— era tan sólo un ardid biológico, una tregua en su pertinacia de luchador?… Evoqué, también, a Taha Hussein, a Léon Blum y a Helen Keller. ¿Cómo comparar el entreacto sombrío que estaba yo padeciendo con la ceguera total del ministro egipcio, poeta insigne, que dictaba simultáneamente a múltiples secretarios notas, discursos, exhortaciones y manifiestos, y que —

ayudado por su mujer— iba y venía de El Cairo a Francia, o de Beirut a Florencia, tan válido como inválido, visionario invidente, que no sabía cómo eran las facciones de su interlocutor, pero descubría, desde el primer encuentro, la dimensión recóndita de su alma?

He comentado ya la forma en que inicié mi amistad con Blum. Pocos franceses hubieran sobrevivido a las amarguras que soportó. Pero, a pesar de todo, maltrecho, endeble, pálido —

y efusivo—, seguía viviendo “a la escala humana”. En cuanto a Helen Keller, el recuerdo de su entereza era para mí la mejor lección. Ciega y sordomuda, creía en el bien y se afanaba por difundirlo. Sonreía con heroísmo. La memoria de semejantes presencias no podía sino incitarme a dar vuelta a la página lamentable —y a cobrar, nuevamente, confianza en mí.

Agradecimos sus servicios a la enfermera. Como continuaban prohibiéndome la lectura, alquilé un dictáfono. Quería darme cuenta de si podría aprovechar aquel aparato para retener los poemas que tenía en mente. No pude o no supe hacerlo. Me inhibía la idea de estar pensando frente a una máquina.

Intenté buscar a una secretaria. Pero tenía la certeza de que me hubiese ocurrido lo mismo.

Y tomé la decisión de componer a solas mis poemas, tratando de conservar cada estrofa con el auxilio de la memoria. Así logré dar forma a muchas de las composiciones que recogería, más tarde, en mi libro *Fronteras.* ¡Retórica!, han afirmado algunos frente a esos versos. Pero lo que latía en aquellos versos era energía sin esperanza, perdón sin resignación.

En cuanto me convencí de que lo perdido, perdido estaba ya sin remedio, dejé de prestar atención a las recomendaciones de los oftalmólogos. Junto a la ventana, sobre un cuaderno, escribí las composiciones que había retenido ya en la memoria. Recordé los meses en que

copié, a los dieciséis años, los alejandrinos y endecasílabos de *Fervor…* Entonces, la existencia era toda un dichoso augurio. Brillaban lámparas de alegría hasta en las horas menos audaces. En cambio, para el hombre —de cincuenta y dos años de edad— que buscaba en lo que escribía una reconciliación difícil consigo

mismo, la luz resultaba un premio ya inesperado. Existir, existir tan sólo, implicaba un misterioso descubrimiento.

Ese hombre pretendía empezar otra vez en todo, ser nuevo en todo, hasta llegar a la dureza diáfana del hielo,

donde la luz es tumba de sí misma.

Durante mi enfermedad y en lo que no sé si llamar mi convalecencia, tuvieron a verme muchos amigos. Recuerdo entre ellos a María y Alfonso Caso; a Carito y Raoul Fournier; a Ignacio Chávez, que en ocasiones llevaba también a su esposa; a Alfonso Reyes, al licenciado Alemán, a quien acompañó una mañana Rogerio de la Selva, al general Ávila Camacho, a Luis Enrique Erro, a Salvador Novo, a José Gorostiza y a varios más. A todos ellos les quedaré siempre reconocido por el interés que me demostraron. Gorostiza quiso ayudarme en la búsqueda de unos grandes anteojos negros, de aviador, que había visto en la cara de Jean Sirol y que me parecieron adecuados no solamente para atenuar el exceso de luz que me importunaba, sino para disimular un poco la decadencia ostensible del ojo inútil.

Alfonso Reyes se había adiestrado en el arte de pasar de una enfermedad a otra (o de una crisis a otra, dentro de la misma crónica enfermedad), a través de la conclusión de un hermoso libro o bajo el arco triunfal de una serie gloriosa de conferencias. Iba al hospital, como se va a una antesala clínica del Parnaso. Respiraba incontables bolsas de oxígeno. Inquietaba a todos. ¿Quién lo substituiría, si la muerte nos privaba de su magisterio?… Pero resurgía, por fortuna, con algún nuevo ensayo sobre la figura de las sirenas, o la forma de aplacar a la diosa Ártemis. Había logrado establecer un sistema invisible de vasos comunicantes entre su biblioteca, la dirección de El Colegio de México y los laboratorios del Instituto Nacional de Cardiología. Gracias a ese sistema, que Reyes se había impuesto con la entereza de un espartano —y con la elegancia de un ateniense—, cuando no estaba grave, paseaba imaginariamente por la Acrópolis o regresaba a su casa, en taxi, del Partenón.

Fue a verme un día. Su frente, de ateneísta español del Madrid de antaño, contrastaba con el fulgor de sus ojos, ávidos y burlones. Sabiendo lo que era sufrir, no creyó oportuno compadecerme. Me habló de Homero, de Milton y de Galdós. ¿No habían conocido la desgracia de la ceguera? En el fondo, no importaba ver, sino recordar con exactitud todo lo que se vio… Así, entre bromas y veras, fue analizando indirectamente las posibles causas de mi inquietud, hasta llevarme a la conclusión de que, en justicia, de nada debía quejarme.

Alfonso dejó de referirse a mi enfermedad, para aludir a ciertos fragmentos de *Tiempo de*

arena, que había leído. Tuve la impresión de que, para él, la literatura seguía constituyendo la última realidad. Los infartos y los desprendimientos de la retina son aventuras buenas para contarse, después de una cita inteligentemente explicada o del hallazgo de un epígrafe venturoso.

Recibí, también, la visita de Vasconcelos. Llegó una noche, cuando me disponía ya a descansar. Lo conduje al pequeño salón que me servía de biblioteca. Nos sentamos en la penumbra. Y nos sentimos de pronto, dentro de un ambiente de intimidad como el que había existido a nuestro alrededor treinta años antes, cuando trabajábamos en la secretaría de Educación y nos reuníamos en su casa, algunas noches, a tratar de inventar un mundo en que la cultura alcanzase verdadera eficacia moral. Esa eficacia, él había creído encontrarla en el catolicismo de sus abuelos.

No se esforzó, tampoco, por consolarme. Estoico y duro consigo mismo, solía ser fácil e incluso débil con los demás. Sabía injuriar, pero no vengarse. Le irritaban las injusticias, y llegaba a menudo a incurrir en ellas, nunca por mezquindad, sino por violencia: por esa violencia imprevista que enciende en llamas el ánimo de los buenos. Ante mi tristeza, reaccionó según tenía que hacerlo hombre de su carácter y de su capacidad profética de emoción. —“Verá usted menos lo exterior —me dijo sin amargura—, pero podrá ver usted un poco más en sí mismo. No desaproveche la lección que le ha dado

la desventura. Había obtenido usted demasiados éxitos. Ahora, que ha tropezado, mida sus fuerzas. Alguna vez agradecerá a la existencia la prueba que está pasando, transitoria en el fondo como todo lo que da Dios, salvo —por supuesto— la fe."

Pensé en sus destierros, en sus largos períodos de cólera concentrada, en sus amores y odios tan vehementes —y, sobre todo, en la soledad que había inspirado algunas de sus páginas más brillantes. Tenía derecho de hablarme así. Nos abrazamos. Y no volvimos nunca a conversar como aquella noche.

Salvador Novo me dedicó una tarde entera. Al hablar de él, se elogiaban siempre su inteligencia, su malicia, su inagotable gracia verbal. Todo ello era cierto, innegablemente. Sin embargo, lo que aprecio más en su obra es la escondida ternura que la malicia y la gracia verbal no lograron nunca disminuir. Al oírle, comprendí que todas las cristalinas aristas con que adornaba su estilo resultaban tan sólo escudo de una sensibilidad en constante riesgo de traicionarse.

Por eso evitó sin duda, cualquier referencia a mi enfermedad. Eran preferibles, para ambos, temas diversos. Hablamos de nuestros ensayos de juventud; de la Escuela Nacional Preparatoria, en la que nos conocimos; de Xavier Villaurrutia, por quien sentimos sólida estimación —y del Torreón de su infancia, donde ahora figura su nombre en una casa que fue residencia suya, y desde la cual me envió hace medio siglo, en un viaje breve, una carta en cuyas líneas parecía cada adjetivo un epíteto irremplazable y cada descripción revivía una escena típica y singular.

La charla con Luis Enrique Erro fue muy distinta. Su sordera había ido creciendo y ahondándose con los años. Se sentía deprimido. Se creía desplazado por los más jóvenes. Él, tan deslumbrante en la mocedad, advertía que todo fuego acaba por extinguirse. Había vivido

—durante un largo lapso— con las estrellas, encerrado en el Observatorio de Tonantzintla. Si alguien podía citar a Pascal era

Luis Enrique. Aunque, desde la cárcel de su sordera, tendría que representarse, quién sabe cómo, ese otro silencio —el de “los espacios infinitos”— que espantaba al solitario del Port-Royal.

Elogié una novela suya: *Los pies descalzos.* La había leído antes de estar enfermo, y tenía presentes muchos de sus capítulos. Le dije que había pensado en ese trabajo suyo al describir

—en *Tiempo de arena*— mis experiencias de niño sentimental en la Cuautla de los últimos días del gobierno de don Porfirio. Sonrió, sin asomo de vanidad. “Envejecemos”, reconoció,

“y nos damos cuenta de que vivimos, por lo muy poco que nos permiten vivir los otros.”

Luego, para no aumentar la tristeza que a ambos nos embargaba, me preguntó: —“¿Qué es lo que está usted haciendo? —“Versos”, le contesté. Antes de que partiese, aludí a la posibilidad de encontrarnos pronto. —“No lo creo, Jaime” fue su respuesta. Y, por cierto, no volvimos a vernos nunca… Sin embargo, meses más tarde, al enviarle un ejemplar de *Fronteras,* me escribió todavía una extensa carta. Me indicaba en ella, entre otras cosas, el número de veces que había leído, en las poesías del volumen, el término “luz”. Nada, como la reiteración anhelante de esa palabra, revelaba la sombra en la que viví.

Don Manuel Ávila Camacho se presentó una mañana, incompletamente repuesto del infarto que había sufrido, mientras me atormentaba la claustrofobia en el hospital. Se mantuvo, a partir de ese día, en estrecho contacto conmigo. Llegaba temprano. Salíamos al jardín. Me hablaba allí, con delectación, de la tranquilidad de la vida campestre en su rancho de Martínez de la Torre. Había olvidado las ambiciones y los azares del gobernante, pero no los deberes del ciudadano. Sin embargo, después de una observación acerca de la situación europea, o de la política de los Estados Unidos, volvía a sus preocupaciones personales, más bien agrestes.

—“Reemplace usted esos eucaliptos”, me aconsejó. “Es mejor que le traigan dos o tres fresnos.” Y me obsequió con unos picacantos que hoy todavía decoran las bardas a cuya sombra los plantaron los jardineros. Cada vez que los veo, pienso en el amigo ejemplar que me los mandó.

El presidente Ruiz Cortines había estado al tanto de mi salud. Varias veces fue al hospital

—en su nombre— su secretario privado, Salvador Olmos. Sin anunciarse, don Adolfo llegó a mi casa, el día menos pensado. El mozo corrió a avisarme: —“Está en la puerta el señor presidente de la República.” Don Adolfo entró solo, sin ayudantes. Y principió la conversación. ¿Qué había ocurrido? ¿Cómo me sentía? ¿Qué auguraban los médicos?… Se sentó en el sofá de mi biblioteca. Vio los estantes llenos de libros y sonrió al detener un momento los ojos sobre la mesa en que estaba, obviamente ociosa, mi máquina de escribir.

Con la cordialidad más inesperada, me declaró: —“No puede usted continuar así, dentro de

este encierro. Moralmente, va a hacerle daño.” Luego, me preguntó: —“¿Quisiera usted ir al extranjero? Escoja, en Europa, la embajada que le interese.”

Dudé un instante. Recordé el consejo de Vasconcelos: —“Vea usted en sí mismo; no quiera ya ver al exterior…” Pero había dedicado bastante tiempo a tratar de ver en mí mismo. Y no dejaba de seducirme la idea de escapar a ese diálogo con mi doble. Don Adolfo tenía razón.

Le manifesté, con franqueza, que la única embajada que me hubiese agradado aceptar era la de París. Vivían allí muchos amigos míos. Podría, acaso, no ser inútil mi gestión para las buenas relaciones de nuestros pueblos. Después de reflexionarlo, don Adolfo me contestó: —“Está bien. Irá usted a Francia. Hablaré con Padilla Nervo.”

Le agradecí generosidad tan resuelta y tan oportuna. Todo él estaba presente en aquella acción: adusto, a menudo irónico, en apariencia distante, pero noble, afectuoso y profundamente humano. —“No me agradezca nada” me repitió, a la hora de despedirse.

“Somos amigos.”

Llamé, entonces, a mi mujer. En presencia del presidente, le anuncié lo que acababa de decidirse. Iríamos a Francia. Le regocijó la designación. Por lo visto, estaba yo condenado al trabajo oficial. Hasta por la puerta de la desgracia, saldría de nuevo a la vida pública.

VI. OTRA VEZ EN PARÍS. EL PRESIDENTE COTY Y EL GOBIERNO MENDÈS-FRANCE. SILUETAS DE VARIOS EMBAJADORES. REORGANIZACIÓN DE LA EMBAJADA DE MÉXICO. PUBLICACIÓN DE *NOUVELLES DU MEXIQUE*

Antes de que nuestra Cancillería pudiera solicitar el beneplácito del gobierno francés respecto a mi nombramiento, transcurrirían varias semanas. Aproveché aquella pausa para ir a Washington. Deseaba consultar a un oftalmólogo que me había sido recomendado, pues no quería yo asumir un nuevo cargo diplomático sin estar convencido de que mi capacidad de visión, aunque limitada, no sufriría mayores menguas. El especialista me dio confianza. El viaje, que hicimos en avión, distrajo un poco a mi esposa y me afirmó en el anhelo de reanudar mis trabajos interrumpidos.

De no parecer ciudad tan grave y tan burocrática, Washington resultaría muy atractiva.

Nuestro embajador era, entonces, Manuel Tello. Tanto él como su señora nos alojaron en un departamento de la embajada y nos dispensaron múltiples atenciones.

Al volver a México, visité al presidente Ruiz Cortines. Quería informarle acerca de mi viaje y rogarle me permitiese no salir rumbo a Francia sino en octubre. En efecto, debía cumplir mis tareas como miembro de El Colegio Nacional y dar —aunque fuese en julio— las conferencias que había proyectado leer a principios del mes de mayo. Don Adolfo comprendió mis razones y me indicó que trataría el asunto con Padilla Nervo.

Terminé mi curso el 30 de julio. Dediqué agosto y septiembre a documentarme, en la Secretaría de Relaciones, acerca de las labores encomendadas a la embajada. Revisé los informes del señor Jiménez O'Farrill, alquilé nuestra casa de Güemes y vigilé el empaque de cuantos objetos, libros y cuadros pudiesen disimular, hasta cierto punto, la aridez del edificio que servía de residencia, en París, al embajador de México. Hablé con Francisco González Guerrero acerca de la publicación de *Tres inventores de realidad* en la Imprenta Universitaria, y concerté con Orfila Reynal la edición de *Fronteras* y *Tiempo de arena* en el Fondo de Cultura Económica. El 4 de octubre, fui a despedirme de los miembros de El Colegio Nacional. Les pedí que, durante el lapso en que mis funciones me retuviesen en Francia, me relevaran de mis obligaciones docentes y aceptasen que renunciara a mis honorarios.

El doctor Chávez tenía proyectado, también, un viaje a París. Nos pusimos de acuerdo para encontrarnos en Nueva York y embarcar a bordo del *Liberté.* Nos acompañarían el Abate de Mendoza y su esposa Conchita. En efecto, había yo conseguido que se designase al Abate

primer secretario de la embajada, mientras podía ascendérsele a consejero, rango al que tenía derecho, de conformidad con el sistema de equivalencias que la Ley del Servicio Exterior permitía establecer entre los funcionarios de la Cancillería y el personal diplomático mexicano.

En el *Liberté,* coincidió con nosotros un escritor francés: Pierre Brisson. Su mujer había sido una actriz famosa. En la cena ofrecida por el capitán del barco, estuve sentado a la izquierda de aquella

dama. Y no dejó de sorprenderme que, al enterarse de que iba yo a París como embajador, la esposa del director de *Le Figaro* me preguntara, con la mayor inocencia, si existía ya una “embajada de México” en Francia…

El presidente René Coty me recibió en el Elíseo el 27 de octubre. Se había abolido, en aquellos años, la costumbre de leer discursos durante las presentaciones de credenciales. Dije unas palabras de sincera amistad para Francia. Por su cordialidad extraordinaria, la respuesta del presidente me conmovió.

Con apellido de perfumista y mentalidad de jurisconsulto el señor Coty representaba admirablemente —sin saberlo él, tal vez— a la Francia herida, histórica, formalista, retórica y honorable, pero nostálgica, que lo había elegido el 23 de diciembre de 1953. Era alto, sonriente, solemne, acogedor hasta donde lo toleraba su investidura, bondadoso hasta donde sus colaboradores lo permitían, y sencillo hasta donde lo consentían su sentido protocolario y su respeto para las fórmulas oficiales.

Se daba cuenta de los peligros que amenazaban a Francia por todos lados. Desde luego, peligros del exterior, puesto que el equilibrio de los partidos (que se disputaban el porvenir del país desde la Asamblea) dependía, en parte no desdeñable, del acuerdo o del desacuerdo de los dos monstruos que todo pueblo encontraba entonces en su camino: el imperialismo soviético y el de Washington. Peligros del exterior, tanto más temibles cuanto que Francia deseaba también mantener un precario imperio: el de sus colonias, revestidas con el nombre de Unión Francesa.

Presidía el Consejo de Ministros Pierre Mendès-France. Había tenido yo ocasión de tratarle, con relativa frecuencia, en el ambiente de las Naciones Unidas. Me ayudó mucho, cuando fui director de la UNESCO, durante ciertos debates del Consejo Económico y Social, envenenados a veces por la pasión de la URSS y de sus satélites. Apreciando, como apreciaba, sus aptitudes de economista y su amplia visión internacional, no me sorprendió que hubiese ofrecido a los tunecinos su autonomía interior, durante el viaje que hizo a

Cartago en julio de 1954. Indochina había escapado a la autoridad metropolitana desde el día —siete de mayo del mismo año— en que el ejército francés sufrió la derrota de Dien-Bien-Phu. Once semanas después, en la noche del 20 al 21 de julio, Mendès-France hubo que aceptar los

convenios de la conferencia internacional de Ginebra, conforme a los cuales Viet Nam quedaría escindido en dos zonas. Pero ¿qué haría en los casos de Argelia y Marruecos?…

He hablado, asimismo, de los peligros procedentes del interior. La multiplicidad de partidos dividía a Francia en tantas fracciones que gobernarla resultaba un problema arduo.

Las soluciones provisionales —a menudo contradictorias— mermaban al mismo tiempo el prestigio de la República, su capacidad económica y su desenvolvimiento social.

En la patria clásica del ahorro, los capitales huían, o se ocultaban. Florecía el turismo, pero de manera casi inquietante. En los teatros, en los restaurantes de lujo, en las tiendas de moda, el anónimo portador de *traveler's checks* desplazaba al francés modesto, cauto y estoico. Las consecuencias se hacían visibles. Donde prospera el viajero rico, pero ignorante, desciende la calidad. Los espectáculos, las comidas y los vestidos costosos para las damas no tenían relación con los espectáculos, las comidas y los vestidos que Francia ofrecía al mundo antes de la guerra.

En un plano muy diferente, el de la literatura, ¿quiénes habían substituido a Valéry, a Claudel, a Gide, a Martin du Gard, a Bernanos, a Saint-Exupéry, a Éluard, a Jean Giraudoux y hasta a Paul Morand —ese Giraudoux de los pobres, según decían algunos críticos?…

Continuaban su obra Cocteau, Duhamel, Mauriac, Maurois, Montherlant, Romains. Sobresalían Sartre y Camus. Aragon cantaba a Elsa Troilet. Breton sostenía el fuego surrealista. Pero una era estaba muriendo ante nuestros ojos. El mismo Malraux,

abandonando la novela, se dedicaba a pasear por inmensos museos imaginarios. Entre los libros más importantes de aquel periodo figuraban los que escribía, desde Colombey-les-Deux-Eglises, un general impasible, grande en la acción y más grande aún en la persistencia: Charles de Gaulle.

En la calle, *snack-bars* y *drug-stores,* con métodos que incluían las hipótesis del *self-service,* iniciaban ya una ofensiva eficaz contra los *bistrots.* Cundía la *coca-cola.* Y, tras de las vacas gordas del llamado Plan Marshall, otras seguían llegando. Importado de los Estados Unidos, el ganado de la "libre empresa internacional" crecería rápidamente a costa del pueblo que no tenía —entonces— escrúpulo en recibirlo. En el Bois de Boulogne, donde la UNESCO

no había podido erigir su palacio de solidaridad y de paz, levantaba la OTAN el suyo, de control militar sobre un vasto sector de Europa.

Rusia no ocultaba tampoco su vigilante presencia en la "ciudad luz". No aludo, por supuesto, al caviar y a los *blimis* que saboreaban los extranjeros en los hoteles más

"exclusivos", ni a la música eslava que oían frecuentemente en los teatros y en los cafés. Me refiero a la acción del comunismo internacional, que el adjetivo "francés" edulcoraba sólo para los cándidos. Hombres del talento y de la energía de Maurice Thorez y de Jacques Duclos sabían perfectamente lo que podía Moscú. Es cierto; la muerte de Stalin, en 1953, había alterado muchas consignas, y el desarrollo económico posterior a la guerra hacía difícil la obtención de nuevos adeptos. Pero no faltaban al partido comunista francés motivos de descontento y oportunidades de intervención más o menos válidas. Malenkov no era Stalin,

seguramente. Y las órdenes moscovitas no llegaban siempre en el momento propicio, o delataban inexperiencia e indecisión. Desde el punto de vista de lo que resolvería Moscú, el gobierno francés podía sentirse un poco más libre que sus predecesores. Mendès-France actuaba en consecuencia, más inquieto de lo que dijeran de él los nacionalistas a ultranza que los núcleos de extrema izquierda. Las

balalaikas, en esos años, resultaban —al menos, por lo que a Francia concierne— menos sonoras que el saxofón…

Hombre de mente lógica, y de formación cartesiana, Mendès-France procuraba lograr, a la vez, el robustecimiento de la Europa occidental y el de la Unión Francesa. Pocos días después de que me hice cargo de la embajada, pronunció una alocución difundida ampliamente por radio. Me percaté, al oírla, de la distancia existente entre cuanto declaraba el ministro y cuanto pensaba el hombre. Su administración debería hacer algo concreto —y hacerlo pronto

— en favor de los territorios de ultramar. Su intención, al respecto, era sin duda benévola; pero las expresiones usadas para exponerla trataban de apaciguar a las clases conservadoras, que no querían ni imaginar una abdicación del dominio francés sobre sus posesiones tradicionales.

Los acontecimientos iban a sucederse con mayor rapidez de la que podían prever las autoridades. El 1º de noviembre, los diarios parisienses daban noticia de una serie de atentados contra puestos de policía en diversos sitios de Argelia. Esos atentados coincidieron con ataques de los “fellaghas” tunecinos y con varias agresiones perpetradas en Casablanca.

Por lo que atañe al equilibrio inestable de los partidos, la situación de Mendès-France representaba un éxito paradójico. Hombre insertado en lo que podía entonces considerarse el

“centro” de la Asamblea, pero de inspiración social amplia y democrática, el presidente del Consejo había tenido que gobernar apoyándose en ese “centro”, de arenas móviles, y tolerando —muchas veces— las amarguras de la extrema derecha.

Para liberarse un poco de esos apoyos, buscó la adhesión de los socialistas. Según se afirmaba, les había ofrecido seis carteras en una posible reorganización de su gabinete. El consejo nacional del partido socialista francés, reunido durante los días 10 y 11 de noviembre, optó por participar en el gobierno, pero *condicionando* su

eventual participación. Ahora bien, condicionarla equivalía en la práctica a rehusarla, pues Mendès-France no ganaría absolutamente nada con hipotecar el futuro de su gobierno, entregándolo a la hegemonía de un grupo que —entre otras cosas— reclamaba una revisión del presupuesto a fin de aumentar los créditos de inversión, la rápida conclusión de un acuerdo con Túnez y la reforma municipal de los territorios franceses en África. ¿Qué ocurriría en 1955?…

Dediqué buena parte del mes de noviembre a visitar a mis nuevos colegas. Principié por el nuncio, ya que —de conformidad con el protocolo francés— era el decano del cuerpo

diplomático. Monseñor Marella me recibió amablemente, en el mismo salón en el cual, años antes, nos había ofrecido su ilustre predecesor, monseñor Roncalli, el "aperitivo de los arzobispos franceses". Nadie más distinto del futuro papa Juan XXIII que el delgado y agudo representante de Pío XII. Había vivido en Oriente. Estaba muy al tanto de las cosas de México, y se daba cuenta de que nuestra charla tendría que restringirse a un intercambio de fáciles cortesías. Pero la dirigió con sagacidad, eludiendo toda "entrada en materia", incómoda para ambos. A partir de entonces, en el Elíseo y en los salones que la sociabilidad parisiense abría a los diplomáticos, tuvo siempre para nosotros —mi esposa y yo— una alusión bondadosa, una anécdota pintoresca y, sobre todo, un *"au revoir"* simpático y oportuno.

Me impresionaron especialmente los embajadores de la Gran Bretaña, la URSS, Canadá, Turquía, los Estados Unidos, Italia y Uruguay. Sir Gladwyn Jebb era el mejor enterado de todos ellos y el de autoridad política más justamente apreciada en el Quai d'Orsay. Conocía muy bien el "clima" de las Naciones Unidas. Disfrutaba de la confianza del Foreign Office, y poseía una esposa muy elegante y un espléndido cocinero, condiciones indispensables para cualquier buen embajador. Parece que Cambon declaró cierta vez (le gustaba burlarse de algunas de sus funciones) que el éxito de su plenipotenciario se debe —en gran parte— a la habilidad de su

cocinero, en segundo término a la amenidad de su esposa y sólo en mínima proporción a la calidad de su inteligencia. 1

Representaba a la Unión Soviética el señor Vinogradov. Era un hombre robusto, plácido, sonrosado, tan curvilíneo de cuerpo como de ingenio, amigo de los perros inteligentes y de los colaboradores dóciles y eficaces. Cuando se concertó la visita (que habitualmente hace solo el embajador, pues su esposa realiza por separado la "tournée" que le corresponde), me llamó la atención que se me dijera que los señores Vinogradov nos recibirían "para tomar el té". Fui a la cita, con mi mujer. En seguida, se estableció entre nosotros una franca y burguesa cordialidad. ¡Qué diferencia entre aquel sonriente y redondo huésped y el fino y sinuoso Oumanski, a quien había tratado en México! Pero pronto me percaté de que alegría tan efusiva y familiaridad tan inesperada eran tan sólo, en su persona, formas de astucia. Prefería con mucho Vinogradov que a semejante entrevista asistieran nuestras esposas. Se habló de todo, menos de política. Al despedirnos, nos sentimos los cuatro muy satisfechos de haber cumplido con un deber oficial, sin que nada oficial surgiese entre la crema, el limón y el té.

El canadiense Désy era mi viejo amigo. Nos habíamos conocido en Bruselas, antes de que estallase la guerra. Nos encontramos en Florencia, en 1950, durante la quinta reunión de la Conferencia General de la UNESCO. Después de esa reunión, hicimos juntos un rápido viaje a Sicilia, para entregar a la Universidad de Palermo un donativo de libros procedentes del Canadá. Pequeño, ágil, lampiño, e invariablemente adornado por la presencia de su consorte, más alta que él y no menos culta, Désy recibía sin pompa, pero con lujo, en la casa que su gobierno compró a los herederos del conde de Fels.

El embajador de Turquía habitaba en un palacete que perteneció a la princesa de Lamballe.

Durante la guerra, el señor Menemencioglu ayudó a su país a mantener —hasta el 23 de febrero de 1945— una difícil neutralidad entre los aliados y las potencias del Eje. París era la recompensa de

sus esfuerzos. Disfrutaba de ella con precauciones de sabio conocedor.

Recibía poco. Iba sólo a las fiestas que le agradaban. Leía mucho, sin tratar de imponer a nadie el comentario de sus lecturas. Escogía muy bien las comedias y los conciertos que le servían como descanso y, más aún, como observatorio del público parisiense, de sus costumbres, de sus caprichos y de sus gustos. Nunca supe si era sordo en verdad, o si fingía serlo muy hábilmente para obligar a sus interlocutores a repetir ciertas frases demasiado bien revestidas con volutas de irónica hipocresía. Menemencioglu no respondía entonces de manera directa a lo que acababan de repetirle, sino a lo que habían pretendido insinuar quienes le hablaban.

El embajador de los Estados Unidos era Douglas Dillon. Hombre de negocios, banquero y economista, desempeñaba su cargo con prudencia y serenidad. Tenía para México esa simpatía gratuita (y, en ocasiones, ineficaz) que caracteriza a los norteamericanos inteligentes.

Enterados con exactitud de lo que podríamos hacer, y deseosos de ayudarnos en lo que les convendría que emprendiésemos, no expondrían sin embargo ni un miligramo de su prestigio público para ofrecernos su ayuda si las circunstancias de la política interior de su gran país no nos fueran positivamente propicias. Pero, cuando brilla “la luz verde” en la Casa Blanca y en el Senado, actúan con decisión.

Dueño de una cabeza metódica y sistemática, Dillon archivaba en ella cuantos datos le habían proporcionado sus experiencias, sus viajes y sus lecturas. Al expresar la menor opinión, por anodina que resultase, parecía extraerla automáticamente de algún expediente oculto, cual si fuera una tarjeta clasificada por quién sabe qué silenciosa computadora… Pero sabía sonreír. Sabía también preguntar, costumbre que siempre he considerado síntoma de talento. Entre los que dogmatizan y los que inquieren, opto por los segundos. Y, en el oficio de interrogar, Douglas Dillon merecía título de maestro.

En el antiguo palacio de Boisgelin, o —como otros suelen llamarlo— de La Rochefoucauld-Doudeauville (donde vivieron, pero en épocas diferentes un arzobispo de Aix y un ministro de Carlos X), residía el embajador de Italia. Allí fui a saludar al señor Quaroni, a quien conocí desde mis tiempos de la UNESCO. Él y su esposa —rusa de origen— nos invitaron a cenar con varios amigos. A la hora del café, Quaroni se convertía en un virtuoso mágico de la charla. Tocaba, sobre un piano invisible, todas las teclas imaginarias, pero apoyaba particularmente la mano en las notas altas —de la literatura y de la política. Sobre temas de Stalin, de Churchill o de Ataturk, improvisaba más variaciones que un concertista sobre melodías de Mozart, de Schubert o de Scarlatti.

Había sido secretario de embajada en Estambul, consejero en la Conferencia de Stresa, ministro en Kabul y embajador en Rusia. De cada región, de cada ciudad, de cada cancillería

ante cuyos funcionarios había defendido brillantemente los intereses de su país, conservaba un recuerdo exacto. Lo comunicaba a quienes le oían, entre sarcásticas digresiones. Sólo un nombre no figuraba en su repertorio de entonces: el de Mussolini. Era comprensible aquella reserva. En efecto, Quaroni había aceptado representar a Italia en los días en que tronaba, desde la Piazza Venezia, la voz del *Duce.*

Junto a aquellos privilegiados de la fortuna, con altos sueldos, bellos palacios, servidumbre abundante y uniformada, los embajadores latinoamericanos hacíamos incesantes esfuerzos a fin de no exhibir demasiado la exigüidad de nuestros medios de recepción. Por su pequeña estatura, y su hipotética primacía más notorio era el del Uruguay. Médico experto, don Abelardo Sáenz tenía años de precedencia sobre nosotros. Aprovechaba tal precedencia para hacerse llamar “decano del cuerpo diplomático latinoamericano”; rango que le otorgaban con deferencia los administradores de la Casa de la América Latina, situada entonces cerca de la Estrella, entre las avenidas Iéna y Marceau.

En la calidad que le atribuían, don Abelardo convocaba a reuniones, organizaba almuerzos y se permitía inclusive invitar anualmente a cenar al presidente de la República. Como los salones de su embajada eran estrechos, daba esas cenas en la Casa a la que acabo de referirme. Ejercía siempre el derecho de pronunciar el discurso que semejantes comidas hacían indispensable. Y hubo noche en que llegó a manifestar al jefe del Estado francés una adhesión colectiva, que resultaba embarazosa, por lo menos frente a problemas como el de Argelia y el de Marruecos.

No voy a insertar aquí mayor número de retratos. Por efecto del tiempo, muchos resultarían ya penumbrosos. Quise tan sólo evocar a algunos de los colegas que hallé en París, durante el otoño de 1954: aquellos que tenían perfil más característico, estilo de ser menos burocrático, y personalidad menos esfumada.

Concluidas las visitas, y restaurado el inmueble de la embajada, procedí a completar el cuadro de mis colaboradores. El Abate de Mendoza substituiría a Celestino Herrera, trasladado a Bruselas. Para que actuase en calidad de secretario, me había recomendado José Gorostiza a un joven historiador —Luis Weckmann, culto e inteligente— de quien apreciaron sus jefes la capacidad demostrada en diversos trabajos realizados en las Naciones Unidas.

Me hacían falta un consejero en economía y un consejero cultural. René Espinosa Olvera fue designado para el primero de esos dos puestos. Elegí a Ignacio Bernal para el otro. Y me felicité de haberlo escogido. Su talento y su “don de gentes” triunfaron de cuantos obstáculos encontró. Trabajaron también conmigo Miguel de Yturbide y Jaime Fernández MacGregor. El general De Zaldo sería un agregado militar cauto y eficaz. Me di cuenta de que Manuel Cabrera (que dirigía la Casa de México en la Ciudad Universitaria) desempeñaba muy bien

sus funciones. Podría depositar en él toda mi confianza.

Comencé a poner en práctica el plan que me había trazado al salir de México. No existía ningún problema político serio entre Francia y

nuestro país. Discreparíamos, sin duda, en lo concerniente al asunto de las colonias. Pero tal discrepancia era inevitable. Mi papel consistiría en informar a Relaciones Exteriores acerca de las medidas que adoptase el gobierno francés y en explicar a éste, de la manera más franca, las razones históricas y morales que nos colocaban, con plenitud de derecho, en la posición en que nos hallábamos. La falacia no conduce nunca sino al fracaso. Estoy convencido de que la honradez con que expuse a las autoridades francesas los motivos de la actitud observada por México en varios debates de las Naciones Unidas, no sólo evitó inútiles controversias. Robusteció, en el fondo, nuestro prestigio.

Intensificar las relaciones comerciales franco-mexicanas no era en aquellos días empresa fácil. René Espinosa Olvera gozaba de buena reputación en nuestra secretaría de Economía.

Gilberto Loyo le tenía aprecio. Hizo cuanto le fue posible para ayudarme en mi afán de lograr un aumento en las ventas de productos y artículos mexicanos. Pero Francia, para defender su divisa, ejercía un celoso control sobre la cuantía de muchas importaciones. Negociaba facilidades, a fin de vender perfumes, sedas, licores, vinos —y establecía, en cambio,

“cuotas” severas hasta para determinadas materias primas.

Por otra parte, nuestros exportadores carecían frecuentemente de dinamismo. Citaré un caso. La Alianza Francesa organizó una venta de artículos mexicanos: rebozos, jícaras, blusas, faldas, juguetes de cerámica o de hoja de lata, floreros, marcos y algunos objetos de platería.

No recuerdo en qué año se realizó aquella venta. Pero no he olvidado tres circunstancias: el sitio en que tuvo lugar (los almacenes del Bon Marché), el éxito conseguido, y el hecho de que el señor Edgar Faur formaba parte —o presidía— el Consejo de Ministros de Francia.

Su esposa aceptó acompañarnos, a mi mujer y a mí, durante el acto —sencillo y breve—

con que inauguramos la exposición. Fue un sábado por la tarde. Nos costó trabajo llegar hasta el Bon Marché. Centenares de personas estaban esperando, en la calle, que se abriesen las puertas del edificio. Tuve que identificarme ante un grupo de policías, y manifestar a su jefe que iba en nuestro automóvil la señora de Faure. Con la ayuda de varios agentes, logramos franquear la muralla humana que aguardaba sobre la acera. Inauguramos la venta. Y, en pocas horas, se agotaron todas las piezas de la colección adquirida en México.

Días más tarde, en un almuerzo, encontré a Edgar Faure. Se refirió a lo que su esposa le había contado. Por lo visto, el público parisiense se hallaba ávido de artículos como los que la Alianza Francesa presentó en el Bon Marché. ¿Por qué no los exportábamos? Sonreí ante su pregunta, y le contesté: —"Porque su gobierno, señor ministro, no lo autorizaría. La colección de la Alianza pudo entrar al país, con permiso especial, pues se trataba de una venta de beneficencia. Pero, comercialmente, no existe 'cuota' para los productos de nuestras artesanías." —*"Nous verrons ça",* fue su respuesta, prometedora.

Alentado por tal respuesta, acudí al Quai d'Orsay. No tardamos mucho en obtener que se fijara una "cuota" para la importación de productos mexicanos de arte popular. Comuniqué a México la noticia. Escribí al secretario de Economía, al director del Instituto Nacional Indigenista, a muchas personas más. Transcurrieron los meses. Y fueron pocos los dólares que aprovechamos como resultado de aquella "cuota". Debo agregar que el negocio, aunque de márgenes limitados, hubiera sido de rápido rendimiento. Objetos que valían quince o veinte pesos en México se habían vendido en París a precios que representaban el cuádruple de su costo.

¿Qué había ocurrido? ¿No recibieron nuestros artesanos ningún informe, ningún estímulo?

¿O sería cierta la anécdota atribuida —hace ya varios lustros— a no sé qué norteamericano?

Aludo al que compró en Cuernavaca una hermosa silla, decorada con estilizaciones de pájaros y de flores. Pagó por ella dieciocho pesos. Deseoso de completar la docena, preguntó cuánto le costarían once sillas más. —"¿Once más?" observó el vendedor. Y añadió, tras de un momento de reflexión. —"Se las haré a veinticinco pesos por silla"… Creyó el turista no haber oído bien la respuesta. —"¿Veinticinco pesos por silla?" inquirió, dudoso. —"Sí, señor, veinticinco pesos." A lo cual agregó el artista esta noble frase: "Es que voy a aburrirme mucho haciendo once veces la misma cosa…"

Me he detenido en estos detalles, por pintorescos, aunque comprendo perfectamente que no serán las sillas de Cuernavaca o los jarrones de Tlaquepaque los que equilibrarán en definitiva nuestra balanza comercial con ningún país. Pero aquella indecisión frente a las oportunidades de venta caracteriza aún, por desgracia, a algunos productores de otros artículos. Y, por lo que atañe a varias de nuestras materias primas, nos encontramos muy a menudo a merced de los grandes consorcios extranjeros.

Me empeñé, sin embargo, en que México participase en las ferias comerciales que organizaba París año tras año. Nuestro pabellón fue visitado con interés, no sólo por el presidente Coty y por sus ministros, sino por multitud de conocedores. Mas, a pesar de todo, fueron pocos los éxitos alcanzados en materia de tanta importancia. Sin consolarme, me resigné.

Tendría que consagrar mi mejor esfuerzo a la misión cultural de nuestra embajada. En México, al despedirme de mis amigos de El Colegio Nacional, les había manifestado que uno de mis propósitos era el de publicar en París una revista mexicana. Difundiríamos en sus páginas nuestra historia, nuestra literatura, nuestras obras de arte, nuestros progresos científicos, la actividad de nuestras empresas agrícolas e industriales y la amplitud de nuestras

realizaciones en materia de educación y de irrigación, seguridad social, salubridad, comunicaciones y obras públicas.

Indagué lo que costaría imprimir en Francia una revista de treinta y dos páginas, con abundantes ilustraciones. No sería mucho; pero carecía de recursos para intentarlo. Podría hacerlo, cada dos o tres meses, si me ayudaban la secretaría de Relaciones Exteriores y el

Banco de México. Tanto Padilla Nervo como Rodrigo Gómez aceptaron de muy buen grado la iniciativa. Antonio Carrillo Flores, desde la secretaría de Hacienda, me brindó su más firme apoyo. Y, en 1955, me vi en aptitud de anunciar la publicación de *Nouvelles du Mexique.*

La revista apareció finalmente en junio, cubriendo los meses de abril y mayo. De septiembre de 1955 a mayo de 1958, editamos once números más. En su mayoría, los ejemplares se distribuían en Francia; pero circulaban también en Europa, gracias a la colaboración que me proporcionaron nuestros representantes diplomáticos y consulares en Alemania, Austria, Bélgica, Checoslovaquia, Dinamarca, la Gran Bretaña, Holanda, Italia, Noruega, Polonia y Suecia. Muchos universitarios —maestros y estudiantes— se interesaron por conocer mejor la cultura de México. El presidente Ruiz Cortines me autorizó a crear una beca “Hidalgo”, a fin de recompensar, con un premio de más de quinientos mil francos (de entonces), el esfuerzo de un profesor francés que se dedicase a explorar y esclarecer algún punto importante de nuestra historia.

La aparición de *Nouvelles du Mexique* coincidió con la exposición del libro mexicano que pudimos organizar en París, bajo los auspicios de nuestras secretarías de Relaciones Exteriores y Educación Pública y de los ministerios franceses de Asuntos Extranjeros y Educación. Al acto inaugural, realizado en la Sorbona, asistieron el señor Antoine Pinay, ministro de Asuntos Extranjeros, el rector Sarrailh y Julien Cain, director de la Biblioteca Nacional de Francia. Estuvieron igualmente presentes don Abelardo Sáenz, “decano del cuerpo diplomático latinoamericano”, los embajadores

de Ecuador, del Perú y de la República Dominicana, el ministro de El Salvador, los encargados de negocios de Chile y de Costa Rica, el conde de Billy, presidente de la Casa de la América Latina, y varios intelectuales franceses, entre los cuales recuerdo a Paul Rivet.

Me alegró advertir que, bajo el signo de la Sorbona, nombres y libros franceses alternasen con libros y nombres de México. Su unión proclamaba el valor de una alianza imperecedera: la de las almas. Por desinteresada y por pura, semejante alianza será siempre la mejor garantía de amistad y de paz entre las naciones.

En efecto, muchos libros franceses se hallaban mezclados con los manuscritos y los volúmenes expuestos por la embajada. Gracias a Julien Cain, la Biblioteca Nacional de París había presentado, en una sección especial, obras de autores acerca de México: desde Thevet (1558) hasta Aubin, Brasseur de Bourbourg, Charnay y otros.

La oportunidad me pareció propicia para que mexicanos y franceses sustentaran, en la Sorbona, algunas conferencias acerca de nuestro país. Invité a Marcel Bataillon y a Stresser-Péan, así como a Ignacio Bernal y a Silvio Zavala. Bataillon disertó sobre México, “como ciudad de los libros y de la bibliografía”. Stresser-Péan se refirió a las supervivencias indígenas en el México actual. Bernal habló acerca de Tenochtitlan, capital del mundo indígena, y Zavala trazó un paralelo muy efectivo respecto al indio y al europeo en la historia de México.

Los mejores diarios y la *Revue de Paris* consagraron a nuestra exposición notas encomiásticas. Y debo confesar que me sentí conmovido al ver, junto a los libros de mis amigos mexicanos, como Enrique González Martínez, Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Carlos Pellicer, José Gorostiza y Salvador Novo, algunos autógrafos de mis amigos franceses: Georges Duhamel, André Maurois, Jules Supervielle y Paul Valéry…

Muertos o vivos, todos ellos me ayudarían en la tarea de afirmar —por el espíritu y para el espíritu— la comprensión humana de

nuestros pueblos.

Un mes antes de que inaugurásemos la exposición, México había obtenido un éxito de otra naturaleza. La película *Raíces,* presentada por Manuel Barbachano Ponce en nombre del Banco Cinematográfico, mereció el Premio de la Crítica Internacional en el festival de Cannes. Acompañaron a Barbachano en su viaje a Francia los señores Alazraki y Eduardo Ragasol.

Invitado por los organizadores, me trasladé a Cannes. La publicidad hecha a *Raíces* me pareció insuficiente y, sobre todo, tardía. Dispusimos de escasos elementos para participar en muchos de los actos que tantas otras agrupaciones nacionales atienden con fines de propaganda. Sin embargo, el jurado se dio cuenta de la importancia del trabajo realizado por nuestros productores y otorgó a *Raíces* (así como a la película española *Muerte de un ciclista*) el premio que acabo de mencionar.

Después de la presentación de *Raíces* el 8 de mayo de 1955, ofrecí una recepción en el Casino Municipal de Cannes. Asistieron más de cuatrocientas personas: las autoridades locales francesas, las del Festival y los delegados de los países con los que mantenía relaciones diplomáticas el gobierno de México. Estuvo en mi mesa, entre otros, Marcel Pagnol. Académico desde 1946, Pagnol había sido uno de los autores teatrales más celebrados en la primera posguerra. Obras suyas, como *Topaze* y *Marius,* fueron representadas durante años en Francia y en muchas capitales del mundo. El teatro lo había llevado al cinematógrafo.

Como director, se distinguió en películas de la calidad de *La Femme du Boulanger.* Fuerte, franco, de anchas espaldas, palabra densa y meridional, era Pagnol —en 1955— un sesentón ingenioso que ponía su malicia más fina en no parecer absolutamente seguro de su valor. Sus triunfos de comediógrafo le habían enseñado el arte difícil de la modestia. Hablaba de sí mismo con brevedad —y de sus mejores colegas con amplia efusión sonora.

Raíces le había gustado. Mientras comentaba lo visto por ambos en Cannes, pensaba yo en la noche en que fui a aplaudir a Lefaur en el papel de *Topaze.* Veinte años me separaban de aquel aplauso. Eran los tiempos de Copeau, de Dullin, de Jouvet, de Giraudoux y de Jules Romains… —"¡Qué bien conoce usted la vida francesa!" me dijo amablemente Pagnol. Esa sola frase me hizo sentir con qué prisa se aproxima a nosotros la hora en que, tras de conocer lo que amamos, podemos dejar de amar lo que conocemos.

VII. FRANCIA EN LA ENCRUCIJADA. LA HISTORIA CONTRA LA HISTORIA. SOUSTELLE Y LAS *CARTAS DE RELACIÓN.*

PALABRAS EN LA CIUDAD UNIVERSITARIA, EN LA CASA DE

LA AMÉRICA LATINA, EN LA SORBONA Y ANTE EL COMITÉ

OLÍMPICO INTERNACIONAL

¿Sería cierto lo que pensé en Cannes, al oír a Marcel Pagnol? ¿Llega siempre la hora de ya no amar lo que conocemos?… Al volver a París, me di cuenta de que hay ciudades, naciones, almas, obras y empresas que no dejamos nunca de amar —acaso porque no acabaremos nunca de conocerlas.

Francia había sido siempre muy generosa conmigo. La veía debatirse entre un pasado glorioso, un presente arduo y un porvenir que no sabía cómo prever. Y yo, extranjero, era tan poca cosa que no podía sino considerar sus problemas, comprender sus congojas y desear que pueblo tan esforzado y de inteligencia tan dúctil lograse vencer a tiempo los obstáculos que se erguían en su camino.

El mayor de todos esos obstáculos era, acaso, el culto que tiene el francés para la majestad de su larga historia. El político más sutil, como el burgués más espeso, guarda en su corazón un reducto oculto, donde conviven —quién sabe cómo— Juana de Arco y Vercingétorix, Bayardo y Enrique IV, Luis XIV y Napoleón I, Rolando y el mariscal Foch. Herir al francés en santuario tan respetable sería ofenderle en lo más íntimo de su fe. A fuerza de talento, y de cultura

bien dominada, muchos intelectuales sonríen de esa devoción popular por las tradiciones de su país. Pero, incluso cuando sonríen de ella, la acatan calladamente, porque la saben irrenunciable.

Cada nación lleva consigo el pasado en que se forjó. Y es natural que hasta la vendedora de coles o de lechugas, en el más humilde mercado del barrio más pobre de la ciudad, sienta

—en París— que una rama de su incomparable árbol genealógico tiembla y se agita cuando alguien alude sin reverencia a los grandes franceses que le enseñaron a considerar, desde la escuela primaria, como ancestros ineludibles: el Caballero sin Miedo y sin Tacha, el "Vert Galant", el Rey Sol, el "Petit Caporal"…

Dos de aquellas sombras ilustres —las de Luis XIV y de Napoleón— se proyectan irremediablemente sobre el alma de los franceses. Del primero —aunque juzguen al hombre con ironía—, admiran la pompa del personaje, el solemne orden de sus palacios, sus fiestas y sus jardines, y la prosodia política de un reinado en que el error más pequeño de tacto hubiese resultado tan insolente como la presencia de un solecismo en la prosa de Bossuet. Del segundo

—aunque protesten de su voluntad militar de imperio—, les enorgullecen la audacia, el rigor pasmoso de sus victorias y, sobre todo, su ambición de inventar a una Europa, modelada por Francia, en la cual enseñase Talma cómo debe interpretarse a Corneille y cómo han de modularse ciertos alejandrinos de Jean Racine.

Ahora bien, esa Francia histórica se encontraba de pronto ante la necesidad de olvidar un poco su historia; de prescindir de Rocroi, de Austerlitz y de la batalla del Marne; de echar por la borda, para seguir flotando, la corona de Carlomagno, y de crear —en el caos de la posguerra— un nuevo régimen político, en lo posible no comunista, y un nuevo *Discurso del método,* que nadie osaba aún escribir…

Es dramático presenciar la desintegración de un sistema que muchos, durante años, juzgaron inalterable. Para mí, como amigo

de Francia, resultaba muy doloroso advertir que, si la Tercera República había fenecido por sumisión de Laval frente a los éxitos hitlerianos, la que llamaban los periodistas Cuarta República —nacida entre las ruinas de la reciente contienda— tendría por fuerza que concluir o con la pulverización del país en infinidad de sectores políticos diminutos, o con la instauración de un régimen personal en torno a la figura (invisible entonces, pero no ausente) del promotor de la Francia Libre, Charles de Gaulle.

Tres cuestiones mayores interesaban a Francia en 1955: la de sus antiguas colonias en África, la aprobación de los acuerdos concertados acerca de la Unión Europea Occidental (menos peligrosa que la Comunidad Europea de Defensa, patrocinada por el MRP) y la política que debería seguirse en Oriente, después de la derrota de Dien-Bien-Phu.

La más grave de esas cuestiones era, sin duda, la colonial. Mendès-France hubiese deseado una acción flexible, de liberación progresiva dentro del régimen de la Unión Francesa. Pero el ejército, y las derechas, no aceptaban ese camino. El presidente del Consejo creyó robustecer su administración ampliando el número de sus colaboradores, cediendo al ministro Edgar Faure la cartera de Asuntos Extranjeros y designando a Soustelle como gobernador general de Argelia.

Nombrado en enero de 1955, Soustelle conversó conmigo antes de salir de París. Nos conocíamos desde hacía ya veinte años. Estimaba yo mucho su inteligencia, su sabiduría como investigador del México prehispánico, la lealtad con que defendió la causa de los franceses libres, y la probidad de su vida enérgica y laboriosa. Lo creí animado por un espíritu de confianza en la libertad. Imaginé que trataría de realizar en Argelia una política de conciliación y de sano apaciguamiento. Me sorprendió mucho, por consiguiente, que —en nuestra plática— me dijese, tal vez con sentido irónico, que releería las *Cartas de relación.*

¿Tendría, en efecto, algo que ver Hernán Cortés con los asuntos que esperaban al nuevo gobernador general de Argelia?… Vino a mi

memoria una frase del conquistador español, en la segunda de sus *Cartas:* “Morir en servicio de mi rey y por defender y amparar sus tierras y no las dejar usurpar…” ¿Sería ésa la intención —heroica— del antiguo agregado cultural de Francia en nuestro país? Los peores anacronismos suelen ser los que cometen los buenos

historiadores. Y Soustelle, gran historiador, estaba por lo visto dispuesto a vivir un patético anacronismo.

Resultaba a mis ojos tanto más rara aquella predilección por Hernán Cortés cuanto que *L’Aurore* atribuía a Soustelle un deseo de “transacción, por no decir de abandono”. Por su parte, *Le Figaro* observaba, “con sorpresa no exenta de inquietud, que nada en la carrera de ese sabio especialista de la civilización azteca hacía suponer su nombramiento”… Pese a las *Cartas de relación* (o a consecuencia de ellas), el hombre acusado de propósitos “de abandono” no tardó en hacerse valientemente el líder de la “Argelia Francesa”. Las dificultades crecieron con el tiempo. Suscitarían a la postre la caída de la Cuarta República, llevarían al poder al general De Gaulle y obligarían a éste a una serie de arduas negociaciones merced a las cuales Argelia obtuvo su independencia.

Poco tiempo después de que fue designado Soustelle, cambió el gobierno de la República.

Se discutía, en la Asamblea Nacional, la política que debería afirmarse en África del Norte, y los diputados rehusaron la confianza pedida por Mendès-France. Durante dieciocho días, se buscó una solución. Finalmente, eliminados los señores Antoine Pinay (independiente), Pierre Pflimlin (MRP) y Christian Pineau (socialista), fue investido como presidente del Consejo el señor Edgar Faure, del partido radical-socialista. Paradójico nombre, pues —según comentaban ciertos conocedores— semejante partido no era ya “radical” y no había sido nunca “socialista’’.

Variaban los apellidos de los ministros, pero no los problemas de la República. Argelia continuaría ardiendo, y Francia tendría que acumular en África lo mejor de sus fuerzas bélicas.

Los acuerdos definitivos con Túnez no avanzaban rápidamente. Sólo en 1956 la independencia tunecina sería reconocida por Francia. En cuanto a Marruecos, el sultán Muhammadi-bn-Yusuf, depuesto por las autoridades francesas en 1953 —y desterrado, primero en Córcega y luego en Madagascar— regresó en 1955. Después de las matanzas que ensangrentaron a muchas poblaciones marroquíes, se había sublevado el Rif… Francia no podía ya sino abandonar, junto con los laureles de Lyautey, las mezquitas de Marrakech, los fosfatos de Khouribga, las avenidas de Casablanca, las plazas de Rabat y los petróleos de Beht. El "protectorado" —

establecido en 1912, por el Tratado de Fez— concluyó oficialmente el 3 de marzo de 1956.

Me encontraba dedicado a observar con cuánta astucia esquivaba Edgar Faure los golpes que trataban de asestarle sus adversarios, cuando recibí instrucciones de México. Debería ir a Estambul, como representante de nuestra Universidad Nacional Autónoma. Iba a efectuarse, en Turquía, la segunda conferencia general de la Asociación Internacional de Universidades.

La noticia me halagó, y, al mismo tiempo, me contrarió. Me halagó porque implicaba un honor el hecho de que nuestra más importante casa de estudios hubiese pensado en mí, y

porque ese honor me permitiría asomarme a Constantinopla… Pero me contrarió, porque tenía muchos trabajos en curso. Por agradable que resultase, mi viaje interrumpiría varias actividades de la embajada. Me dispuse a escribir un discurso más, para la asamblea de Estambul. Y me di cuenta de que no eran pocos los que había tenido que pronunciar, en París, desde mi llegada a Francia. Hice el resumen de esos discursos.

El 20 de noviembre de 1954, me dirigí a los estudiantes residentes en la Casa de México de la Ciudad Universitaria. Me saludó el doctor Cabrera. Oímos a Amparito Guerra Margáin cantar diversas arias de sus óperas preferidas. Y expuse a nuestros jóvenes

compatriotas mi esperanza de que aprovechasen de la mejor manera posible los estudios que su condición de becarios les permitía llevar a cabo.

“Al aprender a vivir en común con jóvenes de otras latitudes y de otras razas —les dije—, cada huésped de la Ciudad Universitaria está enriqueciéndose, según decía Valéry, merced a las diferencias de los demás. Por fortuna, la universalidad no exige una pérdida de las características nacionales más valiosas. Los mexicanos congregados en esta Casa viven en las mejores relaciones con sus vecinos, y no por eso han dejado de ser mexicanos como el que más. Cantan las canciones de su país, recitan los versos de sus poetas y admiran los paisajes de Francia, sin olvidar en ningún momento los de su tierra.”

Era, quizá, demasiado cierto lo que decía. Si algo me conmovió, durante mis años en la embajada, fue el irreductible nacionalismo de los becarios residentes en la Casa de México.

En sus fiestas, junto con los vestidos típicos de las jóvenes estudiantes, triunfaban las quesadillas y los tamales, las enchiladas y los frijoles y, cuando era posible, el tequila.

Conocían muy imperfectamente la vida de París; varios no dominaban aún el idioma en que deberían presentar sus exámenes. Y todos —por sus virtudes, y también por algunos de sus defectos— parecían no haber salido de la República. Los de mayor talento visitaban galerías, laboratorios, museos y bibliotecas. Pero muchos preferían los teatros y, entre éstos, los de más franca frivolidad. El doctor Cabrera, y su esposa, María Ramona Rey, hacían lo posible por encauzar a los residentes y procuraban vigilar que la pasión de los descontentos no empañase el prestigio de aquella Casa.

El 17 de diciembre de 1954, la Asociación de la Prensa Latina me ofreció una recepción.

La orientaba un parlamentario muy talentoso: Edouard Bonnefous. Acababan de pasar por París tres mexicanos de méritos eminentes:

Ignacio Chávez, Jesús Silva Herzog y Silvio Zavala. En mi declaración a la Prensa Latina, me referí a la obra de esos autores. Y comenté cuán fácil resultaba la difusión de las glorias francesas en nuestra América y qué difícil había sido, para los pueblos latinoamericanos, abrirse paso a través de la prensa internacional y transmitir a los europeos una imagen clara de su existencia.

“Hay aquí una diferencia —manifesté— que no obedece, por cierto, a ningún prejuicio. Se trata, más bien, de un concepto especial de urgencia en la consideración de la actualidad. Un volcán que nace (pensaba yo en el Paricutín), una revolución (evocaba yo la de Guatemala),

son *actuales,* sin duda, hasta para el redactor menos atrevido. Pero la construcción de una universidad, la inauguración de un instituto técnico, la terminación de una carretera —abierta, entre rocas, a través de centenares de kilómetros de selvas o de desiertos, de abismos y de montañas— no son noticias en los periódicos europeos.”

Insistí, entonces, en que los informantes no incurriesen en tan injusto sistema para juzgar nuestra actualidad. Semejante sistema acabaría por dejar en silencio lo más importante de un pueblo, su proceso de desarrollo, su contribución cotidiana a la evolución del mundo. Se perpetuarían sus leyendas, sin conocer oportunamente su realidad.

Los periodistas me oyeron. Y continuaron destacando, por lo que atañe a la América Latina, las noticias de asaltos y de convulsiones, de descarrilamientos o de revueltas, de motines y de volcanes…

El 8 de febrero —de 1955— inauguró la Universidad de París unas “jornadas de estudio sobre el conocimiento de Francia”. Los organizadores insistieron en que fuese yo quien tratase el tema desde el punto de vista hispanoamericano. Redacté unas cuartillas, que reprodujo *Le Monde Latin.* Me limito a mencionar aquí solamente determinados párrafos.

“Francia es claridad” —empecé por decir. “Claridad de la inteligencia, que desenmascara las más diversas formas de hipocresía, lo mismo la de Trissotin que la de Tartufo, y que distribuye a las personas y a los objetos —en una tela de Le Nain, de Poussin o de Ingres—

conforme a normas que hacen de la belleza un orden de sabia demostración, casi una especie de plástico silogismo. Claridad de la voluntad, que se advierte tanto en la decisión de los grandes soldados de Francia cuanto en la persistencia de sus más célebres escritores y que —

aparente, hasta la obsesión, en algunos capítulos de Balzac— se disimula a menudo, sin por eso abdicar en ningún momento, a lo largo de los párrafos rumorosos de un Chateaubriand o de un Marcel Proust. Claridad del razonamiento, que se rehúsa a esos fáciles acomodos con la verdad a medias, a los que suelen resignarse otras culturas por abandono que no es tanto pereza del intelecto cuanto renunciación dramática del carácter. Claridad del paisaje mismo, que da la impresión de haber sido *escrito* por uno de esos poetas —Mallarme o Racine— que hacen del silencio una música necesaria y que, con un vocabulario deliberadamente restringido, captan lo inefable y dan a ‘las palabras de la tribu’ mayor persuasión y mayor hondura.”

Hubiera sido imprudente empeñarse por definir a un país que siempre ha triunfado de las más ingeniosas definiciones. A mi juicio, la función de las “jornadas” que inauguramos en la Sorbona, sería mas bien la de situar a Francia en la perspectiva internacional. No hablaba esa noche como embajador, sino como un mexicano más. Y declaré que lo que más admiraba en Francia era su lealtad a la condición humana.

El 2 de marzo, los “leones” franceses me invitaron a un gran almuerzo. Les conté lo que hacían, en México, sus colegas. Y cité a otro género de leones: los leones “muy Luis XIV” que reinan, a veces con indolencia, entre los animales descritos por La Fontaine. Sinteticé, a

grandes rasgos, los progresos de nuestra economía y de nuestra educación durante los últimos veinte años, y sentí que el auditorio se interesaba especialmente por los trabajos emprendidos en materia de irrigación y de comunicaciones. A los postres, dos ingenieros me hablaron de la posibilidad de construir un ferrocarril subterráneo en la capital de México. Examiné el asunto con otros especialistas. Traté el caso con los secretarios de Estado que fueron a Francia durante mi gestión como embajador. E, incluso, algunos oficios míos deben hallarse archivados sobre aquel tema… Pero tendrían que transcurrir más de doce años para que nuestro departamento del Distrito Federal se resolviese a horadar las entrañas capitalinas, a fin de instalar el *metro.*

El 14 de junio (cuatro días después de inaugurar la exposición del libro mexicano en la Universidad de París), la Cámara de Comercio Francia-América Latina celebró una sesión durante la cual el señor Naudin me invitó a exponer algunos comentarios sobre las relaciones comerciales entre México y Francia. La balanza comercial seguía siendo desfavorable para nosotros, cosa que no podría prolongarse indefinidamente, sin que el gobierno reflexionara en la conveniencia de tomar medidas de restricción que, en principio, no deseábamos. Urgía que los importadores franceses incrementaran las compras de muchos productos nuestros, como el algodón, el café, los granos oleaginosos, las fibras duras, la miel, la plata, el plomo y el zinc.

Les ofrecí los servicios informativos de la embajada y del consulado. Y me agradó que el señor Naudin se apresurase a manifestar que la Cámara publicaría un folleto capaz de proyectar mayor luz sobre la situación de México.

Al día siguiente, tuve que hablar ante un público muy distinto. Se encontraban en Francia el ingeniero Marte R. Gómez y el general J. de Jesús Clark Flores, miembros de la comisión encargada de presentar al Comité Olímpico Internacional, reunido en París la candidatura de la Ciudad de México para sede de los Juegos Olímpicos de 1960.

Nuestra Cancillería me había pedido que presidiese esa comisión. Junto con el Abate de Mendoza, fuimos al Círculo Interaliado. Leí allí la invitación formulada por el licenciado Uruchurtu, en su calidad de jefe del departamento del Distrito Federal. Expuse, en seguida, los argumentos que nos parecieron más dignos de persuadir al Comité. Tanto como yo, el ingeniero Gómez y el general Clark sabían perfectamente que nuestra instancia tropezaría con muchas dificultades. 1956 sería el año de Helsinki. Y 1960 abriría a los deportistas las puertas de los estadios romanos.

Italia ansiaba el honor al que México pretendía. La ayudaban razones geográficas y políticas que no nos hubiese agradado invocar. Roma estaba muy cerca de las naciones europeas, pobres entonces, pero influyentes. A los norteamericanos o a los canadienses no les importaba de manera fundamental el precio de los pasajes. En cuanto a los orientales, ¿quién pensaba en ellos en esos días? Sólo el Japón interesaba de hecho a los que fueron sus adversarios —y Tokio tendría también sus Juegos, antes que México.

Más que los argumentos geográficos —favorables a Roma—, los motivos políticos

situaban a Italia en condiciones propicias. ¿No querían las "democracias" occidentales convencer a los pueblos que habían vencido?… El recuerdo de Hitler hacía, de cualquier ciudad alemana, una sede improbable aún en 1955. Pero Mussolini se había borrado de la memoria de los aliados. Incluso Italia no le guardaba rencor. Y Roma se proponía como el escenario de los deportes en 1960.

México no había perdido la guerra. Había sido un colaborador obsecuente, cumplido y fiel. La hora latinoamericana no había sonado aún en el reloj del Comité presidido por Mr.

Brundage. Fue menester que transcurriesen los años, y que un presidente como el licenciado López Mateos organizara una intensa

campaña internacional, para que —¡por fin!— se pensara en México.

Satisfechos dos de los antiguos vencidos (Italia en 1960 y el Japón en 1964), y preparadas las cosas de modo de honrar a Alemania en 1972, México logró obtener —para 1968— lo que no conseguimos nosotros para 1960.

VIII. PARÉNTESIS UNIVERSITARIO. VISITA A ESTAMBUL. EL SERRALLO VACÍO. EYUB SIN AZIYADE. UN DÍA EN ATENAS. LA MUERTE DE DON MANUEL

El 17 de septiembre de 1955, salí con mi esposa rumbo a Turquía. Estambul iba a cumplirme algo que no me hubiese atrevido a pedir jamás: descubrir lo que los turcos no destruyeron en la que fuera Constantinopla, y adivinar lo que Constantinopla salvó de la antigua Bizancio helénica.

Griega, romana, imperial y turca, la Estambul a la que llegamos de noche, por avión, me pareció lo que cierto universitario danés me dijo de ella: “una princesa en harapos”. ¡Cuántos oros y cuánta pobreza, también! Hasta en Santa Sofía (sabiduría divina), rodeada de naranjos y pordioseros, la maravillosa cúpula del templo erigido por Justiniano protestaría, si lo pudiese, de la protección de los alminares —agudos, sólidos y simétricos— que dan idea de estar clavándola a la realidad imperiosa del islamismo.

Muchos sitios, en Estambul, huelen a harén desierto, a humo de viejas pipas fumadas por mercaderes sórdidos e ingeniosos y a polvorientos bazares llenos de alfombras, de joyas y de babuchas para odaliscas desocupadas. Nos habían recomendado un hotel en el barrio de Pera.

No existía habitación disponible en aquel lugar. Una turba encolerizada había querido incendiar parte del edificio. Quedaba sólo entonces, en Estambul, un refugio cómodo: el Hilton,

inaugurado recientemente. Tendríamos que admitir la hospitalidad norteamericana, con espléndidas regaderas y rápidos *ham and eggs.*

Durante las horas que no requerían mi presencia en la Asociación de Universidades, traté de ver cuanto no habían "desconstantinopolizado" Abdul Hamid y sus precursores, o Ataturk y sus herederos. Donde floreció con amor la cultura islámica, suelen hallarse —como sucede en la Alhambra— verdes oasis con arpegios de nítidos surtidores. Pero donde prevaleció su ímpetu belicoso, el mejor paraíso se encuentra a la sombra de las espadas. Las palabras-clave de una civilización tan ardiente y militarista como la turca fueron —antaño— "eunuco",

"jenízaro", "yatagán". Las tres representan, afortunadamente, épocas ya pretéritas. Los eunucos se esfumaron, como en *Las mil y una noches.* Los jenízaros fueron disueltos, después de una insubordinación que indignó a Mahmud Segundo. Y ¿qué valor podrían atribuir los turcos de hoy a los yataganes, cuando cuentan con ametralladoras, aviones, tanques y *jeeps*?

Desaparecidos los seres o los objetos que designaban, tales vocablos, yatagán, jenízaro y eunuco, parecían sobrevivir en la imaginación de algunos contemporáneos del presidente Bayar y del primer ministro Menderes. Desde nuestro cuarto del Hilton, oíamos —por las

noches— fuertes voces nativas, anónimas e insistentes. Esas voces nos imponían nostálgicas audiciones. Sin nombrarlos, probablemente, aquellos cantos nocturnos evocaban la tristeza biológica del eunuco, el miedo del pueblo humilde ante los jenízaros del sultán y el relámpago azul de los yataganes en un espectral galope de jinetes bajo la luna… Por las calles, los antiguos siervos de Abdul Hamid o los partidarios —más o menos recientes— de Mustafá Kemal, nos veían pasar con indiferencia.

Ataturk fue moderno, revolucionario, valiente e iconoclasta. Eliminó a los derviches, prohibió la poligamia, adoptó el alfabeto latino y

decidió que no fuese ya el islamismo religión del Estado turco. Pero Menderes construía nuevas mezquitas y, con carácter obligatorio, acababa de restaurar en las escuelas primarias la enseñanza confesional… ¡Buen momento había elegido la Asociación Internacional de Universidades para reunirse a orillas del Bósforo!

Debo reconocer, sin embargo, que las autoridades educativas nos recibieron amablemente.

Los debates de la Conferencia se efectuaron sin contratiempos. Cuando me tocó el turno de hablar, en nombre de México, fui saludado con simpatía. Me había precedido, en Estambul, el ex rector Luis Garrido, muy estimado por sus colegas. Por otra parte, no pocos de los presentes recordaban la asamblea de Niza, en la cual —como director de la UNESCO— pude contribuir, en 1950, al establecimiento de la Asociación. Además, entre los representantes europeos, figuraban varios amigos míos, como Sarrailh. Pero resultaba curioso hablar del papel liberador de las universidades en un período en que las tradiciones y el intenso afán de renovación de la juventud se contradecían constantemente —y acabarían, en el país que nos hospedaba, con el derrocamiento y la muerte del propio Menderes.

En mi discurso, evoqué a Antonio Caso. Cité una frase suya: las masas triunfan por las *élites* que engendran, pero las *élites* triunfan con las masas de donde surgen. Atento a la sed de técnicas que demostraba Turquía por todas partes, creí oportuno recordar a mis oyentes que el sabio y el humanista tienen en nuestro tiempo un inmenso programa por realizar en común: la integración del hombre a la escala del mundo actual, el señorío del espíritu sobre las fuerzas extraordinarias que ha conquistado la inteligencia.

Uno de los temas que iba a discutir la asamblea (sugerido, quizá, por algún profesor de Harvard o de Chicago), era el siguiente: la universidad, como productora de líderes… ¿Por qué no, mejor, escuela de ciudadanos? Esto, tan humilde, resultaba en el fondo más ambicioso.

El problema social es ése: ¿cómo puede la universidad, sin desentenderse de sus altas funciones específicas, contribuir a la formación activa del ciudadano? ¿Cómo puede la enseñanza superior completar y perfeccionar la educación cívica del alumno?… Hice esas preguntas a mis colegas. Y concluí reiterando que, en mi opinión, las metas más elevadas de toda buena universidad han de ser invariablemente: buscar la verdad científica, mantener el sentido humano de la cultura y defender la libertad del espíritu.

Asistían a la asamblea ciento sesenta delegados y muchos observadores. Además de

Sarrailh —que presidía la Asociación—, recuerdo al señor Saglam, del comité organizador de la Conferencia, al brasileño doctor Chagas, al belga Jean Baugniet, al señor Siassi, de Irán, y a dos hispano-americanos muy distinguidos: Juan Gómez Millas, de Chile, y el cubano doctor Massip.

Durante el acto inaugural —que se efectuó en el Palacio Shalé— conocí al ministro turco, señor Yardimci, y charlé con mi sucesor en la UNESCO, Luther H. Evans. Latinoamericanos y franceses no tardamos en obtener que se suprimiese la fórmula impertinente ("leaders in national life"). En lo sucesivo, se eliminaría el concepto de un "dirigismo" universitario y se apoyaría el acento sobre el deber de la acción social. Las universidades tratarían de preparar a hombres y a mujeres capaces de asumir la responsabilidad de la vida pública… Días más tarde, logramos que —de manera unánime — aprobasen los delegados la sugestión hecha por Gómez Millas: la Asociación Internacional de Universidades celebraría su tercera reunión en México.

Tuve tiempo para ir y venir por Constantinopla. Poco a poco, bajo los harapos de que hablaba mi amigo danés, fui descubriendo la hermosura de "la princesa". Una visita a Santa Sofía me permitió olvidar la custodia oficial de los alminares y disfrutar —sin apremio islámico— de la belleza de la basílica. Sus arquitectos fueron Antemio de Tralles e Isidoro de Mileto. Pero, en realidad, su constructor permanente es el sol. A través de los arcos sobre los

cuales descansa la cúpula gigantesca, penetra —conforme a ángulos diferentes, según la hora

— un distinto chorro de luz, que acaricia mármoles y mosaicos, lámparas y escudos. Con los materiales más perdurables esa luz inventa, a cada momento otra aérea basílica inmaterial.

Hablé de escudos. En efecto, el orgullo otomano quiso imponer, sobre los pilares que sustentan la nave, grandes rodelas donde los signos proclaman que Alá sigue siendo Alá…

Pero, sin necesidad de santos y de madonas, al estallido del sol que la reconstruye cada mañana, la iglesia entera resulta un canto a la gloria del cristianismo. Ciertamente, los turcos la conquistaron, la despojaron, e incluso la conservaron. Sin embargo, entre tantas piedras, la

“divina sabiduría” no es sólo un nombre.

Al salir de Santa Sofía, vimos el Bósforo. Un cielo asiático bendecía tierras de Europa.

Viejas barcas de vela, de nombres incomprensibles para nosotros, circulaban entre proas de trasatlánticos procedentes de Hamburgo, Londres o Nueva York. Frente a una tienda de ropa, con “artículos de París”, un mercader proponía pobres sandalias a dos ancianas de recelosa mirada obscura. Junto a una pared cubierta con carteles publicitarios de películas extranjeras, varios muchachos, en canastas de tosca urdimbre, ofrecían a los paseantes frutas y flores de olor vehemente.

Sentí admiración para el pueblo estoico que continuaba luchando, año tras año, contra la historia. Se me había dicho que —a pesar de Mustafá Kemal— el ingreso *per capita* de cada turco era mínimo todavía. Comprendí la razón de Ataturk: “Si el arado no concluye la obra de la espada, nuestra victoria habrá quedado incompleta”… ¿Tuvieron las espadas, acaso, filo

más decisivo que los arados?

Opté por seguir el itinerario que me aconsejó un empleado de la Asociación de Universidades. Admiré, en el Museo Arqueológico, la sonrisa de una cabeza arcaica. A pocos pasos, vi a una pareja de hititas, sobre una lápida esculpida setecientos años antes de Jesucristo. Me enseñaron, naturalmente, el llamado “sarcófago de Alejandro”. En las batallas que lo decoran, griegos y persas combaten como debieron luchar los aqueos y los troyanos que Homero inmortalizó en el friso épico de la *Ilíada.* Y, más lejos, me conmovió una estatua aislada: la del joven atleta, contemporáneo de Augusto, en cuyo semblante —melancólico y reflexivo— no se advierte por cierto el placer del triunfo, sino el desdén del éxito consumado.

Contemplamos la plaza donde estuvo el Hipódromo, el obelisco, la columna de Constantino, varias mezquitas… Y nos detuvimos en la antigua iglesia del monasterio de Cora, donde me sedujeron muchos bellos mosaicos. Tanto allí, como en Santa Sofía, los restauradores supieron desprender hábilmente las gruesas capas con que los iconoclastas ocultaron al pueblo, durante siglos, muchas obras maestras de la época bizantina.

Conocimos el viejo serrallo. Pocas veces me sentí, como entonces, tan lejos de comprender lo que pretendían, en su avidez de dominio, los “grandes” de la segunda mitad del siglo XIX. Porque, aunque el edificio (o, mejor dicho, los edificios) del antiguo serrallo corresponden a épocas diferentes, lo que asfixia a quien visita sus salones es la atmósfera enrarecida en la que vivieron y gobernaron los postreros jefes del sultanato.

El harén dispone de una antesala que da la impresión de haber sido amueblada, antaño, por un agente viajero del *Faubourg Saint-Antoine.* Un armario, con grandes espejos, decora el muro más importante de ese recinto. Para quien miraba desde el interior del vestíbulo, era transparente uno de aquellos espejos. A él se acercaban los sultanes, a fin de contemplar a las odaliscas, sin que ellas pudieran darse cuenta de su presencia. Escogían a la que

deseaban para la noche. Se abría la puerta del gran armario. Bañada, perfumada, peinada —y no sé si ataviada— entraba entonces la preferida.

Por ventura, no todo en el viejo serrallo habla al espectador de la voluptuosidad caprichosa de los sultanes. Desde la parte alta, pueden admirarse la perspectiva del Cuerno de Oro, el azul del Bósforo, el puente de Gálata, los sepias y grises del barrio de Pera y, al fondo, el verde pálido de Escutari.

Por la tarde, fuimos a Eyub. A los quince años, había yo descubierto, en la biblioteca de mi madre, un libro de Pierre Loti. Me atrajo su título: *Aziyadé.* Su lectura me atrajo menos. Se advertía no sé qué tedio decadentista en aquellas páginas. Recluido en su fatiga de ser —y de ver vivir—, el autor esbozaba anémicas acuarelas, muy inferiores a los paisajes impresionistas de los maestros de su tiempo y de su nación. Más que un personaje real, Aziyadé parecía un pretexto para diálogos pueriles. Sin embargo, del polvo de aquel volumen, perduró en mi memoria ese nombre exótico: Eyub, el del barrio en que residió Loti y, en una de cuyas casas, compartió sus vigilias y sus hastíos Aziyadé…

Tomamos café en el lugar que —según aseguraban los enterados— frecuentaba Loti. Nos asomamos a la mezquita donde se guarda el sable de Eyub, portaestandarte de Mahoma. Al ascender al trono, los sultanes iban a aquel santuario y, según cuentan, se ceñían el sable augusto con la misma solemnidad con que los reyes de Francia recibían —en Reims— los óleos.

Estaba muriendo el día. Para concluir nuestra excursión, dedicamos esa hora a conocer el cementerio de Eyub. Entre columnas y pequeñas losas erectas —donde los niños se apoyan en ocasiones —, nos dejamos impregnar por la suavidad de un crepúsculo persuasivo.

¿Anunciaría ese atardecer otro hermoso otoño?

Desde el auto que nos condujo de nuevo al Hilton, vimos nacer la primera estrella. Pero no surgía la luna aún. El blasón turco no ilustraría la noche de nuestro adiós.

Habíamos resuelto pasar una semana en Grecia, pues era escala en nuestro viaje de Estambul a París. Llegamos a Atenas por la mañana y, tan pronto como dejamos las maletas en el hotel, nos dirigimos al Partenón. Hacía un calor egipcio. Un sol sin piedad brillaba en lo alto de un cielo espléndido. De no ser su inmortalidad puramente histórica, Herodoto hubiese podido imaginarse otra vez al nivel del Nilo. Ardía el taxi —y, no menos, nuestra ansiedad de admirar la Acrópolis.

Al llegar a los Propileos, nos detuvimos unos instantes. Un guía nos enseñó el sitio que fue el Areópago, donde juzgaron a Demóstenes. Y, cerca de ese lugar, aquel en que pronunció san Pablo las palabras que convirtieron a Dionisio “el areopagita”. Contemplamos, también, las colinas que circundan a la ciudad. Vagos cipreses, adelfas, rojas arcillas, sombras violáceas y, en todas partes, una luz penetrante e inteligente que articula el paisaje como si fuese un párrafo de Platón. Pensé en Alfonso Reyes y en su alusión a la sequedad de nuestro altiplano, no exento —según decía— “de aristocrática aridez”. Sí, aridez aristocrática es la expresión que conviene para describir los alrededores de Atenas, cuando principia el otoño. Plata resultan, de lejos, los olivares; apagada esmeralda el verdor de las viejas vides, y los sitios que recuerda el viajero —Salamina, Falero, Himeto— despiertan ecos en su memoria más que sorpresa en los ojos con que los ve.

Hay vocablos cuyo valor simbólico no se compara con la impresión que producen los sitios a los que sirven de nombre en la geografía. Por ejemplo, endulza más la miel del Himeto una bella estrofa que los postres con que la sirven, en los hoteles de Atenas, los camareros.

Ascendimos por las gradas de los Propileos y nos encontramos —¡por fin!— frente al Partenón. ¡Cuántos saqueos lo han despojado de sus más célebres esculturas! Templo erigido para servir de marco

a una Atenea de oro y marfil —que no vemos ya—, guarda apenas, en ciertos frisos, varias imágenes de las fiestas con que honraban a Palas los atenienses. Durante

la lucha de Venecia contra los turcos, en 1687, Morosini decidió disparar sobre el monumento que los turcos habían transformado en magnífico polvorín. Al incendio, siguió el pillaje. Por espacio de muchos lustros, los frontones despedazados quedaron sobre la tierra —que no protegieron los dioses esculpidos en sus relieves… Nadie ignora lo que ocurrió. Choiseul-Gouffier llevó a París algunos fragmentos y lord Elgin procedió con métodos más británicos.

Para acabar de ver el templo de Fidias, hay que ir todavía a Londres.

Cuanto no destruyeron los venecianos, ni mancillaron los turcos, ni transportaron franceses e ingleses a sus naciones, justifica, por sí solo, el ansia de ver Atenas. ¡Qué lección de serenidad y de inteligencia dan aún las columnas del Partenón! No ampararon del todo a Palas, pero atestiguan la virtud más difícil del arte helénico: la libertad que se fija a sí propia sus altas normas, dentro de un orden de proporciones irreemplazable. Heridas y ametralladas, esas columnas, en su esbeltez majestuosa, desprecian todo adjetivo. Son substanciales sin ornamento; robustas sin pesantez, heroicas sin arrogancia, hermosas sin vanidad. ¡Cuánta razón tuvo Renan al decir, en su *Plegaria sobre la Acrópolis:* “Belleza simple y verídica, diosa cuyo culto significa razón y sabiduría, cátedra eterna de conciencia y sinceridad…”!

Nada iguala, en Grecia, el ejemplo del Partenón. El Erecteón, con sus cariátides admirables, es más gracioso, pero no por eso más elocuente. Se comprende, aunque no se perdona, que los turcos lo hayan usado como harén. Por rituales y graves que sean sus actitudes, las doncellas-columnas del santuario de Erecteo ilustran sin duda la eternidad, aunque no la exaltan y la comprueban como el templo erigido a Palas. El Olimpo, y la antigua Atenas, señalaban jerarquías severas entre los dioses y los mortales deificados.

Cual si previésemos lo que nos iba a ocurrir, consagramos a la Acrópolis y a sus alrededores todo el resto del día. Bajamos y subimos las gradas del Odeón, y nos sentamos —

al acercarse el atardecer— en dos bancas de mármol, frente al teatro de Diónisos. Los silenos del proscenio parecían reír de nuestra impaciencia. No asistiríamos a ninguna tragedia clásica.

Sólo un personaje invisible hablaría para nosotros, sin máscara ni coturnos. Y ese personaje tendría que ser el tiempo. El tiempo, que nada calla, y que descubre invariablemente lo perecederos que somos todos los hombres y la frivolidad de toda ilusión humana.

Cenamos en el hotel. Y nos disponíamos a seguir conociendo Atenas, cuando me comunicaron que me había llamado, dos veces ya, el embajador de Francia. ¿Quién sería aquel diplomático? No recuerdo ni su apellido. Pero insistió. Acudí al teléfono. Me había estado buscando por todas partes. Tenía que transmitirme un mensaje urgente del Quai d'Orsay.

Fue a visitarme poco después. Su gobierno deseaba que, como un favor especial, expusiese al secretario de Relaciones Exteriores de mi país una petición. Había sido presentada, en las Naciones Unidas, cierta moción referente a Argelia. No contento con las gestiones iniciadas ante el Abate de Mendoza, encargado de negocios *ad interim* en París, me rogaba el ministerio de Asuntos Extranjeros que comunicase personalmente a Padilla Nervo el deseo de que México, por lo menos, se abstuviese en la votación.

Expliqué al embajador que ni viajaba yo con la clave oficial, ni creía que ningún cablegrama consiguiese alterar la política de nuestra Cancillería, siempre dispuesta a admitir que se examinasen en la Asamblea General de la ONU todos los temas propuestos a discusión.

Advertí en su rostro gran pesadumbre. ¿Podría negarme a trasmitir la solicitud de Francia?…

Hacerlo, implicaba poner fin a mis vacaciones. Pero tenía que colocar mis obligaciones por encima de mis placeres. Tomaría, por consiguiente, el primer avión para Roma, siempre que Air France me garantizase que llegaría a tiempo a París. Aquel día era el 25 de septiembre. El asunto que tanto alarmaba a Francia iba a considerarse el 27. Mi interlocutor me manifestó que había previsto lo necesario. Air France estaba dispuesta a asegurarme la puntualidad del traslado de Roma a Orly. De ese modo acabó mi paseo helénico.

Como lo supuse, resultó inútil la información. Sin embargo, los funcionarios del Quai d'Orsay agradecieron mi cortesía. Tuve así la oportunidad —poco frecuente en la diplomacia

— de que no se nos guardase rencor por haber emitido un voto, que sigo estimando justo, pero que contrariaba entonces profundamente al país que intentó impedirlo.

En París, me aguardaban preocupaciones muy diferentes. Tendría que difundir en su integridad

—y en francés— el tercer informe anual de gobierno del presidente Ruiz Cortines; enviar a México los trabajos presentados por diversos profesores franceses para la obtención de la Beca Hidalgo, y preparar dos manifestaciones de importancia: un curso de economía mexicana, patrocinado por la Sorbona, y una exposición de arquitectura, organizada por la Sociedad de Arquitectos y el Colegio Nacional de Arquitectos, que presidía Pedro Ramírez Vázquez.

Acababa de corregir la versión del informe presidencial, cuando recibí la noticia de que, el 13 de octubre, había fallecido don Manuel Ávila Camacho. Publiqué, en *Nouvelles du Mexique,* una nota en honor del gran mexicano que me había dispensado su afecto, su ayuda y su comprensión. Insertamos en francés, como complemento de aquella nota, algunos fragmentos del discurso que pronunció ante el Congreso de la Unión el 1º de septiembre de 1946, tres meses antes de que llegara al término de su mandato.

¿Por qué no había querido visitar don Manuel países como Inglaterra, Francia e Italia, de los que hablaba con platónica simpatía? Al despedirme de él en México, en 1954, lo invité a pasar, junto con su esposa, una temporada en Francia. Si no le agradaba la idea de residir en París, le hallaríamos una “villa” en Saint-Cloud o en Versalles. Todos respetarían su incógnito. No le importunarían los periodistas. Sonrió de mi insistencia. Y, al abrazarme, me dijo:
—“Voy a pensarlo. No es imposible que nos veamos alguna vez por allá…”

Mas no fue así. No volvimos a vernos nunca, ni en Francia, ni en su gran casa-parque de La Herradura. Año tras año, si estoy en México, voy al homenaje que sus amigos le rinden el 13

de octubre. En una de esas ceremonias, encomié sus virtudes. No reproduciré lo que entonces dije. Para mí, el recuerdo de don Manuel constituye un estímulo inapreciable. A su lado, viví los años más convincentes de mi existencia. Con su muerte, una parte mía murió también.

Pasamos… Y seguimos, sin tregua, en el mismo sitio. Porque, según lo ha escrito una poetisa uruguaya —Dora Russell— “la vida es sólo travesía / cumplida a bordo de una nave anclada”.

IX. UNA EXPOSICIÓN DE ARQUITECTURA MEXICANA EN

PARÍS. VISITA A CHARTRES. DOS MISIONES ECONÓMICAS.

CAPACIDAD DE GILBERTO LOYO. LA CRISIS DE ARGELIA.

INSTALACIÓN DEL GOBIERNO DEL GENERAL DE GAULLE

El gobierno de Francia tenía muchos asuntos urgentes por resolver. Las huelgas registradas en agosto y septiembre de 1955 —particularmente graves en Nantes— habían concluido merced a convenios destinados a mejorar los salarios de los trabajadores. Pero continuaba el conflicto argelino, y el caso de Marruecos planteaba serios enigmas. Los ministros del grupo

“republicano-social” renunciaron el 6 de octubre. Y el 29 de noviembre, el presidente Edgar Faure tendría asimismo que dimitir.

A pesar de que, por espacio de dos meses, la administración francesa se vio reducida al despacho de “los asuntos corrientes”, pues la Asamblea quedó disuelta el 30 de noviembre, y las elecciones legislativas (efectuadas el 2 de enero de 1956) no permitieron que la investidura del señor Guy Mollet, como nuevo presidente del Consejo de Ministros, se efectuase antes del 31, las actividades de la embajada prosiguieron su curso acostumbrado.

El 19 de noviembre —de 1955— inauguramos, en la Escuela de Bellas Artes, la exposición de arquitectura mexicana organizada con el patrocinio de los ministerios de Asuntos Extranjeros y Educación y de la Unión Internacional de Arquitectos, cuya sección francesa presidía el eminente urbanista Henri Prost, de más de ochenta años de edad, pero joven de espíritu y de dinámica efervescencia.

Le encantaron las fotografías reunidas bajo la dirección de Pedro Ramírez Vázquez. Habló de ellas, muy elogiosamente, en el discurso que leyó durante el acto inaugural de la exposición. “El arquitecto mexicano —dijo— debe su verdadera originalidad a su doble pasado indígena y latino. Adopta las nuevas ideas, trata —con audacia— de ir más lejos aún, pero evita toda uniformidad y todo esnobismo. Más que plegarse a la moda, la adaptará, dándole fuerza y color…”

La exposición fue presentada, más tarde, en Burdeos y en Annecy. Se nos invitó también a incluir los documentos gráficos que la constituían entre los materiales reunidos con motivo del Festival Internacional de Arquitectura, celebrado en París, en el Grand Palais, del 27 de mayo al 17 de junio de 1956. El jurado les confirió un “gran premio de honor”. Envié el diploma a la Sociedad de Arquitectos Mexicanos.

Sí, podía pensarse que México estaba de moda en Francia. Escritores y artistas se referían a menudo a la exposición de arte mexicano de 1952, muy celebrada por el público parisiense.

Se admiraba a nuestros pintores. Nuestros arquitectos recibían premios. Y personalidades de innegable prestigio recordaban, proyectaban —o realizaban— viajes a México.

Del 28 de mayo al 8 de junio de 1955 habían estado en nuestro país el ex presidente Auriol, su esposa y el presidente de la Casa de la América Latina. Tres meses antes de que salieran de Francia, informé a Relaciones acerca de la importancia que podría tener la visita de un hombre que, como el cordial y lúcido ex presidente, seguía contando con un auditorio político de altísima calidad. Se hicieron, a tiempo, los preparativos adecuados. Nuestro huésped visitó al señor Ruiz Cortines; fue agasajado por la Cancillería; conoció Teotihuacán y la Ciudad Universitaria; estuvo en México, acompañado por Mediz Bolio; Alberto Ruz lo guió a través de las ruinas y los misterios de Uxmal, y se le dio la oportunidad de ver Cuernavaca, Taxco, Guanajuato y Morelia.

Al regresar a París, su esposa y él nos invitaron a tomar una taza de té en el pequeño departamento que había puesto a su disposición el gobierno francés, cerca del Quai d'Orsay.

Lo utilizaban poco, pues preferían vivir en Muret, donde —años más tarde— falleció Auriol.

Ambos nos dijeron qué profunda impresión les produjo nuestro país. Era indispensable, a su juicio, que Francia se diese cuenta de la necesidad de estrechar con México, no sólo las relaciones culturales, sino las de carácter económico y financiero.

No sé si por el entusiasmo de Auriol, o como resultado de mis gestiones, pero el hecho es que, durante el otoño de 1956, decidió ir también a México el presidente del Consejo Económico y Social de Francia, señor Émile Roche. Era amigo mío desde hacía tiempo.

Actuaba con energía, hablaba con elocuencia, y gozaba del más amplio crédito intelectual entre los economistas y los políticos. Le ofrecí, el 12 de octubre, víspera de su viaje, un banquete en la Casa de la América Latina. Invité a sus acompañantes más distinguidos:

el director general del Banco Francés del Comercio Exterior, el presidente del Consejo del Banco Nacional para el Comercio y la Industria y el del Sindicato de Hilados y Tejidos.

La expedición tuvo mucho éxito. A su regreso, en los primeros días de noviembre, hablé nuevamente con Roche. Quería averiguar cuáles serían los resultados prácticos de ese viaje.

Me anunció que se proponía concertar un arreglo para que Francia adquiriese en México, anualmente, cincuenta mil toneladas de algodón. Había sugerido, asimismo, que su gobierno invitase a nuestro secretario de Economía a conocer varias industrias francesas, acompañado por el séquito que deseara y en las fechas que juzgase más oportunas.

El Comité France-Amérique divulgó los informes redactados por varios especialistas, en una serie de conferencias agrupadas bajo el título de “retorno de una misión francesa a México”. Un miembro del Instituto, el señor Baudin, puntualizó las conclusiones de aquellas pláticas.

Además de los viajes de Auriol y Roche, debo mencionar los que hicieron a Francia Antonio Carrillo Flores, secretario de Hacienda, y Gilberto Loyo, de Economía. El primero pasó un día en París, en septiembre de 1955, y otros más, en octubre. Lo acompañaban Fanny,

su esposa, el director del Banco de México y Agustín Legorreta. Por cierto, horas antes de su llegada, me sorprendió un llamado telefónico procedente del barco en que hicieron la travesía.

Oí la voz de Legorreta. Me invitaba a cenar con ellos, en un restaurante parisiense, esa misma noche. Todo lo habían dispuesto ya en pleno Atlántico, desde la reservación de la mesa hasta el orden de los platillos.

Iban a Estambul, a una reunión del Fondo Monetario Internacional. A su regreso del Bósforo, les ofrecí un almuerzo en la embajada y

fueron recibidos oficialmente por el señor Baumgartner, gobernador del Banco de Francia, y por el ministro de Finanzas, señor Pflimlin, quien invitó también a dos secretarios de Estado de la administración francesa: los señores Gilbert Jules, del Presupuesto, y Pierre Abelin, de Asuntos Económicos. Pflimlin y Antonio establecieron amistosos contactos para mejores realizaciones en lo futuro. Carrillo Flores impresionó a todos por su talento, su agilidad mental y su alegría súbita y contagiosa.

Un día libre de audiencias y de visitas, Fanny y él fueron con nosotros a Chartres. Querían contemplar la Catedral por antonomasia. Admiraron el azul milagroso de sus vitrales. Oyeron

—no sé si con interés, pero por lo menos con discreta resignación— mis ditirambos frente al Pórtico de los Reyes. Y nos acompañaron a comer en un restaurante donde los cocineros sabían tallar peces, aves y frutas con el mismo fervor con que los artistas del siglo XII cincelaron los cuerpos de los corderos simbólicos esculpidos entre los ángeles y los santos del pórtico inolvidable.

Insertaré una anécdota aquí. Era yo el anfitrión, y había pensado escoger un viejo burdeos, que me agradaba por su aromática madurez. Pero Antonio tenía predilección por el *Romanée Conti.* Me sugirió consultar la lista. Aparecía en ella el nombre del vino que le gustaba, aunque a tan módico precio que supuse dudosa su calidad. Lo elegimos, a título de experimento. Resultó magnífico. Ordenamos otra botella, que el sumiller nos llevó sin visible agrado. Y, al terminar la comida, pedimos que nos vendieran una caja de aquel borgoña.

Surgió de pronto, indignado, el dueño del restaurante. —"¡Eso no, por ningún motivo!" nos declaró. "Les hemos servido ya dos botellas a precio ínfimo, y pretenderían llevarse doce…"

Le hice observar que no éramos nosotros quienes habíamos fijado el precio del vino, sino la lista. Entonces nos explicó que, en establecimientos como el suyo, hubiera sido vergüenza no poder ofrecer, a determinados clientes, una botella de *Romanée.* Pero los

turistas norteamericanos —que eran los más— escogían, a ciegas, los vinos caros. Por eso, con el propósito de no agotar sus reservas —y de satisfacer solamente a los conocedores—, había tenido que establecer, para el *Romanée,* aquella “tarifa de protección”. Hacía honor así a la fama de su bodega y a su afán de salvaguardar el más raro de sus tesoros. Reímos de un sentido comercial tan inusitado, y aceptamos la explicación.

Antes de que Antonio volviese a México, quise indicarle por qué razones me interesaban especialmente dos programas de la embajada: la publicación de *Nouvelles du Mexique* —

para la cual había obtenido ya, gracias a su consejo, el apoyo del Banco de México— y el

curso universitario sobre economía mexicana, que estábamos preparando de acuerdo con Sarrailh, y que debería efectuarse en abril, mayo y junio de 1956. Antonio me prometió hablar del asunto con Loyo y ayudarnos a sufragar los gastos de viaje de los conferenciantes.

El 13 de abril inauguré el curso en el salón de actos del Instituto de Altos Estudios de América Latina de la Universidad de París. Hablamos Sarrailh y yo. El consejero económico de la embajada, Espinosa Olvera, disertó sobre el tema que había escogido para su plática:

“Aspectos demográficos de México”.

El ingeniero Manuel de la Lama, que dominaba el francés, dio cuatro lecciones: una sobre la propiedad rural y la agricultura; otra, sobre irrigación; la tercera, sobre la industria eléctrica, y la cuarta, sobre la química. En mayo, escuchamos al doctor González Reyna comentar la situación de la minería, al ingeniero Barbier exponer sus ideas sobre el problema del carbón, al licenciado Medina Mora hacer una síntesis de lo emprendido en la industria del petróleo, al señor Allard referirse a la metalúrgica y al doctor Martínez Le Clainche opinar sobre los procedimientos de nuestra política bancaria y monetaria.

Miguel de Yturbe leyó, en francés, los textos que había preparado el doctor Mora Ortiz acerca de nuestra política comercial y la evolución de nuestro comercio exterior. Terminó el curso, en junio, con una brillante exposición de Eduardo Villaseñor respecto a la estabilización o el desarrollo en la economía mexicana y con otra, en la cual Jacques Rueff formuló “las conclusiones de un economista francés”.

Aunque todas las conferencias fueron seguidas con atención, suscitaron comentarios particularmente importantes las opiniones emitidas por Villaseñor y por Rueff. Villaseñor apoyó el acento sobre el concepto de desarrollo, lógico en un país anheloso de crecimiento. Y

Rueff —europeo siempre— insistió en aconsejarnos un equilibrio en el que la voluntad de progreso no destruyese los diques de una segura continuidad. Aquel diálogo me pareció significativo. Villaseñor había dirigido el Banco de México, y poseía un amplio conocimiento de los problemas económicos mundiales. Rueff, miembro del Instituto, disfrutaba de justa reputación internacional. Coincidencia curiosa: dos años más tarde, Rueff sería uno de los consejeros áulicos del general De Gaulle. Y a él atribuyen muchos la idea de haber inventado el “nuevo franco”.

Precedido por los viajes de Auriol a México y de Carrillo Flores a Francia, nuestro curso de economía mexicana preparó en cierto modo el envío de la misión dirigida por Roche y sirvió de pórtico a la visita que Loyo hizo a París en 1957. Llegó, al aeropuerto de Orly, el 16 de noviembre. Lo acompañaron —o se reunieron con él en Francia— muchas personas, entre las cuales citaré a Eduardo Villaseñor, Alfredo Navarrete, Pablo Macedo, Luis G. Aguilar, Luis Latapí y Camilo Sada.

Tras de saludar —en el Elíseo— al presidente Coty, quien le entregó las insignias de gran oficial de la Legión de Honor, nuestro secretario de Economía visitó varios conjuntos industriales de la región parisiense. Tanto él como algunos de sus acompañantes participaron en dos conferencias de mesa redonda, a las que

concurrieron funcionarios y hombres de empresa franceses. En ellas, se tomaron tres acuerdos fundamentales: constituir un “comité de trabajo” que estudiase los medios de cooperar para la creación de nuevas industrias mexicanas con inversiones francesas o préstamos a largo plazo; publicar —periódicamente—

boletines informativos y examinar los procedimientos adecuados para establecer un centro de cooperación técnica en México.

Me dio gusto ver actuar a Loyo en París. Recordé su gestión en Colombia, durante la Conferencia de Bogotá. Siempre fueron sus consejos sensatos, imparciales sus juicios y serenas sus breves intervenciones. Austero por temperamento y por convicción, no daba la falsa idea de serlo por obediencia, en años en que se hablaba oficialmente mucho de austeridad. Cortés con sus subalternos, digno con sus iguales y verídico ante sus jefes,

“sonreía por el colmillo”, como decían de mi amigo Bernardo Ortiz de Montellano sus compañeros. Sin embargo, cuando era menester, dominaba el arte de la ironía. Lo había aprendido, quizá, en su constante análisis de múltiples estadísticas, aunque no creo que opinase de ellas lo que algún humorista francés, quien aseguraba que todos son como los

“bikinis”: exhiben lo agradable, y ocultan lo esencial.

Atendió a todos con deferencia, y tuvo frases muy oportunas para felicitar a los funcionarios a quienes había otorgado México, en diversos grados, la Orden del Águila Azteca. Recibieron esa presea, en los salones de la embajada, el presidente Roche, el ministro Pflimlin y varios directores generales del ministerio de Asuntos Extranjeros y de la secretaría de Asuntos Económicos.

Las consecuencias de una misión como la que Loyo encabezó en 1957 no suelen ser inmediatas. Pero estoy convencido de que muchos de los resultados que hoy advertimos —en el plano de las relaciones técnicas y económicas franco-mexicanas— tuvieron su

punto de origen en los contactos que logramos consolidar merced a ese viaje suyo.

Apoyadas por las visitas que he mencionado, mis labores seguían multiplicándose. En lo político, continuaba pendiente de los problemas que afectaban a Francia. El de Argelia era, sin duda, el más grave. Al pasar por París, tras de una sesión en Ginebra, Padilla Nervo me preguntó cuál era la posición de los embajadores latinoamericanos ante ese asunto. La brevedad de la charla que tuvimos entonces, me hizo sentir la necesidad de escribirle una larga carta, en la cual le expuse el grado de "irritabilidad" de las autoridades francesas frente a todo cuanto pudiese contribuir a la desintegración de sus posesiones en África. Redacté esa

carta el 22 de junio de 1956, al regresar a mi despacho de una comida en la Casa de la América Latina. En tal ocasión, el presidente del Consejo de Ministros, Guy Mollet, había creído oportuno especificar cuál era la línea de conducta de su gobierno. Francia aspiraba a

"pacificar" Argelia, a fin de efectuar elecciones libres, capaces de permitir que se discutiera un nuevo estatuto argelino, sobre la premisa de que Argelia no fuese "ni un Estado árabe, ni un Estado musulmán, ni una provincia francesa".

¿Podría conseguirlo?… Yo lo dudaba, pero estimé necesario explicar a Padilla Nervo cuánta insistencia pondría Mollet en tratar de convencernos de la justicia de sus propósitos.

"¿No es Argelia —nos preguntó— la clave de toda la Unión Francesa?" Y se apresuró a precisar: "Por eso mismo, la actitud que adopten ante el drama argelino permitirá a Francia reconocer a sus verdaderos amigos."

Mollet estaba al tanto no sólo del voto de México en las Naciones Unidas, sino de mis ideas personales sobre ese tema. En varios momentos, al leer su discurso, tuvo especial cuidado de no dirigir hacia mí los ojos. No deseaba descubrir demasiado visiblemente

sus inquietudes. Junto con México, la Argentina, Bolivia, Costa Rica, Guatemala y Uruguay habían definido un punto de vista, tal vez no idéntico, aunque —por diferentes razones— muy parecido. Era significativo, no obstante, que el embajador uruguayo en París, "decano del cuerpo diplomático latinoamericano", al hablar en aquella comida, hubiese usado términos que podían estimarse de apoyo para el criterio francés. Por fortuna, tuvo la prudencia de referirse a sus colegas sólo al final de su alocución. Y lo hizo en un párrafo puramente protocolario, al agradecer el saludo del presidente del Consejo de Ministros.

En efecto, la cuestión argelina sería piedra de toque, no tanto para probar la amistad de nuestros países, cuanto para confirmar la solidez de las instituciones francesas. Los sarcasmos, por no decir las injurias, de que fue objeto el señor Mollet cuando se le ocurrió ir a Argel, hubieran podido hacerle advertir que, si la política "de integración" —representada por Soustelle— tropezó con serias dificultades, la de limitarse a reconocer "la personalidad argelina", como trató de lograrlo Lacoste, no encontraría acogida más halagüeña.

En nada facilitaba las cosas la rigidez del gobierno egipcio. Nasser soñaba con dirigir, desde El Cairo, una ruidosa orquesta de pueblos árabes. La posición de Francia en Argelia lo mantenía en perpetua cólera. Y tomó, de pronto, la decisión de nacionalizar el Canal de Suez.

Israel reaccionó inmediatamente. Francia y la Gran Bretaña intervinieron también. Fue un serio error. No convenía al departamento de Estado que Inglaterra y Francia ocuparan militarmente el canal. La URSS podría exigir que actuase desde luego la ONU. Y los Estados Unidos lograron que las hostilidades cesaran, con singular descrédito para Eden en Inglaterra y, en Francia, para Mollet. Una vez más comprobaban los hechos que, cuando no se tiene la fuerza que una política exige, debe adoptarse la política que permiten las fuerzas que se poseen.

Mollet resistió mayor tiempo que Eden al descrédito de que hablo. En Francia, la

expedición franco-inglesa había obtenido la aprobación de 368 miembros de la Asamblea. Y, a pesar del fracaso, el Consejo Socialista ratificó su confianza a Mollet el 17 de diciembre de 1956. Eden dimitió el 9 de enero de 1957 y Mollet no se vio en el caso de hacer lo propio sino el 21 de mayo, y no ciertamente por la expedición del canal, sino porque la Asamblea no aceptó sus proyectos financieros.

Lo substituyó, el 12 de junio, el señor Bourgès-Maunoury, quien devaluaría el franco en agosto y caería a su vez en septiembre, víctima de una crisis que duró varias semanas —y que no concluyó con la investidura del presidente Gaillard.

Nadie estaba de acuerdo con nadie en reformar esencialmente al régimen. El voto de la ley sobre Argelia dio a muchos la ilusión de un posible alivio. Pero se adivinaba la necesidad de un gobierno fuerte. El 13 de marzo, la policía parisiense se manifestó con violencia frente a la Asamblea. Se pensó en una enmienda constitucional, más aparente que positiva. Cayó el gobierno de Gaillard el 15 de abril. Bidault y Pléven rehusaron solicitar el apoyo de la Asamblea. A la postre, el 8 de mayo, Pflimlin se resignó a formar un nuevo gobierno. Se requería en verdad valor para tal empresa. Al día siguiente, el general Salan envió al jefe del Estado Mayor un mensaje en el que declaraba que, de abandonar a Argelia, el gobierno no podría prejuzgar acerca de lo que hiciese el ejército…

Todas las miradas dejaron de orientarse hacia el estoico pero ya endeble señor Pflimlin.

Buscaban personalidades de mayor rango. Y el nombre que repetían todas las bocas era el de Charles De Gaulle. El 13 de mayo, mientras leía Pflimlin su discurso de investidura, ocurrían en Argel manifestaciones muy alarmantes. Se constituyó, durante la noche, un Comité de Salvación Pública, apoyado por el ejército. Y el general Massu, pasando por encima de todas las normas jerárquicas, hizo llegar al presidente de la República un telegrama amenazador.

¿Qué resolver en esos instantes? El señor Pflimlin no había obtenido aún la investidura solicitada. El presidente del Consejo dimisionario, señor Gaillard, tuvo que conceder a Salam todos los poderes civiles que Francia ejercía en Argelia. El 14, investido al fin, Pflimlin no se encontraba ya en condiciones de decidir qué procedía intentar o hacer. El presidente Coty dirigió un llamamiento al ejército, pidiéndole disciplina. Massu reclamó que De Gaulle expusiera lo

que pensaba. Y el 15, a medio día, Salam —desde el foro argelino— aclamó a De Gaulle.

Pocas horas después, el antiguo jefe de la Francia Libre declaró que se hallaba dispuesto a asumir los poderes de la República. Soustelle creyó conveniente volver a Argelia. Y París se vio en el peligro de tener que asistir, impotente, a una acometida de tropas aéreas francesas, inconformes con la conducta de la metrópoli. A pesar de la "angustia" expresada a De Gaulle por Mollet, los socialistas se negaban aún a admitir la candidatura del General. Pero el 28 de mayo dimitió Pflimlin, el ex presidente Auriol dirigió una hermosa carta al solitario de Colombey, y éste recibió a los presidentes de la Asamblea y del Consejo de la República.

No faltaba sino escuchar la voz del señor Coty. La oímos por radio, como la oyeron

millones de hombres y de mujeres, acongojados ante los riesgos de una posible guerra civil.

Esa voz anunciaba, con emoción, un llamado al "más ilustre de los franceses" El 1º de junio, la Asamblea aprobó la investidura del general De Gaulle. Lo demás, todos lo saben ya y no lo repetiré en esta síntesis, porque —al mediar agosto— decidí regresar a México, en uso de vacaciones.

Francia empezaría una nueva época de su historia. Según expresión de un crítico perspicaz, la

"cuarta República" había optado por la eutanasia: morir, con la mayor suavidad posible… En México, iba a concluir el mandato presidencial de don Adolfo Ruiz Cortines. Era preferible que, sin compromiso alguno para nuestro gobierno, un encargado de negocios informara de cuanto sucediese. Acaso, de viva voz, resultarían mis consejos menos inútiles que mis notas.

X. EN EL INSTITUTO DE FRANCIA. LA PLAZA DE MÉXICO.

CENTENARIO DE LA CONSTITUCIÓN DE 1857. OTHÓN Y RUELAS. LA UNIVERSIDAD DE LYON. PAUSA EN VÉZELAY. LAS "JORNADAS MEXICANAS" DE BURDEOS Y LILLE

¿Cómo resumir cuatro años de esfuerzo al frente de una embajada?… Releo los capítulos anteriores, y me percato de todo cuanto omití, particularmente en lo que concierne a las actividades culturales que promovimos o realizamos.

En junio de 1956, Silvio Zavala sustituyó a Ignacio Bernal, quien decidió regresar al Instituto de Antropología. Nacho me había sido utilísimo. Silvio no lo fue menos. Siendo el uno muy distinto del otro, su acción resultó felizmente complementaria. Rápido en improvisar amistades, Bernal supo orientarlas siempre al servicio de los intereses de México. Zavala, menos expansivo, proyectó mayor luz sobre los problemas de la provincia francesa. Nacho era un experto en el arte de negociar; Silvio un maestro en la reflexión. Arqueólogo aquél y éste historiador, el primero sintetizaba los hechos y trataba de resumirlos en lacónicas notas, mientras que el segundo hurgaba en la entraña de cada experiencia, cual si estuviese buscando, dentro de la obscuridad de una tumba, algún ánfora milenaria. El arqueólogo solía actuar como historiador, y el historiador —en ocasiones— parecía arqueólogo. Me entendí con ambos muy bien. Conservo, para uno y otro, profundo afecto.

Estábamos preparando el séptimo número de *Nouvelles du Mexique,* y nos disponíamos a atender a varios pintores mexicanos que iban a exhibir obras suyas en Francia, cuando fui objeto de un singular honor. El 10 de octubre, por la tarde, me recibió el Instituto de Francia, en calidad de miembro asociado de la Academia de Bellas Artes.

Me abrumaba la generosidad francesa. De joven, cuando oía decir a alguien, hablando de ciertos hombres de letras y ciertos sabios, *"qu'ils siégeaient sous la coupole",* tenía la impresión de que aquello debía ser la inmortalidad disfrutada en vida. ¿No califican de

“immortels” los parisienses a todos los académicos?… Comprendí, al ingresar en la ilustre casa, cuánta ironía puede esconder un adjetivo substantivado. Figuraban en la asamblea arquitectos, críticos de arte, grabadores, escritores, músicos y pintores. Eran cincuenta los académicos. Y, aunque no asistieron todos a la sesión, podría afirmarse sin jactancia que —

dada la edad de los concurrentes—, quince siglos al menos me contemplaban.

Presidía el compositor Henri Busser, discípulo de César Franck. Organista a sus horas —y literato en otras— acababa de publicar, en 1955, un volumen retrospectivo: *De “Pelléas” aux*

“Indes Galantes”. Hombre ameno y visiblemente cansado (iba a cumplir sus ochenta y cuatro

años), paseaba sobre las nuevas inquietudes una mirada en cuya ternura asomaba, en tono menor, cierta piadosa ironía. Había dispuesto el programa el secretario de la Academia, Louis Hautecoeur, historiador y crítico muy fecundo, que honraba el *sursum corda* de su apellido con la realización de estudios considerables, como su análisis del círculo y de la cúpula y una obra —clásica ya— acerca de la arquitectura francesa desde el Renacimiento.

El discurso que pronunció el señor Busser, al darme la bienvenida, delataba el esfuerzo hecho para informarse, en lo posible, acerca de mis trabajos. Al contestarle, cité la frase de un eminente francés, que supo ser también un europeo universal: “la belleza es una promesa de dicha”. En efecto, la voluntad de confianza mutua que no consiguen a veces los más exigentes tratados, suele obtenerla en un solo instante la contemplación desinteresada, porque el amor del bien y de la belleza constituye un pacto de paz, inviolable y libre. La recepción de esa tarde implicaba, más que el homenaje a un embajador, una prueba de aprecio para su pueblo.

Señalé, entonces, cómo desde los prodigiosos sueños de piedra materializados por los mayas y los toltecas hasta los frescos de nuestros pintores contemporáneos, el arte mexicano propone un extraordinario ejemplo de constancia en la audacia y de intrepidez en la innovación. Ojalá pudiésemos contribuir, unos y otros, a robustecer la amistad de nuestras naciones al conocimiento de sus culturas.

Noviembre iba a ofrecerme muy diferentes ocupaciones. Los señores Suzanne y De Véricourt, consejeros del municipio, me habían informado acerca de la posibilidad de obtener que se diera, a una plaza parisiense, el nombre de México. Les pregunté si contaban con el apoyo del presidente municipal. Me contestaron que sí. Y el 6 de junio leí, en *Le Figaro,* un resumen de los asuntos tratados por el Consejo en su sesión del 5. Se había resuelto que el *Rond-Point de Longchamp* se llamase *Place de Mexico.* Se trataba de una glorieta de proporciones mas bien modestas, pero próxima a nuestra embajada.

Pasaron algunos meses. El señor Ruais, presidente municipal de París, hizo un viaje por diversas capitales de América. Estuvo en México y, aunque no me lo dijo nunca, parece que recibió entre nosotros atenciones muy inferiores a las que podía yo suponer —y a las que tenía él razones bastantes para esperar. ¿Sería ésa la causa de que no se me hubiese comunicado aún la fecha fijada por el Consejo para cumplir su resolución?… El señor De Véricourt, que fue a visitarme en noviembre, me aclaró amablemente las cosas. La tardanza obedecía a motivos de otra naturaleza. Algunas personas habían promovido influencias contra la determinación del Consejo. No invocaban argumentos adversos al homenaje que París deseaba rendir a nuestra ciudad. Invocaban otros, de interés práctico. Toda modificación de nomenclatura puede originar errores postales y, si los vecinos son comerciantes (como lo eran muchos de los quejosos), exige nueva impresión de papel de cartas y de facturas, nuevos letreros y diversas erogaciones de orden publicitario.

Después de contarme lo sucedido, Véricourt me manifestó que el Consejo estaba considerando otra solución: la de titular, como Plaza de México, el espacio existente —cerca

de Chaillot— entre el Boulevard Delessert y varias calles de Passy. Según le hice ver, aquel vasto crucero —hasta entonces anónimo— no constituía una plaza auténtica. Ninguna carta sería enviada a ningún francés capaz de reconocer que habitaba en la vía pública. Tanto la prensa francesa como la mexicana habían divulgado el acuerdo tomado por el Consejo. Al comentar la noticia, los periodistas se refirieron concretamente al *Rond-Point de Longchamp.*

En las circunstancias ante las cuales nos encontrábamos, no podía yo sino agradecer a mi amigo su información y esperar el resultado al que se llegase.

El Consejo reflexionó. Las influencias hostiles disminuyeron. Los comerciantes vecinos se resignaron. Algunos fueron a verme, en señal de conciliación. Y hasta hubo florista del rumbo que envió a mi mujer un hermoso ramo el día en el que se impuso al *Rond-Point* el nombre de México.

Ese día llegó por fin. Fue el 27 de mayo de 1957. Se respiraba un aire tibio, de primavera.

Brillaba el sol. Vi reunidos, esa mañana, a nuestro secretario de Relaciones Exteriores (que volvía de Ginebra), al ministro francés de Asuntos Extranjeros, al presidente del Consejo Municipal, al del Consejo Económico de Francia, al rector de la Universidad de París y al prefecto del Sena. Asistieron muchos políticos e intelectuales franceses, los jefes de las misiones diplomáticas latinoamericanas y un importante grupo de mexicanos residentes en Francia.

En su discurso, Pineau dio la bienvenida a Padilla Nervo. Ruais elogió a nuestros pintores.

Y Padilla Nervo se refirió a las páginas vividas por la historia del mundo a orillas del Sena.

Aludió a la Declaración Universal de Derechos Humanos, aprobada en París el 10 de diciembre de 1948, y afirmó que la razón esencial de nuestra amistad residía en la inquebrantable fe que mexicanos y franceses tenemos en la primacía de los valores morales.

“En su niñez —empecé yo por confesar— el hombre que os habla hoy recibió un día, como aguinaldo, un álbum ilustrado con fotografías de París. Había oído hablar ya de Francia. Solía pasar, junto con sus padres, por una calle de México que lleva el nombre de vuestra incomparable ciudad. De la contemplación de aquel álbum, y de los paseos por esa calle, nació en su mente una curiosidad que adquirió muy pronto las proporciones de una promesa”… Para explicar por qué había acudido en mi alocución a un recuerdo tan personal, añadí en seguida: “Pienso con emoción en los niños franceses que, a partir de mañana, al cruzar esta plaza y al leer en sus muros el nombre de México, se harán tal vez las mismas preguntas que yo me hice acerca de Francia. Quisiera que, para esos futuros ciudadanos, la palabra ‘México’ fuese una razón válida de esperanza; que supiesen —desde la escuela—

cómo vive y se desarrolla, a millares de kilómetros del lugar donde nos hallamos, un pueblo que estima y quiere al pueblo francés”.

Tres meses antes de que pudiéramos asistir a la inauguración de la Plaza de México, celebramos el centenario de la Constitución de 1857. Encomendé a Zavala y a Weckmann que examinasen —en la Biblioteca Nacional y en la de la Facultad de Derecho— todas las obras

que pudiesen contener referencias a ese gran texto. Enviamos a México la lista de los libros y los folletos consultados, las citas obtenidas y doscientos noventa documentos en microfilme.

El 5 de febrero, asistí a una velada en la Casa de México. Los becarios escucharon tres estudios de Mario de la Cueva, Silvio

Zavala y Manuel Cabrera. En el número 9 de *Nouvelles du Mexique* publicamos esos estudios así como un ensayo de Alfonso Reyes acerca de la literatura mexicana, desde la independencia hasta la victoria de la causa liberal.

Hubiésemos querido conmemorar oportunamente el cincuentenario de la muerte de Othón.

Pero, aunque el Círculo de Amigos de las Letras y la Casa de la América Latina acogieron la iniciativa con interés, su realización hubo de diferirse. Previsto para noviembre de 1956, el acto se efectuó el 21 de febrero de 1957. Presidió nuestra reunión el secretario de Artes y Letras, señor Bordeneuve. La duquesa de la Rochefoucauld hizo un elogio de Othón; Caillois disertó sobre la imagen y el ritmo en la creación poética; Zérega-Fombona analizó la obra de nuestro gran paisajista lírico, y un actor de la Comedia Francesa leyó el *Idilio salvaje,* en la versión de Lévis Mano, publicada por la UNESCO durante los años de mi gestión como director general.

Bordeneuve expresó la adhesión del gobierno francés. Y yo atestigüé mi admiración para el célebre potosino y mi gratitud para los escritores que lo recordaban en la tierra de Vigny y de Baudelaire, poetas que sintieron —no menos que él— la melancolía de “un amor taciturno y amenazado” y la sed *non satiata* frente a la hembra “de flancos de ébano”, hija de la nostalgia, de la impaciencia, de la soledad y del abandono… Mientras hablaba, recordé mis primeras lecturas de Othón, las noches de estudiante en las que descubrí sus más hondas estrofas y la resonancia que suscitaron en mí ciertos gritos dantescos de sus sonetos, como el que consta en estos endecasílabos: “A fuerza de pensar en tales cosas, / me duele el pensamiento cuando pienso”.

Otro cincuentenario se aproximaba: el de la muerte de Julio Ruelas. Acompañado por los funcionarios de la embajada, fui —en la mañana del 16 de septiembre de 1957— al cementerio de Montparnasse y deposité una corona de flores sobre la tumba del dibujante que clavó el cuerpo de su “esperanza” sobre la punta de

un ancla: la que nos ata —a veces tan cruelmente— a la realidad… Aunque la muerte no tenga patria, porque nuestra fosa común es el mundo entero, me acongojó que los restos de Ruelas no descansaran en México. Durante los minutos de silencio que guardamos frente a su lápida, hice también un voto: el de que mi cuerpo encontrase la última paz bajo el cielo que me dio la primera luz.

México seguía siendo motivo del creciente interés de catedráticos y escritores. Jean Cassou, Zérega-Fombona, Barbagelata, Isoré y Jean Descola acababan de dar varias conferencias sobre algunos de nuestros compatriotas ilustres. Los servicios de la radiodifusión-televisión

francesa organizaron una emisión relativa a nuestro país. Durante la hora que nos consagró, fueron transmitidos textos de diversos especialistas sobre las letras, las artes plásticas y la música mexicanas. Entre esos textos, pudieron apreciar los oyentes obras de Ponce, Revueltas, Carlos Chávez y Blas Galindo.

Me había anunciado el rector Allix que la Universidad de Lyon iba a conferirme —el 8 de noviembre— un doctorado *honoris causa.* Era la tercera universidad francesa que me otorgaba tal distinción. Burdeos y París me habían recibido en la época en que dirigí la UNESCO. Me halagó que Lyon prefiriese honrar, no al funcionario internacional, sino al mexicano.

Fui a Lyon junto con mi esposa. Nos alojamos en un hotel. De la ciudad —admirablemente situada en la confluencia del Ródano y el Saona—, visitamos cuanto pudimos. Cruzamos varias veces sus anchos puentes; recorrimos a pie la plaza Bellecour, una de las más espectaculares del siglo XVIII francés, y subimos —en funicular— a Nuestra Señora de Fourvière, desde cuya altura contemplamos un paisaje soberbio, encendido más que oxidado por el otoño. Al descender otra vez a Lyon, nos asomamos a las casas y a las iglesias que, en el barrio antiguo, conservan para el viajero mayor número de imágenes medievales.

Ciudad industrial más que literaria, Lyon se enorgullece de poseer una gran universidad y un museo instituido por Napoleón. En la universidad, el rector me dio a conocer a sus colaboradores. Revestí la toga suntuosa (tenía que serlo en lugar tan famoso por el mérito de sus sedas), y pasé a ocupar mi sitio en el salón de actos. Era el señor Allix un geógrafo distinguido, director de la *Revista de Geografía,* y había charlado muchas veces conmigo, tanto en la UNESCO cuanto en la asamblea universitaria de Estambul. Al presentarme, mencionó el esfuerzo hecho por la delegación francesa para que la Conferencia de Beirut me eligiese director general de la UNESCO. “No sé si le hicimos a usted un servicio —manifestó maliciosamente— pero su acción vino a confirmarnos en el aprecio que le teníamos.” Saludó, después, a otro de sus huéspedes: el rector libanés Fuad Bustany, y cedió la palabra al profesor Adrien Bruhl, de la Facultad de Letras, quien se refirió a mis tareas y concluyó asegurando que compartía mi fe en los valores de la civilización, pues “el olivo sería siempre el emblema de Minerva”…

Había llegado el momento de expresar en voz alta mi gratitud. Uno de los grandes poetas del Renacimiento francés nació y falleció en Lyon. Fue Maurice Scève. Cité dos versos suyos *(“touché au vif et de ma conscience / et du remords de mon petit mérite”)* y agradecí a la universidad el honor que me dispensaba. Encomié la confianza de su rector en la fuerza de la verdad. E insistí en la urgencia de que todas las culturas contribuyesen sin exclusivismos nacionalistas, a la cultura del mundo entero. Cada civilización tendría —a la postre— que ser juzgada por cuanto hiciera para enseñar a cada país, a cada grupo y a cada hombre a colaborar con todos los otros en la paz, la justicia y la libertad.

Después de la ceremonia, hubo un banquete. En Lyon, se bebe y come con esplendor. El

señor Allix no me habló por cierto, entre plato y plato, de literatura o de geografía. Además de maestro, era vinicultor. Según me dijo, poseía un viñedo —y lo cultivaba. Parecía tan orgulloso de la

calidad de sus vinos como de su reputación científica de geógrafo. Me interesó aquella satisfacción rural, tan eminentemente francesa: la de saber cómo debe alternarse, con el amor de la tierra que nos da vida, el respeto a la inteligencia que nos da fuerza y sentido para la acción. Espíritu y cuerpo somos. Y no implica traición alguna para el espíritu reconocer —y estimar— la verdad del cuerpo.

No todo, ese día, hubo de consistir en alocuciones académicas y pláticas gastronómicas. A la hora del café, muchos invitados se acercaron a saludarme. Uno de ellos me habló de México. Daba la impresión de conocernos bastante bien. No retuve su apellido y no averigüé si pertenecía al magisterio o si representaba a alguna de las grandes empresas de la ciudad.

Pero no puedo olvidar la intención que puso al felicitarme por la carta que había yo enviado, en febrero de 1955, al director de *L'Aurore.*

Recordé aquel caso desagradable. Durante varios días, al tercer mes de encontrarme en Francia, tuve ocasión de leer, en ese periódico, un "reportaje" firmado por el señor Troyat, nada menos que el autor de obras tan apreciadas como *L'Araigne, Tant que la terre durera* y *Le sac et la cendre.* En una de sus notas —y por boca de un personaje anónimo— Troyat emitió, cierta vez, opiniones desfavorables para el gobierno de mi país. Hacía burla, incluso, de nombres como el del Paseo de la Reforma… ¿Era ése, como él decía, título de

"violencia"? ¿No conocemos, en Londres, un Trafalgar Square, un Waterloo Bridge? ¿Y, en París mismo, no existen una Gare d'Austerlitz y una Place de la République? ¿Sería México el único pueblo que no pudiese venerar su pasado y rendir tributo a sus héroes?

En aquel "reportaje", lo más infortunado era el tono de irónica suficiencia que por todas partes se descubría. ¿Por qué aludir —tan a la ligera— a hechos que hubieran podido justificar un sincero elogio, e insistir, con tan persistente acritud, sobre aquello que no

tuvo la suerte de agradar al señor Troyat? Un país es un todo. Quien no observa sino los defectos, desfigura en realidad lo esencial. Y, antes de citar —en apoyo de mis afirmaciones— las de otros intelectuales franceses, como Rivet y Sarrailh, me referí a la circunstancia de que México es tierra de asilo y de libertad. Ningún "racismo" enturbia la hospitalidad que brinda a quienes buscan refugio. Porque el pueblo que Troyat tildaba de "indiferente" nunca lo ha sido, a pesar de la urgencia de sus propios problemas, frente a las penas de los demás.

El director de *L'Aurore* hizo insertar mi carta en lugar adecuado de su diario. La precedía una nota, en la cual figuraban estas explicaciones: "Queremos afirmar solamente que ningún pensamiento hostil —ni siquiera mal intencionado—, para un país al que amamos, inspiró la publicación de ese 'reportaje', el cual no tiene pretensión política, sino anecdótica…"

A esa carta —vieja ya de dos años, casi— se refería mi interlocutor incógnito de Lyon.

Mientras me hablaba de ella, pensaba yo en otro asunto, que tampoco he narrado aquí. Un año después de la aparición del "reportaje" de Troyat, en enero de 1956, recibí un libro del señor

t'Serstevens: *Mexique, pays à trois étages.* Por deferente, la dedicatoria me sorprendió.

Pronto, principió el desencanto. Junto a consideraciones inteligentes, descripciones felices y comentarios cordiales para el pasado de nuestro pueblo, encontré —a menudo— críticas severas, justas algunas y otras injustas. Me entristeció, más que nada, la actitud adoptada por el prosista ante el presente de la República: nuestro "tercer piso".

Si t'Serstevens no me hubiera mandado su libro, hubiese yo, muy probablemente, optado por el silencio. Pero ¿cómo ignorarlo ya? Redacté, pues, una epístola al desdeñoso. Y, según creo, mi respuesta no le agradó.

Al regresar a París, nos detuvimos en Vézelay. Queríamos contemplar nuevamente la Abadía de Santa María Magdalena. Acababa de releer la *Cantata a tres voces,* de Paul Claudel.

Había creído encontrar en ella un eco, tal vez remoto, del misterio de la Abadía: Donde falta la rosa, no falta el fruto.

Donde concluye el beso, la canción brota.

Y el cielo estalla, donde se esconde el sol…

Pocas joyas románticas de tan lúcido simbolismo. Su tímpano constituye una de las realizaciones más emotivas de la Edad Media. La figura central es la de Cristo. Inmenso, por comparación con los personajes que lo rodean, Jesús entrega el Espíritu Santo a los apóstoles.

Su mirada no es de perdón, sino de dolor. Sus ojos parecen ver la interminable miseria humana, el error sin tregua, del que sólo pocos se salvarán. Sobre la mano derecha del juez, resbala el agua de un cielo adusto. Sobre la izquierda, cae el maná que aguardan quienes padecen, por sus pecados, el éxodo en el desierto. Un largo y estrecho friso sirve de base a la escena. Representa a los pueblos en busca de salvación. Unos son pescadores; otros, pastores; otros viven de lo que cazan. En su mayoría, marchan a pie. De pronto, rodela al brazo, aparece un jinete inmóvil. Cerca de aquel jinete, un pigmeo trata de subir por una escalera hasta el lomo de otro caballo, que lo ve con sorpresa, si no es con ira.

Tres arcos de medio punto ciñen el tímpano. El primero, el más largo, puramente decorativo, protege a otro, en el cual los artistas unieron, a los signos del zodíaco, los trabajos pacíficos de los meses. Por último, en el tercero, vemos a algunos evangelistas, a enfermos en espera de curación y a paganos que todavía la fe no alivia.

Ya en la capilla, conviene estudiar cuidadosamente los capiteles. Conservo especial recuerdo de dos de ellos: el que nos muestra al

Ángel de la Natividad anunciando la buena nueva y el que —entre pámpanos y racimos— evoca la cacería de San Eustaquio, montado sobre un corcel de pequeña alzada, mientras un galgo, corpulento y nervioso, busca la presa.

No es posible apreciar la escultura de Vézelay conforme a cánones realistas. Todo en ella

revela un dramático expresionismo. Las formas valen por lo que quieren decir, y no por lo que parecen representar. El cuerno con el que el santo dirige su cacería es mucho más grande que la cabeza del caballo en que va montado. Los racimos —enormes— no guardan proporción con el tronco que los sustenta. Y la estatura de los apóstoles —más humilde que la de Cristo—

comprueba una voluntad de eclesiástica jerarquía. Textos de contenido tan coherente exigen ser descifrados con devoción. Pensé en la historia de la Abadía, en los incendios que la afectaron, en los reyes que fueron antaño a honrarla. Ricardo Corazón de León y Felipe Augusto se reunieron allí, antes de la tercera cruzada. San Luis oró, ante alguno de sus altares, durante cuatro de los viajes que hizo por la región. Indagué las fechas: 1244, 1248, 1267, 1270… Setecientos trece años habían transcurrido desde la primera de esas plegarias. Y —a pesar de Viollet-le-Duc y de sus discutibles restauraciones— San Eustaquio continuaba la intrépida cacería y el Ángel de la Navidad seguía anunciando a los hombres la nueva era.

Aquel ejemplo me infundió aliento para perseverar en nuestros trabajos, menos gloriosos sin duda, pero no —por modestos— menospreciables. La simpatía manifestada en Lyon hacia mi país me indujo a extender, a otras ciudades de la provincia francesa, la acción cultural emprendida por la embajada. Zavala estaba totalmente de acuerdo conmigo en ese propósito.

Conocía muy bien el sur de Francia. Había vivido largos meses en Hossegor, dedicado a escribir *El mundo americano en la época colonial.* Y cultivaba relaciones con los intelectuales de Burdeos y de

Tolosa, centros universitarios donde se concede a la historia y a las letras hispánicas trato privilegiado.

Comenzaríamos por Burdeos. Contábamos con un ofrecimiento importante: el Instituto Nacional de Bellas Artes iba a enviarnos algunas telas de nuestros pintores más conocidos y una excelente colección de grabados. Aprovecharíamos esa contribución para las "Jornadas Mexicanas" que habrían de efectuarse, a orillas del Garona, del 22 de febrero al 6 de marzo de 1958. Me trasladé a Burdeos junto con Zavala, Espinosa Olvera y el cónsul González Roa.

Ante el público invitado por la "Unión de la Universidad, la Agricultura, el Comercio y la Industria del Suroeste", pronuncié un discurso sobre el desarrollo de nuestro pueblo. Zavala y Espinosa Olvera dieron dos conferencias. Oímos a Robert Escarpit, conocedor como pocos de la verdad mexicana en lo histórico y en lo artístico; presentamos una pequeña exposición de libros mexicanos y, además de exhibir las pinturas y los grabados remitidos por el INBA, dedicamos un salón a la ingeniería civil de México.

Más que las felicitaciones recibidas, me convencieron de la eficacia de aquellas

"jornadas", el número de los visitantes y, sobre todo, su calidad. Eran maestros, jóvenes, empleados, y —lo que me pareció significativo— muchos obreros.

Resolvimos repetir la aventura en una región totalmente distinta, la de Lille. Viajarían nuestros grabados —y nosotros, con ellos— desde el suroeste hasta el norte de Francia. Sería, allí, la Universidad Popular la que nos brindase cordial colaboración. Nos recibieron el alcalde y el prefecto del Departamento, en presencia del presidente del Consejo Económico,

Émile Roche, quien hizo cuanto le fue posible porque las "Jornadas Mexicanas" tuviesen fructífera resonancia en esa ciudad cercana al lugar en el que nació.

Meses antes de la excursión a Lille, tuve otra satisfacción. Asistí, en París, a un concierto sinfónico de la Asociación Lamoureux. Dirigió la orquesta nuestro compatriota Herrera de la Fuente. Oí, en la Casa de México, a Hermilo Novelo, buena promesa entonces y violinista excelente hoy. Szering alcanzaba, día a día más, las proporciones de indiscutible maestro que reconocen ahora todos los públicos. En abril, había sido testigo del éxito alcanzado por Rufino Tamayo con motivo de una exposición de sus obras en la *Galería de Francia.* Y

constantemente recibíamos cartas en las que centenares de personas solicitaban ejemplares de *Nouvelles du Mexique,* o informes y aclaraciones sobre asuntos relativos al desarrollo económico, social y cultural de México.

Hasta donde era posible, habíamos cumplido el programa de trabajo que me fijé antes de presentar mis cartas credenciales al presidente Coty. Recordé la pregunta que me hizo, una noche de octubre de 1954, a bordo del *Liberté,* la esposa del director de *Le Figaro:* —"¿Pero existe, en París, una embajada de México?"… En lo futuro, no podrían personas tan enteradas como esa dama expresar duda igual a mis sucesores.

XI. EL DIPLOMÁTICO EN BUSCA DEL ESCRITOR

A pesar de tantos informes, exposiciones, discursos, viajes y conferencias como tuve que hacer —o que organizar—, no sé cómo pude escribir entonces algunas de las páginas que, al revisar ahora mi obra, siento más mías. Para defenderme de la dispersión oficial, determiné consagrar dos noches —cada semana— a satisfacer, a la vez, mi curiosidad de lector y mis impaciencias de autor.

Tenía dos volúmenes en proyecto: un ensayo sobre Balzac y un estudio acerca de los grandes pintores venecianos. En México, durante el año de 1953, mientras escribía *Tres inventores de realidad,* dos sombras me habían atormentado frecuentemente: las de Balzac y León Tolstoi. En efecto, ¿por qué Stendhal y no el creador de *La comedia humana*? ¿Por qué Dostoievski y no el profeta de *Guerra y paz*?… En 1955, residía yo en Francia. Balzac

se encontraba más cerca de mí que Tolstoi. Releí sus obras. Emprendí el viaje a Tours. Volví a recorrer los recintos del Liceo Vendôme, donde me detuve —en 1949— con Julien Cain. Y

traté en vano de penetrar, en París, al Museo Balzac. Estaba cerrado en aquellos tiempos; pero lo había visto antes de la guerra, con su pequeño pabellón interior desde el cual disponía Balzac (recurso mágico para un novelista apremiado por muchos acreedores) de una puerta que daba a la calle Raynouard y otra que permitía escapar de los importunos por la que se conoce, ahora, como la rue Berton.

Hubiera sido importante conocer el edificio que acondicionó el escritor, en la *rue Fortunée,* para vivir con su esposa Evelina Hanska. En esa casa murió Balzac. Pero el palacete, que perteneció nada menos que al señor de Beaujon, fue destruido —antes de que principiara el siglo XX— por la baronesa de Rotschild, para agrandar su jardín y dar a sus salones una perspectiva más sonriente. Tuve que resignarme.

De la desaparición del *"hôtel"* de la rue Fortunée, me compensó la presencia del Balzac magnífico de Rodin —mal colocado, por cierto, en el sitio menos visible del boulevard Raspail. ¡Cuántas protestas y cuántas burlas suscitó tan soberbia estatua en años en los que muchos, que creían comprender a Balzac, no lo comprendían, y muchos —que respetaban al prudente señor Falguière— eran incapaces de apreciar a Rodin! Se hicieron estúpidas ironías acerca de los ojos "de túnel" y las manos "de leñador" que imaginó Rodin para dar idea de la fuerza telúrica de Balzac. Los lustros acabaron por demostrar que el escultor se había anticipado a no pocos críticos. Adivinó lo que advertirían literatos como Hugo von Hofmannsthal, Stefan Zweig, Curtius y Mauriac: el poder demoníaco del inventor de "mil imágenes de la vida" y esa capacidad —tan suya — de hipnotizarse a sí mismo al intentar

persuadir, desde lejos, a millones de lectores imprevisibles…

Reuní cuanto pude encontrar en las librerías acerca del escritor. No todo resultó sombra entre tanta tinta. Analicé cada estudio, anotando lo que podría servirme para aclarar mi visión personal de Balzac. Pero, concluido ese esfuerzo, volví a perderme —como treinta años antes

— en el torrente de *La comedia humana.*

Nada sustituye el conocimiento directo de las intenciones y de los métodos del autor que deseamos examinar. Saber lo que otros vieron en sus novelas no nos enseña siempre lo que de veras esas novelas quisieron ser. Precisa verlas con ojos nuevos, olvidando lo que pensó Óscar Wilde al enterarse de la muerte de Rubempré; lo que Miller dijo sobre la vocación filosófica, traicionada quizá por el novelista; lo que apuntó Jorge Brandes acerca de la sombra en que Balzac descubrió "la raíz de la planta hombre", o lo que escribió Valéry respecto a la impresión que le produjeron algunos de sus relatos: creyó encontrarse, de pronto, en una sala dispuesta para la representación de una ópera…

Esas opiniones ilustrarían tal vez mi ensayo. Pero el juicio sobre la inextinguible *Comedia humana* tendría que hacerlo yo mismo, en un diálogo apasionado con Balzac. Sus mejores intérpretes no serían, para mí, Bouteron o Bellessort, ni el propio *Alain,* ni siquiera Proust, sino Birotteau y Vautrin, Adelina y el viejo Hulot, Bianchon y el padre Goriot, Josefina Claes y la señora Marneffe, Rastignac y Eugenia Grandet, la portera Cibot y el primo Pons. Esos seres imaginarios, vivos ya para siempre por obra de la voluntad de Balzac, conocían mejor a su creador que el más célebre de sus críticos.

Balzac me enseñó a observar —y a inventar todo lo observado. En efecto, el autor de *La piel de zapa* no vio con exactitud sino lo que tuvo el valor de inventar primero. Y no inventó sino lo que se sentía capaz de ver implacablemente, o escuchar y tocar hasta el frenesí. Otra de las lecciones que recibí del trágico visionario fue la de no temer incurrir —cuando es menester— en cierta espesa, pero fecunda y humana vulgaridad. ¡Ay de quien intenta vivir tan sólo en la torre hasta cuya altura no llegan sino los ecos del pensamiento y

de la belleza! Ya lo dijo otro gran francés: *“Qui veut faire l’ange, fait la bête”.* Los que huyen de lo vulgar, por afán de elegancia y de señorío, se exponen a que les repita Vautrin: “¡Curioso lodazal! Son decentes los que se ensucian en coche, y pícaros los que se ensucian a pie…”

Al terminar el estudio de *La comedia humana,* solicité unos días de vacaciones, y fui a Venecia. Gracias al avión, en pocas horas hice un salto vital entre la Francia del siglo XIX, burguesa, ávida y misteriosa, y la República Serenísima, detenida —quién sabe por qué milagro del tiempo, o tal vez del clima— en la gracia indolente del XVIII.

Tenía sed de volver a ver ciertos cuadros de Tiziano y de Tintoretto. Quería escribir, sobre ellos, algunas notas. Pronto me percaté de que semejantes maestros resultarían inexplicables

sin el conocimiento cabal de sus precursores, desde los dibujantes de los mosaicos de San Marcos hasta los hermanos Bellini, Jacobello del Fiore, Carpaccio y, sobre todo, Giorgione.

Por otra parte, ¿cómo hablar de Tiziano y de Tintoretto, y no elogiar la obra del Veronés?

Visité la Academia, el Palacio Ducal, la iglesia de Santa María Gloriosa, la Scuola di San Rocco, la de San Giorgio degli Schiavoni, y descubrí un pequeño santuario, para mí hasta entonces desconocido: el templo de San Sebastián, donde el Veronés halló sepultura, y al cual consagró muchos años de esfuerzo, pintando a Ester frente al rey Asuero, el triunfo de Mardoqueo, y adornando con encantadores paneles un órgano en cuyas voces sería muy grato escuchar fragmentos de algunos compositores barrocos.

De los grandes pintores de la República Serenísima, era Tiziano mi predilecto. Había visto, en el Prado, durante mi estancia en Madrid, sus retratos de Carlos V y de Felipe II, su *Dánae,* su *Bacanal,* su dramático autorretrato y su Venus madura y desencantada, más

sensible a las fiestas de un gozquejo que al galán de jubón de seda que acaricia —sobre un teclado—

quién sabe qué melodía, hecha probablemente (como la diosa) de nostalgia, de tedio y de indecisión… Me habían cautivado, en Florencia, su *Flora* y su maravillosa *Venus de Urbino.*

En París, cuando iba al Louvre, no dejaba de contemplar otra Venus suya: la del Pardo, donde el desnudo, el paisaje y el cazador forman un solo todo. Cada cuerpo, cada árbol, cada celaje y cada vibración de la luz se enlazan tan sabiamente, con resonancia tan armoniosa, que no acierta uno a saber si está mirando la escena o está escuchándola.

A pintores como Tiziano, Tintoretto y el Veronés hay que tratar de entenderlos bajo el cielo de la laguna en la que vivieron, entre los caprichos, las góndolas y las nubes del sortilegio plácido de Venecia. En aquel viaje, lo comprendí: cualquier análisis de sus obras tendría que comenzar por algún ensayo acerca del problema que nos plantea, cada vez que la visitamos, la ciudad enigmática de los Dux. Ciudad teatral y recóndita como pocas, en exposición de cúpulas y balcones, campaniles, estandartes, arcos y torres, pero —al mismo tiempo— capaz de ocultar a todos lo que más le interesa efectivamente: su afán de dominio, ayer, y, hoy, su aspiración de pacífica permanencia.

En la pintura veneciana, resulta el color música tangible. Verdes, violetas, ocres o azules están formados con maduros racimos de tiempo y con miel esencial de luz. En Holanda, los maestros suelen ser más profundos, como sucede con Rembrandt, pero más solitarios y más herméticos. En Amberes, Rubens ofrece mayores lujos, no más tesoros. En Florencia, la psicología pictórica de un Leonardo debe más al talento que a los sentidos. En España, el Greco será siempre un cretense, educado en Venecia y —por genial — tan español como el mejor de los españoles. En Roma, Rafael compone con más clásica maestría, y Miguel Ángel decora con pasión escultórica más viril. Pero los venecianos cantan lo que describen, acarician lo que dibujan, se gozan en el reflejo de lo que

miran, y —hasta en las horas tenebrosas de un Tintoretto— adivinan la aurora próxima. Reiteran, frente a la vida, un opulento y rotundo sí.

Deslumbrado todavía por el Adriático, regresé a Francia. Entre *Balzac* y *Maestros venecianos,* sentí la necesidad de un libro muy diferente. Cierta noche, al volver de un concierto en el que había oído la *Fantasía y fuga en sol menor* de Juan Sebastián Bach, me acongojó la idea de que todos nuestros actos giran sobre sí mismos, y no nos llevan en verdad a ninguna parte. Como los ciegos —o los esclavos— que dan vuelta a las ruedas ásperas de una noria, avanzamos, sobre la aridez de la tierra, para volver al punto del que partimos.

Tracé, entonces, el esbozo de un poema, que titularía precisamente *La Noria.* Otros fueron formándose en torno a él, hasta constituir un volumen: *Sin Tregua.*

Leí algunas de sus páginas al Abate de Mendoza. Me alentó a publicarlas. “Después de *Fronteras,* esta nueva colección suya —me dijo— dará al lector una sensación de mayor entereza frente a la vida.” Tenía razón. Hay, en *Fronteras,* un desaliento que, en *Sin tregua,* resulta más bien aceptación de ese ser moral, del que no somos nunca sino el proyecto, o la desventurada nostalgia póstuma. Acaso la esencia del libro se encuentre en estos renglones: La tierra prometida está en nosotros.

Mientras la codiciamos, existimos.

Y, cuando la ganamos, la perdemos.

Para no volver a hablar de mi actividad literaria en París, aludiré a cuatro poemas, escritos en 1957 y publicados, por la Imprenta Nacional francesa, en 1958. Me refiero a los que dediqué, en *Trébol de cuatro hojas,* a mis amigos Bernardo Ortiz de Montellano, José Gorostiza, Carlos Pellicer y Xavier Villaurrutia. Dos de ellos habían fallecido. Con los cuatro emprendí mis primeras tareas de hombre de letras, en las aulas o en la secretaría de la Escuela Nacional

Preparatoria. Los más cercanos a mi intimidad fueron Bernardo y Pepe. Bernardo tenía un singular amor a la vida. Y murió cuando apenas llegaba a la madurez. Quise evocar sus interpretaciones fáusticas de los sueños. Pepe se retrató en *Muerte sin fin.* Desde joven, se dio cuenta cabal de que somos perpetuos agonizantes. Por eso, en la epístola que le consagré, le hacía estas dos preguntas:

¿Quién sabe, como tú, lo que la avara

forma pide al cristal del agua pura

en el rigor del vaso que la aclara?

¿Y por qué la conciencia y la figura

son ecos, una y otra, eternamente,

de un ser que sólo con morir perdura?

Se había elogiado mucho —y con razón— el arte pictórico y elocuente de Carlos Pellicer.

Pero yo sabía que, bajo el lujo verbal del hombre del trópico, el poeta de *Hora de junio* escondía un alma ascética, que jugaba aparentemente con los colores, y que ardía, en secreto, anhelosa de eternidad. Le envié este mensaje de comprensión:

Ídolos, plumas, flechas y oriflamas

pasan en procesión por tus poemas,

sin que sepamos bien cómo los tramas,

pues de todas tus perlas y tus gemas,

la más oculta es la que más cintila

y en su rescoldo místico te quemas.

El misterio de Villaurrutia era de otra índole. Crítico de sí mismo —y de los demás—, exigente siempre, había hecho de su obra una indagación rigorosa, y acabó por poner lo mejor de su inteligencia, extraordinariamente geométrica, al servicio de lo que no es posible medir nada más con la inteligencia: los mandatos biológicos del instinto. Pensando en sus *Nocturnos,* traté de sintetizar el mundo en el que había morado durante años, bajo la claridad de su lámpara solitaria…

En el fondo, aplicaba a Xavier lo que sentía yo mismo en la vasta soledad oficial que me circundaba. Aquellas horas tardías de un trabajo no diplomático, en la biblioteca del primer piso de la embajada, con sus tres ventanas cerradas sobre el constante ir y venir de los automóviles (que, al ascender por la avenida del Presidente Wilson, aumentaban la presión del motor y el ruido de sus escapes) constituían para mí una evasión saludable e imprescindible.

A lo largo del día entero, había vivido literalmente fuera de mí: revisando diarios, leyendo oficios, dictando notas, recibiendo visitas, oyendo quejas, redactando o rectificando largos informes, yendo a salones entre cuyos oros saludaba a las mismas damas, estrechaba las mismas manos, y veía desfilar —en bandejas aparatosas— los mismos monótonos *petits-beurre…* ¡Qué vacío, para ciertas personas, resulta a veces “el mundo”!

Es cierto: en no pocos de esos salones encontré la oportunidad de una charla auténtica.

Tuve la suerte de oír a hombres como Paul Reynaud evocar los días de 1940, cuando asumió el poder en dramáticas circunstancias. O de descifrar un epigrama rápido de François Mauriac. O de escuchar el silencio, de aldeano hostil, bajo el cual parecía Claudel estar ya rindiendo un tributo adusto a su gloria póstuma. En una recepción, pude apreciar el conocimiento con que el embajador Menemencioglu elogiaba los mosaicos mágicos de Bizancio. Julien Cain me explicó, alguna vez, la importancia de las adquisiciones hechas recientemente por la Biblioteca Nacional de París. Louis

Joxe me contó anécdotas deliciosas de su experiencia como embajador en Moscú. Jules Romains me habló de los libros que preparaba en aquellos días. Y, una noche, André Maurois comentó en mi presencia, con mucha gracia, una frase de La Bruyère.

A veces, la dueña de casa tenía la prudencia de organizar un concierto. Debussy, Ravel (y, en ocasiones, Haydn e incluso Mozart) iban a rescatarnos del presidio elegante en que

perecíamos. Una ráfaga de aire puro entraba, para nosotros, por el rincón que ocupaban los violinistas. Se hacía el silencio. Cada quien podía instalarse en la perspectiva de su alegría o de su tristeza particulares, ennoblecidas por la audición de un compositor que acaso no adivinó hasta qué punto podrían sus obras salvar del tedio a un auditorio tan bien vestido.

En las noches libres, ¡cuántos horizontes me proponía, sobre mi mesa, la página ya empezada!… Encendía la lámpara vigilante; revisaba los textos interrumpidos; oía la lluvia menuda sobre la acera. Mi mujer había subido ya a descansar. El rumor de la capital principiaba a adormecerse. Y comenzaba, entonces, mi amanecer: el despertar de la frase exacta en la cual pudiese caber entera la idea precisa, o el del poema, en cuyo continente formal la emoción lograra adquirir el valor de un símbolo, el significado humano de un testamento.

Al placer de escribir se aliaba el deleite de hacerlo discretamente. Ninguno de mis colegas extranjeros tenía noticia de lo que estaba haciendo en lo personal. ¿Qué habría pensado sir Gladwyn Jebb si alguien le hubiese dicho que, la noche en que me excusé de ir con él al teatro, la había pasado leyendo a Dickens, para compararlo mejor con Balzac? ¿Y qué habría opinado el embajador Quaroni si uno de sus colaboradores le hubiese contado que estaba yo preparando un volumen acerca de los verdaderos próceres de Venecia?

A solas, en esas horas sin vértigo, volví a sentirme tan mío, pese a las obligaciones que me embargaban, como lo había sido en la

juventud. Continuaba cayendo, sobre la acera, una lluvia lenta. Eran ya pocos los automóviles que acezaban en su marcha rumbo a Chaillot. París callaba como sólo saben callar las ciudades llenas de historia: con un silencio hecho de experiencia y de escepticismo, de expectación y de compasión. Ese silencio es el que descubro, de tarde en tarde, entre las líneas de cuanto pude escribir entonces. Y, en silencio como ése, las palabras trazadas aquellas noches se han apagado —o se apagarán.

XII. ADIÓS A FRANCIA. MEDITACIONES SOBRE EL ATLÁNTICO. EL LICENCIADO LÓPEZ MATEOS. SU INTREPIDEZ Y SU SENTIDO DEPORTIVO DEL ESTADO

Mi mujer y yo salimos de París, una mañana de agosto, por avión. Como González de Mendoza se hallaba un poco enfermo, quedaría Weckmann, durante algunas semanas, al frente de la embajada. Muchos amigos fueron a despedirnos, aunque los más suponían que nuestra ausencia sería bastante corta. Yo, en cambio, consideraba extinguida, de hecho, mi función como embajador. Había enviado por barco todos mis libros, junto con los muebles y los objetos que mi mujer adquirió a lo largo de aquellos años. Tenía la intuición de que no volveríamos a París sino por períodos breves, de reposo, de estudio o de distracción.

Era, pues, aquélla una despedida —no oficial, pero sí real. Por eso, precisamente, me sentía más conmovido. ¡Cuánto debo a Francia, en aprecio y en gratitud! Conozco bien sus defectos, que más resultan excesos que deficiencias: su rigor, en el cual descubro mayor insistencia lógica que falta de simpatía o de caridad; su manía de sistemático ahorro, en la que veo menos afán de lucro que previsora cordura y deseo de no importunar a nadie, cuando se acerquen las horas desventuradas. No ignoro su orgullo histórico, pero —en muchas de sus manifestaciones— advierto más coherencia con el pasado que voluntad de imperio hacia el porvenir.

Se ha reprochado a Francia su infatigable nacionalidad. Y pocos pueblos han entregado tanto a los otros como el francés. Sus inventos, multiplicados por el capital y la acción tesonera de algunos de sus rivales, han producido a éstos mayor beneficio que a sus autores.

Se ha acusado de imperialismo, en los días de Napoleón; de frivolidad, en la época de Luis XV; de impaciencia, en los años de Poincaré. Y es cierto. Pudo ser impaciente, frívola y, en muchos casos, imperialista. Pero también es cierto que los soldados de Napoleón Primero llevaron, como alguien lo ha dicho, en la suela de sus zapatos, por todas las tierras de Europa, la inquietud de la libertad. Quisiéranlo o no, difundían los ideales de una revolución que el imperio logró tan sólo encubrir con máscaras muy precarias. Los casos de Austerlitz no escondieran del todo, en el fondo, el color y la forma del gorro frigio.

Fue, innegablemente, vana la sociedad de la Pompadour o de la du Barry; pero, al siglo de Luis XV, pertenecieron también pensadores como Voltaire y como Rousseau. A la postre, los altos tacones rojos de los marqueses despertaron, en Versalles, ecos menos sonoros que, en toda Europa, ciertos artículos de la *Enciclopedia.*

Fue impaciente la Francia de Poincaré. Aunque no fue tanta la impaciencia de su gobierno

como la paciencia de los que hubieron de sucederle, y que pulverizaron la victoria de 1918 en incontables cesiones y abdicaciones. Tales consentimientos permitieron a Hitler ganar la primera “mano” de la partida mortal de *bridge* en la cual los únicos vencedores fueron dos invitados de última hora: los Estados Unidos y la URSS.

Mientras las damas de la emperatriz Eugenia posaban para el cuadro famoso de Winterhalter, Pasteur estudiaba la fermentación de los vinos y Victor Hugo preparaba *Los miserables.* Mientras las cortesanas de la *“belle époque”* exhibían joyas y amantes bajo las lámparas del Maxim’s, Proust, entre dos crisis de su asma crónica,

evocaba la humedad misteriosa de los árboles de Combray. Mientras el “rey sol” fabricaba bastardos, para que los formase la futura marquesa de Maintenon, Pascal reflexionaba sobre la miseria del hombre, Molière escribía *El Misántropo* y Racine ponía —en labios de Tito— estos alejandrinos incomparables, inspirados por Berenice:

Gémissant dans ma cour, et plus exilé qu’elle,

non règne ne sera qu’un long bannissement…

Lo que ocurre es que Francia ha sabido convertir en virtudes muchos defectos y ha debido admitir que algunas de sus virtudes sufran el deterioro que el tiempo impone a todas las cualidades. Pero, por fortuna, continúa siendo sembradora y maestra: sembradora de nobles aspiraciones y maestra de claridad.

La Francia que yo dejaba tenía por fuerza que preocuparme. ¿Qué haría de ella ese personaje “de gran formato”, el general De Gaulle, en quien algunos creían descubrir no sé qué enigmática conjunción de Luis XIV y de Bonaparte con Juana de Arco?… No conocía yo al hombre; pero respetaba al patriota y al escritor. Encerrado él en Colombey, durante los años que pasé en Francia, no tuve nunca ocasión de verlo. Quienes lo habían tratado de cerca, como Joxe y como Soustelle, tenían ideas muy diferentes. En el espejo de cada uno, la imagen del estadista parecía distinta y contradictoria. Se adivinaba, sin embargo, en ambos espejos, el perfil de un hombre consciente de su grandeza y convencido de que el destino de su persona y el de su pueblo se encontrarían, tarde o temprano, en la misma ruta. ¿Sería esa ruta la dictadura? ¿O la democracia, robustecida por los plebiscitos?

Varios amigos nuestros temían que, en el “más ilustre de los franceses”, Julio César triunfase de Fabio Máximo. Otros, más perspicaces, sabían muy bien que el héroe de la liberación no convertiría jamás el Elíseo en un Berchtesgaden. Así lo comprobó la “quinta república”, durante los once años transcurridos entre 1958 y

1969… Pero ¿cómo podía yo anticipar lo que tantos franceses no presentían?

En mitad del Atlántico, a diez mil metros sobre el nivel del mar, durante aquel largo día de

agosto, el avión iba otra vez a proporcionarme, desde Orly hasta Nueva York, su abstracto tiempo presurizado: intervalo entre dos épocas de la historia, dos continentes —y, para mí, dos distintos modos de ver la vida.

Me apartaba de Europa, entonces, como de una instalación demasiado cómoda. Con halagos, fiestas, teatros y recepciones, la existencia diplomática parisiense podía acabar por enajenarme de lo esencial de mi propio ser. Quería buscarme, de nuevo, en México.

Al salir de la UNESCO, en 1953, regresé deseoso de disfrutar del clima de mi país, y de la humanidad de su pueblo, siempre dispuesto —incluso en las horas de angustia— a creer en la dicha próxima. Interrumpió aquella experiencia breve el desastre de mi salud. En 1958, me sentía escéptico y renuente. No aspiraba sino a insertarme en el monótono tren de la vida diaria —y escribir, si podía, libre ya de funciones oficiales y apremios públicos.

Mi mujer no desconocía mi estado de ánimo. Habíamos considerado varios proyectos: establecernos en Cuernavaca, comprar una nueva casa, o —mejor— completar la que ya teníamos, edificando un amplio despacho sobre un ángulo del jardín. Encontrarían allí acomodo los nueve o diez mil volúmenes que integraban mi biblioteca. En el centro de un muro, entre los estantes de cedro, colocaríamos un hermoso cuadro del Doctor Atl: el Paricutín, todo negro de lava, perfilado —valientemente— sobre el azul de un gran cielo espléndido… Y dejaríamos que la edad añadiese, a todo lo hecho y todo lo visto, la remembranza y quizá la paz.

La política no me interesaba. Dentro del gabinete, ningún puesto podía atraerme. Nada, por otra parte, hacía prever un porvenir venturoso a la futura administración. Las últimas semanas habían

sido inquietantes para el país. Telegrafistas y maestros, ferrocarrileros y petroleros estaban manifestando violenta inconformidad. Mi amigo, José Ángel Ceniceros, se hallaba en condiciones particularmente difíciles. La secretaría de Educación era objeto de vejámenes lamentables. El Instituto Politécnico, ocupado por el ejército, constituía por sí solo un peligroso foco de agitación.

Volver a asumir un cargo diplomático no me prometía días afortunados. En Francia misma,

¿qué hacer de nuevo?… Nunca son buenas segundas partes. Lo mejor sería renunciar, al término de mis vacaciones, y aprovechar las semanas disponibles para dar mi curso en el Colegio Nacional. Llevaba conmigo el ensayo sobre Balzac y el texto de *Maestros venecianos.* Vendrían acaso, después, un Tolstoi, un Proust —y, si me favorecía la suerte, una cosecha última de poemas.

Pero el hombre propone. Y disponen las circunstancias. Llegamos a México el 28 de agosto, a mediodía. Nos esperaban, en el aeropuerto, Marte R. Gómez y su señora. Les agradecimos esa atención —y los cuidados que ambos pusieron a fin de que no nos diésemos cuenta inmediatamente de lo que ocurría en la capital. Para llegar al hotel, el automóvil de Marte siguió un camino imprevisto, largo y sinuoso. Acabé por preguntar a qué obedecían tantos rodeos. Sólo entonces me explicó Marte que semejante itinerario, sin duda insólito, era

el mejor en aquel momento, pues se estaba registrando un tumulto en la avenida Juárez, frente al edificio de Petróleos, y muchos pensaban que los escandalosos tratarían de invadir las principales calles del centro.

Algunos amigos fueron a saludarme. Casi todos me parecieron tristes y recelosos. Se avecinaba la fecha en que debía rendir su postrer informe el presidente Ruiz Cortines. Y esas vísperas obligaban a muchas personas a pensar en las “sicilianas”. Llamé por teléfono a la secretaría privada del presidente. El señor Olmos me

indicó que don Adolfo quería que fuese a verlo. Concertamos una hora para la tarde del día siguiente. La audiencia sería en Los Pinos.

Encontré allí un hombre indignado, pero resuelto. No había perdido ni la sonrisa ni el laconismo. Me saludó con afecto —y con brevedad. En pocas palabras, formuló una síntesis de lo que, a su juicio, había acontecido. Y pidió que le llevasen las hojas finales de su próximo informe. Deseaba conocer mi opinión. Las leí con detenimiento. Al concluir la lectura, aventuré ciertas sugestiones.

Pocos días después de la ceremonia efectuada en la Cámara de Diputados, volví a visitarle. Comentábamos el éxito de su informe, cuando —de pronto— se abrió una puerta y vi acercarse al licenciado López Mateos. Con la más gubernamental de sus voces, me dijo entonces el señor Ruiz Cortines: “He querido que saludara usted al próximo presidente.

Necesitará la ayuda de todos los buenos mexicanos”. Adiviné su intención, pero preferí no manifestar nada que pareciese un ofrecimiento. Opté, en cambio, por aludir a acontecimientos pasados. Evoqué la actitud del licenciado López Mateos en Ginebra, cuando defendió con tanto vigor a la UNESCO, en una de las sesiones del Consejo Económico y Social. Lo felicité por su elección. Y me despedí.

Semanas más tarde (nos encontrábamos ya, mi mujer y yo, en nuestra casa de Güemes), sonó el teléfono. Oí la voz de mi amigo Justo Sierra. Me indicó que el licenciado López Mateos deseaba verme. Acudí a la cita. Descubrí de ese modo, en San Jerónimo, el pequeño despacho —lleno de libros— en el que tantas veces tuve ocasión, por espacio de años, de platicar con el presidente. Poco a poco, en aquel despacho, las armas acabaron por derrotar a los libros. En lugar de los altos estantes, surgieron amplias vitrinas, donde una mano apta (probablemente la del general Gómez Huerta) fue disponiendo bellas pistolas, de guerra o de cacería, rifles de lujo y puñales damasquinados… Los libros, por supuesto, no desaparecieron. Hallaron mejor albergue en el gran salón construido especialmente para alojarlos.

Aquella tarde, tuve la impresión de que no conocía en verdad a López Mateos. Había visto varias veces al funcionario y hablado, una noche, con el ministro. Pero no sabía cómo era el hombre. Y el hombre —ágil, culto, bondadoso e inteligente— me convenció. Sin vacilaciones, entró en materia. Me señaló la importancia que estaba resuelto a otorgar a la educación del pueblo. “Las inquietudes de que usted ha sido testigo —afirmó— no son tan graves. Todo concluirá, en cuanto se den cuenta los inconformes de que vamos a dedicar a los maestros, a

los estudiantes y a los obreros la mayor atención posible.” Había pensado en mí para que continuase —y ampliase— la obra iniciada durante el mandato del presidente Ávila Camacho.

Le agradecí el concepto que daba la impresión de tener de mis aptitudes, pero le manifesté que no codiciaba, en manera alguna, un puesto en el gabinete.

Sonrió, con la más afable de sus sonrisas. Y no volvió, por lo pronto, a abordar el tema. Al contrario: desvió la conversación hacia cuestiones muy diferentes. Ambos éramos, en esos días, fumadores infatigables. Así, entre humo de cigarrillo, se deslizaron tres cuartos de hora durante los cuales hablamos de la situación europea y, especialmente, de los obstáculos que podría encontrar, para gobernar a Francia, un personaje como De Gaulle.

Regresé a mi casa con la esperanza de haber sorteado un peligro inmenso: el de caer, otra vez, en el engranaje de la máquina burocrática. Y me dispuse a anunciar mi curso sobre Balzac.

Poco duró la tregua. En efecto, el licenciado López Mateos me había pedido que le enviase un memorándum en el cual le indicara —en términos generales— lo que, a mi entender, convendría intentar en materia de educación pública. No podía yo rehusarme a esa labor amistosa, de consejero. Pero emprenderla fue manifiesto error. Escribí ocho o nueve páginas, que resumían un programa muy ambicioso. Insistía yo, en ellas, sobre la urgencia de aumentar de manera considerable el importe del presupuesto. Dadas sus

exigencias, el programa iría probablemente al cesto de los proyectos irrealizables. Mas no fue así. Una tarde, por teléfono, el licenciado López Mateos me habló desde San Jerónimo. Había leído el memorándum y deseaba que le explicase algunos detalles. Fui nuevamente a verlo. Y, en tal ocasión, perdí.

—"Encuentro excelente el programa", me dijo, después de los comentarios que hicimos a diversos párrafos de ese texto. —"Pero la persona adecuada para ponerlo en práctica —

agregó, señalándome con el índice— es, a mi juicio, usted."

Traté en vano de disuadirlo. Sugerí varios nombres de mexicanos que lo harían, sin duda, menos mal que yo. Invoqué mi fatiga y el estado de mi salud. No lo persuadieron mis argumentos. Hizo alusión a mis deberes. ¿No había yo adquirido, en la UNESCO, una experiencia que tenía la obligación de entregar a México? —"Yo tampoco aspiraba a la presidencia —llegó a indicarme—, pero no se rehúsa uno a servir, cuando es menester hacerlo. Y usted no se rehusará."

Para acabar de convencerme tuvo la amabilidad de añadir que, por lo que anunciaría él acerca del problema educativo de México en su discurso de toma de posesión, me daría yo cuenta del estrecho acuerdo en que estábamos ambos. Era tan efusivo el tono de sus palabras, y emanaba de su persona una convicción tan sincera y tan entusiasta, que no me sentí con valor para insistir en mi negativa. Pensé en todas las dificultades que me esperaban. Sin embargo,

¿no constituían esas mismas dificultades un patriótico reto, del que hubiese resultado cobarde tratar de huir?

Más vencido que convencido, salí del despacho de San Jerónimo. En el automóvil, durante

el trayecto, me asombraron —como si fueran ajenas— mi falta de persistencia y la facilidad final de mi aceptación. A mi mujer, que estaba aguardándome en casa, me limité a decirle, como quien

confiesa un pecado: —“No conseguí evitarlo… Iré, nuevamente, a la Secretaría de Educación”.

¿Cómo volver a desempeñar cargo tan inquietante? Todo era obscuro en el horizonte que había alumbrado, antaño, la genial impaciencia de Vasconcelos. Pobreza, incuria, tumultos, me aguardaban seguramente. Pero, entre tantas sombras, se erguía una luz: la voluntad viril de López Mateos. Menos de tres horas de charla —en las dos entrevistas que he mencionado—

me habían persuadido de su talento y de su lúcida intrepidez. Los años de trabajo que tuve ocasión de vivir a su lado no hicieron sino robustecer en mi espíritu aquella impresión.

El hombre que tanta confianza logró inspirarme había llegado a la política por caminos difíciles de prever: el deporte, el sindicalismo, la oratoria, el profesorado… Andarín, boxeador, automovilista, orador vibrante, le gustaba el peligro en todo. Y, así como los domingos oprimía el acelerador del más rápido de sus autos para desplazarse a más de ciento treinta kilómetros por hora, así quería oprimir también todos los aceleradores de la existencia, en un ansia de ascenso, que sólo pudieron juzgar absurda los timoratos. Porque, excelente piloto, López Mateos sabía muy bien —por lo menos en lo político— el momento en que era indispensable frenar.

En cierto ensayo, habló alguna vez Ortega y Gasset del origen deportivo del Estado. No sé si tendría razón. Lo que puedo afirmar es que el presidente López Mateos fue un estadista de espíritu deportivo. Deploraba, en voz alta, algunas dificultades. Sin embargo, era precisamente entonces, ante los mayores obstáculos, cuando más parecía disfrutar del dominio efectivo de sus recursos. En el gobierno, prescindió de muchas satisfacciones personales —

pero no de una: la de vivir peligrosamente.

En septiembre de 1969, fuimos a enterrar —en el Panteón Jardín— lo poco que había dejado la enfermedad del hombre que pasará a la historia como uno de los grandes presidentes de la República.

Frente a la cripta en que descansan sus restos, pronuncié unas palabras que los diarios calificaron de “oración fúnebre”. Se trataba, más bien, de una exaltación vital.

Elogié en ella las cualidades más apreciables de Adolfo López Mateos: la luz de su inteligencia y la llama de su carácter.

No se le ha hecho, hasta ahora, plena justicia. Fue un constructor. De su paso por la presidencia de la República quedan obras que nadie puede ignorar y que, por sí solas, atestiguan la magnitud de su ímpetu creativo: toda una red de caminos, amplia y nerviosa; grandes trabajos de electrificación y de irrigación; hospitales, viviendas, veneros de agua potable; museos que exaltan la continuidad de nuestra cultura; millones de libros para los

niños, millares de aulas y centenares de talleres y de laboratorios para los jóvenes. Pero no fue tan sólo, por fortuna, un constructor en lo material. Ninguna nación se ha erigido exclusivamente con piedra, hierro y cemento armado. Y él lo sabía. Por eso fue algo más importante que un director de las promociones prácticas del país. Fue un animador de la patria, un intérprete de sus aspiraciones, un ejecutor de sus ideales, un paladín de sus postulados y un obrero ferviente de su destino. Mejoró al México tangible y fomentó al intangible, en profundidad tanto como en altura. ¿Quién se atrevería a negar la confianza que tuvo siempre —y que siempre logró inspirarnos— en las capacidades de nuestro pueblo, como gestor de progreso en la independencia y en la justicia?… Realizador incansable, era al mismo tiempo, un sembrador magnífico de esperanza.

No había fatiga para su cuerpo, ni desencanto para su alma. La responsabilidad del gobierno mientras la tuvo, fue —en cierto modo — el secreto de su salud. Y lo mismo en cualquier rincón del país que, a millares de kilómetros de distancia, en las visitas que hizo a diversas naciones de América, de Asia y de Europa, resultó siempre superior al tedio y al desengaño, benévolo sin flaqueza, estricto sin amargura, fuerte sin rigidez.

En el bronce de nuestra historia, su perfil está ya acuñado profundamente. Es el perfil de un hombre que comprendió la misión del hombre en su lucha contra todas las vejaciones, sobre las cuales se erguirá alguna vez el linaje humano. Sí, el linaje humano. Porque López Mateos sintió incesantemente los compromisos de pensar como mexicano dentro de un orbe en que las razas más diferentes y las más distintas culturas tienen derecho a expresarse con libertad.

Consciente de la originalidad de lo nuestro, no opuso nunca el más leve obstáculo a la originalidad de las sociedades humanas que constituyen la vasta armonía internacional.

Acaso, al hacer este elogio suyo frente a su tumba, no insistí suficientemente en la espontaneidad singular de su simpatía. López Mateos hablaba con elocuencia, pero —cuando callaba— sabía modular el silencio como una estrofa. Indicaban entonces sus ojos el minuto en que ya no era la cortesía atención amable, sino promesa —o, al contrario, reprobación.

Cuando ésta prevalecía, la sonrisa desarmaba a sus interlocutores rápidamente. Lo mismo en la avenida central de una gran ciudad que en el corredor de una escuela de provincia, “abría plaza” como un torero. Y nada escapaba a su vigilancia. Cierta mañana, en la inauguración de un mercado, una mujer del pueblo quiso acercarse a él. Los oficiales la apartaron. Pero el presidente volvió en seguida sobre sus pasos. Dio la mano a la humilde solicitante; leyó el papel que le había tendido y le indicó que fuera a Palacio el próximo lunes. No sé si recibió a la mujer; pero estoy convencido de que, si su petición era justa, debió resultar favorable el acuerdo dado.

¡Generoso y brillante López Mateos! ¿Quién hubiera podido afirmarme, la tarde en que acepté el puesto de secretario de Educación, que viviría a su lado seis largos años de feliz colaboración y amistad estrecha?… El jefe más efectivo no es el que manda con adustez, sino el que sabe dar a su autoridad el sentido mágico del afecto.

XIII. REGRESO A LA SECRETARÍA DE EDUCACIÓN.

DIFICULTADES, INCERTIDUMBRES. ¿CÓMO DAR UN ALMA A NUESTRA ENSEÑANZA? PRESENCIA Y MUERTE DE VASCONCELOS

Dadas las condiciones que prevalecían, no era motivo de regocijo el regresar, en 1958, a una secretaría de Estado, de la que había podido salir —no sin ventura— doce años antes. Durante ese lapso, los licenciados Manuel Gual Vidal y José Ángel Ceniceros realizaron valiosas actividades. El segundo, especialmente, se empeñó en extender la obra educativa de la Federación. Pero, de pronto, sus mejores intentos tropezaron con obstáculos deplorables.

Sobre todo en los últimos meses de su administración, se produjeron agitaciones políticas que otros no habrían sabido sobrellevar. Él las aceptó con firmeza. El Instituto Politécnico fue ocupado por el ejército. Centenares de profesores invadieron el edificio de la secretaría y convirtieron en inesperados establos de Augias los patios del palacio erigido por Vasconcelos.

El martes 2 de diciembre fui a la secretaría, libre ya de invasores. Con sonriente desprendimiento, Ceniceros me entregó el cargo del que iba a retirarse. En nuestra charla, me deseó éxito. Pero —no sin malicia— me hizo advertir que la silla del escritorio era la misma que había ocupado yo durante el gobierno del general Manuel Ávila Camacho. Y comentó:

“No olvide que es giratoria”…

Nos rodearon algunos empleados y múltiples periodistas. Pronunció Ceniceros, entonces, un breve y cordial saludo. Agradecí sus palabras. Terminado el acto, me quedé solo. Volví los ojos a mi antigua mesa de trabajo. Seguía allí la Minerva —de bronce y mármol— comprada, treinta y siete años antes, por Vasconcelos. La continuidad de aquella presencia me confortó.

No obstante, al tocar la estatua, advertí en ella cierta ligera herida. El mármol había sido restaurado ingeniosamente. ¿Quién lo habría roto?… El desperfecto no era muy apreciable. ¡Y

tantas cosas habían quedado truncas en la inmensa y difícil secretaría!

Después de dar posesión al subsecretario Ernesto Enríquez y a mi secretario particular Rafael Solana, dispuse que los mozos abrieran las puertas de mi despacho. Quería recibir a más de trescientos maestros y maestras que estaban aguardando en los corredores. Me conmovieron, en muchos de ellos, la palidez, las canas y las arrugas. Pertenecían a la “vieja guardia” de 1944. Recordaban los días de la Campaña Nacional contra el Analfabetismo, la Biblioteca Enciclopédica Popular, el Instituto de Capacitación del Magisterio y el Programa Federal de Construcción de Escuelas. Humildes y esperanzados, esos hombres y esas mujeres

deseaban todavía creer en mí. Me felicitaron, se congratularon de mi regreso y, antes de despedirse, algunos me pidieron tímidamente: “Que liberen a Othón; que no quede preso ningún maestro”…

A continuación de los espontáneos, llegaron los oficiales. La víspera, había sido renovado el Comité Ejecutivo del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación. Como secretario general, resultó electo el profesor Alfonso Lozano Bernal. Allí estaba él, junto con los demás miembros del comité. No los conocía yo. Lozano Bernal me produjo la mejor de las impresiones. Era un hombre sencillo, de palabras someras, intenciones prudentes y silencios muy oportunos. Me dijo lo que tenía que decirme. Aludió a la necesidad de que la paz entre las autoridades y los profesores correspondiese al respeto que debería siempre existir entre la secretaría y el sindicato. Y me indicó que consideraba indispensable la liberación de Othón Salazar y de los estudiantes que se hallaban todavía detenidos. 1

De nuevo a solas, recorrí lentamente el salón al que tantas veces subí, cuando joven, durante el ministerio de Vasconcelos. De

diciembre de 1943 a noviembre de 1946, allí pasé esos años rápidos contra el tiempo a los cuales hube de referirme en el tercer libro de estas *Memorias.* Todo estaba en su sitio: la ancha, larga y sólida mesa para el trabajo colectivo de un eventual consejo de educadores; las lámparas de cristal, los estantes de la biblioteca vacía, disimulados con puertas de cedro rojo en las que algún ebanista anónimo trató de evocar las gracias decorativas del virreinato; los enormes jarrones de Talavera, blancos y azules, obtenidos —quién sabe dónde— por Jorge Encino, y, sobre los muros, las ilustraciones de Montenegro, alegorías místicas del Oriente y del Occidente.

A la derecha de mi escritorio, reinaba la flor del loto, danzaba una bayadera y podían imaginarse las delicias póstumas del Nirvana: la dicha que da al espíritu el desprendimiento absoluto de las cadenas trágicas del deseo. A la izquierda, dominaba la cruz de Cristo. Bajo aquel venerable signo, ¡cuántas obras —pías e impías— había realizado la humanidad! Pensé en el sermón de san Francisco, exhortando a los pájaros fraternales. Evoqué el Monte de los Olivos. Pero ni la memoria de las más sublimes plegarias hubiera podido hacerme olvidar las torturas de la Inquisición, la venalidad de algunos pontífices y la blasfemia sórdida de las guerras. Porque, aun dirigidos por hombres tan puros como san Luis, los cruzados no mancillaron menos su espada que los secuaces de Saladino, sus yataganes. Cada vez que un cristiano mata, es a Cristo a quien hiere —sin confesarlo.

Resultaba sorprendente que aquellos símbolos religiosos, sugeridos por Vasconcelos, adornasen el despacho de un funcionario destinado a encomiar las virtudes éticas del laicismo.

En los tiempos en que pintó Montenegro esos dos murales, Vasconcelos no optaba aún por la fe católica. Buscaba, entre sombras, la ley de Buda. Siempre víctima del deseo, cuando no del capricho, el poeta de *Prometeo vencedor* —con la menos hindú de las vehemencias—

aspiraba al Nirvana hindú…

¡Cuántas contradicciones en el alma estremecida y profunda de nuestro México! Las que

advertía yo en mi oficina no eran sino pálido testimonio de las que atormentaban a todos mis compatriotas. Querían poder, saber y creer; pero sin graduar la altura de los peldaños que hay que subir para creer con fervor en lo que se sabe, realmente lo que se cree, y medir el momento preciso en que el poder representa un bien —el de ofrecer a nuestros iguales cuanto tenemos—, o, al contrario, el más negro mal: el de arrancarles lo que poseen.

¿Cómo educar a pueblo tan ávido y tan austero, tan sumiso y tan ambicioso, tan exigente y tan tolerante, tan satisfecho de imaginar que ha llegado a ser lo que aún no es y tan anheloso de ser lo que no parece, desde muchos puntos de vista, dispuesto a ser?… Ansía la técnica —y la desprecia. Guarda caudales de cultura, que no siempre utiliza. Inteligente, hace de la ilusión un fantasma de la esperanza, y de la esperanza un sucedáneo cómodo del proyecto. ¿Para qué programar, si improvisar es tan fácil y, en ocasiones, tan efectivo?

Los gobiernos creían que los maestros acataban fielmente sus planes —que, a menudo, ni siquiera leían. Entre las razones de Estado, que exponen los funcionarios, y la forma en que muchos de los educadores interpretan tales razones, media un abismo. En 1921, Vasconcelos pugnó por federalizar la enseñanza. En 1943, imaginé candorosamente que la firme unidad sindical de los profesores contribuiría a mejorar la federalización ideada por Vasconcelos.

Pero, en 1958, me daba cuenta de que, desde el punto de vista administrativo, la federalización no era recomendable en los términos concebidos por el autor de *El monismo estético.* Por otra parte, la unificación sindical no parecía favorecer de manera muy positiva a la calidad del trabajo docente de los maestros. Habíamos perdido contacto con la realidad de millares de escuelas sostenidas por el gobierno, desde Sonora hasta Chiapas y desde la frontera de Tamaulipas hasta las playas de Yucatán. Nuestros informantes

directos eran inspectores que, como socios activos del sindicato, encubrían a tiempo las faltas y las ausencias de los maestros, pues no ignoraban que la gratitud de sus subalternos les sería, a la larga, más provechosa que la estimación de sus superiores.

No siempre podían actuar los líderes en la orientación cultural y moral de los agremiados.

En ocasiones, les interesaba más que otra cosa, ejercer influencia concreta en la política del país. Algunos lograban insertarse en el sector de los próximos candidatos a diputados o a senadores. Vislumbraban, así, la ruta que podría conducirles, con un poco de suerte, a la dirección de un establecimiento oficial, o —si obtenían apoyos más sólidos— hasta el palacio de gobierno de algún Estado.

Muchos maestros —sin la humilde y viril franqueza de los que traté en 1944— invocaban la respetabilidad de su profesión, para exigir aumentos de sueldos y de servicios. Pero olvidaban las obligaciones que esa respetabilidad hubiera debido imponerles en la cátedra y en la vida.

Su táctica más frecuente ya no era la persuasión, sino la amenaza. Cuando los dirigía un hombre cortés como Lozano Bernal, se advertía que la amenaza no era el producto de un interés del líder, sino el efecto de la inquietud que afligía al líder frente a las incontenibles

violencias de sus prosélitos. La mañana en que me presentó a los miembros del comité ejecutivo de la sección IX del sindicato, comprendí que existía entre ellos cierta recóndita hostilidad. Los dirigentes nacionales del magisterio querían iniciar sus labores sin excesivos alardes contra el gobierno. En cambio, los de la sección IX, que representaban a los maestros capitalinos de educación primaria, tenían propósitos de combate. Se habían percatado de que constituían una considerable fuerza de choque. Distribuidos en las provincias, sus compañeros solían tardar varios meses en concertarse. Ellos, en cambio, coordinaban sus designios en pocas horas.

Llamé a varios de los maestros que pertenecían a la que estimaba mi “vieja guardia”. Los encontré indecisos, aterrados ante los jóvenes. ¿Qué había ocurrido durante mi ausencia? Ni los programas de 1944 dieron los frutos que supusimos, ni los nuevos egresados de las Normales querían oír hablar de “apostolados” o de “misiones”. Advertían que, en nombre del progreso económico, el país estaba acostumbrándose a desmentir los ideales de la Revolución. Enterados de las fortunas que delataban —o que escondían— muchos hombres públicos, sabían que los verdaderos beneficiarios de la lucha librada por el país a partir de 1910 no eran tanto los campesinos y los obreros, cuanto los industriales, los banqueros, los comerciantes y los políticos. Se habían aliado, más o menos visiblemente, con los descontentos de otras fracciones del gremio trabajador, sobre todo con los ferrocarrileros y los telefonistas. Enarbolaban, cuando les convenía, las banderas de la disidencia, sin apreciar muchas veces la distancia que existe entre exigir y cumplir, pues sólo el que cumple bien tiene derecho a exigir que los otros cumplan.

Fue inútil que me empeñase en exaltar la acción social del educador. Dije —y repetí hasta el cansancio— que, en todas las obras del hombre, nada reemplaza al alma y que, de la robustez del alma que diéramos a las nuevas realizaciones de México, dependería su persistencia. El maestro no es exclusivamente un profesional de la educación. Es, a lo largo de toda su vida, un ciudadano capacitado para educar. Si, como ciudadano, aspira a una mayor justicia social, como maestro debe ser justo en el interior de la escuela misma. Si, como ciudadano, quiere que cumplan todos sus semejantes con sus deberes, ha de empezar por cumplir él mismo, sin alardes ni intemperancias, con su deber.

Redacté un mensaje, que leería el miércoles 7 de enero, en el salón de actos del Seminario de Cultura Mexicana, al inaugurar la Junta de Educación Preescolar y Primaria. Me referí, en ese discurso, a los desiertos contra los que tienen que luchar los educadores: no sólo el desierto físico, que abruma a diversas regiones de nuestro suelo, sino el desierto intelectual en que viven, sin culpa suya,

millones de nuestros compatriotas: hombres, mujeres y niños a quienes los maestros deberían esforzarse por integrar a la evolución de México. No pronuncié en ningún momento el término "apostolado". Sin embargo, muchos miembros de la sección IX

hicieron burla de mis palabras. Y, en un diario, Freyre me representó frente a uno de esos

"educadores". Le ofrecía yo un libro sobre cuya cubierta se leía un solo vocablo:

"Patriotismo". El profesor (que llevaba en sus manos otro volumen, titulado "Aumento de sueldo") me decía burlonamente: "Doctor, yo también quiero obsequiarle algo…" El caricaturista había captado muy bien la tragicomedia en que me encontraba.

Examiné las estadísticas escolares. No recibían educación primaria sino tres millones novecientos setenta mil niños en el país. De esos niños, dos millones ciento sesenta y seis mil asistían a los planteles sostenidos por la Federación. ¿Cuántos otros carecían de escuela?

Según los cálculos más optimistas el total era aproximadamente de tres millones. Pero la deserción escolar añadía a tal cifra una obscura incógnita. ¿Tendríamos que limitarnos a vivificar la campaña alfabetizante que, desde 1946, había ido declinando y perdido mucho de su vigor? Rechacé esperanza tan engañosa. La lucha contra el analfabetismo, indudablemente, debería proseguir; pero la nación reclamaba planteles donde pudiese proporcionarse a los niños enseñanza cabal, hasta el sexto grado. El presidente me había autorizado a redactar una iniciativa, destinada al Congreso, a fin de constituir una comisión que estudiase la posibilidad de adoptar un plan nacional de expansión y mejoramiento de la educación primaria en la República. Cierto día, mientras estaba yo dando forma a ese texto, me anunció Rafael Solana la visita de Vasconcelos. Dejé lo escrito, y me levanté para saludar a mi antiguo jefe.

Vasconcelos continuaba desempeñando el cargo de director de la Biblioteca México. La Ciudadela, para su espíritu, era un baluarte. Desde aquel reducto, disparaba —de cuando en cuando— airadas flechas contra instituciones y hombres entre los cuales seguía viviendo una vida que a nadie daba la impresión de un otoño adusto, pues Vasconcelos sabía mezclar, con la violencia verbal, el perdón secreto. Cada cólera suya acababa en desdén. Y su desdén podía interpretarse frecuentemente como un olvido.

Era el mismo ser, generoso y vertiginoso, que acostumbraba pasar de una cúspide a otra, sobre las cimas de las ideas, sin medir los abismos que dominaba ni preocuparse por comprender cómo los vencía. Católico y pitagórico, nietzscheano a veces, había escrito —

entre varias obras de orden autobiográfico— un volumen en el que alternaban sus fantasías de metafísico y sus experiencias de educador. Ulises, por definición y temperamento, dio a ese libro un título significativo: *De Robinsón a Odiseo.* Imaginaba a Dewey como a un Crusoe mecánico en el colegio. Al lema de los pedagogos prácticos —"aprender haciendo"—, prefería con mucho el vitalismo cultural sobre cuyas bases había querido fundar el progreso de nuestro pueblo.

En la charla que sostuvimos, me dijo horrores del artículo tercero de la Constitución. A su juicio, una escuela sin Dios sería inevitablemente una escuela sin alma. "No es posible ser laico" llegó a repetirme en el curso de nuestra plática. Y luego, a quemarropa, me preguntó:

—"Pero ¿cómo pudo usted regresar a esta cárcel llena de grietas?"…

Opté por cambiar de tema. ¿De qué hubiesen servido todos mis argumentos? Vasconcelos había llegado a esa época de la vida en que las ideas —justas o injustas— no aceptan ya la contradicción. Sus críticas acerca del artículo tercero me parecieron muy deleznables. Sin

embargo en lo concerniente a mi aceptación del cargo que había ocupado ya durante el gobierno del general Ávila Camacho pensé que Vasconcelos —probablemente— tenía razón.

No fue aquella mi última charla con Vasconcelos. Meses más tarde, me visitó nuevamente.

Me pareció cansado y desconcertado. Deseaba asistir a un congreso de filosofía que iba a efectuarse en la India. Tenía recursos para pagar su pasaje y su estancia en el país de Tagore.

Pero alguien —tal vez uno de sus familiares— insistía en que lo acompañara un médico.

Vasconcelos estaba enfermo y no debía emprender solo tan largo viaje. ¿Podría yo ayudarle a salir del paso?

Me conmovió su pregunta. Tenía la certidumbre de que el licenciado López Mateos me permitiría, con gusto, cubrir el importe del viaje. Era comprensible que el autor de *Estudios indostánicos* no quisiese morir sin ver la tierra fantástica de los Vedas. Como estaba acabando junio, y el asunto exigía un acuerdo escrito, propuse a Vasconcelos que esperásemos hasta el miércoles primero de julio para que tuviese tiempo de acordar con el presidente y poder confirmarle mi ofrecimiento. Me dio las gracias. Y quedó concertada una cita para ese día, a las doce y media. Desventuradamente, no fue posible que recibiera dádiva tan modesto hombre, tan admirable y tan admirado. La autorización fue obtenida; pero, durante la noche del martes 30 de junio, y tras de varios ataques cardíacos, Vasconcelos murió.

A pesar de sus controversias y sus desvíos, hubiésemos deseado rendirle un gran homenaje público. ¿Cómo intentarlo? Los periódicos publicaron una carta suya, dirigida a su yerno, el licenciado Ahumada. En ella hacía constar su última voluntad. No quería que lo llevásemos a la Rotonda de los Hombres Ilustres. Apasionado hasta en la previsión de la muerte, reiteraba

—en aquella página amarga— su actitud de católico intolerante. Citaré uno de sus párrafos:

“Un entierro en la Rotonda sería para mí casi una injuria. En aquel lugar se hallan, entre otros, los restos de cierto aviador que debe su gloria oficial a las persecuciones que consumó con mis amigos del vasconcelismo. Y, por otra parte, el autor de la *Breve historia de México* nada tiene que hacer en un cementerio dedicado en especial a los héroes de la Reforma masónica del juarismo”.

Acompañé al licenciado López Mateos a la casa del desaparecido. Hicimos guardia junto a su féretro. Más tarde, fui con sus deudos hasta el Panteón Jardín. Frente a su tumba, elogié su obra excelsa de fundador. Mientras hablaba, recordé cuánto le debía: en confianza, en orgullo, en fuerza y en honradez. Pero recordé también cuánto había de inimitable en su ejemplo ardiente: la visión luminosa, la pasión humana —tan veloz en brillar como en extinguirse—, y ese fervor por la raza cósmica que anunciaba su voz latina a los pueblos latinos de este Hemisferio.

De los tres grandes educadores de que se ufana nuestro país (Gabino Barreda, Justo Sierra y José Vasconcelos), el tercero habrá de quedar, en la memoria de futuras generaciones, como el más atrevido y contradictorio, el más impulsivo y más fulgurante, el menos lógico y más genial. Injusto por impaciente, rebelde por inconformidad y dogmático por angustia, la

tormenta fue su ámbito inevitable. Se creyó Ulises, descubridor de islas inmateriales y especialista en peligrosos periplos mágicos. Pero nunca se hizo atar al mástil de su navío para escuchar, sin riesgo, el canto de las sirenas. Las más impetuosas horas de su existencia y las mejores páginas de sus libros fueron aquellas, precisamente, en las que el canto de las sirenas le enseñó a preferir el naufragio a la abdicación.

XIV. LOS PROBLEMAS DEL INSTITUTO POLITÉCNICO

NACIONAL. 1 729 NUEVAS AULAS EN MENOS DE UN

TRIMESTRE. SUPRESIÓN DE LAS “COMISIONES” CONCEDIDAS A LOS MAESTROS. EL AULA-CASA PREFABRICADA

El año de 1959 principió, para mí, en diciembre… de 1958. Muchos eran los problemas que tenía que resolver. Los más apremiantes emanaban de las agitaciones estudiantiles —y magisteriales— que habían afectado a la pasada administración. Resultaba indispensable aquietar la indignación producida por la presencia de los ocupantes militares del Politécnico.

No debía prolongarse la detención de Othón Salazar y del joven Nicandro Mendoza. Además, necesitábamos preparar las inscripciones escolares en los planteles que abrirían sus puertas a partir de febrero.

Con ser graves tales cuestiones, otros obstáculos —menos visibles en apariencia— me preocupaban más hondamente. ¿Cómo dar enseñanza primaria a los millones de niños que no tenían aula ni profesor? ¿Cómo distribuir buenos libros de texto, gratuitos, a los que asistían ya a las escuelas? ¿Cómo ampliar la acción federal en los planteles de segunda enseñanza y de preparación de los normalistas? ¿Cómo abrir los centenares de centros de capacitación —

agrícola y técnica— que requerían no sólo los adolescentes de escasos recursos económicos, sino el mejoramiento campesino y urbano, en el surco y en el taller?

Por lo que atañe al Politécnico, la liberación de los estudiantes presos y la salida de los soldados que resguardaban aún algunos de sus locales, redujo la tensión de los disidentes.

Quedaban, sin embargo, dos asuntos por decidir: la permanencia del ingeniero Alejo Peralta en el puesto de director general y la revisión de la Ley Orgánica del Instituto.

El ingeniero Peralta gozaba de la amistad de un grupo de profesores y de la adhesión —no sé si en verdad sincera— de un sector de los estudiantes. Pero había aceptado el cargo en días en que las fuerzas armadas tuvieron que asegurar el orden en los planteles. Tal circunstancia lo invalidaba, a juicio de la mayoría de los alumnos y de no pocos de los maestros. Hombre dinámico, inteligente y dotado de indiscutible arrojo ante los rebeldes, confiaba mucho en su prestigio. La Federación Nacional de Estudiantes Técnicos parecía dispuesta a colaborar con nosotros, siempre que se revisara la Ley Orgánica del Instituto, se estableciesen carreras subprofesionales de electricistas, radiotécnicos y mecánicos, se crease una dependencia capaz de orientar y coordinar la enseñanza técnica en el país, se otorgase un servicio de desayunos a precios módicos y se aumentara el número de las becas.

Ninguna de esas demandas era irrealizable. Teníamos en proyecto la creación de dos

nuevas subsecretarías: la de enseñanza técnica y la de asuntos culturales. No creíamos necesario revisar la Ley Orgánica del Instituto, pero sí consideraba yo imprescindible expedir un reglamento de aquella ley. Siempre fui partidario de fomentar las carreras subprofesionales. Por otra parte, la desaparición del internado justificaba el aumento de las becas.

Por desgracia, los jefes de la Federación de Estudiantes Técnicos no disponían de autoridad entre todos sus compañeros. Varios otros jóvenes demostraban mayor audacia y movían a núcleos de mayor ímpetu. En enero, esos jóvenes ocuparon las oficinas de la Federación. Aunque pronto fueron desalojados de esos recintos, continuaron su lucha. Y, el 25

de febrero, asaltaron el despacho de la dirección general. El presidente me autorizó, entonces, a suspender las clases —que acababan de iniciarse— y a encomendar el estudio cabal de la situación al Consejo Técnico Consultivo del Instituto.

El ingeniero Peralta reiteró su renuncia el 28 de mismo mes. Pedí a miembros del Consejo

—integrado por catedráticos y estudiantes— una lista de seis personas a fin de escoger, como director general, al candidato que estimásemos más idóneo. De los profesores propuestos, elegimos al ingeniero Eugenio Méndez Docurro, técnico joven, enérgico y eficaz, que había ocupado ya un alto cargo en la Secretaría de Comunicaciones y Transportes. Tomó posesión el 11 de marzo; pero, un día antes, publicamos el nuevo reglamento del establecimiento, el cual

—a pesar de la prisa con que fue redactado— no debió ser tan defectuoso, puesto que ha resistido a una prueba de largos años.

A partir de la expedición del reglamento y de la designación del ingeniero Méndez Docurro, el Instituto no suscitó mayores dificultades. Contribuyó mucho al éxito obtenido, sin duda, el nombramiento del ingeniero Víctor Bravo Ahuja como subsecretario de enseñanzas técnica y superior.

Durante el sexenio, prevaleció un espíritu de armonía entre el gobierno y el Politécnico. El licenciado López Mateos fue recibido siempre con entusiasmo por los alumnos y los maestros.

Organizamos varias exposiciones de técnica y de cultura. Nos esforzamos por impregnar de humanismo los programas de estudio más secos y más austeros. Estimulamos los deportes.

Favorecimos la organización de grupos artísticos juveniles. Y, en agosto de 1964, inauguramos la Unidad de Zacatenco.

En aquella inauguración —y antes de que hiciera uso de la palabra el ingeniero Moreno Torres, a cuyo impulso se debió en gran parte la obra— quise rendir homenaje a los grandes precursores de la enseñanza técnica en México. Me referí, entre otros, a Vasco de Quiroga, a Miguel Hidalgo, a Benito Juárez y a José Vasconcelos, primer secretario de Educación que tuvo el acierto de establecer un

departamento especial de enseñanzas técnicas. Asocié al nombre del presidente Cárdenas, los de fundadores como el ingeniero Juan de Dios Bátiz y mis amigos Luis Enrique Erro y Wilfrido Massieu. Y traté de poner en guardia a catedráticos y a estudiantes frente al peligro de una tecnocracia privada de corazón.

Volviendo los ojos al doctor Ignacio Chávez —rector, entonces, de la Universidad Nacional Autónoma— manifesté: “Veo un símbolo promisorio en la circunstancia de que las dos centrales del pensamiento humanístico y del pensamiento técnico (la Ciudad Universitaria en el Pedregal y la Unidad de Escuelas Superiores en Zacatenco) hayan sido construidas en los dos extremos de la gran ciudad en la que palpita el corazón potente de la República. Me parecen, de lejos, dos alas de un solo cuerpo. Y habrán de extenderse fraternalmente, como dos alas, en ese vuelo incansable hacia el ideal que la historia llama progreso y que, para nosotros, es tan apremiante como la vida”. Insistía yo así en una tesis que había sustentado desde 1944: universitarios y técnicos no son elementos rivales, sino complementarios y coherentes. Su estrecha vinculación constituye una garantía de realismo en la cultura y de humanidad en el desarrollo.

No podría concluir este fragmento de mis Memorias sin precisar un dato, que estimo el testimonio más fehaciente de la atención concedida a la formación técnica de la juventud por el gobierno de López Mateos. En 1958, el Instituto Politécnico Nacional contaba con veintidós mil ciento ochenta y siete alumnos. En 1964, el número de los inscritos en sus diversas escuelas fue de cuarenta y cinco mil quinientos. Por otra parte, en 1958, la secretaría administraba siete establecimientos tecnológicos en provincia, con una matrícula total de cuatro mil cuatrocientos cincuenta y ocho jóvenes. En 1964, tras de añadir a esos siete planteles los que creamos en Mérida y en Zacatepec, el conjunto de los educandos llegó a ser de nueve mil novecientos dieciséis. Era poco, todavía; pero habíamos más que duplicado, en seis años, lo conseguido a lo largo de cuatro lustros de esfuerzos por la Federación.

En lo que atañe a la acción universitaria, me bastará indicar que las universidades del país recibieron del gobierno, en 1958, subsidios por valor de noventa y dos millones de pesos. El total de lo concedido a esas casas de estudio, en 1964, fue de trescientos cincuenta y siete millones, sin contar el importe de los terrenos donados a algunas de ellas para la ampliación de sus edificios.

Al principiar este capítulo aludí a otra apremiante cuestión: la que nos planteaban, en diciembre de 1958, las inscripciones en las escuelas primarias regidas, entonces, por el calendario de tipo A. Los padres de familia se habían acostumbrado —no sin protesta— a hacer largas colas, durante horas, para tratar de obtener un lugar en el que pudieran ser admitidos sus hijos. Faltaban aulas y profesores. El 4 de diciembre, me recibió el presidente.

Le expuse una iniciativa que, por sencilla, podía parecer un poco descabellada. Más de tres mil maestros se hallaban comisionados en forma que no tenía relación directa con sus empleos y con su sueldo. La causa era fácil de comprender. Todos esos “educadores”, fabricados en serie por la Escuela Nacional de Maestros, no querían (aunque muchos fuesen originarios de

los Estados) salir de las calles capitalinas y no encontraban, en el Distrito Federal, aulas donde ejercer su profesión, pero sí personas muy influyentes, dispuestas a liberarlos de su servicio, para que nada hicieran o para que los ayudasen —no sé si fructuosamente— en sus despachos, sus casas o sus empresas. En cambio, decenas de millares de niños estaban en peligro de no hallar escuela donde inscribirse.

Propuse al presidente esta solución: suprimir todas las “comisiones”, y construir o adaptar, en noventa días, mil setecientas aulas. El licenciado López Mateos me miró, casi con ironía.

Aun suponiendo que fuésemos capaces de anular todas las “comisiones” (y tropezaríamos con sólidas resistencias tanto en el sindicato como entre los maestros y en políticos de importancia), ¿de dónde obtendríamos los millones indispensables para la

construcción y la adaptación de tantas aulas? ¿Y qué arquitectos podían asegurarme su capacidad de erigirlas en sólo tres meses?

“La decisión depende fundamentalmente de usted”, me permití contestarle. “El arquitecto Ramírez Vázquez y mis colaboradores en la secretaría, como el arquitecto González Delsordo, me afirman que, si disponen de fondos, estarán en aptitud de construir, en el plazo indicado, las aulas que corresponden a los servicios de que los hemos hecho responsables.” Le presenté, entonces, el acuerdo que me ordenaba cancelar desde luego todas las “comisiones”, así como un cálculo de los créditos que exigiría la edificación proyectada.

Leyó el acuerdo. Y lo firmó sin vacilación. En cuanto a los créditos, se comunicó por teléfono con el licenciado Ortiz Mena. Le explicó mi solicitud y le expuso la conveniencia de que la Secretaría de Hacienda me anticipase cantidades que, en gran parte, gravitarían sobre el presupuesto de 1959. Al concluir la plática, me autorizó a proceder. En quince minutos, gracias a la rapidez de su decisión, habíamos ganado la primera batalla del régimen en lo concerniente a la educación primaria en la capital.

En el fondo, la verdadera batalla iban a ganarla los arquitectos y los millares de obreros que contrataron. El Departamento del Distrito Federal se había comprometido a proporcionarnos doscientas cuarenta y tres aulas. El comité administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas procedió a construir setecientas cuarenta y cinco. Y

nuestra dirección de Edificios levantó cuatrocientas cincuenta y nueve. Además, adaptamos doscientas ochenta y dos, lo que nos permitió disponer, en el primer trimestre de 1959, de mil setecientas veintinueve nuevas salas de clase, con capacidad para acoger —en dos turnos, y en grupos de cuarenta y ocho o cincuenta alumnos— a más de ciento cincuenta mil niños, hasta entonces carentes de escuela. El costo total fue de sesenta y tres millones quinientos ochenta mil pesos.

Más trabajo hubo de costarme el lograr que los maestros “comisionados” volvieran a sus labores. Centenares de ellos se resistieron, acudieron al sindicato, solicitaron su protección y no tardaron en obtener que me importunasen, por teléfono o por escrito, muchos políticos. Me negué a todas las peticiones. Resistí a las influencias más perentorias. Y más de tres mil

maestros regresaron a sus tareas: vencidos muchos —y convencidos otros, tal vez, de que no podrían descuidar por más tiempo el trabajo escolar que les incumbía.

Mis colaboradores inmediatos, en la obra de edificación, fueron Pedro Ramírez Vázquez y Ramiro González Delsordo. Físicamente, eran muy distintos: pequeño y robusto Pedro, moreno y de pelo negro, con mirada risueña bajo el cristal transparente de sus anteojos; delgado y alto Ramiro, de cabello rubio y pupilas en que el azul, más que color, parecía habilidad psicológica de la luz, que le permitía pasar, por gradaciones imperceptibles, de la reticencia a la aprobación y de la duda a la certidumbre.

A pesar de esas diferencias, poseían ambos cualidades muy semejantes. Activos, rápidos, competentes, uno y otro sabían sonreír de los contratiempos; precisar en cuáles de sus colegas podía confiarse y a cuáles convenía observar de cerca, o despedirlos —si retenerlos hubiera implicado evidente error. No prometían a la ligera, porque se hallaban siempre dispuestos a realizar lo que prometían. Cuando los convocaba, me daban la impresión de haber presentido, con exactitud, el asunto que iba a tratarles. Extraían de su cartera —o de su memoria— un resumen de cuanto deseaba pedirles yo. Cada día estaba en su sitio. Cada fecha constaba debidamente.

Ramírez Vázquez abarcaba un campo mucho más amplio de acción. El Comité Administrador del Programa Federal de Construcción de Escuelas (que dirigió con perseverancia y originales métodos de trabajo) tuvo que llevar a cabo el esfuerzo más importante en la construcción de los millares de aulas que erigimos en el país, ya que —

durante el sexenio 1958-1964— la Federación levantó, en promedio, un aula cada dos horas.

Desde que, en 1944, Pedro atendía las funciones de jefe de zona del CAPFCE en Tabasco, había yo sugerido a los constructores de Oaxaca la conveniencia de añadir, al aula rural, una casa para el maestro. La idea fue cobrando forma, no sin dificultad. Pero Ramírez Vázquez —

y sus más próximos colaboradores— acertaron al proponerme el tipo de aula-casa rural prefabricada. El concepto básico obedecía a cuatro consideraciones fundamentales: la extensión de nuestro territorio, la variedad de las condiciones físicas y climáticas en que viven los habitantes de sus distintas comunidades, la falta de buenos sistemas rápidos de transporte y la conveniencia de imaginar estructuras que los vecinos pudiesen armar por sí mismos, “con un mínimo de supervisión técnica”.

El comité procedió a fabricar en serie las estructuras del aula-casa y las de sus techos, las cancelerías, las puertas y las ventanas, así como a adquirir los muebles y el material didáctico imprescindible. El resultado fue extraordinario. En cada viaje que hice por los Estados, ya fuera solo, ya como acompañante del presidente, vi cómo iba cubriéndose nuestro campo con esos pequeños planteles en que los alumnos más pobres disponían de un adecuado local de estudios, y los maestros, de cómoda habitación.

Pude temer, al principio, que la uniformidad de la planta acabase por dar al espectador cierta impresión de monotonía. Mas no fue así. Para los climas cálidos, se imaginó un sistema

especial de ventilación. Por otra parte, los revestimientos resultaron a menudo distintos. En algunos lugares, los vecinos utilizaron piedra para los muros; en otros, emplearon ladrillos, cuando no adobes y hasta, en determinados casos, mosaicos —blancos o azules— que reflejaban los colores vívidos del paisaje. Los techos también eran diferentes: unos de lámina y otros de tejas. [1]

Con sus sólidas bancas, su tocadiscos, su proyector para buenas diapositivas, su pequeña biblioteca de cuarenta volúmenes, sus irrompibles ventanas de plástico transparente (desde cuyos rectángulos vigilaban las clases los semblantes de nuestros héroes), el aula prefabricada y la habitación contigua, destinada al maestro o a la maestra, sus muebles, su cocina, su tanque de agua, su filtro, sus servicios sanitarios y su instalación para el alumbrado, de luz eléctrica o de tractolina, eran no solamente la solución de un problema administrativo y social en extremo serio, sino —por lo que me concierne— el alivio de una preocupación personal que, desde hacía lustros, constituía casi un remordimiento.

Me explicaré. Quince años antes, visité una escuela rural en no sé ya qué comunidad guerrerense. El maestro me enseñó el aula: piso de tierra, sillas cojas, ventanales sin vidrios y pizarrón desgastado por el uso. En seguida, me condujo hasta el cuarto —sucio y destartalado

— que le servía de dormitorio. Contemplé un viejo catre de lona y, sobre una mesa, una palangana desportillada, un cepillo y un peine de aspecto más que dudoso. No tenía aquel habitáculo ni cocina ni el más rudimentario servicio higiénico. Eso sí, sobre la puerta del aula, se hallaba expuesto un vistoso cartel, de los muchos que la secretaría enviaba, todos los años, para celebrar el “Día del Árbol” y exhortar a los profesores a que plantasen alguno en el terreno próximo a sus escuelas.

Busqué un arbusto en la cercanía. No hallé ninguno. Y, torpemente, pregunté al pedagógico presidiario por qué razón no había alentado a sus alumnos a intentar lo que el cartel les recomendaba. Me contestó que el agua escaseaba en aquel lugar. “¡Cómo —exclamé —. ¿Y el agua de ese gran charco que estamos viendo, a pocos metros de aquí?” Se limitó a responderme: “Señor, no es tanta como parece… Y, de ésa, bebo”. Examiné entonces su rostro pálido, sus miembros débiles, todo su ser anémico y vacilante. Padecía, probablemente, de amibiasis. Al despedirme, sentí el deber de pedirle perdón por mi impertinencia.

A partir de aquella visita, me persiguió, como una obsesión, el deseo de que nuestros maestros rurales no tuviesen que beber agua de los charcos, o dormir bajo un tejado permeable a los aguaceros, en lugares lúgubres como ése. Y una de mis mayores satisfacciones fue la de propagar el modelo de aula-casa prefabricada, donde encontraría el maestro un albergue sobrio, mas no una cárcel indigna de su misión.

Por desgracia, en 1959, el espíritu de los viejos maestros rurales había cambiado mucho.

No tenían ya los nuevos diplomados la abnegación y la voluntad misionera de los educadores de los tiempos heroicos de don Rafael Ramírez. El aula-casa sirvió de aula más que de residencia de los maestros, pues muchos de ellos prefirieron seguir viviendo en el centro

urbano más inmediato a la escuela en que suponíamos cumplirían con su deber. Lo suponíamos, porque los informes de los inspectores nos confirmaban en tal hipótesis. Pero con frecuencia, según pude averiguarlo después, muchos profesores iban a su escuela tres o cuatro días por semana y pasaban el resto del tiempo en la ciudad. Los retenían allí los amigos, los parientes, el cinematógrafo, o quizá algún trabajo remunerado, no especialmente pedagógico…

Se habla mucho de la deserción de los escolares. Pero ¿quién comenta la de los profesores?

Bastaría averiguar cuántas aulas-casa están habitadas, de hecho, por los maestros. A pesar de las instalaciones previstas, el albergue escolar (que hubiera sido una redención para el pobre educador guerrerense al que antes me referí), lo desdeñan muchos de sus colegas.

Más que por los maestros, el esfuerzo constructivo del régimen fue apreciado por los técnicos extranjeros. La exposición trienal de arquitectura, efectuada en Milán en 1960, otorgó un Gran Premio al

CAPFCE en reconocimiento del aula-casa prefabricada. Y, mediante el convenio firmado en 1963, la UNESCO decidió crear en México un Centro Regional de Construcciones Escolares para la América Latina, conforme a las intenciones que expuse —en Bogotá— durante la Tercera Reunión Interamericana de Ministros de Educación.

XV. EL PLAN DE ONCE AÑOS

Pero no sólo de pan vive el hombre —y no sólo con aulas prefabricadas se fomenta la educación de un pueblo. Más importante que el aula, es el profesor. Y ¿cuántos maestros necesitaba México en esos años?…

En diciembre de 1958, el presidente envió a la Cámara de Diputados la iniciativa de que ya hablé, destinada a constituir una comisión que formulase un plan de expansión y mejoramiento de la enseñanza primaria en la República. Sosteníamos, en aquel texto, que la experiencia adquirida y las posibilidades exploradas permitían ya la elaboración de un plan capaz de determinar, con aceptable aproximación, el lapso necesario para garantizar a todos los niños de México la educación primaria, gratuita y obligatoria, merced a una mejor coordinación de las autoridades y a un incremento en la colaboración de los sectores privados. “Las estadísticas disponibles —añadíamos— nos dan ahora una idea clara de la dimensión del problema, 1 y nos permiten prever, con hipótesis razonables, cómo habrá de evolucionar en lo venidero. Por comparación con los resultados obtenidos, el análisis de los recursos que se invierten en la enseñanza primaria nos indicará la medida del esfuerzo por realizar y nos señalará la cuantía de las aportaciones pecuniarias adicionales, que será menester conseguir para lograr paulatinamente nuestro propósito.”

Un decreto, expedido el 30 de diciembre, dio vida a la Comisión. Figurarían en ella cuatro representantes del Congreso: dos diputados y dos senadores. Las secretarías de Gobernación, Hacienda y la Presidencia tendrían un delegado cada una, y dos la de Educación. Actuarían como asesores las personas que

acreditasen el SNTE, la Secretaría de Industria y Comercio y el Banco de México. Presidiría yo la asamblea y podría escoger al secretario general de la comisión.

El 9 de febrero de 1959, iniciamos nuestros trabajos. Saludé a los diputados Antonio Castro Leal y Enrique Olivares Santana, así como a los senadores Caritino Maldonado y Ramón Ruiz Vasconcelos; al profesor Francisco Hernández y Hernández, representante de Gobernación; al licenciado Jenaro Hernández de la Mora, de Hacienda, y al licenciado Octavio Novaro, de la Presidencia. Charlé también con los asesores: la doctora Ana María Flores, de Industria y Comercio, el ingeniero Emilio Alanís Patiño, del Banco de México, y el profesor Enrique W. Sánchez, del SNTE. Me acompañaban, además, el licenciado Ernesto Enríquez y el profesor Celerino Cano. Como secretario general, tuve la suerte de contar con el doctor Manuel Germán Parra, que tan cordial cooperación me brindó, quince años antes, cuando fue miembro de la Comisión Revisora y Coordinadora de Planes Educativos,

Programas de Estudio y Textos Escolares.

La selección de las personas que iban a trabajar conmigo me pareció afortunada. Conocía, desde la juventud, la amplia cultura y el talento sólido y claro de Antonio Castro Leal.

Francisco Hernández y Hernández fue —en 1944— uno de los promotores más inteligentes y más activos de la Campaña Nacional contra el Analfabetismo. Pude cerciorarme del entusiasmo cívico de Caritino Maldonado y de la rápida comprensión de Ramón Ruiz Vasconcelos. Por su parte, Enrique Olivares Santana demostró ser no sólo un hábil político, sino un maestro experimentado, firme en sus convicciones.

Todos los otros miembros y asesores de la comisión comprobaron su asiduidad y su competencia. El licenciado Enríquez añadía a la amplitud de sus conocimientos jurídicos una capacidad administrativa, rápida y eficaz. Don Celerino Cano llevaba la voz del Consejo Nacional Técnico de la Educación. Novaro hablaba poco.

Pero, cuando lo hacía, proyectaba sobre el debate sonrisa y serenidad. Enrique W. Sánchez defendió siempre los intereses del SNTE. Hernández de la Mora supo ser, a la vez, lacónico y oportuno. Alanís Patiño frenaba a los optimistas y estimulaba a los que no lo eran. En cuanto a Ana María Flores, sus intervenciones despejaron varias incógnitas. Sin embargo, los "muestreos" que organizaron los especialistas de la Secretaría de Industria y Comercio nos indujeron a serias dudas y, a la postre, a pronósticos engañosos. La expansión demográfica del país ha revelado la equivocada modestia de nuestros cálculos.

Presentí lo que ocurriría. O nos perdíamos en un bosque de conjeturas y, amedrentados por el volumen dramático del problema, desistíamos del proyecto; o formulábamos un plan que incitase al país a afrontar la empresa y que —con el tiempo— las autoridades podrían corregir, adaptándolo a las necesidades que atestiguase el aumento real de la población.

En el discurso que pronuncié el 9 de febrero, al principiar nuestras labores, incluí esta reflexión: "Una idea ha ido ganando fuerza en mis preocupaciones. Es la siguiente: no me parece posible que, una vez redactado el plan, se deje su aplicación al azar del automatismo.

Será preciso recomendar que un pequeño órgano permanente vigile su progreso y se mantenga en contacto con los datos que la realidad mexicana le proporcione, a fin de que sugiera periódicamente las medidas oportunas para corregir los errores de apreciación en que hubiesen podido incurrir los investigadores que nos asistan".

Los diputados y senadores me oyeron con deferencia. Los representantes de Hacienda y del Banco de México guardaron sobrio hermetismo. Pero todos aprobaron los párrafos que leí, al dar término a mi discurso: "Cuando concluya su estudio la Comisión, la República estará disponiéndose a celebrar el sesquicentenario de la proclamación de la Independencia y el cincuentenario de la Revolución de 1910. Extender a todos los mexicanos la educación primaria a que la ley y la vida les dan derecho, ¿no es ése, acaso, el

más grande objetivo que podríamos proponer al país para dar su cabal sentido a esa doble celebración?… La verdadera independencia y la verdadera libertad no se ganan sin esfuerzo. El trabajo

suplementario que va a requerir de los mexicanos el plan que elabore esta comisión anunciará la contribución del México de hoy a los ideales que proclamaron sus más ilustres libertadores.

Demos a la niñez de nuestro pueblo las aulas y los maestros que necesita. Será la mejor manera de dar un alma —lúcida y vigilante— al progreso de la nación".

Animados por semejante esperanza, abordamos nuestras tareas. Serían arduas. En primer término, deberíamos trabajar sobre los datos de un censo antiguo: el de 1950. En los nueve años transcurridos desde entonces, había aumentado ostensiblemente la población. La Secretaría de Industria y Comercio aceptó el encargo de calcular, dentro de lo posible, cuántos niños —de seis a catorce años— tenía el país. Tras de varias semanas de hipótesis y de estudios, nos comunicó su informe. Eran, en total, 7 633 155.

¿Podríamos confiar en aquella cifra? Nuestro departamento de estadística escolar nos proporcionó un dato más fácil de admitir: el de los niños inscritos en los planteles primarios, públicos o privados. Gracias a los esfuerzos hechos durante los últimos meses de 1958 y a las construcciones efectuadas en 1959, el total ascendía a 4 436 561. El deficiente escolar podía, por tanto, considerarse en más de tres millones de niños. Sin embargo, no nos sentíamos en aptitud de aceptar ese deficiente. En efecto, una es la duración normal de la educación primaria (de seis años en México) y otra la del período en que la ley prescribe que los niños reciban tal enseñanza: desde los seis hasta los catorce de edad.

Consultamos el *Informe preliminar sobre la situación social del mundo* publicado por la ONU en 1956. De acuerdo con ese texto, podían juzgarse satisfechas las necesidades de educación primaria, cuando el número de los alumnos inscritos representase, por lo

menos, el 60% de la población de cinco a catorce años. Pero pronto nos dimos cuenta de que, en nuestro caso, no cabía adoptar semejante fórmula. Descontando a los 97 604 alumnos (de más de catorce años) inscritos en las escuelas primarias del país, los 4 338 957 restantes representaban el 50% de la población, de cinco a quince años (8 635 727), registrada —como probable— por la Dirección General de Estadística. ¿El deficiente escolar no era, por tanto, sino de 864 000 niños?…

Reflexionamos, entonces, en este hecho: la fórmula propuesta por las Naciones Unidas podía ser adecuada en países en los cuales no se observase la enorme deserción, evidente en México. Procuramos averiguar el alcance de esa deserción. Y comprobamos, no sin tristeza, que, de todas las pirámides que adornan nuestro territorio, la menos presentable a la curiosidad maliciosa de los turistas es la pirámide educativa, de base amplísima y cúspide muy estrecha. De cada mil alumnos inscritos en el primer año de un plantel de enseñanza primaria, *uno* solamente lograba obtener, tras de dieciséis años de esfuerzo, algún título superior, universitario o técnico. Novecientos noventa y nueve no podían seguirle en aquel

ascenso.

En el plano de la enseñanza primaria, la proporción resultaba desoladora. De cada cien niños inscritos, en 1946, en el primer grado del sistema escolar urbano, sólo habían llegado al segundo, sesenta y tres; al tercero, cincuenta y uno; cuarenta al cuarto y treinta y uno al quinto.

De éstos no terminaron el sexto sino veintitrés. En el medio rural, era todavía más grave la deserción.

Pasamos otras semanas en discusiones, cálculos y resúmenes. La comisión optó finalmente por recurrir a las técnicas del ‘“muestreo”. Fue, entonces, cuando la Secretaría de Industria y Comercio puso a prueba la eficacia de sus servicios. Se escogieron lugares de condiciones económicas y sociales características, y distintas. Se distribuyeron cuestionarios y se iniciaron consultas. Según los

especialistas que organizaron aquel trabajo, eran 3 098 016 los niños que no recibían educación primaria en 1959. De ellos, 838 630 se habían dado de baja. Quedaban, como jamás inscritos, 2 259 386: 1 061 027, por hablar otra lengua o por carecer de escuelas y profesores; 591 325, por dificultades económicas; 199 361, por falta de estímulo familiar; 113 843, por enfermedad; 266 083, por haber cumplido recientemente seis años, y 27 747, por otras razones, no especificadas en los "muestreos".

A partir del conocimiento de tales datos, los debates cobraron insólita vehemencia. Los partidarios de un plan que pudiese aprobar la Secretaría de Hacienda, insistían en reducir el tamaño de la eventual demanda de educación. Lo suponían más bien teórico. A su juicio, no hubiera sido plausible incluir entre los probables solicitantes de escuela a quienes la habían ya abandonado o a quienes no asistían a ella por enfermedad. Tampoco procedería hacer figurar, en la perspectiva del plan, a todos los que, por dificultades económicas insolubles, no serían candidatos a algún lugar en los planteles que se erigiesen. Según lo hicieron constar por escrito sus miembros, la comisión estimó que "para cuantificar la demanda no satisfecha", tendríamos que excluir a "todos los que no se inscribieron o desertaron a causa de problemas económicos o por estar enfermos, ya que, por los medios puramente educativos, no estaba al alcance del Estado hacerlos ingresar o reingresar a la escuela". También eliminó la comisión a los niños que acababan de cumplir seis años de edad en enero de 1959 y que deberían quedar clasificados, no en el cuadro de la demanda insatisfecha, sino en el de la futura. Pese a las observaciones de quienes ambicionaban un plan audaz —aunque lo objetasen las autoridades hacendarias—, se llegó a fijar la demanda posible en 1 615 764 niños. Y, por considerarlo "razonable", se aumentó generosamente esa cifra… hasta 1 700 000.

Necesitábamos afrontar una cuestión todavía más espinosa: la de la demanda futura.

¿Cómo prever hasta qué extremos alcanzaría la fecundidad de las madres de nuestro pueblo?

Consultamos a tres grupos de técnicos: a los del Departamento Actuarial del Instituto Mexicano del Seguro Social; a los de la Dirección General de Estadística de la Secretaría de Industria y Comercio y a varios expertos reclutados por el secretario general de la comisión.

Conforme a los actuarios del Seguro Social, la población mexicana —de seis a catorce

años— sería en 1970, de 9 844 000 niños. La Dirección General de Estadística señaló una cifra mayor: 10 954 000. Coincidía su augurio con el del Departamento de Asuntos Sociales de las Naciones Unidas. Los expertos escogidos por el secretario general de la comisión formularon un presagio más alarmante: 12 146 200 niños. Manuel Germán Parra estaba persuadido de que la última suma era la que podía acercarse más a la realidad. Su insistencia me impresionó. Pero varios de nuestros compañeros se resistían a aventurarse por esa ruta.

¿Cómo rechazar un pronóstico hecho por los especialistas de la Federación? A mayor abundamiento ¿por qué rehusarse a admitir su criterio cuando lo avalaba la ONU?

Habíamos llegado a un momento crítico. No estaba yo en aptitud de colocar mis presentimientos —que coincidían con los del doctor Parra— por encima de la autoridad de la Secretaría de Industria y Comercio. La de Hacienda se negaría sin duda, a suscribir un proyecto que desechase las consideraciones de una oficina a cuyos miembros confiaba normalmente el Ejecutivo ese género de trabajos.

Sometí mis dudas al licenciado López Mateos. Tras de ponderarlas, durante la semana que medió entre dos de nuestros acuerdos me manifestó que ni él, como presidente, ni yo, como secretario de Educación estábamos en aptitud de imponer *a priori* cifra ninguna, pues —uno y otro— carecíamos de competencia para determinarla. Y, palabra más o palabra menos, me indicó lo que aquí resumo:

“Usted lo ha dicho. Si el plan resulta excedido por la fertilidad de la población, lo revisarán nuestros sucesores. Lo que importa, ahora, es definir un programa.

Y empezar a cumplirlo, tan pronto como podamos”.

Sin referirme en detalle a mis pláticas con el presidente, expuse a Manuel Germán Parra las razones que me impedían poner en duda la capacidad de una institución nacional, como la Dirección General de Estadística, y de una organización internacional, como las Naciones Unidas. No creo que mis argumentos lo persuadieran. Pero, con lealtad que todavía hoy le agradezco sinceramente, continuó las tareas que le habían sido encomendadas y suscribió el informe que la comisión me entregó el 19 de octubre de 1959.

He releído muchas veces el plan. Y soy el primero en admitir que contuvo serios errores. 2

El censo de 1970 ha venido a revelárnoslos duramente. No obstante, estoy convencido de que aun así, con todas sus deficiencias, llevarlo a la práctica no fue un error.

Sin el plan, hubiéramos continuado una lucha —acaso estéril para aumentar lentamente el presupuesto de la secretaría. Las autoridades hacendarias podían (y así lo hicieron) reducir muchas aspiraciones, pero no desconocer lo que su representante admitió al final de nuestros debates. El plan proponía la expansión y el mejoramiento de los servicios educativos y preveía un gasto adicional de cerca de nueve mil millones de pesos, conforme al promedio de los salarios y de los precios de 1959.

El 27 de octubre, informé al presidente de los trabajos efectuados por la comisión. En el documento que redacté —como síntesis de mis inquietudes y, también, de mis esperanzas—, incluí estos párrafos: “Sería deseable que, durante la ejecución del programa, aumentara la

colaboración privada y que la proporción a que se ha llegado entre la Federación y las entidades federativas no sufriera sensibles menguas, por reducción del esfuerzo de los Estados. Pero ¿cómo fijar la participación permanente de éstos, de manera justa y equitativa?

En opinión de la comisión, antes de legislar sobre la materia, procedería tomar en cuenta que una proporcionalidad uniforme carecería de equidad, porque las situaciones económicas de los diferentes Estados son desiguales, o carecería de eficacia, si se fijara un nivel tan bajo que pareciese accesible a todos. El informe sugiere que, de estimarlo así pertinente, el Congreso de la Unión tuviera a bien designar a una comisión especial, con objeto de que examinase el caso de cada entidad federativa por separado, en consulta con el gobierno respectivo, los municipios y las secretarías de Hacienda y de Educación. Esa comisión podría aconsejar, con mayor conocimiento de causa, la proporción que debiera legalmente incumbir a cada entidad, para lo futuro, en el sostenimiento de la función educativa nacional". La proposición que menciono no fue tomada jamás en cuenta.

Por otra parte, expuse al Ejecutivo: "Sin proponer específicamente estas o aquellas medidas, ya que la Secretaría de Hacienda le hizo saber que buscaría 'la forma más adecuada para que el plan pueda llevarse a la práctica', la comisión pensó que, si resultaran insuficientes los créditos del erario, o si el importe de la ejecución del programa representase alguna amenaza para el desarrollo de otras actividades educativas indispensables, podría considerarse el estudio de nuevos arbitrios, desde los voluntarios, que sindicatos y organizaciones han sugerido muy noblemente, hasta los que fuere necesario obtener mediante una elevación de determinados impuestos especiales o en virtud del artículo 123

constitucional, dentro del espíritu y de los propósitos expuestos en el informe."

En este punto tuve, hasta cierto grado, mayor fortuna. Varias organizaciones sindicales ofrecieron proporcionarnos, cada año, un

día del sueldo correspondiente a la totalidad de sus miembros. Y la Secretaría de Hacienda no se hizo sorda del todo. Desechó la iniciativa en cuanto al aumento de algunos impuestos especiales. Pero, en enero de 1963, decretó un impuesto adicional de 1% para el desenvolvimiento de la enseñanza media y de la superior, universitaria o técnica, lo que nos permitió otorgar mayores subsidios a las universidades e institutos superiores de la República y, sin descuidar el progreso de la educación primaria, conceder a la segunda enseñanza una atención que no habían podido dispensarle —con igual amplitud— las autoridades federales durante anteriores administraciones. 3

Más que deplorar los defectos en que incurrimos al concebir el plan, convendría examinar cuáles fueron los resultados de su ejecución durante el gobierno del presidente López Mateos.

En 1958, funcionaban 30 816 escuelas primarias en la República. 18 406 de tales planteles dependían de la Federación. En 1964, dentro de un total de 37 576 escuelas, correspondió a la

Federación atender a 23 596. En cuanto a los alumnos, la matrícula nacional —en 1958— no pasaba de 4 105 302. Y alcanzó, en 1964, la cifra de 6 605 757. Sólo la secretaría había casi duplicado —en seis años— el esfuerzo llevado a cabo durante los treinta y ocho transcurridos desde su fundación, pues —en 1958— instruyó a 2 166 650 niños y, en 1964, a 4 015 000.

Los datos correspondientes al último ejercicio de la administración de López Mateos superaron los que había anunciado el plan para 1967… Proclamarlo podía alentarnos como realizadores, pero no como previsores de la demanda escolar futura que, en 1959, hubimos de estimar en proporciones muy inferiores a las que atestiguó la explosión demográfica del país.

Todavía hoy —y a pesar del continuado y notable esfuerzo de quienes tuvieron que sucedernos

— existen, según parece, millones de niños sin aula ni profesor. ¿Qué habría ocurrido, de no intentarse la expansión escolar promovida en 1959?

Sin desconocer su relativa modestia, el presidente sólo aprobó el programa después de cuatro semanas de estudio y, seguramente, de muchas conversaciones con su secretario de Hacienda y Crédito Público. Para anunciar al pueblo esa aprobación, escogió el 1º de diciembre de 1959, aniversario del principio de su mandato. Ese día quiso pasarlo en Querétaro. Entre muchos otros, lo acompañamos el licenciado Díaz Ordaz, los ingenieros Barros Sierra y Rodríguez Adame, el doctor Álvarez Amézquita, el licenciado Bustamante y yo.

En el Teatro Plaza, inauguramos un Congreso Nacional del SNTE. Leí un discurso, que no se refería concreta y directamente al plan. Sabía que el presidente aludiría a él en términos muy precisos. “He elegido este momento —dijo— para hacer una declaración que considero de trascendencia. El 1º de enero próximo, comenzaremos a aplicar, en su parte más costosa y más importante, el plan nacional de expansión y mejoramiento de la enseñanza primaria, que me fue sometido el 27 de octubre último. Por razones presupuestarias, lamentamos tener que diferir, para ocasión económica más propicia, todo lo concerniente al mejoramiento de las aulas ya establecidas, a su dotación de muebles y equipo didáctico y a la erección de casas para el maestro en las aulas que no fueron trazadas conforme al tipo de las que se hallan ahora en construcción. Sin embargo, principiaremos a ejecutar desde luego las medidas encaminadas a la expansión del sistema, edificando las tres mil nuevas aulas previstas para 1960, creando las cuatro mil plazas docentes que el plan prevé, ampliando los servicios del Instituto Federal de Capacitación del Magisterio, robusteciendo las escuelas normales e instalando los centros regionales de enseñanza normal que estimamos imprescindibles para la formación de los nuevos maestros.”

Todo lo ofrecido en Querétaro se cumplió. Y se cumplió, en ciertos casos, con creces. Las aulas fueron edificadas, y nombrados los

profesores. El Instituto de Capacitación (que había graduado en catorce años, de 1945 a 1958, a 15 620 maestros-alumnos) pudo, durante el sexenio, titular a 17 472. Y los preparó en condiciones superiores a las que habían prevalecido antes de 1959. Creamos doce subdirecciones regionales para coordinar la

inscripción y el aprovechamiento de los cursos por correspondencia. Como esos cursos necesitaban enmiendas, pensamos en la utilidad de editar volúmenes de enseñanza, en substitución de los textos que los estudiantes emplean en las Normales. Más de tres millones de esos volúmenes fueron impresos y repartidos. Gracias a la colaboración que nos brindaron las estaciones radiodifusoras de provincia, transmitimos cursos especiales por radio. El Instituto fue, así, cobrando conciencia de cuál podría ser su función en lo porvenir: tras de graduar a los que no tenían título, informar a los que ya lo tienen… ¡Cuántos de éstos, por desgracia, no han logrado afirmar uniformemente su capacidad pedagógica, ni ensanchar, como convendría, los horizontes de su cultura!

Para formar a los nuevos maestros, erigimos —en 1960— dos centros regionales de enseñanza normal: uno en Ciudad Guzmán, y en Iguala el otro. Escogimos esas ciudades porque gran parte de los muchachos que buscaban acogida en los establecimientos capitalinos procedía de Guerrero, de Jalisco, o de entidades cercanas a esos Estados. Tratamos de evitar que, en los centros regionales, se presentaran muchos de los problemas que habían ido disminuyendo el nivel moral y profesional de los egresados de la Escuela Nacional de Maestros.

Desechamos, desde el principio, la idea de instalarlos como internados. Preferimos otorgar a los jóvenes becas que les pusieran en aptitud de hospedarse en las casas de los vecinos que —según logramos investigarlo— se mostrarían dispuestos a recibirlos. Esos hogares substitutos nos proporcionaron magníficos resultados. Los estudiantes convivieron con los jóvenes de la localidad, y tuvieron ocasión de apreciar las virtudes de las familias provincianas, modestas y hospitalarias. Cuando —en 1963— concluyeron su ciclo

profesional, los egresados de los dos centros solicitaron trabajar en las comunidades más desvalidas. ¡Qué diferencia entre aquella voluntad de patriótica ayuda y el egoísmo que demostraron, en 1960, los “pasantes” de la Ciudad de México! Éstos, nacidos en los pueblos más pobres y más obscuros, protestaron violentamente ante la perspectiva de cumplir su servicio social en algunas pequeñas ciudades del interior, y me acusaron de condenarlos al

“ostracismo”, por haberme visto en el caso de asignarles escuelas distantes de los teatros, de las tertulias y de los cines de nuestra capital…

Visité, en Iguala y Ciudad Guzmán, los centros que he mencionado. Me confortó advertir (sobre todo, en el segundo) la cordialidad existente entre catedráticos y estudiantes. Unos y otros habían comprendido cuánto esperábamos de su esfuerzo. Ninguno se hubiera sentido

“desterrado”, en su propia patria, por el simple hecho de no ambular entre autobuses incómodos y pletóricos, no “dar el grito”, durante la noche del 15 de septiembre, en la Plaza de la Constitución —o no censurar al gobierno, al amparo de algún motín o desde la mesa de una cantina.

Probablemente ninguno de aquellos jóvenes —maestros ya en las aldeas más humildes de la República— tuvo oportunidad de escuchar lo que dije, en 1964, al celebrar el Día del

Maestro. Pero era en ellos en quienes pensaba al pedir a mis colaboradores patriotismo y dedicación. En efecto, según lo expresé: “No se inventa la madurez, ni se altera arbitrariamente la sucesión de las estaciones. Jardineros de almas, los maestros lo saben por experiencia. Nadie conoce mejor que ellos cuánta predilección (impregnada, a la vez, de sabiduría y rigor pacientes) exigen cálices tan sutiles y floraciones tan vulnerables y prodigiosas. El tiempo sería su principal adversario, si no pusiera el maestro, en cada momento, lo más puro de su conciencia. Pero, cuando de veras se entrega a sus alumnos, el profesor lo advierte con gratitud:

ese virtual enemigo acaba por convertirse en el más noble de sus aliados. Como la del poeta de la Orestíada, la obra de todos los educadores está dedicada al tiempo".

Y el tiempo ha medido ya los propósitos, éxitos y fracasos del que maestros y periodistas llamaron pronto "Plan de Once Años"…

XVI. LOS LIBROS DE TEXTO GRATUITOS

En febrero de 1959, tuve oportunidad de obtener del presidente López Mateos una aprobación de la cual me siento todavía muy satisfecho: la que nos autorizó a editar y distribuir, por cuenta de la Federación, los libros de texto y los cuadernos de trabajo que recibirían gratuitamente todos los niños de las escuelas primarias de la República.

Desde 1944 me había preocupado aquel gran problema. Hablábamos de educación primaria, gratuita y obligatoria. Pero al mismo tiempo exigíamos que los escolares adquiriesen libros —muchas veces mediocres— y a precios, cada año, más elevados. El 12 de febrero, tres días después de iniciar las tareas destinadas a elaborar el programa de mejoramiento de la educación primaria, el licenciado López Mateos firmó un decreto por el cual se creó la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos.

Había yo discutido el asunto, no solamente con él, en anteriores acuerdos, sino con varios profesores y hombres de letras. El entusiasmo del presidente me estimuló. Los profesores aplaudieron la idea, pero me expresaron múltiples dudas. Los hombres de letras me miraron como a un ser raro, que concedía incomprensible importancia a tan modesta literatura. Editar a los clásicos, como lo hizo Vasconcelos en 1921, eso, sin duda, valía la pena. Volver a publicar la *Biblioteca Enciclopédica Popular,* principiada en 1944 e interrumpida en 1948, sería también un plausible intento. Pero ¿gastar millones en difundir kilómetros de prosa como la que abundaba en los manuales que conocíamos? ¿Quién redactaría esos nuevos textos?…

Nuestros más célebres escritores no descenderían de las alturas de su Parnaso, para contar a los niños la historia de México, describirles su geografía, prepararlos a la lectura de *Don Quijote* y guiarlos por el camino que siguió otro caballero andante, llamado Simón Bolívar, entre montañas, batallas y convulsiones, hasta encontrar en la muerte la última libertad.

Algunos, ciertamente, me oyeron con más cautela. Parecían hallarse de acuerdo conmigo, aunque sin mucho convencimiento. El que se interesó desde luego por semejante empresa fue Martín Luis Guzmán.

Sin demora, hizo las investigaciones indispensables. Poseía amplísima información acerca del trabajo editorial en México y en Madrid. Y me sometió, una mañana, el borrador de un texto que coincidía, punto por punto, con mis propósitos. Tal fue el origen del decreto que presenté al licenciado López Mateos.

Antes de firmarlo, el presidente quiso enterarse de lo que costaría aventura tan arriesgada.

Le proporcioné los datos que habíamos reunido. Representaban sumas cuantiosas. Y temí, en cierto instante, que debiésemos limitarnos a ofrecer exclusivamente textos gratuitos a los

alumnos matriculados en los planteles de la Federación. El presidente aspiraba a más. “Todos son niños —me dijo— y todos son parte de nuestro pueblo.” Se daba cuenta del sacrificio económico que ese nuevo esfuerzo requeriría. Pero firmó el decreto, persuadido del bien que haría a nuestra niñez. —“Eso sí” —me indicó, al observar el júbilo que me produjo su decisión— “deberá usted velar por que los libros que entregue a los niños nuestro gobierno sean dignos de México, y no contengan expresiones que susciten rencores, o odios, prejuicios y estériles controversias.”

¿Quién presidiría la comisión? El licenciado López Mateos apreciaba mucho a Martín Luis Guzmán. Sin embargo, cuando le propuse su nombre, dudó un momento. —“Conozco todos sus

méritos", me indicó. "Y lo admiro mucho, personalmente. Pero ha sido muy combatido. ¿No tiene usted a otro candidato?"

Le contesté que no. A mi juicio, Guzmán sabría hacer respetar el ideal mayor de su vida pública: el liberalismo. Inteligente, activo, extraordinario prosista y espléndido ejecutor, administraría muy bien una comisión difícil de establecer y más difícil de dirigir. El presidente aceptó mi respuesta. Y me autorizó a ofrecer el cargo al autor de *El águila y la serpiente.*

No nos arrepentimos de esa elección. Martín Luis realizó prodigios, sin premura, pausas, fatigas, desalientos o inútiles arrogancias. Escogimos, de común acuerdo, a los miembros de la comisión que iba a presidir: Arturo Arnáiz y Freg, Agustín Arroyo Ch., Alberto Barajas, José Gorostiza, Gregorio López y Fuentes y Agustín Yáñez; un historiador valioso, un político experto, un matemático de sabiduría reconocida, un gran poeta y dos novelistas muy afamados.

Por lo que atañe a los asesores técnicos, Martín Luis me pidió que fuese yo quien los propusiera. No conocía él a los pedagogos capaces de contribuir al éxito de la obra. Creo que fue venturosa la selección. Incluía a las maestras Soledad Anaya Solórzano, Rita López de Llergo, Luz Vera, Dionisia Zamora y a los maestros René Avilés, Federico Berrueto Ramón, Arquímedes Caballero, Celerino Cano, Isidro Castillo, Ramón García Ruiz, Jesús M. Isaías y Luis Tijerina Almaguer. Como representantes de la opinión pública, actuarían los directores de los diarios capitalinos más difundidos: Ramón Beteta, Rodrigo de Llano, José García Valseca, Miguel Lanz Duret y Mario Santaella.

El presidente no se había equivocado al prever que la reacción acusaría al gobierno de

"partidismo" por el nombramiento de Martín Luis Guzmán. Pese a la presencia en la comisión de los directores de los grandes diarios (uno de ellos delegó sus funciones en José Vasconcelos), nuestro programa pareció sospechoso a muchos. En no sé cuál de sus ediciones, *Excélsior* acogió una nota de Pedro Vázquez Cisneros.

Para el autor, la designación de Guzmán significaba tanto como “poner la iglesia en manos de Lutero”. A su juicio, nos habíamos equivocado muy seriamente. Y concluía: “El bien común y el derecho de los padres de familia exigen que se vigile la obra de don Martín Luis Guzmán, y que se tomen precauciones defensivas a su respecto”…

Ese disparo al aire no era sino el anuncio de un graneado fuego de batería. Por espacio de largos meses, fuimos objeto de la hostilidad de libreros y autores profesionales de obras de texto. En agosto de 1960 un grupo de profesores publicó en los diarios, a plana entera, una crítica acerba —y en muchos sentidos injusta— de nuestros libros. Les contestaron otros maestros, menos sumisos sin duda a la voluntad de lucro de ciertas editoriales. Días más tarde, escritores como René Capistrán Garza, Alí Chumacero, Luis Garrido, Andrés Henestrosa, Francisco Monterde, Rubén Salazar Mallén, Jesús Silva Herzog, Alfonso Teja Zabre, Julio Torri y Artemio de Valle-Arizpe nos manifestaron públicamente su adhesión. Más persistente que la ofensiva de autores y de libreros, resultó la que iniciaron opositores sistemáticos del gobierno.

Fieles a preceptos no confesados (aunque emanaban, en ocasiones, de cautelosos confesionarios), las escuelas particulares declararon un clandestino boicot contra los libros de la secretaría. En Monterrey, ciertos sectores consideraron propicio el momento para que los

“padres de familia manifestaran su indignación”. Lo que se buscaba, en el fondo, era debilitar al gobernador, electo recientemente. Se le pedía que no permitiese la distribución de los libros de texto gratuitos en los planteles del Estado; pero se esperaba, sobre todo, obtener un cambio de frente en la selección de sus colaboradores. El gobernador, don Eduardo Livas, vino a la capital. Le ofrecí que enviaríamos a Monterrey a algunos maestros de México a fin de que contestaran, en público, a todas las acusaciones dirigidas contra los textos. El debate demostró hasta qué punto las más enconadas

diatribas procedían, precisamente, de quienes ni siquiera se habían tomado el trabajo de leer lo que censuraban.

Durante el viaje que hizo a León, en enero de 1963, para inaugurar la Ciudad Deportiva del Estado de Guanajuato, el presidente se vio asediado por niños que obedecían consignas de críticos invisibles. Ostentaban, en un cartel, esta frase cínica: “El texto único es una vergüenza para México”. ¿Qué intentaban con esa injuria? ¿Acusarnos de ejercer una “esclavitud mental”: la que, según sus ocultos guías, estábamos imponiendo a los escolares mediante el reparto de los libros de texto gratuitos?

“Lo que es una vergüenza para México —contestó el presidente— es que las fuerzas obscuras, que no dan la cara, se valgan de niños para decir un pensamiento que no tienen el valor de expresar. Y esas mismas gentes irresponsables quieren, además, engañar al pueblo.

Hablan de un texto único, como si ese texto pretendiera deformar la conciencia nacional. Pero ocultan que es un texto gratuito, para que llegue a los hijos de todos los mexicanos, y que es el único texto gratuito.”

En efecto, como el libro gratuito servía de base —en las pruebas— para atestiguar el aprovechamiento de los estudios, se le tildó fácilmente de “libro único”. En vano reiteramos con insistencia que, además del gratuito, los maestros podrían recomendar otros volúmenes de consulta.

La comisión había convocado a nuevos certámenes. Y digo “nuevos”, porque —desde

1959— invitó a escritores y maestros a participar en diversos concursos. Los resultados no fueron alentadores. Al conocer el fallo de los jurados, en su mayor parte desfavorables, Martín Luis y sus consejeros se vieron en la necesidad de encargar a maestras y maestros de competencia reconocida la redacción de los textos que publicamos. Antes de editarlos, Martín Luis revisaba los originales

personalmente, y me enviaba los proyectos ya corregidos, para darme oportunidad de que los juzgase. En general, los que examiné me parecieron útiles —

aunque perfectibles, pues debo confesar que, en muchos casos, me entristeció la limitada visión de los redactores. Al leer tantas páginas pedagógicas (mejores, ciertamente, que las que habían difundido hasta entonces las librerías), pensé en la calidad de los manuales alemanes, franceses, ingleses y suizos que tuve ocasión de juzgar cuando fui director general de la UNESCO.

El manual más sencillo es el fruto de una evolución cultural prolongada, compleja y honda.

Emana de experiencias históricas muy profundas. Representa la síntesis de una lenta alquimia docente, literaria, científica —y hasta política. En los Estados jóvenes, los libros de texto adolecen a menudo de inmadurez, improvisaciones, encogimientos —o, al contrario, de súbitas petulancias. Sin embargo (a pesar de sus deficiencias), los que distribuimos constituían un esfuerzo sin precedente en la América Latina. Renovarlos, mejorarlos y actualizarlos —

como lo aconsejan ciertos educadores— será, sin duda, muy provechoso.

Durante cinco años, la comisión editó y distribuyó más de ciento doce millones de ejemplares de libros de texto y cuadernos de trabajo. Los primeros libros fueron entregados al presidente el 12 de febrero de 1960, en la Editorial Novaro. En su informe, Martín Luis decía con razón que se trataba de “los libros más humildes, pero a la vez los más simbólicos que una nación adulta” podía ofrecer gratuitamente a sus hijos. “Son los más humildes —manifestaba

— porque sólo responden al propósito, elementalísimo, de que los niños aprendan… los rudimentos de la lectura.” Y añadía: “Son los más simbólicos, porque con ellos se declara que, en un país amante de las libertades, como es México, el repartir uniforme e

igualitariamente los medios y el hábito de leer es algo que nace de la libertad misma".

Días más tarde, tuve que ir a San Luis Potosí. Gobernaba el Estado mi amigo Francisco Martínez de la Vega, quien deseaba que inaugurásemos juntos la escuela secundaria "Camilo Arriaga". Aproveché la oportunidad para proceder al primer reparto oficial de los libros de texto gratuitos. Elegimos un plantel primario de la colonia Saucito, de humilde traza y heroico nombre: la escuela "Cuauhtémoc". Niños indígenas y mestizos recibieron los ejemplares que les estaban destinados y que, según les expliqué, eran un regalo hecho al pueblo por todo el pueblo de la República. Vino entonces a mi memoria la visita hecha a San Luis Potosí, en 1954, antes de que sufriese la intervención quirúrgica que conté ya en otras páginas de este volumen. ¿Quién me hubiese dicho, durante los meses de sombra que atravesé después de esa intervención, que volvería a la ciudad natal del poeta de la *Noche Rústica de Walpurgis,* llevando en mis manos luz para los nietos de quienes fueron sus coterráneos?

Por fin, el 18 de julio de 1964, pudimos inaugurar el conjunto de las instalaciones de que dispone actualmente la comisión. Acompañé, en ese acto, al presidente López Mateos.

Recorrimos los diversos locales, admiramos los talleres y estrechamos las manos de dibujantes, cajistas, impresores y obreros. Flotaba por todas partes un sano olor a tinta de imprenta y a papel acabado de fabricar. Martín Luis iba de un lado a otro, breve y eufórico.

Mientras conversaba él con el presidente, tuve la impresión de haber dado término a un capítulo de mi vida. Pronto dejaría de ser secretario de Educación Pública. Pero no habría ya en nuestro país, en lo sucesivo, niño que careciese (si asistía a un plantel primario) del material de lectura que todo estudio requiere. Recordé un retrato conmovedor: el de una niña que sostenía, entre sus frágiles dedos, un libro del primer grado. Sus ojos, vivaces y sonrientes, parecían

prometer a quien los veía la realización de una hermosa esperanza libre.

La patria, representada en la primera página de su texto, le infundiría valor para persistir.

Aunque han pasado los años, los libros gratuitos siguen distribuyéndose. No me hago, a este respecto, ilusión alguna. Lo sé muy bien: quienes reciben esos volúmenes ignoran hasta el nombre del funcionario que concibió la idea de que el gobierno se los donase. No obstante, cuando —al pasar por la calle de alguna ciudad de México— encuentro a un niño, con sus libros de texto bajo el brazo, siento que algo mío va caminando con él. Y reitero mi gratitud para el gran presidente humano, sin cuya comprensión no hubiese podido nunca llevar a cabo

—según comentó Ertze Garamendi, en un artículo que no olvido— lo que definió Goethe como la dicha mejor del hombre: realizar, en la madurez, un sueño de juventud.

XVII. TORMENTA MAGISTERIAL

1960 parecía anunciarme éxito en el trabajo. El plan de enseñanza primaria iba a ponerse en ejecución. Más de tres mil aulas serían construidas y podríamos designar a más de cuatro mil nuevos profesores. A partir de febrero, empezaríamos a repartir millones de libros de texto gratuitos. El 30 de enero iría a Ciudad Guzmán a colocar la primera piedra del edificio en que habríamos de instalar uno de los centros regionales de enseñanza normal. El presupuesto de la secretaría (que en 1959, fue de $1 482 840) sería de $1 884 700 en 1960.1 El Consejo Nacional Técnico había actuado con diligencia en la revisión de los programas de enseñanza primaria, secundaria y normal, de acuerdo con las ideas que expuse a sus miembros el 29 de julio de 1959. Su presidente, el profesor Celerino Cano, me entregaría el 21 de enero los documentos aprobados por sus colaboradores. Existía, además, un testimonio importante de la atención concedida, fuera del país, a la obra educativa de la República: la UNESCO, entre cuyas actividades figuraba, como

proyecto principal, el desarrollo de la educación primaria en la América Latina, había resuelto que el comité consultivo encargado de coordinar los trabajos de ese proyecto, se reuniese aquel año en México. Asistiría a la junta el doctor Veronese, director general de la institución.

Todo hubiera debido inspirarme confianza en el porvenir. Sin embargo, existía una nube en el horizonte. Y de esa nube, para muchos imperceptible, iba a surgir una tempestad.

Según ya expliqué, los egresados de la Escuela Nacional de Maestros se habían acostumbrado a obtener un nombramiento oficial —que no los obligaba, en verdad, a nada.

Cobraban su sueldo y, como no existían aulas disponibles en las escuelas capitalinas, se les otorgaba una “comisión”… Gracias a la rápida construcción de más de mil setecientas aulas y al reingreso al trabajo docente de más de tres mil “comisionados”, el problema del Distrito Federal había cambiado mucho de aspecto. ¿Qué haríamos, en lo sucesivo, con los egresados que esperaban sus nombramientos para febrero de 1960?

La preinscripción escolar —llevada a cabo en octubre— demostraba que sólo podríamos designar en la capital a trescientos maestros —o, cuando mucho, a cuatrocientos cincuenta.

Los egresados serían, casi, mil doscientos. Comisionar —con goce de sueldo— a los no empleables hubiera sido un error, sobre todo al principio de un año en que el plan aprobado por el Ejecutivo nos comprometía a atender a decenas de millares de niños carentes de escuela en otras ciudades de la República.

Desde noviembre de 1959, propuse al presidente una iniciativa, que decidió él enviar a la Cámara de Diputados el 5 de diciembre. Se indicaba, en ese texto, la conveniencia de expedir

un decreto en virtud del cual los egresados de las normales dependientes de la Federación cumplieran su servicio social —

debidamente remunerado— en los sitios que la secretaría les asignase. Por otra parte, todo joven que deseara inscribirse en alguna escuela normal sostenida por la Federación, tendría que suscribir un documento merced al cual se comprometiese a prestar sus servicios en los lugares que le señalara el gobierno, de acuerdo con las necesidades del país y tomando en cuenta, hasta donde fuere posible, la ubicación de la residencia de su familia.

El proyecto fue objeto de amplias discusiones y de varias enmiendas, tanto en la Cámara de Diputados como en la de Senadores. Una vez aprobado, el *Diario Oficial* publicó el decreto correspondiente el 9 de enero de 1960.

Las disposiciones adoptadas por el Congreso eran indiscutiblemente justas. La Escuela Nacional de Maestros no podía —ni por el nombre que ostentaba— ser un santuario para estudiantes que gozasen del privilegio de trabajar exclusivamente en la capital. En su mayoría, los alumnos procedían de los Estados. Allí residían sus familiares. Su deber era el de enseñar a los niños de México, en cualquier parte del territorio. Enviarlos al campo hubiera suscitado serios problemas. Habrían pretextado que se les preparó especialmente para servir en medios urbanos y no rurales. Pero, en muchas ciudades de la República, existían aulas sin profesor. La Secretaría de Educación no podía desconocer esa circunstancia.

El mes de enero transcurrió en relativa calma. Mientras el presidente López Mateos visitaba Caracas, Río de Janeiro, Sao Paulo y Buenos Aires, organizamos las inscripciones conforme al calendario de tipo “A”. Los diarios comentaron con alegría un hecho inusitado: los padres de familia capitalinos no tuvieron ya que hacer “colas” para inscribir a sus hijos en las escuelas primarias de la Federación. Los ciento veintitrés mil niños que, por haber cumplido seis años de edad, fueron registrados durante la preinscripción, tendrían aula y maestro, sin duda alguna.

En febrero, comenzaron las cosas a complicarse. El martes 2, una veintena de muchachos de la Generación 1959 (que enarbolaba, como bandera, el nombre de “Generación Lázaro Cárdenas”) fue a

discutir conmigo. Pretendían que los mil ciento setenta y ocho pasantes de la Escuela Nacional de Maestros fueran nombrados todos en la capital, hubiese o no aulas en que designárseles. Les manifesté que no podíamos crear aulas por obra de magia ni inventar grupos fantasmas con objeto de complacerles. Y, de la manera más amistosa, los exhorté a colaborar con la administración en favor del pueblo.

O reflexionaron acerca de mis palabras, o encontraron prematuro actuar sin autorización de sus dirigentes. El miércoles 3, volvieron a discutir, ya no conmigo ese día sino con el profesor Aguilera Dorantes, coordinador de enseñanza preescolar y primaria. Después de más de dos horas de presiones y regateos, firmaron un pliego en el cual pedían —entre otras cosas— que quienes debieran salir a provincia no recibiesen tan sólo el importe de sus pasajes, sino, como viáticos, una suma equivalente a una quincena del sueldo que el presupuesto fijaba para los

profesores urbanos de la Federación. Deseaban, además, que los pasantes tuviesen derecho a escoger la ciudad en que prestarían el servicio social señalado por el decreto. Aceptamos las demandas —que estimábamos justas— y esperamos que los jóvenes acudieran a firmar oportunamente sus nombramientos. Trescientos de ellos lo hicieron en la mañana del lunes 8.

Los demás prefirieron aguardar a que principiaran las clases. Sentían, probablemente, la necesidad de apoyarse sobre una masa compacta, sin duda amorfa, pero con minorías activas

—y dóciles a sus líderes.

El jueves 18 inauguramos los cursos de la Escuela Nacional de Maestros. Y el miércoles 24, mientras millares de niños rendían honores a la bandera, aproximadamente trescientos miembros de la “Generación 1959” se dispusieron a apoderarse del plantel. Rompieron rejas, saltaron bardas e iniciaron una asamblea con el fin de convencer a los estudiantes de que la única solución pertinente sería la huelga. Tan pronto como tuve noticia de tal determinación,

llamé a los periodistas y les expliqué las razones del decreto del 9 de enero así como la forma en que los egresados podrían cumplir su servicio social en las zonas urbanas de la República.

Sentíamos mucho que los requerimientos del país contrariasen, en ciertos casos, las aspiraciones personales de algunos jóvenes. Pero estábamos convencidos de que, cuando se establecieran en las ciudades donde íbamos a ofrecerles la oportunidad de servir a México, con remuneraciones iguales a las que hubiesen tenido en la capital, comprenderían que, para los maestros de vocación, ningún lugar de la patria puede constituir un destierro.

Mis colaboradores me informaron, dos días después, que, de los 1 178 pasantes, 933

habían aceptado las disposiciones de la secretaría. Cuatrocientos noventa y seis trabajarían en los Estados y 437 en el Distrito Federal. La selección había sido hecha de acuerdo con el escalafón de méritos de la Escuela. No obstante, 245 seguían en desacuerdo. Y no pocos de los que firmaron sus nombramientos estaban todavía en espera de conocer lo que hicieran los disidentes. Éstos efectuaron asambleas en el plantel e impusieron un “paro indefinido” a los normalistas.

Al inscribirse, en febrero, todos los alumnos habían suscrito una declaración, avalada por sus padres o sus tutores. Según lo hacía constar ese documento, conocían el decreto del 9 de enero y aceptaban sus consecuencias. ¿Por qué motivo, tres semanas más tarde, protestaban con tanta ira?… Creímos oportuno no intervenir inmediatamente, pues no era función del gobierno la de forzar a los normalistas a seguir estudiando contra su voluntad. La enseñanza normal no tiene carácter obligatorio. Pero, de prolongarse la rebeldía, cancelaríamos la matrícula y reinscribiríamos a los centenares de estudiantes que, compelidos por un núcleo de agitadores, toleraban la huelga —sin desearla. Mientras tanto, dispuse que los alumnos de las escuelas primarias y secundarias anexas a la Nacional de Maestros, continuaran sus cursos en otros planteles de la ciudad.

Transcurrieron, así, casi veinte días. No interrumpí, por supuesto, ninguna de mis labores.

Examiné los programas de enseñanza revisados por el Consejo Nacional Técnico de la

Educación. Aprecié sus cualidades y advertí algunos de sus defectos. Convendría difundirlos entre los miembros del magisterio, a fin de conocer sus opiniones y procurar mejorarlos en la realidad. El sábado 5 de marzo acompañé al presidente en la gira que hizo, con el licenciado Uruchurtu, para inaugurar escuelas y mercados en la Ciudad de México. El mismo día, entregué a ciento setenta empleados administrativos, técnicos y manuales de la secretaría, medallas, diplomas y cheques en efectivo, como reconocimiento por los veinticinco o los treinta años de labores que atestiguaban sus expedientes. El lunes 7, dediqué la mañana a repartir libros de historia y de civismo, para el tercer grado de primaria, en varios planteles de Mixcoac, la Colonia del Valle, San Pedro de los Pinos y Coyoacán. Por la noche, entregué al poeta Marco Antonio Montes de Oca el premio Xavier Villaurrutia, por su libro *Delante de la luz cantan los pájaros.* Y, el viernes 11, recibí —en el aeropuerto— al doctor Veronese, director general de la UNESCO. El domingo 13 fuimos a Pátzcuaro, donde le interesaron muy vivamente los programas alcanzados por el CREFAL.

El lunes 14 inauguramos, en México, la tercera reunión del Comité Consultivo del Proyecto Principal de la UNESCO, sobre la expansión de la enseñanza primaria en la América Latina. Como era lógico, aproveché la ocasión para aludir indirectamente al problema de los pasantes irreductibles. “Estamos atravesando —manifesté— una época de la historia en que la organización del futuro exige una concepción audaz e impone a las actuales generaciones heroicos desprendimientos. Mientras millones de hermanos nuestros, hoy en la infancia, vivan y crezcan sin escuela, lo que llamamos nuestro bienestar —el bienestar de unos pocos privilegiados— será una condición vacilante y, por eso mismo, angustiosa.” El viernes 18, el

Comité Consultivo, por unanimidad, emitió un voto de aplauso a México con motivo del Plan de Once Años.

No sé si ese mismo día (tal vez fue otro), recibí por la noche, en mi despacho, a una delegación de pasantes hostiles al decreto del 9 de enero. Nunca me habían rodeado tantas chamarras sucias, tantas camisas huérfanas de corbata, tantas uñas luctuosas y tantas melenas que parecían, por despeinadas, simbolizar las ideas de quienes las agitaban garbosamente. Y

nunca escuché discursos más inconexos, afirmaciones menos veraces y más capciosas preguntas. No contentos con escribir sin ortografía, como lo comprobaron sus pliegos de peticiones, esos futuros "maestros" peroraban sin ilación, oían sin entender y repetían hasta el cansancio los argumentos insubstanciales con que trataban de justificar su capricho de no salir de la capital.

Y era precisamente la capital la que había hecho de aquellos jóvenes (en gran parte nacidos a centenares de kilómetros de distancia de la ciudad de México) energúmenos jactanciosos, acostumbrados a exigir lo que otros hubieran tenido vergüenza en solicitar: establecerse, de espaldas a la República, en mitad de la urbe que esconde —a tantas mujeres y a tantos hombres— la verdad lacerante de nuestro pueblo… Imaginé lo que hubieran sido mis interlocutores al concluir su carrera profesional en alguna escuela de provincia. Acaso, no

habrían demostrado ortografía más pertinente, ni mejor ilación en las fórmulas del discurso, pero hubieran sentido con mayor claridad el egoísmo de las demandas que les dictaban sus guías políticos.

Traté de explicarles una vez más lo que mis colaboradores y yo habíamos repetido en múltiples ocasiones. No era posible, ni razonable, aumentar incesantemente las aulas del Distrito Federal, cuando existían en el país centenares de miles de niños sin profesor. Me vieron con arrogancia, y se despidieron. Comprendí que iban a consultar a sus mandantes, que no eran precisamente los miembros de la "Generación 1959".

No me engañé al pensarlo. El 22 de marzo, por la tarde, líderes y estudiantes invadieron los patios de la Secretaría. Se habían hecho acompañar por mujeres de condición humilde, y hasta por niños, que les servían de vanguardia —y de parapeto. Repartieron volantes, censuraron al gobierno, cantaron el Himno Nacional. Y se retiraron, a las nueve de la noche, no sin pegar insolentes carteles sobre los muros del edificio y en varias casas de las calles vecinas.

Al día siguiente, cancelé la matrícula del ciclo profesional de la Escuela Nacional de Maestros y anuncié que, el lunes 28, podrían reinscribirse —en el Auditorio de Chapultepec—

los estudiantes que deseasen volver al plantel, dentro de las condiciones fijadas por el gobierno. La reacción de los “activistas” fue muy violenta. El jueves 24, salieron de la guarida en que habían convertido a la escuela y concurrieron a un mitin en la Secretaría de Educación.

Gritaron los estudiantes y, sin reposo, peroraron los líderes. Como el secretario general del SNTE solicitó que recibiese a los miembros del comité ejecutivo de la sección IX, directores notorios del mitin, le expresé que podía invitarlos a que me expusieran personalmente sus demandas.

Encabezados por el profesor Gabriel Pérez Rivero, entraron a mi despacho. En contraste con el tono desafiante de sus discursos públicos, me sorprendió la actitud con que se acercaron a saludarme. Pérez Rivero me entregó un escrito conforme al cual los grupos de las escuelas primarias capitalinas no deberían tener sino cuarenta o cuarenta y cinco alumnos…

La maniobra delataba —con claridad— la intención de sus promotores. No les importaba tanto el mejoramiento de la educación de los niños cuanto el aumento en el número de los afiliados a la sección que capitaneaban. Hubiera sido conveniente, en efecto, reducir la magnitud de los grupos escolares en todo el país, siempre que contásemos con los maestros y los medios económicos necesarios. Según era obvio, no los teníamos. ¿Cómo explicar,

entonces, a los habitantes de los Estados que, a fin de perfeccionar las condiciones de la enseñanza en la capital, dejaríamos sin instrucción a muchos millares de niños carentes de la fortuna de haber nacido en el área que pretendía gobernar, por lo visto, la poderosa sección IX?

Al salir nuevamente al patio, los lideres encontraron a los agitadores más exaltados que antes. Varios de ellos exigían ya que se organizase una “guardia permanente” en el edificio,

parecida a la que había tenido que padecer el licenciado Ceniceros en 1958. A fin de salvar, por lo menos en apariencia, su responsabilidad sindical, los dirigentes de la sección IX les indicaron que serían los pasantes quienes mantendrían la “guardia” en lo sucesivo. Sin embargo, no tuvieron escrúpulos en añadir que los maestros podrían agregarse a los pasantes durante las horas que no correspondiesen a sus turnos de trabajo docente.

A las tres de la tarde, como todos los días, salí de mi oficina. No me importaron los gritos que oí al pasar. Voces impertinentes coreaban un estribillo bastante necio: Cuídenle las manos a Torres Bodet,

porque con las becas se va a enriquecer...

¿Pensaban acaso quienes repetían ese estribillo que el caudal de las becas egresaba en verdad de mis manos y que a ellas regresarían las sumas que adeudaban, en lo futuro, quienes no quisieran acatar el decreto del 9 de enero?

Al llegar a mi casa, me llamó por teléfono el profesor López Dávila. La policía (que había ocupado, desde la noche anterior, el edificio de la antigua Aduana de Santo Domingo, contiguo al de la secretaría) iba a disolver la manifestación. ¿Qué otra medida podía adoptarse? Los provocadores habían cerrado las puertas. Desde el vestíbulo, retaban a los agentes que pretendían entrar a restablecer el orden. Lo que no esperaban era que, de las azoteas de la ex Aduana, descendieran al patio los granaderos.

Hubo, entonces, un pánico indescriptible. Los manifestantes se retiraron, varios de ellos tal vez golpeados, aunque ninguno fue muerto —como no tardaron en afirmarlo los alarmistas. A las cuatro de la tarde, todos habían salido de la secretaría.

Inmediatamente principiaron las murmuraciones. Se aseguraba que habían fallecido varios maestros. Se organizó un desfile en el cual alternaron, con auténticos estudiantes, obreros, mujeres del pueblo y no pocos desocupados, sin más oficio ostensible que el de apedrear y vociferar. En menos de diez minutos, centenares de vidrios quedaron rotos. Como me encontraba yo en mi despacho, desde las cinco, vi entrar a un grupo de agitadores en la Escuela Preparatoria dos. Por las azoteas, muchos de ellos treparon hasta la iglesia vecina.

Desde aquel sitio, empezaron a lanzar ladrillos y piedras sobre nosotros. Nos hallábamos de pie, conversando, el licenciado Enríquez, Rafael Solana, Muñoz y yo, cuando oímos un singular estrépito. Un gran ladrillo, proyectado desde la iglesia, había caído sobre mi escritorio, precisamente frente a mi silla.

Serían las ocho, cuando el general Gómez Huerta me habló por el teléfono de la red gubernamental. No sé si estaba en Los Pinos. Se había enterado de que la muchedumbre quería subir a mi despacho y trataba de apoderarse del ascensor. Por fortuna, según lo supe después, uno de los mozos interrumpió la corriente eléctrica. Y, con bombas lacrimógenas, los granaderos dispersaron pronto a los asaltantes.

Lo que no ocurrió a mediodía, en los patios del edificio, sucedió por desgracia en las

calles, durante la noche. Dieciséis civiles tuvieron que ser atendidos por la Cruz Roja. Tres granaderos, un soldado y un motociclista habían resultado heridos.

Jamás experimenté tristeza como la que sentí a lo largo de aquellas horas. ¿Por qué razón me encontraba yo en el centro de una

tormenta de la que no tenía, en el fondo, culpa ninguna?

¿Cómo era posible que se me condenase por estar cumpliendo con mi deber? Pensé renunciar.

Pero pueblo y gobierno hubiesen juzgado con menosprecio mi dimisión.

Seguro, como lo estaba, de haber obrado con rectitud, sin ordenar el menor castigo, continué trabajando hasta casi la media noche. Quería recibir informes más amplios de lo ocurrido, ese mismo día, en la Escuela Nacional de Maestros. Por la mañana, mientras el grueso de los rebeldes se dirigía al centro de la ciudad, para participar en el mitin de la Secretaría de Educación, fuerzas del ejército, acatando instrucciones superiores, rodearon la escuela y obligaron a salir del recinto a los muchachos que permanecían allí, verosímilmente con la consigna de custodiarlo. Una vez ocupado el plantel, dispuse que se suprimiesen las instalaciones del internado, refugio de los provocadores más agresivos. En camiones, empleados de la secretaría se trasladaron hasta la escuela y recogieron todos los muebles que utilizaban quienes no eran ya, propiamente, alumnos del establecimiento. Si regresaban, encontrarían vacíos comedores y dormitorios. Y no volveríamos a cometer el error de mantener un régimen de internado al servicio de jóvenes tan violentos. Sería mejor concederles becas en efectivo.

Al volver a mi domicilio, vi a una patrulla estacionada junto a la puerta. Varios sospechosos habían querido forzarla. Agradecí al jefe de la patrulla su protección, pero le rogué que se retirase. Era preferible la injuria de unos cuantos escandalosos a una demostración de fuerza frente a mi casa. Después de todo, nada ocurrió.

Expliqué a mi mujer lo que había sucedido en la secretaría, y traté de tranquilizarla. En verdad, no era necesario. Valiente y persuadida, comprendía muy bien cuál era mi situación.

No podía ya detenerme, ni renunciar. Pasase lo que pasase, estaba comprometido conmigo mismo. La opinión pública reconocería, tarde o temprano, la injusticia de quienes me atacaban por no ceder.

En efecto, el domingo 27 —al regresar de la Agencia Gayosso, en donde expresé mis condolencias a las hermanas de nuestro gran pintor Francisco Goitia, muerto el sábado 26—, recibí copia de un documento firmado por diecinueve rectores de universidades de provincia.

“Deseamos expresar públicamente —aseguraban los firmantes— que, de manera enérgica, condenamos la artificial agitación que en recientes fechas se ha desatado en el ambiente estudiantil y magisterial de la Ciudad de México, y cuyos resultados, funestos para el país, sólo podrán ser el incumplimiento o el retardo de los planes de extensión de la educación que el actual gobierno ha comenzado a poner en práctica y que deberían beneficiar a todo el país.”

El lunes 28, universitarios como Justino Fernández, Eduardo García Máynez, Edmundo O’Gorman, Abelardo Villegas y Leopoldo Zea dieron a la publicidad un texto en el cual

manifestaban, entre otras cosas: “Consideramos que las autoridades educativas aciertan cuando tratan de aliviar este problema nacional y no sólo citadino, de escasez de maestros, estableciendo que los egresados de la Escuela Nacional realicen su servicio social en los centros urbanos de provincia, pues ni siquiera van a cumplir servicios rurales. En lo que se refiere a las becas otorgadas a los estudiantes normalistas, el decreto del día 9 de enero ha sido mal interpretado, puesto que establece que los estudiantes a quienes han sido otorgadas no las devuelvan al término de su carrera, sino que esta cláusula sólo obliga a aquellos egresados que no trabajen tres años al servicio del Estado… con los sueldos y todas las prestaciones sociales a que tienen derecho los maestros”.

El jueves 31, *El Universal* abordó el mismo tema, en un editorial titulado “El Antimaestro”. Y Gregorio Ortega, en su sección “Pulso Político de México” hizo las siguientes observaciones: “¿Cuál es el interés de la sección IX? ¿Instruir a los niños del Distrito Federal, aun cuando los provincianos queden en la ignorancia? No. Lo que de verdad les interesa es reforzar la sección IX magisterial, usando a los normalistas de la generación 59”.

Ésa —y no otra— era la intención de los agitadores. Para afirmar su fuerza, no dudaron en propagar las más absurdas mentiras. Aseguraron que varios maestros habían muerto durante el tumulto del 24 de marzo. Por espacio de varios días, fui a visitar los planteles primarios de la ciudad. Quería darme cuenta del estado de ánimo de su personal docente. Muchos profesores me recibieron con amabilidad, sin aludir para nada a los sucesos de la semana anterior. Pero algunos me saludaron con reticencias. En cierta escuela, vi colgado un crespón luctuoso junto a la puerta del despacho del director. —“¿Ha muerto alguno de sus maestros?” le pregunté. Y

él me contestó —“No, señor secretario, pero muchos murieron el jueves, en la secretaría.”

Aunque sentí el impulso de reconvenirle, me dominé. Y le dije tan sólo: —“Arranque usted el crespón, porque ningún profesor fue víctima de los desórdenes a los que se refiere. No se deje usted engañar por los embusteros.” Inclinó la cabeza, y quitó el crespón. Pero advertí que no lo había convencido. ¿Tendría Goebbels razón, cuando aseguraba que una mentira, repetida con insistencia, adquiere siempre —a la postre— la importancia de una verdad?

A pesar de las manifestaciones, 2 471 alumnos del ciclo profesional de la Escuela Nacional de Maestros fueron a reinscribirse en el Auditorio de Chapultepec el lunes 28 de marzo. Quedaba así en evidencia que la huelga no había sido en ningún momento expresión de una voluntad general de los estudiantes, sino resultado de la imposición de una minoría que no llegaba al 8% del total de los inscritos durante el mes de febrero.

Como las tropas se habían retirado ya de la Escuela, entregándola al personal del Consejo Técnico, pensé que sería conveniente nombrar a un nuevo director. El profesor Teja Andrade poseía cualidades indiscutibles, pero su autoridad se había visto minada, muy a mi pesar, por la rebelión de los agresores. Le sería sumamente difícil emprender una acción de apaciguamiento como la que esperábamos. Imaginé que el profesor Miguel Huerta, hábil y muy

querido por los alumnos, podría obtener mayor éxito en sus gestiones. Infortunadamente, no trabajaba en la secretaría. Desempeñaba un cargo importante en el Instituto Mexicano del Seguro Social. Expliqué el caso al presidente de la República, quien me autorizó a solicitar del licenciado Coquet un permiso a fin de que Huerta pudiera colaborar con nosotros. Con patriótica decisión, pues sabía los riesgos que le aguardaban, aceptó el nombramiento.

El lunes 4 de abril, se reanudaron las clases en el plantel. Todo parecía resuelto ya; pero continuaba la pugna entre la sección IX y el comité ejecutivo del SNTE. El viernes 8, la sección publicó en la prensa un largo comunicado. Acusaba al comité de no entregarle, para sus gastos, sino cincuenta mil pesos de los ciento noventa mil que importaban las cuotas sindicales de los maestros primarios del Distrito Federal. Por su lado, el comité decidió consignar a los miembros directivos de la sección IX por actos de indisciplina. Y, el jueves 14, el profesor Lozano Bernal me anunció que el comité ejecutivo de la sección IX había sido suspendido provisionalmente. En consecuencia, la secretaría no debería ya tratar ningún asunto con los

“líderes suspendidos”.

Principiaba el tercer acto del drama. El primero había concluido con la sumisión —no total, ciertamente— de los pasantes. El segundo, con la salida de los soldados que ocuparon la Escuela Nacional de Maestros. ¿Cómo terminaría el tercero, en el cual los protagonistas no serían ya la secretaría y las masas rebeldes, sino el comité nacional del SNTE y los jefes desposeídos de la sección IX?…

Aunque los actores fueran distintos, las víctimas continuarían siendo las mismas: el gobierno, por una parte, y, por otra parte, los escolares. En efecto, los descontentos substituirían, al “paro indefinido” de los jóvenes normalistas, el “paro”

(indefinido también) de los maestros que atendían muchos de los planteles primarios de la ciudad.

Desde el 10 de mayo, por medio de la prensa, recordé a todos los profesores los términos del Reglamento de Trabajo y del Estatuto Jurídico. Ambos textos les prohibían dedicarse —

durante las horas de servicio— a actividades ajenas a su función docente. Si efectuaban paros, les sería descontado el salario no devengado. Se les amonestaría por abandono de empleo.

El jueves 12, antes de salir con el presidente rumbo a Durango, me enteré por la prensa de que el comité nacional había resuelto eliminar del sindicato a los miembros —ya suspendidos

— de la comisión ejecutiva de la sección IX. A nuestro regreso, el licenciado López Mateos inauguró, el domingo 15, las Escuelas Nacionales de Educación Física y de Maestras para Jardines de Niños. Concluidos aquellos actos, nos dirigimos al Palacio de Bellas Artes.

Íbamos a conmemorar el Día del Maestro. Lo conmemoraríamos, por cierto, en insólitas condiciones.

Desde primeras horas de la mañana, el general Cueto y otros jefes de la policía habían tomado medidas a fin de que los líderes no aprovecharan la oportunidad de esa ceremonia para desencadenar un nuevo tumulto. Establecieron hileras de agentes, a quienes instruyeron en el sentido de no permitir que grupos provocadores entrasen al Palacio de Bellas Artes. No

obstante, burlando la vigilancia, algunos maestros insatisfechos se deslizaron entre los otros, y trataron de desplegar en los corredores

carteles irrespetuosos. Cuando llegamos, ni el presidente ni yo nos dimos cuenta de lo ocurrido. El profesor López Dávila y diversos funcionarios de la secretaría habían actuado con prontitud. Se advertían oleajes póstumos, sobre todo en la galería. Pero las lunetas y los palcos estaban en orden.

Expuse, en mi discurso, lo que el gobierno había hecho —o decidido hacer— en favor de los maestros, desde el 1º de diciembre de 1958. Disfrutaban ya de un aumento general, del 10% de sus sueldos. En los jardines de niños y en las escuelas primarias de la Federación, todos los titulares iban a percibir sumas adicionales por cada período de cinco años de trabajo. Los suplementos ascenderían, de cincuenta pesos mensuales después del primer quinquenio, hasta quinientos, después del quinto. En muchos casos, los salarios determinados para 1960 representarían una mejora —del 69%— por comparación con los de 1959. El

"escalafón económico" se haría extensivo a los no titulados, cuando —por su edad— éstos no se encontraran en condiciones de aprovechar la enseñanza que ofrecía a sus compañeros el Instituto de Capacitación.

Habíamos triplicado nuestra aportación financiera para el suministro de medicamentos, y puesto en operación seis nuevos centros médico-asistenciales: los de Durango, Hermosillo, Irapuato, Pachuca, San Luis Potosí y Tuxtla Gutiérrez. Veintiséis nuevos almacenes de víveres funcionaban ya normalmente: veinte en los Estados y seis en la capital. Por último, una de las más antiguas aspiraciones del magisterio (la de poder jubilarse a los treinta años de servicio, sin límite de edad y con pensiones calculadas sobre el total de los sueldos acumulados) se había visto satisfecha.

Al concluir, recordé al párroco de Dolores. "En un año en el que celebramos el sesquicentenario del dieciséis de septiembre de 1810 —dije— conforta pensar que nuestro país fue proclamado por un maestro. Al honrar al magisterio mexicano, evoquemos a todos los maestros de la Independencia, que enseñaron libertad con su sacrificio, a todos los maestros de la Reforma, que enseñaron virtud

con su lealtad, y a todos los maestros de la Revolución, que vivieron y murieron para legarnos un concepto más amplio de la justicia, un sentido más hondo de los derechos sociales y una imagen más viva y auténtica de la patria."

¿Comprendieron muchos de mis oyentes la diferencia que establecía yo entre aquellos maestros y los vociferantes "mentores" que la policía no dejó penetrar en la sala en que nos hallábamos?

Por su parte, el licenciado López Mateos —tras de entregar las medallas Altamirano, y cinco mil pesos de obsequio, a cada uno de los treinta y seis educadores que demostraron haber cumplido más de cincuenta años de servicio— manifestó: "La tarea de enseñar supone, en quien la practica, tres condiciones indispensables: ser fiel a su vocación, saber lo que va a enseñar y asumir la parte esencial que le corresponde en el desarrollo de la comunidad a la que ofrece sus enseñanzas. A la competencia pedagógica, ha de unir siempre el educador el

respeto por la calidad moral de su profesión y el amor para el pueblo al que debe ayudar con desinterés y con rectitud. Por eso fueron admirables, en su sencillez, los maestros de la Revolución: porque no dijeron nunca que no a los requerimientos inmensos de México, porque no vacilaron jamás en acudir a los sitios donde las poblaciones más desvalidas los aguardaban. Y porque se entregaron a ellas con entusiasmo, con energía y con probidad".

No podía condenarse más claramente a quienes entonaban el Himno Nacional cada vez que apedreaban algún edificio público y veían, en la Escuela Nacional de Maestros, no sé qué histórica "ciudadela" digna de perpetuar el recuerdo de otra "decena trágica".

El 16 y el 17 de mayo se reunió —en Acapulco— el segundo Consejo Nacional Extraordinario del SNTE. El profesor Lozano Bernal había consignado, ante la comisión de vigilancia, a los miembros de la comisión ejecutiva de la sección IX. Y la comisión de vigilancia, de acuerdo con la de honor y justicia, había decidido destituirlos y expulsarlos del sindicato. A fin de impugnar el fallo,

hablaron el profesor Gabriel Pérez Rivero y varios amigos suyos. Por unanimidad (aunque con la ausencia del delegado de la sección zacatecana), el Consejo aprobó las destituciones y la expulsión. Para substituir a los dirigentes de la sección IX, se nombró a una comisión provisional. La encabezaría el profesor Máximo Revueltas.

Providencialmente, llegaron las vacaciones de primavera. Pero las clases se reanudaron el miércoles 1º de junio. Y, el viernes 3, el Tribunal de Arbitraje nos comunicó la resolución adoptada en Acapulco por el Consejo. En seguida, principiaron nuevos desórdenes. El martes 7, los maestros adictos al grupo del profesor Pérez Rivero organizaron una gran manifestación.

Pretendían que el gobierno, ignorando las decisiones tomadas en Acapulco, restituyese en sus cargos a los dirigentes destituidos. La cuestión no dependía, en manera alguna, de las autoridades. En cuanto al paro —anunciado por los manifestantes— constituiría una suspensión ilegítima de labores. De llevarse a cabo, tendríamos que aplicar a los faltistas las sanciones determinadas por las leyes.

Más de 1 500 maestros iniciaron el paro. El jueves 9, recibimos al doctor Dorticós, presidente de Cuba. Los agitadores creyeron que la visita de ese jefe de Estado facilitaría sus maniobras. Se habló mucho de Martí; se insistió en la fraternidad de nuestros pueblos, y el doctor Dorticós inauguró —en Bellas Artes— una exposición de obras presentadas por pintores de su país. Le di allí la bienvenida. Contestó en términos cordiales… Y nada grave pasó.

Poco a poco, fue disminuyendo el número de huelguistas. Reemplazamos a los pertinentes con maestros substitutos. Y tuvimos que consignar ante el Tribunal de Arbitraje a un inspector y a varios directores que habían cerrado escuelas y prohibido a los alumnos entrar a clases.

Por abandono de empleo, cesamos a más de doscientos “educadores”.

Durante semanas, que parecían interminables, siguieron así las cosas. Agrupaciones de padres de familia me enviaban protestas y me tildaban de lenidad. En cambio, maestros (de

título, por lo menos) se quejaban de que me hubiese atrevido a la extraordinaria aventura de expedir ceses. Casi todas las tardes, a pesar de la lluvia, desfilaban grupos en plan de lucha por las calles de la ciudad. Cierta noche —la de 12 de julio— la policía dispersó a un conjunto que se decía estudiantil y que, con el pretexto de expresar su adhesión a Cuba, intentó quemar una bandera norteamericana en la Plaza de la Constitución.

Mientras tanto, la Escuela Nacional de Maestros trabajaba como podía. Y, verdaderamente, podía muy poco. Los “activistas” se habían apoderado del Teatro al Aire Libre. Recibían allí a sus amigos, a sus amigas, y cargamentos de víveres y licores.

A partir de septiembre, maestros y estudiantes apaciguaron sus iras. Los cursos de la Escuela Nacional de Maestros no sufrieron ya interrupciones. Trabajamos sin mítines callejeros. Y los vidrios de nuestras ventanas —oportunamente repuestos— no fueron rotos de nuevo, por ladrillos o piedras lanzados con pedagógica precisión… Pero algo, más frágil que aquellos vidrios, hubiera podido romperse en mí: la confianza en la juventud de la capital, tan arrebatada en el odio, tan jactanciosa en la ofensa —y tan sumisa, a la postre, por abandono, fatiga, desdén u olvido. No caí, sin embargo, en el error de juzgarla con aspereza. En todas partes son los jóvenes bruscos, apasionados y tornadizos. Muchos de los que me habían injuriado fueron a verme antes de que concluyese el año escolar. Me ofrecieron, entonces, servir al pueblo en las ciudades que la secretaría les indicase. Discutieron conmigo, sin evasivas, las bases del reglamento que normaría, a partir de 1961, el servicio social de los egresados. No dura mucho el rencor en las almas claras. Y almas claras requiere, ante todo, la educación.

Principiado entre cóleras y motines, 1960 acabó con realizaciones alentadoras. El 19 de septiembre inauguré, en Iguala, uno de los dos centros regionales de enseñanza normal que tanto me

interesaba poner en marcha. El de Ciudad Guzmán empezó a trabajar simultáneamente. Avanzaba, con rapidez, la ejecución del Plan de Once Años. Estudiantes, industriales y trabajadores decidieron ayudarnos a restaurar escuelas. El Comité Nacional de la Publicidad, presidido por don Guillermo Guajardo Davis, patrocinó aquel esfuerzo.

Además de los millares de aulas que estábamos construyendo, no tardamos en ver remozados muchos planteles, por obra de una legión de patrióticos voluntarios que allegaban no sólo fondos, sino pinturas, lámparas, pizarrones y materiales de construcción.

Durante el mes de noviembre, pude apreciar los resultados de los exámenes escolares. En diciembre, el jueves 8, fui a Guadalajara con las personas que acompañaron al licenciado López Mateos. Ese mismo día, principió un Consejo Nacional del SNTE. Ciento cincuenta años antes, el Padre Hidalgo había confirmado —en esa ciudad— la abolición de la esclavitud. Lo hice notar así a los miembros del sindicato. Y, al recordárselos les conté que los profesores de

las escuelas secundarias de la capital me habían invitado a una exposición de pinturas y de dibujos hechos por los alumnos de los cursos nocturnos. Manos de adolescentes, o de trabajadores todavía inexpertos, habían querido rendir un tributo humilde a los héroes de nuestra Independencia. Un dibujo, entre otros, me conmovió. Representaba a Hidalgo, a la Corregidora de Querétaro, a José María Morelos, a Leona Vicario, a Ignacio Allende y a Vicente Guerrero. Al pie de esas seis figuras, leí estas líneas: “Te dieron una patria. ¿Tú, qué has hecho?…” Esa pregunta, deberíamos todos hacérnosla, día tras día.

Al volver de Guadalajara, el sábado 10, asistí —en el Auditorio del Instituto Mexicano del Seguro Social— a un acto en el que conmemoraba nuestro gobierno el aniversario de la Declaración Universal de Derechos Humanos. Horas más tarde, tomé el avión. Iba a Acapulco, para acompañar a Pablo Casals en el festival que sus admiradores habían organizado. El viejo maravilloso me recibió

con júbilo pueril. Recordamos nuestros encuentros. De joven, mi padre me había presentado a él, en México, durante la tarde en que tuvo la noble idea de pedir a la orquesta del Teatro Abreu que le cediese su turno para tocar *La muerte del cisne.* Iba a bailar Ana Pávlova. Y Casals, sentado en una platea, interpretó para ella la música de Saint-Saëns. La Pávlova agradeció aquel regalo con lágrimas en los ojos. Muchos años después, en París, tuve ocasión de ver nuevamente al célebre catalán.

Acababa de contraer matrimonio con la joven artista que fue su esposa. Hablábamos de su país, de su protesta frente al franquismo, de su amor por la paz y de su consagración a la humanidad.

Casals no empleaba nunca grandes palabras. No quería dar la impresión de ser elocuente.

Si no me engaño, despreciaba la elegancia verbal. Prefería dejar el lirismo para la voz de su violonchelo. Pero la suya —la de su cuerpo — era tímida, tenue, y con arpegios más bien irónicos. Donde otros hubieran usado el vocablo “hermoso”, él decía simplemente “bonito”.

Pronunciaba aquel adjetivo con la alegría de un niño bueno. Niño de ochenta y cuatro años (los cumpliría en Acapulco), se sentó, en la explanada del Fuerte de San Diego, junto a la señora de López Mateos y a mí. Presenciamos un espectáculo folclórico, ofrecido por la compañía de Amalia Hernández. Al final de muchos de los bailables, Casals repetía plácidamente: “¡Qué bonito, pero qué bonito!”

Tuve que hablar. Era Casals, según lo manifesté ante el millar de personas que se habían congregado para rendirle homenaje, un ciudadano cabal de ese mundo heroico que no admite fronteras políticas o lingüísticas: el que se expresa, por el prodigio de la armonía, en la realidad magnífica de la música. ¡Qué existencia la suya, entregada toda a la egregia misión del arte! Nos ofrecía esa vida un ejemplo de lo que puede la inteligencia cuando se afirma en

la voluntad, y de lo que logra la voluntad cuando se alían —en quien la ejerce— el entusiasmo por la belleza y la devoción para el bien.

A medianoche, nos despedimos. Al regresar al hotel, junto con mi esposa, sentí qué pequeños son los momentos, los días —y hasta los meses que atormentan agitaciones como las

que había tenido que soportar durante muchas semanas del año ya moribundo. El cielo, estrellado y limpio, parecía cantar a su modo, un andante esencial de Mozart. Hay horas en que el silencio está lleno de músicas infinitas. Oírlas, para quien se ha visto obligado a vivir entre alarmas y cóleras populares, no constituye solamente un consuelo. Brinda un estímulo.

XVIII. UN AÑO FECUNDO: 1961. LA REFORMA DE LA SEGUNDA ENSEÑANZA. SUS PRINCIPIOS Y SUS PROPÓSITOS. AYUDA A LAS UNIVERSIDADES DE LOS ESTADOS. UN DÍA DEL MAESTRO EN CORRALEJO. EL 25º ANIVERSARIO DEL INSTITUTO POLITÉCNICO NACIONAL. VIAJES E INQUIETUDES. DOS LIBROS MÁS

Si 1960 fue para mí un año de luchas, incertidumbres y, por momentos, amargas desesperanzas, 1961 me dio la oportunidad de apreciar algún éxito en mis esfuerzos.

La expansión de la enseñanza primaria podía parecer promisoria. El total de los alumnos inscritos en las escuelas federales (2 166 650 en 1958, según ya dije) ascendió a 2 473 599 en 1959, a 2 917 682 en 1960 y —en 1961— a 3 171 768. Continuaba afligiéndonos la deserción escolar. Sin embargo, iban mejorando los índices estadísticos. Mientras que, en 1958, sólo 106 562 colegiales concluyeron el sexto grado en los planteles primarios de la Federación, durante 1959 los egresados fueron 122 839 y, en 1960, llegaron a ser 138 872. 1961 nos daría una cifra menos desoladora:

157 432… En 1959, no existían aún los libros de texto y los cuadernos de trabajo gratuitos. Desde 1960, empezamos a repartir millones de ejemplares de esos manuales. El programa de construcción de escuelas seguía afirmándose. A las 3 542 aulas de enseñanza primaria erigidas en 1959, agregamos 3 698 en 1960 y 4 527 en 1961; es decir: 11 767 en treinta y seis meses.

Pero no me interesaba tanto la cantidad, cuanto la calidad de la educación. Desde 1959, había exhortado al Consejo Nacional Técnico a proceder a una reforma efectiva de los sistemas y de los métodos. Dos eran mis propósitos esenciales. Por una parte, deseaba ajustar los programas de primera enseñanza a fin de conseguir que los millares de desertores del quinto y el sexto grados alcanzaran al menos, al concluir el cuarto, una formación básica suficiente para no sentirse absolutamente frustrados frente a la vida. Por otra parte, quería corregir el academismo ficticio que seguía prevaleciendo en las escuelas de nivel medio. Los alumnos de esos planteles padecían los efectos de una plétora de asignaturas: doce en ciertos años…

¡Qué diferencia entre tales planes y la concepción que orientó a Barreda al trazar el marco pedagógico de la Escuela Nacional Preparatoria! Se imponía una reducción en el número de las materias tratadas a la ligera y con fórmulas “memoristas”. Lograría aprovecharse mejor el tiempo en actividades prácticas dentro de los laboratorios y los talleres. En septiembre de 1960, comenzaron a regir los nuevos programas, no sin protestas de los especialistas — que

estimaban excepcional el valor de sus disciplinas— y de los autores de libros de texto, para quienes la reforma implicaba un perjuicio económico incuestionable.

Puse todo mi empeño en obtener recursos para dotar a las escuelas secundarias con laboratorios y talleres donde los estudiantes pudiesen comprobar por sí mismos las teorías que les habían expuesto sus catedráticos. Y, tanto en 1961 como en los años

posteriores, me di cuenta de las consecuencias benéficas de aquel gasto, que la Secretaría de Hacienda veía no sin pavor.

Según hube de exponerlo el 17 de mayo, durante la comida que ofrecieron al presidente, en Toluca, los rectores de las universidades y los directores de los institutos técnicos del país, la segunda enseñanza no debía considerarse como un corredor que —de manera forzosa—

condujese al alumno al umbral de una facultad. Brindando a los estudiantes otras perspectivas, útiles para México, el desarrollo de las técnicas y las actividades de adiestramiento práctico podrían salvar a las universidades de un inquietante alud: el de los jóvenes desprovistos de vocación. De ahí la alegría que me produjo, al celebrar el Día del Empresario y el Maestro, ver en los industriales que me acompañaron a recorrer las aulas y los talleres de un plantel de segunda enseñanza de la Ciudad de México, el mismo interés que suscitaba ya en mí el júbilo de los muchachos, orgullosos de preparar —en aceptables laboratorios— ciertas combinaciones químicas o de comprobar muchas experiencias físicas con objetos reales, en máquinas verdaderas, y no sólo con fugitivos trazos de gis sobre la noche abstracta de un pizarrón.

Estimulados por la satisfacción de los aprendices, aumentamos el número de las escuelas federales de enseñanza de nivel medio. Me refiero aquí, no sólo a las secundarias tradicionales, sino a las “secundarias técnicas”. En 1958, la secretaría atendió a 107 194

escolares de ese nivel. En 1959, la inscripción fue de 119 512 y aumentó —en 1960— a 138

002 y a 148 272 en 1961. 1

Dentro del nuevo plan, centramos el interés de maestros y alumnos en el conocimiento de las matemáticas, de nuestro idioma y de la historia, la biología y las ciencias físico-químicas.

Como la experiencia había demostrado que los profesores rara vez concluían los extensos programas de historia, añadimos a los cursos que ya existían uno más, dedicado exclusivamente al estudio del siglo XX. Era absurdo que los adolescentes imaginaran que México acabó en la Reforma y Europa con la guerra de 1870… Una de las razones que me indujeron a crear ese curso complementario fue la angustia que me produjo advertir, en no recuerdo qué certamen escolar "de oratoria", las críticas hechas por estudiantes de segunda enseñanza a la Revolución Mexicana de 1910. Ignoraban, de hecho, sus causas, sus sacrificios, sus ideales y sus realizaciones.

Siempre he pensado que la educación cívica ha de ser el coronamiento de todas las enseñanzas de nivel medio. En 1944, la Comisión Revisora de Planes y Programas cometió el error (del que me confieso responsable también) de dar un carácter demasiado jurídico a la

educación cívica. A partir de la reforma de 1960, dispuse que se alternasen las clases orales con verdaderas tareas cívicas: ayudar al mejoramiento material de la escuela, visitar los museos y los sitios históricos y, en la medida de lo posible, participar en la obra de la comunidad.

Por desventura, entre disponer y lograr media una gran distancia. Temo no equivocarme al decir que los profesores continuaron con sus exposiciones verbales sobre el valor de la democracia, exaltando los derechos del ciudadano y olvidando que no hay derecho que no implique un deber social; repitiendo solemnemente las frases hechas —desmonetizadas ya por el uso— acerca de algunos de nuestros héroes; acudiendo a los sitios históricos más cercanos al lugar en que los muchachos pudiesen comprar sus "tortas" y sus refrescos, y recorriendo los museos —si se dignaban honrarlos con su visita— a un paso menos cívico que gimnástico.

No toda la culpa fue suya. ¿Cuántos planteles contaban con autobuses para el traslado de los alumnos? ¿Con qué fondos cubrir el importe del servicio de otros vehículos? Y, en cuanto a participar

en la obra de la comunidad, ¿no resultaba más fácil la crítica que el trabajo?…

Cuando fui al Japón, durante la primavera de 1970, pude apreciar cómo lo proyectado diez años antes en México, lo hacía el gobierno nipón, sin treguas y sin jactancias. En todas partes me vi rodeado de niños y niñas, guiados por sus maestros. Lo mismo en un templo de Kioto que en un jardín de la Nara o en cualquier pabellón de la Exposición Internacional de Osaka, los turistas tenían que abrirse paso entre grupos de colegiales uniformados, atentos y sonrientes. El intérprete que me acompañaba tuvo la amabilidad de explicarme lo que decían a esos niños sus profesores, cómo les señalaban —por ejemplo— la significación histórica de la Villa Imperial de Katsura, o del Castillo de Nijo y con qué precisión les hacían observar los objetos expuestos en los muestrarios de Osaka. ¿Cuándo verá un extranjero —en igual proporción— algo semejante en nuestro país?

Al evocar el año de 1961, vienen a mi memoria muchos viajes hechos por la República y no pocas giras de trabajo efectuadas en el Distrito Federal.

El 27 de febrero inauguré en Villahermosa, junto con el gobernador Carlos A. Madrazo, la Casa de la Juventud Tabasqueña. El 3 de marzo estuve en Pachuca, para asistir a la ceremonia en que se dio el nombre de Universidad Autónoma al Instituto Científico y Literario del Estado de Hidalgo. Me inquietaba aquel cambio verbal. “Treinta universidades completas —dije a los hidalguenses— no podrían crecer simultáneamente, y al mismo paso, si no configurasen su crecimiento dentro de un plan nacional de acción. Lo mejor es construir —en torno de cada núcleo universitario— ciertos planteles concebidos para el fomento de la región, sin pretender una autosuficiencia aparente en todas las disciplinas propuestas a la curiosidad y al saber del hombre.” A pesar de la claridad de aquella advertencia, maestros y estudiantes, al concluir el

acto, no vacilaron en expresarme el deseo de establecer, sin demora, una Facultad de Filosofía y Letras con sede en Pachuca…

El 9 de marzo, llegué a Jalisco. En Guadalajara, inauguré los laboratorios de la Escuela Normal del Estado. Me satisfizo observar la actitud de los jóvenes estudiantes. Todos estaban dispuestos a servir al país, donde más los necesitara. ¡Qué diferencia entre aquel ofrecimiento (formulado por escrito, en carta que firmaban seiscientos pasantes) y las reticencias de los normalistas de la Ciudad de México!

Tras de poner en actividad un centro escolar en Chapala y detenerme en la Normal de Atequiza, me trasladé a Nayarit, donde revisé las actividades del Centro de Educación Agropecuaria establecido en Villa Hidalgo y las de quienes —desde Santiago Ixcuintla—

seguían ejecutando, con éxito relativo, el “ensayo piloto” de educación de base auspiciado por la UNESCO en 1949.

En Culiacán, el martes 14, me recibió una multitud entusiasta y esperanzada: rostros tropicales, risas gloriosas, frentes morenas, y vítores generosos. Iba conmigo el general Leyva Velázquez, gobernador del Estado. Con él recorrí las aulas de las escuelas “Manuel Ávila Camacho”, “Julio Hernández” y “Ponciano Arriaga”. En la prevocacional, que ostentaba el número 23, sentamos las bases para la fundación de un Instituto Tecnológico Regional. Lo sostendríamos con la colaboración de la iniciativa privada y del gobierno de Sinaloa. Quise, una vez más, ser muy franco frente a la muchedumbre que me aplaudía. Por eso incluí, en mi alocución, el siguiente párrafo: “Todos seremos vencedores, o vencidos, en la lucha proclamada por el presidente López Mateos contra la ignorancia, la insalubridad y la miseria.

Los tropiezos, los resultados insuficientes afectarán a todos los mexicanos. De ahí que todos los mexicanos estén igualmente comprometidos”. Los manifestantes me escucharon —y siguieron pensando, probablemente, que compromisos de tal categoría, por ser de todos, no son de nadie en particular.

El domingo 9 de abril fui testigo, en Taxco, de un esfuerzo menos declamatorio. El Comité Municipal estaba procediendo a restaurar las escuelas públicas. El doctor Francisco Pineda me entregó simbólicamente la “llave de la ciudad” y un pergamino en cuyo texto el Ayuntamiento me declaraba “sembrador de la cultura”. Aproveché la oportunidad para inaugurar la escuela rural “Benito Juárez” en Rancho Viejo, y la “Cuauhtémoc” en Huejojutla.

La víspera, había cenado con Stravinsky —quien, a la sazón, se encontraba en México. Le oí dirigir, en el Palacio de Bellas Artes, una de sus obras maestras: *Le Sacre du Printemps.*

Todo, en los alrededores de Taxco, parecía una ilustración de esa espléndida partitura.

Mientras hablaba con el gobernador Martínez Adame, veía yo en cada huerto, en cada jardín y

—¿por qué no?— en cada grupo escolar que me saludaba, una demostración mexicana de que existen múltiples formas de consagrar a la primavera. El estudio no es, por cierto, la menos bella.

El martes 18 y el miércoles 19 acompañé al presidente López Mateos en una gira por el

Estado de Tlaxcala. Iban con nosotros el ingeniero Barros Sierra, el doctor Álvarez Amézquita, el ingeniero Moreno Torres y el profesor Roberto Barrios. Inauguramos un jardín de niños en Apizaco y el Estadio Tlahuicole en Tlaxcala. Todos tratábamos de disimular una profunda inquietud: la que suscitaba en nuestras conciencias la invasión anticastrista, por efecto de la cual Cuba se había visto incomunicada del mundo —durante horas— el lunes 17

de abril, fecha de mi aniversario.

Se trataba, indudablemente, de un grave error. ¿Quién había armado a los anticastristas? En pleno Times Square funcionaba un

centro de reclutamiento de voluntarios deseosos de servir a los Estados Unidos en su lucha contra Fidel. Durante la noche del martes 18, el general Lázaro Cárdenas arengó a los sectores reunidos en la Plaza de la Constitución para manifestar su amistad a Cuba. El ilustre divisionario se quejó de no haber podido salir a La Habana, como había intentado hacerlo, porque las compañías de aviación —"con intereses norteamericanos"— se lo impidieron. ¿Serían, sólo, esas compañías?

López Mateos era un maestro en el arte de dominar y ocultar sus preocupaciones. Iba.

Venía. Conversaba festivamente con el gobernador de Tlaxcala, Joaquín Cisneros, que nos sorprendió por su dinamismo y su democrática sencillez. Oía a los campesinos, exhortaba a los maestros. Aplaudía a las cancioneras que amenizaban banquetes y desayunos… pero se mantenía en estrecho contacto con las secretarías de Relaciones Exteriores, Gobernación y la Presidencia. Sólo durante el brevísimo instante en que pude charlar con él —en el autobús—

me dijo lo que ocurría. Se encontraba frente a un dilema: la expedición anticastrista constituía, según la frase de Talleyrand, más que un crimen, una tremenda equivocación. Por otra parte, el viaje del general Cárdenas a La Habana hubiera sido de consecuencias para el país. Se imponía, a su juicio, no intervenir; no intervenir en manera alguna.

Coincidiendo con sus propósitos, Manuel Tello declaró el 18 de abril que, "pacifista por tradición, México no había recurrido a la guerra sino en los casos de legítima defensa" y que

"correspondía al pueblo cubano, sin injerencias extrañas, traducir en realidades concretas sus aspiraciones de mejoramiento económico y social".

Comprendí que, como secretario de Relaciones Exteriores, no podía Tello decir otra cosa.

Pero comprendí también la dramática situación en que un hombre como López Mateos debía encontrarse. ¿Qué aconsejarle?… La aventura animada por los norteamericanos sería un fracaso. Y la intención del general Cárdenas era nobilísima —aunque su viaje a Cuba hubiese resultado más simbólico que eficaz. Para explicar, hasta cierto punto, lo acontecido, el general Olachea manifestó —el jueves 20— a los periodistas que el ex presidente “estaba con licencia ilimitada y que un militar, en tal situación, podía ser llamado al servicio activo, cuando se estimara conveniente”. Sin embargo, con oportuna prudencia, agregó: “Cuando quiera, podrá pedir su retiro definitivo.”

Regresamos de Tlaxcala. Y, el 21 de abril, en el salón de acuerdos del Palacio Nacional, el licenciado López Mateos recibió al señor Iván Matteo Lombardo, presidente de la Trienal

de Milán, quien le hizo formalmente entrega del premio concedido a México por nuestra escuela rural tipo. Cuatro días más tarde, convoqué en mi despacho al arquitecto Ramírez Vázquez y a sus principales colaboradores. A ellos estaban destinados, personalmente, los diplomas de la Trienal.

La más honda emoción del año la sentí en Corralejo, el 15 de mayo, al celebrar el Día del Maestro en la tierra natal de Hidalgo, frente a su estatua, erigida por el SNTE. Acompañé, en ese acto, al presidente López Mateos. Ambos nos dábamos muy bien cuenta del significado esencial de la ceremonia. No es lo mismo honrar al maestro en la sala de espectáculos del Palacio de Bellas Artes que en un lugar histórico como ése, bajo el cielo de una provincia heroica y en contacto con lo más humilde y genuino de nuestro pueblo: los campesinos, que nos oían sin parpadear.

Héroes y maestros no cesan de combatir en nosotros, y con nosotros, mientras nos esforzamos por merecerlos. Según expliqué en Corralejo, al homenaje material que expresaba la estatua, debía corresponder, sin descanso, un homenaje moral. El ejemplo del magisterio en actividad es, por sí solo, un monumento que el tiempo

no deteriora. Como el día, renace del holocausto de cada noche. Y, como la vida, se perpetúa y agranda, de generación en generación.

Junto a la figura de Hidalgo, percibí claramente que nuestra reforma educativa se encontraría a merced de la aptitud de los profesores, encargados de llevarla a la práctica en las escuelas. Muchos, ciertamente, intentaron adaptar su modesta preparación a los nuevos programas adoptados por el gobierno. Pero otros (la mayoría), defendidos por el Estatuto Jurídico, garantizados por la inmunidad que de hecho les otorgaba, y apoyados en la indiferencia, la complicidad o la inercia senil de los inspectores, arrojaban nuestras circulares al cesto y continuaban enseñando lo que creían haber aprendido, dentro de cauces cada vez más estrictos y deformados por la costumbre de no pensar. No pudiendo acusar a todos de ineptitud, preferí hacerles notar que se hallaban comprometidos, tanto como nosotros, en la tarea de agregar a la *cantidad* de los medios educativos, la *calidad* de sus resultados.

Sin el concurso activo de los maestros, cualquier reforma será infructuosa. Mientras hablaba al público reunido en la explanada de Corralejo, pensaba yo en los libros de texto gratuitos. Sí, deberían perfeccionarse… Pero lo grave no era su imperfección, sino la pasividad con que los maestros los empleaban. Seguros de que todos los escolares poseían los suyos, eran escasos los profesores que añadían algo valioso, fecundo y nuevo, a la oficial redacción impresa. Poco a poco, los niños podrían convertirse en simples repetidores. Lo que concebimos como una ayuda para el alumno ¿no acabaría por transformarse —muy a pesar nuestro— en razón de pereza para el mentor?

Junio iba a proporcionarme una intensa dicha: la de realizar un proyecto diferido durante años. Desde hacía tiempo, sentía la urgencia de invitar a la capital, como huéspedes predilectos, a los niños y niñas que alcanzaran mayor éxito en sus estudios al concluir el ciclo escolar primario. El licenciado López Mateos, con quien traté el asunto, me animó a intentar la hazaña. Los gobernadores aceptaron sufragar los gastos de traslado de los alumnos

procedentes de las entidades que administraban. Y conseguí recursos para alojar a los viajeros en el internado Francisco I. Madero. Serían más de cuatrocientos, dado el número de las

“zonas escolares” establecidas en esa época por lo que atañe a los Estados y Territorios donde regía el calendario de tipo B.

Guiados por maestros, que la secretaría escogió, llegaron a la capital un lunes, el 3 de julio. Al día siguiente, a las nueve de la mañana, fui al desayuno que les ofrecieron los alumnos del internado. Terminada la colación, y puestos todos de pie en el patio del colegio, les dirigí estas palabras: “México necesita de muchas generaciones en las que todos luchen sinceramente por tratar de ser los primeros. Pero no para envanecerse de ello, sino para servir con mayor eficacia a sus compatriotas. Son ustedes los primeros de una promoción escolar. He aquí la explicación de esta recompensa. Pero no reciban nuestra felicitación con malsano orgullo. Ser el primero de una promoción —en la escuela, como en la vida— impone siempre una responsabilidad. Ser el primero en algo implica el compromiso de no defraudar jamás a quienes creyeron, de buena fe, en el valor de esa primacía”.

Se habían colocado, a mi derecha, una niña —Georgina Peralta Lara— y, a mi izquierda, un niño: Arturo González Gascón. La primera venía de Tamaulipas. El segundo era de Chihuahua. No pudiendo saludar, uno a uno, a todos sus compañeros, estreché entre mis brazos a esos dos niños. Nada he sabido de ellos desde aquel día. Pero reitero aquí mis votos más afectuosos por su ventura.

Con sus guías, los escolares premiados se trasladaron a la Columna de la Independencia, al Hemiciclo Benito Juárez y al Monumento a la Revolución. Depositaron ofrendas florales en los tres sitios y fueron a “devolverme la visita”, a mediodía, en la Secretaría de Educación.

Hice que los maestros les explicaran el significado —social y artístico— de los murales de Diego Rivera.

El miércoles 5, los recibió el presidente en el salón de embajadores del Palacio Nacional.

Con la generosidad espontánea, tan característica en él, López Mateos supo darse tiempo para que los fotógrafos lo retratasen con cada grupo escolar, desde el de Aguascalientes hasta el de Zacatecas, pasando por los de Baja California (Norte y Sur), Campeche, Coahuila, Colima, Chihuahua, Durango, Guerrero, Jalisco, Nayarit, Nuevo León, Quintana Roo, Sonora, Sinaloa y Tamaulipas. En total, dieciocho fotografías. Ordené que se obtuviesen tantos ejemplares de ellas cuantos alumnos habían acompañado —en cada grupo— al Primer Magistrado de la Nación. Con la firma del licenciado López Mateos, los enviaríamos después a los niños y niñas recompensados, como un recuerdo de su visita a nuestra ciudad.

El éxito de aquellas jornadas fue tan indiscutible, que decidimos hacer lo mismo, en lo sucesivo, con los alumnos que obtuviesen las mejores calificaciones al concluir su enseñanza primaria en las fechas determinadas por el calendario de tipo A. Los egresados de las escuelas del Distrito Federal saldrían a recorrer la “Ruta de la Independencia” y los de los Estados conocerían la capital… Lo que pudo parecer —en 1961— un episodio pintoresco, se ha convertido, afortunadamente, en una patriótica tradición.

Cuanto estábamos intentando en los ciclos primario y secundario de la enseñanza no podía hacerme olvidar mis obligaciones en lo concerniente a la educación superior. Las universidades no dependían de mí, pero el Instituto Politécnico me planteaba compromisos indeclinables. Dirigido entonces por el ingeniero Méndez Docurro, todas sus escuelas ofrecían un espectáculo alentador. Los profesores se esforzaban, en la medida de lo posible. Y los muchachos, que estudiaban con gusto, alternaban en ocasiones sus cursos técnicos con interesantes actividades de índole cultural.

A partir del 29 de junio, principió a funcionar el Centro de Investigaciones y Estudios Avanzados. Tuve la fortuna de que

aceptara encauzarlo un mexicano ejemplar: Arturo Rosenblueth, varón sencillo, sobrio, modesto, de amplia cultura, mente precisa y gran corazón.

Su primer acierto fue el de rodearse de inteligencias claras y voluntades firmes, como las suyas. Escogió a José Adem para el departamento de matemáticas y a Manuel Cerrillo para el de electricidad. El propio Rosenblueth se encargó del departamento de fisiología. Creo, todavía hoy, que el Centro al que aludo fue —desde el punto de vista de la educación superior

— una de las más nobles realizaciones de la administración de López Mateos.

El 19 de agosto, celebraríamos el 25º aniversario del Instituto. Quise que tal celebración no se desarrollara tan sólo en un clima retórico, de anodina solemnidad. El Patronato para las obras del Instituto, bajo la presidencia del ingeniero Moreno Torres, aceleró sus trabajos.

Gracias a tal esfuerzo, pudimos inaugurar, en la misma fecha, el Pabellón de Laboratorios Ligeros. Invertimos, para realizarlo, veinte millones de pesos: doce millones y medio en la construcción del edificio, seis millones cuatrocientos mil en instalaciones y mobiliario y un millón cien mil en obras de urbanización.

Como siempre que me dirigí a los profesores y alumnos del Instituto, señalé esa vez la necesidad de no levantar un estúpido muro entre la técnica y la cultura. “Si la idea del hombre económico —dije— pudo servir como punto de referencia a los tratadistas de antaño, sería ingenuo querer trazar ahora el esquema del hombre técnico, en supuesta rivalidad con el hombre universitario. Por variadas que sean sus facultades y distintas que nos parezcan sus vocaciones, el hombre es uno. A interpretar y servir esa unidad interior del hombre están dispuestas precisamente las cualidades más perdurables de la cultura. Según escribió Niels

Bohr, como lema en su escudo científico, los contrarios se complementan. Dentro de un espíritu semejante, ¿por qué no reconocer que las disciplinas intelectuales deben asociarse en la proporción en que sus posibilidades se multiplican? Conciliándose, se sustentan y, coordinándose, se enriquecen."

El 16 de mayo habíamos honrado a Tagore en el Palacio de Bellas Artes. Recordando al poeta de *Jaha Gana Mana,* reiteré al auditorio del Politécnico lo que afirmaba Tagore, desde 1934, en una célebre carta: "La individualidad del hombre es inestimable. Sólo merced a ella realizaremos lo universal". Supongo que maestros y discípulos comprendieron el valor de esa frase, en todo su alcance estoico.

No relataré aquí, en detalle, todos los viajes que hice por la República en 1961. Durante el mes de octubre, fui a Guadalajara para rendir homenaje, con el gobernador Gil Preciado, a la memoria de Manuel López Cotilla en el primer centenario de su muerte. Depositamos la urna en que descansaban sus restos en el sitio que ocupa, ahora, al pie de su estatua, en la Rotonda de los Hombres Ilustres de Jalisco. Pensé en lo que un guía admirable de la niñez y la juventud dijo frente a la tumba de un profesor; los discípulos son la biografía de un buen maestro. Por eso manifesté a los tapatíos que me escuchaban: "La biografía más importante de un maestro no acaba nunca bajo la lápida de una tumba. Al contrario. Parece que principia continuamente en quienes —aprovechando su experiencia — transforman en vida sus enseñanzas, su orientación en virtud y su herencia en patria".

En noviembre, asistí en Chihuahua, con el licenciado López Mateos, a la inauguración del sexto Congreso Nacional Ordinario del SNTE. Y con él —y varios secretarios de Estado—

viajé en el tren en que recorrió, por primera vez, la ruta del ferrocarril Chihuahua-Pacífico.

Por último, en diciembre, lo acompañé durante la sesión inaugural de la Conferencia Pedagógica reunida en Xalapa.

Antes de que concluyese el año, agregué a mi labor oficial la de publicar dos libros: *Maestros venecianos,* que imprimió con el más amistoso esmero la editorial Porrúa, y *Obras escogidas,* que el Fondo de Cultura Económica tuvo a bien incluir en su colección Letras Mexicanas. Ambos aparecieron durante la última semana de noviembre. Cuando mi amigo Felipe Teixidor me llevó el primer ejemplar de *Maestros venecianos,* recordé los días en que escribí esas páginas, dentro de la nocturna paz de mi biblioteca parisiense, olvidando a medias las preocupaciones diplomáticas que, como embajador de México, no podía desprender totalmente de mí…

A lo largo de muchos lustros, ese fue mi destino: vivir —a medias— horas de funcionario y horas de artista, sin dejar que las inquietudes del funcionario alteraran la serenidad humana del escritor y sin permitir que el escritor deformase, por sujeción a sus preferencias, los deberes del funcionario. ¿Conseguí mantener aquel arduo equilibrio en todas las ocasiones?…

Al menos, lo procuré.

XIX. VIAJE A LIMA. EL PRESIDENTE PRADO. LA UNIVERSIDAD DE SAN MARCOS. EN CHILE. LA CONFERENCIA SOBRE EDUCACIÓN Y DESARROLLO ECONÓMICO. LOS LATINOAMERICANOS “ESPERANDO A GODOT”. FLAQUEZA DE LA ALIANZA PARA EL PROGRESO. COLOMBIA EN 1963. LA TERCERA REUNIÓN INTERAMERICANA DE MINISTROS DE EDUCACIÓN

Durante el gobierno del presidente López Mateos, México participó en dos conferencias interamericanas de educación. Asistí a ambas. La primera se efectuó en Santiago de Chile, del 5 al 19 de marzo de 1962; la segunda en Bogotá, del 4 al 10 de agosto de 1963.

El tema de la reunión de Santiago era muy importante: ¿cómo podrían cooperar los países del Continente para fomentar una educación que contribuyese al desarrollo económico de la América Latina?… Invitaron la UNESCO, la OEA, la CEPAL y la OIT. Daba particular interés a esa reunión la circunstancia de que —en agosto de 1961— el Consejo Económico y Social de la OEA hubiese adoptado, en Punta del Este, una resolución conforme a la cual convendría prever métodos eficaces para realizar, desde el punto de vista educativo, el plan decenal aprobado por la Alianza para el Progreso.

Ansiosa de recursos, la América Latina esperaba que dedicase la Alianza vastos caudales a las escuelas y a los maestros que sus pueblos requerían con tanta urgencia.

No me hacía yo vanas ilusiones. La Alianza disponía de medios muy limitados. Aun suponiendo que decidiese entregarlos todos a obras educativas (cosa impracticable, sin duda) corresponderían a cada país sumas insuficientes. Lo que me alentaba, al ir a Santiago, era una perspectiva distinta: la de avivar, en cada gobierno, la conciencia de su responsabilidad nacional en materia de instrucción pública. Hasta en México, resultaba siempre difícil extraer de las arcas de Hacienda las cantidades indispensables para aumentar los sueldos de los maestros, erigir planteles y dotar a los existentes con los talleres, laboratorios y bibliotecas que su función exigía cada vez más.

Asistirían a la Conferencia, bajo mi dirección, cuatro delegados: los embajadores Alfonso García Robles y Gustavo Ortiz Hernán; Jorge Espinosa de los Reyes, oficial mayor de Industria y Comercio, y Víctor L. Urquidi, consejero del Banco de México. Nos auxiliarían Silvio Zavala, representante de nuestro país en la UNESCO; Roberto L. Mantilla Molina, secretario general de la UNAM; Alfonso Ortega Martínez, de la Asociación Nacional de Universidades; Arquímedes Caballero, director de la Escuela Normal Superior, y Moisés

Ochoa Campos, director de planeación en la Secretaría de Educación Pública.

Junto con algunos de mis colaboradores, salí de México —en avión — durante la noche del viernes 2 de marzo. Coincidirían con nosotros —en Santiago— nuestros demás compañeros, así como Luis Weckmann, secretario de la delegación, y Rafael F. Muñoz.

Invitado por el gobierno peruano, hice escala en Lima. Luis Alberto Sánchez me había comunicado que la Universidad de San Marcos, de la que era rector, me nombraría doctor *honoris causa.* Llegamos al aeropuerto el sábado 3. Me aguardaban, junto con José Luis Martínez, embajador de México en la tierra de Santos Chocano, Silvio Zavala —que iba a dar una conferencia en San Marcos—, Luis Alberto Sánchez, Ortega Martínez y varios representantes del gobierno y de la universidad.

Después de instalarme en el Country Club, fui a saludar al presidente Prado. Me asombraron la estudiada prestancia de los oficiales de guardia, sus deslumbrantes cascos y sus uniformes de corte muy europeo… Todo parecía recién pulido, recién lavado, recién planchado, recién pintado. Hasta la sonrisa del presidente — a quien, años antes, había conocido en Francia— me pareció más nueva. ¿Cómo habría conseguido remozar la que usaba

—en el París de 1951— para acudir a las salas de las duquesas que lo invitaban a sus saraos?

Bien ceñido en su traje obscuro, flemático y circunspecto en su cortesía, don Manuel Prado me habló de Francia más que de su país. Aludió brevemente, es cierto, a las labores que me esperaban en Chile. Se dignó, incluso, comunicarme que su ministro de Educación sólo podría concurrir a la semana final de la Conferencia. Pero me preguntó, con mayor interés, por amigos franceses de los que no tenía yo entonces noticia reciente alguna, pues pertenecían a un grupo social del que no formaban parte los escritores, los sabios y los maestros que pude tratar en París, cuando me encontraba en la UNESCO.

Mientras la mirada del presidente, a través de las amplias ventanas de su despacho, parecía buscar —más que el futuro de su nación— el pasado de la aristocracia francesa que tanto le complacía, pensaba yo en la patética situación de un pueblo como el peruano, pobre y estoico, acostumbrado por la desgracia a la sumisión más secreta, la de la angustia, y dirigido

—en aquellos tiempos— desde oficinas tan palaciegas, por hombres tan refinados y tan ajenos a esa desgracia.

Lima es encantadora. Pero la cercaba, entonces, un cinturón lamentable de chozas y cobertizos. Por comparación, los alrededores de la ciudad de México, a pesar de su incuria, resultaban casi aceptables… En ciertas calles —bien asfaltadas— había podido advertir, desde mi automóvil, a grupos de “cholos” desharrapados, mudos y reverentes. Me apenaron sus vestidos humildes, sus ojos graves y su paciente resignación. Si semejante espectáculo sorprendía en la capital, ¿qué ocurriría en el campo y en los pequeños centros de provincia, menos suntuosos por mas verídicos?

Sentí el dolor peruano en mi propia carne, como una culpa. Y, de esa culpa, no podrían ya distraerme las más gentiles divagaciones del señor Prado. Hay que esperar que los hombres de

hoy encuentren para el Perú, como lo desean, el camino de un porvenir digno del pueblo admirable al que pertenecen.

En Lima nació mi madre. Durante mi infancia, oí hablar muchas veces, en casa, de las costumbres limeñas y de las fiestas de Miraflores, o de Chorrillos, donde mis abuelos maternos iban a veranear. A los doce años, leí con delectación las *Tradiciones* de Ricardo Palma. Recordaba los polvos maravillosos que aliviaron a la condesa de Chinchón, los misterios de la Casa de Pilatos, los amores de doña Claudia, y hubiese cambiado gustoso varios domingos de México por la delicia de asomarme —aunque fuera una noche— a la calle de la Faltriquera del Diablo, si existía aún… Con el tiempo, todos esos recuerdos habían ido formando, en mi

geografía infantil, una ciudad legendaria, de pasión y galantería, de monjas y de “tapadas”, de virreyes enamorados y de falderos (el de la *Perricholi*) con collares de oro macizo “brillantes como garbanzos”.

Esa Lima ideal me enseñaba súbitamente, bajo la luz de marzo, su rostro auténtico. Vi edificios de incuestionable belleza, como la Casa de Torre Tagle, donde visité al ministro de Relaciones; los templos de la Merced y de San Agustín; muchas construcciones modernas, lujosos bancos, grandes hoteles, magníficas avenidas… Sin embargo, todo aquello (¡ay, como en México a veces!) me parecía una máscara colocada sobre la verdad dramática del país.

No pude prolongar esas reflexiones. Luis Alberto Sánchez estaba esperándome en la Universidad. Me presentó amablemente a los maestros y alumnos instalados en el salón de actos. Aludió, de la manera más generosa, a mi renuncia como director general de la UNESCO y a mis actividades en las secretarías de Relaciones y Educación. Pero —sin duda para halagarme— agregó que todo lo hecho por mí en esos cargos públicos no alcanzaba tal vez “el nivel del escritor, del prosista y del poeta, cuya obra se califica por sí sola”.

A esa obra se refirió, con mayor amplitud, el doctor Zubizarreta, catedrático de literatura iberoamericana. Manifesté mi gratitud en un discurso consagrado a la fraternidad permanente de nuestros pueblos. Quise, en aquella ocasión, señalar la urgencia de asociarnos, todavía más, en un esfuerzo de redención colectiva por el espíritu. “Todo se ha vuelto —dije— para los pueblos, rígido y vulnerable, cierto e incierto, amenazante y prometedor. En tales condiciones, necesitamos unirnos en una alianza creadora, para devolver a los hombres confianza en la inteligencia e infundirles un renovado interés por las cosas de la cultura.”

Al terminar la ceremonia, varios profesores se acercaron a mí. Uno de ellos me entregó dos diarios limeños: *Expreso* y *El Comercio,* aparecidos el 2 de marzo. En sus páginas encontré un comentario de Luis Loayza, acerca de mi libro sobre Balzac, y una bienvenida

de Augusto Tamayo Vargas, que concluía con este párrafo: “He querido saludar al poeta a su arribo a Lima. Y me he guardado las notas de su biografía de hombre público, de maestro, de organizador de la cultura. Yo estoy seguro de que él me lo agradecerá, porque —por encima de todas sus actividades políticas — sigue viviendo en poeta”.

¿Tendría razón?… Cuanto intenté, en el plano de las realidades más irritantes y más

incómodas, era para mí, ciertamente, un esfuerzo de creación, una forma tangible de poesía. Lo comprendo —ahora— mejor que entonces. Sin embargo, con mayor emoción que los actos oficiales que agradecí muy sinceramente, recuerdo una charla con Luis Alberto Sánchez y los ojos de una indita sentada en la calle por donde me condujeron a visitar el Museo de Antropología. Tendría la niña, a lo sumo, seis, siete años. Estaba sobre la acera, esperando probablemente que regresase por ella su madre, o algún vecino. Me conmovieron su pobreza y su soledad. Hubiera querido acariciar su carita hermética. Pero íbamos de prisa, pues varios amigos nos aguardaban frente al Museo. No tuve tiempo sino de contemplar los ojos tristes e inmóviles de la indita. Más que ver hacia el exterior — la calle, los autos, los transeúntes—

parecían considerar algo interno, suyo: los testimonios de una civilización que los antropólogos más expertos no me explicarían tan hondamente como el silencio de esa mirada.

Llegué a Santiago un domingo, el 4 de marzo. Me recibieron el ministro de Educación, don Patricio Barros, nuestro embajador y los miembros de la delegación que no fueron conmigo a Lima. Me esperaban, también, con su directora, las niñas escogidas para representar a la Escuela México. Les prometí visitar su plantel tan pronto como mis ocupaciones me permitiesen darme ese gusto. Y así lo hice.

Sin la gracia cordial de Lima, Santiago no exhibía de manera tan evidente las grandes desigualdades étnicas y sociales que me

inquietaron en el Perú. Alta, ordenada, austera, la ciudad acoge a los visitantes con fría solemnidad. Los Andes próximos la coronan de roca y nieve. Y nieve y roca forman parte entrañable de las fuerzas históricas del país.

Menos suaves que los peruanos, los chilenos son más precisos, aunque generalizaciones tan rápidas como ésta implican siempre posible error. Don Patricio Barros, pongo por caso, tenía a la vez la amabilidad del más suave de los limeños y la coherencia del más lógico de sus compatriotas. Iba a verse muy pronto en la necesidad de aplicar ambas cualidades a la tarea de presidir una Conferencia rica en obstáculos, demoras y digresiones.

Los obstáculos fueron la consecuencia de una seria cuestión política —y de no pocos problemas técnicos. Cuba estaría presente en la reunión. No asistiría como miembro de la OEA (pues, salvo México, las Repúblicas de la OEA habían resuelto ignorarla entonces) sino como miembro de la UNESCO. El jefe de la delegación cubana, Armando Hart, llegó a Santiago el 5

de marzo por la tarde, después de que la Conferencia quedó instalada solemnemente —en la Universidad Técnica del Estado— por el ministro de Relaciones, Martínez Sotomayor. Oímos en aquella sesión matinal a René Maheu, a Raúl Prebisch, a Jorge Sol Castellanos y a Hernán Santa Cruz. Cada uno expuso los puntos de vista de la organización que dirigía, o representaba. Maheu, el de la UNESCO; Prebisch, el de la CEPAL; Sol Castellanos, el de la OEA, y Santa Cruz, el de la FAO.

Los delegados me eligieron para que saludase, en nombre de todos, al gobierno de Chile.

Recordé que, desde 1947, había expresado la necesidad de constituir, en el Continente, colectividades fuertes por su capacidad intrínseca —y no por el armamento venido del exterior, que las convertiría, a lo sumo, en inválidos con coraza. Transcurrieron casi tres lustros sin que la OEA pudiese atender de manera efectiva aquella necesidad. Pero, en 1961, en Punta del Este, los gobiernos

reconocieron que debía darse mayor impulso a los sistemas educativos a fin de mejorar la situación económica y social de nuestras naciones. Podríamos felicitarnos de tal reconocimiento, siempre que las promesas verbales no resultaran retóricos espejismos.

Cité a Alfredo Sauvy. Por grandes que sean las transformaciones introducidas merced a las aportaciones de capital, para las sociedades insuficientemente desarrolladas el factor primario radicará en la formación de sus mayorías y de sus “cuadros” técnicos y humanísticos.

Habíamos vivido una época en que el desarrollo económico fue considerado, casi exclusivamente, como un problema de inversión en bienes de capital. Procedía ampliar esa perspectiva. En efecto, los recursos humanos —debidamente capacitados— son determinantes en el aumento de productividad de las comunidades más industrializadas. Si un buen programa educativo asegura los resultados de un programa económico racional, un programa económico racional facilitará el proceso de un buen programa de educación. Donde el nivel del ingreso es mayor, la deserción escolar disminuye y la enseñanza atestigua coeficientes más elevados. Por todo lo anterior, educación y desarrollo económico han de vincularse cada vez más estrechamente.

La llegada de la delegación cubana alarmó a muchas de las presentes. El ministro Hart era un hombre joven, ágil, dialectico —y rápido en todo, menos en el arte de hablar en público.

De ser más breve, hubiera sido más persuasivo. Pero sus intervenciones se prolongaban, a veces, hasta el cansancio… Por otra parte, hay que reconocer que muy pocos querían oír algunas de las verdades que él proclamaba.

Desde su arribo, fue objeto Hart de críticas insidiosas y de líricos ditirambos. Los diarios de la derecha y del centro se gozaron en difundir la noticia de que llevaba kilos de propaganda en los bultos de su equipaje. En cambio, los periódicos “izquierdistas” celebraron

su presencia con efusión. El incidente del equipaje resultó meramente publicitario. El gobierno chileno se percató de que las dieciocho valijas, tan impugnadas, contenían libros de texto.

Más que aquellas valijas, inquietaba a los delegados lo que diría su poseedor. Y lo que dijo no careció de audacia y, en muchos casos, de validez. Señaló cuán pequeña sería, a la postre, la ayuda de la Alianza para el Progreso. Convendría pensar en recursos muy diferentes: gravar —con fuertes impuestos— a las industrias sostenidas en la América Latina por los monopolios extranjeros; contratar préstamos en otros países del mundo, que quisiesen

"ayudarnos sin condiciones políticas" (?), nacionalizar las riquezas y "liberarnos del imperialismo".

Nada de cuanto Hart expuso me sorprendió. Era natural que el representante de Fidel Castro sostuviera tales doctrinas. Pero muchos de mis colegas latinoamericanos no ocultaron su desagrado. No nos habíamos reunido para modificar los sistemas políticos y fiscales de todas nuestras repúblicas, sino para examinar un programa conjunto, de desarrollo educativo, dentro del plan decenal adoptado por la Alianza para el Progreso. Resultaba incongruente asistir a la reunión para señalar la inutilidad de que se efectuase.

Durante los primeros días, la delegación de los Estados Unidos se limitó a anunciar que llegaría muy pronto a Santiago su jefe ausente, Philip H. Coombs. Lo reemplazó, con inteligentes reservas, un funcionario puertorriqueño del Departamento de Estado: Arturo Morales Carrión, subsecretario auxiliar para asuntos de la América Latina. Competente, sinuoso, afable, y expertísimo en la costumbre de sonreír a nuestros dóciles diplomáticos, supo contener —por espacio de una semana— la importancia de los peticionarios más ambiciosos. Muchos de éstos se preguntaban unos a otros: "¿Cuándo llegará Coombs?" Y eran tan frecuentes sus preguntas que, cierta noche, dije a Maheu: "nuestros amigos se encuentran como los personajes de Samuel Beckett, *esperando a Godot*".

Por fin, Godot-Coombs se dignó al llegar. Morales Carrión me había comunicado que el viajero deseaba charlar conmigo. Los recibí a ambos en el hotel. Hablamos extensamente, y expuse a Coombs que la Conferencia se sentiría defraudada si no pudieran precisarse dos puntos fundamentales: el alcance real de la ayuda ofrecida por la Alianza para el Progreso, y la proporción del producto nacional bruto que cada país debería destinar a sus servicios de educación pública. Como la plática fue alargándose, Gustavo Ortiz Hernán —que participaba en ella— nos invitó a continuarla en la embajada de México. Cenaríamos allí.

Después del café, pasamos a fumar en la biblioteca. Era un gran salón, lleno de libros coleccionados por el dueño de aquella casa: un escritor chileno que la había alquilado a nuestro país. Tuvimos oportunidad de admirar ejemplares realmente espléndidos. Atraído por uno de ellos, Morales Carrión se alejó de nosotros para hojearlo, sin advertir que —al final del estante— un espacio abierto daba salida a la escalera de caracol por donde podía descenderse a los despachos del piso bajo. Absorto en la lectura, dio un paso en falso y rodó estrepitosamente por la escalera. Corrimos para auxiliarle —y lo encontramos desvanecido.

Ortiz Hernán llamó por teléfono a varios especialistas. No se hallaban, esa noche, en su domicilio. Por fortuna, al salir a la calle del Almirante Montt, dio con un médico que vivía cerca de la embajada. Una ambulancia transportó a Morales Carrión hasta el hotel. Había recobrado el conocimiento; pero los radiólogos descubrieron una fractura. Fue menester enyesarle el pie y la parte inferior de la pierna izquierda. Y tuvo que regresar a los Estados Unidos antes del final de la Conferencia.

Me apenó mucho lo sucedido. No era culpa nuestra, en manera alguna. Sin embargo, los malquerientes podrían atribuir la desgracia a maquiavélicas intenciones. El enfermo, a quien fui a visitar en su habitación, tuvo la cortesía de no referirse jamás, en las declaraciones que

hizo, al sitio donde sufrió el percance. Pero la verdad circuló entre varias delegaciones. Y, diecisiete meses más tarde, cuando volví a encontrar a Morales Carrión en la Conferencia de Bogotá, me cuidé mucho de no invitarlo a cenar donde pudiesen estar reunidos libros capaces de interesarle.

El lunes 12 —después de la llegada de Coombs— el presidente Alessandri, en el Palacio de la Moneda, recibió a los ministros de Educación que se encontraban en Chile. Nos dirigió un saludo breve y sentencioso. Tuve que agradecérselo, porque así me lo había pedido el conjunto de mis colegas. Y me esforcé por no ser tan rápido como él. Hombre severo —y conciso—, parecía el señor Alessandri hastiado de sus funciones. Sin embargo, ese tedio —

ostensible— encubría facultades valiosas de perspicacia y tenacidad.

Robustecida, en sus peticiones, por la presencia de Coombs, continuaba la Conferencia.

Dos latinos se habían hecho notorios en los debates: el ministro argentino, Luis R. Mac Kay, ansioso de subrayar a cada momento los prestigios de su país, y mi amigo Carneiro, tan elocuente en la Universidad Técnica de Santiago como —años antes— en las sesiones públicas de la UNESCO. Dentro de aquella cristalería, ¿qué podía romper el ministro Hart?…

Había declarado que, prácticamente, no existían ya analfabetos en Cuba. *El Mercurio* se apresuró a publicar la opinión de otros educadores cubanos, anticastristas, entre los cuales figuraban los doctores Blanco, Martínez y De la Vega. A juicio de esos maestros, la campaña alfabetizadora de Fidel Castro no podía ser una realidad, pues “fue efectuada por personas que no tenían ninguna preparación”.

A pesar de los oradores, los comités de trabajo lograron poner en claro varias resoluciones sobre la extensión de la educación primaria, el acceso efectivo a la enseñanza media y la

especialización de la fuerza de trabajo, así como la preparación del personal directivo. Dos eran los documentos más importantes. Uno de ellos fijaba el alcance de la ayuda ofrecida por la Alianza para el Progreso y el porcentaje del producto nacional bruto que cada día debería destinar a la educación. El otro recomendaba la adopción de medidas fiscales para evitar que las empresas extranjeras lucrasen a expensas de la nación que aceptaba sus inversiones.

Ambos textos fueron propuestos por México. El primero resultó aprobado, con el nombre de *Declaración de Santiago.* Todos los delegados votaron en pro, salvo el de Cuba, que prefirió abstenerse. El segundo (que, en cierto modo, recogía las observaciones de Hart) no obtuvo sino ocho votos: los de México, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá y Paraguay. Para sorpresa de todos, los delegados cubanos no asistieron a la asamblea en que se sometió a votación ese documento. 1

Por lo que atañe a la *Declaración de Santiago* (que figura entre los apéndices de este libro), deseo destacar aquí dos consideraciones. La Alianza para el Progreso —con aceptación expresa de Coombs — debería de simplificar sus procedimientos y “darse por objetivo una proporción no menor del 15%” de sus fondos disponibles, para aplicarlos a

programas de educación pública. Por su parte, los Estados latinoamericanos tomarían las medidas necesarias para dedicar a la educación el máximo de sus recursos, a fin de alcanzar

—en 1965— una situación en que la América Latina, en su conjunto, pudiese destinar no menos del 4% de su producto bruto a la educación, quedando entendido que los países que, en 1962, se hallaran sensiblemente por debajo de ese nivel se esforzarían por acrecer su proporción en por lo menos 1% para 1965 y otro 1% para 1970.

La realidad iba a demostrarnos que aquellas cifras, aparentemente modestas serían inaccesibles. La muerte del presidente Kennedy frustró el porvenir de la Alianza. Y el esfuerzo de los gobiernos

latinoamericanos (incluso el de los más deseosos de cumplir todos sus compromisos) no lograría, en muchos casos, alcanzar los índices anunciados en Chile.

México, en 1964, llegó casi a la meta propuesta —como peldaño de tolerancia— para 1965.

Pero, desde entonces, a pesar del continuo aumento de los presupuestos de educación, ha mejorado considerablemente la proporción entre el gasto general para servicios de orden educativo y el producto nacional bruto de la República Mexicana.

En los momentos en que trazo estas líneas, me llega un libro del señor Rivera Borbón, que fue jefe del departamento de planeación presupuestaria en la Secretaría de Hacienda. Es un estudio sobre el gasto del gobierno federal en el ramo de educación. En la página 77, leo este párrafo: “Para 1968, el egreso nacional no alcanza aún el 3% del producto nacional bruto, y para 1970 se considera no habrá un cambio substancial.” En seguida, agrega el autor: “La parte del producto nacional bruto dedicada a la Secretaría de Educación Pública ha crecido en forma notable, en el período que se estudia, como consecuencia del impulso que el gobierno federal dio a la educación en el lapso comprendido entre los años 1959 a 1964, a partir del cual la situación es constante, al conservar incrementos del 0.02%…” 2

La *Declaración de Santiago* fue aprobada el sábado 17 de marzo. El doctor Barros que no pudo asistir a la reunión, me pidió que lo reemplazase. No obstante el apremio del tiempo —

pues tendríamos que ir, a las dos, a un banquete de despedida organizado por don Patricio—, el ministro Hart ocupó la tribuna muy largamente, para explicarnos por qué se abstendría.

Varios delegados latinoamericanos me aconsejaron que, como presidente en turno, diese término al espectáculo. No quise hacerlo. Me limité a recordar al orador nuestro compromiso con el doctor

Barros. Y Hart, según imagino, abrevió los últimos párrafos de su texto.

Concluyó el discurso, y cesó el debate. Con más de media hora de retraso, pudimos llegar al banquete de don Patricio. Por la tarde, tomé el avión que me llevaría a Lima y después, a México. Mientras Rafael Muñoz, en su asiento, hojeaba periódicos y revistas, traté de hacer el balance de aquella junta. Me sentí deprimido por la escasez de sus resultados. Nunca esperé gran cosa de la Alianza para el Progreso. Y, por sí solas, nuestras repúblicas seguirían inventariando optimismos, o sacrificando recursos, colocadas como se hallaban entre los imperialismos de Washington y Moscú. El primero las dominaba. El segundo, no sé si las atraía.

Atenuaba mi desencanto el recuerdo de algunos diálogos amistosos: los que tuve, en Lima, con José Luis Martínez y Luis Alberto Sánchez, y, en Santiago, con Gustavo Ortiz Hernán, Alfonso García Robles y René Maheu. Apreció mucho la capacidad de mis colaboradores.

Todos, en su especialidad, me proporcionaron certero aviso y ayuda esclarecedora. ¿Y cómo olvidar las atenciones de que fui objeto en San Marcos y en la Universidad de Chile?… En ésta, Juan Gómez Millas me declaró “miembro honorario de la Facultad de Filosofía”. Al oír su discurso, pensé en cuánto hizo hombre tan sincero —y tan hábil— para lograr, en Estambul, que la tercera reunión de la Asociación Internacional de Universidades se realizara en México.

Ortiz Hernán, que estaba llevando a cabo un intenso programa de cooperación cultural entre México y Chile, me acompañó cierto día a ver, en el cerro San Cristóbal, el Parque México. Varios “rincones” quedarían allí, consagrados a poetas de nuestra patria.

Precisamente el domingo 18 de marzo, al llegar nosotros a México, como de aquellos

“rincones” recibiría el nombre de José Gorostiza —y otro, el de Jaime Torres Bodet.

Sentí mucho que la urgencia de mis trabajos no me hubiese permitido asistir a acto tan generoso. Dejé, en manos de Ortiz Hernán unas cuartillas de gratitud. Según supe, por los diarios, tuvo la amabilidad de leerlas frente a un grupo de amigos, entre las frondas del Parque México. Principiaban esas cuartillas con esta frase, que —si fuera preciso— ratificaría en mi testamento: “Pocos sentimientos unen tanto a los hombres como el deseo de conocer, y de comprenderse, en la fraternidad esencial de la poesía”.

No sé si el “rincón” subsista, ni si lleve mi nombre hoy. Pero, aunque haya durado un día, quedaré siempre reconocido a quienes pensaron en dedicármelo.

Un año después, cuando nuestra Cancillería anunció a la OEA que el presidente López Mateos me había autorizado para concurrir a la Tercera Reunión Interamericana de Ministros de Educación, tenía yo sobre mi mesa el proyecto de informe que someteríamos a los delegados en Bogotá. Me encontraba, así, en aptitud de explicar a mis colegas algunas de nuestra más importantes realizaciones. Sin ayuda exterior, México —en cinco años— había aumentado el presupuesto federal de educación pública: de mil ciento cincuenta y tres millones de pesos a tres mil doce millones. Durante el decenio 1953-1962, el progreso fue continuo y acelerado.

En 1953, nuestro país invertía en servicios educativos (federales, estatales y particulares) ochocientos cincuenta y seis millones de pesos, en números redondos. Tal suma representaba el 1.52% del producto nacional bruto. En 1962, la inversión fue de cuatro mil ciento cinco millones, cantidad equivalente al 2.69% de ese producto. Nos acercábamos, casi, al escalón de prudencia recomendado por la *Declaración de Santiago* para 1965.

Por lo que atañe a las enseñanzas de nivel medio, debíamos admitir que nuestras

insuficiencias eran muy grandes. La Federación no había podido asignar a todos los planteles de ese nivel, en su ciclo básico, sino trescientos sesenta y ocho millones anuales, en tanto que, en subsidios, construcciones y nóminas, los establecimientos de enseñanza superior recibían ya, anualmente, quinientos setenta y nueve millones. Nos preparábamos a corregir ese desequilibrio. Y, para afrontar el problema de la capacitación agrícola e industrial, acabábamos de inaugurar los primeros centros de aprendizaje.

Con varios ejemplares de nuestro informe, salí de México el 2 de agosto. Asistirían conmigo a la Conferencia de Bogotá el embajador García Robles, el doctor Mantilla Molina, el profesor Mario Aguilera, el licenciado Ortega Martínez y el licenciado Manuel Bravo.

Completarían la delegación el profesor Justo A. Zamudio, el ingeniero Alejandro Guillot y los licenciados Porfirio Muñoz Ledo y Ernesto Rojas Benavides. Tres de mis acompañantes habían ido también a Santiago de Chile, y el secretario de la delegación sería —igualmente—

el doctor Luis Weckmann.

Fui recibido en el aeropuerto de Bogotá, el sábado 3 de agosto, por el ministro de Educación de Colombia, doctor Pedro Gómez Valderrama. Desde el primer momento me percaté de la honradez de su inteligencia, la rectitud de su juicio y la coherencia de su cultura.

Era un colombiano cabal. Y decirlo no es parco elogio.

La representación diplomática de México había sido confiada —interinamente— a un encargado de negocios, el señor Estrada Berg. Charlé desde luego con él, y me alegró averiguar que ya habían sido tomadas las medidas indispensables para que presentásemos, en el Museo Nacional de Bogotá, una exposición objetiva acerca del esfuerzo hecho, en el ramo de educación, por el gobierno del presidente López Mateos. Tal exposición no resumiría solamente las realizaciones de la secretaría que se hallaba a mi cargo entonces, sino las de otras dependencias del Ejecutivo; Agricultura, Comunicaciones, Defensa, Gobernación, Industria y Comercio, Marina, Salubridad y Asistencia, y las de los Institutos de Protección a la Infanda y del Seguro Social, así como las de la Universidad Nacional Autónoma y las Universidades de los Estados.

Nos instalamos en el Hotel Tequendama, buen exponente del progreso que había alcanzado Colombia desde los días del “bogotazo”. Hice un recorrido por la ciudad. Las demoliciones a que dieron lugar los motines de 1948 habían permitido renovar muchos de sus barrios. Pero, por fortuna, subsistía el corazón histórico de Colombia. Me refiero al conjunto urbano en el que se hallan el Palacio de San Carlos, el Capitolio, la Catedral y, en su estatua Simón Bolívar.

Gobernaba, como en 1948, un presidente conservador. No era ya Ospina Pérez, sino Valencia, hijo del gran poeta de *Anarkos.* Don Guillermo León Valencia, que me concedió una audiencia de media hora, no había olvidado mi participación en la Novena Conferencia Internacional Americana. Me habló de México en términos que no me parecieron un simple testimonio de cortesía. Conocía bien nuestra historia y se daba cuenta de la constancia con que

desempeñaba nuestro país su función más ardua: la de mantener su autonomía frente al ambicioso vecino del Norte.

Como en 1948, fui a la Quinta Bolívar. Siempre que puedo rindo homenaje al Libertador.

Al inclinarme ante su memoria, no olvido nunca la amargura de estas palabras: “los tratados son pedazos de papel, las constituciones libros, las elecciones luchas, la libertad anarquía y la vida un tormento”. ¿Cómo culpar de tantas desgracias latinoamericanas a los Estados Unidos?

Y ¿cómo no advertir, sin embargo, que esas desgracias (de las que somos, sin duda, los responsables directos) pesarían menos sobre nosotros si la política norteamericana no hubiese sabido servirse de ellas tan hábilmente, a lo largo de los decenios de “independencia” de que se jactan nuestros países?… Releer a Bolívar es la manera que tengo de “dialogar con el Chimborazo”.

Pero ese “diálogo” no podía alentarme mucho en vísperas de una Conferencia como la que había organizado la OEA. Sabía, por experiencia, cuán profusos y vacuos suelen ser los debates de asambleas de ese linaje. Mis propósitos eran claros: reafirmar los programas expuestos en Chile; obtener que se estableciese en nuestro país el Centro Latinoamericano de Construcciones Escolares; lograr que el Consejo Cultural Interamericano —por cuya creación habíamos pugnado tanto en 1948— se reuniese anualmente (a nivel ministerial, si fuese posible) y sentar las bases para una estrecha cooperación entre ese Consejo y el Interamericano Económico y Social. Tuvimos éxito en todo, pero

algunas de nuestras aspiraciones quedarían, de hecho, sobre el papel…

Al salir de la Quinta Bolívar, recordé a un escritor colombiano por quien tengo sincero aprecio: Germán Arciniegas. En mayo, mientras preparaba yo el informe que iba a someter a la Conferencia, recibí una carta suya, fechada en París. Como director de *Cuadernos,* quería conocer mi opinión acerca de los problemas políticos que padecía —y padece— la América Latina. ¿Podrían nuestros países afirmarse en la democracia? ¿O sería aconsejable una desviación como la de Cuba?… Le contesté que muchas razones de su inquietud disminuirían tal vez de peso si, en lugar de pensar en la democracia como en un régimen puramente político, de moldes "prefabricados", pensáramos sobre todo en ella como en un régimen social, económico y cultural, que no puede circunscribirse a determinado tipo: el de la *polis* mediterránea, o el de las democracias capitalistas.

La democracia perdería lo mejor de su significado moral si no estuviese constantemente en evolución. Nuestros pueblos deben buscar formulas capaces de conciliar los principios jurídicos de la democracia y sus altas finalidades sociales; respetando al hombre, sin duda, pero no por efecto de una concepción egoísta del individuo, sino porque el hombre es la razón de ser de todo esfuerzo político generoso. El respeto de la persona humana no puede oponerse al fomento de la justicia social.

Recordé aquella carta a Arciniegas porque, en la reunión que iba a celebrarse, sentiríamos

—casi físicamente— la ausencia de Cuba. México mantenía con ella relaciones normales,

pese al criterio de la OEA. Pero no escucharíamos, en Colombia, la voz cubana. Y ese silencio tendría sonoras repercusiones. ¿Existía, en efecto, una asociación de Estados americanos?…

La historia responderá a la pregunta, pero no los debates que suscitó la asamblea inaugurada por el doctor Gómez Valderrama, el domingo 4 de agosto de 1963, en el Capitolio.

Me conmovió ver nuevamente el Salón Elíptico, donde viví horas inolvidables durante la primavera de 1948. ¡Cuántas ilusiones se habían marchitado desde esos días de abril! Sin embargo, continuaba Bolívar (o, por lo menos, su imagen) presidiendo las reuniones. Y, de espaldas al héroe —¿sería simbólico?—, hablamos aquella tarde.

He conservado los textos de los discursos. El doctor Gómez Valderrama nos dio cordialmente la bienvenida. Como la Segunda Conferencia Interamericana de Ministros de Educación se había efectuado en Lima, debía saludar a los delegados algún peruano. Lo hizo el doctor Cueto Fernandini, en nombre del ministro Miró Quesada, que no pudo ir a Bogotá.

Por decisión de mis colegas —como en Santiago—, me correspondió el honor de expresar a las autoridades nuestros votos de éxito.

Me referí al drama de nuestra América. Por espacio de muchos años, los países latinoamericanos —desde el observatorio de las Cancillerías más poderosas del mundo—

habían sido considerados como un pintoresco terreno de exploración, cuando no como un campo de útiles rendimientos. Si llegaban hasta nosotros las técnicas extranjeras, no servían tanto al progreso de nuestros pueblos cuanto a probarnos que sin el hombre, sin la capacidad de saber del hombre, toda riqueza en potencia está a la merced de quienes dominan los instrumentos para explotarla. Al coloniaje visible, impuesto por la espada en la hora de la conquista, sucedió el invisible, el que no se advierte en los mapas o en las banderas y que, en todas partes, es consecuencia —a menudo inicua— de que una colectividad en posesión de recursos naturales más o menos abundantes no haya todavía adquirido ni el capital suficiente ni los medios técnicos

necesarios para beneficiarse de esa posesión. Como la vida, la independencia debe ganarse todos los días. Y una de las fuerzas más eficaces, para ganarla, será siempre la educación.

Durante los días siguientes, desfilaron por la tribuna muchos ministros. Se habló, en todos los tonos, de la Alianza para el Progreso. Y cada vez que sonaban aquellas sílabas, pensaba yo en otra alianza, ésa no con mayúscula: la que habían constituido de hecho, sin protocolos ni fórmulas oficiales, los campesinos que estaban contribuyendo en nuestro país, con lo que podían, para acelerar el progreso de la República merced a la construcción de centenares de escuelas para sus hijos.

¡Qué diferentes esas alianzas! Una servía para proporcionar a los pueblos menesterosos dólares que les obligaban a adquirir artículos manufacturados en los talleres del más rico y activo de los donantes. La otra no exigía reciprocidad comercial de ninguna especie. Al revisar la documentación que llevé a Colombia, leí un informe de nuestra embajada en Washington. Así me enteré de que los administradores de la Alianza para el Progreso fueron

consultados acerca de la posibilidad de obtener algún préstamo substancial para erigir en México más planteles educativos. La respuesta me pareció desalentadora. Se presentarían serias dificultades, porque el criterio de Washington era el de dar preferencia a préstamos que implicasen el pago de servicios norteamericanos o la compra de productos de los Estados Unidos. Y el préstamo para edificar escuelas se gastaría, casi totalmente, en México…

Las intervenciones que mayormente me interesaron, en Bogotá, fueron las del ministro brasileño Paulo de Tarso Santos. “América —dijo— ya no está toda presente en esta reunión.”

Aludía a la ausencia de Cuba. “Desde la Conferencia de Punta del Este, en vez de una creciente unión, hubo ruptura. Y cada uno de nosotros debe aceptar su parte de responsabilidad en esa separación… La opinión pública exige cada vez más hechos, y cada

vez cree menos en afirmaciones de principios generales. Bajo los nombres de libertad y democracia, se pueden ocultar la opresión y el poder de algunos pocos." Aplaudí su sinceridad.

Pero, naturalmente, la prensa partidaria de los Estados Unidos protestó ante la franqueza del brasileño. En su propio país, se le criticó amargamente. ¿No había descrito a la ALPRO

como a un instrumento para "mantener vivos los privilegios de minorías que insisten en colocar sus intereses sobre los de su nación"?

Esa era, en el fondo, la gran verdad. Los latinoamericanos habían siempre aspirado a disfrutar de los beneficios de algún "Plan Marshall". Kennedy dio la impresión de hallarse dispuesto a satisfacer sus deseos, en la medida en que la Alianza resultara provechosa para los industriales y comerciantes de su país. Fue tal la indignación que produjo Paulo de Tarso Santos en algunos de los ministros más obedientes a Washington, que decidí apoyarlo. Por eso enmendé el proyecto de una declaración redactada en México, antes de salir para Bogotá. A los postulados previstos añadí éste: "La educación exige, en cada país, *una acción general tendiente al mejoramiento efectivo de las condiciones económicas y sociales de toda la población".* El intrépido brasileño me agradeció que hubiese tomado en cuenta las razones expuestas en su discurso. Y la declaración, presentada oficialmente el 6 de agosto, con el apoyo de Bolivia, Colombia, Chile, El Salvador, Honduras, Paraguay, Perú, la República Dominicana, Uruguay y Venezuela, resultó aprobada, aunque la delegación brasileña prefirió formular un texto distinto, que figuraría en el Acta Final de la Conferencia.

Quise ser todavía más claro. El 7 de agosto, la Segunda Comisión estudió el informe rendido por la OEA. Me serví de tal oportunidad para insistir en la urgencia de no engañarnos ya con promesas, casi siempre falaces. "No es posible —manifesté— aislar la educación del contexto económico y social. Si no realizamos una transformación efectiva de las condiciones agrícolas e industriales, que favorezca el desarrollo de nuestros pueblos, sería ilusorio

fijarnos metas, buenas acaso para países prósperos, y no para colectividades que se encuentran todavía ante el problema de atender a grandes necesidades materiales insatisfechas.” Propuse que ese informe fuese reconsiderado por la OEA, en consulta con

técnicos designados por cada república latinoamericana, sobre cada cuestión particular. La proposición fue apoyada inmediatamente por Brasil, Guatemala y Chile.

García Robles (cuyo consejo me fue tan útil en Colombia como en Santiago) se sentía inquieto, y no sin razón, por un asunto al que ha dedicado, durante años, nobles esfuerzos: el del desarme. Acababa de concertarse un acuerdo para la prohibición de ciertas clases de armas nucleares. ¿No procedería recomendar desde luego a la OEA que transmitiese a la ONU

—y, también, a la UNESCO— el apoyo de la Tercera Reunión Interamericana de Ministros de Educación a cuanto pudiera hacerse para que los recursos ahorrados por el desarme se consagraran a fines educativos? Colombia —si no me engaño— sometió a la asamblea la recomendación que interesaba tanto a García Robles. Los delegados la adoptaron. Y los hechos comprueban hasta qué punto recomendar y acatar no son siempre la misma cosa.

Tuvimos mayor fortuna en el caso del Centro Regional Latinoamericano de Construcciones Escolares. La Conferencia aceptó el principio. Y el Centro —según ya dije— fue establecido en México.

No enumeraré todas las recomendaciones y resoluciones aprobadas en Bogotá. Más que reproducir esos largos textos, quiero evocar un momento en verdad dichoso: aquel en que hice entrega al doctor Gómez Valderrama de la escuela ofrecida por nuestro gobierno al de su país.

El aula-casa (que sería enviada, después, a alguna zona rural de la patria de Nariño) fue instalada provisionalmente en Bogotá, en un terreno vecino al Museo Nacional de Colombia.

La inauguramos el 8 de agosto. Al agradecer el obsequio, Gómez Valderrama recordó lo dicho por Santander con motivo de la expedición de Barradas: “la independencia y la libertad del pueblo mexicano me interesan tanto como las de la misma tierra en que nací”. Pronuncié, por mi parte, un breve discurso. Y entramos los dos al aula.

Cuarenta y ocho niñas de la Escuela México se encontraban ya en su interior. Una maestra trazó frente a nosotros, sobre el pizarrón mexicano, esta frase muy colombiana: “México ha sido brújula, faro y luz inextinguible en el avance de la educación campesina”. Aplaudieron las colegialas. Aprobó el ministro. Me felicitaron los delegados. Y, sin embargo, mientras recibía sus congratulaciones, pensaba yo en la actitud de algunos de nuestros maestros rurales.

¡Cuántos de ellos —los más viejos— merecían, sin duda, ese elogio público! Pero ¿cuántos de los nombrados en el curso de los últimos años serían realmente dignos de oírlo?… Hasta ese logro, el aula-casa prefabricada, no había sido apreciado y agradecido por gran cantidad de nuestros nuevos educadores. Lo he comentado en otra parte de este volumen: muchas veces, el moderno maestro rural prefiere el inhóspito albergue del centro urbano más incoloro a la obligación de vivir y morar entre sus hermanos, los campesinos. ¡Ojalá no olviden las tradiciones de los misioneros humildes de la Revolución!

La Conferencia concluyó el 10 de agosto. De las resoluciones adoptadas, la más promisoria era la de que el Consejo Interamericano Cultural se reuniese anualmente, en la inteligencia de que, cada bienio, asistieran a sus juntas los ministros de Educación. ¿Ha

servido de algo esa iniciativa?

XX. NECESIDAD DE UN SERVICIO NACIONAL DE

APRENDIZAJE. LOS CENTROS DE CAPACITACIÓN PARA EL

TRABAJO ESTABLECIDOS EN 1963 Y 1964, SUS PERSPECTIVAS

Y SUS PROMESAS

Durante los meses que transcurrieron entre el final de la Conferencia de Santiago de Chile y la iniciación de la de Colombia, viví muchas semanas de vacilante salud y de esfuerzos arduos.

Tan pronto como regresé de Santiago, examiné la conveniencia de acelerar, en nuestro país, la obra de capacitación para el trabajo agrícola e industrial. Sin esperar grande apoyo de la ALPRO —pese a los ofrecimientos del señor Coombs—, México podía y debía hacer algo efectivo en favor de la preparación de sus campesinos y sus obreros. ¿Nos ayudarían los industriales y los capitalistas?… Era su auxilio muy improbable. La experiencia adquirida en lo concerniente al programa de construcción de escuelas y —más aún — en la edición de los libros de texto gratuitos, demostraba hasta qué punto podía ser desdeñosa su indiferencia. Por otra parte (aun suponiendo que lográsemos obtener un concurso suyo, como lo obtuvimos al fin), el mayor empeño correspondería necesariamente al gobierno. Ahora bien, para convencer a las autoridades de Hacienda, Agricultura, Trabajo e Industria y Comercio, sería menester formular un plan digno de servir —fuera de la escuela tradicional— a obreros y a agricultores.

Estaba reflexionando sobre la viabilidad de tal plan, cuando varias personas me recordaron que iba pronto a cumplir mis sesenta años. En efecto, se aproximaba el 17 de abril.

Algunos de mis compañeros resolvieron celebrar ese aniversario. Y, como el 17 era día incluido entre los de la “Semana Mayor”, anticiparon la fecha y me invitaron a cenar en un hotel de la capital. Vi allí a mis más antiguos amigos: Alfonso Caso, Antonio Castro Leal, Marte R. Gómez, José María González de Mendoza, José Gorostiza, Raoul Fournier, Salvador Novo, Eduardo Suárez, Manuel Tello, y a muchos de los intelectuales por los que siempre he sentido aprecio: Arturo Arnáiz y Freg, Ignacio Chávez, Martín Luis Guzmán,

Guillermo Haro, Francisco Monterde, Manuel Sandoval Vallarta y Agustín Yáñez. Me acompañaron —entre otros de mis colaboradores— Mario Aguilera, Ignacio Bernal, Víctor Bravo Ahuja, Celerino Cano, Ernesto Enríquez, Ramiro González Delsordo, Celestino Gorostiza, Pedro Ramírez Vázquez, Manuel Roldán, Rafael Solana y Luis Weckmann.

A los postres, habló Marte R. Gómez. Me conmovió que hombre tan hondo, tan lacónico y tan preciso (fue mi jefe —como ministro en Francia en 1935— y mi colega, en el gabinete del general Ávila Camacho), hubiese aceptado aquella tarea, bastante incómoda: la de elogiar a un

funcionario en actividad. Lo hizo con la mayor de las elegancias: la generosidad en la sencillez.

Al levantarme para agradecer sus palabras, pensé en todo lo que nos había asociado durante lustros. Recordé los meses en que íbamos al Louvre, en busca de alguna obra —

todavía no vista— de los impresionistas que nos gustaban, o al teatro, a escuchar los alejandrinos irónicos de Molière. Evoqué su presencia, en Ciudad Victoria, cuando lo visité durante el período en que gobernó el Estado de Tamaulipas. Me pareció estar oyendo de nuevo sus reflexiones —hechas en 1942— sobre la política internacional de Franklin D.

Roosevelt. ¡Cuántos vínculos nos unían!… Vinieron también a mi memoria, en aquel momento, los rostros de otros amigos, que me hubiese encantado ver junto a mí, los de mis compañeros de juventud: Enrique González Rojo, Bernardo Ortiz de Montellano, Gilberto Owen, Xavier Villaurrutia, y los de mis maestros, también desaparecidos, Antonio Caso, Enrique González Martínez, Alfonso Reyes, José Vasconcelos… ¿Cuándo sería mi turno?

Pocos días después, me sentí indispuesto. Acudieron a casa los médicos. Examinaron las inevitables radiografías. Y me aconsejaron una intervención quirúrgica. Por exceso de ocupaciones, fui

retardándola hasta el momento en que pude atender (en junio) la advertencia de un hijo de Marte Gómez, Rodolfo, urólogo distinguido. Fuimos juntos a Boston, en una de cuyas clínicas me operaron.

A pesar de la enfermedad, no disminuí el ritmo de mis labores. Acompañé al presidente en sus viajes a Puebla, el 5 de mayo, y a Guadalajara, donde celebramos el Día del Maestro. En esa ocasión, insistí en que deberíamos compensar el retardo histórico del país y ganar tiempo al tiempo, tratando de adaptar nuestros sistemas de educación a un crecimiento demográfico de proporciones muy peligrosas. “La cultura es lenta —dije—, la vida breve y pobres son todavía nuestros recursos. Ese es el desafío. Pero nuestro compromiso fundamental es vivir por México. Con lo poco que poseamos, deberemos hacer todo lo posible. Y dar siempre más

—a quienes nos sigan— de lo que recibimos de nuestros predecesores. Esa es nuestra esperanza.”

Tal esperanza ¿la realizaríamos algún día?… La expansión de la educación primaria iba por buen camino. No así su mejoramiento. Multiplicábamos las escuelas, aunque no siempre nos sintiéramos orgullosos de los maestros nombrados para animarlas. Imprimíamos y distribuíamos millones de ejemplares de libros de texto, mas no cesaba la campaña contra esos libros. En Guadalajara, el 15 de mayo, mientras hablaba yo de nuestro futuro, López Mateos se refirió a nuestro presente. “Inquebrantable en su decisión —declaró —, el gobierno seguirá difundiendo los libros de texto gratuitos, cuyo valor pedagógico e inspiración patriótica sólo puede desconocer la pasión sectaria.” Aprecié tanto más esa afirmación cuanto que no eran pocos los ataques de los opositores. La víspera del Día del Maestro, quién sabe qué “padres de familia” habían anunciado su determinación de quemar nuestros libros de texto. Cuatro días después, los periódicos publicaron una carta abierta, que otros “padres de

familia” me dirigían. Aseguraban que la “imposición” del libro de texto gratuito era

“antipedagógica”, “antijurídica” y “antidemocrática”…

Leí la carta. Y continué preparando nuestros servicios nacionales de aprendizaje. En efecto, por mucho que ampliásemos el sistema escolar, las condiciones económicas de gran parte de las familias mexicanas plantearían sin cesar al gobierno dos problemas de extrema urgencia: multiplicar, en la mayor medida posible, el número de los planteles primarios, secundarios y tecnológicos, y adiestrar —en períodos suficientemente cortos— a quienes no tuviesen medios de concluir, siquiera, la segunda enseñanza.

Necesitábamos modernizar nuestra agricultura e intensificar el crecimiento de nuestra industria; pero contábamos con pocos agricultores realmente expertos y con escasos cuadros de obreros calificados. ¿Cómo formarlos dentro de planteles sujetos a los programas normales de educación pública?… La legión de los desertores exigía, de parte nuestra, rápida acción.

El país había hecho un notable esfuerzo. En 1961, destinó a obras y servicios educativos (en erogaciones de la Federación, de los Estados y Municipios y de la iniciativa privada) una cantidad que —de ser exacta la estimación relativa a la iniciativa privada, dato difícil de comprobar con precisión— se aproximaba al 2.4% del producto nacional bruto. Pero nos habíamos comprometido, en Santiago de Chile, a lograr que esa proporción llegase, cuando menos, al 3% en 1965. Y aunque casi lo consiguiéramos (pues en 1964 el gasto total previsto fue de un poco mas de seis mil millones),1 no bastaría el aumento para aliviar totalmente la situación en que nos hallábamos.

Por eso, desde el mes de noviembre de 1962, exhorté al Consejo Técnico a formular programas especiales para nuevos tipos de formación elemental, rural y urbana, destinados a capacitar —en condiciones económicas razonables y a la mayor brevedad posible— a los muchachos que, por decenas de millares, concluían cada año su educación primaria, sin esperanza de continuar estudios regulares de otra naturaleza, y a los que salían cada año de alguna escuela secundaria sin seguridad de seguir una carrera en los establecimientos de enseñanza superior.

No pretendía yo reducir nuestra responsabilidad en lo que concierne a los estudios profesionales. Pero anhelaba añadir a los ciclos de límites definidos, ciertas “salidas” más fáciles y más libres, no por las escaleras de la complicada estructura tradicional, sino por vías que condujesen a los adolescentes, cuando no pudieran emprender la ascensión completa, hacia labores capaces de permitirles participar en el progreso de la nación.

Propuse al Consejo instalar un servicio de aprendizaje, tanto en forma de cursos breves, destinados a suplir las deficiencias de la educación primaria, como de cursos vespertinos —o nocturnos— de iniciación técnica y cursos, o seminarios, para la formación de obreros calificados. Durante el acto en que hablé al Consejo, acompañaban al presidente los secretarios de Agricultura, Trabajo, Industria y Comercio; varios jefes de departamento; muchos miembros del Congreso de la Unión y no pocos representantes de las centrales obreras

y campesinas, de las confederaciones de cámaras industriales y comerciales y de la banca.

Solicité la ayuda de todos, confiado —como lo estaba— en que, con su apoyo, el plan podría contribuir al desarrollo social de México.

El Consejo Técnico trabajó con celeridad. Consultó a las dependencias oficiales que mayor interés tenían en la realización de la iniciativa; se hizo asesorar por técnicos y agrónomos conocidos y —con el consejo de elementos del Instituto Politécnico y de las organizaciones campesinas y obreras— aprobó veinticuatro programas de cursos de adiestramiento, que se llevarían a cabo en no menos de dieciséis y no más de cuarenta semanas de trabajo. Era poco, sin duda, pero ¿cómo ofrecer, a los desertores de las escuelas, lapsos de estudio más prolongados?

Hallamos un eco que pudimos juzgar favorable. Los miembros de la Cámara de Diputados nos donaron medio millón de pesos, para la instalación de un taller. Con el mismo fin, el sindicato de trabajadores de la Secretaría de Salubridad y Asistencia nos

entregó, como primera dádiva, 250 000. Algunos empresarios nos ofrecieron sumas más importantes. El 16

de abril de 1963 quedó aprobado el plan. Y el 1º de agosto, el licenciado López Mateos inauguró —desde el centro erigido en Santa Catarina— los primeros nueve planteles de capacitación para el trabajo industrial: cuatro en la Ciudad de México, y los demás en Guadalajara, León, Minatitlán, Monclova y Monterrey. Conforme a las necesidades locales y regionales, se darían allí algunos de los siguientes cursos: mecánica automotriz, electricidad, radio, dibujo industrial, albañilería, carpintería, soldadura, fundición, instalaciones sanitarias, cerámica, tejido mecánico de punto, corte y confección.

El 18 de abril de 1964 nuestro Primer Magistrado inauguró dieciséis centros más. Tres de éstos funcionarían en el Distrito Federal. El de División del Norte, para la industria del mueble: carpintería, ebanistería, armarios, cortinas, tapicería y estampado en telas. El de Villa Madero, para la industria de la construcción: albañilería, instalaciones sanitarias, herrería, carpintería, instalaciones eléctricas domiciliarias, pintura y decoración. El de Santa Catarina (donde se celebró también esa ceremonia) recibiría a jóvenes que deseasen prepararse en instalaciones eléctricas industriales, mantenimiento eléctrico industrial, reparaciones de aparatos domésticos y embobinado de motores. De los trece restantes, dos habían sido construidos en Guadalajara. Los otros once funcionarían en Ciudad Juárez, Gómez Palacio, Guaymas, La Piedad, Matamoros, Mazatlán, Mexicali, Puebla, Querétaro, San Luis Potosí y Tampico.

Me fue muy grato reconocer, en esa ocasión, la ayuda recibida de varios gobernantes y de algunos capitalistas. El Estado de Jalisco nos proporcionó 1 853 184 pesos; el de Durango, 500 000; el de San Luis Potosí, 400 000; el de Querétaro, 1 250 000; el de Sonora, 2 000 000; el de Tamaulipas, 872 000, y el de Puebla, 1 950 000.

Junto con la Compañía Azucarera de Los Mochis, la Industrial Azucarera, la Azucarera del Río Guayalejo, el Ingenio de Tamazula, Seguros Atlas y el Banco de Industria y Comercio, el

licenciado Aarón Sáenz aportó dos millones quinientos mil pesos para construir y equipar el plantel de Santa Catarina. Con algunos agricultores sinaloenses, el señor Manuel Suárez fundó

—en Culiacán— un centro de adiestramiento para operadores de maquinaria agrícola, dependiente de la Universidad de Sinaloa. Don Emilio Azcárraga donó un millón de pesos para establecer el centro de Tampico. Y la Fundación “Mary Street Jenkins”, por medio del señor Espinosa Yglesias, nos proporcionó dieciocho millones, gracias a cuya entrega pudimos completar la obra de Santa Catarina y edificar, además, cuatro de los planteles inaugurados en 1964: los de Guadalajara, Mazatlán, Mexicali y Puebla. También los municipios hicieron un noble esfuerzo. El de Matamoros contribuyó con cuatrocientos mil pesos y el de Ciudad Juárez con setecientos mil.

Sin contar el valor de los terrenos —que pertenecían a la Federación, o nos fueron cedidos por las autoridades de los Estados y los municipios— el importe de las construcciones y de los equipos ascendió, en total, a cerca de setenta y un millones de pesos. Pero la construcción de los edificios y la compra de los equipos constituían, solamente, los gastos iniciales. A la larga, lo más costoso resulta siempre, en cualquier plantel, el sostenimiento de los servicios.

Y, en 1964, la atención de los millares de jóvenes inscritos en los centros ya establecidos implicaría, para la Secretaría de Educación Pública, una erogación anual de más de veinte millones de pesos.

Todo me hacía creer que el porvenir de nuestro programa sería venturoso. En cada centro que visité, encontré instructores activos y muchachos muy entusiastas. La deserción era imperceptible. Ahora bien, como podía temerse que, en su ingreso a las fábricas, esos jóvenes tropezasen con obstáculos suscitados por los sindicatos o las empresas, aprobé la sugestión de uno de mis más espontáneos colaboradores, el licenciado Manuel Bravo, del Banco de México: proponer al presidente de la República la expedición de un decreto

conforme al cual se establecería el Consejo Nacional de Fomento de los Recursos Humanos para la Industria.

Figuraron, en el nuevo organismo, además del secretario de Educación, los de Industria y Comercio y Trabajo y Previsión Social, así como representantes de las industrias y delegados de los obreros.

El 18 de diciembre de 1963, quedó instalado el Consejo. Expliqué a sus miembros la trascendencia de la labor que les aguardaba. Manuel Bravo me había proporcionado una síntesis de los estudios hechos por el Banco de México. En 1956, nuestras fábricas ocuparon a 12 248 técnicos: 4 843 profesionales, 831 subprofesionales y 6 574 solamente “prácticos”.

Todos ellos trabajaron en 2 625 fábricas. En cambio, durante ese mismo año, 14 560

establecimientos fabriles no emplearon técnicos de ninguna categoría. Ciertamente, en 1963, podía ser distinta la situación. Pero ¿era lógico suponer que hubiese mejorado sensiblemente?

Rogué a los representantes industriales y obreros que estudiasen los medios de fomentar los recursos humanos de nuestro pueblo. Y concluí mi exposición manifestándoles que el progreso de una minoría, por distinguida que se estimase, no era el progreso de la nación en su

plenitud. “Ninguna riqueza sería durable —dije— si no descansara en la equidad de la educación. Mejoremos, pues, la educación en todos sus grados. Es lo que estamos tratando de realizar en medida que, por tan amplia, implica a veces la necesidad de abreviar otros programas más seductores. Pero no descuidemos nunca la capacitación de la juventud en el trabajo y para el trabajo. Estoy seguro de que, si las organizaciones obreras, los industriales y las autoridades administrativas conciertan sus aptitudes y articulan los medios de que disponen, podremos cimentar los sillares de una prosperidad generosa, tal como la anhelaba uno de nuestros

libertadores más admirables: sin opulencia para los pocos, ni indigencia para los muchos.”

Satisfecho de lo iniciado en el plano industrial, debo admitir que no me sentía muy seguro de lo que estábamos intentando en materia agrícola. Es cierto, en abril de 1963 habíamos establecido trece centros de capacitación para el trabajo rural: los de Aguascalientes, Autlán, Cárdenas, Colima, Chalco, Delicias, Dolores Hidalgo, El Mante, Guasave, Querétaro, Tehuacán, Tuxtepec y Zacapu. Contaban esos planteles con superficies de terreno —que permitirían cultivos hortícolas de demostración— y con viveros para propagar las técnicas relativas a las especies forestales. Funcionaban, en todos, talleres de herrería, hojalatería, forja, carpintería rural y operación y conservación de la maquinaria agrícola.

Los cursos (que no debían exceder, en principio, de un año) abarcaban actividades muy diferentes, desde la construcción rural (albañilería, herrería y plomería) hasta la elaboración de productos lácteos, la apicultura, la avicultura, la conservación de frutas y de hortalizas, la pasteurización y la bovinotecnia.

Me sorprendió que esos trece centros no hubiesen atraído, en total, sino a 4 723 alumnos.

Existía una notable desproporción entre lo conseguido en los planteles de aprendizaje industrial y la cifra que me proporcionaban mis colaboradores en lo concerniente a los establecimientos rurales. Ordené a un personal de confianza que visitara con cuidado a estos últimos. Y sus informes me desalentaron profundamente. Los instructores no los atendían con la asiduidad con que hubieran debido hacerlo. Muchos de ellos vivían lejos de los talleres y de los campos de experimentación. Pasaban en automóvil, de tarde en tarde, a saludar a los campesinos. Éstos como es natural, no tardaron en perder ánimo.

Traté de corregir los defectos que aquí señalo. Pero temo que, a lo largo de la interminable cadena administrativa, lo dispuesto desde

mi despacho, en la capital, pocas veces llegara a tiempo —y no desvirtuado— hasta sitios tan alejados de mi inspección.

Por fortuna, no ocurría igual cosa en los centros de aprendizaje industrial. Gracias al Consejo de Fomento de los Recursos Humanos, constituimos comités asesores (integrados, cada uno, por dos industriales y dos obreros) a fin de auxiliar a nuestros planteles tanto en la selección de los alumnos como en el perfeccionamiento de los programas, tal vez no siempre bien concebidos, y, eventualmente, en la orientación adecuada para que los jóvenes obtuviesen trabajo en las fábricas al concluir su adiestramiento.

Con frecuencia, iba yo a visitar a los muchachos inscritos en los centros de la Ciudad de México. Me alentaba ver el cuidado que ponían en el manejo de los instrumentos con cuyo uso los habían familiarizado los instructores. ¡Qué olor a selva, fresca y espesa, se desprendía de los tablones recién cortados, bajo la sierra de acero, fría y azul! ¡Con cuánta docilidad se adhería, al filo de las láminas ensambladas, el untuoso caudal de la soldadura, bajo la llama rápida del soplete! ¡Y cómo cantaba, sobre los yunques, el hierro de los martillos!

Yo, que desde la escuela primaria, no había tenido el menor contacto profesional con taladros, válvulas, tornos, palancas, pinzas y fuelles, advertía —posiblemente más que mis compañeros— la poesía del esfuerzo manual del hombre, la atención con que perforaban los aprendices una mampara, ajustaban ciertos resortes, o ponían las muchachas en marcha sus máquinas de coser.

Señalar una forma exacta a algo que, sin saberlo, ya la contiene, pero en potencia; convertir un viscoso chorro en volumen de ángulos bien cortados; pulir una superficie que —

por rugosa— parece hostil, ¿no constituyen semejantes operaciones rítmicos triunfos del saber sobre la pereza, del tiempo sobre el espacio y de la prudencia sobre la incuria?

Con su anónima sinfonía de circuitos disciplinados por magnéticos dictadores, las fábricas más modernas me abruman y me intimidan. Pero esas pequeñas escuelas-taller, donde cada joven se daba cuenta, en el momento oportuno, de las causas de su fracaso o de la razón de sus éxitos, me sorprendían como un ejemplo y me proponían una lección. Frente a semejante lección, comprendí la verdad, expresada acaso en tono un poco declamatorio, por un poeta de nuestra América: “el trabajo no es culpa de un edén ya perdido, sino el único medio de llegarlo a gozar”.

Parecían tan promisorias las perspectivas de nuestro plan que nos dispusimos a tomar medidas con el propósito de preparar acertadamente a los instructores futuros. En cooperación con la UNESCO, instituimos un Centro Nacional de Enseñanza Técnica Industrial. El Fondo Especial de las Naciones Unidas nos ofreció una ayuda de $ 11 445 000, que recibiríamos —

en proporciones diversas— durante un lapso de cinco años. 2 La Federación había invertido ya trece millones en obras materiales, mobiliario y equipo. Además, en 1963, dedicó otros dos millones al sostenimiento de los servicios docentes. Por otra parte, en septiembre de 1963, el presidente envió al Congreso un proyecto de ley destinado a crear la carrera de profesor normalista para los centros de capacitación, agrícolas e industriales. Y, en 1964, erogamos crecidas sumas a fin de instalar las aulas y los talleres indispensables tanto en la Escuela Nacional de Maestros como en las de Roque y de Tamatán.

En la obra *La educación pública en México,* publicada por la Secretaría de Educación en 1970, encuentro dos referencias a los centros de aprendizaje instalados durante la administración del presidente López Mateos. En la página 34, del primer volumen, leo estas palabras: “Se atendió al funcionamiento de 30 Centros de Capacitación para el Trabajo Industrial —3 más que en el sexenio anterior—, a los que se ingresa inmediatamente después

de la escuela primaria y donde se preparan obreros especializados. El reducido aumento responde a la decisión de que los nueve

centros se hallen vinculados a unidades fabriles determinadas y se instalen en zonas de efectiva productividad, para garantizar la ocupación de los egresados". Y, en la página 310 del segundo volumen, aparece un cuadro en el que se señala que, en 1970, los centros de capacitación para el trabajo industrial registraron un descenso de 12.53% en el total de las inscripciones.

¿Qué sucedió? ¿Huyeron los aprendices? ¿Fue tan errónea la ubicación de nuestros planteles? ¿Se rehusaron los industriales a utilizar a los jóvenes formados en esos centros?

¿Resultaron, por breves, inútiles los programas?… Todo es posible. Y es de esperarse que nuevos procedimientos den, con el tiempo, mejores frutos.

XXI. HOMENAJE A UN MAESTRO. CINCUENTENARIO DE LA MUERTE DE JUSTO SIERRA. ACTOS ORGANIZADOS EN TODAS LAS ESCUELAS DE MÉXICO. LA CEREMONIA EN BELLAS ARTES. ¿HABÍAMOS CONCLUIDO YA LA REVOLUCIÓN DE 1910?

Me abstuve de mencionar, en los capítulos precedentes, un homenaje que, en mi opinión, merece especial recuerdo: el que rindió nuestro país —en 1962— a la memoria de Justo Sierra.

El maestro murió, en Madrid, el 13 de septiembre de 1912, cuando representaba a México ante el gobierno de Alfonso XIII. Diecisiete años después, inicié mis labores como miembro del servicio diplomático mexicano. Y las inicié, precisamente, en Madrid. El conserje de nuestra legación seguía siendo el mismo, Pío Sardina, que tuvo el honor de servir al ministro Sierra. Conoció muy bien a su antiguo jefe, y le guardaba íntima gratitud. Con su españolísimo don de charla, me describió muchas características de don Justo. No era sólo un funcionario cabal, sino un varón generoso y tierno. Mientras

hablaba Pío, evocaba yo —en la España del general Primo de Rivera— al secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes a quien saludé durante una visita que hizo a la Escuela Normal de México.

Era yo, entonces, alumno de la primaria anexa a ese importante plantel. Uno de mis maestros quiso que dirigiese algunas palabras al visitante. Aprendí de memoria un pequeño texto, del que no era mío sino el tímido balbuceo con que lo recité. Si salí del paso fue, sobre todo, por la piedad que debí inspirar a los asistentes.

Transcurridos los años, me quedaba en el corazón el remordimiento de no haber sabido decir a don Justo nada digno de su grandeza. Al entrar por las mañanas a mi despacho de la secretaría, pensaba siempre en dos mexicanos: en Vasconcelos, naturalmente, y en Justo Sierra. A Vasconcelos lo había tratado de cerca. Fui su amigo, y no repetiré lo que dije frente a su tumba. A Justo Sierra lo vi solamente un instante. Me sorprendieron su corpulencia, su blanca barba de historiador europeo y sus ojos claros, hondos y bondadosos. Pero su estatua se hallaba allí, a pocos pasos de mi ascensor. Y, día a día, estimaba más la magnitud cívica de su obra.

Cada vez que fui a discutir acerca de los gastos de la secretaría (de 1943 a 1946, con el licenciado Eduardo Suárez, y —de 1959 a 1964 — con el licenciado Ortiz Mena), llevaba en mente un recurso vivo: el de citar la carta que don Justo envió a Limantour. “Para usted —

decía el valiente escritor al ministro de Hacienda de don Porfirio—, la educación pública es

un ramo administrativo de la misma importancia que los demás. Para mí, para todos los pensadores modernos, para todos los hombres de Estado actuales, el concepto de usted es insostenible; la educación es el servicio de mayor importancia: es el supremo.” En 1962, el presupuesto de la secretaría pasaba ya de dos mil quinientos millones. ¿Cómo pudo realizar el maestro Sierra todo lo que intentó con partidas que, en el año fiscal 1908-1909, alcanzaban, apenas, un total de siete millones cuarenta mil pesos?…

Es cierto que el poder adquisitivo de nuestra moneda era, al principiar este siglo, muchas veces mayor que hoy. Es cierto, también, que las obligaciones docentes del ministerio a su cargo se hallaban limitadas al Distrito Federal y a los Territorios. Pero lo que hizo don Justo no guarda comparación con cifra tan restringida. Y es que, a cada centavo que le entregaban, sabía él añadir un caudal inmenso: su fe en las capacidades magníficas del espíritu.

Varias veces habíamos hablado, López Mateos y yo, acerca de los méritos de don Justo. Se acercaba el primer cincuentenario de su muerte. Como coincidía esa fecha con la que dedica el país a celebrar a los Niños Héroes, resolvió el presidente anticipar —en un día— nuestro homenaje. Recordaríamos al maestro el miércoles 12 de septiembre y a los cadetes de Chapultepec el jueves 13.

Desde agosto tomé las medidas indispensables para que se honrase a don Justo en todas las escuelas de la República. Envié a los directores generales en los Estados y Territorios una circular, invitándoles a que, en cada escuela, organizaran actos de respeto y de gratitud para el desaparecido. Más de quinientos establecimientos escolares llevaban su nombre en México.

Pero no bastaba ese testimonio de admiración. Era menester que todos los niños, todos los adolescentes y todos los jóvenes mexicanos se sintieran alentados por el ejemplo de un hombre para quien la educación se proyectó siempre como un medio insubstituible de fortificar a la patria.

El 12 de septiembre de 1962 resultó, para mí, un día de apasionada confrontación con uno de nuestros próceres más ilustres. A temprana hora, fui a mi despacho. Junto con Manuel J.

Sierra, hijo de don Justo y el secretario general del SNTE, profesor Larios Gaytán, hice guardia frente a la estatua del maestro, colocada —por orden de Vasconcelos— en uno de los ángulos del patio principal de la Secretaría de Educación Pública. Al terminar la guardia, me dirigí al lugar en que me había dado cita López Mateos. Y nos trasladamos al Palacio de Bellas Artes.

La sala de espectáculos estaba pletórica. Entre los asistentes, vi a varios secretarios de Estado (en particular, a Javier Barros Sierra, nieto de don Justo y educador como él, tanto por la palabra cuanto en la acción), a muchos intelectuales y a gran número de maestros. En el estrado, el presidente se sentó entre Manuel J. Sierra y yo. A mi derecha, se encontraban los licenciados Ruiseco Avellaneda, Miguel Alemán y Ernesto P. Uruchurtu.

Anunciaba el programa que la Orquesta Sinfónica Nacional interpretaría —bajo la dirección de Luis Herrera de la Fuente— el poema *Redes,* de Silvestre Revueltas, el primer tiempo de la *Sinfonía Inconclusa* de Schubert y *Ferial,* de Manuel M. Ponce. Al concluir la

audición de *Redes,* Mauricio Magdaleno pasó a la tribuna. Había elegido, como tema, el elogio del escritor. Entre muchas de las cosas acertadas que dijo, citaré este párrafo: “Unas semanas antes de que cayese la dictadura, lo echaron a la calle y profirió un grito de conmovedora modernidad: ‘Yo seguiré creyendo que todo programa de gobierno cuyo eje no descansa sobre estos dos polos: educación y justicia, no quiere decir nada ni para la humanidad ni para la patria’.”

Después del maravilloso fragmento de Schubert, oímos a Salvador Azuela hablar del historiador. No llevó ningún texto escrito. Improvisó con elocuencia y declaró, al final de su alocución, que la herencia moral de Sierra no podía desligarse del hombre que fue, esencialmente, maestro e historiador.

Al levantarme para leer mi discurso, me sentí una vez más conmovido por el recuerdo de mi niñez. Iba al fin a expresar a don Justo lo que hubiera sido imposible que le dijese el alumno de la escuela primaria de San Jacinto. ¡Cuánto debía yo a su ejemplo y, también, al de Vasconcelos! Pensé en las horas dedicadas a escribir las cuartillas que llevaba conmigo…

¿Habría acertado a condensar en ellas mi admiración?

Comparé el México de 1910 y el de 1962. Al destino prefabricado, que prometía la dictadura a los escasos beneficiarios de una preparación superior, una nueva etapa de nuestra historia había venido a ofrecer, para sectores mucho más amplios, oportunidades mejores de competencia en el progreso y de justicia en la democracia. Pero quedaba aún mucho por hacer.

Y hubiera sido tan derrotista negar los éxitos conseguidos como invocarlos con el propósito de ocultar a los mexicanos los obstáculos que habrán de vencer con su propio esfuerzo. Uno de los nexos que podían advertirse entre el México de 1910 y el de 1962, se debía en verdad al maestro Sierra. Como Sarmiento, quiso don Justo ilustrar a nuestro país, educando al anónimo soberano que se llama legión y que vive en la multitud.

¿Por qué razón consagré lo fundamental de mi elogio al educador —y no al poeta, al cuentista y, sobre todo, al historiador que fue también Justo Sierra? A tal pregunta, procuré contestar con las siguientes palabras: “De todos los laureles que don Justo merece, los más hermosos —y los más puros— son los que deposita el pueblo sobre su frente de educador.

Maestro de ciudadanos y ciudadano entre los maestros, está con nosotros en todas partes, se esfuerza con nosotros a toda hora y su compañía (invisible y activa, como las hélices en el vuelo) nos ayudará a encontrar la altura que él buscó para México sin cesar”.

En el fondo, Justo Sierra fue un precursor de la Revolución mexicana de 1910.

“Necesitamos a todo trance —clamaba— crecer de dentro para el exterior… Abramos, por consiguiente, ventanas al aire de la patria, al aire de la civilización humana.” En esas expresiones latía una esperanza renovadora: la de una revolución que abriese de veras nuestras ventanas al aire libre de la nación y la humanidad. De una revolución que postulase la igualdad de los ciudadanos no sólo en el alfabeto, sino en las consecuencias morales y culturales del

alfabeto. De una revolución que erigiese escuelas rurales para beneficio del

indio y del campesino, que fundara establecimientos docentes con horarios para el obrero; que instalara centros de formación pedagógica para millares de maestros del campo y de las ciudades; que capacitase —por decenas de miles— a los profesores sin título y que, a la escala de las necesidades de la República, ejecutase planes concretos, de extensión y mejoramiento de la enseñanza. De una revolución, en fin, que exhortase a todos los mexicanos a comprender que la independencia política del Estado, declarada por las leyes, puede perderse en cualquier momento si no se funda en la independencia económica del país, sustentada por el trabajo del surco y de los talleres, y que ni ésta ni aquélla se afirmarán donde resulte tan sólo la educación un privilegio inestable de la fortuna.

¿Realizaron plenamente semejante revolución las generaciones que sucedieron a la de Sierra?… Hubiera sido absurdo contestar con afirmaciones sin contenido. Sí, habíamos abierto muchas ventanas "al aire de la patria", pero incontables muros se hallaban ciegos, sin ventanas para la civilización. En la reunión que tuve con mis colaboradores, un mes antes del homenaje a don Justo, sentí cuán pequeño era el esfuerzo hecho para atender las necesidades de la República. Sólo pudimos designar, ese año, a mil seiscientos cuarenta nuevos maestros en los Estados y Territorios donde regía el calendario de tipo B. ¡Y todavía hoy, según informan los periódicos, más de veinte mil profesores titulados carecen de nombramiento y tres millones de niños carecen de profesor!

¿Por qué engañarnos con ilusiones —que defraudamos nosotros mismos? La revolución hizo mucho, innegablemente; pero la detienen aún intereses económicos y políticos que no se dignan considerar el *hambre* y la *sed de justicia* de nuestro pueblo… Obreros de una revolución constructiva habrán de ser, sin descanso, todos los mexicanos, mientras México continúe dependiendo, en gran parte, de capitales invasores y de técnicas extranjeras.

XXII. HUÉSPEDES ILUSTRES: GOLDA MEIR, ANDRÉ MALRAUX, INDIRA GANDHI, JAWAHARLAL NEHRU, EL MARISCAL TITO,

CHARLES DE GAULLE

Abriendo un paréntesis —que, acaso, me agradecerán los lectores — en el orden cronológico del relato, me referiré aquí a varios huéspedes eminentes de la República, a quienes traté durante la gestión del presidente López Mateos. Los que de manera más honda me impresionaron fueron Golda Meir, André Malraux, Indira Gandhi, Nehru, el mariscal Tito y el general De Gaulle. 1

El 11 de junio de 1959, me visitó la señora Meir. Desempeñaba entonces, con femenina astucia y viril firmeza, el cargo de ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno de Tel-Aviv. La acompañaba el señor Shaltiel, jefe de la misión diplomática de Israel en México. Me sorprendió la gran israelí, por su modesta apariencia de profesora retirada. Gruesa, pausada y lacia, de cabeza que parecía pesarle mucho, resultaba severa a primera vista: más cuando sonreía que cuando hablaba. Porque, cuando hablaba, la inteligencia de sus observaciones no ilustraba solamente lo que decía; despertaba en sus ojos un júbilo malicioso, hecho de seguridad en sí misma y de intrepidez.

Deseaba intensificar, sin demora, las relaciones culturales de nuestros pueblos. Para ella, el renacimiento político de Israel, en su antigua tierra, había comprobado cuántas energías latentes pueden desarrollar los hombres si se les aseguran casa y libertad…

Mientras conversábamos, pensaba yo en la carrera de esa estoica mujer. Nacida en Rusia, en 1898, tenía cuatro años de edad más que yo. No lo ocultaba su aspecto físico. Pero su talento era incomparablemente más joven que su figura. Por lo visto, no la habían fatigado ni sus trabajos de institutriz en Milwaukee, ni su actividad dentro del partido sionista obrero. Fue a Palestina, mucho antes de que la ONU se estableciera y principiase a discutir sobre la posibilidad de revisar, en favor de Israel, el “status” de esa región. Con las mismas manos, fuertes y duras, con que me entregó un

precioso recuerdo de su país (una pequeña vasija de vidrio del segundo siglo de nuestra era, rescatada durante las excavaciones llevadas a cabo cerca de Belén), había cultivado los campos que evocan los Evangelios.

Se contaba que tan extraordinaria persona había ido, en 1948, a entrevistarse con el Rey Abdullah en Amman. Quería convencerlo de que no interviniese en la guerra. Se explicaban, al escucharla, sus aciertos como rectora de la política de Israel a lo largo de los debates que oyó la ONU a partir de 1956.

Yo sabía que, antes de salir de México, nuestra visitante suscribiría con Manuel Tello un

convenio de intercambio cultural entre nuestra República e Israel. La Secretaría de Relaciones me había consultado el texto del documento. Manifesté a la señora Meir que haríamos lo posible para que no resultase sólo una platónica exposición de buenas intenciones.

Cuando se despidió: me dejó asombrado. Me había dicho exclusivamente lo que procedía, sin anécdotas ni retóricas. No había adornado una sola frase, una sola idea, con inútiles digresiones. No había visto una sola vez el reloj. Sin embargo, se levantó de su asiento a los quince minutos de haber llegado. Me concedió, exactamente, el cuarto de hora que la Dirección del Ceremonial incluyó sin duda en la distribución de su tiempo para aquel día.

Me encuentro, ahora, al margen de la administración política de mi patria. En cambio, la señora Meir continúa defendiendo a la suya en el más difícil de los terrenos: el de justificar los resultados de ciertos éxitos militares —que pueden, todavía, poner en peligro la paz del mundo. Estimo su tenacidad de obrera política irreductible. No siempre me convencen las causas por las que lucha. Pero respeto el valor con que sabe luchar vigorosamente, como esas mujeres rígidas de la Biblia, nacidas para vivir y morir de pie.

Malraux fue a saludarme en 1960, durante la mañana de uno de los primeros días de abril.

Aunque había subido por el ascensor hasta mi despacho, me dio la impresión de bajar a mí desde quién sabe cuáles Campos Elíseos de la imaginación o de la memoria. Alto, membrudo, ausente (y cortés, sin embargo, cuando el asunto le interesaba), vio —sin particular complacencia— los murales de Montenegro, sonrió ante la Palas erguida sobre mi mesa y me propuso, en seguida, un intercambio de exposiciones.

Por lo que atañe a la colaboración mexicana, nos pusimos pronto de acuerdo. Exhibiríamos en París, en 1962, una selección de las grandes muestras de nuestro arte, desde las civilizaciones preclásicas hasta la pintura, la escultura y el grabado contemporáneos.

Fernando Gamboa podría aprovechar muy bien, gracias a su talento, la experiencia obtenida durante la exposición que presentó, en 1952, en el Museo de Arte Moderno. Atraído por el recuerdo de esa experiencia, el público parisiense apreciaría obras como *El acróbata* de Tlatilco, el *Chacmool* del Museo de Morelia, el brasero teotihuacano de Huehueteotl, un *Atlante* de Tula y la figura de *Chalchiuhcihuatl,* así como el retablo de la capilla del relicario de San José de Tepotzotlán, los óleos de David Alfaro Siqueiros, José Clemente Orozco, Diego Rivera y Rufino Tamayo y los grabados de José Guadalupe Posada y Leopoldo Méndez.

Por su parte, Malraux me habló acerca de dos proyectos: el de una exposición de reproducciones, a tamaño natural, de portadas románicas francesas, y el de una galería de pintores de su país. El primero de esos proyectos me seducía; pero el traslado de tantas reproducciones sería costoso —y temí que, a la postre, la promesa no se cumpliese. Dejé que determinara el propio Malraux lo que estimase más adecuado. En definitiva, optó por

enviarnos una excelente colección de cuadros del siglo XIX.

Ni en aquella ocasión, ni en ninguna otra, aludimos a nuestros clásicos. Parecía deliberadamente huir de las letras, que su personalidad encarnaba con tanto brillo. Entre el museo imaginario y la literatura, prefería sin duda a ésta, pero se refería más bien a aquél.

Estaba siempre escapándose de sí mismo. Y, cuanto más pretendía escapar, más se encerraba en su ardiente vértigo.

Hombre de incesantes angustias, nervioso y tenso, pasaba de una cuestión a otra, sin transiciones. Pero, entre una cuestión y otra, existía siempre —en su mente— cierta escalera oculta. En su charla, los saltos más imprevistos demostraban su rapidez admirable de equilibrista, diestro en relacionar imágenes o doctrinas —distantes en apariencia, aunque, en el fondo, complementarias.

Trabajaba —y vivía— conforme a un procedimiento que algunos compositores practican con eficacia: el de los acordes de notas muy poco afines. Había pasado, en la vida exterior, del izquierdismo juvenil que lo aproximó al comunismo, a las hazañas de la resistencia francesa contra Hitler y, después, a su fidelidad absoluta a De Gaulle. Como éste —de quien había de decir que, en sus conversaciones y en sus Memorias, “cada retrato era un busto”—, soportaba muy bien la celebridad. Por lo que atañe a la vida interior, parecía dispuesto a no reflexionar sobre ella sino como en el método más fecundo para ahondar las preguntas de que está hecha, pues —según lo expresó años más tarde— nunca aprendió muy bien a crearse a sí mismo, si crearse es resignarse a la comodidad de ese albergue, sin escape, que llaman vida…

Incesante metáfora resultaba su pensamiento. Asociaba épocas y paisajes con magnífica lucidez. Imaginé cómo serían sus pláticas con De Gaulle. Pero no preví que escribiese un libro de *Antimemorias.* Malraux era sobre todo, a mi juicio, el autor de *La condición humana.*

Según tuve ocasión dedecírselo durante el banquete que le ofrecí en el Castillo de Chapultepec, a partir de la juventud, dos temas

fundamentales suscitaron las inquietudes mayores de su talento: la tragedia del hombre, solitario frente al destino, y la entrañable unidad del linaje humano. No fue un azar el que lo condujo a imponer ese título —*La condición humana*— a su novela más conocida: aquella en cuyas páginas cierto gran inconforme declara que el heroísmo no es justificación personal de su propia vida, sino acicate para restituir a sus semejantes la posesión de su dignidad.

Presentía yo, bajo la bóveda de su cráneo, el diálogo de sus símbolos predilectos. En aquel inteligente museo (como en el imaginario del que hablaba Malraux) convivían el Zeus de Pérgamo y el Pantocrator de Constantinopla, el Buda afgano y la soberbia Coatlicue azteca.

Mientras leía mi discurso, él pensaba —ostensiblemente— en las palabras que tendría que improvisar. Escuchaba mis alusiones a Florencia y a Vézelay, pero se disponía a proporcionarnos su idea de México. Si recuerdo bien, nos habló sobre todo de lo que debíamos a nuestra revolución social: había hecho de los vencidos de ayer los herederos del genio indígena. Era ésa una forma —esquemática— de eludir la conquista y el virreinato…

Venturosamente, no insistió demasiado el autor de *L'Espoir* en suprimir de la historia de América las referencias a España, país bajo cuyo cielo peleó por amor de la libertad. Como era ministro, y encargado de los asuntos culturales de Francia, concluyó formulando votos por que pudiésemos, con paciencia, crear la primera civilización capaz de poner todas las grandes obras de la humanidad al servicio de todos los hombres.

Lo rodearon —y lo aplaudieron— mexicanos tan diferentes como Manuel Martínez Báez y Alfonso Caso, José Gorostiza y Agustín Yáñez, Carlos Chávez y Antonio Castro Leal.

Departió amablemente con ellos. Pero lo que le interesó más en aquel banquete fue la oportunidad de admirar, desde la terraza del castillo, el panorama de nuestro valle, tras de haber visto, de cerca, los murales de Alfaro Siqueiros.

Seis meses después de Malraux, un día de octubre de 1960, la señora Indira Gandhi se presentó en la Secretaría de Educación. Iba vestida con una larga túnica gris, sobre cuyas líneas sobrias destacaba elegantemente un gran velo obscuro. Nos habíamos conocido en Nueva Delhi, nueve años antes, durante el almuerzo al que me invitó su padre, el primer ministro Nehru, cuando fui a saludarlo en la India. La señora Gandhi no era solamente su hija, su compañera y su más abnegada amiga. Representaba, a su lado, una voluntad política, cauta y seria, pero —cuando resultaba preciso — rápida y atrevida. Frente a los visitantes de su ilustre progenitor solía asumir una actitud de discípula discretísima. Hablaba poco. Y, si hablaba, era sobre todo con el fin de explicar lo que Nehru había resumido en fórmulas tan concisas, que resultaban un poco abstractas para los no iniciados en el arte de adivinar su estilo irónico y sentencioso.

En la plenitud de sus cuarenta y tres años, intensamente vividos, Indira tenía un perfil hermoso, digno de las mujeres del *Ramayana;* pero, por momentos, vibraba en sus ojos hondos la luz del *Bagavad-Gita.* Opuesta, desde muchos puntos de vista, al tipo de obrera práctica del Estado, que la señora Meir simbolizaba, atraía la atención por su modo de no subrayar jamás su papel de consejera —intelectual y moral— frente a cuantos querían obtener una mejor comprensión entre el Oriente y el Occidente. Hablaba perfectamente el inglés y, con bastante soltura, el francés.

En la India, ciertos amigos me habían contado hasta qué extremo la niñez de Indira floreció en un ambiente de riqueza y aristocrática distinción. Su abuelo paterno, Motilal Nehru, poseía una espléndida finca en Allahabad. Durante la juventud, Motilal supo conciliar sus dignidades de abogado famoso con una estimación deferente para Inglaterra. Decían de él que fue un

“gigante del Renacimiento”. Un gigante motorizado, puesto que —si la anécdota es cierta—

Motilal figuró entre los primeros importadores hindúes de automóviles europeos.

Poco a poco, muchas cosas cambiaron, no sólo en el pueblo indio, sino en la vida de

Nehru. Estalló la primera Guerra Mundial. Antes de que Indira naciese, el que sería más tarde primer ministro de su país conoció a un personaje nimbado por un extraordinario prestigio: el que llamarían sus partidarios Mahatma Gandhi. La familia Nehru olvidó el automóvil de Europa y hasta el orgullo de la casta social a la que sus miembros pertenecían. El mendigo y el santo parecían haberse asociado en aquel profeta de la resistencia pasiva, dispuesto a situar, por encima de todo, el sacrificio del “yo”, sobre cuya exigua base los políticos de Occidente apoyan frecuentemente su acción.

Indira recibió la influencia del gran maestro. Y, de manera todavía más directa, la de Rabindranath Tagore. No dejó de pensar en ellos, probablemente, durante los viajes que la llevaron a Inglaterra (estudió en Oxford), y a otros países, en cuyos museos tuvo acaso la oportunidad de admirar obras de Constable y de Turner, de Holbein y de Durero, de Rembrandt y de Ruysdael, de los impresionistas y de Rodin, de Leonardo y de Miguel Ángel.

Pero los brillos de Europa no podían apagar en su alma el resplandor de la luz asiática.

Estuvo en Ceilán. Por comparación con la ecuatorial abundancia de la isla idílica, debieron angustiarla algunas zonas áridas de la India. De ahí, tal vez, la melancolía de su mirada, menos indescifrable que la sonrisa escéptica de su padre.

Casada con Feroze Gandhi (lo que explica el apellido con el que figura en las enciclopedias), Indira padeció un honroso castigo por sus ideas libertadoras. La persiguieron.

Sin embargo, algunas condenas obtienen, a la postre, su recompensa. Y la nieta de Motilal pudo asistir, en 1947, a la emancipación de su patria. A los virreyes ingleses substituiría, como primer ministro de la India independiente, Jawaharlal Nehru.

Esa era la mujer que conversó conmigo, en mi despacho, durante minutos que me parecieron segundos, acerca de las dificultades que estaba encontrando su padre para dar a la India una estructura de Estado nuevo, amenazado a la vez por la miseria de las muchedumbres famélicas, por la inercia de los santones paralizados a lo largo de los caminos, por la hostilidad belicosa del Pakistán y por las presiones de Mao Tse-tung.

La señora Gandhi me habló también de la UNESCO, y de sus problemas. Creía posible —y deseable— la colaboración de todas las culturas del mundo. Pero veía cernirse sombras funestas sobre el porvenir de tal colaboración.

Interesada por la pintura, observó —con mayor atención que Malraux— los murales de Montenegro. Frente a la bayadera representada en uno de esos murales, le conté que, durante mi visita a Nehru, en 1951, le había preguntado por qué razón no interpretaban ciertos danzantes plásticos de Madrás el *allegretto* de la Séptima Sinfonía de Beethoven… Sin sonreír de mi ingenuidad, me pidió que le mostrase los frescos de Diego Rivera. Traté de explicárselos a mi modo. Y me encantó la emoción que le produjeron algunas de las escenas reproducidas o imaginadas por el artista. La acompañé hasta el ascensor. Al despedirnos, no supuse qué porvenir le tenía reservado el destino dramático de su pueblo.

Indira regresó a México en noviembre de 1961. Vino, entonces, con Nehru. Los recibimos

en el aeropuerto. El primer ministro (que me reconoció inmediatamente) me dijo algunas frases amables acerca de mi labor en la UNESCO. Lo encontré fatigado, y más desasido aún de todo interés por lo que no fuese un ascenso humano hacia una mejor convivencia internacional.

En su discurso de bienvenida, López Mateos afirmó que Nehru ocupaba un sitio en el corazón de los mexicanos por sus cualidades, por su talento y porque era, en esa “época de prolongada tiniebla”,

uno de los pocos faros del género humano. Nehru le contestó con la sincera modestia de quien sabe, cuando es preciso, ser orgulloso. Habló de la paz como de la cuestión primordial para la supervivencia del hombre, y agradeció la entusiasta acogida de nuestro pueblo.

Nehru no fue, como Indira, a la Secretaría de Educación. Lo esperé, el miércoles 15 de noviembre, en el antiguo Museo de Antropología. Y lo acompañé a Los Pinos, donde le ofreció el presidente una comida privada, a la cual asistimos —junto con las señoras Gandhi y López Mateos— algunos de los miembros del gabinete presidencial y nuestras esposas.

Como Tito y como De Gaulle, aunque por conceptos muy diferentes, Nehru se sentía solidario del "tercer mundo" —un "mundo" que no ha logrado todavía forjar cabalmente la historia: el de los pueblos no sometidos al sistema soviético, ni al de Mao, ni a la voluntad de dominio de Washington. Y se daba cuenta de las inmensas dificultades con que tropezaría quien tuviese que aceptar moralmente la responsabilidad de orientar a ese "tercer mundo".

Nehru, en 1961, no era el mismo que me recibió —con distante y sutil reserva— en marzo de 1951. Dos lustros cambian enormemente los horizontes de un gobernante. Su campaña contra la explosión demográfica no había obtenido el éxito que esperaba. Desde su independencia, la población de la India había aumentado en una cantidad que, por sí sola, superaba al total de los habitantes de varios pequeños países de América. Sus institutos científicos no podían proporcionarle aún resultados de inmediata eficacia práctica. China exigía territorios que la India consideraba suyos. Las relaciones con Pakistán seguían deteriorándose. Y, lo que era más grave, el gobierno de Nehru cometería un error político al agredir a los portugueses de Goa.

El apóstol de la paz, el hombre que —ante la Asamblea General de las Naciones Unidas—

había evocado a Buda y dicho que las únicas victorias reales son aquellas que no se ganan, esto es: las que no dejan ni derrotados ni

triunfadores, iba a satisfacer a quienes querían desalojar a los portugueses de Goa con la violencia.

En el auto que nos llevó hasta Los Pinos, vi triste a Nehru. Parecía haber perdido confianza en su razón esencial de ser. Le habían gustado mucho las obras de arte contempladas en el Museo. Elogió las “aguas frescas” que le ofrecimos. Pero daba la impresión de hallarse ausente de su futuro, desterrado ya de su biografía.

¿Presentiría la muerte próxima?… Al saludar a su hija Indira, en la sala del presidente López Mateos, le dirigió una mirada de ternura, impregnada de íntima compasión. Compasión y ternura, sin duda, merecía la excepcional mujer que iba a encontrarse en el caso de

reemplazarlo. Tendría que vivir contra muchos augurios, si quería continuar exaltando esa fe en la fraternidad humana que siempre recordaremos al pronunciar el nombre de Nehru.

Estas líneas, escritas en diciembre de 1970, exigen un complemento. Sí, Indira tendría que vivir contra todos los augurios. Y así lo demostraron los hechos en noviembre de 1971.

Invadida por más de ocho millones de bengalíes, hostilizados en el Pakistán oriental, la India trató de obtener la comprensión y la ayuda de las Naciones Unidas. La señora Gandhi fue a las capitales de algunas grandes potencias. Habló con varios Jefes de Estado. Salvo en la URSS, halló frecuentemente un muro de indiferencia, cuando no de egoísmo y de sorda inhumanidad.

Los Estados Unidos y China consideraban útil para sus fines la despótica voluntad militar del régimen de Karachi. Hombres como Malraux se ofrecieron al sacrificio. E Indira Gandhi se vio obligada a desafiar al sistema inútil de la llamada “colaboración internacional”. Por la fuerza, los ejércitos de la India llegaron a Dacca. Fue posible proclamar el Estado de Bangla Desh. Sólo entonces decidió Indira suspender las hostilidades. Contra todos los augurios, la India había tenido que asumir con valor una responsabilidad histórica indeclinable.

El mariscal Tito y su esposa Jovanka llegaron a Mérida, a bordo de un avión de las Líneas Aéreas Escandinavas, el jueves 3 de octubre de 1963. Enterado tal vez de mi expedición yugoslava —de 1951—, el licenciado López Mateos me designó para recibirlos.

Mi mujer y yo nos trasladamos a la capital yucateca. Encontramos, en el aeropuerto, al gobernador del Estado, a nuestro embajador en Yugoslavia, al presidente municipal de Mérida, al comandante de la 32ª zona militar, algunos de ellos con sus esposas, y al general Cristóbal Guzmán Cárdenas, quien había sido nombrado ayudante militar de Tito.

Nuestros huéspedes descendieron de su avión después de las cuatro y media. Habían hecho el viaje, con ellos, el señor Todorovic, vicepresidente de la Asamblea Federal yugoslava, el secretario de Asuntos Exteriores, señor Popovic y otros funcionarios. Charlamos brevemente, y nos dispusimos a conducirlos —en múltiples automóviles— a la zona de Uxmal.

Nos alojamos en el Hotel Hacienda. Por la noche, después de la cena, algunas damas —

que habían visto clarear la luna— se propusieron dar un paseo. Les advertí del riesgo de los mosquitos, particularmente ávidos en esa comarca de la península; pero insistieron. ¿Qué temor podían inspirar a una guerrillera, como la señora Jovanka, semejantes zancudos?… No quise contrariar su capricho. Y me resigné. No habían transcurrido quince minutos cuando las más audaces iniciaron una rápida retirada. Tito, que había salido junto conmigo, sonrió con benevolencia. Y, mientras las damas se refugiaban en sus habitaciones, nos sentamos a conversar.

El mariscal no había olvidado nuestra entrevista de 1951. Me describió con satisfacción

—pero sin jactancia— muchos de los progresos obtenidos por su país en lo económico, lo

social y lo cultural. Hablaba pausadamente, midiendo bien lo que podría deducir su interlocutor de cada afirmación o de cada duda.

Admiré, una vez más, su perseverancia y su sencillez. Le preocupaba el futuro de Europa

—y del mundo entero. Como en Belgrado, no pronunció en ningún momento las palabras

“Estados Unidos” o “Unión Soviética”, aunque en tales potencias pensaba cuando aludía a las amenazas de la explosión armamentista. Para hacer frente a esas amenazas, Yugoslavia había aceptado las normas de una preparación militar en la que participaban todos los habitantes.

Tito apreciaba a López Mateos, a quien había recibido muy cordialmente en Belgrado. Le conté lo que estábamos haciendo en materia de educación pública. Se interesó especialmente por los centros de capacitación para el trabajo que habíamos instalado ya en diversas ciudades. Precisamente ese jueves, según le informé, la Cámara de Diputados aprobó un proyecto de ley, muy importante para nosotros: el relativo a la formación de los profesores que, en lo futuro, adiestrarían a los alumnos de aquellos centros. Antes de darme las buenas noches, pues iba a subir a su alojamiento, me auguró éxito.

El viernes 4, muy temprano, fuimos a visitar la zona que los mosquitos defendieron con tan belicosa vehemencia durante la noche. Vimos el “templo del adivino”, la “casa de las monjas”, y la “del gobernador”. Las más difíciles escaleras no intimidaban a la señora Jovanka. Ágil y fuerte, iba y venía, sin solicitar la ayuda de nadie. Tito optó por contemplar, desde lejos, las proezas de su mujer. Le agradecí aquella espera, que me permitió no exponerme al ridículo de un traspié. Pero encargué a varios de mis acompañantes que cuidasen de la atlética excursionista.

Uxmal es una de las joyas de Mesoamérica. El mariscal tomó incontables fotografías, se detuvo con particular complacencia en “la

casa del gobernador", y dirigió algunas preguntas a Dávalos Hurtado. Carlos Margáin tradujo al alemán las respuestas de nuestro compatriota. Y

—tan pronto como recuperamos a la señora Jovanka— volvimos al hotel. Hacía mucho calor.

Y tendríamos que ir en seguida a Mérida, para llegar a México al mediodía.

En la capital, López Mateos recibió a Tito con un amistoso abrazo. "Saludamos en usted —

le manifestó— al pueblo que, con singular valentía, conquistó su derecho a la libertad." El mariscal expresó la estimación de "los pueblos yugoslavos" para el notable aporte de México a la política "de colaboración pacífica y equitativa".

No sé si el embajador Vlahov comunicó a Tito la impertinente publicación, en algunos diarios capitalinos, de un documento —suscrito, en Monterrey, el 3 de octubre— por los miembros de la "cruzada regional anticomunista". En ese texto se acusaba al adalid de la independencia yugoslava nada menos que de "violencias", "terrorismo" y "asesinatos".

"Como mexicanos (afirmaban los redactores), protestamos por la visita de este huésped, que no es más que un sanguinario perseguidor de la religión de los mexicanos…"

Por fortuna, el pueblo no concedió atención a críticas tan injustas. Tito pudo percatarse de la estimación de nuestro país. El sábado 5, el licenciado Uruchurtu le hizo entrega de "las

llaves" de la Ciudad de México. A medio día, el presidente López Mateos le ofreció un banquete en el Palacio Nacional. Tito aprovechó aquella oportunidad para señalar que, en la época nuclear en que vivimos, la única alternativa consiste en aplicar, lo más consecuentemente posible, la política de la coexistencia

pacífica y de la colaboración activa entre todos los países, “sin distinción de sus sistemas sociales”.

Después del banquete, su esposa y él visitaron —en la calle de la Moneda, como Nehru—

nuestro Museo de Antropología. Les sorprendieron profundamente el Calendario Azteca y la Coatlicue. Mi mujer y yo les obsequiamos con dos reproducciones: la de una diosa zapoteca y la de los “perros bailarines” de Colima.

El lunes 7, a las nueve de la mañana, acompañamos al mariscal y a la señora Jovanka a recorrer el conjunto de Teotihuacán. Allí, como en Uxmal, tomó Tito muchas fotografías y conversó con nuestros arqueólogos. Por la noche, en el Palacio de Bellas Artes, asistió a una representación del ballet folclórico. Le encantaron la “danza del venado” y el cuadro

“Navidad en Jalisco”. Al interpretar el ballet una fiesta veracruzana, el cantante exclamó, entre aplausos: “Saludo a mi presidente / y al mariscal yugoslavo”… Tuve que traducir, para nuestro huésped, el significado de esas palabras.

Tito quería conocer otras regiones de la República. Fue a Guadalajara, donde lo atendió el gobernador Gil Preciado, y, después, a Acapulco. Días más tarde, López Mateos lo despidió en el aeropuerto de la Ciudad de México.

El mariscal me dejó una impresión diferente de la que me produjo durante nuestra plática en Belgrado. Sonreía con mayor espontaneidad, pero callaba con más reservas. La edad —

tenía setenta y un años— empezaba a pesar un poco sobre sus hombros de infatigable obrero del “tercer mundo”, fundidor de una estatua todavía invisible: la coexistencia —sin hegemonías imperialistas, fabricadas en Washington o en Moscú.

Y, puesto que me he referido a una estatua, añadiré que conservo otra, ésa no metafórica: la que Tito tuvo la gentileza de regalarme antes de partir. Representa a una mujer desnuda, firme y esbelta. Con los brazos cruzados, se cubre casi toda la cara. No sé si sonríe, porque pueden verse sus ojos —pero sus labios no. ¿Constituirá esa figura (obra de Krsinic, uno de los maestros de la escultura yugoslava moderna) un símbolo de esperanza, o de renunciación? Me lo pregunto a mí mismo, aunque sé que la verdadera respuesta la dará el tiempo.

El domingo 15 de marzo de 1964 tomé nuevamente el avión de México a Mérida. El presidente de la República me había hecho el honor de confiarme su representación para recibir, en la capital yucateca, al general De Gaulle. Hicieron el viaje, junto con mi mujer y conmigo, el embajador de Francia, Raymond Offroy, el doctor Morones Prieto, embajador de México en París, el general Sánchez Hernández, a quien nuestro gobierno había designado

ayudante militar de De Gaulle, y Joaquín Bernal, que era entonces subdirector del Ceremonial en la Secretaría de Relaciones Exteriores.

¿Cuál era el propósito de la visita que había resuelto hacernos “el más ilustre de los franceses”? Oficialmente, se anunció como un acto de cortesía. De Gaulle (que recibió a López Mateos en París, en marzo de 1963) venía con el objeto de corresponder a tal atención.

Pero era muy significativo el hecho de que —teniendo en proyecto ya una extensa gira por la América del Sur, y habiéndolo visitado en Francia, antes que López Mateos, los presidentes del Perú y de la Argentina— el general hubiese determinado conocer ante todo a México, y no incluir, en aquel rápido recorrido, sino a un departamento francés: el de Guadalupe.

Imaginé que deseaba señalar de ese modo su reconocimiento a nuestro Jefe de Estado, por haberse “atrevido” a ir a París precisamente en los días en que Washington protestaba, con mayor

ira, en vista de la actitud que asumió De Gaulle respecto a la OTAN. De parte del gobernante de un país tan ligado a su gran vecino del Norte, por la historia, la geografía, el comercio, la política y las finanzas, aquel gesto demostraba en verdad una auténtica independencia. Creo que así lo entendió el presidente francés.

De Gaulle había salido de París (también el domingo 15) a bordo de un avión de Air France: el *Château de Versailles,* un Boeing 707, de fabricación norteamericana. Después de una escala técnica en Pointe-á-Pitre, en ese avión llegó a Mérida el lunes 16, un poco antes de que marcara el reloj las once de la mañana. Descendió junto con su esposa. Nos acercamos a saludarnos. Me presentó a sus acompañantes, entre los cuales reconocí al ministro de Asuntos Extranjeros, Maurice Couve de Murville y al secretario general de la Presidencia, Étienne Burin des Roziers.

De Gaulle conversó brevemente conmigo y con los embajadores y funcionarios que fueron a darle la bienvenida: el gobernador del Estado, Luis Torres Mesías y el presidente municipal de Mérida, Armando Carrillo Tenorio. Madame De Gaulle agradeció las orquídeas que le entregaron la señora Torres Mesías y mi mujer. El general aceptó un vaso de jugo de naranja.

Minutos después, subimos al *Caravelle* que había ido a esperarlo en Mérida. En efecto, el presidente de Francia no quería llegar a la Ciudad de México con alas prestadas por la industria de otro país…

En el *Caravelle,* De Gaulle ofreció a mi mujer el sitio que se encontraba a la derecha de aquel en que lo instalaron sus ayudantes. Frente a ellos, nos colocamos la señora De Gaulle y yo. Íbamos a almorzar durante el trayecto. El servicio fue exacto, los manjares sencillos, los vinos irreprochables. La conversación, que el general dirigió con maestría, me hizo apreciar el conocimiento que un presidente europeo puede tener de México, por la lectura de los informes que sus servicios técnicos le someten. Lo sabía todo. Y, en el fondo, todo lo que sabía acerca de México resultaba un tanto oficial, burocrático, acartonado —rígido y frágil a un tiempo.

Conocía la historia de nuestro pueblo; pero se advertía —entre alusiones precisas a la

Independencia, a Juárez y a la Revolución de 1910— un horizonte vago, no de ignorancia por cierto, sino de abstracto enciclopedismo. Dos hombres, en épocas diferentes, le habían hablado seguramente de México: Malraux y Soustelle. Éste, en los años —lejanos ya— de la Francia Libre; cuando luchaba De Gaulle por hacer que respetasen Churchill y Roosevelt la idea que enarbolaba él de su hermosa patria. Y Malraux, más recientemente, al contarle la visita que hizo a nuestro país en 1960. Sobre la base de las pláticas sostenidas con aquellos intelectuales, había ido construyendo De Gaulle su noción de la realidad mexicana, en un esfuerzo al que los informes del Quai d'Orsay añadieron probablemente una compleja urdimbre de nombres y de estadísticas, de advertencias y de consejos.

Pero no era De Gaulle un estadista obediente a las advertencias y dúctil a los consejos de los demás. Se había acostumbrado a vivir —y a triunfar— en la soledad más heroica: la de la consagración absoluta a sus ideales. No contradije sus opiniones (todas corteses, aunque inciertas algunas y discutibles), porque deseaba averiguar si, durante los días que pasase entre nosotros, sería capaz de medir por sí solo la diferencia que existe entre lo que una charla esboza, pero diluye, o lo que un documento resume, pero endurece, y lo que se avalora directamente merced al trato concreto con las personas y con las cosas.

Recordé, al verle, una página de León Blum: aquella en que el célebre socialista comentó cierta frase atribuida a Guizot por Jaurès: "No hay que ser pesimista… Los pesimistas son solamente espectadores". A ese respecto, agregaba Blum: "No, los pesimistas, por necesidad, suelen ser actores. Clemenceau fue el tipo extremo de esos temperamentos a los que una misantropía, a menudo despreciativa, impide creer en la utilidad de cualquier acción; pero que actúan, no obstante, porque la acción significa —para ellos—

una necesidad vital". Y concluía el autor así: "De Gaulle me dio la impresión de pertenecer a esa familia humana".

Terminado el almuerzo, nos anunciaron que el *Caravelle* estaba a punto de aterrizar.

Vimos, por las ventanillas, una gran masa compacta y multicolor. En el centro de la pista, destacaban las siluetas del presidente de la República y la señora de López Mateos. Bajamos todos. Y, tras de saludarse amistosamente, hablaron los Jefes de Estado. López Mateos elogió a "uno de los más preciados héroes" de la última guerra. De Gaulle dijo que "un país sólido, firme y moderno como México, y un país como Francia" podían hacer mucho en común "para el progreso y la paz de la humanidad".

En los automóviles que nos habían sido destinados, nos trasladamos a la Plaza de la Constitución. Desde el balcón del Palacio, López Mateos presentó al pueblo a su visitante. Y

éste, en un español más o menos gangoso, pero sonoro, exaltó los valores de la amistad franco-mexicana.

No intentaré relatar, en detalle, cuanto hizo De Gaulle durante los tres días que pasó en México. Hospedado en Los Pinos, tuvo dos largas conversaciones privadas con López Mateos. El martes 17 asistió —en Palacio— al banquete que le ofreció nuestro presidente.

Figuraban, entre los invitados, los ex presidentes Portes Gil, Cárdenas, Alemán y Ruiz

Cortines. A los postres, López Mateos evocó a Alfonso Reyes y dijo que, en nuestra época, nadie puede ser neutral, porque nadie puede asumir una actitud pasiva ante el peligro de una nueva guerra. En su respuesta, De Gaulle aludió —sin nombrarlos— a los Estados Unidos.

"¡Tanto mejor —exclamó— que vosotros y nosotros no querramos excluir, ni siquiera reducir, las relaciones que nos ligan con nuestros

vecinos!” Pero en seguida añadió que, por

“oposición a los ejes y a los pactos llevados a cabo para dominar”, la amistad de México y Francia no tendía “sino al bien de nuestros hombres y al progreso de nuestros pueblos”.

Ese mismo martes, fue recibido por el Congreso. Diputados y Senadores lo aplaudieron con entusiasmo. Por la noche, aceptó una cena, dada por la Secretaría de Relaciones Exteriores en el Palacio de Minería. El miércoles hizo una visita al Liceo Franco-Mexicano.

De allí, se trasladó a la Universidad. Por un error de información, ni el doctor Ignacio Chávez ni yo estábamos en la entrada frente a la cual se detuvo el automóvil del presidente. Pero estudiantes y maestros lo acogieron con júbilo indescriptible. Y —cuando nos dimos cuenta de lo ocurrido— se encontraba ya él, en el interior del salón de actos, junto con Murville y Morones Prieto.

Admiré su memoria, su resistencia física y su altiva, pausada, solemne serenidad. Sin fatiga aparente, subió y bajó múltiples escaleras; habló con políticos y con universitarios, con industriales y con periodistas, con militares y con banqueros. Concurrió a comidas y ceremonias cuya simple enumeración cansaría no solamente a quien hubiese de realizarla, sino al lector. En ninguna ocasión olvidó, ni por un momento, que encarnaba la grandeza de Francia frente a nosotros.

El jueves 19, después de oír misa en la Basílica de la Virgen de Guadalupe, fue a Teotihuacán. Allí lo esperábamos. Nuestros arqueólogos le explicaron las obras de restauración que había decidido efectuar el gobierno. Estaba previsto que, de Teotihuacán, se trasladase hasta el aeropuerto. En su automóvil, viajaron la señora De Gaulle y mi mujer. En otro vehículo, fuimos él y yo. Quiso detenerse en Acolman, donde dispensó las más amables sonrisas a las mujeres humildes que lo cercaron.

En camino ya al aeropuerto, me habló de México largamente, con sinceridad, con afecto y con efusión. ¡Cuánto habían cambiado

muchas de sus ideas acerca de la realidad de nuestro país! ¿Cómo había podido captar (en sólo tres días, congestionados de alocuciones, presentaciones y actos públicos tan diversos) la verdad de los mexicanos?… Quedé sorprendido ante su capacidad de adivinación y de entendimiento. Se había percatado de lo que somos, en profundidad, en fervor, en paciencia estoica y en irónica intrepidez. De Mérida a la capital, a bordo del *Caravelle,* charlé con un presidente de espléndida inteligencia. Pero, de Acolman al aeropuerto, fue mi interlocutor un psicólogo generoso, claro, preciso y franco.

Se había dado cuenta de nuestras cualidades y, también, de nuestros defectos. Sin embargo, creo que, en su balance, contaban más las primeras que los segundos. Recibí, en Yucatán, a un insigne estadista. Iba a despedir, en Balbuena, a un visionario esencial.

Conservo de él una carta y una fotografía (me las envió, al regresar a París) así como también un precioso ejemplar de *Los caracteres de Teofrasto,* en la edición Changuion, hecha en Ámsterdam en 1731. Su fotografía ennoblece un rincón de mi biblioteca, entre los retratos de Nehru y de John F. Kennedy. En cuanto a *Los caracteres,* hojeo los dos volúmenes con frecuencia. Lo mejor de la obra[2] fue escrito por La Bruyère. Y los textos de La Bruyère constituyeron una de las más deliciosas lecturas de mis años de juventud. Recuerdo una frase suya: “Quienes, sin conocernos bastante, piensan mal de nosotros, no nos ofenden. No nos atacan a nosotros, sino a un fantasma de su imaginación…”

Esa frase debería haber acudido a mi memoria cuando leí, en los periódicos norteamericanos de aquellos días, las críticas hechas al general De Gaulle por su viaje a México. El 17 de marzo, en un hotel de Florida, el ex presidente Truman había manifestado a los periodistas, no sin vulgaridad: “Será mejor que el general De Gaulle mantenga la nariz fuera de los asuntos de los Estados Unidos, si no quiere que se la corten”. Y, en una nota del 19 de marzo, el *Chicago Sun Times* afirmaba: “Al percatarse de que (el general) cruzó el

Atlántico en avión construido en los Estados Unidos y, poco antes de llegar a la capital mexicana, se cambió a un aparato construido en Francia, los mexicanos se habrán dado cuenta de que se trata de un individuo de grandes pretensiones. Francia es buena para un viaje corto; pero, tal como lo demostró De Gaulle en su travesía del Atlántico, para un largo viaje conviene usar a los Estados Unidos".

Tenía razón La Bruyère. Injuriar a un gran hombre, sin conocer sus virtudes, no es ofenderlo.

De Gaulle me dio la impresión de no estar todavía completamente solo consigo mismo. Su prestancia, su orgullo, no eran desprecio para los otros, sino respeto para la historia. Para la historia que iba, junto con él, por cada uno de los sitios que recorría… En México —como en Francia, en 1966, cuando me hizo invitar al almuerzo que ofreció al ex presidente López Mateos—, me pareció un ser absolutamente seguro de su destino. Con los tumultos de mayo, en 1968, y, más aún, con la decisión que adoptó (al aceptar las consecuencias de un *referéndum,* que —según creo— provocó para desprenderse de una autoridad carente ya de significado), iba De Gaulle a adquirir la experiencia definitiva del aislamiento.

Grande en el destierro y en el poder, en la victoria y en la desgracia, la muerte lo levantó hasta ese plano en el que perduran los que supieron que, cuanto más solitarios se hallaran, más pura y justa sería su gloria.

XXIII. AL SERVICIO DE LA CULTURA. LA GALERÍA DIDÁCTICA DE CHAPULTEPEC. RESTAURACIÓN DE TEOTIHUACÁN. LOS MUSEOS DE ANTROPOLOGÍA, DEL VIRREINATO Y DE ARTE MODERNO. ACTIVIDADES DEL INSTITUTO DE BELLAS ARTES

De Gaulle me había hablado con elogio de André Malraux. Le interesaban mucho todas las manifestaciones de la cultura. Le conté algo de lo que estábamos intentando nosotros. Y, semanas después de su viaje, realicé una síntesis de nuestras actividades.

Completando esa síntesis, aludiré aquí a alguna de las tareas que pudimos llevar a cabo.

Desde mi primera gestión como secretario de Educación Pública, me había dado cuenta de la terrible desproporción existente entre lo emprendido por el gobierno para instruir a las masas y lo iniciado —¡con cuántos sacrificios y cuántas dificultades!— en el plano de la cultura.

Justo Sierra dirigió con maestría un ministerio “de instrucción pública y bellas artes”.

Limitado —en sus obligaciones docentes— a un perímetro relativamente pequeño del territorio, pues no se había “federalizado” aún la enseñanza, pudo otorgar a las “bellas artes”

una atención que sería necio desconocer. Vasconcelos, al concebir la “federalización”, no olvidó la responsabilidad cultural del cargo que iba a desempeñar tan brillantemente. Los tres departamentos fundamentales de la secretaría que imaginó eran el escolar, el de bellas artes y el de bibliotecas. Para él, como para mí, las palabras *educación pública* abarcaban no sólo el aprendizaje en las aulas, sino la formación del carácter y la integración del ciudadano en el mundo que lo rodea, merced al conocimiento del libro, la ciencia, la buena música, el teatro y las artes plásticas.

El triángulo dibujado por Vasconcelos (escuelas, libros y bellas artes) había ido alterándose con los años. La línea escolar crecía incesantemente aunque nunca al ritmo febril de la población. Las otras fueron debilitándose y, en ciertos casos, daban la impresión de sufrir parálisis progresiva. Bastaba comparar lo que erogaba el Estado en sueldos de profesores y en construcción o alquiler de inmuebles para planteles educativos y lo que invertía en libros para las bibliotecas públicas, en restauración y sostenimiento de nuestro patrimonio autóctono y en estímulo de las artes y de las letras.

A pesar de adalides del tamaño de Alfonso Caso, el tesoro precolombino, en muchas regiones de la República, seguía olvidado

y abandonado. Por otra parte, los frescos de Diego Rivera en México y los de José Clemente Orozco en Guadalajara exhibían grietas de pronóstico lamentable. Llegaban a veces, a nuestra capital, célebres cantantes. Frente a un

público resignado, repetían las mismas *Toscas, Traviatas, Bohemias* y *Butterflies* que, por tanto haberlas oído, sabían de memoria no pocos miembros del auditorio. Carlos Chávez hizo un heroico esfuerzo por animar a nuestra Orquesta Sinfónica. Pero ese esfuerzo —y el de otros artistas— se vio interrumpido en ocasiones por las carencias del presupuesto, o deformado por las cadenas de los métodos burocráticos. A su hora, Salvador Novo intentó también una renovación del teatro. Supo aprovechar, con talento, a los actores y actrices egresados de la escuela que, por sugestión de Xavier Villaurrutia, me decidí a fundar en 1946. El Colegio Nacional y el Seminario Mexicano de Cultura hacían todo lo que podían. Y El Colegio de México progresaba, entre obstáculos económicos que tanto Alfonso Reyes como Daniel Cosío Villegas procuraron vencer. Sin embargo, la sola lectura de los capítulos del presupuesto comprobaba hasta qué punto la urgencia escolar había ido comprimiendo los medios indispensables para ofrecer un impulso mayor a la noble impaciencia de la cultura.

No faltaba quien opinase que, imitando a ciertos países, se creara una nueva secretaría: la de asuntos culturales. ¿Sería sensato hacer igual cosa en nuestra República? ¿Qué hubiésemos conseguido con semejante escisión de funciones y de recursos? ¿Exigir la modestia de nuestros medios? ¿Disminuirlos en eficacia práctica, al aumentarlos en alarde administrativo? ¿Dar a entender a los candorosos que solemnizar la miseria es disimularla?…

Desde diciembre de 1958, durante mi primer acuerdo con López Mateos, le expuse la situación. Él no la desconocía. Y, en el fondo, le preocupaba. Por eso aprobó la idea de instaurar una subsecretaría de asuntos culturales, pero no un ministerio autónomo. Y me sugirió, para el cargo, a la señora De Castillo Ledón, a quien siempre agradecí cordialmente el esfuerzo que hizo

por ayudarme. Además de crear ese puesto, procedimos a ampliar —en la medida en que nos fue posible— las partidas destinadas al Instituto de Bellas Artes, al de Antropología e Historia, al de la Juventud Mexicana y al Departamento de Bibliotecas.

Algo hicimos en los seis años de nuestra administración. Bellas Artes, que no disponía en 1958 sino de veinticinco millones de pesos, llegó a contar —en 1964— con más de sesenta y dos. Antropología e Historia pasó de nueve millones en 1958 a más de treinta y uno en 1964.

No incluyo, en esas cifras, los gastos que requirieron la construcción del Museo Nacional de Antropología y de la galería denominada “La Lucha del Pueblo Mexicano por su Libertad”, así como la restauración de la zona arqueológica de Teotihuacán y la instalación del Museo del Virreinato en Tepotzotlán.

Por desgracia, en materia de bibliotecas, logramos poco. Recuerdo que, en 1959, hablé extensamente con el licenciado López Mateos sobre dos tareas que me parecían imprescindibles: la formación del acervo necesario para establecer una gran biblioteca nueva y la fundación de un verdadero museo de antropología. Nuestros recursos no nos permitirían afrontar ambas aventuras. Entre los dos proyectos, me recomendó que escogiese uno. Le prometí pensarlo. Y opté, al cabo, por el museo.

Reunir los cientos de millares de volúmenes capaces de dar a una biblioteca el valor

nacional que deseábamos conferirle, exigiría mucho tiempo y mucho dinero. En cambio, las joyas de nuestro arte precolombino se hallaban —más o menos bien ordenadas— en el viejo edificio de la calle de la Moneda. Presentarlas con dignidad implicaba, para nosotros, un apremiante deber.

El presidente acogió la idea con beneplácito. Pero, antes de tomar una decisión, quiso saber en qué terreno podría hacerse la obra, cuáles serían los méritos del proyecto y cuánto costaría la

construcción. Respecto al segundo punto, le propuse un nombre: el del arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, realizador de la Galería Histórica de Chapultepec.

Recordaré cómo se decidió levantar esa galería. En 1960, México iba a celebrar el sesquicentenario de la proclamación de su independencia y el cincuentenario de la Revolución de 1910. Muchas obras se harían con tal motivo. Una, a mi juicio, era indispensable: la de enseñar a los niños, de la manera más objetiva, cómo habían luchado sus antecesores para obtener y afianzar la libertad de nuestro país.

Ya conté, en *El desierto internacional,* lo que hizo la UNESCO en 1949, al conmemorar el primer aniversario de la Declaración Universal de Derechos Humanos. Preparó, en París, en el Museo Galliéra, una exposición. En ella, junto a los más ilustres textos legales, el visitante podía contemplar —en dioramas muy expresivos — escenas conmovedoras, testimonio del heroísmo de las pasadas generaciones en su voluntad de afirmar los derechos de la persona humana. Desde entonces, pensé en la conveniencia de que México realizase algo semejante, pero más duradero.

Se me ofrecía, de pronto, la oportunidad de llevar a cabo un anhelo diferido durante años.

Hablé con Ramírez Vázquez. Examinamos la posibilidad de acondicionar un local de la Ciudadela, contiguo a la Biblioteca México. Por fortuna, desechamos aquella idea. Cierto día, fui a visitar el Castillo de Chapultepec, y mis acompañantes me mostraron el sitio del antiguo

“picadero”. Alguien había propuesto instalar allí un “museo del charro”… El lugar me encantó. Cerca del Castillo, y rodeado por las hermosas perspectivas del Valle de México, resultaba el más apropiado para la galería que imaginé. Así lo entendió también Ramírez Vázquez, sin cuya audacia y cuya capacidad de organización hubiera sido imposible llevar a término obra semejante en los pocos meses de que dispusimos.

Pedro ideó un edificio circular, en forma de caracol. Por la transparencia de sus muros, de vidrio, quedaría admirablemente integrado con el paisaje de nuestro bosque. A la continuidad histórica del relato (síntesis de la vida de nuestro pueblo, desde la Independencia hasta la Constitución de 1917), debería corresponder la continuidad material del itinerario de quien quisiera seguirlo ordenadamente. El terreno de la colina hubiese podido inducir a otros, menos expertos, a prever secciones más o menos bien superpuestas. Pero Ramírez Vázquez sorteó el peligro. Una rampa, por momentos imperceptible, conduciría al visitante hasta el final del relato —y del recorrido. Sólo entonces, al descubrir la escalera —por la que debería volver al nivel de ingreso— se percataría de lo que había descendido desde la entrada. Dos

intérpretes persuasivos lo acompañarían en ese viaje: la voz —grabada— del invisible maestro que explicaba cada diorama, y el cielo del altiplano sobre la extensión de Chapultepec.

Pedro tuvo que luchar con múltiples adversarios. El primero fue el tiempo, demasiado breve para un esfuerzo de magnitud tan considerable. A él se agregaron otros: la ironía de ciertos historiadores, que calificaban de absurda mi decisión; la lentitud de algunos órganos administrativos y, sobre todo, la dificultad de resumir en escenas claras, con figuras poco voluminosas, hechos acaecidos en grandes plazas, anchas avenidas o salones profundos y majestuosos.

Más que esos adversarios, le molestaban —si no me engaño— mis impaciencias. La construcción fue muy rápida, ciertamente. Pero empezaron muchas demoras. Cada diorama incitaba a críticas. ¿Por qué las tazas de chocolate resultaban tan grandes en la pequeña mesa de la Corregidora? ¿Era admisible la reproducción del vehículo en que viajaba el Padre de la Patria cuando se acercó a saludarle, en Charo, José María Morelos? ¿Pudo ser así el piso de la sala donde Maximiliano de Habsburgo recibió a los emisarios que le ofrecieron la corona imperial de México?

Ramírez Vázquez me oía, consultaba otras opiniones y, en los casos en que procedían determinadas enmiendas, no tardaban sus colaboradores en realizarlas.

Ayudaron a Pedro hombres de claro prestigio en su profesión: Arturo Arnáiz y Freg, Julio Prieto y Federico Hernández Serrano. Arnáiz escogió los temas de las salas que integran la galería, vigiló la composición de los dioramas y la redacción de los textos explicativos, fondo sonoro de cada escena. Julio Prieto dirigió la ilustración del conjunto. Comprendió muy bien que debía ser cátedra, antes que museo. Y Federico Hernández Serrano consagró toda su abnegación a coordinar infinidad de detalles que, por "pintorescos", parecían menospreciables a los museógrafos oficiales… Para avalorar lo que realizaron (y, con ellos, otros artistas, como el grabador Larrauri, los escultores orientados por Apolinar Gómez y los miniaturistas que siguieron las instrucciones de Mario Cirett), conviene precisar que la galería necesitaba cinco docenas de dioramas, dos mil figuras de cerámica, o de plástico, y más de un millar de objetos en miniatura.

Muy temprano —durante varias semanas— fui a la obra, casi día tras día. Me alarmaba, más que otra cosa, la insuficiente "sonorización de algunos dioramas. Los textos me parecieron muy adecuados; pero se oían mal, y —en ocasiones— no se entendían. Me quejé de aquellas intermitencias. Y no sé si los ingenieros las corrigieron durablemente. Sin embargo, todo parecía encontrarse a punto, cuando dispuse que principiaran a circular las invitaciones para la inauguración de la galería.

Hubiese querido que el presidente aceptara la fecha del 20 de noviembre, quincuagésimo aniversario de la Revolución de 1910. Pero otros actos tenían prioridad en su programa de actividades. Por la noche del 20, asistimos a la Feria del Libro, patrocinada por el

departamento del Distrito Federal. Admiré la tranquilidad del licenciado Uruchurtu. Estaba seguro de que todo, en la ceremonia, se llevaría a cabo sin contratiempos. Por lo que atañe a la del día siguiente, no podía yo sentirme tan convencido. Al salir de la Feria,

el licenciado López Mateos me invitó a subir a su automóvil. Otras personas iban con él. Le rogué que me dispensase. Según supe, más tarde, el presidente comentó maliciosamente: “Don Jaime va todavía a ver cómo quedará la galería de historia que inauguraremos mañana”… En efecto, hasta después de las doce de la noche, estuvimos revisando ciertas minucias, que podían suprimirse, o perfeccionarse.

El 21 de noviembre, procedimos al acto inaugural. Nos detuvimos ante la inscripción que redacté, como prólogo, para el vestíbulo: “Mexicano: comprende, siente y respeta el esfuerzo de todos los que vivieron a fin de legarte una patria honrosa. El ejemplo de los hombres, las mujeres y hasta los niños que lucharon para ofrecerte la libertad, defender tu suelo y afirmar la justicia entre sus hermanos, te guiará en la existencia como en las salas de este recinto.

Inclínate ante ese ejemplo y procura ser siempre digno del héroe esencial de la Independencia, de la Reforma y de la Revolución: el pueblo al que perteneces”.

Pasamos, en seguida, a la primera de las salas. El espíritu absolutista (que pretendió prevalecer durante las postrimerías del virreinato) se revela en esta frase del marqués de Croix: “De una vez para lo venidero deben saber los súbditos de el gran Monarca que ocupa el trono de España, que nacieron para callar y obedecer y no para discurrir, ni opinar en los altos asuntos del Gobierno”. Al final de las doce salas, leeríamos palabras muy diferentes, las que figuran en el artículo 39 de nuestra Constitución: “La soberanía nacional reside esencial y originalmente en el pueblo. Todo poder público dimana del pueblo y se instituye para beneficio de éste. El pueblo tiene en todo tiempo el inalienable derecho de alterar o modificar la forma de su gobierno”.

Ciento cincuenta años habían transcurrido entre la arrogancia del virrey español y la Constitución de 1917. Y ciento cincuenta mediaron entre la proclamación de la independencia de México y los trabajos efectuados para erigir la galería didáctica de Chapultepec.

Durante esos ciento cincuenta años, México había vivido tres epopeyas: la de obtener su autonomía, la de luchar contra la intervención que trató de imponerle a un emperador austriaco, y la de acabar con la dictadura del régimen porfirista. Independencia, Reforma y Revolución eran —

junto con la injusta invasión de 1847— los temas fundamentales de los dioramas que contemplarían y escucharían, en Chapultepec, los niños de nuestro pueblo.

Verían a Hidalgo, en la madrugada de Dolores, frente a su iglesia. Y, después, en Guadalajara, donde confirmó la abolición de la esclavitud. Evocarían el sitio de Cuautla y la audacia con que Morelos logró romperlo. Asistirían —por así decirlo— al Congreso de Chilpancingo y al juicio del Siervo de la Nación. Sonreirían, tal vez, ante "el abrazo de Acatempan", pero los conmovería la entrada del Ejército Trigarante a la capital. Recordarían cómo abandonaron los españoles San Juan de Ulúa. Se detendrían frente a las ilustraciones o a

las sentencias relativas al asalto de Chapultepec por las tropas del general Scott, a los promotores del juicio de amparo, a la Constitución de 1857, a la batalla de Calpulalpan, a la victoria del Cinco de Mayo, a la toma de Querétaro por las fuerzas republicanas, a la instalación del primer ferrocarril, a las huelgas de Cananea y de Río Blanco, a la inauguración de la Universidad Nacional, al estallido de la Revolución de 1910, a la llegada a México de Francisco I. Madero, a las luchas de los ciudadanos armados de la República, a la expedición de la ley agraria de 1915, al Congreso de Querétaro y a la Constitución de 1917.

Según lo expresé en mi discurso, un pueblo sin héroes sería una muchedumbre sin voz. Al hablar de héroes, no me refería exclusivamente a los adalides bélicos o a los conductores políticos de las masas. Pensaba en todos los guías morales, inventores de nuevas formas de ser o de legislar: poetas de la existencia, porque toda acción supone —en quien la imagina —

poesía eficaz y transformadora, y maestros de la conducta, porque todo acierto es lección perenne.

Concluido el acto, y después de ver la capilla laica de la Constitución, nuestros acompañantes leyeron lo que había yo hecho grabar en el muro final de la galería: “Salimos del museo, pero no de la historia, porque la historia sigue con nuestra vida. La patria es continuidad, y todos somos obreros de su grandeza”.

Tengo presente aún la mirada que me dirigió, al despedirse, López Mateos. Ninguna felicitación hubiera podido halagarme tanto. La galería está allí, donde la dejamos. Hace poco, la visité. Encontré, en sus salas, a muchos niños atentos y silenciosos. El Padre Hidalgo seguía, desde el balcón de Guadalajara, confirmando la abolición de la esclavitud. Decenas de soldaditos continuaban venciendo a los extranjeros, bajo la luz de un interminable Cinco de Mayo… No pocos escolares pasaban, sin interés, frente al rostro de Gabino Barreda, a la imagen de Justo Sierra y al retrato de Vasconcelos. No sabían, probablemente, cuánto hicieron por su enseñanza aquellos educadores. ¿Cómo esperar que ni el mejor informado de todo el grupo reconociese, en el viejo que soy ahora, al creador de esa cátedra permanente de figuritas de barro, fusiles de juguete y vagones de utilería?

Al salir, un chiquillo me dio un codazo. Él quería, ante todo, entrar. Corría, con avidez, hacia nuestra historia… Intentó excusarse. Y no supo hacerlo. Por mi parte, no trate de reconvenirle. Hasta pensé agradecerle esa prisa suya. ¿No era, para mí, semejante prisa una recompensa?

El 21 de noviembre de 1960, al volver a mi casa, pensé que una obra como la Galería de Chapultepec, por significativa que la juzgase, no era bastante. Realizado el sueño que tuve en Francia, cuando inauguramos la exposición de la UNESCO sobre los derechos del hombre, sentí el deber de afrontar compromisos más ambiciosos. Uno de ellos era el de construir un gran

Museo Nacional de Antropología. Los otros exigirían también recursos considerables: restaurar la zona arqueológica de Teotihuacán y establecer, en Tepotzotlán, el Museo del Virreinato. Cerraría yo así un ciclo de mi existencia: el que principió cuando instalamos, en el Castillo de Chapultepec, el Museo Nacional de Historia. Recordé la alegría con que lo inauguró, el 27 de septiembre de 1944, don Manuel Ávila Camacho. ¡Qué joven me sentía yo todavía entonces! Durante los lustros transcurridos, a partir de ese día, muchos desencantos hubieran podido debilitar mis anhelos de creación. No obstante, tres razones me animaban a proseguir: el respeto que me ha inspirado siempre el destino de nuestro pueblo, el estímulo que me daba un mexicano tan esencial como Adolfo López Mateos y la convicción de que, mientras tengamos vida, tendremos que dedicarla al beneficio de los demás.

Hablé con Eusebio Dávalos Hurtado, quien —como director del Instituto Nacional de Antropología e Historia— insistía muy justamente en la restauración de Teotihuacán. Le comuniqué mis otros propósitos, y le pedí que se preparase a una intensa acción.

Dispondríamos de cuatro años para realizar nuestros objetivos. Pero, de hecho, el plazo sería más corto, ya que —antes de principiar los trabajos— necesitaríamos un período de estudio y no pocas gestiones de persuasión. La Secretaría de Hacienda no está nunca especialmente resuelta a determinadas erogaciones. Deberíamos convencerla. Por otra parte, no es lo mismo construir un taller, un cuartel, incluso una escuela técnica y restaurar una zona arqueológica o trazar un museo como el que exigía nuestro legado precortesiano.

Por lo que concierne a Teotihuacán, escogí, como director del proyecto, a Ignacio Bernal.

Conocía su talento. Sería capaz de obtener —sin demasiados recelos y resquemores— una cooperación entusiasta de especialistas tan distinguidos como Ignacio Marquina y Jorge R.

Acosta. Además, Alfonso Caso no le negaría su consejo.

Respecto al Museo Nacional de Antropología, estimé indispensable constituir un consejo de planeación. Lo presidiría Ignacio Marquina, suave en la forma también, pero igualmente estricto en el cumplimiento de sus deberes.

Dos problemas retuvieron mi atención durante varias semanas: obtener un terreno amplio y adecuadamente situado para construir el edificio que estaba proyectando Ramírez Vázquez, y persuadir al licenciado López Mateos de que la inversión requerida —por cuantiosa que pareciese— resultaría, en todos sentidos, útil a México.

Poco tardé en percatarme de que no sería difícil convencer a un gobernante de la cultura de López Mateos. Resultó arduo, en cambio, desplazar a la Secretaría de Comunicaciones y Transportes del vasto espacio que se le había asignado, en la esquina del Paseo de la reforma y la Calzada de la Milla, para el funcionamiento de una estación radiotransmisora que, prácticamente, no se hallaba en actividad. El presidente ordenó al ingeniero Buchanan que pusiese a nuestra disposición aquel predio, de más de noventa y tres mil metros cuadrados de superficie. Pero los empleados y funcionarios, que lo aprovechaban en realidad como lugar de deporte y esparcimiento, se resistieron a la entrega durante meses. A la postre, se resignaron.

Mientras tanto, avanzaron las tareas de planeación. En agosto de 1962, acompañado por varios secretarios de Estado, entre los cuales los de Hacienda y de la Presidencia, López Mateos visitó el lugar en que Ramírez Vázquez había reunido el conjunto de sus proyectos. Al terminar la visita, pregunté al presidente cuál sería su determinación. Inquirió, en voz baja:

“¿Cuánto le han asegurado que costará la obra?” —“Sesenta millones de pesos” le contesté.

Sonrió con escepticismo. Y me dijo: “Costará lo doble, don Jaime, pero la haremos”…

El lunes 20 de agosto inició sus sesiones el XXXV Congreso Internacional de Americanistas. La asociación se había reunido ya en México en tres ocasiones: primero, en 1895; luego, en 1910 y, finalmente, en 1939. Al saludar a los congresistas —en 1910— don Justo Sierra les declaró: “Para obtener el título que ambicionamos, de capital arqueológica del Continente Americano, nos obligamos a cuidar celosamente el tesoro que los siglos nos han legado”.

Recordando ese antecedente, el discurso que pronuncié —durante la inauguración del Congreso— me pareció ocasión propicia para anunciar la decisión adoptada por el Ejecutivo.

Construiríamos, sin demora, en Chapultepec, un edificio moderno, digno de las riquezas acumuladas en el museo de la calle de la Moneda. Planos y maquetas podrían ser vistos por los congresistas. Un gobierno, emanado de la Revolución de 1910, se aprestaba a cumplir la promesa hecha por el secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes del presidente Porfirio Díaz.

En febrero de 1963, principiaron los arquitectos la cimentación del nuevo museo. Los trabajos duraron, en total, diecinueve meses. No sé cómo Pedro y sus ayudantes lograron semejante prodigio: realizar, en diversos pisos, cuarenta y cuatro mil cuadrados de construcción; pavimentar más de treinta y cinco mil de áreas descubiertas; arreglar otros treinta y tres mil, de jardinería, y proceder al decorado de todas las salas y a la instalación de todas las colecciones.

López Mateos iba frecuentemente a ver el progreso de la obra. Cada visita suya daba oportunidad a Ramírez Vázquez para lograr nuevas autorizaciones económicas a fin de ampliar ciertas perspectivas y substituir determinados materiales por otros, de mayor costo. En gran parte, las erogaciones —muy superiores a las previstas— se debieron a la iniciativa del presidente de la República, persuadido de que un museo de tal calidad merecía lo mejor en todos sentidos.

Simultáneamente, nos dedicamos a enriquecer el acervo que poseíamos. Adquirimos más de tres mil piezas arqueológicas. Recomendé que se llevaran a cabo intensas exploraciones en Jaina, Teotihuacán y diversos lugares de la Huasteca Potosina, Guerrero y Michoacán. Merced a un enorme “tráiler”, pudo trasladarse hasta la Ciudad de México el monolito de Coatlinchán, que pesa ciento sesenta y ocho toneladas y que los capitalinos se han acostumbrado a llamar

“el Tláloc”. Llegó a la Plaza de la Constitución durante la noche del 16 de abril, víspera de mi cumpleaños. Más de veinte mil personas estaban aguardándole allí. Desfiló, como un héroe,

por la Avenida Juárez y el Paseo de la Reforma. Hizo honor a su tradición. Una tormenta —

inusitada en las primaveras del Valle de México— se desató bruscamente sobre la capital.

Aquella violencia climática podía interpretarse como un testimonio de la ira suscitada, entre los habitantes de Coatlinchán, por lo que estimaban despojo inicuo. Durante largas semanas, Pedro y sus delegados procedieron a negociaciones, no siempre amenas. A la postre, aquellos celosos guardianes del monolito se conformaron con algunas obras de electrificación, la erección de una escuela, el trazo de un camino y la promesa de un centro médico.

Aceptamos sus condiciones. Y, el 17 de abril, celebré mi aniversario (sin que lo supieran ellos, naturalmente) con los representantes que designaron para hacerme formal entrega del

“Tláloc omnipotente”. Habló el señor Romero Ramos. Al contestarle, me dirigí a todos los miembros de la comitiva que encabezaba. Les agradecí su presencia en México, y les dije:

“Desde el sitio en que permaneció yacente, durante siglos, quisieron ustedes acompañar a su egregio vecino hasta Chapultepec, no para despedirlo, pues seguirá siendo suyo —como de todos los

mexicanos—, sino para que constara públicamente el espíritu cívico y comprensivo con que han sabido asociarse a la obra que el gobierno está realizando”… Después de todo, era justo reconocer el desprendimiento de aquellos hombres —tardío y malhumorado, pero valioso.

En el “Estado Mayor” de Pedro Ramírez Vázquez figuraban los arquitectos Jorge Campuzano, Rafael Mijares y Ricardo de Robina, los antropólogos Ignacio Bernal, Alfonso Caso, Eusebio Dávalos Hurtado, Ignacio Marquina y Román Piña Chan y el museógrafo Alfonso Soto Soria, asesorados por Luis Aveleyra Arroyo de Anda, como coordinador. A todos —los que viven y los que ya murieron— reitero aquí mi férvida gratitud.

Semana a semana, fui a darme cuenta de lo que hacían arquitectos, museógrafos y decoradores. Ortiz Monasterio y Zabaleta prepararon importantes maquetas. Luis Covarrubias dibujo muchos planos y Carmen de Antúnez demostró su talento en varios dioramas. Salvador Novo estaba escribiendo un texto titulado “Visita a la Sala Mexica” y grabó diversas explicaciones, que pensábamos aprovechar para que los visitantes —provistos de audífonos—

apreciaran mejor la hermosura de ciertas piezas y el sentido de ciertos temas.

Nuestros pintores no podían estar ausentes en la decoración del museo. Rufino Tamayo pintó un mural que representa —con azules, amarillos, verdes y rojos de fantástico dramatismo

— la lucha de Tezcatlipoca y de Quetzalcóatl. José Chávez Morado ilustró, con un friso magnífico, la sala de Mesoamérica y vació la hermosa columna de bronce del patio monumental. En la sala de introducción a las galerías de antropología, Jorge González Camarena interpretó —admirablemente— el tema más apropiado: la posible fusión cultural de todos los pueblos. Carlos Mérida evocó la pintura de los huicholes y Pablo O'Higgins se gozó en describirnos el paisaje de los purépechas y las montañas de los tarahumaras.

Textos indígenas, traducidos al español por el Padre Garibay y por Miguel León-Portilla, adornaron algunas salas. Y yo escribí las frases que constan, esculpidas en mármol, sobre la

puerta de acceso al vestíbulo principal: "Valor y confianza ante el porvenir hallan los pueblos en la grandeza de su pasado. Mexicano, contémplate en el espejo de esa grandeza. Comprueba aquí, extranjero, la unidad del destino humano. Pasan las civilizaciones, pero en los hombres quedará siempre la gloria de que otros hombres hayan luchado por erigirlas". Esas líneas —

sin firma— son la única huella que dejé allí de mi actividad, como secretario de Educación Pública, en la concepción y realización del espléndido monumento. La falta de toda referencia a mi nombre ha sido origen de algunas amables censuras de parte de mis amigos. ¿Por qué modestia tan excesiva?… Cuando escucho tales censuras, siento el deseo de contestar a quien me las hace: hay silencios que algunos oyen muy bien.

El 17 de septiembre de 1964, a las once de la mañana, el presidente López Mateos inauguró el nuevo Museo. Oímos a la Orquesta Sinfónica Nacional, dirigida por Carlos Chávez, que había compuesto su poema *Resonancias* para esa fiesta. Hablaron Pedro Ramírez Vázquez e Ignacio Marquina. Uno y otro expusieron con

claridad lo que habían hecho con tanta dedicación. Preferí yo aludir al valor simbólico de la obra. La figura de un hombre, en cuyo semblante es ahora perdón la sonrisa estoica, velaría a las puertas de ese edificio. Sería la de Cuauhtémoc. Un día de agosto, él vio caer la capital de su imperio. La defendió como raras veces se ha defendido un estilo de vida o una forma de pensamiento: contra el sentido de sus presagios, contra la fuerza de sus leyendas, contra el pronóstico de sus dioses. Los tesoros que no entregó al conquistador se hallaban representados entre los muros del gran museo. Eran los testimonios de la cultura de sus mayores y de todas las que descubrió, con alas tensas y dominantes, el águila de su estirpe.

La ceremonia que nos reunía lo confirmaba: Cuauhtémoc no murió en vano. Junto a los restos de un mundo prócer, México proseguía, perseverante, atrevido y fiel… Por algo habíamos dispuesto que —entre las inscripciones tomadas de varios textos precolombinos—

figurase ésta:

Toda luna, todo año,

todo día, todo viento,

camina y pasa también.

También toda sangre llega

al lugar de su quietud.

Tres días antes, el catorce de septiembre, el presidente fue en helicóptero a Teotihuacán.

Con motivo de las restauraciones efectuadas en la zona, habíamos organizado un acto al que concurrieron los miembros del gabinete y muchos antropólogos y museógrafos extranjeros.

Carlos Pellicer recitó un poema cálido y caudaloso. Escuchamos una cantata de Blas Galindo.

Y Bernal relató cómo había trabajado el Instituto de Antropología para cumplir la misión que le encomendamos.

Iniciada en 1962, la obra de Teotihuacán implicó, en total, una erogación de veinte millones de pesos. Bajo la dirección de Ignacio Bernal cooperaron muchos arqueólogos. Entre

éstos, no podría omitir a Jorge R. Acosta, a Ponciano Salazar Ortegón, a Eduardo Contreras y a Eduardo Matos. Fueron restaurados la plaza de la Pirámide del Sol, la Pirámide de la Luna, el Palacio del Quetzalpapalotl, la Calzada de los Muertos, y se salvaron doscientas pinturas murales de mérito indiscutible.

El 19 de septiembre, cinco días después de la visita a Teotihuacán, abrimos al público el Museo Nacional del Virreinato, en Tepotzotlán. Había dirigido el proyecto el arquitecto Carlos Flores Marini, y coordinado los trabajos preparatorios Jorge Gurría Lacroix. Una legión de historiadores y museógrafos participó en el esfuerzo, del que Dávalos Hurtado dio cuenta al público en su discurso inaugural.

Habló también, ese día, un conocedor singular del arte de la Colonia: Francisco de la Maza. Desaparecido Manuel Toussaint, nadie más competente que él en materia tan atractiva.

Me impresionó lo que dijo acerca del barroco: “Como el gótico, el barroco dialoga con el hombre... El Partenón, en cambio, el Panteón de Roma, el Escorial, dicen su palabra y hay que escucharla sin osar preguntar nada. La voz de la divinidad es en ellos oráculo y mandato como la de Apolo, o de Jehová. En el barroco hay convivialidad o coloquio, arrimo y cercanía”.

De la Maza nos describió los retablos de la nave en que nos hallábamos. Hizo un justísimo elogio de Miguel Cabrera. No dejó, por supuesto, de referirse a los sabios que —como discípulos o maestros— estudiaron o enseñaron en Tepotzotlán: Lazcano,

Molina, Abad, Alegre, Clavijero, Landívar… Concluyó aludiendo a la circunstancia de que, en 1777, el Arzobispo Núñez de Haro y Peralta convirtió el colegio —bajo un nombre pomposo— en cárcel para clérigos disolutos. Aquel lugar había logrado no sólo recuperar el valor de un centro auténtico de cultura, sino proyectar semejante valor, en lo nacional, de la manera más positiva.

No puedo precisar si Celestino Gorostiza estuvo presente en Tepotzotlán. Entre él y Dávalos Hurtado existía una emulación siempre caballerosa. El Instituto de Bellas Artes, dirigido por Celestino, veía acaso con amargura las sumas entregadas al de Antropología e Historia, a cargo de Dávalos Hurtado. Celestino era uno de mis mejores amigos. Su rival no tenía conmigo sino una relación burocrática —en ocasiones, más bien difícil. Pero obras como las del Museo de Antropología y las restauraciones de Teotihuacán no podían hallarse a merced de mis simpatías de índole personal.

Bellas Artes había recibido cuanto estaba yo en aptitud de brindarle. Obtuvo elementos para adaptar el Centro Cultural Ignacio Ramírez, en San Miguel Allende, y para mejorar la Escuela de Diseño y Artesanías de la Ciudadela, así como el antiguo Teatro Hidalgo y el Comonfort. Pudo construir el nuevo edificio de la Escuela de Pintura y Escultura, y le proporcionamos los medios indispensables para instalar la Pinacoteca Virreinal, anticipándose así a la inauguración del Museo del Virreinato. Obtuvo todo mi apoyo para establecer el Centro Nacional de Conservación de la Obra Artística, con su escuela anexa, y para proceder a la restauración de los frescos de Diego Rivera en la Secretaría de Educación

Pública y de los de José Clemente Orozco en Guadalajara. Por otra parte, en las diversas actividades teatrales, literarias y artísticas, que Celestino orientaba con talento y sagacidad, encontró su esfuerzo —invariablemente— mi aprobación.

Fueron múltiples —e importantes— esas actividades. Mencionaré, como ejemplos, la creación del Ballet Folklórico de México (al que dio vida la energía de Amalia Hernández), el Teatro Popular y la

publicación de treinta y siete obras de las cuales destacaré los *Anuarios* del cuento y de la poesía mexicanos, correspondientes a los años de 1959, 1960, 1961 y 1962.

Recuerdo algunas de las exposiciones patrocinadas por el Instituto de Bellas Artes: la de cien años de pintura en Francia (1962); la Bienal de Escultura, presentada también en 1962; la de grabados de José Guadalupe Posada (1963), y —sólo por lo que concierne a 1964— la de esculturas y dibujos de Henry Moore, la de pintura neerlandesa en México, la del cartel polaco, la de arte indonesio y la que consagramos a conmemorar el cuarto centenario de la muerte de Miguel Ángel.

El teatro fue objeto de intenso estímulo. Se representaron obras de Luis G. Basurto, Wilberto Cantón, sor Juana Inés de la Cruz, Elena Garro, Celestino Gorostiza, Josefina Hernández, Miguel N. Lira, Sergio Magaña, Salvador Novo, José Peón Contreras, Fernando Sánchez Mayáns, Rafael Solana, Juan Ruiz de Alarcón y Rodolfo Usigli. Tuvimos oportunidad de aplaudir a algunos de los más famosos actores de la Comedia Francesa, del *Old Vic,* del Teatro de Cámara de Alemania y del de pantomima de Praga. No olvidaré, por mi parte, la impresión que me produjeron Vivian Leigh, en *La dama de las camelias;* Ralph Richardson en el *Sueño de una noche de verano* y Robert Hirch en el *Británico* de Racine. Como directores huéspedes de la Orquesta Sinfónica, vinieron a México Stravinsky y Jachaturian. Nos visitaron el Ballet Stanislawsky, el polaco, el del Festival de Londres, el del marqués de Cuevas, el yugoslavo, el Moseyev, el danés, el de Tamara Toumanova, el del Bolshoi, el de Paul Taylor, el de Washington y el Mazowsze.

En total, el Instituto organizó en la República, durante los seis años de nuestra gestión, 16

156 manifestaciones artísticas, a las que concurrieron catorce millones setecientos cuarenta y cuatro mil espectadores.1

En 1964, Celestino tuvo otra ocasión de servir a México: colaboró con el Departamento del Distrito Federal en la instalación del Museo

de Arte Moderno, erigido también en Chapultepec. La obra material —dirigida por Pedro Ramírez Vázquez— fue costeada por el departamento; pero las colecciones pertenecían a la Secretaría de Educación Pública.

Nombramos directora del nuevo museo a la viuda de mi amigo Octavio Barreda: Carmen Marín, propuesta —precisamente— por Celestino.

La Federación (que tanto había impulsado a nuestros artistas, encargándoles hectómetros cuadrados de murales) poseía un número insuficiente de obras suyas “de caballete”. Bellas Artes conservaba cuadros famosos de José María Velasco, Rivera, Orozco, Siqueiros, Tamayo, Montenegro, Julio Castellanos, Orozco Romero y varios más. Habíamos adquirido

recientemente algunas piezas muy importantes, como el retrato de Lupe Marín, por Diego; varias telas de Manuel Rodríguez Lozano, y otras del Doctor Atl. Pero hubiésemos querido exhibir muchas que habían salido ya al extranjero, o que figuraban en colecciones privadas.

No obstante la limitación de que hablo, el conjunto expuesto en Chapultepec es muy representativo. El Museo fue inaugurado el 20 de septiembre. Acompañamos al presidente de la República el licenciado Uruchurtu y yo. El programa anunciaba a tres oradores: Justino Fernández, Baltasar Dromundo y Celestino Gorostiza. Justino Fernández trazó un excelente compendio histórico y crítico de nuestra pintura moderna. Dromundo elogió a Tamayo y aludió a la “titánica transmutación metropolitana” que Uruchurtu había llevado a cabo. Y Celestino, siempre modesto, hizo el mejor encomio de sus virtudes al exaltar el esfuerzo de los demás.

Concluido el acto, visitamos la galería y nos trasladamos al pabellón de exposiciones temporales, donde presentaba Rufino Tamayo una síntesis de su obra. Recordé los días en que lo conocí. Trabajábamos entonces —en el departamento de Salubridad— Bernardo Ortiz de Montellano, José Gorostiza, Enrique González

Rojo, Xavier Villaurrutia y yo. Xavier lo invitó a comer con nosotros algunos sábados. Desde joven, Rufino tuvo un sentido muy personal y severo de su destino artístico. Quería ser —ante todo— él, sin sumisiones ni tolerancias.

Colorista insigne, ha expresado lo nuestro dentro de un realismo mágico que lo aleja, en ocasiones, de otros maestros mexicanos contemporáneos. Lo admiro en su soledad, como admiro a Siqueiros, también, en la profusión de sus trágicas muchedumbres.

Asistieron a las inauguraciones septembrinas, junto con René Maheu, director general de la UNESCO, muchos representantes del mundo de la cultura. Citaré al secretario de la OEA, José A.

Mora; al ministro de Educación de Colombia, Pedro Gómez Valderrama; al secretario adjunto para los asuntos culturales de los Estados Unidos, Harry S. McPherson; a sir Philip Hendy, de la National Gallery de Londres; a John Walker, de la National Gallery of Art de Washington; a J. O. Brew, director del Museo de Arqueología y Etnografía de Harvard; a Henri Lehmann, del Museo del Hombre, de París; al doctor van Schendel, del Rijksmuseum de Amsterdam; a Eugenio Bussière, del Consejo de Artes del Canadá; a Thomas S. Buechner, del Museo de Brooklyn; a José María Arguedas, del Museo de Historia del Perú, y a Evon Z. Vogt, eminente antropólogo norteamericano.

Al regresar a sus países, muchos de ellos me enviaron elocuentes cartas de congratulación.

El doctor van Schendel me indicó que, en su informe al ministro de Instrucción Pública de Holanda, le había sugerido que los investigadores de su país viniesen a México, a fin de

“aprovechar las grandes lecciones de museografía” que podían recibir en esta capital.

Buechner expresó la convicción de que nuestro nuevo museo era “una de las grandes creaciones del hombre moderno”. Foster

manifestó que México había creado “el mejor centro

de enseñanza, exhibición e investigación”. Y Vogt coincidió con Foster: “He sido testigo —

dijo— del magnífico trabajo en Teotihuacán y en el nuevo Museo de Antropología. Éste es, sin lugar a dudas, el mejor museo de antropología del mundo”.

Las felicitaciones que más me impresionaron fueron las de mi sucesor en la UNESCO, René Maheu, y las de sir Philip Hendy, de la National Gallery. En su informe al Consejo Ejecutivo de la UNESCO, Maheu exaltó el “desarrollo prodigioso de la educación” y el “creciente interés de las masas por la cultura” que había advertido entre nosotros. El texto del discurso que leí el 17 de septiembre fue reproducido en los idiomas de trabajo de la Organización, para conocimiento de los Estados miembros. En *The Times,* del 26 de octubre, sir Philip publicó un artículo de que desprendo dos frases. La primera es esta: “México ha realizado, en pocos meses, lo que Inglaterra no hubiera podido hacer en una generación”. Y he aquí la otra: “En museografía México se ha anticipado a los Estados Unidos, quizá por una generación, y al Reino Unido, tal vez por una centuria”.

En Washington, el representante Henry González obtuvo que se aprobase la iniciativa de incluir en inglés, en el Diario del Congreso, el texto íntegro del discurso que la UNESCO había difundido ya.

Han pasado los años. Entramos en el silencio rápidamente. Pero quedan las obras. Lo que importa es haberlas hecho. Después de todo, nos conforta sentir que contribuyeron a afirmar la cultura de nuestro pueblo y robustecer su confianza en el porvenir. ¿Qué significan los nombres, en la perspectiva de una nación?… Con el tiempo, se borran los perfiles individuales. Perdura, en cambio, lo que debe salvarse siempre: la majestad anónima de la vida.

XXIV. FINAL DE UNA ADMINISTRACIÓN. MI ÚLTIMO “DÍA DEL

MAESTRO”. ANIVERSARIO DE LA CAMPAÑA CONTRA EL ANALFABETISMO. LA ASAMBLEA MUNDIAL DE LA EDUCACIÓN. MI ADIÓS A LOS NORMALISTAS. EN BÚSQUEDA DE MÍ MISMO

1964 sería mi último año dedicado al servicio público. Abrigaba ya la certeza de que, al concluir la administración de López Mateos, terminaría mi actividad oficial. No eran pocos los amigos que me profetizaban —acaso de buena fe— una continuidad de éxitos burocráticos.

“Lo que ha principiado usted —me decían algunos— habrá usted de proseguirlo, aunque no lo quiera.” Más que esas voces, me persuadió la opinión del historiador que —después del informe presidencial rendido el 1º de septiembre de 1963— comentó el aplauso con que diputados y senadores subrayaron los párrafos relativos al desarrollo de la educación en nuestro país. “Sí —me manifestó—, ha sorteado usted los peligros que, antes, representaba ser heredero de Vasconcelos. Ahora, prepárese a que lo reemplacen. Ya es codiciable un puesto, tan temido durante años.”

Escuché los pronósticos optimistas —y consideré más fundados los que podían no parecerme muy halagüeños. El trabajo, por otra parte, no me dejaba tiempo para pensar en lo porvenir. Lo importante era realizar, lo menos mal que pudiese, cuanto habíamos iniciado. Por eso, durante los once meses de un año que acabaría en noviembre, viví —según Martín Luis Guzmán lo aconseja— en presente intacto, sin inquietudes o anhelos ante el futuro.

En agosto de 1963, al volver de la Conferencia de Colombia, un caricaturista me había representado, de pie, erguido frente a un micrófono —y, después, cayendo de un imponente sillón de mando, acaso presidencial. La caricatura llevaba un título: “Bogotazo”. Para ser más explícito, el dibujante trazó esta frase: “Donde la

Declaración de Bogotá dice que la educación realiza al hombre, algunos leen… ¡el que va a Barranquilla, pierde su silla!”

Aludía, sin duda, al hecho de que, en su artículo 82, nuestra Constitución Política señala como requisito para ser electo presidente de la República el “haber residido en el país durante todo el año anterior al día de la elección”. Sonreí de aquella ocurrencia, tan alejada de mis aspiraciones. Y me limité a llamar por teléfono al director del periódico en el que apareció la caricatura. Le dije que había comprendido muy bien su advertencia, pero que en nada me contrariaba. A fin de comprobarle cuáles eran mis sentimientos sobre el asunto, le anuncié que pronto volvería a salir de México. Iría a Los Ángeles, el 15 de septiembre, en representación del licenciado López Mateos.

Pero, en 1964, nadie pensaba ya en los “futurismos” de que tanto se hablara durante el verano de 1963. Habían desaparecido hasta las más infundadas murmuraciones. Cada quien podía cumplir tranquilamente con su deber. El mío consistiría en afirmar todo lo emprendido, hasta donde resultase posible afirmar programas que se hallan siempre a merced de la voluntad de los sucesores y de las exigencias del tiempo.

A principios de marzo (una semana antes de recibir, en México, al general De Gaulle) tuve la oportunidad de ir a Caracas. López Mateos me había nombrado embajador especial para asistir a la toma de posesión del doctor Raúl Leoni, quien substituiría, como presidente de Venezuela, a Rómulo Betancourt.

Salí de México, el sábado 7, en avión. Me acompañaron, además de mi mujer, el general Guzmán Cárdenas y su esposa. Me interesó mucho la situación política que pude observar en un país por el que he tenido amistad sincera y con el cual nos unen la similitud de los hábitos cotidianos y el paralelismo de algunos de nuestros héroes.

Rodeaban a Betancourt intelectuales de innegable talento, como Mariano Picón-Salas. Pero era innegable, asimismo, la atención que el gobierno otorgaba a los militares. Se comentaba el hecho de que

—por primera vez, en 133 años de historia— un presidente, libremente elegido por su pueblo, entregase el poder a otro presidente, electo libremente también. Sin embargo, no advertí un verdadero entusiasmo cívico en los actos organizados para la toma de posesión.

Unidades de la guardia militar y de la policía tuvieron que patrullar las calles de la ciudad y algunas de las próximas carreteras. Se temía que los simpatizadores de Fidel Castro alteraran el orden de los festejos.

Dos problemas preocupaban a la opinión: la escasez de viviendas y el desempleo. ¿Qué había ocurrido? ¿No logró “sembrarse el petróleo”, como lo sugirieron ciertos patriotas?…

Abundaban los edificios modernos, altos y majestuosos. Pero el cinturón de miseria que rodeaba a la capital era tan inquietante como el que me asombró descubrir en Lima, en 1962, cuando visité al presidente Prado.

Nos representaba, en Caracas, el embajador Luis I. Rodríguez. Él y su señora nos dispensaron múltiples atenciones. Apreciamos mucho, igualmente, la deferencia —franca y humana— con que nos trataron las autoridades de Venezuela. Pude recorrer a mi gusto la casa natal del Libertador, aunque debo reconocerlo: más que en el hogar de su juventud, había sentido presente a Simón Bolívar en la inolvidable “quinta” de Bogotá… Hay glorias que suscitan mayor emoción cuando las proyecta, sobre el otoño, la luz del atardecer.

Acaso la hora más profunda, durante mi breve estancia en Caracas, fue la que pasé en la residencia de Rómulo Gallegos. El gran novelista no era ya el hombre que conocimos en México, en los días de su destierro. Los años —y la viudez— lo habían cambiado, ensombrecido. Lo rondaba la muerte próxima. Me habló no obstante, muy cordialmente, de los amigos mexicanos que ambos teníamos. Y me di cuenta, al despedirme, de que nuestro abrazo sería un postrer adiós.

Regresé a México, a fin de rendir mi informe a López Mateos y llegar oportunamente a Mérida, para saludar a De Gaulle. Y, después de aquel nuevo viaje, continuaron mis tareas acostumbradas.

No me propongo relatar, a partir de aquí, cuanto hube de hacer en los meses finales de mi gestión. Mencionaré tan sólo, como puntos de referencia, seis hechos muy significativos: la reunión del primer seminario de estudios, organizado por el Centro Regional de Construcciones Escolares para la América Latina; la celebración del Día del Maestro; el establecimiento de la Unidad Profesional del Instituto Politécnico, en Zacatenco; la conmemoración del vigésimo aniversario de la ley que instituyó la Campaña Nacional contra el Analfabetismo; la inauguración de la Asamblea Mundial de la Educación, y la clausura de la séptima junta anual del Consejo Técnico que presidía el profesor Celerino Cano.

Según ya indiqué en este libro, la Tercera Reunión Interamericana de Ministros de Educación recomendó a la OEA, en Bogotá, que se asociase al proyecto auspiciado por la UNESCO a fin de constituir —en México— un centro regional de construcciones escolares para la América Latina. El 24 de septiembre de 1963 firmamos, con la UNESCO, un convenio en virtud del cual principiaría a trabajar desde luego ese nuevo centro. Lo dirigiría Gonzalo Abad, ecuatoriano eminente, que había colaborado conmigo en París, y a quien me fue muy grato encontrar en la Conferencia de Santiago de Chile.

Esperábamos la adhesión de la OEA. Y, cuando el centro preparó su primer seminario de estudios, me halagó saber que vendrían a nuestra capital el doctor Mora, secretario general de la OEA y el doctor Betancur-Mejía, subdirector de la UNESCO. Asistirían también representantes de la Junta de Asistencia Técnica y del Fondo Mundial de la ONU, del Banco Interamericano de Desarrollo, de la Unión Latinoamericana de Arquitectos, de la Fundación Ford, del CREFAL

y del Instituto Latinoamericano de Cinematografía Educativa.

El seminario inició sus trabajos el 2 de mayo de 1964 en el Auditorio del Instituto Mexicano del Seguro Social. Presidió el acto el licenciado López Mateos. Hablaron Mora, Betancur-Mejía y Gonzalo Abad. Mora elogió la obra educativa de México y mencionó, con particular encomio, el reparto de libros de texto gratuitos y la construcción incesante de aulas.

Betancur-Mejía se refirió al crecimiento explosivo de la población, a la carencia de escuelas en Latinoamérica y a la progresiva ampliación de los períodos educativos. Pero, tras de reconocer los obstáculos, agregó: “Pasaron ya los tiempos en que había que sacudir la conciencia de grupos humanos estáticos, predicándoles los beneficios que podrían desprender de la educación. Hoy son ellos, en la ciudad y en el medio rural, los que presionan a la puerta de las escuelas.” Gonzalo Abad incitó a los técnicos a determinar un programa digno de realizarse.

Afortunadamente, el seminario no se concretó a pronunciar y escuchar discursos. Invitados por el CAPFCE, sus miembros se trasladaron a Tlaxcala. Allí vieron directamente el esfuerzo de los obreros y la generosa colaboración de los campesinos. Un arquitecto venezolano, Ignacio Zubizarreta, declaró a los periodistas que el uso de planteles como el de nuestra aula-casa sería muy útil en su país. Y el delegado chileno afirmó que estaba ya experimentándose en Chile, con diseños mexicanos, el sistema de escuelas prefabricadas.

El 9 de mayo, los organizadores me invitaron a clausurar el seminario. Me encantó saludar a Alberto Lleras Camargo, ex presidente de Colombia y primer secretario general de la OEA.

Al reconocer la seriedad de sus labores, anuncié a los participantes que México cedería con gusto todos sus derechos —por diseño y patentes del aula-rural prefabricada— a los países latinoamericanos deseosos de aprovecharlos. Un aplauso entusiasta fue el comentario de mi declaración.

El 15 de mayo celebramos el Día del Maestro. Era la última vez en que asistiríamos López Mateos y yo a una ceremonia de esa categoría. López Mateas saludó al magisterio afectuosamente. “En las tareas que realicen ustedes por México y para México —dijo a los profesores—, estaré indefectiblemente a su lado; hoy como presidente, mañana como uno de los hijos del pueblo al que nos debemos.” En mi discurso, no quise insistir en la relación de todo lo hecho por el gobierno para mejorar los salarios de los maestros. Preferí alentar a los miembros del auditorio en la obra —más lenta, en verdad, cuanto más profunda— que es siempre la educación. En un año en que el mundo entero se inclinaba ante la memoria de William Shakespeare, recordé unos versos suyos: ‘’Mañana y mañana y mañana avanzan a pasos cortos, de día en día, hasta la última sílaba del tiempo conocido”… ¡Qué palabras tan penetrantes. En efecto, para que “la última sílaba del tiempo” ilumine el espíritu del discípulo, importa mucho que el maestro haya avanzado con él, paso a paso y hora tras hora: sin prisas, que implicarían frivolidad, ni pausas que acusarían desistimiento. Y, como legado de una experiencia adquirida durante años, traté de hacer ver a los que fueron mis colaboradores que la aurora no se improvisa y que, al igual que la siembra, la cosecha tiene su punto. Pero añadí que no hay que aguardar a que llegue el alba para disponer el trabajo del día próximo y que anticiparse a la aurora ha sido siempre costumbre del buen labriego y precepto del buen maestro.

Empezar de nuevo, empezar sin tregua, en la perspectiva de todos los hombres de buena fe.

Ésa es la lección que nos dan, a través de la historia, los verdaderos educadores. Y ésa era también la enseñanza que había yo recibido, en contacto con los millares de hombres y de mujeres dedicados a construir —en la escuela— a México. Aquella exhortación a la persistencia sería mi despedida del magisterio.

El 17 de agosto, el licenciado López Mateos y yo fuimos a la casa de don Adolfo Ruiz Cortines. Nos habíamos concertado para pasar

por él, a fin de llegar juntos a Zacatenco, sitio en que el presidente de la República inauguraría la Unidad Profesional del Instituto

Politécnico, obra iniciada por su predecesor.

Era aquella jornada una recompensa para todos cuantos logramos contribuir en alguna forma a la realización de un proyecto tan ambicioso. Nos acompañaron el diputado Rómulo Sánchez Mireles, presidente de la Comisión Permanente del Congreso de la Unión, el secretario de Hacienda, licenciado Antonio Ortiz Mena, el ingeniero Manuel Moreno Torres, presidente del Patronato de Obras, y el ingeniero José Antonio Padilla Segura, director del Politécnico.

Antes de que se iniciara la ceremonia, López Mateos y Ruiz Cortines subieron al cuarto piso del edificio. Allí, conforme a la petición hecha a las autoridades por los pasantes de todas las carreras profesionales del Instituto, ambos recibieron las medallas al mérito de la educación técnica.

Descendimos al patio central, donde más de diez mil invitados, profesores y alumnos, estaban esperándonos. Oímos el Himno Nacional. Y pasé a la tribuna.

Moreno Torres expondría con amplitud lo que había hecho el Patronato para construir los edificios de Zacatenco y restaurar los de Santo Tomás. Padilla Segura hablaría acerca de los equipos adquiridos y de la forma en que aprovecharía el Instituto las nuevas instalaciones, para beneficio de investigadores, catedráticos y estudiantes. Lo que me importaba a mí, en aquella postrer ocasión de hablar con los politécnicos, era señalarles la responsabilidad moral de sus profesiones.

Alguien preguntó cierta vez a Goethe: “¿Cómo conocerse a sí mismo?”… La respuesta del poeta de *Fausto* fue la siguiente: “No por la meditación, sino por la acción”. Un hombre, un conjunto de hombres, pueden pasar muchos años tratando de averiguar —en lo abstracto— el secreto de sus virtudes o la razón escondida de sus defectos. Quizá, de semejantes pesquisas, lleguen a desprender

solamente jactancias o frustraciones. En cambio, colocados por la existencia en el trance de ser lo que deben ser, instados por el destino a la acción creadora, hombres y pueblos afirman sus cualidades en el trabajo y, con sus actos, superan a menudo sus deficiencias.

Han pasado casi ocho años desde ese día. El Instituto Politécnico ha crecido notablemente.

Tal aumento me alegra y, también me alarma, como el que advierto en la población estudiantil de nuestra Universidad Nacional Autónoma. Creo que convendría multiplicar las entidades y no empeñarse en concentrar, bajo las alas de una sola institución, a tantos y tantos jóvenes, que los maestros apenas si alcanzan a conocer. Todo debe esperarse —y temerse— de un estudiantado que, al preguntarle su nombre, puede afirmar sin jactancia: “Mi nombre es legión”.

Al concluir mi discurso, pensé en el Doctor Atl. La víspera —el domingo 16— habíamos ido a sepultarlo en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Me pareció ver de nuevo su rostro vivo, sus ojos lúcidos, su maliciosa sonrisa y sus ademanes rápidos y elocuentes. ¿Qué opinaría, desde ese otro Paricutín de sus sueños, de nuestro afán por dar al país las técnicas

más modernas? Imaginé que hubiese aprobado mi preocupación por no separar jamás la técnica de la vida, ni la vida de la cultura. Al regresar a mi casa, me detuve frente a uno de los más sombríos y bellos paisajes del gran pintor: el que he colocado frente a mi mesa de trabajo, en el centro de una pared cubierta de estantes llenos de libros. Y sentí quizá más hondamente su muerte, en aquel instante, que entre la multitud congregada el día anterior para rendirle homenaje en el cementerio.

El viernes 21 de agosto, conmemoramos el vigésimo aniversario de la ley que estableció

—en 1944— la Campaña Nacional contra el Analfabetismo. ¿Habría sido inútil esa iniciativa, tan cordialmente acogida y patrocinada por don Manuel Ávila Camacho? Rogué al licenciado Salinas Lozano que ordenase a la Dirección General de Estadística una indagación exhaustiva sobre el problema del analfabetismo. Sus colaboradores trabajaron durante largas semanas, al cabo de las cuales nos presentaron el resultado de sus estudios. El índice del analfabetismo oscilaba —en 1964— entre el 27.81 y el 28.91% de la población mexicana de más de seis años. Por consiguiente, podía estimarse que la proporción (de mas de 53% en 1944) había disminuido, cuando menos, en un 24%, a pesar de la explosión demográfica del país.

No teníamos derecho a proclamar semejante balance como un gran triunfo. Más que la campaña, había contenido el alud del analfabetismo la ampliación del sistema escolar normal.

Sin embargo, convendría insistir en la tarea alfabetizadora. Según el censo de 1960, los núcleos con menos de cien habitantes era, entonces, 51 555. Su población total no llegaba a 1

600 000 personas, con un promedio (teórico) de algo más de treinta habitantes por núcleo.

¿Cómo establecer un aula y designar de manera permanente a un maestro para atender a grupos de siete o de nueve niños?

Era indispensable intensificar —en esas regiones— la acción de nuestras misiones viajeras. Por eso, al salir del Palacio de Bellas Artes, después de la ceremonia del 21 de agosto, López Mateos quiso hacer entrega, personalmente, de las treinta y tres “unidades móviles” que habíamos adquirido para mejorar los servicios de alfabetización en algunos de los Estados y Territorios donde operaban nuestras misiones.

Más aún que esa dotación, me pareció promisorio el hecho de que hubiésemos podido designar a seiscientos promotores bilingües. Salidos de nuestros internados —y conocedores de sus lenguas

maternas, como el tarasco, el náhuatl, el maya o el otomí— esos compatriotas, de estirpe indígena, serían los más adecuados agentes para la tarea que el destino les reservaba: contribuir a la integración cultural de sus compañeros. Por la lectura de *La educación pública en México 1964/1970,* me he enterado de que el servicio nacional de promotores y de maestros rurales bilingües ha ido desarrollándose hasta el punto de contar con 3 346 promotores y con 1 348 maestros. Las cifras me parecen todavía modestas, pero revelan un proceso ininterrumpido, aunque tal vez demasiado lento. Esperemos que los estímulos no desmayen.

El 6 de septiembre principiarían las sesiones de la Asamblea Mundial de la Educación.

Organizaron esa junta la Academia Mexicana de la Educación (que presidía el profesor Víctor Gallo Martínez) y la Liga Internacional de la Enseñanza, la Educación y la Cultura, a la que pertenecían profesores alemanes, argentinos, belgas, bolivianos, brasileños, congoleses, costarricenses, cubanos, checoslovacos, ecuatorianos, estadounidenses, franceses, italianos, peruanos, rumanos, senegaleses, soviéticos, suizos y uruguayos. No faltó quien tratase de ponernos en guardia contra esa Liga. Los reaccionarios veían en ella no sé qué caballo de Troya, capaz de avanzar —con predilección— por la vía de las “izquierdas”… Les alarmaba, quizá, la presencia de elementos venidos de Checoslovaquia, Rumania y la URSS. Pero habíamos aceptado que fuese México sede de la Asamblea. Y no nos arrepentimos de nuestra hospitalidad.

Los delegados trabajaron con franqueza, constancia y espíritu constructivo. Elogiaron los esfuerzos hechos por nuestro pueblo, recomendaron que otros países —como lo hacía México

— invirtiesen menos caudales en armamentos y dedicaran mayores sumas a los servicios de educación popular y formularon los principios de una Carta de los Derechos y Deberes Humanos con respecto a la educación.

López Mateos inauguró la asamblea en la Unidad de Congresos del Centro Médico.

Aproveché la ocasión para intentar un resumen de lo que había realizado nuestra República a partir de 1930. México (que, en aquel año, tenía 16 552 000 habitantes, con un índice de analfabetismo de 66.59%) contaba, en 1964, con una población de aproximadamente cuarenta millones y el índice del analfabetismo era sólo de 28.91%. En 1930, la Federación invertía $33 221 000 en servicios educativos. En 1964, destinaba a esos servicios (incluyendo el importe de las construcciones escolares) cuatro mil quinientos treinta y seis millones de pesos.

Sí, habíamos progresado, aunque no ignorábamos cuántas eran aún nuestras deficiencias.

Al exponer la situación nacional a los miembros de la asamblea, creí oportuno citar una frase del presidente López Mateos, la que pronunció como definición de los principios orientadores de la enseñanza impartida por el Estado: “Nada contra el hombre. Y nada contra la patria”.

“Resolvisteis venir a México —dije a los congresistas— en una época en que la obra educativa de la Revolución interesa crecientemente a los sectores más vigorosos de la República. Todas las puertas de nuestros centros de estudio se hallan abiertas a la investigación de vuestro talento. Una educación para la democracia y para la paz no tiene por qué ocultarse. Busca y ama la luz”.

El miércoles 18 de noviembre clausuré las sesiones de la séptima asamblea anual del Consejo Técnico de la Educación. Presidió ese organismo, durante los seis años de mi gestión, el profesor Celerino Cano. Tanto él como sus colaboradores me proporcionaron siempre valiosa ayuda. Gracias a su actividad, pudimos proceder —en 1960 — a la reforma de los planes y los

programas correspondientes a los estudios primarios, secundarios y de enseñanza normal. Con base en sus investigaciones,

establecimos las normas de los centros de capacitación para el trabajo industrial y rural. Y su análisis de la situación que prevalecía en las comunidades indígenas nos incitó a crear —por iniciativa del profesor Mario Aguilera— un servicio de promotores culturales y de maestros rurales para los indígenas monolingües. Discreto, recóndito y perspicaz, don Celerino iba y venía, entre los arduos problemas que le planteábamos, como el tejedor minucioso entre la red confusa de sus telares.

Al concluir mis tareas, no iba yo a proponer al Consejo ninguna nueva aventura. Hubiera sido tanto como invadir la función de mi sucesor. La asamblea había aprobado varias conclusiones: canalizar el sistema de educación preescolar hacia las colonias proletarias; cumplir lo estipulado en la fracción octava del artículo tercero constitucional, a fin de fijar las aportaciones económicas necesarias para la coordinación educativa en la República; felicitar al gobierno por el impulso dado a las universidades de provincia, y alentarlo en la creación de las nuevas carreras de maestros normalistas para los centros de capacitación.

Agradecí a los participantes el balance hecho acerca del esfuerzo llevado a cabo durante el sexenio. Y añadí algunas palabras de fe. “Lo que debemos desear ahora —insistí— es que el progreso obtenido se vea superado continuamente. Hemos vivido un período muy intenso de la enseñanza en nuestro país. Pero, afortunadamente, México persevera. Y nuestros compatriotas saben, por experiencia, que todas las realizaciones humanas son perfectibles. Las nuevas generaciones habrán de descubrir, para nuestro pueblo, horizontes más luminosos.”

No estuvo con nosotros, en esa ocasión, el presidente de la República. Incluso entre los miembros del Consejo, se notaban muchas ausencias. Pocos periodistas se interesaron en asistir a aquella clausura. ¿Qué importancia podían ya tener nuestras despedidas?… Abracé a don Celerino, saludé a sus colegas, y volví a mi despacho. Rafael Solana estaba aguardándome. Iba a mostrarme algunos mensajes por contestar. Le rogué que

procediese a enviar a mi casa todos los expedientes de mi archivo privado, así como los libros y los objetos personales que habían ido hacinándose en la oficina.

Vi la lista de mis últimos compromisos. Tendría que asistir todavía a los actos cívicos del 20 de noviembre, a la inauguración del séptimo congreso nacional ordinario del SNTE y a la entrega de los premios nacionales otorgados a Blas Galindo, Ignacio González Guzmán, Carlos Pellicer y Rufino Tamayo. Me esperaba, además, una gran sorpresa: el último sábado de noviembre, los estudiantes de la Escuela Nacional de Maestros organizaron un festival en la Secretaría de Educación. Me conmovió aquel simpático adiós. Quienes creyeron ser mis adversarios más pertinaces en 1960 habían sido substituidos por otra promoción de muchachos, entusiastas y generosos.

Aquel sábado, centenares de maestros y alumnos se dieron cita en los patios de la secretaría. Los habían adornado con banderas y con letreros que expresaban el reconocimiento del magisterio. En nombre de los pasantes, habló el joven Carlos Cantú Lagunas. Al final de su

alocución, dijo lo siguiente: “Respetuoso del mandato constitucional que hace obligatoria y gratuita la educación primaria, ha sabido usted responder con hechos positivos a la confianza que el pueblo mexicano depositara en su capacidad para el trabajo. Así, en 1959, nació el Plan de Once Años; en 1960, la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos; en 1961, el Centro de Estudios Avanzados del Instituto Politécnico y, en 1963, los Centros de Capacitación para el Trabajo Agrícola e Industrial; creaciones todas que responden a la imperiosa necesidad de hacer mas práctica y funcional la enseñanza. La juventud normalista hace suyo su pensamiento, señor secretario…”

La señorita Beatriz Rivera, presidenta de la sociedad de alumnos, me hizo entrega de un pergamino como prueba de la adhesión estudiantil y me pidió que entregase otro al presidente López Mateos. Para agradecer el festival, manifesté que, durante seis

años, habíamos vivido una era del progreso de nuestra patria. “Unos y otros —agregué— hemos visto crecer, día a día, la esperanza y la realidad de México. Que tengan ustedes, en todo momento, la dicha que les deseo: acertar en la comprensión de nuestros hermanos, a fin de guiarlos valientemente hacia la realización de ese ideal de justicia y de paz que es nuestra meta suprema.”

Llegó, por fin, el último día de labores. El lunes 30 de noviembre, tomé el camino de San Jerónimo. López Mateos iba a despedirse de uno de los planteles que él más quería: la Escuela Nacional de Educadoras. Maestras y alumnas nos aplaudieron con efusión. La directora Emma Olguín, leyó una página de homenaje para el presidente. Concluyó su texto con este párrafo: “Porque ha dedicado usted esfuerzos magníficos para amparar a la niñez a través de una obra asistencial y educativa de enormes proporciones, queremos darle las gracias, en nombre de esa niñez a la que hemos consagrado nuestras vidas”.

En el automóvil que nos llevó al Palacio Nacional, López Mateos me pareció —por primera y única vez— triste de abandonar su cargo. Habló poco. Y, de pronto, con una risa que no sentí particularmente espontánea, me dijo: “Ahora sí, don Jaime, tendremos tiempo para hablar de literatura. Pasearemos, los domingos, por el bosque de Chapultepec. Y veremos, de lejos, nuestro museo…”

En Palacio, recibió a las misiones especiales designadas con motivo de la toma de posesión de su sucesor. Encabezaba a la delegación norteamericana el senador Michael J.

Mansfield. El vicepresidente Carlos H. Perette representaba a la República Argentina. Se distinguía, por su pintoresca indumentaria, el canciller de Guinea, S. Lausan Beovogui. Y me dio mucho gusto charlar con André Malraux, enviado a México por De Gaulle.

Terminada la recepción diplomática, López Mateos retuvo a comer a sus colaboradores.

Los invitados fuimos cuarenta y dos. Me sentaron entre los licenciados Miranda Fonseca y González Blanco. En contraste con los de casi todos los asistentes, el rostro de Salomón González Blanco delataba, tal vez a pesar suyo, íntimo regocijo. Ya sabía, sin duda, que iba a permanecer en el cargo que había desempeñado. A los postres, el doctor Álvarez Amézquita pronunció unas palabras en honor de nuestro anfitrión. Horas más tarde, me enteré de cuáles

serían los miembros del próximo gabinete. Me substituiría el licenciado Agustín Yáñez.

Continuarían en el gobierno, además de González Blanco, los licenciados Echeverría, Ortiz Mena y Uruchurtu.

Pasé una noche tranquila. Y, el martes 1º de diciembre, fui al Palacio de Bellas Artes.

Admiré la instalación dispuesta por los organizadores. En el escenario, sobre el tablado central, tendrían asiento —junto al presidente del Congreso, Alfonso Martínez Domínguez—

el presidente electo y el que había cumplido ya su misión. Dos galerías paralelas acogerían a los miembros de los dos gabinetes: el que iba a iniciar sus labores y el que las había terminado. Ocupé mi lugar. Y me distraje comparando el número de quienes pasaban a saludar, con vehementes abrazos, a los nuevos secretarios de Estado y el de los pocos leales que —

haciéndose imperceptibles— se dignaron todavía reconocernos.

El miércoles 2 entregué la secretaría a Agustín Yáñez. Antes de que él llegara, recibí a mis colaboradores. Rafael Solana me hizo saber que un viejo amigo deseaba verme. Era Alfonso Caso. Me encantó charlar —aunque fuese muy brevemente— con el autor de *El Pueblo del Sol.* Entre otras cosas, me preguntó cómo iba yo a aprovechar mis ocios futuros… Le dije que intentaría encontrar de nuevo a un compañero de juventud con quien hacía ya mucho tiempo no había podido estar por completo a solas. ¿Quién era ese

compañero?… Le contesté que recordaba muy bien su nombre: se llamaba Jaime Torres Bodet. Alfonso celebró mi respuesta con una rápida carcajada.

EPÍLOGO

Pero lo que dije a Caso el 2 de diciembre de 1964 no era, por cierto, una inútil broma. Al final de este libro, me pregunto aún si ese compañero de juventud —que llevaba mi nombre—

podré realmente encontrarlo un día.

Trazo estas líneas en Roma, en una de las salas del Grand Hotel. Es el mismo albergue en que me alojé, hace ya más de cuatro lustros, cuando vine a Italia como huésped del gobierno que dirigía el señor De Gásperi. Desde la mesa en que escribo, veo la amplia sala de recepciones. Ayer noche, para celebrar una boda, quién sabe qué familia opulenta ofreció allí una fiesta a sus amistades: Iban y venían, bajo las lámparas, romanas y romanos que parecían, por rumorosos, abejas escapadas de un gran panal. Circulaban meseros, que servían champaña a los invitados. Diversas modas desfilaron frente a mis ojos: fracs de 1920 y femeniles palazzo-pijamas de 1971… Joyas y risas disimulaban mal el hastío de ciertas damas empeñadas en hablar sin saber de qué. Un personaje —arrancado de una novela de Gabriele D'Annunzio o de Abel Hermant— lucía un monóculo melancólico, a través del cual pretendía probablemente mirar otra época ya invisible: la que apagó la primera guerra europea, que pensó haber ganado Foch.

Ahora, el lujoso recinto quedó desierto. Sólo una turista alemana, sentada junto a su perro, me observa discretamente. Se interroga —si no me engaño— acerca de quién seré y por qué estoy escribiendo a hora tan desusada.

Como la sala de recepciones del Grand Hotel, mi existencia ha ido ganando en sombra y serenidad lo que perdió en ruido y en esplendor. Conocí a reyes, en el trono o en el exilio.

Saludé a Alfonso XIII, en el Palacio de Oriente, en ocasión de la última ceremonia a la que la monarquía española convocó al cuerpo diplomático acreditado en Madrid. Semanas más tarde, saldría el Borbón de España, para sufrir los vértigos del destierro y fallecer en este hotel italiano, donde hoy lo evoco. Vi, en La Haya, a la Reina Guillermina de Holanda. Años después, en Bruselas, charlé con ella, durante la visita que hizo al Rey Leopoldo III para intentar detener la segunda guerra, que nadie ya lograría evitar. Jugué varias veces al *bridge* con el Rey Carol, en su casa de Coyoacán, cuando los acontecimientos (que lo eliminaron de Bucarest) lo indujeron a buscar un refugio en México. Era plácido, lento, amable, y nunca perdió el deseo de ganar —anunciándolo— un gran *slam.* En El Cairo, en diciembre de 1950, estreché la blanda mano evasiva del Rey Faruk. Me habló de la UNESCO, cual si se refiriese a una dama sólo provista de un atractivo: el de tener su sede en París. Transcurrió el tiempo, y tuve oportunidad de “presentar mis respetos” a la Reina Isabel II. La había recibido

solemnemente, en el Elíseo, el señor Coty. Más que con ella (discreta por reserva o por tradición), conversé con su esposo, el Príncipe Felipe. Aludió a México. Tenía deseos de conocerlo. Hice votos porque algún día nos visitara. Me incliné ante la Reina. Y me despedí.

A lo largo de las *Memorias* que aquí concluyo, he hablado de varios estadistas extranjeros: León Blum y el mariscal Tito, Nehru y Charles de Gaulle, Adenauer y Harry S.

Truman, Attlee y Taha Hussein, Spaak, De Gásperi y Mendès-France. Más que otra cosa, aprendí de ellos el arte de apreciar lo que nadie oculta durablemente: la voluntad de subir la cuesta que lleva a todos hasta el refugio en que todo lo perderemos menos el sabor de la última soledad.

Trabajé, al servicio de México, durante las administraciones presididas por Adolfo de la Huerta, Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, Emilio Portes Gil, Pascual Ortiz Rubio, Abelardo L. Rodríguez, Lázaro Cárdenas, Manuel Ávila Camacho, Miguel

Alemán, Adolfo Ruiz Cortines y Adolfo López Mateos. De esos once gobernantes, sólo dos viven.

Principié mi carrera literaria bajo el influjo de hombres como Antonio Caso, Enrique González Martínez y José Vasconcelos, con jóvenes que se llamaban Ermilo Abreu Gómez, Jorge Cuesta, Luis Enrique Erro, Enrique González Rojo, José Gorostiza, Salvador Novo, Bernardo Ortiz de Montellano, Gilberto Owen, Carlos Pellicer, Samuel Ramos, Rubén Salazar Mallén, Manuel Toussaint y Xavier Villaurrutia. En Madrid, traté mucho a Jarnés y a Pedro Salinas. De los quince compañeros aquí nombrados, trece murieron ya. Sólo Raoul Fournier y Eduardo Villaseñor asisten a nuestras comidas de aniversario. Salazar Mallén me visita de tarde en tarde. Y son raras las ocasiones en las que veo la cabeza cesárea de Pellicer.

“Avanzamos, pero entre tumbas, como la Vía Apia”, según dijo un prosista insigne. Entre tumbas he ido avanzando siempre, en espera de averiguar para qué nací. Me he inclinado, en París, desde la balaustrada de los Inválidos, a contemplar el granito que cubre las seis cajas donde reposa el cadáver de Napoleón. Fui a Rávena, para conocer el sepulcro de Dante. Y a Amboise, para buscar el de Leonardo, cuyos restos se han dispersado al azar de las revoluciones y de las guerras que afectaron el claustro donde les dieron católica sepultura. 1

Hace dos días estuve en el cuarto mortuorio de Keats. Por la tarde, en Santa María sopra Minerva, me mostraron la lápida del Angélico. Recordé el epitafio de Valla: por algunas de sus obras, sobrevivirá en la tierra —y, por otras, en el cielo… ¿Qué pudieron, frente a la muerte, los endecasílabos del *Infierno,* los frescos de San Marcos o los laureles de Austerlitz? Ni *Monna Lisa* salvó a Leonardo, ni la elegancia de una griega prolongó la vida de Keats, ni al dominicano de Fiésole añadió una hora de tregua la ternura ideal de su *Anunciación.*

En francés, como en inglés, *estar* y *ser* son un solo verbo: *être* o *to be.* Si se pregunta a alguien quién es (cuando no es mudo, sordo, o secreto hasta la insolencia) contesta, por ejemplo: *Je suis Jean* o *I*

am Henry. Y, si deseamos indagar en qué sitio se encuentra, puede también respondernos: *Je suis à Paris* o *I am in London.* En esto, el español es más claro y

más filósofo. Se *es* un niño, un adolescente, un adulto, un viejo; un ingeniero o un ebanista; un campesino o un escultor. Pero se *está* cansado, sano o enfermo, alegre o triste, preocupado o indiferente.

Durante años, viví de *ser.* Fui estudiante, profesor universitario, jefe del departamento de bibliotecas, consejero de legación, secretario de Relaciones Exteriores, director general de la UNESCO y, dos veces, secretario de Educación Pública. Ahora, *estoy* recordando lo hecho: los personajes que conocí, las ciudades que amé, los trabajos que llevé a término, los que dejé inconclusos, los proyectos que no logré realizar jamás. Sin embargo, no he dejado nunca de ser. Cartesiano desde la infancia (acaso por la educación que me dio mi madre), recordar es mi forma de ser actual. Revivo en lo que recuerdo, me reconozco en lo que repito, y, por momentos, en cuanto escribo, oigo la voz de mi juventud.

Je pense, donc je suis, precisaba Descartes. En algún fragmento de estos volúmenes, he citado asimismo una frase de Valéry: “A veces pienso y a veces soy”… ¿Se contradicen esas dos fórmulas? No me atrevería ya a decidirlo. Porque, para el jubilado en quien los años me han convertido, pensar ofrece una milagrosa aptitud de ser.

De lejos —y, en ocasiones, de cerca— he sido testigo de muchos grandes naufragios. Vi derrumbarse

en

México

al

porfirismo,

paralizado

por

una

arterioesclerosis

incuestionablemente senil. Supe, en la adolescencia, de la caída de tres imperios: el de los Hohenzollern, con Berlín como capital, el Austro-Húngaro y el de los Romanov, asediado de estepas —físicas y morales. Al cruzar el norte de Francia, en mayo de 1940, me enteré de otro brusco entierro: el de la "inexpugnable" línea Maginot. Presencié, en el país de Bergson, la disolución de dos regímenes democráticos: la tercera y la cuarta Repúblicas, vencidas ambas por su fidelidad a una lógica ya obsoleta, la de las precarias alianzas en 1939, y la de la multiplicidad antagónica de partidos en 1958. Paseaba yo por las calles de Francfort, como turista, cuando empezaban las muchedumbres a vitorear a un pintor grotesco, que sería muy pronto el *Führer.* Catorce años más tarde, en mi despacho de la Secretaría de Educación, recibí la noticia del suicidio del trágico nibelungo.

Nací en un mundo sin duda injusto, pero dotado —por lo menos— de un capital patético de esperanza. Concluyo mis días en otro mundo, también injusto, pero en el cual los ideales —

que fueron metas para muchas generaciones, como la mía— no logran ya despertar entusiasmo en la juventud. Y no carecen los jóvenes de razón. Los ideales que se convierten sólo en palabras pueden considerarse meras consignas que dicta el hábil para burla de los ingenuos.

Sin embargo, no pierdo mi fe en el hombre. Sé que, además de ser "el lobo del hombre" en los días de guerra, suele ser el lobo del mundo en los días de paz. Envilece mucho de lo que toca. Con los combustibles y los desechos de sus industrias, envenena el aire que respirarán

—si les es posible— sus herederos. Contamina el mar, los lagos, los ríos y los arroyos que proporcionaron oxígeno a sus pulmones. Lo mismo en las urbes donde se hacinan sus semejantes que en las utopías con que procura hipnotizar a los inocentes, fomenta

sistemáticamente el neblumo. Quisiera crecer en potencia técnica sin decrecer en ímpetu cultural. Y, a cada nueva conquista de la mecánica que lo arrastra, pierde un poco más de su pobre dicha y parece el ensayo de un “robot”.

Pero, cuando supere la experiencia en que se aventura, tal vez el hombre recuerde lo que señaló Rabelais hace varios siglos: *Ciencia, sin conciencia, no es sino ruina del alma.* Y, al encontrar otra vez su alma, fundiendo ciencia y conciencia en un mismo anhelo, el ser que ahora se siente inútil, expulsado de su verdad personal por la ambición de poder de los gobernantes o de las masas, acaso acabe por advertir que nadie habrá de salvarse sólo, pues el verdadero progreso será el que sepa reconciliar el destino del individuo, en su breve tránsito, con el largo fluir del destino humano.

Los seres que me ayudaron más a tener confianza en el porvenir no fueron, por cierto, los hombres célebres. Fueron, al contrario, los más humildes. En mi pasado, las figuras que el recuerdo ilumina con más ternura son las de algunos menesterosos obreros de su existencia.

Pienso en uno de los amigos que tuve en la escuela primaria de San Jacinto. Hijo de plomero (y plomero él mismo, en las horas que el programa escolar le dejaba libres), daba a su madre lo que ganaba, para que pudiese ella olvidar un día, cuando menos un día cada semana, sus obligaciones serviles de lavandera. Pienso, también, en el profesor de una comunidad rural que visité en 1944. Bebía el agua del charco próximo a la choza donde habitaba. Y tuvo que excusarse en voz baja, ante el “señor ministro”, por no haber podido destinar un poco de ese líquido inmundo —para él, indispensable— a regar el árbol que debían plantar los educadores como estímulo a la campaña de reforestación del país…

Surge en mi memoria, asimismo, el viejo revolucionario jalisciense que me dio una lección de elocuencia al defender la escuela que un inspector pretendía suprimir, para trasladar al maestro a un lugar más próspero. Veo, igualmente, los rostros de los indígenas que fueron a entregarme cierta mañana, en 1959, quince millares de pesos —reunidos quién sabe merced a cuántas trágicas privaciones — a fin de colaborar en la construcción de un aula-casa prefabricada, que no sería para su pueblo sino para un villorrio vecino, más "necesitado" que el suyo.

Vuelvo a oír, como si la sintiese a mi lado, la respiración acezante de la oaxaqueña descalza que, con su niño dormido en brazos, corrió hasta mí —en la jornada alfabetizadora de Soledad Etla— a pedirme que la examinase personalmente, pues "sabía leer muy bien". Me inclino, como en junio de 1940, ante la anciana maestra francesa — ya jubilada— que nos alojó en su pequeño departamento, en Limoges. La ciudad se hallaba congestionada por la invasión de los refugiados de la gran guerra. Los hoteles estaban absolutamente pletóricos. Se alquilaban, para pasar la noche, hasta las bancas de los pasillos —y resultaban instalaciones lujosas las mesas de los billares. Cada día, al atardecer, iba la buena señora a recorrer los hoteles, a fin de descubrir por sí misma qué pareja merecía más su hospitalidad. Aquella noche, la fatiga ostensible de mi mujer la incitó a escogernos. Recibimos de ella las

atenciones más delicadas. Y, cuando nos despedimos a la mañana siguiente, para seguir a San Juan de Luz, se rehusó a aceptar de mi parte el menor auxilio. No habíamos sido sus inquilinos, sino sus huéspedes. Francia podía estar vencida. Pero ella no.

He hablado de los viajes que hice como director general de la UNESCO. Fueron muchos mis desencantos. No obstante, a través de esos desencantos, me alentaron escenas que atestiguaban el incansable fervor del hombre. En Luxor, junto al Nilo, vi trabajar a doce o quince *fellahs.*

Hundidos, casi hasta las rodillas, en el fango que preparaban para la siembra, cantaban y sonreían. Por flacos y desmedrados, parecían

vagos espectros. ¿Que tendrían? Uno de mis acompañantes me lo explicó. Muchos agricultores egipcios padecían, entonces, un mal terrible. Por la menor herida de los desnudos pies de los campesinos, en contacto diario con el lodo de la ribera, no sé qué parásito acuático penetraba hasta sus arterias y se alojaba en la mucosa de sus vejigas. Para ellos, orinar sangre era una tradición nacional… Morirían, tal vez, de esa tradición; pero, mientras tanto, cantaban y sonreían.

En Nueva Delhi, según lo he contado ya, un grupo de iletrados fue a visitarme. Querían fomentar una campaña mundial de alfabetización. Me sorprendió la cultura oral que noté, como residuo de siglos, en no pocas de las frases que repetían. Hablaban con entusiasmo. Pero uno de ellos, el mas débil, sin duda, no pudo salir del salón en que nos hallábamos sin apoyarse en sus compañeros. Ese hindú, físicamente desnutrido, conservaba sin embargo fuerza bastante para asociarse —aunque fuese así— a quienes pedían mejor enseñanza para los pueblos. Sí, el mayor estímulo que me han dado los hombres, lo recibí de los más humildes y desvalidos. Su ejemplo me demostró cómo se afirma, tarde o temprano, la intrepidez.

Cuando reflexiono acerca de mi existencia, reconozco que fui muy afortunado. Nací en un país en el que hay todavía inmensas tareas por emprender. Cumplí quince años en 1917. La Revolución ofrecía a los jóvenes una misión impostergable: erigir un México nuevo. Y, en 1920, principié mi servicio público al lado de un extraordinario patriota —José Vasconcelos

— capaz de apreciar, como pocos, la importancia de esa misión.

Con el intervalo de un bienio (que consagré a las letras, de noviembre de 1952 a octubre de 1954), trabajé durante cuarenta y dos años, en la República o lejos de ella, atento siempre a la obra que más nos interesa: consolidar esa paz fecunda que sólo afirman durablemente los valores auténticos del espíritu. Luché con muchos y contra muchos, pero sin sentir aversión por nadie. No tuve odios, ni abrigo ahora ningún rencor. Hice lo que pude, hasta donde pude.

Si lo que pude fue poco, es que no bastan siempre las intenciones.

Cuando murió el personaje encarnado por Orson Welles en la película *Citizen Kane,* pronunció una palabra que pareció a muchos incomprensible. Era la marca de un juguete. Para el agonizante, inconforme y terco, el nombre de aquel juguete simbolizaba la gloria de su niñez.

¿Cuál será el vocablo con que termine mi diálogo con el mundo? Me gustaría articular, al morir, la palabra *quise…* En efecto, a cada momento, quise ser más de lo que fui. De chico, me

alarmaba la lentitud de las horas, lo mismo en el corredor de mi casa de la antigua calle del Factor (derruida ya) que en la escuela primaria, frente al rostro benigno de mi maestro. Desde joven, quise ser hombre: acelerar el reloj, ir más de prisa que el tiempo, ahondar para descubrir lo que había de extraño y de nuevo en mí. Quise dar a la vida un significado que fuese genuino y probo. Y ahora, en la quietud de este hotel romano, mientras corre el lápiz sobre el papel, quisiera esclarecer todavía si lo vivido justificó los esfuerzos que hice para vivirlo; si explican al hombre que soy el joven que fui, en 1918, cuando sometí a Enrique González Martínez los originales de mi primer libro de versos, o el diplomático que, en 1931, se despidió en Madrid de Manuel Azaña, o el funcionario que —en 1962— examinó con Pedro Ramírez Vázquez los proyectos de un nuevo Museo Nacional de Antropología, o el pacifista que obtuvo la medalla internacional “Hugo Grocio” en 1964, o el dimitente que, al dejar la Secretaría de Educación, manifestó a Alfonso Caso que iría a buscarse en su biblioteca.

Todo epílogo implica un juicio. Al decirlo, pienso en cuatro obras maestras de la pintura italiana. Durante este viaje, las he comparado con emoción. Me refiero al *Triunfo de la muerte,* en el Camposanto de Pisa; a un cuadro del Angélico, visto en San Marcos; a las figuras de Signorelli en la catedral de Orvieto y al mural de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina del Vaticano.

Los cuatro artistas interpretaron el mismo tema, pero con temperamentos muy diferentes.

En los frescos de Pisa, la guadaña de la muerte amenaza a los caballeros e ignora a los pobres que más la imploran. En el cuadro del Beato de Fiésole, buenos y malos acatan cierto orden lógico, de armonía sacramental. Entre los que ya ha condenado Cristo, abundan reyes y cardenales, monjas y emperadores. Vemos, en cambio, menos coronas y más aureolas sobre los rostros de los que acogen, para conducirlos al cielo, suaves ángeles sonrientes. En Orvieto, Signorelli suprime las vestiduras de los que van a sufrir el castigo eterno o a disfrutar de la eterna dicha. Sin capelos, ni cetros, ni emblemas, todos ofrecen a la justicia perenne su desnudez. Miguel Ángel va todavía mas lejos que Signorelli. En la caída que nos describe, pesan las almas más que los cuerpos. Hasta para las que acepta Jesús, parece un deber la inmortalidad.

Me agradaría ver mi futuro con la benevolencia cándida del Angélico; pero comparto más francamente las inquietudes de Miguel Ángel. Nadie sonríe al presentarse al juicio definitivo.

Aunque siempre queda un consuelo. Para quien persistió sin descanso, acaso la tumba sea el perdón de la tierra prometida.

Apéndices

I. DECLARACIÓN ADOPTADA EN SANTIAGO DE CHILE POR LA

CONFERENCIA SOBRE EDUCACIÓN Y DESARROLLO

ECONÓMICO Y SOCIAL EN AMÉRICA LATINA

“Considerando:

”Que ‘la cooperación internacional en el orden cultural y educativo’ quedó expresamente reconocida en la Carta de las Naciones Unidas como uno de los instrumentos principales para crear las condiciones

de estabilidad y bienestar necesarias para las relaciones pacíficas y amistosas entre las naciones;

”Que en la Constitución de la UNESCO se afirmó la convicción de los Estados miembros de que deben existir iguales oportunidades de educación para todos y se declaró que ‘la amplia difusión de la cultura y la educación de la humanidad para la justicia, la libertad y la paz son indispensables a la dignidad del hombre y constituyen un deber sagrado que todas las naciones han de cumplir con un espíritu de responsabilidad y de ayuda mutua’;

”Que la Carta de la Organización de los Estados Americanos establece entre sus propósitos esenciales el de ‘promover, por medio de la acción cooperativa, su desarrollo económico, social y cultural’;

”Que los Estados signatarios de la Carta de Punta del Este proclamaron su voluntad de asociarse en un gran esfuerzo cooperativo para acelerar el desarrollo económico y conseguir la justicia social, y fijaron a ese efecto importantes metas de carácter educativo;

” *Reafirma* los compromisos contraídos en los textos internacionales antes mencionados, y considera de inaplazable urgencia que se dé a la cooperación internacional para el fomento de la educación en la América Latina la atención prioritaria que corresponde;

”Aprecia en todo su alcance la valiosa colaboración prestada por la UNESCO, la CEPAL, la FAO y la OIT, en unión de la OEA, para la preparación de la Conferencia y para el éxito de sus trabajos;

”Reconoce:

”Que los informes presentados por las delegaciones que asistieron a la Conferencia acerca del estado actual de la educación en los países latinoamericanos comprueban que, a pesar del intenso esfuerzo hecho por esos países, será indispensable desarrollar en cada nación, dentro del decenio próximo, programas generales de

extensión y mejoramiento de la enseñanza, tanto para compensar las deficiencias debidas a las dificultades económicas y sociales que han

constituido serios obstáculos para su evolución, cuanto con el propósito de adecuar los medios y los sistemas educativos de las diversas colectividades de este Hemisferio al ritmo de su crecimiento demográfico que, en la actualidad, es proporcionalmente el más alto del mundo;

”Que esos programas deben fundarse en la autenticidad nacional, elaborándose y realizándose dentro del más absoluto respeto a la soberanía y a la personalidad cultural de cada pueblo, de acuerdo con sus leyes, sus necesidades y sus aspiraciones;

”Que, aun advirtiendo —como lo advirtió en todo instante la Conferencia— que, en materia educativa, el esfuerzo mayor debe corresponder al país que lo aprovecha directamente, la insuficiencia e inestabilidad de los recursos internos disponibles en muchos de los Estados americanos requieren una desinteresada y amplia cooperación internacional;

”Que esa cooperación internacional habrá de orientarse principalmente hacia dos objetivos: asegurar, por una parte, a los gobiernos que así lo pidan la asistencia técnica de las Naciones Unidas, de la UNESCO y de las demás instituciones especializadas, de la Organización de los Estados Americanos y de las naciones que estén en aptitud y disposición de ofrecerla, y, por otra parte, a proporcionarles una efectiva asistencia financiera, mediante préstamos amortizables a largo plazo, en forma capaz de permitirles acelerar a la vez el desarrollo educativo y el progreso económico y social de sus habitantes sin afectar peligrosamente el gasto total en otras urgentes actividades de promoción nacional;

”Que este decenio constituye una etapa crucial en la historia de la América Latina, ya que en él se decidirá si los 300 millones de habitantes a que ascenderá probablemente su población en 1970 estarán o no en posición de alcanzar mejores niveles de vida y de

disfrutar de los beneficios derivados de las tecnologías y de la cultura, al amparo de las instituciones de la democracia representativa;

”RECOMIENDA:

”1.—Que —mediante organismos nacionales de planeación, que convendrá mantener en contacto con aquellos que funcionen en el plano internacional— se avance en cada país, a la brevedad posible, en la formulación de programas de desarrollo educativo, coordinados con programas de desarrollo económico-social, en los cuales, sin desatender la formación integral del hombre, se establezcan las prioridades aconsejables para elevar la productividad de la población a fin de acelerar el progreso económico y social de todos los habitantes;

”2.—Que todos y cada uno de los Estados participantes en la Conferencia tomen las medidas necesarias para destinar a la educación el máximo de recursos económicos que sea compatible con su capacidad productiva y financiera, y con el equilibrio respecto a otros gastos sociales, a fin de alcanzar en 1965 una situación en que la América Latina en su conjunto pueda destinar no menos del 4% de su producto bruto a la educación, quedando

entendido que los países que se hallan ahora sensiblemente por debajo de ese nivel se esforzarán por acrecer la actual proporción en por lo menos 1% para 1965 y otro 1% para 1970.

”3.—Que, por cuanto atañe a la Alianza para el Progreso, los gobiernos, los organismos financieros internacionales y otros órganos ministradores de recursos a largo plazo acrecienten y aceleren sus esfuerzos y simplifiquen sus procedimientos para preparar, aprobar y realizar los proyectos debidamente elaborados que los gobiernos de los Estados signatarios de la Carta de Punta del Este les sometan en relación con sus programas de fomento de los recursos humanos por la educación.

”a) Que los Estados signatarios de la Carta de Punta del Este se den por objetivo que una proporción no menor del 15% de los fondos públicos disponibles de la Alianza para el Progreso sea aplicada a esos programas y que, en consecuencia, les otorguen toda la importancia debida en los planes generales de desarrollo para los que se prevea financiamiento del exterior.

”b) Que se encomiende al Consejo de la OEA que, en consulta con la Comisión Especial establecida de acuerdo con la Resolución A-4 de la Conferencia de Punta del Este, examine en breve tiempo la posibilidad de constituir un órgano coordinador integrado por representantes nombrados por los siete Estados que dicho Consejo al efecto elija, así como cualquier otro medio de mejorar los actuales procedimientos.

”c) Que, de establecerse ese órgano coordinador y a fin de lograr una estrecha colaboración entre sus actividades y las de las diversas organizaciones internacionales que contribuyen al desarrollo de los trabajos educativos de los países de la América Latina, se invite a tales organizaciones a designar asesores ante dicho órgano.

”4. Que las organizaciones internacionales interesadas en colaborar con los países latinoamericanos en la preparación, financiamiento y ejecución de los programas de educación susceptibles de fomentar su desarrollo económico y social, estudien las actividades —a corto y a largo plazo— con las que cada una de ellas podría contribuir a llevar a efecto, en las mejores condiciones posibles, los planes educativos de esos países durante el decenio.

”5. Que, en el desarrollo de esas actividades, las Naciones Unidas y sus organismos especializados establezcan entre sí, y con los organismos interamericanos, la coordinación y la colaboración necesarias para el satisfactorio logro de esos programas.

”6. Que la UNESCO explore la posibilidad de crear un Fondo Internacional para la Educación en la América Latina y que, en tanto se logra ese propósito, invite a todos los Estados miembros de las

organizaciones del sistema de las Naciones Unidas a contribuir para aumentar los recursos de los organismos financieros internacionales competentes, a fin de que puedan dar un apoyo eficaz a los esfuerzos emprendidos por los países latinoamericanos.

”Al adoptar esta Declaración, los Estados participantes en la Conferencia de Santiago de Chile ratifican solemnemente su decisión de hacer del desarrollo educativo y del progreso

económico acelerado de todos y cada uno de ellos, factores complementarios para lograr, dentro de una verdadera igualdad de oportunidades, no sólo la prosperidad material de los pueblos que representan, sino su plena realización en la independencia y en una más amplia justicia social, a fin de contribuir con elementos cada día más firmes a la obra conjunta que exigen la paz del mundo y la civilización de la humanidad.”

II. DECLARACIÓN DE BOGOTÁ (1963)

“La Tercera Reunión Interamericana de Ministros de Educación,

”Considerando:

”Que el esfuerzo emprendido por las naciones americanas, conforme al Plan Decenal de la Alianza para el Progreso, a fin de acelerar su desarrollo económico, mediante la ampliación y la diversificación de sus sistemas educativos, ha de realizarse dentro de los cauces que marcan a toda obra auténtica de cultura los ideales humanos de constante mejoramiento, individual y social;

”Que la colaboración de los pueblos de este Continente aspira no sólo a fomentar la prosperidad de cada uno de ellos, sino a perfeccionar en todos la libertad y la democracia, para ofrecer así una asistencia creciente al progreso, el bienestar y la paz del género humano;

”Que la Carta de la Organización de los Estados Americanos establece, en uno de sus párrafos esenciales, que la ‘educación de

los pueblos debe orientarse hacia la justicia, la libertad y la paz';

"Que, sin una acción positiva y firme para apresurar, en condiciones equitativas, el desenvolvimiento económico y social de los países de este Continente, toda educación orientada hacia tales fines se verá retardada, cuando no desmentida, por la dolorosa desigualdad material en que viven amplios sectores de su población; y

"Que, en la Conferencia sobre Educación y Desarrollo Económico y Social, reunida en Santiago de Chile durante el mes de marzo de 1962, se ratificó la resolución de los pueblos americanos de contribuir, merced a su desarrollo educativo y a su progreso económico, 'a la obra conjunta que exige la paz del mundo';

"Declara:

"1. La cabal manifestación de la personalidad cultural de cada pueblo es parte insubstituible, e inalienable, del patrimonio común de la humanidad.

"2. Fundamentalmente, la educación tiene como propósito la plena realización del hombre, en un ambiente de libertad, de justicia y de paz.

"3. Para lograr ese propósito, la educación exige, en cada país, una acción general tendiente al mejoramiento efectivo de las condiciones económicas y sociales de toda la población.

"4. Dentro de esa acción general, la educación ha de sustentar los valores de libertad e

igualdad de oportunidades, que son a un tiempo compromiso y honor de la democracia.

"5. A fin de sustentar esos valores, deberá fomentarse en los educandos, junto con el respeto de la persona humana, la convicción de que la libertad y la justicia social son condiciones inseparables e imprescindibles de una convivencia que pueda

asegurar a la vez a los hombres, un porvenir de paz en la dignidad, y, a las naciones, una colaboración constructiva en la independencia.

"6. La educación para la democracia, y el desarrollo de la ciencia y de la cultura para la paz, implican —por cuanto atañe a la vocación esencial de los países americanos— garantía sólida de progreso en su voluntad de contribuir a la civilización.

"7. Como fuerza de libertad, de justicia social y de paz, la escuela ha de estimular la comprensión y la amistad entre todos los hombres, a fin de robustecer, sin rencores y sin prejuicios, la solidaridad intelectual y moral de todos los pueblos."

EQUINOCCIO

Este volumen viene a llenar un vacío que no habrán advertido muchos lectores, pero que me fue señalado ya —con intención amistosa— por personas a quienes quiero, aunque sea tarde, satisfacer.

En efecto, mi primer ensayo autobiográfico —*Tiempo de arena*— resume un lapso que principia con el despertar de mi infancia y concluyó en Toledo, frente al *Entierro del conde de Orgaz,* al anunciarse el verano de 1930. Por otra parte, *Años contra el riempo, La victoria sin alas, El desierto internacional* y *La Tierra Prometida* cubren un período muy distinto: el que empezó en diciembre de 1943, cuando fui nombrado secretario de Educación por el presidente Ávila Camacho, y acabó el 30 de noviembre de 1964, al terminar el mandato del presidente López Mateos.

¿Qué hice, qué leí, qué escribí, qué viajes realicé, en qué países estuve, a qué personajes traté, qué conflictos sufrí durante los trece años transcurridos entre mis reflexiones ante la admirable tela del Greco y mi designación como sucesor del licenciado Véjar Vázquez en la secretaría creada por Vasconcelos?

Según lo estilan los constructores de ciertos túneles, he dejado para el final el puente que convenía tender entre dos épocas tan distantes. Ese puente atraviesa un territorio vital que me explica a mí mismo, ahora, mucho de cuanto pude intentar después.

Entre la última luz de la juventud y el primer rigor de la madurez, las horas de sombra no me parecieron más largas —ni cortas— que las de sol. Día y noche, júbilo y pesadumbre, midieron —con ritmo igual — mis esperanzas y mis nostalgias, mis entusiasmos y mis fatigas.

De ahí que sea *Equinoccio* el título de este libro.

I. MADRID EN 1931. NACIMIENTO DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA. LA PERSONALIDAD DE MANUEL AZAÑA. GONZÁLEZ MARTÍNEZ Y LA EMBAJADA DE MÉXICO. CUALIDADES ESENCIALES DEL PUEBLO ESPAÑOL: SEÑORÍO Y HOMBRÍA DE BIEN. MI ADIÓS A LA TIERRA DEL CID

Principiaba, en el Madrid de 1931, el mes más hermoso de España. Cantaba, en los árboles de los parques, la luz de abril. El 17, cumpliría yo veintinueve años. Pero mis propios aniversarios no me preocupaban gran cosa entonces. Otras eran mis inquietudes. Mi mujer empezaba apenas a recobrarse de un largo mal que la había obligado a permanecer recluida, todo el invierno, en el departamento que habíamos alquilado en la calle de Velázquez, no lejos de la legación de México, instalada en la de Lista, que hoy lleva el nombre del fundador de la *Revista de Occidente.*

Mi madre y mi tía Elisa vivían con nosotros. Nuestro médico, como la mayor parte de mis amigos, era ferviente republicano. El sábado 11 de abril fue a visitar a su enferma. La encontró tan restablecida que le permitió levantarse y salir una hora, por las mañanas, a partir del lunes.

Para celebrar la noticia, lo retuve a tomar una copa de cierto oporto por el que tenía predilección. Conversamos acerca de lo que esperaban lograr los republicanos como consecuencia de las elecciones municipales que iban a efectuarse al siguiente día. Su optimismo era moderado. Estimaba que su partido podría obtener muchos votos en los comicios. Sería, sin duda, un golpe duro para el gobierno; pero no haría caer al Rey.

El domingo se encargó de rectificar los pronósticos de mi amigo. Fue tan vigorosa la acción popular en contra del régimen, que Alfonso XIII optó por salir de España. *Delenda est monarchia* había proclamado, desde las columnas de *El Sol,* José Ortega y Gasset. Y la voluntad nacional dio razón al célebre pensador. El lunes 13 y el martes 14 fueron días de generoso entusiasmo cívico. Por avenidas, calles y plazas, desfilaron millares de madrileños, frenéticos de alegría. No faltaron, después, excesos de cólera y de violencia. Varias iglesias fueron quemadas. Pero, en los primeros instantes, la actitud del pueblo me pareció digna de admiración. Con la mayor hidalguía, la Reina fue custodiada —junto con las Infantas— por respetuosos grupos de hombres y de mujeres, en el palacio donde la dejó, sin defensa, el rápido adiós del Rey. Era fácil reconocerlo: las voces de las masas que circulaban por todas partes expresaban más júbilo que rencor.

El 14, la República fue proclamada en Madrid. Niceto Alcalá Zamora se hizo cargo del

gobierno provisional. Alejandro Lerroux recibió el ministerio de Estado, Fernando de los Ríos el de Justicia y Manuel Azaña tuvo el valor de aceptar el de Guerra.

Personalmente, no tenía yo relación alguna con Alcalá Zamora y con Lerroux. Pero cultivaba la mejor amistad con Azaña y con De los Ríos. Años antes, había conocido en México a don Fernando, cuando vino a dar aquí varias conferencias. Una tarde, nos encontramos en Sanborns. Merendamos juntos. Iba yo a despedirme, al salir, pero don Fernando me dijo: “¿No quisiera usted pasear conmigo? Desearía ver nuevamente, de noche, la

Catedral…" Dimos dos o tres vueltas a la Plaza de la Constitución. Y, de pronto, don Fernando me preguntó: —"¿Por qué cree usted que he venido a México?" —"Porque le invitaron a sustentar una serie de conferencias entre nosotros", le contesté. "Sí —comentó él

—, la razón aparente es ésa. Pero lo que me interesaba, sobre todo, era completar mis conocimientos acerca de la historia de España. En efecto, tres de sus mejores siglos, mi país los vivió en el suyo. Ya irá usted algún día a España. Y se dará cuenta de lo que hicieron los españoles en su solar, mientras los más audaces trabajaron en Nueva España y en el Perú, o en las tierras que llevan ahora los nombres de Colombia, Cuba, Chile y Venezuela."

Desde mi llegada a España, lo comprobé. De los Ríos tenía razón. Se ha hablado mucho acerca del oro llevado a la península ibérica por los conquistadores. Pero España se entregó a América con esperanzas que sería injusto comparar con el interés consagrado por Inglaterra a sus posesiones en Oriente o en Occidente. Salvo excepciones ilustres, los mejores castillos y los más bellos templos de España son anteriores al viaje de Cristóbal Colón.

En Madrid, charlé muchas veces con De los Ríos. Y, cuando recorrí Andalucía, estuve a verle en su casa de Granada. Llegué tarde a aquella visita. Don Fernando, que no me esperaba ya, estaba rodeado por un grupo afectuoso y ávido de discípulos. Maestro de estirpe —y de vocación—, convertía cualquier lugar (un salón, una plaza pública, el rincón de una biblioteca) en cátedra incomparable. Le oí esa noche aconsejar a los jóvenes granadinos respecto al deber que tenemos todos de afrontar la existencia como una empresa de constante superación.

A diferencia de De los Ríos, siempre un poco celoso de su autoridad magistral, Manuel Azaña era el más incisivo —aunque, en ocasiones, el más discreto— de nuestros contertulios en la "peña" de escritores y artistas que se reunían, por las tardes, a tomar café en el Hotel Regina. A esa "peña" (en la cual me introdujo Martín Luis Guzmán, según ya conté en *Tiempo de arena*) concurrían maestros como Ramón María del Valle-Inclán y Enrique Díez-Canedo, críticos

de arte de la calidad de Juan de la Encina y escritores más jóvenes, entre los cuales no he olvidado a Melchor Fernández Almagro, a Claudio de la Torre, a Juan José Domenchina y a varios más. Uno de ellos me presentó, cierto día, a Max Aub.

Don Ramón inventaba siempre leyendas sobre los temas que parecían prestarse menos a su lírica fantasía. Díez-Canedo no inventaba leyendas pero era un conversador muy ameno e inteligente. Conocía, a la perfección, las letras hispanoamericanas. Las comentaba con

agudeza y honestidad. Fui a visitarle en su casa, de ascensor tan lento que, según decía él por broma, podía leer allí, al subir, el periódico de la tarde. Vivía con su esposa, a quien mi mujer quiso mucho. De sus hijos, recuerdo particularmente a Joaquín, que dirige ahora —en México

— una importante editorial.

Azaña estimaba mucho a dos compatriotas nuestros: a Martín Luis Guzmán, que era de sus íntimos, y a Enrique González Martínez, a quien elogiaba como poeta y respetaba como hombre. No hay que olvidar que, años antes de mi instalación en España, González Martínez había demostrado su dignidad de diplomático mexicano en las difíciles circunstancias mencionadas por él en uno de sus libros: *La Apacible Locura.*

Se celebraba, en el Palacio de Oriente, durante el mes de abril de 1927, “el día del Rey”.

Concluida la cena, los soberanos acostumbraban recorrer la gran sala de recepciones, deteniéndose a saludar a los jefes de misión acreditados ante el gobierno de España. Al llegar al grupo en que estaba González Martínez, Alfonso XIII le estrechó la mano y, sin mayores preámbulos, se quejó del trato que la administración del presidente Calles daba a “sus”

religiosos. Nuestro ministro le manifestó que, acaso, esos religiosos hubieran violado algún precepto legal. Como Alfonso XIII, “entre irónico y agresivo”, le indicara que “quien hace la ley hace la trampa”, González Martínez le respondió que, en México, las leyes se dictan para cumplirlas. Pero el Rey insistió. “A pesar de todo —dijo— yo recomendaría a su gobierno mayor prudencia y humanidad en el trato de los sacerdotes extranjeros.” Semejante consejo parecía ya una reprimenda. Y González Martínez hizo muy bien en declarar en seguida a Su Majestad que respetaba tal opinión, aunque se “guardaría de transmitirla”…

El incidente no pasó inadvertido. Los intelectuales republicanos de España manifestaron su adhesión a nuestro ministro. González Martínez fue llamado a México, “para informar”, y la Secretaría de Relaciones Exteriores acertó al disponer que volviese a Madrid. A partir de entonces, la “inteligencia” republicana supo que residía, en la calle de Lista, un diplomático de carácter firme y cabal.

Me interesó asistir a los primeros intentos del nuevo régimen. Temí que, como aconteció infortunadamente después, la efusión popular en que había nacido la República disimulara a sus promotores la magnitud de los riesgos que implicaría la transformación de un país valeroso en las horas de la defensa pública, pero disperso y contradictorio en años en los que urgía establecer una organización social clara, sólida y coherente. Dos problemas muy serios tendrían que afrontar las autoridades: el del ejército y el de los campesinos. Una renovación total de los “cuadros tácticos” militares era imprescindible. ¿La concluiría a tiempo el ministro Azaña? En cuanto a la justa distribución de la tierra, se requería un adecuado sistema agrario. ¿Lograrían precisarlo —y prever sus métodos— los encargados de redactar la nueva Constitución?

El viernes 24 de abril, al llegar a mi despacho, encontré sobre mi mesa un cablegrama cifrado. Llevaba la fecha del miércoles 22. Probablemente había sido depositado en México

por la noche y —dada la diferencia de horario— los servicios madrileños lo entregaron al conserje de la legación cuando la oficina

estaba cerrada. Lo descifré. La Secretaría de Relaciones Exteriores recomendaba a González Martínez una gestión que juzgábamos ambos muy oportuna: conseguir que las representaciones diplomáticas de nuestras dos repúblicas tuviesen, en lo futuro, rango de embajadas. González Martínez (que había hablado ya del asunto con Azaña y con De los Ríos) me pidió que solicitara desde luego una audiencia del ministro Lerroux. Llamé por teléfono a uno de sus secretarios y me alentó advertir que, sin averiguar el objeto de la visita, Lerroux nos hiciera saber, pocos momentos más tarde, que recibiría a González Martínez, esa mañana, a las doce.

Tuvimos apenas tiempo de preparar una nota informal, y nos dirigimos al ministerio.

Lerroux acogió al autor de *Los senderos ocultos* con la más afectuosa cordialidad. Y antes de que González Martínez concluyese de leer nuestra nota, lo interrumpió. “Para asuntos como éste —le dijo— debo consultar al Consejo. Pero estoy seguro de que se hallará de acuerdo conmigo, pues conozco de sobra el aprecio que tienen todos sus miembros para su país.”

Regresamos a la legación, y procedí a cifrar el mensaje en el que informábamos a Genaro Estrada del éxito prometido. Al firmarlo, González Martínez me hizo notar: “Menos de tres horas han transcurrido entre la lectura del cable y nuestra respuesta”.

Cito este hecho como un testimonio de la consideración con que los jefes republicanos veían a nuestra patria y a su representante oficial en Madrid. Todo podía hacernos pensar que el primer embajador de México en España sería el propio González Martínez. Así lo esperaban los españoles. Pero, muy a menudo, la política vence a la lógica. Y no tardamos en darnos cuenta de que hay triunfos que se convierten en derrota personal de quien los obtiene.

Para González Martínez, la recompensa no fue el ascenso, sino el retiro. En lugar suyo, el ingeniero Alberto J. Pani presentaría a Alcalá Zamora credenciales de embajador.

Al despedirse oficialmente de España, González Martínez me hizo entrega de la embajada el 12 de junio. Yo también debería salir de Madrid, aunque ascendido a segundo secretario de legación. Iría a colaborar con el ex presidente Portes Gil, nombrado ministro de México en Francia.

Enterado de mi próxima partida, Manuel Azaña tuvo la amabilidad de invitarnos a almorzar en su casa. Mi mujer y yo tratamos de ser puntuales. Sin embargo, encontramos ya en el salón a Martín Luis Guzmán junto con su esposa. La señora de Azaña nos explicó que su marido llegaría poco después. Algún asunto importante y urgente lo había retenido en el ministerio.

Cuando Azaña se presentó, le expresé la tristeza que me causaba la necesidad de salir de España. Charlamos de muchas cosas durante el almuerzo. Y me encantó comprobar que el

“señor ministro” no había perdido ni su franqueza irónica de contertulio ni su honrada indulgencia de hombre de bien.

A la hora del café, me llevó a ver sus libros. Por instantes, que podrían ser breves, nos

encontramos a solas. Y sería aquella la última vez. Quise aprovechar la oportunidad para indicarle mis inquietudes ante el futuro de su país. “Le agradezco mucho esta invitación”, le dije. “El almuerzo estuvo excelente y de acuerdo en todo con las mejores normas gastronómicas. ¿Sucederá lo mismo con la República?” —“¿Por qué me pregunta usted eso?”

exclamó Azaña. —“Porque temo que, en lo político, hayan empezado ustedes por el postre y tengan que terminar con la sopa”… Azaña me miró sorprendido. Hizo un mohín. Y cambió de tema.

Han pasado más de cuarenta años desde ese día. Y no me perdono aún aquel chiste, que resultó en cierto modo un augurio trágico. En efecto, a las alegrías del 14 de abril, siguieron pronto los

desacuerdos. Y, después, las agitaciones. La República concluiría en una sangrienta guerra, azuzada por los fascistas de Roma y los nazis de Berchtesgaden.

Era —entonces— tan evidente el entusiasmo republicano, que el país parecía resuelto a ignorar los peligros de una evolución sin revolución. Todo, en las calles, en las verbenas y en los cafés, atestiguaba público regocijo. A cada momento, el humorismo madrileño acuñaba fórmulas imprevistas. Citaré un caso. En los últimos tiempos de la monarquía, se había puesto de moda, cerca de Madrid, un restaurante excelente: Fuente-la-Reina. A mediados de junio, invitamos a tomar allí el té a algunos amigos.

Llegamos a Fuente-la-Reina un poco después de las cinco. Dos cosas me sorprendieron.

Una fue ésta: el guardián del estacionamiento donde situé mi coche me dijo, cual si fuera yo un cliente más conocido que asiduo:

“Conque ¿vuelve usted a Fuente-la-Eusebia?”… Eusebia era el nombre de la esposa de don Niceto Alcalá Zamora. La presidenta en turno reemplazaba, por lo visto, a la reina ida.

Mi segunda sorpresa fue de orden muy diferente. A pesar de la hora, el más vasto espacio del restaurante se hallaba henchido por más de cincuenta personas que no habían acabado de comer. Se trataba, sin duda, de algún banquete político. Escogí una mesa alejada y me senté de espaldas, a fin de que nuestros invitados pudiesen ver el espectáculo del salón. No nos habían servido aún, cuando principiamos a oír una serie de discursos. De pronto, una voz me llamó la atención. ¿Sería la de Manuel Azaña? Lo que decía el orador me pareció de un estilo rápido, noble, muy persuasivo, pero completamente distinto del que apreciaba yo en obras como *El jardín de los frailes.* Había escuchado al autor de ese libro no sólo en las charlas del Regina sino en el recinto donde leyó una conferencia sobre Valera. El ímpetu del magnífico polemista que estaba definiendo —en Fuente-la-Reina — los intereses de la República, no recordaba la elegancia sutil del conferenciante y del

narrador. Me levanté de mi asiento para ver quién era el que hablaba así. Identifiqué, en seguida, a Azaña. ¡Cuántos registros dominaba hombre tan culto y de tan honda penetración!

Al volver a sentarme, pensé que sería un gran jefe de gobierno quien sabía expresarse así.

Por desgracia para él —y también para su país—, Azaña (que tanto acertó como presidente del Consejo de Ministros, cuando sus méritos lo llevaron a ese importante cargo) tuvo que

aceptar, después, la presidencia de la República. Y, desde la presidencia, se vio obligado en múltiples ocasiones a ver mandar a políticos que no siempre fueron de su talla.

El 24 de junio por la noche varios de mis amigos madrileños me ofrecieron, en el Hotel Nacional, un banquete de despedida. Conservo aún, en una tarjeta, las firmas de algunos de los invitantes: las de Valle-Inclán, Díez-Canedo, Pedro Salinas, Benjamín Jarnés, Fernando González, Cipriano Rivas Cherif y Melchor Fernández Almagro. Junto a ellas, veo la de un peruano: Pablo Abril de Vivero, que fue más tarde embajador de su país en el nuestro, y la de Martín Luis Guzmán. No asistió Benavente. E ignoro si lo invitaron. Lo había tratado poco, a pesar de lo cual tuvo la deferencia de ir a escuchar —en el Lyceum Club— una lectura de mis poesías. Por cierto, las organizadoras del acto me contaron que les había llamado la atención su presencia, pues Benavente no iba al Club desde la noche en que, al asistir a otra conferencia, las señoras que animaban la asociación le pidieron que, aunque fuese ya un poco tarde, les diera una breve plática. Maestro en sarcásticas evasivas, don Jacinto les contestó:

“Pero, señoras, ¿cómo voy a hablar hoy así, de improviso, a tontas y a locas?”… Las damas no se dieron por aludidas, mas nunca le perdonaron la impertinencia.

Al regresar a mi casa, después del banquete en el Hotel Nacional, pensé en todo lo que debía yo a España y en todo lo que España

me dio durante los veintiséis meses en que disfruté de su generosa hospitalidad.

Trataré de hacer, otra vez, un resumen de mi deuda moral para España entera. Ante todo, España fue para mí una escuela de señorío y hombría de bien. Espontáneos y francos por naturaleza, y por hábito secular, los españoles viven al día y, salvo excepciones, prefieren a los corteses silencios con que el latinoamericano protege sus íntimas reticencias, la exposición sincera de lo que piensan, aunque no ignoren hasta qué punto semejante sinceridad puede lastimar nuestros prejuicios o nuestro orgullo. Duque y mesero, en cualquier café, conversan como si hubiesen ido juntos a la primaria. Y no es que el mesero menosprecie el linaje de su cliente, o que éste —al tratar al mesero— lo iguale a él, sino que ambos están convencidos de que son hombres y de que, en su calidad de hombres, las categorías sociales no les imponen exclusas de soledad.

Tuve, en España, experiencias inolvidables. Me limitaré a tres de las que recuerdo. Antes de instalarnos en la calle de Velázquez, habíamos alquilado un departamento en la de Goya. A las pocas semanas, principió la temporada de toros. Cerca de nuestra residencia se hallaba una plaza famosa. Resultaba molesto el ruido que producía el ir y venir de millares de aficionados. Por fortuna, tuvimos la precaución de firmar un contrato de tres meses únicamente. Pero, por desgracia, llegó a Madrid —en ese lapso— el automóvil que había comprado en los Estados Unidos. Para disponer de un garage en Goya, hubiese debido renovar el contrato que estaba por fenecer. ¿Dónde guardar el coche? Se anunciaba, en la contra esquina, un Garage Renault. Llamé al portero y le pedí me indicase las condiciones del alquiler en aquel establecimiento. Iba a contestarme, cuando vio mi auto. Al advertir que era

norteamericano, se rehusó a recibirlo. Nada más coches franceses tenían derecho a franquear las puertas de ese local. “Lo siento mucho —comenté— porque vivo enfrente y me resultaba cómodo el arreglo.” Su actitud, entonces, cambió de pronto. “¡Ah! —exclamó—

si el señor es vecino, que pase el coche…” ¡Qué diferentes la concepción humana de ese derecho del buen vecino y la política que, con el mismo nombre, proclamaría Franklin D. Roosevelt!

En otra ocasión, como carecíamos de chofer y yo tenía ocupado el coche, mi mujer tomó un taxi para ir de compras. La última tienda que visitó quedaba muy cerca del lugar en que debía esperarla una de sus amigas. Dejó en el vehículo todo lo adquirido, y encomendó al taxista llevar los bultos a nuestra casa. El portero le pagaría el importe de sus servicios. Por la tarde, el portero entregó los bultos a mi mujer. “¿Y cuánto le dio al taxista?” indagó ella. “No cobró nada” observó aquél. “Yo pensé que la señora le había pagado ya”. En otras ciudades, desprendimientos como ése resultarían inconcebibles.

La tercera lección nos la deparó una niña. Fue en Aranjuez. Habíamos ido a conocer la Casa del Labrador. Después de almorzar, nos sentamos en la banca de un parque público. Pasó un vendedor de fresas. Le compré un cesto. Paladeamos dos o tres, y, como vimos que unas pobres chiquillas —que estaban jugando junto a nosotros— contemplaban las frutas con avidez, nos levantamos y depositamos el cesto sobre la banca. La mayor de las tres chiquillas (tendría diez años) corrió a nosotros. “Buen hombre —me dijo— que olvidó usted las fresas”… —“Las dejamos para ustedes” le respondí. No me dio las gracias. Pero los ojos con que me acarició, antes de volver al sitio en que la aguardaban sus compañeras, me parecieron más elocuentes que el más bello discurso de gratitud.

España, por otra parte, me enseñó a ver. En mis apresurados viajes por México, había tenido muy poco tiempo para buscar el sortilegio secreto de ciertas capitales del interior, como Guadalajara, Morelia, Zacatecas y Guanajuato. En España, mis paseos no implicaban un compromiso. Fui a Barcelona, Toledo, Salamanca, Segovia, Sevilla, Córdoba y Granada, sin otro propósito que entender el porqué de sus atractivos y dialogar con los misteriosos fantasmas que rodean sus museos, sus parques y sus palacios.

De los países europeos que conozco, Italia es el que más admiro por su hermosura; Francia el que más respeto, por su lógica existencial; pero el que creo haber entendido mejor, sigue siendo España.

Ciertas ciudades me conmovieron especialmente: Toledo, Burgos, León, Santiago de Compostela, Córdoba y Granada. De las cuatro primeras me cautivaron la entereza, la austeridad y no sé qué filosófica invitación a medir en nosotros mismos la vanidad esencial de ser. Las otras dos son gracia y música sobre todo: arpegios de columnas esbeltas y aguas que corren, como por los barandales del Generalife, en hilos de límpidas melodías. Desde Toledo, manda sin tregua El Greco. En Andalucía, se respira por todas partes una incomparable fragancia —no sólo de jardines, sino de almas, de almas capaces de indolencia y de voluntad, de alegría y de reflexión. En Salamanca, siguen oyéndose los endecasílabos de Fray Luis. Y,

en Ávila, se comprende en verdad a Santa Teresa: una santa de carne y hueso, y no sólo de ferviente efusión católica como la que, en su espléndida estatua, Bernini representó.

En *Tiempo de arena,* hablé ya de los escritores españoles que más traté: Ortega y Gasset, Valle-Inclán, Alberti, Marichalar, Bergamín, Díez-Canedo, Jarnés, García Lorca, Fernández Almagro y, entre todos, mi amigo más querido: el poeta Pedro Salinas. No quise ir a rendir homenaje a Juan Ramón Jiménez. Y no eludí la ocasión de verle por falta de estimación. Al contrario. Él y Antonio Machado —al que tampoco encontré— son, a mi juicio, dos de los líricos españoles más valiosos de nuestro siglo. Pero Antonio Machado no residía en Madrid.

Y Juan Ramón padecía, en aquellos años, una solitaria neurosis de ángel enfermo. Me contaron que, cuando algún admirador pretendía hablar con él por teléfono, le hacía decir —por medio de su esposa o de su criada— que “estaba ausente”. La razón que el poeta daba para negarse a escuchar a aquel persistente devoto era que tenía

un aliento desagradable. Hasta por teléfono, ese aliento lo importunaba. Preferí abstenerme de que encontrase molesto el mío.

España me dio tiempo y paciencia para escribir. En Madrid, publiqué tres libros: *La educación sentimental,* en 1929; *Destierro,* en 1930, y *Proserpina rescatada,* en 1931. Los críticos fueron piadosos con esas obras. En *La Gaceta Literaria,* Giménez Caballero incluyó el siguiente párrafo: “Torres Bodet ha dado un libro nuevo, *La educación sentimental,* donde toda su ardiente fiebre cristalina, encauzada en termómetros europeos, late. De Flaubert tiene tal vez el título. Tal vez, el exacto mesurar de vocablos. El resto o sea todo, es de lo más nuevo, delicado y noble que ha salido de plumas mejicanas minoritarias”.

Jorge Carrera Andrade, entonces en Barcelona, apreció *Destierro.* “Es —según escribió—

una serie de poemas ejemplares de la intimidad. No es un destierro del cielo, como el del poeta de *Sobre los ángeles,* sino un destierro en el Sueño… Con su última obra, Torres Bodet nos ha dado uno de los mejores exponentes de la poesía de evasión en nuestra lengua.”

Desde París, Francis de Miomandre elogió el movimiento que, en *Proserpina rescatada,* conduce a la heroína hasta su rescate, es decir: hasta su muerte. “Tal vez no se trate —apuntó

— sino del fallecimiento de una diosa: una de esas temporales desapariciones tras de las que su incorruptible esencia brota de nuevo.”

Releí, hace poco, los libros que acabo de enumerar. *Destierro,* en efecto, fue una evasión

—frustrada. Y, por cuanto atañe a *Proserpina* y a *La educación sentimental,* creo que estuve en lo justo al no incluirlas en el volumen de mis *Obras escogidas.* No son propiamente novelas, sino —más bien— ensayos de substituir al verdadero relato la hipótesis de un mito.

Me parece ahora evidente —y revelador— el hecho de que los tres libros que hice en España, país de realidades tan descarnadas, hayan obedecido al afán de huir de la realidad. En una página de *Proserpina rescatada,* la protagonista dice a quien la describe: “No me rejuvenezcas. No quiero ser un recuerdo. ¿Entiendes? No quiero ser un recuerdo de mí”…

Acaso un temor igual me impulsó a buscar mi verdad humilde en la intimidad recóndita de la noche.

España había sido pródiga conmigo. Tenía que dejarla en una hora crítica. Todo parecía sonreírle. Y todo la amenazaba. Sus próceres —Ortega, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Azorín, Pérez de Ayala, Pedro Salinas— irían apagándose uno tras otro, sin poder olvidar el asesinato de Federico García Lorca. Muchos escritores tuvieron que desterrarse como resultado de la guerra que dio término a la República. Entre tantos, que no menciono, vino a México Benjamín Jarnés —quien sólo regresó a España para morir…

Mi último domingo lo pasé en el Museo del Prado. Me había despedido de mis amigos, pero quería despedirme, ese día, de mis maestros. Saludé, una vez más, al “divino” Morales, a Pantoja de la Cruz y a Sánchez Coello; me incliné ante los incomparables Velázquez *(Las hilanderas, Las lanzas* y *Las meninas),* y me sumergí en el mundo espectral de Goya: los crueles retratos de Carlos IV y de su mujer, la sensual ironía de las dos Majas, los fusilamientos del 3 de mayo de 1808.

Reservé mi postrer adiós para Doménico Theotocópuli. ¡Qué luminoso abismo el de su pintura! Nadie ha sabido transformar —como lo hizo El Greco— la materia en alma, en ascenso el ansia, la caída en vértigo y la mirada de algunos de sus personajes en dramática confesión. ¿Quién pudo realizar como él, con un poco de vanidad y mucho de desencanto, el rostro del caballero que, al llevarse la mano al pecho, parece reconocer un pecado eterno: el mismo que los espectadores le perdonamos porque lo hemos cometido también nosotros —ya tantas veces— al suponer que

seremos siempre, cuando todo está demostrándonos lo transitorio y fugaz de nuestro existir?… De lo sombrío del cuadro que está en el Prado, más que el semblante del caballero, emergen brillantemente el encaje de la gorguera y la empuñadura de la espada. Esa empuñadura y aquel encaje dan la impresión de ser más durables que la pasión del hidalgo que los exhibe, de espaldas ya a la existencia, con los ojos perdidos en el espejo que nunca vemos: el que nos mostraría, si pudiéramos contemplarlo, el vacío en que nuestra vida va a deshojarse, pues de todo cuanto intentamos o pretendemos quedará solo, para nosotros, el recuerdo de una patética soledad.

Con la lección del Greco en el pensamiento, salimos rumbo a París. Permanecieron, en nuestra casa de la calle de Velázquez, mi madre y mi tía Elisa. Queríamos evitarles las molestias que supondría la búsqueda de un departamento aceptable en “la ciudad luz”. Cuando lo hubiéramos encontrado, las llamaríamos.

“¡Ancha es Castilla!”, pensábamos, evocando la clásica exclamación. Por tierras que había cruzado el Cid, nos dirigimos a Burgos, a la que llegamos con las campanadas del Ángelus vespertino… De Burgos, continuamos el viaje, deteniéndonos en San Sebastián. Traspuesta la frontera, pernoctaríamos en Toulouse, en Limoges y en Tours.

II. LLEGADA A PARÍS. MI AMISTAD CON EMILIO PORTES GIL, MARTE R. GÓMEZ Y LUIS QUINTANILLA. TEATRO Y MUSEOS.

VIAJE A BRUSELAS. FRANCIA EN UN ARMISTICIO QUE

PRESAGIABA OTRA NUEVA GUERRA. ¿FIN DE LA LUCHA

ENTRE LOS “REBENDART” Y LOS “DUBARDEAU”?

Llegamos a París al final de un día sofocante. En la Isla de Francia, el verano resulta menos intenso, pero —a veces— más angustioso que en la meseta áspera de Castilla. En efecto, durante ciertas

semanas, agrava el calor estival la humedad de una atmósfera deprimente.

Por devoción a Proust (y, también, por razones de economía), nos alojamos en un modesto albergue de la calle Hamelin, el Hotel Farnèse, cerca de la casa en que falleció el autor de *À*

la Recherche du Temps Perdu. A la mañana siguiente, fui a pie a la calle de Longchamp, próxima al hotel. Allí se encontraban las oficinas de la legación de México —y allí continúa instalada la cancillería de nuestra embajada. Me recibió el escribiente Carlos Serrano, al que había conocido en México, como periodista, y de quien afirmaban los malquerientes que era el prototipo del personaje al que dedicó un poeta cierto epigrama: “el secretario del secretario del secretario particular”…

Serrano fue muy cordial conmigo. Se dio cuenta del cambio enorme que representaría para mí, después de vivir en España, adaptarme al estilo de vida parisiense y tener que buscar un alojamiento, dos o tres veces más caro que el de Madrid. Estaba enterado de que mi mujer ignoraba el francés. Y se ofreció a ayudarnos en todo lo que nos pareciese más apremiante.

En seguida, vi a Luis Quintanilla, que desempeñaba el cargo de primer secretario de la legación. Lo conocía yo, también, desde hacía años. Apreciaba su talento, su avidez cultural, la modernidad de sus gustos y su incansable curiosidad en materia de filosofía, de política y de literatura. Como jefe de la cancillería, me señaló cuáles habrían de ser, por lo pronto, mis principales tareas: llevar las cuentas y reunir los datos indispensables para los informes de fin de mes. No tendría, siquiera, un despacho propio. Trabajaría en el amplio salón, contiguo al de Quintanilla, donde se hallaban instalados los escribientes… Me resigné.

Poco a poco, mejoraron mis condiciones. Desde el primer momento, el licenciado Portes Gil me demostró una gran confianza. Don Emilio era entonces un cuadragenario robusto, tan inteligente y tan ágil como jovial. Había pasado por la presidencia de la República sin

adquirir el menor resabio de amargura ni el más leve asomo de petulancia. Jugaba al tenis, con Quintanilla. Me invitaron ambos a acompañarles. No pude hacerlo. Siempre he sido, por desgracia, lo contrario de un deportista. Teníamos en común otras aficiones. Íbamos al teatro,

y ciertas noches, con nuestras esposas, a algún “cabaret” de Montmartre o de Montparnasse.

Una vez, al entrar en el Pigalle, nos sorprendió la distribución —estratégica, acaso— de muchas pequeñas mesas. Frente a cada una, se hallaba sentada una joven de maquillaje insolente y sonrisa profesional. No sin ironía, preguntó mi mujer: “¿Y qué hacen tantas señoras solas?” A lo que Portes Gil respondió, con la mayor seriedad posible: “Están esperando a sus esposos”… Era la edad de oro de Mistinguette y Maurice Chevalier. Oro otoñal en ella y, en él, todavía estival. Una y otro, o algunos de sus imitadores, triunfaban en los escenarios consagrados a revistas para extranjeros. Circulaban por las calles refranes de canciones suyas muy conocidas, como *“Je naquis* / *au Faubourg Saint-Denis”* o *“Valentine”,* ya un tanto marchita. Y creo que fue entonces cuando escuchamos en el Lido (muy diferente del que ahora toman por asalto los norteamericanos durante los meses de auge turístico) a una *diseuse* que pronto adquiriría celebridad: Lucienne Boyer. Cantaba, frente a unos cuantos conocedores,

“Attends” y *“Parlez-moi d’amour”.*

Descubrimos un departamento en Auteuil. Se encontraba en el último piso de un edificio ubicado en la calle Erlanger. Lo alquilamos inmediatamente. Desde las ventanas, podríamos ver —de lejos— los arcos del bulevar Exelmans y, frente a nuestra casa, los corredores y el patio de un asilo para ancianitas. Llegaron de Madrid mi madre y mi tía Elisa. Y prosiguió nuestra vida, como en España, pero con otras preocupaciones y otros amigos.

La señora de Portes Gil halló, en mi mujer, a una compañera adicta. Cuando comíamos en su residencia, nos conmovía la sencillez de la

madre del licenciado, doña Adelita, intrépida y sonriente. Portes Gil le tenía profundo afecto. Respetaba su inteligencia y celebraba sus comentarios, siempre oportunos y nunca acerbos. En un país que ignoraba (y que adivinó más que conoció), doña Adelita vivía una vida íntima y recogida. Pronto mi madre y ella aprendieron a comprenderse.

Destacaba —entre los colaboradores del licenciado Portes Gil— un funcionario que, por su talento y por su cultura, tenía ya un pasado político muy valioso. Sus méritos le auguraban, por otra parte, un espléndido porvenir. Ese funcionario era el ingeniero Marte R. Gómez.

Revolucionario, ex diputado y ex secretario de Agricultura (cargo que desempeñó durante el gobierno de Portes Gil), Marte vivía también entonces con su madre, doña Estercita, y con su esposa. Doña Ester, como doña Adela, constituía un ejemplo de virtud en el señorío y clarividencia en la discreción. Dos niños iluminaban los días de esos hogares: Rosalba, la hija de Portes Gil, y Rodolfo, el hijo de Marte.

Quintanilla residía en la calle de Le Marois. Su mujer era una joven norteamericana. Se llamaba Ruth. Por diáfana, y por hermosa, parecía haber escapado de un cuadro de Botticelli.

La acompañaban siempre sus hijos: Jenny, que cumpliría pronto ocho años, y Luis, que no pasaba de dos.

Nos invitó a cenar en su casa el cónsul general, don Arturo Pani. Era, aquella, otra familia feliz. Doña Lolita, esposa del anfitrión, y sus hijos, cultivaban la buena música. Después de la

cena, les oímos interpretar varios fragmentos de autores clásicos.

Con Portes Gil, Marte y Quintanilla acabamos por constituir una *“entente cordiale”,* menos solemne —sin duda— que la proclamada por Francia, Rusia y la Gran Bretaña, pero más franca y más duradera. Como la mía, las madres de Marte y de Portes Gil no están con nosotros ya. Sin embargo, invisiblemente, su recuerdo nos guía y nos reconforta. Quintanilla se divorció. Después de la muerte de su primera esposa, Marte contrajo otro matrimonio. A pesar de los años transcurridos desde nuestro encuentro en París (suman, ahora, más de cuarenta), cada vez que nos vemos, aunque no lo digamos, nos vincula una solidaridad peculiar. Somos, todavía, los amigos de entonces: los que vieron caer en Versalles, no la última flor de lis de una dinastía, sino la corona de un áureo otoño, cierto domingo de octubre de 1931, al término de un paseo en el que hablamos menos de Luis XIV que del paisaje que nos rodeaba. [1]

Marte Gómez me acompañaba frecuentemente en mis visitas al Louvre. No repetiré aquí, acerca de las galerías de ese museo, lo que indiqué en alguno de los capítulos de *Tiempo de arena.* Pero Marte iba también conmigo a muchos teatros. Juntos, aplaudimos a Jouvet en el papel de Jean de la Lune y celebramos la gracia del *Marius* de Marcel Pagnol.

Nos impresionó —no recuerdo ya dónde— una interpretación muy original de *Le Malade Imaginaire.* La comedia había sido hábilmente transformada en drama. Ya no era el protagonista un enfermo de aprensión, como lo suponían muchos espectadores, sino un incurable, lento en morir. ¿No murió Molière —enfermo no imaginario— pocas horas después de representar esa pieza suya, la última que escribió?… El director había acertado en su versión trágica de la obra. En los “intermedios”, la ironía iba tornándose en pésame, y los sueños se convertían —poco a poco— en lúgubres pesadillas. Podrían los ingenuos reír de las amenazas del inefable Monsieur Purgon. A la postre, Argan perecerá, justificando así tales amenazas.

Por las noches, al volver del teatro, me aislaba en el pequeño despacho que habíamos acondicionado junto a nuestro salón. Allí tracé algunos de los relatos que Loera y Chávez publicaría después en México. El que recuerdo con mayor precisión es *Nacimiento de Venus.*

¿Por qué, tras de *Proserpina,* esa insistencia en temas de índole mitológica? Acaso por lo que declaró Goethe al formular estas frases, que aproveché como epígrafe de mi texto: “En el torbellino de las acciones, en el oleaje de la vida, ondulo subiendo y bajando, me agito de un lado a otro. Nacimiento y muerte, océanos. Actividad cambiante, vida: así trabajo yo, tejiendo

—sobre el telar del tiempo— el ropaje de mis dioses”.

¡Pobres dioses efímeros los que vestí con las telas que pude hilar durante las noches de la calle Erlanger!… Me resultaba difícil hallar, en Francia, las amplias pausas de las que disfruté en Madrid. Siempre tenía París un secreto que revelarme, un rincón oculto que proponerme: por ejemplo, una antigua iglesia en la que vemos los sitios donde fueron depositados los restos de Pascal y de Jean Racine. Aludo a Saint-Étienne-du-Mont. Creía conocer muy bien los tesoros de Nuestra Señora y de la Santa Capilla. Pero una visita más

detenida me permitió comprender que había considerado esos monumentos de manera bastante superficial.

Examiné los vitrales de los dos templos. Me cautivaron, sobre todo, los del relicario admirable construido en la época de San Luis. A pesar de las restauraciones —que la revolución hizo indispensables — muchos han sobrevivido a siete centurias de religión y de irreligión. Los rojos y los azules del siglo XIII vibran, todavía a la luz de las claras mañanas del siglo XX. El tema de esa ilustración cristalina es la Pasión de Jesucristo, enmarcada por la vida de los Profetas y por referencias a textos célebres de la Biblia… Recuerdo, entre otras, la figura de Isaías, reconviniendo a los idólatras, y, en los rosetones, diversas escenas del Apocalipsis de San Juan. ¡Qué

distante lirismo el de la Edad Media! Parece, a cada momento, que vamos al fin a tocar la rosa —y nos sorprende no hallar sino su promesa: el botón que el Renacimiento tendría que madurar. Ese, acaso, es el encanto mayor del lirismo al que me refiero. La poesía del augurio resulta, a menudo, más conmovedora y sutil que la plena realización.

Otro sitio, al que consagré muchas horas dominicales, fue el de las Termas de Lutecia. Allí se erigió el palacio de Pierre de Chaslus y, más tarde, construyó Jacques d'Ambroise el que ocupa ahora el Museo de Cluny. Sobresalen, en las galerías de ese museo, los tapices de *La Dama del Unicornio,* alegoría de los cinco sentidos. ¡Cuánta delicadeza en el trazo de cada detalle y cuánta ternura en la exposición heráldica del conjunto!… Sabiendo que el unicornio simbolizaba a la castidad, me llamó la atención que dama tan poco afecta a semejante virtud, como lo fue Jorge Sand, hubiera dedicado a aquellos tapices tantos elogios en sus novelas.

Más que italiana, británica o española, la Edad Media fue íntimamente francesa —y, también, germánica. El arte románico (que había yo seguido, en España, por la ruta de las peregrinaciones en honor del Apóstol Santiago, desde Santa María del Naranco hasta Compostela) prolonga las tradiciones de Cluny y de Toulouse. En cuanto al gótico, su Partenón está en Chartres.

En mis rápidas excursiones por Francia, me guiaba —de lejos— la inteligencia de un compañero: el pintor Ángel Zárraga. Pocos artistas he conocido de tan claro vigor en la voluntad de hacer cuanto —por desventura— la vida no les dio tiempo de realizar. Era, indudablemente, un pintor notable. Pero era también poeta y se entendía muy bien con los escritores. Amigo de Alfonso Reyes y del Abate de Mendoza, pude heredar un poco del afecto que profesaba a ambos.

Ángel conocía los paisajes de Francia tanto —o mejor— que los nuestros. Me indicó los caminos más pintorescos, las abadías más secretas, las posadas más confortables. Cuando volvíamos a vernos, me halagaba coincidir con él en el juicio de muchos rincones

franceses, todavía no contaminados por las epidemias crónicas del turismo.

Vivían en Francia tres hispanoamericanos que han alcanzado muy justo éxito: el guatemalteco Miguel Ángel Asturias, el nicaragüense Eduardo Avilés Ramírez y el venezolano

Arturo Uslar Pietri. Éste acababa de publicar una gran novela: *Las lanzas coloradas.* Según supongo, no imaginaba entonces la carrera política que le esperaba en su país. Miguel Ángel Asturias —cuyo perfil austero parecía el de un pontífice maya— era tres años mayor que yo.

Sus *Leyendas de Guatemala* fueron traducidas al francés por Francis de Miomandre. Con el Abate de Mendoza, había trasladado ya al español el texto de la versión francesa del *Popol Vuh.* Escribiría, más tarde, obras de la importancia de *El señor Presidente.* Y recibiría el Premio Nobel.

De pluma aguda, irónica y perspicaz, Avilés Ramírez continúa siendo el más constante de esos amigos. Cada vez que leo una de sus crónicas, o recibo una carta suya, recuerdo nuestras pláticas parisienses, junto a la chimenea de un buen *bistrot,* mientras solía caer la nieve sobre las calles de la ciudad. París no había sido limpiado aún por Malraux, pero lo blanqueaba —

tal vez con mayor equidad— la caricia isócrona del invierno.

De cuando en cuando, asomaba en nuestras tertulias algún compañero español. Era, en ocasiones, Pedro Salinas, de paso para Inglaterra. En otras, era Rafael Alberti, con María Teresa, su esposa. ¿Se hallaría el poeta de *Marinero en Tierra* en busca de nuevos ángeles que cantar?… Rememorábamos nuestras charlas madrileñas. Y comentábamos el acierto que había tenido la República al mandar a Roma al novelista de las *Sonatas* y al confiar al autor de *Bodas de Sangre* una misión de cultura viajera por las provincias de España. A Salinas, le interesaba Dalí. Al oírnos hablar del *superrealismo,* inventó la palabra *superdalismo.*

Aplicaba el vocablo a escritores y dibujantes ansiosos de obtener fama en su lucha locuaz con la tradición.

Traté también, en París, a otros hispanoamericanos —ésos ya ilustres. Me refiero a los hermanos García Calderón. A Ventura, lo conocí por correspondencia —desde México— en 1927. A Francisco, me lo presentó Ventura, durante un almuerzo en Fouquet's. Ambos merecían el título que pregonaba uno de ellos: el de "peruparisienses" o, más a menudo,

"pariperuanos". Cualquiera de esas dos denominaciones les convenía. Si Francisco vino al mundo en Lima en 1883, Ventura nació en París en 1885. Uno y otro gozaban de las delicias de Francia, aunque soñaban con regresar (lo más tarde que resultara posible) a su querido y lejano Perú.

Jefe de la representación peruana en la patria de Baudelaire, Francisco era uno de los más distinguidos miembros del Cuerpo Diplomático acreditado en París. Sus opiniones disfrutaban de la más amplia y amable audiencia. A su talento de jurista, unía la modestia conmovedora de un hombre bueno, lúcido y servicial. Ventura daba, al contrario, la impresión de hallarse muy satisfecho de su valía. En la charla, ambos tartamudeaban un poco, no por defecto físico, sino por exceso de prisa mental o por nerviosa exigencia en el ansia de expresarse con precisión.

Ventura acababa de publicar, en francés, un hermoso volumen de cuentos: *Couleur de Sang.* Georges Pillement reservó a esa colección especial elogio en un artículo dedicado a las letras hispanoamericanas. En el mismo artículo, el autor hablaba de *Las lanzas coloradas,* de

Arturo Uslar Pietri; del *Mapa de América* de Benjamín Carrión; de unos poemas de Jorge Carrera Andrade y de mi libro *Destierro.* Me di cuenta de que Ventura, al enseñarme el comentario, apreciaba particularmente este párrafo: "El gran escritor peruano —decía Pillement— puede considerarse como un escritor francés por

adopción, pues escribe en nuestra lengua con seguridad y elegancia admirables".

Junto con Ventura y con Mathilde Pomês (que había traducido algunos poemas míos), hice un rápido viaje a Bruselas en noviembre de 1931. Nos invitó el animador de una agrupación literaria bautizada por Charles Plisnier con el nombre de *La Lanterne Sourde.* Exhortados por Vanderborght, los escritores y artistas de *La Lanterne Sourde* celebraban un decenio de éxito en sus trabajos. Fueron también a Bruselas Mariano Brull y Georges Pillement. Durante el banquete, en el Restaurant du Bon Marché, presidió de hecho, el domingo 15 de noviembre, Francisco Castillo Nájera. Los herederos de Verhaeren y Rodenbach agradecían así a nuestro compatriota la reciente publicación de *Un Siglo de Poesía Belga.*

Me agradó charlar con Castillo Nájera. Tenía una idea errónea de su persona. En México me había parecido agresivo y —¿por qué no decirlo?— poco oportuno. Su mechón, sus boquillas y su sonrisa, más despectiva que acogedora, formaban un conjunto, probablemente deliberado, de coronel descontento o de torero quejoso de su empresario. Pero pronto me percaté de que la sonrisa, las boquillas y hasta el mechón no eran sino el disfraz de un hombre profundo, afectuoso e inteligente, tímido a veces frente a los seres que no se esforzaban por comprenderlo, y generoso —como el que más— para quienes lo trataban con rectitud.

Castillo Nájera había pasado una temporada, como ministro de México, en Bélgica. Desde el principio de 1931, nos representaba en La Haya. Encontrarse de nuevo en Bruselas, aunque fuese por unas horas, lo llenaba de un júbilo singular. Le alegraba que lo viésemos rodeado por la admiración de tantos flamencos, que no luchaban entonces con los valones, y de tantos valones que toleraban el francés hirsuto de los flamencos. Me preguntó si me sentía contento en París. Le indiqué hasta qué punto me agradaba vivir en Francia. Sin que me dijera nada concreto al respecto, adiviné que no perdía él la esperanza de que la rueda de la fortuna oficial lo depositara, algún día, en el número 20 de la avenida del Presidente Wilson.

De Mariano Brull hablaré más tarde, cuando haya de referirme —en otro capítulo— a los años de la preguerra, época en que traté con intimidad al poeta de *La casa del silencio.* Por ahora, me limitaré a una breve silueta de su persona. Lírico estricto y hombre que, del cubano, no tenía sino la miel, era Mariano un caballero digno y valioso. Nunca adulaba: alentaba apenas. Y jamás censuraba: se contentaba con advertir… Temí, aquella vez, que los chistes de Castillo Nájera le importunasen tanto como las anécdotas que fluían de los labios elásticos de Ventura, gozoso de asombrar a los belgas con alusiones a las celebridades que conocía y que, a su entender, podríamos imaginar que tuteaba entre dos cocteles o recibía en su casa en bata, como un nuevo Monsieur Bonnard.

Brull no gustaba de bromas y no pretendía tutear sino a sus parientes y a sus amigos

íntimos. Delgado, menudo, leve, escondía —lo más que le era posible— sus cualidades de escritor y su eficacia de diplomático. Prefería pasar inadvertido.

En el tren que nos reintegró a París, se sentó a mi lado otro de los invitados de Vanderborght: un boliviano, autor de la famosa novela *Raza de bronce.* Alcides Arguedas había cumplido cincuenta y dos años, pero daba la impresión de tener sesenta. Ignoro qué hacía en Europa en aquellos meses. Le preocupaba el problema indígena. Me preguntó cuál era la situación de los indios de México en Oaxaca, Chiapas, Pátzcuaro y Yucatán, y se refirió

—con dramática precisión— al dolor de los indios de su país. He releído sus obras, y deploro no haberlo visto en Francia con más frecuencia.

El lunes 16 de noviembre, volví a mi trabajo en la legación. Me inquietaban las dificultades políticas que estaba sufriendo Francia. El melancólico y grave presidente Doumer no era un sucesor muy dichoso del alegre y simpático presidente Doumergue. Parecía casi el mismo apellido. Sólo le faltaba, al primero, la última sílaba del

segundo. Pero ¡qué diferente destino anunciaba la ausencia de aquella sílaba!

Como lo había advertido en 1929 —al detenerme, en París, antes de ir a España—, Francia sentía muy bien que la “victoria” de 1918 no era, en el fondo, sino un armisticio. Y un armisticio que podría resultar amenazador. Durante su septenio gubernamental, Doumergue había logrado atenuar un poco el malestar económico de su país. Pero tocó a Doumer una era bastante incómoda. Presidía el Consejo de Ministros un afortunado intrigante, nacido en Châteldon en 1883. Con vestidos de paño oscuro (y anchas corbatas claras que, por contraste, acentuaban más lo moreno de su semblante, de argelino o paquistaní), Pierre Laval fumaba incesantemente, sonreía con displicencia, tal vez para no exhibir una dentadura ya ennegrecida por el tabaco, y era un maestro en la técnica de callar sin descortesía, o de afirmar lo que no pensaba, con aparente rápida convicción. Además de la presidencia del Consejo de Ministros, se había reservado el ministerio del Interior y decidió confiar el de Finanzas a un casi tocayo suyo, Pierre Etienne Flandin, de cuarenta y dos años, alto, elegante, espeso; producto de una sociedad muy distinta de la que rodeaba a su jefe entonces.

Laval había empezado por militar en las filas del socialismo. No tardó en comprender que le sería más provechoso actuar como “independiente”. Entró nuevamente así, en 1924, a la Cámara de Diputados. Esa “independencia” le permitió adaptarse a las circunstancias políticas de una variedad de gobiernos no siempre afines. Logró ser ministro de Obras Públicas en 1925, de Justicia en 1926 y del Trabajo en 1930. Pocos imaginaban, en 1931, lo que sería capaz de emprender —o de tolerar— en materia internacional.

Cansado, viejo y enfermo, Aristide Briand continuaba al frente del Quai d’Orsay. Francia había encontrado, en la elocuencia de aquel varón, un mágico violonchelo —de singular

resonancia acústica durante los adagios, no siempre fáciles, de los debates políticos de Ginebra.

Algunos críticos acusaban a Briand de ser dispendioso. Circulaba, en París, un rumor malévolo. Se decía que el transporte de su magnífico violonchelo estaba costando mucho al erario público. Otros descubrieron el modo de zaherir, a la vez, a dos eminencias de la posguerra. Afirmaban que Poincaré lo sabía todo, aunque nada entendía ya, en tanto que Briand no sabía nada, pero todo podía entenderlo.

Durante años, Francia se acostumbró a vivir como la *Bella* de Giraudoux: entre la voluntad de acero de Rebendart, según llamó Giraudoux a Poincaré, y la flexibilidad inteligente de Dubardeau, apellido otorgado por el novelista de *Bella* a los Berthelot. Conviene recordar que Philippe Berthelot, de la familia del sabio químico, fue consejero técnico de Briand.

Se lee poco, ahora, a Jean Giraudoux. Pero lo leía yo mucho en aquellos años. Y no dejó de parecerme revelador cuanto el delicioso prosista apuntó acerca de Rebendart, o sea de Poincaré. A su juicio, Poincaré trataba al Estado como se trata a los hombres, por medio de la jurisprudencia y la autoridad. Otros (Briand entre ellos), apreciaban mejor las cualidades femeninas de su país…

Ahora bien, pocas veces había sido Francia tan femenina como en el periodo que tuve oportunidad de pasar en la legación dirigida por el licenciado Portes Gil. Salas de música, casa de alta costura, teatros y restaurantes estaban siempre llenos de un público alegre y despreocupado. Una breve y artificial “belle époque” pretendía prolongar los deleites de la que se había esfumado en 1914.

No faltaban los síntomas alarmantes. Uno de ellos era el asunto Oustric. Cito el caso porque, apenas llegado a París, tuve que revisar —al respecto— los diarios y las revistas en que se hablaba profusamente de aquel escándalo. En julio de 1931, el Senado —constituido en Corte de Justicia— absolvió a tres funcionarios o ex funcionarios acusados de haber contribuido a las maniobras efectuadas por el señor Oustric para introducir, en el mercado francés, quinientas mil acciones de una sociedad italiana. Se trataba de una vasta especulación. Los acusados quedaron oficialmente

exentos de toda culpa. Pero se averiguó que uno de ellos cobraba honorarios del Banco Oustric. Otro, un embajador de Francia, había recibido, del mismo banco, más de cuatrocientos mil francos. ¿Dádiva o recompensa?… Todo hacía pensar en una complicidad.

El escándalo Oustric era un signo tanto más inquietante cuanto que se produjo en un lapso erizado de catástrofes económicas. Había quebrado, en Viena, la Osterreichische Kreditanstalt. Desde junio, el presidente Hoover propuso su desconcertante y célebre moratoria. En julio, cundió en Alemania un pánico financiero del que fue testimonio la clausura de la Bolsa de Berlín. Y, en septiembre, Inglaterra devaluó la libra esterlina y abandonó el talón oro.

¿Qué iba a hacer el gobierno francés? La burguesía se esforzaba por mantener el orden

establecido, ignorando —o aplazando constantemente— las reivindicaciones de los sindicatos. Los ricos dilapidaban, en lujos, francos que no podían inspirarles mucha confianza.

Y los pobres recibían salarios que no alcanzaban a compensar el alza rápida de los precios.

Sin embargo, en el Elíseo, cuando el cuerpo diplomático fue a felicitar al presidente Doumer con motivo del año nuevo, florecían ramos suntuosos en los jarrones de viejo Sèvres, rosetas en las solapas de casi todos los invitados y retóricos votos en los discursos —que escuchamos con indulgencia más que con persuasión.

No eran muy alentadoras, tampoco, las noticias que recibíamos acerca de la situación de nuestro país. El gobierno del presidente Ortiz Rubio atravesaba meses difíciles. Portes Gil, informado de todo, no perdió jamás su equilibrio, su optimismo y su “sense of humor”.

Alquiló una casa en la Costa Azul, para que la salud de su madre no se viera mayormente afectada por los rigores del invierno parisiense, y nos dejó entender que no prolongaría ya mucho su

estancia en la legación. En los primeros días de febrero de 1932, salió para México Marte R. Gómez. Portes Gil se despidió de nosotros poco después.

Tenía yo la intuición de que se me impondría un cambio brusco de residencia. En efecto, en abril, la Secretaría de Relaciones Exteriores ordenó mi traslado a La Haya, donde quedaría adscrito como encargado de negocios *ad interim,* pues iba a alargarse la ausencia del doctor Castillo Nájera, quien asistiría —como delegado de México— a la Conferencia del Desarme.

En esos días, si no me engaño, se hallaba en nuestro país.

Mi tía Elisa resolvió regresar a México. La salud de su cuñado Alejandro se había agravado sensiblemente. Comprendí que la separación de su hermana sería muy penosa para mi madre y que no la compensaría de aquel vacío la perspectiva de contemplar, desde lejos, la primavera del Norte, delgada y fría. Por eso le agradecí, todavía más, la bondad con que aceptó acompañarnos en nuestro viaje a Holanda.

III. MESES EN LA HAYA. EL SECRETO HOLANDÉS. CUADROS Y CANALES. PAUSAS INOLVIDABLES: REMBRANDT, VERMEER, FRANZ HALS. VISIÓN DE DELFT. PRESENCIA DEL TACITURNO

El 11 de abril de 1932 me hizo entrega de nuestra legación en La Haya Miguel Fernández de la Regata, que debía regresar a su puesto en Bélgica. Mi madre, mi esposa y yo nos instalamos en la casa de Javastraat, llena todavía de muebles y cuadros pertenecientes a los Castillo Nájera.

Ni mi mujer, que había aprendido el francés en París, ni yo, nos sentíamos dispuestos a afrontar las dificultades del idioma holandés. Tampoco intentó mi madre ese nuevo esfuerzo.

Teníamos a un mayordomo, nacido en Portugal. Llevaba muchos años de residir en La Haya y nos sirvió de intérprete —al menos por lo que atañe a la servidumbre. En sociedad, en las oficinas, en los bancos y en el comercio, todos los holandeses dominaban el inglés o el francés

—y el alemán, con mayor perfección aún.

Era escaso el trabajo en la legación. Cumplidos los primeros deberes oficiales (visitar al ministro de Relaciones Exteriores, señor Beelaerts van Blokland, a la Grande Maîtresse de la Corte y a los jefes de las misiones acreditadas por los países amigos de México), me vi obligado a inventar labores que ni parecían muy necesarias ni serían muy provechosas. El despacho de aquellas tareas me dejaba amplios márgenes de tiempo. Tres serían mis distracciones: ir a los museos, pasear por Scheveningen y concluir un relato, que había comenzado a escribir en París. Mi ocupación esencial consistiría, no obstante, en tratar de entender a Holanda.

Nunca, ni en España, ni en Francia, me sentí extraño a nada. Me hallaba tan naturalmente arraigado en la tierra española, y tan culturalmente impregnado de la vida francesa, que Madrid y París no podían constituir para mí ni el simulacro de un ostracismo. Holanda era diferente. A cada paso, me percataba de esa condición lamentable, que algunos europeos deploran cuando llegan a nuestras playas: la de saberse extranjeros, inadaptados, incomprendidos.

Me irritaba la frase atribuida a Voltaire: “Canaux, canards, canailles”… Sí, veía muchos canales, y bogaban en ellos múltiples patos. Pero ¿por qué injuriar a los serios y activos vecinos de La Haya o de Rotterdam? Los holandeses que tuve oportunidad de tratar, en el ministerio de Relaciones Exteriores, en el comercio, los bancos, los restaurantes y los hoteles, fueron siempre extremadamente corteses. Podía juzgarlos distantes y, en ocasiones, reconcentrados. Sin embargo, la puntualidad, la eficacia y la probidad eran sus características ostensibles. Sonreían poco. Y, cuando lo hacían, la sonrisa resultaba en sus rostros —muy a

menudo— una simple etiqueta protocolaria. Daban la impresión de haber aprendido a adherirla a sus labios con quién sabe qué ungüento —invisible— de amabilidad especial para huéspedes transitorios. En familia, sonreirían seguramente con mayor espontaneidad.

Muchos de mis interlocutores situaban a México en plano de las incógnitas pintorescas.

Era, para ellos, un remoto país del trópico, productor de revoluciones y de petróleo. Las revoluciones no les afectaban directamente. En cuanto al petróleo, la Royal Dutch sabía convertirlo, cada año, en útiles dividendos. ¿Tendría razón el autor del dístico inglés: In matters of commerce the way of the Dutch

is giving too little and asking too much?…

Existían, naturalmente, excepciones muy estimables. Nuestro cónsul honorario (neerlandés, desde la barba fluvial hasta la médula de los huesos) estaba bien enterado de la historia de nuestra patria. En mi propio despacho, el traductor era un comerciante que conocía, mucho mejor que yo, el tabaco de Veracruz. Y no porque lo fumase, sino porque —cuando vivió entre nosotros— supo adiestrarse en la administración de una fábrica de cigarros. Si trabajaba en la legación, no lo hacía tanto por el salario, pues era rico, cuanto por mantenerse en contacto oficial con México. Muchos profesores universitarios concedían creciente atención a las artes y letras de Hispanoamérica. Conversar con ellos me persuadió de que no me hallaba, absolutamente, fuera del mundo.

No obstante, la vida diaria me obligaba a diálogos muy distintos. Y esos diálogos acabaron por demostrarme hasta qué punto la distancia geográfica suele erigir murallas, más o menos impenetrables, entre los individuos y entre los pueblos.

Sobre el territorio holandés (menos de la mitad de la superficie de Tamaulipas) más de siete millones de seres humanos afirmaban una voluntad de progreso y de sabia perduración.

El florín era una de las monedas más sólidas de la tierra. Industrial, comerciante y agricultor, el holandés no vivía, como lo imaginan ciertos aficionados a la opereta, viendo girar las aspas de los molinos de viento en la perspectiva de sus llanuras plácidas y feraces. Cultivaba —

entre muchos otros productos— la avena, el trigo, el cáñamo, el lino, la patata y la remolacha.

Era el rey de los tulipanes… y de los quesos “de bola”. Más de dos millones de bóvidos pastaban en el país. Y, en no pocos certámenes europeos, la vaca lechera premiada por los jurados, procedía de algún establo de Holanda.

Fábricas de hilados y tejidos, de cartones y de papeles, de aceites y de linóleo, de licores y de cerveza, prosperaban en ciertas regiones, mientras en otras abundaban industrias de maquinaria pesada, establecimientos metalúrgicos y talleres de construcción naval.

Ámsterdam, Rotterdam y Flesinga contaban con espléndidos astilleros. En su mayor proporción, las unidades de la flota holandesa habían sido hechas por holandeses, con máquinas holandesas.

Ahora bien, el mar era para Holanda el amigo más generoso y, en ocasiones, el peor de los

enemigos. A fin de aprovechar el área del Zuidersee, el país había emprendido tareas ciclópeas. Fui a ver las obras ya realizadas y las que estaban por concluirse. Al regresar de aquella visita, reconocí la razón de quienes decían que, si Dios hizo el mar, los holandeses hicieron sus propias costas.

¿Cómo había logrado ese pueblo alcanzar un nivel tan alto, en lo económico, en lo social y en lo cultural? A semejante pregunta, la tesis de Keyserling no me ofrecía respuesta válida. El autor de *Das Spektrum Europas* aseguraba enfáticamente que, en Europa, el único orbe cultural en el que existía la “cultura de la fealdad” era el

holandés. Pero ¿por qué negar belleza a los paisajes que vio Ruysdael e ignorar el encanto de algunas de las mujeres que Vermeer eternizó?

La soledad en que hubimos de vivir, mi madre, mi esposa y yo, durante las primeras semanas de nuestra estancia en La Haya, nos permitió asumir el papel de callados espectadores. Por mi parte, observé tal actitud sin ningún perjuicio. Había llevado conmigo un volumen de Paul Valéry: aquel en que relata el autor su regreso de una excursión a Holanda.

Al referirse a Ámsterdam, Valéry señala un hecho muy significativo: Descartes y Rembrandt coexistieron en esa ciudad. Y agrega lo que intentaré traducir: “No sé si entendía su idioma.1

Y espero mucho que no. ¿Hay algo más favorable a la concentración pensativa sobre sí mismo, a la delimitación precisa de un mundo externo, exactamente concluido y separado del otro; algo más aislante que la ignorancia de las convenciones que gobiernan y coordinan el espectáculo de la vida que nos rodea? En el oficio de filósofo, no comprender resulta cosa esencial… Penetrad en el templo de una religión desconocida, considerad un texto etrusco, sentaos junto a jugadores que practiquen un juego que no sabéis —y gozad de vuestras hipótesis. Eso hace un poco de filósofo en todas partes”.

Y eso (sin postular ninguna fórmula filosófica) es lo que procuré, durante días y días, lo mismo en nuestra residencia de Javastraat que bajo las frondas de Scheveningen, junto a los grises canales de Ámsterdam o frente a los muelles ruidosos de Rotterdam: gozar, sin misantropía, de mis hipótesis.

Tales hipótesis respondían a interrogaciones interminables. ¿Cómo sería la poesía holandesa, no en las traducciones que —rara vez— podían proporcionarme las librerías, sino en el idioma de Visscher y Van den Vondel? ¿Por qué motivo la obra maestra del clasicismo holandés era un *Lucifer*? ¿Qué explicaba el hecho de que, en la Catedral de Utrecht, el gótico no llegara a manifestarse

completamente sino en el coro y en la noble y aguda torre? ¿Cómo un pueblo tan comerciante y tan industrioso había aprendido a dialogar con el mundo por medio de la pintura?

Sobre esta última pregunta, los menos entusiastas se hallaban de acuerdo conmigo. Los grandes maestros de la pintura holandesa son incomparables. Y no diré inimitables, pues recuerdo el escándalo que causó, al final de la última guerra, el descubrimiento de varios falsos cuadros de Vermeer, hechos —si no me engaño— por un señor Van Meegeren. Uno de

ellos *(Los peregrinos de Emmaús)* fue adquirido, en 1937, por el Museo Boymans de Rotterdam. El vendedor recibió más de quinientos mil florines…

Pensadores de la Calidad de Erasmo de Rotterdam y de Spinoza son, a mi juicio, los humanistas que —fuera del plano de la pintura— ocupan sitios tan destacados, en la historia de Holanda, como los que merecen Rembrandt, Ruysdael y Vermeer de Delft. Pero debemos reconocer que el *Elogio de la locura* tuvo su época. Y, por intensa que sea mi admiración para la *Ética* de Spinoza, creo que llegan más plenamente a nosotros, hoy, realizaciones de humanidad tan universal como *La novia judía* o *La mujer vestida de azul.*

Aceptada esa tesis, consagré lo mejor de mi tiempo libre a apreciar las victorias fundamentales de Holanda: las que ganaron, sobre la miseria y sobre la sombra, los protagonistas mayores de su pintura.

Cada vez que podía, iba al Mauritshuis. Me encantaban la perspectiva del *Plein* y, sobre el agua tersa del *Vijver,* la imagen del palacete —muy Luis XIV— construido por Pieter Post. En las salas de ese edificio, los conservadores del Museo Real habían sabido ordenar con inteligencia muchos tesoros. No hablaré de los cuadros que representan a artistas de otros países. Algunos son dignos de recordarse, como el *Hombre del halcón,* por Holbein el Joven; una Virgen de Murillo; el retrato de Ana Wake, por Van Dyck, y el de Giuliano da Sangallo, por Piero di Cosimo. Pero me detendré en dos

obras que, hasta cierto punto, me sirvieron de clave para descifrar a Holanda.

Una de ellas fue la *Joven del turbante,* frente a cuya figura muchos han evocado a la Beatriz Cenci de Guido Reni. Sin embargo, ¡cuánta distancia existe entre ambas mujeres!… La italiana es, desde luego, sensualmente más atractiva. Por su parte, la muchacha holandesa resulta más delicada —y más inasible. Comprendí, al contemplarla, lo que había leído en una página de León Daudet: “Nunca puso pintor alguno, en la mirada de joven tan seductora, un agua azul tan lejana y tan refrescante, que hace pensar en los ojos de la tierna Cordelia, amorosamente descrita por Shakespeare”.

¿Qué espera esa joven? ¿Que su padre —si Vermeer fue efectivamente su padre, como lo suponen algunos críticos— conteste al fin a la silenciosa pregunta de su mirada? ¿O, más bien, que el anónimo espectador (yo, por ejemplo, durante la primavera en que la admiré) le confiese lo que soñó realmente ser, desde que nació, a lo largo de los azares de su existencia?

… Al secreto de la *Gioconda* puede compararse el de la enigmática joven de Vermeer. Aquél es más sibilino; pero éste, por familiar y modesto que nos parezca, no resulta menos recóndito.

Otra tela, que me impresionó mucho en el Mauritshuis, es una de las más misteriosas de Rembrandt: la que representa a Saúl, cuando llora mientras toca el arpa de David. No pienso que la Biblia haya encontrado intérprete más tremendo. Todo en el cuadro es drama, desde la audacia ingenua del joven músico hasta la amarga resignación del rey que comprende su tránsito inevitable. Triunfará el joven, si lo permite Jehová. Perecerá el viejo rey. Se hará polvo el arpa sobre cuyas cuerdas apoya David sus dedos. Y se harán igualmente polvo el

manto y el cetro que tanto pesan al desdichado monarca, arrepentido de ser más que de reinar.

Por la edad que tenía yo entonces, hubiera podido sentirme más solidario de la esperanza de David que de la ruina psicológica de Saúl. Mas no fue así. La poesía de Rembrandt me incitó a aquilatar la inutilidad de los triunfos que ambicionamos; cómo, con el viento que pasa, se desvanecen; cuán ilusorias son las coronas —materiales o inmateriales—, y hasta qué extremo quienes avanzan hacia la cumbre deben ya prepararse para la sima.

Muchos años más tarde, vi el *Aristóteles* que actualmente enriquece al Museo Metropolitano de Nueva York. Al examinarlo, experimenté el mismo estremecimiento que, por razones distintas, me había causado Saúl. En esa obra, ya no es el viejo quien sufre ante las esperanzas del joven. En el auge de su fortuna, el filósofo acaricia un busto de Homero y se apiada de la grandeza que semejante símbolo entraña. Nada perdura. Por eso, el personaje de linajudo atavío que Rembrandt nombró Aristóteles advierte cómo —tarde o temprano— él también será cuando mucho un busto; es decir: la huella de una existencia que justifica nuestro respeto, pero debe inspirar también nuestra compasión.

El primer domingo de mayo fuimos, en auto, a Ámsterdam. Nos sorprendió el número de vehículos. A cada instante, me veía obligado a frenar el nuestro. Por un carril paralelo al que habíamos escogido, circulaban muchos ciclistas. Habían florecido los tulipanes, y los burgueses de La Haya se apresuraban a contemplarlos, en el milagro súbito de su aurora.

Llegamos por fin a las puertas del Rijksmuseum. Los habitantes de ese palacio (santos, reyes, doncellas, monjas, síndicos y profetas) no tuvieron, aquel domingo, público tan notorio como los campos en floración. Estacioné sin esfuerzo el coche. Y comenzamos a pasear por las galerías del más amplio museo de Holanda. Era tal su riqueza que decidimos repetir la visita múltiples veces.

No señalaré todos los cuadros que entonces vimos. Aludiré nada más a aquellos que, hoy todavía, fijan en mi memoria el recuerdo de una época tan pretérita. Citaré, ante todo, cuatro telas de Rembrandt: *La lección de anatomía, Los síndicos, La novia judía* y,

naturalmente, *La ronda de noche.* Enciclopedias y guías conceden más importancia a *La ronda* que a otras realizaciones del mismo autor. Admiro mucho la habilidad de su claroscuro, la luz que anima al fantasma de cada cuerpo, el halo de cada rostro y el misterio rítmico del conjunto. Pero me inquieta un poco el virtuosismo del cuadro entero. Y me atrevería a afirmar que *La ronda de noche* no es la obra de Rembrandt que más me agrade.

Sin hablar de las que poseen el Louvre, el Prado y la National Gallery de Londres, dentro del propio Rijksmuseum me conmovió mucho más la pareja de los novios judíos, tan dramática en su ternura y tan exenta de artificios escénicos deleznables. El artista es el hombre, y la mujer es la vida. Al acariciarla, sabe el hombre perfectamente que no poseeremos nunca, de hecho, sino cuanto entreguemos, con plenitud, a la vida que nos fue dada.

Muy diversos de los valores de Rembrandt son los que muestra Vermeer en el hermético

mundo de su *Carta de amor.* ¿Quién no conoce esa obra, comparable —en su pequeñez material— a ciertos frescos de Piero della Francesca?… No aparecen en ella, por supuesto, la Reina de Saba y Salomón. La claridad de un ventanal —invisible para nosotros— alumbra el interior de una estrecha estancia donde una dama estaba tañendo un laúd. Dejó de tocar, para recibir la carta que una sirvienta le entrega. ¿Será una carta de amor? Así lo hacen suponer la sonrisa de la sirvienta y la mirada discreta —y, sin embargo, curiosa— de la señora… Pero

¿quién logrará jamás describir el verdadero *instante* de una pintura? Ventanas, cartas, instrumentos de música y, sobre los muros, mapas de clásicos litorales, se repiten en varias telas de Vermeer. Y, en realidad, nunca se repiten. Dentro de cada cuadro, son cosas únicas, por la sabiduría con que ordena cada detalle la elegancia cromática del pintor.

Vermeer y Rembrandt me enseñaron a comprender: el primero, la poesía de la habitación holandesa, escenario de damas

irrealizables, y, el segundo, la profundidad del dolor humano, con su grandeza y sus servidumbres, su pasión y su abnegación.

No todo fue ilustración pictórica en mi paréntesis holandés. Cinco días después de mi primer paseo por Ámsterdam, me enteré de la muerte del presidente Doumer, asesinado en París por un esquizofrénico ruso-blanco, cuyo apellido (Gorgulov) parecía ya un funesto augurio. Fui a expresar mis condolencias a los representantes de Francia. Y me pregunté cuándo terminaría mi residencia en La Haya. La Secretaría de Relaciones Exteriores me había indicado que volvería a París tan pronto como el ministro eligiese a quien debiera sustituirme.

Toda interinidad es desagradable. Se vive en la impaciencia de una antesala. ¿Cuándo llegaría el momento de rehacer las maletas? Por otra parte, de confirmarse mi retorno a París,

¿quién sería mi nuevo jefe? El señor Castelló, que había reemplazado al licenciado Portes Gil, tenía contados sus días en Francia. El Senado no ratificaría su nombramiento. Aquella censura implícita para el presidente que lo había designado ministro en París, no sería sino el anuncio de una caída más importante: la del general Ortiz Rubio, cada vez más incierto en su acción gubernamental.

Los periódicos mexicanos llegaban a Holanda con gran demora. Las cartas que recibía de México no me auguraban nada preciso. Mis informantes me transmitían meros rumores, que ellos mismos interpretaban a su manera. Me inquietaban, sin alarmarme —o me alentaban, sin convencerme.

Lo que me apesadumbraba más, en lo personal, era la certidumbre de que mi madre se sentía mucho más sola en La Haya que en Madrid o en París. Le faltaban su hermana Elisa y la compañía de amigas como las que iban a visitarla en España o como doña Ester y doña Adelita, para quienes tuvo sincero afecto. Mi mujer hacía lo posible por atenuar esa soledad.

Le llevaba las novedades capaces de interesarla: los números recientes de la *Revue de Paris* y

de *Les Nouvelles Littéraires* y los últimos libros de Mauriac o de Duhamel. Pero prefería mi madre releer a los escritores que le habían gustado en su juventud: Pascal y Madame de Sévigné, entre los antiguos, y, entre los modernos, Stendhal y Pierre Loti. Como le encantaba la música, la llevamos a varios conciertos. En Ámsterdam, Mengelberg dirigía una sinfónica extraordinaria: la del *Concertgebouw.* A veces, esa orquesta daba audiciones en Scheveningen. Tanto en Ámsterdam como en Scheveningen, formamos parte del público que aplaudía a conjunto tan magistral en la interpretación de algunas partituras de Mozart, de Haydn y de Beethoven.

Mengelberg era un auténtico jefe. Años después, me satisfizo saber que Ansermet lo apreciaba mucho. El ilustre suizo pasó por Francia, en su viaje a México. Le ofrecí una comida en París. A los postres, le pregunté cuál de los dos directores de orquesta que mayor fama tenían en esa época le parecía más admirable: ¿Furtwängler o Toscanini? Ansermet no vaciló en responderme. A su juicio, Furtwängler *servía* a la música y Toscanini *se servía* de la música. Hablamos también de varios otros maestros europeos. Y entre ellos, mencionó a Mengelberg.

No sé si porque ponía ese director especial cuidado para presentarlas al público, o porque eran de mi músico predilecto, me sedujeron particularmente —en Holanda— las obras de un alemán que tuvo sangre flamenca en sus venas: Luis van Beethoven. Mi madre las adoraba.

Pero se resistía ya a aproximarse al piano, para tocar otra vez —como en México— la *Sonata patética* o los primeros compases del *Claro de luna.*

Me molestaba también —aunque no lo dijese a nadie— el rutinario trabajo oficial de la legación. Pocas veces recibía respuesta a los informes que enviaba a Relaciones. Salvo la tarea consular (visado

de pasaportes y certificación de facturas comerciales), las otras, tan fértiles en París, resultaban estériles en Holanda. Ningún compatriota nos visitó. La política de los Países Bajos no interesaba gran cosa a México. Y era, sin embargo, un espectáculo muy significativo el de esa monarquía apacible, orgullosa de sus colonias, democrática en su vida parlamentaria y respetuosa de la voluntad de su soberana, la reina Guillermina, culta e inteligente, a quien halagaba, más que un elogio, una honrada y clara conversación.

En aquellos tiempos, Holanda entendía mejor a Alemania y a la Gran Bretaña que a cualquier otro pueblo de Europa. Desde noviembre de 1918, después de abdicar como emperador, Guillermo II vivía en Doorn, seguro de que la reina Guillermina protegería siempre su asilo. En 1932, el nazismo no preocupaba todavía mucho a los holandeses. En el fondo, nadie pensaba que las tropas de Hitler ocuparían nunca su territorio. Y, cuando lo hicieron —durante la segunda Guerra Mundial—, pocos les perdonaron aquel delito.

La cordialidad de las relaciones anglo-holandesas era muy firme. Habían pasado los siglos en que las flotas de ambas naciones compitieron por el dominio del mar. Holanda conocía la superioridad del Imperio británico —y la aceptaba, amistosamente. El florín y la libra esterlina contraían, a menudo, nupcias bancarias, casi siempre de fértiles consecuencias. Y, si

la divisa del escudo británico era *Dieu et mon droit,* la del escudo holandés era *Je maintiendrai.* Con palabras diversas, pero en el mismo francés heráldico, ambas firmaban un igual espíritu de entereza.

No se advertía, por cierto, el menor alarde en las quietas ciudades que conocí. Guardo un recuerdo especial de Haarlem, centro de hospicios nobles y de ilustres jardines de tulipanes y de jacintos. Frente a la Plaza Mayor (llamada el Gran Mercado) se yergue la Gran Iglesia (Groote Kerk) en cuyos órganos tocaron Haendel, ya en plena gloria, y Mozart, cuando tenía sólo diez años.

Existían, en Haarlem, cuatro museos. En el Teyler, podían verse —además de esqueletos petrificados de plesiosauros y de ictiosauros, salamandras y gasterópodos— algunos dibujos de la escuela holandesa del siglo XVIII y de varios maestros italianos. El Van Stolk se enorgullecía de conservar muchas hermosas muestras de las artes decorativas de la Edad Media. El Episcopal (Bisschopelijk Museum) guardaba, entre sus tesoros, casullas del siglo XV, libros de estampas y grabados del XVIII. Pero el más importante —sin duda— era el Museo Franz Hals, instalado en un hospicio construido por Lieven de Key en 1608.

Allí pude considerar cómo Franz Hals cambió de técnica con el tiempo. Las telas que en esas galerías se exhiben van de 1616 a 1664. En esos cuarenta y ocho años, el pintor fue adueñándose de su arte hasta alcanzar el inteligente y rápido trazo que nos autoriza a juzgarlo, ahora, como a uno de los maestros de los mejores impresionistas. En Haarlem, lo acompañamos —paso a paso— a lo largo de sus trabajos, desde la madurez hasta la senectud.

Lo primero que esa compañía me hizo sentir es lo absurdo de comparar a Franz Hals con Rembrandt. Pocos artistas fueron más diferentes. Rembrandt busca, ante todo, la psicología oculta del personaje al que representa. Franz Hals se goza en que vivan frente a nosotros los hombres y las mujeres que nos revela. Los ayuda a vivir, sin pausa, en no sé qué mágico frenesí.

Alguien calificó de cruel la franqueza plástica del pintor. No encontré yo crueldad, sino audacia, entusiasmo y fuerza, en la confesión de cada semblante, en la ironía de algunos ojos, y en la hipócrita discreción con que otros parecen vernos pasar… Si Rembrandt supo encontrar el alma a través de las líneas del rostro humano, Franz Hals —en algunos de sus retratos— la secuestró.

Una mañana de junio, fuimos a Delft. Quería mirar de cerca los muros, los puentes, las barcas y los canales ennoblecidos por Vermeer. Recordé la muerte súbita de Bergotte, en la sala del museo parisiense donde fue a contemplar —ya muy enfermo de uremia—, la *Vista del Delft,* gloria del Mauritshuis. El personaje de

Proust anhelaba escribir cómo había pintado Vermeer, impregnando de ternura secreta una pared, una sombra, un vidrio, el reflejo de un arco sobre un canal… En las condiciones de salud en que se encontraba, ¿hubiera aceptado intentar Bergotte ese mismo esfuerzo —y correr ese mismo riesgo: la muerte— para ir a Delft en ferrocarril? Pienso que no. Acaso, más que el asunto real, le interesaba la evocación

estética del asunto, la transfiguración ideal que consigue el arte y que otorga permanente belleza a la realidad.

Menos exigente que Bergotte, confieso que —a pesar de mi admiración para el Delft de Vermeer— la ciudad, en sí misma, me gustó mucho. La luz del verano holandés resulta, a su modo, otro artista insigne. ¡Cómo acaricia su claridad silenciosa cada piedra y cada tejado!

Recorrí las calles. Fui a la vieja iglesia bajo cuyas bóvedas duermen el sueño eterno dos almirantes famosos por sus proezas: Piet Hein, muerto en Dunkerque por los corsarios, y Tromp, destructor de la flota española de Oquendo y vencedor de las naves inglesas de Blake en 1652. Vidas violentas las de esos marinos de antaño, que combatieron por una Holanda muy diferente de aquella en que me encontraba. Ellos pelearon y navegaron, mientras Rembrandt vivía con Saskia o Vermeer aprendía a mezclar el amarillo, el azul y el verde de su paleta con los rayos más tenues de un sol de abril…

El museo Van Meerten me deparó la oportunidad de conocer muebles del setecientos, algunos cuadros —como los retratos de Van Giessenburg y de su mujer, por Moreelse— y unas porcelanas de viejo Delft. Pero el momento esencial de ese día —tan breve— fue el que viví en la Iglesia Nueva, frente al mausoleo de Guillermo el Taciturno, asesinado en 1584 por un fanático al servicio de España.

La figura que representa al Taciturno ha sido elogiada por los turistas. A mí, no me persuadió. Frente a las estatuas de ciertos héroes, siento a menudo la misma inconformidad.

Acaso fueron, materialmente, como el escultor quiso imaginarlos. Pero mi fantasía les proporciona distintos rostros y, sobre todo, expresiones muy diferentes. El Estatúder que realizó la *Unión de Utrecht,* el varón que opuso a los españoles un valladar de carácter más que de fuerza bélica, el ambicioso que demostró con sus actos lo que sus palabras aconsejaban ("no es necesario esperar para emprender, ni triunfar para proseguir") era digno de un mausoleo más sobrio y más convincente. Pensé en el retrato que hizo de él un pintor como Antonio Moro. Y deploré que Hendrick de Keijser (o, tal vez, uno de sus hijos) hubiese erigido esos arcos —de un barroco tímido y circunspecto— para cubrir la yacente imagen del gran Nassau.

No es necesario esperar para emprender… Con frecuencia, me he repetido esa frase estoica. Su lección me alentaba un poco en aquellos días. En efecto, de regreso a La Haya, más que en otras ocasiones, avaloré cuánta distancia media entre la esperanza y la voluntad de realización. ¿Por qué había elegido yo una carrera tan sujeta a cambios fortuitos como los que la diplomacia impone a quienes ingresan en el servicio exterior de nuestra República? ¿Qué podía hacer yo por México en la tierra del Taciturno? ¿Ver mausoleos, contemplar cuadros, recorrer templos y oír conciertos, hasta el momento de regresar a Francia —para trabajar con quiénes y con qué fin?… Un capricho, un consejo adverso, podían obligarme a ir a Managua, a Puerto Príncipe o a quién sabe qué otro lejano lugar del mundo.

Para llenar el vacío en que me hallaba, me dispuse a escribir de nuevo. Reanudé el relato

que había principiado, en París, antes de mi traslado a La Haya. Durante los meses de agosto y septiembre casi lo terminé. Era —como *Proserpina rescatada*— una serie de variaciones sobre un mito moderno: la historia de una actriz cinematográfica (¿por qué la llamé Piedad?) y de un joven estudioso y voluble, a quien otorgué el nombre de Enrique. Las inquietudes de éste giraban en torno a dos máximas de La Rochefoucauld. Una era la siguiente: "La ausencia

disminuye las pequeñas pasiones y desarrolla las grandes, como el viento apaga una vela y aviva un incendio". La otra, parafraseada, era ésta: "Por muchos años que tengamos, llegamos siempre inexpertos y nuevos a cada edad de la vida".

Di al texto un título inesperado: *Estrella de día.* ¿No se trataba de una "estrella" —en el sentido escénico del vocablo— y no le asombraba a Enrique poder besarla "de día"? Inventé un Hollywood increíble. Con aquella hipótesis, mezclé algunas estampas de México. Al hojear el volumen (que imprimió Espasa-Calpe en Madrid, en 1933), este párrafo me detiene: "La primavera había llegado de pronto. Los rostros de todos los transeúntes expresaban placer, altruismo. Las calles, a esa hora, podían ofrecerse al viajero como una galería de virtudes: aquella nodriza era la Caridad, esta mendiga la Paciencia, ese cartero la Diligencia.

Gorjeaban los pájaros. Caminaban los símbolos. Al contacto del nuevo sol no solamente el aire se suavizaba. También los dioses, también los caracteres se habían endurecido durante el invierno. Sobre unos ojos sólidos de mujer, en una mirada inmóvil, Enrique vio brillar, al fin, como por una rendija, el primer cielo tibio del año…"

Quizá lo único justo, entre tantas divagaciones, haya sido el epígrafe, tomado de Kierkegaard: "Estaba en lo mejor de su vida. Porque una mujer no se desarrolla, no crece como un hombre… Nace un poco a cada momento, pero pone tiempo en nacer". Lo curioso es que, en la gran cantidad de nombres citados en las páginas de ese texto, solamente dos apellidos sean holandeses: los de Rembrandt y de Ruysdael. ¿Fue también una fuga de Holanda *Estrella de día,* como *Proserpina* había sido —en su tiempo— una fuga de España?

IV. OTRA VEZ EN FRANCIA

Regresamos a Francia en los primeros días de octubre. En vista de que Luis Quintanilla se encontraba provisionalmente en Ginebra, junto con los delegados de México ante la Asamblea de la Sociedad

de Naciones, el ingeniero Castelló me hizo entrega de la legación el 9 de ese mes.

Buscamos un nuevo departamento. El que encontramos, en la avenida del General Sarrail, era más cómodo y amplio que el que tuvimos en la calle Erlanger, y no se hallaba muy lejos del Bois de Boulogne. Al volver de Ginebra, Quintanilla (que se había instalado en otro piso del mismo inmueble) asumió las funciones que le correspondían como encargado de negocios *ad interim.* Nuestra amistad fue haciéndose más estrecha. Además de compañeros, éramos ya vecinos. Los domingos, junto con el ingeniero Arturo Pani, solíamos dar varias vueltas, a pie, alrededor del lago del bosque próximo.

Conversábamos de todo en aquellos paseos, lo mismo del último espectáculo ofrecido por la Comedia Francesa —la *Fedra* de Racine, interpretada por Mary Bell— que del incomprensible desinterés con que la burguesía francesa leía lo que estaba sucediendo en Europa: las jactancias de Mussolini y la fuerza adquirida ya por el partido de Adolfo Hitler.

También la política mexicana nos proponía muchas hipótesis. En septiembre, habíamos comprendido la renuncia del presidente Ortiz Rubio y la designación del general Abelardo Rodríguez para sustituirlo. Pero nos preguntábamos por qué dimitió, en diciembre de 1932, el secretario de Relaciones Exteriores, Manuel Téllez. ¿Qué significaría, para nosotros, el nombramiento del doctor Puig Casauranc, sucesor imprevisto del dimitente? Y, sobre todo, ¿a quién escogería el nuevo secretario como ministro en París? Nos alentó saber que el puesto sería otorgado a Castillo Nájera. Recordaba yo nuestra entrevista de Bruselas, en 1931.

Resultaría un jefe excelente.

Para redactar nuestros informes mensuales, me dediqué a considerar cuál era la situación política en Francia. Lo que más preocupaba a la opinión pública, entonces, parecía ser la cuestión de las deudas de guerra. La moratoria Hoover, adoptada en 1931,

favoreció a Alemania pero no satisfizo ni a Francia ni a la Gran Bretaña. Por conducto de Paul Claudel (que era, en esos días, su embajador en Washington), Francia depositó dos notas en el departamento de Estado: una, el 11 de noviembre y otra el 1º de diciembre de 1932. Inglaterra había hecho lo propio, un día antes que Francia, el 10 de noviembre.

El Partido Radical (o, por lo menos, Eduardo Herriot) insistía en que Francia pagara su adeudo. En su categoría de presidente del Consejo de Ministros, Herriot declaró a la Cámara

de Diputados —el 15 de diciembre— que, "por decoro nacional", Francia debería efectuar el pago correspondiente al año, antes de solicitar que el acreedor revisara el régimen de las deudas interaliadas. A pesar de la elocuencia del célebre alcalde de Lyon, la mayoría de los votantes se opuso —y el gabinete hubo de dimitir.

El 19 de diciembre, tomó posesión de la presidencia del Consejo Paul-Boncour, designado por el presidente Lebrun. En su equipo, figuraban hombres eminentes, como Paul Painlevé, ministro del Aire, y radicales que —durante años— demostrarían su incompetencia para afrontar los mayores problemas de la República: Georges Bonnet, Camille Chautemps y Edouard Daladier. Poco duraría, por cierto, el gabinete Paul-Boncour. El 31 de enero de 1933

asumiría Daladier la presidencia del Consejo, con Paul-Boncour como ministro de Asuntos Extranjeros y Bonnet y Chautemps en otras carteras. Durante el año, observaríamos nuevos cambios, sin que ninguno de ellos implicara, en realidad, una nueva orientación —o, siquiera, un enfoque nuevo. Daladier fue reemplazado por Albert Sarraut el 26 de octubre y éste por Chautemps el 27 de noviembre. En esos gabinetes, encontraríamos —con frecuencia— los mismos apellidos: Daladier, Paul-Boncour, Bonnet y de Monzie.

¿Qué ocurría con la inteligencia francesa?… En primer término, la inquietaba Alemania. El Partido Nacional Socialista había ido consolidándose. Tras de las oscilaciones de los cancilleres Brüning

y Schleicher, Hindenburg invitó a Hitler a constituir un gobierno el 30 de enero de 1933. Los que conocían la ambición del “valiente Adolfo”, y su belicismo, pronosticaban serios desastres.

Por otra parte, las relaciones con Italia distaban mucho de ser cordiales. En su libro *Fascisme An VII,* describía Maurice Bedel la hostilidad desencadenada por Mussolini contra el gobierno francés durante los años de 1928 a 1930. En opinión del *Duce* solamente la guerra

“era capaz de hacer llegar a su máximo las energías humanas” y de imprimir a los pueblos un sello auténtico de nobleza. Los diarios comentaban con amargura cierta frase de Mussolini, pronunciada en uno de sus discursos ante el Senado: “Los tratados de paz no son eternos. Y su revisión será necesaria para establecer un sentimiento de seguridad en Europa”.

Francia, por el contrario, invocaba siempre los principios de la SDN. Confiaba en Polonia y en los países de la pequeña “Entente”: Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia; pero la desanimaba la actitud elusiva de los británicos. Resultaba Inglaterra, a la vez, el más cercano de sus aliados —y el más distante. El primer ministro laborista, Mac Donald, no daba la impresión de oponerse muy sinceramente al robustecimiento alemán. Y, cada vez que podía, halagaba al *Duce.* Francia tardaría en comprender que sólo su propio rearme y la prolongación del servicio militar obligatorio de sus ciudadanos contendrían —quizá— la ambición de los dictadores. Polonia se hallaba demasiado lejos. En cuanto a la pequeña

“Entente”, sus miembros pedían más de lo que proporcionaban.

El 16 de marzo de 1933 presentó sus credenciales al presidente Lebrun el doctor Castillo Nájera. Nuestro nuevo ministro acumularía las funciones de jefe de la misión diplomática en

París y representante de México ante el Consejo y la Asamblea de la S.D.N. Desde el primer momento demostró que no lo abrumarían las responsabilidades así reunidas. Le encantaba ir a Ginebra y

exhibir, allí, su talento y su desdén para el hieratismo protocolario. Enarbolaba su gran mechón, como Silveti el suyo frente a un toro de brava estirpe, discutía valientemente con los embajadores y, entre dos sesiones de trabajo, jugaba al *bridge.*

A veces, al regresar de Ginebra, reunía en la legación a varios amigos. Uno de los fieles era Tata Nacho, que había obtenido empleo en el consulado. Tata amenizaba nuestras tertulias con sus canciones. Se sentaba frente al piano y nos daba a conocer aquellas que, en su opinión, podrían gustarnos más. Alguna —si no recuerdo mal— principiaba así : "Ya el otoño ya se acerca, ya el verano ya se fue…" Tras de aplaudir a Tata Nacho, Castillo Nájera le preguntó:

—"Pero, dígame, si el otoño apenas se aproximaba y se había ido el verano ya, ¿en qué estación estaba usted cuando compuso esa letra?" El interpelado no se inmutó. Su respuesta fue ésta: —"No, doctor, no estaba en una estación. Estaba en un barco: el que me trajo a Francia."

Castillo Nájera no se limitaba a jugar al *bridge* y hacer bromas cordiales a sus amigos.

Trabajaba incesantemente. Y trabajaba como el mejor. Lo alarmaban —no menos que a mí—

las indecisiones de Francia y la distancia que Inglaterra iba dejando crecer entre las declaraciones frecuentes del Quai d'Orsay y los silencios del Foreign Office. Nos alegró a ambos saber, el 14 de abril, que el Congreso francés aprobó un proyecto de De Monzie para crear, en el Colegio de Francia, una cátedra dedicada a Einstein, refugiado entonces en Bélgica. Era aquella una elegante condenación del racismo nazi. Gran judío, y gran alemán, Einstein encarnaba al tipo del matemático persuadido de que las responsabilidades de su saber coinciden con las del mundo. A la postre, por relativo que fuese, le daría el tiempo razón.

En las circunstancias en que Europa se hallaba, y tomando en cuenta la susceptibilidad política de la URSS, no dejó de parecerme dudoso el porvenir de una iniciativa de Mussolini: la de que Alemania, Francia, Italia y la Gran Bretaña suscribiesen el “pacto de las cuatro potencias”. Al principio, Daladier, presidente del Consejo de Ministros de Francia, recibió el proyecto del *Duce* con frialdad. Pero, animado probablemente por los ingleses, pronto evolucionó. ¿Creería, acaso, que resultarían más tratables los nazis en una junta ideada por los fascistas?

Herriot formuló, en la prensa, una protesta muy oportuna. No era posible, a su juicio, armonizar el “pacto de los cuatro” con el universalismo de la Sociedad de Naciones. Polonia y los países de la pequeña “Entente” se alarmaron ante la perspectiva de otra dramática “Santa Alianza”. Para tranquilizarlos, la Cancillería francesa enmendó, en varios puntos, el proyecto de Mussolini. Suprimió toda referencia a una revisión de los tratados vigentes y aclaró que el nuevo convenio no invalidaría, en manera alguna, los compromisos contraídos dentro de la S.D.N. El 7 de junio, el pacto quedó suscrito. Lo firmaron en Roma, junto con Mussolini, el

embajador de Alemania, Von Hassel, y los de Inglaterra, sir Ronald Graham, y de Francia, Henry de Jouvenel. Checoslovaquia, Rumania y Yugoslavia se resignaron. No así Polonia, que

—a partir de entonces— empezó a recelar de Francia.

Como Alemania se retiró de la S.D.N., el gobierno francés prefirió no someter a las Cámaras, para su ratificación, pacto tan discutido. Francia debió congratularse de semejante prudencia cuando se enteró de los asesinatos cometidos en Alemania durante la “noche de los largos cuchillos”. Así llamaron los diarios a la noche del 30 de junio de 1934, en la que, por los más sombríos procedimientos, Hitler logró deshacerse de algunos de sus opositores irreductibles —o potenciales: Von Kahr, Schleicher, ciertos secretarios de Von Papen y, sobre todo, librarse de Ernesto Röhm, su aliado en el *putsch* de Munich, e incluso ministro suyo durante meses, pero de quien principiaba a desconfiar tanto como Goering.

La vida, en París, continuaba su curso normal. Asistí a varias exposiciones. En abril, André Malraux presentó, bajo los auspicios de la NRF, una serie de acuarelas soviéticas, destinadas a informar al pueblo ruso acerca del "plan quinquenal" de Stalin. En mayo, algunos especialistas —entre los cuales Jean-Louis Vaudoyer— habían organizado, en el Pabellón Marsan del Museo del Louvre, una exposición consagrada a la vida francesa durante la Tercera República, de 1870 a 1900. Obras de María Bashkirtseff, Béraud, Boldini, Carolus-Duran, Picasso, Renoir, Toulouse-Lautrec y Van Gogh evocaban el mundo de Proust y parecían ilustrar —admirablemente— el libro *1900,* publicado por Paul Morand.

Varios mexicanos pasaron por París. En abril, recibimos la visita del doctor Manuel Martínez Báez. Iba, junto con Ulises Irigoyen y Elías Hurtado, a una reunión de la Organización del Trabajo. Ramón Novaro actuó, durante una semana, en el Teatro Alhambra.

Los periódicos lo anunciaron como a *"une grande vedette américaine du cinéma".* Novaro no fue ni a la legación ni al consulado de México. Y, en las entrevistas que concedió a la prensa, no hizo la menor referencia a su país de origen.

Contrastaba aquel singular desdén con el interés demostrado para nuestra nación por escritores y viajeros franceses. La señora Bertrand de Jouvenel, hija política del embajador de Francia ante el Quirinal, publicó en *Le Matin* varios artículos dedicados a México, y Marc Chadourne dio a la *Revue des Deux Mondes* un estudio titulado "México —el despertar del indio", fragmento del volumen *Anáhuac o el indio sin plumas* que editó después y en cuyas páginas se refirió a Alfonso Reyes, a pintores como el Doctor Atl, Covarrubias y Montenegro y a escritores como Mariano Azuela, Salvador Novo, Carlos Pellicer y Xavier Villaurrutia.

Al remitir esos textos a nuestra cancillería, insistí en que preguntara Castillo Nájera si no podría el gobierno patrocinar una exposición de nuestros grandes pintores en Francia. Nadie tomó en cuenta aquella sugestión. Y tuve que esperar dieciocho años para que el presidente

Alemán decidiera enviar a París la exposición de arte mexicano que instaló Fernando Gamboa en el Museo de Arte Moderno.

En mayo de 1933, me congratulé del éxito obtenido por Ángel Zárraga al exhibir, en el

Salón de Artes Decorativas del Grand Palais, un magnífico fresco: *La mer, la mer toujours recommencée…* A propósito de ese fresco, comentó Jean Cassou: “Es una obra maestra de armonía exacta… perfectamente adecuada al pensamiento de Valéry.”

A su regreso de la Conferencia Económica de Londres, se detuvieron en París —junto con el ingeniero Alberto Pani— dos excelentes amigos míos: el licenciado Eduardo Suárez y el ingeniero Marte R. Gómez. Iba con ellos Ignacio de la Torre, antiguo consejero de nuestra legación y gran aficionado a probar todas las posibles delicias de Francia. Nos invitó a cenar en L’Auberge du Fruit Défendu, cerca del Sena, en las inmediaciones de Bougival. Y quiso que fuésemos juntos a Deauville, un fin de semana.

No conocía yo el Casino de Deauville, pero Nacho lo había frecuentado durante años. Le seducía ver jugar —y, también, jugar. Por cierto que, durante la noche en que lo acompañamos, fuimos testigos de un hecho insólito. Un jugador de ruleta, rodeado de múltiples “mariposas”, acababa de perder una suma considerable: trescientos o cuatrocientos mil francos… Deseaba insistir; pero, como no tenía ya billetes en la cartera, depositó su lapicero de plata —y un vale por muchos millares de francos— sobre uno de los números de la mesa. Por un instante, dudó el *croupier.* ¿Aceptaría esa apuesta, que parecía más bien simbólica? Alguien le hizo notar que se trataba de un “caballero muy conocido”. Y el “caballero muy conocido” ganó el doble de lo que acababa de perder, entre las felicitaciones de las “damas” que se gozaban en custodiarlo.

Pregunté quién era. Me contestaron que se llamaba Monsieur Alexandre.

Meses después, cuando estalló el escándalo Stavisky, vi —en los periódicos— varias fotografías del jugador impávido de Deauville. Estaban esclareciéndose varios negocios turbios. El Crédito Municipal de Bayona había emitido bonos sin provisión, por valor de muchos millones de francos. Con anterioridad, en menor escala, algo semejante ocurrió en la ciudad de Orléans. El 22 de diciembre de 1933 fue convocado, por el comisario de las delegaciones judiciales, Monsieur Alexandre. La justicia se había decidido finalmente a reconocer, en él, a un estafador acusado de varios delitos desde 1926.

¿Cómo creer que la policía hubiese corrido —durante años— velo tan discreto sobre los antecedentes de un personaje tan evasivo y, al mismo tiempo, tan ostensible?… Bastó que se cambiara él de apellido, substituyendo el de Stavisky (heredado de su progenitor, un dentista ruso, naturalizado francés) por el de Alexandre, que era su nombre.

Poderosas influencias protegieron aquella metamorfosis. El falsificador de cheques Stavisky se convirtió en el afortunado Monsieur Alexandre. Recibía pomposamente en el Claridge, subsidiaba periódicos, apoyaba a diputados y tenía excelentes "contactos" con funcionarios de la categoría del ministro de las Colonias o del procurador de la República, hermano político del presidente del Consejo de Ministros, Chautemps. Casado con una bella ex modelo de la casa Chanel, Arlette Simon, se le veía en todas partes, en los casinos, en los teatros, en las carreras de caballos, y figuraba incluso como negociador de los bonos húngaros, que Francia estuvo a punto de admitir, mediante un acuerdo al que, por fortuna,

Bonnet se opuso.

Todo sonreía al truhán *-dandy.* Pero hay situaciones en que las influencias más poderosas pierden mucho de su eficacia. El fraude de Bayona suscitó una oleada de indignación. La

“justicia” se vio en el caso de proceder. En los primeros días de enero de 1934, Tissier (a quien Stavisky había hecho nombrar director del Crédito Municipal de Bayona), momentos antes de ser detenido, alertó a su jefe: “la policía estaba enterada ya”… Y Stavisky fue a esconderse en una casa de Chamonix. Allí lo encontraron muerto el 8 de enero.

¿Se trató de un suicidio? Entonces, pocos aceptaron esa versión. La opinión pública tenía motivos para suponer que el gobierno, ansioso por borrar toda huella de ciertas complicidades, era culpable de aquella muerte. “Muerte oportuna” fue el título dado a la noticia por un diario como *Le Figaro.* Los órganos de la extrema derecha serían, en sus censuras, mucho más ásperos. Durante varios días se registraron manifestaciones de protesta en los alrededores de la Cámara de Diputados. Sin embargo, el 12 de enero, la asamblea reiteró su confianza a Chautemps.

Pero ni *L’Action Française* ni los “antiguos combatientes”, dirigidos por el coronel La Rocque, atenuaron sus invectivas. Chautemps hubo de renunciar. Daladier —que iba a substituirlo— principió por destituir al prefecto de Policía, Jean Chiappe, ofreciéndole el cargo de residente general en Marruecos. Chiappe lo declinó.

Esas eran las circunstancias en las que el gobierno Daladier, el 6 de febrero, tuvo que presentarse a la Cámara. Mientras los diputados aplaudían —o silbaban—, un belicoso tumulto se produjo en la Plaza de la Concordia y en algunas de las avenidas adyacentes. El nuevo prefecto de Policía, Bonnefoy-Sibour, no conocía bien su oficio. Por espacio de muchas horas, los errores oficiales se acumularon. El saldo de la jornada ha sido determinado con precisión: quince muertos y más de mil quinientos heridos, de los cuales trescientos veintiocho tuvieron que ser hospitalizados. Muchos autobuses fueron aprovechados como trincheras y ciento veintitrés caballos de la gendarmería quedaron inválidos. Los agitadores arrancaron árboles, destruyeron bancas y echaron por tierra centenares de postes e instalaciones luminosas del servicio de tránsito.

La imaginación popular se sintió con derecho a decuplicar esas cifras. ¿No había declarado el gobierno que los manifestantes fueron seis mil y no tuvieron que admitir las autoridades —pocos días más tarde— que pasaron de treinta mil?

Desalentado (y deseoso de complacer al presidente de la República), Daladier dimitió el 7

de febrero. Laval fue a conversar con Lebrun y le aconsejó que se hiciese cargo del gobierno el ex presidente Doumergue. El 15 de febrero, “Gastounet” (como llamaban familiarmente a Doumergue los periodistas y las porteras) quedó investido en calidad de presidente del Consejo de Ministros. Dos hombres —que serían muy discutidos en el trágico porvenir: Laval y Pétain— figuraban en el gabinete. Pétain no obedecía, entonces, a ninguna mezquina avidez.

Laval, en cambio, se disponía a aprovechar, con la mayor habilidad posible, la crisis que

avergonzaba a Francia. Durante los veinte meses que duró en funciones Doumergue, derechas e izquierdas descuidaron los problemas mayores de Europa, para asestarse golpes que no herían tanto a quienes los recibían cuanto a la esencia misma de la República.

Sería absurdo decir que Francia perdió la guerra de 1939 el 6 de febrero de 1934; pero, a partir de esa fecha, sus indecisiones se hicieron más peligrosas. Principiaba el crepúsculo de la Tercera República. Y, con su triste cara de enterrador, el presidente Lebrun parecía, en cada acto público, asistir a las exequias de un régimen condenado.

Mientras sucedía cuanto acabo de resumir, continuaba nuestra existencia. La editorial Espasa-Calpe me hizo llegar los primeros ejemplares de *Estrella de día.* Genaro Estrada (que había reemplazado en Madrid al ingeniero Pani) me envió un recorte del periódico *Luz.* El crítico, al dar noticia de mi libro, me felicitaba “por

llegar a zonas de interés vital" que, según él, había soslayado antes. Y agregaba: "Torres Bodet sabe introducir al lector en una atmósfera de magia poemática, hecha de alusiones y resonancias, de secretas correspondencias entre las cosas más dispares".

A partir de *Destierro,* no había escrito ningún poema. Me sentía más libre en aquellos relatos en prosa: *Estrella de día,* por ejemplo, o *Primero de enero,* que principié en París y concluí en Buenos Aires. Me alentaban en esos intentos amigos como Walter Pabst, desde Stuttgart, Benjamín Jarnés, desde Madrid, y, en Francia, Ventura García Calderón —con quien había reanudado las charlas iniciadas en 1931— y Georges Pillement, que incluyó unas páginas mías ("El Juglar y la Domadora") en su antología *Les Conteurs Hispano-Américains,* editada por Delagrave. Cinco mexicanos figuraban en la selección: Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, José de J. Núñez y Domínguez, Alfonso Reyes y yo.

Por las noches, cuando no íbamos al teatro o a algún concierto, me encerraba a escribir —

y, más frecuentemente, a leer. Era intensa la producción literaria en Francia. Me interesaron mucho algunos de los libros publicados en esos años, como *La condition humaine,* de Malraux; *Le mystère Frontenac,* de Mauriac, y *Combat avec l'ange,* de Giraudoux. Pero el que retuvo más mi atención fue *Regards sur le monde actuel,* de Paul Valéry. El autor enfocaba el problema europeo con claridad que no demostraban muchos políticos. Principiaba por criticar el historicismo de las mentalidades contemporáneas. "Obediente a una especie de ley de la acción menor, negándose a crear y a responder con la invención a la originalidad de las situaciones, el pensamiento indeciso tiende al automatismo. Solicita los precedentes y se entrega al espíritu histórico que lo induce a *recordar primero,* aun cuando se trate de disponerse para un caso completamente nuevo."

¿No era eso lo que estaban haciendo Francia y su Estado Mayor? Preveían una nueva guerra, pero se preparaban a ganar otra vez la de 1914; no la guerra moderna —de movimiento

— que le impondrían sus enemigos. La historia no alimenta siempre a la historia, como decía Valéry. En ocasiones, la aniquila, porque destruye el futuro. El poeta de *La joven Parca* expresaba elocuentemente lo que yo intuía en mi soledad: “En 1913, existía en Europa un

equilibrio de fuerzas”. Por desgracia, la posguerra “no constituía sino un equilibrio de flaquezas, incuestionablemente más inestable”.

La obra de Valéry fue muy comentada. Miembro de la Academia Francesa desde 1927, pertenecía a esa categoría de escritores para quienes todos manifiestan respeto y admiración.

Pero, por lo visto, los que más lo admiraban no lo leían —o, si lo leían, no se esforzaban por entenderlo. Continuaban buscando en la historia —lejana o próxima— la explicación de su porvenir. Pocos querían reconocerlo: nazis y fascistas no podían resignarse a los procedimientos pacíficos que recomendaban los diplomáticos de Ginebra. Y, más pronto o más tarde, estallaría una nueva conflagración.

A pesar de la estimación con que leía sus obras, no sentí verdaderos deseos de tratar a los escritores más aplaudidos de aquella época. Conocía ya a Paul Valéry, quien me conquistó desde el primer momento por su talento, por su amabilidad y por su modestia. Alguien me presentó a Henry de Montherlant, quien me repelió desde luego por su altivez… Pero mis experiencias se limitaron a esos autores, tan diferentes en su acogida como en su estilo.

Vi, cierta noche, en algún teatro, a Cocteau. Lo rodeaba un grupo de jóvenes que parecían ser sus adeptos. Hacía tiempo que no encontraba nada muy nuevo en lo que escribía. Había formulado, ciertamente, una frase célebre: “Victor Hugo era un loco que se creía Victor Hugo”. ¿No podía decirse lo mismo de él —y de todos los que, como él, otorgaban desmedida importancia a su imagen pública?

Entre admiradores no menos sumisos que los jóvenes de Cocteau, André Gide vivía (a menudo en Cuverville, cuando no en Lausanne) meses de orgullo mudo y, por así decirlo, cristalizado. En junio de 1933, encontré su nombre, en *Le Temps,* al lado de algunos políticos filocomunistas. Ofrecían esos señores su entusiasta adhesión al Congreso Europeo contra el Fascismo. No obstante, años después me enteré —por el *Diario* del propio Gide— de que no autorizó a nadie a incluir su firma al pie de ese documento. Al contrario. Se rehusó categóricamente a suscribirlo. Si no insistió en que se rectificase el error, fue porque no quiso *dar la impresión de retirarse* de un congreso en el que no había deseado participar.

"Delicadezas" de semejante índole fueron frecuentes. No sabía, en realidad, el lector cuál era la posición política verdadera de algunos de sus autores más apreciados. Satisfechos del halo que los nimbaba, ciertos artistas se resistían a convertirse en una cifra más dentro del total de una asociación política. Y Francia necesitaba, precisamente, que sus talentos más lúcidos la guiasen, admitiendo —y aun proclamando— la responsabilidad moral de la inteligencia.

Los redactores de *Action Française* (que no tenían tantos escrúpulos) no hubieran minado, como minaron, la conciencia de muchos buenos patriotas, si todos los hombres de letras auténticos hubiesen establecido un verdadero frente de resistencia contra las fuerzas nazifascistas y comunistas que parecían opuestas en esa época, pero que dejaron de hostilizarse en la hora del mayor riesgo, para permitir al loco de Berchtesgaden asumir el papel de "aprendiz

de brujo"… Ésa era, en el fondo, la cuestión primordial: definir la voluntad democrática de independencia de los antifascistas, sin verse inmediatamente acusados de comunismo; oponerse a Hitler, sin sumarse a las huestes de Stalin.

Marcel Bataillon, con quien —años después— hablé de la situación que describo aquí, me hizo advertir que muchos escritores se preocuparon, entonces, ante el peligro nazi-fascista. Me recordó la actitud de Malraux y la obra del Comité de Vigilancia, orientado por maestros como *Alain,* Langevin y Paul Rivet. Las actividades de

aquel Comité honraron, sin duda, a sus miembros. Pero, a pesar de su esfuerzo, la indecisión gubernamental no cambió de rumbo ostensiblemente.

Como siempre que la angustia me agobia, busqué —en Pascal— una voz certera. “El presente (leí en sus *Pensamientos*) no es nuestro fin. El pasado y el presente son nuestros medios. Nuestro solo fin es el porvenir. De tal manera, esperando vivir, no vivimos nunca. Y, al disponernos a ser felices, resulta inevitable que no lo seamos jamás”… Francia había olvidado a Pascal. Apremiada por el presente, cerraba los ojos al futuro. Disponiéndose a ser dichosa, distaba mucho de serlo.

Iba a terminar mi segunda experiencia francesa. No lo sabía yo exactamente, pero —como si lo hubiera presentido— me apresuré a dar fin a algunos de mis trabajos.

Todo hispanoamericano ha deseado hablar en alguna dependencia de la Sorbona. No escapé, por cierto, a esa tentación. Invitado por el Instituto de Estudios Hispánicos, leí el 21

de abril de 1934, en la sala de ese Instituto, un ensayo sobre la poesía mexicana, desde sor Juana Inés de la Cruz hasta Ramón López Velarde. Asistieron, junto con muchos estudiantes franceses y latinoamericanos, mis compañeros de la legación, dos ministros (Aguinaga, de España, y Francisco García Calderón, del Perú), Aurelio Viñas, profesor de historia en la Universidad de París, Manuel Ugarte y Enrique Méndez Calzada, director de la oficina parisiense de *La Nación* de Buenos Aires. José D. Frías, el pintoresco “vate” —que vivía en un oscuro departamento al que bautizó con el nombre de “Atelier Da Vinci”— escribió un artículo sobre mi conferencia y lo publicó en *El Universal.*

Recibía de tarde en tarde, algunas cartas de México. Mis corresponsales más fieles eran Marte R. Gómez y Bernardo Ortiz de Montellano. A veces, me llegaba una nota de Xavier Villaurrutia. Enrique González Rojo me contaba cómo había ido venciendo las

dificultades de su reinstalación en la capital. Desde Río de Janeiro, Alfonso Reyes me enviaba estímulos y

"saudades". Al comparar las epístolas de mexicanos tan diferentes, comprendí que no me faltó razón para escribir en *Estrella de día:* "Hay varios modos de pertenecer a un país. Muchas maneras de quererlo".

Me entristecía encontrarme tan lejos de nuestra patria, y me inquietaba el esfuerzo que

hacía mi madre para no confesarnos su soledad. Algunas amigas francesas la visitaban. Pero no salía nunca de noche. Los domingos, por la tarde, la llevábamos a ciertas "matinées" de la Ópera Cómica o de alguno de los teatros donde cantantes en boga interpretaban operetas de antaño. No era tanto la música de Offenbach lo que le gustaba, cuanto el recuerdo de haberla oído, a los dieciocho años, o de haber escuchado tararear a mi abuela algunas de sus romanzas.

Me hallaba en ese estado de espíritu cuando recibí una noticia desagradable. El secretario Puig Casauranc había ordenado que me trasladase yo a la Argentina. Sin decírmelo, Castillo Nájera intercedió en mi favor. Puig no quiso escuchar razones. Me vería, por consiguiente, en el caso de obedecer o de renunciar.

Tenía ya cinco años fuera de México. No me seducía mucho la idea de continuar en la diplomacia. Pero tanto mi madre como mi esposa me persuadieron: no debería poner tan pronto término a mi carrera. Para mi madre, aquel traslado implicaba una seria contrariedad.

Su hermana Elisa se sentía, igualmente, muy sola en México. Necesitaba entonces de su presencia, a su juicio, más que nosotros. Y determinó no acompañarnos ya a la Argentina.

V. ITALIA A PRIMERA VISTA

Al enterarme del fracaso de las gestiones hechas por Castillo Nájera para que siguiera yo trabajando en París, solicité algunos días de

vacaciones. Te-mía que no me permitiese el destino volver a Europa, y no quería dejar de ver, aunque fuese rápidamente, algunas ciudades de Italia. Mi madre estaba disponiéndose a regresar a México. Y mi mujer, que se encargaría de ayudarla en sus preparativos de viaje, debería tratar de vender los muebles adquiridos en Madrid, cinco años antes, con ingenuidad de novicios en el peregrinar de la diplomacia.

Iría solo, por consiguiente, en pos de la Italia ideal que mi fantasía había elaborado con los recuerdos de tantos vagabundos como han escrito acerca de ese país, dotado —según exclamaba Lord Byron — del "don fatal de la belleza". Llevaba, entre mis papeles, un poema de Enrique González Rojo, cuyo título delataba su *amor a Roma.*

El rápido —tomado en París— me dejó en Florencia, al anochecer de un día de mayo, en cierta estación que no supuse tan próxima al claustro de Santa María Novella. Me hospedé en el Hotel Cavour y, a la mañana siguiente, me encontraba ya entre los turistas ansiosos de entrar al Palacio de los Oficios.

He ido a la "ciudad del lirio" múltiples veces. Y es posible que la memoria consciente haya sobrepuesto a la impresión inicial no pocas "instantáneas" pertenecientes a épocas posteriores. Pero creo no falsear la emoción de aquellas primeras horas dichosas al insistir en el deslumbramiento que me causaron Florencia entera y, desde luego, en la Galería del edificio construido por Vasari, algunas de las obras fundamentales de la pintura italiana: la *Virgen* del Cimabue, *La Sagrada Familia* de Miguel Ángel, los retratos de Julio II y de León X, por Rafael, y la *Venus* magnífica del Tiziano.

Las experiencias del Prado, del Louvre, de los museos holandeses y de la National Gallery de Londres (vista de prisa, en una breve excursión de fin de semana) me habían enseñado a *escuchar* el silencio de las obras plásticas más gloriosas. Pero Florencia me ofrecía un conjunto de cuadros que conocía yo tan sólo de nombre, o por reproducciones poco satisfactorias, y que atestiguaban la grandeza de pintores como Giotto, Simone Martini, el Beato

Angélico, Lorenzetti, Piero della Francesca, Signorelli… y tantos más. No había visto, hasta entonces, sino pocas realizaciones de Botticelli; entre ellas, los frescos de la Villa Lemmi, que adornan el Louvre. *El nacimiento de Venus, La primavera* y la *Virgen de la Granada* me revelaron un sentido musical del color y del dibujo, aliados para expresar la belleza que nunca dice su más hondo secreto sino en voz baja.

Es absurdo intentar la comparación de determinadas obras maestras. Pero, sin

compararlas, ni establecer peldaños en nuestra admiración, es posible —y hasta natural—

preferir algunas. A la edad que tenía yo entonces (había cumplido treinta y dos años), Botticelli me abría una puerta súbita y venturosa. Gracias a ella, podía ver en mí mismo, más claramente, el rostro del ser recóndito que trató de manifestar algunos de sus ensueños, no sin torpeza, en ciertos relatos de juventud: *Margarita de niebla, Estrella de día…*

Mi entusiasmo por la pintura de Botticelli no ha ido, por supuesto, palideciendo. Al regresar a la Galería de los Oficios, vuelvo a gozar de su inagotable milagro primaveral; pero me inclino (con mayor interés, ahora) ante la *Virgen en la Gloria* del Giotto, la *Adoración de los Magos* de Leonardo de Vinci o los retratos de Federico de Montefeltro y Battista Sforza por Piero della Francesca.

Pasé cuatro días en Florencia, sin tomar jamás un vehículo de alquiler. Quería verlo todo.

Caminaba, calle tras calle, asomándome a los palacios de fachadas austeras, soberbios patios y corredores íntimos y discretos, como el Strozzi o el de los Médicis, decorado con tan pintoresca elegancia por Benozzo Gozzoli. Admiré el estoico desprendimiento del *David* de Miguel Ángel. Me detuve largamente en el Palazzo Vecchio, en Orsanmichele y, frente a las puertas incomparables de Ghiberti, en el Bautisterio. Sentí, en Santa María del Fiore, escapar el tiempo —

como un agua bendita— bajo la cúpula imaginada por Brunelleschi y junto a los bajorrelieves de mármol de Bandinelli. Mi culto por Botticelli me hizo ir hasta la iglesia de Ognissanti, no tanto para evocar a Américo Vespucio (representado, bajo el manto de la *Virgen de la Misericordia,* en uno de los altares) o para examinar la *Cena* de Ghirlandaio, cuanto para descubrir la tumba del autor del *Nacimiento de Venus.* Me conmovió su sencillez.

Sobre la lápida funeraria, manos piadosas cincelaron el apellido del pintor: Filipepi.

Rememoro, con especial gratitud, los minutos que gocé en el Convento de San Marcos.

¿Quién podría resistir al hechizo de la *Anunciación* ideada por Fra Angélico? Dentro de la generación de artistas a la que perteneció Giovanni da Fiésole, su vocación lo situó en un plano en que la belleza era beatitud más que simple delectación. Las obras que realizó, en las celdas del convento dominicano donde los monjes acabaron por calificarlo de “angélico”, constituyen sobre todo espontáneos actos de fe, líricas plegarias, rezos impregnados de piedad para los humildes y de un cristianismo menos renacentista que medieval.

De joven, había yo leído a Hipólito Taine, En su *Viaje a Italia,* ese autor relata que Fra Angélico oraba antes de elegir sus pinceles y lloraba al esbozar el semblante de Jesucristo…

¡Qué diferencia entre la devoción —tierna y sentimental— de Fra Giovanni y el misticismo vehemente y apasionado de otro huésped de aquel convento: el heroico Savonarola! Nacido en Ferrara, tres años antes de que muriese el Angélico, Savonarola —durante el último decenio del siglo XV— acusó a la curia romana de estar arruinando el alma de los católicos. Un guía me indicó el sitio (la biblioteca del convento, construida por Michelozzo) donde el jefe de los *piagnoni* fue capturado, una noche, durante la primavera del año de 1498. En el oratorio, un retrato del combativo prior, por Fra Bartolommeo della Porta, afirma a la vez su presencia y

su soledad.

Según cuenta Condivi, Miguel Ángel solía evocar la impresión que le hiciera, en su adolescencia, la voz de Savonarola, profética de desastres. Pensaba yo en esa confidencia al entrar en la Capilla de los Médicis, que adornan hoy —junto al templo de San Lorenzo—

algunas de las estatuas más populares de Miguel Ángel. Allí están las tumbas de Julián de Médicis, duque de Nemours, y de Lorenzo II, duque de Urbino. En opinión de quienes los conocieron, el escultor idealizó deliberadamente esos rostros. Más que la semejanza, le interesaba el símbolo. Julián representaría al guerrero, con el bastón de mando en la mano.

Lorenzo sería el *pensieroso,* el meditabundo, condenado a vivir y a morir sin saber por qué.

Custodian a Julián *El día* y *La noche.* Entre *La aurora* y *El crepúsculo,* se halla Lorenzo.

Sorprende la suntuosidad de esas tumbas (*La noche,* por sí sola, es una lección de desprecio frente al inútil afán de perseverar), junto a la sencillez del sarcófago del Magnífico.

Pero ¿por qué otorgar importancia a lo que esos personajes hicieron o proyectaron?… Al más ilustre, no pretende exaltarlo ningún emblema. Más que por razón de la historia, los otros duran por la voluntad inflexible de Miguel Ángel. Medita el duque de Urbino y, frente a él, se apresta a mandar Julián. Ambos son nada más pretextos para entender que ni la acción ni la reflexión detienen a tiempo el tiempo. Pasan las noches, los días, las auroras y los atardeceres.

Y no subsiste —en el mármol, como en el alma— sino el convencimiento de que pasamos también nosotros. Mañana, ya no seremos lo que creímos que fuimos hoy.1

En el *Bargello,* hallé otra obra de Miguel Ángel: su vigoroso busto de Bruto. Me encantó el *Mercurio* de Juan de Bolonia; pero me sentí mucho más accesible a la elegancia de Donatello. Su *San Jorge* es una lección de serenidad y de señorío. Y la adolescencia de su *David* comprueba hasta qué punto la ingenuidad, en ocasiones, vence más que la fuerza.

No fui, aquella vez, a la iglesia de Santa María del Carmine. La vería en 1950, cuando la UNESCO celebró en Florencia la quinta reunión de su Conferencia General. Sólo entonces lo comprendí: el puente, que lleva del Giotto a Miguel Ángel, pasa por Masaccio… Quise, como todos los viajeros, conocer el Palacio Pitti. ¡Cuánto varió la "ciudad del lirio" desde los días en que Arnolfo di Cambio comenzó a construir el Palazzo Vecchio y aquellos en que Brunelleschi trazó los planos de este edificio, imponente y frío! Entre la promesa y la realidad del Renacimiento, me quedo a menudo con la promesa. Y promesa es siempre, lo más genuino en el arte límpido de Florencia.

Recorrí las salas en que se hallan expuestas realizaciones tan famosas como la *Donna Velata* y las *Vírgenes* de Rafael, la *Bella* del Tiziano, su retrato del cardenal Hipólito de Médicis, *La Sagrada Familia* de Signorelli y la *Ve-nus* del Tintoretto. Pero hubiera querido ver esos mismos cuadros dentro de un marco arquitectónico más espontáneo y menos suntuoso.

De tanto lujo, no me permitirían escapar ni las frondas —demasiado bien estudiadas— del jardín Bóboli.

Volví a pasar sobre el Arno por el camino del Ponte Vecchio, para concluir mi jornada —

ay, y también mi paréntesis florentino— en el silencio de la Badía. Todo, en aquel refugio, me hablaba más de Florencia que la elocuente pompa de los salones del Pitti: desde la tumba del marqués de Toscana, donde todavía adivinamos la mano de Mino de Fiésole, hasta la *Aparición de la Virgen a San Bernardo,* que es —a mi ver— el cuadro más seductor de Filippo Lippi.

Durante mi estancia en Florencia, me percaté de una triste equivocación. Creía hablar el italiano bastante bien. Me lo había enseñado, en México, cuando tenía yo doce años una excelente profesora de la Sociedad Dante Alighieri, la señorita Jenny Bozzano, admiradora de Dante y del "bel paese là dove'l sì souna". Nuestro libro de texto sería un vulgar manual.

Sería la *Divina comedia.* Nada menos. Naturalmente, al invitarnos a repetir cada verso y cada terceto, tras de habérnoslos leído en voz alta dos o tres veces, la maestra comentaba el significado de algunas frases, nos proporcionaba el léxico indispensable y nos dejaba, para la siguiente lección, la tarea de estudiar ese léxico así como la conjugación de los verbos que figuraban en los fragmentos ya conocidos.

El resultado fue extraordinario. Atraídos por la belleza de la obra insigne, mis compañeros (entre los cuales varios eran hombres ya hechos, como Aurelio Manrique) aprendieron, junto conmigo, todo lo que la profesora nos enseñaba. Muchos repetíamos ya de memoria Cantos enteros, desde "Nel mezzo del cammin di nostra vita / mi ritrovai per una selva oscura" hasta el momento en que Francesca y Paolo llegan al punto en que reconoce Francesca "quel giorno più non vi leggemmo avante" o aquel en que el Conde Ugolino, preso y famélico frente a sus hijos muertos de hambre, confiesa "poscia, più che'l dolor potè'l digiuno"…

En Italia, me di cuenta de que el estilo de Dante no es el de hoy, por lo menos en lo que atañe a la vida diaria. Para las necesidades menores —ordenar la comida, comprar un billete en la estación del ferrocarril—, Dante me resultaba, sin duda, inútil. Preferí recurrir al español o al francés, que no pocos hablaban, y reservar mi conocimiento de la *Divina comedia* para otros cuidados, menos modestos. Uno entre todos: el de entender el alma del florentino, en cuya esencia —a pesar de los siglos transcurridos— la huella genial de Dante perdura aún.

Bendije, entonces, la penetración psicológica de mi buena y cordial maestra. No me había adiestrado en el arte de solicitar algún dato

por teléfono, o de precisar a los empleados de los hoteles la hora en que saldría por las mañanas, o de resolver fácilmente determinados problemas prácticos. Todo eso lo aprendería yo, por mí mismo, en las conversaciones y en la lectura de los periódicos. Pero me había orientado en un arte más importante: el de estimar la movilidad melódica de un idioma para el cual la mejor gramática es el buen gusto, la aptitud de insertar las palabras, dentro de cada frase, conforme a un orden menos sumiso a las reglas de la prosodia que a la armonía eufónica del total.

Bajé, de Florencia, a Roma. Alguien me había recomendado un pequeño albergue. No ostentaba ese hotel, ciertamente, muchas estrellas en los índices de las guías. Pero, por las

mañanas, en el cuarto que allí alquilé, me despertaban pájaros tempraneros. En efecto, no todas las aves romanas moran entre las frondas de la Villa Borghese o sobre las ramas de las magnolias que hay en el Pincio. Algunas duermen en los tejados de la Via Ludovisi, donde se hallaba mi hotel. El canto de aquellos pájaros fue para mí, durante los cinco días que pasé en Roma, un prólogo delicioso. Me anunciaba, con cada amanecer, el hallazgo de algún pedazo, radiante y vivo, de eternidad.

Imponiendo un sistema histórico a mis paseos, quise ver, ante todo, la antigua Roma. Y

contraté los servicios de un guía. Recorreríamos, juntos, los Foros. Ese fue mi error. Quien pretende explicarnos las ruinas más venerables, las paraliza. Es mejor caminar entre ellas sin atender a una voz pedante que, al describirlas, no las evoca, sino parece estar sometiéndolas a una autopsia anacrónica y sentenciosa. Pueden más, cuando se conciertan, la imaginación y la soledad. A través de los Foros romanos, como en ciertos lugares de Grecia, conviene entregarse a la fantasía: inventar los templos de cuya antigua gracia, o de cuya grandeza perdida, no vemos sino la base de una columna, el arranque de un arco trunco o los peldaños de una escalera que no conduce a ninguna parte.

El Coliseo, la Columna Trajana, el Templo de las Vestales y los arcos de Tito, de Constantino y de Septimio Severo son testimonios irrecusables. Pero, a cada momento, en la Roma antigua, irrumpían diversas Romas. Cuando no era un auto que trepidaba junto a nosotros, era el pórtico de una iglesia: la de San Lucas y Santa Martina, o la de Santa María Antigua, erigida ésta en el sitio donde se irguiera la biblioteca del templo de Augusto. No es posible —ni sería deseable— aislar por completo un momento histórico. Por eso me prometí regresar a los Foros de Roma, como lo he hecho, sin siquiera llevar conmigo un manual a cuyas páginas recurrir frente a la pregunta muda de cada piedra. Sólo así disfruté de la majestad del conjunto excelso. Y sólo así conseguí restaurar —merced al recuerdo de mis lecturas y a las hipótesis de mi mente— la invisible ciudad donde existieron un día Pompeyo y César, Augusto y Livia, Claudio y Nerón.

Decidí abandonar el método cronológico y entregarme a lo que cada mañana o cada tarde me propusiesen. Un día, fui a la Basílica de San Pedro y a los Museos del Vaticano. ¿Cómo resumir todo lo que sentí, en la Capilla Sixtina, frente a los frescos de Miguel Ángel?… Sólo Dante, Shakespeare y Beethoven me han producido emoción igual. Los cuatro genios coinciden en exaltar al hombre y en obligarlo a aceptar su sino. En confrontación tan profunda con la conciencia de ser lo que tenemos derecho y obligación de ser, sin abdicaciones ni concesiones, no es permitido juzgar la vida con menosprecio. Hay que vivirla con dignidad.

Las Salas de Rafael no imponen la sumisión absoluta que exigen los frescos de Miguel Ángel. Pero ¡qué maravilloso equilibrio el de sus murales! Frente a la *Escuela de Atenas* y al grupo del *Parnaso,* en la *Sala de la Firma,* o delante del *Incendio en el Borgo,* en la del *Incendio,* y la *Misa de Bolsena* o la *Liberación de San Pedro,* en la de *Heliodoro,* no abisma el espectador la voluntad que lo sobrecoge entre las paredes de la Sixtina. Rafael no manda.

Persuade. Y, sin órdenes, nos convence.

Entre las figuras que representó en la *Escuela de Atenas,* recuerdo ahora la de Platón, con los rasgos de Leonardo, y la de Miguel Ángel, áspero y solo, que el pintor retrató al imaginar

—a su modo— a Heráclito. Pasma advertir que hubo época como ésa en la que Leonardo, Miguel Ángel y Rafael fueron capaces de convivir y de comprenderse —aunque no siempre de perdonarse, unos a otros, sus incompatibles características.

Otro día, elegí las pequeñas iglesias perdidas entre muchos otros vestigios de la Edad Media: Santa Práxedes, Santa Pudenciana, San Clemente y Santa María en el Transtévere. En la de Santa Práxedes, la capilla de San Zenón, con sus mosaicos del siglo IX, es una joya que no envejece. Más que “capilla de San Zenón”, debería llamarse “mausoleo de Teodora”, pues el papa Pascual I la hizo erigir como monumento a Teodora, su madre muerta. Cuatro ángeles de mosaico, esbeltos y compasivos, sostienen los arcos de la pequeña bóveda que protege lo que los romanos de antaño nombraron, no sin razón, “jardín del Paraíso”…

Después de almorzar, fui al Panteón, a Santa María sopra Minerva y a Santa María de la Paz, flor del Renacimiento. En una de sus capillas (iba a escribir “en uno de sus pétalos”) siguen augurando al cristiano quién sabe qué profecías cuatro Sibilas, maravillosamente pintadas por Rafael.

Dediqué una jornada a recorrer las iglesias de San Juan de Letrán, Santa María Mayor, San Pablo fuera de los Muros y la de Jesús. En ésta, a fuerza de oros y columnas de lapislázuli, el lujo ha hecho casi desaparecer a San Ignacio. En la de San Luis de los Franceses, encontré la tumba de la amiga de *René,* esa Paulina de Beaumont frente a cuyos restos invocara Chateaubriand, con otras palabras, un angustioso epitafio griego: “Te amaré siempre; pero tú, si es permitido así entre los muertos, no bebas, te lo ruego, una sola gota de las aguas del río del Olvido”…

Antes de llegar al Museo Nacional de las Termas de Diocleciano, me detuve en la iglesia vecina: Santa María de los Ángeles. Miguel

Ángel la proyectó en lo que fue *tepidarium* de aquellas Termas. ¡Cómo sabía unir, en todo lo que intentaba, la avidez del Renacimiento y la grandeza del mundo antiguo! Construir una iglesia en un *tepidarium* fue, sin duda, para él, un placer inmenso —y una justa razón de orgullo. Asociaba así, una vez más, dos voluntades que sentía propias: la tradición de la Roma clásica y la fe creadora del arte nuevo.

De cuanto vi en el Museo Nacional, no citaré sino tres ejemplos: el *Discóbolo Lancellotti,* réplica extraordinaria del original de Mirón, el *Pugilista en reposo,* bronce de Apolonio, y el *Trono Ludovisi,* donde Venus nace del mar. En los costados del "trono", dos figuras simbolizan, según Tiziano trataría también de hacerlo, al amor divino y al profano: una doncella desnuda toca una flauta, en tanto que otra —cubierta por un peplo de pliegues rítmicos— reflexiona sobre lo efímero del vivir…

Pasando a pie frente al Gran Hotel, decidí asomarme a Santa María de la Victoria. Me interesaba ver la estatua más lírica de Bernini: "el éxtasis de Santa Teresa". Sobre nubes de

mármol, que parecen ingrávidas, recibe Santa Teresa el flechazo angélico —y goza, visiblemente, de su dolor. Bernini acertó a expresar, con líneas que recuerdan a entes paganos (el ángel sonríe como Cupido), ese estremecimiento del fervor místico que, en sus más bellas páginas, la religiosa de Ávila —en su realista idealismo— inmortalizó.

Iba a concluir mi visita a la capital de Italia. Consagré la última jornada a Marco Aurelio y a los museos del Capitolio. La estatua ecuestre del filósofo emperador es digna del autor de los *Pensamientos.* Colocada sobre el pedestal (de proporciones muy bien previstas) que dibujó Miguel Ángel, pueden apreciarse, de cerca, los detalles del bronce ilustre. El rostro del emperador da la impresión de estar contemplando a los transeúntes. Los juzga, y no sabemos si los perdona. Pero los deja pasar silenciosamente.

La plaza responde en todo a los proyectos de Miguel Ángel. A espaldas de Marco Aurelio, se levanta el Palacio del Senador, donde está instalada actualmente la presidencia municipal de Roma; a la derecha, el de los Conservadores y, a la izquierda, el Palacio Nuevo, que aloja al Museo Capitolino. Vi, en éste, muchas esculturas antiguas. Mis preferidas son la *Venus del Capitolio,* el *Galo moribundo* y una cabeza de Baco, copia de Praxiteles. Más rico aún es el Palacio de los Conservadores. En el patio, sorprenden los restos de un Constantino colosal.

En la Sala de los Horacios y los Curiacios, destacan la *Loba* de bronce, obra etrusca del siglo V antes de Jesucristo, así como el niño que se desprende una espina del pie, estatua griega de singular elegancia, y, más adelante, la famosa *Venus del Esquilino.*

Del Capitolio no fui, por supuesto, hasta la roca Tarpeya, sino —en taxi— a la Villa Borghese. Entre las estatuas de Bernini que allí se exhiben *(David, Eneas y Anquises, Apolo y Dafne),* me atrajo sobre todo el último grupo. Para escapar de Apolo, la ninfa se ve convertida súbitamente en laurel. La carne se le transforma en corteza y en hojas rápidas y voraces. El perseguidor tiene que resignarse. Estrechará solamente un símbolo… ¡Con cuánta delicadeza logró Bernini remozar la poesía del viejo mito! Por comparación con su Dafne, la Paulina de Canova me pareció seductora, sin duda, pero un tanto convencional. Sólo el servilismo de la época napoleónica pudo conceder a la figura de la hermana de Bonaparte el título de *Venus Victoriosa* con el que la anuncia el catálogo.

Reservé la tarde para San Pietro in Vincoli. Desde esa iglesia gobierna uno de los legisladores patéticos de Occidente: el *Moisés* sublime de Miguel Ángel. Sublime, no por la dimensión del mármol que lo eterniza, sino por la majestad que dio a su presencia el cincel de Buonarroti. Todo, en esa presencia, es mandato egregio. Y semejante mandato nos señala el deber de no transigir con las mentiras que nos rodean, y de mantenernos leales a lo que somos,

aun cuando tal lealtad nos lleve hasta el sacrificio, porque es preferible la muerte a la mutilación de nuestra conciencia.

Miguel Ángel no concluyó el monumento que le encargó el papa Julio II. Pero el Moisés de San Pietro in Vincoli, por sí solo, es un monumento. Su aparición marcó una época de mi vida.

Entendí, al verlo, qué vanas son las pequeñas preocupaciones que nos afligen y cuán fugaces

los triunfos que suelen envanecernos. ¿Por qué me entristecía salir de Europa?… En Buenos Aires, como en París, como en cualquier lugar, tendría que aprender en lo sucesivo a estar solo conmigo mismo, solo frente a mí mismo.

A la mañana siguiente tomé el rápido para Nápoles. Mientras contemplaba el paisaje, a través del cristal de la ventanilla, recordé cierta escena vista dos días antes en Roma. Al salir del Museo de las Termas coincidí, en la Plaza de la Exedra, con un grupo de jóvenes

“balillas”. Desfilaban, como soldados de opereta, cantando ruidosamente *Giovinezza.* Ese espectáculo me hizo pensar en la grandilocuencia histriónica del fascismo. Había pasado varias veces frente al Palacio Venecia, sin tener oportunidad de escuchar un discurso del *Duce.* Pero los diarios no publicaban sino lo que sus censores les permitían. Desde 1922, el dictador había ganado prestigio. Acostumbraba detenerse —en mitad de las carreteras— para saludar a las chicas que lo aclamaban. Una de ellas, encontrada en el camino de Roma a Ostia, sería famosa. Moriría —fusilada junto con él— en San Giulino di Mezzegra, cerca de Como.

Ahora, todos los italianos saben su nombre: Clara Petacci.

Satisfecho del orden (más policíaco que político) vigente ya en su país, Mussolini olvidaba la sangre de Matteotti y no concedía mucha importancia a una frase del conde Sforza.

Me refiero a aquella en la que el intrépido antifascista aplicaba al *Duce* el ideograma inventado por los chinos para definir a determinado tipo de gobierno: “el del hombre a caballo sobre un tigre”. “Parece terrible el hombre —añadía Sforza—; pero… se está muriendo de miedo.”

En efecto, una sombra espesa empezaba a formarse ya. Hitler se había apoderado de Alemania y quería anexarse a Austria. Mussolini apoyaba a Dollfuss. Y, cuando —tres semanas después de mi regreso a París— Hitler fue a saludar al *Duce* en la entrevista incómoda de Venecia, el débil —arrogante y declamatorio— daría aún a los corresponsales de prensa del mundo entero la falsa impresión de ser el más vigoroso, mientras que Hitler, con su chaplinesco bigote y su dieta frugal (de la que se burlaban los italianos), sería considerado por muchos como un solicitante molesto.

Dos meses más tarde, cuando estábamos ya en Buenos Aires, al enterarme del asesinato de Dollfuss me pregunté cómo reaccionaría Mussolini. Es cierto, ordenó una movilización para asegurar el Brennero. Pero Hitler sabía esperar. Y, a la postre, sería el *Duce* el solicitante. Sin embargo, en mayo de 1934, todo parecía adular a Mussolini. Frente al Palacio de las Exposiciones de Roma, en la Via Nazzionale, senadores, burócratas y académicos hacían guardias en honor a la “Exposición de la Revolución Fascista”, que no tuve deseos de ver.

Según algunos cronistas, hombres como Marconi hubieron de resignarse a figurar en aquellas cómicas mascaradas.

Oí cierta vez, en un restaurante, comentar el lema del dictador: “El arado traza los surcos, pero la espada es la que los defiende.” ¿Cómo se dispondría él a defenderlos, llegado el caso?

… Envanecido por los elogios que le llegaban de todas partes, Mussolini no supo nunca

organizar un ejército verdadero. Le bastaba que personajes como Winston Churchill y Adolfo Hitler lo elogiasen. Éste, en 1931, había escrito que “el prusianismo es un concepto moral y no geográfico”. En su opinión, “Mussolini era un prusiano”. Aquél, en 1933, ante los miembros de la Liga Antisocialista, calificó a Mussolini de “gran legislador”…

Con la aventura etíope, Mussolini iba a comprobar —simultáneamente— su ambición y su ineficacia. Las sanciones que la S.D.N. trató de imponerle no frenaron su codicia pero lo condujeron, por cólera y por soberbia, al peor de los desatinos: aceptar la tutela de Hitler. Y

no levantaría su espada, entonces, para “defender los surcos” de su país, sino para asestar a Francia, en 1940, un golpe cobarde y, también, tardío.

Todo esto, naturalmente, no pude preverlo en el vagón del ferrocarril que me llevaba a Nápoles. No obstante, a pesar del júbilo de mi viaje, consideraba con inquietud el futuro de Italia —y de toda Europa. Mi ansia de conocer sus paisajes y sus ciudades era, por eso mismo tal vez, mayor.

Nápoles no me sedujo como Florencia, ni me convenció como Roma. Llegué de noche.

Muchos automóviles esperaban a los viajeros en la estación. Ordené al chofer del *Fiat* más presentable que me llevase a un hotel en el Posílipo. Le indiqué el nombre del establecimiento y, después de cruzar las calles del centro, nos alejamos de la ciudad. Por fin, se detuvo el taxi frente al tajo de una colina. ¿Dónde estaba el hotel? El chofer me explicó que debería tocar el timbre, incrustado en la roca. Algún empleado bajaría, sin duda, para acogerme. Esperé.

Varios minutos después, oí el ruido de un ascensor. Se abrió una puerta. Un conserje, semidormido, me preguntó qué deseaba. —“Alquilar un cuarto”, le contesté. Soltó, entonces, una rápida carcajada. El hotel no recibía huéspedes sino en la temporada

estival. Y la temporada principiaría en julio… O el chofer era un ignorante, o me había llevado al Posílipo para ofrecerse un paseo nocturno y cobrarme una cuenta que no fue exigua. Opté por guardar silencio. Después de todo, el culpable era yo. No había leído con suficiente cuidado las notas consignadas, acerca de los albergues napolitanos, en la guía adquirida en Roma. Y, con mis maletas y mi disgusto, fui a dar al Hotel Excélsior.

Pasé dos días en Nápoles. Sin tiempo para ir a Pompeya, o a Capri, y mucho menos hasta las ruinas de Paestum, me limité al perímetro urbano. Vi el Castel dell'Ovo, frente al hotel.

Construido sobre las tierras de una "villa" de Lúculo, fue ermita de los monjes de San Basilio.

Los normandos transformaron en fortaleza la ermita y los reyes de Anjou aprovecharon la fortaleza como castillo.

Recorrí los apartamientos del Palacio Real. Admiré la Plaza del Plebiscito y, en la Catedral, la capilla de San Genaro. Me interesaron mucho el parque de Capodimonte y el Museo Arqueológico Nacional, instalado éste en un edificio que fue cuartel y, más tarde, sede universitaria. Pocas galerías italianas cuentan con mayor número de estatuas de la Gran Grecia. Anoté algunas, en mi cuaderno de viaje: el *Doríforo,* copia de Policleto, la *Venus Calipigia, Afrodita,* el *Toro Farnesio* y el relieve de Orfeo con Eurídice. En el entresuelo, se

hallaban expuestos muchos mosaicos de Pompeya. No he olvidado uno: el que evoca la batalla de Alejandro contra Darío.

Otros viajes me han permitido apreciar mejor el valor de Nápoles. Pero el tiempo apremiaba entonces —y me sentía impaciente de ir a Venecia. El servicio ferroviario italiano era excelente en aquellos años. Mussolini había logrado que los "rápidos" no padeciesen de tortuguismo y los "expresos" no desmintiesen su nombre. Gracias al fascismo (algo debía reconocérsele), atravesé gran parte de la península sin fatigas ni contratiempos.

He hablado tanto, en otros libros míos, acerca de la ciudad de los Dux que describirla, ahora, sería superfluo. Diré tan sólo que los tres días que viví frente al Gran Canal, en el hotel en que Wagner compuso una parte de su *Tristán e Isolda,* los situó en una isla fuera del tiempo, donde todo me habla de un mundo ido, condenado al naufragio desde hace mucho. La Basílica de San Marcos, el Palacio Ducal, la Academia, los Tintorettos de la Scuola di San Rocco, los Carpaccios de San Giorgio degli Schiavonni, las estatuas de los Dux sepultados en San Giovanni e Paolo, ven pasar al viajero como a un fantasma.

Asistir a un entierro en góndolas (enlutadas desde las épocas de la peste), a la orilla de San Michele, es como presenciar nuestra propia, lenta, inevitable y callada disgregación.

Comprendo que Stravinski haya deseado que llevaran sus restos hasta aquel cementerio marino, menos abstracto que el de Paul Valéry.

En esa isla, me despedí en realidad de Italia. Tras de Venecia, Milán sería nada más una breve pausa para subir al “Orient-Express”.

En mi litera de aquel tren de lujo, dormí muy mal. Y no es que me molestaran los ruidos múltiples del vagón. Entonces, no me importunaba el insomnio. Lo que me mantuvo esa vez despierto fue esta pregunta: ¿habría visto y sentido, en verdad, a Italia?

Una cosa es oír a los dioses de una cultura y otra —muy diferente— dialogar con los hombres de un pueblo vivo. Me daba cuenta de que, salvo algunas frases cambiadas con los conserjes de los museos, el guía de Roma, los empleados de los hoteles y los choferes de algunos taxis, no había tenido, durante dos semanas, una sola conversación real.

¿Qué pensaban los italianos humildes de su país? ¿No delataba ya muchas grietas la máscara cesárea que se había puesto el fascismo para amedrentar a los timoratos? Las canciones que oí en los cafés, o al atravesar ciertas calles napolitanas, o —desde mi cuarto del

hotel veneciano— cuando pasaban por el Canal, llenas de mandolinas y de violines, las góndolas preparadas para deleite nocturno de los turistas, ¿revelaban júbilo auténtico o escondían una infinita nostalgia sensual y sentimental?

No había ido a ningún teatro, ni compartido —en un parque público— el descanso de los hombres y las mujeres sentados sobre las bancas de los jardines. Palacios, iglesias, museos y monumentos me cumplieron cuanto ofrecían: hermosura, grandeza, fuerza y solemnidad. Pero

¿cómo vivía y pensaba el pueblo? ¿Creería, sinceramente, en las jactancias de Mussolini?

¿Compartiría la voluntad imperial que los periódicos exaltaban?

Lo que había yo visto, en Italia, lo vieron también muchos escritores, pero no había tenido

—como Shelley, Byron o Keats— ocasión de convivir con los italianos. Y no me refiero a los italianos del siglo XV, del XVI o del XVII, presentes en las obras maestras que nos dejaron, sino a los de 1934, a los que esperaban —o desesperaban— en mayo de 1934.

Ese viaje, programado en los libros, había resultado una aventura más bien libresca.

Ciertamente, lo que los genios me revelaron en los edificios que construyeron, las estatuas que modelaron y los cuadros que supieron legar a la humanidad, implicaba un soberbio aliento y afirmaba mi fe en el hombre. Pero Italia no era exclusivamente una espléndida galería sino una nación vigorosa y, también, actual. Debía reconocerlo: la actualidad de esa gran nación no había logrado captarla en un viaje que me dejó la impresión de un apresurado paseo por quién sabe cuántas enciclopedias…

Tendría que regresar, como he conseguido hacerlo, más de diez veces; hallar amigos; participar de sus inquietudes y de sus gustos; revestir con un cuerpo concreto el alma que imaginaba, ya sin columnas ni frescos, cúpulas y obeliscos, y comprender finalmente así lo que Italia sigue significando: no sólo un sabio conservatorio, sino una orquesta armoniosa y viva; no sólo un extraordinario museo, sino una sensibilidad refinada y acogedora; no sólo un paisaje hermoso, sino un espíritu digno de disfrutarlo y dichoso de permitir que los extranjeros lo disfruten junto con él.

De esa Italia, que tanto amo, aquel viaje no pudo darme más que una corta y parcial versión.

VI. ARGENTINA SIN SARMIENTO

Pasé, en París, la segunda quincena del mes de mayo. Como había tenido la precaución de reservar a tiempo los billetes indispensables para nuestros viajes, creí poder liberarme de ciertas prisas. Pero quedaba aún mucho por hacer. El mayor problema lo planteaban mis libros. Además, era menester enviar al Hotel de Ventas todos nuestros muebles, que nadie había comprado, a pesar de los anuncios publicados en los periódicos. El resultado fue desastroso. Por cada millar de pesetas invertido en Madrid, nos dieron muy pocos francos. Me había llegado, en abril, un automóvil nuevo. ¿Cómo venderlo? Después de todo, nos serviría en Buenos Aires — y recorreríamos en él la carretera a la Costa Azul, hasta Villefranche, donde deberíamos embarcarnos a bordo del *Conte Grande.*

A las prisas, se sumaron las despedidas. Muchos amigos nos invitaron a almorzar o a cenar. Algunos, los optimistas, nos auguraban éxito en Buenos Aires.

En ferrocarril, acompañamos a mi madre hasta Saint-Nazaire. Admiré su sonrisa estoica.

No ignoraba yo cuánto la conmovía nuestra inevitable separación. Es cierto, su hermana Elisa se esforzaría por hacerle grata su

estancia en México. Pero, durante años, no se había alejado nunca de mí. Era un diálogo de toda la vida el que iba a interrumpir, con su anuncio, la sirena del navío francés en que la dejamos. Nos escribiríamos con frecuencia. Y, en su casita de la colonia de San Rafael, continuaría ella reuniendo —y colocando ordenadamente, en un álbum

— los recortes de los diarios que le enviase, relativos a las conferencias que sustentara, y las notas publicadas sobre mis libros. Nos dimos un último abrazo, confiados en vernos pronto.

En realidad, no volveríamos a encontrarnos sino dos años después, cuando nuestra cancillería me llamó para trabajar en México.

Tres días más tarde, mi mujer y yo estábamos en Lyon. De Lyon, fuimos a Marsella. Nos detuvimos en Juan-les-Pins y, ya en Villefranche, tras de instalar mi automóvil en las bodegas del Conte Grande, oímos vibrar las hélices del barco italiano que nos llevaría a la Argentina.

¿Qué nos esperaba en el país de Sarmiento? Todo, sin duda, menos Sarmiento. Al aproximarnos al Ecuador vimos un cielo “pobre de estrellas, donde brillaba la Cruz del Sur…” Pensé en los navegantes de antaño. Después de una escala rápida en Tenerife, habíamos seguido —más o menos— la ruta de Magallanes. Pero ¡de cuántas comodidades rodeaba el siglo XX, para nosotros, las aventuras heroicas del portugués! Era lujoso el barco.

Los pasajeros hacían gala de una elegancia, tal vez postiza. Por las noches, después de la cena, oíamos a un excelente cuarteto. Y, cierta vez, escuchamos cantar a Gabriela Besanzoni, que iba al Brasil.

En Río de Janeiro, Alfonso Reyes nos esperaba. Pasamos con él, y con Manuelita, el día más dichoso de todo el viaje. Alfonso conocía muy bien la vida argentina y, entre la sopa y el postre de la comida que nos ofreció en la embajada, me habló con simpatía de Buenos Aires.

El 14 de julio llegamos a la ciudad del hombre que —según Scalabrini Ortiz— “está solo y espera”… El embajador Rafael Cabrera y su esposa, Mercedes, nos dieron la bienvenida.

No era ya Cabrera el poeta en ascenso a quien me presentó Toussaint dieciséis años antes.

Inteligente, sencillo, y fino, había abandonado las letras para perseverar mejor en la diplomacia. Leía mucho, no obstante. Pero lo más importante de su biblioteca consistía en un magnífico acervo de obras, en distintos idiomas, sobre la historia de las religiones del mundo entero. El autor de *Presagios* se había convertido en un minucioso coleccionista de nubes y de sonrisas. Las nubes, las retrataba con una cámara fotográfica, de cuyas cualidades parecía sentirse más orgulloso que de sus versos de juventud. Las sonrisas, las merecía —en los salones porteños que cultivaba— por su amabilidad y su don de gentes, su puntualidad de amigo y su ironía —imperceptible, a menudo, y siempre cordial.

Había encontrado en su esposa, colombiana de origen, a una compañera perfecta.

Sonriente, amena, y atenta con todos los que trataba, ayudaba mucho a Cabrera en el cumplimiento de los deberes sociales que tanto le preocupaban, y —como él— dedicaba a su hijo único un amor abnegado, sin restricciones y sin desmayos. Me pregunto —hoy todavía—

por qué razón no llamaban nunca a ese niño con el nombre que recibió en el bautismo, sino con el de un personaje de Kipling: *Kim.*

Vivían en una casa de la calle de Arroyo, incómoda y pretenciosa, adquirida por nuestro gobierno durante los años en que nos representó, en la Argentina, Carlos Trejo y Lerdo. A ese respecto, recordaré lo que un funcionario del ministerio de Relaciones Exteriores me dijo un día: “Ustedes, los mexicanos, son muy curiosos. Cuando dirigía su legación el ministro Trejo y Lerdo, tenía un secretario, que se apellidaba Veloz González. Y, a las pocas

semanas de conocerlos, nos dimos cuenta de que ni Lerdo era lerdo ni Veloz muy veloz…”

Nos habíamos albergado provisionalmente en el Hotel Alvear. Pero descubrimos —en la calle de Libertad— un departamento amueblado, próximo a la embajada. Podría ir a pie hasta mi oficina. Empecé a despachar los asuntos que el doctor Cabrera me encomendó. Y

principiamos, mi esposa y yo, a conocer a los argentinos.

Siento que llego, aquí, a un terreno difícil y peligroso. El peligro sería el de calificar sin razón. La dificultad estriba en no incurrir en generalizaciones incomprobables. ¡Se ha hablado tanto de la jactancia de los porteños! Se ha repetido ya, hasta el cansancio, el sarcasmo de Benavente: el mejor negocio consistía en comprar a los argentinos en lo que valen y venderlos en lo que creen ellos que valen. ¡Como si estuviesen en venta los ciudadanos de una República que ha dado a América a hombres del tamaño de San Martín, Rivadavia, Sarmiento y Mitre!

Precisa, ante todo, no pretender juzgar al argentino de Córdoba, de Salta o de Tucumán como al argentino de Buenos Aires o de La Plata. Durante muchos decenios, el tipo del

argentino fue Martín Fierro. Pero confieso que no conocí a gauchos como él en 1934. Traté a poetas de la calidad de Leopoldo Lugones, de Arturo Capdevila, de Baldomero Fernández Moreno, de Norah Lange, de Oliverio Girondo y de Ricardo Molinari. Conocí a prosistas como Jorge Luis Borges, Eduardo Mallea y Ezequiel Martínez Estrada. Todos eran argentinos.

Y cada uno tenía un modo especial de pertenecer —o de representar— a su país.

Lugones, por ejemplo, había cruzado conmigo un florete dialéctico en cierta controversia suscitada por un artículo suyo en el cual, sin razón, despreciaba a nuestros indígenas. No obstante, con la mayor sencillez y la más inteligente cordialidad, aceptó sentarse a la mesa de Arturo Capdevila, cuando éste lo invitó a almorzar con nosotros. Ni él ni yo nos referimos a la polémica ya olvidada. Él se hallaba en la cúspide de su gloria. Yo empezaba, apenas, a ser conocido. Lugones hubiera podido hacerme sentir la distancia que mediaba entre nosotros. No lo intentó siquiera. ¿Demostraba nobleza tal la arrogancia atribuida a sus compatriotas?

Jorge Luis Borges había publicado ya varios libros. No recuerdo en qué sitio nos encontramos. Hablamos de muchas cosas, con la

mayor naturalidad. Aludió él, muy discretamente, al padecimiento que lo aquejaba —y al que se ha sobrepuesto con heroísmo.

Entendía a los argentinos mejor que nadie. No ignoraba la petulancia que muchos les atribuyen. Pero él poseía un estilo propio para juzgarlos. Cuanto ha escrito, a partir de entonces, lo sitúa en el plano de los valores universales. Al despedirnos, reflexioné en una coincidencia: nuestros primeros libros llevaban, en el título, una misma palabra: *Fervor…*

Por su amenidad natural (y, quizá, por haber nacido en esa Córdoba colonial, que podría compararse —remotamente, sin duda— con alguna de las ciudades de provincia de nuestra patria), Capdevila fue el escritor que me recibió de manera más franca y más amistosa. Ya he indicado la forma que halló para que Lugones y yo nos conociésemos. Cierto sábado, me invitó a ir al Tigre. Haríamos el viaje en mi automóvil. Me guiaría él. Pero, en cuanto salimos de Buenos Aires, empezó a dudar respecto a la elección de la carretera. Consultamos a varios trabajadores, ocupados en consolidar las terracerías. Ninguno de ellos hablaba español. Eran polacos, inmigrados recientemente. Por fortuna, dimos con un italiano que no tardó en comprendernos. Y llegamos al Tigre, donde admiramos un crepúsculo extraordinario, solemne y tierno en su lentitud.

Al regresar del paseo, pregunté a Capdevila por qué eran tan accesibles los escritores de su país y tan herméticos los personajes oficiales que me había visto en el caso de conocer.

“Verá usted —me dijo— son cosas de Buenos Aires. Yo mismo, cuando llegué a Córdoba, me sentí congelado frente al desdén con que muchos (que, ahora, son mis amigos) me recibieron.

Inventé un ardid. En vez de confesar que deseaba abrirme paso en Buenos Aires, manifesté que estaría poco tiempo en la capital. Proyectaba ir a París. Todo, de improviso, se volvió fácil.

La amabilidad reemplazó a la indiferencia. Y así fue como descubrí los secretos resortes de la psicología de los porteños…”

¿Tendría Capdevila razón? Lo cierto es que, si los intelectuales alternaban muy gentilmente

conmigo, los caballeros y las señoras a quienes saludábamos en muchos salones de Buenos Aires parecían fabricados por una máquina hecha para la producción —en serie— de *snobs.*

Vivían “a la defensiva”, según acertadamente Ortega y Gasset advirtió en uno de sus ensayos: aquel en cuyas páginas encontré estas palabras inexorables: “Cada cual, en el secreto de su conciencia, sabe que no debía ser lo que es. Es decir que, a la inquietud suscitada por la presión de los demás, se añade una inseguridad íntima, un sobresalto privado y permanente que es preciso compensar adoptando un gesto convencional, insincero, para convencer al contorno de que se es efectivamente lo que se representa”.

Resultaba insufrible, entonces, la oligarquía. Citaré sólo dos ejemplos. Acabábamos de llegar a Buenos Aires, cuando nos invitaron a un coctel ofrecido por el nuevo embajador del Uruguay, Eugenio Martínez Thedy. La recepción estuvo muy concurrida. Pero las amigas de nuestra embajadora no tardaron en expresar su desencanto. “Éstos —dijeron— no llegarán”…

Mi mujer, que escuchó la frase, quiso indagar la razón de ese triste augurio. Y se enteró de que las “masitas” (así llaman a las pastas en Buenos Aires), aunque excelentes, no procedían de la

“confitería” donde hacía sus compras la aristocracia.

Esa misma tarde, en no pocos grupos, oí esta pregunta: “¿Lo recibirá o no lo recibirá?

Advertí que la duda implicaba un problema serio. ¿Cuál sería?… El doctor Cabrera me lo aclaró. Toda la “sociedad” argentina estaba

ansiosa de averiguar si el presidente, general Justo (que había tomado posesión desde hacía ya tiempo), sería o no recibido por cierta dama de la aristocracia porteña, que acostumbraba ofrecer una cena en honor de los presidentes de la República. Para los nuevos jefes de Estado, aquella cena resultaba algo tan esencial como el viaje a Reims para los reyes de Francia. Y el general Justo no había obtenido aún ese sacramento. Varios malquerientes aseguraban que no lo obtendría jamás, pues su esposa —

muy digna y muy estimable— había sido "maestra de escuela"… Sin embargo, días más tarde, el general logró por fin su consagración. La gran señora tuvo a bien acogerlo en su casa. Las fotografías del acontecimiento se publicaron —a media plana— en los periódicos del país.

Cuando nos instalamos, invité a tomar el té —en nuestro departamento— a quienes nos habían ya recibido en sus salones y a los escritores que me trataron con gentileza tan espontánea. Los Cabrera se alarmaron de nuestra audacia. ¿Cómo atrevernos a reunir, con Lugones y Capdevila, a las señoras de R, de X, o de Z? No se estilaba, en Buenos Aires, tal confusión. Los literatos podían ser apreciados en las conferencias, en el periódico o en los libros. Pero las grandes damas debían alternar con diplomáticos, con banqueros y con miembros del Jockey Club.

Comprendí hasta qué punto el doctor Cabrera sufría las consecuencias de una adaptación lamentable a la vida mundana de Buenos Aires. Me contaron que Puig Casauranc, cuando fue a la Argentina, quiso hablar con Alfredo L. Palacios. Nuestro embajador no lo conocía. Para él, hubiera sido incomparable recibir a Palacios y mantener amistad con Saavedra Lamas.

No tardé en percibir otros síntomas inquietantes. El 16 de septiembre, Cabrera tuvo que

asistir a una fiesta en la escuela "República de México". La directora del plantel —Gerarda Scolamieri— celebraba, cada año, la proclamación de nuestra independencia. Nos acompañaron el

presidente del Consejo Nacional de Educación, Octavio Pico, y muchos profesores y profesoras. Un conjunto de colegialas declamó mi poema *Puerto.* Escuchamos los himnos de la Argentina y de México y, declinando un honor —que acaso ya le aburría—, Cabrera me encomendó pronunciar el discurso acostumbrado en actos de esa naturaleza. Dije algunas palabras, a las que contestó el señor Pico en nombre del Consejo Nacional de Educación.

Un mes antes, en agosto, me había sorprendido no ver a Cabrera en la sesión que el Ateneo Iberoamericano organizó para recibirme. Ciertamente, no figuraban en aquella asamblea personalidades de fama internacional. Pero sus miembros eran mujeres y hombres laboriosos y muy benévolos. Por su constancia, merecían estímulo.

Más notoria aún fue la ausencia de nuestro embajador en otro homenaje, de mayor significación: el que me ofreció el Pen Club argentino, presidido por Juan Pablo Echagüe. En una cena, servida en el Hotel Plaza, el escritor Álvaro Melián Lafinur hizo un comentario muy generoso de mi producción como novelista y como poeta. Estaban presentes, además de muchos autores argentinos, varios diplomáticos hispanoamericanos. Entre otros, recuerdo a uno, de indiscutible prestigio: Baldomero Sanín Cano, ministro de Colombia. Pero Cabrera se excusó.

Sentía yo muy bien que su ausencia no obedecía a ninguna hostilidad para mi persona. Al contrario. Pocos jefes me habían tratado con mayor deferencia. Pero no toleraba él la promiscuidad con los literatos. ¿Qué hubiesen dicho, al saberle en tal compañía, sus dilectos amigos del ministerio de Relaciones Exteriores y sus compañeros del Jockey Club?… Más que cualquier advertencia, aquella subordinación a los cánones oficiales, comprobaba —en su caso— la situación social que prevalecía entonces en la Argentina.

Naturalmente, no existía una barrera infranqueable entre la oligarquía y la inteligencia.

Grandes damas, como la señora de Elizalde y la señora Casares de Bioy, abrían las puertas de sus salones a muchos artistas. Victoria

Ocampo, a quien no vi en Buenos Aires, paseaba por Europa su gran talento y su noble sentido de la cultura. Eduardo Mallea era tan cabal hombre de mundo como excelente prosista. Me había enviado su primer libro, *Cuentos para una inglesa desesperada,* y estaba preparando *Nocturno europeo.* Junto con Borges, ofrecía Mallea una de las mejores promesas de la juventud argentina a las letras de nuestra América.

Sus obras han venido a confirmar el lejano augurio. *La ciudad junto al río inmóvil* y *La bahía del silencio* justifican mi admiración.

Me alentó mucho la amistad de Pedro Henríquez Ureña. Casado con una hermana de Vicente Lombardo Toledano, Pedro sabía muy bien qué diferentes pueblos eran el nuestro y el argentino. Desde hacía años, figuraba entre los maestros más distinguidos de la Universidad de La Plata. Me dio un consejo: no juzgar con rigor lo que, a primera vista, pudiera

contrariarme. La “apariencia” resultaba frecuentemente imprescindible escudo para no pocos bonaerenses, en el fondo sencillos y de buen corazón, pero inseguros del papel que representaban frente a los otros.

Henríquez Ureña nos presentó a una pareja de trato muy agradable: los Rinaldi. Él era crítico de arte. Su esposa, Nieves, reunía en su casa, una noche por semana, a escritores, artistas y diplomáticos entre los cuales se hallaba siempre Baldomero Fernández Moreno. El poeta de *Aldea española* parecía tan argentino como español. Moreno —y no sólo por su apellido—, delgado y triste, afloraba a sus labios, a veces, una sonrisa importada de la península. A menudo vestido de negro, tenía “el parlar montañés” al que se refirió en un soneto y hacía pensar en el sauce de otro de sus poemas: “grave como un secreto y prieto como un nudo”.

Asistía a esas reuniones, junto con Pedro, su hermano Max, ministro de la República Dominicana en Buenos Aires, y alegraba nuestras tertulias la presencia de Perla, hermana menor de Nieves. Gran

admiradora de Amado Nervo, nos hablaba con entusiasmo del autor de *Serenidad.*

Cuando la conversación se interrumpía, Nieves —como la Ana Scherer que Tolstoi describió en *Guerra y paz*— se esforzaba por que el telar de la charla volviese a ponerse en marcha. Preguntaba a Sanín Cano si había tenido alguna noticia acerca de la salud de Guillermo Valencia, o, dirigiéndose a la esposa de Pedro, indagaba por qué no le había visto aún cierto sombrero de paja, adquirido en Harrod's… Funcionaba nuevamente el telar. Pero no tardaban en imponerse nuevos silencios. ¿Serían semejantes silencios lo más argentino de esas veladas?

En la embajada no escaseaba el trabajo. Tuvimos que atender a algunos compatriotas, de paso por Buenos Aires, como el doctor Alfonso Ortiz Tirado, que participó —el 2 de agosto

— en un concierto de música mexicana ofrecido por el Consejo de Mujeres de la República Argentina con el propósito de allegar fondos para ciertas obras de caridad. Tanto Alfonso como el guitarrista José Muñoz fueron muy aplaudidos. Los señores Ancell y Fernández Mira, de acuerdo con algunos redactores del diario *La Prensa,* me visitaron para exponerme el proyecto de presentar en Buenos Aires, durante el mes de mayo de 1935, una gran exposición de libros mexicanos. Comunicamos la proposición a nuestro gobierno; pero ignoro si tuvo éxito esa iniciativa, pues salí de la Argentina meses antes de la fecha prevista para la exposición.

Días antes de mi llegada a Buenos Aires, el general Justo había levantado el "estado de sitio" ordenado por el Congreso. Entre otras manifestaciones políticas y culturales del país, pude observar entonces, con creciente interés, el curso de las actividades que estaban desarrollándose a fin de establecer la paz en el Chaco, motivo de un serio litigio entre Bolivia y Paraguay.

No me sorprendió que interviniese el clero visiblemente en el asunto. Durante la segunda

quincena de julio, los arzobispos de Buenos Aires, Río de Janeiro, Lima y Santiago de Chile se dirigieron a los gobiernos de los países en controversia, exhortándolos a cesar las hostilidades. La cancillería argentina alentaba tales gestiones, a pesar de que la nube de una sospecha oscurecía —ligeramente— las relaciones de la nación con el Vaticano. En efecto, habían sido ascendidos a arzobispos los obispos de La Plata, Santa Fe, Córdoba y San Juan, sin que el Congreso recibiera —para pronunciarse al respecto— las ternas correspondientes.

¿Obedecía la administración a la voluntad del Papa?… La Cámara de Senadores invitó a Saavedra Lamas a informar sobre el caso. Y éste declaró que hubiera sido inútil presentar tales ternas puesto que los arzobispos designados ejercían ya, con aprobación del Congreso, las funciones de arzobispos. Aunque muchos se resignaron, un senador criticó en forma dura al nuncio. “Es sabido —dijo— que sus preferencias se dedican a los clérigos formados lejos del país… Posiblemente, preparados en Roma, no conocen siquiera la historia de la Argentina.”

Pero los diarios se apresuraron a “echar tierra” sobre el asunto.

Durante meses, Saavedra Lamas orientó sus mayores esfuerzos hacia dos metas: justificar el regreso de la Argentina a la Sociedad de Naciones y apresurar la pacificación en el Chaco.

Cantilo, representante de la Argentina ante la Asamblea General de la SDN, objetó la formación de agrupaciones restrictivas. Partidario de la universalidad, proclamó que jamás admitiría su país la existencia de un derecho internacional “exclusivamente americano”. Por lo que atañe al problema del Chaco, sometió a la institución ginebrina los documentos elaborados bajo la dirección de Saavedra Lamas. Proponían esos documentos dos condiciones previas: la adhesión de Bolivia y Paraguay a la declaración del 3 de agosto de 1932, que proscribía la conquista como medio de adquirir territorios, y la adopción, por los mismos países, del Pacto Antibélico patrocinado por Saavedra Lamas. Si, cumplidos esos requisitos, no se alcanzaba un completo acuerdo, ambos gobiernos se obligarían

a someter la cuestión al fallo de la Corte Permanente de Justicia Internacional. Se llegó a un arreglo en 1935. Y

Saavedra Lamas obtuvo el Premio Nobel de la Paz en 1936.

Desde el punto de vista económico, la Argentina (que se había creído en peligro de verse afectada muy seriamente por las restricciones establecidas en Inglaterra sobre ciertas compras de productos alimenticios) tuvo la fortuna de registrar un alza inusitada en los precios de venta del país, el trigo y el lino, como resultado de la escasez a que dio lugar la sequía que, en 1934, afligió a las regiones agrícolas más productivas de los Estados Unidos.

En octubre, fuimos testigos del entusiasmo con que las autoridades y el pueblo argentinos acogieron al XXXII Congreso Eucarístico Internacional. Todas las damas de la sociedad bonaerense se disputaron el honor de hospedar a los cardenales y arzobispos. Y la más envidiada fue la señora Harilaos de Olmos, en cuya casa de la avenida Alvear se alojó el Legado del Papa.

Principiaron las manifestaciones públicas el miércoles 10 de octubre, “Día del Papa”. El jueves 11 fue declarado “Día de los Niños”; el viernes 12, “Día de la Raza”; el sábado 13,

“Día de la Virgen”, y el domingo 14, “Día del Triunfo Eucarístico”. Ese domingo, en Palermo, el cardenal Pacelli ofició una misa pontifical. Al terminar la ceremonia, antes de que el legado bendijera a los concurrentes, el presidente de la República pronunció una plegaria —que no dejó de ser comentada con ironía. Por ejemplo, en *La Vanguardia,* leí estos párrafos: “El Presidente Justo representó, en el carnaval eucarístico, un número extraordinario. Con un aplomo estupendo, y dando vuelo a un lirismo místico que nadie sospechaba en él, el general elevó al Todopoderoso una plegaria conmovedora… En realidad no sabemos si las palabras del Presidente fueron un desahogo religioso o, simplemente, un pedido a Dios para que éste gobernase por él”.

Nos interesaba saber qué actitud adoptarían los miembros de la delegación mexicana.

Actuaron con prudencia. El arzobispo de Puebla leyó, el "Día de la Virgen", un discurso, sin contenido político. Al desembarcar, había sido entrevistado por un cronista de *La Nación.* La declaración que le hizo fue muy discreta: "Sobre la situación de México nada puedo decir, ya que no se ha producido ninguna novedad digna de ser señalada. El 30 de noviembre termina su mandato el Presidente actual y la atención, como es lógico imaginar, está atraída hacia el cambio de gobierno, reinando allí gran tranquilidad".

En materia cultural, señalaré algunas de las manifestaciones a las que pude asistir.

Aplaudí, en julio, al violinista Jascha Heifetz. El gran pianista alemán Kempf consagró uno de sus programas a obras extraordinarias de Juan Sebastián Bach y de Mozart. Tuve oportunidad de conocer a Respighi, invitado por la "Asociación Wagneriana" de Buenos Aires con motivo de las primeras representaciones de *María Egipcíaca.* Y fui a las exposiciones organizadas por la "Sociedad Amigos del Arte". La presidía, entonces, la señora Elena S. de Elizalde, con quien me presentó Eduardo Mallea.

Muchos conferenciantes desfilaron por las tribunas bonaerenses. Mencionaré, entre ellos, a la señorita Meléndez, quien disertó acerca de la obra de Alfonso Reyes; a Manuel García Morente, que dio el título de "Contribuciones a una teoría general de la cultura" al ciclo de sus pláticas, y a Robert Garric, que habló de Duhamel, Mauriac y Julien Green. El "Instituto Popular de Conferencias" me pidió que leyera, en la sala de fiestas de *La Prensa,* durante la noche del 14 de septiembre, un estudio sobre algunos poetas de México.

Inquieto por su futuro, pues no lo estimaba Puig Casauranc, Rafael Cabrera decidió tomar unos días de vacaciones. Me entregó formalmente las claves, que custodiaba con celoso cuidado en su caja fuerte. Conociendo sus escrúpulos, le pregunté qué debería yo

hacer si llegaba algún mensaje a su nombre. Tras de dudar un instante, me autorizó a descifrarlo y a comunicarle su contenido.

Ocurrió lo que más temía. Cierta mañana, me entregaron un cable dirigido a *Cabrera Embamex, Baires.* Lo descifré. El secretario de Relaciones Exteriores le anunciaba que debería presentar su renuncia para que el nuevo gobierno —que tomaría posesión el 1º de diciembre— quedara en libertad de resolver sobre su destino. Al trasmitirle la noticia,

adiviné —por teléfono— la zozobra con que me oyó. “Está bien” —acabó por responderme

—. “Pasado mañana volveremos a Buenos Aires.” Pronto circuló la noticia, porque Cabrera se apresuró a visitar al ministro Saavedra Lamas. La “sociedad” bonaerense se estremeció. Y

se multiplicaron las despedidas, casi luctuosas. La más significativa fue la cena que ofrecieron a los Cabrera sus amigos del *Jockey Club.* Asistimos mi esposa y yo. Y tuvimos oportunidad de escuchar incontables lamentaciones.

Desde el 1º de diciembre, no era ya secretario de Relaciones Exteriores Puig Casauranc.

El nuevo presidente de la República, general Lázaro Cárdenas, había designado para ese cargo al licenciado Portes Gil. Y el 28 del mismo mes, tres días antes de que me hiciera el embajador saliente entrega de la embajada, me llegó otro cable a mí. Debería trasladarme a Francia. Mi jefe, en París, sería Marte R. Gómez.

Confieso que respiré. Regresar a Europa y trabajar al lado de Marte constituían para mí dos recompensas inesperadas. Además, Portes Gil me había ascendido a primer secretario de legación. Pero, por error de algunos subalternos, se complicaron mucho las cosas. Nuestra delegación fiscal en Nueva York me situó el importe de mis pasajes y viáticos reglamentarios para México —y no para Francia —, advirtiéndome expresamente que acataba así las órdenes

recibidas. Comuniqué desde luego a nuestra cancillería información tan inexplicable. Y, en vista de su silencio, pensé que, acaso, debería ir a la capital a fin de que se me dieran allí nuevas instrucciones.

Dejamos en Buenos Aires el automóvil, mis libros y lo más sustancial de nuestro equipaje.

Y tomamos el avión. Nos detendríamos en Santiago de Chile, en Arequipa, en Lima, en Guayaquil y en Panamá. Los viajes aéreos no eran entonces tan rápidos como ahora. No se volaba de noche. Los aparatos no estaban "presurizados". En el trimotor *Ford* a bordo del cual volamos sobre los Andes, cada pasajero tenía que estar muy pendiente de los tubos de oxígeno colocados frente a su asiento. De Arequipa a Lima, nos llamó la atención la calidad de los viajeros. En su mayor parte, eran campesinos. En lugar de maletas, llevaban canastas. El avión, en aquellas regiones, sustituía ostensiblemente a la diligencia.

Pasamos unas horas en Lima. Vimos lo que pudimos. Y, por la noche, antes de subir a nuestra habitación, nos encontramos —en el Hotel Bolívar— a Alfonso Cravioto. Nuestro gobierno lo había enviado al Perú como embajador en misión especial con motivo de los festejos organizados para conmemorar el cuarto centenario de la fundación de la "ciudad de los reyes". Le sorprendió mucho verme. "Portes Gil —me dijo— suponía que llegaría usted ya muy pronto a París"… Estábamos conversando sobre ese tema, cuando un empleado del hotel me entregó un telegrama urgente. Gonzalo Frías Beltrán, a quien dejé en Buenos Aires como encargado de negocios *ad ínterim,* me indicaba que nuestra cancillería (muy tardíamente, por cierto) había notado su incomprensible equivocación. Era indispensable que me trasladase, sin demora, a París. Hablé por teléfono a las oficinas de la *Panagra.* Y, a la mañana siguiente, en vez de continuar para Guayaquil, regresamos a Buenos Aires.

Cuando nos instalamos, por fin, en el camarote del barco que nos conduciría a Europa, sonreí de los azares que la administración suele imponer a los funcionarios. Cerré el volumen comprado para

tener lectura durante el viaje, y subí a cubierta. Quería despedirme de Buenos Aires.

Vinieron a mi memoria algunos versos de Rubén Darío:

Aquí está la mar que no amarga,

aquí está el Sahara fecundo,

aquí se confunde el tropel

de los que al infinito tienden,

y se edifica la Babel

en donde todos se comprenden…

¡Cuánto optimismo reveló, en esas líneas, el poeta de *Lo fatal*!

No podría decir si me gustó o no Buenos Aires. Era, sin duda, una prodigiosa ciudad: la más importante de la América Latina en aquellos tiempos. Pero daba todavía la impresión de una pampa cuadriculada. Martínez Estrada, en su *Radiografía de la Pampa,* había dicho que, en Buenos Aires, todo lo que es está a la vista y que, una vez conocida por fuera, deja de interesar porque “carece de ayer”. Lo que privaba, en las calles más populosas, como en el campo, era la soledad: el sentimiento de una incomunicación absoluta de cada quien con sus semejantes.

Algo parecido está ocurriendo en México. Sólo que en México, a pesar de tantos multifamiliares, tantos supermercados, bancos, hospitales, condominios y edificios para despachos públicos o privados, contamos con magníficas huellas de un pasado que no podemos desconocer: la Catedral y muchos palacios y templos hechos en días en que la Nueva España era México ya. Comparar esas huellas con el cabildo bonaerense, pequeño, restaurado y disminuido, da una idea más clara acerca de la historia de los dos pueblos que el intento de establecer no sé qué absurdo paralelismo

entre el tango y el jarabe o entre la música de Agustín Lara y las composiciones que cantaba Gardel.

Buenos Aires, que no posee la tradición de México, tampoco tiene la gracia andaluza de Lima, la sensualidad de La Habana, la austeridad de Santiago o el esplendor geográfico de Río de Janeiro. El gaucho y el inmigrante han producido una colectividad poderosa, en la cual resulta —no pocas veces— refugio mágico el aislamiento.

Ciertamente, Buenos Aires podía enorgullecerse (y, por supuesto, no dejaba de hacerlo) de sus grandes centros de estudio, sus excelentes hoteles, sus avenidas suntuosas y sus teatros, donde actuaban las mejores compañías de ópera y de ballet contratadas en Italia, en Francia o en Alemania. Conciertos, exposiciones y conferencias presentaban a artistas y sabios de indiscutible reputación. Pero —como en la casa de los Rinaldini— los silencios resultaban, en todas partes, más elocuentes que los aplausos. ¿Qué significaban tales silencios?

¿Indiferencia, tedio, altivez, distancia?… No sé si me engañé al pensar que delataban, más que

otra cosa, temor de comprometerse, prudencia del “hombre a la defensiva”.

Sarmiento era uno de los argentinos que más admiraba yo. Creo que nuestro deber esencial continúa siendo —según él dijo— “educar al soberano”. Y, en materia educativa, era sin duda más intenso el esfuerzo argentino, en 1934, que el de muchas otras naciones latinoamericanas.

Podía creerse, por consiguiente, que la siembra de Sarmiento había resultado fructífera. Sin embargo, a pesar del autor de *Facundo,* demagogos y oligarcas seguían prevaleciendo.

Releí estos fragmentos de Martínez Estrada: “Lo que Sarmiento no vio es que civilización y barbarie eran una misma cosa… No vio que la ciudad era como el campo y que, dentro de los cuerpos nuevos,

reencarnan las almas de los muertos. Los baluartes de la civilización habían sido invadidos por espectros que se creían aniquilados.”

No; no fue un error de Sarmiento el querer educar a los pueblos hundidos en la ignorancia.

Pero instruir no equivale siempre a educar. Las escuelas que sólo instruyen no luchan, en verdad, contra la barbarie. A menudo la robustecen, porque la mecanizan.

El mayor problema de nuestros pueblos es el de la cultura. No basta “educar al soberano”.

Hay que redimirlo. En esa tarea, como México y tantos otros países, la Argentina tendría que persistir con intrepidez —y con humildad.

VII. FRANCIA DIVIDIDA FRENTE AL NAZISMO. ¿OCURRIRÍA O NO “LA GUERRA DE TROYA”?

Nuestra reinstalación en París resultó más rápida de lo que hubiéramos podido prever.

Hallamos un departamento amueblado en la calle Lesueur, cerca de la avenida Foch. Cuando llegase la primavera, iríamos a pie hasta el Bois de Boulogne.

El personal de la legación había sido, en gran parte, modificado. Después de Castillo Nájera, salió para Washington Quintanilla. Bernardo Reyes (que trabajó con ellos durante meses) fue trasladado al Paraguay. Quedaban Serranito y la señorita Gabriel, como cancilleres. El nuevo ministro obtuvo que Portes Gil designara en Francia a algunos colaboradores por quienes tenía cordial aprecio: Rubén Morales, Lorenzo Sepúlveda y el Abate de Mendoza. Muchos serían los deberes de Marte R. Gómez, pues habría de consagrar especial atención a sus responsabilidades como miembro del Consejo y delegado de México ante la Asamblea

de la SDN. Con frecuencia, mientras estuviese él en Ginebra, quedaría yo al frente de nuestra misión en París.

Marte tuvo la elegancia de no hacerme nunca sentir su autoridad oficial de jefe. Nuestra amistad se había robustecido con los años. Era el mismo compañero, inteligente y cabal, que

—en 1932— me acompañó a la Comedia Francesa y recorrió conmigo las salas del Louvre.

Su madre, doña Ester, y su esposa Carmela nos acogieron con alegría. Rodolfito, su hijo, soportaba pacientemente la tutela de una *gouvernante,* encargada de vigilar sus tareas.

Visitamos a nuestros amigos: los García Calderón, los Pillement, Ángel Zárraga, Eduardo Avilés Ramírez… Y nos dejamos envolver nuevamente por el encanto mágico de París.

Pero ese encanto no conseguía ocultar al conocedor la gravedad de la situación que angustiaba a Francia. Desde octubre de 1934, tras del asesinato de Barthou, Laval se había hecho cargo del ministerio de Asuntos Extranjeros. Ya he dicho que no me simpatizaba el hombre. No me sorprendieron, por tanto, las constantes oscilaciones de su política. El plebiscito del Sarre sería un triunfo para Alemania. Francia tendría que inclinarse ante la evidencia. Pero Laval creyó compensar la derrota inminente con una victoria pírrica. Fue a Roma y firmó allí, el 7 de enero de 1935, un “acuerdo” con Mussolini. Naturalmente, el gobierno francés presentó ese “acuerdo” como un testimonio de amistad entre dos grandes naciones latinas. En realidad, Italia se comprometía a muy poco —y ganaba mucho: exhibir la flaqueza de Francia.

Flandin, presidente del Consejo de Ministros, quería demostrar que la supuesta alianza franco-italiana recibiría el beneplácito inglés. Por eso, en compañía de Laval, fue oficialmente

a Londres en los primeros días del mes de febrero. El comunicado relativo a aquella visita, optimista en la forma, dejaba entrever, en el

fondo, una gran inquietud: la de no conseguir que Alemania retornase a la Sociedad de Naciones, a fin de participar en un convenio general sobre el desarme, que Hitler no deseaba.

Tenía razón Snowden en sus declaraciones al *Sunday Dispatch:* "El pacto Kellogg se había convertido en un simple *chiffon de papier* y los otros convenios no trataban de obtener sino alianzas militares para futuros conflictos. El último de ellos, suscrito por los representantes de Italia y de Francia, era *pura hipocresía.* Toda la diplomacia europea estaba disponiéndose para la guerra".

Era lógico que Francia considerase como una amenaza la actitud insolente de Hitler. De ahí que Flandin presentara a la Cámara de Diputados un proyecto de "interpretación" de la Ley de Reclutamiento de 1928. Conforme a esa "interpretación", el gobierno podría conservar en servicio activo, durante dieciocho meses en lugar de doce, a las clases que habrían de incorporarse en abril. Las que se incorporasen en octubre durarían en servicio dos años.

A pesar de la hostilidad de los socialistas, encabezados por León Blum, y de los comunistas, dirigidos por Maurice Thorez, el proyecto de Flandin fue aprobado por las Cámaras. Francia, al fin, parecía abrir los ojos. "Lo que debemos —señaló con razón Jean Fabry, del 'centro republicano'— no es disponer de reservas para una guerra de cuatro años, como la del catorce, sino prepararnos para resistir, en caso de cualquier lucha, a los primeros veinte días de la guerra." Por desgracia, ni Fabry ni el mariscal Pétain indicaban en forma alguna que, durante los "primeros veinte días", la Línea Maginot podría ser flanqueada por los ejércitos alemanes.

Hitler aprovechó la oportunidad que estaba ofreciéndole Francia. Estimulado por la actitud de la Gran Bretaña (cuyos diarios reprobaron amargamente las medidas propuestas por Flandin), el *Führer* dispuso que el ejército alemán se reclutara, en lo sucesivo, por medio de un servicio militar de carácter obligatorio. Lo integrarían treinta y seis divisiones.

¿Qué perduraba del edificio jurídico de la Liga?… Sólo una tribuna, en Ginebra, para que continuasen hablando oradores sin esperanza y sin convicción. A fin de no romper por completo las reglas del juego, los representantes de Inglaterra, Francia e Italia se reunirían en Stresa durante el mes de abril. Me pareció profético el título de un volumen publicado, en marzo, por Marguerite Yourcenar: *La mort conduit l'attelage.* Para corceles tan torpes y tan erráticos, el único guía sería la muerte…

Mientras tanto, la vida parisiense continuaba pródiga en conferencias, espectáculos y conciertos. En literatura, el ejemplo de Jules Romains había tenido prosélitos. Prosperaban las

"novelas-río", como *Les hommes de bonne volonté.* En 1935, Lacretelle puso fin a una serie de cuatro tomos, *Les hauts ponts* y Georges Duhamel (recibido, ese año, por la Academia Francesa), dio a la imprenta el cuarto volumen de su *Chronique des Pasquier: La nuit de Saint Jean.* Contrastaba con la nerviosidad de los políticos la placentera confianza depositada

por esos novelistas en una legión de lectores dispuesta a seguirlos en todo cuanto escribiesen.

Por comparación con semejante abundancia de personajes, anécdotas y episodios, ¡qué pobre resultaba el librito que publiqué en España: *Primero de enero*! En junio, algunos ejemplares de ese relato —editado por la Pen Colección— me fueron enviados desde Madrid.

Aparentemente, nada ocurría en las páginas de mi obra. Sin embargo, durante las doce horas más imprevistas de un primero de enero, el protagonista —Gonzalo Castillo— se convertía, de funcionario modelo, metódico y egoísta, en un ser realmente humano, ansioso de depositar en la cuenta que todos tenemos con el destino, un poco de su fortuna, a cambio de la ternura de un niño desconocido, a quien trató de adoptar al fin.

No aparecían ya, en *Primero de enero,* muchas de las metáforas mitológicas que disgustaron a los censores de *Proserpina…* de todos modos, lo comprendí: no debería insistir en ese género de ensayos. Durante meses, no tracé sino algunos versos: los que publicaría, en México, en 1937.

Por otra parte, carecía de tiempo libre para escribir. Era intenso mi trabajo en la legación.

Sólo para redactar los informes mensuales, en los capítulos que no dictaba personalmente el ministro, me veía obligado a leer, además de los periódicos franceses, muchos diarios italianos, ingleses, suizos y belgas y procuraba conseguir buenas traducciones de algunos textos de la prensa alemana.

Vivía Europa un período de movimientos confusos y de incomprensibles pasos en falso.

Inglaterra no hablaba jamás a tiempo. Comprometida por Laval con el régimen italiano, Francia maniobraba sin decisión. Firmó, con reticencias absurdas, un pacto de ayuda mutua con la URSS —letra muerta ya, cuando el Reich agredió a Polonia y se dispuso a frustrar, si resultaba preciso, las esperanzas de la pequeña "Entente".

Los escritores de la derecha, que se declaraban nacionalistas, aplaudían las arrogancias bélicas del fascismo. Los de la izquierda, en su lucha contra las fuerzas conservadoras, se aproximaban más cada vez a las fórmulas comunistas. Ciertos "decretos-leyes" promulgados por el gobierno (que Laval presidió desde el 6 de junio de 1935 hasta el 22 de enero de 1936) hacían cargar todo el peso de la crisis económica sobre los hombros de los más pobres.

Socialistas y comunistas buscaron la forma de unirse. Y, merced a la orientación de Jouhaux, las dos confederaciones de trabajadores así lo hicieron.

La división interna de Francia resultó más notoria que nunca. Quienes anhelaban el mantenimiento de los privilegios burgueses integraron el “frente nacional”, subordinado a los grandes capitalistas, y quienes trataban de mejorar la situación del proletariado constituyeron un “frente popular” que, en las elecciones de 1936, daría a Blum la oportunidad de presidir el Consejo de Ministros.

Laval soñaba con aislar a Hitler, acercándose a Mussolini y sonriendo —sin verdadera cordialidad— a los líderes de la URSS. Pero la Gran Bretaña daba la impresión de temer a Alemania menos que a Francia. Por eso tal vez, fuera del marco de la SDN, concertó un

convenio naval con el *Führer.* ¿Cómo sorprenderse —en tales condiciones— de la audacia de Mussolini? Fundado en la libertad de acción, que Laval le había prometido en sus conversaciones de enero, el *Duce* atacó a Etiopía el 3 de octubre de 1935.

Acaparadora histórica de colonias, la Gran Bretaña no podía tolerar la competencia de Italia. Invocó el artículo 16 del Pacto Constitutivo de la Liga, y Laval hizo cuanto le fue posible a fin de contener la aplicación de las sanciones impuestas a Italia por la Asamblea General de la S.D.N. Invitado a París por Laval, el jefe del Foreign Office firmó —en 9 de diciembre— el texto conocido con el nombre de Plan Hoare-Laval. Se trataba, nada menos, que de entregar a Italia casi la mitad del territorio gobernado por el Negus, y no la región montañosa, sino la fértil. Pero los ingleses no estaban completamente dormidos. Las protestas de la opinión pública obligaron a dimitir a sir Samuel Hoare. Mussolini, creyéndose traicionado por Laval, denunció el 28 de diciembre los convenios suscritos en Roma. Como Hoare, Laval dimitiría también el 22 de enero de 1936.

Un mes antes, habíamos ido al teatro Athénée. Jouvet presentó allí una nueva pieza de Giraudoux: *La guerre de Troie n’aura pas lieux.* Jouvet interpretaba el papel de Héctor, Pierre Renoir el de Ulises, Madeleine Ozeray el de Helena y la señora Falconetti, el de

Andrómaca. Casandra era el personaje fundamental. Mientras los otros, por ceguedad o por optimismo, afirmaban que no se produciría la guerra, sólo ella sabía que, indefectiblemente, una contienda se avecinaba.

La pieza no era de las mejores de Giraudoux, aunque ciertos diálogos me parecieron muy ingeniosos. El público aplaudió a los intérpretes, admirablemente dirigidos por Jouvet. Unos cuantos semblantes delataban, entre los espectadores, lo que yo sentía en mi fuero interno: la guerra (y no precisamente la de Troya) nos amenazaba por todas partes. El propio Giraudoux la temía, sin duda. En cierto modo, Casandra estaba hablando por él.

Para Marte Gómez, la situación no dejaba de ser incómoda. Como ministro en París, debía mantener las mejores relaciones posibles con Pierre Laval. Pero, representando a México ante la SDN (primero en el Consejo, más tarde en la Asamblea, después en el Comité de los Dieciocho y, finalmente, como presidente del Comité escogido para examinar el embargo del petróleo destinado a Italia), tenía un deber mayor: el de sustentar los principios del derecho internacional y defender la justa causa del Negus. Supo conciliar esas obligaciones certeramente, con energía y con rectitud. En su calidad de presidente del Comité del Petróleo, manifestó que el embargo no podía hacerse efectivo sin la colaboración de los Estados Unidos, país que no formaba parte de la SDN, pero que poseía enormes reservas petroleras.

Alarmó a algunos la franqueza del mexicano. Sin embargo, Marte hizo muy bien en señalar hasta qué punto el aislamiento de Washington, tan benéfico para Wall Street, perjudicaba a la Liga.

Laval veía no sin desdén a nuestras repúblicas. Como países, le interesaban poco; pero le importaban mucho, como votantes, en las deliberaciones de Ginebra. Fuesen cuales pudieran

ser las reacciones de la cancillería francesa, nuestro ministro hizo oír claramente, en la Liga, la voz de México. Tanto como yo, estaba

convencido de que las ondulaciones sistemáticas de Laval constituían una traición al destino esencial de Francia.

No era halagando a Italia como podía el gobierno francés defenderse de la peligrosa ascensión de Hitler. Hubiera sido más razonable estrechar los vínculos con la URSS y obtener de Inglaterra una solidaridad menos vaga y más positiva. Ni una ni otra cosa intentó cabalmente Laval. Los legisladores franceses dudaron de la eficacia del pacto franco-soviético. En el fondo, por escrúpulos de Francia, ese mismo documento no aseguraba nada muy práctico. En caso de ataque armado, la ayuda militar dependería de dos consultas previas: la de la SDN y la de los firmantes del pacto de Locarno. En tales condiciones, no llegaría a tiempo el auxilio urgente. En cuanto a Inglaterra, ¿cómo podía Francia esperar de ella una colaboración eficaz, cuando Laval parecía haber contraído compromisos inconfesables con Mussolini en lo referente a Etiopía?

Mientras me planteaba yo esa pregunta, recibí —el 29 de enero de 1936— una orden de México. Debería encargarme de nuestra legación en Holanda, antes de que acabase el mes…

Marte Gómez proyectaba salir de París en marzo, pues sus partidarios insistían en lanzar su candidatura para el gobierno de Tamaulipas. Nuestra cancillería le hizo saber que mi estancia en La Haya sería muy corta. Tanto Marte como su esposa me ofrecieron estar pendientes de mi mujer, que se hallaba enferma. La hospedarían en su residencia de la avenida Wilson donde la atendieron con la más amistosa solicitud.

Pude así llegar a La Haya el 31 de enero. Ese mismo día, Pablo Campos Ortiz me hizo entrega de la legación. ¿Cuál era el motivo de su salida? ¿Y por qué tan extraordinaria urgencia? Pablo me explicó que algún malqueriente había inventado quién sabe qué calumnias acerca de su labor. Quería regresar a México, lo más pronto posible, para deshacer semejante infundio.

Me sentí muy solo en la casa que me dejaron los Campos Ortiz. No estaba ya nuestra legación en Javastraat, como en 1932, sino en la

calle de Nordeinde. Era un edificio elegante, con buenos muebles y, sobre todo, con multitud de relojes que resultaba imposible sincronizar en la proclamación melódica de las horas. Todos tenían métodos musicales distintos para anunciarlas. Y no las daban nunca en el mismo instante, pues no las medían con idéntica perfección.

Eran tantas las campanadas con que cada hora me saludaba en cada salón, cada estancia y cada pasillo, que opté por no dar ya cuerda sino a un reloj. El propietario del inmueble (coleccionista de carillones a domicilio) no había previsto seguramente que aceptaran todos sus inquilinos vivir sujetos a esa cascada de notas incompatibles que, al confirmarlo ruidosamente, daban al tiempo la calidad de un constante juez de la lenta disgregación de quien las oía.

Cumplí con mis deberes inevitables. Hice las visitas que imponía el protocolo y las que

merecían, a mi juicio, los hermosos cuadros del Mauritshuis.

Conducido por Alberto, el chofer personal de Marte, llegó mi automóvil a mediados del mes de febrero. En él hizo el viaje mi esposa, restablecida. Y nos disponíamos a emprender la primera excursión a Ámsterdam, cuando recibí instrucciones de regresar a París, dejando la oficina al cuidado del señor Ainslie, canciller de la legación.

Me dio pena tener que molestar nuevamente al ministro de Asuntos Extranjeros, señor De Graeff, para despedirme. No habían pasado sino treinta y ocho días desde la fecha en que me presentó Campos Ortiz. ¿Qué pensaría la administración holandesa —tan conservadora y tan fiel a sus tradiciones— de aquel frecuente vaivén de los diplomáticos mexicanos?

Me di cuenta, cuando me recibió, de que otras cosas le preocupaban más que mi despedida. Le expliqué la necesidad en que me encontraba de volver a mi puesto en Francia.

Me oyó con amable desinterés. Sin embargo, me preguntó cómo haría el viaje a París. “En mi automóvil”, le contesté. Dudó un momento, y me aconsejó que tomase el ferrocarril. Días antes, Hitler había enviado tropas a la zona desmilitarizada del Rin. Aquella flagrante violación de los tratados de paz podía suscitar un rechazo violento de Francia y de la Gran Bretaña. Me sorprendió su inquietud, pues —acostumbrado ya a la resignación permanente de los antiguos aliados— nunca creí que llegasen a ponerse de acuerdo para detener la audacia del *Führer.*

Iba a comentar el asunto, cuando sonó el teléfono del despacho en el que estábamos conversando. El señor De Graeff tomó el audífono y cambió varias frases, en holandés, con su interlocutor invisible, que resultó ser su ministro en Londres. No comprendí mucho de lo que decía el señor De Graeff, pero mi desconocimiento de su idioma no era tan grande como para no permitirme advertir que repitió varias veces estas palabras: “No es posible; no, no es posible…”

Cuando terminó la plática, me miró con melancolía. “Podrá usted hacer su viaje en automóvil”, me declaró. “Nuestro ministro en Londres acaba de confirmarme que el gobierno inglés no apoyará a Francia en su deseo de oponerse a Hitler. No hay, por lo pronto, peligro de guerra.” Ese “por lo pronto” significaba mucho para nosotros. Se aplazaba el conflicto. Pero éste, cuando se desencadenase, tendría proporciones más desastrosas.

En París, los cuidados de la oficina no me dejaron tiempo para percibir el desencanto de mis amigos, defraudados una vez más por la debilidad de las democracias frente al nazismo.

Sólo uno llegó a decirme que resultaba tanto más vergonzosa aquella timidez cuanto que el propio Hitler, previendo una reacción inmediata de Inglaterra, o por lo menos de Francia, había ordenado que sus tropas se retirasen si advertían un definido propósito de defensa.

El 16 de marzo, Marte fue a despedirse del presidente Lebrun. Y el 17, los miembros de la legación y del consulado le ofrecimos una

cena de adiós.

Me entristeció la partida de Marte Gómez. Hombre sin eufemismos, decía su verdad a quienes no siempre querían oírla. Y la decía con entereza. Se había hecho dueño de una cultura

no muy frecuente en nuestros políticos. Severo con los demás, era igualmente severo consigo mismo. Los años le enseñarían el valor que tiene lo que llamaba Shakespeare “la leche de la ternura humana”. Desdeñaba las petulancias, pero —en sus actividades de diplomático—

aceptó sin protestas las normas del protocolo. Callaba, en ocasiones, a fin de reservarse el derecho de opinar en las horas críticas. La vida me permitió encontrar en él, a lo largo de muchos lustros, a un amigo afectuoso y a un compañero ejemplar.

Por espacio de más de tres meses, quedaría a mi cargo la legación. Iba a presenciar un cambio político que hubiera parecido increíble, en Francia, cuatro años antes: la instalación de un socialista en la presidencia del Consejo de Ministros. Las elecciones para renovar a los miembros de la Cámara de Diputados se efectuaron en dos turnos: el primero, el 26 de abril, y el segundo, el 3 de mayo de 1936.

Para los 618 puestos vacantes, se presentaron 4 815 candidatos. En el primer escrutinio, triunfaron 185. En el segundo, fueron electos los 433 restantes. La composición de la nueva Cámara constituía una derrota para los núcleos conservadores y una victoria para los partidarios del “frente popular”. Sin contar a los grupos minoritarios (siempre flotantes), los comunistas dispondrían de 72 curules, en vez de 12; los socialistas internacionales de 146, en vez de 127, y los radicales-socialistas de 113, en vez de 157. Ningún sector podría gobernar sin los socialistas. Desde un principio, los comunistas declararon que apoyarían a un gobierno de izquierda, pero sin participar en el gabinete. Quedaba sólo un camino: designar a León Blum como jefe del ministerio y esperar que colaborasen con él los diputados del partido radical-socialista.

Entre huelgas (que paralizaron, durante varias semanas, a centenares de empresas y a cientos de millares de obreros), concluyó su gestión el gobierno Sarraut. El 4 de junio, el presidente de la República invitó a Blum a integrar un nuevo equipo. Participarían en él hombres muy conocidos dentro del partido radical-socialista, como Chautemps y Daladier. Un socialista, de porvenir político imprevisible, Vincent Auriol, aceptó la cartera de Finanzas. Y

von Delbos fue nombrado ministro de Asuntos Extranjeros y —por primera vez en la historia de la Tercera República— tres mujeres ocuparon otras tantas subsecretarías de Estado: las señoras Joliot-Curie, en la de Investigación Científica; Brunschvigg, en la de Educación; y Lacore, en la de Protección a la Infancia.

Los nombramientos de esas damas suscitaron expectación. Resultaba en verdad curioso que, en un país en el que no se reconocía entonces a las mujeres capacidad jurídica para votar en las elecciones, un presidente del Consejo de Ministros —judío, por añadidura— les confiara autoridad para gobernar.

Acabo de referirme al punto que los reaccionarios escogieron como blanco de sus ataques: el hecho de que fuese judío León Blum. De la manera más inicua, hombres que tenían todo género de contactos con banqueros, negociantes y comerciantes judíos reprobaban, en un político de la dignidad intelectual y moral de Blum, lo que aceptaban de buen grado en

personajes menos ilustres, pero de trato probablemente más lucrativo.

Se creyó que las huelgas habían sido provocadas por el “frente popular”, a fin de atemorizar a los conservadores en los comicios. Pero las huelgas continuaron, a pesar del triunfo de los socialistas. Y no fueron afectadas sólo las fábricas. Los empleados de grandes almacenes, como Les Galeries Lafayette, participaron con entusiasmo en el movimiento. La verdadera causa era más profunda: provenía de la insostenible condición del proletariado.

Una escritora de la honradez de Simone Weil lo expresó muy bien: aquella serie de huelgas no obedecía tanto al propósito de obtener satisfacción política para tales o cuales demandas, cuanto “al afán de sentirse hombres”…

En la primera semana de junio, la población parisiense comenzó a carecer de algunos artículos de primera necesidad. Escaseaban la gasolina, las frutas y las legumbres. El paro de los distribuidores de las “mensajerías Hachette” hizo que los diarios vespertinos no circulasen. El 5, ningún periódico apareció. Y, el día 7 de junio, en el Palacio Matignon, los jefes de la Confederación General de Trabajadores y los de los sindicatos patronales llegaron a un acuerdo con el gobierno. Se aumentarían los salarios —según las zonas— de un 7 a un 15%, las empresas reconocerían a los “delegados de taller” y el gobierno presentaría inmediatamente a la Cámara de Diputados diversos proyectos de ley a fin de mejorar los contratos colectivos, garantizar las vacaciones pagadas y restringir las semanas de trabajo a cuarenta horas.

No había tratado, entonces, a León Blum. Nos hicimos amigos mucho después, durante la conferencia efectuada en Londres, en 1945, para redactar el Acta Constitutiva de la UNESCO.

Pero me interesaron siempre su probidad y su apego a los principios básicos del derecho.

Pacifista por convicción (y, también, por temperamento), había llegado a dudar de Stalin cuando supo que aprobaba la prolongación del servicio militar obligatorio en Francia.

Rechazaba las ambiciones de Hitler y de Mussolini; pero creía que la unidad internacional del proletariado bastaría para frenar esas ambiciones. Aquélla, sin duda, fue su mayor equivocación: la de un idealista a quien, sin vencerlo nunca del todo, azotaría brutalmente la realidad.

Imaginé las dificultades que un intelectual como él, admirador de Stendhal y amigo de Proust, encontraría en sus diálogos con

Chautemps y con Daladier. Su tono, su idioma mismo, eran muy diferentes a los de esos políticos pertinaces que, sin comprenderlo siquiera, estaban minando a Francia.

No tenía Blum, ciertamente, las condiciones de un dictador. Era demasiado dialéctico y delicado para consolidar un sistema de fuerza pública. No recurría jamás a las armas que usaban sus adversarios. Hombres como Maurras, Brasillach, Vallat y Henri Béraud, maestros de la injuria y de la calumnia, le dispararían impunemente millares de flechas ignominiosas.

Semanarios como *Gringoire* y como *Candide* enlodarían cada palabra que pronunciase y cada gestión que hiciese. Ante la campaña con que esos semanarios lo persiguieron, uno de sus

ministros más fieles —Roger Salengro— acabaría por suicidarse. Antiparlamentario y antisemita, el fascismo (invisible en Francia, pues no se atrevía a decir su nombre) atacó, en Blum, al parlamentario y al semita.

¿Con qué jefes de Estado podía dialogar, en 1936, un socialista de la estatura de Léon Blum?… No, por supuesto, con Mussolini y Adolfo Hitler. Pero tampoco con un inglés, del tipo de Baldwin, que se disponía ya a cancelar las sanciones impuestas a Italia por su agresión al país del Negus; ni con el coronel Beck, que pensaba defender a Polonia al amparo de la cruz gamada; ni con el rey de los belgas, Leopoldo III, que convertiría muy pronto sus veleidades de independencia en utópico “neutralismo”; ni con Roosevelt, tan distante de Francia en aquellos días; ni siquiera con Stalin, que olvidaría —cuando fuera conveniente— a los socialistas franceses, como abandonó a los republicanos españoles derrotados por las fuerzas nazifascistas.

Un ministro de la calidad de Bassols (acreditado, entonces, en Londres) hubiera sido más útil a México en Francia, durante la administración de Blum, que en la Gran Bretaña. Lo comprendí el domingo en que fue a visitarme con el propósito de conversar acerca de los trabajos que debería emprender en Ginebra, pues

reemplazaría a Marte R. Gómez como delegado de México ante la SDN.

Semanas antes, le había yo enviado algunos de los expedientes, relacionados con la Liga, que guardábamos aún en la legación. Pero él necesitaba mayores detalles. Durante dos horas, de cuatro a seis de la tarde, hablamos de los asuntos en los que Marte intervino con tanto acierto. Bassols deseaba, sobre todo, formarse una idea clara acerca de lo hecho respecto de las sanciones aplicables a Italia y precisar la actitud francesa en el caso etíope.

Le expliqué cuanto yo sabía. Y, al concluir nuestra plática, le propuse un paseo por París.

“Todavía no”, me indicó. “Quisiera, antes, escribir el discurso que deberé pronunciar en Ginebra próximamente.”

Le cedí mi escritorio y, para dejarlo en libertad de redactar cuanto le pluguiese, fui a hojear algunas revistas en las oficinas del primer piso. Tres cuartos de hora después, subió a buscarme. Llevaba, en la mano, las páginas que acababa de escribir. Me leyó su texto. Admiré, una vez más, la lucidez de su inteligencia y la universalidad de su comprensión. Salvo en algunas minucias —que le señalé desde luego—, el discurso, tan rápidamente formulado, resultaba un modelo de lógica y de política valentía.

Recordé una hazaña de índole semejante. En enero de 1929, cuando estaba yo preparando mis exámenes para ingresar al servicio exterior, encontré a Bassols frente a las puertas de Lady Baltimore. Me preguntó qué estaba haciendo en aquellos días. Le expuse el compromiso en el que me hallaba y le manifesté que uno de los cursos que no había seguido en la Escuela Nacional de Jurisprudencia era el de Derecho Constitucional. Me alarmaba la oscuridad de los tratados que analizaban esa materia con abundancia de citas y de advertencias, a menudo contradictorias. Sonrió ante mi franqueza, y me invitó a merendar.

En algo más de una hora, entre el café y los pasteles que nos sirvieron, me dio una extraordinaria lección, síntesis de amplios conocimientos y testimonio elocuente de sus aptitudes de catedrático. A partir de esa noche, me fue muy fácil recorrer los jurídicos laberintos de los volúmenes que acabaron por permitirme sustentar un examen satisfactorio, al menos en opinión de los sinodales. Lo que hice en París, ese domingo de 1936, no era sino el pago de una cuenta amistosa —que Bassols, por supuesto, nunca me presentó.

Nuestro gobierno prefirió dejar a Bassols en la Gran Bretaña y designó, como ministro en Francia, al coronel Adalberto Tejeda, hombre recto, sencillo y bueno, menos ingenuo de lo que suponían sus enemigos, pero mucho más lento —y más indeciso— de lo que deseaban sus partidarios.

En los últimos días de junio, Tejeda llegó a París. Desde hacía algunas semanas, había yo recibido un cablegrama del general Hay, invitándome a ocupar el puesto que dejaría vacante un amigo mío, Luis Garrido, jefe del departamento diplomático de la Secretaría de Relaciones. El 30 de junio presenté al nuevo plenipotenciario con el ministro francés de Asuntos Extranjeros. Serví de intérprete en aquella charla, anodina y breve. Y tuve —apenas

— tiempo para llegar al Havre, donde deberíamos embarcarnos mi esposa y yo. En Nueva York, tomaríamos el tren para México.

Vi alejarse, rápidamente, las últimas costas de Francia. ¿Regresaría a ellas, alguna vez?…

Mi destino parecía ser el que Jorge Luis Borges adivinó, muchos años más tarde, en su conmovedor elogio de Alfonso Reyes: “pasar de un país a otros países / y estar íntegramente en cada uno”.

Durante la travesía, hice el balance de mi reciente experiencia europea. Mussolini creería salvarse uniéndose a Hitler. Francia había perdido, de hecho, una guerra —que no principiaba aún. No

descubría yo, en el horizonte, qué hombres podrían defender a las democracias.

Ignoraba la existencia de Charles de Gaulle y no tenía una idea precisa acerca de Winston Churchill. Rusia continuaba siendo una incógnita para muchos. ¿Combatiría contra Hitler o lo dejaría proseguir su política de agresión? Me preocupaba especialmente el futuro de España.

Era España, sin duda, en aquellos días, el punto más vulnerable de toda Europa. ¿Podría ayudarla Blum, cuando las circunstancias lo requiriesen?

VIII. REGRESO A MÉXICO. DIECIOCHO MESES EN EL DEPARTAMENTO DIPLOMÁTICO. PUBLICACIÓN DE *SOMBRAS* Y *CRIPTA*

Llegamos a México durante la noche de un día lluvioso. Mi madre y mi tía Elisa nos esperaban en la estación. Las acompañaban dos de mis mejores amigos: Bernardo Ortiz de Montellano y Enrique González Rojo. Durante más de siete años no habíamos respirado el aire de nuestra altiplanicie. Y habían ya transcurrido dos sin que escuchara la voz de mi madre. Su sonrisa de bienvenida me conmovió. Todo un pasado estaba presente en sus ojos tiernos, hondos y graves. Nos abrazamos. Y comprendí hasta qué punto el placer de verla era, para mi existencia errabunda, el mejor perdón.

Vivían ella y mi tía en la colonia San Rafael. Nos habían preparado provisionalmente, en su casa, una habitación. Ya buscaríamos después otro alojamiento.

A la mañana siguiente, fui a la Secretaría de Relaciones. Sucesor de Portes Gil (tras del interinato del subsecretario José Ángel Ceniceros), el general Eduardo Hay me recibió con satisfacción. Nos habíamos entendido muy bien durante los meses en que desempeñó el cargo de cónsul en París. Me confesó cuánto hubo de

sorprenderle que el presidente Cárdenas le ofreciera, al volver a México, un puesto en el gabinete, y me invitó a almorzar en su casa con mi mujer.

Encontré a excelentes amigos en la Secretaría. El subsecretario, Ramón Beteta, había estudiado conmigo en la Escuela Nacional Preparatoria. El oficial mayor era un periodista guanajuatense, Ernesto Hidalgo, que me trató siempre con especial consideración. Pepe Gorostiza dirigía la secretaría particular de Hay. Y, en el departamento diplomático, trabajaba otro compañero de juventud: Ermilo Abreu Gómez. No hubiera podido inventar clima burocrático más propicio.

Vivía México, entonces, meses de intensa inquietud política. El general Calles (que supo ser un presidente enérgico y constructivo) había dejado que su alta personalidad se viera desfigurada por hombres que enarbolaban una bandera dudosa: la del “callismo”. Durante la administración del general Ortiz Rubio, los errores se atribuyeron al presidente y los aciertos a Calles, “jefe máximo” para los guías del Partido Nacional Revolucionario. El general Abelardo L. Rodríguez tuvo mejor fortuna. Pero, con el advenimiento de Cárdenas, empezaron a surgir las desavenencias. Frente a la decisión de un gobernante como él, independiente y resuelto a llevar a cabo una tarea rápida y efectiva, el “callismo” advirtió un peligro, y don Plutarco se creyó en el deber de expresar un disentimiento que, más que suyo, era el de los

inconformes que lo rodeaban en esos días. Cárdenas no iba a tolerar una sedición ni a permitir una crisis grave. Calles tuvo que salir del país.

Semanas antes de mi llegada, la Confederación de Trabajadores de México (de la que era secretario general Vicente Lombardo Toledano) había manifestado públicamente su indignación ante los rumores de que Calles y Luis N. Morones intentaban, desde los Estados Unidos, inmiscuirse en la política nacional. ¿Tendrían justificación aquellos rumores?…

Ramón Beteta, a quien formulé la pregunta, me indicó que el presidente no les concedía importancia. Sabía que el pueblo estaba con él. No dudaba de la fidelidad de los jefes más serios de nuestro ejército. En cuanto a la categoría intelectual de sus integrantes, el gabinete no resultaba muy homogéneo. Pero algunos de sus miembros podían inspirarle confianza. En el Partido Nacional Revolucionario, la presencia de Portes Gil afirmaba una continuidad tranquilizadora para grandes sectores de la opinión, 1 Cárdenas, sobre todo, contaba consigo mismo.

Sin haberlo tratado, tenía la impresión de conocerlo personalmente. No por haberlo visto en dos o tres ceremonias, sino porque, de los acuerdos que Hay o Beteta celebraban con él, llegaban hasta mi despacho instrucciones en las que pude frecuentemente advertir el carácter de un gobernante resuelto y seguro de su destino.

El trabajo de la oficina me absorbió por completo. Eran muchos los asuntos que debía considerar, espesos los expedientes que tenía el compromiso de conocer y, a menudo, contradictorios los diplomáticos con quienes me veía en el caso de discutir acerca de problemas sobre los cuales procuraba reunir a tiempo datos exactos.

El más complejo de esos problemas fue el que nos planteó, en julio de 1936, días después del asesinato de Calvo Sotelo, la rebelión militar española. Aparecía, entonces, como jefe del movimiento, el general Sanjurjo, a quien el gobierno republicano había perdonado a pesar de un primer intento de subversión. Mencionaban también los diarios a otros generales: Mola, Queipo de Llano, Martínez Anido y Francisco Franco.

En junio, había presentado credenciales —como embajador de España— don Félix Gordón Ordás. Era un español efusivo, veterinario a sus horas, diplomático en otras, pero siempre patriota, inteligente, rápido y eficaz. Adivinó que podría contar con el apoyo de un hombre de la entereza del presidente Cárdenas. Pero quería cerciorarse de lo que pensaban realmente, acerca de la situación española, los funcionarios de nuestra secretaría. Habló, desde

luego, con el general Hay. Y, más largamente aún, con Beteta. Me vio en múltiples ocasiones, y se dio cuenta en seguida de cuánto admiraba y quería yo a su país. ¿No había sido testigo, en 1931, de la proclamación de la República?

Infortunadamente, nuestro embajador en España —el general Manuel Pérez Treviño— no se encontraba en Madrid en aquellos días. Como otros jefes de misión, había ido a pasar la temporada oficial del verano en San Sebastián. Pero, en cuanto pudo, atravesó el sur de Francia y regresó a la capital española, deteniéndose en Barcelona y en Valencia.

Tres cuestiones nos preocupaban. ¿Cómo auxiliar a los mexicanos residentes en la península? ¿Cómo proteger a los españoles que solicitasen asilo en nuestra embajada? ¿Y

cómo ayudar a la República sin que se acusara a México de inmiscuirse en la política de otra nación?

Elegimos la línea recta, que es la de la franqueza. El presidente nos autorizó a situar fondos a nuestra misión diplomática para socorrer a los compatriotas menesterosos.

Invocamos el principio del derecho de asilo, que México ha sustentado invariablemente. Y el gobierno decidió vender a los republicanos veinte mil rifles y doscientos mil cartuchos de fabricación nacional. Un navío español —el *Magallanes*— los recogería en Veracruz.

Si tres cuestiones nos preocupaban, tres circunstancias hacían más difícil nuestra gestión.

Gobernantes como Baldwin y Blum invocaban el deber de “no intervención”, pero permitían que Hitler y Mussolini ayudasen a los grupos rebeldes y dejaban a las autoridades españolas sin justo auxilio. Por otra parte, nos apenaba la escasez de nuestros recursos. Además, nos importunaba la hostilidad de los reaccionarios que, muy pronto, no hablaron ya de republicanos y de

rebeldes, sino de “rojos”, refiriéndose a los leales, y de “blancos”, aludiendo a los insurrectos.

La división existente entre los miembros de la colonia española repercutía en diversas fracciones de nuestro pueblo. Mientras que el presidente del PNR enviaba un mensaje de simpatía a Manuel Azaña y la CTM organizaba mítines de apoyo al gobierno republicano, los partidarios de los rebeldes preparaban una misa pomposa, en Santo Domingo, para honrar la memoria de Calvo Sotelo y, en el Anfiteatro de la Preparatoria, durante un acto escolar, Gordón Ordás era objeto de vítores y siseos que demostraban, unos y otros, la pasión de los asistentes.

Dentro de la misma embajada, surgieron súbitas discrepancias. Uno de sus funcionarios, el señor Pujadas, aceptó representar —como encargado de negocios— a la Junta de Defensa Nacional, presidida en Burgos por el general Miguel Cabanellas. Gordón Ordás lo destituyó y Hay entregó a la prensa una declaración en la que manifestaba que, para nuestro gobierno, no existía en España sino el gobierno republicano, legalmente constituido.

A pesar del optimismo de Gordón Ordás, yo tenía la certidumbre de que los rebeldes acabarían por imponerse. No se trataba de una revolución nacional, sino de una aventura internacional. Las “democracias” dejarían obrar libremente a los dictadores. Inglaterra, siempre indecisa, proclamaba la “no intervención” y León Blum seguiría a Inglaterra mal de su grado.

Nos interesaba esclarecer, ante el mundo, las razones morales de la actitud adoptada por México. Aproveché el viaje que hizo a la capital —durante el mes de agosto— Narciso Bassols, para examinar ese asunto con él. Resultaba apremiante precisar en Ginebra cuál era la tesis de nuestro país. Al volver a Suiza, el 2 de octubre, Bassols (que había hablado varias veces con Cárdenas) pronunció un importante discurso. Manifestó, entre otras cosas:

“Apoyado en sólidas bases jurídicas y de comprensión del problema del gobierno español —

pues México ha sufrido, en el curso de su historia, el azote de cuartelazos antisociales—, el gobierno de México definió desde luego su política de cooperación material para con el gobierno legítimo de España, que tenía enfrente el hecho crudo de una sublevación militar.

Esta línea de conducta cae dentro del ejercicio de nuestra soberanía propia y se basta a sí misma por su claro apoyo en el derecho, de tal manera que ni siquiera la examinaríamos… si no fuera porque el fenómeno político español ha planteado agudamente la urgencia de que, también en este aspecto de la actividad de la Sociedad de Naciones, se busquen los medios de lograr la aplicación eficaz de las reglas jurídicas vigentes".

Como, a pesar de nuestra advertencia, Inglaterra y Francia continuaron hablando de "no intervención", nos pareció urgente aclarar, de manera todavía más expresiva, la justificación de nuestra política. Por eso, cuando el presidente designó al licenciado Fabela jefe de la delegación permanente ante la S.D.N., insistimos en que reiterase cuáles eran los puntos de vista de México. Con autorización de Cárdenas, Fabela envió —el 29 de marzo de 1937— al secretario general de la Liga una nota de la que reproduciré aquí algunos párrafos: "Mi gobierno considera un deber aportar todos los medios a su alcance en favor de la paz del mundo, y especialmente procurar se dé fin a la contienda armada que, desde hace ocho meses, aflige a la República Española. En tal virtud, mi país se permite hacer un llamado a los sentimientos de humanidad de los Estados reunidos en la Sociedad de Naciones, ya que la forma y el tiempo en que se ha intentado poner en práctica la política llamada de 'no intervención' no han tenido otra consecuencia que la de restar a España una ayuda que, conforme al derecho internacional, el gobierno legítimo de dicho país lógicamente podía esperar de aquellos que cultivan con él relaciones diplomáticas normales… México estima que la neutralidad invocada con motivo del conflicto español debe interpretarse conforme a los nobles principios establecidos por la Liga en su pacto constitutivo, y que procede hacer extensiva a casos de rebelión militar, como el de España, la

clara separación existente entre los gobiernos agredidos, a los que debe proporcionárseles todo apoyo material y moral, y los grupos agresores, a los que resultaba indebido facilitar elementos destinados a continuar y volver más sangrienta la lucha".

Se dijo que México adquiría armamentos para mandarlos a España. A fin de explicar nuestra posición, Castillo Nájera envió —el 1º de abril de 1937— una nota al departamento de Estado. Reiteraba en ella las razones del apoyo que estábamos dando al gobierno republicano, pero agregaba que, "fiel a su conducta", México "sólo suministraría (a España) sus propios elementos y evitaría que empresas o agentes particulares efectuasen operaciones intermediarias para lograr la reexpedición de armas y demás pertrechos de procedencia extranjera".

Dos días después, autorizamos a todos los jefes de nuestras misiones diplomáticas para que, en la forma que estimasen oportuna, comunicaran a las cancillerías ante las cuales se

hallaban acreditados un llamado personal del presidente de la República. El general Cárdenas exhortaba a los gobiernos a buscar "una forma de colaboración capaz de evitar que el conflicto español" se prolongase indefinidamente. Al mismo tiempo, insistía en lo que habían declarado ya nuestros representantes ante la SDN. Es "inconveniente que un gobierno constituido, si —por sus orígenes— representa legítimamente la voluntad nacional, quede a merced de una facción apoyada por elementos extraños a la vida y a las tradiciones políticas del país".

La intención era justa; pero, según lo previ, al comentar el asunto con Beteta, la gestión —a la postre— resultó estéril. Algunos gobiernos nos expresaron cortésmente una simpatía inoperante. Y eso fue todo… El resto —que nadie ignora— no dependió de nosotros ya.

Durante el año de 1937, asistimos a la disgregación de las fuerzas que pretendían salvar a la República. Lo comprendí con tristeza: pronto principiaría otra guerra mundial.

En cuanto a nuestras relaciones con los países americanos, recuerdo que, en octubre de 1936, vino a la capital Castillo Nájera. Comimos juntos en dos ocasiones. Me contó lo que estaba haciendo en Washington, a veces por instrucciones de la secretaría y, a veces, por decisión directa de Cárdenas. Desde mi escritorio, lo había ya imaginado: cuanto autorizaba el presidente, en lo personal, iba siempre más lejos de lo que se atrevía a ordenar la secretaría.

Castillo Nájera estaba absolutamente convencido del éxito de Franklin D. Roosevelt en las elecciones de noviembre. Y confiaba —más que yo— en los resultados de la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz, que se reuniría en Buenos Aires durante el mes de diciembre.

Habíamos preparado muchos documentos para ayudar a los miembros de la delegación que representaría a México en Buenos Aires. Bajo la presidencia de Castillo Nájera, Alfonso Reyes —como embajador en la Argentina—, el subsecretario Beteta y Juan Manuel Álvarez del Castillo, ministro en la República Dominicana, formarían parte de la delegación. Irían también tres asesores técnicos: los licenciados Agustín Leñero, Luis Garrido y Antonio Espinosa de los Monteros. Auxiliado por Rafael Fuentes y Fernando Lagarde, el secretario general sería Pablo Campos Ortiz.

Para Roosevelt, promotor de la conferencia, la asamblea de Buenos Aires era una excelente ocasión de reiterar su política de “buena vecindad” y proclamar su confianza en la independencia de este Hemisferio, como baluarte, frente a las amenazas de guerra tan ostensibles en Asia y en Europa. México, miembro de la SDN, no deseaba desligar su destino de la seguridad colectiva del mundo entero. No ignorábamos la flaqueza de la institución ginebrina, pero no queríamos utilizar como escudo la desastrosa “doctrina Monroe”. Para nosotros, la consolidación de la paz en América —frente a las fuerzas materiales del “buen vecino”— exigía un protocolo preciso de no intervención.

La Conferencia de Buenos Aires dio satisfacción a diversas aspiraciones de los gobiernos americanos. Resultó un triunfo para

Roosevelt, a quien la Argentina otorgó un recibimiento

muy significativo. 2 Pero resultó también un triunfo para nuestro país. El texto del protocolo sobre no intervención (adicional al Tratado sobre Derechos y Deberes de los Estados, suscrito en Montevideo en 1933) expresó, en términos muy concretos, una de las tesis fundamentales de nuestra diplomacia. En efecto, ese texto declaró "inadmisible la intervención de cualesquiera de las Altas Partes Contratantes, directa o indirectamente y sea cual fuere el motivo, en los asuntos interiores o exteriores de cualquiera otra de las Partes".

Debo reconocer el talento con que dirigió a nuestros delegados Castillo Nájera, la elocuencia con que Beteta intervino en una de las sesiones más importantes de la asamblea, y la habilidad ingeniosa de Alfonso Reyes, que acertó a conciliar los propósitos mexicanos con los del gobierno argentino, ufano del Premio Nobel conferido recientemente a su dogmático canciller.

Nos encontrábamos ocupados en observar, desde México, los primeros trabajos de la Conferencia de Buenos Aires, cuando tuvimos que afrontar una cuestión absolutamente distinta

—y que daría origen a múltiples controversias: el asilo ofrecido a Trotski por el presidente Cárdenas.

Desde el mes de agosto, me había disgustado el estilo conminatorio de la petición hecha por Stalin al gobierno noruego para que expulsara al célebre bolchevique, pues "aprovechaba la hospitalidad noruega" y, desde su refugio, "dirigía conspiraciones" como las que los jefes políticos de la URSS atribuyeron a Kamenev y a Zinoviev, fusilados con varias personas más.

En septiembre, el ministro de Justicia de Noruega comunicó a los diarios que Trotski permanecería en el país, pero bajo la más estricta vigilancia. No se le permitiría el uso de los servicios telefónicos y toda su correspondencia quedaría sujeta al control de las autoridades.

No pude prever, entonces, que el compañero de Lenin pensase en México como en la tierra prometida. Gestores (que no consultaron a nuestra cancillería) obtuvieron del presidente la autorización de acoger a Trotski. Y el general Hay recibió instrucciones de publicar en la prensa, el 7 de diciembre de 1936, un comunicado en el que se anunciaba la concesión del asilo. La actitud del general Cárdenas era indudablemente noble y, por todos conceptos, humana. Pero "troyanos" y "tirios" la criticaron.

Trotski y su esposa llegaron a Tampico el 9 de enero de 1937, a bordo del barco *Ruth.* En México, Diego Rivera los alojó en Coyoacán. El refugiado hizo amplias declaraciones a la prensa, recibió a visitantes como Waldo Frank y trató de transmitir por teléfono un discurso que esperaban oír sus admiradores neoyorquinos. Por razones que nadie supo entender, la transmisión no se realizó.

Trotski era visto con inquietud tanto por las derechas conservadoras como por las izquierdas stalinistas. No pudiendo atacarlo frontalmente, sin herir a Cárdenas de paso, la CTM

adoptó la actitud de ignorarlo, con desdén más aparente que verdadero. Para responder a las acusaciones hechas a Trotski en Moscú, donde se le tildaba de "terrorista" y de "pro-nazi", un grupo de liberales norteamericanos decidió trasladarse a México, a fin de interrogarlo.

Encabezaba a aquel grupo el doctor John Dewey, quien invitó al Partido Comunista de México y a la CTM a hacerse representar en el "jurado". En nombre del Partido Comunista, Hernán Laborde contestó a Dewey: "Concurrir a las audiencias de la comisión que usted preside sería tanto como dar valor a lo que no tiene ninguno". Vicente Lombardo Toledano se limitó a decirle: "Por la seriedad y el prestigio de que merecidamente goza la Confederación de Trabajadores de México ante el proletariado internacional, me veo en el caso de no aceptar la amable invitación de usted para asistir al llamado jurado de Trotski".

No tuve ocasión de tratar a Trotski. Me habría gustado charlar con él, porque un hombre de su combatividad y de su talento me interesaba profundamente. Sin embargo, hube de concretarme a observar —desde lejos— su dramática persistencia… Cuando lo asesinaron, en 1940, me encontraba yo ausente de la República. Me indignó el crimen. Y deploré comprobar la distancia que media entre el conceder el asilo a alguien y proteger la vida del asilado.

Acabo de referirme a Vicente Lombardo Toledano. Lo vi poco en aquella época. Pero fui testigo de su denuedo al frente de los grupos obreros que dirigía. Recordaba yo al joven pasante de la Escuela Nacional de Jurisprudencia que me invitó, en 1918, a colaborar en las actividades de la Universidad Obrera. Era Vicente, entonces, amigo —y también rival— de otro de los "siete sabios" de su generación: Manuel Gómez Morin. Resultaba curioso que esos dos hombres hubieran evolucionado en forma tan imprevisible. En 1918, Lombardo Toledano aludía al Sermón de la Montaña y parecía imbuido de un socialismo evangélico. Gómez Morin citaba a Lunacharski. En 1937, habían cambiado mucho las cosas. Lombardo admiraba a Stalin, y Gómez Morín exaltaba el poder de la fe católica. Tuve siempre, para ambos, cálida estimación. Estaba convencido de la sinceridad de sus actitudes. La línea seguida por cada uno podía ser discutible, pero era auténtica.

Vicente luchaba contra múltiples enemigos. Uno de ellos —en 1937 — era Luis N.

Morones. La CROM y la CTM se combatían con amargura. No dejó, sin embargo, de sorprenderme el tono con que Lombardo manifestó a los periodistas que no discutiría ya con Morones. "Si se trata de un concurso de oratoria —dijo—, creo que el mejor discurso de un hombre es su propia vida, y la vida de Morones está ya juzgada. Si Morones se propone demostrar su capacidad dialéctica, que discuta con Cantinflas…"

Al leer esas palabras, advertí cuánto había llovido desde nuestros días en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. El sonriente y benévolo catedrático de la Universidad Obrera fue endureciéndose

con los años. Su labor resultó muy útil para la acción emprendida por el presidente Cárdenas. México buscaba el modo de liberarse del imperialismo económico de las compañías petroleras. Las huelgas de los trabajadores irritaban a las empresas. Inglaterra hubiese querido encontrar el apoyo de Washington para evitar la expropiación que se avecinaba. Lo buscó, indudablemente, con motivo de una expropiación de distinta categoría: la de ciertas tierras de la comarca lagunera. Washington eludió aquel problema, que no era suyo… Frente a las amenazas que podrían presentarse —y que se presentaron—, necesitaba el

gobierno de Cárdenas una mayor coherencia de los elementos obreros. Y Lombardo Toledano, con su intrepidez y con su talento, supo asociar muchas voluntades.

Dada la cordialidad de las relaciones que teníamos con el presidente Roosevelt, Castillo Nájera pensó que podríamos conseguir la supresión de un compromiso, intolerable ya para México: el que emanaba del Tratado de la Mesilla, firmado el 30 de diciembre de 1853. En el artículo VIII de ese convenio, nuestro país había confirmado la autorización, dada el 5 de febrero del mismo año, respecto a la "pronta construcción de un camino de madera y de un ferrocarril en el Istmo de Tehuantepec, para asegurar de una manera estable los beneficios de dicha vía de comunicación a las personas y mercancías de ciudadanos de México y de los Estados Unidos". Por otra parte, había concedido a los Estados Unidos el derecho de transportar, a través del Istmo, las malas norteamericanas que no hubieran de distribuirse en la extensión de la línea de comunicación y, también, los efectos del gobierno de los Estados Unidos y de sus ciudadanos que sólo fueran de tránsito, sin que México percibiera derechos de aduana ni pudiera exigir a las personas que cruzasen el Istmo pasaportes ni cartas de seguridad. Más aún: los dos gobiernos celebrarían un arreglo "para el pronto tránsito de tropas y municiones" que los Estados Unidos tuviesen ocasión de enviar, de una parte de su territorio a otra, situadas en lados opuestos del Continente.

Se trataba de un permiso que implicaba, para nuestra soberanía, una indiscutible lesión. Es cierto, los Estados Unidos (sobre todo a partir de la apertura del Canal de Panamá), contaban con otros medios para las comunicaciones previstas en el Tratado de la Mesilla. Pero una conflagración internacional, como la que podía surgir si estallaba otra guerra europea y si intervenía en el conflicto el Japón, hubiera tal vez suscitado en los militares norteamericanos el deseo de formalizar las obligaciones admitidas en 1853.

Cárdenas admiraba a Benito Juárez. Sin embargo, le dolía el recuerdo de todo lo dicho por los conservadores acerca del Tratado Mac Lane-Ocampo, que —afortunadamente— no llegó a ser ratificado. El de la Mesilla constituía sin duda un antecedente de las negociaciones encomendadas a Mac Lane por el gobierno del presidente Buchanan. Decidido a defender en todas las formas posibles la independencia de la República, Cárdenas dio instrucciones a Castillo Nájera para que insistiese en le derogación del artículo VIII del convenio de la Mesilla. Roosevelt comprendió la razón de México. Juzgó que la proximidad del “Día de las Américas” otorgaría especial realce a la determinación de los dos países. Y, el 13 de abril de 1937, Cordell Hull y Castillo Nájera firmaron el texto que derogó el artículo ignominioso.

En 1942, cuando México se declaró en estado de guerra con las potencias del Eje, nos felicitamos —no sin razón— del éxito de las gestiones llevadas a cabo cinco años antes.

Habíamos sabido aprovechar una oportunidad histórica.

Los jefes de misión que traté con mayor frecuencia, durante los dieciocho meses de mi labor en el departamento diplomático, fueron Castillo Nájera, Bassols e Isidro Fabela, entre los mexicanos, y Gordón Ordás, Daniels y Marchetti di Muraglio, entre los extranjeros. He hablado ya acerca de Castillo Nájera, Bassols y Gordón Ordás. Pero desearía dejar aquí una imagen —probablemente ya un poco pálida— de hombres como Daniels, Marchetti y Fabela.

Creo, todavía hoy, que Josephus Daniels fue el más comprensivo de los embajadores enviados a México por el departamento de Estado. Corpulento como una encina de su tierra natal, soportaba muy bien el peso de sus setenta y cuatro años firmes y activos. Político y periodista, había dirigido el *News and Observer* en Carolina del Norte, y fue secretario de Marina del presidente Wilson. De sus actividades en ese cargo, conservaba dos recuerdos muy diferentes: un retrato de Franklin D. Roosevelt, dedicado a su antiguo "jefe" (solía mostrarlo a sus invitados con ingenua satisfacción), y el pesar de haber tenido que obedecer órdenes superiores, cuando —en 1914— infantes de Marina de su país desembarcaron, de la manera más arbitraria, en el puerto de Veracruz. México se mostró generoso al concederle, como embajador, el "beneplácito" que hubiera podido muy bien negarle. Y Daniels —agradecido—

trató de actuar en todo momento con la más deferente cordialidad.

A fin de no referirme ya en estas páginas a mis gestiones oficiales, relataré sólo dos anécdotas que atestiguan la capacidad de ironía del señor Daniels. Cierta vez, asistimos juntos a la boda de algún amigo. Al concluir el banquete, en uno de los corrillos, varias personas se pusieron a comentar el dominio que las mujeres ejercen sobre los hombres. Aburrido, acaso, de los fáciles chistes que estaba oyendo, Daniels manifestó: "¿Por qué hablan ustedes tanto del imperio de la mujer? Cuando nos casamos, Mistress Daniels y yo nos pusimos pronto de acuerdo. Ella mandaría en las cosas sin importancia. Yo, en las demás. Desde entonces, no hemos tenido nunca el menor conflicto". Alguien preguntó: "¿Pero quién de ustedes decide cuáles asuntos son importantes?" Daniels se echó a reír y le contestó inmediatamente: "Oh, eso lo incluimos entre las cosas sin importancia". De hecho, lo había entregado todo.

En otra ocasión, concurrimos a un entierro. El muerto había sido un magnífico deportista.

Como el cortejo resultó lento y era larga la senda del cementerio, trazada sobre una cuesta, Daniels me dijo, con la mayor seriedad posible: "Ahora me doy cuenta de que he llegado a la edad que

tengo porque no practico sino un deporte, el de acompañar hasta su sepultura a los que mueren por haber practicado muchos deportes".

El conde Alberto Marchetti di Muraglio, ministro de Italia, parecía encantado de hallarse en México. Tenía muchos amigos, y cumplía —alegremente— con sus deberes oficiales. Más italiano que fascista, más europeo que italiano y más diplomático que político, comprendía nuestra posición frente al *Duce,* y supo aprovechar muy a tiempo la ocasión de obtener que nuestro país levantase las sanciones aplicadas a Italia por determinación de la Liga. Si desistió la Liga, ¿cómo podía nuestro gobierno no transigir?

Durante la rebelión española, Marchetti no nos importunó con observaciones

improcedentes. Iba a verme, de vez en cuando, más para hablarme de música o de pintura que de política. Pertenecía a esa clase de diplomáticos que logran lo que desean sin solicitarlo ostensiblemente, y que prometen "considerar" lo que nunca podrán hacer. Lo describe, a mi juicio, una circunstancia: cuando Lombardo acusó a Della Luna, cónsul de Italia en Veracruz, de haber informado a los rebeldes españoles acerca del viaje del *Mar Cantábrico* (navío que llevaba material de guerra, propiedad del gobierno de México, y que fue capturado por los franquistas), Marchetti optó por tomar unos meses de vacaciones dejando como encargado de negocios al señor Cattaneo…

El nombramiento de Fabela fue un acierto del presidente Cárdenas. Pocos mexicanos he visto tan satisfechos de volver a la diplomacia. Hay que recordar, al respecto, que don Isidro estuvo al frente de la Secretaría de Relaciones Exteriores durante los primeros años del gobierno constitucionalista, e hizo algunos viajes a varias capitales de América y Europa.

Muchos habían olvidado aquellas gestiones suyas. Él, por supuesto, no.

Le complacía la idea de trabajar en la Sociedad de Naciones. Realizaría, en Ginebra, dos de sus esperanzas más entrañables: la de servir a México y la de ayudar a la causa de los españoles republicanos. El Abate de Mendoza, que lo vio llegar a mi despacho, sin saber aún qué misión le había sido asignada ya, me preguntó muy discretamente: "¿Qué le pasa a Fabela?

Lo encuentro *tout guilleret…"* Esa era la expresión que mejor podía traducir —en francés—

el entusiasmo, casi pueril, de nuestro académico embajador.

Fabela examinó con esmero todos los expedientes que le enseñé, me hizo infinidad de preguntas acerca de las actividades llevadas a cabo por sus predecesores, y, una mañana —ya con helvética luz en los cristales de sus anteojos—, se despidió… Estaba yo convencido de que actuaría con eficacia. Sólo se hace bien lo que se emprende con alegría.

Siempre que pude, procuré escapar a las recepciones oficiales, para disponer de algún tiempo libre a fin de escribir —o de charlar con mis amigos no diplomáticos. Enrique González Rojo iba a visitarme muy a menudo. Bernardo Ortiz de Montellano cenaba con nosotros una vez por semana. En ocasiones, nos acompañaba al cinematógrafo o al teatro. El doctor González Martínez (que había resentido profundamente la pérdida de su esposa) escondía su dolor no sin heroísmo. Lo expresaba sólo en sus versos. Recibía a los jóvenes escritores, y resultaba, por momentos, el más juvenil de todos. Bromeaba, contaba anécdotas y no parecía dispuesto a tomar en serio la importancia de su persona y la notoriedad de su nombre.

Jorge Cuesta surgía, de improviso, en nuestro horizonte. Alto, irónico, rubio, llevaba a menudo un soneto espléndido en el bolsillo y alguna complicada teoría —filosófica, química o literaria— que proponernos. No se hablaba, entonces, de cibernética. Pero Cuesta parecía capaz de inventarla un día. Por otra parte, como era tan aficionado a las controversias, si alguien hubiese inventado esa

ciencia ya, él se habría encargado de criticarlo… Siempre que pienso en él, viene a mi memoria un verso de *Muerte sin fin:* “Oh, inteligencia, soledad en

llamas”… En esas llamas, Jorge se incendiaría.

Para esperar el año de 1937, invitamos a cenar a algunos de mis compañeros de juventud: Bernardo, Enrique, Cuesta y Xavier Villaurrutia. Tenía mi mujer un pequeño *fox terrier,* que nos acompañó por espacio de más de un lustro. Esa noche, el perrito —que recibió con halagos a los demás comensales— persiguió a Cuesta con sus ladridos. Tanto escándalo hizo, que alguien preguntó a Jorge si todos los perros lo detestaban. “No —contestó —, el de Jaime no me detesta; lo que ocurre es que me ha visto ya el resplandor, que ustedes todavía no han descubierto”…

Celebramos aquella respuesta. Pero, cuando supe lo que después sucedió y cómo Cuesta acabó sus días, reflexioné. ¿Sería la alusión a ese “resplandor” una hipótesis humorística? ¿O

anunciaba ya, en persona de inteligencia tan luminosa, un lamentable desequilibrio?

Ortiz de Montellano presentía lo breve de su existencia. Una tarde, me recitó uno de los sonetos que reuniría en *Muerte de cielo azul:* aquel “donde se habla del cuerpo sujeto a la anestesia”. Recuerdo aún el terceto final:

Aire sin soplo de ternura verde

este cuerpo sin voz ya no es la vida

pero tampoco el sueño ni la muerte.

¿No podrían aplicarse esos mismos términos a lo que sentimos los hombres, cuando llega la senectud?

De las personas reunidas en nuestra casa, el 31 de diciembre de 1936, sólo sobrevivimos mi esposa y yo. Enrique González Rojo murió en 1939, Jorge Cuesta en 1942, Bernardo Ortiz de Montellano en 1949 y Xavier Villaurrutia en 1950. Menos a Enrique (el primero en desaparecer, pero el más ávido de vivir), la idea de la muerte no sólo angustiaba a los otros tres, sino también a José Gorostiza, que no estuvo con nosotros aquella noche, aunque seguía formando —como en la época de *Contemporáneos*— parte de nuestro grupo.

Era muy significativo el hecho de que la palabra "muerte" surgiera frecuentemente en las poesías de mis amigos. *Muerte de cielo azul, Muerte sin fin, Nostalgia de la muerte* son títulos de los más bellos libros de Ortiz de Montellano, Gorostiza y Villaurrutia. Cuesta no hablaba de la muerte tan a menudo, pero buscaba —a su modo— todas las ocasiones de huir de la realidad, por las ventanas de alguna divagación quimérica o por las sendas de la evasión crítica y literaria. De ahí el interés con que leía a Paul Eluard y analizaba, de la manera más penetrante, las técnicas del "sobrerrealismo".

Menos pesimista que ellos, pero no menos sensitivo, Salvador Novo derramaba su ingenio en "columnas", "ventanas" y páginas de diarios y revistas de la ciudad. Le irritaban las demagogias. Y continuaba siendo el agudo escritor que había trazado, en *Poemas Proletarios,* estas satíricas líneas:

Los folletos de propaganda revolucionaria,

el Gobierno al servicio del proletariado,

los intelectuales proletarios al servicio del Gobierno,

los radios al servicio de los intelectuales proletarios

al servicio del Gobierno de la Revolución

para repetir incesantemente sus postulados

hasta que se graben en las mentes de los proletarios

—de los proletarios que tengan radios y escuchen…

México atravesaba un período de revolución sin batallas, ni asonadas, ni expediciones militares, pero con muchas huelgas e innumerables discursos que parecían estimularlas deliberadamente. Resultaban molestos los paros de los electricistas, telefonistas y obreros de fábricas importantes. Los petroleros, en particular, luchaban contra el insolente egoísmo de las compañías extranjeras. La Ley de Expropiación, aprobada por la Cámara de Diputados, inquietaba a los industriales. Y, desde mi despacho, sentía yo avecinarse una gran tormenta.

Dueños del arte de la palabra, muchos escritores no se dignaban conceder interés a las frases pronunciadas por los políticos. Algunos comprendían que luchar por la democracia, sin caer en la demagogia, era un destino hermoso. Pero no todos los que comprendían ese destino aceptaban entregarse realmente a él. Varios de ellos preferían el éxito fácil, inmediato, visible

—aunque fuese efímero.

A mí, las ocupaciones oficiales me obligaban a ver, sobre todo, los problemas del exterior.

Las horas en que no me retenía el estudio de esos problemas, las dedicaba a continuar mi obra interrumpida en Francia y, los domingos, a visitar a mi madre, que se había instalado en un departamento de la avenida Insurgentes, cerca de la calle de Chilpancingo, donde los Castillo Nájera nos alquilaron una casa pequeña, cómoda y silenciosa.

Lo primero que escribí en esa casa (por sugestión de Rafael Solana, que dirigía *Taller Poético* y deseaba rendir homenaje a Garcilaso de la Vega en el cuarto centenario de su muerte), fue un breve ensayo acerca del gran poeta. Me interesaba expresar hasta qué punto el paisaje, visto por un español, es distinto del paisaje contemplado por un italiano.

Los artistas de España han puesto su genio en los retratos. Les han conmovido más los seres que la naturaleza que los rodea. El ejemplo de Garcilaso, como excepción, confirma precisamente la regla. Las quejas de Nemoroso dan al paisaje que las inspira —y que las escucha— una calidad moral más que material. Las *Églogas* (tan italianas, en cierto modo) comprueban, por otra parte, lo que es ostensible en la música y en la pintura: durante el siglo XVI, el espíritu europeo tenía una contextura supranacional que, no obstante la fluidez de las comunicaciones modernas, no poseía ciertamente en 1936.

Sobre aquel tema, tracé unas líneas que Solana tuvo la amabilidad de publicar junto con otras, escritas por él y por un joven autor que prometía mucho, pero a quien la muerte no dejó alcanzar todos los éxitos que podíamos augurarle: Alberto Quintero Álvarez.

Algunas tardes, antes de encerrarme en mi despacho, iba a pasear por los barrios del México antiguo, en los que había vivido durante mi infancia. Me asomaba a los patios de las

casonas donde residieron, antaño, muchas familias próceres. Con el tiempo, se habían transformado en “patios de vecindad”. En lugar de los imponentes carruajes que guardaban allí los ricos de 1910, los humildes de 1936 tendían, sobre largos cordeles, sus pobres ropas recién lavadas. Los porteros habían sido substituidos por vendedoras de cacahuates. Y los mendigos abundaban en las esquinas.

Imaginé la existencia de alguna dama de la época porfiriana, obligada a seguir viviendo en uno de esos viejos palacios llenos de sombras. Y concebí la idea de una novela corta, en la cual no ocurriese nada, sino una sucesión de recuerdos de horas distintas: familiares fantasmas de la solitaria señora que describí. Los personajes esenciales serían tres psicólogos peligrosos: la melancolía, el insomnio y el tedio. En un relato de Malraux, encontré este epígrafe convincente: “Todo anciano es una confesión”… En pocas semanas escribí el texto de *Sombras.* Fue mi último ensayo como aprendiz de novelista.

Quedaban, en un cajón de mi mesa, varios poemas por revisar. A partir de *Destierro,* había tratado de volver a mí mismo y de dar una forma concreta a mi soledad. En efecto, cuanto más apremiantes eran los asuntos que me asediaban y más oficiales los personajes a quienes tenía que tratar, más solo me sentía yo. Hay circunstancias en las que el hombre comprende —según dijo Quevedo— que hasta el cuerpo lo entierra. Todo reloj abrevia, en minutos fugaces, la eternidad. Incluso la dicha, que imaginamos lenta como el andante de una sonata, nos hiere a veces cuando la descubrimos, a un ritmo urgente, en el *presto* final de una sinfonía. Consulté a Ortiz Montellano y a Gorostiza. ¿Valdría la pena dar a la imprenta tales poemas? Ambos me animaron a publicarlos. Cultura los editó, con el título de *Cripta.*

De los comentarios consagrados a ese volumen, el que recuerdo con mayor gratitud es el de Gorostiza. Apareció en *El Nacional,* en uno de los suplementos del mes de junio de 1937.

Recogeré un fragmento aquí: “Da gusto —decía el autor de *Canciones para cantar en las barcas*— que *Cripta* aparezca en el centro de una tempestad de poesías —no, desgraciadamente, de poesía—, porque es una excelente mezcla de entendimiento, noción clara y uso perfecto de los valores poéticos. No exalta, ni define, ni demuestra, como es hoy costumbre en México, ningún programa de poesía. Torres Bodet está ya bien lejos de las causas primeras… Sabe lo que es en él la poesía y le da libre curso, sin los balbuceos, caídas y reincidencias de esa poesía ambiente que, incapaz de reflexionar profundamente sobre sí misma e incapaz por tanto de recrearse, busca una sombra de renovación en los temas”.

¿Serían merecidos esos elogios?… *Cripta* me pareció el primer libro que podía considerar absolutamente mío. Había prescindido, en él, de ciertas influencias ostensibles en mis obras de juventud. Traté, en sus páginas, de dialogar a solas conmigo. Pero me sentía perdido, por momentos, en un “infinito dédalo de espejos”.

No quería aventurarme en las afirmaciones rotundas de otros autores. De los de mi generación, el más próximo a mí era

Gorostiza. Entre los jóvenes, me estimulaba el ejemplo de Octavio Paz, que —a los veintitrés años— había ya publicado *Luna silvestre, ¡No*

pasarán! y *Raíz del hombre.* En este último, advertí el despertar de un poeta auténtico. No recuerdo cómo y cuándo conocí a Paz. Charlamos algunas veces. Y su persona me confirmó en la impresión que la lectura de sus versos me había causado.

Vi poco, en aquellos días, a Carlos Pellicer; pero recibí un magnífico libro suyo: *Hora de Junio.* Es el que prefiero entre los suyos, aunque resulta difícil escoger dentro de una obra tan amplia, tan convincente y tan generosa. Para valerme de las palabras del propio Carlos,

“pasaron diez mil años y esa voz es igual…”

Una generación que madura tiene que desgranarse. Eso había ocurrido ya con la nuestra.

No existía, entre nosotros, la solidaridad espontánea que sentimos al lado de Vasconcelos, en 1921, o más tarde, en la época de *Contemporáneos.* Los jóvenes nos veían con crítico escepticismo. Y, salvo González Martínez y José Juan Tablada, los viejos nos consideraban sin mucho aprecio. Ni el desdén de éstos ni el escepticismo de aquéllos me preocupaban. Más me inquietaban mis propias dudas.

Me he referido, en *Tiempo de arena,* a la amistad que tuve, desde mi adolescencia, con el autor de *Pero Galín.* Genaro Estrada me incitó a ingresar, a los veintisiete años, en el servicio exterior de México. Gracias a él pude ir a España y, después, a Francia. Cuando nuestro gobierno le confió el cargo de embajador de México en la Villa del Oso y del Madroño, pasó por París. Almorzamos juntos en L’Ecu de France. Tan refinado *gourmet* como espléndido funcionario, aprobó la *sole normande* que le aconsejé, para mejor disfrutar del famoso *Pouilly* de aquel restaurante. A los postres, me contó cómo había podido conocer a Picasso.

En una galería próxima al Sena, supuso que un personaje de pequeña estatura, calvo y de extraña traza, pero muy rodeado de admiradores, sería el ilustre pintor. Se acercó a saludarlo y le preguntó si era realmente Picasso. Ante la respuesta que recibió —afirmativa, aunque desdeñosa—, insistió Genaro: “¿Pero es usted Pablo Ruiz Picasso?” “Ese es mi nombre completo” admitió, sin amenidad, el interpelado. “Ah”, concluyó nuestro compatriota;

“entonces, ¡sí es usted Picasso!”… y soltaron ambos simétricas carcajadas.

Desde aquel encuentro parisiense, Genaro había perdido en categoría burocrática, en salud, pero no en perspicacia y en lucidez. Fuera del servicio, aceptaba sin amargura la ingratitud. Sin embargo, en el fondo, vivía una existencia lánguida y solitaria. Residía en las Lomas de Chapultepec, junto con su esposa Consuelo y su hijita, a la que llamaba Paloma, nombre muy madrileño. Charlábamos a menudo, en la Librería Porrúa o en la tienda de Alberto Misrachi. Cuando le envié un ejemplar de *Sombras,* comentó cordialmente el libro. Al hablar de mí, en la nota publicada por la revista *Hoy,* aludió a un “silencioso ironista que sabe usar las buenas armas de un elegante pesimismo y tocar al lector sensible con la más apropiada dialéctica, que no es la del interesado propagandista que anuncia sus géneros, sino

la del convicto experto que sabe adornar, con la flor de una lejana sonrisa, las más comprobadas soluciones en el planeamiento y desenlace de un drama cotidiano”.

Más que elogiarme, parecía haber hecho una descripción de su propia manera de ser. En efecto, conocía él muy bien las “soluciones” del drama constante de la existencia; pero las perdonaba, con esa “lejana sonrisa” que tuvo la gentileza de atribuirme.

El 29 de septiembre, por la mañana, fue a visitarme Manuel J. Sierra. Me dio una triste noticia. Genaro, sometido durante meses a una cura de adelgazamiento, acababa de fallecer.

Tanto Sierra como yo creíamos conveniente que la Secretaría de Relaciones rindiera homenaje póstumo a quien había sabido guiarla con tanto acierto, proclamar la doctrina internacional que todavía ahora lleva su nombre, dirigir las publicaciones de nuestro archivo diplomático y defender con discreta energía las mejores causas de la República. Por desgracia, encontré evasivo —y muy reticente— al general Hay. Se negó a que veláramos el cadáver en el salón de recepciones de la Cancillería, se abstuvo de ir a las exequias de Genaro y se limitó a admitir que publicásemos una esquela en la que participábamos con pena el fallecimiento del gran desaparecido. Hallé mejor eco en Beteta y Ernesto Hidalgo. Fui con ellos, y con otros compañeros de trabajo, a la casa de Estrada. Hicimos allí la primera guardia, y nos satisfizo ver cuántos diplomáticos y escritores rodeaban el féretro. Por lo visto, no todos tenían acerca de Genaro el mismo concepto que el hombre bueno, pero quizá resentido, que dirigía entonces nuestras labores en el edificio de la avenida Juárez.

Diciembre me trajo un cambio brusco de perspectivas. Tendría que salir de México nuevamente, para hacerme cargo de nuestra legación en Bruselas. El gobierno había resuelto llamar al país a muchos ministros, a fin de reemplazarlos —ahorrando sueldos— con encargados de negocios pertenecientes al personal diplomático de carrera. Beteta me preguntó si me agradaría ir a Bélgica. Y acepté su proposición.

Fue sólo entonces cuando pude visitar al presidente Lázaro Cárdenas. Me cautivaron su afabilidad imprevista y su convicción de estar trabajando (más solo de lo que, acaso, pensaba él mismo) para engrandecer a México. No lo había visto sonreír. Sabía hacerlo, no obstante, cuando creía hallarse en aptitud de confiar en las personas que le escuchaban.

Pocos mexicanos he conocido de palabras tan meditadas y silencios tan elocuentes. Su fuerza provenía de una excepcional lealtad a dos propósitos muy profundos: alentar a su pueblo y cumplir cabalmente con su deber. Dentro de su rostro de piel morena, sus ojos claros

inquirían sin arrogancia, reprobaban sin amargura y aprobaban —a veces— con efusión…

Durante los minutos de la breve audiencia que me otorgó, advertí la claridad de su juicio y, al mismo tiempo, la modestia de sus reservas. No desconocía el peligro en que estaba Europa.

Sabía que, por muchas razones históricas y geográficas, Bruselas sería, para mí, un lugar de prueba. “Observe usted cuidadosamente —me dijo— y ténganos informados.”

Me dolía separarme otra vez de mi madre. Pero hubiera sido absurdo llevarla a Bélgica en momentos en que todo auguraba una posible conflagración. Su salud, por fortuna, era bastante

buena en aquellos meses. Firme e inteligente aceptaría mi ausencia con entereza.

Al concluir el año de 1937, salimos de la capital mi mujer y yo. En Nueva York nos embarcamos en el *Bremen.* Habían sido fecundos los meses pasados en México. Me alentaba el movimiento de independencia y de justicia social perceptible en nuestro país. Los capitalistas y la llamada “clase media” no aplaudían siempre ese movimiento. Temían a los Estados Unidos. Pero el pueblo —si llegaban horas difíciles— defendería con patriotismo los derechos de la nación.

IX. BRUSELAS EN 1938. PERSONALIDAD DE SPAAK. MIS AMIGOS SOCIALISTAS. EL CASO DEL *LUNDGREN.* ÉXITO ANTE EL TRIBUNAL DE AMBERES. VALÉRY EN BRUSELAS. CIUDADES Y PINTORES

Llegamos a Bruselas al final de la primera quincena de enero de 1938, y el 17, me entregó la legación Alfredo Martínez Baca, encargado de los archivos. Las oficinas estaban instaladas en el

entresuelo del edificio que iba a servirnos de residencia: una casa burguesa de la avenida *Louise,* cerca del bosque de *La Cambre.*

El jefe del protocolo me presentó, días después, con el ministro de Asuntos Extranjeros.

Dirigía la cancillería belga un hombre de extraordinario talento y de rápida simpatía: Paul-Henri Spaak. Escapaba a todas las clasificaciones. Era socialista —y, en cierto modo, no lo era siempre. Amigo del rey Leopoldo, tenía el valor de juzgarlo con dignidad. Hubiera querido creer en la Sociedad de Naciones, pero conocía todas sus deficiencias y no depositaba ya en sus debates mucha confianza. Llevaba un apellido que podía parecer flamenco, pero lo más hondo de su cultura venía de Francia. Solidario de los regímenes democráticos, no menospreciaba a Hitler y a Mussolini. En el momento oportuno, aceptó incluso tratar con Franco.

Mejor que nadie, representaba Spaak la realidad política de su pequeño país heroico, por cuya dicha no eludió —cuando lo consideró necesario— el sacrificio de sus íntimas preferencias. Se le acusaba de ser flexible, demasiado flexible. Pero ¿qué otra cosa podía, en verdad, hacer?… Mientras vio una esperanza de preservar a Bélgica de la contienda armada que amenazaba a Europa, realizó cuanto estimó útil para que tal esperanza no desapareciese.

Cuando Hitler violó la neutralidad de Bélgica, Spaak volvió a ser Spaak. El patriota venció al ministro, y la actitud que adoptó, después de la capitulación de Leopoldo III, enaltece su biografía.

Conforme al orden protocolario, visité a todos los embajadores y ministros de los países con cuyos gobiernos mantenía relaciones nuestra República. Varios amigos me pusieron en contacto con políticos y escritores belgas de prestigio reconocido. Saludé, entre otros, a Émile Vandervelde. Tenía setenta y un años. Era un hombre de pequeña estatura, obstinada calvicie, ojos agudos bajo sus binóculos burocráticos, lacio bigote y perilla breve, no sé bien si

mongólica o leninesca, pero muy adecuada a su rostro exiguo, de sutil socialista internacional.

Me habló con afecto de México. Admiraba al presidente Lázaro Cárdenas. Apreciaba la ayuda que había otorgado nuestro gobierno a los españoles republicanos y, cuando llegó el caso,

comentó con elogio la expropiación petrolera. No aceptaba del todo a Spaak. Sabía que era un político mucho más diestro y sagaz que algunos de sus amigos. Pero le irritaban sus reiteradas estratagemas.

Vandervelde había luchado incansablemente en favor de la clase obrera. Para defenderla del alcoholismo, después de la primera Guerra Mundial, tuvo una idea ingeniosa: prohibir que, a ciertas horas, se vendieran licores, salvo si los clientes los adquirían en botellas enteras, debidamente cerradas. Se daba cuenta de que a sus compatriotas les gustaba beber.

Pero les gustaba, también, ahorrar. Tomar una copa en el café, y en compañía de sus amigos, era —para muchos obreros— un deleite de precio módico. Comprar, en cambio, una botella cerrada, para descorcharla *y* encerrarse a beber en su domicilio, frente a los posibles reproches de su mujer, no prometía nada halagüeño al más ávido de los belgas. Es cierto que, privados del coñac o de otros alcoholes costosos, no pocos cayeron en el hábito de absorber grandes caudales de una cerveza dulzona, que los conocedores llamaban *gueuze…* La palabra se prestaba a interpretaciones más bien burlescas, puesto que *gueuse,* sin *z,* quiere decir, en francés, bribona.

Junto con el recuerdo de Vandervelde, conservo el de cuatro socialistas que me honraron con su amistad. Aludo a Van Remoortel, quien fue nuestro vecino cuando la legación de México estaba instalada en la avenida Louise; a De Brouckère, a Piérard y a Rolin. Van Remmortel vivía como un burgués, importado directamente del siglo XIX. Tenía una esposa encantadora, docta en

recibir a sus invitados, y un hijo que ha llegado a ser director de orquesta y goza, ahora, de justa celebridad.

Piérard era un hombre absolutamente distinto. No aparecía, en su persona, el menor asomo de anacrónicas burguesías. Periodista, escritor y político de verdad, alternaba los debates en la Cámara de Representantes con largas pláticas, en los salones o en los cafés, acerca de los pintores por quienes sentía mayor aprecio. A dos de ellos consagró volúmenes importantes: *La vida trágica de Vincent Van Gogh* y *Manet, el incomprendido.* Tampoco él aceptaba mucho al ministro Spaak. Era demasiado francés, de expresión y de pensamiento, para admitir ciertas tolerancias impuestas a Spaak por el regionalismo de los flamencos.

Louis de Brouckère soñaba con una paz internacional fundada en la solidaridad obrera.

Para él, carecían de sentido ciertos vocablos, como “independencia” o “neutralidad” de las pequeñas naciones. ¿Qué país puede ser neutral ante los delitos que otros cometen? ¿Cómo ignorar —por ejemplo— el asesinato de la República, al que estaba asistiendo España?… Si no oí en sus labios exactamente esas frases, no las invento. Creo interpretar, nada más, su indignación reivindicadora.

Al senador Henri Rolin, la política ofreció siempre serios incentivos de estudio.

Periodista sincero, y jurista de alta sabiduría, sus opiniones y sus consejos me fueron de gran utilidad. Su ayuda me sirvió mucho en la tarea de hacer comprender, a una fracción importante de la opinión pública belga, la justicia con que obró nuestro país al nacionalizar su petróleo.

Durante un año, a partir de marzo de 1938, mi ocupación mayor consistió en defender —

por todos los medios a mi alcance— las razones de México. Gracias a Piérard, conseguí que diarios como *Le Peuple* y *La Meuse* publicasen notas en cuyos textos se expuso con claridad por qué motivos legítimos había procedido nuestro gobierno. Otros periódicos resultaron impenetrables. Sus directores escogían, con especial complacencia, las protestas de los capitalistas.

En octubre de 1938, se nos presentó una ocasión difícil; pero aprovechable, después de todo. El barco sueco *Lundgren* había descargado productos petroleros mexicanos en varios puertos de Europa. Las compañías expropiadas se apresuraron a pedir el embargo de esos productos. Supe de tres litigios, radicados en El Havre, Rotterdam y Amberes. Se trataba de esclarecer, nada menos, si el petróleo que estábamos exportando era un bien de México —o el

“producto de un robo”, según afirmaban los portavoces de las empresas.

El día en que me llegó el primer telegrama de la Secretaría de Relaciones Exteriores respecto al asunto del *Lundgren,* me hallaba enfermo. Había contraído una pulmonía. Mi colaborador más cercano, el Abate de Mendoza, descifró el telegrama. Y no sé cómo en las condiciones de salud en que me encontraba (tenía cuarenta grados de fiebre), pude consultar la opinión del señor Rolin. Me interesaba saber quién era un abogado belga. Albert Lilar, con el que debería ponerme en contacto para exponerle los antecedentes de la expropiación efectuada en México, pues las compañías que

intervinieron en la adquisición *y* el transporte de nuestro petróleo lo habían escogido como defensor ante el Tribunal de Amberes. Rolin me proporcionó los mejores informes sobre su competencia.

Llamé a Lilar por teléfono, explicándole por qué no podría ir desde Juego a Amberes. Él se trasladó inmediatamente a Bruselas. Me ofreció, así, la oportunidad de informarle de viva voz, desde mi lecho de enfermo, acerca de los motivos legítimos de la actitud adoptada por el presidente Cárdenas. Le hice entrega, además, de todos los documentos que, a mi juicio, lograrían ayudarle en nuestra defensa. En cuanto sané, fui varias veces a Amberes. Me di cuenta, semana a semana, de la habilidad con que estaba tratando Lilar el caso. Y cuando, en febrero de 1939, falló el tribunal, creo que él y Rolin se alegraron de nuestro éxito tanto como yo.

Habíamos tomado medidas para que ese éxito alcanzara la resonancia que merecía. Se hallaba en Europa, entonces, un joven internacionalista mexicano de patriótica integridad: Alfonso García Robles. Lo invité a Bruselas. Y, de acuerdo conmigo, Rolin organizó una conferencia en el Palacio de Bellas Artes. Así, en marzo, pocos días después del fallo del tribunal de Amberes, García Robles, ante un público muy significativo (invité a los diplomáticos a quienes más podía interesar el tema), leyó una inteligente disertación sobre “la cuestión del petróleo en México y el derecho internacional”.

De las palabras que pronunció Rolin, para presentar a nuestro compatriota, recojo aquí los siguientes párrafos: “En los días inestables en que vivimos —dijo— esos principios (los del

respeto al *jure imperii*) han sido abiertamente desconocidos, como ocurrió en los asuntos concernientes a la guerra civil española. Añadida a las que pronunciaron ya otros tribunales holandeses sobre la misma cuestión del petróleo mexicano —en la cual México tiene a su favor no sólo el derecho internacional positivo y racional, sino también la moral internacional

—, la decisión del Tribunal de Amberes constituye un saludable recordatorio de los tradicionales principios jurídicos”.

Agradecí a Rolin su presentación y felicité a García Robles por su conferencia. Ese estudio fue publicado en París, en 1939, después de que el Tribunal de El Havre rechazó también la demanda de “El Águila”.

El juicio de Amberes me mantuvo en estrecho contacto, por espacio de varios meses, con Bassols y Padilla Nervo. Con el segundo, jefe de nuestra legación en La Haya, hablé por teléfono en varias ocasiones. El primero, ministro en Francia, fue a Bruselas para charlar conmigo. No recuerdo exactamente la fecha de su visita; pero no debió ser durante el invierno, pues paseamos por Brujas bajo un cielo casi primaveral. Tras de hablar largamente acerca del litigio petrolero (que no había concluido aún en El Havre), lo invité a conocer algunos cuadros de Memling: los que conserva el museo del Hospital de San Juan. En el automóvil, de regreso a Bruselas, recordamos los días lejanos de nuestro paso por la Escuela Nacional de Jurisprudencia, así como el Código Sanitario que elaboró él para el departamento de Salubridad, cuando era yo secretario particular del doctor Gastélum.

No sólo traté en Bruselas a políticos y a juristas. Volví a saludar a algunos de los amigos que hice, en esa ciudad, durante mi breve excursión de 1931: los compañeros de *La Lanterne Sourde. Le Journal des Poètes* me ofreció la hospitalidad de sus páginas. Étienne Vauthier me invitó a una representación de *La verdad sospechosa,* traducida por él al francés. Patrocinó el acto la revista *Latomus,* así llamada para rendir homenaje al gran latinista belga del Renacimiento: Bartolomé Latomus. La comedia de Juan Ruiz de Alarcón fue muy bien interpretada por *Le Jeune Théâtre* de la Universidad Libre de Bruselas.

Otro de mis amigos belgas sigue siendo el poeta Edmond Vandercammen. Había publicado recientemente uno de sus mejores libros: *Tu marches dans ma nuit.* Y pensó, con razón, que me agradaría leerlo. Años más tarde, Vandercammen traduciría algunos poemas de *Fronteras.*

Entre las versiones francesas de mi obra, editadas por Gallimard, son las que más me convencen —junto con la magnífica que realizó Supervielle al recrear *Civilización.*

Por coincidencia, para mí muy grata, dos de los amigos que me acompañaron durante el viaje hecho a Bruselas en 1931, desempeñaban cargos diplomáticos en Bélgica: Ventura García Calderón, como ministro del Perú, y Mariano Brull, como encargado de negocios de Cuba. Ventura apreciaba mucho el talento de Spaak. Con frecuencia, cenaban juntos. Una o dos

veces, participé en sus reuniones.

García Calderón me presentó a un sabio belga, tan hospitalario como dichoso: Jacques Errera. Hombre de mundo (y no entelequia de laboratorio exclusivamente), Errera vivía, con su señora, en una casa de la Plaza Real. La residencia era ya famosa, no sólo por la nobleza del edificio y la suntuosidad de sus salas, sino por las recepciones que ofrecían los dueños a muchos célebres escritores. Allí encontré a Paul Valéry, en abril de 1938.

Tras del coctel organizado en su honor por los Errera, acompañé al autor de *Charmes* al recinto en que iba a dar esa noche una conferencia. Al entrar, alguien se acercó a Valéry.

Charlaron ambos en voz muy baja y vi palidecer al maestro rápidamente. Dominada ya su emoción, subió al estrado —e improvisó con magnífica limpidez. Cuando se extinguieron los aplausos, me aproximé a decirle cuánto me había gustado su plática. Me miró con escepticismo y me preguntó: “¿No estuve en verdad muy mal?” Insistí en mis elogios.

Entonces, me confesó: “Temí no poder hablar, pues acababan de darme la más triste de las noticias. Julio murió”… Julio era hermano suyo. Sabiendo el afecto que le tenía, me pasmó el estoicismo del escritor. No en vano dijo en *El Cementerio Marino:* J’attends l’écho de ma grandeur interne,

amère, sombre et sonore citerne,

sonnant dans l’âme un creux toujours futur!

Mariano Brull conocía, mejor que yo, a Valéry. Le conté lo ocurrido y conversamos sobre la obra del gran poeta francés. Brull vivía en Bruselas con su mujer, Adelita, y con sus tres hijas solteras, dulces e inteligentes. Nos veíamos a menudo. En ocasiones, con discreción pudorosa, me leía alguno de sus poemas. No era Mariano un entusiasta de las escandalosas

“vanguardias” líricas. Le atraía lo moderno, pero tenía buen cuidado de no traicionar jamás el sentido sutil de su vocación. Recuerdo dos versos suyos, publicados muchos años antes de nuestro encuentro en Bruselas: *Vengo de Mundodolido* / *y en Verdehalago me estoy…* Tales versos revelaban la sinceridad de su alma, siempre fiel a la nativa melancolía y siempre dispuesta a la sonrisa eventual.

Solos, o con los Brull, visitamos algunas ciudades de Bélgica: Amberes, Brujas, Gante, Lieja, Lovaina, Malinas y Tournai. Aunque la más hechizante es Brujas (como, en español, su nombre mismo lo indica), todas las otras tienen su propio encanto, obra a la vez del tiempo, del arte, del clima y —¿por qué no reconocerlo?— de la bondad laboriosa del pueblo belga.

Entre Alemania, Francia y Holanda (el Luxemburgo, más que frontera, es para Bélgica una caricia geográfica), el país de Maeterlinck y Verharen vivía, espiritualmente, cerca de Francia.

Desde el punto de vista político, el gobierno tomaba muy en cuenta la vecindad de Holanda —

y era lógico que así fuese. Pero, en el fondo, el belga resulta distinto del holandés. En la arquitectura y en la pintura, se advierten simpatías y diferencias, muy peculiares. Entre los grandes pintores flamencos del siglo XV, Van Eyck, Van der Weyden y Memling anunciaban sin

duda un mundo que no coincide con el que representaron, más tarde otros clásicos: los maestros holandeses del XVII. Pienso, al decirlo, en las mejores telas de Rembrandt. En arquitectura, me sorprendió una mezcla de influencias predominantemente francesas y, en ocasiones, renanas. El coro de la Catedral de Tournai recuerda al de Amiens, en tanto que, en Lieja, San Juan delata huellas de obras ya vistas cerca del Rin.

Sobre las ciudades y los pintores de Bélgica escribí varias notas que envié a *La Prensa* de Buenos Aires. Sólo he rescatado de ellas algunas páginas, incluidas en el volumen de *Obras escogidas* que publiqué en 1961: las consagradas al sortilegio de Brujas y a Memling, su patrono artístico más feliz.

Volví a Bélgica en junio de 1973. Desde hacía treinta y tres años no había ido a Brujas, Gante y Amberes. Es cierto, como director general de la UNESCO, estuve en Bruselas en tres ocasiones: una de ellas para recibir el grado honorario que la Universidad Libre me confirió, y —en otras circunstancias— a fin de participar en actos que interesaban a los intelectuales de Bélgica. Pero en aquellas visitas, todas muy cortas, los discursos oídos —o pronunciados—

no me dejaron tiempo para asomarme, con el debido detenimiento, a la gloria de la Grand'Place.

Torres, canales y cisnes forman el marco ideal de Brujas. Se ha hablado mucho de *Brujas-la-Muerta,* título de una novela de Rodenbach. Pero Brujas se empeña en vivir. Ha olvidado que sus cisnes son símbolo de un castigo. En efecto, cuando la ciudad se insubordinó —en 1488— contra el magistrado Lanchals y un grupo rebelde lo asesinó, Maximiliano de Austria dispuso que los habitantes poblaran de cisnes blancos la red silenciosa de sus canales, pues cisnes blancos ornamentaban el escudo de los Lanchals. Nadie recordaba, en 1938, los tumultos del siglo XV. Los encajes continuaban siendo trofeos en las manos de las mujeres de Brujas. Hoy, más que el lujo de esos encajes, interesa a la economía de la ciudad de Pourbus el desarrollo de sus talleres metalúrgicos. A los famosos "puntos de hada", que atraían tanto a

mi esposa, hay que añadir ahora la rápida producción de aparatos de radio y de televisores.

Recuerdo todavía la emoción que me causaron, en la iglesia de Nuestra Señora, donde los religiosos guardan con justo orgullo una Virgen de Miguel Ángel, enviada a Brujas en 1506, los magníficos mausoleos de Carlos el Temerario y de su hija María de Borgoña, primera esposa de Maximiliano de Austria. El de María fue encargado, por Felipe el Hermoso, a Pierre de Beckère. En el del Temerario —erigido durante el reinado de Felipe II— descansan los restos del gran batallador muerto en Nancy durante el sitio de 1477. Su cadáver había sido trasladado a Brujas en 1550, por orden de Carlos V.

De paso a Amberes, solíamos detenernos en Malinas. Nos sedujeron la plaza, el mercado, el Palacio de Justicia y, sobre todo, la Catedral. Cierta noche, escuchamos a los maestros que tejen desde su torre —como las artistas de Brujas—, con las cuarenta y nueve campanas del carillón, un musical encaje que es recompensa y perdón del tiempo.

Durante los años que viví en Bélgica, pocos visitaban —al pasar por Amberes— la casa

de Rubens. No era entonces propiedad pública. Después de un largo proceso de expropiación, las autoridades —con el apoyo del senador Camile Huysmans— pudieron dedicarse a restaurarla. Concluyeron las obras en 1946. La vi hace pocos meses. Pero, en 1938, hube de limitarme a admirar las telas del maestro en el Museo de Bellas Artes y a contemplar, en la Catedral, su *Elevación de la Cruz,* pintada en 1610, a su regreso de Italia; su *Descendimiento,* concluido en 1612, y su *Asunción,* que —según creo— fue hecha en 1619.

Todo, en esas obras, nos habla de un mundo que —bajo el cielo de Amberes, a menudo lluvioso— parece exótico por mediterráneo, sensual y decorativo. Mayor emoción sentí frente al retablo de la iglesia de San Jacobo, donde Rubens —casi al término de su vida—

representó a la Virgen con el Niño, San Jerónimo, San Jorge y Santa Magdalena. El hombre que tanto había trabajado en el lujoso taller del palacio que construyera en 1615 y en cuyas salas recibió a personajes como la archiduquesa Isabel, la reina María de Médicis y el duque de Buckingham, el diplomático que cumplió con habilidad —en España y en Inglaterra— las misiones que le encomendaron los archiduques, experimentó sin duda, al deshojarse su madurez, una melancolía que sus pinturas no delatan nunca del todo. En la capilla de la iglesia de San Jacobo, la lápida de Rubens ostenta, además del nobiliario cuerno de caza, la flor de lis francesa, el leopardo británico y las rosas de España… Existencia de triunfador la de ese artista robusto y afortunado. Sin embargo, frente a su tumba, comprobamos —con intensidad singular— cuánta muerte lleva la vida hasta en su intrépido afán de gloria.

Para Bélgica, Amberes era el comercio, Brujas el sueño y Gante la meditación en la soledad. El viajero recuerda allí el desdén con que Carlos V (jugando con las palabras *Gand* y *gant*) dijo esta frase, al pasar por París: “Je mets Paris dans mon gant…” Sea o no cierta la anécdota, han cambiado mucho las cosas desde aquel día. En 1938, Gante no tenía más habitantes que un barrio parisiense; pero perduraban el castillo de los Condes, la iglesia de San Miguel, las torres de San Nicolás y, en primer término, la Catedral de Saint Bavon, con su cripta inmensa, su campanario —reconstruido— y el incomparable políptico de los hermanos Van Eyck.

El *Cordero místico* es una de las cumbres en la historia de la pintura. Obra de Huberto y de Juan Van Eyck (si de veras existió Huberto, de cuya vida dudan no pocos críticos), el políptico fue inaugurado el 6 de junio de 1432 por Joos Vydt, señor de Pamèle. En realidad, describirlo no expresaría en manera alguna todo el mundo pictórico que inventaron los hermanos Van Eyck. Y vuelvo a emplear el plural, porque no he olvidado la cuarteta que repetían los vecinos de Gante y que podría traducirse con estas palabras: “Dos pintores, los más grandes en la memoria del hombre, empezaron y terminaron esta obra, por encargo de Joos Vydt. Admiremos lo que realizaron para vosotros”.

Si la intervención de Huberto fue legendaria, hay que otorgar a Juan la calidad de uno de los más grandes maestros de la pintura. Maestro en el retrato (los donadores viven frente a nosotros, con devota y patética discreción), Van Eyck fue asimismo un maestro en las imágenes

religiosas. Su Ángel de la Anunciación es todo aurora y promesa tácita. Su Adán, reflexivo y triste, y su Eva, dócil y melancólica, atestiguan una comprensión filosófica de lo que ha sido y será el destino humano: nacer, gozar y sufrir para perecer…

De nuestros paseos por las ciudades belgas, regresaba yo siempre a Bruselas con renovada fe en el país que nos había acogido tan cordialmente. Sabía unir a las bellezas de su pasado una actividad peculiar, tan perseverante como prudente. En las calles y en los campos, nadie parecía nunca estar de prisa. Pero todos trabajaban a un ritmo idéntico, en las fábricas y en los surcos. Pacientes cultivadores, lograban cosechas pródigas. Obreros bien preparados, habían hecho de su país un centro industrial de prestigio reconocido. Importaban materias primas y exportaban productos manufacturados, capaces de competir con los de muchas naciones de Europa. Si alguna comunidad podía jactarse de vivir de su trabajo, ésa era la de los belgas.

Sin embargo, no se jactaban de ello. Sin arrogancia y sin amargura, cumplían con su deber.

Campo de batalla obligado de tantas guerras, la nación no ignoraba lo que cuesta la independencia. Y comprendía que la independencia sólo se afirma con el trabajo. Conocía la estrechez de su territorio, la escasez de sus elementos, y —sin dar la impresión de apresurarse

— llegaba siempre a la hora, pues media con precisión el valor del tiempo. Sobre un girón de treinta mil quinientos siete kilómetros cuadrados (sesenta y ocho menos que el del Estado de Guanajuato), sostenía ya una economía capaz de permitir, en promedio, un elevado ingreso anual para cada habitante.

En Bruselas teníamos muchos amigos. Los bruselenses saben recibir a los extranjeros con

“bonhomie”. Y confieso que me agradaban más sus invitaciones que las de algunos diplomáticos, siempre un poco acartonados por el almidón presuntuoso del protocolo. Durante el invierno de 1938 trasladamos nuestra legación a una casa ubicada en la calle Belliard.

Deploramos la ausencia del bosque próximo, que era el mayor atractivo de la avenida Louise; pero mejoró la instalación de nuestras oficinas y pudimos disponer, a partir de entonces, de salas más adecuadas para las recepciones que debíamos ofrecer a los funcionarios del gobierno, a los diplomáticos y, naturalmente, a nuestros amigos.

X. LA POLÍTICA BELGA EN LOS AÑOS PRECURSORES DE LA AGRESIÓN. LAS DEMOCRACIAS FRENTE A LAS DICTADURAS. ESPEJISMOS DE LA NEUTRALIDAD

Viví, en Bruselas, un período de seria tensión internacional. Se presentía una guerra próxima.

El gobierno belga (encabezado por un liberal, el primer ministro Paul-Émile Janson) tenía, entre sus miembros, a dos socialistas: el ministro de Asuntos Extranjeros, Spaak, y el de Finanzas, Henri de Man. El primero demostró en múltiples ocasiones una sutileza política de la que parecía el segundo en gran parte exento. Al frente de la cancillería, aquél tuvo que contemporizar con su partido (el Obrero Belga), con la voluntad impaciente del rey Leopoldo y, también, con los caprichos de los “nacionalistas flamencos” y los “rexistas”.

Para el equilibrio difícil que hubo de mantener, Spaak encontró su mejor apoyo en la

“política de independencia” proclamada por el monarca. Poco a poco, la “independencia” fue convirtiéndose en afán de neutralidad. Italia había agredido a Etiopía. Pero el rey de los Belgas era cuñado del príncipe de Piamonte. Y el gobierno Janson (no sin las críticas de algunos líderes socialistas), acabó por “normalizar” sus relaciones diplomáticas con el de Mussolini. España era, entonces, un campo de batalla internacional. Con Inglaterra y con Francia también, a pesar de las lágrimas de León Blum, Bélgica había observado los principios de “no intervención”, sabiendo que Hitler y Mussolini estaban ayudando cínicamente a la destrucción del sistema republicano. Bélgica retiró de España a su embajador, y se contentó con mantener durante meses a un encargado de negocios, Loridan, hombre inteligente y muy amigo de México. Por lo visto, Spaak no confiaba mucho en la causa de los republicanos españoles. Y no me sorprendió saber que, en abril, Bélgica empezó a discutir la conveniencia de enviar a una misión comercial a Burgos, en la región dominada por el franquismo.

Ese afán de neutralidad se explicaba por un motivo profundo: el temor de sufrir algún zarpazo de Hitler. Pero ¿pensaría Bélgica, acaso, que Hitler —por neutral que fuese el país—

respetaría la “neutralidad” de su territorio?… Cuando Alemania consumó el *Anschluss,* la cancillería belga se abstuvo de exponer la protesta que exigían las circunstancias. Tomó nota, sencillamente, de la comunicación que el barón Von Richtofen, ministro de Alemania en Bruselas, le dirigió acerca de la incorporación de Austria al Reich. Hizo más. Ante la Cámara de Representantes, Spaak pronunció el 16 de marzo de 1938 las palabras que traduzco a continuación y de las cuales debió arrepentirse en 1940, cuando la neutralidad de Bélgica fue violada —como había sido violada la independencia de Austria. “Permitidme que os diga —

manifestó— que la lección que hemos de obtener del problema austriaco no es una lección de política exterior, sino —ante todo— una lección de política interior. ¡Desgracia a los países divididos y desunidos!”

Llegó a tal extremo el error que, pocos días después de la entrada de Adolfo Hitler en Viena, se habló de una “movilización”. Ciertos grupos del ejército belga recibieron órdenes de traslado. Pero no se dirigieron a la frontera con Alemania, como los ingenuos lo suponían, sino a Charleroi… Y es que Bélgica temía que fuese Francia la que tratase de penetrar en su territorio, pues la famosa Línea Maginot protegía sólo a los franceses —hasta el punto en que principiaba su frontera con Bélgica.

Si, en lo exterior, todo implicaba una amenaza posible para el país, la situación política interna no era muy tranquilizadora. He hablado de los *nacionalistas flamencos* y de los *rexistas.* Los primeros insistían en una escisión lingüística que ha llegado a ser la pesadilla de muchos belgas, deseosos de no fragmentar la conciencia de su cultura patria. Fui testigo de la pasión con que los flamencos exigieron el establecimiento de dos Consejos Culturales, encargados de orientar al ministerio de Instrucción Pública en lo concerniente al progreso de las letras, las ciencias y las artes. Por Real Orden del 7 de febrero de 1938, quedaron instituidos ambos Consejos.

Escritores como Richard Dupierreux y Charles Bernard censuraron tal determinación.

Consideraban absurdo llevar a las más elevadas esferas del pensamiento la división idiomática que, por motivos regionalistas, privaba ya en materia administrativa. Por su parte, los *nacionalistas flamencos* no se contentaron con los Consejos establecidos. Además de la Academia Real, obtuvieron que se fundase una “Real Academia Flamenca de Ciencias, Artes y Letras”. Un águila bicéfala decoraba el escudo de los Habsburgo. ¿Tendría Bélgica que sostener, en lo sucesivo, algo menos heráldico y más temible: una enseñanza también bicéfala?

Los *rexistas* (orientados por León Degrelle) iban más lejos que los *nacionalistas flamencos.* En connivencia probable con Hitler, buscaban cualquier pretexto para disentir y envenenaban la menor controversia pública. En Eupen y en Malmédy se produjeron

manifestaciones de regocijo por el sacrificio de Austria. Existían asociaciones que ostentaban nombres germánicos: la *Heimatbund* y el *Heimatreul Front.* Era natural que no pocos se preguntasen; ¿a qué patria *(Heimat)* aludían aquellos belgas? ¿A la suya?… ¿Por qué, entonces, la proclamaban en alemán?

No acababa de calmarse la indignación suscitada por los hechos de Eupen y Malmédy, cuando —en la primera quincena de mayo— cayó el gobierno Janson, como consecuencia de la actitud observada por los miembros del bloque católico de la Cámara de Representantes. El 13, el rey Leopoldo recibió la renuncia del gabinete. Tras de consultar a los presidentes de ambas Cámaras, pidió a Spaak que se encargase de constituir un nuevo gobierno.

Spaak integró su gabinete durante la noche del 14 de mayo, lo presentó al monarca al siguiente día y, el 17, a las Cámaras. El líder socialista Vandervelde trató de condicionar la

adhesión del POB al compromiso de que no se enviara a Burgos a la misión comercial pedida por algunos industriales y comerciantes. Pero —como la “condición” no fue tomada en cuenta

— Spaak obtuvo la aceptación socialista, sin cortapisas.

Instalado en mayo, el gabinete disfrutó de tres meses de relativa quietud: los de junio, julio y agosto. A partir de septiembre, como toda Europa, Bélgica se vio angustiada por las amenazas que Hitler hizo a Checoslovaquia. El nazismo había incrustado en el país de Masaryk y Benes a un agitador muy activo: Konrad Henlein. Berlín lo subvencionaba y el *Führer* lo dirigía. ¿Surgiría una nueva guerra? Henri Rolin indicó a los lectores de *Le Peuple* que no debía sobrestimarse la capacidad de las fortificaciones realizadas en las fronteras de Bélgica. “Por encomiable que haya sido nuestro esfuerzo —declaró honradamente—, se encuentra muy lejos de constituir una seguridad. Nuestro sistema de fortificaciones es incompleto. Nuestra defensa aérea no existe…”

Como Rolin concluía su comentario expresando el voto de que, en caso de conflicto, Bélgica permitiese a las tropas franco-británicas pasar por su territorio, los *rexistas* lo acusaron de “traición”. Y el gobierno se apresuró a comunicar a la prensa que los principios de su política seguirían siendo los de la “independencia”, proclamados por Leopoldo III.

El viaje de Chamberlain a Berchtesgaden y la debilidad sistemática de Daladier justificaban el “realismo” de Spaak. Las cancillerías de Londres y de París acabaron por aconsejar a Checoslovaquia la solución impuesta por el Reich. Sin embargo, Bélgica no podía culpar del todo a Inglaterra y a Francia, sin reconocer que su política de independencia hubiese dificultado singularmente cualquier acción militar de los aliados franco-británicos.

Muchos belgas admitían que, por razones no sólo geográficas, la neutralidad de su país (protección inicial, para Francia, durante la guerra de 1914) estaba sirviendo de escudo, sin que Bélgica lo deseara, a ciertas agresiones del Reich.

Al principiar la tercera decena de septiembre, el fracaso de las conversaciones de Godesberg produjo un pánico colectivo. Francia decretó una movilización parcial. Inglaterra concentró a elementos de su marina de guerra. Bélgica llamó a filas a los reservistas técnicos y procedió a requisar automóviles y camiones. Más de trescientos mil hombres fueron acuartelados. Y el país se puso (hay eufemismos curiosos) en “pie de paz reforzada”.

Lo demás, lo sabemos todos. El 29 de septiembre, Daladier, Chamberlain y Mussolini se reunieron con Hitler en Munich. Checoslovaquia se vería mutilada; pero la paz del resto de Europa se salvaría… hasta la hora que el *Führer* eligiese para una nueva agresión. El fruto más imprevisto de aquella aventura fue el hecho de que las legaciones de Alemania en Bruselas y de Bélgica en Berlín se transformaron en embajadas. Al ministro Von Richtofen sucedería el embajador Von Bulow-Schwante.

Mientras el nuevo embajador hacía su “tournée”, los belgas comenzaron a inquietarse ante un peligro que no habían imaginado: el de perder parte de sus colonias. El señor Pirow, ministro de la Defensa Nacional del África del Sur, visitó inesperadamente al primer ministro

portugués en Lisboa. Un diario británico —el *Daily Herald,* en su edición del 26 de octubre—

indicó que se hablaba ya de un arreglo capaz de devolver a Alemania el Camerún y el Togo.

Esas cesiones serían compensadas con territorios de Angola y, eventualmente, del Congo Belga (?).

A pesar de las circunstancias, no transigía Leopoldo III. El 12 de octubre, el gobierno de Francia inauguró solemnemente la estatua erigida al rey Alberto en el Cours-la-Reine, cerca de la Plaza de la Concordia. El rey aceptó la invitación para ir a París. Pero midió cada paso, cada palabra y cada minuto. Salió de Bruselas por la mañana, permaneció en París exclusivamente las horas indispensables para que pudieran efectuarse los actos previstos en el programa, y, a las seis de la tarde, volvió a Bruselas. El presidente Lebrun pronunció un discurso particularmente efusivo. Leopoldo III contestó de manera cortés, aunque reticente.

“La misión de Bélgica —dijo— debe ser de paz y de mediación… Para cumplirla, el pueblo belga debe afirmar y guardar una independencia completa y respetada, signo de su imparcialidad y prueba de la confianza que desea poder inspirar.” Los franceses entendieron perfectamente el significado de aquellos términos. El monarca que los había subrayado —en ocasión que hubiera debido ser, para él, tan conmovedora— no actuaría jamás como el rey Alberto.

Los errores suelen acumularse. Y Bélgica se resolvió a anular otra tradición. Tras de algunas indecisiones, el gobierno Spaak anunció

el 29 de noviembre que enviaría a un agente comercial a Burgos. Al día siguiente, el embajador de España salió de Bruselas.

Desempeñaba ese cargo un amigo mío, don Mariano Ruiz Funes, quien buscó más tarde refugio en México, donde dejó muchas huellas de su talento, de su eficacia y de su bondad. Fueron amargos, para él, los años que vivió en Bélgica. Conocía muy bien las sutilezas de Spaak y oía, sin optimismo, los alentadores ofrecimientos de Vandervelde, Rolin y De Brouckère. A la larga, triunfaría Spaak. Por eso, el 30 de noviembre, don Mariano desapareció de Bruselas.

Depositó solamente, en el ministerio de Asuntos Extranjeros, una tarjeta suya con las iniciales

"p.p.c." *(pour prendre congé)…* Desde Barcelona, Álvarez del Vayo, en su calidad de ministro de Estado, aclaró las cosas. "Las singulares circunstancias en que el gobierno belga se pronunció en favor del envío de un agente comercial a la zona rebelde —dijo— han obligado al gobierno de la República a llamar a su embajador en Bruselas."

Diciembre llegaría a Bélgica sin mayores escalofríos. Me refiero a los políticos, obviamente, porque el invierno fue muy intenso. Pero Bruselas quería gozar de lo que llaman los belgas "la tregua de los confiteros". Celebramos la llegada del nuevo año al calor de la chimenea y nos dispusimos a examinar qué nuevas penas traería a Europa, en cada una de sus hojas, el calendario de 1939.

La muerte de Vandervelde, ocurrida en diciembre de 1938, cambió mucho la situación de los auténticos socialistas frente al socialismo "especial" de Spaak. Éste, para afianzar su posición ante el POB, hizo un viaje a Ginebra, asistió al Consejo de la SDN y, de la manera más sorpresiva, elogió al gobierno republicano español "por la buena voluntad de que había dado prueba", según lo atestiguaba el informe de la Comisión Militar Internacional en España. El consejero de la embajada española, Gómez Trevijano, quedó en Bruselas como encargado de negocios *ad ínterim.* Con igual calidad,

Loridan regresó a Cataluña. Pero no “dejó de enviarse a Burgos al agente exigido por los católicos. Para ocupar ese puesto, fue nombrado el señor Polain.

Spaak modificó la composición de su gabinete. Y, de pronto, se vio asediado por dificultades que parecían imprevisibles: las que suscitó la designación del doctor Martens como miembro de la Real Academia Flamenca de Medicina. El 21 de enero de 1939 tomarían posesión, junto con Martens, todos los académicos. Apenas comenzaban a circular las invitaciones, cuando diversos grupos de ex combatientes anunciaron una protesta pública.

Martens (que tenía más de veinte años en 1914) permaneció en Bélgica durante la guerra y aceptó una cátedra en la Universidad de Gante en septiembre de 1916. La administración alemana le confió la secretaría de la Facultad de Medicina de esa Universidad. Con tal investidura, asistió a un banquete que varios oficiales germánicos ofrecieron al gobernador Von Bissing.

Después del armisticio, Martens halló refugio en Holanda. Por traición a la patria, los belgas lo condenaron a muerte en 1920. Con los años, los rencores fueron apaciguándose y el

“ejecutado en efigie” pudo volver al país. ¿Cómo satisfacer a la vez al patriotismo de los ex combatientes y a la voluntad de los poderosos flamencos que habían recomendado a Martens?

… Spaak puso a prueba sus dones de prestimano. Martens se abstenía de asistir a la sesión del 21 de enero. Y los ex combatientes, al enterarse de esa abstención, renunciaron a su protesta.

Pero hay problemas que no puede eludir el mago más prodigioso. Diez días después de la sesión académica, el señor Mundeleer (liberal) formuló en la Cámara de Representantes una violenta requisitoria contra el gobierno, por haber admitido —en un organismo oficial— a un

“traidor”, condenado a muerte. Tras de un tempestuoso debate, el gobierno no obtuvo sino una modestísima mayoría: dos votos, en un total de ochenta y ocho contra ochenta y seis. Tres ministros —los liberales— renunciaron a sus carteras. Y, el 10 de febrero, Spaak entregó al rey la dimisión colectiva del gabinete.

Se inició así la crisis. Henri Jaspar trató de formar un nuevo gobierno. No lo logró. Pensó entonces el rey un líder católico, el senador Pierlot. Éste tuvo, aparentemente, mayor fortuna.

El 22 de febrero constituyó su gabinete con tres ministros católicos, tres socialistas y cinco técnicos. Spaak no figuraba ya en el equipo.

La Cámara recibió al gobierno Pierlot con reservas muy explicables. No se había resuelto el asunto Martens y, además, se anunciaba —para contener la inflación— una rebaja

importante de sueldos. Sin esperar el voto definitivo, Pierlot renunció el 27 de febrero; pero aceptó permanecer en funciones hasta que encontrase el monarca cómo substituirlo.

Dentro de ese régimen inestable, ocurrieron hechos que exigían rápida solución. La dimisión del presidente Manuel Azaña, la salida de España de los ministros Negrín y Álvarez del Vayo, el reconocimiento *de jure* del franquista por los gobiernos de la Gran Bretaña y de Francia, obligaron a Pierlot a afrontar la cuestión inmediatamente. El 20 de marzo, dio publicidad a su decisión de reconocer al gobierno de Burgos. Volvería a España Polain, acompañado por Walravens, a quien conocí en México, durante los últimos meses de 1936, como encargado de negocios de Bélgica.

Entre el peligro de no encontrar un gabinete viable y la conveniencia de renovar a los miembros del Parlamento, Leopoldo III optó por disolver a las Cámaras. Las elecciones se efectuarían el 2 de abril y las nuevas Cámaras habrían de reunirse el 13 del mismo mes.

Como resultado de los comicios, tres partidos reforzaron su posición en la Cámara de Representantes: el católico, el liberal y el

nacionalista flamenco. En cambio el POB

(socialista) perdió seis curules y dieciséis el rexista. Casi en igual proporción, quedó definido el equilibrio político dentro del Senado. Para evitar mayores complicaciones, Martens dimitió como miembro de la Academia Flamenca de Medicina. Y Pierlot, que había despachado “los asuntos corrientes” durante toda la crisis, pudo constituir al fin un gabinete en el que figuraban seis católicos, tres liberales y tres técnicos sin partido. La ausencia de los socialistas disminuyó considerablemente las posibilidades de éxito del conjunto. Pero los socialistas (y Spaak, en primer lugar) volverían a participar en el gabinete, como consecuencia del dramático mes de agosto de 1939.

¿Quién ignora lo que aconteció en ese mes —regido, conforme al zodíaco, por dos signos de símbolos antitéticos: el de la Virgen y el del León?… Desde el 23 de mayo, Hitler había alertado a sus técnicos militares. Alemania tendría que apoderarse de Danzig. El “corredor polaco” debería, así, desaparecer. Polonia no cedería como cedieron Austria y Checoslovaquia. Era indispensable disponerse, por consiguiente, a una guerra efectiva —y rápida.

Inglaterra había ofrecido ya, el 31 de marzo, su apoyo a Polonia en la eventualidad de que viera amenazada su independencia. Pero Hitler, que conocía a Chamberlain, no creía mucho en la validez material de semejante promesa. Sin embargo, dudó un instante. Por eso, a última hora, resolvió que la ofensiva contra Polonia —ordenada para el 25 de agosto— no se efectuase.

Lo que interesaba más, en esas semanas, tanto a Alemania como a Francia y, también, a la Gran Bretaña, era saber si Stalin intervendría o no en favor de alguno de los posibles beligerantes. Inglaterra y Francia enviaron negociadores a la URSS, sin resultado práctico alguno. En cambio, el 23 de agosto, Von Ribbentrop firmó —en Moscú— el pacto de no agresión entre el Tercer Reich y la URSS. El precio del pacto sería la entrega a Stalin de una

fracción de Polonia. 1

Mi esposa se encontraba en la Costa Azul. Al enterarme del pacto, comprendí que la guerra europea principiaría a muy corto plazo. Le hablé por teléfono a Saint-Raphaël y lograron —ella y el matrimonio chileno que la acompañaba— volver a Bruselas antes del 31

de agosto. Lo que me contaron acerca de cuanto habían visto en Francia, a lo largo de las carreteras que su automóvil atravesó, me confirmó en mis pronósticos pesimistas. Francia estaba movilizando a sus tropas de mala gana, sin entusiasmo y sin creer que valiese la pena

"morir por el coronel Beck". (Beck era, entonces, el ministro de Asuntos Extranjeros de la República de Polonia)… A pesar del paraguas de Chamberlain, Inglaterra daba la impresión de aceptar el reto con mayor fe. Mientras Mussolini proclamaba que Italia no sería beligerante, la cancillería británica ratificaba su compromiso de ayudar a Polonia, si la invadían.

Como era lógico, Bélgica trató de asegurar, una vez más, su política de independencia.

Desde 1937, Francia, la Gran Bretaña y el Tercer Reich le habían ofrecido respetar la inviolabilidad y la integridad de su territorio, salvo en el caso de que participara en una acción militar contra esas naciones. Pierlot sintió la urgencia de confirmar tal ofrecimiento. Y

Alemania, el 26 de agosto, reiteró su declaración de 1937. Igual cosa hicieron la Gran Bretaña el 27 y Francia el 28 del mismo mes.

Resultaban particularmente oportunas —en apariencia— tales reiteraciones. El conflicto, en efecto, parecía ya inevitable. Alentado por el pacto suscrito en Moscú, Hitler había tomado su última decisión. Las pláticas intentadas no tuvieron éxito en Inglaterra. No obstante, comprendía muy bien que la ayuda bélica inglesa tardaría en manifestarse. Era urgente, a su juicio, una carrera contra el reloj. Inventó un odioso ardid: estaciones "polacas" transmitirían mensajes hostiles para Alemania. Y el ataque a Polonia, detenido el 25 de agosto, se produjo el 1º de septiembre a las 4:45 de la mañana.

Me figuro que ese día, según ocurrió en nuestra legación, todas las misiones diplomáticas y muchos hogares de Bélgica estuvieron pendientes de la difusión radiofónica del discurso de Hitler. Invité a mis colaboradores a que lo escucharan con nosotros. Oímos una voz estridente, dura, metálica, que por momentos remedaba un bestial rugido. Era la voz del *Führer.*

Anunciaba a su pueblo la invasión de Polonia y decía, entre otras fórmulas arrogantes: “Hay una palabra que siempre he ignorado. Esa palabra es capitulación”.

¿Qué harían Francia y la Gran Bretaña? La primera quería a todo trance salvar la efigie clásica de sí misma, pero —en lo posible— eludiendo el desastre próximo. La segunda no la dejó prolongar semejante vacilación. El 3 de septiembre, Nevile Henderson pidió una audiencia a Von Ribbentrop y señaló que la deseaba para las nueve de la mañana. El ministro

alemán se excusó. Recibiría al embajador de Inglaterra el intérprete personal de Hitler, Paul Schmidt. El ultimátum británico era muy claro. Si, a las once de ese mismo día, no obtenía seguridades formales acerca del retiro de las tropas alemanas que habían invadido a Polonia, Inglaterra se consideraría en estado de guerra con el Reich.

Francia siguió a su aliada. El embajador Coulondre se presentó en la Wilhelmstrasse tres horas después que Henderson. Su ultimátum era menos perentorio que el del inglés. En primer lugar, fijaba la fecha del 4 de septiembre (y no la del mismo día) para el retiro de las tropas germánicas. Y, no deseando usar el término “guerra”, el ministro de Asuntos Extranjeros —

Bonnet— encontró un circunloquio: Francia se vería “en la obligación de cumplir con los compromisos… que conocía el gobierno alemán”.

Pierlot reorganizó su gabinete. Spaak —insustituible ya— volvió a despachar en el ministerio de Asuntos Extranjeros. Se adoptaron

algunas medidas para proteger a la población. Tuvimos que aceptar máscaras contra los gases asfixiantes; nos resignamos a que careciesen de luz, plazas, avenidas y calles; ordenamos a la servidumbre correr las cortinas a las seis de la tarde, para que no se viese alumbrada la legación; acumulamos arena en los sótanos, por si se producía algún incendio, y abarrotamos las bodegas con víveres y otros artículos de primera necesidad.

Ocupado en vencer a Polonia, Hitler aplazó la invasión de Francia. Y Francia (que esperó hasta el 7 de septiembre para franquear la frontera alemana, cerca de los Vosgos) maniobró demasiado tarde. Polonia se hallaba a punto de ser vencida. El 12 de septiembre, cesó la ofensiva francesa. El 30, regresaron las tropas a su país. Comenzaba la “drôle de guerre”, más deprimente para el orgullo francés que cualquier derrota. ¿Por qué había sido declarada la guerra? ¿Qué ayuda real pudo darse a Polonia? ¿Qué esperaba, para actuar, el Estado Mayor?

…

Mientras me hacía yo —como tantos otros— esas preguntas, recibí un extraño aviso de nuestra cancillería. La delegación fiscal (establecida, hasta entonces, en Francia) iba a ser trasladada a Bélgica. Semejante noticia me sorprendió. ¿No habrían leído los jefes de la Secretaría de Relaciones mis oficios? ¿Cómo podían suponer las autoridades mexicanas que la delegación fiscal estaría más protegida en Bruselas? ¿Creerían, acaso, lo que afirmaban el rey Leopoldo y Spaak acerca de las garantías internacionales que aseguraban la integridad de Bélgica?… Pero las instrucciones eran terminantes. Por otra parte, el gobierno belga debería ya conocerlas, pues nada es secreto en tiempos de guerra, ni los cables cifrados con más pericia. De conformidad con las órdenes, fui a las oficinas de Spaak. Le comuniqué la decisión adoptada por México. Con moderada malicia, sonrió el ministro. Y, muy amablemente, llamó al señor Costermans para autorizarlo a inscribir a los miembros de nuestra delegación fiscal en las listas de los funcionarios extranjeros residentes en Bélgica.

El 22 de septiembre, llegaron a Bruselas el jefe de la delegación, Agustín Alva Cejudo, el contador Leopoldo Urrea y los oficiales Alfonso Salazar, Ricardo Colmenero, Renato Leduc,

Ramón Loyola y Valentín Estrabau. Renato era un viejo amigo. Tenía siempre el poema oportuno, la frase afortunada, el chiste a flor de labio. Me dio alegría volver a verlo.

Al enterarse del traslado en masa de un grupo tan importante de funcionarios, algunos de mis colegas —menos discretos que Spaak — me preguntaron si México estaba convencido de que los alemanes no entrarían en Bruselas antes de tomar París. Les contesté que México tenía fe en el porvenir de Bélgica. Y comprendieron que no podía ni debía decirles más.

Como continuaba la guerra sin lucha, fui, en un fin de semana, a París. Quería ver lo que sucedía. Pocos teatros, pero muchos cinematógrafos estaban abiertos. Los restaurantes habían disminuido la amplitud de sus listas, aunque no siempre la calidad de sus platos. Se caminaba, en la sombra absoluta, a través de la noche; pero las "falenas" continuaban "haciendo el *trottoir".* Los periódicos publicaban los comunicados que redactaba Jean Giraudoux. Muchos de ellos comenzaban con las palabras tradicionales: *Quelque part en France…* ¿Para qué ese misterio? El pueblo pensaba que la guerra no llegaría a efectuarse nunca. Se decía que Hitler, tras de vencer a Polonia, ofrecería la paz a Francia y, también, a la Gran Bretaña. ¿No sería mejor olvidar por completo a Polonia —como habían sido olvidadas Austria y Checoslovaquia— y prepararse a celebrar la próxima Navidad?

Bélgica volvió los ojos a los Estados Unidos. Tal vez no creía ya en Francia y en Inglaterra. Pero quería confiar en Roosevelt. De ahí la publicidad que se dio en Bruselas, el 27 de octubre, al discurso del rey Leopoldo, transmitido por radio desde el Forum del *New York Herald Tribune.* En ese discurso, precisó el monarca la independencia de la política belga y reiteró su neutralidad. "Si fuésemos atacados —dijo— combatiríamos sin vacilaciones, con

medios decuplicados, y, esta vez también, el país entero daría su apoyo al ejército.”

Noviembre pareció abrir un estrecho postigo a los que deseaban fervientemente la paz.

Leopoldo III se trasladó en automóvil a Holanda el lunes 6 por la tarde, a fin de entrevistarse con la reina Guillermina. Lo acompañaron Spaak y el teniente general Van Overstraeten.

Pasaron los tres la noche en La Haya y conferenciaron con la reina, con el presidente del Consejo y con Van Kleffens, ministro de Asuntos Extranjeros. El 7 se enteró el mundo de lo que habían resuelto los soberanos: dirigirse a los jefes de Estado de Alemania, Francia y la Gran Bretaña, ofreciéndoles sus servicios para lograr un arreglo.

El primero en contestarles fue el presidente de Francia. En su nota, el señor Lebrun recordaba cuántos sacrificios había hecho ya su país para preservar la paz. A su juicio, “toda solución que consagrase el triunfo de la injusticia, produciría solamente una tregua. No era a Francia, sino a Alemania, a la que correspondía el deber de pronunciarse en favor o en contra de la paz”. En un texto más amplio, expresó su respuesta el rey de la Gran Bretaña. Tras de consultar a los gobiernos de Australia, Canadá, Nueva Zelandia y la Unión Sudafricana, Jorge VI hacía observar a los soberanos de Holanda y Bélgica que “las condiciones esenciales para asegurar una paz honrosa habían sido ya expuestas con precisión” y que, “en caso de que se

encontraran ambos jefes de Estado en aptitud de comunicarle proposiciones alemanas que, por su índole, ofrecieran realmente posibilidades de alcanzar el propósito descrito, sus gobiernos les consagrarían el más atento examen”.

El último en responder fue Hitler. Y él no se dignó suscribir una nota. El embajador de Bélgica y el ministro de Holanda fueron convocados en la Wilhelmstrasse y se les dijo que,

“en vista de la forma en que Inglaterra y Francia habían rechazado la gestión de paz del rey de los belgas y de la reina de los Países Bajos, el gobierno alemán consideraba igualmente tal proposición como rechazada”. Esas palabras fueron reproducidas por los diarios de Bélgica el 16 de noviembre. El embajador Von Bulow no las rectificó.

El mismo día en que el rey Leopoldo volvió de Holanda, falleció en Bruselas un gran patriota, el burgomaestre Adolfo Max. Alcalde de su ciudad natal durante casi treinta años, el señor Max demostró, en 1914, las más altas virtudes cívicas. Llamó la atención de los belgas (y de no pocos diplomáticos extranjeros) el hecho de que no asistiera personalmente el monarca a los funerales de Max, efectuados con toda pompa el jueves 9 de noviembre. Para sustituir al desaparecido, fue designado el señor Van de Meulebroeck.

Diciembre fue un mes de quejas platónicas y de conciliábulos misteriosos. Las quejas obedecían al bloqueo establecido por los aliados y al hundimiento de dos navíos belgas (el *Suzon* y el *Alex Van Opstael*), víctimas de los submarinos teutones. Los conciliábulos eran el resultado de una alarma que las autoridades trataron en vano de silenciar. Se decía que, desde el 12 de octubre, Hitler proyectaba lanzar su gran ofensiva de invierno, pero que las lluvias lo habían inducido a diferirla.

El 10 de enero de 1940 —en Mechelen, cerca del Mosa— algunos soldados belgas descansaban al calor de unos leños bien encendidos. De pronto, vieron que se desplomaba un avión. Corrieron hacia el lugar del que brotaban súbitas llamas. Encontraron a dos oficiales del Reich. Uno de ellos había principiado a quemar ciertos documentos. Los alemanes fueron conducidos a la caseta del mando belga. Allí también Reinberger (el que estaba quemando los documentos) se esforzó por destruir los papeles que, en parte, el capitán belga salvó del fuego.

Según muchos lo aseguraban, Van Overstraeten había enviado al general Gamelin, jefe del Estado Mayor francés, un resumen de las

hojas que no consiguió incendiar Reinberger. Tal síntesis delataba un plan de invasión a través de Bélgica.

Pasamos meses de incertidumbre, asistiendo a la declinación paulatina de la economía del país, trasladando nuestras inútiles máscaras por doquiera y deplorando las tinieblas —morales y materiales— que inevitablemente nos circuían. El incidente más serio de aquel período fue el registrado, el 2 de marzo, en las inmediaciones de Saint-Hubert. Un avión militar alemán fue avistado por elementos de la defensa aérea. Tres aviones belgas lo siguieron con la sola intención de señalar al piloto que se hallaba volando sobre un territorio neutral. Pero el aparato del Reich, sin atender la advertencia, inició bruscamente el ataque. Dos aviones de la defensa belga se vieron obligados a aterrizar. El tercero fue abatido. El oficial Henrard, que lo

guiaba, resultó muerto.

Protestó Spaak. Y el gobierno belga recibió las explicaciones y las excusas del embajador Von Bulow-Schwante. Según él, el aviador alemán creyó estar combatiendo con pilotos ingleses. El Reich ofreció reiterar sin demora las instrucciones que prohibían el vuelo de sus escuadrillas sobre el territorio de los países neutrales. Alemania agregó que estaba dispuesta a examinar toda solicitud de compensación que el gobierno belga le presentara.

Más todavía que las sombras del avión abatido y del oficial muerto, inquietaban a Bélgica las medidas adoptadas por Hitler en Noruega y en Dinamarca. Desde la primera decena de abril (con pretexto de las minas colocadas por los aliados en aguas territoriales de Noruega), el Reich ocupó Dinamarca e invadió los más importantes puertos noruegos. La alarma resultó en esa ocasión tan profunda que los alumnos de la Universidad Libre de Bruselas decidieron organizar una manifestación proaliada. Como la embajada de Alemania se hallaba instalada a tres cuadras de la casa en la que vivíamos, pude darme cuenta de la forma en que la policía bruselense contuvo a los jóvenes. La prensa se encargó de señalar a la opinión pública la diferencia que procedía establecer entre

países prácticamente inermes, como Dinamarca, y una nación orgullosa de sus tropas, según podía ya estarlo Bélgica, que había puesto en pie de guerra a seiscientos mil hombres.

Muchos de los residentes en Bruselas tenían la impresión de haberse instalado, en mitad de la guerra, como simples espectadores de la desgracia de sus vecinos. No participaba yo de esa vana euforia. Y los acontecimientos, muy pronto, vinieron a darme la razón.

XI. MAYO DE 1940. BÉLGICA INVADIDA. BOMBARDEO DE BRUSELAS. TRASLADO A OSTENDE. EN CAMINO HACIA FRANCIA. TREGUA EN PARÍS. SALIDA A SAN JUAN DE LUZ. VIAJE A MARSELLA. DE MARSELLA A LISBOA. CÓMO REGRESÉ A MÉXICO

Nunca había yo visto, en Bruselas, un mes de mayo más diáfano y más brillante. El cielo anunciaba una espléndida primavera. La vida social se había atenuado, pero no interrumpido.

Embajadores y ministros continuaban efectuando sus recepciones. Quise ofrecer un almuerzo al señor Spaak, que tan cordial y amistoso se mostró siempre. Fijó él una fecha próxima: el 16 de mayo.

El jueves 9, mi esposa y yo fuimos a una legación latinoamericana. Sería condecorado, allí, el nuevo burgomaestre de Bruselas, señor Van de Meulebroeck. Citados a las siete de la tarde, asistimos al acto, oímos los inevitables discursos y tomamos una copa de champaña en honor del burgomaestre. Pero el señor Van de Meulebroeck no era todavía un experto en cuestiones de protocolo, o se hallaba en verdad tan alegre que no daba traza de despedirse.

Con ostensible frecuencia, muchos de los asistentes empezaron a ver sus relojes.

Pasadas las diez y media, desapareció el burgomaestre. No tardamos en imitarlo. Y

llegamos a la calle Belliard un poco después de las once. No quisimos cenar. Mi mujer se puso a hojear una revista. Yo fui a buscar en la biblioteca un volumen de Saint-Exupéry. Meses antes, el escritor había pasado por Bruselas y charló con nosotros en casa de la señora Destrée, viuda del célebre político belga que participó en los trabajos de la Comisión de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones. Releí un capítulo de *Terre des Hommes:* aquel en que relata Saint-Exupéry su experiencia en la soledad del desierto. Subrayé, en el texto, dos frases que parecían un vaticinio: “Aquí, no hay perdón para los errores. Nos encontramos a la discreción de Dios”.

Subí a acostarme. En la madrugada —serían las cinco y veinte— nos despertó un estrépito formidable. No pudo sorprenderme el comentario de mi mujer: “¡Ya sucedió!”… Por espacio de más de ocho meses, habíamos vivido en la certidumbre de que alguna tremenda aventura nos aguardaba. Para indagar qué había ocurrido con el Abate de Mendoza (alojado en la legación) y con los sirvientes, subimos —en bata— por la escalera que comunicaba a los pisos altos. A medio camino, tropezamos con el Abate. “Principió el bombardeo” nos dijo tranquilamente, como si nos diera los “buenos días”.

En lugar de bajar al sótano (según lo recomendaban las instrucciones para seguridad de los

bruselenses), continuamos nuestra ascensión. No lo hacíamos, ciertamente, por heroísmo. El edificio era viejo, y el sótano no ofrecía un refugio sólido. A morir aplastados por los escombros, era preferible —después de todo— morir de pie.

Desde la azotea, contemplamos un espectáculo extraordinario. Estaba amaneciendo. En el cielo, de ópalo verde, silbaban múltiples bombas. Eran las que los aviadores alemanes lanzaban contra los sitios estratégicos de Bruselas. Las estaciones de ferrocarril, y de autobuses, figuraban entre sus objetivos más importantes. Una de ellas no se hallaba muy lejos de nuestra residencia. Proximidad relativa, pero riesgosa, ya que uno de los primeros edificios afectados por el bombardeo fue una casa de departamentos ubicada en la calle Belliard, casi a igual distancia de la legación de México que de la embajada de Alemania. Un ligerísimo error de quien arrojó aquella bomba hubiera podido acabar con la vida del embajador Von Bulow-Schwante —o con las nuestras.

Cuando concluyó ese bombardeo, regresamos a nuestras habitaciones. Desayunamos. Me vestí y me dirigí al ministerio de Asuntos Extranjeros. Iba a expresar al señor Spaak la simpatía de nuestro país en momentos tan dolorosos para su patria…

Me atendió su jefe de gabinete. Por la palidez de su rostro, comprendí que había dormido menos que yo. “El señor Spaak —me dijo— pasó toda la noche en conferencia con los ministros de Justicia y de la Defensa Nacional.” A las ocho y media de esa mañana, había ido a entregarle una nota Von Bulow-Schwante. Antes de oírle, Spaak le leyó la suya: un enérgico texto en el cual, tras de protestar por el ataque alemán sin previa declaración de guerra, recordaba que el gobierno del Reich había reiterado, el 26 de agosto de 1939, la solemne determinación de respetar la inviolabilidad y la integridad de Bélgica. “Este nuevo atentado

—agregaba Spaak— herirá violentamente a la conciencia universal. El Reich será responsable ante la historia de los sufrimientos que su ataque va a infligir al pueblo belga. Bélgica no ha aceptado jamás la servidumbre. Resistirá valerosamente a la prueba que le ha sido impuesta.

El ejército belga defenderá el territorio nacional con todas sus fuerzas y con la ayuda de los garantes fieles a sus promesas.”

Hubiera sido impertinente insistir en ver, ese día, a Spaak. Rogué a mi interlocutor que transmitiese al ministro las expresiones de nuestra simpatía, y le pedí que me hiciera saber si mantenía su ofrecimiento de almorzar en la legación el 16 de mayo. A esto, me contestó el jefe de gabinete: “Por supuesto. Tengo instrucciones de no alterar en nada el programa de compromisos aprobado por el señor Spaak”… Aquella seguridad me asombró. ¿Sería tan firme la resistencia del ejército belga? ¿O se hallaba al contrario, el gobierno en trance de tal manera difícil que intentaba tranquilizar a los diplomáticos?

Regresé a mi despacho para informar a México. Oímos, a distintas horas del día, múltiples explosiones. Iban y venían las ambulancias. Vibraban frecuentemente las sirenas de alarma. Se habían abierto las carreteras a los regimientos franceses e ingleses que acudían en auxilio de Bélgica y, también, de Holanda. Los belgas recibieron a las tropas aliadas con vítores y con

flores. El mito de la “neutralidad” había caído por tierra. Y, a pesar de los incendios producidos por el ataque alemán, los bruselenses —serios y estoicos— proseguían sus trabajos acostumbrados.

El domingo 12, recibí un cablegrama de México. Nuestra cancillería me autorizaba a trasladarme a París, “si las circunstancias se hacían críticas”. Tal autorización incluía al personal del consulado mexicano en Amberes. Con la discreción indispensable, puse en conocimiento del cónsul, mi viejo amigo Edmundo González Roa, la información. Lo mismo hice con los miembros de la delegación fiscal. Reuní, además, a mis colaboradores y les indiqué mi propósito de permanecer en Bruselas hasta el momento en que el gobierno belga tomase alguna determinación de carácter colectivo. Me satisfizo la serenidad con que todos me oyeron.

Ese domingo debieron de agravarse las cosas, pues me llamó por teléfono el jefe del gabinete de Spaak. En nombre de su ministro, me pidió que aplazáramos el almuerzo anunciado ya para el 16. Aquel súbito cambio obedeció —según creo— al desastre ocurrido, la noche anterior, en el Canal Albert . Por sorpresa, los alemanes se

apoderaron de los puentes de Vroenhoven y de Veldwezelt, que no fueron destruidos a tiempo. El Estado Mayor se vio en la necesidad de ordenar un repliegue de todas las tropas belgas hasta la línea Amberes-Namur.

Los acontecimientos iban con mayor prisa que la prevista por las Casandras más ominosas.

El lunes 13, un funcionario del ministerio de Asuntos Extranjeros me comunicó que convenía ya pensar en un posible traslado a Ostende. Le contesté que continuaríamos en Bruselas, mientras el gobierno de Bélgica no abandonase la capital. Pero el martes 14, a las diez de la mañana, fue a visitarme el jefe del protocolo. Era un diplomático de carrera, fino e inteligente. ¿A qué debería yo su visita?… Poco tardé en saberlo. Bruselas había sido declarada "ciudad abierta". Los alemanes entrarían en ella cuando quisieran. El gobierno se establecería provisionalmente en Ostende. Los diplomáticos procederían en la forma que juzgaran más adecuada: quedarse en Bruselas, como el nuncio iba a hacerlo, o seguir al gobierno en su viaje a Ostende. Le manifesté que los miembros de la legación y yo acompañaríamos al gobierno. Me lo agradeció vivamente y añadió que convendría salir ese mismo día, antes de las tres de la tarde. Las autoridades no estaban en aptitud de ofrecernos ningún vehículo. La única carretera disponible era la de Gante, bombardeada por los alemanes. Frente a perspectiva tan halagüeña, nos despedimos. 1

Llamé al Abate y le pedí que acabara de guardar en la caja fuerte todos los expedientes reservados y depositase, en una valija, las claves, los sellos, los inventarios y los documentos relativos a compromisos contraídos oficialmente por nuestros antecesores o por nosotros.

Convendría que preparara además, certificándolos, tarjetones destinados a indicar la

condición diplomática del local. Y le ofrecí, para nuestro viaje, un asiento en el Packard de la legación. Nos seguirían, en el auto de

Martínez Baca, éste, sus familiares y el vicecónsul Enrique Llano. Alva Cejudo aprovecharía el automóvil de Urrea. Los demás miembros de la delegación fiscal, así como el cónsul González Roa, saldrían directamente a Francia.

Alva Cejudo me señaló un problema. La delegación fiscal no había procedido a retirar los fondos confiados a la sucursal bruselense del First National City Bank. Temía que la moratoria (decretada por el gobierno belga) se lo impidiese, y consideraba urgente mi intervención.

Rogué a mi esposa que colocase —en dos maletas— lo que le pareciera absolutamente imprescindible, y me dirigí, con Alva Cejudo, a las oficinas del banco. Se encontraban entonces en la Grand'Place. La fachada del edificio era un ejemplo del estilo decorativo adoptado por los artistas flamencos en los últimos años del siglo XVII. Pero el interior había sido modernizado.

Pregunté por el gerente. No estaba en Bélgica. Conseguí que el subgerente me recibiera.

Apenas le había dicho mi nombre, cuando principiaron a aullar las sirenas de alarma de la Grand'Place. Sereno y servicial, me manifestó que consideraríamos mucho mejor nuestro asunto en el refugio contra los bombardeos. Guiados por el guardián, llegamos los tres al sótano. Ése sí, rehecho por buenos especialistas, podía garantizar —hasta cierto punto— la existencia de quienes buscasen asilo en él.

Nada faltaba allí: ni los sillones, amplios y cómodos, ni un buen alumbrado, ni una adecuada ventilación, ni siquiera el *whisky,* que nos ofreció el subgerente, y que no tomamos.

Entré desde luego en materia. Necesitábamos que entregase a Alva Cejudo un cheque sobre Nueva York por las cantidades que la delegación fiscal había depositado en el banco. La moratoria no era aplicable a los fondos de un gobierno neutral. Admitió mis razones.

Y —tan pronto como callaron las sirenas— subimos a su despacho, ordenó a un empleado que estableciera el cheque y lo firmó.

Todo ello nos había quitado, en conjunto, más de setenta minutos. Y, en días como ése, un minuto vale infinitamente más que diez horas de ocio en épocas de quietud… Al regresar a la legación, revisé lo hecho por mi mujer y por el Abate, y cubrí a la servidumbre el importe de un trimestre de sueldos. Uno a uno se despidieron, el mayordomo, la doncella y la cocinera.

Nos deseamos recíprocamente “buena suerte”.

En la calle, el *Packard* nos esperaba. Lo guiaría, con su acostumbrada destreza, Alfonso Molina, un joven mexicano residente en Bruselas que, desde hacía tiempo, trabajaba como chofer de la legación. Alfonso fue para nosotros, en esas semanas difíciles, un piloto más apreciable que Palinuro. Y hago constar que Eneas no nos acompañaba…

Con la ayuda del banco que le prestó la portera de una casa vecina, el Abate pudo precintar —sobre la puerta y las persianas del entresuelo— los tarjetones que, al amparo de nuestro escudo, custodiarían el edificio durante meses.

Seguidos por los automóviles de Martínez Baca y Leopoldo Urrea, tomamos la carretera

de Gante. Vimos muchas ruinas en el camino y, por todas partes, tanques en movimiento, cañones antiaéreos, casas incendiadas, mujeres mudas bajo sus lágrimas, grupos de campesinos estupefactos y niños curiosos —en su inocencia— ante un espectáculo incomprensible: el de la destrucción de toda una vida rústica y laboriosa… Al atardecer, llegamos a Ostende. Lo primero que descubrimos fueron cañones. Pasamos la noche en el hotel Les Dauphins. Pero, hasta en la desgracia, el protocolo observa sus normas. El miércoles 15, dos secretarios del ministerio de Asuntos Extranjeros me indicaron que mi esposa y yo deberíamos alojarnos en el Hotel Osborne, donde se encontraban ya instalados otros jefes

de misión. El Abate, Llano, Martínez Baca, sus familiares, Alva Cejudo y Leopoldo Urrea quedarían en otro albergue.

Después de enviar un mensaje a México (¿lo despacharían los empleados del telégrafo?) y de reposar un momento en el cuarto que nos había destinado el protocolo, bajamos al comedor.

Allí saludamos a muchos de los embajadores y ministros acreditados en Bélgica. Me sorprendió no ver a Spaak. Representaba al gobierno el señor De Vleschauwer, ministro de las Colonias, quien nos explicó que varios miembros del gabinete —Spaak, entre ellos— habían sido convocados por el monarca, en sitio que creyó pertinente no precisar.

La cena fue austera, aunque bien servida. La habíamos terminado, cuando oímos "el canto de las sirenas". Principiaba otro bombardeo. Y ése, espantoso. Los alemanes estaban pulverizando las principales instalaciones del puerto. A través de los estallidos, crepitaban las ametralladoras de los aviones que, al volar "en picada", daban la impresión de rozar los techos de la ciudad. Se apagaron todas las luces y se rompieron los vidrios de las ventanas de nuestro hotel. Soplaba un viento implacable. En la sombra, todos buscaban alguna puerta invisible, un "santuario" utópico. Tropezaban damas y caballeros en las tinieblas. Y sólo por la voz se reconocían algunos. *Pardon, Excellence; Excusez, Madame,* eran expresiones que revelaban bruscos encuentros.

Salimos por fin al vestíbulo, menos sombrío que el comedor. Sin embargo, nada lo iluminaba como no fuese lo que Corneille hubiera llamado *"l'obscure clarté qui tombe des étoiles"…* Se restableció un poco el orden. Fantasmas de embajadores y de ministros se sentaron humildemente en los peldaños de la escalera. Y empezaron las discusiones. ¿Qué hacer? ¿A dónde dirigirse? ¿Qué decisión adoptar? Puesto que Ostende no ofrecía garantía alguna contra los ataques aéreos, se resolvió que —a la mañana siguiente — saliésemos rumbo a Francia.

El acuerdo de los diplomáticos coincidía con la autorización que había yo recibido de México. Pedí a mi mujer que me esperase, porque me sentía en la obligación de dar aviso a mis compatriotas. Comprendió que aquella excursión nocturna, aunque peligrosa, era indispensable. Y se quedó junto al ministro de Yugoslavia y a su señora, excelentes amigos nuestros. Serían las diez de la noche. En la puerta, un oficial me detuvo. Pertenecía a las tropas francesas que resguardaban a Ostende. Al principio, se rehusó a permitir mi salida.

Cuando le expliqué mi propósito, me aconsejó prudencia y me dejó ir.

Nunca me había sentido más solo y más vulnerable. A medio camino (y, por fortuna, la distancia era corta), oí la vibración de un motor que parecía volar sobre mi cabeza. Quién sabe en qué muros fueron a hundirse las balas que disparó la ametralladora de aquel avión.

Andando —o, más bien, corriendo— llegué a la reja del hotel en que no dormían, sino velaban, el Abate y sus compañeros. Les indiqué el sitio en que deberían hallarse, con los automóviles, a las seis y cuarto del día siguiente. Y regresé al Hotel Osborne.

No encontré a mi mujer en ninguna parte. Sólo después de recorrer varias veces el vestíbulo, la vi surgir de la sombra, con una maleta en la diestra. Otra maleta estaba a sus pies.

Durante mi ausencia, el ministro de Yugoslavia la había ayudado a subir hasta el tercer piso. A tientas, abrió la puerta de nuestro cuarto. Y salvó, como pudo, nuestro equipaje… Nos organizamos para la corta noche de un día tan imprevisto.

El jueves 16, a la hora y en el sitio indicados, estaban ya los coches de nuestros compañeros, y Alfonso con el *Packard.* Resultó inútil aquella puntualidad, porque la carretera había sido abierta, exclusivamente, a los transportes militares. Tuvimos que guarecernos en otro hotel de Ostende, el Imperial, donde

almorzamos, cenamos y dormimos. El administrador nos lo advirtió francamente: deberíamos desalojar ese albergue antes de las ocho de la mañana del 17. Como el Osborne, el establecimiento iba a quedar clausurado hasta nueva orden.

¿Resultaría factible el viernes lo que fue impracticable el jueves?

Muy temprano, nos instalamos en el *Packard.* Mientras Alfonso se ponía de acuerdo con los choferes de otras misiones, vi pasar al embajador de la Gran Bretaña: un inglés muy correcto, muy lento y muy misterioso. Era sir Lancelot Oliphant. Nada, en su trato, correspondía a lo gótico y épico de su nombre. Ni parecía ser Lanzarote, ni evocaba su débil voz el llamado del olifante bélico de Rolando entre las rocas de Roncesvalles. Subió sir Lancelot a su coche. Y me llamó la atención que, en vez de orientarse hacia el punto en que continuaba la carretera para ir a Francia, eligiese una dirección distinta. Me dijeron, más tarde, que se había equivocado su chofer y que sir Lancelot fue a dar a Brujas, donde lo apresaron los nazis.

Con lentitud —más exasperante que majestuosa— principió a moverse nuestro cortejo. A cada paso, frenaban los automóviles. Cuando no los paralizaba el fragor de una ráfaga de aviones (muchos creían que inmovilizarse era una forma de precaverse), los detenían algún regimiento en marcha, un desfile de tanques o la descompostura de algún vehículo, de carburación defectuosa o de llantas viejas.

No teníamos qué comer. En una aldea, cerca de la frontera, compramos unas piezas de pan y un gran trozo de jamón. Al envolver esos víveres, la vendedora deslizó en el paquete un cuchillo. Examiné, entonces, el rostro de esa mujer. Vi sus ojos grises y sus cabellos lacios y blancos. Tendría, cuando menos, sesenta años. Sonrió tristemente y me confesó: “Yo también tuve que huir a Francia en 1914…” De ahí, tal vez, la espontánea dádiva del cuchillo. Nos

sería indispensable para rebanar el jamón que me vendió al precio justo, sin abusar de la urgencia en que nos hallábamos. Al despedirme de aquella aldeana, sentí que me despedía de toda Bélgica.

Las autoridades francesas habían dispuesto que los refugiados no trataran de concentrarse en París. Deliberadamente, bordearían el litoral, pasarían por Dunkerque, Calais, Boulogne y seguirían hasta los departamentos del Sur. En Boulogne, un teniente dejó que nuestros vehículos tomaran la carretera de Amiens. Pero, en Amiens, tropezamos con nuevas dificultades. Un oficial de gendarmería me explicó que no podrían ostensiblemente franquearnos la ruta para París. Media hora antes, los civiles —enfurecidos por lo que consideraban ilegítimo privilegio— habían destruido el coche de un diplomático a quien se permitió contravenir la disposición vigente. Comprendí al oficial. Y él, por su parte, me adivinó. “Dejen ustedes que llegue la noche” —me dijo. “Los esperaré aquí, a las diez en punto. Entonces, podré complacerles con menos riesgos que ahora.”

Aunque lo hubiéramos deseado, no habríamos visto el famoso Cristo de Amiens. Un hacinamiento de autos y de artefactos militares nos impidió intentar siquiera la visita de la catedral. El Abate de Mendoza obtuvo —no sé a qué precio— algunas botellas de agua de Vichy. Con ese auxilio, pudimos dar fin al jamón y al pan adquiridos en la frontera.

Se nos hicieron eternas las horas inmóviles de la tarde. Antes de que llegase la noche, nos situamos en el lugar señalado por el oficial. ¿Cumpliría su promesa?… A las diez en punto, lo vimos aproximarse. Abrió la portezuela del *Packard,* se sentó junto a Alfonso, nos facilitó bonos franceses de gasolina y nos condujo hasta la entrada de la carretera que nos llevaría a París. Aceptó el importe de los “bonos”, pero no la recompensa que le ofrecí —y que sus servicios, sin duda, justificaban. Antes de retirarse, nos indicó las señales que tendría que hacer Alfonso, con las luces del auto, al pasar por el sitio en que se encontraban —todavía—

algunas instalaciones del Estado Mayor británico.

Por esa carretera, casi no transitaba ningún vehículo. Avanzamos a más de ochenta kilómetros por hora. Transpuesto el reducto inglés, nos sentimos todos tan fatigados, que —a moción del Abate— Alfonso detuvo el *Packard,* y dormimos aproximadamente una hora.

Llegamos a París, al amanecer, el sábado 18. No nos preguntamos a qué hotel iríamos. Desde el primer momento, resolvimos elegir el viejo Farnèse. Los demás compañeros se alojarían donde quisiesen. El lugar de concentración, para todos, sería la legación de México. Después de un baño y un desayuno normales, fui a saludar a nuestro ministro: el licenciado Luis I.

Rodríguez. Me recibió cordialmente y aceptó transmitir en seguida a la Secretaría de Relaciones el mensaje cifrado en que le informaba de lo ocurrido.

Sin instrucciones precisas, permanecí en París del 18 de mayo hasta el 10 de junio.

Después de cuatro días de idas y vueltas entre ciudades y campos ametrallados, hoteles de los que parecía expulsarnos el propio Hitler y noches que nos trajeron menos descanso que desazón, necesitábamos —ante todo— saber qué ocurría en Europa.

El gobierno constituido en Inglaterra por Winston Churchill el 10 de mayo estaba procediendo con energía. En Francia, las vacilaciones se habían prolongado más de la cuenta.

El desastre de Sedán hizo comprender a los optimistas que sería menester cambiar de tácticas y de hombres.

Weygand aceptó —el 20 de mayo— las responsabilidades de Comandante en Jefe, pues Gamelin había fracasado. El 28, capituló Leopoldo III. El 31, Churchill estuvo en Francia, junto con Attlee, Ismay y Dill. Discutió con Reynaud, y con Weygand, acerca de los resultados que podría tener para Francia la evacuación efectuada

en Dunkerque, y se resistió a comprometer por más tiempo, en el Continente, a los elementos de la aviación militar británica.

Pocos, muy pocos, creían ya en la victoria. Un amigo me aconsejó que examinara (si quedaba algún ejemplar en venta) el volumen de un militar todavía mal conocido: Charles de Gaulle. La obra recomendada llevaba el siguiente título: *Vers l'armée de métier.* Al pasar por una librería, busqué el volumen. Comprendí que el vendedor no tenía la más remota idea de lo que estaba pidiéndole. Tras de largas pesquisas, me entregó al fin el libro. No se trataba de un *best seller,* como lo suponía mi amigo. Al leerlo, me percaté de cuántos errores habían cometido, durante años, los jefes militares de Francia. ¿Cómo una voz tan clara no fue escuchada a tiempo por los políticos del país?

El domingo 9 de junio tuvimos mi esposa y yo la ocurrencia de ver *Ninotchka,* de Greta Garbo, en un cinematógrafo de los Campos Elíseos. Entramos, cuando había principiado la proyección de la película. Pero, en un intermedio, se hizo la luz. Y nos percatamos de que la sala estaba casi vacía. Salimos para averiguar qué acontecía en París. A lo largo de los Campos Elíseos, se hallaban muchos camiones del ejército. Grupos de soldados cavaban zanjas en el asfalto de la avenida. Frente a la terraza de un café, un viejo, muy parisiense, afirmaba a quienes le oían que esos trabajos eran indispensables. Se temía que aviones alemanes aterrizaran, de pronto, en el centro de la ciudad…

Fuimos a pie hasta la Plaza de la Estrella. Me habían indicado que el antiguo Hotel Majestic (donde, en 1946, se instalaría la UNESCO) era el centro de algunas oficinas del Estado Mayor francés. Nos alarmó un espectáculo inusitado. Desde el segundo y el tercer pisos, brazos robustos lanzaban —a los camiones estacionados frente a las puertas de la avenida Kléber— grandes paquetes. ¿Contendrían expedientes secretos y documentos trascendentales?

… Por lo visto, iba a salir de París el gobierno de Paul Reynaud.

Nos encaminamos a la legación de México. Queríamos describir a nuestro ministro lo que acabábamos de observar. Pero él ya tenía en la mano una nota del ministerio de Asuntos Extranjeros, destinándole una residencia, cerca de Tours, en Ballan-Miré. Como no estaba yo

acreditado ante las autoridades de Francia, y como las de Bélgica no tenían en realidad sede oficial estable, pues la de Poiters resultó simbólica, decidí ir a San Juan de Luz, y aguardar lo que determinara nuestro gobierno. Expuse mi proyecto al licenciado Rodríguez. Al aprobarlo, me sugirió que su esposa saliese de París junto con nosotros. Se reunirían, más tarde, en Tours.

El lunes 10 de junio, después de almorzar, abandonamos la “ciudad luz”. En el *Packard,* además de la señora de Rodríguez, viajarían con nosotros el Abate de Mendoza y, naturalmente, Alfonso. Nos seguirían, en otro auto, el capitán Haro Oliva, ayudante del agregado militar en París, su esposa Nadia y el licenciado Arnoux, secretario de la legación de México en Francia.

Atravesando campos, aldeas y fábricas bombardeados, llegamos hasta Arpajón. Allí, se detuvo el *Packard.* Revisó Alfonso el motor y encontró que, por la lentitud de la marcha, por el uso, o por el excesivo calor, la bomba había dejado de funcionar. No estaba abierto ningún taller. Víctimas del pánico general, los obreros se habían evaporado. Consideré la situación, y propuse a la señora de Rodríguez que siguiera ella el viaje a Tours con el matrimonio Haro Oliva. No deseábamos exponerla al peligro en que nos hallábamos. Así lo hizo. Nosotros pasamos la noche, como pudimos, dentro del automóvil.

Al amanecer, me dirigí a la alcaldía. Entre alarmas, el alcalde me recibió. No podía ayudarnos en nada. Sin embargo, tuvo la amabilidad de ofrecerme el uso de su teléfono. Llamé a nuestra legación en París. Oí la voz del portero, Lucien. Me dijo que el ministro había salido ya con destino a Tours, pero que acababa de llegar por su auto el secretario Bernardo Reyes.

Hablé con él, y le expliqué lo sucedido, para que lo hiciese saber oportunamente a su jefe.

Regresé al sitio en que estaba el *Packard.* Por obra de algún milagro, Alfonso había obtenido —en préstamo— una bicicleta. Iría en ella a París, para adquirir una bomba nueva.

El Abate, mi esposa y yo nos pusimos a observar a los automóviles que —en grupos cada vez más compactos— desfilaban frente a nosotros. Dentro de su rápida *limousine,* vimos pasar al licenciado Rodríguez. Él no nos vio.

No sé qué comimos, si es que comimos. Esperamos a que volviese el chofer. Atardecía ya cuando por fin regresó triunfante. Llevaba en las manos la bomba comprada en París. Pero, sin ayuda de nadie, no acertó a colocarla adecuadamente. Tendríamos que aceptar otra noche en blanco.

El miércoles 12, como a las nueve de la mañana, el ministro del Uruguay en Bruselas, Alfredo de Castro (que había salido de París antes que nosotros), llegó al lugar en que estaba nuestro automóvil. Advirtió las placas —blancas y rojas— de la matrícula belga, reconoció a Alfonso y ordenó a su chofer que se detuviese. Encontró, así, a mi mujer. Estaban ya

conversando cuando volví, después de otro intento inútil en la alcaldía.

De Castro fue, a la vez, rápido y generoso. Nos invitó a subir a su coche, en el cual viajaban dos familiares suyos, aunque nos manifestó que no podría dar acomodo ni a Alfonso ni a nuestras maletas. Al Abate, tal vez… Pero éste insistió en permanecer junto con Alfonso hasta que alguien reparase el *Packard.* Vi el semblante exhausto de mi mujer. Comprendí que, sola, no aceptaría la invitación del ministro del Uruguay. Y resolví acompañarla. Pocas horas más tarde —como ocurrió— Alfonso acabaría por instalar en el sitio debido la bomba nueva.

Convine con el Abate en que nos reuniríamos en Bayona, donde Gilberto Bosques, cónsul general en París, había establecido provisionalmente sus oficinas.

Resultaría largo contar todos los incidentes del viaje. En Orléans, supimos que Italia había declarado la guerra a Francia. Como proyectábamos dormir en Bourges, fuimos hasta la ciudad de Jacques Coeur. Las señoras que acompañaban al ministro uruguayo, y mi esposa, hablaron con unas damas francesas de Bourges, quienes les ofrecieron alquilarles tres buenos cuartos. Sin embargo, al descubrir las placas belgas del automóvil, cambiaron de parecer.

Pertenecían a los civiles que no perdonaban la capitulación del rey Leopoldo. Para no recibirnos, invocaron un buen pretexto: acababan de anunciar su llegada ciertos parientes suyos, prófugos de Lorena.

Esa noche, la pasamos en un pajar. Parecía inhabitado, y estaba en verdad pletórico.

Tratamos de avanzar, entre cuerpos de hombres y mujeres vencidos ya por el sueño. Una voz amable nos dirigió: *"Par ici, Madame; par ici, Monsieur, il y a encore de la place…"* En Limoges, el jueves 13, nos ahorró otra noche de insomnio la bondad de una institutriz jubilada, que nos acogió en su humilde casa con señorial hospitalidad.

El viernes 14 llegamos por fin a San Juan de Luz. Nos hospedamos en un hotel con vista espléndida al mar. Al día siguiente, fuimos a Bayona, donde habíamos dado cita al Abate de Mendoza. Nos alegró verle pasar, antes de las once, en el *Packard* ya reparado. Le hicimos señas, y Alfonso se detuvo. Por lo que ambos nos contaron, comprendimos que habían atravesado experiencias no menos difíciles que las nuestras.

San Juan de Luz parecía encontrarse a millares de leguas de la conflagración. Circulaban pocos periódicos. No advertimos severas restricciones alimenticias. Pero vimos, por todas partes, rostros muy

preocupados. Abundaban, en las calles próximas al hotel, grupos de inglesas ansiosas de que llegaran los *destroyers* mandados por el gobierno de su país para repatriarlas. Una de ellas se acercó a ofrecernos su Rolls-Royce. No intentaba venderlo. Se contentaba con prestárnoslo. Le habían dicho que éramos diplomáticos, y pensó que nos sería el auto más útil que a ella, incapaz de llevarlo, como equipaje, a bordo del navío en que le serían asignados sólo dos sitios: el suyo y el de su hijo. Le agradecí su largueza, pero le

expliqué cuál era en realidad nuestra situación. Teníamos ya un coche a nuestro servicio: más modesto, sin duda, pero propiedad del gobierno de México. ¿Para qué otro?… Mientras le hablaba, miré a su hijo. Era un niño de nueve años, pálido y silencioso. Llevaba un traje oscuro, “de marinero”, adornado con un gran cuello de tela blanca. Ostentaba en el pecho —

cual si fuera una condecoración— una insignia, popular en aquellos días: los escudos de la Gran Bretaña y de Francia, unidos por una estrecha barrita de oro. Me entristeció aquel símbolo póstumo de amistad. Tanto el niño como su madre confiaban, probablemente, en la solidez de la alianza de los países asociados por tal insignia. Uno de ellos no les brindaba de pronto sino un recurso: la fuga, a merced de un mar minado en muchas regiones.

Por Gilberto Bosques, supimos que el ministro Rodríguez iría también a la región de San Juan de Luz. Tours no tuvo casi ocasión de alojar al gobierno de Paul Reynaud. Ante la rapidez de los invasores, las autoridades francesas prefirieron establecerse en Burdeos. Nos dio gusto ver nuevamente a Rodríguez y a su señora. Llegaron también otros mexicanos, entre los cuales venía Bernardo Reyes. Y fuimos a Burdeos, para indagar lo que sucedía.

Menudeaban, en esa ciudad, los militares y los políticos. El presidente Lebrun vivía en la residencia del prefecto. Ministros, diputados y senadores iban a comer en el Chapon Fin.

Se creyó que Reynaud lograría convencer a sus colegas y que el gobierno se trasladaría a África. Pero ni el mariscal Pétain, ni Laval,

admitían esa medida. Ya se había acuñado entonces esta frase declamatoria: *On ne sauve pas la France, en se sauvant…* ¿Pensaría él salvar a su país ostentando la máscara de Pétain —para entenderse mejor con Hitler?

Eran más los rumores que las noticias. O, para ser exacto, llegaban más de prisa a nosotros aquéllos que éstas. El domingo 16 se dijo que renunciaría Pétain, pero Lebrun pidió al mariscal que no abandonase al gobierno en horas tan críticas. Quien dimitió fue Reynaud. Y

Lebrun eligió sin demora a Pétain para constituir nuevo gabinete. Nombrado ministro de Asuntos Extranjeros, Paul Baudoin se apresuró a buscar al embajador de España. Tenía el encargo de suplicarle que transmitiese a Alemania una solicitud de armisticio.

Me afligía el dolor de Francia. Todas las angustias sufridas en nuestro viaje a través de la gran derrota de un pueblo por el que siempre he tenido profundo aprecio no me apartaron nunca de la preocupación esencial. ¿Por qué habían sido tan ciegos, durante años, los gobernantes de un país tan inteligente y tan previsor? ¿Cómo entender su desastre inmenso?…

Recuerdo el pesar con que oí, difundidas por radio, las palabras del mariscal Pétain. “Hago a Francia —afirmaba la voz cansada del anciano que tanta gloria ganó en Verdun— don de mi persona, para atenuar su desgracia… Con el corazón destrozado os digo que hay que cesar el combate.” En el vestíbulo del hotel de San Juan de Luz, muchos franceses escucharon con nosotros ese mensaje. ¿Creerían que el armisticio otorgado por Hitler prometería una paz “con honra”?

Adiviné el dilema trágico de Pétain. Nadie podía dudar de su amor a Francia. Héroe de la primera Guerra Mundial, no había presentido a tiempo —como De Gaulle— que la guerra de

1939 sería absolutamente distinta de la librada en 1914. No comprendió que salir del territorio metropolitano, para continuar la

lucha —desde África— al lado de los británicos, podría afirmar a la postre el destino de los franceses. Tenía más de ochenta años, y padecía de un orgullo senil. Por otra parte, su estancia en España, como embajador ante el gobierno de Franco, no debió alentarlo a confiar en el porvenir de la democracia. Desdeñoso de los políticos, no supuso que debería aceptar, aunque fuera mal de su grado, halagos, espejismos y hasta traiciones. Pensó, con sinceridad, que el sacrificio de "su persona" defendería mejor a su patria que un llamado oportuno a la resistencia.

De Gaulle, de imaginación mucho más certera, obró con mayor talento. El lunes 17 de junio, tomó en Mérignac el avión del general Spears y se fue a Inglaterra, a fin de seguir combatiendo por Francia, sin mandato y sin territorio, pero con fe. Acaso haya sido cierta la frase que uno de los jefes de la resistencia francesa —el "coronel Rémy"—2 atribuyó, años más tarde, a De Gaulle: "Es menester que Francia tenga siempre dos cuerdas para su arco. En junio de 1940, necesitaba tanto de la cuerda Pétain como de la cuerda De Gaulle".

El 22 de junio se firmó el armisticio. Para nosotros, la situación era clara. No habíamos aceptado tratar con las autoridades militares del Tercer Reich en Bruselas, Ostende y París.

No íbamos a pedirle nada en San Juan de Luz. De acuerdo con el ministro Rodríguez, resolvimos dejar la Costa Vasca, que sería controlada por las fuerzas de Hitler. El sábado 29, al pasar por Bayona, vimos a los primeros grupos de las tropas alemanas de ocupación.

En nuestros autos, fuimos a Marsella, situada en la zona llamada "libre". Nos instalamos en un hotel. Oficialmente, quedarían establecidos en ese puerto, con carácter provisional, la legación y el consulado general de México en Francia. Como estaba seguro de no pasar mucho tiempo allí, recomendé al Abate de Mendoza que fuese preparando todos los documentos de entrega de nuestras oficinas en Bélgica.

Habíamos obtenido en Hendaya, por medio de nuestro consulado, visas de tránsito que nos permitirían pasar setenta y dos horas en territorio español, para trasladarnos a Portugal. Como si proyectase una cura —¿contra qué cirrosis o qué hepatitis?—, Pétain determinó que la sede de su gobierno fuese Vichy. Nuestro ministro tendría que ir a aquella ciudad. Nosotros, el lunes 5 de agosto, salimos en auto rumbo a Cerbère. Nos despedimos de Alfonso. Además de la recompensa que merecía, le entregué la cantidad necesaria para su viaje a Bruselas, pues no deseaba él continuar en Francia, ni quería volver a México. Al pasar por Marsella, pondría el *Packard* a disposición de Gilberto Bosques, en cuyas manos habíamos depositado ya los inventarios de la legación de México en Bélgica.

Acompañados por el Abate, subimos al tren que nos dejaría en Barcelona durante la noche del propio lunes. Dormimos en un hotel de las Ramblas. Al día siguiente, tomamos el expreso para

Madrid. Las autoridades franquistas se mostraron estrictas, pero corteses. Y el miércoles 7 (no se había extinguido aún el plazo de setenta y dos horas fijado en Hendaya), nos acomodamos en el vagón que nos condujo a Lisboa.

Portugal parecía ignorar desdeñosamente la guerra. En los diarios, se dedicaba la misma amplitud a ciertas declaraciones de Winston Churchill que a comentar la muerte de un mediano escritor francés. En la legación de México, el ministro Juan Manuel Álvarez del Castillo nos acogió con la más amistosa benevolencia. Disfrutamos de casi un mes en una ciudad que no conocíamos, pero que pronto nos encantó.

Lisboa es una pequeña capital del siglo XVIII, incrustada entre las vicisitudes del XX. A cada paso, recordaba yo a uno de mis clásicos juveniles: Eça de Queiroz. En la Plaza del Comercio, pensé en Valery Larbaud. La juzgaba una de las más admirables de Europa. Me incliné, en los Jerónimos, frente a los mausoleos de Camoens y Vasco de Gama. Y me sentí tan alegre de ver las cosas con ojos no contaminados ya por la pólvora de la guerra o por el humo de las casas incendiadas al margen de los caminos, que —con la

autorización de la Secretaría de Relaciones— decidí regresar a México.

El Abate no participaba de mi entusiasmo. Se le ofrecía la oportunidad de quedar adscrito en nuestra legación en Lisboa. La aceptó, gustoso. Quería ir a Coimbra, a Oporto, ver los sepulcros de don Pedro y de Inés de Castro, estudiar a los pintores portugueses del siglo XV y familiarizarse con los descendientes de ciertos personajes descritos en novelas como *Los Maia, El primo Basilio* y *La Ilustre Casa de Ramires.*

El miércoles 4 de septiembre nos embarcamos en el *Excambion,* un pequeño navío norteamericano que —habitualmente— transportaba a turistas de los Estados Unidos deseosos de conocer el Mediterráneo. De tonelaje modesto, llevaba esa vez más pasajeros que de costumbre. Como los de muchos barcos neutrales, el capitán sabía que podríamos tropezar con alguna mina o sufrir el ataque de un submarino. Por eso exigió que todos los días, a horas para nosotros imprevisibles, practicásemos las maniobras de salvamento.

Cuando la sirena daba la alerta, los viajeros —en bata, en camisa y hasta en pijama—

tenían que llegar puntualmente al sitio que les correspondía conforme a las listas. Se ceñían los salvavidas y no sabían realmente si aquel ejercicio náutico era sólo un aprendizaje o anunciaba un naufragio auténtico. Al enmudecer la sirena, se desgranaban los grupos y cada quien regresaba a su camarote, o al sofá que le servía de litera.

Transcurrieron así nueve días, pues —el 13 de septiembre— el *Excambion* atracó por fin en uno de los muelles de Nueva York. Un taxi nos condujo al Hotel New Yorker. Dormimos, como convalecientes. Sentíamos, en la realidad de la vida normal, una convalecencia mágica de la guerra.

¡De cuántos sacrificios, cuántos oprobios, cuántos errores y cuántas penas habíamos sido testigos desde la madrugada del 10 de mayo!

Campos abiertos, a mansalva, por el arado de fuego de los teutones; éxodos de millones de hombres y mujeres sin morada ni certidumbre de

porvenir; ciudades ametralladas, puentes destruidos, días sin pan, noches sin sueño, regimientos sin jefes, generales sin divisiones: todo un mundo vencido ya, antes de que los hechos lo derrotasen. Y un mundo vencido por la peor de las epidemias: la de la angustia. La Europa libre no había sido tan sólo desintegrada en la hora de la agresión. Había sido minada, durante años, por la indecisión de las democracias ante las fuerzas del fascismo y del comunismo, por su inercia frente a los sátrapas del chantaje internacional, por la indiferencia de las grandes potencias para los pueblos débiles y por su tolerancia ante los desplantes de un Hitler que se creyó Bonaparte y un Mussolini que se soñó Julio César.

Naciones de la alta categoría de Francia y la Gran Bretaña tuvieron que descubrir a sus jefes dentro del vértigo del desastre inminente o entre las brumas del armisticio. Así surgieron Churchill, el 10 de mayo, y De Gaulle el 18 de junio de 1940.

En el desván de la historia (y ninguno resulta inútil, porque hasta el recuerdo de los errores puede servir de enseñanza para sus víctimas), quedarían almacenados los paraguas de Chamberlain y las promesas sin contenido de Daladier. Los gobiernos aceptaron anexiones injustas y armisticios más que precarios. Los pueblos, no… Gracias a ellos Churchill sabría vivir días de gloria, a pesar del sudor, las lágrimas y la sangre, y De Gaulle continuaría llamando a la unión a Francia. La Resistencia devolvería a los franceses fe en su nación.

Leopoldo III capituló frente al enemigo. Sin embargo, Spaak y los belgas en el destierro no cesarían en su lucha por obtener la restauración de Bélgica. Tarde o temprano, Europa volvería a sentirse Europa.

Me lo aseguraban no los editoriales de los periódicos, ni los discursos de los políticos, ni

—por supuesto— los signos de las constelaciones, sino los testimonios de los humildes seres tenaces que habíamos encontrado a lo largo de aquellos meses. ¿No era ya una lección de civismo la generosidad de la aldeana belga que, en la frontera, me regaló uno de sus pobres cuchillos (tendría muy pocos) sólo porque vio en mí a un involuntario aprendiz del oficio de refugiado? ¿Y qué fueron, sino ejemplos de fortaleza, el oficial de gendarmería que nos ayudó a salir de Amiens, el anónimo insomne que, cerca de Bourges, guió nuestros pasos en el pajar, y la institutriz de Limoges que nos alojó, en su estrecho albergue, con hidalguía tan desinteresada y tan espontánea?

Recordé a los niños parisienses que vimos, desde las ventanas del Farnèse. Frente a ese hotel, en las aulas de la escuela primaria de la calle Hamelin, los alumnos seguían con la mayor atención el dictado de sus maestras, sin prever que, media hora más tarde, pudiesen cruzar el cielo francés los incesantes “cazas” de Goering. Y pensé en las campesinas que contemplamos, antes de llegar a Limoges. Continuaban cultivando sus tierras, sin importarles el riesgo de que fuesen los ocupantes quienes gozaran de sus cosechas… Naciones capaces de tal constancia podrían perder batallas; pero la guerra, la ganarían.

El 21 de septiembre tomamos, en Nueva York, el tren de regreso a México. Volvíamos a la patria con esperanza. Algo, en efecto, me lo anunciaba: a la victoria final de las democracias,

dentro de la medida de sus recursos, contribuiría nuestro país.

XII. LOS ÚLTIMOS MESES DE GOBIERNO DEL PRESIDENTE CÁRDENAS. NUESTRO PAÍS FRENTE A LA GUERRA EUROPEA. INVESTIDURA DE DON MANUEL ÁVILA CAMACHO. EL LICENCIADO EZEQUIEL PADILLA Y MI DESIGNACIÓN COMO SUBSECRETARIO DE RELACIONES EXTERIORES

Antes de llegar a la capital, nos detuvimos en Monterrey. Nos esperaba allí un automóvil de Marte R. Gómez, quien nos había invitado por teléfono —cuando estábamos aún en Nueva York— a pasar dos días de descanso en Ciudad Victoria. Me alegró mucho ver a Marte al frente del gobierno de Tamaulipas. Era uno de los gobernadores que contribuían, con mayor eficacia, al patriótico esfuerzo del presidente de la República. Conocedor no sólo de la vida de México sino de la gravedad de la situación internacional, había sentido —con particular agudeza— la importancia del problema planteado por las reivindicaciones de los trabajadores petroleros y por la avidez imperiosa de las empresas. Se solidarizó de manera entusiasta con la orden de expropiación dada por el Ejecutivo. Agrarista desde la juventud, los campesinos veían en él a un consejero sagaz. Educador por temperamento, consagraba a las escuelas y a los maestros toda la ayuda que podían permitirle los recursos de su Estado. Advertí, en seguida, el respeto con que el pueblo lo rodeaba y no tardé en percatarme de la confianza que depositaban en él las autoridades de la Federación.

Hablamos mucho acerca de Cárdenas, cuyo mandato expiraría el 30 de noviembre, y de Ávila Camacho, electo para substituirlo. Cuanto me dijo respecto a éste, me confortó. Sobrio en elogiar, Marte no se habría referido a don Manuel con aprecio tan ostensible si no lo hubiese tenido en muy buen concepto. Nada más indicó, entonces, acerca de su futuro personal, pero preví que ocuparía algún sitio en el próximo gabinete.

En México, me entristeció el estado de salud en que hallé a mi madre. Había sufrido mucho durante nuestra ausencia. Las cartas y los cablegramas que le envié no la tranquilizaron nunca del todo. Solamente al vernos, sanos y salvos, se reanimó. Pero, por espacio de muchas semanas, continuarían alarmándome su fatiga creciente y su palidez. Vivía con su hermana Elisa, en el mismo departamento de la avenida Insurgentes en que las dejamos, al despedirnos de ellas en 1937. Alquilamos nosotros un piso amueblado cerca del suyo e hicimos cuanto nos fue posible por distraerlas, llevándolas al

teatro, al cinematógrafo, a los restaurantes y a pasear por Chapultepec.

Visité al general Hay. Se daba cuenta de que sus días como ministro serían ya pocos. Sin embargo, tuvo la deferencia de proponerme el puesto de consejero de nuestra embajada en la

República Argentina. Le agradecí su amabilidad, pero le rogué me dejara algún tiempo en México. No deseaba separarme ya de mi madre y sería más prudente, de todos modos, esperar lo que decidiera la nueva administración.

Después de ver a mis amigos, comer con Bernardo Ortiz de Montellano, preguntar por José Gorostiza (que se hallaba en Guatemala), cenar con Xavier Villaurrutia y asistir a un desayuno de más de treinta personas en casa del licenciado Portes Gil, comprendí que me hacía falta enterarme de manera más sistemática y coherente acerca de lo ocurrido en la República durante los meses en que no tuve ocasión de leer ningún diario de México. El último que pude hojear en París, antes de salir para el sur de Francia, era del 4 de marzo… Y estábamos ya en octubre.

¡Cuántos acontecimientos, de verdadera importancia, había presenciado nuestro país, mientras andaba yo perseguido por las fulgurantes huestes de Hitler! El de mayor consecuencia, para el futuro inmediato, se registró el domingo 7 de julio, día en que se efectuaron las elecciones.

Todavía a principios de 1939, algunos políticos que se decían bien informados aseguraban que el general Múgica sería el sucesor del presidente Cárdenas. Pero Cárdenas era demasiado sutil para no comprender que el ímpetu revolucionario de su propio sexenio exigiría un periodo de consolidación interior y de construcción administrativa menos apresurada y, también, más cauta. La proximidad de la guerra le había permitido proceder, de la manera más oportuna, a la nacionalización de nuestro petróleo. Subsistía, sin embargo, un problema serio: el de convenir con las empresas expropiadas (directamente, o por medio de sus gobiernos) una

forma justa de pago. Inglaterra perdió la noción de las proporciones y creyó que los Estados Unidos la seguirían en su agresión diplomática a México. Roosevelt reflexionó. ¿Cómo herir nuestra dignidad, cuando proclamaba —con mayor frecuencia que nunca— la tesis del “buen vecino”?

Mejor que Múgica, continuaría la obra del presidente Cárdenas un hombre de la integridad y de la mesura demostradas por el general Manuel Ávila Camacho. Y éste fue el candidato del Partido de la Revolución Mexicana.

Muchas de las fuerzas que se habían inclinado ante la voluntad del “hombre de Jiquilpan”, sin compartir sus principios ni confiar en sus esperanzas, apoyaron la candidatura del general Almazán. La pugna electoral resultó difícil. Gran parte de los capitalinos llegó a creer que Almazán vencería a su contrincante. Por fortuna —entre escándalos y amenazas de rebelión—, triunfó don Manuel. Y tanto el pueblo como el gobierno se dieron cuenta de que principiaba, para México, una era en la que urgía cobrar conciencia de los límites de nuestras posibilidades reales de acción social y de la magnitud de nuestros deberes de participación en la vida internacional.

A partir de agosto, mientras que me hallaba en Lisboa, México había atravesado semanas críticas. A las dificultades electorales, vino a sumarse la reacción provocada por el asesinato

de Trotski. Aquel crimen no fue solamente un tremendo error. Fue, también, un síntoma irrecusable. La amenaza del comunismo stalinista no sería inferior, después de la guerra, a la de los otros imperialismos.

Desfigurando los propósitos de la declaración de neutralidad hecha por Cárdenas en septiembre de 1939, los elementos conservadores (partidarios de Franco), y los de la extrema izquierda, fieles a Stalin, exigían que nuestra República adoptara una absurda actitud de abstención total. Con pocas semanas de diferencia, los lectores de los periódicos madrileños, nazifascistas por gratitud, y los

comunistas de México, sovietizantes por vocación, se oponían a las obligaciones de la solidaridad panamericana. Unos y otros protestaban —con razones de orígenes muy distintos—ante la idea de que estableciésemos en nuestro territorio bases aéreas y navales capaces de contribuir a la defensa del Hemisferio. Unos y otros invocaron, naturalmente, un principio muy respetable: el de nuestra soberanía. Pero esos "nacionalistas", subordinados —consciente o inconscientemente— a dictaduras incompatibles, parecían desconocer una circunstancia: Salvo Suecia, en virtud de sus concesiones y de su posición geográfica, Suiza (banco de Europa), España y Portugal —que oscilaron constantemente en la balanza de Hitler—, pocos Estados podrían mantener su neutralidad sin perder, al hacerlo, su independencia.

El ejemplo de Bélgica fue notorio. Desde el primer semestre de 1940, habíamos observado, además de ese ejemplo, la dolorosa experiencia sufrida por Dinamarca, Holanda, Luxemburgo y Noruega. Pronto siguieron los casos de Bulgaria, Rumania, Grecia y Yugoslavia. Apoyada a la vez en la URSS y en la Gran Bretaña, Turquía retardaría lo más posible su decisión —aunque, al fin y al cabo, figuraría también entre los beligerantes. En el norte de África, italianos, alemanes e ingleses combatían con alternativas de éxitos y derrotas.

En Oriente, la lucha del Japón contra China iba a poner en peligro a muchos pueblos asiáticos.

¿Cómo soñar en la inviolabilidad de América?

Cuando Rusia fue agredida, como lo fue, cesarían los ditirambos de nuestros izquierdistas en honor de la "diosa neutralidad". Pero Cárdenas, que detestaba al imperialismo, era mucho más penetrante que ellos. Se daba cuenta de que Hitler no hubiese triunfado en sus primeras hazañas sin la pasividad de la URSS. Mientras los devotos de Stalin y de la España franquista nos recomendaban asumir el papel de inertes espectadores, los diarios nos enteraban de que Serrano Suñer hablaba con Mussolini y Hitler con Molotov.

En México, no escaseaban los germanófilos. Muchos veían, en la caída de Francia, el penúltimo acto de la tragedia europea. Habían llegado a creer en la verdad de una frase injusta: Inglaterra combatiría hasta la muerte del postrer soldado francés… Además, resentidos por la torpeza británica en las gestiones llevadas a cabo con motivo de la expropiación petrolera, anhelaban que alguien humillase a la "pérfida Albión". Políticos que, en 1937, ridiculizaban a Hitler y a Mussolini, se hallaban desconcertados ante la actitud adoptada por Rusia a partir de agosto de 1939. ¿Podía haberse equivocado Stalin al concertar

con los nazis un pacto de no agresión?

Entre los miembros de lo que no sé si llamar nuestra clase media, las opiniones eran más matizadas. Algunos, que admiraban a Francia, tenían fe en el movimiento del general De Gaulle. Otros, seducidos por el estoicismo de Churchill, auguraban éxito a los ingleses. Pero muchos aplaudían aún —en los cinematógrafos populares— la mirada de azor del *Führer.*

Mientras tanto, los indiferentes aplazaban su juicio.

Hasta en los intelectuales se advertía una tendencia a admirar la victoria nazifascista.

Hombres como Bassols daban crédito a Stalin. Desde un frente ideológico opuesto, Vasconcelos parecía desear el triunfo de quienes ostentaban la esvástica como emblema. En un artículo —publicado, el 8 de junio, en su revista *Timón*— el autor de *Prometeo vencedor* opinaba de esta manera: "Hitler, aunque dispone de un poder absoluto, se halla a mil leguas del cesarismo. La fuerza no le viene a Hitler del cuartel, sino del libro que le inspiró su cacumen". Y, para ser más explícito, añadía: "Lección provechosa la de Hitler, la de Mussolini, para todos los pueblos hispánicos de América…"

A partir de septiembre, advertimos algunos cambios. Luis I. Rodríguez concertó en Vichy, con el ministro de Asuntos Extranjeros, un arreglo para que pudiesen venir a México los

asilados españoles residentes en Francia. Cárdenas —en su último informe al Congreso— no habló ya de neutralidad, como en septiembre de 1939, sino de cooperación para defender a América.

Seguro de la transmisión pacífica del poder, el presidente instó al director de uno de los principales diarios de México a dar publicidad literal a las invectivas hechas por Almazán desde Nueva York… El candidato frustrado insultaba en el extranjero al gobierno de la República, sin detenerse a pensar que un hermano suyo había participado en la administración cardenista como jefe del Departamento de Salubridad. Los gobernadores de los Estados y los Territorios censuraron al declarante. Pero la más dura condenación la hizo la voz más suave: la del general Manuel Ávila Camacho. En efecto, al recibir en Teziutlán a un grupo de diputados, el presidente electo, sin referirse a las iras almazanistas, manifestó: “Hagamos sentir a todos lo que repetí tantas veces en mi campaña electoral. Una vez terminada la contienda cívica, no habrá vencedores ni vencidos, sino colaboradores en la obra común de engrandecer material y espiritualmente a nuestro país”. Por su parte, Cárdenas anunció que Almazán podría regresar cuando lo quisiese. Disfrutaría de todas las garantías.

El 12 de octubre, con motivo del Día de la Raza, el general Hay pronunció un discurso en la Cámara de Diputados. “Mientras más se complica la situación —opinó—, más firmemente espero que nuestra América, tarde o temprano, sea un factor decisivo en la contienda, más que por sus inmensos recursos materiales, por sus valores espirituales… que, cuando la devastación sea todavía mayor, se impondrán al fin y al cabo sobre un mundo en ruinas.” Era poco, sin duda, lo dicho; y dudoso el estilo empleado para decirlo. Pero, conociendo la prudencia verbal de quien leyó aquellas frases, me pareció singular su pronunciamiento.

Cada semana, el gobierno de Roosevelt acortaba más el camino que lo conduciría a ayudar a Churchill. El 16 de octubre, cuatro días después del discurso de Hay, los Estados Unidos emprendieron el

primer registro para el servicio militar en tiempos de paz. Muchos millares de jóvenes fueron inscritos.

Sin las cortapisas de nuestro Secretario de Relaciones, Cordell Hull declaró, el 26 de octubre, que Alemania, Italia y Japón eran "presuntos conquistadores, dedicados a un implacable intento de reducir el género humano a unas relaciones de amo y esclavo". Por su parte, el martes 29, Cárdenas informó que México y los Estados Unidos estaban en vísperas de resolver todas las cuestiones pendientes entre ambos países. No habló por cierto, de El Chamizal. Y, en lo relativo a las bases navales y aéreas, recomendadas con tanto ahínco por las autoridades de Washington, se limitó a manifestar que las dirigirían elementos de México.

Según era de preverse, en las elecciones norteamericanas de noviembre triunfó, por tercera vez, el candidato de los demócratas: Franklin D. Roosevelt. El 13 del mismo mes, el departamento de Estado anunció que el vicepresidente Wallace representaría a Roosevelt en la toma de posesión del general Ávila Camacho. Me causó pena advertir que un periódico de la capital diera a la noticia el siguiente título: *Reconocimiento de Ávila Camacho…*

¿Reconocimiento? Por lo visto, los redactores de ese órgano de la prensa ignoraban —

¡todavía!— nuestra doctrina Estrada.

Se aproximaba el 1º de diciembre. Junto con Romeo Ortega, Padilla Nervo y Rafael Fuentes, Manuel Tello y yo fuimos comisionados para auxiliar a Armendáriz del Castillo, director del ceremonial, en la organización de los actos preparados con motivo de la toma de posesión del nuevo presidente. Creo que acertamos en casi todo, menos en elegir a los invitados para un festival que ofreció el gobierno, en el Palacio de Bellas Artes, a los miembros de las misiones especiales extranjeras. Confiamos en la puntualidad de los funcionarios, diputados y senadores. Y, como muchos de ellos (sin excusarse) no concurrieron, nos vimos obligados a poblar los más

notorios vacíos del lunetario y de las plateas con empleados públicos y con cadetes del Colegio Militar.

Fue nombrado secretario de Relaciones Exteriores el licenciado Ezequiel Padilla. Diecinueve años antes, me dispensó múltiples atenciones. Era yo, en 1921, secretario de José Vasconcelos. Y Padilla, después de un exilio bastante largo, acababa de regresar a México.

Imaginó, tal vez, que mi amistad (o, más bien, la de Vasconcelos) podría abrirle las puertas de los personajes oficiales que le interesaba tratar. Poco a poco, dejamos de frecuentarnos.

Admiré la velocidad de su ascenso por las escaleras políticas de la época. En 1929, cuando salimos a España mi esposa y yo, la prensa se ocupaba mucho de su persona. Tras de haber sido diputado y procurador general de la República, figuraba ya, como secretario de

Educación, en el gabinete del licenciado Portes Gil.

Desde entonces, no nos habíamos visto sino una tarde, en Madrid, cuando pasó por España al renunciar al puesto de ministro plenipotenciario en Roma. Lo invité a tomar el té, con su señora y con mi mujer. Parecía un hombre muy diferente del que recibí en la secretaría particular de Vasconcelos. Más elegante, más culto y más seguro de sí, me contó su experiencia italiana con simpatía, elogió al general Calles con elocuencia y no aludió, en manera alguna, a lo que proyectaba emprender en México.

Poco podía esperar de él. No obstante, por medio de Manuel Barros Sierra, solicité una audiencia para exponerle la situación en que me encontraba. Tres días más tarde, lo saludé.

Antes de que pudiera yo manifestarle cuál era el objeto de mi visita, me dijo —solemnemente

— que el presidente de la República me había escogido para desempeñar el cargo de subsecretario de Relaciones. La noticia me sorprendió. Y quedé tanto más agradecido a Padilla por esa prueba súbita de confianza cuanto que la sugestión inicial fue suya, indudablemente. En efecto, el general Ávila Camacho no me conocía.

En las charlas, en los salones y en las tribunas, Padilla sabía brillar. Inteligente y dueño de sus recursos, no le agradaba perder el tiempo en las tareas burocráticas que toda Secretaría de Estado impone a quien la dirige. Pronto, gran parte de esas tareas fue a concentrarse en mis oficinas. Pero yo tenía treinta y ocho años, me encantaba el trabajo y sentía muy bien que otro jefe no me hubiese jamás dispensado, con la misma largueza, crédito igual. En nuestros acuerdos, Padilla captaba siempre lo esencial de cada problema. No se extraviaba en detalles nimios y sus decisiones atestiguaban la lucidez de su autoridad.

Desde el momento en que las circunstancias me dieron ocasión de tratar personalmente al general Ávila Camacho, se establecieron entre nosotros vínculos tan estrechos que otros ministros, menos sutiles que el licenciado Padilla, no habrían tolerado de buena gana. Eran muchos los asuntos acerca de los cuales me consultaba el presidente. Después de todo, aquellas consultas reducían el área de ciertas responsabilidades que no lisonjeaban particularmente a Padilla. En realidad, le gustaba compartir los trabajos que tales responsabilidades traían consigo, aunque no siempre los éxitos que —en ocasiones—

coronaban esos trabajos. Nos incumbían, a mis colaboradores y a mí, el resumen de los informes, el análisis de los expedientes, el estudio de determinados problemas y la redacción de múltiples notas. Pero, cuando se necesitaba pronunciar un discurso o hacer alguna declaración, era él quien pronunciaba el discurso y él quien recibía a los periodistas.

Durante la primera quincena de diciembre, consideré cuáles serían, en el sexenio, nuestras tareas más importantes. La más urgente

consistiría en orientar a la comunidad nacional frente a la guerra que amenazaba extenderse por todo el mundo. Me he referido a la sorda germanofilia que fermentaba en nuestro país. Cuanto más expresaba el gobierno de Washington su simpatía por la Gran Bretaña, menos ecos hallaba esa simpatía en diversos sectores, ignaros unos y cultos otros, pero reacios, éstos y aquéllos, a la colaboración panamericana.

Aislar a México dentro del Continente hubiera sido impracticable, e indecoroso. La cordialidad de los norteamericanos que nos visitaron, con motivo de la instalación del nuevo gobierno, facilitó —hasta cierto punto— nuestra labor. Tanto el vicepresidente Wallace como los miembros de su séquito y el embajador Daniels supieron interpretar los deseos de Roosevelt. Nos ayudaba la comprensión generosa de don Manuel Ávila Camacho. Además, los grandes diarios capitalinos ofrecían a sus lectores una visión cabal de la realidad. Nunca velaron en sus informaciones el peligro que representaban, para los voluntarios del neutralismo, las potencias del Eje Berlín-Roma-Tokio.

Más que la mordacidad de los enemigos del panamericanismo, me inquietaban ciertos arranques declamatorios del jefe de nuestra cancillería. En ocasiones, el licenciado Padilla se dejaba atraer por la resonancia de algunas fórmulas elocuentes, que ofrecían blanco a sus más pertinaces opositores. Sin herirlo, pues era muy susceptible, procuré hacerle sentir que declaraciones menos vibrantes resultarían más persuasivas.

Nos encontrábamos en una posición política verdaderamente incómoda. Tanto en la reunión de cancilleres efectuada en Panamá, durante el año de 1939, cuanto en la que tuvo lugar en Cuba, en julio de 1940, habíamos contraído —como miembros de la Unión Panamericana— compromisos indeclinables respecto a la defensa colectiva del Hemisferio.

Pero, en nuestras relaciones bilaterales con la nación más poderosa de América, el balance —

todavía— resultaba desfavorable para nosotros. Se aproximaba la hora de liquidar dos adeudos: el de las reclamaciones de ciudadanos norteamericanos por daños sufridos durante la Revolución, o como consecuencia de nuestros repartos agrarios, y el de la indemnización que exigían las empresas afectadas por el decreto del 18 de marzo de 1938.

Sobre este último punto, el Departamento de Estado había pedido que sometiéramos el caso al arbitraje internacional. El presidente Cárdenas se negó por supuesto, a semejante aventura. Y confió al licenciado Eduardo Suárez el encargo de discutir el asunto con el secretario de Estado, Cordell Hull. En julio de 1940, no fue a La Habana el general Eduardo Hay (como si hubiera sido justo preverlo, pues se trataba de celebrar allí una junta de cancilleres), sino el secretario de Hacienda y Crédito Público. ¿No había sido éste el autor de las notas con que respondió la cancillería mexicana a las que los Estados Unidos y la Gran Bretaña le presentaron al protestar por la nacionalización de nuestro petróleo?… A partir de entonces, siguió aconsejando al Ejecutivo en lo concerniente a la indemnización de las compañías norteamericanas. El propio Padilla tendría que admitir esa prioridad, histórica hoy.

Suárez había convencido a Cordell Hull de que México no aceptaría el arbitraje. Al terminar la reunión de La Habana, no volvió inmediatamente a México. Se detuvo en Nueva York y, también, en Washington. En compañía de Castillo Nájera, discutió nuevamente con Hull y con el subsecretario Summer Welles. Les sugirió el procedimiento que finalmente adoptaron ambos gobiernos: dos comisionados especiales, uno designado por México y el otro por los Estados Unidos, podrían esforzarse por señalar, dentro de un espíritu de justicia, la

indemnización correspondiente a los bienes de las compañías norteamericanas.

Padilla supuso que Daniels sería más flexible y más comprensivo que el secretario de Estado. Pero el presidente Ávila Camacho, tras de oír a Castillo Nájera, advirtió que resultaría inevitable seguir el

camino propuesto por Suárez a Cordell Hull. Y Suárez continuó orientando gran parte de las negociaciones.

Sin embargo, según explicaré en otro capítulo, la intervención del licenciado Padilla fue muy propicia. En efecto, gracias a ella, Daniels —en los días en que había ya renunciado al cargo de embajador de los Estados Unidos en México— habló francamente con Roosevelt. Y

éste se apresuró a poner término a las incertidumbres de Cordell Hull.

A los problemas que acabo de sintetizar, otros se agregarían seguramente. Muchas de nuestras relaciones se hallaban más o menos interrumpidas. Como yo, al volver de Bélgica, habían regresado a México los jefes de nuestras misiones diplomáticas en Dinamarca y Noruega.

Joublanc Rivas, que se encontraba en Polonia, fue trasladado a Estocolmo y Rennow, encargado de negocios en La Haya, quedó adscrito en Berlín. El último de nuestros plenipotenciarios en Londres había salido de Inglaterra cuando —por culpa del *Foreign Office*— la administración del presidente Cárdenas se rehusó a tolerar el tono impertinente de las notas británicas acerca de la expropiación petrolera.

A pesar de la administración que empezaba a inspirarme el promotor de la Francia Libre, hubiera sido prematuro reconocer oficialmente a De Gaulle. Ávila Camacho respetaba a Pétain y creía aún que el viejo defensor de Verdun salvaría al Estado francés de la pasión vengativa de Hitler. Por otra parte, no podíamos dejar en el abandono a los últimos mexicanos que residían en Francia y a los asilados políticos españoles que Laval hubiese entregado con gusto a Abetz. Rescatamos a unos, amparamos a otros, y asistimos —de lejos— a las discordias entre las cuales el régimen de Pétain fue acercándose al término de su triste destino.

Con sangre, sudor y lágrimas, según lo dijo Churchill, Inglaterra logró borrar la tinta de las notas que había mandado a México. Tarde o temprano reanudaríamos relaciones con un país que, durante meses, solo en su isla, despreció valerosamente el rigor del *Führer.* Convencido del heroísmo del pueblo inglés, nuestro pueblo aceptaría entonces, sin amargura, tal reconciliación.

Quedaba una duda en nuestro horizonte: ¿qué hacer con Rusia?… Los comunistas seguían confiando en la solidez del pacto suscrito por Von Ribbentrop. Querían ver en la guerra europea solamente un torneo entre Churchill y Adolfo Hitler. Y les importaba poco el nombre de quien venciese. Pero no podía yo imaginar que el acuerdo de Berlín y Moscú se prolongase por mucho tiempo. Hitler incurriría en el mismo error que Napoleón cometió; atacar a Rusia,

para consolidar sus victorias en el resto de la Europa continental. En diciembre de 1940, aquella hipótesis parecía arbitraria a quienes me atreví a sugerirla en el curso de algunas pláticas. Yo mismo la aventuraba sin gran firmeza. Eso sí, de una cosa estaba seguro: la sombra de Stalin importunaba más a los nazis que la de Churchill.

Con las naciones de la América Latina, nuestros contactos seguían siendo cordiales, aunque más líricos y verbosos que prácticos y efectivos. Se hablaba mucho de solidaridad, pero no habían hecho gran cosa aquellas naciones para probárnosla. La más evidente demostración del aislamiento en que trataban de mantenernos fue la

vehemencia con que se apresuraron a reconocer al “Generalísimo” algunas de ellas antes de que cayese el gobierno republicano de España. En Panamá y en Cuba, fueron los representantes de esos países los que más espontánea ayuda ofrecieron a Washington. Y, cuando se produjo —en 1941— el ataque japonés a Pearl Harbor, no fueron pocos los que declararon la guerra a las potencias del Eje, sin esperar —como lo hicimos nosotros— a que una agresión directa justificara tal actitud.

Siempre he dudado de la elocuencia con que los latinoamericanos proclaman su amor a México. Cada república hermana exalta su fraternidad en los días felices —y reserva prudentemente su acción en las horas graves… Por eso mismo consideraba yo indispensable, en 1940, afianzar una conciliación más real entre todos los pueblos del Hemisferio. Padilla trató de obtener, ante todo, la confianza de Daniels. Concedía, es cierto, atención amable, pero lacónica, a las disertaciones de los representantes de Bolivia, Brasil, Cuba, Chile, Ecuador, Guatemala o Perú. Pronto, no obstante, acabó por reconocerlo: en su política panamericana, era imprescindible merecer el apoyo y robustecer la amistad de las naciones latinas. Los abrazos de sus embajadores le ofrecían estímulos oportunos. Y no dejaba de halagarle que Daniels y los norteamericanos se percatasen de esos estímulos.

Tras de estudiar los problemas que nos planteaba la realidad, examiné las características de quienes colaborarían con nosotros para esforzarnos por resolverlos. Ernesto Hidalgo, el oficial mayor, poseía a la vez discreción, tacto e inteligencia. Periodista profesional, nos sería muy útil como agente de enlace con los diarios de México. Siguió en su cargo hasta el día en que las sirenas electorales lo convencieron de aceptar el gobierno de Guanajuato. En la dirección de asuntos políticos, Anselmo Mena representaba una tradición. Me había substituido en 1937. Conocía los expedientes, era un buen abogado, pensaba con pertinencia y redactaba con pulcritud. Hubiera sido inconveniente prescindir desde luego de sus servicios.

Por desgracia, llegaba tarde a su despacho; dejaba para mañana lo que hubiera debido intentar ayer, y le importunaban más mis observaciones porque veía en mí a un antiguo compañero de aulas. En 1918 y 1919, habíamos asistido juntos a los cursos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Además, se daba cuenta de que Manuel Tello, su colaborador inmediato, trabajaba con mayores acier-tos que él. Hastiado de mis advertencias, acabó por buscar refugio en el servicio exterior de México. Y conseguí que Padilla nombrase a Tello en el puesto que Mena dejó vacante.

El director del servicio consular, Manuel R. Cortés, se adaptó muy pronto al ritmo de mis actividades. Afable (y no sólo para ser consecuente con su apellido), mereció en todo momento nuestra confianza. Al frente del departamento jurídico había figurado, durante la pasada administración, el licenciado Armando Flores. Padilla aceptó su renuncia y aprobó que nombrásemos, para reemplazarlo, al licenciado Ernesto Enríquez. El ingeniero Lorenzo L.

Hernández orientaría los trabajos de la oficina de límites y aguas internacionales y Armendáriz del Castillo seguiría atendiendo —sin prisas, pero sin pausas— la dirección del ceremonial.

Antes de ofrecerme la subsecretaría, Padilla se apresuró a ubicar a dos amigos suyos: a Ponciano Aguirre, como director de cuenta y administración y al licenciado Manuel Barros Sierra, como delegado de México en la comisión general de reclamaciones con los Estados Unidos. A partir de entonces, ambos acordaron directamente con él.

Desde mi observatorio del departamento diplomático, en 1936 y 1937, me había percatado de la necesidad de constituir un Consejo del comercio exterior. Me parecía indispensable coordinar las tareas de secretarías tan aisladas y de resoluciones a menudo tan convergentes como las de Agricultura, Comunicaciones, Economía, Marina y Relaciones Exteriores. Padilla apreció mi iniciativa. Y, meses más tarde, el presidente Ávila Camacho firmó el decreto que instituyó el Consejo. Sería secretario general de ese nuevo organismo el cónsul Alfonso Guerra. El historiador José C. Valadés

dirigiría la secretaría particular de Padilla. Yo nombré secretario a Manuel Roldán, quien me fue recomendado por Marte Gómez.

Durante doce meses, no pude intervenir en la selección de los jefes de nuestras misiones diplomáticas en el extranjero. Padilla trataba personalmente cada caso con don Manuel. Y, al comentar conmigo el resultado de sus acuerdos, me comunicaba cada nuevo nombramiento como un hecho consumado.

Al ingeniero Palavicini, que había dejado ya Buenos Aires, lo reemplazó un amigo del general Cárdenas: el licenciado Agustín Leñero. Irían al Brasil José María Dávila y, al Uruguay, Carlos Darío Ojeda. Alfonso Cravioto ocuparía, en Bolivia, el puesto geográficamente más elevado de todo nuestro servicio. J. Rubén Romero había hecho de Cuba su propio feudo. El general Federico Montes sería embajador en Colombia; Octavio Reyes Spíndola permanecería en Chile y el presidente designaría al general Juan F. Azcárate en Alemania, a Francisco del Río en Guatemala, a Romero Ortega en Costa Rica, a Vicente Veloz González en El Salvador, a Luis Chávez Orozco en Honduras, al general Juan Luis Amezcua en el Japón, a Vicente L. Benítez en Nicaragua, al general Alfredo Breceda en Panamá, a Ernesto Soto Reyes en Paraguay, a José M. Gurría en la República Dominicana y a Alfonso de Rosenzweig Díaz en Venezuela.

A Luis I. Rodríguez, cuando salió de Vichy, lo sustituyó el general Francisco J. Aguilar.

Como encargado de negocios de México, Eduardo Espinosa y Prieto radicaría en Shanghai, Pablo Campos Ortiz en Quito y Manuel Maples Arce continuaría en Roma. Castillo Nájera,

Moisés Sáenz y Juan Manuel Álvarez del Castillo no sufrirían, por lo pronto, cambio ninguno.

Con esas cartas, no todas de alta categoría, tendríamos que jugar algunas partidas bastante arduas. El as de nuestra baraja diplomática era, sin duda, Castillo Nájera. Pero apreciamos a tiempo

el valor de hombres como Rubén Romero, Moisés Sáenz, Rosenzweig Díaz, Azcárate, Espinosa y Prieto, Joublanc Rivas y Campos Ortiz.

Me quedaba otro panorama por recorrer: el de los diplomáticos acreditados ante el gobierno de la República. De los jefes de misión que traté en 1937, los más visibles eran Daniels, Marchetti di Muraglio y Von Collenberg. Representaba a Francia, en 1940, el señor Albert Bodard. Hombre tímido y bondadoso, no sabía —en su fuero interno— qué posición adoptar de manera definitiva. Tenía que servir a Pétain, pero no creía mucho en Vichy. Lo sustituiría, en julio de 1941, otro personaje tan evasivo como él: Gilbert Arvengas. Jacques Soustelle, agregado cultural de la legación francesa, adoptó a tiempo la línea más honorable: escogió a De Gaulle.

O'Malley, el último ministro inglés, había dejado encargada de los asuntos británicos a la legación de Dinamarca. La encabezaba, en diciembre de 1940, el consejero Carl Christian Jorgensen. Otros encargados de negocios europeos eran los señores Snouck Hurgronje, de Holanda; Hans Fay, de Noruega; Vintila Petala, de Rumania y Rolf Arfwedson, de Suecia.

Meses más tarde, el gobierno belga —establecido en Londres— designaría como encargado de negocios a Walter Loridan, a quien había yo tratado mucho en Bruselas. Al frente de la representación de Polonia, encontré al señor Marchlewski.

De las naciones latinoamericanas, mencionaré a José Manuel Carbonell, embajador de Cuba; a Luis Fernán Cisneros, del Perú; a Carlos de Lima Cavalcanti, del Brasil; a Enrique Finot, de Bolivia; a Manuel Hidalgo Plaza, de Chile; a Héctor Escobar Serrano, de El Salvador; a Edgardo Valenzuela, de Honduras, y a Lorenzo Guerrero, de Nicaragua. El más efusivo era Carbonell, Cavalcanti el más sonriente, Finot el mejor enterado, Cisneros el de cultura literaria más perceptible, Hidalgo Plaza el más rápido, Escobar Serrano el mejor amigo de México, y los más discretos Edgardo Valenzuela y Lorenzo Guerrero.

Marchetti recibía con menos frecuencia —y con menos pompa— que en 1937. La política belicosa del *Duce* lo inhibía, sin duda, frente a nosotros. Fue, no obstante, a felicitarme. Pero me habló mucho menos de música y de pintura que de sus inquietudes personales respecto al porvenir de Italia. También me visitó el barón Von Collenberg. Percibí que no era un nazi muy convencido. Pronto se vio obligado a cambiar de táctica. Comenzó a acompañarle un consejero ceñudo, de quien recuerdo el perfil pero ya no el nombre. En presencia de ese auditor, Von Collenberg empleaba todavía un tono cortés, aunque ya sentencioso y casi distante… Creo no equivocarme al imaginar que aquel auditor significaba, para él, un censor temible. La cancillería alemana deseaba cerciorarse de que Von Collenberg nos transmitiría —

sin la menor atenuante— lo que Berlín le ordenaba que nos dijese. Sentí particularmente el *diktat,* cuando el amable barón pretendió exigir que no exhibiese el Palacio Chino una

película de Chaplin *(El dictador),* en el cual el insigne artista ridiculizaba muy bien al *Führer.*

Previendo aquella gestión, tenía yo en uno de los cajones de mi escritorio los expedientes que atestiguaban las múltiples ocasiones en que el gobierno del Reich había rechazado demandas similares de nuestro ministro en Berlín, con motivo de películas denigrantes para México. Nuestro ministro se había visto en la necesidad de tratar aquellas cuestiones no con Von Ribbentrop, ni siquiera con su segundo, sino con subalternos anónimos e incoloros. En cambio, en el caso que tanto interesaba a Von Collenberg, era el subsecretario de Relaciones quien lo atendía. Vivíamos en una nación libre y no sujetaríamos a censura el espectáculo anunciado por los periódicos… Frente a la pirámide de argumentos que le enseñó, Von Collenberg limó un poco el acero de su protesta. Y, al despedirse, la forma en que me deseó

“feliz año” (iba a acabar diciembre) me hizo entender que incluso aquella protesta obedecía más a la vigilancia de su “testigo” que a su auténtica voluntad.

XIII. EL AÑO DE LA ESPERA. AMPLIACIÓN DEL CONFLICTO. INCAUTACIÓN DE ALGUNOS BARCOS DEL EJE. LA AGRESIÓN A LA URSS. EL ARREGLO DOUGLAS-WIECHERS. EL CONVENIO SOBRE LAS INDEMNIZACIONES A LAS COMPAÑÍAS NORTEAMERICANAS AFECTADAS POR LA EXPROPIACIÓN DE 1938

De los tres años que pasé en la subsecretaría de Relaciones Exteriores, el primero fue el de la espera; el segundo, el de la decisión y el tercero, el de la preparación para situar a nuestro país en el plano de los beligerantes no combatientes pero dignos de intervenir, por haberse adherido a la Declaración de las Naciones Unidas, en los debates que —según auguraban los optimistas— encauzarían la nueva organización del mundo.

1941 nos obligó a una gran paciencia. Las negociaciones con los Estados Unidos resultaron más complicadas y, sobre todo, más lentas de lo que hacían suponer los corresponsales de prensa a nuestros lectores. Cada mes (y, en ocasiones, cada semana), publicaban los diarios noticias acerca de que los gobiernos de México y los Estados Unidos estaban a punto de celebrar convenios trascendentales.

En enero, Castillo Nájera fue llamado a la capital. Según me contó, explicó al presidente Ávila Camacho que Roosevelt era muy favorable al procedimiento de avalúo propuesto respecto a los bienes de las compañías petroleras afectadas por la expropiación de 1938.

Pero, menos audaz que Roosevelt y menos ágil que Welles, Hull prolongaría los trámites quién sabe por cuánto tiempo. Al llegar, nuestro embajador dijo a los periodistas que no traía ninguna sugestión norteamericana sobre el eventual establecimiento de

bases en nuestro territorio. Sin embargo, dos días más tarde, el senador Chávez, de Nuevo México, pronunció un largo discurso en la Federación de Clubes Musicales de Nueva York. No habló, por cierto, de arpegios, bemoles o sostenidos, sino de la necesidad en que se hallaría Ávila Camacho de reforzar las defensas de México, pues nuestro país “era el núcleo de la unidad interamericana”. Tal necesidad interesaba más al senador Chávez que cualquier concierto para orquesta, piano y violín.

No sé si, a través de tantas discusiones, hubiésemos podido añadir a la lista de los asuntos tratados en Washington el caso de El Chamizal. Castillo Nájera estimaba difícil incluirlo, a última hora, entre los arreglos que, al concluir su mandato, Cárdenas tuvo que dejar a la determinación de su sucesor. Interpelado por algunos reporteros, Padilla les contestó que el caso de El Chamizal había obtenido ya un fallo favorable…

Semejante respuesta[1] dio motivo a censuras del semanario *Combate,* en cuyas páginas un grupo de hombres probos e inteligentes (pero resueltos a no ver, por lo pronto, sino a un adversario seguro: el imperialismo yanqui), comentaron aquellas palabras con aspereza. No les faltaba justicia en lo que escribieron. Sin embargo, no estoy seguro de que, en las circunstancias en que nos encontrábamos, hubiesen ellos obrado con mayor éxito que nosotros.

Concluida la guerra, cuando vino a México Truman, intenté corregir el error cometido en 1940

y en 1941, proponiendo que se examinase el asunto entre los presidentes de ambas naciones.

Me di cuenta, en seguida, de que hubiésemos fracasado. Roosevelt, en 1941, no podía ceder

—a la vez— en el problema del petróleo y en la controversia de El Chamizal. En 1947, Truman pensó que los préstamos del Eximbank serían, por sí solos, satisfactorios. Fue preciso que un gobernante

como Kennedy oyese a un presidente como López Mateos para que las autoridades de Washington admitieran las razones que durante varios decenios habíamos sustentado con más constancia teórica que práctica intrepidez.

Tanto Daniels, en sus pláticas con Padilla, como Hull y Welles en Washington, trataban de conseguir de nuestro gobierno una acción capaz de servir a América en la eventualidad de que llegara a generalizarse el conflicto armado. El 5 de marzo, los periódicos de México y de los Estados Unidos publicaron —simultáneamente— el comunicado que aquí reproduciré: “De conformidad con la declaración que, en materia de asistencia recíproca y de cooperación defensiva continental quedó formulada en La Habana el 31 de julio de 1940, con motivo de la segunda reunión de consulta de los ministros de Relaciones Exteriores de las repúblicas americanas, los gobiernos de México y de los Estados Unidos han acordado efectuar un cambio de impresiones para coordinar convenientemente el programa de su defensa común.

Con tal propósito, el gobierno de México ha instruido a los agregados militar, naval y aeronáutico, adscritos a la embajada de México en Washington, para discutir con los peritos designados por el gobierno de los Estados Unidos los planes referentes a la asistencia que los dos países habrían de prestarse en caso de agresión a cualquiera de ellos. En las conversaciones que, para el fin que se indica, están realizándose en Washington, los representantes de ambos países estudiarán la forma de llevar a cabo la colaboración de que se trata, sujetándose siempre al principio del más estricto respeto de la soberanía nacional de los dos Estados”. 2

Al aprobar el texto de esa declaración, que Castillo Nájera me consultó por teléfono, quise atenerme a la letra del Acta Final de La Habana. Padilla fue más lejos que yo, en el discurso que pronunció ante el Senado de la República el viernes 7 de marzo: “México defenderá —

enfatizó— la doctrina continental, como todos los pueblos de América". Y fue más lejos aún de lo que pensaba el presidente Ávila Camacho, resuelto a no mandar soldados mexicanos a combatir fuera de nuestro territorio, pues Padilla manifestó a los senadores que "el destino de América era combatir" y que "el pueblo de México, consciente de la causa que abrazaba, estaba resuelto a compartir ese destino".

Felicité a Padilla por su elocuencia, pero no dejé de expresarle que cada palabra suya, como secretario de Relaciones, podía inspirar al Departamento de Estado una falsa esperanza acerca de nuestros propósitos bélicos. Por fortuna, Washington conocía muy bien nuestra debilidad militar. Y también la conocían, por lo visto, los miembros de nuestra Cámara de Diputados, que se abstuvieron de comentar el discurso aplaudido con tanta efusión por los senadores.

Doce días después de la sesión senatorial en que habló Padilla, grupos de jóvenes organizaron una airada protesta tanto frente al edificio del Senado como a las puertas de la Secretaría de Relaciones. El presidente de la Federación Estudiantil Universitaria acusó a los manifestantes de ser agitadores de profesión, y las autoridades advirtieron que se expulsaría a los extranjeros que resultasen responsables de tal protesta.

Volví a conversar con Padilla acerca de los desórdenes ocurridos y me alegró advertir que se disponía a precisar más modestamente su parecer. En efecto, el martes 25, al referirse a los tumultos del miércoles 19, explicó a los periodistas que México no había celebrado ni celebraría ningún pacto secreto. "Nuestros compromisos internacionales —aclaró— no imponen a México ninguna obligación de ir a una guerra extracontinental. Por tanto, no se piensa destinar a ese objeto a un solo hombre." Acaso no fui sólo yo quien tuvo la lealtad de exponerle, con amistosa franqueza, los riesgos de la elocuencia. Quizá el propio don Manuel, siempre tan cortés, le insinuaría al respecto algo semejante… Otro ministro hubiera juzgado con cierto enojo mis advertencias. Pero Padilla

conocía mi aprecio y mi gratitud. De ahí que la cordialidad de nuestras relaciones personales no sufriese nunca la menor mengua.

Roosevelt estaba resuelto a salvar a Churchill y a contener, por todos los medios posibles, el progreso de las fuerzas nazifascistas. En febrero, la Cámara de Representantes había aprobado, por sustancial mayoría de votos, la iniciativa de ley que facultaba al presidente para arrendar (o traspasar en otra forma) los materiales de guerra que solicitasen la Gran Bretaña y las naciones cuya defensa considerasen vital los Estados Unidos, desde el punto de vista de su propia seguridad. El sistema de *lend-lease* fue aprobado también por el Senado norteamericano durante el mes de marzo. Y, el 1º de abril, Castillo Nájera y Sumner Welles firmaron en Washington un convenio para facilitar el tránsito recíproco de aviones militares sobre los territorios y las aguas territoriales de nuestros dos países.

La palabra “recíproco” se prestaba, sin duda, a fáciles ironías. Pero el convenio era impostergable. No hacíamos sino ampliar y regularizar un permiso que, en varias circunstancias, habíamos otorgado al Brasil, a Costa Rica, a Honduras, a Panamá, al Perú y a Venezuela. Por otra parte, el convenio podía quedar denunciado automáticamente, con veinticuatro horas de anticipación, y no eximía a ambos gobiernos de la obligación de dar previo aviso de cada vuelo y de sujetarse a los puntos de escala que señalara el país sobre cuyo territorio volaran los aeroplanos. Era tan grave la situación internacional que nuestro Senado aprobó el convenido, con insólita prisa, el 4 de abril.

Mientras todo ello ocurría, seguía yo febrilmente el curso de las victorias de Hitler. He escrito de Hitler, y no del fascismo, porque las tropas de Mussolini demostraban a cada paso su incertidumbre, su carencia de jefes y su escasa voluntad de pelear. Tanto en Grecia como en Abisinia, los italianos parecían haberse especializado en coleccionar desastres. Punto que atacaban se convertía, para ellos, en ocasión de rápidas desbandadas. Circulaba ya una frase sarcástica, atribuida a no recuerdo qué militar fascista. Al inculparlo

Mussolini por la cobardía de sus subordinados, que corrían cuando los adversarios los cañoneaban, el militar se apresuró a contestar al *Duce:* "Sí, Excelencia, corrían… pero como leones". Otra anécdota llegó entonces a mis oídos. En cierto lugar de Albania, los griegos acometieron a un regimiento italiano. Y uno de los soldados del regimiento, que había huido más de prisa que los demás, contaba con orgullo a sus compañeros: "Nunca me creí tan veloz. Imagínense: cuando me detuve, había llegado hasta el sitio donde estaban ya refugiados los generales…"

No cito esas frases (inventadas, sin duda, por algún malqueriente) para juzgar el valor de los italianos. Estimo, quiero y respeto al pueblo de Garibaldi, y consideraría muy injusto ofenderlo. Lo que aconteció, en 1941, obedecía a motivos diversos. Esa guerra, tan mal preparada por Mussolini, el pueblo italiano no la deseaba ni la entendía. Por otra parte, no se sintió solidario de la ambición imperial del *Duce.* Además, hay países, como Italia, cuyos nacionales poseen un grado individual de cultura que los exime del gregarismo propicio a la prolongación de las dictaduras. Cada italiano es dueño de su propia noción de Italia. Y en muchos fascistas, esa noción no coincidía con el "nuevo orden" que pretendía dictar el Reich.

Preocupado por las derrotas de su grandilocuente colega, Hitler tuvo que intervenir en muchos de los frentes que Mussolini hubiera soñado romper con su solo esfuerzo. De hecho, Italia llegó a convertirse en un subordinado más de los nazis. Éstos no sólo sometían a los vencidos: estaban sometiendo a Europa cada vez más. En África, Rommel tropezaría con la imaginación militar de un personaje como Montgomery. Sin embargo —en Europa— Bulgaria, Eslovaquia, Hungría y Rumania fueron, una tras otra, desmoronándose.

En septiembre de 1941, abdicó el rey Carol. Desde marzo, Bulgaria había firmado —en Viena— el Pacto Tripartita, y tropas alemanas ocuparon la ciudad de Sofía. El 20 de ese mismo mes, el gobierno de Yugoslavia, bajo la regencia del príncipe Pablo, ofreció

someterse a Alemania, sin suministrarle ayuda militar. El 27, el pueblo yugoslavo desconoció tal ofrecimiento, instaló en el trono al joven rey Pedro, y se produjeron —en Belgrado—

violentas manifestaciones contra el nazismo. El 5 de abril, Hitler atacó a Yugoslavia y se declaró en estado de guerra con Grecia. Y, el 7, nuestra secretaría emitió una declaración, que recuerdo haber redactado personalmente. Copio su texto aquí:

“Una vez más los ejércitos alemanes han invadido, por la fuerza, el territorio de una nación neutral. A la serie de violaciones iniciada con la ocupación de Noruega y de Dinamarca, seguida —más tarde— por la agresión contra Holanda, Bélgica y Luxemburgo, se añade hoy la invasión de Yugoslavia. Al mismo tiempo, el Reich ha atacado a Grecia, que —desde hace

algunos meses— se encuentra luchando en defensa legítima de su soberanía. Para quienes siguen creyendo que la neutralidad es garantía de paz y de salvación, el caso de estas dos naciones, pequeñas por su territorio pero grandes por su sentido de la dignidad y por su generoso amor a la independencia, debe servir de ejemplo y también de estímulo.

”Una república de hombres libres no puede ver sin justa emoción que la autonomía de los países esté sujeta al capricho de los Estados militarmente más poderosos, y que —cuando fracasa una maniobra de imposición diplomática, como aquella que la voluntad de la nación yugoslava deshizo recientemente— el reflejo casi automático de las potencias imperialistas sea el del castigo.

”México no tiene relaciones formales con Yugoslavia y no ha concluido, con Grecia, sino un tratado de amistad en vista del cual se establecieron, hace algún tiempo, agencias consulares en esta capital y en Atenas. Sin embargo, no es menester que existan vínculos oficiales determinados entre dos pueblos para que uno de ellos se sienta conmovido, en las bases mismas de su espíritu de justicia, cuando ve que el otro se halla arrastrado a una conflagración en cuyo desarrollo no tuvo ninguna culpa. Por fortuna,

las tiranías no son eternas, y tanto Grecia como Yugoslavia han probado múltiples veces el heroísmo espléndido de sus hijos."

La defensa yugoslava resultó menos firme que la de Grecia. Tras de pocos días de lucha, el gobierno se vio obligado a capitular. Pero la resistencia de los "partidarios" se organizó admirablemente después. Y, cuando —diez años más tarde—, visité al mariscal Tito en Belgrado, comprendí que no había sido utópico mi optimismo.

No tardaron en deteriorarse nuestras relaciones con Alemania e Italia. A principios de abril, tuvimos que ocupar doce barcos del Eje: diez en Tampico y dos en Veracruz. Diez de ellos llevaban la bandera de Italia; dos, la del Reich. En el primero de aquellos puertos, los tripulantes del *Atlas,* de matrícula italiana, trataron de hundirlo. El general Jara, por instrucciones del presidente, ordenó la ocupación inmediata de los demás navíos, a fin de evitar actos de sabotaje como el registrado en Tampico. Casos semejantes habían ocurrido ya en las aguas territoriales del Ecuador, Estados Unidos, Perú y Venezuela. Invocando el

"derecho de angaria" (extensible a los neutrales por razón de los trastornos impuestos a su comercio en épocas de guerra), el Ejecutivo decretó la incautación de las doce embarcaciones ocupadas por nuestras autoridades. 3 Cuando concluyese el conflicto, los propietarios recibirían las indemnizaciones correspondientes. Italia requisó, el 18 de abril, a dos de los barcos-tanques que la compañía Ansaldo había construido para Petróleos Mexicanos: el *Pánuco* y el *Poza Rica.* Protestamos ante el gobierno italiano y Petróleos dio instrucciones a su comisionado en Génova para rehusarse a recibir el tercero de los navíos contratados con la

casa Ansaldo: el *Minatitlán.*

Durante las últimas semanas de mayo, Padilla tomó unos días de vacaciones fuera de la ciudad. Coincidió aquel descanso suyo con las vacaciones de primavera de los empleados de la Federación. Permanecí en México, al frente de la secretaría. El miércoles 28, el presidente Ávila Camacho —que se encontraba en Puebla— me

envió el cuestionario que le había sometido Vicente Lombardo Toledano, en su carácter de presidente de la Confederación de Trabajadores de la América Latina. Eran doce las preguntas incluidas en aquel texto. Y, según me manifestó el emisario de don Manuel, el presidente deseaba examinar el viernes 30, al volver a la capital, el proyecto que hubiese yo redactado. 4

¿Qué hacer? No disponía materialmente de tiempo para ir a consultar al licenciado Padilla.

Una llamada telefónica hubiera sido indiscreta y, acaso, inútil. Me encerré en mi despacho, cancelé los compromisos contraídos y me puse a escribir lo que me pareció más prudente y más adecuado. Era aquella, sin duda, una buena oportunidad para precisar determinados conceptos, aclarar nuestra posición internacional sin alardes declamatorios y borrar la falsa impresión que hubiesen podido producir algunos discursos públicos.

El recuerdo de cuanto contemplé en Bélgica y Francia me hizo sentir la necesidad de que nuestro pueblo advirtiese que no se trataba ya, en 1940, de una guerra como la de 1914. El fenómeno al que asistíamos era por completo distinto. Una propaganda, sistemáticamente negativa, había venido a poner en duda los valores más venerables del hombre: el respeto de la palabra empeñada, la noción del derecho y la fe en el poder de la independencia. Por eso, en el borrador que se me pidió, incluí esta frase: “Lo que está en peligro de desquiciarse no es solamente el orden político occidental, con muchos de cuyos errores no nos hallamos de acuerdo, sino el marco ideológico mismo dentro del cual debería insertarse el porvenir de nuestra cultura”.

Creo que el general Ávila Camacho se sintió interpretado con lealtad. No modificó una sola línea de mi proyecto y, a partir de entonces, me dispensó la confianza más amistosa. El domingo 1º de junio, los diarios reprodujeron las declaraciones del presidente de la República. Un jurista de la categoría de Genaro Fernández MacGregor las comentó elogiosamente, por radio, en la *Hora Nacional.* El miércoles 4, la Comisión Permanente del Congreso de

la Unión se solidarizó con el Ejecutivo y manifestó que, fundadas en sanos principios del derecho de gentes, las respuestas dadas a Lombardo Toledano fijaban nuestra posición frente a la guerra mundial en forma clara y vigorosa. Apoyó esa moción el diputado Alejandro Carrillo. “No podemos negar —indicó— que existía una angustia no confesada en diversos sectores del pueblo, que se preguntaban cuál era la trayectoria que habría de seguir nuestro país en materia internacional. Funcionarios menores, cuyas afirmaciones fueron imprecisas, por una parte, y, por la otra, elementos interesados no en la salud de la patria sino en servir a intereses extranjeros, cobijándose en una mística seudonacionalista, trataban de presentar al gobierno del general Ávila Camacho como a un gobierno que había traicionado la

soberanía de la patria. Por eso es importante analizar las declaraciones del presidente de la República. El documento entregado a la publicidad… está hecho con una nitidez, con una ponderación, con una valentía y con un patriotismo que honrarían a cualquier hombre de cualquier país del mundo en los momentos difíciles que están viviendo los pueblos.”

Era tanto más orientadora la actitud de Alejandro Carrillo cuanto que representaba la opinión de una parte muy apreciable de las “izquierdas” de México. Sus palabras tranquilizaron a no pocos ciudadanos de buena fe, inquietos por la insistencia con que el semanario *Combate* criticaba la política de la administración. El licenciado Bassols, director de ese semanario, se apresuró a publicar otras preguntas, enviadas por él al presidente Ávila Camacho. Más que examinar el texto de las declaraciones del 30 de mayo, quería averiguar si México no podría seguir la política de neutralidad (?) de la Argentina y de Chile; insistía acerca del problema de El Chamizal y deseaba conocer hasta qué punto el costo de nuestras medidas de defensa no disminuiría la proporción de los recursos destinados a la obra constructiva de la Revolución mexicana. Ignoro si don Manuel habló con Padilla acerca del cuestionario de Bassols. A mí, no me dijo nada. Y, según creo, el director de *Combate* no recibió respuesta, pública al menos. 5

Después de semanas de incertidumbre, los diarios del domingo 22 de junio de 1941

vinieron a confirmar el presentimiento que había expresado a algunos amigos desde diciembre de 1940. Rusia acababa de ser invadida por las tropas de Hitler y aviones del Reich estaban bombardeando su territorio.

El lunes por la mañana encontré a Padilla muy preocupado. El asalto nazi a la URSS

contrariaba visiblemente su concepción de nuestro futuro. ¿Admitirían las democracias la alianza con un país de régimen comunista? ¿Sería posible establecer un frente militar, más o menos coherente, con naciones alineadas en frentes ideológicos tan disímiles?… Todas sus tesis descansaban sobre un postulado firme: la unión de las democracias. Y, de pronto, advertía que las democracias, quisiéranlo o no, tendrían que colaborar con Stalin.

Mi concepción era otra. Convenía establecer, desde luego, una diferencia entre el régimen soviético y el que pretendían imponer a Europa, por medio de las armas, Hitler y Mussolini.

El error del *Führer,* al atacar a la URSS, aceleraría el término del conflicto. ¿Y no era precisamente la paz nuestra aspiración más legítima y más profunda?

No podíamos permanecer en silencio frente a un hecho de tanta importancia. Era urgente formular alguna declaración oficial. Padilla se rehusó a admitir cualquier texto que pudiese dar la impresión de una simpatía directa para la URSS. Al fin, aprobó este comunicado, que la Secretaría proporcionó a la prensa el 23 de junio por la tarde: “La agresión de la URSS por los ejércitos de Alemania no debe hacernos caer en confusiones de carácter ideológico.

Nuestro país ha reiterado en múltiples ocasiones su lealtad a los principios democráticos que constituyen la causa de América. Por otra parte, esa agresión es una de las más trágicas violaciones a la

ética internacional que registra la historia. El caso de la URSS debe servir de

ejemplo de lo que espera a quienes creen que la abstención —inclusive la ayuda a las potencias nazifascistas— será apreciada por los totalitarios en el desarrollo de una política que no reconoce más freno que el de la fuerza".

Inglaterra y los Estados Unidos obraron con rapidez. Tanto Churchill como Roosevelt ofrecieron su apoyo a Stalin. Roosevelt procedió a liberar todos los valores soviéticos congelados en los Estados Unidos y a permitir que los barcos norteamericanos transportasen materiales bélicos a la URSS. Se trataba, por lo pronto, de materiales adquiridos por el gobierno de Stalin. Pero, más tarde, la URSS se beneficiaría ampliamente del régimen de *lend-lease.*

Mientras la guerra proseguía en Europa, en África, en Asia (y en Asia Menor, pues los británicos y los soldados de la Francia Libre habían lanzado un ataque para rescatar a Siria y al Líbano), nos preocupaba, de manera directa, el problema de nuestro comercio exterior. El sistema de importaciones y exportaciones —que, con mayor o menor fortuna, México había logrado mantener en los días de paz— se vio afectado, desde 1940, por la conflagración.

Nuestros únicos compradores posibles eran los Estados Unidos, las repúblicas latinoamericanas y, eventualmente, el Japón… Pero no hubiera sido sensato depositar gran confianza en las promesas hechas a nuestro país —y a diversas naciones de la América del Sur— por la misión japonesa que, bajo la dirección del barón Kegoshi Yamagata, vino a la capital en la primera decena del mes de junio. Las repúblicas hermanas podían ayudarnos en muy escasa medida. Y los Estados Unidos agravaron la situación al limitar determinadas exportaciones, indispensables para nosotros.

Los miembros del Consejo de Comercio Exterior (que habíamos establecido en abril) nos alentaron a gestionar un arreglo concreto con el gobierno de Washington. A principios de julio, llegó a México un representante de la Federal Loan Agency, el señor Walter

Douglas. Padilla escogió al licenciado Luciano Wiechers para que, como comisionado de nuestro país, examinara con Douglas dos cuestiones fundamentales. ¿Qué materiales estratégicos nos serían adquiridos —a justo precio— por los Estados Unidos, a fin de que nuestros productores no sufriesen sensibles pérdidas? Y ¿en qué condiciones facilitarían las agencias norteamericanas la venta a México de artículos sujetos a licencias de exportación o al "control de prioridades"

ordenado por Roosevelt?

Wiechers y Douglas trabajaron con celeridad —y con acierto. Los productos mexicanos que no podríamos vender a los beligerantes o a naciones que les sirviesen de intermediarios, serían el henequén, el ixtle, la pita y fibras similares; hilos de engavillar, cables y cordeles; antimonio, arsénico, bismuto, cadmio, cinc, cobalto, cobre, espato flúor, grafito, manganeso, mercurio, mica, molibdeno, plomo, tuxteno y vanadio. Así lo determinó el presidente Ávila Camacho en el decreto firmado el 10 de julio.

Con base en ese decreto, el comisionado americano —en carta del 15 de julio— aceptó que la Federal Loan Agency nos comprara, durante dieciocho meses, los excedentes

exportables de tales artículos, a un precio que correspondería al promedio de las cotizaciones durante la semana anterior a la fecha en que cada operación se llevara a cabo. Si se comprobaba que la Federal Loan Agency había adquirido artículos similares a precios mayores de los calculados conforme a ese procedimiento, los vendedores mexicanos recibirían la diferencia a que tuviesen derecho. Se previó solamente un límite para nuestras ventas: el de que —dentro de los dieciocho meses señalados por el convenio— no excediese su monto, en más del 25%, a la cantidad total exportada por México desde el 1º de enero de 1940 hasta el 1º de junio de 1941.

Además de esas garantías, que fueron recibidas con beneplácito por nuestros exportadores, Wiechers obtuvo que Douglas se

comprometiese a que un funcionario especial, designado por el Departamento de Estado, viniera al país a fin de ayudar a nuestros importadores en los trámites necesarios para adquirir artículos norteamericanos sometidos al control de prioridades y al sistema de licencias de exportación.

Fue mucho, a mi juicio, lo conseguido. Sin embargo, no pareció bastante a ciertos críticos financieros. El convenio aseguraba la venta de materiales estratégicos mexicanos a precios equitativos. Pero los capitales que México pudo allegar así, resultaron exiguos cuando, terminada la guerra, nuestros importadores se lanzaron a adquirir artículos norteamericanos (muchos de ellos de lujo) que habían subido notablemente de precio. Y se atribuyó, en parte, a los gastos originados por aquel exceso de compras posbélicas, el saldo negativo de nuestra balanza de pagos que suscitó la desvalorización de nuestra divisa monetaria en 1948.

Dos días después de anunciado el arreglo Wiechers-Douglas, el presidente Roosevelt ordenó la publicación de las “listas negras”, es decir: la relación de las personas y las compañías con las que no podrían ya comerciar los Estados Unidos. Esas listas, en las que figuraban 1 800 nombres, afectaban a 181 individuos o empresas con negociaciones en la República Mexicana.

Discutimos el caso y, el 22 de julio, Padilla declaró a los periodistas que la adopción de las listas negras por el gobierno de los Estados Unidos había sido “una medida ineludible de defensa para ese país”, pero que los ciudadanos que estuviesen en aptitud de justificar su actuación con toda claridad podrían ser objeto de gestiones amistosas a fin de que se reconsiderase la inclusión de sus nombres en tales listas. Como, la víspera, el senador Tito Livio Calcáneo publicó en los diarios un texto en el que exhortaba al presidente Ávila Camacho a incautar las fincas cafetaleras alemanas de Chiapas, Padilla precisó que nuestro gobierno no había dictado ninguna medida tendiente a la incautación de bienes de alemanes o de italianos, ni para congelar créditos de unos ni de otros.

Resultaba nuestra actitud tanto más moderada cuanto que Alemania no cesaba de importunarnos con sus determinaciones y sus protestas. Sin motivo explicable, el Reich pidió que saliese de París el último de los funcionarios mexicanos de nuestra representación consular y que clausurásemos los muy pocos consulados honorarios que teníamos aún en las

naciones ocupadas. Los términos de la petición nos indujeron a clausurar también los consulados que funcionaban en Alemania y a cancelar el *exequatur* otorgado a los cónsules alemanes en México. Con motivo de las "listas negras", Von Collenberg dirigió a Padilla una nota conminatoria. Se permitía opinar en ella acerca de nuestro concepto de la soberanía y declaraba que "una aceptación resignada de la medida en cuestión (la de las "listas negras") por parte del gobierno de México no podría quedar sin influencia sobre las resoluciones del gobierno alemán al reanudar las relaciones comerciales con México después de la guerra".

Nuestro canciller no tardó en contestar a admonición tan impertinente. No podíamos admitir ni por un momento las insinuaciones de la nota alemana, ya que sólo a nuestro país compete "en modo absoluto el advertir en qué ocasiones la libertad de comercio y la soberanía de México son lesionadas". Por lo que atañe a la amenaza respecto al porvenir de nuestras relaciones comerciales con Alemania, Padilla la rechazó firmemente. "El solo hecho de formularla —indicó a Von Collenberg— revela una posición imperiosa e inaceptable, en abierta contradicción con el espíritu de respeto recíproco que norma las relaciones exteriores de la República Mexicana."

El infortunado Von Collenberg optó por mantener más prudente reserva en las notas que prosiguieron. Su posición personal era cada día más lamentable. Hombre correcto, diplomático de carrera —ingresado al servicio exterior de Alemania antes del gobierno de Hitler—, tenía por fuerza que darse cuenta de los errores que las autoridades nazis le obligaban a cometer. Pero, según ya dije, sus propios colaboradores lo vigilaban. Y continuó al frente de la

legación… hasta los días en que rompimos relaciones con las potencias del Eje.

Durante ese período (en octubre de 1941) el gobierno chileno pidió al de Alemania que no aplicase la pena de muerte a los rehenes franceses detenidos, como represalia por el asesinato de dos oficiales alemanes de las tropas de ocupación. Adhiriéndonos a la gestión chilena, impartimos instrucciones a nuestra legación en Berlín para que expresase al Reich la solidaridad de México con la humanitaria solicitud de Chile. La administración nazi intentó devolver la nota de México; pero, de acuerdo con lo que le habíamos advertido, nuestro representante se negó a admitir tal devolución.

En nuestros despachos, el estudio de todas aquellas cuestiones alternaba con asuntos de otro carácter: los que trajo consigo la preparación del arreglo respecto a las reclamaciones hechas a México por los Estados Unidos.

En cuanto a las presentadas por daños causados a ciudadanos norteamericanos durante la Revolución, o por efecto de ciertas medidas agrarias, no tropezamos con grandes dificultades.

Los trabajos llevados a cabo, durante años, por los abogados de la Secretaría de Relaciones habían aclarado muchas incertidumbres y desechado no pocas peticiones exageradas o improcedentes. El Departamento de Estado admitió fijar la suma de cuarenta millones de dólares como saldo para la completa liquidación de tales reclamaciones: las incluidas en el acuerdo del 8 de septiembre de 1923, las agrarias —por decisiones adoptadas entre el 30 de

agosto de 1927 y el 7 de octubre de 1940—, abarcando las mencionadas en las notas suscritas por los gobiernos de las dos naciones el 9 y el 12 de noviembre de 1938 y todas las originadas después del 1º de enero de 1927 y antes del 7 de octubre de 1940.

La suma que indico fue determinada después de descontar, del total de las reclamaciones norteamericanas, el de las reclamaciones

hechas a los Estados Unidos por México. Habíamos abonado ya tres millones de dólares y pagaríamos otros tres al ratificarse la convención que estaba por concertarse. Los treinta y cuatro millones restantes serían cubiertos, mediante abonos anuales de dos millones y medio de dólares, a partir de un año de la fecha en que se firmase la convención.

Por lo que atañe al sistema sugerido respecto al avalúo de los bienes de las empresas petroleras norteamericanas, expropiados en 1938, 6 tanto el licenciado Suárez como el doctor Castillo Nájera estaban convencidos de que no se prolongarían mayormente las indecisiones de Cordell Hull. Tan firme así era su convicción que el licenciado Suárez (que hubo de trasladarse a los Estados Unidos, invitado por el secretario del Tesoro, a fin de considerar —

entre otros asuntos— el de la reanudación de las compras de plata mexicana por el gobierno norteamericano) permaneció varias semanas en Washington en espera de la conclusión del convenio sobre el procedimiento para efectuar el avalúo.

Sin embargo, las indecisiones de Cordell Hull estuvieron a punto de frustrar las esperanzas de hombres tan experimentados como Suárez y Castillo Nájera. Summer Welles demostraba franca impaciencia ante la lentitud de su jefe. Y fue, entonces, cuando la intervención de Daniels —sugerida ya por Padilla— obtuvo la orden de Roosevelt para que el secretario de Estado diese término a la cuestión. Por fin, el 19 de noviembre de 1941, Castillo Nájera y Hull procedieron a regularizar el convenio, en un cambio de notas que estipulaban los compromisos aceptados por ambos países.

Dentro de treinta días, contados a partir del 19 de noviembre, cada uno de los dos gobiernos nombraría a un perito encargado de determinar la justa compensación que correspondiese, excluyendo desde luego a las propiedades, derechos o intereses que hubiesen quedado comprendidos en otros arreglos, a propietarios o poseedores de bienes expropiados en marzo de 1938. Los peritos se reunirían en la Ciudad de México y podrían obtener directamente los datos y elementos probatorios que considerasen necesarios para

ilustrar su juicio. En un plazo de dos meses, deberían allegar todos esos datos, pero gozarían de un término adicional —de un mes— para la presentación de informes y pruebas complementarios. Se les señalaba un término de cinco meses para dar fin a sus labores, en la inteligencia de que su dictamen sería inapelable. En caso de falta de acuerdo entre los expertos, los dos gobiernos iniciarían negociaciones diplomáticas con el objeto de fijar el importe de las compensaciones. A cuenta de la cantidad que los comisionados determinasen, México entregaría nueve millones de dólares el día en que se canjearan las notas suscritas por Castillo Nájera y Hull.

El 19 de diciembre fue designado por el presidente Roosevelt el señor Morris L. Cooke como perito de los Estados Unidos y el presidente Ávila Camacho nombró, por su parte, al ingeniero Manuel J. Zevada. Los expertos supieron hacer honor a la confianza de ambos gobiernos. El 17 de abril de 1942 firmaron una carta en la que comunicaban a los dos jefes de Estado su pleno acuerdo. A su juicio, el total de las indemnizaciones habría de ser de 23 995

991 dólares, de los cuales 18 391 641 corresponderían al grupo de la Standard Oil de New Jersey; 3 589 158 al de la Standard Oil de California; 630 151 al de la Consolidated Oil Co.; 897 671 al de la Sabalo y 487 370 al de la Seabord. Antes de que se hiciera cualquier pago, las compañías depositarían en “escrow” todos los documentos e instrumentos de propiedad relacionados con los bienes expropiados y esos documentos serían entregados al gobierno de México, al efectuarse el pago final. Tanto el ingeniero Zevada como el señor Cooke recomendaron que el pago se realizara de esta manera: una tercera parte del monto, el 1º de julio de 1942 y el resto, en cinco abonos iguales, el 1º de julio de cada año subsiguiente. 7

Aunque hube de participar en muchas de las gestiones que precedieron a la resolución de los asuntos que he referido, no intervine de manera directa en el arreglo de los expertos. El señor Cooke me produjo la más grata impresión, por su sencillez y su voluntad manifiesta de hacer justicia en un avalúo que debió

prestarse, sin duda, a no pocas presiones de parte de las empresas. Traté asimismo al ingeniero Zevada, a cuya pericia no se ha rendido toda la gratitud que merece. Hablé en varias ocasiones con Daniels, Castillo Nájera y Suárez. Confirmé, en esas charlas, la admiración de que los tres eran dignos: Daniels, por su ecuanimidad siempre sonriente; Castillo Nájera, por su ingeniosa penetración, y Suárez, por su amplia cultura y su capacidad de irónica persistencia.

Han pasado más de seis lustros, y quizá hoy las nuevas generaciones no tengan muy clara idea de lo que representó, para México, el término de las controversias suscitadas por la nacionalización de nuestro petróleo. Pero los hombres de mi edad no han olvidado el orgullo que despertó, en los mexicanos de 1942, la certeza de que —gracias a la paciente perseverancia de Ávila Camacho— el patriótico gesto de Cárdenas fue reconocido, en el plano internacional, por un gobernante como Roosevelt.

Una coincidencia, muy feliz para mí, hizo que el día en que los expertos suscribieron el arreglo previsto en las notas del 19 de noviembre de 1941, fuera un 17 de abril. En esa fecha mis familiares festejaban mi cumpleaños. Se reunieron aquella vez en mi casa, junto con mi esposa, mi madre y mi tía Elisa. Les expliqué los motivos de la alegría que no tenía ya para qué ocultarles. Comprendieron, entonces, muchos de los silencios que las habían inquietado en mi trato durante varias semanas. Y, como siempre, su júbilo me proporcionó un estímulo para no cesar en los trabajos que me esperaban —y que absorberían lo mejor de mi tiempo durante años.

XIV. EL AÑO DE LA DECISIÓN. PEARL HARBOR. RUPTURA DE NUESTRAS RELACIONES CON ALEMANIA, ITALIA Y JAPÓN. LA CONFERENCIA DE RÍO DE JANEIRO. EL HUNDIMIENTO DEL *POTRERO DEL LLANO.* MÉXICO EN ESTADO DE GUERRA. ADHESIÓN A LAS NACIONES UNIDAS. RECONOCIMIENTO DE

LA FRANCIA LIBRE

En realidad, el año de la decisión —al que me referí en el capítulo precedente— no comenzó para nosotros el primero de enero de 1942, sino el 7 de diciembre de 1941, cuando los japoneses atacaron Pearl Harbor.

Ese domingo, habíamos invitado a pasar la tarde, jugando al *bridge,* a varios amigos. A las cuatro y media, se encontraban ya en nuestra sala muchas personas. 1 Entre ellas, el licenciado Eduardo Suárez y Manuel Tello. Sonó el teléfono. La voz de un reportero capitalino me anunció lo ocurrido en Hawaii. Di la noticia a quienes me rodeaban y, rogando a todos que me excusasen, me dirigí inmediatamente —junto con Tello— a la Secretaría de Relaciones Exteriores. La embajada de los Estados Unidos (a cargo del señor Joseph McGurk, pues no había llegado aún el embajador Messersmith, que reemplazaría a Daniels) nos confirmó el hecho.

Padilla solía pasar los domingos en Cuernavaca. Desde mi oficina, hablé con él por teléfono. Debió encontrar la forma de consultar sin tardanza al Presidente de la República, pues recibimos a tiempo la autorización para redactar una página en la que definiríamos la actitud que observaría nuestro país.

Fui rápidamente a la Secretaría de Educación, donde debería pronunciar, para el programa de la *Hora Nacional,* unas palabras de presentación acerca de un diputado belga que estaba de paso en México, el señor Van Caulewart. Había convocado a otros de nuestros colaboradores y, al regresar a mi despacho, distribuimos a los periodistas las copias de la declaración aprobada ya por Padilla. Manifestábamos en ella que —conforme a las resoluciones adoptadas por los cancilleres reunidos en La Habana en 1940— cualquier agresión contra alguna de las naciones del Hemisferio sería juzgada por México como una agresión contra su propia soberanía y que no omitiríamos esfuerzos para hacer patente nuestro espíritu de solidaridad. Concluía el documento con este párrafo: “El gobierno está convencido de que el criterio que expresa es el de todos los mexicanos y tiene la certidumbre absoluta de que,

cualesquiera que sean los resultados, la nación mantendrá de manera unánime una decisión que está en armonía con la continuidad de sus tradiciones y con la dignidad de nuestro futuro".

Por la noche, llegó Padilla a la capital y hablé con él detenidamente acerca de los problemas que la agresión japonesa planteaba a México. Lo encontré resuelto: tendríamos que romper toda relación con el agresor. El director del ceremonial citaría al ministro Miura para que se le anunciase la ruptura en nombre del presidente Ávila Camacho. Antes de hablar con Miura, dirigiríamos un telegrama al general Amezcua, nuestro ministro en Tokio, a fin de que tomase las medidas correspondientes. Después de concertar aquellos acuerdos, volví a mi casa —y no me sorprendió enterarme de que nuestros invitados hubiesen optado por despedirse, interrumpiendo algunos de sus partidos de *bridge.*

El lunes, a las siete y media de la tarde, Padilla recibió al ministro Miura y le notificó la determinación de nuestro gobierno. Esperábamos que el general Amezcua hubiera leído ya nuestro mensaje y procedido a clausurar la legación en Tokio y el consulado en Yokohama…

Ese mismo lunes se publicó la noticia de que, varias horas después del ataque a Pearl Harbor, el Japón declaró la guerra a los Estados Unidos. Apoyado por el Congreso (con la sola excepción de un miembro de la Cámara de Representantes: la señorita Rankin), Roosevelt firmaría, a su vez, la declaración de guerra al Japón.

El martes 9, nuestro canciller explicó a los periodistas que la suspensión de las relaciones de México con el imperio de Hirohito no implicaba una declaración de guerra. Por radio, el general Ávila Camacho dirigió un mensaje de aliento al país. Afirmó que habíamos tomado las medidas adecuadas para la seguridad de nuestro territorio y que, en caso necesario, nuestro ejército y nuestra armada cumplirían con su deber. Aclaró, sin embargo, que nuestra participación en la defensa colectiva, más que combates, exigiría un intenso esfuerzo de producción. "Nuestra lucha —dijo— no se hará en las trincheras, sino en las fábricas y en los surcos"… Sus

palabras definían bien nuestra posición. No estábamos dispuestos a mandar a ningún mexicano a morir en el extranjero. No soñábamos con éxitos bélicos improbables.

Protegeríamos el territorio nacional y colaboraríamos para acrecer, con nuestros recursos, lo que había dado en llamarse “el arsenal de las democracias”.

Algunos países latinoamericanos fueron menos prudentes. No se limitaron a romper relaciones con el Japón. Creyeron útil apresurarse a declararle la guerra. Tuve ocasión, entonces, de hablar con don Manuel, y consideramos ambos muy discutible tal apresuramiento.

Mientras México no fuese objeto de alguna agresión directa, deberíamos observar la actitud definida en las declaraciones dadas a la prensa el domingo 7.

En virtud de las circunstancias, Cordell Hull propuso —el miércoles 10— una reunión de consulta de los ministros de Relaciones Exteriores de las repúblicas americanas. La junta podría efectuarse en Río de Janeiro. Alemania e Italia habían declarado la guerra a los Estados Unidos. A la zaga del gobierno de Washington, los de Costa Rica, Cuba y El Salvador se consideraron en guerra con esas potencias. México se concretó a dar por concluidas sus relaciones diplomáticas con los regímenes de Hitler y Mussolini. Para informarles de tal determinación, Padilla recibió al barón Von Collenberg y al conde Marchetti di Muraglio.

Pronto me percaté de que es más fácil proceder a la ruptura de relaciones con determinados países que asegurar el viaje de sus representantes y garantizar a los nuestros la posibilidad de volver a México. Para tomar —en Miami— el avión que lo conduciría al Brasil, Padilla salió de la capital el sábado 3 de enero. Provisionalmente, asumí la dirección de nuestra cancillería. Los intereses de Alemania y del Japón se hallaban a cargo de los representantes de Suecia y Portugal, respectivamente. Por su conducto supimos que, mientras el poeta Maples Arce y sus

colaboradores gozaban de libertad en Roma, el general Azcárate y el personal a sus órdenes habían sido concentrados en un hotel de Bed Nauheim, y el general Amezcua y otros funcionarios mexicanos permanecían, incomunicados, en nuestra legación en Tokio.

Sugerí al presidente Ávila Camacho que procediésemos de acuerdo con la reciprocidad anunciada al romper relaciones con el Eje. Alemanes y japoneses habían disfrutado, como los italianos, de amplia libertad entre nosotros. No sufrieron la más pequeña molestia en sus personas o en sus bienes. A partir del momento en que conocimos el trato impuesto por sus gobiernos a nuestros diplomáticos, hubimos —muy a nuestro pesar— de medir nuestra tolerancia.

Decidimos que los japoneses quedaran custodiados en la residencia del ministro Miura y en las oficinas de su legación. Los alemanes serían alojados en un hotel cercano a la capital.

Por medio del encargado de negocios de Suecia, Von Collenberg expresó el deseo de trasladarse a Cuernavaca. Pero, como Castillo Nájera nos informó respecto a la posibilidad de que alemanes e italianos esperasen —en White Sulphur Springs— el día del canje colectivo, preferimos autorizar el viaje de Von Collenberg a los Estados Unidos.

El 16 de enero de 1942, él y cuarenta y cinco personas más (entre las cuales figuraban los funcionarios alemanes y sus familiares) tomaron, en Lechería, el tren que los llevaría hasta la frontera. Harían el viaje en carros especiales, y los acompañaría un miembro de nuestra dirección del ceremonial: el licenciado Raúl López Franco. A los periodistas que lo entrevistaron, Von Collenberg manifestó su agradecimiento por las atenciones que las autoridades mexicanas habían tenido para con él y sus compatriotas. “Vine a este bello país —

comentó— en diciembre de 1933 y, después de nueve años, me voy con un sentimiento de gratitud para el México que me albergó durante ese tiempo…”

Con más de un mes de diferencia (también por ferrocarril y con dirección a Laredo) salieron de México, el 18 de febrero, los diplomáticos italianos y japoneses. Marchetti di Muraglio y el secretario de la legación, conde Roberti, acompañado por su señora, irían a White Sulphur Springs. Miura, su esposa, sus hijos y más de cuarenta japoneses —entre funcionarios, familiares y trabajadores domésticos— serían trasladados a Hot Springs. La discreción de Marchetti fue, en todo momento, perfecta. Ni hizo declaraciones, ni aparecieron en muchos diarios de México fotografías de su persona. Días después, la legación de Portugal nos dio a conocer un mensaje del señor Miura, fechado ya en Hot Springs. El ministro japonés

atestiguaba su reconocimiento, y el de sus compañeros, por las atenciones que nuestro gobierno les dispensó.

Von Collenberg no fue a verme antes de su salida. Me inspiraba íntima compasión, pues tenía la certidumbre de que, dentro del régimen de Hitler, nada podría compensarle de los esfuerzos que hubo de realizar —sin convicción personal, a veces— a fin de satisfacer las órdenes nazis. Marchetti quiso despedirse de mí. Sin referirse en manera alguna a la resolución adoptada por nuestro gobierno, me deseó todo el bien posible y me envió al día siguiente, como recuerdo, un álbum en cuyos discos, interpretada por buenos ejecutantes, había sido grabada la música de dos cuartetos de Beethoven. Evoqué nuestras charlas de 1936 y 1937. ¿Gozaría otra vez Marchetti del placer de contemplar en paz las obras de Botticelli y de Miguel Ángel, que tanto amaba? ¿Podría un hombre como él, insertarse en la tempestad de esa guerra inicua —que no fue nunca, por cierto, una guerra suya?

Somos hojas perdidas en la hora del vendaval… De las tres Parcas, Láquesis, la que teje sin pausa el destino de los mortales, no acierta a indagar siquiera en qué día y en qué minuto su hermana Átropos cortará el hilo de nuestras vidas. Cuando, años más tarde, supe cómo murió Marchetti, busqué el álbum con que me obsequió al salir de México. Sentí no hallarlo.

Había desaparecido, probablemente, en el desorden de alguna mudanza.

Por espacio de cuatro semanas estuve al frente de la secretaría. Tres asuntos de trascendencia fueron motivo de mi atención: el acuerdo al que llegaron Roosevelt y Churchill al difundir la Declaración de las Naciones Unidas, la necesidad de crear una comisión méxico-norteamericana de defensa y la asamblea de cancilleres de Río de Janeiro.

Desde agosto de 1941, me había interesado el viaje hecho por Roosevelt a fin de encontrar a Churchill “en algún lugar del Atlántico”. En el barco elegido para sus pláticas, discutieron acerca de los principios que deberían guiarles después de vencer a Hitler. En esos días, los Estados Unidos no habían sido agredidos por el Japón ni declarado la guerra a las dictaduras nazifascistas. Sorprendió a muchos que el presidente de un país no beligerante diese públicamente por aceptada, como premisa de su política, la derrota de todos los miembros del Eje. Pero hay circunstancias que se prestan a múltiples transacciones. Y, de aquel encuentro, surgió la Carta del Atlántico.

En diciembre, la situación era ya distinta. Los Estados Unidos se hallaban en guerra con Alemania, Italia y Japón. Churchill no tenía motivo para ir a buscar a Roosevelt en un sitio secreto del vasto océano. Fue oficialmente a Washington, y, durante varios días, examinó con Roosevelt las posibilidades de establecer un mando supremo de las fuerzas aliadas y de sentar las bases de la organización internacional que conviniese afirmar después de la guerra.

El 3 de enero de 1942, mientras Padilla se disponía a salir rumbo a Río de Janeiro, nos

enteramos de la difusión dada en Washington al texto de la Declaración de las Naciones Unidas, que suscribieron representantes de veintiséis gobiernos: los de los Estados Unidos, la

Gran Bretaña, la URSS, China y todos cuantos estaban ya en guerra con las potencias del Eje.2

Entre éstos figuraban Costa Rica, Cuba, la República Dominicana, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, Nicaragua y Panamá. Al pie del documento, constaban las rúbricas de Roosevelt, Churchill, Litvinov, embajador soviético en Washington, y la del ministro de Relaciones de Chiang Kai-shek.

La declaración reiteraba los postulados de la Carta del Atlántico, invocaba el deber de preservar los derechos humanos y la justicia, y formulaba dos importantes promesas: en primer término, cada gobierno signatario emplearía todos su recursos —militares o económicos— contra los miembros del Pacto Tripartita y sus adictos; en segundo lugar, adquiriría el compromiso de no hacer un armisticio, o la paz por separado, con los enemigos.

Todo país que prestase ayuda material, y contribuyese en la contienda para vencer al hitlerismo, podría adherirse al grupo de las “naciones unidas”.

El texto me dio la impresión de haber sido escrito con el propósito de invitar a los indecisos a participar en el conflicto *materialmente* y no sólo con manifestaciones de platónica simpatía. En el acuerdo que tuve entonces con el presidente Ávila Camacho, consideramos el pro y el contra de la actitud asumida por los países latinoamericanos que se habían apresurado a declararse en estado de guerra. Me alegró advertir que don Manuel continuaba inflexible en su decisión. No nos sumaríamos a los impacientes, mientras no fuésemos víctimas de algún ataque por parte del Eje. La incitación a asociarnos a los

“organizadores del futuro” no podría alterar nuestra concepción del derecho y de la soberanía de México.

Las instrucciones que había dado don Manuel a Padilla coincidían con esa línea de conducta. Pugnaríamos, en Río de Janeiro, porque las repúblicas latinoamericanas se solidarizaran en una ruptura

colectiva de relaciones con Alemania, Italia y Japón; pero no pretenderíamos obtener lo que los Estados Unidos tal vez querían: que todas declarasen la guerra al Eje. México no sería un voluntario bélico más. Cuando llegase el caso, obraríamos conforme a nuestros legítimos intereses. Por lo que atañe a la Declaración de las Naciones Unidas, podríamos manifestar nuestra adhesión a sus principios.

Durante ese acuerdo, hablamos también acerca de la posibilidad de constituir una comisión méxico-norteamericana que estudiase las medidas adecuadas para el caso de alguna agresión a nuestro territorio. Los Estados Unidos deseaban integrar esa junta con dos militares mexicanos y dos norteamericanos. Don Manuel había tratado ya la cuestión con el ex presidente Cárdenas y ambos pensaban que seria útil evitar las presiones diplomáticas, más o menos directas, creando a tiempo esa comisión y nombrando en ella, como representantes de México, a dos militares de su absoluta confianza: los generales Miguel S. González Cadena y Tomás Sánchez Hernández. Los representantes norteamericanos serían el mayor general Stanley D. Embick y

el vicealmirante Alfred W. Johnson.

Autoricé a Castillo Nájera a precisar el arreglo y, el 12 de enero, la Casa Blanca dio la noticia a la prensa. Para explicar los hechos, expresé por mi parte a los periodistas que nuestra intención era la de examinar, desde el punto de vista técnico, las posibilidades de defensa común que resultaba imprescindible prever en esa época de emergencia. Recordé, a tal propósito, el último párrafo de la resolución XV, adoptada por la Junta de Cancilleres reunida en La Habana durante el mes de julio de 1940: “Los Estados signatarios, entre todos ellos, o entre dos o más de ellos, procederán a negociar los acuerdos complementarios, necesarios para organizar la cooperación defensiva y la asistencia que se prestarán en la eventualidad de agresiones…” La comisión iniciaría sus trabajos tan pronto como Sánchez Hernández (que había acompañado a Padilla en su viaje a Río) pudiese trasladarse a los Estados Unidos.

No conocía yo personalmente a González Cadena, pero tenía la mejor opinión acerca del patriotismo y la capacidad técnica y diplomática de mi amigo Sánchez Hernández. Por otra parte, el ex presidente Cárdenas (según me aseguró don Manuel) estaba convencido de su aptitud. Así lo atestiguó el hecho de que, cuando aceptó don Lázaro el cargo de secretario de la Defensa Nacional, nombró a Sánchez Hernández jefe de su Estado Mayor.

El viaje al Brasil ofreció a Padilla una oportunidad de lucir todos los oros de su elocuencia. La política panamericana encontró en él a un vocero audaz. Adornados con galaxias retóricas imprevistas, sus discursos acertaron a deslumbrar —y, en muchos casos, a convencer. Ajustándose con fidelidad al programa discutido en las charlas con don Manuel, no intentó conseguir la declaración conjunta de guerra que otros gobiernos ambicionaban. Con el apoyo de Colombia y de Venezuela, propuso algo más oportuno y más decoroso: la generalización de la ruptura de relaciones con los firmantes del Pacto Tripartita.

Dentro de la delegación, que presidió muy bien nuestro canciller, ocupaba el cargo de delegado alterno el embajador José María Dávila. Como consejeros diplomáticos, el presidente escogió al licenciado Primo Villa Michel y creo no haberme equivocado al recomendar a Roberto Córdova. Asistieron a la reunión de Río de Janeiro dos consejeros económicos: Luciano Wiechers y Antonio Espinosa de los Monteros. Sánchez Hernández desempeñó las funciones de consejero militar. Y, en calidad de secretario particular de Padilla, actuó un jurista muy culto y muy talentoso: Antonio Gómez Robledo. Fernando Lagarde coordinó los trabajos de la secretaría general.

La asamblea inició sus labores el jueves 15 de enero. Hablaron, en la sesión inaugural, además de otros delegados, Summer Welles y Ezequiel Padilla. El discurso de Welles apareció en los diarios capitalinos en la mañana del viernes 16. Y no pudimos dar a la prensa el de Padilla sino el sábado por la noche. No sé, todavía hoy, a quién culpar de lentitud tan inexplicable. ¿Fue origen de esa

tardanza la secretaría general de nuestra delegación?… Lo cierto es que, durante varios días, nos enteramos de los debates más por los informes de los

periódicos que por los mensajes de la embajada de México en Río.

El escollo con que tropezaban los países dispuestos a la ruptura de relaciones, fue la tenacidad del canciller argentino, Ruiz Guiñazú. La inquietud de quienes pretendían una declaración inmediata de guerra no tenía por qué alarmarnos. El propio Departamento de Estado sabía que semejante vehemencia no hallaría eco en el gobierno de México, ni en los de la Argentina y de Chile, ni siquiera en el de Brasil, tan dispuesto siempre a ayudar a Washington. Dirigía la cancillería brasileña —y presidía la conferencia— un hombre de incuestionable prestigio: Oswaldo Aranha. Nadie mejor que él podía percatarse de que la moción presentada por Colombia, México y Venezuela sería la que alcanzara, a la postre, mayor número de votos.

Según me contó Roberto Córdova, el éxito de Padilla fue extraordinario. Ningún orador escuchó, en aquella asamblea, más cálidas ovaciones. Frases como ésta: “Sólo estaremos guiados por el oráculo del imperativo supremo de defender los destinos libres de América”, o ésta: “No es la hora de defender riquezas materiales: es la hora del sacrificio”, o ésta: “Si ha habido indecisiones, no importa; las constelaciones se integran con el avance de la noche. Ya veremos cómo pronto la constelación de las veintiún estrellas americanas esplende en el firmamento de América” encantaron a los oyentes y suscitaron, incluso, gritos de “¡Viva México!”

Sólo los ministros de la Argentina y de Chile parecían poco dispuestos a que

“esplendieran” sus pueblos en esa constelación… Hasta el penúltimo instante, Ruiz Guiñazú y Juan B. Rossetti trataron de obstaculizar la ruptura conjunta de relaciones. Pero, en la América Latina, entre el penúltimo instante, media siempre una intervención oportuna: la que responde al anhelo de no contrariar al gobierno de

Washington. Y el canciller brasileño logró al fin el propósito deseado: se “recomendaría” a todos los países americanos que rompiesen sus relaciones diplomáticas con el Eje. 3

Además de los triunfos tribunicios alcanzados por su jefe, nuestra delegación obtuvo que se alentara la movilización económica de las naciones de América con el objeto de asegurar

—en el menor tiempo posible— el aprovisionamiento de materiales estratégicos; que se otorgase el trato de no beligerantes a los Estados en guerra contra los regímenes totalitarios y que se expresase la conveniencia de que dejaran de existir, en nuestro Hemisferio, colonias penales de países no americanos. Por último, y con el apoyo de otras delegaciones, México consiguió un voto de adhesión a los principios enunciados en la Carta del Atlántico. De la conferencia de Río emanaron también de varias resoluciones sobre la junta interamericana de defensa, un comité consultivo para la defensa política, la transformación del comité de neutralidad en un comité jurídico interamericano y la convocatoria para celebrar una conferencia de control económico y financiero.

Aunque los diarios le concedieron relativamente poca importancia, estimé de gran interés para todos nosotros el hecho de que la reunión de Río hubiese facilitado la tarea de los

mediadores en el conflicto fronterizo surgido (en 1941) entre Ecuador y Perú. Los cancilleres de esas dos repúblicas firmaron el 29 de enero de 1942, fuera del programa de la junta, un protocolo de paz, amistad y límites, en presencia de los ministros de Relaciones de la Argentina, Brasil y Chile y del subsecretario de Estado de los Estados Unidos. Al conocer tal noticia, propuse al general Ávila Camacho que enviara mensajes de felicitación a los presidentes Carlos Arroyo del Río y Manuel Prado. Ambos le contestaron en términos muy cordiales.

Desde el 22 de octubre de 1941, mediante declaraciones publicadas —simultáneamente—

en Londres y en México, había sido anunciada la reanudación de nuestras relaciones diplomáticas con la Gran Bretaña. El presidente nombró ministro en Londres a uno de nuestros diplomáticos más capaces: Alfonso de Rosenzweig Díaz, que nos comunicó su llegada a Inglaterra en la segunda decena de enero de 1942. El Foreign Office eligió a un hombre de mérito: Charles H. Bateman, que había sido consejero en El Cairo.

Bateman llegó a México el 23 de enero. En la visita que me hizo para entregarme la copia de sus cartas credenciales, pude darme cuenta de su talento y de su cultura. Parecía tener un propósito sobre todo: el de borrar, lo más pronto posible, el recuerdo que dejó en nuestro país el señor St. Clair O'Malley. Hablaba, además de su idioma, el español y el francés. Se había enterado, acuciosamente, de cuanto eran —o representaban— los hombres públicos con quienes iba a tener que tratar en México. Elogió la política del general Ávila Camacho, se refirió a los éxitos de Padilla en Río de Janeiro, comentó las perspectivas que la Carta del Atlántico ofrecía a las democracias, y no insistió en averiguar mi opinión respecto a sir Lancelot Oliphant, de quien le conté la curiosa aventura que tuvo en Bélgica, al escoger el camino de Brujas y no el de Francia…

Don Manuel respetaba a Churchill y admiraba el estoicismo de los ingleses. El 6 de febrero, Bateman fue a Palacio, para la presentación de sus credenciales. Como no había llegado Padilla a México, me tocó asistir a aquel acto —y recuerdo todavía la benévola sencillez con que nuestro presidente acogió al nuevo representante de su británica majestad.

Padilla regresó del Brasil como el general de un ejército victorioso. Había recibido —entre muchas otras— la felicitación calurosa de Summer Welles. Los términos empleados por el subsecretario norteamericano de Estado debieron lisonjearle particularmente. A partir de entonces, sus aduladores empezaron a ver en él a un candidato por quien les convendría luchar en las elecciones de 1945. Faltaban más de tres años. Pero, en voz baja, podía interrogarse ya a las sibilas…

Estimaba yo demasiado a Padilla para incluirme en el coro de quienes trataban de rodearlo con nubes de incienso tan peligrosas. Fui a Buena Vista, a darle la bienvenida y lo felicité muy

sinceramente por su gestión. Sin embargo, no dejaban de preocuparme, para el futuro de su carrera política, los entusiasmos de muchos que parecían, más que amigos sinceros del canciller, partidarios de su distante candidatura.

Resulta improbable que un secretario de Relaciones Exteriores llegue a la presidencia de nuestro país. Si lo hace mal, sus errores lo anulan prácticamente. En cambio, si acierta de manera muy ostensible, y sobre todo, si logra afianzar una amistad personal demasiado notoria con las autoridades de Washington, sus propios éxitos lo señalan a la sospecha de amplios sectores de la opinión. Esto —que escribo aquí— se lo dije alguna vez a Padilla, meses más tarde. Como era de talento muy claro, me miró sin resentimiento. Pero, como lo habían alentado ya múltiples augures, optó por cambiar de tema.

Pocos días después de que regresara Padilla, llegó a México el nuevo embajador norteamericano: George S. Messersmith. Parecía el reverso de la medalla del señor Daniels.

Éste era el tipo del gran liberal norteamericano de mediados del siglo XIX: leal, espontáneo, abierto, afable sin servilismo, franco sin aspereza, generoso sin fatuidad. Aquél tenía las características que el siglo XX atribuye a los diplomáticos “muy expertos”. Correcto, impasible, agudo, seguía todas las normas protocolarias, pero lo animaba una voluntad inflexible de obtener cuanto sus jefes le habían recomendado.

Daniels bebía jugo de naranja, se había casado con una norteamericana tan corpulenta y plácida como él y, cuando estaba de buen humor, hacía chistes que no lastimaban jamás a nadie. Messersmith apreciaba los buenos vinos, su esposa era de procedencia europea y —

cuando se sentía en confianza— sus comentarios sobre algunos colegas revelaban cáustica alacridad. Daniels sabía que la embajada en México sería el último cargo oficial de una vida pública que le había deparado serias satisfacciones. Messersmith esperaba que su estancia en nuestro país lo condujera a puestos más importantes.

Uno y otro me trataron siempre con particular atención. Messersmith me visitó con mayor frecuencia que Daniels y, repetidas veces, me invitó a cenar en la embajada o a participar en algún partido de *bridge.* Pero comprendía yo que, antes de discutir conmigo cualquier problema, había tomado nota de lo que Padilla le hubiese dicho sobre el asunto. Lo que intentaba, al examinar el caso con "el subsecretario", era más bien precisar los hechos, subrayar la intención de ciertas palabras que temía no haber suficientemente afirmado en sus charlas con "el ministro" y descubrir si, lo que pudo considerar como un compromiso formal, era solamente la promesa de reflexionar sobre la posibilidad de contraerlo.

Dentro del gobierno, le inquietaba un poco la personalidad de nuestro secretario de Hacienda. Sentía que la inteligencia del licenciado Suárez lo había medido con mayor precisión que la de otros miembros del gabinete. Es posible que adivinara también, en quien fue colaborador tan cercano de Cárdenas, ciertas reservas mentales, irónicas y profundas.

Pero, si advirtió esas reservas, pensó que la amistad de Padilla podría compensarlas con amplitud. Por algo empleaba, a la perfección, la "sonrisa del buen vecino"…

Una de las primeras gestiones de Messersmith consistió en invitar a Padilla a ir a los Estados Unidos. Nuestro canciller sería objeto de honores excepcionales tanto en Washington como en Nueva York. Además, podría detenerse en Raleigh, como huésped del ex embajador Daniels, quien deseaba presentarlo a sus amigos de la Universidad de North Carolina. Si era menester, procedería invocar como pretexto de aquella gira el propósito de consultar a algunos especialistas en Rochester.

Padilla no resistió a perspectivas tan halagüeñas. Por otra parte, el viaje propuesto por Messersmith le permitiría examinar con las autoridades del Departamento de Estado dos cuestiones que juzgábamos muy importantes: la concertación de un tratado de comercio y la forma de mejorar las condiciones materiales de nuestro sistema ferroviario.

Teníamos muy presente que, de no prorrogarse, el arreglo Douglas-Wiechers concluiría el 31 de diciembre de 1942. Las visitas hechas a los Estados Unidos por nuestro secretario de Economía, el licenciado Gaxiola, resultaron muy útiles para facilitar la importación de ciertos artículos necesarios a nuestra industria, pero él mismo no consideraba cuanto había obtenido sino como una anticipación de lo que podríamos conseguir mediante un tratado de comercio, que el presidente Ávila Camacho nos autorizó a negociar.

Ramón Beteta, subsecretario de Hacienda, nos pareció el funcionario indicado para asesorar a Castillo Nájera en los trabajos preliminares a la concertación del convenio. Y, acompañado por Beteta y por Wiechers, Padilla llegó a San Antonio el 25 de marzo. De allí, pasó a Raleigh, donde dio una conferencia. En Washington, fue recibido por Summer Welles y por muchos políticos eminentes. Visitó a Roosevelt y Lord Halifax le ofreció un banquete en la embajada de la Gran Bretaña. El 7 de abril, junto con Welles, declaró que se habían puesto de acuerdo para formular un tratado de comercio, proseguir la cooperación iniciada en el desarrollo industrial de México y considerar las necesidades de nuestro sistema ferrocarrilero.

Mientras Padilla pasaba el mes de abril en los Estados Unidos, pues no dejó de ir a Nueva York, a Chicago y a Rochester (lo que dio lugar a que el comentarista de uno de nuestros diarios señalara como un acierto dejar para el término del viaje la visita a Rochester, porque con tantos banquetes necesitaría de veras un tratamiento clínico), activé los trabajos del Consejo del Comercio Exterior, acompañé al presidente en la celebración del Día Panamericano y en la ceremonia organizada para inaugurar la Biblioteca Benjamín

Franklin, felicité a los señores Zevada y Cooke por el dichoso término de sus gestiones, envié a Beteta los datos solicitados acerca de algunos de los artículos que deberían figurar en el tratado de comercio anunciado en Washington, recibí al señor Taylor, subsecretario de Comercio de los Estados Unidos y, en presencia suya, dirigí unas palabras de aliento a quienes concurrieron a la séptima convención de cónsules norteamericanos en México.

El primero de mayo, los obreros organizaron un imponente desfile en la capital. Ese día, Vicente Lombardo Toledano pronunció un discurso en elogio de Stalin, Churchill, Chiang Kai-

shek y del "gran presidente Roosevelt, capitán en América de la lucha contra el fascismo…"

Padilla regresó el 4 de mayo. Esperaba que todo iría encauzándose por vías más o menos propicias. Pero algo nos hacía intuir una amenaza inminente. En efecto, se aproximaba para nosotros la hora más grave. El jueves 14 de mayo recibimos del consulado de México en Miami un dramático aviso: durante la noche del miércoles 13, frente a las costas norteamericanas, había sido torpedeado, por algún submarino del Eje, uno de nuestros barcos: el *Potrero del Llano.* Al hundirse el navío, la tripulación perdió a trece de sus miembros. De los veintidós rescatados, falleció otro poco después.

Redactamos, sin demora, la declaración que nos pareció procedente. Tras de consultar al general Ávila Camacho, el licenciado Padilla la dio a conocer a los periodistas. Decíamos en ella que "la dificultad de precisar la nacionalidad del submarino" no significaba, en manera alguna, un obstáculo para protestar ante las tres potencias del Eje. La unión proclamada por éstas las hacía, "en la práctica, solidariamente responsables" del atentado. Por eso solicitamos de la cancillería sueca, encargada de los intereses mexicanos en Alemania, Italia y Japón, que trasmitiese a los gobiernos de esas naciones el siguiente texto: "Si, para el próximo jueves 21 del corriente, México no ha recibido del país responsable de la agresión una satisfacción completa, así como las garantías de que le serán debidamente cubiertas las indemnizaciones por los

daños y perjuicios sufridos, el gobierno de la República adoptará inmediatamente las medidas que exija el honor nacional".

El miércoles 20, otro de nuestros barcos, el *Faja de Oro,* fue torpedeado y hundido cerca de Cayo Hueso. Al día siguiente, me llamó por teléfono don Manuel. Quería charlar conmigo.

Fui a Palacio, y me di cuenta de que había hablado ya extensamente con los licenciados Padilla y Eduardo Suárez acerca de la situación en que nos hallábamos. Italia y Japón no habían contestado a nuestra protesta. Alemania se había rehusado a recibirla. No nos quedaba sino un camino: declarar el estado de guerra. Le manifesté mi completo acuerdo con su resolución. Me indicó, entonces, que iba a convocar a un consejo de gabinete para el viernes 22 por la tarde. Como todo le hacía prever el apoyo de sus colaboradores, me indicó la conveniencia de redactar el discurso que se proponía leer ante el Congreso, tan pronto como éste se reuniese.

Con su acostumbrada espontaneidad, me expuso sus puntos de vista, e insistió especialmente en dos conceptos. Por una parte, creía indispensable explicar al país que el

"estado de guerra" sería en verdad la guerra, pero que no éramos nosotros quienes —por vanidad o por capricho— la declarábamos, pues iríamos al conflicto compelidos por el rigor de los hechos y la violencia de la agresión. Por otra parte, deseaba que no omitiese, en el proyecto que le enviara, una prudente aseveración: conocíamos los límites de nuestros

recursos bélicos y estábamos convencidos de que, dada la enormidad de las masas internacionales en pugna, nuestro papel no consistía en acciones de guerra extracontinentales.

Trataríamos de responder a los intentos de agresión de los adversarios, manteniendo —a todo trance— la integridad de México.

Tomé nota de sus propósitos, a fin de interpretarlos con la mayor claridad posible. Nos deseamos recíprocamente buena suerte. Y me despedí.

De conformidad con lo resuelto por el consejo de gabinete, el general Ávila Camacho pidió a la Comisión Permanente, el sábado 23, que convocara a un período extraordinario de sesiones del Congreso de la Unión. Desde el lunes 25, había recibido don Manuel el texto que deseaba. Padilla lo examinó atentamente, antes de mandárselo. Y lo aprobó, sin formular la más leve crítica —ni, por supuesto, el más parco elogio. Fue aquella la única ocasión en que lo sentí molesto por la confianza (excesiva, a su juicio) que el presidente me demostraba.

Probablemente, él hubiese querido añadir énfasis a determinados párrafos y suprimir la sordina que debió contrariarle en algunos otros. Pero conocía el carácter del general Ávila Camacho y se daba cuenta de que nuestro jefe no iría más lejos ni en el tono ni en la intención.

El jueves 28 acompañé a Padilla a la Cámara de Diputados. Ocupó su sitio entre los miembros del gabinete. Yo me senté en el lugar que los organizadores del acto tuvieron a bien asignarme. A todas luces, don Manuel estaba muy conmovido. Patriota auténtico, sentía la gravedad de ese instante, ya irreversible. Al llegar, en la lectura de su discurso, al fragmento en que resumió las vicisitudes de nuestra historia, los ojos se le humedecieron visiblemente. Y

hubo de dominarse para que su voz resultara audible al pronunciar estas palabras: “Tuvimos la experiencia del sacrificio; no la del oprobio. Hemos sabido del infortunio; no de la abdicación”.

La ovación del Congreso fue tan larga como simbólica. Cada diputado y cada senador comprendió muy bien la sinceridad del gran mexicano que estaba exhortándolos a afrontar los padecimientos que pudiera imponernos la lucha. Acaso el más impresionado de sus oyentes era el escritor que ocupaba la silla destinada al subsecretario de Relaciones…

La nación no se sintió muy afectada por la declaración del estado de guerra. No eran pocos quienes sonreían al oír hablar de "oscurecimiento" y de medidas para la defensa de la población civil. ¿Qué aviones japoneses se dignarían bombardear nuestras ciudades y nuestras costas?… Japón estaba demasiado ocupado en dominar al Lejano Oriente. Italia no sabía cómo defenderse, no sólo ya de sus adversarios sino de su aliado insistente y terco, y Alemania (que sufría, en África, crecientes pérdidas de prestigio) quería vencer ante todo a Rusia; podría hacer hundir todavía algunos de nuestros barcos, pero no iba a distraer grandes elementos bélicos para atentar contra la integridad de nuestro territorio.

Consciente de esa situación, el gobierno no se apresuró a adoptar medidas extraordinarias.

El presidente nombró al general Cárdenas comandante de la zona del Pacífico y designó con un cargo semejante, para el Golfo de México, al general Abelardo Rodríguez. En beneficio de los inquilinos, un decreto "congeló", el 10 de julio, las rentas de las casas. Mientras tanto, concertistas como Borovsky y directores de orquesta como Mitropoulos fueron objeto de cálidas ovaciones en el Palacio de Bellas Artes; los aficionados descubrieron a Shostakovitch; el rey Carol se hizo visible —de tarde en tarde— en los teatros y en reuniones sociales organizadas por los miembros de lo que Novo calificaba ya "el grupo A"; los generales Plutarco Elías Calles, Pascual Ortiz Rubio y Juan Andrew Almazán se manifestaron dispuestos a volver al servicio activo, y —en nombre de la unidad nacional— se celebraría, en septiembre, una jornada "de acercamiento", en la que estarían presentes, al lado del general Ávila Camacho, los ex presidentes De la Huerta, Calles, Portes Gil, Ortiz Rubio y Cárdenas.

Dirigida por Martín Luis Guzmán, empezó a circular la revista *Tiempo;* los representantes de todas las centrales obreras se comprometieron a firmar un pacto de solidaridad a fin de asegurar su cooperación con el gobierno; senadores y diputados salieron a

los Estados para orientar a sus mandantes respecto a la situación de guerra en que nos hallábamos; una misión militar soviética (dirigida por un norteamericano, Bruce Vickers) vino al país a observar lo que estábamos haciendo y —probablemente más— a tomar nota de lo que no hacíamos aún…

Y, el 18 de agosto, el presidente firmó el decreto que puso en vigor la ley del servicio militar obligatorio.

Nos encontrábamos, después de todo, en un estado de guerra muy especial. El 10 de septiembre, el general Cárdenas tomó posesión de la secretaría de la Defensa, substituyendo así al general Pablo Macías, que lo reemplazó como comandante de la zona del Pacífico.

Fueron llamados a México los generales González Cadena y Sánchez Hernández. Sin perder su categoría de embajador, Castillo Nájera ocuparía el lugar de González Cadena en la comisión méxico-norteamericana de defensa y el general Alamillo Flores sucedería a Sánchez Hernández. Por fin el domingo 13 de ese mes, millares de jóvenes del Distrito Federal acudieron a las prácticas militares en los campos de instrucción. Lo mismo ocurrió a partir del domingo 20, lo que autorizó a determinados grupos de la juventud mexicana para reclamar que los aliados abriesen en Europa, lo más pronto posible, un “segundo frente”. Por su parte, Padilla continuaba insistiendo en que México no estaba en una “guerra platónica”: su destino era combatir.

Y combatieron realmente muchos mexicanos: los que vivían en los Estados Unidos y se hallaban sujetos a las disposiciones sobre servicio y entrenamiento *(Selective Service and Training Act)* adoptadas en 1940 y modificadas en 1941.

Desde el mes de julio, me había conmovido saber que más de sesenta mil mexicanos radicados en los Estados Unidos se manifestaban dispuestos a venir al país si se les llamaba para defender nuestra soberanía. Comenté esa noble actitud con el presidente, y advertí que la

apreciaba tanto como yo; pero, a su juicio, era muy improbable que pudiéramos disponer de todos los medios necesarios a fin de encuadrar a millares de compatriotas en divisiones capacitadas para luchar en frentes asiáticos o europeos, a las órdenes de un Estado Mayor dirigido por los aliados.

La defensa de nuestro territorio constituía nuestro deber primordial. Para fortalecer esa defensa, estábamos adiestrando a los conscriptos que ingresarían a filas tan pronto como recibieran la adecuada preparación. Con los elementos bélicos que obtuviésemos merced al sistema de “préstamos y arrendamientos”, el gobierno se hallaría así en aptitud de vigorizar a su propio ejército. Resultaba más importante —y no sólo para nosotros, sino para la causa común de las democracias— reparar nuestro sistema ferroviario, acondicionar nuestros puertos y, gracias a esas actividades, enviar a nuestros aliados de manera más rápida y oportuna los materiales estratégicos que tanto necesitaban. Por otra parte, ¿cómo traer a la República a esos sesenta mil entusiastas, y a sus familias, cuando muchos de nuestros trabajadores ansiaban aprovechar la oportunidad que les ofrecían los grandes consorcios agrícolas norteamericanos, sobre todo en Arizona y en California?

A partir de entonces, orientamos nuestras gestiones hacia cuatro metas complementarias: coordinar los servicios técnicos de los especialistas norteamericanos para rehabilitar diversos sectores de los ferrocarriles nacionales; discutir con las autoridades de Washington las garantías que recibirían los trabajadores agrícolas mexicanos solicitados por los cultivadores de los Estados Unidos; prorrogar el arreglo Douglas-Wiechers y acelerar las negociaciones para suscribir un tratado de comercio entre nuestros dos países.

Por cuanto a los mexicanos que hubiesen de acatar las disposiciones relativas al servicio militar obligatorio, obtuvimos que tales disposiciones no se aplicaran a los estudiantes.

Tampoco se aplicarían a los trabajadores agrícolas transitorios, ni a los funcionarios y empleados acreditados por nuestro gobierno, ni a las personas que (a lo largo de la frontera, y por necesidades de su

industria o de su comercio) residían prácticamente en ambos Estados y servirían en consecuencia, a las fuerzas armadas de su país de origen. 4

En lo concerniente a los trabajadores agrícolas, el 4 de agosto, la Secretaría de Relaciones Exteriores y la embajada de los Estados Unidos en México procedieron a un cambio de notas.

Estos textos precisaban las bases sobre las cuales podrían ser contratados quienes desearan aceptar la solicitud de las empresas norteamericanas; no serían empleados en ningún servicio militar; no sufrirían discriminaciones de ningún género; disfrutarían de amplias garantías en materia de transporte, alimentación y repatriación; no estarían obligados a efectuar compras en tiendas de raya y se les proporcionarían estímulos a fin de ahorrar algunos recursos para poder consagrarse, al regresar a México, a pequeños cultivos útiles al país. Así empezó a regularizarse la emigración de nuestros "braceros", emigración que siempre me pareció deprimente, pero que resultaba entonces inevitable. En el curso de un año, cincuenta y ocho mil mexicanos, amparados por el convenio del 4 de agosto, salieron a trabajar en diversas

regiones de los Estados Unidos.

Como resultado de las pláticas de Padilla con Summer Welles, conseguimos que el arreglo Douglas-Wiechers continuase en vigor hasta que alguna de las partes comunicara a la otra, con seis meses de anticipación, su deseo de denunciarlo.

La concertación del tratado de comercio resultó más lenta de lo que imaginábamos.

Dificultó nuestra tarea un desacuerdo que no podíamos prever: el de Castillo Nájera, disgustado por la actividad demasiado autónoma de Ramón Beteta. El 23 de septiembre, estaba Ramón discutiendo algunos asuntos en mi despacho, cuando Castillo Nájera —en uso del "derecho de picaporte" que le otorgaban su autoridad y mi estimación— interrumpió nuestra charla y formuló, de improviso, no

recuerdo ya qué pregunta irónica. Beteta replicó con tal acritud que me vi obligado a advertir a ambos que mi oficina no era lugar propicio para exhibir sus desavenencias. Beteta se despidió amablemente de mí. Y Castillo Nájera se sentó frente a mi escritorio y me hizo un largo resumen de las controversias que uno y otro habían tenido en Washington.

A la postre, coordinaron mejor sus esfuerzos, y el convenio se firmó el 23 de diciembre de 1942. Lo suscribieron Castillo Nájera y Cordell Hull. Muchos consideraron aquel tratado como un regalo de Navidad. La prensa comentó el éxito de nuestros negociadores. Pero, cuatro años más tarde, nos dimos cuenta de que el exceso de nuestras importaciones y el alza de los precios norteamericanos nos obligarían —para limitar el déficit de nuestra balanza de pagos

— a elevar las tarifas arancelarias y, finalmente, a denunciar el convenio, como lo hizo el gobierno durante la administración del presidente Miguel Alemán. 5

Iba a concluir el año de 1942. Habíamos cumplido, no sin exactitud, el programa que estimábamos conveniente para asegurar el destino de la República. Las noticias del extranjero podían inspirarnos un razonable optimismo. En América, ciertamente, Argentina y Chile no se decidían aún a romper sus relaciones diplomáticas con el Eje. Chile lo haría en enero de 1943.

Pero Argentina tardaría mucho más que Chile en atender la recomendación adoptada por la conferencia de Río de Janeiro. Brasil, en cambio, había declarado la guerra a Alemania y a Italia. La declararía, también, al Japón. En Oriente, después de sus primeros fracasos, el general Mac Arthur empezaba a demostrar la capacidad ofensiva de los Estados Unidos. En África, a la habilidad de Rommel, se habían opuesto la constancia y la competencia técnica de Montgomery. En noviembre, Argelia y Marruecos fueron invadidos por grandes fuerzas aliadas. Sobre Túnez, se cernía una seria amenaza británica. Desde Londres, De Gaulle instó a los franceses a dar todo su apoyo a las tropas de las naciones unidas. En Europa, Italia y Rumania estaban prácticamente desquiciándose.

Fuerzas populares trataban de romper, en Yugoslavia, las cadenas impuestas por el nazismo. Y, tanto como los regimientos de Stalin, el

“general invierno” derrotaba a las divisiones de Hitler. Por sí sola, la resistencia de Stalingrado continúa siendo un ejemplo de tenacidad y de patriotismo. Norteamericanos e ingleses desmentían a cada instante la arrogancia de Mussolini: no, el Mediterráneo no era el

“mar de Italia”. La potencia industrial de los Estados Unidos logró construir —en menos de un año— cuarenta y ocho mil aviones de combate: más de los que poseían, en sus horas triunfales, las tres potencias del Eje. Tras de la noche en que había yo dejado a Europa, al salir de Lisboa en septiembre de 1940, se avizoraba ya el alba de la victoria.

La mayor alegría que me brindó aquel período laborioso fue la decisión tomada por don Manuel en lo concerniente a nuestras relaciones con el gobierno inválido de Vichy. Su fe en Pétain había ido decreciendo. La forma en que Laval acataba las órdenes hitlerianas contrastaba cada vez más con la energía magnética de De Gaulle. Muchos franceses de México proclamaban su adhesión a la Francia Libre. El propio Arvengas, que había sucedido a Bodard como ministro del régimen de Vichy, renunció a su cargo. Representaba a la Francia vencida el señor Clauzel. Iba pocas veces a verme. Y hablé mucho menos con él que con el delegado del Comité de Londres, a quien reemplazaría mi amigo el señor Garreau Dombasle. 6

Al charlar con el general Ávila Camacho acerca de la invasión de Argelia y de Marruecos por las tropas aliadas y de la sumisión del héroe de Verdun a los dictados del *Führer,* le manifesté que, a mi juicio, procedía aclarar ya nuestra posición frente a los franceses. No sería bastante una comunicación oficial de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Convendría que fuese la propia voz del presidente de la República la que anunciara nuestra esperanza en la liberación del país que, en 1789, había abierto a tantos pueblos del mundo el camino de la fraternidad y de la igualdad. Don Manuel aceptó mi proposición, y Padilla me confió el encargo de redactar el

mensaje que leería el general Ávila Camacho, desde el Palacio Nacional, el 9 de noviembre. Reproduciré aquí ese texto, que tantos franceses y mexicanos escucharon con emoción:

“La hora que esperábamos desde los siniestros días del armisticio de 1940 ha sonado por fin. Un ejército democrático —el de los Estados Unidos— está desembarcando en el litoral de las colonias francesas de África. Lleva la luz de esa libertad que es el alma misma de Francia y que, durante los dos últimos años, ha tenido que vibrar en secreto en la conciencia de un pueblo perseguido constantemente por la amenaza de las tropas del ocupante.

”Para México, que nunca aceptó la idea de una Francia vencida, estas jornadas constituyen la prolongación natural de la guerra que tan valientemente inició ese país en septiembre de 1939. Cuando el infortunio de las armas lo obligó a entregar su gran capital a los enemigos, una voz patética se elevó desde todos los pechos franceses clamando en su auxilio a nuestro hemisferio. La rapidez de los acontecimientos militares que entonces se produjeron y la necesaria lentitud de los preparativos políticos y estratégicos no hicieron posible que América estuviese en aquel momento presente a su llamado. Pero el llamado fue oído. Y toca a los heroicos soldados de los Estados Unidos el transmitir hasta los hogares de las posesiones

francesas en África una respuesta en la que palpita la acrisolada esperanza que pone este Nuevo Mundo en el porvenir inmortal de Francia.

”Creemos sinceramente que nadie se dejará engañar por las propagandas interesadas de los opresores totalitarios. Esta lucha no está inspirada en móviles de dominio, sino en una voluntad generosa de reconquista. 7 Los franceses pueden abrigar absoluta fe en lo que México dice en estos instantes. Porque México —que siempre ha confiado en Francia— no ha empeñado jamás su palabra internacional sino para defender una causa noble. Y ¿cuál más noble que el restablecimiento de los derechos de una república que, como la suya, ha sido cuna de libertad en el Occidente,

ejemplo de igualdad en la democracia y símbolo de fraternidad para el mundo entero?

”Las Naciones Unidas no quieren una victoria de la que Francia no participe. La batalla que libran es la batalla de la justicia. Hasta hoy, habíamos conservado la convicción de que la administración del Estado francés, bajo la presión de las bayonetas agresoras, no encontraba camino para defender sus libertades perdidas. Por desgracia, la actitud asumida por el gobierno de Vichy ante la acción de las democracias en África ha venido a comprobar dolorosamente que ese gobierno no representa el espíritu libre de Francia. En tal virtud, México considera que no puede sostener por más tiempo una situación que no corresponde ya a la verdad internacional, y se ve en el caso de romper sus relaciones diplomáticas con las autoridades subyugadas que han ordenado combatir a nuestros aliados, sin advertir que esa orden no implica una posición de defensa para sus territorios, sino una última abdicación de su soberanía.

”Por penosa que sea para nosotros esta medida, estamos seguros de que todos los franceses comprenderán los elevados principios que la justifican y reiteramos nuestro deseo de que, al cesar el presente conflicto, Francia unida vuelva a ser lo que ha sido siempre: una fuerza inmanente de gloria y de dignidad.”

Antes de que el mensaje del presidente fuera transmitido por radio, Padilla convocó al señor Beauchesne, secretario de la legación de Vichy, y le comunicó la determinación de nuestro gobierno. 8

El 1º de diciembre, reconocimos al Comité Nacional Francés, radicado en Londres.

Muchos hubieran preferido esperar a que Churchill y Roosevelt resolvieran cuál de los jefes de los combatientes franceses les parecía más aceptable: De Gaulle, Darlan o Giraud.

Nosotros no vacilamos un solo instante. Darlan había servido a Pétain. Giraud merecía respeto, sin duda, pero no era De Gaulle. Y

De Gaulle encarnaba a Francia desde el 18 de junio de 1940, cuando se negó a admitir la vergüenza del armisticio. Al reconocerlo, reconocíamos también la voluntad esencial de su patria. Los hechos confirmaron la validez de nuestra elección.

XV. MUERTE DE MI MADRE. EL PRESIDENTE ROOSEVELT EN MONTERREY. RELACIONES DIPLOMÁTICAS CON LA URSS: QUINTANILLA Y OUMANSKI. EL DERRUMBE DE ITALIA. LA JUNTA DE TEHERÁN

Durante casi tres semanas, desde mediados de enero hasta los primeros días de febrero, estuve en cama, enfermo de pulmonía. Como no existían entonces los antibióticos, mi médico recurrió al remedio que, en esa época, parecía más efectivo: las sulfamidas. Me preocupaba no atender las tareas de mi despacho. Iban a saludarme, es cierto, mis colaboradores. Gracias a ellos, logré mantenerme al tanto de las actividades de nuestra cancillería. Pero, mucho más que mi propio mal, me alarmaba saber que la salud de mi madre iba declinando rápidamente.

En marzo, mientras concertábamos —con la mayor discreción— la posible visita de Roosevelt a Monterrey, la afectó, a ella también, una congestión pulmonar. Continuaba viviendo con su hermana Elisa. Mi mujer y yo íbamos a verla todos los días. El domingo 28, pareció todavía reconocerme. Intentó sonreírme. Sin embargo, en sus labios, aquella sonrisa era ya un adiós. La postración y la fiebre la mantenían en un constante estado de somnolencia.

El doctor, que no creía perdidas todas las esperanzas, trató de reconfortarnos.

La visité en la mañana y en la tarde del lunes, antes de ir a la secretaría. Mi mujer —que permaneció a su lado— me llamó por teléfono a las siete de la noche. Algo serio había ocurrido, sin

duda… Salí, en seguida, y —minutos más tarde— me arrodillé ante su lecho.

¡Qué poco habían dejado, de la que fuera mi madre, la edad y la enfermedad! Una paz misteriosa ennoblecía su semblante. Le besé la mano que tantas veces me había dado su bendición.

Manuel Roldán me ayudó a conseguir que una agencia funeraria transportara sus restos hasta nuestra casa de la calle de Galileo. Allí la velaríamos. Algunos íntimos, como Bernardo Ortiz de Montellano y Xavier Villaurrutia, así como muchos compañeros de la secretaría, pasaron gran parte de la noche con nosotros. Cuando se despidieron, tuve un momento libre.

Bajo el cristal del óvalo abierto en la superficie de la caja que la encerraba, me sorprendió la resignación de su rostro estoico. La muerte había inmovilizado piadosamente, en su boca, el esbozo de una sonrisa. Y no era ya esa sonrisa la del adiós que me dio el domingo, sino la de una suprema serenidad.

Ante su cadáver, lo comprendí: no nacemos solamente una vez, al venir al mundo.

Nacemos todos los días. El hombre que —a la luz de los últimos cirios— se inclina frente a su madre muerta, vuelve a nacer de ella, transfigurado por el dolor… Las esperanzas que una

mujer tan austera depositó en mi destino, debería yo —a partir de entonces— afirmarlas con mi conducta. Hasta entonces, me había contentado con existir. En lo sucesivo, tendría que aceptar una responsabilidad incuestionablemente más grave: el deber de ser. Defraudarla, después de muerta, constituiría una traición.

En la madrugada, al subir a mi alcoba para cambiar de traje, vi el calendario. Anunciaba todavía la fecha del día extinto: 29 de marzo. ¡Extraña coincidencia!… Veinte años antes, un 9

de marzo, había muerto mi padre. Y veinte años más que mi madre tenía él cuando se casaron en el Perú.

Me pareció oírles hablar como solían hacerlo, después de la cena, en nuestra casa de la calle de Rosas Moreno. Rememoraban su juventud, describían a los amigos que habían tratado. En el mundo ideal en que imaginé su posible encuentro, ¿qué dirían del hijo que en ese instante los invocaba? ¿Comprenderían hasta qué punto formaban parte de mi existencia?

Veinte años cambian profundamente a los seres que los resisten. El joven que veló a su padre en 1923 era muy distinto del hombre que, en 1943, lamentaba la pérdida de su madre.

Con el tiempo, los afectos ahondaban en nuestro espíritu no sé qué raíces ocultas, de trágica persistencia. Nada volvería a ser igual, para mí, a partir de esa infausta noche. Sin embargo, continuaba la vida. Y la aurora iluminaba ya la ventana del cuarto en que entré a vestirme.

El sepelio se efectuó en el cementerio de Dolores. Nos rodearon muchos secretarios de Estado, muchos subsecretarios, muchos embajadores y muchos ministros extranjeros: todo el mundo oficial que mi madre no había querido conocer y del que no le interesaban sino los nombres de quienes sabía que eran verdaderos amigos nuestros. El licenciado Alemán me presentó las condolencias de don Manuel, que se hallaba en gira por el Estado de México.

Más de cien coronas se hacinaron alrededor de la fosa. Aquella profusión de crisantemos y de gladiolas no halagó en modo alguno mi vanidad. Hubiera preferido estar solo en esos momentos. Pero era inevitable corresponder a muchos saludos, agradecer la amabilidad de todos los que se acercaron a manifestarme su pésame. Y solamente cuando volví a mi casa pude llorar, sin fotógrafos ni testigos, como tiene derecho a llorar el hombre que —entrado ya en la cuarentena— sabe medir, mejor que el adolescente, el abismo de su orfandad.

Esa noche, escribí un soneto que di a la imprenta en 1949. Lo inserto aquí porque explica, a mi juicio, cuál era —moralmente— mi situación:

No has muerto. Has vuelto a mí. Lo que en la tierra

—donde una parte de tu ser reposa—

sepultaron los hombres, no te encierra;

porque yo soy tu verdadera fosa.

Dentro de esta inquietud del alma ansiosa

que me diste al nacer, sigues en guerra

contra la insaciedad que nos acosa

y que, desde la cuna, nos destierra.

Vives en lo que pienso, en lo que digo

y con vida tan honda que no hay centro,

hora y lugar en que no estés conmigo;

pues te clavó la muerte tan adentro

del corazón filial con que te abrigo

que, mientras más te busco, más te encuentro.

Hay períodos en los cuales “guardar luto” es un lujo que no pueden permitirse ciertas personas. ¡Me reclamaban tantas labores! El jueves 1º de abril volví a mi despacho. Se nos había ya confirmado que el presidente Roosevelt iría a Monterrey, el 20 de ese mes, para saludar al general Ávila Camacho. Messersmith insistió en que no hiciéramos preparativos muy ostensibles. Durante la guerra, los

desplazamientos de un personaje como Roosevelt exigían máximas precauciones.

Don Manuel me llamó por teléfono el lunes 5. Me reiteró muy afectuosamente el pésame que me había transmitido, en su nombre, el licenciado Alemán, y me pidió que fuese a verlo esa misma tarde. Había decidido solicitar autorización del Congreso para salir del país por un lapso no mayor de setenta y dos horas, sin anunciar cuál sería el propósito de su viaje ni el lugar al que, llegado el caso, tendría que dirigirse. Muchos supusieron que iría a alguna ciudad norteamericana; pero los rumores que circularon durante el mes de febrero, cuando fue don Manuel a Chiapas, desviaron esas sospechas. Acaso estábamos organizando algún encuentro con Ubico. Ciertos diarios acogieron una hipótesis diferente: se afirmaba, en el Brasil, que el general Ávila Camacho llegaría en breve a Río de Janeiro…

Quería don Manuel que preparase yo algún proyecto —de tres o cuatro cuartillas— para el discurso que habría él de pronunciar durante la recepción ofrecida a Roosevelt. Deseaba un texto a la vez amistoso y digno, sin excesivos elogios ni jactancias inadecuadas. Coincidía, por temperamento, con muchos franceses: *“de la mesure avant toute chose”.*

Era un triunfo de Padilla y de Messersmith (aunque, también, de Castillo Nájera) que Roosevelt hubiese aceptado venir a nuestro país, sin esperar a que don Manuel fuera a visitarlo. Convendría aprovechar la ocasión para definir nuestra fe en la solidaridad de las democracias y en la victoria de las Naciones Unidas. Agradecí la confianza que me atestiguaba el presidente de nuevo, y le pregunté si el licenciado Padilla estaría de acuerdo en que fuese yo quien redactase las páginas de que hablamos. Don Manuel sonrió. Y, tras de manifestarme que Padilla no opondría objeciones, me aseguró que le llamaría a fin de explicarle las cosas y evitar así el más leve resentimiento.

En efecto, al día siguiente, Padilla me preguntó si estaba ya preparando el discurso que nuestro jefe me había encargado. Le

respondí que esperaba concluirlo pronto y que, por supuesto, lo sometería a su consideración, para que fuese él quien lo hiciera llegar al general Ávila Camacho. Aprecié la cordialidad con que me propuso, en seguida, que acompañara mi

esposa a la suya en el viaje que ésta efectuaría para bautizar en Houston, el 14 de abril, un barco —modelo *Liberty*— que llevaría el nombre de *Benito Juárez.* Iría con ellas don José Couttolenc, suegro de Padilla. Al regresar de Houston, podrían ambas reunirse con nosotros en Monterrey.

Acepté la invitación hecha a mi mujer, pero no la idea de trasladarme a la capital de Nuevo León. Roosevelt vendría con el subsecretario Welles. Estimaba yo exagerado que don Manuel asistiera a las ceremonias regiomontanas con el secretario y el subsecretario de Relaciones de su gobierno. Además, era preferible que permaneciese yo en la capital, para resolver cualquier problema de última hora. Por otra parte, no me agradaba asociarme a un festejo público en semanas que ensombrecía la desaparición de mi madre.

La entrevista de Ávila Camacho y Roosevelt fue, para México, un motivo de honda satisfacción. ¡Qué diferente ese encuentro del que tuvieron hombres como Taft y Porfirio Díaz!

… Me refirió mi mujer (que estuvo en Monterrey, junto con la esposa del licenciado Padilla, después de su viaje a Houston) todo cuanto allí vio. Desde una plataforma, levantada frente al Palacio de Gobierno, los presidentes contemplaron el desfile de un regimiento de infantería de nuestro ejército y de un batallón de transmisiones y artillería. Antes de las seis de la tarde, se trasladaron al Campo Militar, donde presenciaron un festival de jóvenes escolares.

A las ocho y media de la noche, don Manuel ofreció a Roosevelt una cena en el Casino Militar. Del discurso que allí leyó, retendré solamente este párrafo: “Nada desarticularía de manera más lamentable a las generaciones del porvenir como un triunfo en que no constasen los resultados jurídicos que postulan las democracias.

No es por lo que encierran de nacional y de humano, por lo que estamos en guerra con Alemania, con Italia y con el Japón. Es, al contrario, por lo que sus regímenes manifiestan —o disimulan— de arbitrario, cruel y perecedero. Si, a la derrota de dichas potencias, no se agregara la desaparición de las injusticias económicas y sociales que encarnan sus gobernantes, las pérdidas sufridas no habrían tenido razón de ser".

A la luz de la "guerra fría", cuando perdimos hasta el espectro de lo que ha calificado "la victoria sin alas", esas palabras de don Manuel llegaron a producirme casi un remordimiento.

Estoy seguro de que, al pronunciarlas en Monterrey, tampoco supuso él que, a la derrota de las potencias nazifascistas, sucedería un período tan prolongado y tan duro como el que impusieron a muchas naciones las pugnas de los grandes imperialismos. Acaso, el mismo Roosevelt no creyó engañar a nadie al asegurar —en su respuesta a don Manuel— que había

"pasado ya, definitivamente, la época de la explotación de los recursos y del pueblo de un país para beneficio de un grupo de otro país"… Pero los hechos comprueban hasta qué punto la esperanza depositada en las posibilidades de un triunfo próximo difiere de la voluntad de dominio que afirma el triunfo hasta en los más "democráticos" triunfadores.

De Monterrey, don Manuel se dirigió junto con Roosevelt a Corpus Christi. Los acompañaron sus esposas, la del licenciado Padilla y mi mujer. Naturalmente, Padilla y

Messersmith iban también en la comitiva. El 21 de abril, después de asistir a diversos actos en Corpus Christi, los mexicanos se despidieron de Roosevelt y regresaron a la frontera.

Messersmith, Padilla, su esposa y la mía volvieron a México en automóvil. Con algunos de sus ministros, don Manuel prolongó su gira por Tamaulipas y se detuvo, más tarde, en Saltillo.

Tan pronto como llegó Padilla a la capital, nos pusimos a redactar el texto de un comunicado de prensa en el que informaba el gobierno acerca de un resultado concreto obtenido durante las charlas de Monterrey. Los dos presidentes se habían puesto de acuerdo en constituir una Comisión Mixta o de Cooperación Económica. Participarían en ella dos mexicanos: don Evaristo Araiza y don Valentín Garfias, quienes salieron a Washington el 14

de mayo. Uno de los dos comisionados norteamericanos sería el señor Wayne C. Taylor, subsecretario de Comercio.

Durante dos meses, los miembros de la Comisión —y sus asesores — trabajaron tanto en Washington como en México. Y, el sábado 17 de julio, Ávila Camacho y Roosevelt cambiaron notas telegráficas en cuyos textos aprobaban los acuerdos de los delegados de nuestros dos países. Durante la guerra, México se concentraría en la producción de materiales estratégicos y los Estados Unidos nos entregarían equipos y maquinaria para incrementar nuestra agricultura y desarrollar nuestra industria. Se esperaba, entonces, que el convenio de estabilización monetaria (renovado en Washington, el 3 de junio, por dos años más) contribuyera a facilitar nuestra situación económica.

Desde 1942, habíamos resuelto reanudar relaciones diplomáticas con la URSS. ¿Quién sería nuestro representante en Moscú? Muchos pensaron que la persona indicada era el licenciado Narciso Bassols. El general Ávila Camacho no cultivaba rencores y las críticas hechas a su política en el semanario *Combate* no parecían argumento bastante para desacreditar a Bassols como posible ministro de Rusia. 1 Nadie dudaba de su inteligencia y todos reconocían su probidad. Pero Padilla no consideraba con simpatía semejante candidatura. Y tampoco sentía interés por otros “izquierdistas” a quienes atraía visiblemente la idea de conocer y tratar a Stalin. Uno de ellos era el licenciado Sánchez Pontón.

Cierta mañana me preguntó don Manuel si, a mi juicio, existía dentro de nuestro cuerpo diplomático alguien positivamente adecuado para asumir las funciones de ministro de México en la URSS. Le propuse

en seguida a Luis Quintanilla, colaborador de Castillo Nájera. Era un hombre joven, dinámico, admirador de Lenin, pero suficientemente patriota para no subordinar la defensa de los intereses genuinos de nuestro pueblo a la estimación que pudiese tener, en lo personal, por el régimen y los métodos comunistas.

A don Manuel, le agradó la proposición. Me dijo que hablaría al respecto con Padilla, quien sin duda no la objetó, puesto que el presidente me autorizó por teléfono, dos días más

tarde, para que me comunicase con Quintanilla y le preguntara si le gustaría el traslado a Moscú. Según era de suponerse, Luis acogió la idea con entusiasmo.

Durante el invierno, Quintanilla pasó una temporada entre nosotros. Habló extensamente con Padilla y conmigo. Fue recibido en varias ocasiones por el general Ávila Camacho y se despidió el miércoles 13 de enero de 1943. El personal de la legación que iba a abrir en Moscú quedaría integrado por los secretarios Eduardo Espinosa Prieto y Carlos Chapoy, a quienes auxiliarían dos cancilleres.

El viaje de Luis resultó una extraordinaria aventura geográfica. En aviones militares de los aliados tuvo que hacer escalas en Natal, Liberia, África Ecuatorial Francesa, Sudán, El Cairo y Teherán. Durante varias semanas no supimos nada de él, hasta que —el 1º de abril— nos enteramos de su llegada a Kuibishev, en cuyo aeropuerto estaba esperándolo un representante del protocolo soviético. 2

No tardó Quintanilla en ser ascendido. En efecto, durante el mes de mayo, Stalin designó como embajador en México a Constantino Oumanski, quien llegó a nuestra capital el 17 de junio, un día después de aquel en que anunciamos que México y la URSS habían resuelto elevar a embajadas sus respectivas misiones diplomáticas.

Oumanski nos visitó el viernes 18 de junio. Era un hombre de singular talento y de clara y rápida simpatía. Hablaba muy bien el francés y el inglés, y se hallaba admirablemente informado de

cuanto podría serle útil durante su estancia entre nosotros. Poseía una amplia cultura y una memoria privilegiada.

Oumanski dominaba el arte de entender, sin darse nunca por enterado —y de persuadir, sin dejar la impresión de querer hacerlo. Sabía, como lo aconsejaba Paul Valéry, que “no hay detalles en la ejecución”. Por eso cuidaba cada detalle, con oportunidad y con elegancia.

Citaré un ejemplo. Stokowski había dirigido brillantemente, en el Palacio de Bellas Artes, la séptima sinfonía de Shostakovich. Pocas semanas después, Oumanski entregó a Carlos Chávez un ejemplar de la partitura de esa gran obra, dedicado por el artista soviético al mexicano. 3

¿Era aquella atención el fruto de una cortesía espontánea de Shostakovich, o el resultado de una inteligente gestión de Oumanski?… Lo que puedo afirmar es que no traté nunca en México a diplomático más agudo, más penetrante y más comprensivo.

Casi todas las noticias que recibíamos revelaban que la guerra sería bastante larga, pero que

—incuestionablemente— la ganarían los aliados. Durante su ofensiva de invierno, los soviéticos habían sabido reconquistar, en pocas semanas, lo que ocuparon los nazis por espacio de varios meses. Los Estados Unidos se disponían a fabricar un avión de combate cada cinco minutos. A mediados de enero, Roosevelt y Churchill se entrevistaron en Casablanca. Frente a ellos, De Gaulle y Giraud se estrecharon la mano con frialdad. Muchos

me hicieron sentir que había sido un error de México (y, en cierto modo, me lo atribuían a mí) reconocer al Comité de la Francia Libre. Roosevelt, probablemente, hubiera preferido a Giraud. En efecto, el orgullo del general De Gaulle no dejó nunca de importunarle. Sin embargo, en junio, se constituyó el Comité Francés de Liberación Nacional, que presidieron De Gaulle y Giraud. El 2 de julio,

manifestamos al señor Garraeau Dombasle que mantendríamos con ese Comité las mismas relaciones que teníamos ya establecidas con el de Londres. En noviembre supimos que De Gaulle sería, en lo sucesivo, el presidente del Comité Francés de Liberación. Nos habíamos anticipado al hecho. Y nos satisfizo que un gobernante tan perspicaz como Roosevelt se hubiese resuelto a admitirlo al fin.

El derrumbe de Italia fue estrepitoso. Acosados por todas partes, los fascistas no sabían cómo escapar de la trampa en que habían caído. El sábado 6 de febrero (de 1943), nos enteramos que el *Duce* acababa de destituir a su yerno, Galeazzo Ciano, ministro de Relaciones durante más de un quinquenio. Ignorábamos aún las desavenencias de ciertos colaboradores de Mussolini, pero comprendimos que la unidad de los “camisas negras”

principiaba a desintegrarse.

Pocas semanas después, varias divisiones fascistas tuvieron que abandonar el frente soviético. En Nápoles y en Milán se registraron serios disturbios. Un grupo norteamericano de fortalezas volantes sembró pánico en Cagliari. En mayo, los bombardeos aéreos de Palermo anunciaron que pronto sería atacada Europa por su flanco más vulnerable: el que Mussolini, en su absurda jactancia, creyó invencible.

Stalin continuaba exigiendo un “segundo frente”, pues la operación norteamericana y británica en África del Norte no le parecía muy eficaz. En Washington, mientras don Manuel Ávila Camacho se preparaba a conmemorar aquí el primer aniversario de la declaración del estado de guerra, Roosevelt y Churchill discutieron acerca de la forma de complacer a Stalin, sin arriesgar todavía una acción prematura contra Alemania, a través de Francia, Bélgica y los Países Bajos. En junio, Pantelleria hubo de rendirse, tras de un bombardeo devastador.

Lampione fue ocupado por los aliados. El objetivo inmediato era, sin duda, Sicilia. Tropas norteamericanas, inglesas y canadienses invadieron la isla el 9 de julio. Al día siguiente, Roosevelt dirigió un

mensaje a Pío XII, ofreciéndole hacer cuanto fuese posible para que las fuerzas aliadas respetasen la Ciudad del Vaticano y los dominios pontificios en la península.

Pero toneladas de bombas siguieron cayendo en los alrededores de Roma. Y, durante la noche del 24 al 25 de julio, el Gran Consejo fascista decidió eliminar a Mussolini.

Grandi propuso que se procediera inmediatamente a la restauración de todas las funciones del Estado y que fuera el rey Víctor Manuel quien tuviese, en lo sucesivo, la "iniciativa suprema" así como el mando de todas las tropas de Italia. Muchos cronistas han descrito la angustia de aquella noche. El *Duce* habló largamente, con más amargura que convicción. Su última esperanza era el apoyo de Adolfo Hitler. Y ni Grandi ni Ciano ni Farinacci querían ya oír el nombre del *Führer.* Según declaró uno de ellos, el fascismo dejó de existir cuando

cambió el lema de sus banderas *(patria y libertad)* por la consigna: *creer, obedecer, combatir…* A su juicio, no era el fascismo el culpable de la derrota, sino el dictador, en lo personal.

Mussolini creyó contar aún con Víctor Manuel. Pero el rey —tras de escucharle con atención— le manifestó que el mariscal Badoglio se había hecho ya cargo del gobierno. El *Duce,* al salir del Quirinal, tuvo que aceptar la "protección" —por supuesto, muy bien armada

— de un capitán, un teniente, varios *carabinieri* y algunos policías. Dentro de una ambulancia, aquellos tutores lo condujeron a un cuartel de la Via Legnano.

Ni el rey, ni Badoglio, ni Italia entera podían evitar lo que tenía por fuerza que acontecer.

Los aliados no tratarían con un monarca y con mariscales sumisos, durante lustros, a Mussolini. Preso ya en la isla de Ponza, cerca de Nápoles, el *Duce* celebró tristemente su sexagésimo aniversario. Badoglio juzgó prudente enviarlo a un lugar menos inseguro: un

hotel establecido en lo alto del Gran Sasso. Allí lo rescataron los alemanes el 12 de septiembre de 1943. Trasladado en avión a Viena, donde oyó por teléfono un saludo de Hitler, Mussolini fue llevado después a Munich, ciudad en la que se hallaban su esposa, tres de sus hijos y el conde Ciano.

El 15 de septiembre, Hitler y Mussolini se encontraron en Rastenburg. No recuerdo ya en qué libro, o en qué revista, vi —hace años— una fotografía de aquel encuentro. De espaldas al fotógrafo, Hitler parecía confortar a su errante cómplice. Bajo los pliegues del grueso abrigo, ya demasiado amplio para su desmedrada corpulencia, Mussolini inspiraba lástima… Pero la terquedad del *Führer* era irreductible. El fantasma del *Duce* tendría que fingir nuevamente estar gobernando lo poco que, en Italia, conservaban los alemanes. Con el apoyo de Graziani, Mussolini reasumió sus funciones, más bien simbólicas. El 25 de septiembre salió de Munich y, por la ruta de Forli, volvió a su casa en Rocca delle Caminate. Hitler le había aconsejado no regresar a Roma. Provisionalmente, el gobierno de la "República Social Italiana" (?) se instalaría en Salò, a orillas del lago de Guarda. Mussolini residiría en Gargnano.

Nada de cuanto resumo se supo entonces, con precisión, en nuestro país. Los periódicos acogían noticias contradictorias sobre la situación de los diversos grupos fascistas. Se hablaba de un armisticio, propuesto por Badoglio. Y llegó a darse por muerto a Mussolini, aunque —más tarde— los cablegramas de las agencias informativas volvieron a referirse a algunas proclamas del *Duce.* En septiembre, Padilla creyó oportuno declarar que "la rendición de Italia" era, hasta esos momentos, "el triunfo más grande alcanzado por las Naciones Unidas"… Transcurrirían meses antes de que tal victoria se confirmase.

En octubre de 1943, se reunieron con Molotov, en Moscú, Eden y Cordell Hull. Declararon que sus gobiernos proseguirían la guerra contra el Eje hasta la derrota total de sus adversarios y reconocieron la necesidad de establecer una organización internacional basada en la igualdad soberana de todos los pueblos.

Según me había afirmado Castillo Nájera, Roosevelt quería entablar con Stalin un diálogo

más directo. Por eso no me causaron sorpresa las conversaciones que, al final de noviembre, celebraron ambos en Teherán, junto con Churchill, tercero en concordia entonces. Una de mis últimas labores como subsecretario de Relaciones fue la de redactar el mensaje que el presidente Ávila Camacho envió —el 7 de diciembre— a Churchill, Roosevelt y Stalin, felicitándolos por el éxito de su encuentro. Manifestaba don Manuel que las declaraciones hechas en Teherán constituían "un testimonio evidente de la voluntad de cooperación de las potencias aliadas y robustecían nuestra confianza en la posibilidad de que, cuando sobreviniera la derrota final de los agresores, podríamos establecer un orden jurídico universal en el que todas las naciones —grandes o pequeñas, fuertes o débiles— participaran con honor y con dignidad, dentro de la absoluta igualdad de su independencia y bajo el imperio único del derecho".

Era lógico que aprovechásemos cada oportunidad para reiterar nuestra determinación de contribuir a hacer de la paz un camino abierto al progreso de todos, sin preeminencias de magnitud territorial, de riqueza o de fuerza bélica. Reiteraríamos esa esperanza incesantemente. Pero, en el tondo de mi conciencia, me preguntaba: ¿sería posible, entre colectividades tan imperiosas como la norteamericana y la soviética, obtener una paz cabal?

…

XVI. ¿HISTORIA? ¿BIOGRAFÍA?

Al revisar los capítulos que preceden, me doy cuenta de que la historia, en aquellos años, fue para mí una forma profunda de biografía. Salvo en periodos de íntima pesadumbre, como al deplorar la pérdida de mi madre, el funcionario y el hombre formaron un solo ser.

Se habla mucho ahora, de “escritores comprometidos”. Se les elogia o se les acusa, por subordinar su creación a los intereses de alguna causa política, económica o religiosa. Pero hay épocas en las cuales el escritor no se compromete por lo que escribe. Se compromete por lo que hace, o por lo que no hace, y no solamente en su calidad de hombre de letras profesional. Durante tres años, me entregué a mis actividades públicas con pasión. Sin embargo, en determinadas noches, escribí algunos versos: los que me resolví a publicar en 1949.

Curiosa, involuntaria, significativamente, el ser ocupado —y preocupado— que, después del trabajo, se encerraba así a dialogar con su viejo yo, no hizo entonces sino sonetos. Una fuerza instintiva lo llevaba a sentir que otras formas, menos estrictas, le hubieran conducido a concentraciones menos compactas de su verdad. Le parecía urgente la concisión. Y, a su pesar, tuvo a la postre que comprenderlo: la concisión exige mayor rigor y más tiempo que la abundancia.

Dos de mis amigos de juventud, Enrique González Rojo y Jorge Cuesta, habían ya desaparecido. Enrique en 1939, cuando me hallaba en Bélgica. Y Jorge el 13 de agosto de 1942, en las trágicas circunstancias que sabemos. Gorostiza no estaba en México. Salvador Novo me veía poco. Sólo Bernardo Ortiz de Montellano y Xavier Villaurrutia me visitaban de tarde en tarde. Ambos, por distintas razones, me imaginaban prófugo de las letras. No se percataban probablemente de que el escritor puede seguir siendo fiel a su vocación, cuando más alejado parece de ella, siempre que ponga en lo que haga el mismo fervor que, en condiciones normales, dedicaría a escribir. Para ambos —y, sobre todo, para Xavier—

resultaba yo el “subsecretario de Relaciones Exteriores”: un aficionado a la poesía perdido entre expedientes, audiencias, discursos y técnicas diplomáticas. Confieso, en efecto, que la responsabilidad contraída con México, al aceptar el cargo para el que había sido designado, me acompañaba por todas partes,

aunque sin distanciarme en ningún momento de mi voluntad esencial de ser.

Me atormentaban, sin duda, el deseo de escribir con mayor frecuencia y la necesidad de leer textos que no fuesen tan sólo informes, comunicados, noticias de triunfos militares o de derrotas; pero sentía que, hasta en lo más aburrido de esos informes, en lo más incoloro de

esos comunicados, en lo más precario de aquellos triunfos y en lo más amargo de semejantes derrotas, estaba tocando, día tras día, una materia poética incomparable: la de la vida. Una vida en la que tenía el deber de participar y la oportunidad de ayudar, en la medida de lo posible, a quienes trataban de encauzar a los pueblos por sendas menos injustas.

Jamás consideré mis obligaciones como las molestas tareas de un funcionario. Iba a mi despacho con el entusiasmo con que el artista va a su taller. Evitar un descuido, corregir un error, procurar descubrir un rayo de luz entre los enigmas que la política internacional nos planteaba en las horas más tenebrosas, fueron para mi espíritu —en esos años— un constante acicate y una fuente mágica de emoción.

Conocía mis límites. Y, también, los de mi país. Sabía que era yo nada más un resorte, casi invisible, en la máquina administrativa del Estado y que, dentro de los elementos acumulados por las potencias beligerantes, México podía parecer un aliado endeble, aunque valioso por la dignidad de sus tradiciones y la nobleza de su intención. Precisamente por eso, porque mi acción resultaba poco ostensible y porque no poseía el gobierno de la República ejércitos poderosos, cuidaba mucho de no proponer jamás actitud alguna que pudiese disminuir la autenticidad de nuestro futuro.

Al principiar el mes de diciembre de 1943, nos instalamos mi esposa y yo en la casa en que residimos hoy todavía. La habíamos construido con tantos sacrificios como ilusiones. Sin embargo, mientras estuvo en obra, apenas si pude asomarme a verla, algunos

domingos, para apreciar los proyectos del arquitecto y aprobar las iniciativas de mi mujer. La primera noche que pasé allí tuve la impresión de reposar en un puerto incógnito. ¿Por qué rutas había llegado hasta su quietud?

Algunos de los muebles y de los cuadros que me rodeaban habían presenciado mi vida en Bélgica, antes de la guerra. Como mis libros, formaban parte del conjunto de objetos personales que German Rennow rescató de Bruselas cuando nuestra legación en Berlín obtuvo de las autoridades del Reich autorización para enviarnos —en 1941— lo que tuvimos que dejar, en la casa de la calle Belliard, el 14 de mayo de 1940. Me dio gusto reconocer, entre los libros, un volumen de Saint-Exupéry; aquel en una de cuyas páginas subrayé, la víspera del ataque alemán, este presagio sombrío: “Aquí no hay perdón para los errores”. Esa advertencia me había guiado a través de todas las aventuras: en Europa, como testigo de la derrota de Francia, y en México, como observador de los acontecimientos en que tuvo nuestro gobierno que intervenir.

Habíamos colocado, en mi alcoba, una fotografía de mi madre. No necesitaba, por cierto, ver esa imagen para sentir su presencia en cuanto pensaba y su consejo en cuanto sabía que le hubiese agradado que hiciese yo. Su tácita aprobación representaba mucho más, para mí, que

las reticencias de mis amigos… Recordé mi infancia. ¡Todo había cambiado —en mí y fuera de mí— desde los días en que, de niño, escuchaba caer, cual si fueren minutos de una clepsidra, las gotas de agua de la destiladera en el corredor de la vieja casa donde nací!

Sí, biografía e historia se encontraban estrechamente enlazadas en el tejido de mi existencia. ¿Dónde empezaba yo? ¿Dónde acaba el mundo?… ¿No entraba éste, en mi soledad, cada vez que tenía que contestar a una pregunta súbita del destino? Y esa pregunta no me estaba entonces dirigida personalmente, sino, dado el carácter de mis funciones, al gestor anónimo, pero solidario de una humanidad perseguida por la desgracia y ansiosa de redención.

Así se aprende también a ser. No queriendo ser uno mismo impasiblemente en el egoísmo y en la jactancia, sino sabiendo que cada hombre vive para los otros y por los otros, pues cada acto que realiza como individuo no es nunca suyo exclusivamente. Es de todos los que tuvieron confianza en él.

Apéndice

PREGUNTAS HECHAS AL PRESIDENTE ÁVILA CAMACHO POR

EL LICENCIADO LOMBARDO TOLEDANO EN SU CARÁCTER DE

PRESIDENTE DE LA CONFEDERACIÓN DE TRABAJADORES DE

LA AMÉRICA LATINA:

1. ¿Existen entre el gobierno de México y el de los Estados Unidos convenios o pactos relativos a la acción de México respecto a los problemas que la guerra ha provocado, que usted no haya dado a conocer al pueblo mexicano?

2. ¿Ha cedido el gobierno alguna parte de su territorio nacional a los Estados Unidos para el establecimiento de bases navales, campos de aterrizaje o para otros propósitos de carácter militar, ya sea a título de compraventa, de arrendamiento o de posesión transitoria?

3. ¿Qué propósito persigue el gobierno con las obras que ha acordado llevar a cabo en diversos lugares del territorio nacional, como el artillamiento de algunos puertos, y con el mejoramiento rápido de las diversas armas con que cuenta el ejército?

4. Para la construcción de las obras de carácter militar, ¿van a utilizarse elementos extranjeros con el fin de que dirijan esas obras o se emplearán exclusivamente elementos mexicanos?

5. ¿Contratará el gobierno de México empréstitos con los Estados Unidos o con cualquier otro país para llevar a cabo esas mismas obras?

6. El costo de las obras y la forma de pago de las mismas ¿gravitarán en forma extraordinaria sobre el presupuesto de egresos, de tal manera que sea necesario reducir las partidas correspondientes a los más importantes aspectos de la obra constructiva de la Revolución?

7. ¿Tiene algún compromiso el gobierno para condicionar la economía del país y los esfuerzos todos de la población laboriosa de México hacia la ayuda bélica de alguna potencia extranjera?

8. Los compromisos que se derivan de las recientes conferencias panamericanas ¿qué obligan a México, además de su participación en una acción colectiva de los países de este Hemisferio, para el caso de una agresión del exterior sobre cualquiera de ellos, a sobrepasar el Continente americano y a intervenir en los problemas europeos o de cualquier otro Continente?

9. En el caso de que los Estados Unidos declararan la guerra a las potencias del Eje

¿México adoptaría, por ese solo hecho, una actitud igual declarando la guerra a Alemania y a sus aliados?

10. Los convenios internacionales que obligan a los países americanos a una actitud de defensa común contra una agresión del extranjero ¿no implican, también, para esos mismos países, el respeto absoluto a la soberanía de cada uno de ellos en sus recíprocas relaciones?

11. ¿Ha pensado el gobierno de México en intensificar su intercambio comercial con los países de la América Latina en vista de que tanto para México como para las demás naciones hermanas de la nuestra se ha reducido considerablemente el mercado fuera de América?

12. ¿Piensa el gobierno destinar los barcos recientemente incautados al comercio con la América Central y la América del Sur?

Respuestas del general Manuel Ávila Camacho, presidente de la República

“Palacio Nacional, a 30 de mayo de 1941.—Señor licenciado Vicente Lombardo Toledano, presidente de la Confederación de Trabajadores de la América Latina.—Av. Madero número 74.—Ciudad.

Por medio de su atenta comunicación del 20 del actual me ha expresado usted el deseo de saber cuál es el criterio del Gobierno de México ante los diversos problemas que la guerra plantea a nuestro país, a fin de poner dicho criterio en conocimiento de las agrupaciones que integran la Confederación de Trabajadores de la América Latina y de transmitirlo, por su conducto, a todos los pueblos del Nuevo Mundo.

Con satisfacción correspondo a su petición pues estoy convencido de que una de las fuerzas de la política internacional mexicana reside en su máxima nitidez y, no teniendo nada que ocultar ni dentro ni fuera del territorio, su acción no puede sino robustecerse merced al completo conocimiento que de ella tengan el público del país y las clases laborantes del Continente.

La línea de conducta que México se ha trazado es de una inquebrantable firmeza y está orientada por los siguientes principios fundamentales: reconocimiento de la igualdad democrática de los pueblos; respeto de los derechos que emanan de la soberanía y de la independencia de los países; convicción de que la paz no es una mera garantía regional o local sino una condición general, indivisible en sus consecuencias, y sostenida sobre las bases de la seguridad colectiva de las naciones; subordinación de las ambiciones particulares de cada pueblo a los límites definidos por los Tratados; condenación de todo provecho unilateral impuesto por la fuerza; y colaboración amistosa de los Estados, de conformidad con la norma, inflexiblemente seguida, de que ninguna nación —por alto que sea el nivel cultural de que goce o por poderosas que estime sus organizaciones económicas, técnica y militar— pueda atribuirse del derecho de intervenir en las demás.

Con apoyo en tales postulados, México ha pugnado por cumplir en todo momento con los

deberes espirituales y materiales que supone la independencia resultante de las condiciones de relación, cada día más estrecha, en que los países se desarrollan. En virtud de este concepto de conciliación de los intereses universales, somos partidarios fervientes de toda acción encaminada a colocar las soluciones de la justicia por encima de los dictados de la violencia.

Es natural, por tanto, que nos sintamos profundamente afectados por las trágicas circunstancias en que se desenvuelve el presente conflicto internacional.

Estamos asistiendo a una de las más hondas agitaciones del mundo. No se trata ya, como durante la guerra de 1914 a 1918, del choque de una fórmula nacional —incipiente aunque vigorosa— contra la dirección de otras fórmulas nacionales, más resistentes por más antiguas.

Hoy el fenómeno es por completo distinto. Una mística negativa ha venido a poner en duda los valores más venerables del hombre: el respeto de la palabra empeñada, la noción del derecho y de la familia y la fe en el poder de la independencia. Lo que está en peligro de desquiciarse no es solamente el orden político occidental —con muchos de cuyos errores no nos hallamos de acuerdo— sino el marco ideológico mismo dentro del cual debería insertarse, si las circunstancias fuesen normales, el porvenir de nuestra cultura. Nacidas bajo el signo de la Democracia, las Repúblicas del Continente Americano saben perfectamente que su causa es la causa de la libertad. Y éste es el sentido que debe darse a la colaboración panamericana, la cual no se inspira en ningún sentimiento egoísta, sino en una voluntad generosa de solidaridad espiritual, de cooperación económica y de unión sincera para los hombres.

A la luz de estas consideraciones, cuyo alcance no está restringido a determinada hora de la existencia de nuestros pueblos, sino a la

integridad de su evolución, los problemas del momento presente cobran su verdadero significado y las respuestas que voy a dar a las preguntas que se ha servido usted dirigirme, demostrarán claramente que la actual actitud de México no es sino lógica consecuencia de su concepto, diáfano y probo, de la convivencia internacional.

Para mayor precisión, examinaré las cuestiones a que usted se refiere, ajustándome al mismo orden en que su escrito las enumera.

1. No existe un solo convenio secreto entre México y los Estados Unidos de Norteamérica.

Todos los compromisos aceptados por nuestro país han sido sometidos debidamente a la consideración del pueblo mexicano. Más aún: la actividad internacional de México rechaza toda penumbra, y tengo a honra añadir que nada se hace y nada se hará durante mi gobierno que no reciba inmediatamente la más amplia y completa publicidad.

2. México no ha cedido ni cederá a ningún Estado extranjero el dominio temporal sobre parte alguna de su territorio para el establecimiento de bases navales, campos de aterrizaje o para cualesquiera otros propósitos de índole militar. Por ser de justicia —y para deshacer de una vez por todas suspicacias sin fundamento— me complazco en manifestar que ningún Gobierno nos ha hecho peticiones territoriales y que, en caso de que alguno nos las hiciera, serían desechadas, desde luego, en nombre de nuestra soberanía.

3. Desde hace varios años el Gobierno de México ha venido preocupándose por el debido acondicionamiento de nuestros puertos, no solamente desde el punto de vista de las mayores facilidades que reclama el tráfico mercante, sino también por lo que concierne a la protección efectiva del territorio. La gravedad de la amenaza que el actual conflicto puede representar para América, nos impone la obligación de organizar la defensa de nuestras costas en forma tal que no puedan quedar a merced de un acto de audacia de los beligerantes. En efecto: si descuidáramos la seguridad de

nuestra República, pecaríamos contra nuestros propios intereses y debilitaríamos, de manera muy peligrosa, el frente de la solidaridad panamericana.

En relación con las citadas necesidades, se ha venido también concediendo especial atención al mejoramiento de las diversas armas con que cuenta el Ejército Mexicano. Todas estas medidas no implican, naturalmente, un propósito bélico de parte nuestra, sino el deseo, absolutamente legítimo, de preparar al país para el caso de una agresión, y de hacer honor, dentro del alcance de nuestros recursos, al espíritu de cooperación que une a las naciones americanas en un compacto baluarte de la independencia del Continente.

4. Las obras que hayan de ser realizadas para perfeccionar nuestros medios de defensa, serán hechas con elementos mexicanos, bajo la dirección de técnicos mexicanos y de acuerdo con el plan que México se ha trazado a fin de proteger nuestro litoral.

5. Para la realización de las obras que acabo de referirme, no hemos juzgado necesario contratar empréstitos extranjeros.

6. El costo de los trabajos no implicará reducción de las partidas destinadas a la obra constructiva de la Revolución. La mejor respuesta a quienes piensan lo contrario, la dan las cifras de lo que nuestra Administración está consagrando a irrigación, a escuelas, construcción y conservación de caminos, ferrocarriles, sostenimiento del crédito ejidal, salubridad y asistencia pública.

7. México no se ha comprometido a condicionar la economía del país en función de una ayuda bélica al extranjero. Al contrario: los esfuerzos más decididos de mi Gobierno están dedicados a asegurar a nuestra población laboriosa un aprovechamiento cada día mayor de nuestros recursos, a fin de evitar que el actual estado de guerra y las limitaciones económicas que ha traído consigo redunden en perjuicio de nuestro comercio y estorben el desarrollo de nuestra industria. A este propósito, conviene no olvidar que uno de los aspectos más importantes de la cooperación panamericana

será, sin duda, el que enfoque la organización de la defensa económica de nuestras Repúblicas en las épocas de emergencia.

8. Ninguna de las Resoluciones aprobadas en las Juntas de Cancilleres de Panamá y de La Habana obliga a nuestro país a intervenir en conflictos de carácter extracontinental. En caso de agresión contra alguna de las Repúblicas Americanas, México no vacilará en participar, con la mayor energía, en la acción de defensa común que exige la salvación colectiva del hemisferio; pero ningún convenio internacional le constriñe a tomar injerencia en una guerra desarrollada fuera de América.

9. La colaboración de México y de los Estados Unidos no es el resultado de una alianza militar sino el producto de un entendimiento regional de índole defensiva. En tal virtud, si el Gobierno Norteamericano declarare la guerra a alguna potencia asiática o europea, ese solo hecho no comprometería a México a adoptar automáticamente igual actitud. Pero sería erróneo pensar que, en el presente estado de cosas, el destino de una de las naciones americanas pueda indefinidamente quedar aislado del destino de las demás. Geográfica, histórica y lógicamente constituimos una unidad democrática que las fuerzas dictatoriales van a empeñarse, sin duda, en pretender desarticular, para obtener un triunfo que implicaría, en plazo más o menos corto, la desaparición de los postulados en que se funda nuestra existencia de pueblos libres y soberanos. Sólo se salvarán del naufragio totalitario los países que sepan tomar a tiempo, valientemente, las responsabilidades políticas que les corresponden y, en caso necesario, el Gobierno de México asumirá, con apoyo en la voluntad nacional, las medidas que le imponga el deber de asegurar a sus hijos un porvenir de honor y de independencia.

10. Las resoluciones aprobadas por las Repúblicas del Continente en materia de defensa común carecerían de todo alcance político y perderían todo prestigio moral si no descansasen sobre la autonomía absoluta de los Estados que las tomaron. La justificación de los sacrificios que implicaría dicha defensa estriba en la

necesidad de conservar incólumes, no sólo nuestro territorio, sino la integridad del espíritu democrático de nuestras instituciones y la espontánea determinación de nuestros Gobiernos. Sería absurdo, por tanto, que, en nombre de estos sagrados principios, se intentase reducir nuestra libertad y que, para protegernos de un ataque posible del extranjero, se comenzara por restringir indebidamente nuestra soberanía. Unidos contra las aspiraciones de una hegemonía venida de fuera de este hemisferio, los Estados Americanos no admitirán, tampoco, una hegemonía emanada del seno del Continente, pues sólo respetándose estrictamente unos a otros lograrán nuestros pueblos cimentar, de manera durable, las bases de su coordinación internacional.

11. Una de las consecuencias de la guerra europea ha sido la reducción de nuestros mercados. Para restablecer el desequilibrio que podría resultar de esta situación, México tiene actualmente ante sí una propicia ocasión de aumentar sus exportaciones a los países latinoamericanos. El Gobierno de la República considera con particular simpatía todas las posibilidades de favorecer el intercambio comercial con las demás naciones del Continente.

Al respecto, el Consejo Superior del Comercio Exterior —órgano intersecretarial recientemente creado— está estudiando con interés las medidas más adecuadas para tal fin.

Por conducto de nuestras Embajadas y Legaciones se gestionará la reducción de determinadas tarifas arancelarias, susceptibles de perjudicar a nuestros productos y, en los casos en que ello resulte posible, se tratará de obtener para los artículos mexicanos los derechos mínimos de importación. La concertación de tratados comerciales justos y equitativos será objeto de la mayor atención por parte de la Secretaría de Relaciones Exteriores y ningún esfuerzo se omitirá para conseguir que a la solidaridad espiritual que nos liga con el resto de los pueblos

americanos corresponda, en el terreno de la práctica, una real intensificación de nuestras relaciones comerciales y financieras.

12. El problema de la falta de comunicaciones —que a últimas fechas llegó a tener caracteres alarmantes— quedará en parte resuelto con la utilización de los barcos, de bandera beligerante, que se hallaban inmovilizados en puertos de la República y que fueron incautados de conformidad con el Decreto expedido el 8 de abril de 1941. Estos barcos serán administrados de manera de establecer una tarifa de fletes capaz de facilitar la exportación de nuestros productos y su aprovechamiento podrá servir para compensar algunos de los perjuicios que ha sufrido el comercio de las naciones americanas como consecuencia de la guerra.

Espero que las respuestas que acabo de dar a las diversas preguntas contenidas en su atenta comunicación del 20 del mes en curso, permitirán a usted apreciar con exactitud cuál es el criterio que norma la actitud del Gobierno de México en materia internacional. Y —

conociendo, como conozco, el interés que las clases laborantes de América consagran al examen de estas cuestiones— estoy seguro de que la difusión que decida darles la Confederación de Trabajadores que usted preside, servirá, ciertamente, para precisar nuestros puntos de vista y para deshacer todo error de interpretación acerca de la política adoptada por nuestro pueblo.

Aprovecho la ocasión para transmitir, por conducto de usted, un cordial saludo a los trabajadores de la América Latina y me complazco en reiterarle las seguridades de mi distinguida consideración.—Manuel Ávila Camacho.”

IV. PARÉNTESIS HOLANDÉS. NUEVO ENCUENTRO CON REMBRANDT. ESCRITORES FRANCESES: DE MAURIAC A CAMUS. SOLEDAD DE MALRAUX. ÁNIMO DE TEILHARD DE CHARDIN

1 ¿No comprueba su orgullo hasta la forma en que intentó hacer el elogio de la humildad? Hallo en su *Diario* (octubre de 1953) esta

frase que resulta una confesión: “La humildad es una virtud que no se paga jamás demasiado caro”…

VI. MI “CAMPAÑA DE ITALIA”. DE GASPERI Y PÍO XII. LA UNESCO EN EL “PALAZZO VECCHIO”, ENTRE

CHINA Y FORMOSA. MI PRIMERA RENUNCIA. PASEO A SIENA. EL ORGULLO DE BERENSON

1 Como se sabe, Florencia conserva el original de la estatua en la Galería de la Academia.

2 Visité el Palacio Serristori en 1968. La condesa, que conocimos dieciocho años antes, falleció ya. Su hija se hallaba ausente. El portero —bastante joven— no tenía la menor noticia de que se hubiese alojado allí un director de la UNESCO. Me habló, en cambio, no sin orgullo, de que el palacio había sido habitado por José Bonaparte, que en él murió.

Al darse cuenta de mi interés por contemplar el departamento, se ofreció a mostrárnoslo. No encontré sino ruinas: pisos hundidos, maderas rotas, muebles deshechos, cuadros deteriorados… La inundación de 1966 se había ensañado en aquel lugar.

Del lecho —muy siglo XVII— en el que dormí, cuando las discusiones de la asamblea no me causaban insomnio, sólo quedaba el dosel triunfal.

No siempre es prudente regresar a los sitios que recordamos con afecto. La memoria, mejor que el tiempo, salva el pasado.

VIII. VIAJE AL ASIA MERIDIONAL: CEILÁN, PAKISTÁN; LA INDIA. GRANDEZA DE NEHRU. LOS LAURELES

DE LADY MOUNTBATTEN. MEDITACIÓN FRENTE AL TAJ MAHAL

1 Tiempo después, el presidente Alemán designó, como primer embajador en la India, con residencia en Nueva Delhi, a un ex

presidente de México: el licenciado Emilio Portes Gil.

XV. EL PREMIO KALINGA. LA EXPOSICIÓN DE ARTE MEXICANO DE 1952. LA UNIVERSIDAD Y EL TALLER.

LA EDUCACIÓN DE LAS MUJERES. UN SEMINARIO EN WOUSDCHOUTEN. LA CONVENCIÓN UNIVERSAL

DEL DERECHO DE AUTOR. EL FESTIVAL DE EDIMBURGO. ARTISTAS EN VENECIA

1 A este respecto, he de recordar que, durante los últimos cuatro lustros, nuestro país ha enmendado en dos ocasiones su Ley Federal sobre el Derecho de Autor. El primer texto principió a elaborarse durante mi gestión como secretario de Educación Pública en el gobierno del presidente Ávila Camacho. En unión de varios otros juristas y técnicos, Germán Fernández del Castillo intervino pacientemente en esa tarea. El borrador inicial pudo acaso servir de base para el documento que la administración del presidente Alemán envió al Congreso en 1947.

Nueve años más tarde, el presidente Ruiz Cortines sometió otro proyecto a las Cámaras. La ley que aprobó, entonces, el Poder Legislativo fue publicada el 31 de diciembre de 1956. Pero la experiencia atestiguó que se requerirían aún determinadas modificaciones. Presidía el país el licenciado López Mateos y me encontraba yo, por segunda vez, al frente de la Secretaría de Educación. Autores y compositores exigían un texto más claro que el anterior. Procedimos a formularlo. Nos ayudaron, entre otros abogados, F. Jorge Gaxiola, Javier Piña y Palacios, Ernesto Rojas Benavides y Ernesto Valderrama, en consulta con los representantes de las agrupaciones interesadas en la materia. Con las reformas, que sugirieron diversos miembros de las dos Cámaras, la nueva ley fue expedida el 4 de noviembre de 1963.

Según se ve, en tres momentos distintos de mi existencia, tuve que reflexionar sobre un tema muy importante, la protección del derecho de autor. En dos de esas ocasiones, tomé principalmente en cuenta

las necesidades de México. En la otra, como director de la UNESCO, mi papel hubo de consistir en conciliar tesis contradictorias e intereses que parecían incompatibles.

2 Naturalizado francés.

XVI. TRAS DEL ANDANTE, EL ALLEGRO FINAL DE LA SINFONÍA. PROBLEMAS PLANTEADOS ANTE LA SÉPTIMA REUNIÓN DE LA CONFERENCIA GENERAL DE LA UNESCO. EL CASO DE ESPAÑA. EL PROGRAMA NUEVO. LOS AUMENTOS PRESUPUESTARIOS. MOTIVOS DE MI RENUNCIA. EL ADIÓS A LA UNESCO

1 Conforme a las autorizaciones recibidas para el bienio 1971-1972.

2 Aunque resultara absurdo, llegó a decirse —en Madrid— que pugnaría yo por que España fuese admitida en la UNESCO, como si se tratase de una cuestión en la que yo pudiese “pugnar”… Incluso algunos diarios publicaron semejante versión. Me enteré de ella con sorpresa, pero cuando ya había sido aceptada mi renuncia como director general.

3 Pensaba yo, al decir esa frase, en las mayorías logradas —en 1950— para adoptar a Formosa como si fuese la China continental y —pocos días antes— para admitir a la España de Franco, sin tolerar el menor debate.

IV. HUMANIDAD DE PÉREZ GALDÓS. VACACIONES EN ACAPULCO. LECTURAS Y NOSTALGIAS. VIAJE A SAN LUIS POTOSÍ

1 Aludo a don Francisco de la Maza, cuya pérdida no dejaremos de lamentar.

VI. OTRA VEZ EN PARÍS. EL PRESIDENTE COTY Y EL GOBIERNO MENDÈS-FRANCE. SILUETAS DE VARIOS

EMBAJADORES. REORGANIZACIÓN DE LA EMBAJADA DE MÉXICO. PUBLICACIÓN DE *NOUVELLES DU*

MEXIQUE

1 Como secretario general del Quai d'Orsay, Philippe Berthelot fue más cruel aún que Cambon. Según contaban algunos amigos suyos, había exclamado en determinada ocasión, frente a un subalterno de réplicas poco afables: "Para ser embajador, no basta ser tonto. Se necesita, además, ser bien educado…"

XIII. REGRESO A LA SECRETARÍA DE EDUCACIÓN. DIFICULTADES, INCERTIDUMBRES. ¿CÓMO DAR UN

ALMA A NUESTRA ENSEÑANZA? PRESENCIA Y MUERTE DE VASCONCELOS

1 En el primer acuerdo que tuve con el presidente López Mateos, le conté lo ocurrido aquella mañana. A mi juicio, sería menester adoptar las medidas que el gobierno considerase legítimas para la liberación de los maestros y de los jóvenes presos.

Me oyó con la deferente amabilidad que, incluso en los momentos más graves, no perdía nunca. Y, sin decirme cuándo ordenaría aquella liberación, me aseguró que estaba resuelto a otorgarla pronto. Así lo hizo.

XIV. LOS PROBLEMAS DEL INSTITUTO POLITÉCNICO NACIONAL. 1 729 NUEVAS AULAS EN MENOS DE UN

TRIMESTRE. SUPRESIÓN DE LAS "COMISIONES" CONCEDIDAS A LOS MAESTROS. EL AULA-CASA PREFABRICADA

1 Además de los $167 679 812.46, dedicados a los museos erigidos o restaurados durante el gobierno del presidente López Mateos, el CAPFCE erogó (incluyendo $100 590 261.13 aportados por los convenios de coordinación) $905 065 876.12 en construir, amueblar

y equipar escuelas; es decir: más de cuatrocientos diez mil pesos por día.

XV. EL PLAN DE ONCE AÑOS

1 Como lo explicaré, pronto hubimos de percatarnos de que no sería tan “clara” la idea que podrían proporcionarnos, al respecto, las “estadísticas disponibles”…

2 ¿No actuábamos como exploradores, en mitad de una selva — hasta entonces casi no recorrida?… En febrero de 1970

recibí un opúsculo de la UNESCO. Lleva el título de *Estimación de la futura matrícula escolar en los países en desarrollo.*

Su autor es el señor B. Alfred Liu, profesor adjunto de la Universidad de Nueva York y ex jefe de la División de Estadística de la ONU. Se trata de un importante estudio, redactado por un catedrático con vasta experiencia internacional. Sin embargo, al publicarlo, la UNESCO hizo muy bien en advertir al lector que el texto “expresa el parecer del autor y no forzosamente las opiniones” de la Organización. En efecto, a menudo encontramos, en esa obra, hipótesis discutibles. La “metodología”, en materia de previsiones de orden social, tropieza frecuentemente con obstáculos insalvables. No siempre salen, de las probetas estadísticas, elementos — químicamente puros— aptos para revelar con certeza las “instantáneas” del porvenir.

3 En 1958, la secretaría sostuvo 315 escuelas secundarias, a las que asistieron 84 679 alumnos. En cambio, durante el año de 1964, fueron atendidos —en 406 planteles— 228 030 educandos. Se obtuvo este resultado merced a la construcción de nuevas escuelas, a la duplicación de los turnos de trabajo en cada plantel y al aumento del personal docente. Se aprovecharon mejor, así, los costosos laboratorios y talleres que juzgamos imprescindibles a fin de completar la enseñanza teórica con la participación del estudiante en las experiencias y actividades con que comprueba el maestro la teoría y le da sentido práctico inolvidable.

XVII. TORMENTA MAGISTERIAL

1 En realidad, por los aumentos concedidos durante el año, el presupuesto fue mucho mayor.

XVIII. UN AÑO FECUNDO: 1961. LA REFORMA DE LA SEGUNDA ENSEÑANZA. SUS PRINCIPIOS Y SUS

PROPÓSITOS. AYUDA A LAS UNIVERSIDADES DE LOS ESTADOS. UN DÍA DEL MAESTRO EN CORRALEJO.

EL 25º ANIVERSARIO DEL INSTITUTO POLITÉCNICO NACIONAL. VIAJES E INQUIETUDES. DOS LIBROS

MÁS

1 El proceso fue más rápido durante los tres últimos años del gobierno del presidente López Mateos, pues —en 1962—

registramos una inscripción de 175 050 alumnos en las escuelas de enseñanzas de nivel medio, incluyendo a las secundarias tradicionales. En 1963, el número ascendió a 209 947 y a 261 250 en 1964.

XIX. VIAJE A LIMA. EL PRESIDENTE PRADO. LA UNIVERSIDAD DE SAN MARCOS. EN CHILE. LA CONFERENCIA

SOBRE

EDUCACIÓN

Y

DESARROLLO

ECONÓMICO.

LOS

LATINOAMERICANOS

“ESPERANDO A GODOT”. FLAQUEZA DE LA ALIANZA PARA EL PROGRESO. COLOMBIA EN 1963. LA TERCERA REUNIÓN INTERAMERICANA DE MINISTROS DE EDUCACIÓN

1 El texto decía así: “En atención a que la disparidad que se advierte entre los precios de los productos primarios y los de las manufacturas constituye una de las principales causas del escaso desarrollo de la América Latina, de la pobreza de sus pueblos y de su retraso en el campo educativo y científico, se recomienda a la UNESCO, a los gobiernos de los países que de ella forman parte, y a sus universidades, el estudio urgente del problema relativo al equitativo ajuste de los precios en el mercado internacional. Se recomienda, asimismo, el estudio del problema de la doble imposición internacional, con miras a establecer la mejor manera de conseguir que una justa proporción de los impuestos que pagan las empresas inversionistas extranjeras en América Latina beneficie al fisco de los países en cuyo territorio se verifiquen las inversiones”.

2 No podía referirse, naturalmente, el señor Rivera Borbón a lo acontecido con posteriodad a la publicación de su libro.

XX. NECESIDAD DE UN SERVICIO NACIONAL DE APRENDIZAJE. LOS CENTROS DE CAPACITACIÓN PARA EL TRABAJO ESTABLECIDOS EN 1963 Y 1964, SUS PERSPECTIVAS Y SUS PROMESAS

1 $ 4 201 104 753 de la Federación, incluyendo el presupuesto de Educación Pública y los gastos —de orden educativo— de otras dependencias; $ 1 079 629 509, de los Estados y del Departamento del Distrito Federal; $ 173 500 000 de los Municipios y otros organismos públicos y $ 732 000 000 de particulares. Por la complicación de muchos trámites, lo erogado, desgraciadamente, resultó inferior a lo previsto.

2 El centro al que aludo fue inaugurado el 8 de noviembre de 1964.

XXII. HUÉSPEDES ILUSTRES: GOLDA MEIR, ANDRÉ MALRAUX, INDIRA GANDHI, JAWAHARLAL NEHRU, EL

MARISCAL TITO, CHARLES DE GAULLE

1 No incluyo, en la lista, al presidente John F. Kennedy porque —cuando vino él a México— me encontraba yo en Boston, en una clínica.

2 *Les caractères ou les moeurs de ce siècle.*

XXIII. AL SERVICIO DE LA CULTURA. LA GALERÍA DIDÁCTICA DE CHAPULTEPEC. RESTAURACIÓN DE

TEOTIHUACÁN. LOS MUSEOS DE ANTROPOLOGÍA, DEL VIRREINATO Y DE ARTE MODERNO.

ACTIVIDADES DEL INSTITUTO DE BELLAS ARTES

1 Anoto cifras con más dolor que satisfacción. Sí, había hecho el gobierno un esfuerzo considerable. Y ¿para qué? Para que (en números redondos) sólo dos millones cuatrocientos cincuenta y siete mil habitantes disfrutaran al año —en la República entera— de *una* exposición, de *un* concierto o de *una* función teatral, merced al trabajo del Instituto de Bellas Artes… En realidad, era inferior la suma de los privilegiados, pues muchos espectadores eran los mismos. Por comparación con los datos que nos proporcionaban los censos, constituía semejante sector una parte muy reducida de la población de México.

¡Pobres democracias aquellas en las que la cultura se aísla en zonas de minorías débiles y precarias! Tan dramáticos son, en nuestro país, los índices de quienes buscan y adquieren libros dignos de ser leídos… Aquí también la televisión y el cinematógrafo resultan, para millones de mujeres, hombres y niños, un sucedáneo —fácil de obtener, en muchas ocasiones ameno, pero superfluo en otras y, a veces, tóxico.

EPÍLOGO

1 Después de las pesquisas hechas en 1863, a lo más que se aventuraron los investigadores fue a colocar una lápida, en 1874. Se lee en ella la siguiente inscripción: “Sous cette pierre reposent des ossements recueillis dans les fouilles de l’ancienne chapelle royale d’Ambroise, parmi lesquels on suppose que se trouve la dépouille mortelle de Léonard de Vinci, né en 1452, mort en 1519”.

II. LLEGADA A PARÍS. MI AMISTAD CON EMILIO PORTES GIL, MARTE R. GÓMEZ Y LUIS QUINTANILLA.

TEATRO Y MUSEOS. VIAJE A BRUSELAS. FRANCIA EN UN ARMISTICIO QUE PRESAGIABA OTRA NUEVA GUERRA. ¿FIN DE LA LUCHA ENTRE LOS “REBENDART” Y LOS “DUBARDEAU”?

1 Cuando falleció Marte (en diciembre de 1973), estas páginas habían ya sido escritas. Al releerlas, pensé, reemplazar los términos *vemos* y *somos* por *veíamos* y *éramos.* Me abstuve deliberadamente de hacerlo. Hay presentes que, aunque simbólicos, pueden alentarnos aún.

III. MESES EN LA HAYA. EL SECRETO HOLANDÉS. CUADROS Y CANALES. PAUSAS INOLVIDABLES: REMBRANDT, VERMEER, FRANZ HALS. VISIÓN DE DELFT. PRESENCIA DEL TACITURNO

1 Valéry aludía a Descartes y a la lengua holandesa.

V. ITALIA A PRIMERA VISTA

1 El que lea, páginas adelante, lo que digo acerca del *Moisés* de Buonarroti pensará que incurro en alguna contradicción. Y

es que Miguel Ángel lo tuvo todo: hasta inmensas contradicciones. Su energía, que atestiguan tanto el *Moisés* como el *David* y no pocos fragmentos de la Capilla Sixtina, fue tan sincera como el sentimiento de fatal desesperación que encarnó en *La noche.*

Así lo señaló Romain Rolland al citar estos versos de Miguel Ángel: *“Caro m’è’l sonno e più l’esser di sasso, / mentre che‘l danno e la vergogna dura. / Non veder, non sentir m’è gran ventura; pero non mi destar, deh! parla basso”.*

VIII. REGRESO A MÉXICO. DIECIOCHO MESES EN EL DEPARTAMENTO DIPLOMÁTICO. PUBLICACIÓN DE

SOMBRAS Y *CRIPTA*

1 Sorprendió a México, en agosto de 1936, la renuncia que presentó Portes Gil. Lo sustituyó el licenciado Silvano Barba González, que era secretario de Gobernación. Fue nombrado, en lugar de Barba González, el licenciado Silvestre Guerrero, Procurador General de la República. Y reemplazó a éste el licenciado Ignacio García Téllez.

2 Algunos incidentes, que registró la prensa, no opacaron las manifestaciones de aprecio organizadas por el gobierno del general Justo.

X. LA POLÍTICA BELGA EN LOS AÑOS PRECURSORES DE LA AGRESIÓN. LAS DEMOCRACIAS FRENTE A LAS DICTADURAS. ESPEJISMOS DE LA NEUTRALIDAD

1 El mismo día, el rey Leopoldo leyó en el Palacio de Bruselas una declaración en la cual (en su propio nombre y en el de la reina de los Países Bajos, los reyes de Dinamarca, Noruega y Suecia, la gran duquesa de Luxemburgo y el presidente de Finlandia) el “Grupo de Oslo” exhortaba a los gobiernos europeos a someter sus controversias y sus reivindicaciones a una negociación abierta, “dentro de un espíritu de fraternal cooperación”, a fin de evitar “la catástrofe que amenazaba a la humanidad”.

XI. MAYO DE 1940. BÉLGICA INVADIDA. BOMBARDEO DE BRUSELAS. TRASLADO A OSTENDE. EN CAMINO

HACIA FRANCIA. TREGUA EN PARÍS. SALIDA A SAN JUAN DE LUZ. VIAJE A MARSELLA. DE MARSELLA A LISBOA. CÓMO

REGRESÉ A MÉXICO

1 Como evocación de mis experiencias durante la guerra, incluí en *Años contra el tiempo* una síntesis de cuanto habré de exponer en este capítulo. Me excuso por lo que algunos lectores (en éste y en otros casos) podrán juzgar una inútil reiteración.

Cuando los diferentes volúmenes autobiográficos que he dado a la imprenta queden reunidos en una sola obra, desaparecerán los textos que no se ajusten al orden cronológico del conjunto.

2 Su verdadero nombre era Gilbert Renault.

XIII. EL AÑO DE LA ESPERA. AMPLIACIÓN DEL CONFLICTO. INCAUTACIÓN DE ALGUNOS BARCOS DEL

EJE. LA AGRESIÓN A LA URSS. EL ARREGLO DOUGLAS-WIECHERS. EL CONVENIO SOBRE LAS

INDEMNIZACIONES A LAS COMPAÑÍAS NORTEAMERICANAS AFECTADAS POR LA EXPROPIACIÓN DE 1938

1 Esto fue lo que dijo: “El caso de El Chamizal no es considerado por nuestro gobierno como una cosa pendiente de resolución, sino que es asunto resuelto en favor de México. Es un laudo terminado. Estamos precisamente tratando los problemas que necesitan de una resolución y de un dictamen definitivo”.

2 En La Habana, se acordó que “cualquier intento, por parte de un Estado no americano, contra la integridad o inviolabilidad del territorio, la soberanía o la independencia política de un Estado americano, sería considerado como un acto de agresión contra los Estados” que firmaron la declaración del 31 de julio de 1940. Conviene recordar, asimismo, que los agregados militares, naval y aeronáutico en Washington eran el coronel de artillería Cristóbal Guzmán Cárdenas, el capitán diplomado de Estado Mayor Guillermo Canales Montejano, el capitán de fragata Manuel Zermeño Araico y el teniente coronel, piloto aviador, José Pérez Allende.

3 Éstos fueron los barcos incautados: *Fede, Americano, Genoano, Vigor, Tuscania, Lucifero, Stelvio, Atlas, Marina O* y *Giorgio Fassio* (italianos) y *Hameln* y *Orinoco* (alemanes). Dos de ellos (el *Genoano* y el *Lucifero,* a los que las autoridades mexicanas habían dado los nombres de *Faja de Oro y Potrero del llano)* fueron hundidos por submarinos del Eje en mayo de 1942.

4 Figuran, en el apéndice de este capítulo, las preguntas formuladas por Lombardo Toledano y la respuesta de Ávila Camacho.

5 Semanas más tarde, *Combate* cambió de tono. Cuando Hitler atacó a la URSS, los colaboradores de ese semanario olvidaron el tema de la neutralidad y proclamaron otro, muy diferente: "¡Todos con la Unión Soviética!" Ante hechos que contrariaban su propósito aislacionista, el periódico dejó de publicarse a partir del 11 de agosto. La "escasez de recursos materiales de la Liga de Acción Política" fue la razón invocada para explicar aquel brusco mutis.

6 No figuraba ya entre ellas el grupo Sinclair con el cual, desde 1940, había convenido nuestro país —merced a las hábiles gestiones realizadas con el coronel Hurley, por Castillo Nájera, Suárez y Silva Herzog— una liquidación por valor de ocho millones y medio de dólares.

7 Por la rectitud y el patriotismo de su autor, creo útil recordar lo que escribió el profesor Silva Herzog —en su libro *Historia de la Expropiación de las Empresas Petroleras*— respecto al arreglo concluido en 1942: "El gobierno norteamericano designó al señor Morris L. Cooke, uno de esos norteamericanos de mente liberal, de lo mejor que existe en el país vecino. El gobierno de México nombró al ingeniero Manuel J. Zevada, persona de probidad indiscutible, que había tenido la ventaja de participar como técnico en el primer concurso de orden económico de 1937. Por fin, el 17 de abril de 1942, los plenipotenciarios concluyeron que el valor de varias empresas nacionalizadas, incluyendo la Huasteca Petroleum Co., subsidiaria de la Standard Oil de New Jersey, montaba a 23 996 000.00 dólares, y se firmó el convenio respectivo. Ese mismo día se firmó también un convenio con el grupo Imperio, al que se le

reconocieron 1 500 000.00 dólares. El total pagado a las empresas norteamericanas ascendió, en números redondos, a 34 millones de dólares. Estos 34 millones de dólares han sido liquidados.

Vale la pena no olvidar que, mientras en los periódicos en que se infamaba a nuestro país, se hablaba de que los bienes de las empresas norteamericanas alcanzaban la cifra de 450 millones de dólares, y en alguna ocasión, en el artículo publicado en una revista norteamericana, se dijo que se elevaban a 2 000 millones de dólares, llegaron apenas a 34 millones…”

XIV. EL AÑO DE LA DECISIÓN. PEARL HARBOR. RUPTURA DE NUESTRAS RELACIONES CON ALEMANIA, ITALIA Y JAPÓN. LA CONFERENCIA DE RÍO DE JANEIRO. EL HUNDIMIENTO DEL *POTRERO DEL LLANO*.

MÉXICO EN ESTADO DE GUERRA. ADHESIÓN A LAS NACIONES UNIDAS. RECONOCIMIENTO DE LA FRANCIA LIBRE

1 Habíamos alquilado una casa en Polanco: Galileo 52.

2 Por lo que concierne a Dinamarca, el país se hallaba ocupado por los alemanes, no existía un gobierno danés formalmente constituido en el extranjero.

3 Al concluir la conferencia, tres países americanos no habían roto esas relaciones: Argentina, Chile y Ecuador. El primero fue el que más tardó en acatar la recomendación de Río de Janeiro. No lo hizo sino en 1944. Chile se le había anticipado, en un año, durante la administración del presidente Ríos.

4 En agosto de 1943, según informes recibidos de nuestros cónsules, más de once mil mexicanos se habían ya registrado en el ejército de los Estados Unidos.

5 Las dificultades con que tropezamos entonces se hallan expuestas en *La Victoria sin Alas.*

6 Maurice Garreau Dombasle, al que traté mucho entonces, no era sólo un diplomático hábil, verídico y diligente, sino un hombre de corazón generoso y un artista de gran cultura. Él y su esposa Manha formaban una pareja digna por todos conceptos de estimación. Ella había escrito ya páginas impregnadas de sensibilidad y de gracia auténticas. Él pintaba cuadros reveladores de su devoción para los maestros impresionistas de su país. Durante años, cultivamos con ambos relaciones sumamente cordiales. Conservamos todavía el paisaje con que tuvo él la amabilidad de obsequiarnos, cuando vivimos en Francia, en 1957.

Deploramos su muerte. Y —siempre que podemos volver a París— nos alegra la perspectiva de visitar a su viuda, que quiere y comprende a México.

7 Eran tanto más necesarias esas palabras cuanto que ciertos comentaristas llegaron a declarar que la invasión de Argelia y de Marruecos, indispensable para obtener la libertad de la Francia ocupada, constituía un atentado contra la soberanía del Estado francés. Pétain ordenó a las tropas de Vichy luchar contra los aliados. Y los propios combatientes franceses no sabían, de pronto, qué hacer. El agente personal de Roosevelt, Robert Murphy, había tratado de persuadir al general Giraud. Pero Giraud pretendía que las fuerzas británicas y norteamericanas, al instalarse en África, quedaran bajo su mando. Darlan —que se encontraba en Argel— oyó igualmente a Murphy. Pero creyó indispensable consultar a Pétain… Por lo visto, seguía siendo el mismo almirante que dijera, en Vichy, al embajador Leahy: “Si nos mandan ustedes cincuenta mil hombres, dispararé contra ellos; si nos envían quinientos mil, les abriré los brazos…”

8 El encargado de negocios, señor Clauzel, no se hallaba ese día en la capital.

XV. MUERTE DE MI MADRE. EL PRESIDENTE ROOSEVELT EN MONTERREY. RELACIONES DIPLOMÁTICAS

CON LA URSS: QUINTANILLA Y OUMANSKI. EL DERRUMBE DE ITALIA. LA JUNTA DE TEHERÁN

1 En efecto, al salir de Moscú Quintanilla, el presidente nombró embajador ante la URSS a Narciso Bassols.

2 En realidad, según Luis me contó, su llegada no fue a Kuibishev —como informó la prensa, quizá por razones de seguridad

— sino a Bakú.

3 Carlos Chávez era el director titular de la Orquesta Sinfónica Nacional.

ÍNDICE

EL DESIERTO INTERNACIONAL

I. Lo que encontré en la UNESCO. Mis primeros trabajos. Viajes a Bélgica, a los

Estados Unidos y a la Gran Bretaña. Lección de Léon Blum

II. Un año de cinco meses. En el castillo de Hamlet. La educación de los adultos.

Comida con el futuro Juan XXIII

III. El “equinoccio de septiembre”. Cuarta reunión de la Conferencia General de la

UNESCO. Penuria y grandilocuencia. Visión de Bertrand Russell. Homenaje a José

Clemente Orozco

IV. Paréntesis holandés. Nuevo encuentro con Rembrandt. Escritores franceses: de

Mauriac a Camus. Soledad de Malraux. Ánimo de Teilhard de Chardin

V. Lucha contra los prejuicios raciales. Polémica con Lugones. Optimismo de Gabriela

Mistral. Gestiones para crear un centro de educación fundamental en Pátzcuaro

VI. Mi “campaña de Italia”. De Gasperi y Pío XII. La UNESCO en el “Palazzo Vecchio”,

entre China y Formosa. Mi primera renuncia. Paseo a Siena. El orgullo de Berenson

VII. La guerra de Corea. Conferencia en la Habana. Excursión a Egipto

VIII. Viaje al Asia Meridional: Ceilán, Pakistán; la India. Grandeza de Nehru. Los

laureles de Lady Mountbatten. Meditación frente al Taj Mahal

IX. ¿Un pacto sobre los derechos humanos? Viaje a México. Visita a Pátzcuaro.

Inauguración del CREFAL

X. La sexta reunión de la Conferencia General de la UNESCO. Nuevos estados

admitidos: Camboya, Japón, Laos, la República Federal Alemana y Vietnam. La

actitud de la URSS. Un quince de septiembre en Dolores Hidalgo. El cuarto

centenario de nuestra universidad

XI. En Yugoslavia, con el mariscal Tito. Bimilenario de París. T. S. Eliot en la Sorbona.

El hispanismo de Jean Sarrailh. Muerte de Pedro Salinas. Una carta de Alberto

Einstein

XII. Alemania en la UNESCO. Viaje a Bonn. La tenacidad de Adenauer. Homenaje a

Beethoven. Fráncfort y la casa de Goethe. Inteligencia y luz

XIII. En los Estados Unidos. Nueva York, Chicago y Washington. Con Nelson

Rockefeller. Presencia de Lincoln. Ausencia de Stevenson

XIV. El quinto centenario de Leonardo. Lección de universalidad para la UNESCO. Visión

de Vinci. Abril en Nápoles. El arte de envejecer

XV. El premio Kalinga. La exposición de arte mexicano de 1952. La universidad y el

taller. La educación de las mujeres. Un seminario en Wousdchouten. La convención

universal del derecho de autor. El festival de Edimburgo. Artistas en Venecia

XVI. Tras del *andante*, el *allegro* final de la sinfonía. Problemas planteados ante la

séptima reunión de la Conferencia General de la UNESCO. El caso de España. El

programa nuevo. Los aumentos presupuestarios. Motivos de mi renuncia. El adiós a

la UNESCO

XVII. Suspicacias y honores. Entre el Elíseo y Mitrídates. La noche de san Silvestre. Los

adioses de enero. Regreso a México

Apéndice. Declaración hecha por los participantes en la mesa redonda reunida, con motivo del

vigésimo aniversario de la organización, para examinar la contribución de la

UNESCO a la paz (4 de noviembre de 1966)

LA TIERRA PROMETIDA

I. La tierra prometida. Soledad y trabajo. *La angustia de nuestro tiempo* y *Tiempo de*

arena. Visitas a la academia

II. Viajes a Michoacán y a Jalisco. Conmemoración de Hidalgo en la Universidad de

Morelia. La academia en Guadalajara

III. Preparación de Tres *inventores de realidad*. La novela y la vida. Mi presentación en

El Colegio Nacional. El escritor y la libertad

IV. Humanidad de Pérez Galdós. Vacaciones en Acapulco. Lecturas y nostalgias. Viaje a

San Luis Potosí

V. Desgracia súbita. Semanas en la sombra. El consuelo de Beethoven, Mozart y Bach.

Los poemas de *Fronteras*. Amigos generosos. Una visita del presidente Ruiz

Cortines. Regreso a la vida pública

VI. Otra vez en París. El presidente Coty y el gobierno Mendès-France. Siluetas de

varios embajadores. Reorganización de la embajada de México. Publicación de

Nouvelles du Mexique

VII. Francia en la encrucijada. La historia contra la historia. Soustelle y las *Cartas de*

Relación. Palabras en la Ciudad Universitaria, en la Casa de la América Latina, en

la Sorbona y ante el Comité Olímpico Internacional

VIII. Paréntesis universitario. Visita a Estambul. El serrallo vacío. Eyub sin Aziyade. Un

día en Atenas. La muerte de don Manuel

IX. Una exposición de arquitectura mexicana en París. Visita a Chartres. Dos misiones

económicas. Capacidad de Gilberto Loyo. La crisis de Argelia. Instalación del

gobierno del general De Gaulle

X. En el Instituto de Francia. La Plaza de México. Centenario de la Constitución de

1857. Othón y Ruelas. La Universidad de Lyon. Pausa en Vézelay. Las “Jornadas

Mexicanas” de Burdeos y Lille

XI. El diplomático en busca del escritor

XII. Adiós a Francia. Meditaciones sobre el Atlántico. El licenciado López Mateos. Su

intrepidez y su sentido deportivo del Estado

XIII. Regreso a la Secretaría de Educación. Dificultades, incertidumbres. ¿Cómo dar un

alma a nuestra enseñanza? Presencia y muerte de Vasconcelos

XIV. Los problemas del Instituto Politécnico Nacional. 1 729 nuevas aulas en menos de

un trimestre. Supresión de las “comisiones” concedidas a los maestros. El aula-casa

prefabricada

XV. El Plan de Once Años

XVI. Los libros de texto gratuitos

XVII. Tormenta magisterial

XVIII. Un año fecundo: 1961. La reforma de la segunda enseñanza. Sus principios y sus

propósitos. Ayuda a las universidades de los estados. Un Día del Maestro en

Corralejo. El 25º aniversario del Instituto Politécnico Nacional. Viajes e

inquietudes. Dos libros más

XIX. Viaje a Lima. El presidente Prado. La Universidad de San Marcos. En Chile. La

conferencia sobre educación y desarrollo económico. Los Latinoamericanos

“esperando a Godot”. Flaqueza de la Alianza para el Progreso. Colombia en 1963.

La Tercera Reunión Interamericana de Ministros de Educación

XX. Necesidad de un servicio nacional de aprendizaje. Los centros de capacitación para

el trabajo establecidos en 1963 y 1964, sus perspectivas y sus promesas

XXI. Homenaje a un maestro. Cincuentenario de la muerte de Justo Sierra. Actos

organizados en todas las escuelas de México. La ceremonia en Bellas Artes.

¿Habíamos concluido ya la revolución de 1910?

XXII. Huéspedes ilustres: Golda Meir, André Malraux, Indira Gandhi, Jawaharlal Nehru,

el mariscal Tito, Charles de Gaulle

XXIII. Al servicio de la cultura. La galería didáctica de Chapultepec. Restauración de

Teotihuacán. Los museos de Antropología, del Virreinato y de Arte Moderno.

Actividades del Instituto de Bellas Artes

XXIV. Final de una administración. Mi último “Día del Maestro”. Aniversario de la

campaña contra el analfabetismo. La Asamblea Mundial de la Educación. Mi adiós a

los normalistas. En búsqueda de mí mismo

Epílogo

Apéndices

I. Declaración adoptada en Santiago de Chile por la Conferencia sobre Educación y

Desarrollo Económico y Social en América Latina

II. Declaración de Bogotá (1963)

EQUINOCCIO

I. Madrid en 1931. Nacimiento de la República española. La personalidad de Manuel

Azaña. González Martínez y la embajada de México. Cualidades esenciales del

pueblo español: señorío y hombría de bien. Mi adiós a la tierra del Cid

II. Llegada a París. Mi amistad con Emilio Portes Gil, Marte R. Gómez y Luis

Quintanilla. Teatro y Museos. Viaje a Bruselas. Francia en un armisticio que

presagiaba otra nueva guerra. ¿Fin de la lucha entre los “Rebendart” y los

“Dubardeau”?

III. Meses en la Haya. El secreto holandés. Cuadros y canales. Pausas inolvidables:

Rembrandt, Vermeer, Franz Hals. Visión de Delft. Presencia del taciturno

IV. Otra vez en Francia

V. Italia a primera vista

VI. Argentina sin Sarmiento

VII. Francia dividida frente al nazismo. ¿Ocurriría o no “la guerra de Troya”?

VIII. Regreso a México. Dieciocho meses en el departamento diplomático. Publicación

de *Sombras y Cripta*

IX. Bruselas en 1938. Personalidad de Spaak. Mis amigos socialistas. El caso del

Lundgren. Éxito ante el Tribunal de Amberes. Valéry en Bruselas. Ciudades y

pintores

X. La política belga en los años precursores de la agresión. Las democracias frente a

las dictaduras. Espejismos de la neutralidad

XI. Mayo de 1940. Bélgica invadida. Bombardeo de Bruselas. Traslado a Ostende. En

camino hacia Francia. Tregua en París. Salida a San Juan de Luz. Viaje a Marsella.

De Marsella a Lisboa. Cómo regresé a México

XII. Los últimos meses de gobierno del presidente Cárdenas. Nuestro país frente a la

guerra europea. Investidura de don Manuel Ávila Camacho. El licenciado Ezequiel

Padilla y mi designación como subsecretario de relaciones exteriores

XIII. El año de la espera. Ampliación del conflicto. Incautación de algunos barcos del

eje. La agresión a la URSS. El arreglo Douglas-Wiechers. El convenio sobre las

indemnizaciones a las compañías norteamericanas afectadas por la expropiación de

1938

XIV. El año de la decisión. Pearl Harbor. Ruptura de nuestras relaciones con Alemania,

Italia y Japón. La conferencia de Río de Janeiro. El hundimiento del *Potrero del*

Llano. México en estado de guerra. Adhesión a las Naciones Unidas.

Reconocimiento de la Francia Libre

XV. Muerte de mi madre. El presidente Roosevelt en Monterrey. Relaciones

diplomáticas con la URSS: Quintanilla y Oumanski. El derrumbe de Italia. La junta

de Teherán

XVI. ¿Historia? ¿Biografía?

Apéndice. Preguntas hechas al presidente Ávila Camacho por el licenciado Lombardo

Toledano en su carácter de presidente de la Confederación de Trabajadores de la

América Latina

Jaime Torres Bodet (1902-1974) fue pieza clave en la consolidación de las instituciones educativas de México, fue un diplomático excepcional y un poeta e intelectual de indiscutible talento. En este volumen de *Memorias* se reúnen tres de sus libros: *El desierto internacional, La tierra prometida* y *Equinoccio.* En el primero el autor describe esa etapa de su vida como "amarga", como un tiempo de "trágica soledad". Define su postura ante el problema de la educación y su importancia para la paz. Luego, en *La tierra prometida,* nos acerca a su labor como escritor; los hechos relatados en este libro van de 1952 a 1964. En el tercero y último libro de sus memorias, *Equinoccio,* Torres Bodet regresa a la década de 1930 y parte de 1940: Cárdenas, el petróleo y México ante la segunda Guerra Mundial.

www.fondodeculturaeconomica.com

Document Outline

- Portada
- EL DESIERTO INTERNACIONAL
  - I. Lo que encontré en la UNESCO. Mis primeros trabajos. Viajes a Bélgica, a los Estados Unidos y a la Gran Bretaña. Lección de Léon Blum
  - II. Un año de cinco meses. En el castillo de Hamlet. La educación de los adultos. Comida con el futuro Juan XXIII
  - III. El “equinoccio de septiembre”. Cuarta reunión de la Conferencia General de la UNESCO. Penuria y grandilocuencia. Visión de Bertrand Russell. Homenaje a José Clemente Orozco
  - IV. Paréntesis holandés. Nuevo encuentro con Rembrandt. Escritores franceses: de Mauriac a Camus. Soledad de Malraux. Ánimo de Teilhard de Chardin
  - V. Lucha contra los prejuicios raciales. Polémica con Lugones. Optimismo de Gabriela Mistral. Gestiones para crear un centro de educación fundamental en Pátzcuaro
  - VI. Mi “campaña de Italia”. De Gasperi y Pío XII. La UNESCO en el “Palazzo Vecchio”, entre China y Formosa. Mi primera renuncia. Paseo a Siena. El orgullo de Berenson
  - VII. La guerra de Corea. Conferencia en la Habana. Excursión a Egipto
  - VIII. Viaje al Asia Meridional: Ceilán, Pakistán; la India. Grandeza de Nehru. Los laureles de Lady Mountbatten. Meditación frente al Taj Mahal
  - IX. ¿Un pacto sobre los derechos humanos? Viaje a México. Visita a Pátzcuaro. Inauguración del CREFAL
  - X. La sexta reunión de la Conferencia General de la UNESCO. Nuevos estados admitidos: Camboya, Japón, Laos, la República Federal Alemana y Vietnam. La actitud de la URSS. Un quince de septiembre en Dolores Hidalgo. El cuarto centenario de nuestra universidad

    - XI. En Yugoslavia, con el mariscal Tito. Bimilenario de París. T. S. Eliot en la Sorbona. El hispanismo de Jean Sarrailh. Muerte de Pedro Salinas. Una carta de Alberto Einstein
    - XII. Alemania en la UNESCO. Viaje a Bonn. La tenacidad de Adenauer. Homenaje a Beethoven. Fráncfort y la casa de Goethe. Inteligencia y luz
    - XIII. En los Estados Unidos. Nueva York, Chicago y Washington. Con Nelson Rockefeller. Presencia de Lincoln. Ausencia de Stevenson
    - XIV. El quinto centenario de Leonardo. Lección de universalidad para la UNESCO. Visión de Vinci. Abril en Nápoles. El arte de envejecer
    - XV. El premio Kalinga. La exposición de arte mexicano de 1952. La universidad y el taller. La educación de las mujeres. Un seminario en Wousdchouten. La convención universal del derecho de autor. El festival de Edimburgo. Artistas en Venecia
    - XVI. Tras del andante, el allegro final de la sinfonía. Problemas planteados ante la séptima reunión de la Conferencia General de la UNESCO. El caso de España. El programa nuevo. Los aumentos presupuestarios. Motivos de mi renuncia. El adiós a la UNESCO
    - XVII. Suspicacias y honores. Entre el Elíseo y Mitrídates. La noche de san Silvestre. Los adioses de enero. Regreso a México
    - Apéndice. Declaración hecha por los participantes en la mesa redonda reunida, con motivo del vigésimo aniversario de la organización, para examinar la contribución de la UNESCO a la paz (4 de noviembre de 1966)
- LA TIERRA PROMETIDA
    - I. La tierra prometida. Soledad y trabajo. La angustia de nuestro tiempo y Tiempo de arena. Visitas a la academia
    - II. Viajes a Michoacán y a Jalisco. Conmemoración de Hidalgo en la Universidad de Morelia. La academia en Guadalajara

- III. Preparación de Tres inventores de realidad. La novela y la vida. Mi presentación en El Colegio Nacional. El escritor y la libertad
- IV. Humanidad de Pérez Galdós. Vacaciones en Acapulco. Lecturas y nostalgias. Viaje a San Luis Potosí
- V. Desgracia súbita. Semanas en la sombra. El consuelo de Beethoven, Mozart y Bach. Los poemas de Fronteras. Amigos generosos. Una visita del presidente Ruiz Cortines. Regreso a la vida pública
- VI. Otra vez en París. El presidente Coty y el gobierno Mendès-France. Siluetas de varios embajadores. Reorganización de la embajada de México. Publicación de Nouvelles du Mexique
- VII. Francia en la encrucijada. La historia contra la historia. Soustelle y las Cartas de Relación. Palabras en la Ciudad Universitaria, en la Casa de la América Latina, en la Sorbona y ante el Comité Olímpico Internacional
- VIII. Paréntesis universitario. Visita a Estambul. El serrallo vacío. Eyub sin Aziyade. Un día en Atenas. La muerte de don Manuel
- IX. Una exposición de arquitectura mexicana en París. Visita a Chartres. Dos misiones económicas. Capacidad de Gilberto Loyo. La crisis de Argelia. Instalación del gobierno del general De Gaulle
- X. En el Instituto de Francia. La Plaza de México. Centenario de la Constitución de 1857. Othón y Ruelas. La Universidad de Lyon. Pausa en Vézelay. Las “Jornadas Mexicanas” de Burdeos y Lille
- XI. El diplomático en busca del escritor
- XII. Adiós a Francia. Meditaciones sobre el Atlántico. El licenciado López Mateos. Su intrepidez y su sentido deportivo del Estado
- XIII. Regreso a la Secretaría de Educación. Dificultades, incertidumbres. ¿Cómo dar un alma a nuestra enseñanza? Presencia y muerte de Vasconcelos
- XIV. Los problemas del Instituto Politécnico Nacional. 1 729 nuevas aulas en menos de un trimestre. Supresión de las

“comisiones” concedidas a los maestros. El aula-casa prefabricada
- XV. El Plan de Once Años
- XVI. Los libros de texto gratuitos
- XVII. Tormenta magisterial
- XVIII. Un año fecundo: 1961. La reforma de la segunda enseñanza. Sus principios y sus propósitos. Ayuda a las universidades de los estados. Un Día del Maestro en Corralejo. El 25º aniversario del Instituto Politécnico Nacional. Viajes e inquietudes. Dos libros más
- XIX. Viaje a Lima. El presidente Prado. La Universidad de San Marcos. En Chile. La conferencia sobre educación y desarrollo económico. Los Latinoamericanos “esperando a Godot”. Flaqueza de la Alianza para el Progreso. Colombia en 1963. La Tercera Reunión Interamericana de Ministros de Educación
- XX. Necesidad de un servicio nacional de aprendizaje. Los centros de capacitación para el trabajo establecidos en 1963 y 1964, sus perspectivas y sus promesas
- XXI. Homenaje a un maestro. Cincuentenario de la muerte de Justo Sierra. Actos organizados en todas las escuelas de México. La ceremonia en Bellas Artes. ¿Habíamos concluido ya la revolución de 1910?
- XXII. Huéspedes ilustres: Golda Meir, André Malraux, Indira Gandhi, Jawaharlal Nehru, el mariscal Tito, Charles de Gaulle
- XXIII. Al servicio de la cultura. La galería didáctica de Chapultepec. Restauración de Teotihuacán. Los museos de Antropología, del Virreinato y de Arte Moderno. Actividades del Instituto de Bellas Artes
- XXIV. Final de una administración. Mi último “Día del Maestro”. Aniversario de la campaña contra el analfabetismo. La Asamblea Mundial de la Educación. Mi adiós a los normalistas. En búsqueda de mí mismo
- Epílogo
- Apéndices

        - I. Declaración adoptada en Santiago de Chile por la Conferencia sobre Educación y Desarrollo Económico y Social en América Latina
        - II. Declaración de Bogotá (1963)
- EQUINOCCIO
    - I. Madrid en 1931. Nacimiento de la República española. La personalidad de Manuel Azaña. González Martínez y la embajada de México. Cualidades esenciales del pueblo español: señorío y hombría de bien. Mi adiós a la tierra del Cid
    - II. Llegada a París. Mi amistad con Emilio Portes Gil, Marte R. Gómez y Luis Quintanilla. Teatro y Museos. Viaje a Bruselas. Francia en un armisticio que presagiaba otra nueva guerra. ¿Fin de la lucha entre los “Rebendart” y los “Dubardeau”?
    - III. Meses en la Haya. El secreto holandés. Cuadros y canales. Pausas inolvidables: Rembrandt, Vermeer, Franz Hals. Visión de Delft. Presencia del taciturno
    - IV. Otra vez en Francia
    - V. Italia a primera vista
    - VI. Argentina sin Sarmiento
    - VII. Francia dividida frente al nazismo. ¿Ocurriría o no “la guerra de Troya”?
    - VIII. Regreso a México. Dieciocho meses en el departamento diplomático. Publicación de Sombras y Cripta
    - IX. Bruselas en 1938. Personalidad de Spaak. Mis amigos socialistas. El caso del Lundgren. Éxito ante el Tribunal de Amberes. Valéry en Bruselas. Ciudades y pintores
    - X. La política belga en los años precursores de la agresión. Las democracias frente a las dictaduras. Espejismos de la neutralidad
    - XI. Mayo de 1940. Bélgica invadida. Bombardeo de Bruselas. Traslado a Ostende. En camino hacia Francia. Tregua en París. Salida a San Juan de Luz. Viaje a Marsella. De Marsella a Lisboa. Cómo regresé a México

    - XII. Los últimos meses de gobierno del presidente Cárdenas. Nuestro país frente a la guerra europea. Investidura de don Manuel Ávila Camacho. El licenciado Ezequiel Padilla y mi designación como subsecretario de relaciones exteriores
    - XIII. El año de la espera. Ampliación del conflicto. Incautación de algunos barcos del eje. La agresión a la URSS. El arreglo Douglas-Wiechers. El convenio sobre las indemnizaciones a las compañías norteamericanas afectadas por la expropiación de 1938
    - XIV. El año de la decisión. Pearl Harbor. Ruptura de nuestras relaciones con Alemania, Italia y Japón. La conferencia de Río de Janeiro. El hundimiento del Potrero del Llano. México en estado de guerra. Adhesión a las Naciones Unidas. Reconocimiento de la Francia Libre
    - XV. Muerte de mi madre. El presidente Roosevelt en Monterrey. Relaciones diplomáticas con la URSS: Quintanilla y Oumanski. El derrumbe de Italia. La junta de Teherán
    - XVI. ¿Historia? ¿Biografía?
- Apéndice. Preguntas hechas al presidente Ávila Camacho por el licenciado Lombardo Toledano en su carácter de presidente de la Confederación de Trabajadores de la América Latina: